Acratas de Salta

Ejemplar de la biblioteca de Juan Farfan, anarquista salteño.

***La Protesta*. Suplemento Semanal. Buenos Aires. Año 1926.**

- Segunda Parte -

1926	7 de Junio	Año V	N.° 226
1926	14 de Junio	Año V	N.° 227
1926	21 de Junio	Año V	N.° 228
1926	28 de Junio	Año V	N.° 229
1926	5 de Julio	Año V	N.° 230
1926	12 de Julio	Año V	N.° 231
1926	19 de Julio	Año V	N.° 232
1926	26 de Julio	Año V	N.° 233
1926	2 de Agosto	Año V	N.° 234
1926	9 de Agosto	Año V	N.° 235
1926	16 de Agosto	Año V	N.° 236
1926	23 de Agosto	Año V	N.° 237
1926	30 de Agosto	Año V	N.° 238
1926	6 de Septiembre	Año V	N.° 239
1926	13 de Septiembre	Año V	N.° 240
1926	20 de Septiembre	Año V	N.° 241
1926	27 de Septiembre	Año V	N.° 242
1926	4 de Octubre	Año V	N.° 243
1926	11 de Octubre	Año V	N.° 244
1926	18 de Octubre	Año V	N.° 245
1926	25 de Octubre	Año V	N.° 246
1926	1 de Noviembre	Año V	N.° 247
1926	8 de Noviembre	Año V	N.° 248
1926	15 de Noviembre	Año V	N.° 249
1926	22 de Noviembre	Año V	N.° 250
1926	29 de Noviembre	Año V	N.° 251
1926	6 de Diciembre	Año V	N.° 252
1926	13 de Diciembre	Año V	N.° 253
1926	20 de Diciembre	Año V	N.° 254
1926	27 de Diciembre	Año V	N.° 255

AÑO V

BUENOS AIRES, 5 DE JULIO DE 1926

LA PROTESTA

N.o 230

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SE

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1

CTS.

Valores y giros a M. TORRENTE

No insultéis, no peguéis a los niños

No sabemos cuál de los últimos biógrafos e historiadores alemanes — creemos que Teodoro Wolff — al hablar incidentalmente de la disciplina prusiana y del ex kaiser, decía que cuando éste suministraba algunos puntapiés a los hazmerreír de sus generales, o a sus hijos o hijas, estos puntapiés iban repercutiendo de cuartel en cuartel, de escuela en escuela, hasta recorrer toda la escala social, desde el ciudadano más encumbrado hasta el proletario. Era ésta la palabra de orden, el *motto* de una nación suma y meticulosamente ordenada y disciplinada a machamartillo.

En "El preludio", se discurre de episodios de otro género donde la camarilla del desterrado de Doorn arriba a excesos francamente bestiales, propios de mentalidades trogloditas, suponiendo que con ello no calumniamos a nuestros oscuros y lejanísimos antepasados a causa de nuestra espesa ignorancia sobre esas épocas primitivas. Las veladas orgiásticas — develadas por Maximiliano Harden como un concierto de homo-sexuales —, de una grosería colosalmente germánica, así como los chistes soeces y prostibularios y la adulación de sus familiares más íntimos, constituían para el coronado histérico una de sus deliciosas distracciones. Así, este siniestro personaje entendía y quiso voluntariamente simbolizar el espíritu prusiano para darle un ejemplo al mundo de virilidad y marcialidad barata con sus infinitas paradas militares y navales. Teodoro Wolff, al apuntar todos los garrafales errores de la diplomacia alemana y descubriendo en *El preludio* las intimidades de la corte del ex kaiser, intentaba explicar la preparación y las causas del desastre de la guerra, por la Alemania de pre-guerra, insolentemente materialista e imperialista.

Y este espíritu, instaurado por el canciller de hierro, para quien todos los medios eran buenos si lograban los fines por él deseados, vive todavía en la tierra de Goethe y Heine, y con una lozanía vigorosa. Si se conversa con alemanes de otras regiones, fuera de Baviera y Prusia, se les oirá regañar entre dientes del funesto prusianismo, sin atreverse a protestar abiertamente.

El reciente plebiscito acerca de la disposición de los bienes de los ex mandatarios de las casas reinantes, demostró que la monarquía posee raíces aún bastante arraigadas en la mayoría de la población. Un sentimiento de codicia tan flagrante en su baja mezquindad, en quienes les ahogan todos los lujos superfluos, no bastó para convencer al pueblo entero alemán de la ruindad de esos reyes, príncipes y sus cohortes, que aman la patria meramente por la suntuosa paga: han encarnado el papel de aquellos orangutanes y simios purpurados de Juliano el apóstata, quien los convirtió en la contrafigura de sus ministros y al arrojarles puñados de nueces y avellanas, abandonaron sus sitiales y su dignidad ministerial, para ponerse en cuatro patas y mostrar el atributo de su cola. También aquellos personajes reales de soberbio empaque, han exhibido al mundo sus respectivos apéndices de orangutanes civilizados, o sea el símbolo de la vileza de sus almas avaras miedosas e ineptas para afrontar el juego valiente de la vida, donde uno se echa a ganar y a perder. Desde antiguo sabíamos que las criaturas que reinaron, no fueron jamás un dechado de virtud franciscana ni de valor moral, notándose entre ellos no pocos parricidas, matricidas y otros asesinos surtidos.

No desmienten la cría estos príncipes, principitos, princesas y reyezuelos de las reales casas de Alemania, que si no se devoran entre ellos como antaño, ni se envenenan mutuamente o se trucidan, es porque los tiempos han cambiado, dulcificándose las costumbres, no los hechos en sí y en su ferocidad. Pero el espíritu de absorción tiránica, de crueldad ególatra heredada por el miedo ancestral, continúa siendo en ellos latente e idéntico.

Es un contraste un poco brusco y vivo, con la avaricia extremada de la realeza alemana, el caso de ese Jeremías Smith, quien al actuar en Hungría como fiscalizador financiero de la Liga de las Naciones y pagársele cien mil dólares, importe de sus dos años de servicios, devolvió el cheque, diciendo:

—Dadlo a los pobres. Vuestros pobres lo necesitan más que yo.

¿Es que la miseria y la pobreza no se halla tan cruentamente extendida en Alemania como en Austria y Hungría? Esos reyes y príncipes teutones piensan, como siempre han pensado más en sí que en los otros. Sin embargo, el abogado norteamericano parece que no es un hombre de fortuna, y tuvo hasta el buen gusto de rechazar una alta condecoración ofrecida por el gobierno húngaro, objetando:

—Si hacéis esto, jamás os lo perdonaré, porque vuestra amistad y vuestra gratitud son para mí más preciosas que cualquiera condecoración.

No es que nos conmueva demasiado la acción de este norteamericano; pero como contraste, logra poner en evidencia dos morales opuestas, la de la solidaridad y la de la absorción canibalista, que entra mucho en la moral militarizada del prusianismo, elevada a la quintaesencia de la virtud patriótica.

Y bien, para constituirse en doctrina y obtener esa disciplina cuartelera en toda Alemania, o sea su prusianización, el método más eficaz ha sido el señalado y metódico puntapié suministrado en la real familia, para que todas las instituciones y las demás familias lo imitaran ejemplarmente. Huídos o desparramados los personajes de la época imperial, el método sigue en vigencia, embruteciendo la carne infantil, pervirtiendo la psiquis y convirtiendo a una nación, compuesta de individualidades, en una masa de esclavizadas obediencias, que tanto podrán servir para el bien como para el mal, para construir las armas que usarán en la destrucción de ella misma, como la proficua herramienta, el arado que les proporcionará de comer.

La observación de Eça de Queiroz, que el ex kaiser era un peligro para la paz europea, al poseer bajo su imperio, indiferentemente, cuarenta millones de súbditos, de obreros, de soldados, y todos ellos de una maleable y dócil voluntad, ha sido comprobada en la guerra. No aconteció de otra manera en las demás potencias beligerantes, aunque no con la misma unanimidad. Que esa moralidad esclavizante no pudo ser extirpada hasta ahora, lo demuestran las discusiones para abolir los castigos corporales en las escuelas prusianas.

Para la supresión de estos procedimientos de barbarie inaudita què inculca la ley del talión, el diente por diente y etc. de la Biblia hebraica, en la infancia, convirtiéndola en víctima y victimaria, se citó casos recién acaecidos, afirmando que esa forma de disciplina sólo puede tener efectos desastrosos en la psicología de los educandos.

Entonces, al discutirse la cuestión tendiente a declarar ilegal y contraproducente la brutal metodología de los maestros, que continúan aplicando penas corporales a los alumnos, la Dieta prusiana resolvió no propiciar la sanción de ese proyecto de ley. En la comisión había miembros socialistas que eran partidarios de la reforma, especialmente referente a las escuelas de niñas, mientras que los monárquicos nacionalistas y centristas aun creen en la antigua disciplina prusiana, pretendiendo mantener en vigor esas medidas drásticas.

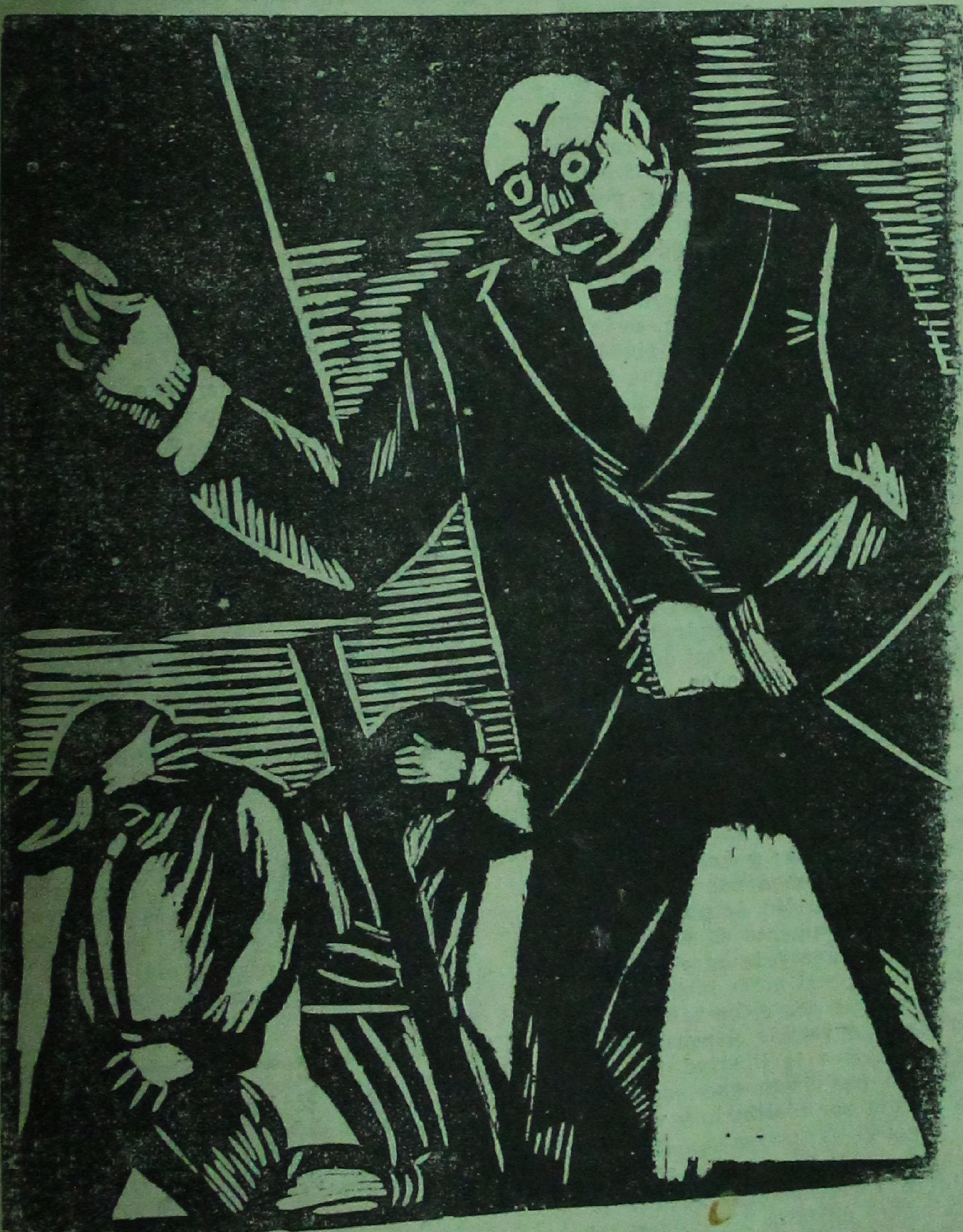
Hace ya muchos años que Eugenio Carriére, el pintor de espíritu moral más fuerte de la época, contestaba a una encuesta sobre la guerra, en el *Worwaerts*, el órgano de la social-democracia alemana, con estas simples y nazarénicas palabras: *Hay que inscribir en las puertas de todas las casas, no insultéis, no peguéis a los niños, porque cuando sean grandes devolverán los insultos y los golpes que recibieron de pequeños.*

Para llevar a la realidad este hermoso postulado, que infiere el origen de la carnicera violencia colectiva de las guerras, a las violencias individuales, no solamente en Alemania no se empezó una prédica y una propaganda bastante vasta, sino en casi ningún país de la tierra.

Y por cierto, en tanto no claudique, no sea destruída y disuelta para siempre la visión sangrienta y guerrerista que los pueblos y los gobiernos sostienen sobre el destino de la humanidad, no se podrá avanzar mucho en la regeneración de la niñez universal, para que no continúen procreándose en una mayor cantidad los Caínes que los Abeles en las luchas zoológicas de la existencia.

***

Aberraciones burguesas



La disciplina escolar, con sus innúmeras torturas y humillaciones, es la cartilla con que el Estado fabrica los esclavos del futuro.

REGIMEN DE CUARTELAZO

El atentado de una asonada militar en España y contra el régimen primista, aun abortado en germen, ofrece un signo sintomático.

Cuando en suramérica las repúblicas eran gobernadas tiránicamente durante años, por mariscales y generales, los cuartelazos urdidos por otros generales y mariscales enemigos del gobierno, constituían la única forma de desalojo de las posiciones oficiales. La dictadura militar, en boga ahora contra el parlamentarismo innocuo y tragón, según han descubierto recién los hombres de espada, la padeció mucho antes Méjico, Perú y varios países centroamericanos. La prolongada estadía de Porfirio Díaz en el poder, dió lugar a un largo período de continuas revoluciones, que hasta en estos tiempos no cesaron del todo. En el Perú, el general, y luego mariscal, Cáceres, produjo varios motines con su derrocamiento definitivo, seguidos de continuas revueltas, generadas por un sistema obtuso de violencia y coacción que los presidentes civiles, en vez de subsanarlos, los agravaron. Idéntico proceso se produjo en otras naciones adyacentes. No se crea que nos hallamos en vena de defender ninguna forma de gobierno, sino de realizar una simple constatación de hechos, contemporáneos y pasados.

La misma antigua Roma, en su decadencia, regida por sus generales victoriosos, pereció a manos de los pretorianos que quitaban y ponían emperadores.

No dudamos que la historia es una sucesión de las mismas experiencias, repetidas, mejoradas o aumentadas, pero iguales en su esencia.

El general Weyler, firmando un manifiesto revolucionario, es, en fin, si algo peregrino, un personaje histórico que se reedita a estas alturas. Primo de Rivera se hallará constantemente obligado a otorgarles todo género de comodidades, de emolumentos y de premios a la virtud a los militares y altos graduados que le son adictos, no tanto para que contrarresten en cualquier momento acciones revolucionarias casi siempre hipotéticas, sino por el pavor de verlos huir con el enemigo.

Será este el incesante juego de su gobierno, y algún día morirá políticamente o físicamente, por el mismo cuartelazo con el cual él se trepó a la dictadura.

Si en la América latina, que tantas taras heredó de la raza hispánica, sucedió siempre así, casi con precisión cronométrica, es imposible que Primo de Rivera ni España se escapen a esta regla.

Luego, como corolario a los excesos de una tiranía cretinizante, se subentrará la inevitable secuela de las revueltas, que de no liberar al pueblo español, le servirán como una magnífica gimnasia para usar de su libertad en el futuro.

—— *** ——

Estadísticas sin comentarios

Composición de la universidad

En el último semestre de invierno, 1925|26, concurrieron a las universidades alemanas 49.000 estudiantes. De ellos sólo 499, es decir, el uno por ciento, eran hijos de obreros. De esos hijos de obreros 60 estudiaban en Berlín, 72 en Bonn, 30 en Breslau, 5 en Erlangen, 41 en Francfort, 25 en Giessen, 10 en Goetingen, 3 en Greifswald, 8 en Halle, 56 en Hamburgo, 4 en Munich, 8 en Marburgo, 47 en Maguncia y 4 en Wurzburgo. En Heidelberg y en Freiburg no hay ningún hijo de obrero.

En las Escuelas técnicas superiores, la desproporción es más desfavorable. De los 17.000 estudiantes del pasado semestre no hay más que 88 hijos de obreros, o sea ½ por ciento.

La procedencia de los estudiantes es también instructiva: de la población universitaria estudiantil de Alemania, 19.500 son hijos de funcionarios, o sea el 39,9 por ciento; un 7'8 por ciento procede de los grandes propietarios agrícolas. De comerciantes e industriales ricos, procede un 36'8 por ciento.

En las Escuelas técnicas superiores (Technische Hochschule), la proporción es parecida: 37 por ciento de los estudiantes son hijos de funcionarios, 6 por ciento de propietarios agrícolas, 43'3 por ciento de comerciantes e industriales.

Belleza de la minería prusiana

En el curso del año 1925, según publicaciones oficiales del ministerio de comercio prusiano, en las minas de Prusia hubo 113.169 accidentes del trabajo, de ellos 1564 mortales.

Accidentes del trabajo en Baviera

En 1925 hubo en el Estado de Baviera, según las noticias oficiales de la inspección industrial, 41.994 accidentes del trabajo, o sea, en comparación con el año anterior, un aumento de 49 por ciento. De esos accidentes no hubo más que 109 mortales. En estas cifras no se registran, claro está, los accidentes de tráfico.

D. A. DE SANTILLAN

POR LA COLONIZACION ANARQUISTA

I

En su libro sobre la *Democracia en América*, el sociólogo Tocqueville expresó este pensamiento: "El arte hace progresos, el artesano retrograda". En menos palabras no podía reflejarse la tendencia general del desenvolvimiento capitalista: la técnica industrial y agrícola progresa, el obrero pierde más y más su humanidad, decae física, intelectual y moralmente. Aunque no muchas, se hacen oir ya en nuestros días voces de alarma contra ese imperioso desenvolvimiento del sistema económico, pero esas voces de alarma son impotentes para poner obstáculos a esa marcha asesina de la técnica, que hace ya más de un siglo que dejó de servir al hombre; el alivio de la pesada labor humana ha sido la finalidad perseguida por los primeros inventores de máquinas. Pero ese noble deseo ha sido totalmente olvidado y en su lugar tenemos la moderna técnica que no tiene otro objeto que multiplicar los beneficios del capital.

Podría escribirse una biblioteca entera sobre el retroceso físico, intelectual y moral de la humanidad simultáneamente con el progreso de la técnica económica capitalista. Los primeros propagandistas del anarquismo vieron claramente ese hecho y procuraron reaccionar con sus proposiciones tendientes a renovar radicalmente la actual organización social. Andando el tiempo la noción de esa triste realidad casi he ha borrado de la ideología revolucionaria de los trabajadores: parece que el enemigo no fuera más que el capitalista, que el patrón, y sin embargo, el capitalista, el patrón, no puede obrar de otro modo a cómo obra, y si el proletariado resolviera un día y realizara el pensamiento de la posesión de las fábricas, sin pensar en cimentar la producción y el reparto sobre nuevas bases y sin torcer el rumbo industrialista de la moderna técnica, la situación sería la misma. Hay que comprender este concepto básico: el hombre no debe ser un simple accesorio de una máquina, al contrario, es la máquina la que debe ser un simple accesorio de la actividad humana. El hombre no debe ser uncido a un sistema determinado de producción, es el sistema de producción el que debe ajustarse a las necesidades y aspiraciones del hombre.

Hoy hemos llegado al punto de no poder someter en modo alguno a la voluntad humana, el curso del desarrollo de la técnica capitalista; es la técnica la que manda, la que nos doblega; un descubrimiento en un dominio cualquiera produce inevitablemente otros descubrimientos en otros dominios, y, quiérase o no se quiera, hay que rendirse al principio básico de la economía capitalista: producir lo más posible con los menores gastos para ganar lo más que se pueda. El millonario más poderoso no podría eludir esa ley férrea y así damos de año en año saltos gigantescos hacia un destino desconocido, cada vez más impotentes, cada vez más esclavizados, cada vez más insignificantes con nuestros brazos o nuestro pensamiento. El capitalismo quiere, se diría, realizar el ideal de la fábrica sin hombres.

Todos los hombres de pensamiento libre han visto el mal y han previsto los funestos resultados que vemos hoy si queremos abrir los ojos en cualquier parte del mundo; pero todo ha sido hasta aquí predicar en el desierto; las máquinas han sofocado la voz de alarma e incluso aquellas luchas heroicas de los ludditas ingleses contra las máquinas que les robaban el pan, lo mismo que los modernos conatos de resistencia obrera a la introducción de los novísimos métodos norteamericanos de la subdivisión del trabajo hasta el último extremo concebible todo eso fué y es impotente. Gandhi, el famoso hindú, ha protestado contra el industrialismo y ha recordado a su pueblo la vida dichosa de los tiempos del telar a mano y los aparatos primitivos de producción. Es una revuelta inútil e incapaz contra el mal, lo mismo que la de los ludditas, destructores de máquinas. Pero es un síntoma de la inquietud que surge diversamente ante la marcha triunfal del industrialismo.

El economista J. B. Say proclamaba hace un siglo: "Un hombre que no hace durante toda su vida más que una misma operación, consigue seguramente ejecutarla mejor y más rápidamente que otro, pero al mismo tiempo se vuelve menos capaz de cualquier otra ocupación, sea física, sea moral; sus demás facultades se extinguen, y resulta de ello una degeneración en el hombre considerado individualmente. Es un triste testimonio que hay que dar cuando no se ha hecho nunca más que la décima octava parte de un alfiler; y no se imagine que es el obrero que lleva toda su vida una lima o un martillo el que degenera así de la dignidad de su naturaleza: es también el hombre que por su estado ejerce las facultades más delicadas de su espíritu. En resultado, se puede decir que la separación de los trabajos es un hábil empleo de las fuerzas del hombre; que acrecienta prodigiosamente los productos de la sociedad; pero que quita algo a la capacidad de cada hombre individualmente."...

Eso se decía hace más de un siglo. ¿Qué diría hoy J. B. Say, el gran economista? La especialización del trabajo ha llegado a extremos monstruosos y aun se intenta progresar indefinidamente por esa vía. Y tiene que hacerse por la fuerza misma de las cosas, pues de lo contrario la concurrencia industrial sería funesta para los capitalistas que se rehusaran a modernizar sus métodos productivos. En este callejón sin salida, únicamente los anarquistas se atreven a lanzar la consigna salvadora: *¡Fuera del capitalismo, fuera del estatismo!*

¿Pero qué significa la voz de los anarquistas contra la economía capitalista cuando son tantas las fuerzas sociales que les vuelven la espalda y no se burlan de esas utopías porque no se paran siquiera a escucharlas?

Esta situación es trágica. Vemos bien claramente cómo el sentido de la humanidad pierde terreno a medida que el capitalismo avanza en su marcha triunfal. Entrevemos una solución racional, justa, humana, y al medir nuestras fuerzas comprobamos que es muy poco lo que podemos. Las fuerzas de la reacción se han desencadenado; el poder político y la riqueza económica son los dos polos de una misma aspiración general en esta hora. Hablar de la revolución, sería gastar la palabra en vano. Los pueblos se encuentran más que nunca seducidos por los triunfadores del presente y no tienen oídos para el pensamiento revolucionario. Eso no quiere decir que nos desesperaremos, que cerraremos la boca para no clamar por la justicia y la libertad, que nos taparemos los ojos para no ver tanto dolor y tanta indiferencia, tanto cinismo en unos y tanta servidumbre voluntaria en otros. No, continuaremos en nuestro puesto y sostendremos contra viento y marea nuestro ideal de vida, desfallecidos, **pero no domados.**

No obstante, es algo duro resignarse a la idea de una duradera inactividad, o a dar vueltas a la noria mecánicamente, sin tratar de abrir alguna brecha en la muralla del privilegio. Un ideal vive y progresa sólo cuando se tiene fe en su realización próxima; y únicamente cuando se lucha y tantea por acelerar realmente esa realización de nuestros ensueños, hay efectivamente en el corazón de los hombres amor y fe en el ideal. Queremos decir que si no se lucha es porque no se ama ni se siente con bastante intensidad. Es inconcebible el pensamiento de un gran amor a la libertad junto a un sistemático pasivismo que nada hace y nada intenta por realizarla y vivirla.

Si hubiéramos de confesarnos a nosotros mismos, diríamos que el movimiento obrero revolucionario adolece fundamentalmente de falta de fe en sus destinos. Se ha hecho del ideal de la revolución una especie de paraíso futuro que nos llegará hecho por arte mágico. Y las grandes masas se desalientan y corren tras aquellos aventureros que más les prometen. Con eso no queremos decir que debemos competir con los simuladores y saltimbanquis de la política en la caza a las masas populares siempre ingenuas. Pero frente a las promesas y panaceas del político descarado, plantemos nosotros el ideal de la libertad como una solución práctica salvadora, como algo que debemos apresurarnos a realizar para labrar la dicha y la fraternidad entre los hombres, e impedir su desgarramiento asesino en la lucha por el pan, por el poder o la riqueza.

És asunto de vida o muerte el reanimar las fuerzas de la libertad para la acción efectiva y activa. Nuestra propaganda en las ciudades necesita algún complemento; una gran mayoría de los obreros organizados continúan pasivos en su mentalidad; van a la organización como irían a depositar una papeleta de voto a la urna electoral; interiormente no se sienten animados por un ideal; a lo sumo les guía un interés inmediato. Y si sobre la mera base de esos intereses podremos crear organizaciones más o menos numerosas en miembros, la idea de la revolución no por eso ha hecho nuevos progresos. Y lo que a nosotros nos interesa en primer lugar es la idea de la revolución y no simplemente la formación de organismos obreros. Organismos ajenos a todo pensamiento revolucionario son más bien obstáculos que factores del advenimiento de un mundo de justicia y de libertad, y organismos obreros que se contenten con aprobar pasivamente en sus estatutos una finalidad revolucionaria y no tengan el diablo en el cuerpo, como diría Bakunin, tampoco pueden ser motivos de supremo optimismo.

Queremos creer que la crisis del idealismo revolucionario será temporal, que está ligada a un determinado período histórico,.— el que trajo aparejada la gran guerra y el fracaso del subversivismo que le siguió. — pero, ¿y si ese período dura más de lo que podemos suponer? ¿Si tenemos ante nosotros cincuenta años o un siglo en el mismo cauce que hoy?

Inquietos por el porvenir, deseosos de ver un poco más de esfuerzo en todas partes, hemos dado riendas a la fantasía — ¿qué otra cosa nos es permitido hacer en tanto que individuos aislados y en este negro momento? — y hemos procurado hallar algún nuevo camino que no sólo no nos desvía de la ruta históricamente aceptada, sino que nos facilitará esa misma marcha, hoy tan diversamente trabada y llena de escombros. Podrá tener algo de utópico uno de los recursos de acción inmediata que queremos exponer; tal vez nosotros mismos, unos años más tarde y en otras condiciones, comprendamos lo que en ello hay de absurdo y de deficiente. Pero ese pensamiento nos apasiona desde hace tiempo y no nos deja en paz. Tenemos una necesidad íntima de comunicarlo a otros y de someterlo al examen de aquellos a quienes nos dirigimos — a nuestros camaradas de lucha y de aspiraciones. No queremos revestir el plan o utopía que expondremos aquí de tecnicismos económicos y de cifras; podría siempre hacerse. Por lo demás no nos interesa dar por nuestra cuenta una guía práctica de acción para todos los momentos. Nos contentamos con la idea general. Si la idea general es aceptada, los detalles y justificaciones vendrán por añadidura.

Invitamos, pues, a tener un poco de paciencia y a leer este escrito. Si el lector juzga que hemos perdido el tiempo y que lo que proponemos es irrealizable o infecundo,, no dirá que nos ha faltado la más sana y la más buena de las intenciones.

Al escribir estas líneas no hacemos más que dar libre salida a la descripción de un ensueño en el que nos complacemos divagar cuando las tristes realidades nos hacen sangrar el corazón. Por lo demás no hay, creemos, ningún mal en que cada uno de nosotros lleve su utopía en el alma.

Decir que el hombre es una mezcla de fuerza y debilidad, de luz y ceguera, de pequeñez y grandeza, no es hacer su proceso: es definirlo. — DIDEROT

—

Propagar el sentimiento del deber y el espíritu de sacrificio: pero no olvidarse que el ejemplo es la mejor propaganda, y que no se puede pretender de otros lo que no somos capaces de realizar nosotros mismos. — MALATESTA

MAX NETTLAU

ESCRITOS PRINCIPALES DE BAKUNIN

Traducciones de Fichte, *Ueber der Restimmung der Gelehrten* (1836), de Hegel, *Discursos gimnasiales*, con introducción de Bakunin (1838); artículo "*Sobre filosofía*" (1840) en ruso, en periódicos de Moscú y de Petersburgo.

Artículo *La reacción en Alemania*, en *Deutsche Jahrbücher* (Leipzig, 1842); dos artículos alemanes y carta a Ruge en los publicaciones y en *Deutsch- Franzosischen Jahrbüchern* (París, 1844).

Cartas relativas a Rusia en *La Réforme* de París (27 de enero de 1845) y en el *Constitutionnel* (10 de marzo de 1846).

Trabajos que permanecieron inéditos desde 1844 a 1847 sobre la filosofía de *Ludwig Feuerbach*, sobre *Polonia y Rusia*, etc. se han perdido.

El discurso a los polacos del 29 de noviembre de 1847 (París, varias veces reimpreso y traducido); el discurso a los polacos en Bruselas, 14 de febrero de 1848, no se ha conservado.

Carta a la *Réforme* (París, 13 de marzo de 1848).

Esbozos para el congreso eslavo de Praga, 1848, de los que sólo son conocidos los "*Fundamentos de la nueva política eslava*" en el texto principal.

Manifiesto a los eslavos, (Koethen, 1848, 35 páginas en 8o.)

Escrito de defensa (1850, en las actas del proceso sajón, todavía inédito.

La *Memoria autobiográfica* conocida como *Ispoved* (*Confesión*) para el emperador Nicolás II, en ruso; impresa por primera vez en Moscú, 1923, en *Materialy*, I de V. Polonski.

A los amigos rusos, polacos y a todos los amigos eslavos, en ruso (Londres, suplemento a *Kolokol*, 15 de febrero, 1862.

La causa del pueblo: Romanoff, Pugatscheff o Pestel?, en ruso (Londres, 1862, 48 páginas en 12o.).

El comité central de Varsovia y el comité militar ruso. Respuesta al general Mieroslawski, en francés (Londres, en un periódico, 3 de enero de 1863, y en folleto, 1863, 24 páginas en 16o.).

Discurso de Bakunin en el banquete de Stockolmo en francés en *La Cloche* (Bruselas, 10 de julio de 1863); *El zarismo y la joven Rusia*, en sueco, en *Aftonbladet* (Stockolmo, 12, 15 y 20 de mayo de 1863).

Un manuscrito que reunía sus ideas, dirigido a la masonería italiana (1865) se ha perdido, con excepción de algunos fragmentos. *Principios y organización de la sociedad internacional revolucionaria* (primeros meses de 1866), en francés, en alemán en *Werke*, III, 1924, pág.7--61. *Programa de la revolución democrática y social italiana*, en italiano, 3 págs., 8o; *Sociedad de los legionarios de la revolución italiana. Estatutos*, en italiano, 14 págs., 8o. *La Situazione italiana*, octubre de 1866, 2 hojas en folio. Algunas publicaciones de la sociedad *Libertá e Giustizia*, Nápoles, 1866-67, se basan en las ideas de Bakunin, que en el periódico *Libertá e Giustizia* escribió sobre el paneslavismo en el otoño de 1867.

Discurso en el congreso de la paz en Ginebra, septiembre de 1867, en texto posterior en los *Annales* del congreso (Ginebra, 1868) en francés.

Proposición motivada..., impresa como *Federalismo, Socialismo, Antiteologismo*, en francés, últimos meses de 1867; en *Oeuvres* (París, 1895.; en *Obras Completas*, Buenos Aires, tomo III.

Carta a *La Démocratie* (París), abril de 1868, en francés; Ginebra, 1868, 18 páginas en 8o.

Dos artículos en *Narodne Delo*, en ruso (Ginebra), N.o 1, 1 de septiembre de 1863; el programa de la revista, aparecido entonces como *Programa de la democracia socialista rusa* (Ginebra, 2 págs. en 8o) es resumido según un esbozo de Bakunin.

Cuatro discursos en el congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad en Berna, septiembre de 1863, en francés; los tres primeros aparecieron en la edición francesa de *Kolokol* (Ginebra), 1 de septiembre de 1868; el cuarto se imprimió como *Discursos en... el congreso de Berna de 1868; pronunciadas por los señores Mroczkowski y Bakunin* (Ginebra, 1869, 23 págs., 8o.).

Programa y estatutos de la Alianza internacional de la democracia socialista, en francés, publicado en Ginebra en el otoño de 1868; en alemán en *Werke, II*, 1923, pág. 180-181.

Programme et Objet. Politique révolutionnaire. Organisation secréte. Organisation financiere (un escrito clandestino de Ginebra, 1868-69, 4 págs en 4o.); antes y simultáneamente hay un gran número de esbozos de programa y de estatutos de la sociedad secreta de Bakunin, de los cuales la mayoría fué publicado, resumido o comentado en 1873, 1899, 1914, 1923 y 1924; v. *Werke*, III, 1924, pág. 63-66, 79-92 y cartas de Bakunin sobre ese asunto, pág. 93 hasta 121, 170-171, 176. Además la exposición de Bakunin, *La Alianza internacional de los socialistas revolucionarios*, en ruso, 1873, y el folleto que reproduce sin aprobación, pero desprovisto de sus bases de organización, el programa de Bakunin, *A los revolucionarios rusos, en ruso* (Ginebra, 1873, septiembre, 14 págs. 12o.). Véase las listas cifradas, impresas también en 1872 por parte adversaria.

La Situazione, núm. 2, en italiano (Ginebra, a fines del otoño de 1868, 4 páginas en 4o.).

Proyecto de una federación de las secciones latinas de Suiza, esbozo que fundamenta el texto enmendado del congreso constitutivo de Ginebra; *Estatutos para la Federación de las secciones latinas aprobados por el congreso latino...*, 2., 3 y 4 de enero de 1869, en francés — Ginebra, 1869, impreso en los carnets de miembros, en francés (Ginebra, 1869, 24 páginas en 8o.).

Artículo en el número de prueba de la *Egalité* (Ginebra), 19 de diciembre de 1868, y una serie de artículos en la *Egalité*, 1869, en francés; alemán en *Werke*, II, 1923, págs. 33-128.

Serie de artículos sobre la *historia de la burguesía y el origen del patriotismo*, en francés, en *Le Progrés* (Locle), 1869; en alemán en *Werke*, II 1923, páginas 9--32.

Algunas palabras a los jóvenes hermanos de Rusia, en ruso (Ginebra, mayo de 1869); en francés, Bruselas, 1869, 8 páginas en 8o.

Discursos en el congreso de Basilea de la Internacional, septiembre de 1869, conservados sólo en resumen en los folletos protocolares.

Carta a *Le Réveil* (París), octubre de 1869, manuscrito inédito, en *Oeuvres*, V 1911; en alemán en *Werke*, III, página 126-154.

A los oficiales del ejército ruso, en ruso (Ginebra, enero de 1870, 39 páginas en 8o.).

Alianza universal de la democracia socialista, sección rusa. — *A la juventud*, en ruso (Ginebra, 1870, 32 págs. 8.o).

La ciencia y la actual causa revolucionaria, en ruso (Ginebra, 1870, 32 páginas en 8.o).

Los osos de Berna y el oso de San Petersburgo, en francés (Neuchatel, 1870, 45 páginas en 8.o).

Carta a la Marseillaise (París) sobre la muerte de Alejandro Herzen, a W. Liebknecht sobre el *movimiento revolucionario en Rusia*, Volksstaat, Leipzig, manuscrito: *Las intrigas del señor Utin*, en ruso (impreso en 1925, *Programa de un periódico ruso* en una carta a Lavrof, 15 de julio de 1870, y otros.

Cartas a un francés sobre la crisis actual, en francés, (Neuchatel, 1870, 43 páginas en 8.o).

El imperio knuto-germánico y la revolución social. Primera entrega, en francés (Ginebra, mayo de 1871, 119 páginas en 8.o).

Estos dos folletos son las dos partes impresas entonces, de un vasto manuscrito escrito desde agosto de 1870 a abril de 1871, del que se publicó primeramente *Dieu et l'Etat* (Dios y el Estado), en Ginebra, 1882, VIII, 99 págs., 8.o menor, luego las partes últimamente escritas, *Oeuvres*, II, 1907, págs. 135-268; IV, 1910, páginas 5-72, 83-222; II, págs. 287-455; III, págs. 183-405, 9-177; en alemán en parte en *Werke*, I, 1921; un número de variantes quedan inéditas; en español, en *Obras completas*, tomos I, II, III y IV.

Preámbulo para la segunda entrega del imperio knuto-germánico, parcialmente sobre la Comuna de París, junio de 1871; publicado por primera vez en 1878: en *Oeuvres*, IV; *Werke*, II; *Obras completas*, Buenos Aires, II, páginas 183-204.

Advertencia para el imperio knuto-germánico, junio-julio de 1871, en *Oeuvres*, IV; *Werke*, II, *Obras completas*, II.

El principio del Estado, en francés, manuscrito sin fecha de aquel tiempo: en *La Societé Nouvelle* (Bruselas), noviembre de 1896, págs. 577-595; *Obras completas*, IV.

Historia de mi vida, en francés, sólo llega hasta 1828, sin fecha, en la misma publicación, septiembre de 1896, págs. 310-313, 317-324.

Tres conferencias a los obreros del valle de Saint Imier, mayo de 1871; primeramente en la mencionada revista, marzo, abril, 1895; en *Oeuvres*, V, 1911; *Werke*, II, págs. 236 a 266; en *Obras completas*, II, 1925, págs. 243-287.

Protesta de la Alliance, carta a la sección de la Alliance de Ginebra e *Informe sobre la Alliance*, en *Oeuvres*, VI, 1913; *Werke*, págs. 129-225, con un apéndice de cartas, págs. 226-233.

Respuesta de un internacionalista a Mazzini, en *La Liberté* (Bruselas) 18 y 19 de agosto de 1871; en folleto italiano (Milán, agosto de 1871).

La teología política de Mazzini y la Asociación Internacional de los Trabajadores (Neuchatel, diciembre de 1871, 111 págs. 8.o). — Además de esos dos folletos hay una carta al periódico de Milán, traducida en *Oeuvres*, VI,- págs. 289 a 302 y una serie de variantes inéditas y de esbozos para la continuación, alcanzando hasta enero de 1872.

Agli Operai delegati al Congresso di Roma, firmado Un gruppo d'Internazionali (Nápoles, 1871, 15 págs., 8.º), una parte de un manuscrito enviado a Italia, octubre de 1871, que fué publicado en italiano en 1885 y se volvió a traducir en francés de ese texto para *Oeuvres*, VI, 1913, págs. 313-422.

Carta a Celso Cerretti sobre la muerte de Mazzini, marzo de 1872, en *La Societé Nouvelle*, febrero de 1896, págs 175-199. — Cartas enviadas a Italia sobre cosas de la Internacional, también en *Werke*, III, págs. 170-216; manuscritos inéditos destinados a la *Gazzettina Rossa* (Milán) y el *Proletario* (Turín), etc.

Carta a los compañeros de la Federación de las secciones internacionales en el Jura, manuscrito inédito, febrero de 1872; esbozos de cartas a Morago, Madrid, y a los Aliados en España, mayo-junio de 1872, en *Werke*, III, esbozos inéditos, primavera de 1872; carta sobre la circular del consejo general de Londres en el *Bulletin* de la Federación del Jura, 13 de junio de 1872, en *Werke*, III, págs. 217-220.

Programa de la sección eslava en Zurich, en ruso; impreso en *Estatismo y anarquía*, suplemento, págs. 22-24.

Un programa socialista polaco (Zurich, 1 pág en 4o.; en francés en el *Bulletin* del Jura, 27 de julio de 1872; las últimas discusiones con los polacos en *Pisma*... 1896, págs. 332-340.

A la redacción de *La Liberté* (Bruselas) sobre el congreso de La Haya, manuscrito, octubre de 1872; publicado primero en *La Societé Nouvelle*, julio a agosto de 1894; *Werke*, III, pág. 221-250.

Manuscrito de una continuación del Imperio knuto-germánico, noviembre a diciembre de 1872, en *Oeuvres*, IV, 1910, págs. 397-510.

Gosudarstvennost i Anarchija (Estatismo y anarquía), introducción, primera parte (1873 en Zurich y Ginebra, 308 páginas en 8o. con 24 págs. de apéndice, de ellas las páginas 1-22 sobre los medios y fines del movimiento ruso de entonces); traducción española, no publicada todavía, *Obras completas*, Buenos Aires, tomo V.

Para *La evolución histórica de la Internacional*, en ruso (Zurich, 1873, II, 375 págs. en 8o.) escribió Bakunin el capítulo sobre *el socialismo en Bélgica* y sobre la *Alianza* y participó en la elección y revisión de los textos y en las traducciones, lo mismo que en la producción de *La anarquía según Proudhon*, en ruso (Londres, 1874), cuyo autor fué James Guillaume; la parte de Bakunin no puede determinarse.

Kuda idte... (¿Adónde ir y qué hacer?), fragmento ruso del verano de 1873, publicado por primera vez en 1923.

Cartas al *Journal de Génève*, 25 de septiembre de 1873 y al *Bulletin* de la Federación del Jura, 12 de octubre de 1873; en alemán en *Werke*, III, págs. 261-267.

Bakunin tomó una activa participación en la redacción de importantes resoluciones de congresos, especialmente de los congresos de Saint Imier, septiembre de 1872, y de Bolonia, marzo de 1873 (*Werke*, III, págs. 251 a 260), luego también en los manifiestos preparatorios del movimiento italiano de 1874, redactados en su última forma por Costa y editados por el Comitato Italiano per la Rivoluzione Sociale, enero y marzo de 1874; tal vez su participación en el tercer manifiesto, agosto de 1874, es mayor aún.

Una *Memoire justificatif* escrita a fines de julio de 1874 en Splügen, ha sido citada en siete pasajes de mi Biografía (1898-1900), en su contenido esencial; algunos pasajes en *Werke*, III, págs. 267-270. De los últimos años de su vida no se conocen más que algunos pequeños manuscritos resumidos en el capítulo 70 de mi Biografía.

Esta lista no aspira de ningún modo a ser completa; por otra parte, algunas contribuciones periodísticas de Bakunin y otras me han sido inaccesibles hasta ahora o pueden serme desconocidas.

Bakunin fué desde la juventud un esmerado cultivador del sistema epistolar y empleó más tarde sus cartas en grado no ordinario para la expansión y profundización de su esfera de acción. Los grupos de cartas más importantes son la correspondencia de la juventud con las hermanas y su círculo, con Stankevitsch y Belinski, luego con Herzen, con Herwegh, desde la fortaleza de Koenigstein con Reichel y su hermana, con diversos en Rusia desde Siberia y desde Londres, con algunos polacos; luego se presentan grandes lagunas, habiéndose perdido casi completamente la correspondencia sueca, italiana, y después la española y la francesa, también la del Jura suizo; quedamos reducidos a pequeños grupos de cartas casualmente conservados, que contienen bastantes cosas interesantes, pero que sin embargo, con ayuda de las noticias diarias para 1871, 1872 y algunos meses de 1874, puede reconocerse la magnitud de lo perdido.



At—

EXPOSICION DE ALBERTO LAGOS (Salón Nacional)

Alberto Lagos es uno de los escultores argentinos que ha sido colocado en el numerario de los maestros — de los jóvenes maestros — quienes poseen tras sí una obra voluminosa, realizada con los recursos ofrecidos por una larga experiencia. Es un alguien, con una respetable reputación, quien se halla en la línea divisoria que demarca un cenit imaginario. ¿Podrá prolongarse indefinidamente esta hora cenital, milagro no común, o constituirá un límite, un foso insalvable, cuya consecuencia ha de ser la inevitable decadencia que importa la repetición? Es lo que no se puede rebuscar ni deseamos predecir. Nuestra actitud es solamente de constatación. En suma, es un *artista* que ha *llegado* en cierto modo, exhibiendo una labor de expresiones para él definitivas, y por ello asume inusitadas responsabilidades ante la opinión pública y la crítica. Esta le ha juzgado muy favorablemente en tono doctoral y sabihondo, con elogios a veces no colocados en su justo lugar: le han loado lo que no tenía, en cambio se descuidaron con lo que le es propio e intrínseco, por decirlo así.

Por la sola circunstancia que exponga una treintena y pico de obras, en las cuales empleó varias materias para diversas manifestaciones, obliga a que se detenga ante ellas para otorgarles un tratamiento serio y severo. Toda despreocupacion ligera hacia una labor de semejantes proporciones, sería indisculpable en nosotros.

Pero respetando el ingente esfuerzo, la magnitud de voluntad requerida para acumular durante años una serie de trabajos pacientemente labrados, que casi siempre son necesariamente insumidos por estas muestras personales, no es posible que este sentimiento respetuoso nos cohiba al enunciar nuestro parecer sin ambajes, y a veces con crudeza. Una verdad amarga puede ser un tónico a quien sepa embeberse de ella, y el que no posea este estoicismo, peor para él.

Las horas transcurridas en las cuatro salas, donde se contiene la totalidad de las obras del escultor Lagos, nos causaron la desoladora sensación de cosas cien veces vistas y vueltas a ver. Es de una brillantez cegadora, que no acusa con firmeza los rasgos de fisonomía alguna. Un eclecticismo que bordea peligrosamente en la impersonalidad. No sabemos, por estas piezas escultóricas patinadas como joyas preciosas, qué piensa qué siente el autor, ni lo que realmente se propone. Se halla entre la escultura de salón y el aborrecible frívolo juguete de chimenea. Su presunta delicadeza es completamente exterior. Parece que modelara en vista a las pátinas con que se acicalaran sus modelos. No se puede decir que se halla desorientado, porque no está inducido por una tendencia definida, ni siquiera se distingue por una técnica personal. La exquisitez de su modelado frisa en lo inane, en el alambicamiento artificioso. A veces nos preguntamos si Lagos pretende ser un plástico en la escultura, o un joyero. Es una vecindad en que ambas artes pierden. Tampoco es un artífice, en la acepción lata del término, o sea, un preciosista que atusa, pule y lima su forma hasta lograr ática impecabilidad, ya que su preciosismo se resuelve en lo epidérmico, de tez para fuera.



ALBERTO LAGOS — *"El arqueo de San Sebastián"* (Figura que mide dos metros y un pico de cigüeña)



ODILON REDON — *"Flores"*

Artífice puede serlo Adolfo Wild, quien trabaja el mármol como un orfebre, buscando la más íntima esencia del espíritu del modelo, y en ocasiones sutiliza tanto que esculpe y burila orejas, narices y manos translúcidas. Este inquietante escultor italiano reune los defectos y las calidades del artista, del creador que se deja fascinar por la sirena del preciosismo. Lagos se halla también distante de este aspecto; siendo éste desviado en caprichosidad externa por los que en su afán de decir mucho dicen menos, nos es respetabilísimo.

Nos parece, pues, un signo alarmante de frivolidad mental, esta extremosa obsesión para que las superficies de los sujetos modelados se revistan de múltiples reflejos joyantes y deslumbradores, a expensas de la intensidad de una expresión cualquiera. Dijérase que a través de sus esculturadas cabezas y máscaras, nada existe, nada las anima; ni piensan ni sienten, porque probablemente el autor no creyó necesario esforzarse en pensar y sentir: si hubo un hálito de vida en ellas, fué sepultado por la inercia del juego de la factura, mero deleite táctil que se dirige a nuestros órganos más rudimentarios y externos.

No nos interesan ni atraen, intensa y profundamente, por los sólitos estados vitales que solemos hallar en la escultura de todos los tiempos: ni por su eminente plasticidad; ni por la pasión interior, ni por la salud plena y florida, ni por la angustia, ni por una punzante serenidad. Solo podrían agradarnos como un vistoso objeto de lujo, adorno inanimado para cualquier rincón. Es que pertenecen ellas a la infinita variedad del género del bibelot, más por el espíritu con que fueron concebidas que por la formalidad empleada. Se les imprimió el aspecto pintoresco, ya sea de la hermosura femenina, del carácter, de la gesticulación, de la sensación de pesar (Dolorosa "Veuve de son esprit") y finalmente de esas pátinas, verdaderos juegos de artificios que debían ser lo correlativo de toda esa exterioridad pintoresca.

Una escultura tratada con tanto *dandismo* era la más apta para gustar a la mediocridad circundante de público, artistas y críticos, hasta hacerle emitir suspiros edulcorados, en consonancia con ese arte de *boudoir* y de tocador. La prueba se halla en que en el formidable coro de alabanzas escritas no hubo una sola nota discordante, excepto la nuestra, siempre la nuestra.

Al escultor argentino Alberto Lagos nada le falta de sus recursos mecánicos y manuales, que al parecer le bastan y le sobran.

*
* *

Es probable que con estas forzosas generalizaciones hayamos pretendido apresar la fisonomía del conjunto de estas esculturas, las cuales, si se pueden referir a las piezas y bustos, que un cronista tuvo la feliz ocurrencia de calificarlas de música de *cámera*, elogio no muy halagador para un escultor, también han de aplicarse a la obra monumental o de composición. Ninguna se libra de ese dandismo, que es una de las aristas más salientes de su personalidad. El contrasentido se halla en que la técnica del resobado *Perseo*, es la misma ejercida en la cabeza *Dolorosa*, que alguien la tildó de *más nerviosa y cálida*. Resulta más mezquino cuando pretende hacer grande de tamaño que al gastarse hasta la usura en cabezas como *Sensitiva*, por ejemplo. Por una razón sencillísima: que si idénticas fallas y defectuosidad existen en una obra de pequeña dimensión, al agrandársela, esas fallas y defectuosidades se harán más evidentes y garrafales.

"El arquero de San Sebastián' es por eso nada más que un monstruoso bibelot. Y nos remitimos al grabado que aquí se publica. El crítico de "La Nación", ha dicho: redúzcase al arquero, y *el estilo de su amplia y recia arquitectura subsistirá a pesar de todo.*

Allí está, parece un centro de mesa, hallazgo bonito en cualquier bazar. Creemos que para quienes no encuentren esa "amplia y recia arquitectura", los comentarios sobran. Y para los que la encuentren, también.

——— ••• ———

Odilon Redon y Mauclair

No sabemos si son muchos los artistas de aquí que aun comulguen con Mauclair como crítico de arte, una de las cuerdas que le dió por tañer, sin que pudiera empinarse más allá de una mediocridad brillante que anda y reanda por sendas trilladas. Pero la mayoría del público, cuando Mauclair emitió sus juicios sobre el doctor Pedro Fígari, Quinquela Martín y algunos otros, no pudo menos que darle fe y creer en la validez de los argumentos aducidos, puesto que coincidían en esclarecer ciertos barruntos que ella abrigaba acerca de esos dos artistas. Es decir, el escritor francés, quien en otras actividades ha podido descollar, vertía las mismas opiniones, mejor escritas y organizadas, que la prensa y la crítica local desparramó con profusión alarmante por las cuatro esquinas de sus diarios y revistas.

Es que no se conoce cuál tratamiento se le otorgó en Francia a Mauclair, por parte del elemento avanzado intelectual, en arte y literatura, desde Octavio Mirbeau hasta los más recientes escritores. "La Nación", tan móvil en la rebusca de sus colaboradores, casi siempre con los deshechos de ambientes superiores en cultura al nuestro.

Aquí también padecemos el martirio del los Mauclair de tercero o cuarto orden, verdaderos colmos de inepcia e incultura. Se hallan hincados en la actualidad grandes diarios, escribiendo siempre en cuclillas en una labor de inocuidad única, cuando no perniciosa y perjudicial.

En ocasión que se celebrara una muestra retrospectiva del artista Odilón Redon, uno de los principales fundadores del Salón de Independientes de París, en la revista francesa *L'Amour de l'Art*, George Valdemar escribía en un comentario incidental lo siguiente:

"¿Asumiré la defensa de Redon? Su retrospectiva que la *Unión Central de las Artes Decorativas* había organizado en el Pabellón de Marsan, nos ha permitido medir el alcance de su obra. Los hombres de mi generación, educados en el culto exclusivo del arte puro, desconfiaron siempre de las fantasmagorías con miras simbolistas de Redon. Pero los mismos que niegan al artista el derecho de expresar otra cosa que sensaciones específicamente plásticas, deben reconocer en Redon un maestro de los colores.

No se resiste al encanto de sus joyantes ramos de flores, de sus cielos incendiados, de sus racimos de nubes, de sus aguas translúcidas, semejantes a fuegos de artificio. Y además Redon tiene en su favor el hecho de ser atacado por Mauclair.

Este ignorante, en su odio le asocia a Cézanne, a Gauguin, a Van Gogh y a los mejores de nuestros artistas contemporáneos. ¿Qué debe hacerse para reducir al silencio a ese Mauclair? ¿Es entonces insensible a los ataques del ridículo que mata?"

Si a Mauclair, en Francia se desea reducirlo al silencio para que no hable de lo que no siente ni entiende, ¿qué podríamos arbitrar nosotros, el raleado grupo de escritores y artistas independientes en eterna discrepancia con la venalidad y la enconada ignorancia de un determinado sector de nuestro medio artístico, contra aquellos, quienes oficiando de críticos y mentores, ni siquiera llegan a la altura mental del difundido escritor francés? No, no, están todavía muy lejos. Así como media un gran trecho entre Pío Collivadino, el ignaro e inepto académico de la Argentina, y Bouguereau, el fenecido académico de Francia, fustigado por varias generaciones de artistas también media un gran trecho entre Mauclair, crítico, y León Pagano — ponemos por ejemplo — y otros críticos de arte.

De Odilón Redon, desconocido casi en absoluto aquí, hemos de dar cumplida noticia de su obra y su labor por las veredas terrenales, en alguno de los números próximos de esta publicación.

——— ••• ———

ARBOLES

Pino — tronco sangriento,
hojas eternas en la sien del mundo —,
algo suspiras si te toca el viento...
—¡Yo fuí la cruz de Cristo moribundo!

———

Laurel, verde laurel,
verde como los ojos de Minerva,
algo tu sombra augusta me reserva...
—Una corona mustia y una copa de hiel.

———

Sauce desolador
—hojas de plata y actitud de llanto —,
tú no tienes derecho a tu quebranto
—No, pero estoy llorando por tu amor.

———

Encina forastera
— honda raiz, ramaje oscuro y fuerte —,
algo tu gesto taciturno espera...
—Hacer tu caja y proteger tu muerte.

———

¡Arboles! ¡Voz de nidos,
lira de vientos, paz de mieles hondas!
Estáis vertiendo llanto en nuestros nidos
y están frescas de sangre vuestras frondas.

———

De la sangre del mundo que agoniza
y del llanto de Job el ermitaño...
¡Pino, Cedro o Laurel, Sauce o Castaño
— diversos en el tránsito del año —,
Sois iguales, al fin, en la ceniza!

JAIME TORRES BODET





VIDA CIENTIFICA

¿QUE ES LA CIENCIA?

La *Nouvelle journée* acaba de consagrar un volumen entero, su quinto cuaderno, a esta cuestión capital que todos los pensadores se plantean cada vez que hay una nueva orientación de espíritus. No podemos ofrecer aquí más que un breve resumen, deseando que el lector pueda completarlo consultando este bello estudio.

La primera respuesta es la de Pedro Duhem y nos es explicada por su colaborador O. Manville de la Facultad de Ciencias de Burdeos.

Duhem era un notable teórico de la física matemática y es en sus obras sobre la Energética, la Termodinámica, la evolución de la Mecánica donde se encontrará desarrollada su concepción de la ciencia.

Espíritu místico, rehusa a la ciencia todo alcance explicativo de los fenómenos. Ella no puede alcanzar la realidad de las cosas, pues la observación y la experiencia no nos ponen en relación más que con apariencias sensibles tomadas ellas mismas en una forma concreta y particular.

El rol de la ciencia es de colocar estas apariencias sensibles bajo formas abstractas y generales cuantitativas susceptibles de dar asidero al razonamiento matemático y de traducirse por leyes experimentales.

Agrupando estas leyes bajo una forma en que las relaciones establecidas entre los datos y los resultados de la experiencia lleguen a ser el reflejo más exacto de los que existen entre los datos de la realidad, el sabio construye entonces la teoría física. Esta última, únicamente representativa, sólo tiene una ventaja, la de darnos una clasificación natural de los hechos y de sus leyes. Como en esta clasificación hay siempre un orden que no encuentra su justificación en sus caracteres prácticos o estéticos, este orden debe necesariamente corresponder a un orden existente en la naturaleza.

Por este método, el sabio llega a cierto conocimiento del mundo exterior, que es irreductible al conocimiento puramente empírico. "*La creencia en un orden trascendental de la física llega a convertirse, entonces, en la única razón de ser de la teoría física.*"

De esta manera, la ciencia nos conduce a una metafísica cuya teoría, o teorías físicas, no serán más que reflejos de más en más netos. No disimulemos que pocos sabios han seguido a Duhem en este terreno vacilante. Desde los recientes descubrimientos de los iones, de los electrones, de la radioactividad, de los grandes principios de la relatividad, una gran parte de sus concepciones teóricas sobre la energética, la mecánica, la termodinámica, han sido trastornadas... ¿Qué quedará de ellas?

Llegamos ahora a la respuesta de Henri Poincaré, condensada con tanta claridad por Andrés George. Es en sus obras *Ciencia e Hipótesis*, *Valor de la ciencia*, *Ciencia y Método*, *Sus últimos pensamientos*, publicados en la colección filosófica Flammarión, que Poincaré ha expuesto lo que pensaba de la ciencia. Contrariamente a Duhem, afirma que su rol no es confirmar una metafísica cualquiera. El deber del sabio es de hacer ciencia por la ciencia y de consagrarse apasionadamente en busca de la verdad por ella misma. Como Descartes, comienza por dudar de todos los principios científicos mejor establecidos para probar su solidez y sólo retener lo que resiste al análisis más riguroso y al control experimental.

La obra de Henri Poincaré es, pues, una reacción contra el dogmatismo de las ciencias físicas y matemáticas de su época.

Para él también es la ciencia, antes que nada, una clasificación de los fenómenos, una manera cómoda de acercar los hechos que las apariencias separaban, bien que estuviesen ligados por algún parentesco natural y escondido. La función de las teorías no es de revelarnos el fondo de las cosas que no conoceremos nunca. Su fin único es de coordinar las leyes físicas que la experiencia nos hace conocer, pero que sin el socorro de los matemáticos no podríamos enunciar.

Sólo hay de verdadero las relaciones entre las cosas. Estas relaciones, una vez determinadas cuantitativamente con exactitud, quedan definitivamente adquiridas. Son piedras indestructibles que servirán siempre, en la construcción de las teorías efímeras. El conjunto de las leyes físicas experimentales nos prueba que debe existir una armonía en la Naturaleza. Desgraciadamente, en su agnosticismo admite que esta armonía que la ciencia descubre no existe completamente fuera de nuestra inteligencia. Por eso no teme escribir: "*Todo lo que no es pensamiento es la nada pura, puesto que nosotros no podemos pensar más que el pensamiento... Y sin embargo, extraña contradicción para los que creen en el Tiempo, la historia geológica nos muestra que la vida sólo es un corto episodio entre dos eternidades de muerte y que en este episodio mismo el pensamiento consciente no ha durado y no durará más que un momento. El pensamiento sólo es un relámpago en medio de una larga noche. Pero este relámpago es todo*". Valor de la ciencia. (Conclusión).

El punto de vista de Meyerson, uno de nuestros filósofos actuales más penetrantes, es muy diferente. Ha sido resumido por Andrés Metz, al que debemos un libro notable sobre las nuevas teorías científicas y sus adversarios.

Meyerson ha expuesto largamente su filosofía de las ciencias en obras considerables como *Identidad y Realidad*, *De la explicación en las ciencias*, y la *Deducción relativista*, editadas por Payot,

La ciencia, según él, describe los fenómenos, luego establece sus relaciones constantes que expresa por leyes científicas. En fin, va aún más lejos. Busca una explicación de la Naturaleza!

Por eso explica los fenómenos descubriendo sus verdaderas causas; es decir, estableciendo que el efecto se deduce lógicamente de la causa y eso matemáticamente, según datos cuantitativos. Ahora bien, según la profunda advertencia de Meyerson, deducir un efecto de una causa, es, en el fondo, encontrar en esta causa el efecto mismo bajo una forma diferente. Como por ejemplo encontramos en el origen del movimiento la energía potencial que ha sido capaz de producirlo. *¡La ciencia buscando de explicarlo todo, busca de identificarlo todo!* Pero en esta tentativa encuentra nociones irracionales, obstáculos insalvables que le impiden de reducir a la unidad el conjunto de la Naturaleza. La mayor parte le será siempre incomprensible e inaccesible.

Este estudio termina con la célebre respuesta que Eduardo Le Roy había formulado en 1899.

Tuvo en otro tiempo gran resonancia entre los sabios y ha suministrado muchos argumentos especiales a los partidarios de la bancarrota de la ciencia. En efecto, niega a la ciencia todo valor objetivo. Según el eminente crítico, la ciencia está hecha sólo de convenciones. Los hechos científicos y las leyes experimentales son la obra artificial del sabio: *La función de la ciencia es organizar la Naturaleza y crear en ella, por una división ordenada a las exigencias del discurso, una verdad racional integralmente mensurable, que sus leyes de origen y de génesis condenan ineluctablemente a la contingencia y a la relatividad.*

Esta respuesta, contra la cual todos los sabios han siempre protestado, ha sido enérgicamente refutada por Henri Poincaré. En el *Valor de la ciencia*, le ha consagrado un capítulo íntegro. "No, exclama, el sabio no crea el hecho, todo lo que crea en el hecho es el lenguaje con el cual lo enuncia. No, las leyes científicas no son creaciones artificiales, puesto que ellas nos son impuestas experimentalmente por la Naturaleza, y nosotros no tenemos ninguna razón para mirarlas como contingentes."

PAUL BECQUEREL

DEL INGENIO

Recuérdate que los matices chispeantes de lo original del ingenio están compuestos por una gran parte de tus vicios y defectos, voluntariamente domeñados, deformados y retorcidos, teniendo por finalidad la consecución de un interés inmediato y utilitario.

Ninguna revolución hasta ahora se elevó por encima del nivel intelectual de aquellos que prepararon su advenimiento; y se obtuvo ya algo cuando una falsa noción fué suplantada por otra más cerca de la realidad.

Pero arribará el día, por último y para siempre, que se cruzará la línea divisoria entre la no sensatez y el buen sentido. Y en ese día pasaremos desde la dominación de una clase sobre otra, originalmente derivada del fetichismo de los tiempos de universal ignorancia, a la fraternidad humana en acuerdo con las leyes de la naturaleza, auxiliada por el profundo y creciente conocimiento de ellas; desde la forma política del Estado autoritario, a la administración industrial; desde la lucha de competencia individualista, a una solidaria cooperación; desde la guerra y el despotismo, a todas las cambiantes formas de paz y libertad.

THOMAS CARLYLE
(History of french-revolution)

M. MULLER — "HUMBUGER KORRESPONDENT"

La obra Teatral de C. Sternheim (1)

STERNHEIM ME HACE VOMITAR

Alguien, el crítico de la antigua "Schaubühne", S. Jacobsohn, dijo con motivo de reponerse en la escena berlinesa "Tabula rasa", que las comedias de Carl Sternheim, por lo cruento de su sátira, habían preparado la revolución. Acaso el juicio no sea acertado. Acaso no sea Sternheim un satírico, pero desde luego Sternheim carecía, antes del 5 de noviembre de 1918, de popularidad bastante para conmover a todo un pueblo. Ahora sí es popular. Los teatros acogen sus comedias con prodigalidad. Representan "Ciclos de Sternheim", en los que no faltan "Die Hose", "Die Kassete", "Bürger Schippel", "Der Snob" y "1913", deliciosas comedias heroicas de la vida burguesa. A Jacobsohn le ocurría en 1919 lo que al público. Es decir que al presenciar después de la gran catástrofe el desfile, en escena, de los tipos cómicos de Sternheim ligaba la existencia de éstos al desenlace de la gran tragedia germánica y los consideraba como su necesario antecedente.

Todos, desde el probo funcionario Teobaldo, de "Los pantalones", hasta el millonario Christian Maske, industrial y Excelencia, héroe de 1913, eran los peones inconscientes de un pueblo. Su carácter, sus dichos, hechos y sentencias, se habían convertido en realidad. "Meta" y "Busekow" — dice el mismo Sternheim — no eran alemanes aislados, o abandonados a su locura, sino alemanes en general, despiertos a la realidad, que provocaron asombro unánime por la manera tan especial con que dominaban el mundo". El carácter, tan real, de estos tipos nacía de un error. Se sometían esclavos a una realidad que era contradicción al espíritu. Que negaba todo aliento



CARLOS STERNHEIM

vital. Los héreos de Sternheim consideraban como suprema realidad este mundo moderno, en que la coyuntura es deidad, en que las "circunstancias" imperan. Este mundo "mecanizado", que diría Rathenau. A este enorme peso se inclinan los héroes de Sternheim. Esta realidad esclava era para ellos su Dios. La servían con fanatismo. Y todo su ideal consistía en la conquista de hombres libres para encadenarlos en su sistema de esclavos. Su proselitismo era de buena fe, pues tenían el vivir desahogado por sublime libertad. El bueno y confiado Teobaldo describe este ideal en "Los pantalones", la primera de las comedias de Sternheim:

"Hay que limitarse a lo suyo, a vigilarlo y guardarlo... En su cuarto conoce uno todo lo que le rodea, que se ha ido adquiriendo poco a poco. No hay que temer que el reloj escupa fuego, o que el canario se arroje sobre el perro para devorarlo. A las seis son las seis como desde hace tres mil años. A esto llamo yo orden. Esto es mi amor. Esto es lo que se es".

Pero ¿no es este concepto de la realidad, de lo que se ve, de lo que se toca, y se cree vivir día tras día, el concepto más voluble y tornadizo? Para la obra de arte, desde luego, pues toda nueva época literaria es un cambio de posición frente a esa realidad al parecer inconmovible. Y la originalidad de Sternheim consiste en negar en sus comedias aquella férrea realidad germánica. Toda crítica que se estime debiera precisar siempre si la obra literaria que examina acepta o copia la realidad existente, del día o de la época, o si la anega y deforma.

Ibsen, por ejemplo, busca gozoso en la realidad de su tiempo. "L'eternelle misére de tout", como Flaubert llamaba a la falsa realidad, es para Ibsen cantera de ideas. Se interesa por falsos problemas que acucian al hombre de su época. Lo mismo el de la emancipación de Nora o de Hedda Gabler, que el de la hermosa patológica. En general, todos aquellos problemas de los que se habla en la prensa, en las academias y revistas sabias. Ibsen, es cierto, contrapone a la realidad la utopía, pero la considera como real, sin detenerse a examinar qué gran truco antihumano le da esta apariencia de realidad. No es extraño que, una vez vencida la primera resistencia, Ibsen deleite a la burguesía alemana, como no ha deleitado a la de ningún otro país. Y es que los tipos de Sternheim, es decir, la burguesía alemana, tenían cultura bastante para interesarse por problemas tan suyos como los que Ibsen llevaba a la escena. Pasaban por la utopía, y por la fuga de Nora o el suicidio de Hedda Gabler, con tal de verse retratados en el teatro y sentirse capaces de pasiones tan dramáticas y de preocupaciones tan hondas. ¡Cuánto gozaría Christian Maske en estas representaciones!

Pero a "L'eternelle misére de tout", le salió un terrible enemigo en la persona de Strindberg. Y con Strindberg viene Wedekind, antecedentes necesarios de Sternheim. El furor de Strindberg contra la realidad hace que los personajes de sus te-

rribles dramas no sean personajes con mentalidad "moderna". Con frecuencia producen impresión de marionetas descompuesta. Strindberg no es sereno frente a esa realidad que tanto odia. Se altera, y de aquí el acento lírico que salta en sus obras en medio de la objetividad dramática. Acaso este fanatismo de poseido explique cierto aire de comicidad de sus tipos, que en la más trágica de las situaciones obliga a la sonrisa. Los conflictos son sencillos, pero los personajes de Strindberg tratan de resolverlos por medios inadecuados. Que son inadecuados lo sabe el espectador y sonríe, pero lo ignora el personaje de Strindberg y por eso sufre en la escena.

Sternheim, como Wewekina, su predecesor, cuya figura se agiganta con el tiempo, destruye la realidad, pero con procedimiento contrario a Strindberg. No inventa sus personajes. Los toma de esa diaria realidad burguesa. De la vida, como suele decirse Pero su arte los hace salir pronto de esa realidad. Le basta a Sternheim acentuar los rasgos pasionales, destacar el amor fanático hacia la realidad en que se mueven Teobaldo, Chistian Maske y compañeros. El personaje se convierte en grotesca contrafigura de lo que pretendía ser. Y esa contrafigura es espejo de vanidad. El equívoco entre los medios puestos para vivir y el fin de la vida misma es tema de la comedia. "La vida — dijo Goethe — es lo que importa, no tanto los resultados del vivir". Y estos resultados son los que preocupan a los personajes de Sternheim. Son trágicos a pesar de ser héroes de comedia — como los héroes dramáticos de Strindberg eran cómicos. — "Georges Dandin" de Moliére, o "Bruno", del "Cocu megnifique" de Cromineiync, creado por el mismo procedimiento de Sternheim, sufren ellos solos por deformación grotesca, de su triste mal. Pero los héroes de Sternheim se empeñan en conquistar el mundo para sí. Son huérfanos de todo espíritu. Su acción mortífera acabaría con el arte y con todo ideal. Esta es la tragedia que yace en el fondo de las comedias de Sternheim. Franz Blei ha observado que "La lucha heroica del burgués moderno, del hombre progresivo contra todo lo que es humano constituye la epopeya del ciclo de comedias de Sternheim".

Sternheim ha sido muy discutido en Alemania. "Siete comedias escribí desde 1908 a 1913. La última que lleva por título el número del año anterior a la guerra, mostraba a qué punto, y tan sencillamente habían llegado los manejos del burgués". El público mostraba aversión a sus comedias, pero la crítica no las dejaba pasar sin dureza. Sólo Franz Blei, el sutil crítico vienés, fué el panegirista entusiasta de Sternheim. "Sus comedias crean un orden nuevo", exclamaba entusiasmado. Blei consideraba como gran hazaña de Sternheim el haber acabado con la individualidad del burgués que se preciaba de hombre moderno e importante; en haberlo reducido a lo que es en la realidad, a masa, sin privilegio para definir ni guiar la vida de una época.

La crítica adversa destacaba en las comedias de Sternheim la inanidad de la acción. El mismo autor confesaba este rasgo: "Cuando en 1908 publiqué una comedia de la vida burguesa, la escena alemana, pasado el naturalismo de Gerhart Hauptmann, estaba ocupada por la mascarada del viejo rey de cuento de hadas, de la joven reina y de los famosos pajes, que alardeaban de neoromanticismo, vertían con brillantez y hablaban en tono solemne. En mi comedia se le caen a una mujer burguesa los pantalones, y nada más que de hecho tan trivial se habla en la escena en un alemán descarnado". Estas palabras definen la comedia de Sternheim. No es el enredo o la situación su afán, sino al definir los caracteres de sus personajes. Franz Blei observó que a las gentes no les gustaba reirse, en la comedia, del marido engañado sino del marido oculto en un armario y en postura incómoda, mientras que su cónyuge falta, con desahogo, a sus deberes sagrados. No es el personaje de Sternheim un payaso de farsa: es un héroe retratado de cuerpo entero, pero, según el mismo Blei, aunque se desespere y alardee como héroe de tragedia antigua, lo grandioso de su gesto se rompe al contraste con la pequeñez de su humanidad.

El cargo más grave contra Sternheim, es decir, el que más llegaba al alma sensible del público enemigo, era el de achacarle falta de piedad, sobra de burla y de acritud. "Carece de amor y de esa bondad que posee aún el más despiadado satírico". Pero Sternheim se defiende de este calificativo de satírico. Sus comedias no son sátira, ni ironía. El satírico es siempre un moralista, que por este afán moral acota y limita el terreno de su acción. Claro está que la sátira supone amor. Jacobsohn, que hace a Sternheim ese reproche de falta de amor, le atribuye, no sólo desamor, sino satánica complacencia en los dolores del mundo, en vez de anhelo de una humanidad mejor. Este juicio supone, como con frecuencia sucede, en la crítica, ignorancia del rasgo fundamental de una obra. Sternheim define una clase social que encuentra en la realidad. Si al definirla la aniquila, por la exaltación de sus rasgos determinantes, no lleva a cabo un empeño moral o inmoral, sino que saca una deducción lógica, que acaso moleste a los críticos, al nivel del espectador, pero que de seguro no satisface a los gustosos de comedias sensibleras, adornadas con el chisme y situaciones graciosas.

Alfred Kerr, el crítico de mayor autoridad en Alemania, y de mayor agudeza y finura de percepción, pone reparos al lenguaje de Sternheim. Es tan esquemático, que a veces las comedias de este autor parecen sólo bocetos, en espera que otro los rellene. En la obra dramática, según Kerr, no importa tanto la brevedad del diálogo como el destacar lo esencial. Esta frialdad gramatical de Sternheim lleva a Kerr a llamarlo poeta sin plectro. Pero Sternheim tiene como máximo interés la definición del carácter. Para lograr este fin, desprecia toda verborrea, toda diferenciación en el hablar de sus personajes. Todos hablan lo mismo, y todos se definen por lo que dicen. Esto es lo que importa a Sternheim.

A. P.

---

(1) *Todo artista y escritor que adopta, por independencia mental, una actitud desembozada y valiente de franca crítica contra el sistema actual, debe merecernos respeto, porque contribuye a minarlo en sus bases, en vista de una posible reconstrucción. Los enciclopedistas franceses fueron quienes prepararon los espíritus para la gran revolución que proclamaría los derechos del hombre. Los hombres de letras que supieron mantenerse en abierta rebeldía y como rotunda desaprobación contra los falsos conceptos, los prejuicios de su tiempo, son el fermento de un futuro mejor.*

Sternheim, con Thomas y Heinrich Mann, fueron los más implacables y encarnizados críticos de la materialote burguesía alemana de la pre-guerra. Por su prescindencia de vanos patrioterismos, tuvo una cordial recepción en París, principalmente por los escritores de avanzada. Es uno de los primeros autores de la Alemania contemporánea, y de los más productivos. No existe mecanismo más complicado, más sabio que una comedia suya. ¡Pero qué solidez! Los mejores roedores — los críticos — intentan hincar el diente en esos muñecos sin gracia; el snob, el fósil. Son los burgueses que él pinta, bajo mil aspectos repulsivos y ridículos. Devela sus defectos, señala sus peores instintos con una bonhomía pérfida. Esas figuras son casi dantescas, en su tremenda vulgaridad. Pero nada de penumbras. Al contrario, una fuerte luz desnuda los rostros demudados de los hombres. Las réplicas son breves. Y siempre una corriente de aire que nos hiela y nos vuelve a la realidad mezquina de nosotros mismos.

No se puede separar el dramaturgo del prosador. Sus ensayos, sus panfletos son de la misma naturaleza coriácea. Sus novelas, en cambio, poseen más venustidad, son más hondas. Busekow, Schulin *o* Meta, *son poemas medio fantásticos y satíricos que no tienen equivalente en literatura alguna, y si se va hacia ellos se encontrará un eco más humano.*

Hará un año y más que algunas de sus obras han sido traducidas al francés. "Les Cahiers du Moi" publicó Busekow, *y también insertaron novelas suyas la "Revue de Géneve y Europe", que dirige Romain Rolland.*

ROMAIN ROLLAND

EL TEATRO DEL PUEBLO

La tragedia clásica

...La comedia de Moliere podría en rigor llenar las primeras necesidades de un teatro popular, pero no satisfacerlas. De una manera general, no tiene mucho de comedia: la risa es una fuerza, la sátira inteligente de los vicios satisface la razón, aunque no se podrá encontrar suficientes alicientes para la acción. La comedia clásica, entre todas, se impone límites reducidos, su dominio es el del buen sentido; allí reina soberana sin salirse tampoco de él. Nada más precioso que el buen sentido: no es en los tiempos en los cuales no escasea, que deberíase decir lo contrario; el buen sentido nos puede conducir a todo, hasta el heroísmo, como se ha comprobado ya. Mas, el pueblo es mujer, guíase menos por la razón que por los intintos y la pasión, las que hay que nutrir y dirigir. Las emociones del gran arte de la tragedia puedan obrar sobre el pueblo como un poderoso revulsivo, cuyos efectos son inapreciables. ¿Existe en Francia un repertorio dramático que pueda servirle de alimento? ¿Existe en Francia un teatro que exalta la potencia heroica de las almas, vigoriza las pasiones y su voluntad?

La primera que se ofrece a nuestro examen es la tragedia clásica del siglo XVII.

Se ha hecho mucho ruido a propósito de ciertas representaciones, como la de Andromaque, en Ba-ta-clan. Es desde allí que M. Bernheim y sus amigos partieron para afirmar que la tragedia clásica era un género popular. Examinemos este suceso.

"La prueba intentada en Ba-ta-clán, escribe Larroumet, ha sido de una evidencia irradiante. *Andromaque* suscitó un entusiasmo inusitado. El pueblo (3.000 espectadores), no perdió un solo detalle de la acción, una palabra del diálogo. Si; la elegancia de Racine, su vocabulario escogido, la generalidad de sus términos, la fluidez de su colorido, este pueblo los percibió y los sintió en todos sus matices."

Por mi parte, yo veo muy mal que el "pueblo, 3.000 espectadores", apreciase "las palabras escogidas" y "la fluidez del colorido" de Racine, de la misma manera como pudo hacerlo un profesor de retórica. Quien quiere probar con exceso no prueba nada. Desconfiemos, y observemos en cuáles condiciones tuvo lugar la representación. Por esta vez fué un periodista anticlerical el encargado de presentar Racine al pueblo; fué un magistrado de los tribunales. ¿Por qué un abogado? ¿El crítico de "La Temps" nos lo explica:

"El magistrado Decori, el célebre abogado, *por su profesión*, debía ver justo en el arte de Racine. No existe un asunto suyo que no aparezca en cada página de "Gazette des Tribunaux". Particularmente en lo que toca a Andrómaca, el sujeto no es otra cosa que un crimen pasional. La aventura de Orestes, de Pyrrhus, de Hermione y de Andrómaca, se limita a esto: una mujer se venga de un hombre que no la ama y en vez pone su amor en otra. Lo hace matar por un hombre que está enamorado de ella, y a quien desdeña, y no obstante está comprometida. El *maestro* Decorí no tiene más que echar mano a sus recuerdos para encontrar una historia parecida, y donde los héroes son un carnicero, su mujer, su empleado y un mercero. Nos la ha narrado, y finalizó diciendo: "Acabo de exponer el asunto de Andrómaca."

Es ahora que comprendo el éxito de Andrómaca. ¿Se ha ofrecido un folletín del "Petit Jornal"? ¿Pero se cree sinceramente que eso sea Andrómaca? ¿Es esto la *fluidez del colorido* y la elegancia de Racine, etc., etc.? ¿Cómo no se percatan que en su arte el sujeto es casi nulo, mientras que el análisis de las almas y la expresión lo es todo? Y cuando se señala de un trazo grosero el asunto del melodrama, ¿no se le hace aplaudir, sino que se le convierte en objeto de irrisión?

M. Faguet ha sentido muy bien este ridículo, y en una de sus páginas más desprovistas de espíritu escolástico, demostró irónicamente lo que la muchedumbre ve en Racine. Faguet no es ciertamente uno de los amigos del *Teatro del Pueblo*; se lo ha probado a menudo a sus lectores de "Journal des Débats" — quienes no pedían más que ser convencidos — (1) "que el teatro del pueblo no puede existir, puesto que no existió hasta el presente". Admitiendo desde ya que jamás hubo progreso y que siempre será lo mismo, lo que resulta bastante cómodo. Este crítico es demasiado espiritual para no emprender el análisis de esta aserción de la cual, más que nadie, conoce el exacto valor. Y con todo, la venganza que me tomaré es servirme de su ironía para tornarla en nuestro provecho. Escribe:

"¿Ustedes se han avenido a encarar Andrómaca como un melodrama?

Si lo han reflexionado bien, observarán que se le puede tomar también por esa faz. Existe un inocente perseguido, un traidor ayudado por una traidora, y un feroz tirano. He ahí los elementos del melodrama; están todos. Y después de muchas peripecias, en las que el personaje simpático no cede, que llega hasta el punto de cometer una debilidad y no la comete, permaneciendo fiel a sus nobles sentimientos: su amor maternal, su amor conyugal. El feroz tirano muere, el traidor se enloquece y la traidora se apuñalea, y el personaje simpático se convierte en reina de Francia con su pequeñuelo salvado de las aguas.

Sigue un proyecto de desenlace a lo Diderot, para representaciones populares: el coronamiento de Andrómaca. — "Que ella suba al trono, que Cefisa le traiga el niño, que Andrómaca se lo ponga sobre las rodillas, que lo abrace con efusión, y la tela cae".

Pero — continúa Faguet — examínese cuántas tragedias clásicas encierran un melodrama con esos elementos suficientes y necesarios: personaje simpático, personaje simpático en peligro, peripecias, personaje triunfante al fin, la virtud recompensada y el vicio castigado.

He visto representar *Fedra* y *Athalie* ante un público popular, que estuvo respetuoso, pero frío. En Fedra no se interesaba más que por el inocente perseguido, Hipólito con Teseo en el cuarto acto, y el recitado de Teramene. Respecto a Hipólito, fué otra cosa. El efecto producido fué de asombro y nada más. El público popular se hallaba asombrado, después anduvo de asombro en asombro hasta el final. Y ello es natural. ¿Qué hacía ese manojo de pueblo durante toda la representación de esa tragedia? ¡Qué se quiere que hiciera! Buscar el personaje simpático, sin encontrarlo. Racine se descuidó o desdeñó ponerlo.

Ese público se decía: ¡Bueno! Joad es un viejo canalla, muy bien después de todo; Atalia es un viejo canalla, que se vuelve chocho; Abner es pura y simplemente un imbécil. ¿Pero por quién se quiere que yo me interese? ¿Dónde está? ¿Cuándo saldrá de entre los bastidores? Lo espero para conmoverme".

El público lo esperó hasta el fin del quinto acto; y luego que Atalia fué degollado; Joad el vencedor y Joas coronado, le resultó todo igual. *Para mí mismo también.*

Perfectamente, me había convertido un poco en pueblo por el contacto ardiente de esa muchedumbre, y llegué a esta conclusión: "Es admirable esta pieza; pero admirable e interesante son dos cosas extremosamente diferentes: y para aquellos del interés dramático, *tienen razón*. No es, pues, una pieza interesante."

Tómese buena nota de estas últimas líneas tan lúcidas y libres. Ellas enuncian una gran verdad que se puede aplicar no solamente a Atalia, sino a una buena parte de las obras maestras de la literatura clásica. Que el teatro de Racine no sea popular, es un hecho que nada prueba contra Racine, ni contra el pueblo. Son dos mundos diferentes, que no hay interés en acercarlos. El gran ar-

te de Racine es de una impersonalidad serena, en cuyo fondo se transparentan como en agua límpida las almas y las emociones — sobre todo almas débiles y emociones femeninas. El autor no toma ningún partido; apenas parece apasionarse por y contra los acontecimientos sobre los cuales se aniquilarán sus héroes: nada hace para alterarlo, lo soporta pasivamente. No se siente en él una fuerza superior que busca imponerse: el Maestro por quien la muchedumbre, sobre todo la muchedumbre francesa, gusta de ser dominada en el teatro por el pensamiento o simplemente por el verbo, — que hizo en nuestro tiempo la popularidad más o menos justificada de Dumas hijo.

El teatro de Racine es la obra de un diletante de genio, que se entretiene en el arte por el arte, a quien la acción nada le interesa, y que consecuentemente sólo puede ser gustado por los artistas como él, — la aristocracia del espíritu cuyo número fué siempre reducido.

Sucede otra cosa con Corneille. Se encuentra uno ante una voluntad que se dirige directamente a la voluntad, de un hombre que le habla al hombre, con una gran corriente de acción que une de una manera continua el público y la escena. Ciertas gentes — las delicadas — pueden ser chocadas por la insistencia fatigosa de un autor que os habla en la cara, que no os deja más, después de haberos asido, y que os aturde con su violenta facundia. Pero la multitud se complace en ser dominada, poseída. Ella no se apercibe con Corneille de ese extraño malestar que inconscientemente experimenta con Racine; quedando ajena a lo que pasa en la escena, al margen de los dramas íntimos. Corneille la arroja directamente en la acción. Realiza esa primera ley del gran poeta dramático: de hablar para todos. Después de todo, ese robusto normando es pueblo por ciertos rasgos de su temperamento: su amor por el discurso, por su violencia sanguínea, sus bruscos arrebatos, sus subitáneas contradicciones en sus sentimientos, todo lo instintivo salvaje que se abriga bajo las ideas generales, — como Horacio apuñaleando a su hermana en nombre de la razón (2). Esos caracteres de una sola pieza, que un gran acontecimiento imprevisto los trastorna todos desde los pies a la cabeza, cuando la pieza es de esencia puramente popular. Esos cambios absolutos, esas mutaciones totales de las almas como las de Cinna, de Emilia, de Augusta, en el final de la tragedia son casi inexplicables a las conciencias burguesas, lentas y reflexivas; y es natural a las almas apasionadas sin matices (3).

Y sin embargo ninguna pieza de Corneille pudo ser considerada completamente popular. Por muchas razones:

El idioma: Es un hecho general, que la forma de la tragedia o de un drama se mustia y envejece más pronto que la de una comedia; por lo menos cesa más temprano de ser comprendida por el público. En efecto, es más realista, se apoya menos en la observación de la naturaleza, y es más subjetiva, más individual: recibe con notable intensidad la huella de su tiempo y de la nación. La imaginación del poeta se nutre, malgrado él, de la atmósfera de su siglo, de las convenciones estéticas que el autor respira en su medio. Nada pasa más rápidamente de moda como la metáfora poética, cuando el poeta vivió la existencia de la corte, de los salones, donde el mobiliario intelectual se renueva cada diez o veinte años. Así, frecuentemente esas imágenes se vuelven ininteligibles, salvo a una pequeña élite de refinados, que encuentran un encanto particular, que tiene más de raro y de sorprendente sea que ellas ardan en un fuego misterioso como las metáforas de Shakespeare, sea que adquieran esas tintas delicadas y empalidecidas de las estampas clásicas. Al margen de esas causas generales de usura, el estilo de Corneille es oscuro. Salvo en los puntos culminantes de la acción, es abstracto, embrollado, a menudo impropio, a veces enigmático; se murmuraba ya en su tiempo sobre el galimatías corneilliano. No quisiera que esto fuera un obstáculo a la admiración del pueblo, que no pone mientes en el discurso, sino en algunas frases destellantes y sonoras que valen por el acento. Pera es también una cuestión enojosa que se debe reconocer y deplorar: esta estúpida fascinación de la palabra, ante la cual abdica la razón, causó en el curso de la historia desgracias innumerables. El rol de un teatro popular, lejos de alentar el adormecimiento de los espíritus, debe combatirlo, no presentando al pueblo nada que no pueda comprender.

Por otra parte, el sistema dramático de Corneille está hecho para tediar a un auditorio popular. No le ofrece más que un mínimo de placer. Escasos personajes; pocos acontecimientos; nada en el montaje del escenario, una acción que es trabajada por palabras abstractas. Ese teatro reposa sobre el discurso en latín, las amplificaciones de la oratoria tribunalicia, en fin, la retórica burguesa. Nada para la vida física, para un pueblo que sufre en la opresión. Nada para su imaginación infantil y ávida. Se siente que ese arte es una expresión de una sociedad *de imaginación seca y de razonamiento exigente*, lo opuesto de lo que es el pueblo (4). Esto va contra las ideas, los sujetos, los mismos personajes, de quienes una buena parte son, para nosotros, extraños y lejanos.

No se trata solamente de ciertos arranques de furor, que ya no sentimos el aguijón con la intensidad de antes, pasiones de la edad de piedra, como lo del punto de honor (más sorprendente en el teatro español, que conduce a los héroes de Calderón a actos peores que atroces, absurdos). No se trata más que de las partes muertas del alma, de esa galantería insoportable, de la fría cortesía amorosa, ridículamente pasada de moda. Es un arte político confeccionado para los hombres de Estado, de patriotas, de teóricos del gobierno o de la revuelta. Refleja — como se ha dicho — la generación de los grandes ambiciosos que se materializaron sin alguna pena en Richelieu y Mazarino, "esas almas fuertes y duras", en quienes la pasión dominante era la de gobernar, y que en pensamiento, y tal vez en acción, ensayaban todas las formas políticas, y, razonando sobre todas las cosas, contribuyeron a la elaboración de la poderosa máquina del Estado del siglo XVII. A ellos se dirigen las discusiones de Cinna, de Sertorio, de Otón. Por más penetrantes que sean ellas, ¿qué interés guardan para nosotros? Sin duda nuestro tiempo, como el de Corneille, es una época de política, que trata afanosamente de resolver problemas de gobierno y de la vida social, de encontrar una fórmula nueva que satisfaga nuestras exigencias intelectuales y morales. Pero las cuestiones que nos ocupan difieren absolutamente de las de hace doscientos años; y en política no se apasiona uno más que por las cuestiones presentes. Las razones de Cinna y de Máximo no perdieron su sabor, aunque son — como sucede siempre con Corneille — discursos de aristócratas duchos en la práctica de los negocios de Estado, y desdeñosos del pueblo. ¡Que él desconfíe! En el fondo, esas discusiones entre contrarios conducen casi siempre a la apoteosis de la monarquía, de la paz victoriosa que sigue a las largas guerras.

Se comprende que Napoleón haya hecho servir a *Cinna* a sus designios y que Talma la haya interpretado en Erfurt ante los reyes vencidos. Pero hoy esos espectáculos suenan a falso. Y en cuanto a imponérselos a los pueblos por su grandeza de arte, sea ello por las ideas en que se amparan, es un diletantismo que no deja de tener sus peligros.

Un pequeño número de obras de Corneille me parecen inmediatamente accesibles a la multitud:

Horacio en los gritos de heroísmo está muy bien — un poco demasiado — para sacudir a la muchedumbre. Asimismo, el proceso final no está exento de una grandeza popular que no escapa al público actual. Desgraciadamente el idioma es a menudo oscuro y la acción lenta y fría. La juventud ardiente del *Cid*, su libertad, su abundancia generosa de vida, inspiran una simpatía irresistible. No sé sin embargo si el problema caballeresco planteado por los gentilhombres duelistas de la corte de Luis XIII no será un poco arcaico para los obreros del barrio de Saint-Antoine. *Nicomedes* podría ser la obra más popular del repertorio corneilliano: los héroes son de la especie cara al pueblo: un buen gigante jovial, un Sigfrido solo entre sus enemigos, descubriendo sus perfidias, burlándose de sus mezquindades con una irónica bravura y finalmente victorioso.

Las figuras que forman su escolta son todas pintorescas: la bella salvaje Laodice, el viejo rey, miedoso y mendaz, el caballero francés Attala, el diplomático anglosajón Flaminius. La pieza está hábilmente montada y las aventuras tienen un interés más imprevisto que se intensifica hasta el final. ¿Por qué será que el estilo es más obscuro y el galimatías es más inextricable?

Como Horacio y más aún Nicomedes, no se podría representar sin cortes ni explicaciones.

En suma, sin avanzar más en el examen, me parece que a menos de someterlas a varias mutilaciones, nada puede emplearse ni retener de la tragedia del siglo XVIII, nada más que para la lectura y no para la representación.

---

(1) Journal del Débats, 20 *de julio de* 1903.

(2) *Idem, id.*

(3) *"C'est trop ma patience a la raison* fait place*" (Horacio matando a Camila): Es demasiado a mi paciencia, es la razón que la reemplaza.*



(4) *Ciertos versos de Corneille muestran una sucesión tan rápida e inesperada, como la mímica semibárbara de un actor japonés:*

Ma haine va a mourir, que j'ai crue immortelle; — Elle es morte, et ce cocur devient sujte fidelle; — Et prenant desormais cette haine en horreur, — L'ardeur de vous succede a sa faveur (Cinna)

Mi odio va a morir, yo que lo creí inmortal, — ella ha muerto, y mi corazón se le vuelve fiel; — Y tomando desde ya horror a ese odio, — El ardor de servires sucede a su favor.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

Continuación

El padre retiró a Landauer la pensión, porque el hijo "estaba perdido para la familia"; así se vió el joven forzado a ganarse por sí su sostén. Comenzó una vida proletaria de privaciones, de miseria externa e interna. Landauer habitaba entonces con Stefan Grossman en Pankow, un suburbio de Berlín. Grossman, que más tarde se convirtió en un periodista burgués, informa sobre esa época:

"Habitábamos juntos. Landauer publicaba el semanario *Der Sozialist*. Era un periódico para los socialistas que no podían ni querían marcar el paso con los batallones obreros, sino que querían marchar a la cabeza. Llovían denuncias e intervenciones policiales, imperaba la miseria, pero había también horas realmente felices. Un tiempo *Der Sozialist* no era escrito, al menos una parte de él, sino compuesto directamente. La policía buscaba manuscritos, pero no podía hallar nada. Un camarada, un excelente tipógrafo, componía los artículos al dictado o de acuerdo a una conferencia que conservaba en la memoria. Los artículos de Landauer parecían forjados a martillo: no había en ellos una palabra de más. Landauer y los demás redactores del *Sozialist* no fueron desconcertados por la prisión; al contrario, en la celda se fortificaron y afirmaron sus convicciones. La actividad y la vida privada eran como un todo. Era una completa revolución interior la que preparábamos — yo recuerdo que en la discusión en el *Sozialist* no se me llamaba nunca sino con mi nombre de pila, — era natural y comprensible que nos tratáramos de tú. Y cada uno de nosotros fué seducido por la mirada de una preciosa amiga creyente en el futuro, que se mostraba fuera de la prisión (Landauer se había casado con una obrera enferma del pecho; se había casado con el proletariado).

Yo me dirigí después al extranjero. Volví después de muchos años y escuché una conferencia de Landauer sobre el amor libre, que pronunció ante damas ricas y elegantes. Dijo cosas temerarias; tan revolucionario como a los 20 años, no obstante que las damas sonreían de las más atrevidas expresiones y cuchicheaban entre sí las palabras fuertes. Eso no me agradaba y no volví. Cuando pronunció una conferencia en un hotel del Tiergarten (el barrio más rico de Berlín), sobre el "elan vital" del filósofo Bergson, me costó un esfuerzo acudir. Más tarde me dijo que no había un solo profesor alemán que pudiera describir tan bien como Landauer la evolución del bergsonismo desde la filosofía alemana. Él fué el profesor más profundo y perfecto de literatura y de filosofía de todo Berlín. es una vergüenza que ninguno de los dirigentes pensara en colocar a este sabio distinguido en su verdadero lugar. Sobre la base de su libro *Meister Eckehardt* y de sus conferencias sobre *Skepsis und Mystik*, que aparecieron en 1903, autoridades de ideas más libres le habrían debido ofrecer una cátedra en la Universidad. Pero manos amigas debieron acudir y preparar series de lecciones para que ese hombre apareciera ante damas ricas — a fin de que sus hijos pudieran comer bastante — y él, el altivo, no se ponía un traje de sociedad, sino que conservaba su corbata voladora, dejaba crecer libremente el cabello y no le atragantaba de ningún modo su atrevido aspecto. Pero esa especie invariable de su comportamiento aparecía más fatal aún en el salón. Su cabello caía en rizos sobre su cuello, su barba se parecía a la de un Cristo y su corbata le daba la apariencia de un bohemio, lo que era en él realmente extraño. Fué observado, admirado, criticado por las damas. Yo habría preferido ser reporter de diario sobre los accidentes callejeros y habría informado sobre los recientes caídos, un trabajo que se paga por línea, antes que hacer eso. Pero él no tenía ojos para los oyentes; sólo oía su voz interior. No prestaba ninguna atención a la incomprensión creciente. Era, aun en el salón, un hombre aislado".

En 1892 fué fundado por jóvenes artistas y obreros, un teatro popular en Berlín, "Die freie Volksbühne". Actualmente es uno de los mejores teatros de esa ciudad. Landauer tomó parte en sus trabajos y a él hay que agradecer en gran parte que ese teatro popular llegara a ser lo que es hoy. Perteneció desde el principio a la dirección de la "Volksbühne y trabajó con toda su alma, con toda su energía y con todo su entusiasmo, para ese hogar artístico del pueblo. Dedicó al teatro toda la riqueza de su amor. Conocía el arte escénico y actuó con la fuerza de su naturaleza entera como crítico, organizador, consejero y como iniciador; puso a disposición de él sus brillantes dones y su capacidad para interpretar las obras de los grandes poetas. Sus volúmenes sobre los dramas de Shakespeare lo testimonian.

En 1893 estuvo Landauer 11 meses en prisión por un artículo subversivo, publicado en el *Sozialist*. Cuando salió no tomó parte menos celosa en la lucha, y llegó hasta el punto que las autoridades prohibieron la publicación ulterior del periódico. En ese tiempo escribió una exposición crítica sobre el congreso socialista de Zurich, que tuvo lugar ese año. Los anarquistas no habían desistido aún de tomar parte en los congresos socialdemócratas, y Landauer fué como delegado de los anarquistas alemanes. Fué Bebel el que lo difamó y le trató de agente policial. Es la vieja táctica que emplearon, que emplean y que emplearán los políticos, contra los antiparlamentarios. Landauer, que no era un político y que además era un carácter más fino que Bebel, visitó después del congreso a su amigo Fritz Mauthner y le dijo las siguientes palabras características: "Y sin embargo, ese Bebel es uno de los mejores; es un error el que sea político". Aquí se revela la excelen-

cia del carácter de Landauer: no odiaba a aquellos que le hacían mal.

En 1895 comenzó Landauer a editar de nuevo el *Sozialist* y escribió también por ese tiempo un folleto, *Ein Weg zur Befreiung der Arbeiterklasse*. Este folleto se pronuncia por la huelga general, y después de la revolución alemana se hizo tan actual que fué reimpreso en 1919. Veinticinco años más tarde, pues, había conservado su valor de actualidad. En su primera edición ese escrito era prematuro, o mejor dicho: el movimiento obrero alemán estaba atrasado, porque creía en las palabras de los politicantes.

A las luchas de afuera se añadieron bien pronto las disidencias internas. Algunos años después de la segunda serie del *Sozialist*, en 1879, Landauer, que hasta entonces había sido el alma del *Sozialist*, fué criticado por algunos anarquistas porque escribía demasiado pomposamente, demasiado ingeniosamente y no lo bastante simplemente para los trabajadores. Lo cierto es que el periódico no sólo trataba la cuestión del estómago, pues para él el socialismo era más que un problema del estómago. Para él era un asunto de humanidad y quería abolir el proletariado y educar a los trabajadores de tal modo que ya hoy, en la época del capitalismo, fueran susceptibles de comprender la belleza en el arte y en la literatura. No podía contenerse al ver como los hombres llevaban una vida de embotamiento espiritual, y ese era el punto en que se distinguía en su propaganda de otros muchos: no vió en el socialismo un provecho que se podía conquistar de una vez por una revolución. Los hombres deben prepararse antes para el socialismo por una convivencia socialista, es decir, deben vivir su vida psicológica, espiritual, con más calor interno. Aquellos que esperan alcanzar el socialismo mediante una revolución, con un salto, son justamente los que creen que el socialismo puede ser alcanzado por la legislación, por el Estado. ¡Cuán lejos está de Landauer un tal punto de vista! Cuanto más vivan los trabajadores hoy mismo, bajo el Estado y el capitalismo, una vida socialista, tanto más aumenta la cultura socialista y tanto más grande la perspectiva de que los trabajadores, después de una revolución, después que hayan entrado en posesión de la riqueza, puedan vivir una vida socialista. Landauer era un hombre de realidad; aspiraba desde hoy mismo en tanto que socialista a vivir como en una sociedad socialista y a llevar a los trabajadores una cultura semejante.

Además, ocurrió que era literato, una naturaleza artística sometida a las leyes de su temperamento. Eso contribuyó a que su naturaleza de artista, relegada a causa de su celo apasionado por la causa del socialismo, no pudiera desarrollarse libre e independientemente, pero se vertió en los trabajos de propaganda en la forma del estilo. Su idioma es raro y peculiar. Fué uno de los mejores estilistas de Alemania: escribía la prosa más pura y más hermosa. Así ocurrió que no vaciló en dedicar números enteros del *Socialist* a una cuestión literaria. Escribió, por ejemplo, un número sobre Goethe, en donde dice:

"Yo quisiera poder comprimir con fuerte y segura presión todo lo que significa para mí uno: Goethe, hasta que cristalizara y fluctuara sobre todos nosotros como radiante y colorida piedra preciosa. Y después quisiera penetrar en vosotros, que estáis abajo desde hace milenios y debéis soportar la infamia y la miseria, después quisiera soldaros en un montón, amasaros, hasta que vuestros pobres cuerpos, los desolados trozos de vuestras almas, quedaran convertidos en un pedazo de tierra. ¡Ved, os señalo a Goethe para que veais lo que sois vosotros mismos! Tales sobresalientes surgen en el curso de los tiempos de la generación humana. ¿Y qué habéis hecho con vosotros? Es cierto que trabajáis duro y seriamente para poder vivir, pero ¿para qué vivís?

Ved, ojalá sea Goethe para vosotros un objetivo y un símbolo. ¡No os dejéis arrojar del palacio de la vida y de la grandeza! Sed codiciosos, percibid penosa y dolorosamente que vuestras almas y vuestros cuerpos sufren muchas deficiencias. No sólo necesitáis alimento y habitación, necesitáis también superabundancia, riqueza y ocio!

No existen subversivos más eficaces que los genios de la humanidad. Ellos os amonestan, minuciosa y cotidianamente: ¡Ahorcaos o levantaos en vuestros corazones!, pues tal como sois ¡sois superfluos y apenas se os puede soportar!"

Como vemos por estos ejemplos, para Landauer se convirtió directamente la suprema embriaguez artística en un ardoroso grito de rebelión. Lo que carcomía su corazón no era el hecho de que en nuestros días no haya Goethes, sino el hecho de que no hayamos avanzado bastante, el hecho de que el *público* no estuviera bastante elevado. "La generación humana debe ser levantada a un nivel superior; tan sólo sobrepasaremos a Goethe cuando deje de ser un milagro para nosotros y sea algo natural, como Homero, como la canción popular que se ha vuelto una cosa comprensible". Estas palabras señalan que Landauer en todo lo que se propuso, sólo fué inspirado por el pensamiento de llevar al pueblo a un grado superior de cultura.

(Continuará)

***

ARTHUR ARNOULD

El Estado y la Revolución

Lo que se encuentra bajo todo gobierno

Cuando se desarma al pueblo para armar al poder, el gran argumento es que es necesario crear una fuerza independiente que, cerniéndose sobre pasiones e intereses de partidos políticos, asegure el triunfo de la ley y de la justicia uniforme para todos; una fuerza ponderatriz, cuya función consiste en identificarse con la voluntad y necesidades de la mayoría, en hacer respetar a la primera, satisfacer las segundas, etc., etc., etc.

Esta teoría sería perfecta si no fuera absurda; si los hechos no la hubiesen desmentido siempre.

¿Cuándo ha representado el gobierno, una día, una hora, un momento, un segundo, este papel fantástico y providencial que se le atribuye?

¿Y cómo podría representarlo?

¡Cómo! ¿El gobierno se cierne sobre pasiones e intereses de partidos?

El mismo se llama, ya partido conservador, ya partido republicano, y no habla sino de los intereses de ese partido.

¡Cómo! ¿El asegura el triunfo de la ley y de la justicia iguales para todos?

Fijaos un poco.

Hay leyes — buenas o malas, poco importa — ellas existen.

¿Cuál es el gobierno que las ha aplicado indistintamente, tanto las que le perjudican como las que le favorecen?

¿Cuál es el gobierno que no deja dormir una buena mitad — sea una u otra, según el capricho de los hombres que están en el poder?

¿Cuál es el gobierno que no se abroga el derecho de interpretar a su paladar las que él pone en movimiento y de *falsear* o *forzar* su aplicación?

He aquí el código y he aquí la Constitución.

El gobierno dice *blanco*, y la oposición, cualquiera sea, dice *negro*.

¿Quién se equivoca? ¿quién tiene razón? — No es esta la cuestión.

Un hecho domina todo: y es que si los hombres que gobiernan desaparecieran para dejarles el lugar a otros, *la interpretación de la ley y su aplicación cambiarían*.

Lo que éstos prohiben, denuncian y castigan, aquéllos lo recomendarían, aprobarían y recompensarían.

La legalidad — no verdadera, sino práctica — se desplazaría, cambiando, para los gobernantes, las nociones de derecho y deber. Así, los perseguidos, perseguirían; los que juzgan, serían juzgados; los que condenan, no serían absueltos.

No hay, pues, con las formas políticas de gobierno, ni ley positiva, ni justicia asegurada, ni la certidumbre del mañana.

No hay más que el reinado de la fuerza.

Si ella está, por azar, de acuerdo con la equidad, un momento, tanto mejor. Si no lo está...

Y he ahí que esto se renueva incesantemente, no obstante la gran Revolución que habiéndolo destruído todo, salvo el principio político del gobierno, ve, desde hace ochenta años, desaparecer sus más preciadas conquistas ante el incremento deletéreo de esa norma destructora de toda libertad y de toda dignidad.

Habláis de Luis XIV y del rey de Dahomey. Os frotáis las manos y gritáis: —"Hemos fundado el poder democrático que nos da la seguridad y representa la soberanía nacional."

¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

El 3 de septiembre, gritar: —¡Viva la República! — era delito.

El 4 de septiembre, el delito era gritar: —¡Viva el emperador!

Seis meses después, la asamblea de Burdeos gritaba: ¡Viva el rey!

M. Thiers ocupó el poder y fué, gracias a la ficción gubernamental, la personificación de la impecabilidad del Estado. El representaba la nación. Dudar era rebelarse a la ley, desconocer la voluntad nacional. ¿De veras? Sí, el 23 de mayo. Pero el 24, ¡quién lo hubiera dicho; quién lo hubiera creído! El gobierno se llamaba Mac-Mahon.

Instantáneamente, en el tiempo que se emplea en ingerir un vaso de vino, él se transformó, a su vez, en la ley y representó a la nación.

A las seis de la tarde, el grito: —¡Viva Mac-Mahon! — llevaba a la cárcel.

A media noche, el grito: ¡Viva Thiers! — conducía a Mazas.

Después viene, fresquita, una Constitución — ¡Viva la República! — es grito legal.

De súbito se revela un nuevo poder: la conciencia del mariscal.

M. Jules Simon salta, la Cámara es disuelta, M. de la Fourton reina y he ahí que los que la víspera representaban el Estado, es decir, la ley, la soberanía nacional caen en desprestigio, se hacen sospechosos y no representan ya nada del todo... a los ojos de los gendarmes.

¿Es que el país ha cambiado?

¿Es que treinta y ocho millones de franceses han cambiado, cual otras tantas veletas, treinta veces en siete años de Norte a Sud, de Este o Oeste?

No. Es tan sólo el gobierno el que ha cambiado.

Pero entonces, ¿cuál de esos innumerables gobiernos ha representado la ley y la voluntad nacional? ¿Cuál y en qué momento?

¡Halladme, en este admirable mecanismo político del poder unificado y centralizado, la seguridad del mañana y la estabilidad que se pretende para los gobernados a cambio de su libertad!

Bien véis que todo esto no representa sino las pasiones y voluntad de los hombres en el poder; que acá no hay regla ni principio ni garantía ninguna, sino estado de guerra permanente; que el gobierno no es más que una fortaleza en la que cada partido penetra, a su turno, por la violencia, y desde donde tiraniza y aterroriza a sus adversarios. Ocupado siempre en defenderse, en aplastar a sus enemigos, el gobierno no os ha dado ni os dará jamás la libertad.

Descorred el velo constitucional, parlamentario, representativo, y sólo encontraréis

¡La esclavitud en el atolladero!

1877.

BIBLIOGRAFIA

Bénédite Léonce. — "Rodín". (58 págs. de texto y 40 heliograbados fuera de texto). Precio, 13.50 fr. París, F. Rieder et Cie., 7, Place Saint Sulpice. 1926.

Este libro forma parte de una colección de "Maestros del arte moderno", iniciada por la casa F. Rieder et Cie. de París, que publica además diez volúmenes sobre el arte francés desde hace veinte años, una buena contribución a la historia y al conocimiento del arte decorativo moderno en Francia.

Bénédite, el autor del volumen aquí mencionado, era una de las personas más autorizadas para hablar de Rodin, el hombre y el artista, pues ha mantenido íntimas relaciones con él durante muchos años. Además, su calidad de conservador del Museo nacional del Luxembourg y del Museo Rodin, y sus trabajos anteriores sobre el gran escultor (1923) ha-



cen que su palabra en esta materia sea merecidamente escuchada.

En este libro resume los datos más importantes de la vida de Rodin, describe sus cualidades de trabajo, las características de su modo de trabajar y los rasgos fundamentales de su psicología. Tratándose de Rodin, uno de los más grandes creadores en el arte moderno, todo lo que se refiere a su persona y a su obra merece la pena conocerse. Rodin es susceptible de ser un maestro de muchas generaciones artísticas, tanto por sus obras como por sus pensamientos sobre el arte. Hay en Rodin rasgos tan varoniles y tan llenos de vigor que no podrían explicarse más que por su contacto con el alma popular. Bénédite dice al respecto: "Rodin se vanagloriaba de haber nacido "pueblo" y de haber permanecido "pueblo", es decir de haber quedado más cerca del alma popular, como los grandes imagineros de las catedrales, a quienes eligió entre sus guías, y es tal vez, en efecto, en ese fondo donde tomó la savia fuerte y vigorosa que renovó y rejuveneció el arte"...

Bénédite nos da una impresión viva y simpática de la grandeza de Rodin, completada por las reproduciones de 40 obras unas más y otras menos conocidas, de ese trabajador infatigable.

"Der Bonzenspiegel. Splitter und Späne aus dem Klassenkampf für den Klassenkampf". Edición Der Syndikalist, 80 págs. en gr. 8°. (El espejo de los caciques. Astillas y virutas de la lucha de clases para la lucha de clases), Berlín, 1926.

Nuestra editorial hermana de Alemania acaba de publicar una recopilación original de pequeños documentos, frases, recortes de periódicos, hechos, etc., del enorme panorama de la explotación de las masas proletarias por el reformismo, el comunismo, la socialdemocracia, etc. Hay astillas y virutas elocuentes sobre la iglesia, sobre la escuela del Estado, sobre los príncipes alemanes, sobre el parlamentarismo, sobre la socialdemocracia y la guerra, sobre la socialdemocracia y los escándalos financieros como el de Barmat, sobre el ministro del interior Severing, socialdemócrata, sobre los sindicatos reformistas y la guerra, sobre los comunistas, sobre las persecuciones en Rusia y sobre los sindicatos rusos. Este folleto equivale a unas alforjas bien repletas de verdades para arrojar a la cara de los pobres diablos que no quieren abrir los ojos y siguen sumisos la vía de una explotación desvergonzada en nombre de la revolución y del socialismo.

"Historia universal del proletariado". Veinte siglos de opresión capitalista. Publicaciones Mundial, Barcelona, 1926.

La editorial Publicaciones Mundial, Barcelona, ha emprendido la publicación en cuadernos de 48 páginas de una historia del proletariado a través de los siglos. El total ocupará dos tomos de 300 páginas cada uno. El cuadernillo suelto se vende a 30 céntimos. Es uno de los primeros ensayos de ese género en lengua española, escrito sencillamente y susceptible de dar una sensación de la peregrinación del productor a través de los siglos. Según los tres primeros cuadernillos que llegaron a nuestras manos, podemos recomendar su lectura y su difusión en nuestras bliblioteca.

D. A. de S.

AÑO V

BUENOS AIRES, 12 DE JULIO DE 1926

LA PROTESTA

N.o 231

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — giros a M. TORRENTE

La esclavitud de ayer y de hoy

¿Llegará para la humanidad el día en el cual considere a un rey — por lo que encarna de suma y símbolo de los aberrativos sistemas autoritarios — como la invención más absurda, más disparatada, surgida del infernal y nebuloso caos de la mentalidad multicéfala de la inmensa mayoría?

Tenemos el deber y el heroísmo de esperarlo. No importa la enorme avalancha de tiempo que nos separa y veda la vista de ese futuro. No importa que una buena parte del género humano se encuentre aherrojada por sus gigantescos prejuicios que la sujetan, la encadenan con hilos tan sutiles e invisibles como aquellos empleados por los gigantes de "Los Viajes de Gulliver" para inmovilizar a su huésped Jonatán Swift, el célebre satírico irlandés. He ahí, para nosotros, la corpórea imagen de la humanidad esclavizada por sí misma y por extraños. Sus destinos, su alto fin es de hacer un uso armonioso de la libertad. Para ese ejercicio de la civilidad, de independencia moral, de libre examen, en todos los tiempos existieron sus precursores y mártires. Es un duro, sangriento y milenario aprendizaje. Y no de otra manera se podrá alcanzar ese bien mayor que los reune todos en sí, que es la suprema libertad física y moral.

La educación, o la reeducación, para que cada uno sea el rey de sí mismo, para que necesite de la libertad con tan angustiosa urgencia como el aire, el oxígeno motor de su sangre, puede ser lentísima, durará una infinidad de tiempo, pero ha de llegar, porque es el ideal congénito de nuestra especie. Nuestro estado normal no es ser esclavos. No lo ha sido nunca. Y las continuas rebeliones cruentas y horrorosas que ensangrentaron y ennoblecieron la historia universal, demuestran que aun en la peor abyección, los seres humanos tienden al equilibrio de sus facultades más nobles en el ansia desesperada de la libertad.

¿Entonces, cuando la emancipación espiritual, sustentada por la económica, haya sido un hecho para casi todos, como lo es ahora el saber leer, ¿qué dirán las futuras generaciones de estas invenciones grotescas — tiranía, Estado, etc. — en las cuales los hombres de nuestro tiempo delegan toda potestad para que los conviertan en viles piltrafas cuando a ellas se les antoje?

Es que, por ahora, las grandes masas humanas se contentan con la ilusión de una libertad teórica e hipotética, que en el instante que se quiere usufructuarla verdaderamente, se dará de bruces con la miseria, la cárcel, el hospital y el cuartel. Es un león libre en un bosque sembrado de trampas. Al menor paso fuera de lo reglamentario y establecido por férreas leyes, será atrapado en una de ellas. Así van, dando tumbos, las grandes muchedumbres mundiales, de la miseria a la cárcel, al cuartel, la casa de lenocinio y el hospital. Y si alguien le enrostrara su disimulada esclavitud, además de negarla, rechazarían la acusación como una falsía, como una calumnia.

En Hendon, en honor de los reyes de España, se llevó a cabo un imponente despliegue de fuerzas aéreas de Gran Bretaña. Por supuesto, las maniobras hubieron de ser la prueba palpable del alto grado de perfección a que arribara esa quinta o sexta arma, después de costosas sumas, resumidas en cifras astronómicas. Pero lo que de sobremanera llamó la atención, fué una pequeña escuadrilla de aeroplanos que efectuó un bombardeo, entre los aplausos delirantes de la distinguida concurrencia, entusiasmada por la admirable puntería y por la perfección con que las granadas daban en el blanco, produciendo explosiones formidables. Esta vez las granadas se portaron obedientemente, haciendo un papel lucido, y divirtieron a las regias calabazas. Sí; los reyes se divierten. Son los espectáculos que sólo se confeccionan para huéspedes privilegiados y de elevada prosapia: como en la antigüedad, las testas coronadas se obsequiaban mutuamente con los combates a muerte de sus huestes de esclavos.

Hoy, en ese Hendon, ese barrio de Londres, los esclavos y la muerte se hallan ausentes, no son visibles, con la visibilidad material de entonces. Pero la esclavitud, sino de derecho, de hecho existe.

Existe, por sustentar esos reyes, esa ingente pirámide de los armamentos de guerra, cien veces más alta y pesada que las de Egipto, y porque esas granadas que los hijos del pueblo fabricaron, hoy tan obedientes y dóciles con sus amos, se volverán contra aquellos mismos, para destrozarlos con la furia de un mastín mal amaestrado.

Esto, que ha acontecido hasta ahora y en la hecatombe mundial, acaecerá por muchas décadas todavía.

Sin embargo, conociendo la verdad en la prolongación de sus múltiples consecuencias, no nos desalentamos. Nuestra fe, apoyándose en la eterna utopía, esencia del ideal de perfectibilidad humana, es inquebrantable.

ESPEJISMO FASCISTA

Alguien, quien escribe en diarios burgueses y archirreaccionarios, y francamente opuesto a nuestra bandería ética, después de loar estruendosamente a Mussolini, proclamándole el personaje mesiánico de la Italia corrompida por el liberalismo y el bolcheviquismo, confiesa que está *atacado ya del frenesí imperialista*. No es una novedad la que este profesor de historia nos escancia, con tono campanudo de profeta de guardarropía. No se dieron muchos casos de tiranos que para afianzar su poderío mal habido no hubiesen debido ocurrir a las empresas imperialistas. A la del ex kaiser, su tiranía mansa aguantada con soberbia y máxima vanidad por sus súbditos, le era imprescindible un ideal de hegemonía mundial. La borrachera de efervescente chauvinismo era así más eficaz y de notables efectos anestésicos sobre todo lo que no incumbiera a la reedición del antiguo imperio romano por los guerreros teutones. Todo lo que fuera en contra de esos vastos proyectos de expansión de la elegida raza germánica, era considerado sacrílego y pasible de la libre vindicta pública, cuyas sanciones son casi más inapelables que las de cualquier tribunal judicial.

Mussolini, *imperatore e ré* en fárfora, es decir en canuto, no podía ser precisamente una excepción. La sonada aventura de Corfú fué el primer síntoma de la escarlatina expansionista. Y siempre con el pretexto de la exhuberante proliferidad de la raza italiana, tuvo otra retumbante gritería en el Tirol, que le fué devuelta, corregida y aumentada, por el primer ministro del Estado prusiano.



Italia, que en el año 1871 poseía 27 millones de habitantes, se encuentra hoy, después de la guerra, con 42, mientras que Francia, con un territorio más extenso, contiene sólo 40 millones. De manera que la cuota de la emigración italiana ha ido aumentando más y más de año en año. El extraordinario fenómeno de la proliferidad de las familias italianas ha sido comprobado repetidamente en la teoría y en los hechos. El aducido pretexto, como lo fué antes de la guerra el de la raza alemana, es verosímil y aparentemente fundamentado.

Por eso dicen que necesitan colonias para volcar la superabundancia de la población. Como, además, las restricciones inmigratorias en vigencia en varios países del mundo, — y especialmente en los Estados Unidos, — impedían enviar el mismo volumen de emigración de los años anteriores, la tesis fascista del necesario imperialismo se presentaba ante los ojos de muchos de una sensatez única, o sea marca Mussolini.

La ilusión colonial fué glosada y teorizada de tal modo, que en una revista que se publica actualmente en Roma — dirigida por un profesor de la Universidad romana, diputado fascista e íntimo del duce, — se sostuvo la idea que Córcega debía pertenecer a Italia, arrancándosela a Francia.

El exiliado profesor Gaetano Salvemini, de quien es esta cita, refuta este espejismo imperialista del fascismo con argumentos irrebatibles. Más conocedor que nosotros de los problemas internos de Italia, y poseedor de vastas miras internacionales, será oportuna la transcripción de algunos de los párrafos más explicativos, de un breve trabajo suyo:

Escribe el autor:

"Es una débil ilusión creer que el problema inmigratorio pueda ser resuelto con una expansión colonial.

Los emigrantes italianos no abandonan su país para convertirse en campesinos en un territorio deshabitado o precariamente cultivado: buscan en cambio una ocupación como trabajadores menos explotados, en naciones prósperas, donde los salarios pueden ser más altos. Trabajan tenazmente, conducen una vida de rigurosa economía, ahorrando lo que más pueden y enviando sus ahorros a sus hogares."

Luego cita un ejemplo de probable colonización italiana:

"Italia posee una colonia en Africa: Eritrea. Durante diez años de alocada política militar, que se prolongo desde el año 1887 hasta el 1896, no fué posible que se estableciese allí ningún emigrante. Pero después, a partir de 1897, gobernada por hombres de buen sentido, quienes hicieron todo lo que pudieron para mejorar las condiciones de ese territorio, no se obtuvo tampoco que ningún trabajador fuera allí."

Por otra parte, hay pocos que no sepan que Córcega es y ha sido siempre una isla pobrísima, y cuyos habitantes, en su mayor parte campesinos, se hallan también obligados a emigrar. Su clase media busca refugio en Francia, ya ocupándose en la marina mercante, o ya en las oficinas públicas.

Este solo detalle de la problemática conquista de Córcega, denota la calidad del imperialismo fascista, de un verdadero frenesí descabellado.

EDUARD WECKERLE

CAPITAL Y TECNICA

La introducción de la máquina de trabajo ha modificado radicalmente el proceso productivo y creado fundamentos perfectamente nuevos para las condiciones vitales de los hombres. El nuevo medio de producción se mostró en seguida como un concurrente superior del trabajo manual y además obró separativamente entre hombres y producción y extendió la expropiación de la tierra comenzada ya siglos antes a los instrumentos de trabajo.

El alto costo de compra hizo de las máquinas de antemano un privilegio de los ricos. Sólo ellos pudieron hacer obrar en su favor el poder maravilloso del vapor y colocar en vastos locales de trabajo telar tras telar y máquina de hilar tras máquina de hilar. Pero el obrero que no pudo sostener con sus viejos instrumentos de trabajo propios la competencia con los nuevos poderes, fué forzado a la venta de sus brazos al propietario de los nuevos medios de producción. Con ello obtuvieron los ricos un poder muy distinto y mucho más terrible que antes. Con la posesión de los brazos mecánicos de trabajo se convirtieron también en amos de los brazos humanos. El que quería trabajar, o sea el que era forzado al trabajo, tenía que someterse a ellos y comprar de antemano el derecho al trabajo con un tributo al "que da el trabajo". Así tocó al propietario de máquinas una doble ganancia: la mayor productividad de las máquinas mismas y el tributo que tenía que aportar el pobre para poder trabajar.

Hasta entonces los propietarios no supieron siempre qué hacer de su riqueza. Las únicas posibilidades de obtener ganancia estaban en la adquisición de tierra, en el comercio, en la manufactura y en el préstamo de dinero, pero en general eran muy limitadas. Ahora se agregó a esas posibilidades una perfectamente nueva y más llena de perspectivas. La adquisición de máquinas dió la capacidad de crear como en un juego riqueza de la riqueza.

La importancia del vapor fué comprendida pronto por los poseedores. Con respiración contenida siguieron los ensayos prácticos de las primeras máquinas de Watt y estallaron en una manifestación de júbilo cuando los resultados colmaron las esperanzas. Nunca alegró tanto un triunfo del espíritu humano los ánimos de los estratos posesores del pueblo como la presentación del invento de Watt, pero raramente también ha valido menos el entusiasmo a la victoria humana que el infinito poder que dió esa invención a los ricos sobre los pobres. Los posesores supusieron justamente que el hecho de Watt abriría para ellos una nueva era de poder y que el vapor transformado en fuerza creadora se convertiría en el medio para romper definitivamente la resistencia de los trabajadores y dictarles las condiciones de trabajo.

Todas las barreras trazadas hasta entonces a la codicia insaciable de riquezas se derrumbaron de un golpe. En manos de los ricos los inventos a que habían dedicado otros los esfuerzos de una vida entera, se convirtieron en fuentes inagotables de riquezas, y comenzó una danza en torno al becerro de oro sin ejemplo en la historia y ante la cual no forma más que un pálido reflejo la danza de los sepultureros de la guerra mundial. Todo el que dispuso de dinero se adhirió al gran cortejo. Conocimiento y capacidad no eran necesarios para eso. El trabajo silencioso y tenaz del inventor los había hecho innecesarios. La riqueza se reprodujo en cierto modo por sí misma. Por fin el vapor resolvió el secreto largamente buscado de hacer "trabajar" el capital.

El nuevo poder fué utilizado despiadadamente y toda nueva invención dió fresco estímulo a la avaricia. Los nuevos amos, que según palabras de Roberto Owen "no poseían más que sentido de los negocios y elementos de aritmética", consideraron pronto insuficiente la jornada "natural". Los nuevos obreros de metal no estaban ligados a leyes fisiológicas. No necesitaban dormir ni pedían reposo y días de fiesta. Cada hora más que fuesen mantenidos en movimiento implicaba una mayor producción y una mayor ganancia. Ese encanto hizo perder toda consideración a los obreros de carne y hueso. Estos fueron forzados a prolongar la jornada hasta la alta noche y a renunciar a las horas de reposo y a los días de fiesta.

En ese confuso proceso de producción fué creado el fundamento del moderno capitalismo, del industrialismo. Un abigarrado ambiente humano se convirtió en su creador involuntario. Nombramos aquí sólo a los inventores más importantes de aquel período de transformación: el relojero Kay, el carpintero Wyatt, el barbero Arkwight, el tejedor Hargreaves, el mecánico Crompton y Watt, también mecánico, el cura Cartwright y el pastor de vacas Stephenson. La riqueza hecha accesible por el trabajo de esos hombres y de otros pioneers de la revolución industrial fué inaccesible para la mayoría de ellos. Pero los nuevos amos del negocio supieron tanto mejor desviar a su favor la corriente de oro. Su riqueza se multiplicó en un lapso de tiempo insignificante y agrandó sus proporciones en la misma medida que se ensanchaba el círculo de la miseria de los pobres.

Un acontecimiento decisivo y que formó la condición del desenvolvimiento y la difusión del capitalismo en aquellas décadas tempestuosas fué que se elevó a la categoría de elemento básico del derecho civil el poder ilimitado de disposición sobre la propiedad. Cada cual pudo hacer o no hacer con su propiedad lo que quería. No debía por eso rendir cuentas a nadie. El que quería instalar una fábrica y fabricar telas, podía hacerlo sin inconveniente alguno, aunque no existiese una necesidad de la nueva producción. También podía un fabricante cerrar su establecimiento cuando quisiera, aunque eso produjese una perturbación en la satisfacción del consumo necesario. Esa libertad, sin embargo, no era nueva. Ya la manufactura había quebrantado la antigua regulación soberana de la producción, tal como se desarrolló del modo más conveniente en el período floreciente de la ciudad medioeval; pero tan sólo el vapor condujo a una completa supresión.

Fué destruído un viejo orden, pero no se puso un orden nuevo en su lugar. El reconocimiento del poder ilimitado de disposición sobre la propiedad tuvo que desembocar en un estado caótico y desorbitado en donde fué determinante como derecho el poder económico del individuo, no el bienestar del conjunto. La supresión de la comunidad en el centro de toda acción y su sustitución por el egoísmo del individuo, abrió el camino libre para la actual modalidad económica. El fundamento del moderno capitalismo es por eso caótico, como tampoco el actual "sistema económico" es más que la ausencia de sistema elevada a sistema.

Ese estado de cosas se volvió peligroso también para el capitalista. Tuvo que contar cada día que un capitalista más poderoso pusiera en marcha un establecimiento idéntico y concurriese con él. Si acudía en su socorro la técnica dirigida continuamente al perfeccionamiento de los métodos existentes de producción para proveer al nuevo establecimiento de máquinas más renditivas, entonces la ruina de la vieja empresa era inevitable y el porvenir de la nueva estaba asegurado — hasta que otro, en mejores condiciones, le preparase el mismo destino. Con eso intervino un nuevo factor: la base de la producción perdió su continuidad anterior y el empresario de la producción su seguridad. El poder ilimitado de disposición de la propiedad elevado a derecho hereditario se comenzó a vengar en algunos capitalistas mismos, pues el derecho del hombre a la explotación de los demás no podía excluir el derecho a la explotación del explotador.

Entre tanto, no sólo hubo rápidos progresos de la técnica de la producción, que llenaron de intranquilidad a la economía y a los capitalistas. Las nuevas máquinas de trabajo impulsaron al gran establecimiento, pues sólo la asociación de un gran número de ellas permitía la más rentable utilización. La concurrencia entre los capitalistas no sólo se convirtió en una carrera en apuesta donde no decidía sólo la superioridad técnica y la diligencia comercial, sino ante todo el poder financiero reunido en las manos del individuo. El que no tenía capital o tenía poco, pero que simultáneamente quería participar en la explotación de las nuevas fuentes de riqueza descubiertas, trató de complementarlo con el capital de otros, ofreciendo en cambio un porcentaje de la ganancia. De esa manera se movilizó el capital pasivo hasta entonces para la nueva economía y se desarrolló un nuevo derecho civil: el interés del capital.

Todos esos hechos creados por la revolución de los métodos de producción elevaron el capital a la categoría de poder inaudito y modificaron al mismo tiempo radicalmente las condiciones sociales. Las últimas supervivencias de una comunidad popular fueron deshechas y surgieron aquellos dos grandes grupos, el del capital y el del trabajo, que, separados entre sí por un abismo infranqueable, cayeron en una irreconciliable disputa.

Lo que los primeros inventores imaginaron como una ayuda para la humanidad laboriosa, se transformó de ese modo precisamente en lo contrario, más por las circunstancias casuales que por el poder de entonces: en lugar de ser un amigo del obrero, la máquina fué su constante fatalidad, cuyos efectos, como hemos visto, todavía no desaparecieron. Al contrario, la técnica, en su progreso, aumentó infinitamente el carácter terrible de esos nuevos instrumentos, trasladando a lo que primero fué una contienda entre individuos y después dentro de una nación, primero de Inglaterra al continente europeo y finalmente a todo el mundo. Pues con el tiempo desarrollaron las nuevas condiciones sus propias leyes de nuevo. Causa y efecto se anudaron y entraron en un tráfico constante.

Una importancia decisiva de la ulterior evolución hay que atribuirla al interés del capital. Surgido primero sólo como un favor de los métodos de producción modificados o al menos convertidos en fenómeno general, el interés del capital se convirtió en un nuevo elemento que influyó e intranquilizó toda la economía. El interés por el capital se volvió cosa tan natural que todo empleo de capital sin interés fué considerado en lo sucesivo como una pérdida directa. Todo nuevo capital, lo mismo que el existente, impulsó formalmente a una colocación rentable y afluyó incontenible al proceso de la producción con el resultado que los cuadros de la producción se extendieron mucho más allá de las necesidades existentes. Una perturbación en la reproducción del capital no se pudo impedir más que conquistando sin cesar nuevos mercados y encontrando nuevos consumidores.

En el curso de pocas décadas todo el mundo fué atraído de ese modo al círculo de la moderna industria. Las regiones más lejanas de la tierra fueron inundadas con artículos industriales baratos y transformadas en una especie de ensanchado territorio interior de la industria europea y norteamericana. Así comenzó, fomentada por la técnica progresiva del transporte, la era industrial imperialista que complicó en una disidencia cada vez más grande a los Estados industriales y finalmente llevó a la mayor conflagración mundial que haya experimentado la humanidad.

Una consecuencia del interés del capital elevado a principio de toda economía es también el aumento considerable de la inestabilidad de los medios de producción resultante de la concurrencia y del desenvolvimiento técnico. "La burguesía no puede existir sin revolucionar los instrumentos de producción, es decir, las condiciones de producción, o sea todas las condiciones sociales" (Manifiesto comunista). La burguesía debe pensar siempre en crear posibilidades de empleo, es decir, de "trabajo", para su capital. En esa aspiración es apoyada primero involuntariamente por los inventores voluntarios. Cada uno de los mejoramientos técnicos indicados por ellos los recoge de inmediato el capitalismo, siéndole completamente indiferente que resulte de ellos o no un beneficio económico para el pueblo. Para la burguesía sólo es decisivo el problema de la posibilidad de capitalización. Pero cuanto más avanza la reproducción del capital, tanto más superfluos se vuelven muchos capitales, tanto más grande es el peligro de "desocupación" para el capital. El interés amenaza caer. En ese estadio la burguesía no puede dejar al azar los progresos técnicos. Es forzada a estimular ella misma nuevos descubrimientos. La apertura de nuevas posibilidades de empleo del capital se convierte en una necesidad ineludible y en condición de vida para la burguesía.

Todos los éxitos en el terreno técnico y científico, de que se alaba la burguesía como de los resultados "del libre espíritu de empresa", no son, pues, más que fenómenos necesarios de la aspiración especulativa del capitalismo. No es por tanto exacto el considerar la técnica y la ciencia como factores independientes y autónomos de la economía y el querer hacerlos responsables a ellos solos de la actual inestabilidad de la vida económica. Cuándo se deslizó ese error y lo necesario que es resistirle, lo muestra la siguiente frase de Robert Liefmann, un economista por lo demás tan sobrio en sus juicios: "Condiciones económicas más equivalentes — escribe Liefmann en "Die Unternehmungsformen" — no serán posibles en una distribución de la producción desde arriba, sino sólo con la interrupción del progreso técnico. Este y no la codicia privada, que sólo debe ser obstaculizada en los abusos, es la causa principal de las oscilaciones de la coyuntura y de la situación caótica de la producción".

Esa afirmación no tiene valor más que en relación a un caso determinado o en relación a los comienzos de la revolución industrial. Una generalización — como la de Liefmann — es sin embargo insostenible. Con mucha más razón — al menos en lo que se refiere a las últimas décadas, se puede establecer la regla general que la codicia privada, el esfuerzo por mantener en alto el interés del capital, precipita artificial y conscientemente el progreso técnico. Este reconocimiento es importante por otra razón aún. Si la realidad fuera otra y fuera la técnica en realidad el único poder misteriosamente subversivo, entonces el capital nacional e internacional, soldado por carteles, trusts y konzerne, suprimiría hasta cierto grado ese defecto. En verdad ni en el pasado ni el presente faltaron ensayos al respecto, pero las alianzas recíprocas tuvieron y tienen, en el mejor de los casos, existencia sólo para un determinado período. Siempre son quebrantadas por la necesidad de colocar los nuevos capitales. Las leyes creadas por el capitalismo le obligan a rebelarse de continuo contra sí mismo. El caos, el fundamento y la esencia del modo capitalista de producción, se rebela contra todo ensayo de un orden como contra un atentado dirigido contra el capitalismo. Esa es justamente la contradicción del capitalismo, que no puede subordinar a los imperativos de la razón las fuerzas desencadenadas por él mismo, sino que esas fuerzas se convierten en factores que dominan a sus propios creadores.

Unicamente así se comprenden las grandes transformaciones que tienen lugar actualmente en la economía mundial. La

---

Pero no son los dirigentes del fascismo quienes se engañan con esta bambolla tremebunda de la reedición del antiguo imperio romano,—porque ellos heredaron los ensueños vesánicos del ex kaiser—,sino a los demás, intentando prolongar su nefasto poderío con la inyección del virus imperialista.

Y estas supuestas colonias, repartidas militarmente en el mapa geográfico, pueden ofrecer tema a los periodistas y profesores fascistas, dorando así los tragos amargos que está soportando la población italiana, pero jamás proporcionarán un bocado de pan a los proletarios italianos, quienes si se aviniesen a ser colonos en esas tierras todavía sin conquistar, serían más explotados que por los terratenientes de sus aldeas.

Esa es la farisaica panacea que sugiere el régimen fascista a los sin patria, — aquellos que no poseen ni el pedazo de tierra que los abrigará para el sueño eterno.

substitución del carbón y del vapor por el petróleo y la electricidad, la nueva valorización de la fuerza hidráulica y del viento, no son los fenómenos simultáneos de invenciones accidentales, además esa subtitución de viejas fuerzas productivas se ha hecho necesaria por una desproporción entre fuerza de trabajo y consumo. La modificación del aparato productivo es más bien y principalmente una creación necesaria del capital en busca de campo de empleo y a esa necesidad tiene que doblegarse todo el capitalismo, quiera o no quiera. Por eso es raro que el capitalista aislado disfrute totalmente los frutos de su establecimiento y del trabajo de sus máquinas. No puede esperar la muerte "natural" de sus instrumentos de producción, sino reducir continuamente el tiempo de su vida. Por esa razón no es siempre arbitrariedad, no es siempre codicia exclusiva de rápida acumulación, cuando el fabricante procede anualmente a inscribir en su establecimiento valores que sobrepasan las prescripciones legales. Se trata más bien en su mayor parte de una imposición de las leyes generales del sistema económico capitalista. No necesita hacerse resaltar que esa imposición es especialmente grande en períodos en que no sólo son sacudidos los medios de producción, sino la base total de la producción.

Prácticamente ese cambio contínuo del aparato productivo lleva al mayor derroche de artículos. En pocos años se suprimen máquinas para dejar el puesto a otras nuevas, que poco después serán sustituídas por otras. (Un ejemplo elocuente de tal devastación de valores se podía leer hace poco en el *Frankfurter Zeitung*: "Hay establecimientos textiles (en Shangai) que dejan oxidarse en el patio buenas máquinas sin montar, porque fueron adquiridas ya máquinas mejores y están en camino. Entre tanto, el establecimiento trabaja con máquinas anticuadas).— *Frankfurter Zeitung*, N.o 958, 23 de diciembre de 1924.

En ese derroche involuntario de valores hay que hallar también la explicación de por qué todos esos progresos técnicos no alivian las vastas masas de la población y por qué las capitalistas se resisten tesoneramente a las reducciones de la jornada, no obstante los mejores instrumentos de producción. Deben sacar a los nuevos medios de producción los gastos de los viejos, desechados inútilmente, y procurar intereses para un capital mayor de lo que representa la instalación en valor efectivo. Con otras palabras: junto al capital productivamente empleado, hay una parte improductiva, por la cual reclama interés algún banquero o financiero. El capitalista es forzado, pues, a extraer de su establecimiento lo más posible y no puede consentir en la reducción de la jornada y en más elevados salarios, aun cuando ha sido aumentada considerablemente la productividad por medio de nuevas máquinas de trabajo.

Esta constatación no significa una justificación del modo de obrar del capitalismo. Sólo quiere demostrar que el capitalista aislado no es libre en sus actos, y que el modo capitalista de producción le impone condiciones a que no puede, en tanto que individuo, sustraerse. Esa es la fatalidad de tal estado de cosas: la humanidad, el proletariado que es el que sufre, ante todo por ese derroche diario, el personal de un establecimiento que ve con sus ojos ese derroche, no puede acusar al capitalista particular, porque obra bajo el imperio de una ley diabólica y en su mayor parte es ejecutor involuntario de un crimen, no es criminal por voluntad propia. No raramente tiene él mismo que levantar la mano contra sí. Ya comienzan las industrias instaladas en los países trasatlánticos en el apremio por encontrar posibilidades de empleo para el exceso de capital, por hacer una concurrencia sensible al capital de los viejos Estados industriales. En la misma dirección obra la continua exportación de máquinas, que en este momento procura grandes ganancias a la industria de las máquinas de los viejos países, pero que reduce forzosamente las posibilidades de venta de otras industrias.

Hay que pensar aún en otro derroche continuo. En la misma medida que la concurrencia perdió su carácter individual y se convirtió en una concurrencia entre industrias nacionales, creció la necesidad de proteger los intereses del capital nacional por el ejército y la flota. Una parte mayor de la fuerza popular fué retirada de la creación productiva y forzada a la ejecución de trabajos privados de todo valor útil para la economía del pueblo, y que absorben una gran parte del abaratamiento de la producción conseguido por el moderno maquinismo. Tan grande es ese derroche que ha llevado a la formación de enormes industrias. Una parte no insignificante de todo el capital industrial y bancario ha sido colocada en esa rama de industria, y tiene el mismo interés en su persistencia que el capital marítimo o ferroviario tiene en el sostenimiento de las industrias respectivas. Que en ese interés de grupos capitalistas privados en la producción de material de guerra hay un peligro considerable para la paz de los pueblos, lo mencionamos sólo aquí. Para nuestra consideración es esencial particularmente la importancia que tiene también aquí la técnica. Se puede decir, sin exageración, que en ninguna otra industria domina una actividad inventiva tan febril como en la industria de los armamentos. Aquí sigue formalmente un perfeccionamiento al otro. Apenas se ha inventado un nuevo medio de destrucción, la misma fábrica produce pronto otro nuevo. También eso corresponde a una ley capitalista de autoconservación: por las continuas invenciones los Estados son forzados a cambiar también en tiempos de paz constantemente sus utensilios de guerra. Justamente ahora estamos en medio de una de las más formidables revoluciones en el dominio de la técnica bélica. El dominio del aire en relación con los progresos en la industria química, ha desvalorizado casi completamente todo el mecanismo bélico conocido hasta aquí. Los grandes barcos de guerra, que hace unas décadas parecían tener la dominación exclusiva del mar, hoy no tienen ya, a lo sumo, más que valor para el museo o como material viejo. Nuevas armas de valor bélico mucho mayor, se han abierto camino y abren perspectivas totalmente nuevas. Con esa modificación de la técnica de los armamentos se produce otra modificación: el carbón y el hierro han perdido su importancia decisiva para la guerra y han sido relegados a segunda línea. Decisivo es ahora el poder de disposición sobre fuentes y provisiones de petróleo. Con eso se agudizaron de nuevo las disidencias entre los Estados capitalistas.

Pero no sólo se pierden para la producción útil las fuerzas humanas y los materiales empleados directamente en la industria de la guerra. También el actual Estado capitalista con su aparato administrativo, con sus ejércitos y sus escuadras, su policía y sus funcionarios recaudadores de impuestos, con sus jueces, sus curas y sus maestros de escuela, visto exactamente no es más que una concentración de poder complementario de la industria de los armamentos para la protección de los intereses del capital.

Agreguemos a la devastación aquí mencionada los demás gastos improductivos ligados forzosamente al desbarajuste de la producción capitalista — los gastos de la organización comercial, del reclame y de la propaganda, de la prensa industrial, etc. — y entonces comprenderemos lo que impidió a las masas hasta aquí mejorar su situación, aunque no sea más que su situación material, con los progresos de la técnica. Pero entonces comprenderemos también que la dominación de las actuales leyes económicas no admite un mejoramiento duradero para la humanidad y que la lógica implacable del capitalismo consiste sólo en llevar los pueblos a la ruina.

La revolución técnica de nuestros dias

Se ha dicho, y tal vez con perfecta razón, que el sistema capitalista de producción atraviesa actualmente por un período que podría llamarse revolucionario, comparable en sus efectos al período inicial de la implantación del capitalismo mismo. Y esa evolución o revolución actual de la técnica productiva es tan evidente y sus consecuencias y perspectivas son tan palpables que nos duele la constatación de la indiferencia con que el proletariado internacional contempla este asunto de triple aspecto: la organización racional o científica de los establecimientos industriales, la intensividad creciente del trabajo y la introducción de nuevas máquinas que suprimen cada vez mayor número de brazos humanos.

Leamos una breve noticia periodística. Cada trabajador y cada revolucionario, con sólo abrir los ojos, tienen elementos suficientes de juicio en el radio de su experiencia cotidiana para comprender nuestras inquietudes ante el proceso de transformación de los actuales métodos capitalistas de producción. Por ejemplo:

"En la calle Belle-Alliance, (Berlín), trabaja la primera máquina pavimentadora (Finisher, sistema Lakewood) que trajeron los establecimientos Ambi de Estados Unidos. Allí hay ya en funciones unas 2.000 de esas máquinas y se construyeron con ellas desde hace 10 años unos 60.000 kilómetros de calles. El rendimiento de una de esas máquinas es realmente asombroso. Mientras que con el trabajo manual se asfaltan, con 4-5 obreros, 30 metros por día, con esa máquina se pueden asfaltar 250 metros diarios con el mismo personal, lo que significa un ahorro de 12 a 15.000 marcos por kilómetro. La máquina desarrolla tres labores, la distribución del asfalto, el apilonamiento y el pulimento. Los railes por los que avanza el Finisher abarcan una calle hasta de nueve metros. El asfalto queda tan sólido que unos minutos después de apilonar la superficie se puede andar por él sin inconveniente. Ojalá ese comienzo regocijante de la mecanización en la pavimentación de calles dé el impulso a otras innovaciones. Los trabajadores, que no hacen falta ya para el asfaltado, pues la máquina puede ser servida por un sólo hombre, pueden ser utilizados para el acarreo del material y la colocación de los railes." (*Worwaerts*, 4 de mayo, 1926, Berlín).

El autor de ese suelto no ha sabido deducir las consecuencias lógicas de esa innovación en la construcción de calles. Lo han hecho nuestros camaradas en su *Mitteilungsblatt* de los obreros del ramo de la madera de Berlín (8 de mayo de 1926), donde se descomponen así los datos:

5 obreros asfaltan por día 30 metros de calle. Si hubiese que asfaltar 10.000 metros, necesitarían 333 días y 1|3. Ahora, con la aplicación de la asfaltadora mecánica, que requiere un hombre para su manejo y otros cuatro para el transporte del material y la colocación de los railes, se puede hacer el mismo trabajo en 40 días.

Compárese, pues, las cifras; para asfaltar 10.000 metros de calle, 5 obreros necesitan:

Trabajo manual, 333 días y 1|3.

Trabajo mecánico, 40 días.

Es decir, con el trabajo mecánico se ahorran 297 días, lo que en la sociedad capitalista se traduce por desocupación, miseria, rebajamiento del nivel de la vida material y moral de los trabajadores.

Comprendemos que ante esa mecanización extrema del proceso de trabajo el capitalista se sienta satisfecho; pero para el proletariado no es ningún motivo de regocijo, sino de seria reflexión.

Un par de panaderías modernas, servidas por una docena de obreros, pueden abastecer cómodamente el consumo cotidiano de una gran ciudad a precios inferiores a los actuales; en algunas ciudades norteamericanas está ya en marcha ese proceso, contra el cual las pequeñas panaderías y los pequeños patrones no tienen más remedio que desaparecer. Y eso sería aceptado por un buen marxista como un paso más hacia la revolución; pero nosotros no tenemos ese consuelo, y sin mencionar siquiera las consecuencias ulteriores, tenemos el espectáculo inmediato de la desocupación forzosa de millares de obreros panaderos.

En el ramo de la madera parecía un poco más difícil la racionalización del trabajo, o sea la especialización según el sistema Ford; sin embargo, ese trabajo especializado está ya en marcha en casi todos los países y se puede constatar que todas las grandes fábricas de pueblos trabajan, cuando mucho, con una tercera parte del personal de la pre-guerra, y producen más que antes. He ahí una nueva fuente de desocupación obrera, de prevalencia capitalista, de miseria, de concurrencia por el pan cotidiano, de reducción de los salarios, etc., etc.

¿Se nos perdonará que volvamos a repetir la cantinela de la jornada de seis horas? Tenemos la firme decisión de no dejar esta tecla hasta que la idea se convierta en un movimiento efectivo de las grandes masas; y eso lo hemos de ver, pues esa reducción de la jornada es la única perspectiva de solución a los grandes problemas contemporáneos del trabajo.

Aunque no con la intensidad que fuera de desear, aparte de los trabajadores revolucionarios de México que se han puesto en este asunto a la cabeza, vemos a través de la prensa en Alemania, en Suecia y Noruega que la resolución del segundo congreso de la A. I. T. en Amsterdam no se ha perdido por completo, hay ya muchos militantes que comienzan a preocuparse seriamente de la jornada de seis horas, muchos de aquellos que hace un año se mostraban un tanto escépticos al reconocimiento del valor de esa idea, están ya dispuestos a iniciar la lucha.

Hay que tener la seguridad que un poco más adelante el reformismo sindical, hoy entretenido en negociar con los capitalistas ventajas para los jefes y magnates de las organizaciones respectivas, tendrá que volver la mirada a las seis horas y lo que, en nuestras manos, podría ser un movimiento revolucionario, será en manos de esas hienas del socialismo, como los llamara Max Nettlau, una simple reforma impuesta por las circunstancias y que perderá su significación originaria. Estamos aún a tiempo de encabezar nosotros, con nuestras propias fuerzas, la conquista de las seis horas, descomponiendo así, por los resultados inmediatos de nuestra propaganda y nuestra acción, los baluartes del reformismo obrero.

***

G. BERNARD SHAW

Difinición de la inmoralidad

Todo lo que es contrario a las costumbres y maneras establecidas, es inmoral. Un acto o una doctrina inmoral no debe ser, necesariamente, algo malo; por el contrario, todo progreso en el dominio del pensamiento o de la conducta, es, por definición, inmoral, mientras no cuente a la mayoría de su lado. Por esta razón es de la mayor importancia que se proteja a la inmoralidad contra los ataques de aquellos que no tienen más norma que la norma de la costumbre y que consideran todo ataque a la costumbre — es decir, a la moral — como un ataque a la sociedad, a la religión y a la virtud.

Un censor oficial, como el que se quiere establecer para las obras teatrales, no es, deliberadamente, un protector de la inmoralidad. Tiende siempre a la protección de la moralidad. En efecto, la moralidad es extremadamente útil para la sociedad. Impone una conducta convencional a la gran masa de personas que son incapaces de un juicio ético original y que se perderían si les faltaran los andadores que han hecho para guiarlos, los legisladores, los filósofos, los profetas y los poetas. Pero la moralidad no cuenta con la censura para su protec-

ción. Ya la fortifican poderosamente la magistratura y todo el cuerpo de las leyes. La blasfemia, la indecencia, el libelo, el engaño, la sedición, la obscenidad, la profanación y todos los demás males que la censura está destinada a prevenir, son castigables por el magistrado civil con toda la severidad del prestigio vehemente. La moralidad posee no sólo todos los instrumentos que los legisladores han ideado para su protección, sino también el peso enorme de la opinión pública, reforzada por el ostracismo social, que es más fuerte que todas las leyes. Un censor que pretende proteger la moralidad es como un niño que empuja los almohadones de un coche de ferrocarril, para darse la ilusión de que está haciendo correr al tren a sesenta millas por hora. Es la inmoralidad, no la moralidad, lo que necesita protección; es la moralidad, no la inmoralidad, lo que necesita freno; pues la moralidad, con todo el peso muerto de la inercia y de la superstición humanas, para dejarlo caer en los hombros del que va adelante, del "porvenir", y toda la maldad de la vulgaridad y del prejuicio para amenazarle, es culpable de muchas persecuciones y de muchos martirios.

Con todo, las persecuciones y los martirios son insignificantes, comparados con el daño causado por las censuras al retardar la marcha general de la cultura. Y esto se nos hará patente imaginando cuál habría sido el efecto de aplicar a toda literatura la censura que aplicamos al teatro. Las obras de Linneo y de los evolucionistas de 1790 a 1830, de Darwin, Wallace, Huxley, Helmholtz, Tyndall, Spencer, Samuel Butler y Ruskin no habrían sido publicadas, pues eran todas inmorales y heréticas en el más alto grado y causaban molestia a mucha gente respetable y piadosa. Actualmente están condenadas por las censuras griega y católico-romana, que las consideran impropias como lectura general. Una censura de la conducta habría sido igualmente desastrosa. La deslealtad de Hampden y de Washington; la irritante inmoralidad de Lutero, no sólo al casarse cuando era sacerdote, sino al casarse con una monja; la herejía de Galileo; las chocantes blasfemias y sacrilegios de Mahoma contra los ídolos; la blasfemia aún más asombrosa de Jesús, cuando declaró que Dios era hijo del hombre y él mismo hijo de Dios; son, todos, ejemplos de inmoralidades que sublevan (toda inmoralidad subleva a alguien), cuya supresión y extinción habría sido más desastrosa que el daño mayor que se puede imaginar como consecuencia de la tolerancia del vicio.

Esos hechos, incontestables como son, pierden lo que tienen de chocante, en la transformación de inmoralidades en moralidades que se produce sin cesar. El cristianismo y el mahometismo, que en un tiempo fueron juzgados y tratados exactamente como se juzga y se trata hoy al anarquismo, se han convertido en religiones establecidas, y en su mismo nombre, se persigue a inmoralidades más recientes. La verdad es que el mayor número de las personas que profesan esas religiones, no han sido nunca más que simples moralistas. Un inglés respetable, que es cristiano porque ha nacido en Clapham, sería mahometano por semejante razón, es decir, si hubiese nacido en Constantinopla. El jamás ha tolerado de buen grado la inmoralidad. No adopta una innovación hasta que ésta se ha convertido en moral; y entonces la adopta, no en razón de su mérito, sino solamente porque se ha convertido en moral. Al hacerlo, no se da cuenta de que en un tiempo ha sido inmoral: por consiguiente, sus esfuerzos y resistencias primeras no le han enseñado lección alguna; y él se opone a un nuevo paso en el progreso humano, con tanta indignación como si las costumbres, las maneras y las ideas no hubiesen cambiado desde el principio del mundo. La tolerancia debe serle impuesta como un deber místico y penoso, por sus directores espirituales o políticos; de lo contrario condenará al mundo a la estagnación, que es el castigo de una moralidad inflexible.



At.

POR LOS SALONES

Exposición de dibujos de Luis Macaya (Witcomb)

Desde la fenecida "Libre Palabra", de Pacheco y Tito Foppa, conocimos a Luis Macaya como un ilustrador, un periodista del lápiz, quien fué ascendiendo en una inquietud constante de renovación.

De la turbamulta de revistas ilustradas que semanalmente empapelan las mil esquinas de la metrópoli, de estas toneladas de papel lujoso y de brillo glacial, jamás pudimos distinguir cuál diferencia existía entre los dibujos, exornados por los avisos y anuncios comerciales sobre las píldoras Equis o los purgativos Zeta, y los que pretendían ilustrar o decorar un cuento o un poema. No negaremos que hubo siempre dibujantes y caricaturistas talentosos, con la entera posesión de su oficio y con rasgos originales. Arnó, Cao, Anibal Giménez y otros contemporáneos, podrían honrar con su lápiz el periodismo ilustrado de cualquier metrópoli progresista y culta.

No creemos ni por un instante, que se deba este fenómeno de industrialismo y de mercachiflismo artístico en periódicos y revistas, a los dibujantes como personalidades aisladas. Ellos no están en debate. Es el criterio ramplón, vulgar de las direcciones artísticas de aquí, que ha hecho que la Argentina no posea un *Jugend*, un *Punch*, un *Simplicisimus*, o la montonera de otras publicaciones francesas, inglesas o norteamericanas donde se ensayan con absoluta independencia y libertad las formas más variadas y modernas del dibujo, de la ilustración y de las portadas decorativas. Prima, entre directores y jefes de redacciones, la hegemonía caligráfica sobre todo otro género. Por este régimen de maniatados, de podados, pocos son los temperamentos que no han sucumbido, teniéndose que someter forzosamente a la dictadura del pendolismo en rigurosa vigencia. Y era y es para ellos, lo que gráficamente simboliza un refrán italiano: *Mangiare questa minestra o saltare quella finestra*. Tragarse esa menestra o saltar aquella *fenestra*, — perdón por el catalanismo, en gracia del ripio y de la regionalidad del expositor.

¿Cómo pudo Luis Macaya mantenerse incólume de la menor claudicación, de no desfallecer en el continuo servicio de dos amos, como son el absorbente trabajo diurno y de noria por la vulgarización de sus dones, para satisfacer el anodino gusto de los capataces artísticos de la opinión pública, y seguir nutriendo a trompicones el anhelo de aprender, perfeccionarse en una labor desinteresada e íntima?

Es el mayor e intrínseco mérito que nos salta a la vista, contemplando esta pequeña sala moteada por la decoración abigarrada y fantástica de 56 obras, en las cuales se empleó variadas materias, desde la tinta china, el gouache y la acuarela, hasta el procedimiento compósito en la imitación del grabado antiguo en colores. Esta versatilidad no es el atributo de un diletantismo deleitoso, que no lleva otro fin que el del juego por el juego, en una habilidad funambulesca, en un virtuosismo incongruente, y sí denota el amor del artesano por su oficio, quien se complace en alternar, cambiar la técnica siempre y cuando ha de adecuarse armónicamente con el asunto, ya burlesco, decorativo y etc.

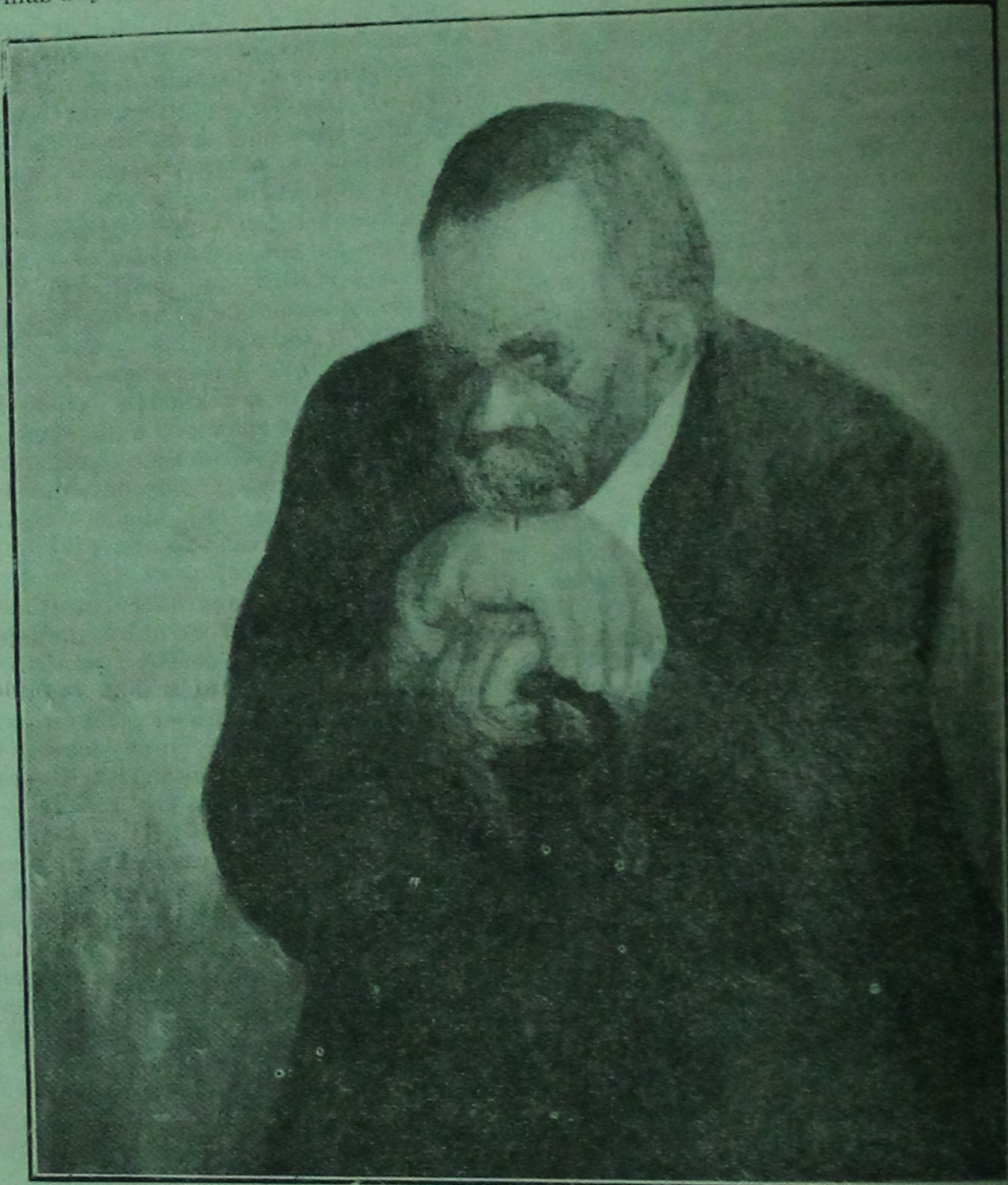
Pudiendo Macaya deslizarse por la vana pendiente del caligrafismo elegante, virtud manual peligrosísima que perdió a tantos, evitándoles de pensar, se mantuvo invariablemente en el buen camino, por lo que hay en él de artista imbuído de un sentido práctico y objetivo, del cual se sirvió como pauta en la búsqueda de una documentación a través de la realidad circundante, fruto y perpetua preñez de la humana existencia.

Al no perder contacto con los numerosos modelos ofrecídoles por la vida, hizo inagotable su vena, permitiéndole renovarse, ya parcial o generalmente. En el suyo un dibujo que denotaba, en el periodismo semanal, la calidad viva de quien se observa y se castiga para dar cuanto sabe y puede. Era su nota la que a los artistas podía darnos motivos de satisfacción, por ser uno de los maestros que detestaba el amaneramiento y el patrón standardizado.

Son todas estas preeminencias — no tan fáciles de superar — de decorador y viñetista humorístico, que encontramos en la mayoría de sus obras. Es donde está mejor y donde su locuacidad de colorista resulta ajustada y casi magistral. Verbigracia, "El hachador", el "Sailor-bar", "Librería de viejo", "Astillero", etc. y todas las estilizaciones de supremo garbo, de animales.

En cambio, "Selva tropical", "Cazador de tigres", de una fantasía ficticia y artificiosa, de un falso decorativismo, no es lo más suyo en concepto de insensibilidad manual, de mero *tour de force*. Es un género solamente apropiado para los preciosistas, quienes saldrán del paso por la voluptuosidad del colorido. Un Pohany, pongamos por caso, ilustrador de gran mérito, y ahora escenógrafo en Nueva York.

Sus *cabezas célebres*, son también más decorativas que hondas en su carácter. Sabemos demasiado que no se propuso hacer de ellas un estudio serio y profundo, y nuestra observación sería superflua si no fuese que indica su talón de Aquiles, que Macaya sabrá obviarlo con esa tenacidad suya para el trabajo y el estudio.



JOSE ARATO — "Figura"

Exposición José Arato (A. A. del Arte)

Después de un largo interregno de silencio, desde sus primeras apariciones ante el público con Vigo y el escultor Riganelli, en el fallecido Salón Costa, José Arato viene a nuestro encuentro para mostrarnos un rincón ya sospechado de su espíritu, que vislumbráramos otrora en la pugna confusa con la indócil materia. No nos sobrecogió su presente labor, sino por la grata sorpresa, confirmación de la fé que depusiéramos en él. En efecto, "Acción de Arte" fué entonces la más cordial y comprensiva en las reseñas sobre esas muestras; y cuyo grupo editor supo elogiar justamente y con capacidad aquellos artistas que rasgaban el cascarón de lo inédito.

Debería ser para nosotros este conjunto de pinturas, dibujos, aguafuertes y maderas, fuertemente atractivo por la genuina humildad suya, por su tinte de arte social y por su evocación poemática de los tristes y de los rudos, sepultados por la miseria de todos los días en los suburbios fangosos de facha destartalada. Trata con cariño espontáneo y una naturalidad tan encantadora por su ingenua frescura, escenas caras a los votados a una prédica humanitaria, quienes por rebeldes, ven todas las lacerias vivientes con los ojos de piedad de un cirujano social. Es una pintura que, especialmente en su nexo anecdótico, se dirige a los hombres de ideas y al pueblo, el cual a veces *siente* por impulso, más que razona, sus instintos y sensaciones.

Sin embargo, ¿es esta una pintura popular? No, no lo es. No es muy posible que lo fuera, en un ambiente de feroz individualismo. Por lo pronto, la inhibe para serlo la carencia de un lenguaje técnico expedito, más sintético, más amplio y simple, librado de minuciosidades que le permita lanzarse sólo a la intensidad de la expresión. Todas las artes colectivas, substrato de una raza o nación — japonesas, góticas, etc. — han sido populares por dos elementos espontáneos e indisolubles: el espíritu y la forma en su faz exotérica. Detalle curioso y falla indudable en la *manera pictórica* de Arato, es *individualista* en su preocupación de minúsculo verismo — retratos, figuras, etc. — y por teoría y por la pasta de su naturaleza tiende a ser un gajo de un arte prematuramente colectivo.

Esta flagrante contradicción entre lo que se propone y puede, le induce involuntariamente a quedar en el aspecto de una pintura de intención popular, apresando y contentándose con lo pintoresco de la humildad, de la pobreza y etc. El intento de trasladar el arrabal, por la peregrina coloración de su infortunio, vivaz y sombrío, que gime, canta, se adolora, ama y mata, refundiéndolo en la literatura, en la música y artes plásticas, ha sido ya realizado numerosas veces con suerte incierta y diversa. El conventillo y sus adyacencias fué exprimido hasta el bagazo, y proporcionó infinitos temas.

¿Se armazonaron hasta ahora estas distintas manifestaciones en la mera apariencia de un arte colectivo y popular? No nos ilusionemos sobre este punto y expresamente no cierren los ojos a la realidad quienes se hallan limitados a ese hito de trascendentalismo humanitario. Es esta una materia oscura, dispersa y amorfa que nadie hasta ahora pudo sol-



JOSE ARATO — "Figu...

dar orgánicamente para elevarla al rango de una verdad colectiva de arte.

Declaremos que están mucho más cerca de esta leve huella las tendencias artísticas avanzadas — cubismo, etc. — que se inclinan a lo impersonal, al anonimato de los primitivos artesanos — quienes desaparecían tras de sus obras individuales, para integrarse en un esfuerzo común. Y ellas, en sus abstractas geometrizaciones, es más probable que algún día se conviertan en escritura artística, colectiva y popular, que quienes en su instinto y buenas intenciones se ponen graves y trascendentalizan humanitariamente, e intentan estilizar haciendo preciosismo y verismo en confusión babélica. Hay un resto de arte burgués—por provin-



JOSE ARATO — "Figura"

cianismo—en el fondo y en la superficie de sus procedimientos, del cual no se atreven a despojarse.

Ahí se encuentra el contrasentido insoluble, dado que la forma, el lenguaje — llámesele Hache — está en franco desacuerdo con el espíritu, y la fusión armónica de esos elementos se halla lejos de producirse. Más explícito: pretenden hablarle a los proletarios, a los humildes, por la representación de sus arquetipos, sus escenas familiares e íntimas, con un idioma inadecuado, confuso, tartajoso o inútilmente enredado: quieren ser los simples de sentimientos y complican esos sentimientos con las pequeñas y reducidas miras propias de un académico, — sea dicho ello en la mejor acepción del vocablo. Breve: venidos de la masa popular y habiendo convivido con ella, no conservaron su ruda franqueza para expresar directamente sus sensaciones.

El remedio se hallaría al alcance de ellos, si al proponerse representar en la escultura, en la pintura o en el grabado el sentir popular, estudiasen estas manifestaciones en los países donde lograron ser expresión colectiva. Y estudiando esos artesanos — artistas a pesar suyo — no llegarían a darnos un arte popular — en el lato sentido que otorgamos nosotros a esta definición, sino que dejaría de ser menos evidente su desorientación, por esta mezcla híbrida de elementos antagónicos entre sí.

No se refieren todas estas objeciones — animadas de un sincero deseo de decir nuestra pequeña verdad con el fin de auxiliar y esclarecer en lo que podamos a quienes tenemos en alta estima y nos son más afines — exclusivamente a la muestra de José Arato. Si ella nos las sugirió, se debe a que, a pesar de todo, adolece, quizás en menor grado, de ese defecto común del grupo de los Palazzo, de los cuales sólo Juan pudo salir victorioso con su libro "La Casa por Dentro".

Como hiciéramos notar antes, Arato se salva por el cariño y la ingenuo frescura con que interpreta los personajes y las escenas denominadas por él "El Arrabal". Denota, sin embargo, una sensibilidad más literaria que plástica. No siempre puede expresarse con fluidez. Al contrario, a veces padece de pobreza, y hay grandes trozos en sus cuadros sin resolver e inexpresivos. Pero no haremos hincapié en ello, ya que esto puede ser subsanado con el tiempo y con un poco más de aplicación.

Y es explicable. Se halla aún en el período literario, donde la teoría pugna y riñe su gran batalla con la realización, con lo que se ha de llevar al lienzo. No existe artista, — y siempre fueron los mejores, — que no haya sido torturado inenarrablemente por ese trance de hibridez inevitable. En el afán de expresar sensaciones *extrapictóricas* — si se nos permite el término provisorio — que vayan más allá del problema plástico solucionado friamente, se descuida, en ocasiones, lo considerado accesorio, que frecuentemente cobra importancia capital para la limpidez y hasta para la hermosura de esas mismas sensaciones.

Sus naturalezas muertas son las que más revelan al plástico y al artista. Su verdadero camino futuro es "Mesa de Pobre", donde pudo maridar armoniosamente la sensibilidad plástica y literaria: el *asunto*, el nexo anecdótico, expresado con belleza pictórica. Es que si lo uno no es acompañado de lo otro, la obra marra en su base.

En sus dibujos, grabados y aguafuertes suele ser casi siempre más expresivo que con los pinceles. Pero aquí existe también — en algunos grabados en madera — un preciosismo, un arabesco de líneas y grafías mal entendido y contraproducente.

Afirmemos de todos modos que la presente muestra nos acabó por descubrir plenariamente un temperamento de artista que irá lejos en sus propósitos de continuar estudiando con seriedad y con la sinceridad que es ya una de las características del acervo total de sus obras.

La XV exposición de Arte Internacional de Venecia

De este certamen internacional destacamos algunas noticias de interés general, extractadas de una crónica inserta en el periódico anarquista *Fede*, bajo la firma del conocido crítico Vinicio Paladini:

"En la sala central se han reunido las numerosas obras de Giovanni Segantini, las cuales, pasando por alto algunas telas enfermas de simbolismo por la influencia ejercida sobre él por Previati, nos hace revivir la trágica existencia de este gran espíritu, sumergiéndonos en un místico estupor, como nos acontece ante ciertos espectáculos de la naturaleza, tan grandiosos y sugestivos como el de esas enormes y ciclópeas montañas donde Segantini buscaba reposo y calma sedante...

A Ardengo Soffici se le discernió el honor de una sala personal, en la cual recogió lo mejor de su obra, desde el año 1907 hasta hoy, producción sellada con el carácter de sus ideas estéticas simples y claras, y por esto mismo placenteras para el veedor. Propicia este artista un retorno del arte italiano del 800, que seña-



JOSE ARATO — "De la Feria"

la la continuidad de la tradición pictórica nacional, para originar una pintura de *manchas*, modesta en su finalidad, tendiendo únicamente a dar de la campiña toscana su aspecto más virgen y fresco a través de una visión personal: una interpretación de los valores atmosféricos y plásticos, vigorosa en sus relaciones de tonos y de las masas esquematizadas en sus elementos esenciales.

En algunos de sus grandes cuadros, donde sus intenciones aparecen de manera menos modesta, una gran parte de esta sugestión de placer visual se pierde, para dar lugar a una especie de *Mancini*, en el contraste artificioso de luces y colores.

En el mismo plano teórico se encuentra Carrá, complicado del esfuerzo de esquematizar más las formas elementales y por un sutil amor hacia luces vesperales, que se resienten de la búsqueda de una pintura metafísica, de la cual, con De Chirico, ha sido uno de los creadores."

En esta crónica hemos dado preferencia a los expositores de una personalidad definida y que intervienen con una muestra de capital importancia.

Vinicio Paladini elogia, además, a Gregor Sciltian, el pintor armenio, de quien el Suplemento se ocupara; de Boris Grigorieff, con un inquietante retrato de Gorky, de Felice Carena, al que tilda el triunfador de este certamen.

Parece que los pintores del ochocientos italiano, tuvieron un lugar preponderante en esta exposición, ocupando varias salas. También se desprende que algunos estaban completamente desprovistos de valor artístico, y sólo mediaba el juego de la resurrección de una fuerte racha *chauvinista*... Es un retorno al *antico*, con toda la fanfarria de los prejuicios ancestrales.

Hay muertos poco afortunados. Hasta después de haber desaparecido, han de servir de trampolín para las pobrísimas pasiones de los vivos.

Guy de Maupassant

No tiene el aire de un hombre de letras.

El señor Guy de Maupassant es un mozo de 35 años, delgado, de porte militar, correctamente vestido.

Visto desde lejos, cuando no sabe que lo miran, hay en su fisonomía algo de duro e insolente.

Pero desde que se habla con él, el aspecto se modifica; a la apariencia de hace un instante, reemplaza una bondad cortés que parece natural. Una sonriente placidez lo envuelve de pies a cabeza.

La mirada quizá sea desconocida, pero su voz es muy dulce. Sus modales reservados pecan de poca familiaridad. El conjunto es circunspecto y muy modesto.

Se puede verlo todos los días, durante años; sean cuales sean las circunstancias y siempre se tendrá ante sí al mismo ser indiferente.

Se expresa exactamente como escribe. Escuchándolo se reconoce su prosa. Su conversación es prudente, calculada. No dice más que lo necesario y raramente habla de sí. Jamás ataca, pero su respuesta es peligrosa. Nunca se sale bien librado con este normando.

El autor de la "Maison Tellier", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.

Si la conversación decae en su presencia, deja que decaiga, pero no se retira. Jamás se sabe si se aburre o si se divierte. Sabe gozar con el aburrimiento de los demás, y sea cual sea el acogimiento, su apretón de manos es invariable.

A él nada le importa el valor de su interlocutor o del tema. Con igual serenidad escucha las discusiones más elevadas y las más pesadas sandeces. Todos los hombres y todas las cosas deben tener la misma importancia o la misma insignificancia a sus ojos. Si alguno lo envidia, él no envidia a nadie. Hecho raro en los tiempos que corremos.

El éxito de Zola o de Daudet, no le impide dormir. Para él es igual. No pertenece a ningún bando ni partido. No conozco, ni sus admiraciones ni sus odios. Gana 60.000 francos anuales con su pluma, y no se ocupa de las otras, ni aun las lee. Si uno dice lo contrario, se burla. Le gusta navegar. ¡Ah, su bote! lo prefiere a todo. Lo que le interesa, lo que le produce verdadera alegría es la naturaleza. Vive con ella. Sólo ella lo emociona y enternece. Sólo tiene corazón, este insensible, para los campos, para los bosques, para los ríos.

Recuérdese su relación del viaje por Córcega y la Normandía de sus novelas.

Cuando describe un camino verde, un claro de luna, una cabaña, no solamente es un realista, sino también un poeta enamorado. Se diría un amante que describe las bellezas de su querida.

Esta adoración lo quita de muchas cosas. Mirándolo de cerca, encuentro que se parece a sus paisanos. Como ellos, me parece, a la vez, misántropo y farsante, rústico en el fondo, paciente y amañado, soñador a pesar suyo y libertino.

Luego, de una voluntad y clarovidencia poco comunes, sabe lo que hará mañana. Conoce su vida de antemano y las emociones que experimentará.

Además es de una desconfianza excesiva.

Ella constituye el rasgo principal de su carácter. Y explica también su actitud reservada, su lenguaje desconcertante, sus actos, y en cierto modo, la observación amarga del escritor. La preocupación constante de Guy de Maupassant es de no parecer cándido, y siempre encuentra que lo parece demasiado, a pesar de ser el más astuto de los hombres. Desprecia los sensibles y los quiméricos. No se entrega y no cree en nadie; marcha, en fin, con el revólver en la mano.

Con él, naturalmente, ni virtud, ni delicadeza; el interés y la vanidad dirigen el mundo y no hay excepciones.

Si se le prueba amistad, tiende el oído y espera. Si encuentra una buena acción, la desmenuza y busca sus malos resortes ocultos. Es las "Máximas" de La Rochefoucauld en carne y hueso.

De este modo ha hecho su camino. Y en cada empresa ha triunfado. Hay que decir en bien suyo, que no se juzga mejor que los otros. Lejos de eso. En los días de su pretendido abandono, Guy de Maupassant enumera sus culpas y proclama en voz alta su habilidad para mentir,

Es, además, de una impasibilidad singular.

Jamás pregunta, jamás insiste; jamás sus acciones traicionan la menor curiosidad. Hasta parece que a nadie observa.

el desprecio hacia su arte y su amor inmoderado al dinero.

De creerlo, sería larga la lista de sus pecados.

Estuve en Cannes un invierno al mismo tiempo que Guy de Maupassant. A todas horas lo encontraba, de día y por la noche, sobre la tierra, sobre el mar, en todas partes, y me preguntaba cuándo trabajaba. El misterio es muy sencillo: trabaja apenas dos o tres horas por día. Tiene una facilidad asombrosa. Basta la consideración de los pocos instantes consagrados a su oficio y su poderosa fecundidad. Desde 1880, época en que comenzó a escribir, ha producido más de trescientos cuentos.

No hablo de novelas suyas, que son largas; y nótese que se trata aquí de obras eminentemente artísticas. Sus manuscritos, de letra clara y firme, no tienen erratas.

Cuando trabaja, trabaja apaciblemente como cuando come, como cuando habla. El señor Guy de Maupassant, no conoce la exaltación.

Si un fastidioso lo visita mientras está trabajando, Guy de Maupassant lo recibe. Una vez que el visitante ha partido, reanuda con filosofía su tarea interrumpida. Nadie resulta inoportuno con este hombre.

Si leen por encima de su hombro ni lo molestarán ni pecarían de indiscretos. Para él la inspiración no existe. Como es de suponer, tal seguridad no se adquiere así, en seguida.

Este artículo pertenece a la célebre pluma del dramaturgo Jorge Porto-Riche, que fué íntimo de Maupassant y le trató asiduamente durante toda su vida.

Ahora que Francia intenta resucitarle literariamente, en una nueva revisión de valores intelectuales y artísticos, resulta de rigurosa actualidad este brillante retrato compuesto en la lejana época de la aparición de la famosa novela "Bel Ami" o sea "El Buen Mozo".

Esta tentativa de exhumar la memoria gloriosa del poderoso novelista francés, se debió al gran escritor escandinavo Bojer, quien, a los postres de un banquete celebrado entre gentes de letras, hizo la siguiente declaración:

"Tenéis un escritor verdaderamente extraordinario, a quien se me figura que no dais mayor importancia; y es Maupassant. Maupassant es uno de los primeros escritores del siglo XIX, acaso el primero como narrador."

Se ha añadido aún, para hacer más justiciera esta póstuma reparación, que Tolstoy afirmó en varias ocasiones que el novelista francés que más le interesaba era Maupassant. Lo consideraba como el más talentoso escritor narrativo, y pronosticaba que en el ascenso de la edad madura llegaría a producir obras de auténtica genialidad.



Tony Hallbauer: — LA COSECHA

LEON TOLSTOY

RECUERDOS DE INFANCIA

Antes de almorzar, nuestro padre nos conduce a hacer un paseo. Aunque después de nuestra llegada a Moscú hubiese tenido ocasión de pasearme por las avenidas, no podía acostumbrarme aún a la apariencia extraña de los habitantes de esa ciudad, ni a sus maneras; me era sobre todo más difícil comprender por qué, en Moscú, los transeuntes no prestaban ninguna atención a nosotros; al contrario, no solamente nadie se descubría ante nosotros, sino que había algunos que nos miraban con malos ojos, otros que al pasar nos empujaban sin cuidado, y todos se conducían ante nosotros como si decididamente hubiésemos cesado de ser los hijos de P. A. Irtenev y los propietarios de las aldeas Petrovskoe, Khabarovka y de otras. Me esforzaba en encontrar la causa de esa indiferencia general, que era casi desprecio, hacia nosotros. En los principios, supuse que se debía a lo mal vestidos que íbamos, pareciéndonos a pequeños campesinos; sin embargo vestíamos sobretodos elegantes que debían, como creía con razón, inspirar algún respeto; en seguida pensé que nadie todavía nos conocía, y no obstante transcurrieron varios días sin que nos tuvieran tampoco en cuenta; en fin,, después de todo pensé que probablemente nos habíamos atraído la cólera general y buscaba adivinar la causa.

Llegamos hasta la avenida Pretchistenski, mi padre avanzaba lentamente por el medio; nosotros corríamos velozmente alrededor de los tilos desnudos y sobre la yerba amarillenta. Ante nosotros caminaba una dama elegante, con una niña de siete años, de pelliza con bordes de terciopelo rojo y calzado de pieles. La pequeña hacía rodar un arco, con tanta indolencia que no se comprendía bien por qué lo hacía. Se diría más bien que hubiese recibido la orden de hacer rodar su arco hasta un punto determinado, y no que jugase. ¡Cuánto difería de Libouchka y de Jousenka, que hacían temblar los platos cuando corrían por el comedor!

Nuestro padre alcanzó a la dama y la niña, y llamándonos nos presentó a ellas. Saludamos y nos quitamos nuestras gorras. Como he dicho, me hallaba de tal modo estupefacto de que ninguna persona en la calle nos dijera los buenos días, que, al contrario, los transeuntes nos demostrasen una indiferencia absoluta, que había caído en el otro extremo: me volví servil y obsequioso. Así, habiéndome quitado la gorra la conservaba en la mano, guardando una actitud respetuosa. Volodia me tira de la manga del sobretodo y me dice:

—¿Por qué te quedas con la gorra en la mano, como un lacayo?

¡Oh, cómo me hirió esa observación! Jamás olvidaré con qué cólera y torpeza me cubrí, pasando a la vereda opuesta.

La dama era la prima de mi padre, y se llamaba Valalchina. Se dirigía, como nosotros, hacia la avenida Tverkoii; continuamos, pues, el camino juntos. Mi padre parecía tener mucho cariño a su prima. Le rogó que enviara su hija mayor a nuestra casa, donde, posiblemente, habría música y baile. Ella consintió en seguida. En la avenida Nikitski, el número de paseantes matutinos, es decir las damas y los señores, fué aumentando. Valalchina, empezó a despaciar la marcha y hablar en francés: cuando cruzamos la plaza y alcanzamos la avenida Tverskoii, élla comenzó a tartajear y llamar a su hijita ya no *Machenffa*, como lo hacía en la avenida Nikitski, y sí *Marta*. Me hallaba asombrado. Comprendiendo cuál importancia tenía la avenida Tverskoii, me esforcé en parecerme, por mi aspecto y mi andar, no a un Nikolenka cualquiera y sí a un Nix, a un muchachuelo de ese género.

Bien pronto a nuestra llegada a Moscú habíamos amistado con los tres hermanos Ivine, muchachos de nuestra edad. El mayor, metido en carnes, apático, propenso a transpirar continuamente no era lindo, pero los otros dos eran bellos. Nosotros solíamos visitarlos y ellos a nosotros; en los dos casos me sentía transportar de alegría. Amaba locamente a los dos menores, me hallaba presto a sacrificárselo todo; no los quería con amistad, sino que estaba enamorado de ellos, como el que experimenta ese sentimiento por la primera vez; y si soñaba con ellos, lloraba. He aquí una prueba de mi amor: uno de los más pequeños tenía la mala costumbre — por la cual su gobernanta le reprendía a menudo — de estar guiñando los ojos en todo momento. Cuando pienso ahora, recuerdo que ese tic le afeaba bastante Y asimismo, entonces, ese tic lo encontraba delicioso; me parecía que era el mayor encanto de mi camarada, y me ensayaba también a guiñar los ojos como él. Fuera de nuestros encuentros, nos entreteníamos sobre todo en jugar a los soldados, es decir en representar las diferentes escenas de la vida militar: marchas, combates, descansos y también los castigos.

Así es que yo debía ser el único castigado y lo más frecuentemente, sin que supiera por qué; es extraño, aunque los pañuelos mojados me hicieran tanto daño como los verdaderos latigazos, no puedo decir que el dolor experimentado me fuese desagradable. Lo que me complacía en nuestras relaciones es que no nos llamábamos mutuamente con diminutivos: Nicolencha, Petroucha, sino pos nuestros nombres intactos, Nicolás y Pedro.

La avenida se hallaba, pues, llena de gente, el sol centelleaba alegremente sobre todos los objetos: sobre los botines bien lustrados de los caballeros, sobre los sombreros de satin de las damas, sobre las hombreras y los alamares de los militares, también sobre un botón de un soldado que nos cruza, con una bolsa al brazo, todo brillaba como oro. Sobre la arena limpia del camino, donde se percibían las líneas curvas trazadas por la escoba de ramas secas, granos de arena centelleaban como diamantes.

Algunos paseantes avanzaban a pasos lentos, los brazos cruzados a la espalda y entre las manos un bastón; otros caminaban balanceando los brazos como si tuvieran apuro por llegar a alguna parte, aunque en realidad iban y venían como estaba haciéndolo casi todo el mundo. A primera vista el fulgurar de los colores atraía la atención, mas a medida que se avanzaba, los sombreros, las hombreras y los redingotes se destacaban de esa muchedumbre abigarrada. Desde lejos, todas las figuras parecían bellas; mas si se aproximaban me gustaban menos. Me sentía desilusionado tan pronto por una larga naríz, saliendo de bajo de un sombrero amarillo, como por la mirada indiferente que posaba sobre mí un redingote, o bien la risa y las voces estúpidas de las hombreras y de los redingotes que se apretujaban en muchedumbre, y de nuevo fijaba mis ojos en la muchedumbre variolada ante mí, como si esperase y buscase a alguien. En efecto, reconocí a cien pasos de nosotros a los Ivine con su institutriz.

—Mira papá—gritaba loco de alegría queriendo hacérsela participar a otra persona — aquí vienen los Ivine.

Mi padre asintió benévolamente, pues estaba ocupado en saludar y en sonreir a una dama. En cuanto a Volodia, me preguntó:

—¿Dónde los ves?

—Detrás de ese coronel y esa dama, los tres con sobretodos con pieles de castor.

—Te equivocas, es un negociante

—¡Pero mi Dios! — dije con impaciencia, no comprendiendo cómo no podía presentir la proximidad de los Ivine — están a la derecha del comerciante.

Bien pronto le fué imposible dudar, ya que nos hallábamos a unos veinte pasos unos de otros, sonriendo de alegría, sin por ello permitirnos acelerar nuestros pasos a fin de encontrarnos más pronto. ¿Por qué no contaba mi amor ni a Petroucha Ivine ni a mi hermano ni a nadie? No sabría decirlo. Sin duda no lo habrían comprendido, y si asimismo hubiese ensayado de confesar mi sentimiento a alguien ¿lo tomaría por un afecto ordinario? No lo quería hacer, y presintiendo probablemente no ser comprendido, me callaba. Por otra parte, haré notar que entonces jamás dije que no se me comprendía: al contrario, me parecía que era yo quien no comprendía los sentimientos de Petroucha, y me esforzaba por adivinar sus pensamientos. ¿Por qué no podía pronunciar la palabra *amor* si ese sentimiento era tan avasallador en mí, mientras que más tarde, mucho más tarde, cuando no lo experimentaba con tal violencia, continué avergonzándome de declararlo?

Conversamos unos instantes con los Ivine, y al separarnos nos prometimos visitarnos a la tarde. Cruzada la plaza Tverskaia, papá siguió por la calle del mismo nombre y entró en una confitería donde deseaba comprar unos bombones para la cena y ofrecernos un postre. La magnificencia del lugar al que entramos me sorprendió de manera extrema, más por esperar ver solamente pasteles y caramelos comunes; contrariamente a mis previsiones, todo un suntuoso universo se presentó a mis ojos. En medio del salón había un mueble extraño — silla, tabla o costurero — cubierto de confituras de todos los colores y de todas formas. Ese espectáculo no podría retener toda mi atención, pues detrás de pequeñas ventanas, en armarios, en mostradores con vidrios, no había solamente confituras y masas sino todavía bombones, botellas, cajas coloreadas, cartuchos, botes llenos de confites de tantos y tantos colores que tenía ansias de gustarlos. El centellear de los dorados, de los cortinados, el empapelado multicolor me tenían abstraído. Cerca de un armario se halla-

ba sentada una bella dama, maravillosamente vestida de seda, con un cuello como los que usa mamá. Leía una novela francesa. Me encontraba muy asombrado, no sabía qué mirar, me preguntaba si podía aventurarme a caminar sobre la alfombra con mis zapatos cubiertos de polvo, y si debía agradecer a esa dama — el hada de ese aposento — por haber dispuesto así de estos tesoros y tener permiso de entrar.

Ella se puso de pié detrás del mostrador, desde que nos apercibió, preguntándole a papá lo que deseaba. "No es más que una comercianta", me dije; y asimismo cómo sus brazos son blancos y qué bien habla francés. Me fué un poco desagradable constatar que una tendera podía vestirse tan elegantemente como mamá y leer novelas francesas. ¡Es Moscú! Y lamentaba sinceramente no tener cerca mío a Nathalie Savicha y el cazador Touroux, a quienes confiarles mi estupefacción: decidí en seguida narrarles todo detalladamente en el primer encuentro que tuviéramos. Papá con visible embarazo pidió bombones, una libra de cada clase, y la señorita cuyo exterior me llamara tanto la atención, empezó con una destreza extraordinaria a tomar puñados de diferentes cajones y arrojarlos sobre un platillo luciente. Papá se había acomodado en el mostrador y hablaba en voz baja con la damisela: noté que ella sonreía amablemente y sus miradas se hacían lánguidas. La vendedora, continuando su trabajo, respondía de tiempo en tiempo con frases en francés bien redondeadas; en las que entraba invariablemente *señor*, sonriendo siempre enigmáticamente. Papá se dirigió a mí y mi mirada le dijo: *te vigilo* y la suya me replicó *tú me fastidias*. Nos comprendimos en un abrir y cerrar de ojos y así cesamos de mirarnos.

—¿Qué quieren los niños? —guntó.

Naturalmente, hallándome persuadido que en semejante situación podría pedir lo mejor del mundo, me quedé perplejo, no sabiendo qué escoger, por el miedo de equivocarme.

—Que se les dé una taza de chocolate.

—¡Ernesto! — gritó la francesa.

Ernesto, un muchacho bastante sucio, con delantal, apareció anunciando que el chocolate sería servido al instante en la pieza del fondo, donde nos dirigimos yo y mi hermano. Volodia se puso a mirar por una ventana con satisfacción manifiesta; yo hojeaba los diarios, recorriendo por curiosidad líneas de lectura cuyo sentido se me escapaba. Y todavía nos hacían esperar el chocolate. Me aproximé a paso de lobo a la puerta y me situé frente al espejo del medio, que reflejaba las siluetas de papá y de la francesa. Ella se había vuelto a sentar y tenía su libro en la mano, sin leerlo y hablando; papá, los ojos cariciosos, una sonrisa dulzona en los labios, se inclinaba por encima del mostrador; su cara se hallaba más cerca de la damisela de lo que exige la cortesía; me parece asimismo ver claramente las manos de mi padre acariciando una de la vendedora, y le ví inclinarse más, cerrar los ojos y extender su boca para dar un beso, sin duda, pues adelantaba vivamente la cabeza. De golpe se detiene y se sienta sobre una silla, todo colorado. En ese momento resonó la campanilla de la entrada, y un señor muy elegante apareció en el espejo: lo escuché pronunciar en francés:

—Buen día, señor.

Y luego pasa. Probablemente era el dueño de la confitería. ¿En qué se había convertido la gravedad, la serenidad y la conciencia de su poder que habitualmente expresaba el rostro de mi padre, en el momento que se echó para atrás como un escolar y todo ruborizado se entretuvo en inspeccionar los armarios?

Ernesto al fin traía el chocolate; lo bebimos con delicia, recuerdo haberme quemado la garganta, ensuciado la boca, secándomela con los biscochos. Retornamos al salón. Papá tenía los bombones bajo el brazo y continuaba conversando con la francesa, que al presente parecía bastante desagradable. Lo esencial es que no comprendía bien cuales relaciones existiesen entre ellos; pero adivinaba algo no muy limpio. Papá terminó la plática diciendo: "Sí, sí, soy un poco viejo". Y se pasaba una mano por su cabeza casi calva. A lo que parece, vuelve a notar nuestras miradas, que se fijan sobre él, y con cierto despecho nos dice:

—¡Vamos muchachos!

No sería justo que yo dijera que no comprendía, que nuestro padre le hacía la corte a la francesa, pero entonces jamás hubiese osado expresar ese pensamiento y por otra parte no hubiera podido hacerlo.

D. A. DE SANTILLAN

POR LA COLONIZACION ANARQUISTA

II

Los precursores del moderno socialismo, los Fourier, los Owen, los Cabet, a quienes la escuela "científica" del socialismo llama utópicos, no concibieron el socialismo como una tendencia indiferente a la inmediata realización y experimentación. ¿Por qué se ha perdido hasta tal punto el deseo de experimentar, de probar en la realidad la virtualidad de nuestras ideas? Nos hemos conformado con la experiencia del movimiento obrero en sus contiendas anticapitalistas y antiestatistas y eso es mucho, en ese movimiento pueden ser elaborados sentimientos de solidaridad, de ayuda mutua y de lucha contra el mal, la injusticia y el privilegio. Contra los que menosprecian la significación del movimiento obrero nos hemos esforzado en su defensa apasionada, pero frente a los que suponen que el movimiento obrero de las ciudades es todo, frente a los que no levantan la mirada más allá de los horizontes de la vida sindical, por revolucionaria que sea, decimos que eso es insuficiente.

No somos muchos, pero somos bastantes para hacer algo más, para levantar más la voz y obrar más fecundamente en beneficio de nuestras ideas. Si existiera en nuestros días un Bakunin, sabría hallar más medios para poner en tensión las voluntades existentes y no se contentaría con trillar mecánicamente el camino de la rutina. La táctica de nuestro movimiento se modificó y se modificará sin cesar siguiendo las circunstancias y posibilidades. Cuando los adeptos del anarquismo en un país podían sentarse en el banco de una plaza, los métodos tácticos de propaganda y de acción revolucionaria tenían que ser forzosamente diversos de los del tiempo en que nuestros amigos se cuentan por centenares y por millares en cada ciudad de alguna importancia. Esto se deja caer de su peso y si decimos que nuestras concepciones tácticas no deben basamentarse en dogma alguno, creemos que interpretamos la opinión general de nuestros camaradas.

Por ejemplo, hubo en el anarquismo un prejuicio tradicional contra toda edificación sólida de instituciones del movimiento. En América se han quebrantado prácticamente muchos de esos prejuicios; una preocupación de nuestros camaradas de los países latino-americanos es la instalación de imprentas para el movimiento y es precisamente la imprenta de LA PROTESTA, hasta ahora, la acumulación más valiosa que hayan creado los anarquistas en el mundo. Pero si en ese dominio en la América latina no existe ya ningúno de los prejuicios absurdos que observamos en Europa, por ejemplo, hay, sin embargo, muchos otros que tal vez se deben más a pereza y a irresolución que a ninguna otra cosa. Calcúlese sólo lo que pagan los sindicatos, grupos, periódicos nuestros en concepto de alquiler de locales, teatros y demás en un solo año en un gran centro de propaganda y dígase si no podría edificarse en pocos años una amplia Casa del Pueblo, como le llaman los socialistas. En vista que menospreciamos las reivindicaciones cotidianas de los trabajadores, en vista de que tenemos la convicción de que la preparación del porvenir y la lucha por la anarquía no puede pasar por alto el pan de cada día y la defensa de los derechos más elementales del hombre siempre amenazados por los privilegiados, no vemos por qué no habríamos de consolidar en todas las formas posibles nuestro movimiento. Hay grandes poblaciones en Europa donde los socialistas de Estado son inexpugnables porque supieron crearse en una Casa del Pueblo, por ejemplo, una verdadera institución social que mantiene de un modo u otro un contacto continuo con grandes masas de trabajadores. Aquel viejo razonamiento que se nos ha presentado, diciendo que en lugar de preocuparnos de edificar una Casa del Pueblo debíamos precipitar los acontecimientos y expropiar a la burguesía alguno de sus magníficos palacios, es demasiado inconsistente para tener que rebatirlo. En ciudades como Buenos Aires, Barcelona, México, etc., se gastan anualmente enormes sumas de dinero en concepto de alquileres de locales; los que quisieran la expropiación de algún gran palacio de la burguesía no advierten que con la táctica actual el movimiento favorece a los propietarios y se encuentra siempre inseguro en su base material. La vida de los sindicatos de una gran ciudad es un fenómeno histórico inevitable y aunque no fuera más que por las ventajas que resultarían de la disposición de un punto fijo de concentración y de relación, se debería examinar la posibilidad de subsanar los inconvenientes actuales.

Pero esto es lo que nos proponemos ampliar aquí.

Aquí queremos decir que una experimentación práctica cualquiera en el sentido de nuestras ideas, nunca es nociva; con triunfo práctico o sin él, siempre deduciremos enseñanzas útiles y aplicaciones nuevas en diversos órdenes de la vida.

En Estados Unidos hay innumerables sectas religiosas y de tendencias sociales también que, disgustadas de la vida actual, se retiran lejos de los centros capitalistas, fundan una forma de vida propia, trabajan y conviven a su gusto y se eximen todo lo que pueden de las leyes imperiosas del capitalismo.

Durante muchos años hubo entre los anarquistas también la tendencia a formar pequeñas colonias agrícolas. Los ensayos hechos resultaron fracasos formidables, naturalmente. En la actualidad, apenas alguno que otro entre los individualistas prestigian dichos ensayos de colonias. El argumento principal nuestro en contra, ha sido bien expresado por Elíseo Reclus. No queremos apartarnos de la vida actual y retirarnos a un desierto o a una isla lejana; queremos luchar por el porvenir en medio del presente, sufriendo, y propagando nuestras ideas hasta que la mentalidad humana nos comprenda y se disponga a reconocer y practicar la libertad.

Esas pequeñas colonias anarquistas que se ensayaron en diversos países, tenían que fracasar forzosamente, por una parte a causa de de sus mínimos recursos materiales, y, en segundo lugar, si hubiesen triunfado materialmente, sus miembros habrían seguido el curso natural en todos esos casos: los intereses del dinero y la necesidad de someterse a las leyes capitalistas de la economía les obligarían a olvidarse paulatinamente de la revolución, para lo cual dieron ya un primer paso al fundar la colonia. El problema social a cuya solución aspiramos es, como su nombre lo indica, *social* y no individual. La emancipación y la libertad a que nosotros tendemos son sociales, es decir, no se resuelven con el mero triunfo del individuo. Individualmente nos sería fácil a muchos salir de esta penosa situación, sea por la vía de la especulación comercial o de la política. Pero con eso no habremos hecho más que una cosa: restar un combatiente más a las fuerzas de la revolución y agregarlo al bloque de los conservadores del sistema del privilegio.

En una palabra: las pequeñas colonias anarquistas, aunque sus experiencias nos hayan sido provechosas e instructivas como enseñanza útil, no prevalecieron porque no podían aportar ningún beneficio material ni moral al movimiento. Eran empresas individuales como las de cualquier comerciante o grupo de comerciantes que hacen ensayos, sin nigún idealismo revolucionario, para mejorar su situación y vivir una vida más cómoda. Lo que han tenido de bueno, lo mismo que el llamado socialismo utópico, es la tendencia *experimental*. Esa tendencia es la que debiéramos recoger e integrar en los valores y postulados de nuestra táctica cotidiana.

Entrar a refutar los pretendidos valores de la pequeña colonia anarquista, separada del resto del movimiento y de la vida actual, sería superfluo, pues, como hemos dicho, su propulsión por algunos individualistas no puede considerarse como tendencia existente en una parte de nuestro movimiento.

Pero sí seríamos adversarios de ensayos individuales, tanto en el terreno industrial como en el agrícola, en nombre de nuestras ideas y con el pretexto de servir a nuestras ideas, *toda empresa del movimiento mismo*, la compra de una imprenta, la edificación de una Casa del Pueblo, la colonización agrícola, nos parece que debiera ser estimulada y fomentada. El plan o la utopía que queremos exponer, no es ni más ni menos que una colonización agrícola por el movimiento y para el movimiento. Rechazaríamos de plano la realización de esa idea por un individuo o por una agrupación, aunque estén animados de las mejores intenciones; en cambio daríamos todo nuestro entusiasmo a esa obra, si el contingente general de las fuerzas revolucionarias de la libertad la hicieran suya.

Repetimos nuestro deseo de que se lean estas líneas sin opiniones preconcebidas, y se haga saber el modo de pensar de cada uno con la sinceridad que nosotros expresamos el nuestro.

Las discusiones tan noblemente inspiradas sobre la cuestión agraria y la necesidad de buscar el medio de extender el movimiento anarquista a la población del campo, nos han llevado a un punto muerto en que se van a estrellar seguramente los mejores propósitos: la inconciliabilidad de los intereses de los peones y de los colonos arrendatarios y la dificultad que hay en la integración de ambos simultáneamente a nuestro movimiento. No desesperamos sin embargo de encontrar alguna salida satisfactoria para todos. Mientras tanto, examinemos esta derivación de la cuestión agraria considerada desde el punto de vista de la fortificación y consolidación de las fuerzas materiales y morales del movimiento: *la colonización agraria, como empresa del movimiento mismo*. Hemos perdido el tiempo en tantas discusiones bizantinas y en tantas luchas incomprensibles, que la dedicación de algunas horas de meditación a la aprobación o al rechazo de nuestra utopía no pueden agregar mucho a la cuenta de las horas perdidas inútilmente para la propaganda.

No defenderemos esta idea acariciada hace mucho tiempo más que contra las malas interpretaciones posibles; contra las réplicas y las objeciones sinceras, expresamos de antemano nuestro reconocimiento. Nos hemos trazado por norma dar más fe a la opinión de todos que a la nuestra propia, sin que eso nos impida pensar por nuestra propia cuenta.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(CONTINUACION)

A causa de las divergencias de opinión sobre el mejor modo de realizar la propaganda, en 1899 Landauer salió de la redacción del *Sozialist*. En 1896 fué como delegado de los anarquistas alemanes a Londres, al congreso socialista internacional. En ese congreso los socialdemócratas y los marxistas resolvieron excluir a los anarquistas de sus congresos. Esa resolución no aportó al movimiento obrero ningún beneficio, pues los anarquistas representaban las fuerzas radicales y el germen impulsivo del movimiento obrero internacional. Si hubiera vencido el espíritu anarquista en el movimiento obrero internacional, entonces los trabajadores habrían encontrado las fuerzas necesarias para defenderse contra el estallido de la guerra. El espíritu marxista-socialdemócrata, que triunfó en el congreso de Londres sobre el espíritu anarquista en toda la línea, tuvo por consecuencia un adormecimiento del movimiento obrero y se volvió inepto para la acción realmente eficaz. Landauer tuvo en ese congreso un conflicto con Wilhelm Liebknecht, el padre de Karl Liebknecht, que cayó en la revolución, como Landauer, víctima de la inhumanidad de las bandas militares. Pero el viejo Liebknecht era un parlamentario y un político y el influjo de la política dejó en su carácter rasgos sensibles, que se expresaron también en su comportamiento frente a Bakunin, al que como se sabe calumnió como agente policial y repitió esa calumnia a pesar de haber confesado que no podía demostrarla.

Cuando Landauer abandonó la redacción del *Sozialist*, lo pasó miserablemente desde el punto de vista material. Vivió algunos años en medio del hambre haciendo trabajos de traducción; pero no se sintió movido a escribir algo contra sus convicciones. Tradujo trabajos de Kropotkin casi al mismo tiempo que eran publicados en *Les Temps nouveaux*. Por esa época entró Landauer en relación con el noble Moritz von Egidy, llamado el segundo Cristo por sus adversarios. Pero Moritz von Egidy, que era germano de raza, era cualquier cosa menos un charlatán social. No propagaba un sistema especial, no tenía receta alguna del amor cristiano, pero era un combatiente del progreso, tal vez el porvenir materializado que invoca nuestra más pura aspiración y nuestro interior más profundo. Cuando Landauer era aun redactor del *Sozialist*, Moritz von Egidy incitó a Landauer a protestar en el periódico contra un crimen judicial, contra la sentencia de muerte dictada contra el barbero Ziethen. Landauer protestó y acusó a un comisario de policía de perjuro. Pero como no pudo demostrar esa acusación irrefutablemente, fué condenado a seis meses de prisión. El fiscal reconoció la pureza de los motivos de Landauer, de lo contrario habría habido que esperar una sentencia más severa. Desde la prisión escribió Landauer en una carta: "Me ha ido bien". Cuando dejó la prisión, continuaron los viejos sufrimientos; las preocupaciones por la existencia de su mujer y de sus hijos le apremiaron como antes.

Por esa época apareció en Berlin una nueva corriente religiosa, cuyos principales representantes eran los hermanos Hart. Se fundó una asociación *Die neue Gemeinschaft*. También Landauer tomó parte en ese movimiento, como en todos los movimientos nuevos. Hizo propaganda en ese círculo por sus ideas socialistas-anarquistas. Su contribución consistió ante todo en un pequeño escrito, pero en extremo macizo, *Durch Absonderung zur Gemeinschaft* (A la comunidad por la singularización). En una conferencia sobre F. Nietzsche, hizo las amargas declaraciones siguientes: "¿Tenéis grandes genios, grandes filósofos, grandes artistas en Alemania? A eso sólo puedo responder: sí; Bismarck". Verdaderamente, dijo Landauer, Nietzsche no amaba la naturaleza de Bismarck y su mundo; odiaba ese reino de la fuerza exterior y de la violencia brutal; pero quería decir: así es preciso consagrarse a la causa, así es preciso ser en cualquier pasión, inspirado por una única voluntad como lo estaba Bismarck, para realizar algo en alguna parte, para significar algo, para ser hombres. En este sentido se dedicó Landauer enteramente a su causa, se entregó por completo a ella, pero exigió lo mismo a los demás. Y eso es lo que contribuyó a que no encontrase muchos adeptos para su socialismo; pedía demasiado, pedía el ser humano íntegro.

Después de alguna permanencia en Londres en 1902, volvió Landauer a Berlín y se casó por segunda vez con la poetisa Hedwig Lachmann. Silenciosamente, retirada a la manera legítimamente femenina, se entregaba ésta a la misma pasión artística que él; en ella dominaba el mismo celo ardiente y poseía un alma fogosa, cuyo brillo parecía una silenciosa piedra preciosa. Vivió con ella en un matrimonio penetrado por la más profunda armonía imaginable. Un matrimonio como ese en que dos seres humanos se unían para la más elevada actividad creadora, según la arraigada convicción de Landauer, era la célula primitiva de toda comunidad fecunda. Partiendo de ella debían edificarse las comunas, las corporaciones, el pueblo. Landauer no era un divagador que soñaba con un amor indiferenciado hacia todos. Esa abstracción no existía en él. Decía: La sociedad no se funda y no se debe fundar sobre una igualdad en la fuerza de los sentimientos en todos los hombres; donde ninguna graduación es de una naturaleza clara y decidida, no puede haber sino debilidad y decadencia. Mi casa, mi pueblo!, mi casa, mi patio y mis jardines, mi mujer y mis hijos — mi mundo! Sobre ese sentimiento, sobre esa solidaridad exclusiva, sobre esa pequeña comunidad libre, sobre esa comunidad natural deseo edificar las corporaciones mayores, primero las comunas y la alianza de los oficios".

Cuando Landauer fué descalificado por los anarquistas, no pudo realizar mucho. Se ocupó de estudios literarios y filosóficos y escribió algunas novelas editadas en libro con el título *Macht und Mächte*. Con su compañera tradujo poesías de Oscar Wilde y editó los escritos de *Meister Eckehardt*. Pero como todo eso no bastaba para alimentar a su compañera y a sus hijos, buscó una colocación de librero y vendió libros en la calle Postdamer. Como observó Julius Bab justamente en su discurso necrológico sobre Gustav Landauer, fué quizás la tragedia mas triste del mundo desde los días en que Spinoza afilaba lentes, ver ese hombre flaco, de largo cabello negro y de barba patriarcal, tras el mostrador, vendiendo libros. El, el bibliófilo, el sabio con el que no podían competir los profesores, estaba obligado a desperdiciar su precioso tiempo de esa manera. Después de trabajar casi dos años de vendedor de libros, abandonó su empleo y se ganó el pan con traducciones y conferencias. Habló sobre arte y filosofía, sobre política y literatura. Trató la filosofía de Bergson, los dramas de Shakespeare, las obras de Strindberg. En sus discursos resaltaba la profundidad de la convicción y la claridad del pensamiento. Ocurría con frecuencia que sus oyentes acudían a escuchar al orador seductor sólo por la sensación exterior, mientras que para ellos los discursos no eran nada más que snobismo, variación de lo cotidiano. Pero Landauer no veía lo que ocurría ante él, obraba por un impulso interior.

LANDAUER COMO FILOSOFO

Cuando Landauer pasaba el día en la librería, trabajaba por la noche en sus problemas literarios y filosóficos. El caudal que nos deja no es grande, no es vasto; sin embargo, pesa tanto más. Aparte de diversos artículos en revistas se encuentran sus pensamientos y sus concepciones históricas principalmente en dos libros. Uno es *Skepsis und Mystik*, el otro *Die Revolution*. El primero es en parte una popularización y simultáneamente un profundizamiento de la crítica del lenguaje de Fritz Mauthner.

En la filosofía de Landauer encontramos dos partes, una negativa y una positiva. También en el dominio de la filosofía hallamos la aspiración pasional de su personalidad a ponerlo todo al servicio de su causa: la superación de la actual incultura y la edificación de una nueva cultura. El punto de partida de su filosofía lo forman la crítica del idioma, los estudios filológicos. También aquí, donde Landauer está en su verdadero terreno, el que había elegido como profesión, la filología, constatamos el mismo celo por la verdad que dominó toda su naturaleza. La naturaleza de un hombre es siempre la misma, y no puede negarla nunca en lo que hace y quiere, mientras quede fiel a sí mismo. Si el carácter de un hombre es noble, profético, si está hondamente compenetrado por sus ideas, entonces sólo verá en todas las situaciones y en todos los oficios un medio para manifestar sus ideas. Así pasó con la filología de Landauer. Mientras que hay millares de filólogos que ven su ideal en una cátedra bien retribuída y tal vez se ocupan de los puntos en las íes para pasar el tiempo, Landauer aplicó sus conocimientos filológicos para demostrar que todo lo que consideramos como lo más sagrado y lo supremo, *dios, Estado, moral*, etc. no son más que *palabras*. Landauer fué estimulado en esto por la obra imperdurable, relativa a ese dominio, de su amigo Fritz Mauthner. Con un nihilismo sin ejemplo, con incomparable valentía y profundidad, Fritz Mauthner ha condenado a muerte en su obra *Beitrage zur Kritik der Sprache* todas las verdades "absolutas".

Landauer, cuya naturaleza era ricamente diabólica en la destrucción, en la fuerza creadora de la edificación, adoptó esa idea, pero sólo para llegar por la crítica de Mauthner a una duda más grande, de la que surgieron en él esperanzas aún más fuertes. La más radical negación era para él preparadora de la acción nueva y más firme.

El razonamiento de Landauer era más o menos el siguiente: Kant ha dicho que las cosas de afuera sólo son fenómenos en la forma subjetiva del espacio, sus propiedades son tales como nuestros sentidos las forman, y sus relaciones recíprocas resultan de la forma subjetiva del tiempo. Kant, pues, hace siempre el ensayo de explicar las cosas por las cosas — pues espacio, tiempo, sentido son ya cosas — o, dicho de otro modo: de explicar cosas por palabras, palabras por palabras. Pero Mauthner nos grita burlescamente: las cosas que están fuera son cosas, porque vuestro lenguaje las comprime en la forma substantiva y sus propiedades son adjetivos y sus relaciones se regulan del modo como obran en vosotros vuestras impresiones, es decir, en la forma del verbo. Vuestro mundo es la gramática de vuestro idioma. Pero, ¿quién, que haya expresado eso una sola vez, querrá creer que más allá del idioma humano hay algo substantivo, aun donde hay idiomas con otras categorías, cabezas con otras concepciones? ¿Concepción? no es nada más que nuestro tesoro idiomático. Y el tesoro del idioma es nuestra memoria; y al contrario. Cuando percibimos una desemejanza, cuando nuestra memoria descarrila, ampliamos un concepto, o formamos un nuevo concepto mediante una nueva metáfora, o por un cambio de significación. Y así sucesivamente. El mundo afluye a nosotros; con el par de pobres agujeros de nuestros sentidos visuales percibimos lo que podemos y lo agregamos a nuestra vieja provisión de palabras, pues no tenemos ningún otro medio de retenerlo. El mundo continúa fluyendo, y nuestro lenguaje continúa fluyendo, sólo que no en la misma dirección, sino de acuerdo a los accidentes de la historia del idioma, para la cual no se pueden establecer leyes.

Esta es la duda de Landauer: La palabra *dios* es originariamente idéntica a la palabra *ídolo* y ambas palabras equivalen a "fundido". Dios es un producto del hombre, adquiere vida, se atrae vidas humanas y finalmente se vuelve más poderoso que la humanidad.

Después de haber investigado la historia del idioma hondamente, dice Landauer: El mundo no tiene idioma. No tendría idioma tampoco el que lo comprendiera. El idioma del intelecto no puede servir para acercarnos al mundo, para transformar el mundo en nosotros. Pero como trozo de la naturaleza sin idioma se transforma el hombre en todo, porque depende de todo.

Desde su punto de vista de la crítica del idioma, todos los sistemas, como por ejemplo el marxismo, que pretende para sí la verdad inmaculada, debían aparecer ridículos y locos. ¿Por qué habría de ser su cuadro del mundo el justo, por qué habría de haber encontrado la piedra de la sabiduría? Cualquier otro sistema, cualquier otra doctrina podría aspirar al mismo derecho para sí.

(CONTINUARA)

BIBLIOGRAFIA

Mella Ricardo — IDEARIO; prólogo de José Prat. Un vol. en 8.o mayor, 335 págs. — Gijón, 1926.

Hemos anunciado ya la próxima aparición de este libro, que tenemos por fin ante nosotros y que es uno de esos raros volúmenes que se leen y se consultan con fruto toda la vida. A Mella no se le hojea superficialmente, se le estudia y se le medita, porque pocos escritores tienen en nuestra literatura su capacidad para remover ideas e inquietar y educar espíritus. Su concepción libertaria es de las más amplias, sin frenos ni cotos; los horizontes de sus panoramas no tienen más límite que el que traza la capacidad de cada individuo al reconocimiento y la investigación de la verdad. España ha dado al mundo en el último siglo algunos hombres ilustres por su erudición, por su malabarismo literario o por sus méritos literarios efectivos, pero un pensador tan sereno, tan amplio, tan honrado, tan seguro de su visión de los hombres y de las cosas como Ricardo Mella, sería difícil encontrarlo. Por lo demás no podía surgir más que a la sombra de la idea de libertad, y para cobijarse bajo esa bandera hace falta en primer lugar honestidad interior omnipotente y carácter firme. La inteligencia de nuestros días busca más bien el apoyo y la benevolencia de los poderosos, sirve humildemente a los Cresos de la hora; eso es más nutritivo y más provechoso para vivir lo mejor posible que la adhesión sincera a la verdad y a la justicia.

Aunque la obra de un pensador sea un tesoro para las generaciones futuras, nunca sustituye al pensador mismo capaz de adaptar su pensamiento a cada circunstancia y de sugerir directamente soluciones a los problemas de la vida; pero, ya que contra la obra de la naturaleza no podemos perpetuar la vida de un hombre de gran valor, podemos perpetuar su pensamiento, su método de trabajo, su visión de las realidades, las cualidades de su carácter. Eso es lo que se proponen hacer los editores de este libro y de otros cinco que le seguirán. Para muchos, para la inmensa mayoría de los amigos de Mella y de los estudios en general, la colección de obras de que *Ideario* forma la introducción, equivaldrá a un Mella redivivo, más grande y profundo de lo que juzgan aquellos mismos que creían conocerlo a fondo.

Los trabajos están concienzudamente catalogados bajo títulos diversos, temas de doctrina, de crítica social, de educación libertarna, de táctica, de evolución y de revolución, de violencia, de libertad y autoridad, ensayos filosófico-literarios, de moral, de pedagogía, temas sociológicos, trabajos polémicos, vida española, hombres representativos, etc. Se reproduce además en cliché el original de una carta inédita de Mella a su hijo que ha de leerse con fruición, por el fondo y por la forma.

Si fuésemos amigos de hacer reclame, diríamos: el que adquiera este libro y no lo considere digno de estudio atento y de guía espiritual para toda la vida, recibirá de nuevo las 5 pesetas que haya gastado.

D. A. de S.



AÑO V

BUENOS AIRES, 19 DE JULIO DE 1926

N.o 232

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEM

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

TELESCOPIOS Y MENTES CUADRICULADAS

Las leyes urdidas por los hombres, al necesitar del gendarme y de la sanción penal para cobrar fuerza activa, no fueron ni son más que la irrisoria parodia de las que emanan del juego íntimo de la naturaleza. Han sido ellas, casi siempre — por no decir eternamente — antihumanas, y en todos los tiempos contravinieron los profundos dictados del progreso de la humanidad. Fueron ellas los obstáculos que se erigieron al borde del camino en forma de horca, de hoguera y de mazmorra, para contener el impulso de aquellos, rebeldes o no, pero animados precisamente por esas leyes naturales, que les inducían a pregonar la evolución en todos los órdenes de la vida.

Y nunca como ahora el gigantesco armatoste jurídico y penal tuvo tal preponderancia en el mundo moderno, el cual está siendo aprisionado por los hilos segregados continuamente por esa nubarrada, verdadera tolvanera de tarántulas y arañas que son los juristas, doctorados en todos los derechos habidos y por haber. Códigos, ordenanzas, leyes de toda especie se acumulan, constituyendo montañas de papel que si todavía no sepultaron al género humano, es porque palpita en él lo infinito de sus destinos: engendrador de la divina sed de conocer y la inquietud de andar.

Y estos internacionalistas, estos jurisconsultos, padecen igual equivocación que ciertos astrónomos citados por Anatole France, quienes, al colocar hilos de platino en sus telescopios, para dividir en determinadas zonas el firmamento, a veces se olvidan que son signos convencionales. Y la tiranía de su profesión les imbuye la creencia que ese dombo azul debe hallarse forzosamente cuadriculado, como lo está su telescopio. Habrá algo de exagerado en nuestra obligada comparación, pero pocos negarán el fondo de verdad generalizadora que hay en ella.

Las gentes de leyes, hace ya centenares de años que legislan, habiendo perdido de vista las leyes naturales. De ahí la fácil suplantación de ellas y su incesante fabricación, en las que unas niegan lo que otras afirman a medias, generándose de todo ello una baraunda babélica. El telescopio cuadriculado con una infinidad de convenciones de su escolástica mentalidad, sigue siendo su único cartabón para imponer normas a los demás. Se hallan tan lejos de la realidad, como si se alojasen en el planeta Marte.

Demos un ejemplo cercano. Desde un tiempo, se propicia aquí la reforma del código judicial y penal de la Argentina. Una numerosa comisión de abogados y juristas se abocaron la tarea reformadora.

No sabemos si uno de ellos es el diputado nacional Dr. Guillermo Sullivan, quien presentó a la cámara dos proyectos de ley, tocante a la moralidad pública. Uno de ellos consiste en la modificación del código penal, por el delito de trata de blancas, y dice así:

"Art. 1o. — Suprímese el artículo 125 del Código Penal y reemplázase por el siguiente:

"Art. 125. — El que con ánimo de lucro o por satisfacer deseos propios o ajenos promoviese la prostitución o corrupción de menores de edad, sin distinción de sexo, aunque mediare consentimiento de la víctima, será castigado con reclusión perpetua.

"Sufrirá la misma pena de reclusión perpetua, aunque la víctima fuera mayor de edad, si mediare engaño, violencia, amenaza, abuso de autoridad o cualquier otro medio de intimidación o coerción, como también, y estos casos aunque mediare consentimiento, si el autor fuera ascendiente, marido, hermano, tutor o persona encargada de su educación o guarda o que hiciera con ella vida marital.

"Art. 2o. — Suprímese el artículo 126 del Código Penal y reemplázase por el siguiente:

"Art. 126. — Será castigado con reclusión perpetua el que mediante engaño, violencia, abuso de autoridad o cualquier otro medio de intimidación o coerción detenga o facilite la detención de una mujer, mayor o menor de edad, contra su voluntad, en casa de prostitución o que le obligue a ejercer la prostitución.

"Igual pena sufrirá el que lucre con la prostitución de una mujer."

El segundo proyecto pretende prohibir el ejercicio de la prostitución por la mujer argentina, y en su único artículo, dice:

"Art. 1o. — Desde la promulgación de la presente ley no se concederán nuevos permisos para ejercer la prostitución a mujeres de nacionalidad argentina."

Por lo pronto, hagamos notar el galimatías que existe en la enunciación de las penalidades en el artículo 125. En el primer párrafo se castiga con reclusión perpetua a quien *"promoviese" la prostitución o corrupción de menores, sin distinción de sexos, aunque mediara consentimiento de la víctima.*

Luego sigue:

Sufrirá la misma pena de reclusión perpetua, aunque la víctima fuera mayor de edad, si mediare engaño, violencia, amenaza, abuso de autoridad o cualquier otro medio de intimidación o coerción, como también, y en estos casos, aunque mediare consentimiento, etc.

Es algo inextricable lo que pretende establecer este presunto legislador, que, a juzgar por lo transcripto, debe ser un tartamudo, verbal y mentalmente. A la nebulosidad y vaguedad del pensar, le sigue la confusión en el hablar.

Hay que preguntarse; de modo, si hay abuso, violencia, engaño y amenazas, o si, al contrario, existe consentimiento por parte de la *voluntaria* victimada, ¿el delito será siempre pasible de la pena de reclusión perpetua?

No obstante que el lenguaje leguleyesco y curial haya sido tan famoso por su tenebrosa impenetrabilidad, pocas veces nos hemos encontrado con dislate tan grande, con absurdo tan monstruoso. Se quiso ser de una severidad excesiva, se proyectó adoptar una actitud tan drástica, que se incurrió en una aberración ilegislable, como es la de penar por un delito que nunca existió.

Dejando de lado la cuestión de forma; lo que atañe al fondo moral que procura salvaguardar estos pergenios de ley, nos resulta igualmente absurdo y ridículo. Este señor no sabe, ni querrá conocer, cuáles son las originarias fuentes de la prostitución en las sociedades modernas. Si las hubiese estudiado, no poseería tal frescura al enmendar o fabricar nuevos artículos del código vigente, complicándole más de lo que está ya. Tampoco creería que por el hecho de no conceder nuevos permisos de ejercer la prostitución a las mujeres argentinas, éstas se convertirán en honestas, pulquérrimas y en virtuosas, automática y milagrosamente. El vicio y la virtud — que para Spinoza eran productos naturales como el vitriolo o el cristal de roca —, obedecen a causas sociales e individuales mucho más profundas, no muy posibles de ser encuadernadas en un código de procedimientos, como si fuesen flores marchitas. Hasta ahora, para debilitar o aumentar uno y otro de estos caracteres cardinales de la personalidad humana, no han valido todas las religiones, ni la inmensa muchedumbre de postulados morales que se vienen repitiendo desde hace siglos. Son dos fuerzas que ora se aventajan o se equilibran, siendo el volumen de cada una casi siempre idéntico. Pero para librar a la humanidad doliente de la corrupción, que es su lacra viva, no serán códigos ni leyes, aun poseyendo las más terribles penalidades, que lo conseguirán, ni siquiera parcialmente, ni en una mínima parte.

Si ese padre de la patria se siente un puritano *enragé*, pudo muy bien solicitar la absoluta abolición de las casas de lenocinio y su mercado callejero, como ya de hecho y oficialmente existe en Inglaterra y Norte América. Por lo menos no hubiese caído en esa odiosidad de género internacional: de intentar prohibir la prostitución de las mujeres argentinas, otorgando libertad completa a las demás de otras nacionalidades para que se prostituyan en beneficio de los argentinos.

Sí; sabemos cuál es uno de los principales motivos.

Para el erario público representaría una pérdida dolorosísima en sumas contantes y sonantes. Entonces, si viven de ella como cualquier proxeneta, si una parte de los dineros de su dieta proviene de la prostitución oficializada, ¿a qué viene este subitáneo acceso de moralina trasnochada?

En Gran Bretaña, que no ha legalizado esa fea cosa, los lords pagan sus celestinas. Y aquí se cuecen habas de la misma calidad, y a calderadas.

CON LA SOGA AL CUELLO



O las delicias del oro blanco del Chaco y la protección del Estado

---

Rebeliones paradójicas

En Berlín se produjo una colisión entre los desocupados y las fuerzas de policía. Hubo numerosos heridos, según la versión cablegráfica. Varios agentes y civiles. Los de la huelga forzosa, con la consecuente falta de techo, de pan y abrigo, atacaron las oficinas colocadoras de empleos del gobierno, haciendo pedazos puertas, ventanas y muebles, propinándoles unas tundas a los oficinistas, culpándoles de desempeñar sus respectivos cometidos con notoria lentitud. Para quienes padecen hambre y son acogotados por la necesidad, toda espera ha de resultar un calvario, un suplicio tantalesco, apenas aplacado por el cuentagotas de una precaria esperanza.

Los atacantes debían hallarse bastante enardecidos para hacer frente a la policía que intervino, y despojar de sus uni-

formes a algunos de sus miembros. Y
sólo pudieron ser dispersados por un nue-
vo refuerzo compuesto por 300 agentes.

Este caso de abierta rebelión, que lle-
ga a vías de hecho y se bate contra la
autoridad, no nos parece muy común ni
frecuente entre la población alemana, en
la cual el virus de la obediencia y el res-
peto a leyes y convenciones reviste en
ella algo de rito que debe ser observado
escrupulosamente. No se nos vendrá con
la leyenda que los que trangredieron los
fueros de la autoridad constituída eran
comunistas o revolucionarios. Era, a to-
das vistas, una masa de pueblo impulsa-
da por la ceguedad del instinto de conser-
vación. Las necesidades apremiantes no
discuten ni teorizan, sólo piden ser sa-
tisfechas cuanto antes. Es la exaspera-
ción de las turbas de Job, que repiten su
aullido milenario.

Es tan así ello, que estos hambrientos,
estos acuciados por todas las necesidades,
atacaron un reducto que nada podría ren-
dirles inmediatamente, acometiendo una
empresa peligrosa y casi desinteresada.
Querían trabajar, no comer, por lo pron-
to. Deseaban que el trabajo fuese el que
satisfaciera su hambre atrasada. Se dis-
ponían a esperar, indignándose por la
lentitud con que los satisfechos, los que
tenían trabajo, desempeñaban su cometi-
do, que había de procurarles el soñado
empleo.

Otra multitud más levantisca, en las
mismas condiciones de la alemana, ese
empuje de violencia y rebeldía lo hubie-
se dirigido a otro lugar más positivo,
más manducable. Por ejemplo, habría sa-
queado almacenes de comestibles, entra-
do a saco en las viviendas de los ricos
buscando calmar sus ansias de desquite,
retenidas por largo tiempo, saciar sus
apetitos maniatados durante largas vi-
gilias. Todo, menos batallar en demanda
de un trabajo problemático, que alcan-
zará a unos cuantos, dejando a la mayo-
ría en la misma situación angustiosa.

Es hasta paradógico pensar que los esclavos, en libertad obligada, quieren sentir otra vez el peso de la cadena de la faena diaria, atrofiadora, pero que da de comer y da para sostenerse en pie en una vida vegetativa de planta o de animal.

Para la mayoría de los hombres, hoy, libertad, ocio, al contrario de significar un bien — una de las más preciadas conquistas, que la empleará divirtiéndose, educándose o labrándose una destellante personalidad, como lo es para algunos, — resulta para ella una de las más grandes desgracias.

Nadie que no sea proletario del intelecto o del brazo, se imaginará el pavor que les produce a algunos saber que les faltará el yugo que, esclavizándoles, les permite malvivir. Es la cobardía de los sentidos materiales, que claman incesantemente su ración.

Y en esa muchedumbre que asaltó esas oficinas, porque eran muy lentas para proporcionarle trabajo, hay algo de eso.

"EL ANARQUISMO EN EL MOVIMIENTO OBRERO"

Los obreros estudiosos no deben dejar de leer este libro de los compañeros E. López Arango y D. Abad de Santillán. Es la síntesis del movimiento revolucionario de este país, de las ideas que animan la propaganda anarquista, de los principios que dieron realidad a los 25 años de vida de la F. O. R. A.

Compañeros: Para conocer la historia y la orientación de nuestro movimiento es necesario interesarse por su estudio. El libro "El Anarquismo en el Movimiento Obrero" es un compendio de opiniones y de hechos que deben conocer todos los que se interesan por la propaganda obrera y anarquista y anhelan la emancipación integral del proletariado.

Precio del tomo (más de 200 pág.), 80 centavos.

Hacer los pedidos a la administración de "La Protesta", Perú 1537.

MAX NETTLAU

ATENTADO

Atentado es una manera un poco brus-
ca de afirmar una opinión a todo precio
— y es evidente que el atentado no tiene
un valor en sí, lo mismo que ningún
otro género de afirmación y de realiza-
ción impuesta, — una prueba *solamente*
tiene valor. El atentado tiene, pues, por
base o razón, las causas más variadas —
y está casi siempre ligado a causas co-
rrientes, tendencias muy diversas. Natu-
realmente, el sello característico es que
el hombre se eleva por encima de la ru-
tina, quema sus barcos, practica la ac-
ción directa, a lo que todos los demás no
se arriesgan. Puede, pues, hacer un acto
muy útil, quitando un obstáculo *brevi
manu*, al cual ningún otro se atrevía a
tocar; pero el hecho mismo de que haga
falta un hombre excepcionalmente tem-
plado, prueba que el atentado no puede
generalizarse; puede dar el último im-
pulso a una rebelión ya lista, pero no
inspirará al común de los mortales la
necesidad de salir de su rutina. Su im-
portancia es, pues, restringida: es *un*
medio, pero no es el medio. No es un
medio más que cuando todos los otros
medios fueron empleados ya y al mismo
tiempo. Es el fósforo que puede dar mar-
gen al mayor incendio, pero que, igual-
mente, puede arder y extinguirse sin con-
secuencia alguna.

Hay múltiples categorías de atentados, y hay las causas ligadas a los actos; en suma, hay de todo, del acto más simple al acto de fondo, de doble fondo, de encabestramiento complicado. Hay entre otros:

1.—El atentado *social* de grandes proporciones — Sansón en la Biblia; Bakunin decía que "morir como Sansón es lo que él habría querido";

2.—El tiranicidio clásico: *Harmodio y Aristogitón;*

3.—El atentado que surge de una *conspiración*: la muerte de Julio César;

4.—El atentado dictado por la iglesia: (Clement, Ravaillac) o por la conciencia de un fanático religioso: Felton, que mató al duque de Buckingham;

5.—El atentado *nacionalista*, que es de matiz muy diverso, de un patriotismo exaltado, quiero decir, de una buena ley, del mejor de lo que hay en ese género (Guillermo Tell, C. L. Sand, Orsini) al nacionalismo de baja categoría que mata por matar a un extranjero: mentalidad de progrom y de fascismo: tales Oberdank en 1882, los asesinos de Sarajevo el 28 de junio de 1914, y el asesino de Jaurés, 31 de julio de 1914.

6.—El atentado por sentimiento generoso: como Charlotte Corday, que mató a Marat como perseguidor;

7.—El atentado por un vago sentimiento social, los primeros actos de este género: el pobre Damiens, 1757; Louvel, año 1820;

8.—Los atentados de republicanos y socialistas conscientes: Alibaud; Darmés, Onevisset, Agesilao Milano, Karakasoff;

9.—Los atentados con un fin de terrorismo directo: los atentados de Rusia contra Trepoff (Vera Sassulitch), Mesentseff (Stepniak), Alejandro II y III, etcétera;

10.—Hubo también, en todos los tiempos, el atentado individual por venganza privada: así el emperador Albrecht fué muerto por su sobrino Johannes, a quien se llamó después parricida. — Hay ahí graduaciones que conducen a los desequilibrados, como Guiteau, que mató al presidente Garfield, o los últimos atentados de poca importancia contra Luis Felipe (Pierre Lecomte, 16 de abril de 1846; Joseph Henry, 29 de julio de 1846);

11.—Hay también atentados que se diría por *contagio*, que no habrían tenido
lugar quizás sin un atentado precedente
Así, cuando en mayo de 1878, Hoedel dis-
para sobre el emperador Guillermo I y
le yerra, el 11 de junio el doctor Nobiling
tira de nuevo y le hiere. Algunos meses
más tarde, Passanante ataca con un cu-
chillo al rey de Italia (Umberto) y en
esos meses Otero y Moncusi atacan a Al-
fonso XII en España. Es lo que se llama
la serie...

Para los tiempos más antiguos, es un
poco difícil separar claramente atentados,
golpes de mano, asesinatos. Así, de todos
los emperadores romanos, ninguno ha
muerto, creo, por causa de un atentado
directo, todos han sido acechados conti-
nuamente por la muerte y una gran par-
te murió de una manera violenta, lo mis-
mo que los zares, el esposo de Catalina
II, más tarde su hijo (el emperador Pa-
blo), el rey de Suecia, conjuración aris-
tocrática, etc.

Ocurre con eso como con la "alta trai-
ción", que no es tal cuando triunfa. El
asesinato triunfante que aprovecha a un
partido es llamado de otro modo que
atentado y se hizo continuamente duran-
te todos los siglos. "Atentado" fué el que
no tuvo éxito (muy a menudo) y el po-
bre mártir fué descuartizado hasta arran-
cársele los miembros, como a Damiens
en 1757 y en pleno París — mientras que
lo que hizo morir en el siglo XVII y
XVIII a todos los delfines y a otros de
los Borbones fueron manganillas íntimas
que no se llaman "atentado". Maligno se-
ría el que desenmarañara atentados y
asesinatos en la Italia del Renacimiento,
en que hubo además esta sub-especie ama-
ble: el atentado *por procuración*, por el
bravo a sueldo que fué recompensado, pe-
ro que arriesgó también su piel. Y ade-
más los atentados ordenados o inspirados
desde arriba — el conde de Wallenstein
(Waldstein) muerto por sus oficiales ba-
jo la inspiración de la corte del empe-
rador Fernando en Viena, — el duque
Enguien, — Stambuloff, picado en trozos
por los *bravi* a las órdenes de Rusia, etc.

En toda esa gran base tan variada ha podido germinar lo que se llama el atentado *anarquista*. Este es, en su evolución directa, la consecuencia de la falta de otros medios; pienso en la restricción gradual de la verdadera revolución y en la estupidez del pueblo que no se mueve. Hubo la Comuna aplastada y las tentativas revolucionarias en España y en Italia también (1873-74); entonces se ensaya la propaganda por el *hecho colectivo*, la rebelión que desencadenará la rebelión — Benevento en 1877 — pero sin resultado. Entonces se ensaya aún; se confía en las rebeliones sociales: Montçeau-les Mines, Decazeville (26 de enero de 1866), no sale nada de ellas — parlamentarismo, sumisión y persecución — entonces, al fin, se desarrolla el ilegalismo (Ravachol en provincias, etc.), y la acción abierta, arrogancia de muchos camaradas de entonces — el 1 de mayo de 1891 (Clichy) — las brutalidades — el pueblo deja hacer — entonces, en fin, Ravachol obra y otros obran...

Eso no se hizo ni por principio, ni en la esperanza de vencer, sino porque fué inevitable; hay siempre un valeroso que pierde la paciencia y se sacrifica por uno o varios millones de individuos que duermen en paz.

En la época presente el atentado parece sofocado en la brutalidad general — ha sido universalizado, oficializado, legalizado: todo el fascismo y el bolchevismo reinantes no son más que usurpaciones mantenidas por el atentado continuo, de todos los días, que pasa a las costumbres por el manganello del fascista y el revólver del tchekista.

Al contrario, el atentado generoso, li-
bertador, no está generalizado — vegeta
aún, pero es raro. Los grandes criminales
mueren en su cama. — Aquí y allí el co-
munismo, el nacionalismo, la desespera-
ción de las víctimas de los tratados de
1919 arman un brazo, pero es raro tam-
bién. — En países lejanos, como en la
Argentina, hay alguna vez un justiciero
por un motivo libertador, generoso. — En
Europa se tira a diestro y siniestro.

Es, pues, una vuelta a los siglos negros
del pasado, cuando el atentado se confun-
día con la violencia y la brutalidad gene-
rales.

"Si los anarquistas no llegan a crear-
se un medio propio de influencia, si no
substraen una parte del proletariado a la
funesta orientación de las diversas ten-
dencias marxistas, si el fascismo y el bol-
chevismo se polarizan y forman el blo-
que de la reacción, sin tener que contar
con nuestra resistencia, ¿qué perspectivas
podemos ofrecer a los trabajadores tira-
nizados y abrumados bajo el peso de las
nuevas castas dictatoriales?" — pág. 108
del libro "*El anarquismo en el movimien-
to obrero*", por E. López Arango y D. A.
de Santillán, Barcelona, 1925). Es eso jus-
tamente: para reaccionar contra esas
fuerzas inmensas: bolchevismo y fasci-
mo, esa unión del socialismo traidor y
del capitalismo, hay que crear un medio
anarquista atractivo por la ciencia, la be-
lleza, la generosidad, la inteligencia, el
estudio — y entonces pesaremos seria-
mente en la balanza de los acontecimien-
tos. Es preciso renovar las ideas. El aten-
tado parece bien mínimo al lado de esas
necesidades inmensas. O bien será eleva-
do a una altura seria nueva (y no hay
trazas de tal evolución) — o bien se ex-
tinguirá, como todo se extingue, como el
mundo vuelve al nacionalismo triunfante
presentado en la salsa fascista o bolche-
vista.

Los atentados no son un remedio, me parece. Abren puertas abiertas, concuerdan con el sentimento general; o son un esfuerzo perdido, o casi, si no encuentran ese sentimiento general.

Es una satisfacción, una *última ratio*, que, en teoría, permite al más pobre y al más oprimido tomar al más rico y al más poderoso lo único que el oro no puede reemplazar, que el poder no puede restituir: la vida. Pero objetivamente, es el cambio de la vida del hombre más valeroso, geenroso, avanzado, en un momento dado, contra la vida del hombre más despreciado, detestado — y, desde ese punto de vista, es un cambio deplorable: un valiente contra un canalla.

No habría más que esta razón importante para justificar ese cambio: es que el otro, el atacado, sea no sólo execrable, miserable, sino también de una potencia intelectual rara, de suerte que, por su pérdida, el enemigo pierda realmente uno de sus jefes y sea desorientado por su muerte. Hay hombres, grandes y pequeños, muy perjudiciales; algunas veces un atentado los elimina; pero muy a menudo el sacrificio es hecho para un individuo que se vuelve bastante detestado por su propia vida y que no merece que otro se sacrifique para exterminarlo.

Así, el atentado es de cualidad infinitamente diferente; es imposible regular sus funciones. Concluyo: es una fuerza auxiliar, un accesorio, una improvisación súbita y ningún partido puede contar con él: o bien ese partido se convierte en el atentado encarnado, en el asesinato descentralizado, diluído, incorporado en cada individuo, como en el fascismo, en que todo miembro es un asesino en ciernes, como en el bolchevismo, en que se es soldado de la doctrina, dispuesto a matar padre y madre por leso-leninismo; y en el nacionalismo, en que se adquiere la calidad de progromista, del que está dispuesto a saquear y torturar el hombre de otra nación.

Nosotros, los anarquistas, estamos al otro fin de ese mundo, pero debemos de

HANS PAASCHE

El viaje de investigación del africano Lukanga Mukara en Alemania

En mi último viaje al Africa central visité un país virgen que tiene una vieja cultura propia, muy diversa de la europea. En su maravilloso aislamiento conservó ese país hasta nuestros días condiciones y hábitos que, de acuerdo a su modo de pensar, estimulan la propia "cultura". Hasta aquí no pude decidirme a publicar nada sobre ese país. Me pareció que no bastaba un viaje de apenas cinco meses en aquel país para llegar a un punto de vista enteramente desprejuiciado. Traje la impresión que los países vírgenes y los pueblos primitivos son para nosotros una bendición porque conocerlos a ellos, que no conocen todas las adquisiciones de nuestra cultura ni tienen nuestros méritos, pero que están libres también de nuestros defectos y costumbres, es conocernos mejor a nosotros mismos. En lo esencial quedó en mí hasta ahora esa conciencia. Además, me importaba aparecer con esas consideraciones y estimular a la crítica de nuestras cosas. Pero intervino un suceso extraordinario que me dispensó notoriamente de mi labor.

Un negro a quien encontré en la corte del rey Ruoma ha seguido mi incitación y se ha hecho comisionar por el señor del país para viajar por Alemania. Lukanga Mukara, como su nombre lo dice, es un hombre que procede de la isla Nkara, en el mar de Victoria. Emigró tempranamente de la isla superpoblada a la isla vecina de Ukerewe, y allí aprendió de un "padre blanco" a leer y a escribir. Luego en un viaje del padre, a quien acompañaba, escapó y quedó con Ruoma, el rey de Kitara, donde empleó sus ricos conocimientos como intérprete, cuentista y consejero judicial. Allí lo conocí.

Las cartas de Lukanga tienen un valor particular. Ese hombre extraño aplica su medida a las condiciones de Alemania. Lo que a nosotros nos parece habitual le llama a él la atención. Su don de observación y la desnudez de su juicio hacen que pueda hablar significativamente sobre cosas ante las cuales nosotros ni siquiera podemos ser imparciales.

Hans Paasche (1).

Primera carta.

Berlín, 1 de mayo de 1912.

¡Omukama! ¡Grande y único rey!

Te escribo como tu criado obediente a quien enviaste a ver si hay un rey que puedo contártelo yo mismo y lo conocerás entonces más exactamente que cuando Ibrahimu, el hombre de la costa, te lea mi carta a tí solo, y, si tal es tu volunse parezca a tí y un país habitado que ofrezca a los hombres más de lo que ofrece tu país, Kitara, la tierra de las vacas de largos cuernos.

Déjame responder de inmediato a esa cuestión: no existe tal país, no existe tal rey. Pero lo que ví en mi vasto viaje vale la pena que tú lo sepas, y si vuelvo sano tad, en el círculo de tus wakungu (2).

Cuando me ordenaste viajar y me diste de tu amplio reino mil doscientas vacas y dos mil cabras para que pudiera pagar lo que cuesta mi viaje en tierra extranjera, nadie podía imaginar que hoy, después de dos lunas, no tendría conmigo una sola de tus relucientes vacas y que a pesar de todo, gracias a tu riqueza y a tu poder no sufriría penuria.

He cambiado ya en alta mar todas tus vacas y cabras por trozos de metal, y esos trozos de metal nuevamente por un papel escrito. Con eso continué después el viaje solo y donde muestro el papel recibo las monedas que necesito para comprar alimentos. Tan poderosamente obra tu nombre.

Sábelo: el país por donde ahora viajo se llama Alemania. Los habitantes de este país no pagan con vacas y cabras, ni tampoco con perlas de vidrio o tela de algodón; pequeñas piezas de metal y papel pintarrajeado, esa es su moneda, y el papel es más precioso que el metal. Hay un papel obscuro que vale más que un gran número de tus vacas. Es algo así como si en el monte Sabinjo se pudiera comprar por una corona de hierba trenza de cuatro vacas de carga. Sin embargo, todo *hutu* (3) sabe que por veinte coronas de hierba no se recibe la leña que necesita una familia para permitirse en tiempo de lluvia una noche caliente. Creo ver tu rostro y cómo ríes sobre el absurdo que te cuento de Alemania. Pero, gran rey, esto debo repetírtelo siempre: los naturales de este país consideran ese, y absurdos mucho mayores, como algo natural, y están tan habituados a eso que se asustarían si fuera de otro modo. Sí, cuando les digo (hablo ya muy bien el idioma del país) que nosotros en Kitara pagamos con otra moneda, dicen que la que ellos tendrían es mejor y preguntan si deben ir y llevarte lo mejor. Nombran todo lo que quieren llevar con una palabra: "cultura". Pero como nadie puede llevar algo mejor de lo que tiene y como lo que tienen esos "seres humanos" (¡así se llevan gravemente!) no me agrada. Esa es la expresión que emplean cuando quieren decir lo que en nuestro idioma decimos: "¡no, no quiero!"

Señor de la montaña, te indignas contra mí tal vez porque dejé los cien mensajeros de pies rápidos y sus cien acompañantes en el bosque de Bukome, en la frontera de tu reino. Tuve que hacerlo si quería atravesar vastos países y mares y llegar a esta tierra. Tuve que desistir del plan de llevar conmigo un mensajero y un acompañante por cada carta que te escribo. Pues aquí se procede muy diversamente con las cartas de lo que se hace en tu tierra. En tu reino figura como ley que todo el mundo conoce: no debe llegar a tu ciudad más que una carta por día. Esa carta la lleva un mensajero y otro que lo acompaña, pues uno solo no puede ser cartero. Cuando los dos pasaron el Ruhiga se les adelanta la noticia de la llegada y se sabe poco después en tu residencia. Y cuando finalmente, después de algunos días, suben por el paso alto de Kibata, les sigue un grupo numeroso de jóvenes y los tambores y tocadores de instrumentos de viento le salen al encuentro a la salida de la corte de Kabare. ¿Qué significa en cambio en este país una carta? ¡Nada! Y esto no debe mara villarnos; pues en Alemania hay más cartas que hierba en los prados de Mpororo. Un solo mensajero lleva cien cartas de una vez, incluso cada individuo puede recibir cartas, y algunos reciben muchas de una vez. Veo raramente que alguien se ponga más contento por la lectura de todas esas cartas o se sienta peor. Y cuando se entristece por una carta, echa mano rápidamente a la próxima, que le alegra, y cuando ha leído todas las cartas no sabe si debe estar alegre o triste. Sólo se ha fatigado más. Y ha perdido más las ganas de cultivar la tierra y cuidar el ganado. Si es que tiene tierra y ganado.

Tú ves que este pueblo es desgraciado, pero no me preguntes hoy por las causas. En las próximas cartas te describiré lo que veo, y quiero, tan sólo después, sacar mis conclusiones. Aun tengo mucho que escribirte.

Riangombe, que habita sobre la montaña de fuego y refresca sus pies con nieve, te proteja a tí y a mí.

Tu criado

Lukanga Mukara.

Birkhain, 20 mayo de 1912.

¡Luminoso kigeri!

Estoy en una plaza solitaria. Colinas con bosquecillos me rodean. Entre altos árboles hay un lago, en los juncos de su ribera nadan patos. En la superficie del agua hay grullas, y en las alturas vuelan dos cigüeñas que han llegado ahora justamente de Kitara, donde pasaron el tiempo en que aquí es terriblemente frío y la nieve y el hielo yacen en la tierra hasta la altura de un hombre, como tú sabes de la cumbre del Karissimbi. El salvaje ajetreo de las ciudades no llega hasta aquí y puedo pensar que estoy en Kitara, a la orilla del Ruhiga, en las vastas ensenadas de Urigi, donde el grito de las grullas coronadas resuena en la lejanía cuando vuelan con lentos aletazos sobre los maduros campos de cereales. Es



el mismo grito que oigo aquí. Pero el pájaro no es lo mismo; le falta la corona
en forma de tupé, le falta el pecho blanco. Sin embargo, la parte posterior de su
cabeza reluce con un rojo de bronce. He
venido aquí porque quedé confundido sobre lo nuevo y contradictorio que ví en
este país extraño y porque quería tener
sosiego ante el ruido.

¡Radiante príncipe! Cuando iba por
entre los millares de blancos vestidos con
estrechez o cuando despertaba por la no-
che de los sueños, me pasaba algo así
como si hubiese bebido caña. (Como en
un tiempo, cuando Ibrahimu no me ha-
bía dicho nada todavía de su doctrina
que considera la embriaguez indigna de
un hombre).

Sobre este país hay algo como un gran
embuste. Se dice en Kitara: allí don-
de se advierte el humo entre los montes,
allí hay un objetivo del caminante, pues
allí hay calor y comida caliente. Un ar-
tesano trabaja esculturas en madera, los
fundidores de hierro se sientan al aire
libre en los fuelles o un herrero forja
puntas de lanza, hachas y agujas. Allí
hay una vida activa y muchos seres acu-
den y se alegran de la fuerza y del arte
inherentes al pueblo. Cuando un herrero
se levanta del trabajo, se le alaban más
las amplias espaldas que las manos hábiles.

En Alemania hay mucho humo. Pero no es el humo que atrae hacia él los ojos del caminante, que le hace apresurar los pasos y latir más fuerte el corazón. No es humo al aire libre; es humo en las tinieblas, humo en el humo. En los largos tubos de piedra es dirigido hacia el cielo. Pero el cielo no lo quiere y cae sobre la tierra como niebla matutina. Y cuando, como masa espesa, irrespirable, se desliza por todas partes, ¡cómo hay que apresurarse a ir a alguna parte para alegrarse de su origen! Al contrario: el que no se quiera dejar llenar los pulmones de humo, huye hacia el campo, donde el aire es todavía puro y fresco. Pues es insoportable el aire que se habituaron a respirar los blancos. Lo quieren, para el trabajo, para el placer, para la enseñanza, hasta para estar juntos durante horas para el culto divino en locales cerrados. Cada cual respira el aire que respiró ya otro. Además, se mezclan el humo, la obscuridad y el olor de la comida. Debe haber muchos enfermos entre ellos. No lo sé, pues no veo por las calles más que gentes sanas y a los enfermos los envían a otro lugar.

Fuí hacia un gran humo y entré en una tropa de gentes que marchaban por el mismo camino. Eran hombres y mujeres que no tenían un aspecto regocijante. Pregunté a un joven blanco por qué iba tan rápido, si había algo hermoso que ver en el lugar hacia donde él iba. Se rió burlesca y poco amigablemente y dijo que iba al trabajo y que si llegaba tarde lo reñía "el viejo". Y el presuroso no tuvo tiempo de hablar más conmigo.

No hay en general ningún blanco que no tenga prisa. Todos tienen siempre algo que hacer, y ahora sé por qué el blanco que pasó por Kitara preguntó tan a menudo a los hombres: "¿En qué trabajas?" Y por qué se indignaba cuando se
le respondía: "Tinkora mlimó ningikela": *Yo no trabajo, yo cristo.* Eso lo irri-
taba, porque en Alemania no hay un
hombre que pudiera estar contento sin
trabajo, pues entonces sería que tiene
mucho dinero. Todos trabajan porque
quieren tener dinero. Y cuando tienen di-
nero no lo aprovechan para procurarse
dicha, lo cual no costaría nada, sino que
se dejan persuadir por otros que quieren
ganar dinero, que deberían, para ser fe-
lices, comprar todas las cosas posibles,
cosas completamente inútiles y que son
hechas allí donde se levanta el humo.

Yo creo que un hombre que sale ade-
lante con poco y no compra nada, no es
bien mirado en Alemania. Pero un hom-
bre que se rodea de mil cosas, que hace
conservar, proteger, guardar bajo llave
y limpiar, que debe contemplarlas diaria-
mente, ese vale algo. Y un hombre de
esos no puede tener tiempo para nada
que valga, no puede hacer nada útil.
Tendrá que quedar siempre junto a sus
cosas, en lugar de correr por el mundo
y conocer canciones. Para eso no se ne-
cesita en Kitara más que un bastón, un
zurrón trenzado, con dos trozos de ma-
dera para hacer fuego, y un aparato mu-
sical. El que recoge eso puede viajar, y

---

(1) *Hans Paasche, un oficial del ejército alemán en las colonias africanas, convertido luego al pacifismo y desilusionado sobre las pretendidas bendiciones de la moderna civilización, se hizo conocer ya antes de la guerra como escritor de ideas radicales. Eso le costó la vida. El 22 de mayo de 1920 fué asesinado por la reacción militarista y socialdemócrata en Neumark.*

(2) *Nobles del servicio de la corte.*

(3) *Agricultor.*

---

tratar realmente de que nuestro *polo* se
vuelva más atractivo, más habitable. La
fuerza sola es tan torpe que la mayor
parte del mundo la abarca, pues está en
sus costumbres. El fascismo es, en suma,
la parte malvada que reposa en cada hom-
bre. Como el que no sabía que "hablaba
en prosa", la brutalidad vulgar no sabía
que era una fina flor del fascismo, del
nacionalismo; se sentía simplemente bru-
tal; y ¡hela ahí fascismo! ¡Qué desucbri-
miento! Entonces todo el mundo lo es.

Hagamos, pues, otra cosa. Estudiemos
y seamos ante todo inteligentes. No se
remueve el mundo — y menos este mun-
do desequilibrado de nuestros días — con
la fuerza irreflexiva, con impulsos lla-
mados espontáneos y ciertamente no coor-
dinados, con ideas formadas al azar o
repitiendo muchas antiguas cosas *pensa-
das* por otros en otros tiempos.

(De *Encyclopédie anarchiste*, París).

cuando vuelve después de varias lunas cuenta sobre las danzas y canciones de pueblos extraños, sobre la manera de cazar elefantes y de adornar a las vírgenes maduras.

Este es el error que pesa sobre el país: también en Alemania ha podido haber indicado el humo el lugar de trabajo feliz: ahora todo ha pasado. La fuerza de trabajo que crea el fuego se convirtió en maldición; los naturales del país que trabajan con la fuerza del fuego son esclavos miserables. Eso lo ví cuando fui hacia el humo. En espantoso ruido, mayor que el de las tempestades de primavera, hay hombres y mujeres que mueven sus manos junto a las máquinas. Están allí, en atmósfera pésima, en local cerrado y vestidos de cuerpo entero. Hacen un trabajo que no termina nunca, hacen durante muchos años el mismo trabajo. ¡Cuánto mejor es la Kitara! Allí cada estación del año tiene su trabajo especial, y nadie necesita estar todo el año junto a un fuelle ni golpear el cuero de vaca. Para arar el país deben estar listas las rejas. Antes martillean los herreros y ante el herrero es fundido el hierro. El humo se desvanece de nuevo y alrededor de los hornos crecen las plantas más delicadas. Y también los pulmones de los hombres se purifican.

He dicho que los nativos de este país, incluso para trabajar llevan vestidos. Es así y eso me maravilla siempre. Todos los nativos de aquí andan siempre vestidos, y hasta para bañarse se visten un traje delgado. Nadie tiene el derecho a ir desnudo; nadie considera repulsivo y vulgar eso de llevar indumentaria. Incluso el rey del país se somete a la coacción del vestido. Lleva en el cuerpo telas gruesas, cosidas, cubre la cabeza y viste los pies con piel de ternero cosida. ¡Cuán grande y sublime eres tú, Mukama, frente a él! Tu indumentaria es una hebra de corteza de donde cuelgan dos cuernos labrados de un macho cabrío salvaje; una piel de cabra rayada cubre tu mitad izquierda. Tu pecho respira libremente, el sol ilumina tu piel brillante, y tus pies descalzos tocan la tierra fecunda.

Así ando yo ahora por aquí en la arena, desnudo, donde no me ven los naturales del país. Si me vieran desnudo me perseguirían. También yo debo llevar ropas en este país, si no quiero irritar al pueblo Es una tortura para tu libre criado, un dolor y un peligro que no soporta más que a causa de la investigación y de la ciencia de Kitara.

Tú crees, posiblemente, que los habitantes del país, fuera de las grandes ciudades, andan desnudos; no, también ellos se visten de la cabeza a los pies, y ante todo no se ve a un hombre que no tenga en la cabeza un sombrero. Si alguien fuera sin sombrero por una ciudad, los nativos irían tras él en grupos y se burlarían de él. El sombrero es el signo de la dignidad, aunque no sea más que un lío sucio y calado por el sudor, es considerado como distinguido el llevarlo. Así ocurre que en la mayor parte de los blancos los cabellos de la cabeza se pudren por falta de luz y de aire y se vuelven calvos. Eso constituye también una gran preocupación de los hombres, y dan mucho dinero a gentes que quieren ganar dinero con el cuidado del cabello de los otros nativos del país. Allí se dejan recomendar líquidos muy diversos y los compran. Sólo de una cosa se olvidan, a pesar de que nada cuesta y de que puede ser empleada en Alemania como en Kitara, facilísimamente, por el hombre más pobre: de no llevar en la cabeza un sombrero.

Los blancos dicen que se usa el sombrero para calentar la cabeza y protegerla y para saludarse con él. Su saludo consiste en quitarse el sombrero de la cabeza y en volvérselo a poner. Arrodillarse y chocar las manos es un saludo enteramente desconocido.

Lo que deben traer en vestidos sobre el cuerpo, lo prescriben los artesanos que cosen la ropa, y especialmente los nativos ricos les obedecen absolutamente. Si piensas que un cuerpo vigoroso, hermoso y flexible se manifiesta en uno de esos trajes, te equivocas. Los trajes de los hombres son hechos en tal forma que un débil aparenta lo mismo que un musculoso, y nadie tiene el deseo de mejorar su cuerpo o de preservarse de desfigurarlo: los trajes lo cubren todo. Incluso las mujeres, en la elección de los hombres, no tienen en cuenta la belleza y la fuerza del cuerpo, sino la forma y el valor del traje y el sombrero. Las mujeres no saben cómo es un cuerpo hermoso, bien formado. Se casan luego con un traje y al mismo tiempo con el hombre que hay en él. Ese mal hábito de los vestidos implica también que las mujeres y los hombres de los blancos se casan sin saber mutuamente cómo son cuando están desnudos. Eso sería considerado en Kitara como una infamia y como la más baja villanía. Sería un crimen para el futuro del pueblo. En Alemania se considera decente.

Tú querrás saber, gran rey, lo que yo mismo llevo sobre mi cuerpo para ir sin inconvenientes por las ciudades de los nativos de aquí y cómo soporto la suciedad de la indumentaria.

Por la mañana, después del baño, me froto la piel con aceite y visto ropa interior y exterior. La ropa interior es sujetada por lazos sobre los hombros. Es un padecimiento, pues la presión de esos lazos comprime la parte superior del cuerpo. Muchos blancos son por eso encorvados y sus espaldas sobresalen mucho Al cuello me anudo un anillo tieso de fibras vegetales, una terrible invención. tanto más incomprensible cuanto que el blanco sabe magistralmente elaborar tejidos suaves.

Sobre los pies se ponen tejidos estrechos de lana de oveja, con lo cual se comprimen violentamente los dedos, de manera que se hace imposible andar seguros. Yo no pude soportar el dolor cuando he intentado llevar ese tejido en los pies, y he cortado la parte inferior de esas piezas, lo que nadie puede ver, porque los pies enteros son metidos en bolsas de cuero bien cerradas. Ese calzado juega un gran papel en la indumentaria. Es increíble: También la forma del calzado cambia según el capricho y la voluntad del artesano y el pié del blanco tiene que adaptarse a las formas más raras para poder entrar en el zapato. Yo mismo me he hecho coser por un artesano zapatos lo suficiente grandes para poder mover en ellos libremente los dedos de mis pies.

Los blancos no se quitan los zapatos cuando entran en las casas, tampoco se lavan los pies antes de entrar, pero se cuidan de que la parte exterior de los zapatos sea reluciente. Se emplean más esfuerzos en la preparación de medios para limpiar el calzado que en instalaciones para conservar los pies mismos hermosos y sanos.

Cuando he andado en mis zapatos y vuelvo a casa, desearía siempre descalzarme y encontrar ante la puerta un baño de pies y un banco para sentarme, y un criado debería acudir a lavarme los pies y a untarlos con aceite. Nada de eso: en los lugares donde hay instalados espacios especiales para esperar, se encuentran libros para leer y muchas cosas raras que comprar y sin las cuales se vive todavía bien en Kitara; pero no hay oportunidad para tomar un baño de pies en el tiempo de la espera. Tampoco los nativos tienen el deseo de hacerlo, y así van de la mañana a la noche en los mismos vestidos y zapatos y con el mismo sombrero, y como al día siguiente quieren vestirse la misma ropa, no pueden exponerse a sudar demasiado. Por eso, y para preservar sus ropas, tienen que ir lentamente. Correr no está permitido más que a los niños. Los adultos no corren nunca, pero como tienen siempre prisa, no van a pié tampoco nunca: van en coche, en tren, en tranvía. Por la falta de movimiento se modifica su cuerpo tanto que no se podrían mostrar ya desnudos, aunque fuera costumbre andar sin indumentaria, y muchos hombres tienen el aspecto de perros cebados o de hipopótamos del Ukonse.

¿Preguntas por las guerras del país y por las mujeres? De eso te contestaré más tarde.

Grandes son las privaciones que soporto para cumplir mi misión de investigar este país. Los hábitos del pueblo me amenazan a mí y a mi salud. Lo que mi cuerpo sufre por fuera y lo que estoy forzado a meterle dentro mientras vivo aquí, me perjudica.

Dos cosas me acompañaron hasta aquí desde el hogar: el sol que calienta mis espaldas con sus rayos, y aquel gran pájaro, que volverá antes que yo a Kitara y llevará a mi rey saludos de

Su criado

Lukanga Mukara.

At.

El neo-clasicismo italiano y el pintor Ubaldo Oppi

Uno de los casos más vergonzosos de mistificación artística, ha sido recientemente puesto al desnudo, en todo su impudor, cuando la realización de la muestra en Milán, acerca de la *pintura del Novecientos*. Se trata de autores modernos, y probablemente, en su mayoría, neo-clásicos, nueva moda tradicional en gran predicamento actualmente y con mucha boga y aceptación en Italia.

Este caso fué denunciado por varios periódicos de arte, acusando de flagrante plagio al pintor Ubaldo Oppi, uno de los triunfadores de la hora, cargado con diversas recompensas y loado abundantemente por las ilustres momias de la crítica, entre las que sobresale Hugo Ojetti, conspicuo redactor de *Il Corriere della Sera* de Milán. Con éxitos en los certámenes extranjeros, especialmente en los Estados Unidos y Alemania, asombra que un pintor de tal calaña haya podido prosperar durante tanto tiempo, sin que nadie osase, quisiese o fuese capaz de colocarle en el justo lugar, — el sitio que les corresponde a los que saltan de los dominios del arte al patio de Monipodio— de los traficantes y de los cacos.

Seguramente que el más culpable de todos no es Ubaldo Oppi, hombre adinerado — cuya fortuna hubo de poseerla antes que se sintiera pintor — sino de los críticos, los aficionados y del mismo ambiente artístico que impone sus normas actualmente en Italia. Normas, éstas, casi escolásticas, que intentan revivir las disciplinas del pasado, en un retorno orgulloso a las fuentes de una pintura de sabor netamente italiano. Conscientemente quieren replegarse sobre sus antepasados y sobre ellos mismos, en un soberbio gesto de estrecho patrioterismo. Nada daña más a la universalidad del arte, que estas preocupaciones mezquinas e interesadas; la terca voluntad de encerrarse en sus propias fronteras, queriendo sustentarse con el solo alimento de sus propios jugos nutricios.



"Actitud de modestia — Modelo de 26 años (Recnnagel fotg.)

Esta ansia nacionalista de avalorar superlativamente el arte y los productos intelectuales italianos, procede de lejos. No surgió del régimen fascista, como un nuevo imperialismo; y ya en los primeros tiempos de post-guerra, con los gobiernos liberaloides y masón-pacíficos, era un brote bastante crecido que renacía con vigorosa e irrefrenable vida. La revista de arte "Il Primato", fué un síntoma bastante elocuente. Soffici en "Valori Plastici", al hacer un balance del impresionismo francés, reivindicaba el origen esencial de ese movimiento para la pintura italiana. A Cézanne le califica de italianizante, tanto por su ascendencia racial, como por su ciega admiración por Poussin, quien era, según el artista ex-futurista, una transsubstanciación de los pintores del renacimiento florentino y veneciano. Sus conclusiones, después de haber examinado los epígonos de esa tendencia y sus artistas menores, llegaban hasta la afirmación de que la primacía ejercida por Francia durante medio siglo, en las artes plásticas, debía pasar inevitablemente a Italia.

El nuevo régimen pudo exaltar, exasperar ese impulso chauvinista en los fieles y azules cuarteles de las artes, pero ni es el inventor, ni el responsable directo. En la *Bienal de Venecia*, como se anunciara en el número próximo pasado, se cobijó casi íntegro el proceso y el desarrollo de la pintura italiana del Ochocientos.

He aquí lo que piensa de ella uno de los críticos más autorizados de la crítica italiana, el ya citado Paladini:

"La *Biennale Veneziana* es más que nunca rica en exposiciones retrospectivas, organizadas expresamente para hacer conocer cada vez más el ochocientos italiano, hasta ayer ignorado del público y hoy exaltado por la crítica, interesada materialmente en esta revaloración de valores exclusivamente pictóricos.

Declararemos en seguida que este esfuerzo encaminado a otorgar un aspecto insospechado y una importancia máxima a tal período artístico, anhelando dar la impresión de que se trata de un verdadero y vasto movimiento de ideas y de tendencias renovadoras, además de haber sido suscitado por los mercantes de cuadros y los coleccionistas, fué originado por una cuestión de orgullo patriótico.

Con ello se tendería a contrabalancear el movimiento del impresionismo francés, demostrando que contemporáneamente e independientemente de aquél, aquí en Italia se realizaba algo análogo e igualmente interesante. Sobre todo, se pretende probar la completa prescindencia del movimiento italiano del francés, no obstante que los pintores toscanos fueran a visitar una exposición realizada en París, donde había obras de los pintores de la escuela de Fontainebleau, y al quedar fuertemente impresionados por los paisajistas del año 30, trajeron a su patria los gérmenes de la *mancha*. ¡Después de todo, son cuestiones estas de espíritu y de estados de alma, de tal alcance, que no se puede encerrarlas en la estrechez de las fronteras geográficas trazadas por la mente de los hombres!



UBALDO OPPI—"Tarde Romagnola" (Oleo)

De todos modos es exagerada, bastante exagerada esta pretensión consistente en comparar, casi equiparando la importancia del ochocientos francés, que prolongó sus ecos por toda Europa, conduciéndola a la llamada pintura moderna europea, la cual sigue viva y fresca hasta ahora, con el ochocientos italiano, naturalmente rico en personalidades como Fattori, Silvestre Lega y Telémaco Signorini, quienes, empero, permanecieron encerrados en el círculo, no sólo de su propia patria, sino de sus mismas regiones, sin ejercer tampoco ni una mínima, ni ninguna temporal influencia, y que únicamente hoy,







UBALDO OPPI — "Despertar de Diana" — Oleo

casi después de cien años, vuelven a revivir en el espíritu de algunos italianos."

Si esta cita un poco extensa tuvo algún valor para nosotros, ha de ser por la nota tónica que encierra, la que otorga el tono general al ambiente artístico de la contemporánea Italia fascista.

Si todas las exageraciones son por sí mismas ridículas y grotescas, lo son mucho más en los universales ámbitos del arte, y este grotesco se agranda en proporción a lo absurdo, a lo descabellado de las pretensiones, casi siempre sostenidas por deleznables fundamentos; como aconteció en el presente caso de una tardía y póstuma rehabilitación, por cierto muy loable, pero que de lo nacional intentó propasarse a ser mundial.

El neo-clasicismo, la invención de un tradicionalismo, inyectado de joven y moderna savia, — que datando de algunos años hace, no ha sido más que el zaguero de un ingrismo picassiano, de un poussinismo cézannesco, — se impuso entre la mayoría de artistas italianos, mercantes de cuadros, coleccionistas y etcétera, adoptando siempre el mismo gesto soberbio de revancha, de una preeminencia ilusoria y como un desquite del tiempo de servilidad y obligada pleitesía de Italia hacia otras escuelas y países.

¿Puede haber afrenta si un artista trata de asimilarse lo mejor de un colega suyo, aun siendo éste extranjero, o que una nación haga lo mismo con otra en auge, más avanzada cultural y artísticamente que ella?

La historia universal del arte, ¿no se halla acaso repleta de estas paralelas asimilaciones o de herencia y transfusiones de añejos vinos espirituales en odres nuevos?

Sólo la torpe racha chauvinista — que hoy azota al mundo entero — puede llegar a tales excesos de aberración en su consecuencia lógica de un orgullo nacionalista obcecado, enteramente mal comprendido.

Pero, en rigor, ¿qué es en sí, como manifestación novísima de arte, este neoclasicismo o tradicionalismo primitivista?

Al ejercerse sobre la realidad, no podía dar otro resultado que el de un *pastiche*, con reminiscencias de una serie de módulos antiguos, sazonados con sensaciones actuales y modernas, impregnadas por todas las renovaciones pictóricas acontecidas desde unas cuantas décadas hasta nuestros días. Ello en la mayoría de los casos, que es lo que más cuenta.

Las mezclas y los injertos han sido indescriptibles. Hubo quienes complicaban a Cézanne con la ranciedad neo-clásica, otros hacían intervenir a una porción de cosas entre primitivas gauguinescas, y expresionismo teutónico dentro del tradicionalismo italianizante, porque era la consigna, la etiqueta encubridora. Y así se ha desenvuelto la moderna pintura en un vaivén que niega tan pronto lo que antes afirmaba. En el mejor de los casos se llegaba a una buenísima imitación, a una asimilación inteligente, realizando piezas arcaizantes, reavivadas por un temperamento viril y moderno. Tal podrá ser la pintura de Casorati y de otros, quienes son escasos en número. Los demás se han quedado a mitad de camino, en una ambigüedad de espíritu y de procedimiento francamente desagradables.

Sucedió el fenómeno eterno, cuando una tendencia ha de comprimirse en un dogmatismo limitado y estrecho, que al divulgarse y extenderse se trivializa en un corte, que se presiente lo académico. Es que los que adoptaron la nueva moda fueron a los antiguos para apropiarse la parte física de sus obras, la plástica, lo externo de sus sabias composiciones, la apariencia inerte, no sabiendo ni pudiendo asimilarse la esencia ética, la raíz moral, dimanante de toda obra de arte, máxime de las antiguas. En una palabra, la letra, no el espíritu. Y bien, los raros que poseen un recio talento y una viva sensibilidad plástica, capaces de no inmovilizarse en el aspecto, sino que penetran en los arcanos designios de las grandes obras, no necesitan los andadores de cualquier escuela; y los otros, que viven solamente a expensas de ella, nunca dejarán de integrar el rebaño de los mediocres. Llegado a este punto de vulgarización de lo tradicional escolástico, no existe mucha diferencia entre la copia fotográfica de la realidad de un impresionista o de un neo-clásico. Es allí, en esa casual coincidencia, cuando surgió el caso Ubaldo Oppi, descubriendo que en esa tendencia de fabricar pastiches era él uno de los más hábiles, y que de cuestiones fotográficas entendía como nadie.



Actitud de embriaguez — Modelo de 16 años (U. F. — fig. 15.)

Parece que interpretando el anhelo íntimo del público, se dijo: *Quieren fotografías arcaizadas, del más vernacular clasicismo, imitando los estilos antiguos, yo os prometo que seré uno de vuestros fecundos abastecedores.*

En efecto, su trabajo era sumamente expedito. Hojeaba un album de fotografías con desnudos de ambos sexos, expresamente encuadernadas para estudio de pintores y escultores; elegía el que más se aviniese a sus propósitos industriales, lo proyectaba mecánicamente sobre una tela con un pantógrafo... Luego, con ligeras alteraciones de ínfimo orden, modificando pequeños detalles, extraía de una fotografía banalmente realista, una obra neoclásica, celebrada después desaforadamente por los grandes críticos, obteniendo todavía un premio en un reciente certamen.

Si esto lo hubiera hecho con intención de burlarse finamente de esa escuela impuesta como un férreo dogal, la labor de Oppi habría resultado de un humorismo formidable; pero desdichadamente, él mismo confesó que ponía en ello una seriedad asnal, tratando de adornarse con la piel del león. Algo así como lo de Pierre Benoit, quien al acusársele de que llenaba páginas enteras de sus novelas con descripciones hurtadas a Victor Hugo, replicó a los críticos detractores, que al hacerlo, quiso precisamente confundirlos a ellos, que anteriormente le reprocharon de escribir un francés horrible. Oppi, en cambio, no quiso confundir a nadie, sino llevar a cabo una falsificación grosera, movido por un impulso de vanidad.

Sin embargo, puso al descubierto no solamente el lado débil del movimiento imperante en su país, sino que también demostró lo fácil que era el escamoteo de un elemento verdaderamente plástico en esa tendencia, dada su innata afectación y su falsedad estéril.

Finalicemos esta ya larga disquisición, con las palabras que un periódico de arte italiano da cuenta a sus lectores del susodicho robo pictórico:

"El hecho es simple en sí: el *gran* pintor Oppi, quien participaba en esta muestra, fué cogido en flagrante por encontrársele con un plagio evidente, habiendo robado, — robado toto-corde, — la concepción a otros colegas suyos, los fondos y los claroscuros necesarios para una reconstrucción fotográfica de sus cuadros".

Exposición José Pinazo (A. A. del Arte)

Es un pintor, al parecer, elegante y atildado, que, como una derivación naturalísima, debería pintar también cuadros elegantes y atildados. Pero no es así. Su intención quisiera ser esa, y en todos ellos puja por aparecer. Pone en sus fingidas gallardías, en esas *pinceladas valientes*, el mismo ceremonial, frío y cortés, con que danzaría un cotillón, pongamos por caso, o se inclinaría al saludar a una dama. Es, por eso, una pintura frígida, melosa, con una coloración banal de cromo de almanaque.

Las exclamaciones exhaladas por labios femeninos, invariablemente se vocalizaban en un *¡qué precioso, qué chic!*

Nos atenemos completamente al juicio de esas beldades, experimentadas en asuntos de tocador, de modas y de *coiffure* de toda suerte y clase. Creemos firmemente que los adjetivos chic, precioso, bonito se aplican perfectamente a este amaneramiento pictórico, que peina, viste, emperifolla, acicala aldeanas de abanicos, teniendo por fondo paisajes que parecen haber sido hurtadas a las tapas de bomboneras.

Es un arte hecho de manualidades, sin gota de espíritu; ni siquiera es llana y saludablemente objetivo, por complicarse en la transposición de una falsa realidad en la búsqueda de una composición del peor aspecto decorativo que pueda darse. La suya, la Valencia que pretende presentarnos, es una verdadera Valencia de pandereta: falsa, chillona, abonitada, es un cacho de regionalismo expresamente fabricado para la exportación.

Metido a ser moderno, recorta las siluetas — sobre todo en algunas de sus naturalezas muertas, o *vida en silencio*, como al señor Pinazo le plugo denominarlas, — tomando el término alemán *stilleben*, casi a lo Van Gogh, y se queda tan fresco con ese otro aspecto del modernismo.

Digámoslo de una vez: todos estos cuadros respiran una mediocridad enervante, una serie de lugares comunes más o menos diestramente pintados. Es una opinión personal, que quisiéramos que nadie compartiese, ya que preferimos creernos equivocados.

Por otra parte, en casos de semejantes mediocridades brillantes, que por su apariencia de gamas cromáticas dulzonas se atraen el unánime favor del público grueso, no es posible callar. Y como aun no pudimos entrar por el aro del eclecticismo, que a todo le asigna idénticos piropos, sin virilidad y sin guía, a veces nos es forzoso expresarnos con un poco de rudeza, como un signo de reacción.

P. J. PROUDHON

LA PROPIEDAD

Todos estos abusos de autoridad, estas concusiones y villanías provienen, no del abuso ilegal, sino del uso legal, bien legal de la propiedad. Sin duda: el funcionario cuyo control es requerido para la aceptación de una provisión o para el despacho de una mercadería, no tiene derecho a traficar con ese control. No es así como pasan las cosas. Un acto semejante repugnaría a la virtud de los agentes de la autoridad, caería bajo la sanción del código penal. Yo no me ocuparé, pues, de esto. Pero se convendrá que el que aprueba no podrá aprobar nada mejor que aquello que él sabe hacer, desde que su aprobación está, necesariamente, en razón directa de sus medios. Ahora bien; como a los inspectores y registradores de la autoridad no les está vedado hacer por cuenta propia lo mismo que se les ha encomendado aprobar con relación a los otros, y con más razón, de tomar parte e interesarse en lo que debe ser sometido a su aprobación, y como en toda especie de servicio el salario y el beneficio son legítimos, se sigue que la misión atribuida, por ejemplo, a la universidad y a los obispos de aprobar o desaprobar ciertas obras, constituye un monopolio para provecho de obispos y universitarios. Y si la ley, contradiciéndose ella misma, pretende impedirlo, la fuerza de las cosas, más poderosa que la ley, lo retraerá de continuo, y de este modo, en lugar de gobierno, tendremos venalidad y ficción...

Un pobre obrero que tenía a su mujer enferma de parto reclamó, ante los desesperantes dolores de ésta, la asistencia de un médico.

"Doscientos francos, dijo el doctor, o no me muevo". "Dios mío, replicó el obrero, si no vale mi menaje 200 francos. Será necesario, pues, que mi mujer muera, o bien que nosotros todos, mi mujer, su niño y yo, vayamos desnudos".

Este partero, ¡que Dios bendiga!, era, sin embargo, un hombre digno, benévolo, melancólico y dulce miembro de muchas sociedades sabias y benéficas. Sobre su chimenea un bronce de Hipócrates rehusando los presentes de Artajerjes... Era incapaz de disgustar a un niño y, dado el caso, se hubiera sacrificado por su gato. Su negativa no provenía de dureza: era táctica. Para un médico que entiende de negocios, la abnegación no tiene sino una estación: una vez adquirida la clientela y cimentada la reputación, uno debe reservarse para los que puedan pagar, para los ricos y, salvo las ocasiones de poder exhibirse, debe apartarse a los indiscretos. ¿A dónde se iría a parar de curar enfermos a tontas y a locas? El talento y reputación son propiedades preciosas que es menester explotar, no derrochar.

El rasgo que acabo de citar es de los más benignos. ¡Cuántos horrores si penetrase a fondo esta materia médica! Que no se me diga que hay excepciones: yo exceptúo a todo el mundo. Hago la crítica de la propiedad, no de los hombres. La propiedad, en Vicente de Paul como en Harpagón, es siempre atroz. Y aun cuando el servicio médico estuviese organizado, el médico sería lo que el sabio, el abogado o el artista: un ser degradado por su propio título, por el título de propietario.

Es lo que no comprendió aquel juez, demasiado hombre de bien para su tiempo, que, cediendo a la indignación de su conciencia, se permitió un día censurar públicamente a la corporación de los abogados. Era una cosa inmoral, escandalosa, según él, la facilidad con que esos señores acogían toda suerte de causas. Si esa censura, venida de arriba, hubiese sido sostenida y comentada por la prensa, de seguro hubiera hecho roncha. Pero la honorable compañía no podía perecer por una censura, como tampoco la propiedad puede morir por una diatriba o la prensa reventar por su propio veneno. Por lo demás, ¿no es la magistratura solidaria con la corporación de los abogados? ¿No ha sido ella, como ésta, instituída por y para la propiedad? ¿Qué sería de Perrin-Daudin si le estuviese prohibido juzgar? ¿Y sobre qué se pleitearía sin la propiedad? La orden de los abogados se sublevó, pues. El periodismo, la abogacía de la pluma, vino en ayuda de la abogacía de la palabra... el motín, engrosándose cada vez más, rugía y rugía, hasta que el imprudente magistrado, órgano involuntario de la conciencia pública, hubo de pedir perdón al sofisma, desechando la verdad que su audacia iluminó un momento.

Un buen día un ministro anuncia que va a reformar la notaría. Nosotros no queremos que se nos reforme, exclaman los escribanos. Nosotros no somos los hombres de la argucia; dirigíos a los abogados. El notario es por excelencia el hombre probo y sin mácula. Ajeno a la usura, guardián de los depósitos, intérprete fiel de la voluntad de los moribundos, árbitro imparcial en todos los contrastes, su estudio es el santuario de la propiedad. ¡Y es en él que la propiedad será violada! No, no. Y el gobierno obtuvo, por la persona de su ministro, el consiguiente mentís.

Yo quisiera, dice tímidamente otro, liquidar a los acreedores a quienes pago 5 o|o de interés y reemplazarlos por otros a quienes no pagaría más que el 4. —¡En eso pensáis!, gritan con horror los rentistas. Los intereses de que habláis, son rentas; han sido constituídos como rentas; y proponiéndoos reducirlos, es como si propusiérais una expropiación sin indemnización. Expropiad, si eso os place; pero no olvidéis que es menester una ley, además de la previa indemnización. ¡Cómo!; precisamente cuando es notorio que el dinero se deprecia continuamente; cuando 10.000 francos de renta no valen más de 8.000 en tiempos de inscripción; cuando, por una consecuencia irrefutable, debería ser el rentista cuya propiedad disminuye todos los días el indicado a solicitar un aumento de renta a fin de conservar su reserva, puesto que esta reserva no representa un capital en metálico, sino un inmueble, precisamente en este momento se habla de conversión! ¡La conversión es la bancarrota! Y el gobierno, convencido, por una parte, que tiene, como todo deudor, el derecho de eximirse por la liquidación y vacilante, por otra parte, por la consideración de la naturaleza de su deuda, e intimidado por el clamor del propietario, se encuentra con que no sabe qué resolver.

Así, la propiedad se torna más y más insociable a medida que se distribuye entre un número mayor de poseedores. El privilegio colectivo, que parecería deber endulzar, humanizar la propiedad, es, precisamente, lo que la hace más odiosa: la propiedad dividida, la propiedad impersonal es la peor de las propiedades. ¡Quién no advierte hoy que Francia se cubre de *grandes compañías*, mucho más temibles, mucho más ávidas de botín que las bandas famosas de las que el bravo Dugesclin libró al país!

D. A. DE SANTILLAN

POR LA COLONIZACION ANARQUISTA

III

Hace aproximadamente un año, el periódico *Erkenntnis und Befreiung* de Viena publicó una breve reseña sobre un barrio de Belgrado; cierto número de inquilinos que no quisieron pagar el aumento de alquiler exigido por los caseros, fueron puestos en la calle con sus familias; los desalojados se reunieron en los alrededores de Belgrado, en el lugar destinado a las inmundicias de la ciudad y comenzaron a sanear y a embellecer el paraje, levantando algunas casitas de madera y de arcilla. Al finalizar el año 1921 había allí 70 casas y el barrio fué denominado *Yatagan Mala* (Ciudad en la ciudad). En 1923 el número de las casas era de 150 y en 1924 tenía aproximadamente 200, formando una pequeña población. Hasta parece que muchos rebeldes se adhirieron a esa empresa y Yatagan Mala adquirió una relativa importancia. La municipalidad de Belgrado envió una delegación a reclamar sus derechos, por haber sido edificada Yatagan Mala en terreno municipal sin pedir autorización alguna. La delegación fué rechazada; la policía quiso entonces intervenir, pero los habitantes de la nueva ciudad se levantaron como un solo hombre en defensa de su autonomía, y en vista de que para vencerlos habría sido necesario un serio derramamiento de sangre, se dejó a Yatagan Mala en paz por un tiempo. Mientras tanto Yatagan Mala fué embellecida más y más, se formó una administración interna absolutamente independiente de toda institución oficial, y cuando su población se creyó bastante fuerte reclamó de la municipalidad de Belgrado electricidad, canalización de aguas, alcantarillado, pavimentación, etc. La municipalidad exigió en primer lugar que se le reconociera su derecho de posesión sobre los terrenos ocupados ilegalmente, cosa que los habitantes de Yatagan Mala rehusaron. La prensa burguesa comenzó una campaña incitando al gobierno a suprimir ese foco peligroso, nido de enemigos del Estado. Los habitantes de Yatagan Mala, en respuesta a esas insinuaciones, resolvieron publicar un periódico para defenderse e interesar a la opinión pública de Belgrado en su favor. El gobierno serbio comprendió que si intentaba proceder por la fuerza, chocaría con la resistencia decidida de algunos centenares de hombres y tuvo que ceder. Mientras tanto Yatagan Mala, el antiguo lugar de las inmundicias de Belgrado, se convirtió en uno de los barrios más limpios y agradables de la ciudad. No sabemos hasta qué punto corresponde a la realidad esa descripción, que circuló por muchos periódicos anarquistas. Lo cierto es que una iniciativa como esa no sería nunca un esfuerzo indigno del movimiento anarquista.

Sin embargo, habría aun esfuerzos más fecundos que la creación de ciudades dentro de las grandes ciudades existentes. En casi toda América existe tierra en abundancia, monopolizada por algunos terratenientes o del Estado. Tal vez en algunas partes fuese posible adquirirla sin preguntar a quién pertenece y ofrecer, cuando llegasen las reclamaciones, un hecho cumplido de toma de posesión muy difícil de abolir por decreto o por la fuerza misma. Pero aunque no fuese así, está el medio legal de la compra. Donde nuestro movimiento existe, le sería muy fácil adquirir en parajes más o menos lejanos terrenos de cultivo y dar vida en ellos a colonias agrarias que se convertirían en pocos años en pueblos de alguna consideración.

Nos parece que eso es fácilmente realizable. Y el valor de algunos pueblos agrarios integrantes de nuestro movimiento, es fácil de comprender, es inmenso, como campo de experimentación comunista, como focos de propaganda y de acción en el ambiente campesino, como sostenes materiales del movimiento de los obreros de las ciudades, etc. Porque todo eso podría ser esa especie de colonización, que no se separa del resto de la vida, como las colonias owenistas, fourieristas, cabetistas, etc., y no es tampoco expresión del conventualismo anárquico que se manifestó en las colonias ensayadas en diversos países. Tampoco incurre en los defectos de las cooperativas conocidas, pues esa colonización agraria sería empresa del movimiento en general, como lo es un periódico, como lo es cualquier otra institución. Una población de 1.000 trabajadores del campo podrían sostener un millón de obreros de las ciudades en sus conflictos con el capitalismo y anular así de un golpe los elementos defensivos más importantes del capital y del Estado.

Nuestra opinión es que hemos perdido demasiado la inclinación experimental, y esa es una de las razones del debilitamiento de la potencialidad interna de nuestras ideas. Toda experimentación, aunque no dé los resultados obtenidos, aunque se califique de fracaso, vale siempre como una adquisición nueva del espíritu.

Hemos soñado tanto con las posibilidades de ese ensayo de colonización y nos hemos hecho tantas ilusiones sobre su eficacia revolucionaria directa e indirecta, que no sabríamos concretar nuestros deseos. En casi toda América la situación no es la misma que en Europa; en Europa nos encontramos con un mundo *hecho*, al que debemos adaptarnos o tratar de conquistar; en América podemos ser nosotros los creadores, oponer a la obra de la especulación capitalista nuestro esfuerzo en pro de un horizonte vital más amplio; por pequeño que sea nuestro esfuerzo no será totalmente sofocado por la esencia dominante del capitalismo y del autoritarismo; y aunque fuese importante, nos quedaría siempre la labor capital: la expropiación de todos los expropiadores y la instauración del reino del trabajo libre y solidario. Nuestra colonización agraria no es un desvío para apartar las fuerzas libertarias del camino general de la revolución, sino un ensayo para engrosar esas fuerzas mismas con elementos nuevos y para darles más posibilidades de desarrollo y de avance.

En la América latina tenemos ya un campo definido de lucha y de propaganda; el movimiento obrero, la inspiración de sus luchas cotidianas y la orientación de sus aspiraciones finales. ¿Es bastante? Junto a eso nos haría falta un movimiento cultural más intenso, por una parte, y por otra la instalación de un nuevo punto de apoyo en el campo. Para esto no confiamos bastante en la mera propaganda, que materialmente es muchas veces imposible llevar a la población agraria. Unamos a la propaganda la acción práctica, el ejemplo de nuestra convivencia, las ventajas de nuestro sistema de trabajo. Eso hará milagros. En dos o tres kilómetros cuadrados de tierra, en el curso de muy pocos años pueden establecerse algunos centenares de familias y convertir un desierto en un pequeño paraíso, sin amos y sin gendarmes, sin propiedad privada y sin explotación del hombre por el hombre. Un foco de trabajo que, si no para todos, para la mayoría de sus miembros significaría siempre, aparte de la base de la existencia material, un instrumento de acción contra el mundo del privilegio. Estamos viendo todos los días como surgen poblaciones nuevas, enfeudadas a algún zafio que supo acapararse los frutos del trabajo ajeno. Si una nueva población que viene a aumentar el número de las existentes pesa muy poco en la balanza, un pueblo que se levantase por nuestro esfuerzo, contra la corriente, inspirado por ideas de revolución, de solidaridad y de igualdad, entrañaría fecundas promesas.

¿No está claro que, ya que en toda la América existe la posibilidad de ampliar el radio de nuestra acción, si uniésemos a la lucha por la conquista del mundo capitalista el esfuerzo positivo, creador de un germen de mundo nuevo, adquiriríamos un poder más y más irresistible?

Una docena de pueblos agrarios en cada país, controlados por nuestro movimiento y no empresas personales, nos pondrían en situación de luchar victoriosamente en las contiendas de todos los días en las ciudades y de polarizar efectivamente las voluntades de todos los hombres amantes de la libertad. Nuestro movimiento tendría así bases materiales mucho más sólidas e inexpugnables y posibilidades mayores de evolución.

No hagamos del pasado un dogma. Jamás ha tenido la idea libertaria tantos enemigos; jamás se encontró más restringida en la sociedad del privilegio. Hubo en otros tiempos movimientos, incluso burgueses, que contribuían a su modo a mantener vivo el espíritu de autonomía y de solidaridad frente al centralismo político. Hoy estamos solos, y el capitalismo, en su evolución, amenaza demoler totalmente las resistencias libertarias. Más que la reacción aguda de esta hora nos preocupa y nos inquieta el desenvolvimiento antihumano de la economía capitalista. Es preciso echar mano a todos los recursos que se nos ofrezcan para resistir su avance y acrecentar la eficacia de nuestra acción. El movimiento sindical no es bastante ya, porque frente a nuestros sindicatos surgen diversas tendencias, sindicales también, que regimentan los trabajadores para la contrarrevolución cotidiana. Organización obrera y organización revolucionaria no son términos sinónimos, y nuestro movimiento sindical se debilitará más y más en su influencia sobre el resto de la masa proletaria cuanto más vigor adquiera el capitalismo en sus sistemas de producción y de educación.

Creemos que nada perderíamos con poner a discusión en nuestra prensa y en nuestro movimiento el asunto de la colonización agraria como empresa colectiva del movimiento mismo. Si se llegase a un acuerdo en el principio, la solución práctica sería cuestión secundaria.

En todo caso expresamos nuestro pensamiento sinceramente. Vemos que se hace poco, muy poco, por acelerar la evolución hacia la libertad y quisiéramos que se hiciera más, que se tocasen todas las posibilidades de obrar más proficuamente y de atraer sobre nuestro movimiento la atención pública, que gira hoy más en torno al rey del box o de un aventurero político que en torno al esfuerzo por hacer de este valle de lágrimas un paraje de vida libre y feliz para todos.

Mientras escribíamos estas líneas leemos en un diario berlinés:

"Hace un año, treinta noruegos, cansados de la vida monótona en su patria y del eterno pago de los impuestos, tras atrevida decisión se pusieron en viaje para un país más hermoso y feliz; para ese fin se compraron un vapor que debía llevarles a lejanas zonas donde esperaban encontrar su dicha. Estados Unidos, el país de las ilimitadas posibilidades, que les seducía más y donde parecían ofrecérseles condiciones más favorables, tras detenida reflexión fué desechado, pues las leyes restrictivas de la inmigración ponían obstáculos insuperables a la entrada de los noruegos. Los viajeros se dirigieron al océano Pacífico, de cuyo grupo de islas recibieron agradables noticias, y desembarcaron en La Floreana, una de las islas del Galápagos, al este de las costas ecuatorianas. Hasta aquí esas islas hasta Eiland Ghathan pasaban por inútiles para el cultivo. Las islas Galápagos fueron descubiertas por los españoles en el siglo XVI, pero no fueron ocupadas, y más tarde fueron sólo temporalmente visitadas por pescadores y filibusteros. En 1832 la república del Ecuador se posesionó de todo el archipiélago y cedió cuatro islas a un general, Villamil de Louisiana, para la colonización, el cual eligió la del grupo más meridional como centro de la repoblación y la llamó

La Floreana. Allí formó una colonia de unos trescientos a cuatrocientos hombres, en su mayor parte prisioneros de color, que después se volvieron a dispersar. Tampoco tuvo éxito el intento del gobierno de establecer allí una colonia penal.

"Ahora bien, los noruegos, con el permiso del gobierno del Ecuador, desembarcaron en esa isla. Entre los buscadores de la dicha se encontraba un notable investigador noruego, el Dr. A. Wollebek, que acababa de regresar a Noruega con una rica colección de los animales, peces, insectos, etc., más diversos, que ya habían excitado la admiración y la atención de Darwin. Según la descripción entusiasta que hace el Dr. Wollebeck de ese país, la isla es un verdadero paraíso. Predomina un clima ideal al que los colonos deben el no haber conocido en el curso del año enfermedad alguna. La tierra es extraordinariamente fecunda; árboles frutales y frutas abundan por todas partes, animales salvajes los hay en exceso, el mar pulula de pescados. También hay caballos, vacas, cabras, perros salvajes en gran número, descendientes de los animales abandonados por los primitivos colonos hace muchas décadas. Los colonos noruegos se construyeron casas macizas y se proponen hacer llegar sus familias de Europa. El informe sobre ese paraíso ha provocado en Noruega gran interés y se ha formado ya una nueva sociedad de noruegos que desean recibir del gobierno del Ecuador permiso para colonizar otra de las islas del archipiélago..."

Y agreguemos a esa colonización más o menos aventurera la formación continua de colonias alemanas, israelitas, etc., en el interior del Brasil, de la Argentina, de Chile, del Perú, de México, etc., donde surgen continuamente nuevos sostenes del capitalismo y del Estado y digásenos si no nos sería posible a nosotros echar también de una manera parecida las bases de una relativa potencia revolucionaria en el campo, fundando, no ya una mísera escuela racionalista en una gran ciudad, o agrupando algunos pocos obreros industriales, sino fundando pueblos enteros que en su prosperidad trabajarían automáticamente por el ensanchamiento de nuestro movimiento y por la difusión del espíritu de resistencia a la autoridad del Estado.

***

Resumen bibliográfico anarquista alemán

Movimiento obrero — Huelga general — Antiparlamentarismo.

Pittsburger Proklamation (Proclama de Pittsburgo), 16 de octubre de 1883.

Most Johann. — *An das Proletariat* (Al proletariado), New York, 1887 (16 págs); de Most también: *Unsere Stellung in der Arbeiterbewegung*, New York, 1890.

Teistler H. — *Der Parlamentarismus und die Arbeiterklasse* (El parlamentarismo y la clase obrera), Soc. Bibliothek, N.o 1, Berlín, 1892, 48 págs.

Kampffmeyer Paul. — *Die Bedeutung der Gewerkschaften fuer die Taktik des Proletariats* (La significación de los sindicatos para la táctica del proletariado), Soc. Bibliothek, N.o 3, 1892, 30 págs.

Nach Siegfried. — *Der Generalstreik un die soziale Revolution* (La huelga general y la revolución social), Londres, Societé d'edition d'oeuvres sociologiques, 1902, 32 págs.

Friedeberg Dr. R. — *Parlamentarismus und Generalstreik* (Parlamentarismo y huelga general), edición Fritz Kater, Berlín (1914), 32 págs.

Roller Arnold (S. Nacht). — *Der soziale Generalstreik* (La huelga general social), Verlag G. Gladasch, Berlín, marzo, 1905; edición confiscada; segunda edición, diciembre de 1905, 48 págs). Otra edición por la Freiheit Publishing Association, New York, 1907. Traducciones en yiddisch, ruso, tcheco, búlgaro.

General streik. Die deutsche Arbeiterbewegung und der Klassenkampf (La huelga general. El movimiento obrero alemán y la lucha de clases), Edición Der freie Arbeiter, Berlín, febrero de 1905.

Antimilitarismus und Generalstreik (Antimilitarismo y huelga general), Revolutionare Arbeiter-Bibliothek, N.o 2, 12 páginas.

Antimilitarismus und Generalstreik, Weckruf, Zurich, 1905.

Ramus Pierre. — *Zur Kritik und Würdigung des Syndikalismus* (Para la crítica y apreciación del sindicalismo). Edición Die Freie Generation, Londres-Viena. 1908.

Roller A. — *Die direkte Aktion. Revolutionare Gewerkschaftstaktik* (La acción directa. Táctica sindical revolucionaria), Freiheit Publishing Association, N. York, 1907.

Pouget Emil. — *Die Gewerkschaft* (El sindicato), Soc. Verlag, Zurich, 1907.

Luitjes T. — *Anarchismus und Generalstreik* (Anarquismo y huelga general), Soc. Bibliothek. N.o 1. Edición Rijnders, Amsterdam,, 1908.

Baginski Max. — *Syndicalismus. Lebendige, keine toten Gewerkschaften* (Sindicalismo, sindicatos vivientes, no muertos). Edición Georg Bauer, Freiheit, New York, 1909; otra edición en Zurich, Synd. Liga; otra en Berlín, Fritz Kater, 1924.

Ramus Pierre. — *Generalstreik und direkte Aktion im proletarischen Klassenkampf* (Huelga general y acción directa en la lucha proletaria de clases), Edición Fritz Kater, Berlín, 1910, 63 páginas.

Ramus Pierre. — *Die Lüge des Parlamentarismus und seine Zwecklosigkeit für das Proletariat* (La mentira del parlamentarismo y su ineficacia para el proletariado), Edición W. Schoutetem, Bruselas, 1911.

Luigi. — *Klassenpolitik. Die Politik der Gewerkschaften* (Política de clases. La política de los sindicatos). Edición Kampf, Hamburgo, 1913.

Luigi. — *Parlamentarismus und Arbeiterschaft* (Parlamentarismo y proletariado), Hamburgo, 1913.

Sobre el movimiento localista, el actual anarquismo sindicalista, véanse los protocolos de sus congresos desde 1897 hasta hoy; además *Freie Vereiningung deutschen Gewerkschaftten, Eine kurze Geschichte...* (marzo 1912, Berlín, Fritz Kater, 32 págs). *Was wollen die Lokalisten?* (¿Qué quieren los localistas?), Berlín, 1912, 32 páginas. Fritz Kater; también Fritz Kater. *Die Entwicklung der deutschen Gewerkschaftsbewegung* (La evolución del movimiento sindical alemán), 23 págs. en 8o. mayor, Berlín, 1921; R. Rocker, *Die Prinzipienerklaerung des Syndikalismus* (La declaración de principios del sindicalismo), Berlín. 1920 (Edición Fritz Kater). nueva edición, con texto diverso, 1924, 20 págs. en 8.o mayor; de esta edición se hizo una traducción española en LA PROTESTA. Buenos Aires, 1925; otra en portugués, Lisboa 1925.

Nettlau Max. — *Verantwortlichkeit und Solidaritaet im Klassenkampf* (Responsabilidad y solidaridad en la lucha de clases; con un epílogo de 1922). Edición Fritz Kater, 16 págs., Berlín, 1922.

Kropotkin P. — *Anarchismus und Syndikalismus* (Anarquismo y sindicalismo), Berlín, 1921, 11 págs. Edición Fritz Kater.

Oerter Fritz. — *Was wollen die Syndikalisten?* (¿Qué quieren los sindicalistas?). Edición Fritz Kater, Berlín.

Witkop-Rocker Milly. — *Was woll der syndikalistische Frauenbund?* (¿Qué quiere la liga sindicalista de mujeres?) Edición Fritz Kater, Berlín 1921, 15 págs.

Rocker Rudolf. — *Zur Geschichte der parlamentarischen Taetigkeit der modernen Arbeiterbewegung* (Para la historia de la actividad parlamentaria en el moderno movimiento obrero), Freie Arbeiter, Berlín, 1920; segunda edición aumentada, 1925. 32 págs. Se tradujo en español para el Suplemento de LA PROTESTA.

Resolutionen des Internationalen Syndikalistenkongresses (Resoluciones del congreso sindicalista internacional de diciembre de 1922, Berlín). 40 págs., Berlín, 1923.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(CONTINUACION)

Landauer hace resaltar que nosotros, con nuestro limitado caudal de conocimientos, no podemos ni concebir ni explicar el mundo. Aquí estamos en las raíces del escepticismo, donde el idioma cesa y los sentimientos comienzan. Aquí está el punto de enlace de las percepciones, el dominio de la intuición, de la mística. Todo filósofo y hombre de ciencia que quiere saber algo o cree saber sobre la verdadera esencia de las cosas, no es más que un místico. Pero cuando esa mística, que ahora se puede llamar con su justo nombre, comienza a hablar, entonces debe ser consciente de que sólo es fantasía, sólo arte de la palabra, sólo cuadro en los cuadros. Nuestras concepciones, nuestras religiones, nuestras ciencias son poesía y juego. La parte negativa de la filosofía de Landauer resulta en lo que Sócrates expresó lacónicamente con las siguientes palabras: Sólo sabemos que no sabemos nada.

Partiendo de esas consideraciones, Landauer interpreta la ciencia, la filosofía, la religión, como arte, como juego. Si los hombres aspiran a formarse un cuadro unitario del mundo, deben recordar siempre que todo lo que producen sólo es un juego con su propia inteligencia. Como ésta se comporta así y como la existencia no podía mantenerse sin todo ese arte, ese juego, esa metáfora como suplemento del mundo real, incita al juego. Quiere crear por el arte una concepción del mundo, dejar espacio ilimitado para todo lo hermoso y lo magnífico y dar forma al pensamiento intuitivo, que se acerca más al mundo real. Como ponemos entre idioma e inteligencia un signo de igualdad — pues el hombre es sólo inteligente en tanto que dispone del tesoro del idioma — y como con la inteligencia no adquirimos una verdadera comprensión de la naturaleza del mundo, nos acercamos más a él al *vivirlo*, en lugar de conocer el mundo, lo sentimos, y en lugar de concebirlo intelectualmente, lo hacemos intuitivamente.

El mundo, para nosotros, sólo existe en nosotros, y si somos íntegramente nosotros mismos, entonces somos todo el mundo. En el sentimiento y en el arte que está más cerca de los sentimientos, es como mejor concebimos el mundo. El arte es la música. En el más hermoso pasaje de su libro *Skepis und Mistik*, dice Landauer:

"Yo soy el mundo si soy yo íntegramente. El curso de la corriente evolutiva viene de la fuente que ha nacido en la eternidad, la cadena no ha sido rota por nadie, sólo que, ciertamente, la corriente no puede retroceder y el pensamiento superficial de nuestro cerebro humano no puede recordarse del abismo de que ha crecido, no puede percibir exteriormente la fuente, ni reconocerla como objeto que fluye en su interior, en el eterno presente, que es una parte de lo viviente también. Pero percibimos la voz de la eternidad en lo más hondo y más maravilloso que puede testimoniar el espíritu humano. La música es el mundo otra vez, Schopenhauer lo ha dicho preciosamente. Encontramos esa infinitud en nosotros mismos si nos volvemos infinitos, si nos convertimos en nosotros íntegramente y buscamos nuestra más honda profundidad en nosotros mismos. Y hay otro camino aún para ese sentimiento de infinitud, y es el más hermoso de todos y todos lo sabemos, en tanto que no hemos sido carcomidos por la más extrema corrupción y por la superficialidad egoísta de la comunidad accidental: el amor. El amor es, por consiguiente, un sentimiento tan celestial, tan universal, un sentimiento que nos subyuga en nosotros, que nos eleva hasta las estrellas, porque no es otra cosa que el lazo que une a la niñez con los antepasados, que nos une a nosotros y a nuestros anhelados hijos con el universo. Hay un profundo sentido en el hecho de que la calificación del sentimiento de la comunidad que nos asocia a la humanidad — amor, amor humano — sea la misma que para el sentimiento del amor sexual, que nos asocia con las generaciones venideras. ¡Ay de los pobres de espíritu que no se estremecen bajo el amor, para los cuales la satisfacción en los seres humanos no se testimonia más que por una sensación de la piel!"

El conocimiento del mundo fluye por nosotros mismos; si nos conocemos a nosotros, entonces hemos conocido también el mundo. "El camino que debemos continuar para llegar a la comunidad, dice Landauer, no va hacia afuera, sino hacia dentro. Debemos finalmente llegar a la convicción de que no sólo percibimos trozos del mundo, sino que nosotros mismos somos un trozo del mundo. En este sentido dijo también Meister Eckehardt: el que haya comprendido bien una flor, habrá comprendido el mundo. Pues bien: volvamos a nosotros mismos, y habremos hallado el universo."

La idea principal de esa filosofía de Landauer es que todo sólo se reduce a palabras, que tomamos a la esencia real de las cosas. Esa lucha por las palabras se expresó ya en los escolásticos de la edad media, entre los nominalistas y los realistas. Realistas fueron los que declararon todas las vacías abstracciones y los nombres específicos como realidad; vieron lo mismo que Platón en la idea o en el universsal, la razón para la individualidad. En las ideas tenían realidad las cosas particulares. Los nominalistas, que correspondían a nuestros modernos realistas o materialistas, enseñaron, al contrario, que los universales o ideas, sólo pueden ser considerados como resumen de la cosa particular, es decir, no como realidades, sino como palabras, nombres.

Landauer sostiene que los nominalistas han realizado un trabajo necesario de limpieza: "privaron a los espectros del cerebro de su realidad y santidad. El último gran nominalista fué Max Stirner, que emprendió el barrido del duende de la abstracción del cerebro con radical solidez. La esencia de su doctrina está contenida en estas palabras: hay que aniquilar el concepto de dios. Pero el enemigo verdadero no es dios, sino el concepto. Ha descubierto que toda la opresión real es finalmente ejercida por conceptos e ideas, que son respetados y tomados por sagrados. Con mano segura, fuerte y decidida, ha tomado conceptos como dios, santidad, moral, Estado, sociedad, amor, y ha demostrado risueñamente su vacuidad. Las abstracciones eran, según su brillante exposición, nimiedades infladas, nombres genéricos, sólo la expresión para una suma de individuos... El último nominalista puso el individuo concreto como realidad en la silla vacía de dios, que desde entonces fué ocupada por el *único y su propiedad*. Esa fué la obsesión stirneriana."

Aquí está el anarquismo de Landauer. No vió en el Estado un ser real efectivo. El Estado tiene vida y realidad sólo mientras los hombres creen en su realidad; si se imaginan que el Estado existe como factor real de la fuerza, entonces existe realmente. Pero vió también la vía para la superación del Estado. No por la violencia, ni por la destrucción mediante las armas, para instalar luego uno nuevo, sino por la ignorancia de él. Por la destrucción del concepto del Estado en las cabezas humanas se privará al Estado de vida y se derrumbará. Si al contrario, se hace caer el Estado con la violencia, antes de que haya sido desterrado del pensamiento su concepto y la fe de los hombres en su necesidad, se levantará necesariamente uno nuevo en lugar del viejo.

Como anarquista consecuente, Landauer era un firme adversario de la violencia. También en la revolución se dirigió su actividad contra el empleo de la violencia, quería salvar la revolución por su propia voluntad. Sobre esto hablaremos más adelante. En su corta obra *Die Revolution* cita Landauer a un precursor del anarquismo del siglo XVI, que ha ejercido una gran influencia en la revolución francesa. Ese filósofo fué Etienne de la Boetie. Pregunta: "¿A qué se

debe que un pueblo entero, masas enormes, se dejan torturar por algunos pocos, maltratar y dirigir en perjuicio suyo, contra su voluntad? (en lugar de *unos pocos* se puede poner el Estado actual). ¿De dónde procede el formidable poder de los tiranos? No procede de la violencia externa de la naturaleza ordinaria; no, su poder procede de la *servidumbre voluntaria* de los hombres. ¿De dónde toma tantos ojos para vigilaros si vosotros no se los prestáis? ¿Cómo es que tiene tantas manos para alcanzaros si no las recibe de vosotros? ¿Cómo es que tiene un general un poder sobre vosotros si no es por vosotros mismos? ¿Cómo podría perseguiros, si no estuviera de acuerdo con vosotros? ¿Qué podría haceros si vosotros no fuéseis los encubridores del ladrón que os roba, del asesino que os mata y los traidores de vosotros mismos? ¿Pero de dónde procede ese increíble? El instinto de la libertad es un don natural; y si los animales conocieran jerarquías y dignidades, entonces sería la libertad del águila la que reverenciarían. La explicación es que alguna vez, por invasión de afuera o por astucia, los hombres perdieron su libertad. Pero después vienen los que no conocieron nunca la libertad y que no saben cuán dulce es; es la costumbre la que nos ha enseñado la servidumbre. Como los árboles frutales dan frutos ajenos cuyas ramas se les injerta, así llevan los hombres la esclavitud. Los hombres no saben más que son súbditos: siempre fué así, dicen. Se hacen a sí mismos, con el tiempo, posesión de aquellos que los subyugan. Hay, es verdad, algunos mejor dotados al nacer que la gran mayoría; son los que tienen por sí mismos una cabeza mejor organizada y la mejoran aún por el estudio y la sabiduría; esos viven la libertad, aunque estuviera por completo perdida y fuera del mundo, en su fantasía y la notan en su espíritu. Pero no se conocen entre sí; la libertad de hablar y de obrar les ha sido robada; permanecen solitarios en su mundo espiritual. Otra razón de la posibilidad de persistencia de la esclavitud es que enerva y debilita a los hombres; y los tiranos han hecho siempre lo posible para favorecer la impudicia, la broma, el juego y la voracidad y para fomentar la falta de virilidad en el pueblo." Entre otros puntos menciona Etienne de la Boetie la religión, sobre la que se expresa así: Siempre se ha hecho el pueblo a sí mismo las mentiras, que creyó después. Como punto cuarto nombra la jerarquía que se quiere enriquecer, en cuyo lugar se podría poner hoy la burocracia.

"Para llegar a la libertad, sostiene Etienne de la Boetie, nada es más necesario que la voluntad de ser libre. Una servidumbre voluntaria, casi lo parece, es como si los hombres desdeñaran el hermoso bien de la libertad, porque es demasiado fácil. Decidíos a no ser más siervos y seréis libres. No quiero que ahuyentéis al tirano o que lo arrojéis del trono; no lo apoyéis solamente; y veréis cómo se derrumba y cae en ruinas como un coloso gigante a quien se socava la base, en su propia pesadez. Un fuego se puede apagar con agua; pero cuídese de las conspiraciones de los ambiciosos que ahuyentan a los tiranos y los matan, pero que conservan la tiranía y la reproducen; esos abusan del sagrado nombre de la libertad. La tiranía no es un fuego que debe ser apagado, que se puede apagar, porque no es un mal externo sino un defecto interno. No es agua lo que los hombres deben arrojar al fuego, sino que deben conservar para sí aquello de que el fuego se nutre: deben privarle de alimento. Es necesario combatir los tiranos, no es necesario defenderse contra ellos; se golpean a sí mismos; el país no debe someterse a la servidumbre... Si no se les da más a los tiranos y no se les obedece, entonces sin lucha ni golpes quedan desnudos y descubiertos y no viven más: una raiz que no encuentra humedad ni alimento, se convierte en un muerto trozo de madera."

Estas hermosas palabras ha escrito Etienne de la Boetie en sus diez y seis años. Los pensamientos contenidos en ellas llegan a Inglaterra tan sólo por medio de Godwin, más tarde fueron sus propagandistas Proudhon, Stirner, Bakunin y otros.

Landauer se confesó anarquista así: La opresión que ejercen los hombres y bajo la cual padecen, no está fuera, en las instituciones sólo, está en nosotros mismos. Podemos libertarnos de ella cuando nos libertamos en nosotros mismos. Los hombres no deben ser ligados por la dominación, sino asociados como hermanos en la libertad. "Los hombres saben bien que son hermanos; pero creen que lo serán nuevamente cuando no existan impedimentos y autoridades. En verdad lo son sólo mientras combaten los obstáculos y los poderes. En verdad el espíritu sólo vive en la revolución, después de ella no vive más. Querrán decir: sí, cuando la revolución sea alguna vez victoriosa; cuando no se restablezca lo viejo, antes combatido. Eso es como si alguno se quejara: si pudiera fijar mis sueños y formarlos en el recuerdo y en la creación consciente, sería el mayor poeta. Está en la objetividad y por tanto en el concepto de la revolución, que sea como una fiebre saludable entre dos achaques; si no la precediera la debilidad y no la siguiera la extenuación no sería nada. Completamente diverso o algo más que eso como revolución, es necesario que se produzca una permanencia y una ulterior connivencia persistente sobre los grupos humanos. Pues ahora sabemos cómo hay que pronunciar la palabra: no por la dominación, sino por el espíritu; pero no se ha hecho mucho con apelar al espíritu; debe venir a nosotros. Y debe tener un hábito y una figura; y no existe quien pueda decir cómo se llama y qué es. Esa espera es la que nos hace perseverar en nuestra transición y evolución; ese no saber es lo que nos hace seguir las ideas. Pues, ¿qué serían para nosotros las ideas si tuviéramos una vida?"

La revolución, por tanto, no es para Landauer bastante para ayudarnos a crear una nueva vida, el socialismo. El socialismo no puede ser creado por nuevas instituciones revolucionarias que se derrumbarán o se harán ilusorias después que la revolución haya pasado y no haya sido establecida sin embargo la verdadera sociedad socialista. Esto se ha percibido mejor que en ninguna parte en Alemania, donde todo lo que el pueblo ha creado en los días revolucionarios de noviembre le fué arrancado más y más en el curso de los años siguientes. La revolución no es equivalente al socialismo. Si el socialismo debe surgir por una revolución o después de la misma, los hombres deben haber comenzado antes y trabajado por ella; entonces la revolución sólo es el último miembro: la liberación de la tierra, de las casas y de los medios de producción en lucha por el socialismo. La penetración de los hombres por el espíritu socialista y la introducción de ese espíritu en la vida colectiva del proletariado en primera línea debe preceder desde ya, bajo las condiciones capitalistas, a la revolución.

"La revolución es como una fiebre salvadora entre dos enfermedades". En esta frase está el pensamiento que ha desarrollado Landauer en su libro *Die Revolution*. Este libro es un estudio filosófico de la revolución; sobre la posición y la actividad de Landauer en la revolución alemana, hablaremos más adelante.

"¿En qué dominios aparecen primeramente los fenómenos de la revolución?" — pregunta Landauer. "La revolución se refiere a toda la vida común de los hombres. Por tanto, no sólo al Estado, al orden de las clases, a las instituciones religiosas, a la vida económica, a las corrientes y formaciones espirituales, al arte, a la instrucción, sino a una aglomeración tomada de todas esas formas de la vida colectiva, que en un determinado período se encuentran en una cierta estabilidad autoritaria. Esa mezcla de la vida común en el estado de estabilidad relativa la llamamos: la *topía*.

La topía crea todo bienestar, toda satisfacción y toda hambre, toda habitación y toda falta de asilo; la topía ordena todos los asuntos de la convivencia de los hombres, dirige las guerras hacia el exterior, exporta e importa, cierra o abre las fronteras; la topía forma el espíritu y la tontería, acostumbrada a la decencia y al vicio, crea la dicha y la desdicha, el contento y el descontento; la topía interviene con mano fuerte en los dominios que no le pertenecen: la vida privada del individuo y de la familia. Las fronteras entre la vida individual y la existencia familiar por una parte y la topía por otra son vacilantes.

La relativa estabilidad de la topía — modifica gradualmente, hasta llegar al equilibrio inestable.

(*CONTINUARA*)

BIBLIOGRAFIA

"Die sozial demokratischen Parteien" (Los partidos socialdemocráticos. Su papel en el movimiento obrero internacional del presente) Verlag Carl Hoym Nachf., Hamburgo, 1926.—

El conocido escritor húngaro E. Varga ha recogido en un volumen de más de 300 páginas una serie de trabajos de diversos colaboradores sobre algunos de los más importantes partidos socialdemócratas del mundo, haciendo ver con evidencia que la socialdemocracia no sólo no tiene nada que ver con la revolución, sino que es el apoyo más firme de la burguesía contra el proletariado. Esa convicción, claro está, no es para nosotros nueva; en todos los países hemos podido constatar cómo el socialismo parlamentario y la burguesía se dieron siempre la mano contra todo movimiento obrero independiente. Pero hacía falta recoger datos demostrativos para llevar esa convicción al gran público y pintar de cuerpo entero las secciones de la Internacional de los ministros, que desgraciadamente tienen todavía una influencia predominante en la mayoría de los países de Europa sobre las masas obreras. La idea de Varga era excelente y en parte ha sido realizada. Hay en el volumen que comentamos trabajos dignos de leerse sobre la socialdemocracia en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Bélgica, en Austria, en Tchecoeslovaquia, en Polonia, en Hungría, en los Balcanes y en los Estados Unidos. El libro se lee con utilidad tanto para recibir una impresión de conjunto de la situación, composición y tendencias de los partidos socialdemócratas de los diversos países, como para comprobar la triste verdad de la afinidad de la socialdemocracia y la burguesía. No desconocemos que la labor es un poco dificultosa y que para concretar en un capítulo más o menos reducido la inmensidad de los materiales de toda suerte, hay que pasar por alto una gran parte de hechos y asuntos esenciales; para dominar medianamente el tema habría que haber escrito un volumen sobre cada país en lugar de un simple capítulo.

El valor de los diversos capítulos es un tanto desigual; hay en unos más y en otros menos objetividad, y nosotros podríamos rectificar fácilmente algunas afirmaciones partidistas que nos conciernen. Es el trabajo sobre Alemania el que ha sido más esmerado y objetivamente elaborado.

Trataremos de resumir próximamente algunos datos de este libro, que recomendamos a los conocedores del alemán.

"Der Terror gegen die sozialistischen Parteien in Russland und Georgien" (El terror contra los partidos socialistas en Rusia y Georgia); 138 págs. en 8.o — J. H. Dietz Nachf., Berlín, 1925.

En 1924 la Internacional de Hamburgo resolvió editar un escrito popular sobre el terror bolchevista contra los partidos socialistas en Rusia y Georgía. De ese trabajo fueron encargados el socialdemócrata Abramowitsch, el socialista revolucionario de la derecha W. Suchomlin y el socialdemócrata georgiano I. Zeretelli, y este pequeño volumen es el resultado de aquella decisión. Para los lectores de LA PROTESTA no es ninguna cosa nueva el terror contrarrevolucionario de los bolchevistas; han podido leer regularmente el Boletin publicado por el Comité de defensa de Berlín, están al tanto de los hechos recogidos en el folleto "*Las persecuciones contra el anarquismo en la Rusia sovietista*"; *últimamente*, a iniciativa de Berkman y otros camaradas, se publicó en inglés una interesantísima colección: *Cartas de las prisiones rusas* (Letters of the Russian Prisions). Todos esos documentos, como el librito que anunciamos, están repletos de hechos escuetos, elocuentes en su desnudez. Esos hechos no se desmienten con declamaciones ni con injurias de los mercenarios del gobierno ruso en el extranjero. De los documentos reunidos en este volumen, como de todos los que han sido dados a conocer desde hace años en nuestra prensa, se deduce que el régimen policial y carcelario zarista era mucho más humano que el implantado por los estranguladores de la revolución rusa de 1917. "*El terror contra los partidos socialistas en Rusia y en Georgia*" es un resumen de conjunto de algunos de los hechos más salientes contra los socialistas no oficiales del imperio moscovita, con objetivas refutaciones de las mentiras de la prensa del gobierno ruso. Nos presenta un panorama de horrores que la imaginación más frondosa no hubiera podido imaginar en un país fuera de Rusia, con excepción tal vez de Italia. De este libro, redactado con sencillez y profusión de datos demostrativos, como del resto de las publicaciones objetivas de la misma especie, se deduce que el terror puede estar siempre al servicio de la contrarrevolución, nunca ser un factor revolucionario, ejérzase en nombre del rey, de la burguesía, de la iglesia o del proletariado. Los trabajadores independientes de todo el mundo deben abrir los ojos y esforzarse por cortar en todas partes los lazos de simpatía que pudieran existir aún en las masas proletarias hacia los que sofocaron la más grandiosa y prometedora de las revoluciones.

"Aus diplomatischen Falscherwerkstatten" (De los talleres diplomáticos de falsificación), Neuer Deutscher Verlag, Berlín, NW 7, 1926, 178 págs.—

Los editores de este volumen recogen y comentan una serie de documentos atribuídos al gobierno ruso, a sus personas dirigentes y a instituciones más o menos fundidas con el gobierno, como la Internacional comunista. Según los editores se trata de una vasta obra de falsificadores interesados en dificultar las relaciones diplomáticas del gobierno ruso con los demás Estados; por ejemplo, la carta de Sinovief, que promovió tal escándalo en Inglaterra hace algún tiempo, sería absolutamente falsa. También serían falsos los documentos dados a conocer por el gobierno búlgaro y sus agentes como procedentes del gobierno ruso y los suyos. No podríamos asegurar que todas las pruebas presentadas son bastante convincentes; pero la colección es interesante como un telón levantado sobre ciertos aspectos de la diplomacia y del espionaje internacional. Al proletariado le importa conocer esas obscuras maniobras, aun con la convicción de que su existencia está ligada íntimamente a la existencia de todo gobierno. Es sumamente regocijante ver cómo se dejan embaucar los gobernantes de todos los países por algunos vividores que hacen de la estafa al erario público un oficio lucrativo.

El libro está ilustrado con la reproducción en cliché de diversos documentos antibolchevistas fraguadas por espías al servicio de otros gobiernos.

Rocker Rudolf — "Von anderen Ufer (De la otra orilla), un vol. en 8.o, 146 págs. Verlag Der Syndikalist, Berlín, 1926. —

El número 4 de una colección titulada "Poetas y Rebeldes", editada por nuestros camaradas alemanes artísticamente, es un pequeño volumen de Rocker. Algunos de sus trabajos han sido publicados ya en español en el libro *Artistas y Rebeldes;* en México apareció el escrito titulado "Germinal", que es sin duda una de las piezas literarias más acabadas de Rocker. No obstante no tener este volumen nada de nuevo para nosotros, excepción, naturalmente, de las correcciones o traducciones más fieles hechos por él mismo del yiddish, lo hemos leído con verdadera fruición. Es una introducción literaria en el mundo de la revolución de sus problemas, de sus interpretaciones de la vida. Apropiadas para caer en todas las manos, estas páginas no se leen sin sentirse uno incitado a la meditación y sin ver claro en la realidad.

AÑO V

BUENOS AIRES, 26 DE JULIO DE 1926 ... 233

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL ... PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

LA LEY DE LOS RICOS

Creemos que Upton Sinclair, en *Cartas a Judd*, un obrero norteamericano, le hacía comprender el círculo vicioso del parlamentarismo yanqui, donde casi todos los representantes dictan leyes que les favorecen como accionistas y dirigentes de fuertes compañías industriales y financieras. No se aplica ello solamente al sistema parlamentario de Estados Unidos, ni es ello una novedad como tampoco parece creerlo el novelista famoso. Aquí nadie ignora que los propietarios de inmensos latifundios y de bieens raíces, se hallan en el senado, en el parlamento y en los puestos más encumbrados del gobierno. Las leyes que ellos tejan, malla por malla, son para defender esos bienes adquiridos fraudulentamente en la mayoría de los casos.

No es curso de cosas sabidas lo que deseábamos escanciarle al lector. Son hechos recientes y actuales que atañen al conflicto minero de Gran Bretaña.

Neville Chamberlain, ministro de Salud Pública y director de una compañía, fué acusado hace unos días en la Cámara de los Comunes de hallarse gestionando contratos del gobierno, del cual también es miembro. Las explicaciones ofrecidas por Chamberlain no fueron encontradas satisfactorias por el sector del laborismo. Uno de sus representantes hizo moción que se abriera el debate alrededor del asunto.

Los ministros del gabinete británico que fueron días antes además interpelados por las mismas concomitancias, entre sus funciones oficiales y las de sus finanzas particulares, han sido Baldwin, a quien se acusó de poseer acciones de la Baldwin Steel Company, y sir Philip Cunliffe-Lister, presidente de la Junta de Comercio, de quien también se dijo que trataba de favorecer a empresas explotadoras de minas hulleras, de las cuales poseía acciones su esposa.

El jefe del gobierno, que en esa ocasión asumió la defensa de su colega, dijo que la firma Hoskin e hijo, de Birmingham, a la cual se consideraba vinculado Chamberlain, únicamente sostenía relaciones particulares con miembros de éste. Agregó que éste, habiendo estado alejado por un tiempo de aquella firma no había violado la ley británica que ordena a sus ministros renunciar a sus cargos comerciales al tomar posesión de sus carteras.

Estas palabras pudieron aplacar a los laboristas; pero a nadie engañan. Nadie se comedirá a creer, después de estas semipruebas, que esa ley no se la pueda trampear con infinitos subterfugios y hasta con insignificantes ardides, máxime cuando el que hace la trampa es autoridad, y autoridad suprema.

La *Baldwin Steel Company* es la máscara; el rostro, la realidad contante y sonante es el primer ministro que usará de todas sus influencias oficiales para hacerlo prosperar, y llegado el momento, la defenderá con tanques y bayonetas, como en la pasada huelga general. Ese sir Philip Cunlif-Lister, cuya esposa poseía acciones de empresas mineras, ¿no defendía acaso con tanques y fusiles el aumento del horario de los obreros mineros y la rebaja de sus salarios?

Esa es la ley de los ricos, ese es el Estado de los poderosos. ¡Qué ingenuo nos parece Ruskin cuando deseaba equiparar el propietario de una industria al capitán del buque, quien en caso de naufragio es el último en salvarse, compartiendo en los momentos de penuria el último trozo de pan con los miembros de su tripulación!

Panoramas europeos: Francia



MADAMA PARLAMENTO: Apúrate Mariana que hay varios clientes que esperan.

JUSTICIA PARA LA EXPORTACION

En estos momentos que la plutocracia
yanqui disputa, al hormigueante mundo
proletario, las maltratadas existencias de
dos de los suyos, Sacco y Vanzetti, no es
del todo inoportuno machacar en su con-
cepto de las dos justicias, una para la
galería, y la otra para sus fechorías pú-
blicas y privadas. La actuación del gene-
ral Lassiter en el resonante y prolonga-
do asunto del plebiscito sobre la impro-
bable justiciera partición de las tierras
cautivas, Tacna y Arica, haciendo res-
petar integérrimamente una verdad mi-
tológica, es la Themis para la exporta-
ción; la otra, la de la falsía y del cohe-
cho, es para las fechorías privadas, la
que intenta tajar la vida de nuestros dos
camaradas.

Hay otras, además, las del panamerica-
nismo, la de expansión yanquizante con
el embustero velo del proteccionismo pa-
triarcal.

Al inaugurar sus sesiones el parlamen-
to filipino, los miembros de ambas cá-
maras hicieron llegar hasta Mr. Carms
Thompson, representante del presidente
Coolidge, una resolución concebida en los
siguientes términos: *El constante deseo
de los filipinos es el de lograr una inme-
diata, absoluta y completa independencia.*

Al no tener mucha fe en esta "inmedia-
ta, absoluta y completa independencia"
exigida por gente de parlamento, que se
beneficiará y abusará de ella en detri-
mento del pueblo, explotándolo, extorsio-
nándolo en vez de los norteamericanos,
no por eso creemos que es menos chocan-
te el contraste de este petitorio con la
actitud de árbitro redimidor y desfacedor
de entuertos asumido por el gobierno nor-
teamericano en el mar Pacífico, en vista
de una penetración pacífica por la diplo-
macia del dólar.

Pero hay más. No sabemos en qué fecha exacta — creemos que en 1907 — se llevó a cabo un tratado entre la cancillería de la Casa Blanca y los gobiernos centroamericanos para el no reconocimiento oficial de los gobiernos de fuerza, surgidos de un golpe de mano militar y revolucionario. Nicaragua fué una de las primeras naciones que ratificó el llamado tratado de Wáshington. El presidente era entonces un Chamorro, tío de otro Chamorro actual mandatario, ungido por un cuartelazo, quien después lo firmó y refrendó.

Este generalote fué declarado presidente por el congreso el 17 de enero del año en curso. Dos días después, su agente en Wáshington, nombrado en diciembre por el gobierno Solorzano, por orden del mismo Chamorro, comunicó al Departamento de Estado el advenimiento del nuevo poder, expresando la esperanza de que las relaciones entre los dos países fueran cada vez más cordiales.

En una respuesta pública, el secretario de Estado cita al tratado de Wáshington y del perenne compromiso contraído con él de no reconocer ningún gobierno surgido de un golpe de cuartel, subvirtiendo el orden constitucional y por ende de la adopción rígida por parte de los Estados Unidos de los principios que fluyen de ese pacto estipulado oficialmente. Concluye informando al ministro nicaragüense que los Estados Unidos no reconocen, ni reconocerán como gobierno de Nicaragua al que preside Chamorro.

Esta es la apariencia, el golpe de efecto para la exportación. Los hechos parecen fueron otros, y lo han sido en realidad. Es así que el ministro de ese gobierno de fuerza permanece todavía en Wáshington, figura en la lista diplomática oficial y es para los efectos de su ministerio reconocido y recibido por el Departamento de Estado como el representante diplomático de un gobierno legalmente establecido, con el cual se sostienen relaciones normales y corrientes.

Lo propio acontece en Managua, la capital de esa republiqueta, donde el ministro de los Estados Unidos conserva su cargo, ejerciéndolo cual si no hubiera ocurrido cambio alguno con el que su gobierno mantuviera relaciones de una inalterable amistad.

La comedieta del no reconocimiento es para paladearla deliciosamente. No es que nos extrañe, ni nos sorprenda en lo más mínimo. ¿Acaso no se ha establecido ya que todos los tratados son un *chiffon de papier?*

¿Pero en qué consiste esta maniobra
diplomática? Nada más que en las pala-
bras, en las palabras de la nota dirigida
por el ministro del Chamorro de marras,
con el exclusivo objeto de engañar y des-
pistar a la opinión pública internacional,
que en la mayoría de los casos calla y
otorga sus plácemes a la desdeñable in-
fracción de los tratados.

Resalta, pues, el procedimiento farisai-
co de esta plutocracia hidrópica de dine-
ro y embrutecida por su exasperada y
morbosa sed de ganancias cada vez más
inmoderadas. Y es con el rasero de esta
moral, bastardamente utilitaria, que trata
de juzgar a hombres de ideas, de un des-
interés apostólico, para luego no vacilar
en ejercer como cómplice y sostenedora
de asesinos, como ese Chamorro, cuando
les rinde pingües utilidades.

Nos importa un comino de sus farsas
legales. Sabemos que están fundadas so-
bre la mentira para legalizar el robo y
la mentira. Tampoco nada nos importan
todos estos chismes diplomáticos de un
panamericanismo paniaguado y aventure-
ro que se disfraza de protector para man-
ducarse al protegido.

Solamente quisimos combatir a nues-
tros enemigos con sus propias armas.

D. A. DE SANTILLAN

DE LA CRITICA A LAS SOLUCIONES

No queremos poner en duda el valor de nuestra crítica negativa a las instituciones, hombres y cosas que se oponen a la edificación libre del orden social; el anarquismo ha sobresalido justamente por eso, y ha dado regularmente en el clavo, porque ningún interés bastardo le ha impedido llevar sus conclusiones lógicas a todas partes y en todas las circunstancias. El anarquismo ha rechazado todos los compromisos con las potencias de la reacción y del conservativismo, en cualquiera de sus matices, y no se ha visto nunca detenido en su apreciación de los acontecimientos y de las instituciones, por ningún cálculo o ningún interés privado. Hemos puesto fuego totalmente a las naves, y no sólo no hay la voluntad de un regreso al viejo mundo, sino que tampoco habría la posibilidad de armonizar con él en ningún aspecto. ¿Qué importa que ciertas manifestaciones del capitalismo y del estatismo cumplen alguna función social útil? Todo está envenenado por la enfermedad básica de una sociedad en que ni el individuo ni la comunidad existen en el centro de la vida, y en donde todo gira en torno al privilegio económico, social y político, en la desigualdad, la injusticia y la mentira. El anarquismo queda, pues, fiel a su aspiración de la primera hora; no ha hecho la menor concesión ni está dispuesto a hacerla; la historia y la realidad le dan cada vez más razón de ser y no tiene absolutamente ninguna inclinación ni ninguna razón para desviarse de su ideal: la revolución social destructora del viejo mundo del privilegio y edificadora de una nueva sociedad de abajo a arriba, por la iniciativa de todos los hombres según sus gustos y anhelos.

Del hecho que no podemos adaptarnos a ningún aspecto de la sociedad actual, surge nuestro negativismo, nuestra actitud preferentemente crítica, todo lo obstruccionista posible. Somos el único movimiento consecuente en ese sentido.

Hay, sin embargo, algo que no acaba de satisfacernos en la dirección de la propaganda crítica del anarquismo; en algunas partes, se lleva a extremos demasiado infecundos. Tenemos, por ejemplo, el movimiento obrero: En muchos países hay buen número de anarquistas que se hicieron un cliché de la crítica a los sindicatos reformistas y la aplican a todo movimiento obrero, repitiendo, venga o no al caso, como fonógrafos las mismas objeciones al sindicato, hasta que al fin quedan predicando en el desierto, porque la inmensa mayoría de la humanidad no se conforma con criticar la labor ajena, quiere también hacer algo por sí misma. En este terreno, sin embargo, se ha dado, sobre todo en los países latinos, una solución positiva: bienvenida sea la crítica al movimiento obrero reformista, pero más eficaz aun es la formación de un movimiento obrero propio a fin de demostrar prácticamente el valor de la crítica nuestra y hacer ver que sabemos interpretar mejor que los reformistas los intereses del proletariado. ¿Es que esa solución positiva nos ha hecho dar un paso hacia atrás en nuestra intransigencia, en nuestra posición indomable al mundo de la injusticia capitalista? Creemos que ha ocurrido todo lo contrario: esa solución positiva a uno de nuestros infinitos problemas, nos ofreció la posibilidad de ampliar el radio de nuestra propaganda.

La actitud que hemos adoptado en el asunto de *los anarquistas y el movimiento obrero*, en el sentido de superar la mera crítica por el ejemplo práctico, quisiéramos verla en todos los problemas cotidianos del movimiento.

La transformación de la mentalidad autoritaria en mentalidad libertaria exige que pongamos en juego todos los recursos apropiados; un recurso importante es la crítica, pero otro recurso importante es una solución mejor que la dada por nuestros adversarios.

Desalienta un poco ver cuán intenso y vasto debiera ser nuestro esfuerzo y cuan restringido y débil es. El mundo nos ignora, los potentados de la hora siguen su camino sin preocuparse de nuestra existencia; a lo sumo, cuando nos mostramos en número algo respetable, sólo basta aumentar el número de los agentes de policía y, en caso de necesidad, construir nuevas cárceles. Esa constatación es, para nosotros, muy desconsoladora. Tal vez sea, en parte, nuestra la culpa de que los gobiernos conteporáneos no consideren el anarquismo más que como un problema que se resuelve con algunos centenares o millares más de empleados de policía.

No nos quejamos contra las persecuciones, son algo natural e ineludible; pero deploramos que algunos jueces y algunos esbirros sean capaces de poner un coto a la expansión del anarquismo en los diversos países. Y sería muy fácil tronar contra los verdugos y ver siempre la viga en el ojo ajeno; pero hay que examinar si nos toca una parte de culpa en la reducción del anarquismo, para los privilegiados, a un mero problema de fuerza policial. ¿No será también culpable nuestra incapacidad para llevar la lucha a otros dominios inaccesibles a los machetes del vigilante? ¿No dependerá ese estado de cosas de la exclusividad crítica de nuestra propaganda y de las pocas soluciones que somos capaces de presentar a los problemas y situaciones sociales de cada día? ¿No dependerá eso de nuestra incapacidad para llamar la atención de la humanidad sobre la justicia de nuestra causa, que es la causa de todos?

Nada significaría ir a la cárcel si las ideas por las que se nos persigue se abrieran camino, siguieran viviendo y hallando defensores; pero el panorama actual de los anarquistas que entran en la cárcel no tiene ningún valor de propaganda, y en cambio resta, en la calle, combatientes de las ideas. Suprimir hoy el movimiento anarquista de un país es cuestión del capricho del primer tirano: no hace falta más que dar la orden a las fuerzas reclutadas para matar, encarcelar, perseguir, y, en pocos días, de lo que parecía un movimiento anarquista, no queda más que un montón de ruinas. ¿No vemos en esta triste verdad la impotencia actual del anarquismo? ¿Hemos contemplado pasivamente la destrucción de nuestro movimiento en diversos países por indiferencia o por el sentimiento de nuestra incapacidad para poner un alto a las tendencias liberticidas? Creemos que es por esto último.

Lo peor de todo es que no se nos presentan mejores perspectivas ni se advierten tendencias sólidas a poner remedio al mal creciente. Nos movemos demasiado maquinalmente, hemos restringido demasiado los tópicos de nuestra propaganda. En los países donde tenemos un movimiento obrero propio, tenemos mucho, pero no es bastante para inspirar a la humanidad tendencias libertarias, para apartarla de la vía de las dictaduras y de las soluciones bélicas y antihumanas. Unos miembros más o menos al fin del año en nuestros sindicatos, eso es muy poco y no nos hará superar la crisis que atravesamos, porque es una crisis muy honda la que vivimos.

Cuando levantamos los ojos sobre la labor cotidiana y vemos la fiebre capitalista y los nuevos aspectos de la sociedad actual, cada vez más adversos de los sentimientos de justicia y de todo humanismo, pensamos que los anarquistas tendrían que levantar más la voz, salir de sus actitudes meramente críticas y oponer valientemente sus soluciones a las soluciones del autoritarismo y del privilegio.

Ahí está la situación política internacional, cada vez más complicada, preñada de guerras mundiales más devastadoras que nunca; la diplomacia y las grandes potencias capitalistas obran como les da la gana, sin que llegue a ellos la menor sensación de una resistencia a sus planes tenebrosos. A lo sumo, cuando estalla una guerra nos satisfacemos con la confirmación de la veracidad de nuestras críticas. ¿Por qué no hemos de oponer en este terreno de la política internacional nuestras soluciones humanas a las soluciones antihumanas de los Estados y de las grandes empresas financieras?

Y, lo que decimos de ese dominio casi enteramente olvidado y, sin embargo, tan importante y decisivo en la conformación del porvenir, podemos decirlo de cualquier otro aspecto de la vida social, capitalista y política de nuestros días. Nuestra voz no suena por ninguna parte y es ya mucho cuando la oímos en algunos países en una parte del proletariado sobre cuestiones de trabajo y de organización.

Y, a pesar de no levantar la voz sobre la generalidad de los problemas contemporáneos, tenemos la íntima convicción que el anarquismo sabría encontrar las soluciones más justas y crear a su alrededor una corriente humana inspirada más honestamente que las corrientes que prevalecen hoy en todos los sentidos.

Habituados a la crítica negativa, parece que vaciláramos o temiéramos decir nuestra palabra, proclamar nuestra interpretación de las cosas. Ciertamente el ser anarquistas no nos impediría incurrir en errores y equivocaciones, pero valdrían más esos errores vivientes que la pasividad y la contemplación búdica de lo que pasa en redor nuestro conformándonos con gritar: ¡eso es malo, eso está mal hecho!

Podríamos decir que, númericamente, las fuerzas del movimiento anarquista son mayores que nunca, mayores que antes de la guerra mundial; pero fuera del propio movimiento no hay ninguna simpatía por nuestras ideas, y éstas carecen de influencia alguna en la vida actual. Nos parece que habría que considerar como uno de nuestros grandes problemas actuales el *aumento del radio de influencia de nuestras ideas*, aun sin proponernos directamente engrosar nuestras filas. ¡Que nos acompañe el que quiera! lo esencial es que una parte cada vez mayor de la humanidad sea inspirada por nosotros en un sentido libertario, para ir formando una mentalidad anarquista difusa en la sociedad, que reduzca a la impotencia y melle las armas de las persecuciones.

La sensación de nuestro aislamiento actual nos inquieta en modo extraordinario; quisiéramos romper el hielo que nos rodea y para eso todo militante debe comprender que es preciso pensar más hondo y hablar más alto y tener más valentía para acompañar la crítica, en que ha sobresalido el anarquismo, por soluciones ejemplares. Cuando el poder de nuestras ideas, fundamentado en el movimiento obrero, se extienda y se diluya por la sociedad entera, entonces los gobiernos ya no verán en la policía el arma para combatirnos y aniquilarnos; tendrán que recurrir a la lucha de concepciones del mundo y de la vida a que les retamos, y en ese terreno nuestra superioridad es manifiesta.

Por lo pronto, esto de las dos medidas, de las dos balanzas, que sisan en el peso y la calidad de las acciones humanas e internacionales, le está fructuando a la burguesía estadounidense riquezas ingentes y gigantescas, tan gigantescas y colosales como sus rascacielos. Es hoy la nación más rica del orbe. Asimismo, con todos sus millones, ¿podrá fabricar nuevamente un genio como el de Walt Witman, ni comprar la conciencia moral de Emerson, quien puso por encima de los bienes terrenales los espirituales?

Yanquilandia ha sepultado y olvidado a aquel que con sus máximas coincidió en la esencia de las doctrinas anarquistas, y en las que Sacco y Vanzetti bebieron el mosto embriagador de la fraternidad humana.

LUIS FABBRI

EL ESPIRITU DE SUJECION

Los anarquistas tienen desarrollado el espíritu y el sentimiento de independencia; y esto, por una tendencia natural a juzgar a los otros por lo que somos nosotros, los lleva a creer y suponer, con mucho optimismo, que todos o casi todos los hombres tienen ese mismo sentimiento suyo y no lo manifiestan sólo porque están impedidos de hacerlo por circunstancias exteriores más fuertes, y que bastaría que cesase la presión externa para que su sentimiento de libertad prevaleciese y diese todos sus benéficos frutos.

Este optimismo libertario no responde a la realidad; o, por lo menos, responde sólo, en parte, y en una parte no muy grande de individuos. No son pocos, ciertamente, los que son esclavos a la fuerza, pero que íntimamente protestan contra la violencia más o menos abierta que sufren; lo que significa que, al menos, su conciencia es libre. En tal sentido se puede ser libres, espiritualmente, aun bajo los peores excesos de opresión, hasta en el fondo de una prisión. Pero no es de éstos, que son cada vez más numerosos después de un siglo y pico de revoluciones políticas e intelectuales, y que, no obstante, son siempre una minoría, que yo quiero hablar; yo me refiero a las mayorías amorfas, que son esclavas por fuerza y de grado al mismo tiempo, que aceptan la sujeción como una cosa natural; que se rebelan también, algunas veces, cuando no pueden más, pero que lo hacen con la conciencia turbia, sin persuasión o con la persuación íntima de cometer una falta y un pecado.

Todo esto significa que, mientras hay en algunos hombres un sentimiento, hay en otros hombres una tendencia a la servidumbre y a la sujeción. Y como el correspondiente al sentido de la libertad un espíritu de rebelión y, correspondiente al sentido de servidumbre, un espíritu de adaptación — éste de las mayorías y aquél de las minorías — por la misma fuerza de adaptación, que es tan potente en la vida y es un elemento vital importantísimo, los sentimientos, necesidades y las tendencias serviles no pueden sino estar desarrolladas en una sociedad que se basa precisamente en la sujeción política, económica y espiritual de las grandes mayorías e ínfimas minorías, que son tales aun cuando pretendan ser las representantes de la totalidad. ¿De dónde deriva esta psicología de esclavos que es innegable en una parte tan grande de los hombres? El espíritu de adaptación que hemos señalado no lo explica todo por sí sólo o lo explica solamente en un sentido más extenso, en cuanto la humanidad sufre

estallos de servidumbre desde hace siglos, y ha adquirido a través de tantos siglos un espíritu servil que es muy difícil desarraigar de un golpe. Se podría también pensar que éste sea, en cierto modo, innato en el hombre, derivado de la común animalidad ancestral, pero tampoco esto es seguro, porque mientras algunos hombres muestran un espíritu de independencia y de rebelión extraordinario, otros, en cambio, llevan su espíritu servil hasta un punto inverosímil, que ni siquiera los animales manifiestan.

De todos modos, el hecho es que una tendencio, una mentalidad, una psicologia servil existe en gran parte de los hombres; y la prueba más evidente y dolorosa es que los poderosos de la tierra la utilizan de modo casi perfecta (1), y, e el momento oportuno, encuentran a su disposición fuerzas serviles voluntarias en cantidad superior a sus necesidades de dominación. De este ehmos visto una manifestación también en la reciente huelga inglesa. El llamado crumiraje, que aumentaba a diario, tenía entendámonos, muchas otros determinantes económicas, políticas, ocasionales, etc., pero, al lado de ellas, no ejercía una fuerza menor este espíritu de siervos, de hombres que se sienten menores, que se hallan a disgusto si no hay gente que piense y decida por ellos y los guíe, aunque sea con el bastón del *policeman*. ¡Y, sin embargo, Inglaterra pasa por ser el país donde el espíritu de independencia personal, de libertad individual, está más desarrollado en el mundo!

*
* *

Sé que un editor amigo está por reeditar, si ya no lo ha hecho, el librito sobre la "Servidumbre Voluntaria" de La Boetie. En pleno siglo vigésimo, la lectura de esta joya literaria del Renacimiento, aunque vieja de casi cuatro cientos años, podrá iluminar muchas mentes sobre el asunto que aquí nos interesa.

El espíritu de sujeción y de servilismo se manifiesta, naturalmente, mucho más, casi diría de modo anormal y patológico, en los períodos de depresión moral, que siguen a las grandes crisis sociales, sea económicas o políticas, las grandes guerras, las revoluciones abortadas, etc. La miseria, que hace flaquear las energías y prevalecer las necesidades materiales sobre las espirituales, las persecuciones y las coerciones políticas, que exasperan las conciencias ya libres, pero impiden que la conciencia de libertad se difunda, el cansancio general que sigue a ciertas sacudidas y se vuelve, en los más, cansancio nervioso y mental, he ahí otros tantos factores materiales y morales del espíritu de renuncia y de sumisión ciega.

Es esa la depresión espiritual que caracterizó el primer Medio Evo, que Carducci esculpió en versos magistrales en la oda *Alle fonti del Clitunno*. Roma ya no triunfaba, cuando turbas de esclavos voluntarios hicieron un desierto de los campos del trabajo humano y de las colinas memorables del imperio, y, maldicientes a las obras de la vida y del amor, descendieron, ebrios de disolución, a las ciudades y suplicaron a dios de ser abyectos. Es que la humanidad estaba cansada a morir, exangüe y débil hasta el agotamiento, por siglos de guerras, invasiones, destrucciones y estragos que se sucedían unas a las otras, sin conceder, se puede decir, un día de descanso a los pueblos sometidos a aquella especie de martillamiento de dolor y de muerte. En proporciones, por suerte, casi siempre menores, con otros caracteres, con manifestaciones diversas, a cada gran crisis sucede, por lo común, un período de servilismo: así, en la Grecia antigua después de las guerras del Peloponeso, así, en Roma, después de la guerra civil, terminada con la derrota de los Gracos, y más aun después de las guerras civiles de los tiempos de Sila hasta la derrota de Bruto en Filipis. Lo mismo con el fin del Renacimiento en Italia, después de las guerras e invasiones extranjeras del siglo XVI; igualmente, en 1815, después de las enormes sangrías de las guerras napoleónicas.

Hay momentos, en suma, que en la historia, convertida en pantano de fango y de sangre, las pobres ranas humanas, como en la inmortal fábula de Esopo, piden a Jove un rey y no se contentan con un rey de pacotilla sino que quieren el rey, el dictador, el emperador de puño de hierro, que los constriña con la fuerza, que los martirice también, pero que les impida el trabajo de pensar con su propia cabeza que les ahorre el grave esfuerzo de gobernarse por sí, de decidir por sí su propio destino.

En la Biblia, en la primera parte del libro de Samuel, hay un capítulo lleno de significado, el VIII, en el que está descripta el ansia que les vino a los hebreos de tener un rey. Suplicaron a Samuel que buscase uno: "constituye sobre nosotros un rey que nos juzgue, como lo tienen todas las otras naciones; y la cosa disgustó a Samuel, y oró al señor". Dios respondió, como persona adusta: "¡Está bien! ¿no se conforman con tenerme a mí como rey y quieren uno de carne y hueso? ¡Confórmalos y se arrepentirán!" Entonces Samuel procura persuadir a los hebreos de que permanezcan libres: ¡Ved! el rey tomará vuestros hijos para atarlos a su carro, para arar sus campos y fabricar sus armas y arneses; tomará vuestras hijas; tomará también vuestros campos, vuestras viñas vuestros mejores olivos, para donarlos a sus servidores; tendrá los diezmos, para pagar a sus oficiales; os quitará vuestros asnos, vuestros rebaños, y vosotros seréis siervos. Entonces gritaréis contra el rey que habéis querido, pero será demasiado tarde". Mas los hebreos insisten, y Samuel unge rey a Saúl, joven y bello, el más bello y el más alto entre los hijos de Israel, y lo presenta al pueblo que, lleno de alegría, grita: ¡viva el rey! Pero más tarde, las previsiones de Samuel se verifican, y hasta dios se arrepiente de haber dejado elegir rey a Saúl! (2)

¡Cuántas veces se ha repetido a través de la historia este episodio, sin siquiera el consuelo de los pueblos de tener por dominador "al más bello y más alto de todos", como Saúl! Cuántas veces las ranas humanas, deseosas de un dictador y descontentas de la primera cabeza de palo que les donó Jove, vieron como el númen airado les mandaba una feroz serpiente que los exterminó y devoró!

*
* *

Era previsible que, después de la enorme guerra de 1914-18, la humanidad y más especialmente Europa (sometida a un esfuerzo indescriptible, a pérdidas espantosas de sangre, de vidas y de substancias, a una tensión nerviosa y a una deformación espiritual sin precedentes) cayese en una especie de colapso, del que todos los gérmenes patógenos habían aprovechado para dar el asalto al organismo debilitado de la civilización. Era previsible; y nosotros lo hemos previsto hasta en ciertos detalles más característicos, en aquellas polémicas desesperadas y extenuantes que sostuvimos, desde 1914 a 1918, con todos los intervencionistas y los partidarios de la guerra a fondo, entre los cuales, desgraciadamente, contábamos también amigos queridísimos.

Uno de los daños, y no de los menos graves, que preveíamos era precisamente la reaparición, el renacimiento del espíritu de servidumbre y de renuncia. Uno de sus lados es el retorno a la Iglesia de una gran parte de la población, que se había separado o estaba frente a ella





en la posición de indiferentes. Pero no es ese el lado peor, al menos momentáneamente. Más grave me parece el fenómeno más propiamente político, de aquellos que renuncian voluntariamente, o por lo menos no les preocupa que les sean arrebatadas todas las libertades parciales, por más anodinas y aleatorias que fuesen, que habían sido adquiridas a través de casi dos siglos de pensamiento y de acción en toda Europa.

Hay gente que se niega a pensar, a discutir, a razonar, aunque no es idiota; y espera que las ideas les sean proporcionadas, hechas y pulidas, por una autoridad superior, y, a falta de otras, saca de nuevo a la luz las ideas más enmohecidas y pueriles del pasado y las acepta como buenas. ¡Peor aún!: acepta como ideas viejas frases hechas, sin significado, palabras vacías de sentido, extravagancias insulsas, hasta gritos inarticulados o gestos! Y si hay quienes persisten en pensar con su cerebro y en ejercitar su espíritu crítico, el pensamiento y la crítica de éstos los desconcierta, turba y hiere en su atonía, y piden, como los dominicanos del Seiscientos, que el brazo secular los libre del fastidioso aguijón de quien trata de despertar de la torpeza su cerebro. Así imponen a su alrededor el silencio.

Sería erróneo creer que un fenómeno de este género duda, al primer cambio material de la escena política, cesa como por un golpe de varita mágica. El espíritu deletéreo que hemos denunciado se revestirá de otras formas, servirá a intereses opuestos a los actuales, pero permanecerá y continuará produciendo sus maléficos efectos hasta que no haya sido vencido o reducido a mínimos términos. Una prueba anticipada de esto la tenemos en el hecho de que tal fenómeno se manifiesta no solamente en aquellos a quienes estamos acostumbrados a relegar entre los enemigos de la libertad y muy cercanos a nosotros, que se dicen y creen sinceramente amigos nuestros. Cierto éxito de las tendencias más autoritarias y de las ideas más dictatoriales entre los revolucionarios del socialismo, es el índice visible del fenómeno de que nos ocupamos.

Hay también algunos anarquistas que no están del todo libres de esta falta del sentido de libertad — falta que, mientras por un lado se revela en la intolerancia para las opiniones ajenas y en los métodos polémicos injuriosos hacia los mismos compañeros, por otra parte tiene una manifestación negativa en la inercia en que muchos caen cuando otros no los excitan o espolean enérgicamente. Yo he sido muy impresionado, por ejemplo, por un hecho particular que he visto desde cerca. Un amigo mío, joven inteligente y activo anarquista mientras las circunstancias permitieron el desarrollo de una actividad anarquista y organizada, no bien cesó sobre él la influencia de ésta y cada compañero debió buscar en sí el espíritu de iniciativa y el radio de su actividad, cayó en la inercia más completa y de allí a poco entró en el Partido Comunista. Apenas en él, desplegó una actividad febril, volvióse uno de los más enérgicos ejecutores de las órdenes del ejecutivo de su partido, y se ganó tantas persecuciones como no las había merecido nunca como anarquista.

Naturalmente, este y otros hechos semejantes se deben, no a una sola causa, sino a muchas, y complejas. Pero en el hecho que he citado no se puede negar que una de las causas, y no de las menos importante, haya sido el espíritu de servilismo, de sumisión, de obediencia, casi del todo ciega. Tal falta de espíritu de autogobierno, de decisión, de iniciativa y de responsabilidad, a pesar de las premisas teóricas, predisponía a aquel amigo mío más a ser dictatorial que anarquista, y, por consiguiente, a militar en un partido que no obliga a pensar y a decidir por sí lo que se ha de hacer, sino que traza a sus adeptos, lisa y llanamente, el camino y las decisiones que han de ejecutar sin discutir.

*
* *

Conozco quienes pueden ser tentados, por lo que he dicho arriba, a confundir el espíritu de sujeción con el de solidaridad, de asociación. Ellos cometerían grave error. La idea de libertad (de la libertad para todos, naturalmente,) es inseparable de la idea de asociación, como no se concebiría el más precioso licor sin un recipiente cualquiera que lo contuviese o el medio con el cual se pueda llevarlo a los labios.

El esclavo que tiene y conserva ánimo de esclavo, no tiene necesidad de organización y no la ama; el vínculo, más bien la cadena que lo une al yugo, le basta, y frente a los otros esclavos, mientras no se despierte en él un sentimiento de rebelión y de fraternidad, continúa siendo individualista en el peor sentido de la palabra. Obedecer es para él como otra especie de libertad: la que le absuelve de toda responsabilidad propia, que le libra de la necesidad de pensar, de escoger entre el bien y el mal, de reconocer un deber moral suyo. Todo esto lo descarga sobre el patrón, y siente repugnancia por una organización que no podría agradar al amo y que a él le impondría deberes embarazosos, ante todo el de aprender a obrar por su propia decisión.

Cuando, al contrario, el esclavo comienza a desear asociarse a sus semejantes, quiere decir que está espiritualmente dando el primer paso hacia la liberación.

El espíritu servil y de sujección, repito, no puede desaparecer de repente. Es cierto que podemos vencerlo y apagarlo en nosotros mismos, en algunos, disminuirlo y atenuarlo en otros por medio de la educación, de la persuasión del ejemplo, despertando y encendiendo en los cerebros y en los corazones el espíritu contrario. Pero mientras duran las condiciones actuales, en que todo se basa en la autoridad del hombre sobre el hombre, sería vano esperar resultados demasiado vastos en sentido libertario. Sin embargo, no se debe descuidar lo poco que es posible hacer; pero se debe tener siempre presente que una educación del sentimiento de libertad no es posible ni puede tener resultados eficaces más que a condición de que sea perseguida por los caminos de la libertad y con medios de libertad, en espera de que un ambiente de libertad pueda hacerle alcanzar el fin supremo.

Pero, entretanto, los que han conseguido realizar su propia liberación interior, forzosamente pequeña minoría, ¿deben encerrarse en la torre de marfil de su conciencia, olvidando a todos los otros que no han logrado liberarse de la psicología y mentalidad de menores y de súbditos? ¿No es, al contrario, necesario utilizar estas fuerzas aun rudas e incompletas, ya sea para desbastarlas, o, con su ayuda, intentar la transformación del ambiente? La minoría de las conciencias libres tiene todo el interes en seguir este camino, no en aislarse, aunque no fuese más que para atraer hacia sí cuantas conciencias son susceptibles de despertar de la torpeza en que yace toda la grey y de separarse de ésta. Las conciencias no se libertan de repente y completamente, sino que su liberación se realiza por un gradual desprejuiciamiento de los hábitos y prejuicios del servilismo; y corresponde a los que ya han conquistado su independencia espiritual ayudar a los primeros en

la ardua y fatigosa ascensión hacia las cumbres de la libertad .

Entretanto, mantener ligados a sí a éstos por medio de la simpatía, del sentimiento, de su misma bondad originaria, es una necesidad para la causa de la común emancipación. En las organizaciones libres, obreras o anarquistas, ellos se ejercitarían, entretanto, en el uso de las libertades más elementales y parciales, que despertarían en ellos cada vez más fuerte la sed de una liberación total.

La organización libre puede servir muy útilmente a dos fines, igualmente inseparables de la superior causa de la libertad: utilizar las fuerzas gregarias, originariamente buenas, pero que, abandonadas a sí mismas, desorganizadas, no se libertarían nunca y serían absorbidas y empleadas contra la libertad por otros partidos y movimientos autoritarios (3), y proseguir en ellas y en torno a ellas, también por su medio, con el ejercicio práctico y continuado de la asociación libre, aquella educación para la libertad que no se había alcanzado bastante con la sola propaganda.

Hacerse la ilusión de transformar el ambiente y vencer la resistencia que el espíritu servil opone a las tendencias libertarias, solamente con la propaganda, la educación y la organización, sería locura; otra cosa es necesaria, a la que se debe echar mano con entereza de corazón y virilidad de inteligencia. Pero, por otra parte, cerrar los ojos sobre tales resistencias, ignorar las dificultades que opone a los progresos de la idea libertaria este espíritu de servilismo tan difundido aún en las mismas masas que más interés tendrían de libertarse, podría conducir a las minorías más audaces y generosas a dar inútilmente y desastrosamente con la cabeza en la pared, es decir, contra un obstáculo que antes es necesario tratar de apartar lo más posible.

Y ello es posible solamente si la minoría procede con los ojos abiertos y no descuida nada, no solamente para propagar teorías de libertad, sino también para despertar a su alrededor el sentimiento y la necesidad de ellas, de modo que para un número siempre mayor de hombres, la libertad se convierta, como lo es ya para nosotros, en un elemento de vida tan necesario como el pan y el amor.

---

(1) *"Me basta, — decía Napoleón I, — coser galones en las mangas de todos estos republicanos, para que los más feroces de ellos se vuelvan serviles".*

(2) *En este episodio bíblico se revela también el celo de las castas sacerdotales, aliadas, sí, pero siempre rivales del poder civil....*

(3) *Recuerdo que en 1919-20, más de un anarquista bueno y generoso, venido hacía poco al anarquismo y aun poco dotado de discernimiento y de espíritu de iniciativa, fué "utilizado" muy mal por elementos de los otros partidos socialistas, o bien se dejó guiar por insensatos, sin criterio, cuando no cayó directamente víctima de agentes provocadores, y fué así, del modo más cruel, sacrificado para siempre, mientras que habría podido, a través de la organización, prestar servicios preciosos entonces y después a la causa libertaria.— L. F.*



POR LOS SALONES

Exposición de pintura de Ramón de Zubiaurre (witcomb)

Leonce Benedite, director del Museo del Luxemburgo, escribe lo siguiente sobre la obra del pintor éuskaro:

"Ramón de Zubiaurre hace vivir en sus cuadros la poesía de su raza, raza ingenua, enérgica y honrada, con sus trauiciones ancestrales, que se manifiestan a través de su pequeña pero firme existencia local; sus romerías y danzas; sus costumbres: como fondo, los valles entres los altis Pirineos; campos verdes y ondulantes, sembrados de pequeños caseríos, sobre los que flota, entre la bruma de sus montañas y el Océano, una fina nube de melancolía.

"Nos atrae por la intensa emoción que nos hace sentir con sus realidades familiares, que son el aspecto excepcional de sus cuadros; es el pintor de su país; su arte interpreta bien exactamente la idiosincrasia moral de la raza vasca... y etc".

Hemos citado esta alta autoridad europea para que nos diese el tono inicial. Confesamos la relativa decepción que nos produjera esta nueva muestra del talento zubiaurrano.

A primera vista le encontramos truculento en sus violentas tonalidades, que invariablemente contrastan en masas oscuras y claras. Poco a poco, más acostumbrados a esa pintura de ambiente arcádico con sus prados verdegueantes, sus iglesias y sus aldeas de juguetería, donde detonan rostros vinosos o chaquetas de rojo vivo, fuímos percibiendo en un ligero encanto emanado de cierta ingénita honradez candorosa que condice intimamente con la raza éuskara.

En lo que respecta al lenguaje, la factura pictórica, en general, peca de monotonía. Los idénticos y exactos tonos se repiten en un cuadro y otro. Dijérase que tiene destinadas ciertas tonalidades para las caras, otras para los techos, para los primeros planos y etc. Pueden ser solamente detalles, como la sequedad de ejecución de muchas cabezas viriles, pero dañan la visión de conjunto. Es como las cacofonías y las incesantes repeticiones de un poema en prosa.

Indudablemente, no todas sus producciones son igualmente inspiradas y sentidas. Y hay algunas de una pobreza y hasta de una banalidad de folletín. Por ejemplo, entre las "Mujeres vascas" existen varias sin carácter y de una superficialidad plástica no muy grata.

Sus telas de respetables proporciones, y en las cuales intenta componer, no siempre resultan acertadas, y unas y otras, adolecen de confusión por la cantidad de los ínfimos detalles que se desea poner en ellas. Ese cuadro colocado a parte como un *hors d'oeuvre* con esas tres figuras, dos pescadoras y un pescador en el medio, destacándose en un fondo abigarrado de caserío, aplasta por las exhuberancias y los infinitos puntos de vista que forzosamente han de distraer el veedor. Es un ejemplo de composición marrada, — aunque esta tendencia de miniaturizar por extensión, se halla completamente de acuerdo con la peculiar modalidad del pintor. En ocasiones, este afan, cuando se ejerce en unas flores o en un prado en el que se pueden contar las florecillas, es conmovedor, mas, al intervenir en una composición de alarde decorativo, ha de ser obligadamente contraproducente.

Son reparos técnicos que a alguien le podrán parecer sacrílegos, tratándose de una personalidad consagrada mundialmente. Sin embargo, a quien llegó a la plenitud de su carrera y pinta con una destreza asombrosa, son faltas de *ortografía*, llamémoslas asi, que no se pueden pasar por alto.

¿Cómo percibir esa *poesía de la raza*, o la *fina nube de melancolía*, al decir de Benedite, cómo percibir esa *esencia invisible*, si tropezamos con la falta de intensidad y de agudo carácter en casi todos los órdenes? Nos parece que por densidad, por concentración, se puede dar con el producto poético y no por vaguedad desvaída.

A las claras se ve que no existe en él autocrítica, ni tampoco selecciona su producción creyendo firmemente que todo lo que pinta ha de ser óptimo y buenísimo. No obstante, hay un retrato de una señora, ejecutado aquí, que le hace poco honor a Zubiaurre... Los muchachos artistas que frecuentan las exposiciones — los únicos que las aprovechan estéticamente —, se quedan desorientados ante un mamarracho semejante. Y lo es con creces. Casi es peor que una fotografía iluminada.

También esto se halla dentro de la ingenuidad zubiaurrana. Y lo decimos sin ninguna intención de ironizar, de hacer humorismo barato al alcance de todas las bolsas...



RAMON ZUBIAURRE — "Romería de viejos"

Naturalmente no faltan las obras de cierta enjundia, bien comprendidas y hermosamente realizadas. Lo será, por ejemplo, *La abuela* (vasco), *La procesión* (navarro) *Viejos de Vera* (navarros) y etcétera. No queremos decir con esta corta enumeración, que se reduzcan de tal modo los cuadros de verdadero valor. Ellos fueron solamente nuestras preferencias personales.

Ramón Zubiaurre, Zuloaga, Hermes Camarasa, Anglada y algunos otros pusieron toda su voluntad para huir de la España de pandereta, — tan requetemolida por los organillos, por las plumas y las paletas del mundo.

Expresamente Zuloaga cayó en una Iberia tradicional, negra y melodramática, con el concurso de Velázquez, Goya y un poquito el Greco; Anglada nos dió una Valencia florida como fuegos de bengala, y de un preciosismo casi barroco, y Zubiaurre, una vasconia anecdótica y vernacular.

Exposición de artistas argentinos

Son cinco los expositores: Enrique Policastro, V. Thibón de Libián, Antonio Cicchitti, Giordano La Rosa y Bermúdez Franco. Estos artistas no guardan relación alguna en edad, actuación pública, ni existe entre ellos el menor parecido temperamental. Este conjunto tampoco lo rige ningún fin preconcebido, sino el de hacer menos oneroso el desembolso necesario a fin de costearse una sala para cada uno.

Necesaria era esta salvedad para explicar que no se trata de un grupo afín laborando bajo una misma égida espiritual, como hay muchos en nuestros invernaderos artísticos y literarios.

No fué tan desacertada la ocurrencia de Thibon de reunir un número de sus obras; algunas de años atrás, otras más recientes y hasta las de su última producción. Se puede seguir así, aun de manera precaria, el hilo de la evolución de un pintor con condiciones magníficas de manualidad, — manualidad que se aljofara a veces con la leve y aguda sonrisa de un humorismo piadoso e intrascendente. Nadie ha negado sus dotes pictóricas no comunes, el dominio equilibrado de sus medios, y ese fino olfato en la percepción de la buena pintura. Sus admiraciones preferidas, Van Gogh, Degas, etc., cuando en años pretéritos eran nombres casi desconocidos en nuestro medio artístico, pregonan que pudo tener una guía segura en sus preferencias plásticas. Lo que en cambio se le reprochó de vez en vez, y ello solamente por algunos, — y entre éstos íntimos suyos, — fué su falta de disciplina, de un estudio continuado y metódico, descansando más en sus facultades naturales que en la ciencia y la sabiduría adquiridas a fuerza de observación y trabajo. Uno de sus maestros preferidos, — Degas, — de un notabilísimo talento plástico que le avecina a las grandes figuras de la pintura antigua y contemporánea, ha sido uno de los que se castigó más severamente en una existencia de renunciación y de duro trajín. Deducción lógica sería la de que uno, no poseyendo de-



RAMON ZUBIAURRE — "El marino vasco Shanti-Andia el Temerario" Primera medalla — Museo de Arte Moderno, Madrid

nes nativos tan sobresalientes, debía castigarse tanto o más, si se aspira a la decantación y a la pureza de la propia personalidad.

Pero indudablemente la vida no se presta de buen talante a estas combinaciones lógicas y razonables, a posteriore y fríamente. Tomemos, pues, a Thibon como es y como se presenta ante nosotros a través de su obra pictórica, con sus defectos, virtudes y su contumaz pereza para resolver seriamente el problema de su pintura planteado por él mismo.

Una salvedad. Hay que referirse a desidia mental y no física para no caer en error de interpretación en lo dicho anteriormente.

Es el suyo el caso del escolar que, por sentirse muy inteligente, remolonea en sus estudios, esperando aprenderse las materias en el momento agónico del examen. Saldrá luego airoso, si o no, del peliagudo trance, mas creyendo que trampea al maestro, se trampea a sí mismo... Y esta continua postergación, esta preterición de todos los minutos de una vida con un sordo anhelo de entregarse toda entera a lo que eligió como irreemplazable vocación, de renunciar a toda otra cosa que la distraiga, y que nunca se consuma totalmente, ni en parte, puede constituir desde ya una tragedia de antinomias. Hay gente que parece preferir se diga de ella: *pudo dar mucho de sí, si lo hubiese querido, o habría alcanzado gloriosos ejemplos al habérselo propuesto.* Es la romántica coquetería de las ojeras en el arte, y el discurrir a través de la mundanal existencia como artista malogrado en flor, de aquellos que pudieron ser grandes y tamañazos, al quererlo verdaderamente.

Si no en idéntica proporción, hubo algo de eso en la leyenda de Thibon, quien con los hechos y los demás con las palabras, contribuyeron a crear y difundir. De ahí la especie de *blague*, de ligero desplante que rezuma casi toda su obra con el deseo de confundirse, deslumbrarse a sí mismo y a los otros. ¿Saben lo que se esconde tras ésto? Nada más que la angustia del escolar, quien tiene plena conciencia de no saber bien su lección. Le hacemos el insigne favor a Thibon de reconocerle superior a lo realizado por él hasta ahora, es decir, de no constituir la inmensa mayoría de Narcisos, defectuosos y jorobados, que así mismo se contemplan con conmovedora satisfacción en sus respectivas obras, las que le devuelven esos defectos agrandados. A pesar de todo, es consciente de sus fallas y limitaciones. He ahí su diminuto drama.

Si hemos de tomarlo como es y no como nosotros quisiéramos que fuera, entraña meternos dentro de sus posibilidades y juzgarle en consecuencia. Si por cada cuadro suyo tuviésemos que preguntar lo que se ha propuesto llevar a cumplido término, las respuestas no siempre serían satisfactorias.

En general es un espécimen de pintura donde se siente la manera, que por carencia de substancialidad colinda con la ilustración. La composición de un lienzo no será solamente superior a las notas ilustrativas de una revista, por la visión perpicaz o espiritual del asunto y sí por la calidad y justa riqueza de sus componentes, y por la suma de voluntad, de trabajo plástico, de lucida reflexión, etc., que comporta una obra de arte con pretensión a un elevado rango. Es el reproche más severo que se merece en un sentido generalizador. Si destacamos una figurita de sus varios temas de bailarinas, tenemos ante nosotros una inane muñequita de biscuit. Porque sus cuadros de bambalinas y de los espectáculos feéricos de los escenarios, no fueron profundamente estudiados en detalle, ni en conjunto. Parece que únicamente se quiso hacer armonías brillantes, placenteras, que no han de analizarse demasiado y gustarlas, — aunque sepamos que es un mundo falso, nunca vivido realmente por su autor. Las excepciones existen, y para nosotros es la obra adquirida por el presidente, maravillosamente ambientada, y *Descanso de ensayo*. Pero donde se transparenta lo que pudo ser Thibon como pintor de garra, es en el pastel, tratado virilmente, con esa mujer de espalda empezando su tocado. De su primera manera, hay dos telas interesantes: "Estudio para los inmigrantes" y "Canillitas".

"*Procesión en Victoria*, expuesta en el certamen de los acuarelistas, aun en lo difuso de su composición temática, por la falta de subordinación de sus elementos a uno necesariamente predominante, es uno de los buenos caminos para seguir, por lo que importa de veraz y sentido. 'Café-billar", de su última producción, aventaja a sus dos otras telas grandes, que intentan reflejar aspectos de la vida suburbana. Estos cuadros expuestos en "La Peña", nos resultaron casi desconocidos cuando los vimos aquí, en este conjunto.

En suma. ¿Cuál de las distintas visiones que hasta ahora Thibon estuvo llevando a sus lienzos es la que más le conviene a sus facultades y a su íntimo sentir? La elección es difícil, y sólo él es el llamado a escoger. Se constata, en esta muestra, siendo asimismo fragmentaria, que no existe una línea directriz, un esfuerzo constante en una vía dada, que aun en el cambio de procedimientos y de asuntos puede revelarse subjetivamente.

De los otros expositores, quien se presenta como una bella promesa ya casi realizada, es Giordano La Rosa. Posee un sentido de las armonías en gamas bajas, y sabe otorgar carácter y prestancia a sus personajes. Sus manchas, en su escritura somera, realzan la realidad con acento poético. Sus cuadors de composición expuestos en el último salón de los acuerelistas, denotan la afición a las grandes líneas decorativas, interpretándolos en las ajustadas relaciones de sus masas y planos. Son cosas resueltas con cierta franqueza. Es un temperamento generoso de pintor, que al no contentarse con la anotación rápida de las manchas ha de realizar grandes progresos en muy poco tiempo.

De Antonio Cichitti, no sabemos que objetar ante esos dibujos que pretenden ser ingenuistas y estilizan rígidamente las figuras.

Enrique Policastro tiene unos dibujos coloreados felizmente. Entre ellos, uno es el de las tres mujeres enlutadas.

E. BERR

Biologia e historia.--El lenguaje

La mano y el lenguaje.—

"La mano, el lenguaje: he aquí la humanidad", decíamos; "creemos que lo primero que se ha de poner en claro en esta obra, lo que señala el fin de la historia zoológica y el principio de la historia humana, es por decirlo así, la invención de la mano y la del lenguaje; es el progreso decisivo de la lógica práctica y de la lógica mental".

Es preciso recordar que partíamos de esta tesis fundamental: que la historia es esencialmente lógica, que encuentra su explicación profunda en la tendencia del ser viviente a perseverar en su esencia y a desarrollarla. Pero nuestra tesis se presenta sólo como una hipótesis que se ha de comprobar; su complemento estriba en el reconocimiento y en el estudio de otros factores que desempeñan un papel en la historia y que hacen de la historia lo que ella es: la trama complicada y absurda en la que un observador superficial o un erudito a secas pueden fácilmente encontrar tan sólo un conjunto de acontecimientos fortuitos.

Queda puesta en claro la importancia de la lógica práctica: la mano, este ins-
trumento incomparable que ha hecho po-
sible todo el utilaje material, expresa y
acelera al mismo tiempo el desarrollo
psíquico; y es el individuo quien inicia
verdaderamente el progreso, que el me-
dio no hace más que provocar o fijar.

El lenguaje es, en otro orden, una de las creaciones más extraordinarias que la evolución humana ha hecho aparecer.

La mano facilita el conocimiento del mundo exterior.—

Creemos que el pensamiento continúa
la vida: que el pensamiento práctico, más
o menos consciente, precede al pensa-
miento teórico; que el lenguaje, que sos-
tiene el pensamiento práctico y que per-
mite él solo los progresos del pensamien-
to teórico, expresa detalladamente la na-
turaleza humana. Es el hombre, como tal,
creador de lógica práctica. Clasificando
los objetos y precisando sus relaciones,
es a él a quien traducen el pensamiento
y el lenguaje, íntimamente ligados; la
sociedad, no puede crear las categorías
lógicas; la sociedad tiene necesidades, pe-
ro no piensa. Si hay en el lenguaje uni-
formidades importantes por un concepto
diferente del de aquellas que nacen de
la trasmisión, de las circunstancias, de
la imitación, tienen por causa la identi-
dad inicial de la vida representativa en
todos los seres humanos. Al uso cada vez
más "inteligente" de la mano, responde
un progreso de síntesis psíquica, de cla-
ridad interior.

La mano no ha facilitado solamente, con la diferencia funcional, la cooperación de los seres humanos: ha contribuído poderosamente al conocimiento del mundo exterior. Porque el conocimiento, eminentemente práctico, fundado en el interés, nacido de la tendencia, es contemporáneo de la vida. La adaptación, es conocimiento. En todo organismo hay un conocimiento de lo real materializado, una mecánica y una física en acto en el ejercicio de las energías musculares. "Antes de ser concebida, la ley de la causalidad ha sido progresivamente sentida por el desplazamiento de la actividad humana en un mundo regido por esta ley, del cual el hombre es parte integrante".

El lenguaje es una invención de doble efecto.—

Pero el pensamiento, las formas supe-
riores del psíquismo están ligados al len-
guaje. Para los griegos, como observó
Cournot, la misma palabra, *logos* signi-
fica lenguaje y razón. El lenguaje es
una invención de doble efecto: instru-
mento de comunicación, instrumento re-
gistrador que, por la abstracción y la
generalización, fija el conocimiento en
los conceptos y permite su desarrollo in-
finito.

No es que la facultad de abstraer y
generalizar sólo se despierte con el len-
guaje. Sin el lenguaje, la atención y la
memoria desempeña su papel por la ac-
ción de la tendencia. De las sensacio-
nes, que son innumerables y confusas,
"homo alalus", como el animal, obtiene
percepciones. Estas provienen de una se-
lección: entre las sensaciones, "lo que
interesa prácticamente tiene preferen-
cia", atrae la atención. La memoria, por
otra parte, enriquece las impresiones que
recoge de representaciones sacadas de las
experiencias anteriores. Así se destacan
ciertos rasgos salientes de los objetos,
rasgos comunes a un grupo de objetos. En
esta vida representativa inicial, subordi-
nada al interés individual, se forman
las imágenes genéricas, utilaje material,
el cual tiende a apropiar los objetos a
la conciencia y a dominarlos, constitu-
yendo el germen humilde del conocimien-
to teórico.

Evolución del lenguaje.—

El lenguaje, en un principio emotivo y activo, después sintético, a medida que se diferencia para distinguir los objetos, las propiedades, los estados; que se deja modificar para expresar las relaciones más variadas de lo real por medio de palabras, vacías de su particular significación, que toman un valor abstracto y general de instrumentos gramaticales; el lenguaje poco a poco se eleva a una potencia sorprendente, constituye, en función, esta facultad de discernir lo parecido de lo diferente, y, por consiguiente, de abstraer y generalizar, que es inmanente en la vida, como la de sentir lo agradable y lo molesto; y él permite "una toma de posesión más penetrante y más amplia de las cosas".

"Porque es "homo faber", y, más todavía, porque es "homo loquens", el hombre es "homo sapiens". Parece que el desenvolvimiento del lenguaje ha seguido de cerca los desenvolvimientos del utilaje artificial. Según M. Boule, el "homo heidebergensis" debía ser intermediario entre los hombres que hablan y las bestias que gritan; el "homo neanderthalensis" tenía ya, sin duda, un pequeño rudimento de lenguaje articulado.

Mas, desde la imagen genérica al puro concepto, se comprende que la transición ha sido infinitamente lenta. La palabra, de momento, ha hecho un "papel desairado": ella se ha elevado en la abstracción hasta asumir los caracteres más difíciles de reconocer y más generales, ella ha fijado las ideas más ricas de "saber potencial", número, espacio, tiempo, causa, ley, especie. "La palabra pasa de la nada a la autocracia; lo concreto pasa de la plenitud del ser a la nada".

Se comprende igualmente que la influencia de la sociedad ha sido aquí decisiva si bien indirecta. La palabra ha hecho el concepto, comunicable de un ce-
rebro a otro: la sociedad favorece, acti-
va la comunicación de los entendimien-
tos, la "capitalización" intelectual. Pe-
ro, esta cooperación lógica, si se produ-
ce en la sociedad, no resulta por esto
un fenómeno social. Hay que notar, por
el contrario, que la palabra, al poner el
entendimiento individual al servicio de
la sociedad, permite a ésta poseer una
conciencia más clara de sus necesidades
específicas, de desenvolverse racional-
mente.

La ciencia es un instrumento vital.—

La aptitud para abstraer y generali-
zar, que es propia del hombre y tiene su
esplendor en la razón, es desigual en los
hombres. Los inventores son los "que han
nacido con el talento o genio de la abs-
tracción". Y la aptitud para la abstrac-
ción, que en los inventores era al prin-
cipio exclusivamente práctica, se convier-
te (por los recursos acumulados, por el
ejercicio espontáneo, por el juego de las
facultades intelectuales) en teórica cada
vez más. De todos modos, la necesidad
inicial, el interés, no ha desaparecido.
Queremos decir que no solamente hay
una actividad práctica que subsiste y
que, en determinados momentos, toma
una importancia extraordinaria e incom-
parable, sino que la actividad más espe-
culativa tiende en el fondo (es nuestro
postulado,) tiende en sus fines secretos,
en último término, hacia la conquista de
las cosas, hacia la liberación del espíritu,
hacia la apoteosis humana. La ciencia es
un "instrumento vital", hasta en su for-
ma de apariencia menos "eficiente", so-
bre todo en esta forma. "Si el hombre
triunfa cada día de la naturaleza mien-
tras el animal recomienza eternamente y
sin ventaja positiva la misma lucha des-
igual, es porque el hombre sabe mirar
muchas veces el mundo con desinterés.
De espíritu demasiado práctico, el ani-
mal es esclavo de su percepción, que pro-
voca casi siempre la misma reacción au-
tomática". *La investigación más desinte-
resada de la verdad, es el interés mejor
entendido*.

El papel que han desempeñado en la
investigación de la verdad la escritura
y la imprenta — que son, como el len-
guaje, la suma de invenciones innumera-
bles imitadas, transmitidas, socializadas
— lo precisarán los volúmenes ulterio-

res. La escritura creó los objetos parlantes. La imprenta los multiplicó hasta el infinito y los eternizó. El espacio, el tiempo, la muerte, fueron vencidos por el pensamiento.

———— *** ————

ADOLFO SALAZAR

Los músicos románticos

Es corriente la ligera creencia de que unos mismos ideales y semejantes entusiasmos unían en idéntico credo a los artistas románticos. Naturalmente, había entre ellos un factor común en virtud del cual aquel título podía cobijar su pluralidad. La reverencia a ciertos dioses mayores de la música o de la poesía era otro de los lazos de unión, aunque mucho menos general. La mayor o menor fidelidad a los principios establecidos era, en cambio, el punto principal de discordancia.

Temperamentos e inteligencias tan dispares como Berlioz, Schumann, Liszt, Brahms y Wagner comulgaban en Bach, Gluck y Beethoven. Otros, como Chopin, se pasaban bastante bien sin esa trinidad, y exaltaban de mejor grado a Mozart y a los italianos. Algunos — el propio Wagner — veía en Weber su Petrarca. Tal cual seguía de cerca a un músico hoy olvidado, Hummel, cuya influencia fué tan extensa como curiosa.

Había, en síntesis, una derecha y una izquierda en el movimiento romántico de la segunda época — la época de Luis Felipe, aproximadamente, hasta la caída del segundo Imperio —. La orilla izquierda era la capitaneada por los más fogosos paladines: Berlioz, Liszt y Wagner. El otro grupo, sintiéndose un poco atemorizado por los excesos de éstos, pretendía tener hacia algunos principios clásicos un respeto que consideraban vejado por aquéllos, y en honor de esos principios se mantenían en una mesurada reserva. Mendelsshon y Schumann fueron los primeros, añadiéndoseles en seguida Brahms con su neoclasicismo a lo Thorwaldsen.

Pocas cosas hay en la historia de la música más curiosas que las relaciones que guardaban entre sí esos artistas románticos: verlos unirse en virtud de sus entusiasmos literarios, políticos y religiosos — bien conocidos son esos credos —, y verlos luego poner entre sí prudente distancia al entrar en terrenos puramente musicales, y esa diferencia, que a veces llega a la frialdad en sus relaciones amistosas, se basa en preocupaciones frecuentemente infundadas.

Schumann y Liszt son dos de los casos más definidos. Estamos en el momento en que removiéndose a fondo los cimientos clásicos de la forma, buscan uno y otro, guiados de su pura intuición, las nuevas bases en que han de asentarse las construcciones futuras.

Ambos ponen tal interés en expresar musicalmente sus propias impresiones poéticas o sentimentales — de índole más compleja a veces—, que de sus obras brota el "impresionismo musical"; de un modo más bien contemplativo, pictórico, en Listz, o analítico, psicologista, en Schumann. Se ve a ambos profundamente preocupados por hallar el nexo interior que enlace a esos pequeños cuadritos en que se fragmenta la música, y se ve a los dos buscar ese lazo en un principio clásico: el de amplificar un tema.

Pero esta cuestión presenta dos aspectos: el tema se desarrolla de un modo contínuo, evolucionando merced a su propia sustancia; esto es el *durchführung*, o sea el *desarrollo temático*. O bien se le modifica en su aspecto por trozos sueltos; esto es la "variación". Compréndase que el romántico sigue uno u otro procedimiento guiado por un principio de acción literaria o sentimental (el programa); en el primer sistema se mueve Liszt, haciendo nacer la escuela del *leitmotif*, en la que de tal modo se desenvolvió Wagner, y que llevada a un exclusivismo sistemático, encuentra a la "célula" franckiana, ya perceptible desde Bach.

Schumann prefiere el segundo de esos sistemas. Casi sin excepción, sus obras pianísticas lo demuestran, consiguiendo con varia fortuna la ponderación y el equilibrio.

Uno y otro, esos compositores confiaban más en su temperamento y en sus dotes de improvisación que en un conocimiento profundo y meditado de la ciencia de la composición. Liszt, al comenzar su carrera de virtuoso, se encontraba con el género de moda de las "variaciones brillantes" y "variaciones de concierto". Inclinado desde muy joven a la especulación en el terreno de la forma, intentó, con gran éxito para lo futuro, comenzar esas variaciones (frecuentemente sobre temas de óperas en boga) con una "intrata", acabándolas con un "finale" y ligándolas por medio de motivos derivados de la introducción. En sus tempranas *Fantasías dramáticas*, desarrolla ese principio; más tarde concreta el plan merced a dos temas bien contrastados, de cuyo conflicto nace la posibilidad de un desarrollo dramático, y luego los desenvuelve libremente de acuerdo con las peripecias de "programa". Se ve bien en qué se acerca y en qué se aleja del plan clásico de la sonata. Cuando, en consonancia con esas ideas, escribe su *Sonata en si menor* (que dedica a Schumann), se ve que tal sonata es fruto del mismo árbol que produjo los *Poemas sinfónicos*.

Las series de variaciones que constituyen la obra pianística de Schumann, tienen un nexo interior mucho menos fuerte. En casi todos los casos, simplemente es el tema lo que da unidad a la obra, que, un poco solapadamente, se adorna con un título general para producir esa idea. Tal es el caso del *Carnaval*, que Schumann compuso por trozos sueltos, sin propósito de unirlos, y que luego combinó de la manera más propicia para los contrastes. Tal obra, llena de intenciones ocultas y de simbolismos a lo Juan Pablo, denota la fuerte admiración del músico por el poeta. En su lectura decía Schumann haber aprendido todo el contrapunto (no mucho, en verdad) que necesitaba, y de ella le entraron los deseos de expresar en música lo inmusical por procedimientos estrechamente afines a los de Juan Pablo, que Heine definía como "pequeños cuartitos, tan cercanos entre sí, que dos ideas que quisieran salir de ellos, se producirían una colisión. Un techo colgado de ganchos sirve de cobijo común". Tales techos son, en Schumann, esos títulos de *Mariposas*, *Kreisleriana*, *Noveletas*, etc., mientras que se acerca más al tipo nuevo de obra orgánica en su *Sonata en la sostenido*, que Liszt considera como la más romántica de entre las obras románticas.

HANS PAASCHE

El viaje de investigación del africano Lukanga Mukara en Alemania

Berlín, 16 de agosto de 1912.

¡Rugaua, padre de los bueyes!

Esta es la tercera vez que te escribo y tú tirás ya: Lukanga debe regresar y contárnoslo él mismo en lugar de enviar mensajeros con el papel escrito. ¡No te impacientes! Si vuelvo pronto no habré visto mucho, pero si permanezco largo tiempo entonces puedes esperar que conoceré exactamente el país de los blancos y habré recogido tantas cosas que podré relatar y tú oír largos años.

Por lo que se refiere a la escritura, es puramente incomprensible no tropezar en este país con ningún blanco que no haya aprendido a escribir. Incluso los hijos de los campesinos saben manobrar con la tinta y la pluma y pueden leer los signos de los demás. Y los que enseñan la escritura creen que los campesinos de ese modo cosechan más espigas y poseen más ganado.

Es verdad que algunos blancos sacan provecho de la escritura y la lectura y se vuelven muy sabios; pero algunos del pueblo pierden también por esos conocimientos, y muchos conocedores de los signos de la escritura no obtienen nada mejor. He aquí lo que pasa, hay en el país leyes que ordenan que todos aprendan a leer y a escribir, pero no hay ninguna ley que prohiba escribir lo malo, leer lo malo. Y así se escribe mucho malo sobre un pueblo que sabe escribir. Pues ¿quién quiere medir donde está la frontera de lo bueno? Y precisamente lo malo que se oculta tras la apariencia de lo bueno es lo más peligroso para el hombre. Los blancos tienen escritas cosas que son tan buenas y tan puras como el aire en las montañas de Bugoie en tiempo de lluvia. Pero muy pocos respiran ese aire puro. La mayoría son retenidos en las exhalaciones de los pantanos. Entre los que escriben y venden lo escrito hay muchísimos que no escriben para decir al lector algo necesario, sino solo para recibir mucho dinero. Por eso halagan y excitan al lector y le hablan de un mundo en que el más torpe y el más perezoso tienen que estar contentos, sin despertarles la voluntad de elevarse a algo mejor. ¡Cómo debe querer alguien algo mejor cuando se le describe lo malo [illegible] lo mejor! Así ocurre con lo que se cuenta por escrito y es difundido entre los conocedores de la escritura. Pero también lo escrito implica peligros para la vida cotidiana.

El campesino de Kitara no sabe escribir ni tiene derecho a aprender. Ve al hombre con quien habla, le pregunta por su procedencia y pasado y lo juzga según el valor de su palabra. Si el que habla le desagrada, entonces no lo estima. El campesino en Alemania difícilmente puede reconocer tras lo escrito al hombre en quien debe confiar.

¿Preguntas, cómo cosecha el campesino alemán sabiendo leer y escribir? Mukama, en mi viaje por el país se me ha vuelto claro eso. El campesino alemán sabe arreglárselas: hace poco uso de la lectura y la escritura, y a menudo las olvida muy pronto. Cuando tiene que notificar algo a alguien, no escribe, sino que va, lo mismo que el campesino en Kitara, a varias horas de distancia y lo dice. Luego trae la respuesta a casa, respuesta que es mejor que una escritura. Así ocurre que, a pesar de las leyes que ordenan escribir, el pueblo alemán fluctúa ante toda cosecha y carga la hierba sobre los hombros.

Te conté ya que los blancos se llaman seres humanos, y sé por qué lo hacen. Les ha inspirado Riangombe, siempre vigilante el sentirse seres humanos. Si quieres comprenderlo, extiende tú, Luminoso, la piel de una víbora en el bosque de tus divinos ascendientes, siéntate allí tranquilamente y observa las termitas que viven en sus agujeros. Qué eres tú para esas pequeñas criaturas? Tu sombra las toca como a nosotros la sombra de una nube. No se cuidan de tí. No conocen bajo el sol nada mayor que ellas. "Nosotros somos los seres humanos — dicen —, las criaturas pensantes para las cuales se hizo solamente el mundo. A nuestro alrededor gira el mundo entero". Las hormigas ambulantes y todas las demás hormigas, según su concepto, son "salvajes" y de las orugas y escarabajos que arrastran a su vivienda, dicen que son criaturas de baja especie, sin sentimiento, sin razón, provistos sólo de "instintos". Dicen también de sí que ellas solas tendrían la justa concepción del mundo. Así quiso dios que toda criatura se considerara el centro del mundo y viese la tierra para sus pies.

Con los blancos pasa lo mismo. También ellos creen que la tierra se hizo para ellos y se tienen por lo mejor que se ha producido en esta tierra.

Cabeza resplandeciente, ¿no ha hecho sabiamente el creador que cada cual pueda estar contento con su suerte? Contento cuando hace una cosa: cuando se satisface a sí mismo. He ahí, también el pobre puede estar contento y sólo el hambre irrita a aquellos que tienen que contemplar cómo otros derrochan los alimentos. Pero cuando alguien está solo, hasta el hambre puede soportar; cuando el hambre no es extrema, incluso el oprimido, el pobre, puede estar contento. Pues si existe un rico y se rodea de más aparato que el pobre, piensa el pobre que el rico está allí sólo para él, que lo disfruta con su brillo y con las cosas que tiene que vestirse según la serie, y siente lástima por el rico que no puede tener el goce de la contemplación, porque nadie es más rico que él. Y el rico y el poderoso olvida que propiamente no es que un comediante que tiene que dejarse vestir y pintar puntualmente y aparecer puntualmente por la derecha o por la izquierda para que los pobres vean algo. Olvida, e incluso cree, que el pobre está allí solo por él, para formar el público, y le tiene compasión.

Aquí, quiero, como ejemplo, un acontecimiento que me ha pasado. Un gran general del paísquiso mostrarse a los guerreros reunidos para estimular en tiempo de paz su placer bélico. Quiso mostrarse también al pueblo bajo y éste estaba densamente agrupado en la plaza y miraba. Yo estaba entre el pueblo bajo como espectador. Era un día ardiente. El general vino. Cabalgaba en un hermoso caballo, se había anudado telas gruesas y pesadas alrededor del cuerpo y todo él estaba lleno de plaquitas de metal brillante y de cadenas. En la cabeza, como todos sus guerreros, tenía un recipiente al revés, en él se habían adosado las colas de gallinas blancas. Por donde pasaba gritaba el pueblo y el general tenía que tocarse la cabeza con el brazo derecho, sudando mucho. Muchos nobles, vestidos con colores brillantes, seguían a caballo al general, y todos sudaban.

Entonces reconocí que el más simple entre los espectadores puede también permitirse ese costoso lujo y sentirse más libremente que el admirado general y su cortejo. Junto a mí dijo un hombre a otro: ¡Tú, ven, déjalos que suden solos, nosotros vamos a atorrantear!". En esas palabras, que simultáneamente reflejan el modo de hablar de ciertas comarcas, se me confirmó lo que hoy te escribí: que cada cual ve el mundo y su propia posición desde el centro de su círculo.

Y esa es también la razón por la que los blancos se llaman seres humanos. Lo hacen conscientemente, creen, en efecto, ser hombres. Riangombe les inspiró que se sintieran tales.

En verdad, Mukama, los blancos no son seres humanos; pues son paganos y no saben nada de Riangombe y de los sacrificios de flores. Y, sin embargo, deberíamos tratar de comprenderlos y no creer que solo nosotros estamos iluminados. Riangombe creó en cada criatura de sí otro retrato y quiso también que cada una de sus criaturas fuera grande a su modo. En eso reconozco su grandeza y sublimidad. Y cuando te describo algo que me parece demasiado absurdo en las costumbres, en el pensamiento de los blan-

cos, veo, sin embargo, ahora, que no podríamos ni mejorarlos ni modificarlos, aunque lo intentásemos. Pues, aun cuando quisiéramos llevarles algo, nuestro idioma, nuestras danzas o nuestras costumbres en general, les llevaríamos algo extraño que no nació en ellos. Lo aceptarían, pero si luego tuvieran algo que entre nosotros es bueno, entre ellos, no obstante, no sería bueno. Me burlo de ellos; pero si no hubiera en ellos nada bueno, no me seducirían a considerarlos largo tiempo fundamentalmente. Se me vienen a la memoria las palabras que decía a menudo Rugaba, el sabio de Sabinio: "En todo lo que está dios y todo lo que es, es grande. Sólo lo que dios no te permitió emprender, lo ves pequeño en la naturaleza. El quiere que tú lo veas pequeño; pero tú no debes querer modificarlo; pues es tan grande como tú".

A la tribu del Wakintu dió Ringombe la capacidad de ver cosas perfectas en otras criaturas. Por eso son los wakintu los seres humanos; pero aquél sabio de Sabinio contó en tu corte a menudo la historia del perro que tiene un sentido más que el hombre:

Tú vas con el perro y lo sujetas por la cuerda. Repentinamente avanza y se lanza con violencia sobre un rastro que tus ojos reconocen entonces solamente. Como tú encuentras una vaca blanca en un rebaño, así olfatea el perro el tránsito de una cabra del desierto que persigue. Y, mientras tú en el bosque de bambú no ves a tres pasos de distancia, el viento dice al perro donde se encuentra la caza en las proximidades. Como el perro tiene el don de percibir lo que tú no puedes reconocer, hay criaturas que ven y comprenden otras cosas que nosotros con fuerzas de entendimiento, y es más fácil decir: "No huelo nada, por tanto nada existe ahí", que confesar que nuestros dones nos impiden reconocerlo todo.

Te hablé ya, Mukama, de la indumentaria del blanco y quiero contarte ahora sobre las mujeres. Para mi es difícil ir en eso al fondo de las cosas. Sólo esto sé ya ciertamente: las mujeres de los blancos son artificialmente deformadas, y la deformación resultante está revestida con pieles, telas, trenzados, cueros y plumas de animales salvajes, que aparece una nueva figura que no tiene nada de común con la hermosa figura de mujer que conocemos entre los wakintu. Mujeres y muchachas desnudas no se les ve por ninguna parte, ni en las calles ni en el trabajo del campo. Tampoco se bañan todas, y las que se bañan lo hacen con trajes especiales y no está permitido verlas de cerca. Solo por la noche, cuando los blancos comen y danzan juntos las muchachas están casi desnudas y sólo una parte del cuerpo es cubierto. No podrían atreverse a ir desnudas, porque su cuerpo se compone de dos partes, ligadas apenas entre sí y comprimidas por un armazón exterior sólido. Ese armazón lo cubren también por la noche con un poco de indumentaria. Pero naturalmente no más de lo absolutamente necesario.

Si las mujeres no llevasen ese armazón se doblarían y no podrían marchar derechas. El armazón es probablemente una vieja invención de los hombres. Ellos lo impusieron a las mujeres para poderlas superar en resistencia y salud a pesar de la pereza y de los malos hábitos de vida. El armazón del cuerpo es de tal manera que la mujer no puede respirar completamente. El cuerpo es comprimido fuertemente en todas partes en que debe expansionarse, y una parte de los pulmones se pudre en el interior y muere porque no se le permite vivir.

Les falta la profunda respiración. En consecuencia la mujer no puede correr ni ejecutar ningún movimiento. Por eso, se achaparra la carne bajo el armazón y el cuerpo engorda terriblemente por arriba y por abajo, lo que los blancos encuentran muy hermoso. Ya en la infancia es comprimido el cuerpo de la muchacha, porque se teme que pueda quedar mucho tiempo sano. El éxito propuesto se obtiene: la mayoría de las mujeres enferman prematuramente y decaen, y los hombres hablan ya del *¡sexo débil!* con una especie de alegría dañina.

Las mujeres se mueven en su armazón como tortugas que marcharan verticalmente. No te puedes imaginar el espectáculo de la mujer cuando va por la calle y mueve las piernas bajo ese ca-



parazón o corset. Y cuando empuja la masa inmóvil de su cuerpo sobre un asiento y deja colgar los miembros y mueve la cabeza de un lado al otro con abandono, un negro instruído siente algo así como compasión ante una criatura así maltratada.

Pienso a menudo en las figuras flexibles de las muchachas de Kitara, cómo se inclinan sobre los frutos del campo, cómo vuelven con cántaros panzudos sobre la cabeza y cómo su cuerpo paraliza al marchar la carga insosegada del agua oscilante. Y también pienso en la danza de la última fiesta de las lanzas reales. Las muchachas avanzaron en círculo alrededor del muro de los venablos, con blancas ramas florecidas entre los brazos levantados. La luna llena las transformaba en figuras de plata y ébano. Pero las figuras vivían. Como el tallo jugoso del maíz en el viento, así se inclinaban al compás del tambor y de la flauta.

Eso revive en mi alma, cuando oigo en este país el alegre tono de la flauta. Muy a menudo, pues, aunque el blanco, como criatura, esté muy por debajo del negro, en una cosa es grande sobre todos los conceptos: en su arte para describir con sonidos y tonos el mundo. Rascan con cerdas de caballo sobre intestinos de oveja retorcidos, que son estirados sobre madera hueca; soplan en flautas huecas que son más hermosas que nuestras cañas de bambú y en cuernos y conchas de metal que dan muchos tonos distintos; dan sobre madera, hierro y piel estirada y producen un torrente de sonidos que excita a menudo mi corazón de alegría y de dolor. Creo encontrarme luego en la playa de Ukerewe y ver ponerse el sol tras los montes de Kurwi. El viento sopla del lado de Ukara e inflama las olas y los ibis pasan gritando.

¡Si, piensa, Mukama, los sonidos de los blancos han sido tomados a mi juventud! ¿Quién los llevó al blanco? ¿Quién les inspiró para describir el país en que Lukanga amó y sufrió primeramente? Lukanga habla el idioma de los blancos y permanece extraño a su pensamiento, pero con sus sonidos los blancos hablan un idioma en que los entiende hondamente.

Esta tercera carta, gran Mukama, te la envío desde la gran ciudad de Alemania, escrita con mi mano.

Tu bajo

Lukanga MUKARA.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(CONTINUACION)

Esos cambios en la seguridad de la posición de la topía son producidos por la *utopía*. La utopía no pertenece al dominio de la vida común, sino a la vida individual. Bajo la utopía comprendemos una mezcla de aspiraciones individuales y de tendencias volitivas que siempre son heterogéneas y existen individualmente, pero que en el momento de la crisis se agrupan y organizan por la forma de la embriaguez entusiasta en una totalidad y en una forma de convivencia: en la tendencia a formar una topía que funcione irreprochablemente, que no encierre en sí ningún perjuicio y ninguna injusticia.

A la utopía sigue luego una topía que se distingue de las topías anteriores en puntos esenciales, pero que es siempre una topía.

Se desprende así la primera ley: A toda topía sigue una utopía, a ésta nuevamente una topía, y así sucesivamente.

(Landauer afirma que ese es un resultado completamente científico, adquirido por vía científica: la experimentación inductiva que la fundamente es muy corta y sin gran proporción).

Un corolario a esto es: las topías y utopías son iguales entre sí en número.

La utopía es, pues, la totalidad de aspiraciones destilada en su pureza; no lleva en ningún caso a sus fines, sino siempre a una nueva topía.

Revolución llamamos nosotros al corto espacio durante el cual la vieja topía no existe y la nueva no ha sido establecida aún. Revolución es, pues, el camino de una topía a la otra, de una relativa estabilidad sobre el caos y la rebelión, el individualismo (heroísmo y bestialidad, aislamiento de lo grande y miserable abandono del átomo de las masas) a una relativa estabilidad".

La revolución podría ser para Landauer un mero estadio de transición. Sin embargo, desarrolla el concepto de revolución a la calidad de un *principio*. En toda utopía se encuentran restos entusiastas del recuerdo de todas las utopías anteriormente conocidas. La utopía continúa, pues, viviendo en un tiempo de relativa estable topía y pasa a formar una unidad de todos los complejos de recuerdos, voluntades y sentimientos. Esa unidad puede ser designada con el nombre de revolución. En ese sentido la revolución no es un corto tiempo, una frontera, sino un principio, que marcha sobre amplios lapsos de tiempo de una topía a la otra. En los tiempos tranquilos, la revolución vive en el interior del hombre como utopía, que estalla aquí o allí en hechos revolucionarios y vive corto tiempo como situación externa. Landauer es revolucionario por principio. La revolución vive en los individuos, que están siempre inspirados por una utopía, aunque ésta esté "helada"; se podría, pues, llamar la revolución una utopía deshelada, y la utopía, al contrario, una revolución congelada. Sin embargo, el fuego que deshiela las utopías heladas y las transforma en una revolución, es siempre un fuego de paja, que no puede ser de larga duración, sino que se apaga pronto. Pero en el individuo en que vive la revolución como utopía, la revolución arde también en tiempos relativamente estables como un fuego en local cerrado, rodeado por una atmósfera rica en nitrógeno. En las masas se encuentra el oxígeno en las bajas regiones y tan sólo cuando, favorecido por condiciones externas, asciende a la región de los vivientes, estalla la revolución, y entonces el fuego, que arde en los individuos, puede extenderse sobre la masa y despertar en ella el espíritu. Pero también los individuos reciben en la mayor difusión nuevo alimento. Si se es sensible, entonces sólo se necesita respirar la atmósfera cargada con el fuego del entusiasmo, el espíritu de la revolución. Y por eso tiene la revolución un poder tan misterioso, por eso puede hacer mella en tantas almas por lo demás frías, indiferentes exteriormente y filisteas. Uno de los individuos en quienes la revolución ardió antes como utopía en una esfera limitada, individualmente cerrada, subterránea o superterránea, fué Gustav Landauer.

Como historiador e investigador puede ser colocado Landauer entre los más grandes hombres de Alemania. Pero simultáneamente era uno de los más claros cerebros del movimiento obrero alemán, una de los combatientes más apasionados por una sociedad libre. En su obra sobre *Shakespeare* dice orgulloso que no se habría atrevido a escribir una línea sobre Shakespeare si no se sintiese crecido hasta él. Se encuentra raramente un crítico de la literatura que senale, exponga y explique una obra poética con tal fuerza, con tan profunda mirada y tan brillante comprensión, como Landauer, con la pluma y la palabra. Poseía la capacidad de popularizar y de hacer comprensibles hasta para los hombres sencillos y sin instrucción las obras estrictamente científicas, los problemas complicados. Su más alto deseo y su aspiración, de que estuvo penetrado toda la vida, fueron dirigidos a hacer accesible para todos la cultura del espíritu, todo lo que creó el espíritu de los hombres en milenios.

Landauer nos conduce con mano genial en los más profundos laberintos de la humanidad, haciéndonos ver con especial sutileza el campo de batalla de la lucha entre los animales y los hombres, entre los hombres confundidos en su sensualismo, que son esclavos de su codicia, de su ardor, es decir, entre los hombres que Spinoza llama sensuales y afectivos, y los que quieren salir de ese estado esclavizador, debilitador del espíritu, los que quieren alumbrar la vida sensitiva e impulsiva con el sol de su razón, es decir, los calificados por Spinoza como hombres racionales. Nadie podría convencernos mejor de la victoria definitiva del hombre racional sobre el hombre sensitivo. Los mayores representantes en esta lucha entre dos principios son Homero y Shakespeare. En su artículo sobre Troilo y Cresida nos presenta Landauer esa lucha. Nos señaló la línea en que el espíritu del tiempo, la influencia de la convención, los efectos del estado social se distinguen de la ausencia de tiempo, de lo que es mecido por el ensueño y el mito, que surge del cerebro del genio y penetra en la conciencia del hombre y se vuelve accesible para nosotros y para todos; la línea en que lo místico y lo eterno actúa y se asocia con lo temporal y lo mudable; en que las fuentes de lo inconsciente fluyen en la conciencia, de la naturaleza del mundo en la vida humana, del reino de los misterios del universo en el reino de la belleza.

El ideal de Landauer era purificar a todos los hombres en el baño del arte, hacer que se sintieran en su casa en el reino de la belleza y sacaran sus fuerzas del reino del espíritu universal. Aquí está la línea de asociación en que el amante del arte se une con el socialista.

El socialismo no era para Landauer un mero cambio de las condiciones económicas; significaba para él una vida completamente nueva en todos los dominios; era para él el relleno de nuestra vida social, espiritual y sentimental con nuevo contenido, con nuevos ideales, con nueva esencia. Su rica naturaleza no se conformaba con la vida del partido, — los límites del partido eran para él demasiado estrechos. En el jardín de su socialismo no florecía sólo la economía nacional, sino también la poesía y el arte, el teatro, la música, la filosofía; pero todo esto tenía sus raíces en su individualidad, en su mundo de sentimientos y de pensamientos. Abarcaba el mundo y el ambiente subjetivamente. El mundo exterior y los hombres que se encontraban en él, para su mundo sensual eran sólo objetos, y por eso lo abrazaba todo con el más puro y profundo amor humano. Porque en el mundo exterior sólo encontraba su propio ser convertido en objeto, porque el mundo exterior sólo existía en sus propios sentimientos y pensamientos, veía en sus semejantes representantes de la misma vida que vivía en él. Sujeto y objeto eran para él una única vida podero-

sa e hirviente, la misma vida que corría en ardorosas ondas por sus venas.

Hay hombres cuya vida, acciones, aspiraciones y sueños, cuyo apasionamiento y sentimientos en broma y en serio, en alegría y dolor, están en el dominio del arte y de la ciencia, de la literatura y de la política en el centro, en el germen de lo que constituye la más noble aspiración de la humanidad: elevar la vida del pueblo al nivel en que han estado los más grandes espíritus. Hay hombres que se entregan con todo su ser, su vida y su alma a lo que hacen y desean. El diletantismo es para ellos extraño: son como fundidos de una pieza, hombres íntegros cuya labor produce frutos. Uno de esos hombres fué Gustav Landauer. Su fuente de vida fluía de un fuego que ardía en su interior, que abrasaba sus dioses y demonios, lo impulsaba en brazos del proletariado, en el mundo del socialismo, de la filosofía, en el abismo del escepticismo, en las santidades de la mística, en el vestíbulo del arte. Hacía saltar los diques en el interior del hombre, cuyo obscuro abismo, sus místicos enigmas y su alta belleza hacía resaltar con mano atrevida y presentaba ante el Forum del espíritu.

Y sin embargo Landauer no nos ha dejado obras, como Goethe, Strindberg u otros. Para él era el mundo, tal como hoy es, insoportable y sostenía que no se tenía derecho a hacer alguna otra cosa que no fuera dedicada a producir una modificación. Cuando la omnipotencia del Estado le impidió durante la guerra mundial actuar en sentido revolucionario, debió contentarse con "formar palabras", para hablar en su lenguaje. El sentimiento básico en Landauer no era sólo la embriaguez poética. No consideraba al hombre como materia prima del que pueden formarse figuras como Edipo, Hamlet o Fausto. Consideraba al hombre, lo mismo que Proudhon, cuyas enseñanzas traducía en alemán, como un dios. Quería crear las condiciones para que el hombre pudiera vivir una vida digna de un dios. Despertar la conciencia de su propia dignidad era lo primero, lo más necesario. Poseía el mismo apasionamiento de un poeta, sin embargo fué elevado por un poder superior en él mismo a la categoría de profeta de la libertad.

El socialismo de Landauer no era el de la socialdemocracia, sino el del anarquismo; aspiraba a un socialismo cuyo ideal no estaba en la omnipotencia del Estado y de las organizaciones autoritarias ni en el perfeccionamiento y mejoramiento de la vida del Estado. Veía en las libres federaciones de la humanidad el fin por el cual debemos luchar.

El socialismo no era para él una ciencia, aunque, como decía, requería muchos conocimientos, como los requiere todo derrumbe de la superstición y la entrada en una nueva vía. El socialismo es más bien un arte, y un arte nuevo que quiere crear en lo viviente. Fué impulsado al socialismo por necesidad interna. "Precisamos apremiante penuria para buscar el valor que nos falta. La renovación por el socialismo debe esta vez ser mayor y completamente diversa que antes; nosotros no buscamos sólo cultura y belleza humana en nuestra vida común; buscamos salvación... Pero no llegaremos a esa renovación por lazos externos, por grupos estatales o por una invención tan terrible como la del Estado mundial, sino sólo por el individualismo personal, por el desenvolvimiento de la más pequeña organización: la comuna en primer lugar. Hay que construir muchísimo, pero el edificio debe comenzar en lo pequeño. Debemos extendernos por el mundo y sólo nos será posible si barrenamos en lo más hondo del abismo; pues la salvación no puede ya venir de afuera. Ningún país extraño invita a los pueblos que viven densamente prensados a la colonización. Debemos fundar la humanidad y sólo podemos crearla en la humanidad; sólo podemos hacerla surgir de las federaciones voluntarias de los individuos por medio de las comunas, que son fundadas por individuos independientes y naturalmente agrupados".

Nuestro tiempo, el período antes de la guerra, el período de los Estados, es decir, el período de la edad media hasta hoy, lo califica Landauer de período de decadencia. Una medida para un período de florecimiento, para un período de alta cultura la encuentra Landauer en el arte. En un período de alta cultura el arte es siempre social y no individual, se agrupa en un centro, pero no se aisla. Es ante todo el representante del pueblo y del tiempo, mientras que el arte en los períodos de disolución y de transición es el producto de individuos, de naturalezas geniales aisladas y se dirige al futuro o a un pueblo misterioso que no existe. Una época semejante es el arte clásico de los griegos; a un alto desenvolvimiento del arte social se elevó también la edad media. La escultura y la pintura de la edad media estaban inseparablemente ligadas a la arquitectura; fué el arte arquitectónico el que representó el anhelo y la riqueza de su tiempo. En oposición a un arte tal de la totalidad, casi anónima, está el arte de nuestro tiempo, que es el anhelo del individuo ricamente dotado sobre nuestra época. Si en la era cristiana era la arquitectura, que se elevó sobre el edificio social como un distintivo, un símbolo de la fuerza de la vida popular unida, en nuestro tiempo eso es representado por el arte más individual, el más melancólico y quejumbroso: la música; es el símbolo del pueblo oprimido y el símbolo de la decadencia del espíritu de comunidad, para el aislamiento de lo grande. La arquitectura representa una realidad, la música el refugio del que ambula solitariamente y el ansia de una nueva realidad. Münchhausen, el inventor, que no lleva en sí la verdadera realidad, sino que está sólo en el terreno de la fantasía y de la soledad, ese Münhausen es el tipo de nuestro tiempo y de nuestros artistas. Lo que hizo cuando construyó en el aire su palacio, lo hace hoy la música; si la arquitectura construye edificios de piedra, la música edifica magníficos edificios de altas torres y de atrevidos arcos, pero en el aire febriciente.

La plástica y la pintura del período cristiano, inseparables de la arquitectura, de las iglesias y ayuntamientos, de las plazas y las calles, de todas las casas públicas y privadas, representaban entonces los estratos de la sociedad y los unía con un principio espiritual de la comunidad. Pero más tarde se separaron la pintura y la plástica de la gran arquitectura y se convirtieron en medio de expresión de personalidades geniales, adornando todavía edificios públicos en los círculos principescos, nobles o ricos. Pero hoy el arte imaginativo se ha apartado casi completamente de la vida cotidiana y de los domicilios de los hombres privados; los cuadros y las esculturas están encerrados en sí mismos como una poesía, como un producto de su creador sin relaciones con el que lo recibe. El arte no es ya la expresión de aquellos *para* que ha sido creado, sino de aquello *de que* fué creado. En los períodos de alta cultura los que dan y los que reciben, los artistas y el público se corresponden, a pesar de la genialidad productiva, que naturalmente también entonces poseían muy pocos, y no la masa entera; pero hoy están tan separados que el arte no tiene en la sociedad un puesto aunque fuera puramente exterior, sino que fué forzado a crearse un palacio especial para el arte: el Museo.

No otra cosa sucede con la poesía. En la época cristiana de la edad media estaba en su casa donde quiera que se congregaran los hombres: en la iglesia, en el ayuntamiento, en la asamblea, bajo el cielo azul, en el campo de batalla, en el trabajo, en las moradas de los caballeros y en las cortes de los príncipes. Ahora está en su casa sólo donde los hombres se retiran a la soledad, en el libro; o se congrega uno exclusivamente por medio de la poesía. En otro tiempo la poesía había penetrado en la vida; hoy se rechaza la vida para entregarse a un elemento extraño, el poeta.

Con el drama sucede algo distinto. Indudablemente, lo dicho del arte y en especial de la poesía se refiere también al teatro público y en especial de la edad media. Sus dramas místicos relacionaban la vida del mundo con el culto; y hasta el culto se manifestaba en todas partes en festivo drama. Pero el drama no alcanzó en la edad media su punto culminante, lo alcanzó tan sólo en las esferas de la burguesía noble, en la consideración de la edad media en Inglaterra. La grandeza de Shakespeare, su elevación única, se basa en que estuvo simultáneamente en dos campos; está ya lleno del genio de la soledad ajena al pueblo y, sin embargo, arraiga firmemente en el pueblo y en la sociedad.

(*CONTINUARA*)



BIBLIOGRAFIA

Koehler Fritz — "Brasilien heute und morgen" (Brasil de hoy y de mañana), un vol. en 8.o, 271 págs. con 79 grabados. Editorial F. A. Brockhaus, Leipzig, 1926.—

Ningún país dispone, como Alemania, de tal cúmulo de literatura de viajes sobre todos los países y desde todos los puntos de vista. El estudioso puede sentarse en una gran biblioteca alemana y recorrer mentalmente el globo entero, conocer los menores detalles de una zona cualquiera el idioma y las costumbres de la última de las razas primitivas. La producción en ese sentido es algo monstruosamente grande. y esa riqueza contrasta con la dificultad que hallamos en otros idiomas para enterarnos de las características de regiones, razas, etc., de comarcas lejanas, — objeto de curiosidad tanto para el estudioso como para el emigrante, para el capitalista y para el obrero. El libro de Fritz Koehler sobre el Brasil, que acaba de ver la luz, es un bello ejemplo de lo que decimos. En menos páginas no habría podido darse una impresión más objetiva de lo que es el Brasil de hoy y de lo que puede ser mañana, con la explotación de sus enormes riquezas naturales. El autor ha ido con una misión científica al Brasil en 1923 y ha recogido en poco tiempo una cantidad de datos y de observaciones que asombra. El libro se leería con provecho incluso en el Brasil, mismo, por el gran público, por naturalistas y por etnólogos. Hay muchísimos detalles que conocíamos y que ahora nos son explicados de un modo racional. Abundan las aclaraciones históricas y científicas. Sin embargo el pueblo ha sido, según nuestra opinión, menos observado y comprendido que la naturaleza, aunque no faltan rasgos característicos del brasileño, de su actitud ante el trabajo, de sus aficiones, de sus costumbres. Hay pasajes de gran sentido social, por ejemplo la descripción de la vida de los pescadores en la isla de Marambaia: "Su vida parece transcurrir en una envidiable proporción, pues esos hijos de la naturaleza están acostumbrados desde hace muchas generaciones al trabajo pesado; las ideas sociales no los han perturbado todavía en su reposo. Están contentos con poco. Si hacen una buena pesca, no saben apreciar su valor. No tienen tampoco compradores.

"A pesar de sus pocas necesidades, los habitantes de esa isla dependen todos de un portugués. Es Eulalio, el propietario del único negocio de esa soledad. Los naturales del país necesitan alguna vez unos pantalones, harina de mandioca y quieren embellecer con la cachaça sus fiestas frecuentes. Todo eso lo proporciona Eulalio por mucho dinero"... Después de describir ese sistema de explotación por el comerciante, agrega: "Ese cambio ha degenerado, a cambio de las deudas, en una moderna esclavitud de la peor especie." "No es en un estado de satisfecha bienaventuranza en el que viven los habitantes de la isla. Aun corre por sus venas la sangre esclava de sus antepasados y no les deja sentir tan fuertemente como a nosotros el rebajamiento de su humanidad. Pero si alguna vez prendiera en ellos el fuego del descontento, esos hombres, por lo demás perezosos, se convertirán en enemigos terribles, sanguinarios. Toda su vida gira ahora en torno a los dos polos: amor y alimentación. Para recibir ambas cosas se vuelven esclavos voluntarios de un explotador y sin embargo se sienten dichosos, porque no conocen nada más. ¿Ocurre diversamente en la vieja Europa con algunos seres humanos?"...

También los datos estadísticos recogidos ayudan a formar una idea bastante exacta de lo que es el Brasil actual y de lo que puede ser mañana. Se ve cómo surgen colonias y cómo las colonias se convierten en ciudades; la lucha del hombre contra la naturaleza virgen, etc., etc. Escrito con vivacidad, el libro se lee con creciente atención y hace concentrar el pensamiento en el vasto país que describe, en sus problemas y en sus posibilidades de desarrollo.

Malatesta E. — IDEARIO. Selección y traducción de Domingo P. Ibáñez. Publicaciones Mundial — Barcelona, 1926; 221 págs. en 8.o

Este pequeño volumen contiene una serie de fragmentos recogidos casi al azar en los escritos de Errico Malatesta, pero que, sin embargo, concretan las ideas fundamentales del gran revolucionario en la forma popular y clara que le caracteriza. El volumen se presta a la difusión en gran escala como obra de propaganda elemental y proselitista. Aunque todos los fragmentos tienen una unidad interna perfecta, habría sido deseable que el coleccionador hubiese citado las fuentes del ramillete preparado.

"Die K. P. D. im eigenen Spiegel. Aus der Geschichte der K. P. D. und der 3. Internationale" (El partido comunista alemán en su propio espejo. De la historia del P. C. de Alemania y de la tercera Internacional). Edición: Buchhandlung für Arbeiter-Literatur, Berlín, 0-17. Un vol. de 170 págs. 8.o.

El partido comunista *obrero* de Alemania, más radical que el partido comunista y con más veleidades de independencia, ha recogido en este volumen una magnífica colección de órdenes y contraórdenes, de principios tácticos, de doctrinas del partido comunista y de la Tercera Internacional. Realmente es un trabajo útil para conocer a fondo la esencia de los partidos comunistas: a pesar de toda su disciplina férrea y de su sometimiento a las órdenes de Moscú, los frutos de los rublos moscovitas ofrecen el espectáculo más deplorable y, desde el punto de vista del pensamiento, de las ideas, son una triste calamidad que a lo sumo valen para lo que es sumisión desde hace varios años: para idiotizar una parte del proletariado, inculcándole la normaq ue la función de pensar por cuenta propia es una herejía imperdonable. Tomemos, por ejemplo, el problema de los sindicatos: ¿qué es lo que quieren los comunistas? Un día gritan: "¡Fuera los sindicatos!" (por ejemplo Paul Frohlich, en 1919; Zinovieff, discurso en Halle en octubre de 1920); otro día proclaman la lucha contra los amsterdamianos; a la mañana siguiente despiertan, y gritan: "¡A los sindicatos! ¡A la conquista de los sindicatos!" Otro día resuelven fundar sindicatos propios; al día siguiente expulsar del partido a los que no quieren disolver los sindicatos formados, para entrar en las organizaciones reformistas; surge luego la unificación a todo precio con los amsterdamianos y, cuando ven que las uvas están verdes, las injurias contra los amsterdamianos, etc., etc. Sería imposible hacer una cronología del batiburrillo comunista en el terreno sindical. El libro a que nos referimos da una idea de ese confusionismo y de esa ausencia de toda idea en el partido comunista alemán y en la Tercera Internacional; todo está a merced de cualquier capricho de los comisarios rojos: y el afirmar y recomendar hoy lo que ayer se repudiaba y se prohibía, es el fenómeno habitual de esos profetas de última hora. En una cosa no fueron incongruentes los bolchevistas rusos: en su apego a los puestos dirigentes del Estado; en ese terreno han seguido una línea recta, aunque para conservar esa línea de conducta hayan tenido que ir dejando por el camino los últimos girones de sus concepciones socialistas y revolucionarias. El partido comunista alemán se encuentra en un período de crisis aguda; desgraciadamente esa crisis no es provocada por el despertar de las masas regimentadas en él, sino por las diversas ambiciones de mando de los dirigentes.

En resumen, el que quiera ver cómo el partido comunista alemán y la Tercera Internacional se retratan a sí mismos, la diferencia que hay entre los bolchevistas de 1917 y los de 1918, entre los de 1918 y los de 1919, entre los de 1919 y los de 1920, etc., etc., podría consultar con fruto esta colección, hecha por los comunistas antiparlamentarios alemanes.

D. A. de S.

AÑO V

BUENOS AIRES, 2 DE AGOSTO DE 1926

LA PROTESTA

N.o 234

PRECIO: 10 CTS.

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Chantagistas por mayor y menor

¿Existirá algo más chocante que quienes violan y estupran la moral veinte veces al día, pretendan ergotear sobre los tópicos de una moral impoluta? Y son precisamente estas personas las que hacen un uso desaforado de las premisas morales. Ya; hay muchas clases y calidades de moral, aunque la comunidad de la gente acepte la más convencional, la más arcaica, plagada de prejuicios, y ésto sólo para darse el gustazo de transgredirla a cada instante. En síntesis, que esto de la moral es únicamente un mito decorativo, el símbolo tradicional de la hoja de parra que sirve para mal disimular la podredumbre de las sociedades burguesas. Tocad todas sus instituciones más sagradas y manarán pus. Y esta falsa moral, corroída de pequeñeces y menquindades ancestrales, todavía se la defiende con códigos, tribunales y policías. Bien piensa Bernard Shaw al pedir protección para la inmoralidad, o sea para el nuevo párvulo e indefenso de otra moral naciente, quizás más justa, más cuerda, que va en contra de la actual en vigor. La nuestra, la anárquica, por ejemplo.

Pero si la institución que pretende moralizar es el periodismo y aún el periodismo yanquizante y reaccionario de aquí, entonces su prédica, desautorizada de hecho, toma los contornos de una parodia risible. El tema que a "La Nación" le servía de trampolín para sus piruetas vertales, era... precisamente el chantage. El chantage callejero con el pregón del canillita, del pasquín, de la hoja anónima redactada por famélicos; las leyendas procaces e insultantes de los carteles fijados en las paredes de la cosmópolis, que según el sueltista es un *"cuadro desdoroso para la ciudad culta y progresista"*. ¡Pobre ella, es muy probable que se muera de vergüenza!

Y añade: *pese a sus adelantos indudables, Buenos Aires continúa sometida a la acechanza del chantage.* Nos parecen estas las protestas y las quejas de un mayorista en chantages contra los minoristas, quienes, más modestos, se contentan con los centavos del despacho al menudeo. ¡Claro, son los que deshonran la profesión estos gozquejos del turbio periodismo! Expenden sus conciencias a muy bajo precio. Se venden demasiado baratos; son los prostituidos de bajo coturno, mientras que los canes a cadena corta del periodismo rico, lo son de alto copete, cocotas de lujo. Es explicable, y hasta humana esa exuberancia de indignación invectivada.

Pero cuando el anónimo articulista, el can de lujo, trata de "fustigar" a *los carteles con que a menudo se ensucian las paredes en los barrios céntricos y en los que se estampan las afirmaciones más graves con la más absoluta ausencia de contralor público*, debemos exclamar otra vez ¡pobres carteles! ya que son los partidos políticos de toda calaña y color que en época electoral vuelcan en esos carteles la cloaca máxima de su repertorio maloliente y calumnioso. Esos mismos partidos que el periodismo defiende, que el orden vigente ampara y cuyos candidatos, insultados e insultadores, calumniados y calumniadores, elegidos luego, se sientan en los escaños de ambas cámaras...

A esa misma cámara, a la que el sueltista le endilga estas palabras: *en las cámaras ha habido proyectos para todo y hasta pretendemos poseer una legislación punto menos que perfecta. Nadie se ha preocupado, sin embargo, de hacer algo realmente eficaz en el sentido de suprimir de una vez ese oficio infamante.* Ese *oficio infamante*, es el del *chantagista al por menor*. El otro paga gruesas patentes; el chantage suyo está legalizado, y naturalmente deben propender a que se persiga al que abre su boliche sin tener patente.

Declaremos de una vez que, para la inmensa mayoría, periodismo es sinónimo de chantage. Las excepciones son como las moscas blancas, que nadie vió. En esta ocasión, el refrán latín *vox populi*, etc. es la sacrosanta verdad. ¿Hay un periodista que no sepa ésto? No existe administrador de diario que no confiese que, sin esas aventuras de corsarios al margen o no del código penal, una empresa de esta laya no puede sostenerse. Para ellos, la honradez y la honestidad en periodismo es una solemne majadería. Pero como entre los ladrones y los estafadores hay también sus clases superiores e inferiores. "La Nación" y "La Prensa" son los bandoleros de avería que llegaron: engordaron, se hicieron ricos, y ahora se permiten el lujo suntuario, casi superfluo, de operar más o menos honradamente; aunque no han de desperdiciar las buenas ocasiones, donde todo se salva, todo menos ese honor intrínseco, esa moral que, según Schiller, es la higiene del espíritu y del sentimiento, que no necesita de leyes, de códigos y de coacciones para mantenerse en pie y pronunciarse A esa moral no escrita y la más genuina por ser la esencia de un bien ideal, la conciencia, todos le hacen fraude. Y prefieren la otra, la aparente, la que viste muy bien con un traje de virtuoso, de virtudes teologales, a la moda.

Y para defender esas virtudes, aptas para ser premiadas anualmente por las damas de beneficencia en el Colón, el sueltista nos vuelve a ofrecer el espectáculo divertido de su indignación. Vocifera:

Contra tales maniobras, cuyos autores se ocultan a favor de la densa turbidez de los bajos fondos en que se desenvuelven, alzamos nuestra protesta. No importa que, a fin de cuentas, nuestro código presente deficiencias tales que impidan llevar a efecto, con carácter permanente, una severa acción legal. Si hay un caso en lo que lo arbitrario resulta recomendable y puede ejecutarse con beneplácito general, es éste.

Se piden casi leyes de emergencia en defensa de algo indefendible. Si los atacados son limpios de toda mancha y tienen la conciencia tranquila — o no la tienen, como en el caso de esa señora Testoni, que tuvo que comprarse la honradez a precio de oro, haciendo callar a toda la prensa del país —, todos los golpes y todas las calumnias al fin se embotarán.

Y a propósito, ¿por qué en el escandaloso asunto de la calle Arroyo, con la desaparición y la muerte misteriosa de varios niños, estos diarios de moral tan pulquérrima y de diáfana honestidad, no aplicaron la misma medida moral que ahora pregonan buena para otros?

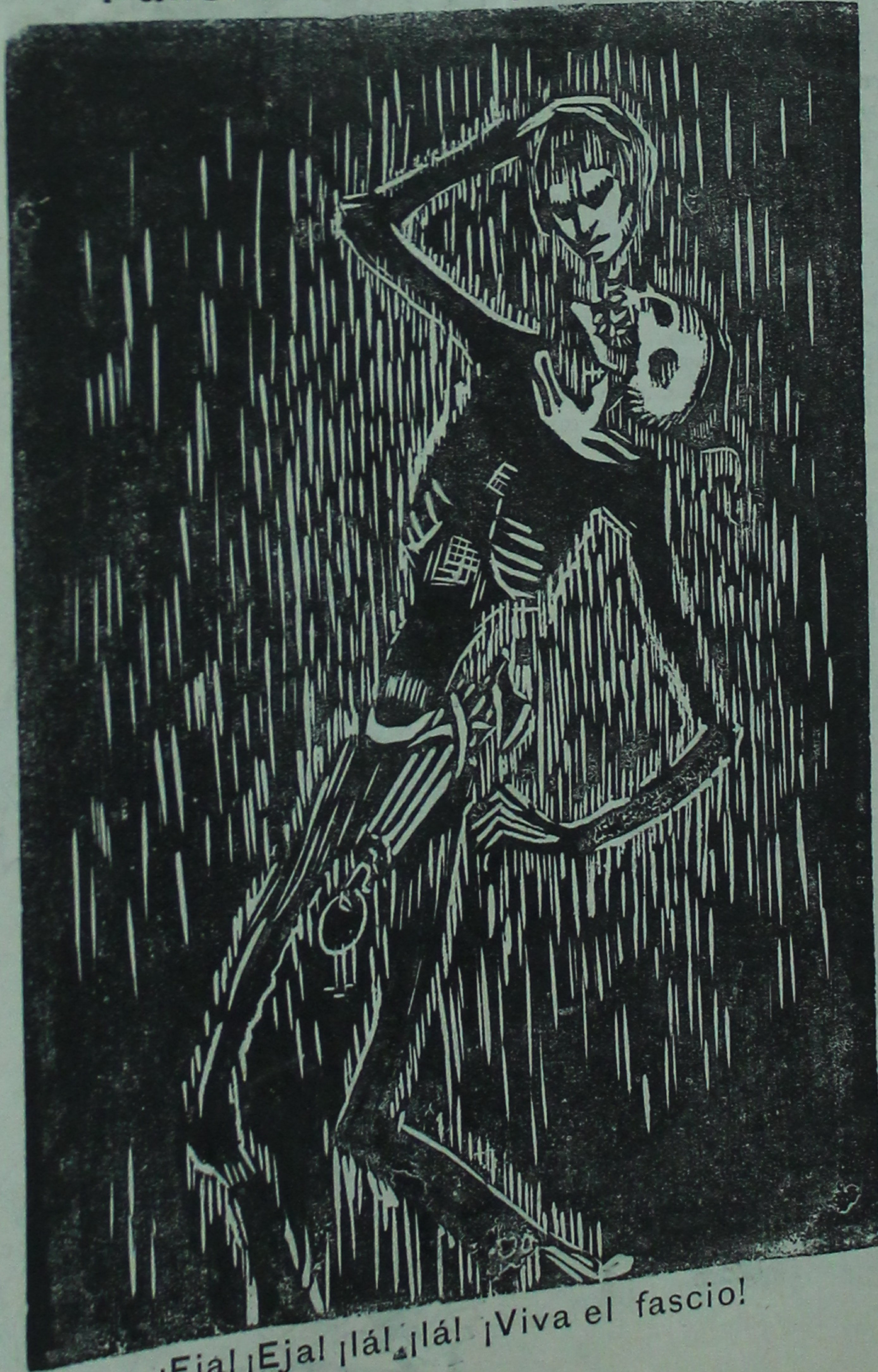
¿No fué por parte de "La Prensa" y "La Nación", un chantage silencioso que le hicieron a la opinión pública? Hay silencios tan oportunos, que rinden más gordas ganancias que todos los brulotes calumniosos y alacranescos, aun no siendo éstas en metálico. Además, se trataba de uno o una de los suyos, y había de consumarse la irritante justicia de clase.

Los que tuvimos la desventura de permanecer un tiempo en esas tahonas, donde se amasa esa balumba de prosa barullera destinada a atragantar e intoxicar a millares y millares de lectores, pudimos experimentar cuál era la moral del periodismo y de los periodistas. Cuando cambiamos de casa, nos hacía el efecto de entrar en una casa de lenocinio de más o menos lujo. Esa era la diferencia; nada más que de fachada. Las sabrosas y poco edificantes anécdotas que vivimos y recordamos, darían una idea de lo que son esos pólipos de múltiples tentáculos, esos rotativos de gigantescos edificios al servicio de las finanzas capitalistas, del Estado y de la iglesia.

No nos entretendremos en enumerar todos los géneros de chantages al alcance de la prensa trashumante y la que no lo es — que va desde la biografía ditirámbica con sendos retratos, hasta la noticia tendenciosa o favorable a un establecimiento bancario a punto de quebrar —, sino que en el periodismo existen dos clases de chantagistas, los al por mayor y los al por menor. Tan pasible de sanción es el apañador que calla criminalmente en un asunto como el de la calle Arroyo, como el que impulsado por los mismos móviles grita y vocifera. Uno puede expenderse al por mayor y otro al menudeo; ahí estriba la única diferencia, señores moralistas.

Sí; digamos otra vez con Schiller: He sentido nuevamente toda la vana oquedad, todo lo que hay de vacío en lo que se ha dado en llamar la moralidad corriente.

Panoramas Europeos: Italia



¡Eja! ¡Eja! ¡lá! ¡lá! ¡Viva el fascio!

Supuestos héroes

Conocidas son los incidentes de las polémicas originadas por la expedición polar del "Norge". Los italianos, principalmente en la persona del general Nóbile, con su chauvinismo turbulento, querían a toda fuerza reivindicar la mayor parte de actuación común en esa hazaña científica y casi en desmedro de los demás miembros participantes.

Por un tiempo, los elementos nórdicos compañeros de Amundsen, guardaron silencio, dejando sin contradecir las leyendas lanzadas por los italianos. Hasta que llegó un momento en que el teniente Ellsworth, deseando aclarar las cosas, buscó puntualizar la participación que cada miembro tuvo en esa aventura polar. Del que menos hablaba era de Nóbile, dando a entender, todavía, que otros tuvieron una función mucho más preponderante casi que la suya.

El general italiano, no agradándole las declaraciones del militar norteamericano, volvió a "reivindicar la parte tomada por él y sus compañeros en la preparación y ejecución de la empresa de Amundsen".

A su vez el teniente Ellsworth envió un telegrama a Nóbile, calificando de absolutamente falsas las habladurías de los

diarios y afirmando que jamás pudo ha ber diferencias entre ambos. Se cruzaron luego un par de telegramas. El estado unidense se conminaba a sí mismo en es tos términos:

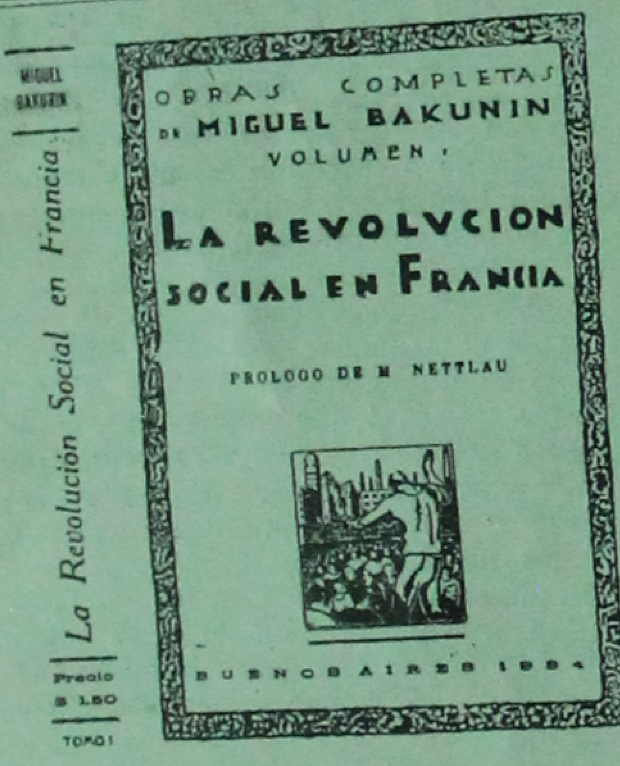
"Publicaré cualquier declaración que querréis para establecer bien el hecho de que no existió ninguna diferencia entre nosotros, y etc.... *y que a Italia corresponde tanto mérito y aun más por el éxito obtenido que a cualquier otra nación representada en el vuelo"*, y etc.

Por su parte Nóbile replicó:

"En contestación a vuestros dos telegramas debo manifestaros que no soy ciertamente responsable del incidente, ni he atribuído importancia alguna a las habladurías de los diarios", y etc. Y, en substancia, el Nóbile ese termina por pedirle a su contrincante que se retracte del juicio, surgido de sus declaraciones. Este, no solamente accedió, sino que se apersonó al cónsul general de Italia en Nueva York y se retractó de viva voz, prometiendo hacerlo también por escrito, y etc.

De toda esta disputa de sesgo comadreril, impropia de la supuesta talla de héroes, en la cual la actividad desinteresada, que, según Amiel, es lo que caracteriza a los verdaderos héroes de la humanidad, se hallaba fuera de lugar, se desprende que faltaba; y en vez sobraron las pequeñas vanidades, la mezquindad del amor propio. Tanto es así que por esa puja de primacías nos harían creer que no son hombres de ciencia, sino literatuelos de poca monta. Y luego ese repugnante pugilato de prejuicios chauvinistas, reivindicando una empresa hipotética con la probable conquista del polo. Hasta la blancura inmaculada de esas zonas llevan los hombres sus puercas pasiones. Bueno fuera que ese silencio blanco, el fantasmal espíritu de esas regiones, se incorporara y, tomando forma, les esputara:

—¡Qué soberbia la de estos microbios, que pretenden descubrirme y acapararme!



Precio: $ 1.50 m/n
Encuadernado en tela, $ 3.50

"EL ANARQUISMO EN EL MOVIMIENTO OBRERO"

Los obreros estudiosos no deben dejar de leer este libro de los compañeros E. López Arango y D. Abad de Santillán. Es la síntesis del movimiento revolucionario de este país, de las ideas que animan la propaganda anarquista, de los principios que dieron realidad a los 25 años de vida de la F. O. R. A.

Compañeros: Para conocer la historia y la orientación de nuestro movimiento es necesario interesarse por su estudio. El libro "El Anarquismo en el Movimiento Obrero" es un compendio de opiniones y de hechos que deben conocer todos los que se interesan por la propaganda obrera y anarquista y anhelan la emancipación integral del proletariado.

Precio del tomo (más de 200 págs.), 80 centavos.

Hacer los pedidos a la administración de LA PROTESTA, Perú 1537.

ENCUESTA

Iniciativa del grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville

El grupo "Los Iconoclastas", de Steubenville, Ohío (Estados Unidos), ha resuelto solicitar de un determinado número de camaradas de solvencia intelectual y de reconocida experiencia, su opinión sobre la situación actual de nuestro movimiento y los medios para unificar el esfuerzo libertario del mundo, hoy lamentablemente disperso y reducido a una forzosa inactividad.

Esperamos que todos aquellos camaradas que puedan decir algo a tal respecto prestarán su más decidida cooperación voluntaria a este ensayo de orientación internacional tan indispensable, dando su parecer sobre los temas que a continuación anotamos.

Nosotros consideramos de una trascendental importancia un esfuerzo común de todos los anarquistas del mundo para poner coto a los desmanes y a la soberbia imperante, que prospera por falta de un acuerdo mutuo entre la clase trabajadora.

Por tal razón "Los Iconoclastas" haremos un estuerzo especial para que las más destacadas plumas del campo revolucionario divulguen los puntos que proponemos en la encuesta.

En recuerdo de la buena táctica de los viejos certámenes españoles, este grupo fijará un premio que no excederá de 25 pesos oro americano a los trabajos que contengan las proposiciones más susceptibles de merecer el reconocimiento internacional.

Los trabajos que se reciban serán publicados en español en el SUPLEMENTO semanal de LA PROTESTA, por ser la publicación más difundida y respetada hoy en los países de habla castellana. Al mismo tiempo nos merece LA PROTESTA un respeto profundo por su lucha continua en sus 30 años de combate y de exposición anarquista. A las cruzadas gloriosas de LA PROTESTA nos une un cariño y un recuerdo imborrables.

Confiamos que nuestro ruego no será desoído, pues la situación del anarquismo, nos parece, podría ser muy diversa si pudiéramos poner en tensión el esfuerzo armónico de los anarquistas del mundo entero.

Nos sentimos llenos de un grandioso optimismo al abrir nuestra encuesta con un artístico dibujo del artista y camarada F. Sagristá, que quiso también ayudarnos dando así principio con su alegoría a nuestro propósito de aunar y mancomunar voluntades.

El cuestionario sobre los temas propuestos es el siguiente:

1.º—*Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.*

2.º—*La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?*

3.º—*Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?*

4.º—*¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?*

5.º—*¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?*

6.º—*¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?*

7.º—*¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?*

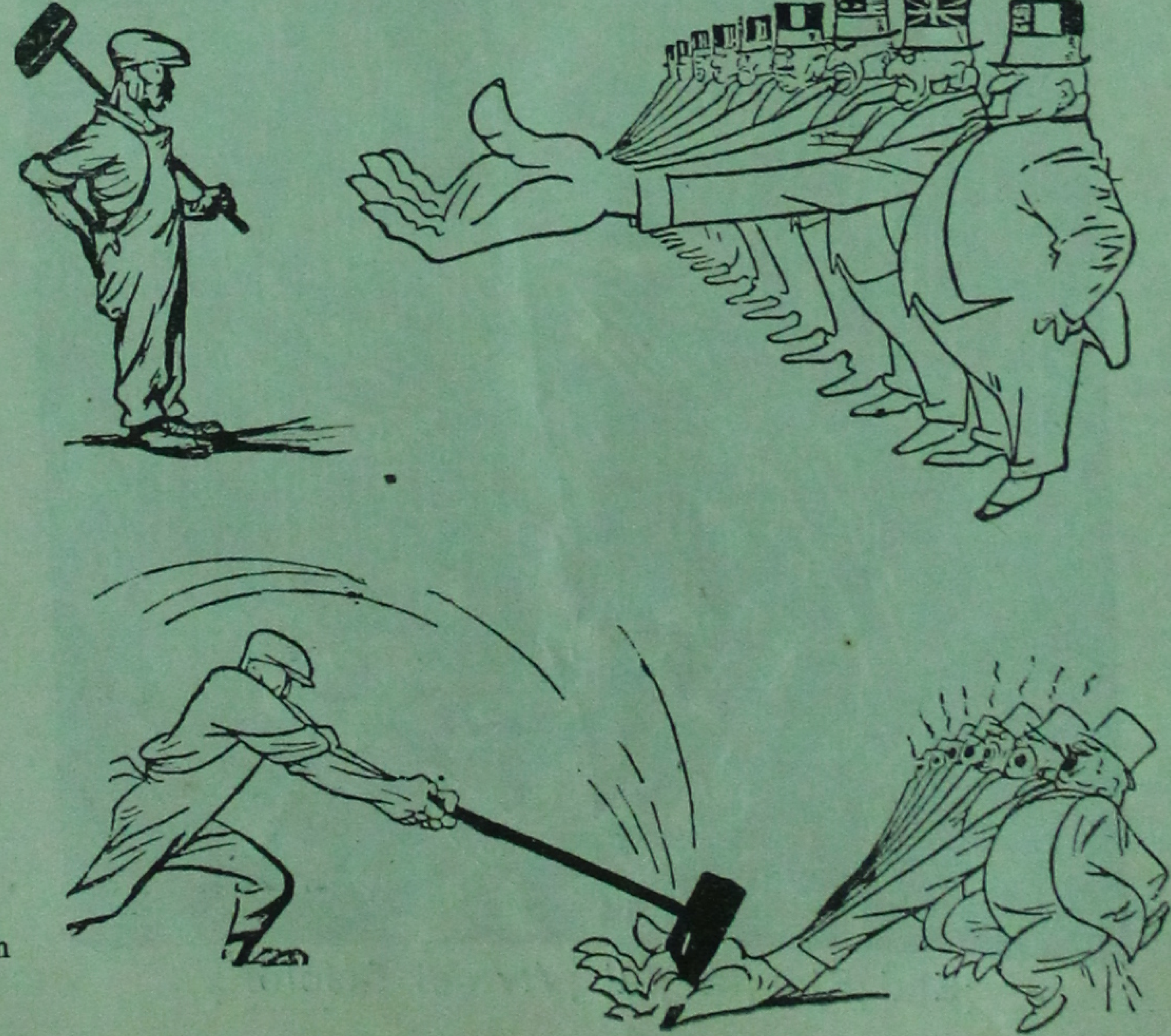
8.º—*Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?*

Las respuestas a este cuestionario pueden dirigirse a la dirección de este SUPLEMENTO, Perú 1537, Buenos Aires, o a R. Lone, P. O. Box 256, Steubenville, Ohío, Estados Unidos.

En el próximo número intercalaremos el trabajo de F. Sagristá, como página suelta fuera de texto. También comenzaremos a dar curso a algunas de las respuestas recibidas.

A pesar de los gastos extraordinarios que significa para el SUPLEMENTO la hoja especial del número próximo, el precio permanecerá invariable.

La publicación de los trabajos en respuesta a la iniciativa del grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville, se presta a una activa propaganda en pro de la difusión de esta publicación, y confiamos que los camaradas pondrán de su parte lo que les sea posible para atraer nuevos lectores de nuestra prensa.



UPTON SINCLAIR

El grisú y el penitente (1)

—¡Hay soplo!

—¿Dónde?

—En la cuarta galería.

Slater lanzó un juramento y dió una patada en el suelo.

—¡Vida perra!— murmuró apretando los puños — ¿Entonces habrá sorteo?

—En seguida: Horton está escribiendo los nombres.

El minero se apoyó en la vagoneta cargada de tierra y miró torvamente a su camarada.

—Apuesto a que te salvas. ¡Tienes una suerte!

El otro se encogió de hombres.

—La misma que todos. ¿O te crees que hay trampa?

—Mira Hill — gruñó Slater —; trampa o no, ya van dos veces que cae la suerte en enemigos de Horton.

—Casualidad.

—Y no sólo yo, sino otros lo han notado también.

—Cuando el perro ladra, ladran todos los de la vecindad, sin saber por qué — contestó Hill — Horton es un buen capataz y le fastidian los holgazanes.

—Yo no lo soy y, sin embargo, siempre me manda a la tercera galería a romperme los brazos. Mira la vagoneta: tres veces la lleno al día y aun estoy sin la prima.

—Quéjate al ingeniero.

—¡Bah!... ¡Para lo que va a servirme!... Horton hace lo que le da la gana. Es el amo aquí abajo.

Un agudo silbido interrumpió la conversación de los mineros.

—Al sorteo — dijo Hill —. Vamos.

—Vamos — contestó Slater —. Si salgo, tú dirás a los viejos cómo fué la cosa.

—Se lo dirás tú: casi todos los "penitentes" vuelven.

—Cuando el soplo es pequeño...

* * *

En la especie de plataforma que servía de entrada a la cuarta galería estaban Horton y los mineros.

El capataz removía en un viejo sombrero un montón de papelitos arrollados.

—A ver, muchachos... ¿quién saca al "penitente"?

Los mineros vacilaron; nadie quería sacar el nombre del que debía ir hacia la muerte.

—¡Qué cobardes! — dijo Horton, riéndose —; parecéis chicos asustados por las brujas de Gavon.

Un minero se acercó, pálido, resuelto; era Slater.

—Yo lo sacaré, dijo.

—¡Bravo! — exclamó el capataz —; voy a proponerte para la prima. Has trabajado duro esta semana: con muchos como tú, hay mina para poco tiempo...

Slater, sin contestar, metió la mano en el sombrero y sacó un papelito, que desdobló con mano firme. Sus compañeros le miraron ansiosos, esperando el nombre.

—¡Diablo! muchachos... Eso se llama "mala pata"... Tú mismo te has nombrado "penitente" — exclamó Horton.

Slater tomó la lamparilla y dijo sencillamente:

—Adios, muchachos.

Y se internó por la cuarta galería, en busca del "grisú" sospechado, del "soplo" que era preciso reconocer para evitar, con el propio sacrificio, la muerte de los camaradas.

La galería se angostaba en el recodo; apenas podía Slater caminar, por ella. Olfateando, siguió más adelante: su corazón latía como si fuera a romperse, y murmuraba entre dientes:

—¡Suerte perra!... ¡Suerte perra!

Un estampido formidable estremeció las paredes de la mina.

—¡Ya decía yo que había soplo! — exclamó Horton —. Habrá que cerrar la galería. Pronto, muchachos: a la faena... Empujad las vagonetas.

—¿Y Slater?— preguntó Hill.

(1) *El Penitente era el nombre que se daba antiguamente, en Inglaterra, al minero, quién, sorteado entre sus compañeros, le tocaba la peligrosa misión de reconocer un escape de grisú.*

M. SASCHIN (Arm. ROSS)

La "Confesión" de Miguel Bakunin

Pasé el período de la revolución de octubre (noviembre de 1917) de la guerra civil hasta mediados de 1920, con mi compañera en el Cáucaso septentrional en la ciudad de Trosno, con la familia de mi hijo, ingeniero de minas en la obtención de nafta. El Cáucaso, especialmente en los últimos año y medio o dos años, estaba casi enteramente aislado del resto de Rusia: correos, telégrafos, ferrocarriles apenas funcionaban.

Nada de noticias de los parientes que estaban en el norte, que pasaban hambre, sufrían fríos y morían. Raramente llegaban noticias político-generales y sólo en forma breve, fragmentaria.

En el verano de 1920 vino a verme un joven, N., un socialdemócrata mencheviqui que, en calidad de secretario de un comisario del pueblo, hizo un viaje a Baku en tren especial, por asuntos de la industria de la nafta y quedó allí dos o tres horas.

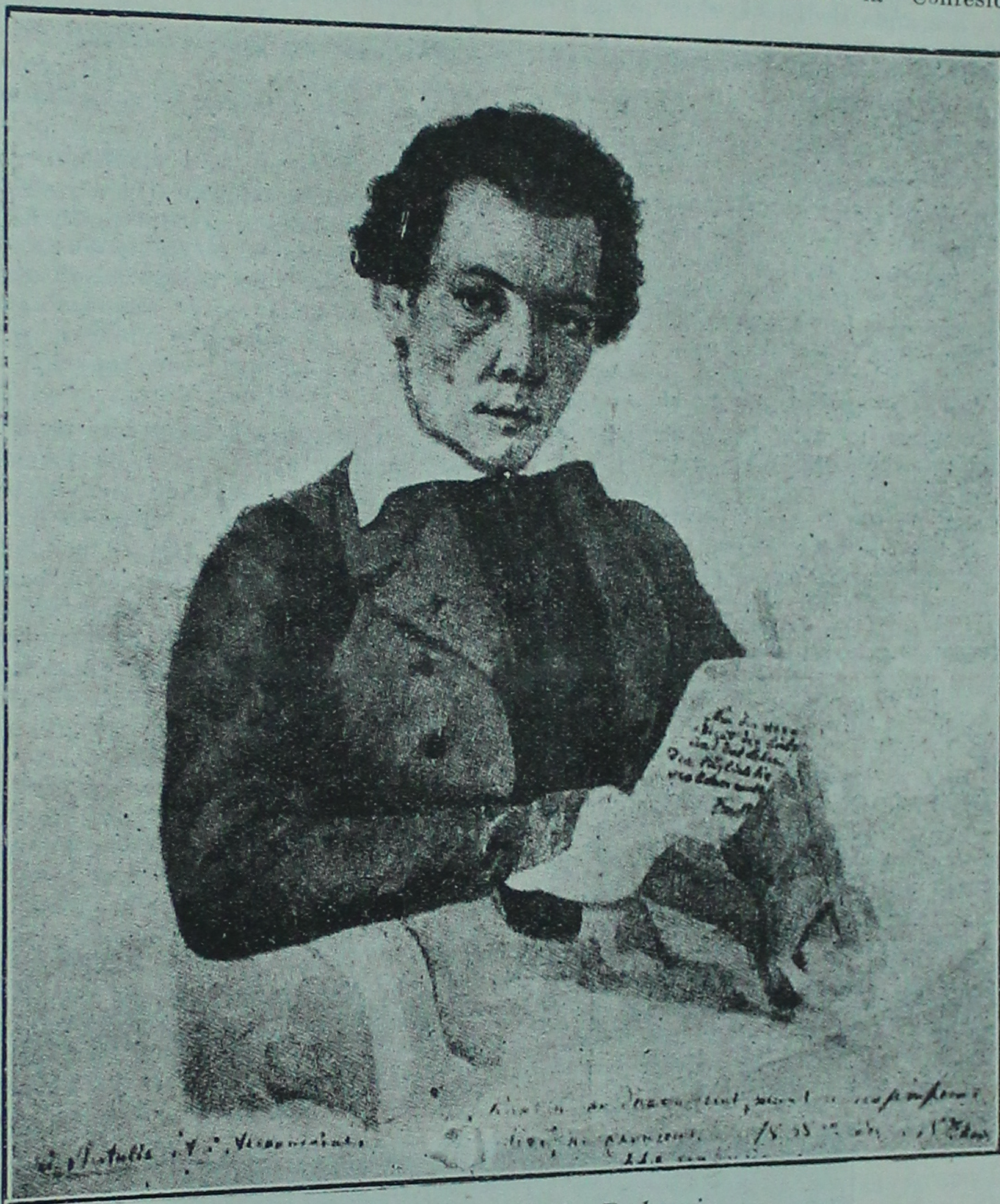
De él oí que conocía a mis parientes y que sabía de mí que era anarquista bakuninista. Me contó luego la última novedad que había sabido unos días antes de su partida de Moscú: en el archivo secreto de los zares se había encontrado la "Confesión de M. A. Bakunin", escrita para Nicolás I en el ravelín de Alejo poco después de su traslado de una fortaleza autriaca. Me comunicó su contenido: era de los primeros que la habían leído en Moscú.

Mientras tanto yo le hice observaciones corrigiendo o complementando su relato, de manera que me preguntó cómo podía saber algo de eso y conocer el contenido, puesto que acababa de descubrirse y no existían comunicaciones con Moscú. "Lo último es exacto — dije — pero el contenido lo conozco por Bakunin mismo, que me lo comunicó muy detalladamente". En realidad, cuando leí después en Moscú el original escrito por Bakunin, me convencí de que en su relato no había silenciado nada y que lo había contado detalladamente todo, incluso la carta a Alejandro II (año 1857).

(Ross cuenta luego cómo a consecuencia de ese encuentro con N., finalmente se le hizo posible partir para Moscú, lo que ocurrió en un tren especial, de carga y de pasajeros, que empleó para ese trayecto dos semanas y media).

En Moscú, en el encuentro con social-revolucionarios conocidos, viejos y nuevos, con socialdemócratas bolchevistas y menchevistas, y con "amigos" de Bakunin en general, surgió de inmediato el asunto de la "Confesión", la caída injuriosa de Bakunin, etc., a pesar de que expliqué que él escribió la "Confesión" proponiéndose conscientemente inducir a error al zar, engañarle, que de ninguna manera podía hablarse siquiera de una "caída". No se atribuyó ninguna importancia a mis palabras, no se les dió crédito. Así fueron las cosas hasta que se encontró la carta que Bakunin (1854) escribió en la fortaleza a su hermana Tatiana, y que le entregó en secreto con formidable riesgo. Esa carta está escrita en una estrecha banda de papel y se conservó hasta la revolución en el archivo de la familia Bakunin. Allí la encontró el profesor Korniloff, que estudió ese archivo y la imprimió en su obra *Años de viaje* de M. A. Bakunin (aparecida en mayo de 1925). De la carta se deduce notoriamente que no puede hablarse de manera alguna de la "caída" de Bakunin. El conocido historiador marxista-bolchevista V. P. Polonski adoptó igualmente esa actitud ante la "Confesión" después de haber visto esa carta (en la segunda edición de su "Biografía de Bakunin, 1925), pero antes de conocer esa carta habló de "caída".

En una de mis visitas a Bakunin en Locarno — si no me equivoco en 1872,



Retrato juvenil de Bakunin

Acuarela con dedicatoria: Para Natalia y Alejandrina (Beer). El escrito siguiente dice en ruso: "Como yo no estoy terminado, tampoco está terminado mi retrato. 1838 — 15 de mayo, Premuchino".— En la hoja que tiene en la mano se lee en alemán: "Sólo se merece la libertad y la vida, el que tiene que conquistarlas diariamente" (Fausto II).

después de la entrega de Netschaeff por Suiza al gobierno ruso, (según el diario de Bakunin, Ross llegó el 9 de diciembre procedente de Zurich y partió el 10 por la mañana para Ginebra, sobre el Simplón; es probable que la conversación sobre el destino de Netschaeff, la fortaleza rusa, pasara luego al recuerdo de Bakunin en sus años de fortaleza),— me contó que en las prisiones austriacas su tratamiento por las autoridades y sus condiciones de vida eran duras, rigurosas y difíciles, pero que esperó inconmoviblemente el fin; estaba convencido que no escaparía al ajusticiamiento. Pero cuando apercibió su entrega al zar ruso, eso lo puso fuera de sí; supuso que el zar lo trataría más duramente todavía, si es que no lo hacía ajusticiar.

En el traslado fué encadenado de pies y manos, el trato por el oficial que le acompañaba era brutal, cínico; recibió una alimentación malísima. Después de la entrega en la frontera a los gendarmes rusos se modificó repentinamente todo el comportamiento hacia él: el oficial ruso de gendarmería ordenó que se le quitasen de inmediato las ligaduras, le hizo dar buena alimentación, se le trató distinguidamente. Todo eso maravilló a Bakunin y él no supo lo que debía significar. En Petersburgo, en el revelin de Alejo ocurrió lo mismo. Entonces se formó por primera vez en él, el pensamiento de que Nicolás no lo trataría tan duramente como se había imaginado, y que tal vez dentro de algún tiempo podría salir de allí de un modo u otro, aunque tuviera que ir a Siberia al principio.

Estaba bajo la influencia de esa idea, cuando vió al conde Orloff, enviado por el zar, con la proposición de que escribiera su "Confesión"; se mostró exteriormente bastante frío, ocultando sus sentimientos, e hizo rogar al zar que le dejase tiempo para reflexionar sobre la proposición. Pero de inmediato había concebido el propósito de servirse de esa propuesta como de un medio para su liberación de la fortaleza. En unos días elaboró todo el plan de la "Confesión" y luego la escribió. Lo más difícil para él era, en tanto que me recuerdo, evitar el dar algún indicio, el referirse a alguién que pudiera ser comprometido. especialmente en los asuntos polacos, que interesaban más que otra cosa al zar.

El zar no lo libertó de la fortaleza, pero, sin embargo, según su convicción, tuvo que agradecer a la "Confesión" el que sus condiciones en la prisión fueran soportables; alimentación suficiente, la visita de parientes, cartas, libros, periódicos, revistas; en el tiempo de la guerra (de Crimea) supo, por los periódicos y por continuas visitas del comandante y de los ayudantes de plaza, bastante sobre la situación de Rusia. Esperó pacientemente el fin de la guerra, en la confianza que luego su situación se mejoraría seguramente.

Nicolás murió, la guerra terminó, el nuevo zar Alejandro II amnistió a los decabristas, a los Petraschevzy (condenados en 1848), pero de Bakunin, contra toda esperanza, no se habló. A los esfuerzos de su madre respondió el zar con una negativa decisiva. Entonces comprendió Bakunin muy bien, según me dijo, que si no podía salir entonces de la fortaleza, su ruina era inevitable. Había que echar mano, pues, a los medios más decididos, y entonces escribió la conocida carta a Alejandro II, que debía privar al zar de la posibilidad de rechazar su petición (febrero de 1857). "Entonces, dijo Bakunin, estaba dominado por el deseo pasional de actividad revolucionaria, sentía en mí fuerzas enormes, estaba convencido que podía hacer mucho; conocía muy bien a todos los elementos revolucionarios de Europa". Y consiguió el objetivo tan apasionada y tenazmente perseguido. Se le envió a Siberia. Allí organizó su vida y su comportamiento de tal manera, como para convencer a los gendarmes que lo observaban severamente, de la sinceridad y verdad de su "Confesión".

Es curioso que casi todos los que han escrito sobre la "caída" de Bakunin, sobre "el crepúsculo de su gran alma", etc., etc., después de la aparición de la carta, (es decir, la carta clandestina de la fortaleza dirigida a su hermana en 1854) callaron y no consideraron posible y necesario, no sólo confesar el error sino dar satisfacción al hombre injuriado. Lo han infamado, escupido y basta — la cosa está liquidada. En una palabra: le privaron de la posibilidad de demostrar que no es un "cualquiera", como uno de sus adversarios principales se expresó, (si comprendo bien el texto ruso de esta frase).

Al final, unas palabras sobre el hecho de que el gobierno ruso de Alejandro II imprimió un folleto basado en la "Confesión", para matar moralmente a Bakunin. Eso tuvo lugar cuando organizaba en 1863 en Suecia ayuda para los polacos insurrectos. El folleto no apareció; el gobierno mismo lo retiró — por causas desconocidas. — "Amigos" de Bakunin suponen por tanto que eso no se hizo sin intrigas de Bakunin; probablemente, dicen, consiguió de algún modo impedir la publicación del folleto. Para mí, esa circunstancia se explica más bien así: por la edición de tal folleto el gobierno ruso habría dado la prueba de cómo se había engañado. Yo estaba muy próximo a Bakunin y éramos muy sinceros entre nosotros, pero no oí nunca ni ví el menor signo de que hubiese temido la publicación de la "Confesión" (una suposición fantástica expresada en 1925 en una revista por el editor alemán de la "Confesión"). ¿Por qué habría debido temerla? ¿No había continuado siendo el mismo que antes de su prisión? ¿Cambió algo cuando escribió la "Confesión"? Esos "amigos" de Bakunin deben encontrarlo culpable a todo precio y se imaginan para ello toda suerte de pretextos. En ese dominio los marxistas son maestros.

Moscú, 12 de mayo de 1926.

—

M. P. Saschin, ahora el compañero más viejo de Bakunin, nacido en 1845, escribió esta exposición, cuyo conocimiento es de recomendar a los lectores y comentaristas críticos de la traducción alemana de la "Confesión" que aparece ahora. La vida pública de Saschin, que comenzó en 1862, primero socialista, después anarquista, interrumpida en 1876 por muchos años de prisión y de destierro siberiano, puede conocerse, entre otras fuentes, por sus "Recuerdos de los años 1860-90" *(en ruso; Moscú,* 1925, 143 *págs.).*

En lo que precede, lo que se encuentra entre paréntesis fué agregado por mí.

M. N.

18 de mayo de 1926.

El capataz se encogió de hombros.

—Liquidado el pobre viejo... Era un buen "arrancador" de la tercera... Habrá que buscar quien lo reemplace.

El sombrero con los papelitos estaba sobre la vagoneta, olvidado por Horton, que dirigía a los mineros para tapiar la galería cuarta, inservible ya. Hill, que iba a hacer rodar la vagoneta, tomó del sombrero un papelito y lo abrió. Extrañado al leerlo, tomó otro, otro, cinco, seis...

Y se le enfrió el corazón de golpe.

En todos estaba escrito el nombre de Slater.

NICOLAS LAMANNA

Nicolás Lamanna, el escultor argentino desaparecido hace tres años, hubo de ser la modesta y altiva encarnación del proletario en el arte. No sólo porque fuera de extracción humilde, y sí por otras virtudes intrínsecas. Su destino, que no fué muy llano y propicio y con el cual cargara con cierta bonachonería, pareció haberlo decretado así: ser el eterno obrero quien, por inclinación, por bondad y necesidad económica va labrando, durante su camino la obra ajena en una postergación continua de la suya, esclavizado por su inaptitud de industrializarse. No hubo galeote que, atado al banco de la faena cotidiana, remara con el corazón más ligero; sus labios no exhalaban jamás la queja del descontento; ni en los años más adversos, la amargura depositó sus agrios sedimentos en su cordial simpatía por los demás.

Pero no fué el proletario del arte únicamente por esas causas ineludibles, casi emanantes de su propia naturaleza. Hubo de serlo también por causas ajenas, exteriores, que chocaban con su ángulo moral. Cuando hablamos del proletario, no es tanto en sentido social y corriente, sino por aquellos artistas que por una

NICOLAS LAMANNA — 1888 - 1922

gravitación naturalísima, por el mismo peso de sus hechos se ven aislados, y han de individualizarse forzosamente en un gesto espontáneo de reacción y de rebeldía contra la anfibiedad, la mala fe y el favoritismo rampante del ambiente que los cerca.

Confesemos que, a pesar de todo, no poseía innato el temple de los luchadores de raza. Su natural bondadoso, con su sed de camaradería le inducía más bien a la tolerancia y a la abierta comprensión de casi todas las criaturas y de las cosas. Podía ser amigo de todo el mundo, sin transar, por eso, en sus principios. Era casi esta su condición privilegiada, singular. Y caos extraño en las mollera de los administradores de la cosa artística, se le confundía y se arribó a incluirle en las listas de los intocables, aquellos que escriben o hablan en voz alta de lo que todos piensan sin tener la virilidad de decirlo, sino en chismes y comadreos; de aquellos a quienes habíase de asediar por hambre, guillotinándoles en el silencio y en la continua postergación de valores.

Y Nicolás Lamanna, el hombre eminentemente afectivo, hasta con sus presuntos adversarios, tuvo que padecer las mismas estaciones del gólgota de esos artistas insurgidos, camaradas suyos, de los renitentes a toda imposición oficial, académica o no; los que atacaban, sin miramiento, lo malo y lo pervertido, ya fuesen hombres, instituciones y obras.

Como dijo acertadamente uno de sus compañeros de taller y de estudio, en las mismas páginas de este Suplemento, Zero-C. Giambiagi:

..."*A pesar de que su bondad ingénita le hizo tolerar a más de un sinvergüenza y su ingenuidad le hizo creer en mil imposibles, nunca calló su verdad y tuvo la valentía de decirla franca y abiertamente en todas partes contra sus intereses materiales. Allí está "Acción de Arte" para demostrarlo...*

Es este un párrafo del hermoso artículo publicado a raiz de la muerte del artista. Durante el curso de estas divagaciones, hemos de repetirlo en sucesivas citas.

Se comprende ahora, después de este detalle viviente, el rasgo con el cual Zero evoca la fisonomía moral de Lamanna — que éste, no obstante su espíritu bonachón, accesible a todos, supo reaccionar cuando las circunstancias lo requerían, ocupando siempre el sitio del artista independiente, quien, antes de transigir con sus postulados de dignidad y hombría, prefirió vivir en perenne pobreza.

—

Jamás se dilucidó, de manera clara y convincente, el punto moral de la existencia de los artistas: su conducta en los hechos de la realidad cotidiana y su comercio con los hombres en relación con sus ideas y convicciones. Advertía, Ibsen, que solamente en el período en que su vida acordó con sus ideas, con sus acciones íntimas, logró alcanzar la cumbre de su creación artística. Su esfuerzo más grande, confesaba, no fué el de construir sus dramas y sí el de torcer, derrumbar, modelar su vida para que, anticipándose como causa de arte, se desenvolviese según el latir de sus pensamientos. Creó innumerables héroes porque él fué de esos héroes.

Y es que el arte, simple epifonema, suma, síntesis, no es más que un fruto maravilloso que supone el árbol: el hombre. Hoy se es aprendiz de artista con la misma ética y dedicación como se es aprendiz de estafador. Se cultiva la línea, el color y el verbo, pero no la honestidad del corazón, de los sentimientos. La palabra de orden: profesionales ante todo, luego, si hay lugar y tiempo, hombres. Se puede ser muy bien truhanes y canallitas y, al mismo tiempo, artistas. No, no y no. Porque nadie tiene el coraje viril de ser tan bellaco y canalla en las obras, como lo es en el vivir diario. Y cuando se acerca a esa subalterna tabla de valores, surge un Aretino, un conde Lautremont y etc., verdaderas excepciones aberrativas.

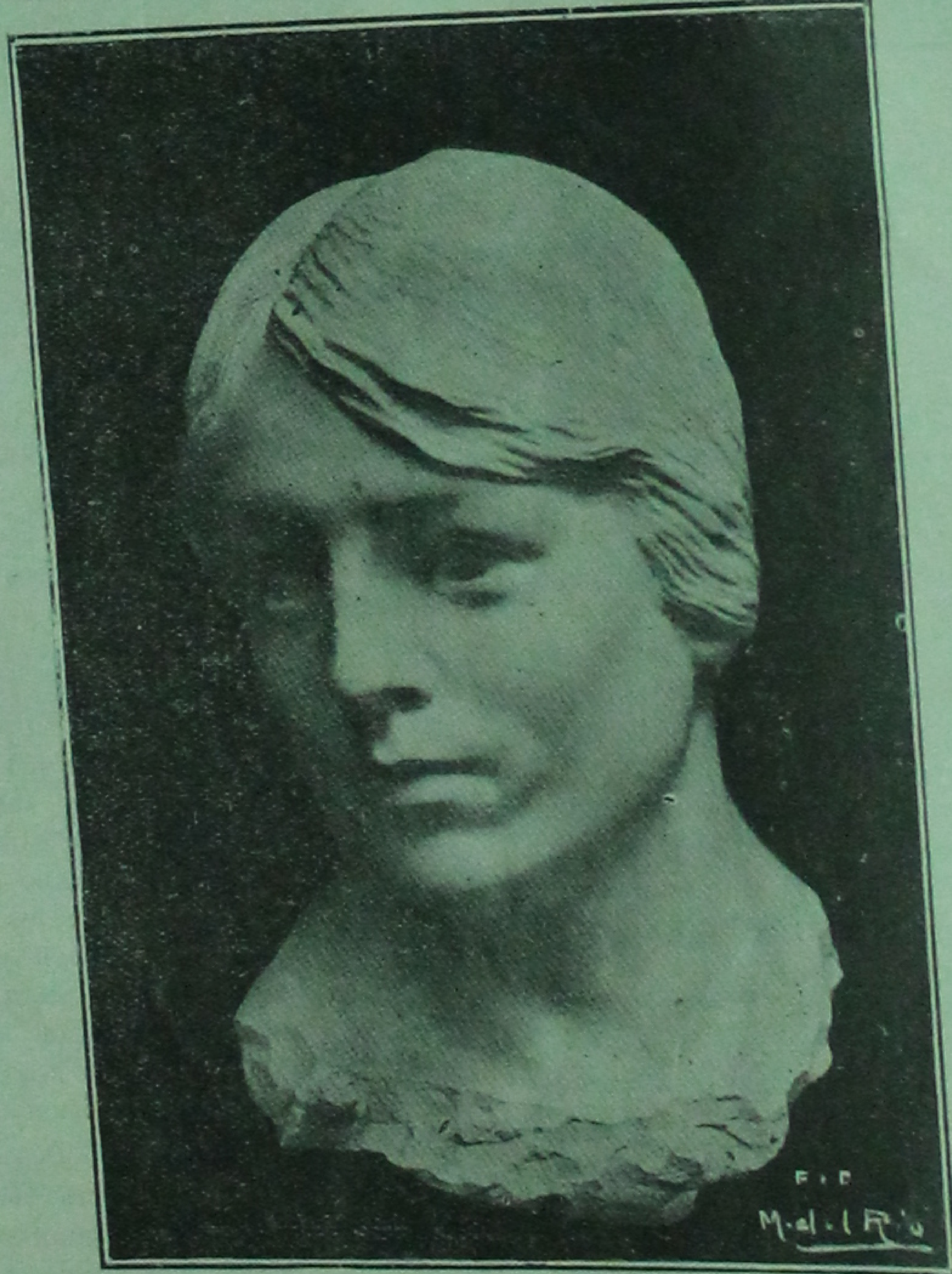
En cambio, no es cantidad desdeñable — por no decir sumas infinitas — las personas que opinan lo contrario de nosotros. Creen firmemente que un artista podrá ser cochino en la primera porción del día, para después, en la otra, escribiendo, esculpiendo y pintando, ser totalmente otra cosa, en el sentido de perfectibilidad moral. Esto, que ha llevado a querellas innúmeras, tuvo, en todo tiempo, fervientes partidarios y acérrimos impugnadores. El acuerdo no se hizo, ni se hará. Son las suyas, causas demasiado profundas, con raices fisiológicas, casi más que psíquicas.

Ni nos proponemos, ni nos importa dirimir satisfactoriamente esta cuestión de lo amoral, moral e inmoral en el arte. Por lo pronto, Baudelaire, el menos moralista de los poetas, hablaba de su origen ético. Pero dejemos eso y digamos que quienes rodeaban a Lamanna, en esa época de efervescencia tolstoyanista, sustentaba la creencia ciega y cuasi ingenua que una obra de arte debía equivaler a una acción estrictamente moral. Querían ser en la terrena vida lo que soñaban ser luego en sus obras: limpias y puras si fuera posible, una y otra. Y su lema — de ellos y de Lamanna — que correspondía a esa aspiración de elevarse un poquito sobre el nivel común: era éste: *más vale una derrota honrada, que cien triunfos puercos.*

Peregrina o no, esta doctrina —casi antitética con la estética al uso —, en un país sin tradiciones artísticas, sin arraigos culturales hondos, era la única viable y a la cual ellos habían de aferrarse para no naufragar en el océano de claudicaciones, de cobardías morales y de rastreras voluntades con ambición de medrar.

Las virtudes que deberían adornar a un temperamento artista, si ansía la máxima belleza moral, han de ser viriles y diáfanamente veraces y siempre la valentía en todo trance. Alguien ha dicho, *valor debajo el cráneo y en los puños;* y es lo único que convertirá a los artistas en levadura, en fermento de inquietud tendiendo hacia una perfectibilidad indefinida de los hombres. Y bien, ello fortaleció interiormente a ese grupo, en el que Nicolás Lamanna era uno de sus abanderados; y quien si se malogró en la flor de la madurez de su talento, si su vida de artista tuvo fatalmente que desembocar en un fracaso, éste hubo de serlo de una honradez inmaculada. Lo que equivale a cien triunfos puercos, a esos triunfos venales de la hora y que todos los años se producen a granel.

Y digámoslo de una vez. En los últimos tiempos, en las vísperas de esa eternidad incognoscible, él, el buen obrero que amara siempre su tarea en el campo



NICOLAS LAMANNA.— *"Retrato de la mujer del artista".*



NICOLAS LAMANNA. — *"Desnudo"*

de su cincel; que trabajaba como si tuviera en el pecho un corazón alado, sofocándole con sus latidos, queriéndosele salir por la boca, murió, finalmente, de asco y miseria. No, no es la sólita frase literataria y de efecto; al contrario ha sido la más desencantadora realidad para nosotros.

* * *

Nicolás Lamanna nació en Buenos Aires el 27 de mayo de 1888. Desde su humilde condición de marmolista, animado por una voluntad inquebrantable, supo elevarse hasta ocupar sitios honrosos en las exposiciones del país y del extranjero, alcanzando señalados éxitos en el ejercicio de su arte.

Becado en 1912, logró singularizarse con sus primeros envíos en los certámenes de Roma y Florencia. La crítica italiana, no siempre benévola con los extraños, lo destacó del grupo común de los expositores como a un artista de largo porvenir. Aquí obtuvo en 1915 un premio estímulo, en 1919 un tercer premio y en 1922 otro premio en el Salón de Arte Decorativo. Existen obras suyas en el Museo de Córdoba y el Museo de Bellas Artes de la metrópoli posee un mármol suyo titulado "Cabeza de Adolescente".

Su obra total es relativamente numerosa, aunque por su obligada actividad en el *transplante* de obras ajenas al mármol, no hubiera podido dedicarse enteramente a una labor creadora. Entre sus obras importantes y de auténtico valer, se pueden citar "Cariátide", "Retrato del pintor R. Silva", "Torso de mujer", "Arquitectura", el *desnudo* que publicamos, de la época de Florencia y el busto de la compañera del artista, — una escultura modelada un año o dos antes de su desaparición. Necesariamente es una obra fragmentaria y trunca, en su faz evolutiva y en la consecución de un carácter determinado. Es que tuvo que batallar y penar mucho en la búsqueda de su propia orientación. Pero dió toda la medida de su talento y sensibilidad en algunas piezas de un valor definitivo. Era, a pesar de todo, un descendiente de la escuela escultórica realista italiana. De gran sensualidad tactil, hacía vibrar las carnes que modelaba en un soplo de virilidad. No obedeciendo a cánones escolásticos algunos, no teniendo tampoco prurítos estilísticos, ni estilizadores, sabía ennoblecer el modelo, crearle una vida superior a fuerza de embebecerlo con el fuego de sus más nobles facultades; o sea una especie de hipnotismo sensitivo que alquitaraba las formas, substanciándolas en hermosas concreciones plásticas.

En la máscara del busto de su compañera, el juego del modelado fisonómico es de una jugosa justeza expresiva; se alcanzó allí la suma potencia de un estado vital, de donde emana

la irradiación de una sonrisa apenas per-
ceptible, que baña, envuelve toda la ar-
moniosa testa femenina con una luz ale-
gre, primaveral. Son pocas las esculturas,
como éstas, en que los medios formales,
plásticos se hallen tan de acuerdo con lo
que se quiso expresar, lo interior, con lo
exterior. De ello fluye la serena beatitud
de una armonía, que es como un halo que
la ilumina en la tenuidad de las luces y
las sombras. Pocas son las esculturas —
repetimos — de la escultura contemporá-
nea argentina, que logre darnos esta sen-
sación de madurez intelectual, por la que
se vuelve a la naturalidad y a lo simple
por intensidad máxima: sabiduría y ex-
periencia que desdeña todo camino que
no sea recto. Es uno de los trabajos de
Lamanna que ha de perdurar.

Es por esa época que el artista emprendía su verdadera etapa creadora, que desventuradamente no pudo ser proseguida y prolongada por quien habría dado al arte una de las obras más serias, sentidas y honestas, de una hermosa lealtad. Dígase lo que se quiera de estas calidades; es reconfortador, en estos tiempos de escamoteos y de trucos, contemplar un bello resultado conseguido limpia y rectamente. Y es esta una de las características más salientes de la labor de Lamanna. Y le venía de ese *artesanato* en lucha diaria con las herramientas.

En este otro aspecto de su personalidad nos dice Carlos Giambiagi, o Zero:

...Quiso, como los maestros del renacimiento, ser el obrero artista, haciendo de su estudio una bottega, donde no era una vana frase de retórica el canto del mármol y el cincel. Porque el escultor Lamanna era un escultor — cosa rara y peregrina en los tiempos que corren — que esculpía. Y como no podía vivir esculpiendo sus obras que nadie compraba, esculpía las de los amigos o las de los no amigos. Así, ese taller de verdad, que el trabajo quería dignificar y alegrar con el repiqueteo sonoro del cincel labrando el mármol, se entristecía con la sonrisa estúpida de los bustos de tantos burgueses...

Esa fué su existencia, un poco oscurecida por ese trabajo esclavo, que a él asimismo le sonaba a bendición, ya que suponía el pan bíblico empapado en sudor, y ganado con altivez.

Esta dolorosa pérdida ha sido imputada casi siempre a motivos de variedad infinita, menos al verdadero. Indudablemente no se puede achacarle la entera culpa al ambiente y al oficialismo imperante; aunque recibiera de él repulsas injustificadas y rechazos ignominiosos, como cuando eligió las obras para enviarlas a la Bienal de Venecia. Estas y otras cosas aceleraron su fin. Sin embargo, en su fracaso final hubo otro motivo, más íntimo, ineluctable, y es otra vez Zero quien nos lo proporciona. Dice:

"Demasiado sincero y recto, su obra
nunca tuvo ese aspecto brillante y pre-
tencioso que atrae con facilidad el aplau-
so y la ayuda del público. A medida
que, desarrollando su personalidad mo-
ral, ahondaba sus conceptos de la forma
y que su vida iba adquiriendo cualidades
plásticas concretas, su aislamiento au-
mentaba como se la hacía mayor y más
torturante su problema de vida".

Es esto una gran verdad que, a su vez,
nos descubre otra insospechada verdad:
que cuando un hombre muere persiguien-
do tan nobles fines, su derrota se con-
vierte en un esplendente triunfo moral.

At.

modelos imperantes en París. Algunos
azules y negros de Charlot o de Wlaminck,
o algo parecido, realizados con unas tie-
rras, y la *croute*, o sea el voluntario *ma-*
marracho, la calculada fiebre de lo incon-
cluso, adquiere un aire de obras antiguas.
Moderno y antiguo, como se estila en los
tiempos actuales de tanteos a ciegas y a
tontas.

No negaremos que domina completa y
superficialmente su oficio y lo usa con
cierto acento de arte, como en "El des-
canso de los niños", dos desnudos infan
tiles realizados con desenvoltura.

Lo que desesperanza, es precisamente esa destreza, esa desenvoltura que son siempre signos de capacidad meditativa y de abstracción. En una palabra, este artista italiano, quien no carece de excelentes condiciones, peligra naufragar en el profesionalismo pictórico.

En la misma pinacoteca, exponen dos pintores más, Víctor Roverano y Salvador Cabedo, este último con una cuantiosa producción de muy escaso valor.

ANTONIO CICCHITTI — "Tolo"
(Dibujo)

PIERRE HAMP

MOLINERO, TU DUERMES (1)

—Molinero, tú duermes, dijo el hombre curioso.

Y el molinero dormía adosado a la pared de tablas sacudidas por el voltejeo de las alas de la rueda del molino. Levantó lentamente sus párpados y sus ojos grises destellaron en el albor de su rostro enharinado.

El curioso le preguntó:

—¿El molino no marcha muy rápido? ¿No es mucha la velocidad?

El recién despertado, al desperezarse, abrió los brazos en un gesto de crucificado:

—¿No es usted molinero? ¿El viento acaso derriba los molinos? Después de ocho días la brisa era baja, acostada a la tierra como un perro. Ayer por la mañana se levantó de la parte del Norte, fresca y tozuda. Y esta noche sopló muy bien, y el viento se apoyaba en las alas. Pero he ahí que aflojó.

El curioso se asombra:

—¿Trabaja usted toda la noche?

—Toda la noche, después todo el día. Cuando es necesario, es necesario. No se regula el viento al capricho de uno. Si el viento nada hace, el molino tampoco, pero si él ataca, el molino también hará su deber. Ser molinero con el viento y querer dormir en su lecho, es algo que no va de acuerdo. El viento cuando pasa, ¿quién le retiene? El buen molinero no deja pasar el viento.

En el curioso se prolongaba su asombro:

—Al ver de lejos el pequeño molino se
piensa: viejo y pequeño oficio, quien tra-
baja contigo debe ser muy dichoso. Y he
ahí que usted padece de sueño, del buen
sueño reparador. Cuando el molinero
duerme, es porque no puede más.

—Si la brisa no sopla, uno se adolora.
Se reposa bastante cuando el viento de-
cae. Entonces se trabaja en la arboladu-
ra. Siempre hay algo que hacer. En los
molinos a vapor se está más tranquilo.
Allí, todos los días se parecen. La má-
quina marcha y se detiene cuando quiere.
Pero no se muele tan buena harina en
las nuevas usinas, como en los molinos a
viento.

El curioso, en tanto, leía: 1772, graba-
do en el tronco de roble, pivote de esa
casa movediza. Estudia la antigua mecá-
nica de artefactos en madera con trans-
misiones de cuerdas; ningún hierro, nada
más que roble con espigas y muescas, un
bello trabajo de carpintero.

—No se hará otro semejante, exclamó
el molinero. El tronco de roble tiene cien-
to veintinueve aros de madera, ciento
veintinueve años. No podría encerrarlo
en sus brazos como a vuestra mujer, que
jamás llegará a ser tan vieja. No es pa-
ra desearlo a la gente. Un molino afor-
tunado, éste: ningún incendio después
que da vueltas; la tempestad pudo arran-
carle algunas alas, pero nunca lo derribó.
Se tiene en pie todavía.

El curioso se pierde en el ensueño.
Ciento veintinueve años de verdura y
de nidos vivieron en ese tronco un poco
más largo que el féretro de un hombre.

El molinero trepa por la escalera de cuerdas para volcar el trigo en el depósito de la muela a estrías, que el eje de las alas mantiene fija; toma en sus manos un puñado de trigo para mostrárselo al visitante:

—Excelente trigo; es del cortijero que está arando allá abajo.

Por el ventanillo abuardillado, donde sólo cabe su rostro, me enseña el agricultor guiando de un cordel su caballo negro en la tierra blonda, donde los trigales maduraron bajo las alas del molino. Un verde primaveral inunda la llanura. En los árboles, las hojas de una dulzura parecida a los primeros plumones de las aves no logran esconder el diseño de las ramas sombrías bajo ese frescor.

El extasiado pensaba:

—Esto ha brotado demasiado temprano. Bien pronto el verdor de las verduras se vestirá de tonos graves.

Sus ojos festejaban a la juventud de ese verde, el más bello verde del año. Muestra al molinero un rígido álamo tupido de ramitas:

—Se dice que el hombre no puede contar las estrellas que hay en el cielo. ¿Podrá siquiera contar las ramas de un árbol?

El molinero, atando su bolsa con un cordel, se la puso al hombro, me auguró las buenas tardes e inclinando su cabeza, en cuya la harina disimulaba la blancura de su cabellera:

—Hace cuarenta años que yo estoy en el molino. He visto plantar esos álamos de la ruta. Entonces se podían contar las ramas. He ahí ahora que sobrepasan las alas del molino.

—Cuarenta años de trabajo, le habrán hecho rico.

—Se posee un campito. Hoy me pagan
45 francos al mes con casa y comida. En
otros tiempos eran veinte francos. Había
molinos sobre toda la llanura hasta lle-
gar a Lille. No quedan más que dos para
el aceite, y yo solo para la harina. Ha-
rina menos blanca que la de los molinos
a vapor, pero sin trampa. En las usinas
las mezclan. En esta bolsa no hay más
que trigo de un solo campo.

El curioso señala el labrador de la llanura.

—¿Se hace él su pan?

Sí. Hay tres en la aldea que hornean
en su casa. Los otros dan a amasar al
panadero. Hoy se desea tener su pan coci-
do por otros. Los brazos del panadero ga-
naron ya mucho dinero. Mi patrón cobra
treinta sueldos por hectólitro para la mo-
lienda. Es un poco carero. Busca el trigo
y lleva luego la harina. Gana bastante
cuando el viento sopla. Se puede moler
veintiún hectólitro por día. Esta noche
no se hará mucho. El viento viene des
ganado.

El eje engranado por las espigas de
roble sobre el pivote de la muela, espacia
su marcha. El molinero, teniendo el saco
por el cordel, le dió las buenas noches
al visitante prudente, con el pie en la
escalera de cuerda. El polvo en las ropas
del viejo molinero le teñían del mismo co-
lor que el de la madera. Sus ojos relum-
braban en la palidez mate del rostro con
el esfuerzo de la carga. Las alas dondo-
leando sus signos de cruz, sacudían dul-
cemente la escalera por la cual el curio-
so descendía. Alejado sobre la ruta em-
palidecida de ese país verde, contempla
el molino, esposo de la tierra, donde des-
pués de ciento cincuenta años, la mies
maduraba para su muela. Bajo el viento
atenuado, las alas apenas hacían un ges-
to agonizante.

—Tiempo vendrá — piensa el curioso — cuando la última ala habrá dado su último voltejeo. Ese trabajo antiguo se halla en el último suspiro.

Miraba en ese crepúsculo primaveral, coloriado de esmaltes cocidos por la intensa luz, el abalanzarse hacia el firmamento el fuste de una chimenea roja, tan alta y fina que la humareda, decantada de su negrura, se elevaba semejante a esas nubes malvas que desfilaban sobre la púrpura viva del sol ensangrentado.

—Cuando los siglos futuros hayan pasado sobre esta tierra, ¿verán los ojos de los hombres, a los crepúsculos de los soles envejecidos, la ruina de esta chimenea que se iergue sobre esta llanura resignada?

Como yo amo el ala del último molino, el paseante que vivirá cuando la carne de mis ojos se fundirá con la tierra que él pisa con sus pies, amará también él esa chimenea que llevó tan alto el fuego de los hombres por su trabajo.

La chimenea, semejante a la columna del templo antiguo y que despide el humo como los altares de los dioses, será ella la lamentada belleza por oponerse a las formas nuevas, cuando después de siglos el último molinero dormirá:

Meunier, tu dors. Molinero, tú duermes.

(1) *Es uno de los escritores franceses que, surgidos de la masa obrera, permanece siendo un obrero cuando escribe.*

Deshonremos la guerra (1)

Los tiempos han llegado. El decreto ha encontrado su fórmula. Hoy la fuerza se llama violencia y comienza a ser juzgada. La civilización, cediendo a los clamores del género humano, instruye el proceso criminal de los conquistadores. En muchos casos el héroe no es otra cosa que una variedad del asesino. Los pueblos han llegado a comprender que el engrandecimiento de la maldad no puede constituír su disminución. Si matar es un crimen, matar mucho no puede ser circunstancia atenuante. Si robar es una vergüenza, invadir un pueblo no podrá ser una gloria. Los "Te Deums" no hacen
gran efecto, y no podrán impedir en ade-
lante que el homicidio sea homicidio; no
importa llamarse César o Napoleón, por-
que no se cambia la figura del asesino
aunque se ponga sobre su cabeza, en lu-
gar del gorro del presidiario, una corona
de emperador.

¡Ah! Proclamemos las verdades abso-
lutas. *Deshonremos la guerra.* No; la glo-
ria sangrienta no es gloria. No; no es
bueno, ni útil, ni humanitario matar hom-
bres. No; ¡oh, madres que me rodeáis!
No puede ser que la guerra continúe
arrebatándoos vuestros hijos. No; no
puede ser que la mujer reproduzca, los
aldeanos fertilicen los campos con su su-
dor, que el obrero fecunde las ciudades,
que mediten los pensadores, que reali-
ce maravillas la industria, que haga el
genio prodigios, que la vasta actividad
humana multiplique, en presencia del cie-
lo cubierto de estrellas, los esfuerzos y
las creaciones, para llegar a esa horroro-
sa exposición internacional que se llama
un campo de batalla.

VICTOR HUGO.

(1) *Esto que Víctor Hugo escribió ha-*
ce la friolera de una cincuentena de años,
más o menos, en Bélgica, y es un frag-
mento perteneciente al libro que le dedi-
cara a Napoleón el pequeño, o sea el III,
demuestra el optimismo panglossiano de
la generalidad de los poetas, aun en los
de talla mayor; lo cual no quita la in-
herente nobleza a toda mira generosa,
aunque estas afirmaciones completamen-
te prematuras, aceptadas como concep-
tos teóricos están lejos de realizarse to-
davía.

Por los Salones

Exposición Mario Bachelli.—(Van Riel)

Este artista italiano es la segunda vez
que expone aquí. No hemos podido distin-
guir si de esta a la otra muestra hubo
algún progreso. Alguien, quizás más au-
torizado que nosotros, afirma que sí.

Es un pintor profesional, tan diestro
que, si de su habilidad no ha hecho to-
davía un virtuosismo, se halla bordeán-
dolo; y es muy difícil que sea sensible a
un progreso paulatino e indefinido. Pin-
ta y observa con cierto buen sentido,
compone o trata de componer también
con cierta gracia, y todo ello lo manipula
con las recetas modernas de los nuevos

CARCELES Y DESTIERROS RUSOS

El gobierno acaba de sistematizar su trato con los prisioneros de acuerdo con el espíritu de la actual dictadura comunista. En política, absolutismo, en la gran cuestión económica, un capitalismo primitivo — en parte privado y en parte del Estado —, y así el gobierno contempla con más benignidad los delitos de carácter económico y los crímenes comunes, en tanto que persigue a sus opositores políticos con saña y severidad.

Respecto a las últimas jurisdicciones de la G. P. U. — un camuflaje de la Tcheca — se están ampliando cada vez más, y hoy en día posee una más amplia autoridad que la fenecida tcheka. Los culpables de delitos comunes contra la legislación de los soviets, pueden desde un principio, al ser condenados, contar que obtendrán su libertad al cumplir la mitad de su pena. En cambio, los presos políticos, sufren invariablemente una cautividad indefinida; es decir, cuando concluye el término de sus días en la cárcel, se les envía desterrados; la duración del destierro oficialmente es de tres años, pero al expirar esta otra pena, se los vuelve a exilar, y a menudo, por cualquier infracción o pretexto, se les devuelve otra vez a la prisión. Es un círculo vicioso: cárcel, destierro, destierro y cárcel.

Los apologistas del bolcheviquismo, desean hacernos creer que cuando un preso político cumplió la condena impuesta, se le liberta definitivamente. Esto no es verdad; los hechos que dejamos expuestos casi nunca tienen excepción, ya que una persona pasible de delito político, si es desterrada por la G. P. U., casi nunca vuelve a recobrar su libertad.

Citemos algunos casos:

En 1921 los socialdemócratas de Smolensk organizaron un acto de protesta contra la masacre de socialistas y anarquistas en las prisiones de Butirky de Moscú llevados a cabo el 25 de abril del mismo año. Varios de ellos fueron encarcelados por esa simple demostración. Han transcurrido cinco años sin que la G. P. U. los haya puesto en libertad. Primero fueron alojados en la prisión de Butirky, luego trasladados a Wiatka y a Siberia, y después otra vez fueron encarcelados en el famoso campamento de Solovetski, y ahora se hallan exilados.

Lo mismo sucedió con los anarquistas aprehendidos en Kharkov, en octubre de 1920, cuando fué suprimido el congreso anarquista, a despecho del reconocimiento legal de él por parte del poder bolcheviqui. Los hombres y las mujeres arrestados entonces — hace más de seis años — se hallan todavía en la cárcel; ellos son Aron Baron, I. Tcharin, Lea Gootaman, Lebedef, Briulin y otros.

Idéntico destino hubieron de sufrir los socialdemócratas detenidos en Moscú: primero en la cárcel de Yaroslav, luego a Siberia; después a Pertominsk, otra vez en las prisiones de la isla Solovetzki, seguido de una nueva condena de exilio; ese es su Gólgota. Numerosos casos similares podrían citarse.

Y la prisión como el destierro resultan más penosas y duras para los presos políticos que para los prisioneros por crímenes comunes. A éstos, por lo menos, se les deja en paz. No se les fastidia constantemente con requisiciones, traslados y otras molestias; además, se les permite aceptar trabajos de los particulares, y hasta pueden comerciar y, también, disfrutar del derecho de las amnistías, antes de la expiración de sus sentencias. Al contrario, no solamente los presos políticos son despojados de todos esos derechos, sino que se les veja inútilmente. Por ejemplo, se les transporta a los más lejanos y desolados puntos del país, frecuentemente a centenares de millas de cualquier ferrocarril, incomunicándoles de este modo del mundo de los vivos. Es generalmente imposible procurarse trabajo en esas pequeñas aldeas, donde los nativos no conocen la lengua rusa. Y todavía la pensión del gobierno es de 6 rublos y 25 kopecks, menos de tres dólares, — suma que está lejos de hacer soportable la existencia.

Es fácil, entonces, comprender cómo los presos políticos dependen vitalmente de la ayuda que se le pueda proporcionar del extranjero, — a pesar de que toda comunicación con camaradas suyos o con amigos del extranjero es severamente castigada, resultando de ello nuevas sentencias de cárcel o de exilio, a un punto más lejano todavía, y entre razas nórdicas apenas civilizadas, o entre pueblos nómadas.

El destino de los prisioneros y de los desterrados, socialistas y anarquistas, depende mucho del personal de las cárceles, el cual está compuesto por miembros de la G. P. U. Los varios viejos revolucionarios que se hallan todavía al frente de los establecimientos penales, o en las administraciones de los sitios de destierro, han olvidado sus antiguos sufrimientos en las prisiones del Zar. Se han encallecido en sus roles de cancerberos del régimen rojo. Los nuevos funcionarios son comunistas de ayer, por decirlo así, — personas que ingresaron en el partido recientemente. Esos elementos no conocen otra cosa que el gobierno y sus *enemigos*. Ignoran completamente el glorioso pasado del movimiento revolucionario. Los nombres de sus héroes les son absolutamente desconocidos. Ellos solamente ven personas *peligrosas* para el orden existente, e incidentalmente se hallan muy satisfechos de ser los funcionarios de las cárceles y pertenecer como miembros a la G. P. U. Nada conocen de las grandes luchas llevadas a cabo en otros tiempos por los revolucionarios contra la administración de las prisiones del zar, y ellos tratan siempre de reducir las cárceles de los soviets al mismo nivel de la época del absolutismo de Romanoff.

Los efectos de la huelga de hambre, la única arma que les queda a los presos políticos como su última defensa, en las prisiones bolcheviquis son ya un suceso que se produce a diario. Pero el público de afuera, apenas si tiene noticias de eso. Detrás de esos muros de granito, se continúa el desesperado batallar de las numerosas víctimas del terror bolcheviqui, en demanda de lo elementalmente necesario, por un mínimo de existencia un ínfimo cuidado para asegurar la salud de toda persona.

Aquí, revolucionarios de todos los matices y credos, están realizando una lucha en condiciones trágicas, completamente ignorada por el mundo entero y sin la ayuda de nadie. Aquí, socialistas y anarquistas se debaten hercúleamente para mantener la integridad de los principios revolucionarios, aun a costa de los mayores sufrimientos y de su propia vida. Y solamente los suicidios demasiados frecuentes constituyen para ellos una liberación de ese viviente infierno.

Ayudad a los hombres y mujeres martirizados por su ideal.

Delegación en el extranjero del partido socialista revolucionario y de la Unión Maximalista. — I. Steinberg.

Representante de la Sociedad de Moscú de ayuda para los presos anarquistas. — Alejandro Berkman.

Secretario del Comité. — M. Mratchny.

Dirección: Fritz Kater, Kopernikusstrasse 25. — Berlín. — Alemania.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(CONTINUACION)

EL SOCIALISMO DE LANDAUER

En su investigación de una concepción del mundo, en sus demandas espirituales, en su aspiración al polo de reposo en la fuga de los fenómenos, la mayoría de los hombres son muy moderados; otros no tratan de ningún modo de fundamentar la verdad, sino que se dan por contentos con lo que les ofrece la escuela y la iglesia; no sienten ninguna necesidad de alimento espiritual más fuerte. Existe, sin embargo, una tercera especie de hombres que no están nunca satisfechos con lo que se les ha dado. Por un tiempo puede moderarse su sed de saber, pero pronto aspiran a ir más lejos, tienden hacia lo más grande, a lo más elevado, a lo imposible. La figura más sobresaliente de este tipo la encontramos en el *Fausto* de Goethe. Como consecuencia, este tercer tipo resulta que no se detiene en un punto y no puede hallarse a gusto en la creencia limitada de haber encontrado la piedra de la sabiduría. Tiene que recorrer todos los estadios que no han sido recorridos jamás por los seres humanos. Un ejemplo brillante de esta naturaleza es Eugen Dühring. El destino de esos hombres, cuyos pasos de gigante no pueden seguir todos, es ser envidiados. Sólo miran hacia sí mismos, se dice, no tienen un punto sólido, van de aquí para allá, ¿para qué escuchar a aquellos que anuncian hoy algo que no es ya lo anunciado por ellos mismos ayer? Así ocurre que esos hombres no son nunca reconocidos en el período de su vida.

Landauer era una especie de figura de Fausto en cierto sentido. Fué siempre inspirado por nuevos ideales, penetrado por nuevas figuras en la literatura y en el arte. Su socialismo no era ningún frío bloque de mármol, no era una doctrina muerta, ni un dogma conservativo. Dogmático es el marxismo, como lo es el cristianismo; ambos perdieron ya todo espíritu viviente. El socialismo de Landauer, al contrario, era ingenioso, móvil. De ahí que no rechazara el bolchevismo, como hicieron los social-reformistas, en su primera fase. ¡Vió en él algo nuevo, y todo lo nuevo era para él una posibilidad abierta! Aun después de 1906, después que Landauer elaboró una concepción independiente propia sobre la esencia del socialismo, no fué un dogmático, no cabalgó en su caballito, sino que aprovechó todas las posibilidades. Fué el primero que hizo propaganda en Berlín para las cooperativas de consumo, y hoy éstas se encuentran fuerte y vastamente desarrolladas.

El socialismo admite tal multitud de interpretaciones que no basta calificar a un hombre de socialista, es preciso mencionar simultáneamente qué actitud adopta en la ideología social. Un Noske, un Thomas, un Gompers, un Kropotkin, un Liebknecht son clasificados en el mundo socialista.

El socialismo de Gustav Landauer tenía un sello especial. Como anarquista era enemigo del Estado, es decir, no era un político. No sólo estaba con su socialismo al margen del Estado y de las corporaciones legislativas, sino también al margen del actual orden social, al margen del capitalismo. Estaba al otro lado del Estado y del capitalismo, al otro lado de la cultura actual. No era ni comunista ni bolchevista. El bolchevismo es, por lo demás, un fenómeno que llegó mucho después a su significación en el gobierno ruso de los consejos. Ciertamente los bolchevistas se llaman marxistas, pero eso parece mero juego de ingenio, pues Lenin se consideró el verdadero sucesor de Carlos Marx, y Kautsky y Scheidemann dicen lo mismo de sí. Esa lucha tiene casi el mismo carácter que la lucha dentro de la iglesia católica de la Edad Media sobre si Jesús debía escribirse con *J* o con *I*. Sería mucho mejor que los socialistas fuesen menos fieles a las palabras y, en cambio, fuesen más fieles a la vida. Por la contienda sobre Marx o sobre la aplicación de sus malas hipótesis anticuadas no se acerca uno al socialismo. La realización del socialismo no será alcanzada por una receta de libro de cocina socialista. ¿Se cree, realmente, que puede comerse aún hoy la sopa socialista cocida hace cincuenta años? Es una vergüenza que políticos que se llaman socialistas sirvan aún ese juicio corrompido, con lo cual el socialismo será llevado a la muerte en lugar de ser llamado a la vida.

Landauer no era marxista. Su más elevado principio era que el socialismo no viene como un orden social listo después de terminada la revolución. El socialismo no viene, sino que hay que *vivirlo*; los hombres, y no sólo los trabajadores, pero en primer línea éstos, deben ejercitarse en vivir de un modo socialista. Desde ya, bajo el sistema capitalista y bajo el Estado, debemos comenzar con el socialismo, debemos pensar, sentir y obrar de una manera socialista, debemos tratarnos como socialistas, debemos vivir en nuestros círculos socialistas una vida socialista si queremos que el socialismo sea alguna vez una realidad. El socialismo no es un problema de aquí y de allí, sino de ahora y de más allá. El socialismo se convertirá en realidad sólo si los socialistas "tienen en sí un cuadro viviente, el seguro sentimiento, la voluntad de hacer lo que puede ser hecho y eso de inmediato, siempre sin pausa". El socialismo no es una ciencia como la que desean Marx y los marxistas; el socialismo no es tampoco un partido, ni una sociedad moral; pero, ante todo, no es un partido político que participa en la política del Estado.

La parte negativa del socialismo de Landauer consiste en la crítica a la sociedad actual y al marxismo. Se dice comúnmente que los socialistas están todos de acuerdo en un punto: en la crítica de la sociedad presente. Pero aquí se distingue, sin embargo, Landauer, como, en general, se distinguen los anarquistas de los marxistas. La crítica de Landauer es la crítica de los anarquistas y esa no sólo abarca el capitalismo sino también el Estado. Pero aun desde el punto de vista anarquista la crítica de Landauer a la civilización actual en general es de una especie importante por el lenguaje jugoso y la profundidad cultural.

Los socialistas están casi todos de acuerdo en que el capitalismo vive de la *plus-valía* que deduce del trabajo de los obreros. Para Marx y Engels la plus valía era lo esencial en la explotación de los trabajadores. Esa interpretación superficial, y que, sin embargo, adquirió una significación formidable para la táctica del movimiento obrero, la presenta Landauer como falsa.

En la crítica al sistema social actual se distingue Landauer de los otros socialistas por el hecho de que no sólo critica el actual sistema económico, la explotación de los trabajadores por los capitalistas o el Estado de clase. La expresión Estado de clase no existe propiamente para él como pensador anarquista; esa palabra pertenece al vocabulario marxista. Landauer no sólo rechazó la política actual, sino que condenó toda la cultura del presente como un período de ruina. Para el marxismo, el capitalismo significa un progreso, para Landauer una decadencia. Los siglos a quienes pertenece el presente, son una época de negación, pues el espíritu común y asociador, la voluntariedad falta, y una verdadera vida popular no existe.

El capitalismo no arraiga en las instituciones independientes de los hombres, sino en la aspiración de los individuos a enriquecerse sin consideración para los demás. Y ese espíritu que domina a los hombres de nuestro tiempo, que encubre todo lo demás en los seres humanos, es el capitalismo. La ausencia de todo espíritu que una a los hombres, los congregue en corporaciones, en federaciones voluntarias, excluyendo el Estado y haciéndolo imposible, la ausencia de ese espíritu es la descomposición; el pueblo, los burgueses lo mismo que la clase obrera, se apegan más y más a las condiciones

de la producción mecánica, especulativa y sin cultura de la adquisición del dinero. El espíritu rebelde, la alegría de la renovación desaparece más y más en las clases que sufren especialmente bajo esas condiciones, que, muy a menudo, viven en la privación y en la pobreza.

En la obra principal de Landauer *Aufruf zum Sozialismus*, la crítica ocupa un gran espacio. Presenta el marxismo en oposición al socialismo y llega en sus investigaciones a la conclusión que el marxismo no sólo no es socialista, sino que es la maldición y el sepulturero del socialismo.

Entre los puntos más conocidos de la doctrina marxista, los marxistas cuentan la interpretación materialista de la historia. Los marxistas de izquierda de la actualidad no obran, en sus programas revolucionarios, de ningún modo según la interpretación materialista de la historia, sino que edifican más bien sobre el contenido de la conciencia y de la experiencia actuales.

¿Qué nos enseña esa ciencia del marxismo? ¿qué sostiene? Sostiene que conoce el futuro; pretende tener una visión tan profunda de las eternas leyes de la evolución y de los factores determinantes de la historia humana que sabe cómo se producen los hechos, cómo marcha la historia, qué será de nuestras formas de producción y de organización.

Nunca ha sido más ridículamente desconocido el valor y la significación de la ciencia; jamás ha sido entontecida más perversamente la humanidad y ante todo la parte de la humanidad desprovista de derechos, robada espiritualmente y retrasada.

La historia y la economía nacional no son ciencias, como la física y la química; las fuerzas activas en la historia no pueden ser formuladas científicamente; su juicio será siempre una apreciación que cada uno, según la naturaleza humana que tiene en sí o que da de sí, puede recubrir con más altos o más bajos nombres — profecía o charlatanismo de profesores...

¡Y es así, ni más ni menos! ¡y, naturalmente, es así! ¿para qué vivir, habría una posibilidad de vivir si supiéramos realmente lo que habría de venir? ¿Vivir, no equivale a renovarse? Vivir ¿no equivale a ir de lo lejano, de lo seguro, de lo certero y que se sostiene por sí, del mundo cerrado, de lo eterno a lo nuevo, a lo inseguro en aquel otro mundo que no somos nosotros, a lo eterno nuevamente, de puerta en puerta y de campo en campo? ¿Somos lectores o espectadores o impulsados por fuerzas conocidas hacia fuerzas conocidas, de lo viejo a lo viejo, si somos seres vivientes? ¿No somos más bien el pie que avanza y la mano que lía los bártulos, lo activo y lo actuado? ¿Y no es el mundo para nosotros algo blando, desconocido y sin contornos cada mañana que despertamos del sueño, algo nuevo y regalado que formamos nosotros mismos y lo hacemos nuestro con el instrumento de nuestro yo?...

Toda la doctrina es falsa y no se tiene en pie — dice Landauer más lejos — y como verdadero y precioso solo queda la observación, agudizada por Marx en Inglaterra y en otros lugares: en la consideración de los acontecimientos humanos no se debe desconocer la significación elemental de las circunstancias y trans- formaciones sociales y económicas. Esa in- dicación tuvo lugar en el gran movimien- to que se debía llamar del descubrimiento de la sociedad en oposición al Estado, un descubrimiento que significa uno de los primeros y más importantes pasos hacia la libertad, hacia la cultura, hacia la fe- deración, hacia el pueblo, hacia el socia- lismo. En esos grandes escritos de los economistas políticos, de los brillantes publicistas del siglo diez y ocho y de los primeros socialistas del siglo hay extre- madamente mucho, bueno y salvador. Pe- ro el marxismo solo ha hecho de todo eso una caricatura, una falsificación, una corrupción. La llamada ciencia que han hecho los marxistas de ello es en su efec- to real un ensayo miserable y, sin em- bargo, funesto (pues ninguna supuesta ciencia es tan torpe que no atraiga, cuan- do está acuñada demagógicamente o sólo con apariencia popular, masas instruídas y no instruídas y no en último término profesores de la universidad), el mar- xismo intenta hacer retroceder la corrien- te que parte del Estado y, por consiguien- te, de la barbarie hacia las federaciones de la voluntariedad y del espíritu colec- tivo, la corriente que la sociedad de las sociedades lleva en sus hombres, nueva- mente hacia el Estado y la incultura de todas nuestras instituciones de la convi- vencia, y dirigir, además, esa corriente hacia el molino de los politicantes ambi- ciosos.

Por consiguiente, según Carlos Marx, el curso del progreso de nuestros pueblos va de la edad media sobre el presente hacia el futuro, un curso que debe reali- zarse con la necesidad de un proceso na- tural, por lo demás, con velocidad cre- ciente: En el primer estadio, mísero, ten- deril, en que sólo hay hombres del tér- mino medio, moderados, pequeño-burgue- ses, etc.; muchos tienen, cada cual, su pe- queña propiedad. Viene, luego, la segunda categoría, el florecimiento del progreso, el primer proceso de la evolución, el ca- mino hacia el socialismo; se llama capi- talismo. Ahora aparece el mundo muy diversamente; una minoría posee gran- des propiedades, la masa no tiene nada. La transición a esta categoría fué difícil, y no se procedió sin violencia y sin feal- dad. Pero, en este grado, se acerca uno más y más, y fácilmente, a la tierra de promisión por los rieles bien engrasados de la evolución: gracias a dios se prole- tarizan cada vez más grandes masas, gra- cias a dios hay siempre menos capitalis- tas, éstos expropian recíprocamente hasta que aparecen frente a las masas proleta- rias, numerosas como las arenas del mar, como gigantescas empresas aisladas, y, luego, el salto al tercer estadio, el segun- do proceso de la evolución, el último paso hacia el socialismo es sólo un juego de niños: suena la última hora de la propie- dad capitalista privada. Dentro del capi- talismo, dice Marx, llegóse a la centraliza- ción de los medios de producción y a la socialización del trabajo. Llama a eso una forma de producción que ha florecido ba- jo el monopolio capitalista... Por tanto: "la producción capitalista crea con la ne- cesidad de un proceso natural su propia negación: el socialismo. Pues la coopera- ción y la posesión colectiva de la tierra, dice Carlos Marx, es ya una conquista de la era capitalista. Las grandes, formi- dables, casi infinitas masas humanas, los proletarizados, casi no tienen nada más que hacer por el socialismo. Sólo deben esperar hasta que la cosa esté madura".

Aquí Landauer, con derecho, se levanta satíricamente contra Carlos Marx, que habla de cooperación en el capitalismo. Dice: "Por lo que se refiere a la cooperación, la cosa es muy ambigua cuando se observa de cerca. Para mí, ciertamente, cooperación equivale a colaboración y a trabajo en común, y para todo el que no sea un loco que llama trabajo en común y cooperación al tirar en común de una vaca y de un caballo uncidos al arado, o al trabajo en común de los esclavos negros en una plantación de algodón o en un campo de caña de azúcar. ¡Pero exactamente ese loco es Carlos Marx! habla sin embarazo de que el capitalismo se basa realmente ya en la producción social.

Pero se rebela uno contra un absurdo tan grande, de que sea esta la verdadera opinión de Marx: el capitalismo desarro- lla por completo de sí el socialismo; el modo de producción socialista nace del capitalismo; tenemos ya cooperación, es- tamos, por lo menos, en el mejor camino para la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción: finalmente, no hará falta más que arrojar el par de propietarios que queden. Todo lo demás ha florecido del capitalismo. Pues el ca- pitalismo es el progreso, la sociedad, es verdaderamente el socialismo ya. El ver- dadero enemigo son las clases medias, los pequeños industriales, el pequeño comer- ciante, el obrero manual, el campesino, pues trabajan por su cuenta y, a lo sumo, tienen un par de ayudantes y aprendices; este es el obstáculo, la producción y la acción en pequeña escala; el capitalismo es la uniformidad, el trabajo de millares en un mismo lugar, el trabajo para el mercado mundial y eso es la producción social y el socialismo.

La grotesca confusión introducida por el marxismo en el movimiento socialista, domina todavía en medida espantosa. Las ideas marxistas, según las cuales el so- cialismo no puede de ningún modo ser posibilitado si el capitalismo no lo pre- paró antes, no han sido todavía supera- das. Un ejemplo característico lo experi- mentó el autor de estas líneas en 1919 en Hamburgo. Con motivo de una serie de conferencias ante los delegados revo- lucionarios de consejos obreros de Ham- burgo, propuso la introducción de bonos de trabajo en lugar del dinero. Las con- diciones eran oportunas: el que tenía di- nero podía proveerse del pan más blanco y de los mejores medios alimenticios, mientras que los pobres morían literal- mente de hambre. Y eso era sólo un me- dio año después del estallido de la revo- lución. Los jefes de los consejos obreros se me opusieron, carcomidos por el espí- ritu marxista, sosteniendo que la subs- titución del dinero por bonos del trabajo no podía ser aceptada, pues, según Carlos Marx, el capitalismo y la técnica no es- taban bastante desarrollados, y el socia- lismo sólo es hecho posible por los pro- gresos del capitalismo y de la técnica. Cuando la fuerza de acción de los traba- jadores fué paralizada por falsas doctri- nas, sobrevino la reacción: poco después llegó el general reaccionario Lettov-Vor- beck y abatió el movimiento del proleta- riado de Hamburgo (Ese mismo Lettov-Vorbeck fué presentado cuatro años más tarde por el partido comunista de Alemania como un modelo de militares, con los cuales puede hacer causa común la clase obrera).

Pero no sólo en las grandes masas han echado raíces los prejuicios de Carlos Marx, sino también en jefes festejados. Karl Radeck se sume formalmente en su pequeño folleto *Bolchevismo y Anarquismo* en el pensamiento de la centralización del capitalismo. Los comunistas de Estado, según la confesión de Radeck, aspiran a una organización económica que abarque el mundo entero, que sofoque toda independencia de los pueblos, que destruya toda iniciativa personal, que oprima toda pequeña sociedad y que esté subordinada a un centralismo mundial moscovita.

(*CONTINUARA*)

HUGO TREUE

LA PRENSA ANARQUISTA ITALIANA

A modo de balance para el año 1925

El año 1925 fué para el movimiento anarquista italiano uno de los más terribles y duros que puedan contarse en los anales de su historia. Sobre todo por lo que se refiere a su prensa.

El año 1924 terminó con una esperanza para todos los antifascistas, pues el régimen mussoliniano parecía derrumbarse bajo el peso de todos sus innumerables crímenes y a punto de ser demolido de un día al otro. La prensa entera estaba ocupada en torno al problema de la sucesión, después de haber divulgado durante largos meses todas las infamias del régimen y planteado la "cuestión moral" de la complicidad directa del gobierno con los asesinos de tantos proletarios y sobre todo con los autores del asesinato feroz del diputado socialista Matteotti.

También los anarquistas se ocupaban de la cuestión del "dopo fascismo"; sobre lo que se debía hacer una vez abatido el monstruo que devasta a Italia y que se manchó, como pocos gobiernos, de sangre obrera y revolucionaria.

Sería interesante poder echar una ojeada retrospectiva y examinar algunos de los interesantes escritos que fueron publicados sobre el asunto, tanto en la interesantísima revista *Pensiero e Volontá* dirigida por Malatesta en Roma, como por el semanario *Fede*, también de Roma, pues podrían enseñar mucho a los camaradas y en todo caso ser útiles a los movimientos que estén a punto y en la posibilidad de romper la tiranía que los subyuga como en Italia y para impedir que pueda establecerse donde amenaza irrumpir. Pero no es esa la razón del presente escrito.

Nuestro semanario *Fede*, que no obs- tante los numerosos secuestros y las vio- lencias que le impidieron una vasta difu- sión, tenía entonces un tiraje de 18,000 ejemplares y lanzó a fines de 1924 a to- dos los compañeros la iniciativa de comen zar a reunir fondos para que, en vista de los nuevos acontecimientos, se pudie- se dar vida a un nuevo cotidiano, arma poderosa de lucha, de esclarecimiento y de afirmación de nuestras ideas.

En suma, nos encaminábamos hacia el año nuevo, hacia 1925, llenos de espe- ranza y de voluntad, pero tal vez dema- siado seguros de haber quebrantado el fascismo solo con la condena moral emi- tida por todos los hombres de corazón contra el terror fascista. Y fué un error. Un error que se pagó poco después y se paga aún duramente.

Justamente en los primeros días de enero de 1925, cuando la prensa democrática había anunciado la publicación de las acusaciones en el asesinato de Matteotti contra Mussolini mismo, el "duce", con un lenguaje bajo y vulgar anunciaba en la cámara italiana que asumía toda la responsabilidad por cuando hubiese hecho el fascismo, y que en 48 horas se restablecería la calma y la fe del pueblo italiano en el fascismo. Comenzó despiadadamente el secuestro y la supresión de los periódicos no ligados a la política fascista.

Nuestra prensa, sobre todo, se resintió, porque era la más pobre, pero no obstante se mantuvo y todavía hoy, valerosa y obstinada, a costa de esfuerzos sobrehumanos, logra ver la luz y continuar la lucha.

En los primeros días de enero todos nuestros periódicos que debían aparecer aquellos días fueron secuestrados. Ni uno hizo excepción, y no solo eso, sino que, como hemos dicho ya, su situación se volvió más penosa de día en día.

Nos quedaba siempre la prensa del extranjero, sobre todo la publicada en Francia por los numerosos compañeros refugiados. Pero la importancia que habría seguramente asumido ésta en un período tan difícil para la de Italia, si hubiese hecho convergir todas sus energías en el ensayo de reunir todos nuestros elementos y de intensificar así la acción contra el fascismo, decreció por la áspera polémica provocada por la actitud de una parte de nuestros elementos que deseaban la colaboración con los demás partidos y movimientos antifascistas a fin de derribar lo antes posible el monstruo; esa polémica no concluyó más que con insultos recíprocos y acusaciones que disgregaron nuestro movimiento. Esas diferencias de opinión asumieron tales formas que la discusión resultante, personalista y aburridora, hizo imposible toda intervención tendiente a volver la discusión a sus verdaderos términos. Pero no insistamos en este doloroso episodio.

En el curso de 1925 nuestra prensa de Francia sufrió algún cambio en el sen- tido de ampliar su influencia y profun dizar su valor, y en realidad marcó un progreso sobre la que veía la luz anterior- mente. Como este resumen ha de ser bre- ve, examinemos esa expresión de la ac- tividad anárquica y tratemos de hacer resaltar todo lo que pueda ser útil a los movimientos hermanos.

Una de las más importantes publica- ciones anarquistas, no solo de lengua ita- liana, es seguramente la revista quince- nal *Pensiero e Volontá* que ve la luz en Roma desde enero de 1924 bajo la direc- ción del compañero Malatesta y con la colaboración de las mejoras plumas de nuestro movimiento. Esta publicación se dedicó especialmente al estudio de las cuestiones prácticas del anarquismo. To- dos los problemas positivos de la revo- lución fueron ampliamente estudiados, como igualmente la actitud de los anar- quistas en la eventualidad de una revo- lución desde un punto de vista "realis- ta". En esa revista se recogieron los do- cumentos más útiles y selectos para el estudio de múltiples problemas realiza- dores del anarquismo.

Fede, semario anarquista de cultura y de defensa, vió la luz en 1925, también en Roma, bajo la dirección del compañe- ro Gigi Damiani y con una colaboración escogida. Durante el año 1925, aparte de varias publicaciones bien cuidadas, publicó también una revista literaria-ar- tística *Vita* y otro suplemento de *Fede*, un periodiquito mensual de distribución gratuíta para la propaganda elemental. *Parole Nostre*. Pero tanto una como otra

de esas publicaciones fueron regularmente secuestradas casi todos los números; no obstante, gracias al esmero del redactor y de los sostenedores, casi todos esos números consiguieron llegar a los suscriptores y a muchos lectores. Particularmente el semario *Fede*, además de una lucha tenaz contra el fascismo, la lucha que, naturalmente, más interesa a nuestros camaradas italianos, ha sostenido una eficaz campaña en favor de las víctimas políticas, sin descuidar tampoco la propaganda teórica y la dilucidación de nuestras ideas, tan fácilmente desfiguradas, incluso por muchos próximos a nosotros. Periódico bien hecho y de gran formato, uno de los mejores que se publican en Italia.

Libero Accordo, una de las más viejas publicaciones nuestras de Italia, continúa saliendo a costa de innumerables sacrificios. Se publica desde hace seis años en Roma, siempre bajo la dirección del camarada Monticelli. Fué y sigue siendo la voz más tenaz en favor de la organización anarquista y es uno de los más fervientes sostenedores de la Unione Anárchica Italiana; como todas las demás publicaciones, *Libero Accordo* fué puesto a prueba en este año terrible, pero consiguió siempre quedar en pie.

Il conferenciere libertario, revista mensual que ve la luz desde hace tres años en Roma. El título explica la razón y el fin de esa interesante revista. Publica una conferencia en cada número sobre diversos asuntos, seguida después de algunas notas del redactor que ayudan a esclarecer mejor los diversos puntos de la conferencia. En este año no pudieron ver la luz todos los números, por haber sido secuestrados.

L'amico del popolo, quincenal, vió la luz solo algunos números; la autoridad fascista le puso en la imposibilidad de continuar saliendo. Su obra era útil porque se dirigía en particular al pueblo del sur de Italia y quería tratar en particular las cuestiones campesinas, pues el mayor número de sus lectores debía reclutarlo entre los campesinos calabreses. En efecto vió la luz en Reggio Calabria.

L'A. B. C. dell'Anarchia, periódico de propaganda elemental para la distribución gratuíta. Vió la luz en Roma, pero no más de tres números y fueron todos secuestrados. Sin embargo lograron circular muchos ejemplares.

L'Universitá libera, revista mensual de cultura social. Esta no es propiamente una publicación anarquista, pero como bien lo dice su título, es una Universidad libre. Colaboran numerosos camaradas, la censura no dejó impune siquiera esta publicación, de la que aparecieron 8 números en todo el año.

Rassegna sindacale, revista mensual de la Unione Sindacale Italiana. Apareció en Milán. Salió pocos números, habiendo sido siempre secuestrada. Sostuvo una polémica bastante áspera con los camaradas de *Fede* y *Pensiero e Volontá* a propósito de la cuestión de la unidad sindical, siendo absolutamente adversa.

En Italia, además, no obstante las enormes dificultades de todo género fueron publicados también números únicos, entre ellos *Primo Maggio*, número único en ocasión del primero de mayo, publicado por el comité de reorganización de la Unione Anarchica Italiana; ese comité surgió para reorganizar la Unione Anarchica que, a consecuencia de la reacción, de los arrestos y de la emigración de numerosos militantes, no daba desde hacia tiempo signos de vida.

Una hoja especial, pero no editada por los anarquistas, aunque éstos la difundieron según sus posibilidades, fué *La questione morale*, donde se recogieron todos los documentos de acusaciones contra Mussolini, escritos por sus mismos colaboradores relativamente al asesinato de Matteotti. La publicación se hizo cuando fueron secuestrados los grandes diarios de la oposición al anunciarlos. Hay documentos de gran valor e importancia sobre todo en el momento de su publicación.

Después de nuestra prensa de Italia, mencionemos los periódicos que ven la luz en Francia:

Rivendicazione, después de dos años de vida, en este año vió solo pocos números la luz, luego fué obligada por diversas razones a suspender su publicación. Este periódico se dedicó en especial a la propaganda antifascista y a una forma especial de anarquismo individualista.

A mediados de noviembre último, su redactor Auro d'Arcola publicó un número especial de polémica contra la aventura garibaldina, titulado *La nostra polemica*, episodio de la dolorosa polémica que dividió nuestro campo, pero no el peor.

Iconoclasta, revista quincenal abierta a todos. Se publica en París, hasta julio de 1925, momento en que se fusiona con la *Rivista Internazionale Anarchica* y toma el nombre de *Tempra*. En esa revista se recogieron muchos materiales para la comprensión y el estudio de la famosa cuestión garibaldina y los anarquistas.

Rivista Internazionale Anarchica, revista mensual en tres idiomas, italiano, francés y español de estudio y de documentación anarquista. Interesante por haber representado la primera tentativa de una publicación anarquista en varios idiomas, llevando a los anarquistas de los diversos países el conocimiento del movimiento que se desarrolla en países próximos y lejanos. Se publicó en 72 páginas y a un precio un poco elevado.

Ocho meses después interrumpió la publicación por insuficiencia de medios y para dar vida a tres diferentes publicaciones. *La Revue Anarchiste*, con los camaradas de la Federación anarquista francesa, *La Tempra*, con los camaradas italianos de *Iconoclasta*, *y Acción*, para los camaradas españoles.

La Tempra, comienza su publicación en julio, con la colaboración de los mejores camaradas del movimiento internacional. Trató de mantener todas las características de la vieja Revista Internacional, de estudio y de documentación.

Il Picconiere, se publica en Marsella dirigido por el compañero Paolo Schicchi y es la continuación directa de las publicaciones hechas por el mismo compañero en Italia: *Vespro Anarchico*, Sicilia, y *Vespro Sociale*, en Túnez; éste último prohibido desde su primer número de prueba. Realiza una activa propaganda antifascista, por cuya razón fué prohibido por las autoridades republicanas francesas después de algunos números. Luego publicó diversos números únicos, dos de los cuales de pura polémica antigaribaldina.

Il Monito, comienza su publicación en los primeros días de octubre en París. Desarrolla una activa propaganda anarquista, además de la lucha antifascista; semanario.

Aparte de esas publicaciones vieron la luz muchos números únicos, muchos de ellos, desgraciadamente, dedicados a mantener y eternizar ásperas polémicas que no tienen más resultado que debilitarse mutuamente en provecho de nuestros enemigos.

Primo Maggio di Guerra di Classe, número único editado por el comité de Emigrazione dell'Unione Sindacale Italiana, el primero de mayo de 1925, París.

La Iena, Gandellone, L'Africa, tres números únicos antifascistas publicados por Paolo Schicchi después de haber sido suprimido su periódico de Marsella por las autoridades francesas.

Polemiche nostre, a propósito de la cuestión garibaldina. Número único publicado en defensa de la tendencia anarco-garibaldina, si así puede llamarse, que un momento, hacía fines de 1924, se manifestó en nuestro movimiento de los refugiados italianos en Francia, tendencia que sostenía la necesidad en el momento particular que atraviesan las fuerzas antifascistas, el movimiento revolucionario en general, de colaborar con otros partidos y grupos para una eventual acción armada contra el fascismo. Pero en ese número único varios artículos, en lugar de discutir ideas y métodos, hicieron polémicas personalistas.

Il Pozzo dei traditori, — *L'Unione dei Padellai*, dos números únicos aparecidos en septiembre contra la tendencia garibaldina. Pero también aquí es terrible la polémica personal dirigida contra los que por una razón u otra no pensaban completamente como el grupo editor.

Otro número único, por lo demás ya mencionado, sobre esa dolorosa polémica, es *La Nostra polemica*.

En Suiza la propaganda anarquista de lengua italiana continuó su marcha gracias a los constantes e infatigables esfuerzos de nuestro camarada Bertoni. Continuó la publicación bilingüe *Il Risveglio-Reveil* en Ginebra, aparte de sus conferencias semanales.

Il Risveglio sale desde hace veinticinco años quincenalmente.

En Inglaterra, la propaganda en idioma italiano, fué siempre escasa, porque nuestro movimiento fué siempre numéricamente pobre allí, pero en estos últimos tiempos vió la luz varios números un periódico antifascista bastante interesante, *Il comento*, y en inglés, redactado por los mismos camaradas de ese periódico, un número único: *Truth and Common sense*.

Después de Italia y Francia es América del norte la que tiene mayor número de publicaciones nuestras, como por ejemplo:

L'Adunata dei Refrattari, que se publica desde hace cuatro años en New York; es uno de los periódicos más difundidos e interesantes de nuestro movimiento italiano en América, leído también en Europa.

Umanitá Nova, Brooklyn, New York, vió la luz solo una docena de números aproximadamente, bastante bien redactado. Tenía tendencias organizadoras. Por falta de medios y por el sabotaje de otros periódicos a esa iniciativa, decía la circular que anunciaba su desaparición, cesó pronto de salir; el primer número es de noviembre de 1924.

Il Martello, no es propiamente un periódico anarquista, pero diversos camaradas nuestros colaboran en él. En este último año se dedicó sobre todo a una activa propaganda antifascista.

Il Proletario, semanario sindicalista de los IWW. Bastante sectario, colaboran en él también elementos anarquistas, y hubo polémicas algo vivaces con los anarquistas, a causa de divergencia de tácticas.

L'Agitazione, Boletín del comité central de defensa de Sacco y Vanzetti. Desgraciadamente este periódico está en su cuarto año de vida, porque desde hace cuatro años la propaganda para arrancar a esos camaradas de las manos de los verdugos, no ha obtenido todavía resultados satisfactorios. Se publica en Boston, sede del comité.

Además dos hojas que en verdad duele colocar en esta lista de actividad y de elaboración de nuestro ideal, porque son de pura polémica personalista odiosa: *Lo Staffile*, publicación del grupo autónomo de Providence, y *La Sferza* de un grupo de compañeros de Westfield.

También la Argentina, en especial en estos últimos tiempos es bastante rica en publicaciones italianas. Tuvo un periódico, *L'Avvenire*, que comenzó a publicarse en 1923 en Buenos Aires.

Il Culmine, revista anarquista mensual abierta a todos los compañeros y a todos los hombres libres que pueden refutar las ideas y argumentos en ella sostenidos. Sale mensualmente desde el mes de agosto.

La Rivolta, periodiquito mensual de propaganda menuda. Comenzó la publicación en diciembre de 1925.

También el diario LA PROTESTA, hizo durante un mes el ensayo de una página italiana.

Este es, a grandes rasgos, el balance de la actividad periodística de los anarquistas italianos en este último año trágico. Actividad que nos enseña, no obstante sus posibles errores y debilidades, la constancia y la fe en la lucha, pero que sobre todo nos abrió nuevos horizontes de estudio y de posibles realizaciones de nuestro ideal. Este aspecto de la prensa anarquista italiana debería ser examinado de otro modo, porque contiene beneficas lecciones.

BIBLIOGRAFIA

—

"Con el corazón extasiado" — Angel Samblancat — Editorial Bauzá, Barcelona, 1926.—

—

El autor de "Jesús atado a la columna" ha sabido superarse en su nueva producción, o por lo menos pudo mantenerse en la misma tensión exasperada de su prosa abundosa y de su pensamiento apasionado... Y, precisamente, lo más hermoso de este libro — *Con el corazón extasiado* — es el tono general de intensa pasión, pasión al blanco candente. Alguien ha dicho que, al contrario de lo que se cree, la pasión otorga lucidez, clarividencia y hasta posee intuiciones luminosas, puesto que bajo su influjo todos los órganos más nobles del organismo humano alcanzan su más alto grado eufórico.

La marcada característica de la personalidad de Samblancat es el apasionamiento de su sentir. Y este reciente volumen lo certifica; es una narración apasionada de todas las lacerías vivientes del mundo moderno. Y hay pasión, por el decir certero, en el engarce del dicho gráfico, por el adjetivo suntuoso, o por la interjección cambroniana...

Y pasión devoradora por las poliédricas galerías de sus personajes, pringosos o no; y hasta sus situaciones sentimentales y sus ideas se yerguen vibrantes de acre pasión. He ahí sus dos cualidades cardinales: acritud y pasión. Luego todo ello amasado con un ímpetu viril de arcangel rebelde.

Por eso es que Samblancat nos ofrece la ilusión de ver siempre un espectáculo nuevo y superior al pasado, al pretérito, que saboreamos con todos nuestros sentidos. Es la vivacidad de su estilo, pletórico e irisado por la continua ebullición de su vena verbal, que nos da esa sensación.

El libro está compuesto de artículos y cuentos dialogados. Y por esos coloquios se ve transparentando las numerosas lacras sociales, disecadas por un maestro en el manejo de las ideas picudas, analizadoras.

Y así, los perfiles de innumerables tipos populares van surgiendo, acumulándose por la magia del discurso dialogado, rápido y dinámico como el correr de una cinta cinematográfica.

Todo esto está tratado con una frescura y espontaneidad que por su encanto primaveral, colinda con el espíritu poético.

Quizás el reverso de este método impresionista, que asume a la vez la abundancia de una catarata, se halla en que la contemplación prolongada de una catarata como la del Niágara, llega a fatigar al espectador por su monumentalidad y grandilocuencia. Pero inferir un tamaño reproche a la personalidad de Samblancat, sería rebanarlo en su parte orgánica.

Bastaría su actitud de noble insurgencia contra la España negra y riverista, para que esta figura de escritor independiente se agrandara cien codos por arriba de todos los circulillos literarios sociales y artísticos... En un artista, después de todo, lo que más vale es su fibra moral. — At.

—

"Unserm Bakunin" (Nuestro Bakunin) Páginas rememorativas, ilustradas para el 50 aniversario de la muerte de Miguel Bakunin, nacido el 30 de mayo de 1814, muerto el 1 de julio de 1876. — Verlag Der Syndikalist, Berlín, 1926; 56 páginas en 4.o.—

—

La idea de rememorar de algún modo el 50 aniversario de la muerte de Bakunin, circuló por todos los países y en casi todos se hizo algo, pero sólo nuestros camaradas alemanes han sabido aprovechar esa ocasión para realizar un trabajo serio y documentado, coleccionando en un hermoso folleto algunas páginas de Bakunin y estudios sobre él, amenizándolo todo con ilustraciones muy poco conocidas y, en parte, totalmente inéditas. Casi no se necesita advertir que los materiales fueron coleccionados por Nettlau, el cual escribió un nuevo resumen de la vida y la obra de Bakunin (págs. 4—19). Otro trabajo que se lee con ansiedad es el articulito de Saschin (A. Ross) sobre la "Confesión" de Bakunin. Como se sabe Saschin fué un íntimo del gran revolucionario en los últimos años de su vida y es ya de los pocos sobrevivientes de aquel período.

Algunos de los artículos más importantes de este folleto fueron publicados ya en el Suplemento y otros lo serán aún.

D. A. de S.

AÑO V

BUENOS AIRES, 9 DE AGOSTO DE 1926

LA PROTEST[A]

N.o 235

PRECIO: 10 CTS.

SUPLEMENTO SEMA[NAL]

U. Telefónica 0.478 — B. Orden —

Redacción y Administración : PERU 1537

[...]E PAGO

Valores y giros a M. TORRENTE

El aniversario de la muerte de Ricardo Mella

—

La Encuesta de Steubenville, Ohío

—

El 7 de agosto de 1925 dejó de existir en Vigo un hombre del cual, por sus méritos de pensador sereno y profundo, guardan los anarquistas de habla española una grata memoria. Nos referimos a Ricardo Mella.

Muy pocos en nuestro idioma se elevaron en el campo revolucionario a la altura intelectual a que supo elevarse Mella por su esfuerzo tenaz y perseverante. Su obra es todo un monumento de cultura y una fuente inagotable de inspiración y de educación libertarias.

LA PROTESTA, el decano de la prensa anarquista en los países de habla española, ha tenido en Mella uno de sus primeros colaboradores ya en 1897 y 1898. En lo sucesivo, si no sistemáticamente, ha contribuido también más de una vez con su pluma valiosa a enriquecer las páginas de nuestro diario. También se encuentran excelentes estudios suyos en la revista *Ciencia Social* de Buenos Aires, sin contar las publicaciones anarquistas de España desde 1881 hasta 1915.

Está en marcha la iniciativa de recoger en seis volúmenes lo más selecto de la obra escrita de Ricardo Mella; el primero de esos tomos apareció ya: *Ideario*, Gijón, 1926. Si un día se llegase a culminar ese proyecto, veríamos a Mella en toda su grandeza intelectual de pensador y de removedor de ideas.

Para rememorar la primera fecha del aniversario de su muerte, hemos resuelto dar en este número del SUPLEMENTO algunos trabajos que habíamos recogido en ocasión de su muerte. No significa idolatría alguna el conservarle gratitud y el guardar su memoria por lo mucho que ha contribuido a esclarecer y ampliar los postulados del anarquismo.

* * *

Comenzamos también hoy a dar salida a las respuestas recibidas a iniciativa del grupo *Los Iconoclastas* de Steubenville, Ohío. El artículo del viejo camarada Palmiro de Lidia representa una opinión sólida y digna de ser tenida en cuenta, lo mismo que las que habrán de seguirle, de camaradas del país y del extranjero. A esa encuesta corresponde también el dibujo de Fermín Sagristá, que intercalamos en este número.

Nos parece que en este período de atomizamiento del esfuerzo revolucionario, todas las iniciativas tendientes a mancomunar voluntades y a poner en el platillo de la balanza de la opinión los distintos valores e inquietudes de los camaradas más capacitados para opinar sobre nuestros problemas, es merecedor de aliento y de apoyo.

En ese sentido nos complacemos en ofrecer las páginas del SUPLEMENTO a los camaradas que quieran dar su parecer sobre los puntos planteados.

PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE RICARDO MELLA

PEDRO SIERRA

Algunos apuntes para contribuir al estudio de su vida y su obra

El 7 de agosto de 1925 dejó de existir en Vigo Ricardo Mella, el escritor de más valía que tuvo el movimiento anarquista español.

Aunque apartado voluntariamtnte de la lucha desde hacía más de dos lustros, ¿quién de entre los que continúan fieles podrá ser tan mezquino de sentimientos para no llorar sinceramente la muerte del gran pensador, del que con su pluma formó legiones de militantes y convencidos en cerca de cuarenta años de apostolado ejemplar? Además, no hay que olvidar que Mella continuó siendo, hasta el morir, lo que antes había sido: un hombre libre. Y luego, que su labor de propagandista, tan enorme y brillante, aún es y será aprovechada para nutrir las páginas de las publicaciones de la causa y atraer a ella nuevos adeptos...



1861 — 1925

Pero Ricardo Mella no es sólo acreedor a nuestro duelo por lo que valía intelectualmente y por la obra que hizo con todo desinterés. También lo es por su vida misma, casi consagrada al ideal y siempre sencilla y digna, aun ocupando puestos de cierto relieve como el que ocupaba al morir, de Director de la Compañía de Tranvías de Vigo.

Nació Mella en esta ciudad de Galicia en Septiembre de 1861. "Niño aun, según confesión propia de él, (1) en el agitado período del 73, mi buen padre, federal *enragé*, dábame a leer todos los periódicos, revistas y libros que entonces prodigaba el triunfante federalismo". Caída la República, vino una época — datos que tomamos de un diario de Vigo — "en que la juventud viguesa sentía con calor y entusiasmo los ideales de libertad y de progreso y se consagraba a su propaganda y defensa aun a costa de no pocos sacrificios. De un florido plantel de esa juventud, fué Mella la figura más saliente, aunque por su modestia y sus vicisitudes no alcanzó todo el relieve que merecía y al que sin duda alguna estaba llamado".

"En Vigo — seguimos copiando del mismo diario — escribió Mella en no pocos periódicos, fundó algunos y dirigió otros. Merece citarse especialmente entre ellos *La Propaganda*, semanario defensor de la clase obrera, que fundó en compañía de tres amigos, como él republicanos federales, y en el que inició Mella los avances que no tardaron en llevarle más allá de las fronteras ideológicas de este partido".

"Otro periódico que entre nosotros dirigió Mella fué *La Verdad*, bisemanario, que no había sido fundado por él, pero que pasó a sus manos. Por una noticia publicada en él, que había sido tomada de otro periódico y que aludía a Elduayen, se promovió una querella que terminó con una sentencia de destierro".

Mella se fué entonces a vivir a Madrid. En contacto con Serrano Oteiza, director de *La Revista Social* y padre de la que después había de ser la buena compañera de Mella durante el resto de su vida, completó la ya iniciada evolución hasta el anarquismo. El mismo nos informa de este paso importante de su vida en el número 102 de *La Revista Blanca*, de 15 de Septiembre de 1902, respondiendo a una consulta que le había hecho esta publicación acerca de los autores que más habían influído en la formación de su pensamiento.

Decía así Mella:

"Era federal a los veintiún años; *La Revista Social* me decidió por el anarquismo, y el 82 fuí a Sevilla — al Congreso de la Federación Regional Española — como tal. Proudhon influyó entonces grandemente sobre mis ideas. Más tarde Spencer. Conservo siempre cariño a los escritos de Pi y Margall. Actualmente leo lo que puedo y estudio, de modo que no acertaría a determinar una influencia dada".

En *La Revista Social* dióse pronto a conocer Mella como escritor de raras cualidades. En aquel mozo de poco más de veinte años apuntaba ya el publicista, el pensador profundo y elegante que más tarde habían de admirar todos cuantos le conocían.

Acudió Mella con dos trabajos al Primer Certamen Socialista que se celebró en Reus el 14 de julio de 1885, y ambos fueron premiados. Se titulaba uno "El problema de la emigración en Galicia", estudio muy extenso y documentadísimo acerca de esta cuestión; el otro, "Diferencia entre el comunismo y el colectivismo", tema que preocupaba grandemente a los anarquistas de aquella época. Estos trabajos, y los demás que obtuvieron igual distinción en el Certamen, fueron publicados en un libro, en seguida agotado. Ahora lo reeditaba *Revista Nueva*, de Barcelona, que recientemente dejó de ver la luz.

Escribió luego Mella en la revista *Acracia*, de Barcelona, y en el periódico *El Productor*, algún tiempo diario, también de la Ciudad Condal.

Convocado en esta misma ciudad, para tener efecto el 10 de Noviembre de 1889, un nuevo Certamen Socialista — el que se conoce con el nombre de Segundo, que es el mejor intelectualmente, de todos los celebrados — a él acudió Mella con distintos trabajos, a cual más meritorio. Son, por orden de publicación: "La Anarquía: su pasado, su presente y su porvenir", "Breves apuntes sobre las pasiones humanas" (2), "La Nueva Utopía" (novela imaginaria), "El colectivismo: sus fundamentos científicos", "Organización, Agitación, Revolución", y, por último "El Crimen de Chicago" (3). Estos trabajos, todos premiados, juntos con los

demás de otro autores que obtuvieron la misma distinción, se editaron en libro, habiéndose agotado la primera y segunda edición.

A partir de este Certamen, Mella brilló ya en el campo social como figura de primera magnitud. El mismo Pi y Margall fué sorprendido por la profundidad de pensamiento que encerraban los trabajos premiados de Mella y por la elegancia de estilo con que exponía sus ideas. Así, la colaboración de Ricardo Mella comenzó a ser solicitadísima por publicaciones numerosas de España y del Extranjero.

Mella no vivía de su pluma, como vivían y viven otros muchos con menos valer que él; tenía que ganar el sustento suyo y de la familia, que acababa de crear, con su profesión de tipógrafo. Pero, no obstante, atendía a todas las peticiones de colaboración que se le hacían, porque su pluma era fácil, poseía abundantes ideas en su cerebro y estaba, en el período de 1890 a 1900, animado de una fuerza de pasión revolucionaria que necesitaba manifestar del modo para él más factible: en el periódico y en la revista, en el folleto y en el libro.

En esta década de años colaboró asiduamente en los periódicos *La Anarquía* y *El Despertar*, de Nueva York; en las revistas *Ciencia Social*, de Barcelona y Buenos Aires (1895-96 y 1897-900, respectivamente); en *La Questione Sociale*, también de la capital argentina (1894-96) y en *L'Humanité Nouvelle*, que dirigía A. Hamon, en París.

De esta época es su famoso libro *Lombroso y los Anarquistas* (Barcelona. 1896), en el que refuta las teorías antropológicas de aquel escritor italiano, y sus folletos "Los sucesos de Jerez" (Barcelona, 1892), "La barbarie gubernamental en España" (Brooklyn, 1897) y "La ley del número" (Vigo, 1899).

En Septiembre de 1900 representando a varios grupos libertarios, asistió al Congreso Revolucionario Internacional de París, presentando su hermosa Memoria "La cooperación libre y los sistemas de comunidad", donde fija, puede decirse que difinitivamente, su criterio sobre la base económica de la sociedad del porvenir. De este mismo año son sus folletos "Del amor: modo de acción y finalidad social", editado en Buenos Aires por la Biblioteca "Geopolita", y "Táctica Socialista", imprenta del *Progreso*, Madrid.

"La coacción moral", uno de sus más bellos trabajos de pensador y de artista del lenguaje, es de 1901. Agotada la primera edición, se reeditó más tarde en el tomo "Cuestiones sociales".

Durante los primeros años del siglo actual colaboró algo en distintas publicaciones: *La Revista Blanca* y *Tierra y Libertad*, de Madrid; *Juventud*, de Valencia; más asiduamente, en *Natura*, magnífica revista que salió en Barcelona en 1903-1905. En la colección de esta revista, con hermosos artículos que aun sigue reproduciendo la prensa libertaria mundial, figura también el texto de una conferencia que explicó Mella en el Instituto de Jovellanos de Gijón, el 2 de Abril de 1903, acerca de "Las grandes obras de la civilización", conferencia que más tarde, en 1915, apareció en folleto editado por la Biblioteca "Cultura Obrera", de Jerez.

Desaparecida *Natura* y habiendo surgido por entonces grandes divisiones entre los anarquistas españoles, Ricardo Mella, que por temperamento y educación estaba siempre por encima de pequeñeces de capilla y de bajas pasiones, decidió recluirse en el silencio, estudiar más, meditar, pensar más en los suyos. Que yo sepa, en estos años de depresión moral sólo escribió algún que otro trabajo para la revista *Il Pensiero*, de Roma, y *LA PROTESTA*, de Buenos Aires.

Se reanimó de nuevo su pasión por el ideal después de los sucesos de Julio de 1909 en Cataluña. Aquella rebelión y los hechos posteriores le habían galvanizado. Pero, aunque colaboraba algo en el diario madrileño *El País*, tenía necesidad de una tribuna periodística más propia y que no guardase relación con el pasado, causa de su silencio en España. Expuso su objeto a buenos amigos de distintas poblaciones, y habiendo recibido la ayuda necesaria para los primeros números de un periódico, pronto vió la luz *Acción Libertaria*.

En este semanario (Gijón-Vigo, 1910 al 11), en el que le sucedió *El Libertario*, Gijón, 1912-13, y en *Acción Libertaria*, segunda época, Madrid, 1913-14 está sin duda, lo mejor que Ricardo Mella produjo con su pluma; lo creía él también así, según cartas suyas que conservo. Los anteriores años de apartamiento de las lides periodísticas, consagrados al estudio y a la reflexión, habían elevado sobremanera el pensamiento de Mella. Estaba entonces en la edad en que las inteligencias superiores se hacen completamente maduras. Su estilo, siempre tan claro y galano, había también ganado en riqueza de expresión, como si para Mella no tuviese ya secretos el idioma. Ahí están, para atestiguarlo, sus soberbios artículos de esos años: "Los cotos cerrados", "La gran mentira", "Diálogo acerca del escepticismo", "Los grandes resortes", "Más allá del ideal", "Las viejas rutinas" y mil más, pues Mella, fecundo como nunca, escribía en ese período con verdadera prodigalidad, firmando con su nombre, con dos iniciales, con una sola, con sus seudónimos: Raul, Mario, Dr. Alen, sin firmar también. En esas publicaciones cultivó Mella todos los géneros posibles del periodismo de ideas: el artículo de fondo, consagrado generalmente al comentario de la actualidad política y social; la exposición de teorías, siempre original y sugerente; la réplica apabullante al adversario; ensayos libertarios, educativos y llenos de emoción, de calor; la crítica de libros... Pero, todo, escrito de modo superior, sin una nota de mal gusto, porque Mella era un aristócrata de la inteligencia. Muchos de estos trabajos, que habían de ser los últimos de él, dejan en el ánimo esa impresión de serenidad que solo saben provocar los escritores de selección...

Después no escribió más para el público, no obstante lo mucho que se le solicitó, sobre todo durante la guerra mundial, para conocer su opinión valiosa acerca de tan extraordinario problema. Alimentaba yo la esperanza de que no se iría Mella de la vida sin dejar alguna obra definitiva, recordando siempre dos detalles: uno, que en 1911 me había dicho que pensaba refutar, en un libro, las teorías de Le Dantec sobre el egoísmo y el ateísmo, que le habían inquietado, como se ve apuntar al final del hermoso prólogo que Mella puso a "La ciencia moderna y el anarquismo" de Kropotkin, que tradujo por encargo de Sempere, cuyo prólogo tiene tantas ideas y sabrosidad como el mismo libro que lo inspira; otro que años más tarde, en carta que guardo todavía, me comunicó también que no quería morir sin haber antes escrito una obra que llamaría acaso "Libro del incrédulo". Desgraciadamente para los que le admirábamos y para su mayor gloria al mismo tiempo, ninguno de esos propósitos llevó a cabo. La familia de Mella me informa que no quedó inédito el menor escrito de él.

En los últimos años de su vida, aun sin dejar de ser profundamente libertario, había evolucionado Mella hacia una comprensión de las ideas por encima de todos los dogmas, una suerte de escepticismo filosófico con gran fondo idealista. Terminaba así Mella, lógicamente, de recorrer el camino que apuntaba seguir con su ruidoso artículo "La bancarrota de las creencias", que apareció en el número 107 de *La Revista Blanca*, Madrid, 1 diciembre 1902, ruta que años después emprendió resueltamente en "Diálogo acerca del escepticismo", "Los cotos cerrados", "Mas allá del ideal", etc. Se había curado ya del infantilismo revolucionario que en su juventud estaba mezclado con su obra de pensador. Formar conciencias independientes, emancipadas, he aquí lo que parecía esencial para él. Mella no era nietzscheano; sé que no podía leer al filósofo de Roecken porque encontraba su estilo indigesto y crueles, de "casta", sus teorías; pero ¡qué coincidencia para mí entre el espíritu de los trabajos con que Mella terminaba su vida de publicista y el que Zarathustra quería dejar a sus discípulos al despedirse de ellos... Quizá en su soñado "Libro del incrédulo" pensó Mella tratar de tan interesantes cuestiones. ¿Y quién mejor que él, iconoclasta, enemigo encarnizado de las tiranías sobre el cuerpo y el espíritu, para hacer un a modo de Evangelio del hombre libre?

Tales son los rasgos más salientes, a mí entender, de la fuerte figura intelectual de Mella, claro que muy someramente trazados. Examinar su vida y su obra con mayor detenimiento, nos llevaría más lejos de lo que requiere un trabajo como el presente, dado lo que representaba Mella dentro de la ideología anarquista. Porque los que quieran conocer a fondo estas doctrinas habrán de estudiar la forma original en que las interpretaba Mella, principalmente en lo que se refiere al concepto que tenía de los límites de la libertad individual, que le llevó a defender durante muchos años el colectivismo por oposición al comunismo, guardando en esto gran afinidad con Tucker. Pues éste y los demás aspectos de la personalidad de Mella deben ser destacados en un trabajo más detenido y completo, que no dudo se hará.

Pero antes sería preciso recoger y editar ordenadamente su obra de publicista que conserva valor de perennidad, que no es corta. Esta obra, rica en ideas y contenido, varia en los temas, escrita con pluma de artífice, está por ahí dispersa en periódicos y revistas que hoy se consiguen mal, o en folletos casi agotados ya. Para los que fuimos amigos, admiradores o discípulos del muerto, ¿no es un deber publicar unos tomos que contengan toda su brillante labor?

Sería el mejor homenaje que podríamos hacer a Mella, sin profanar así nada su espíritu iconoclasta.

---

(1) *"La muerte de Pi y Margall, núm. 84 de la* "Revista Blanca", *Madrid 15 diciembre* 1901.

(2) *Reeditado por Sempere en el libro de Mella "Cuestiones sociales", Valencia* 1912.

(3) *Figura igualmente en "Cuestiones sociales"*.

D. A. DE SANTILLAN

En torno a Mella

En la hermosa exposición anarquista que constituye la refutación de las insanías de Lombroso por Ricardo Mella (pág. 111, edición LA PROTESTA) encontramos este pasaje:

"Somos hombres de ideas, que amamos fuertemente aquello que se nos ofrece con los caracteres de una verdad irreductible, que abrigamos la creencia en un mundo mejor, y, si alguna vez flaquea nuestro cuerpo maltratado, no flaqueará nuestro cerebro en la convicción de una idea por la cual luchamos a brazo partido con una sociedad saturada de preocupaciones,egoísmos e inmoralidades"...

¿Quién no ha pensado en el ejemplo de la vida de Mella al releer ese pasaje escrito hace casi treinta años, cuando el autor estaba aún en la plenitud de su actividad intelectual? Parece que ya entonces hubiera tenido el presentimiento de que su cuerpo flaquearía, pero que, sin embargo, su espíritu continuaría firme en lás ideas de su vida. Y se entiende, un hombre como él, simple obrero estudioso que llegó, por su propio esfuerzo y por su tenacidad, a rendir examen de ingeniero, sin abandonar, por eso, su función insustituible en la propaganda durante los períodos más agitados y más peligrosos del anarquismo español, ha tenido que ir dejando en el camino penoso jirones de su existencia.

El cuerpo de Mella flaqueó antes de llegar al fin de su vida de trabajo. Pero ha dado al anarquismo casi 35 años de su pensamiento privilegiado. Ultimamente, los últimos diez años, se sintió débil para continuar en la brega, pero no hizo la menor concesión en el terreno de sus convicciones ideológicas. Murió fiel a la anarquía, que contribuyó, honrosamente, a propagar y a esclarecer.

Sin embargo, hemos tenido en la mano una posibilidad de hacerle volver a la lucha. Desgraciadamente las cosas siguieron otro curso, haciéndonos perder una última ocasión para escuchar la palabra autorizada de ese hombre modesto y laborioso. Hemos considerado siempre a Mella como un valor intelectual digno de figurar entre los mejores escritores del anarquismo. No sólo por España misma, sino por todos los países de lengua castellana, anhelábamos que la pluma de Mella volviera a cooperar en la propaganda escrita. Era, para nosotros, una tragedia ver la pobreza de pensamiento de la generación actual de los militantes y de los propagandistas.

A principios de 1922 visitamos a Mella en su domicilio de Vigo. La editorial LA PROTESTA había deseado hacer conocer lo antes posible a los lectores de habla española, la *Etica* de Kropotkin. Habiendo llegado a nuestros oídos que se haría de inmediato una edición inglesa propusimos a Mella que se encargara de la traducción y que escribiera un prólogo como aquel famoso prólogo de *La Ciencia Moderna y la Anarquía*. Mella se había mostrado completamente decidido a no volver a tomar parte en la propaganda cotidiana; nos dijo que éramos los jóvenes los que debíamos ocupar su puesto, porque él era viejo; nos dijo su edad, — por cierto más elevada de lo que habíamos imaginado y de lo que se hubiera deducido al verle aún, en apariencia, tan ágil y tan móvil. Exteriormente aparentaba unos 50 años, pero había pasado ya de los 60. Recordamos que, hablando de la revolución rusa, nos dijo que se había desinteresado del estudio de esa cuestión y que ya no se contaba con fuerzas para escribir al respecto. En una palabra, a pesar de nuestra insistencia, quedó firme en su negativa, pero entrevimos que esa firmeza se quebrantaría si hallábamos el modo de interesarlo en una labor cualquiera del movimiento. Para la traducción de la *Etica* no puso reparo alguno, prometiendo igualmente escribir el prólogo solicitado; creemos haber sacado la impresión de que ese trabajo lo haría con íntima satisfacción. Al despedirnos, después de haber convenido los primeros detalles de esa traducción del inglés, como lamentáramos su aislamiento y su negativa a tomar parte en nuestras cosas, nos dijo con un tono de camaradería y de aliento que no hemos olvidado: Comenzaré por la traducción de la *Etica* y veremos más tarde si se presenta la ocasión para cooperar en nuestra prensa. Hemos salido de la casa de Mella con una cierta esperanza de que volveríamos a recibir el apoyo precioso de su talento en la propaganda escrita. Y, durante algún tiempo, nos hemos hecho toda suerte de ilusiones. Por desgracia la traducción inglesa de la *Etica* no estaba a la altura que habíamos supuesto y hubo que desistir del proyecto primitivo. He ahí cómo nos hemos privado del concurso de los últimos años de la vida de Ricardo Mella.

Se dice que toda la prensa gallega dedicó sentidas notas necrológicas a la memoria de Ricardo Mella en ocasión de su muerte y que su sepelio dió motivo a un paro general del trabajo en Vigo. Galicia no podrá nunca desconocer lo que ese hombre ha significado, en general, y, particularmente, para la región. El fenómeno gallego de la emigración ha llamado la atención de cuantos tuvieron la oportunidad de conocerlo. Es toda una tragedia que hirió el corazón de Mella desde su juventud. Uno de sus primeros trabajos literarios se titula *El problema de la emigración en Galicia*, que data de 1885, si no nos equivocamos; el jurado lo rechazó por el radicalismo de sus conclusiones. Entonces lo presentó al primer Certamen socialista de Reus, que premió e hizo publicar esa hermosa memoria. Tal vez hoy no produjeran en los gallegos tanto asombro los puntos de vista de Mella, reveladores de su talento. La emigración gallega continúa siendo una tragedia dolorosa y son las mismas causas que anatematizaba Mella en 1885 las que la producen.

Reseñando la aparición de ese escrito, decía la revista *Acracia* de Barcelona en junio de 1886: "Si no conociéramos ya la competencia de nuestro amigo Mella en cuestiones sociales, el examen de la memoria que nos ocupa bastaría a demostrarlo"...

He aquí como insiste sobre el mismo tema en la refutación del libelo de Lombroso contra los anarquistas:

..."En Galicia, donde casi todo el mundo es propietario, la miseria es el estado latente de todos los días, porque nadie tiene

los elementos más indispensables para vivir. La población gallega vese forzada a emigrar continuamente, cubierta de harapos, sucia y hambrienta. Los grandes transatlánticos conducen a los gallegos al otro lado del océano en verdaderos montones de esclavos, y los trenes de Castilla arrastran vagones destinados exclusivamente a los segadores de la tierra galaica a quienes se embarca conduciéndolos como a rebaño de borregos! ¡Cuántas veces ha subido a nuestro rostro la indignación al contemplar, en los andenes de la estación del Norte de Madrid. el espectáculo de esas conducciones innobles!"...

No hay duda que Ricardo Mella ha sufrido realmente ante ese espectáculo y quedaría por saber la parte que ha tenido el problema de la emigración gallega en el despertar de su espíritu a las ideas libertarias.

Los camaradas que se ocupan de la propaganda en Galicia harían bien en releer las sugestiones y los estudios de Mella sobre el problema de la emigración. Casi estamos por asegurar que podría elaborarse el programa de propaganda y de organización más apropiado a esa región de España siguiendo el pensamiento de Mella. Zona eminentemente agrícola y en donde la miseria es tan extrema, si hasta ahora su población agraria no integró las filas de la revolución social ¿no será porque no hemos sabido llegar con nuestras ideas a su cerebro y a su corazón?

—

Intelectualmente, Mella ocupa una posición propia en el anarquismo. No ha estado nunca completamente de acuerdo con el comunismo de Kropotkin. Ni lo estuvo él, ni lo estuvo Tárrida del Mármol, ni lo estuvo siquiera Anselmo Lorenzo. No hace mucho aun el camarada Urales reclamaba la paternidad de la teoría del *Anarquismo sin adjetivos*, atribuída por Max Nettlau a Tárrida del Mármol. Y si ahondáramos la cuestión, llegaríamos tal vez a demostrar que en los países españoles, donde casi todos los anarquistas nos decimos comunistas anarquistas, el comunismo no es interpretado como un sistema económico fijo, sino como una expresión de la vida y de las relaciones económicas libres, que coincidirá o no con las previsiones kropotkinianas, pero que no será un fruto de un programa previamente establecido.

No hay dogma económico, así advertía Anselmo Lorenzo hacia 1886, no debe haberlo. Para nosotros si un dogma hay es el de la libertad, o sea la negación de todos los dogmas. Esta posición tan brillantemente defendida por Mella ha dejado sus rastros en todo el anarquismo de los países españoles, que sin embargo proclaman el comunismo anárquico casi unánimemente. Pero simultáneamente sostienen con Mella que "la organización futura, la organización anarquista, no será un producto forzado de un plan preconcebido, sino una resultante de los acuerdos parciales de los individuos y de los grupos, según las circunstancias y la capacidad del pueblo en el momento".

Que nuestros camaradas vuelvan a leer el prólogo de Mella a su traducción española de *La Ciencia Moderna y la Anarquía* de Kropotkin, que vuelvan a leer la Memoria presentada al congreso internacional anarquista de París en 1900 (reproducida en casi toda la prensa anarquista y últimamente en el SUPLEMENTO, año II, N.o 95), que se estudien los numerosos artículos publicados por Mella en diversos periódicos y reproducidos luego en folletos. Su posición puramente anarquista es clara, convincente y nos demuestra a nosotros mismos que estamos más cerca de compartir sus ideas que de aceptar dogma alguno en el terreno de la economía.

MAX NETTLAU

Ricardo Mella y el anarquismo sin adjetivo (1900)

Los camaradas de lengua no española han conocido muy poco a Ricardo Mella, pues casi ninguno de sus escritos ha sido traducido. Eso es tanto más de lamentar cuanto que, aparte de lo que escribió sobre las cosas de España y otras que ignoro necesariamente, era de esos raros autores que tenían ideas originales que habría sido necesario conocer internacionalmente y lanzar en el surco de la discusión entre todos nosotros. Es ya demasiado tarde para que él pueda tomar parte en un cambio de opiniones promovido así, pero no es tarde para hacer posible, en fin, un tal examen de su obra, primeramente por una edición en volúmenes de sus escritos esparcidos en español, que podría ser seguida por una selección bien escogida en otras lenguas que, dejando a un lado la parte local y puramente propagandista, haría más accesible la parte verdaderamente original de su obra.

En otros tiempos he podido ver los siguientes escritos suyos que, sin embargo, no puedo reunir en este momento: en el Certamen socialista de 1885 (Reus): *El problema de la emigración en Galicia*, y en folleto también, de 70 páginas; en el segundo Certamen (Barcelona, 1890): *La anarquía; Breves apuntes sobre las pasiones humanas; La nueva utopía; El colectivismo, sus fundamentos científicos; Organización, agitación, revolución; El crimen de Chicago. Organización*... existe en folleto (Montevideo, *El Obrero*, año 1904); *L'Anarchia nella scienza e nell' evoluzione* (Prato, *La Plebe*, 1892, 32 páginas) es una traducción italiana del ensayo del Certamen.

Sinopsis social. La anarquía, la federación y el colectivismo (Sevilla, 1891, 17 páginas), sacado de *La Solidaridad* (Sevilla), 1 de octubre al 18 de noviembre, 1888; se encuentran allí también los *Episodios de la miseria. El hambre*, 19 de agosto de 1883 y siguientes.

Entre anarquistas. Diálogos, en *La Anarquía* (Madrid) en 1891.

Evolución y revolución. Discurso pronunciado en el Círculo Federal de Vigo (Sabadell, 1892).

La Coacción moral en *El Despertar* (Brooklyn), 15 de julio de 1893 y siguientes.

Lombroso y los anarquistas. Refutación (Barcelona, *Ciencia Social*, 1896, en marzo, 120 págs.); traducción italiana en *L'Avvenire* (Buenos Aires), 12 de julio de 1896 y siguientes.

La barbarie gubernamental en España, 1897, que lleva como lugar de impresión Imp. *El Despertar*, Brooklyn-New York, colección documentada sobre las torturas del Montjuich, libro de 204 páginas; es un trabajo de colaboración firmado R. M. (Mella) y J. P.

Le socialisme en Espagne, en la revista *L'Humanité nouvelle* (París), N.º 5, págs. 521 a 535.

La ley del número (Vigo, 1899, 59 páginas).

Táctica socialista (Madrid, Imp. de El Progreso, 1900, 54 págs.).

La cooperation libre et les systémes de communauté, informe presentado al congreso anarquista internacional que debía celebrarse en París en septiembre de 1900, publicado en el *Supplement littéraire des Temps Nouveaux*, París, en esa época.

La bancarrota de las creencias. El anarquismo naciente (Valencia 1903, 24 páginas; Biblioteca *El Corsario*, I).

Sindicalismo y anarquismo, forma las páginas 27 a 31 del folleto *Sindicalismo y socialismo* (conferencia de José Prat, 5 de junio de 1909, folleto de 32 páginas, aparecido en La Coruña en septiembre de 1912).

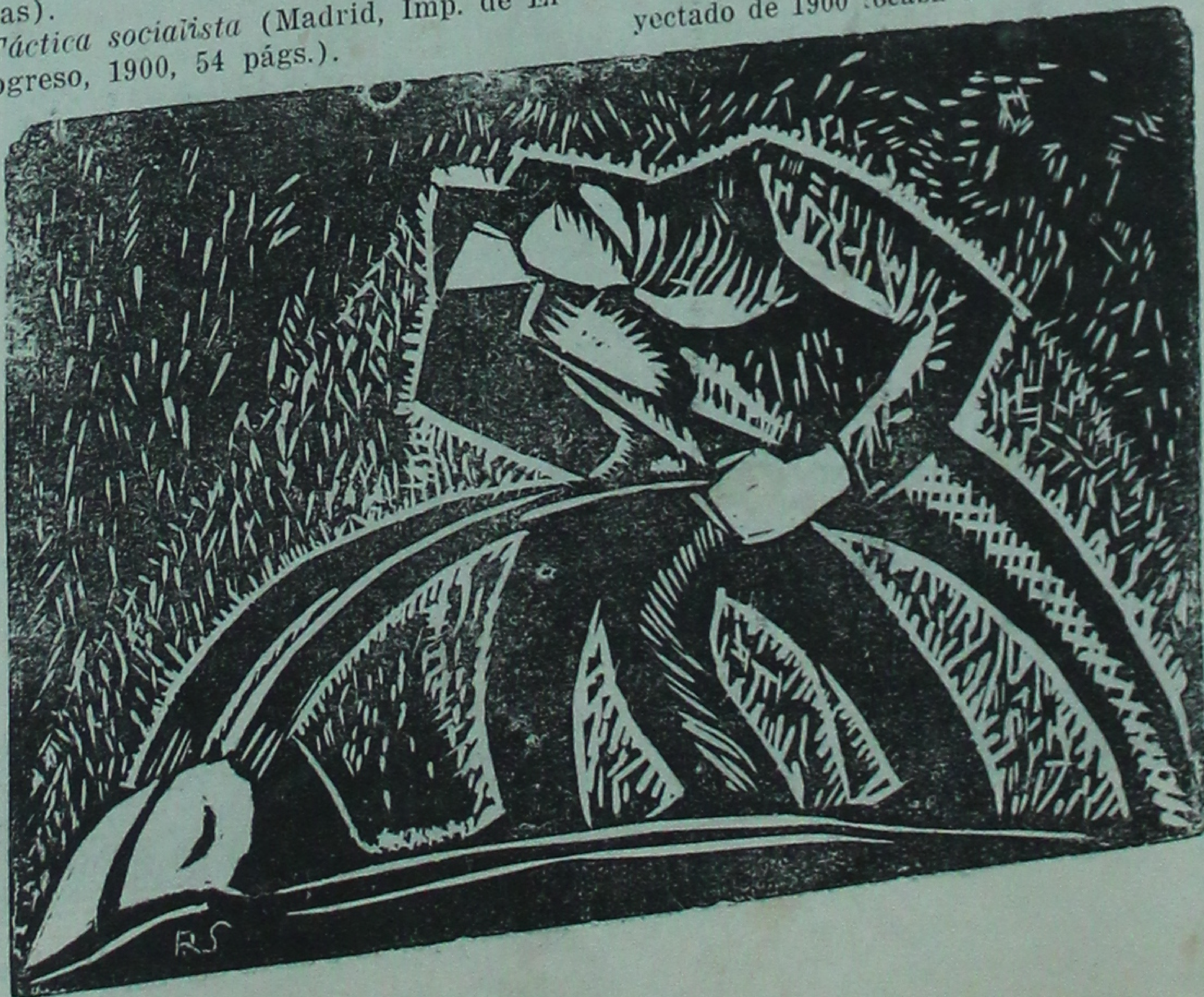
Una colección: *Cuestiones sociales*, por R. Mella (Valencia, F. Sempere y Cía., sin fecha, en 1912) contiene: *La coacción moral, La ley del número, Breves apuntes sobre las pasiones humanas, La bancarrota de las creencias y La tragedia de Chicago.*

Sin duda sus camaradas españoles nos informarán pronto sobre su colaboración en los periódicos. La *Revista Blanca* del 1.º de septiembre de 1925 menciona: *Diferencias entre el comunismo y el colectivismo* en el primer Certamen (1885) y los folletos *Del amor* y *La Mujer*, que no conozco; reimprime *El principio de la recompensa y la ley de las necesidades* de *Ciencia social*, revista que apareció desde octubre de 1895 a mayo de 1896 en Barcelona, 256 págs. en 8º. Según la misma fuente Mella fundó *La Solidaridad* en Sevilla; fué un periódico del que aparecieron desde el 19 de agosto de 1888 al 10 de noviembre de 1889, 58 números ¿sino 59 hasta el 17 de noviembre? Porque *La Alarma*, que continuó ese periódico publica su segundo número el 28 de noviembre y aparecía aún el 7 de marzo de 1890. Habría publicado primeramente *La Propaganda* en Vigo en 1882. De ese periódico de 1881 a fin de marzo de 1883 aparecieron 75 números; no lo conozco.

El congreso proyectado en París fué impedido, pero un cierto número de delegados se reunieron varias veces en conferencia privada en diversos lugares de los alrededores de París. Yo llegué a París algunas semanas después, en octubre, y lamenté mucho haber perdido la ocasión de conocer personalmente a Mella, de quien conocía los escritos. Víctor Dave, que había asistido a esas conferencias, interrogado por mí sobre Mella, me dijo que éste, sea porque comprendiese mal el francés, sea porque el detalle de las discusiones no le interesaba, fué de los delegados que no abrió la boca, que no dijo una palabra. Es literalmente el solo detalle personal que supe sobre ese hombre que ha debido ser modesto y retirado, salvo que todos los viejos camaradas españoles que he conocido, Tárrida del Mármol y L. Portet, etc., hablaban de él con gran respeto y simpatía.

—

El informe de Mella al congreso proyectado de 1900 tocaba un asunto que me



interesaba mucho entonces, lo mismo que hoy, y compuse entonces un manuscrito abordando el mismo problema que sometí a varios camaradas; reuní también opiniones semejantes expresadas por otros, y es así como hice los siguientes extractos del informe de Mella, que se erige contra las tendencias a canalizar las ideas anarquistas, a imprimirles una forma única dogmática y sistemática, — "porque — observa — por educación tendemos a dogmatizar y cada uno, desde hoy, trata de sistematizar la sociedad futura, descuidando un poco la idea anarquista misma.

"No es a mi parecer razonable tal disparidad de opiniones por preferencias hacia determinados sistemas"... "Es muy sencillo hacer comprender a las gentes menos cultas que las cosas se harán de tal y tal modo en lo porvenir, pero equivale simplemente a remachar su educación autoritaria y a hacerles creer que se hará así y no de otra manera"...

"Necesitamos, por el contrario, llevar a los cerebros la idea de que todo habrá de hacerse conforme a la voluntad de los asociados en cada momento y en cada lugar; necesitamos hacer que se comprenda lo más posible la necesidad de dejar a los hombres en completa independencia de acción; y no es, ciertamente, atiborrando las inteligencias de planes previos como se las educará en los principios anarquistas"...

"¿Será necesario, a pesar de nuestras afirmaciones, genuinamente socialistas, sistematizar la vida general en plena anarquía? ¿Será necesario decidirse, desde ahora, por un sistema especial de práctica comunista? ¿Será necesario trabajar por la implantación de un método exclusivo? Si así fuera, eso equivaldría a justificar la existencia de tantos partidos anarquistas como ideas económicas hay que dividen nuestras opiniones"...

..."Sistematizar el ejercicio de la autonomía es contradictorio. Libre el individuo y libre el grupo, nada puede obligarles a adoptar tal o cuál sistema de convivencia social. Nada será asimismo bastante poderoso para determinar una dirección uniforme en la producción y distribución de la riqueza"...

..."¿Por qué el anarquismo ha de ser comunista o colectivista?

"La sola enunciación de estas palabras produce en el entendimiento la imagen de un plan preconcebido, de un sistema cerrado. Y nosotros, anarquistas, no somos sistemáticos, no preconizamos infalibles panaceas, no construimos sobre movediza arena castillos que derribaría el más leve soplo del porvenir cercano"...

"Podremos, entonces, decir al pueblo: "haz lo que quieras; agrúpate como te plazca; arregla tus relaciones para el empleo de la riqueza como creas más conveniente; organiza la vida de la libertad como sepas y puedas". Y bajo la influencia de las diferentes opiniones, bajo la influencia del clima, de la raza, bajo la influencia del medio físico y del medio social se producirá la actividad en múltiples direcciones, se aplicarán diferentes métodos y, también, a la larga la experiencia y las necesidades generales determinarán armónicas y universales soluciones de convivencia social. Obtendremos, por la experiencia, al menos, una parte de lo que no podríamos obtener, ciertamente, con todas las discusiones y todos los esfuerzos intelectuales posibles"...

"En una sociedad como la que preconizamos, la diferente naturaleza de los trabajos obligará, en unos casos, a turnar en la ejecución de ciertas tareas, obligará, en otras, al voluntariado. Ya será necesario que un grupo se ocupe permanentemente de tales labores; ya que tales obras se ejecuten, alternando, por varias agrupaciones. Aquí, la distribución podrá seguir el procedimiento comunista, que la abandona a las necesidades, mejor dicho, a la voluntad de los individuos; allí, será preciso resolverla voluntariamente a una regla cualquiera, como el racionamiento o algo semejante. ¿Quién podrá pretenderse capaz de abarcar el conjunto de la vida futura?"

..."Lo que yo trato de demostrar es la contradicción en que se cae cuando al término anarquía se asocia un sistema cerrado, inverificable, uniforme, sujeto a reglas predeterminadas."

..."Nuestras luchas se derivan, precisamente, de esa asociación de ciertas ideas a ciertos términos donde el exclusivismo se afirma y cuando la propaganda se deja

invadir por los particularismos de escuela, el resultado es fatal, porque, en lugar de hacer anarquistas conscientes, hacemos fanáticos del comunismo A o fanáticos del comunismo B, fanáticos, en fin, de un dogma, cualquiera que sea"...

Ricardo Mella demuestra luego, con ayuda de la experiencia del pasado y del presente, la imposibilidad del predominio exclusivo de un sistema uniforme.

..."¿Cómo se quiere que un sistema haya podido o pueda predominar? Los hechos están lejos de seguir reglas invariables. El principio es generalmente uno, pero las experiencias prácticas varían sensiblemente y se alejan del punto de partida"... En los hechos, no hay un comunismo semejante a otro comunismo. En todas partes se hacen concesiones al individualismo, pero en grados muy diversos. La reglamentación en la vida oscila desde el libre acuerdo al despotismo más repugnante. De las comunidades libres de los esquimales al comunismo autoritario del antiguo imperio peruano, la distancia es enorme"...

..."De la misma manera el régimen individualista en muchos casos se encuentra en ciertas regiones más cerca del comunismo que del individualismo propiamente dicho"... No obstante el empeño de unificación de los legisladores, del poder absorbente unitarista, del Estado, las leyes son un verdadero maremagnum y los usos y costumbres en la industria, el comercio y la agricultura son tan opuestos que lo que es tenido por equitativo en un lugar es tenido por injusto en otro"...

"¿Será necesario hacer consignar que ningún Estado llamado civilizado es totalmente individualista? No obstante el derecho al uso y abuso de las cosas el poder público invade cada día más el derecho de los ciudadanos. Por causa de utilidad pública se establece la expropiación, recayendo, de nuevo, en el principio comunista del derecho eminente de la colectividad".

"Por otra parte, una porción considerable de la riqueza es de uso común en los países civilizados y un gran número de instituciones comunistas existen que viven en medio del individualismo moderno"...

He aquí, en fin, las conclusiones de Mella:

"De las experiencias expuestas deduzco que el porvenir se desenvolverá según un principio general, el de la posesión común o colectiva (los dos términos son para mi equivalentes) de la riqueza, y que, precisamente, ese principio se traducirá en métodos diversos de producción, de distribución y de consumo, métodos, todos, de cooperación libre".

"Esa misma deducción resulta inmediatamente del principio de libertad que nos es tan querido. Y ahora puedo agregar que la diversidad de las experiencias individualistas y comunistas contenidas en el pasado y en el presente, no es más que la consecuencia obligada del principio de libertad que sobrevive en la especie humana, a despecho de todas las coacciones. El individuo, lo mismo que el grupo, tiende siempre a regular su existencia, a regirse según sus opiniones, sus gustos y sus necesidades. Y aun cuando es reducido a un sistema impuesto, liberta su existencia en medio mismo de ese sistema no conformándolo a él y elaborándolo todo lo posible según los gustos, las necesidades y las opiniones en cuestión. Así fué en otro tiempo, lo es hoy y lo será mañana, pensamos"...

"Las luchas del exclusivismo doctrinal languidecen actualmente; mi deseo es haber contribuido a que desaparezcan por completo".

"La afirmación del método de cooperación libre es genuinamente anarquista y enseñará a los que a nosotros vengan que no decretamos dogmas ni sistemas para el porvenir y que la anarquía no es una apariencia de libertad, sino la libertad en acción".

Habrá camaradas para quienes esas ideas de Mella — que habría sido preciso citar por entero — parecerán completamente naturales. Tanto mejor, diré, esos camaradas poseen la misma mentalidad que Mella. Pero reconocerán que Mella no construyó un espantajo para darse el placer de abatirlo, sino que, por desgracia, ese unitarismo estrecho y fanático en ideas ha existido y existe aún, en un grado atenuado, esperémoslo.

La expansión de la idea anarquista en esas formas, difundidas por una propaganda tan asidua en la hora actual, como hace veinticinco años cuando escribió Mella, es muy reciente. La idea de la más amplia libertad se desarrolló en muchos pensadores en el curso de la historia, pero las circunstancias generales hicieron que sólo en el siglo XIX fueran creadas las posibilidades para difundirlas en un vasto medio ambiente. Se necesitaba, para eso, la vida pública moderna que ha desviado la mayoría de los obstáculos crueles que el antiguo régimen empleó para trabar la educación intelectual de la humanidad. Era preciso aun ese grado de desenvolvimiento genuinamente antisocial de la vida económica que demuestra claramente a las masas quién es el explotador y quién es el explotado y que no hay nada de común ni tregua posible entre ellos. Esa situación es comprendida también por los socialistas autoritarios que quieren imponer uno de sus sistemas autoritarios y que, cautivando las masas por su socialismo, las desvía, al mismo tiempo, de la libertad. Simultáneamente el burguesismo, aprovechándose del enorme progreso técnico, se desliza hacia un último acaparamiento y un disfrute cínicos — "después de nosotros el diluvio" — y extiende el espíritu de la brutalidad y de la avaricia, galvanizando todas las pasiones odiosas para aislar los pueblos y mantenerlos en una sumisión y un embrutecimiento prolongados. Actualmente, pues, en medio de todas esas corrientes desencadenadas, la propaganda anarquista adquirió, por primera vez, amplias proporciones: hablo del tiempo de la primera Internacional, antes y después de 1870 y tras un período de relajación esa propaganda volvió a manifestarse una segunda vez con gran ímpetu en los años que siguieron a 1880, para continuar ampliamente por unos quince años, y luego se restringió o se especializó, si se quiere, — el período del sindicalismo, una decena de años aproximadamente —¿para hacer luego qué? Para quedar estacionaria, yo creo, y ni siquiera sacar de si misma las fuerzas para resistir el aire viciado, envenenado, de los últimos diez años antes de la guerra de 1914, y para permanecer un factor impotente — como todos los otros factores humanitarios — ante esa catástrofe provocada con una criminalidad inefable por el burguesismo que se hundió en ella con liviandad, husmeando un buen negocio y el aplastamiento para muchos años del espíritu de equidad, de libertad y de bondad en el mundo. El dique fué, pues, atravesado, el mal se esparció como quiso y aun hoy, once años más tarde, estamos todos aterrados en un campo de muertos cubierto de ruinas y nuestra propaganda libertaria y anarquista, jamás extinguida, encuentra, necesariamente, un eco muy débil.

Mella ha escrito antes de esa catástrofe, se dice que fué de los que se dejaron arrastrar por lo que los autores del crimen contaban entonces a sus víctimas; no importa, en 1900 ha tenido ese sentimiento saludable, que la anarquía, tal como era preconizada entonces, era demasiado estrecha y lo ha dicho. Su voz, como la de otros, no fué escuchada y fué una desgracia. Lo que más faltó, en mi opinión, fué el sentimiento justo de las necesidades de la hora, del grado de desarrollo de las tendencias múltiples que obraban en el mundo moderno. El error es fácil; nadie conoce de antemano la duración, la fuerza y la dirección exacta de las diversas evoluciones, ni las de las influencias que pueden desviarlas. La historia marcha a la vez más pronto y más lentamente de lo que se cree, y nunca se adivina su rumbo real. Se conoce, por observación, la duración de los períodos de preñez en el reino animal, de germinación de semilla por lo que respecta al reino vegetal, pero se ignora el ritmo de las grandes evoluciones intelectuales, políticas, económicas y, necesariamente, se equivoca uno continuamente.

En tal situación lo que es preciso es estar ampliamente preparados para todas las eventualidades, y no ponerlo todo a una sola carta. Es lo que hizo el anarquismo, aun amplio, preparándose, ante todo, a una obra de demolición general, desde el tiempo de Bakunin, cuando en ese período de fatiga que siguió a la caída de la Comuna y de otros desastres, buscó un refugio y un consuelo en un sistema un poco demasiado estrecho, más diligentemente elaborado, pero que no ganó en fuerza por eso, — el del comunismo anarquista tal como lo presentó Kropotkin y del cual son su más perfecta expresión los capítulos de su *Conquista del pan* (1892). Esta fué una obra de arte, una utopía brillante y generosa, pero, después de todo, no fué más que una forma de soñar, una realización posible de la anarquía entre cincuenta, entre cien, y habría que haber producido, igualmente, otras cincuenta y más formas — y no concentrarse sobre esa forma única, creyendo que no quedaba más que decir y que no se tenía más que multiplicar por la propaganda los creyentes y los convencidos de esa forma única, victoriosa sobre todas las demás.

Se hizo, verdaderamente, eso; el comunista anarquista se creyó superior al tipo antiguo del colectivista anarquista y no reconoció, en modo alguno, al individualista anarquista, que, por su parte, hizo lo mismo; el colectivista anarquista quedó entonces como una especie extinguida en todas partes, salvo en España, donde los comunistas anarquistas le asediaban ya en sus últimos baluartes.

Al mirar retrospectivamente hoy siento que fué como un infantilismo, que se ofreció un espectáculo mísero al vanagloriarse mutuamente de haber "hundido" al individualista, al colectivista, al comunista, de haber obtenido así victorias. No se hizo más que empequeñecer el ideal tan amplio y glorioso de la anarquía y se le privó, así, de mucho de su fuerza de expansión. Languideció en el curso de los años cuando habría debido



ser más activo que nunca. Habría debido oponerse, con toda su fuerza inmaculada, indivisible a la autoridad, gangrena que pululaba entonces entre los burgueses y los socialistas autoritarios, hasta que engendró la catástrofe mundial de 1914, pero fué canalizado en la solución comunista anarquista, uncida al sindicalismo (de suerte que ambos tiraban uno del otro y se paralizaban, siendo el producto de los más ambiguos) y se agotó así, sufriendo aún dicho mal.

Algunos españoles primeramente tuvieron el sentimiento de que todo eso fuese absurdo. Tárrida del Mármol propuso *la anarquía sin adjetivo* diez años antes del informe de Mella en 1900. Voltairine de Cleyre expresó ideas semejantes en su hermosa conferencia sobre la anarquía dada en Filadelfia en abril de 1901, (Véase *Free Society*, Chicago, 13 de octubre de 1901; reimpresa en sus *Selected Works*, New York, 1914, págs. 96 a 97) y hubo otros. Un día relataré mis ensayos para hacer comprender a camaradas esa idea que se me había ocurrido algún tiempo antes de 1900. Hasta un cierto punto me había regocijado mucho de toda "victoria" del comunismo anarquista sobre los anarquismos de tendencias económicas falsas e insuficientes, pero, de repente, comprendí que me mecía en ilusiones, que la idea de la vía única, de la panacea, de la intolerancia salvadora es siempre falaz y que era más que presuntuoso, para nosotros, querer poner diques a la corriente poderosa de la libertad y darle la única misión de fertilizar nuestro pequeño campo comunista. No rechacé, por eso, el comunismo libertario, pero, desde entonces, me pareció mucho más importante ver florecer el amplio pensamiento anarquista que ver formarse convencidos de una aplicación económica entre otras tantas. Seamos ante todo anarquistas, destruyamos la autoridad a nuestro alrededor y en nosotros mismos, y eso nos hará fraternales y no-dominadores: luego, de entre mil soluciones económicas, las afinidades libres elegirán las suyas cada cual y poco a poco se aprenderá la verdadera práctica de la libertad.

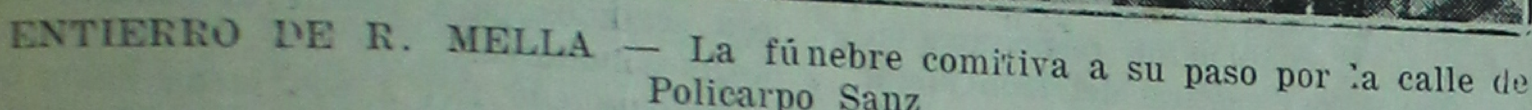
Ricardo Mella ha debido sentir esas mismas impresiones; que a pesar del gran valor de Kropotkin, la anarquía no debería detenerse con él, como no se ha detenido con Bakunin; que debe marchar siempre adelante, respetando a Bakunin, respetando a Kropotkin, respetando a Proudhon, pero superándolos a todos, como un torrente, un arroyo, van siempre hacia adelante, sin detenerse ante los hermosos cantos de un poeta que quisiera paralizarlos.

Mella y todos los demás no hablaron bastante alto. ¿Será escuchada hoy su voz, cuando ha pasado ese cuarto de siglo de tristes experiencias, cuando la obra de Kropotkin está ante nosotros en su conjunto, encantadora, grande, pero, sin embargo, pequeña ante ese complejo sin límites, la libertad integral y sus aspiraciones? *Ensanchemos la idea* — es lo que la voz de Mella en 1900 parece decirnos todavía hoy.

He aquí mis impresiones sobre ese buen camarada cuya obra merece nuestra atención seria.



ENTIERRO DE RICARDO MELLA — Paso de la grandiosa comitiva fúnebre que acompañó los restos del llorado muerto, por la Puerta del Sol



ENTIERRO DE R. MELLA — La fúnebre comitiva a su paso por la calle de Policarpo Sanz

JOSE PRAT

EN RECUERDO

Estas líneas, con ligerísimas variantes, son copia de las que envié a los camaradas de Vigo para la velada artístico-literaria que prepararon con el fin de allegar fondos para reeditar en libro los mejores trabajos de Mella. Loable iniciativa.

El Ricardo Mella enterrado — a los 63 años — el día 8 de agosto de 1925 en el cementerio civil de Vigo, no ha muerto. Los contemporáneos que le rindieron un último tributo, y que según leo en la prensa burguesa de Vigo, fueron más de 6.000 personas de todas las clases sociales con el gremio de tranviarios con su bandera al frente y las múltiples coronas enviadas por diferentes entidades y particulares, el escritor Ricardo Mella, gerente de la "Compañía Tranvías Eléctricos de Vigo", no ha muerto, repito. Sepultaron un cuerpo corruptible, pero dejaron viva toda su labor intelectual para que los discípulos la propaguen a las humanidades futuras. Porque la pobre humanidad actual — tan retrasada con relación a Mella — podrá olvidarle pronto, pero los pocos ¡ay, desgraciadamente muy pocos! que aprendimos en su obra y en su trato a quererle, éstos no le olvidaremos, no queremos olvidarle. No podríamos, aunque quisiéramos, pues sus múltiples ensayos nos lo recordarían a cada lectura que de ellos hagamos. Y éste habrá sido el mayor mérito de la obra de Ricardo: hacer que la meditación le recuerde constantemente. ¿Para qué, ahora, hablar de su vida? Fué bueno porque fué estudioso y comprensivo, fué un carácter porque era todo un corazón, fué un selecto, porque aborreció la grosería imperante. Basta leerle su hermoso trabajo *La tristeza de vivir*, publicado en la revista *Natura*, de Barcelona, para comprender esto último; basta haber convivido con él unos días, unas horas, para comprender lo primero. Dejemos, pues, el elogio de su vida material a los actuales, y reservémonos su vida intelectual, lo que queda, lo que perdura, lo que se sobrevive. Un día, lejano tal vez, los hombres de una sociedad más justa y armónica, digan de él: supo anticiparse. No era de su tiempo, de nuestro misérrimo tiempo, el hombre que emborronó las cuartillas de *El Amor* (Barcelona, 1900) para enseñar a los hombres a quererse y a respetarse; no era de su tiempo el intelecto que en *Lombroso y los anarquistas* (1896) dejó malparada la ciencia oficial al servicio de los privilegios imperantes; no era de su tiempo el cerebro que con férrea dialéctica disecó la democracia de nuestra época en *La ley del número*, (Vigo, 1899); no era de su tiempo el pensador que en revistas y periódicos de aquende y allende la frontera sembró un mundo de ideas geniales, suscitó múltiples dudas y generó sinnúmero de esperanzas, derrocó ídolos y levantó confianzas, abatió con su *Bancarrota de las ciencias* (1903) toda clase de creencias — incluso revolucionarias (?) — y dió ánimos a los apocados y vacilantes con su *Anarquismo naciente* (1903). Porque hay que leerle y releerle para comprender que Mella fué ésto: un futurista, un hombre del mañana que vive en el presente aferrado a él por el deber, pero con la vida saltando a través del tiempo.

Familia, amigos, compañeros, le habrán amado mucho; los hombres de mañana le deberán algo más que el bienestar económico que sepan poner en sus nuevas sociedades y que él quería fuese integral para todos los humanos; le deberán una conciencia, un "yo" que aún no tenemos, que aún se está forjando en el crisol de los tiempos, y en cuyo crisol hombres del temple de la individualidad — no mezquino individualismo — de Mella saben poner corazón y mente, esperanzas y luz, latigazos de censuras y mieles de un saber que la mayoría de los hombres actuales no pueden siquiera entrever.

No, amigos, no lloréis a Mella, porque ahora es cuando comenzará a vivir. Dolorosa es su muerte para los que convivimos con él, pero para la formación de sociedades nuevas es necesario que haya una legión de pródigos Mella que se consuman en vida para dejar lo mejor de su ser en los zarzales espinosos de la mísera actualidad. Y esto es lo que hizo el hombre y el escritor: consumirse y enseñar, con la sonrisa en los labios y la serena mirada escudriñando en el interior de los hombres y de las sociedades.

Por esto quiero repetir que no ha muerto y agregar que debemos algo más que el recuerdo al hombre enamorado de la "propaganda por la conducta", que así eran sus textuales palabras. Le debemos la imitación. Y superarle, si nos fuese dable, que no nos lo será a los pocos discípulos de su tiempo. Pero que no nos importe esta nuestra pequeñez: que la intención, el propósito, el deseo, es lo que vale y es lo que estimula Mella en todos los escritos que nos lega.

Ciertamente luchó y vivió por el presente suyo y de los suyos; pero también luchó y vivió grandemente por el mañana de igualdad y de fraternidad que flamea en toda su obra psíquica. Flamea, sí, tal como suena, arde, pues hay mucha más luz de lo que creemos en las videncias del hombre romántico por excelencia, con aquel sano romanticismo que sabe, sin adiós, volver la espalda al pasado y comprender que las aguas de los ríos no remontan a sus fuentes. "Las cosas son como son — solía decir —, pero a mí me revienta que no sean como es debido", es decir, marchando hacia el mar, hacia delante, hacia lo ancho y profundo. La charca actual, en la que no flotan más que los hombres-corcho, le daba náuseas. Y por esto se había tapado un poco las narices en los últimos tiempos, para no sentir sus hedores. Y aun así sabía escribir obras de un tecnicismo y de una claridad tan admirables y tan maestras como su último folleto: *Tranvías eléctricos de Vigo*. Quería que los hombres supieran, no que creyeran a ciegas en palabras y mandatos interesados de caudillos políticos y apolíticos. Y enseñaba así, aprendiendo a ser libre, y aprendía enseñando a serlo. Modesto y altivo, sereno y doliente a la vez, una individualidad de cuerpo entero, sin reservas ni recovecos, reñido tanto con el obediente gregarismo como con el individualismo egoísta y calculista de nuestra triste época. "El partidismo, como la razón de Estado — escribió — también es una alcahuetería", pero también sabía agregar que la petulancia y la soberbia individual de ciertos redentores son fuentes de idolatría.

Porque no era de su tiempo no quiso jamás adular a la multitud con la cual, sin embargo, supo convivir, a semejanza de Guyau. Y es por todo esto que yo no quiero llorarle ni aconsejo que se le llore: prefiero leerle y meditarle. Y jamás podré decir "adiós", es decir, despedirme, del hombre cuyos escritos pongo siempre sobre mi corazón y mi cabeza cuando intento perfeccionarme.

Barcelona, 12 septiembre 1925.

RUDOLF ROCKER

RICARDO MELLA HA MUERTO

Nuevamente ha desaparecdo de nuestras filas uno de nuestros mejores camaradas. De España llega la noticia que Ricardo Mella ha muerto a la edad de 64 años. Mella era uno de los cerebros más vigorosos que haya producido el movimiento libertario en España, un escritor brillante cuya fama se extendía más allá de los cuadros del movimiento anarquista. Ricardo Mella nació en 1861 en el puerto de Vigo, no lejos de la frontera portuguesa. Conoció a una temprana edad el movimiento obrero libertario de su país y siendo un joven de 21 años los compañeros de su ciudad natal le confiaron la redacción del periódico anarquista *La Propaganda*, que apareció en Vigo de 1881 a 1883. Era precisamente el período en que el movimiento anarquista de España había entrado en una nueva fase de su evolución y en que después de largos años de la más terrible represión pudo volver a desarrollarse en cierto modo libremente.

Después de la derrota de la revolución cantonalista de 1873 y de la caída de la república española por el golpe de Estado de Cánovas del Castillo y del general Martínez Campos, en diciembre de 1874, la reacción vencedora destruyó todas las organizaciones sindicales y políticas del proletariado revolucionario y suprimió de un golpe toda la prensa de la Asociación Internacional de los Trabajadores en España. Así desaparecieron de la vida pública las numerosas secciones de la Internacional, que se habían difundido precisamente en España con una sorprendente celeridad, sin que por eso quedara aniquilado el movimiento libertario mismo. Constreñido a abandonar la vida pública merced a la violencia brutal de la reacción, el movimiento asumió un carácter puramente conspirativo, lo que para sus partidarios fué tanto más fácil cuanto que los elementos más enérgicos se habían agrupado ya antes en la Alianza secreta a fin de hacer frente a todas las eventualidades.

Los anarquistas españoles resistieron con una energía indomable todas las persecuciones que puso en escena la reacción monárquico-clerical contra ellos, y no escatimaron ningún sacrificio impuesto por su convicción revolucionaria. Y sin embargo los peores años de la ley contra los socialistas en Alemania eran un juego infantil en comparación con las monstruosidades que tuvieron que soportar los anarquistas españoles en aquel tenebroso período. Como toda palabra libre estaba prohibida, se crearon los camaradas españoles una prensa clandestina para demostrar a los gobernantes que también tiene sus límites la arbitrariedad más brutal. Durante todo el período de 1874 a 1881 aparecieron publicaciones secretas, como *Las Represalias*, *El Orden*, *La Revolución popular*, *El Municipio libre*, etc., para hacer conocer al país la voz de los oprimidos. También estuvieron representados los compañeros españoles en todos los congresos del ala antiautoritaria de la Internacional.

Cuando por fín en 1881 cedieron las persecuciones y el movimiento pudo volver a desarrollarse públicamente, floreció de nuevo la vieja organización de la Internacional con prodigiosa celeridad, y si en los círculos de las clases dirigentes se tuvo la esperanza de que los largos años de represión ininterrumpida habían desarraigado el movimiento obrero revolucionario, se debió ver entonces que esa esperanza era una ilusión. En el mismo año se celebró en Barcelona el congreso de los trabajadores revolucionarios de España, en donde se fundó la Federación de Trabajadores de la Región Española, una organización sindical revolucionaria que declaró como finalidad de sus aspiraciones el anarquismo colectivista.

Desde entonces se comenzó una activa propaganda en todas las regiones del país, cuya difusión fué fomentada en todas partes por las luchas económicas revolucionarias. En pocos meses dispuso nuevamente España del movimiento anarquista más fuerte del mundo, un movimiento que tuvo que hacer frente desde entonces a las mas terribles luchas sin caer en el aniquilamiento, porque arraigaba en el proletariado e inspiraba todas las luchas del mismo contra el capital y el Estado.

En todas las grandes ciudades surgieron periódicos obreros revolucionarios mantenidos en el espíritu del anarquismo colectivista. En Madrid publicaba Juan Serrano y Oteiza la excelente *Revista social*, impresa semanalmente en 20.000 ejemplares, un tiraje extraordinario para aquella época y especialmente en un país como España, que cuenta con tantos analfabetos.

Entre Serrano y Oteiza y el joven Ricardo Mella, que se había arrojado en el movimiento con toda su fogosidad juvenil, se formó pronto una estrecha amistad, más íntima aún cuando Mella hizo de la hija de Oteiza la compañera de su vida. Mella se convirtió en uno de los más constantes colaboradores de la *Revista social*, y sus brillantes artículos excitaron ya entonces general atención.

En el segundo congreso de la Federación Regional Española, que se reunió en Sevilla en 1882 y en el cual 250 delegados de 663 secciones representaban 70.000 miembros, apareció Mella como delegado de la Federación local de Vigo y tomó parte en los trabajos del congreso. Lo importante de ese congreso consistió en continuar las tradiciones de la Internacional libertaria, en fundir íntimamente las ideas anarquistas con el movimiento obrero y en incitar a los numerosos partidarios a tomar prácticamente parte en todas las luchas del proletariado por las reivindicaciones cotidianas — sin perder nunca de vista el gran fin del movimiento — la abolición de la esclavitud del salariado y de la opresión estatal.

En 1885 organizaron los camaradas de Reus el primer *Certamen socialista*. Era una especie de concurrencia literaria entre los elementos libertarios de todo el país a fin de motivar un cierto número de buenos trabajos sobre los más diversos

dominios del socialismo y del anarquismo. Todo grupo o sindicato que participaba en esa concurrencia literaria de premios, ponía un cierto premio para el mejor trabajo sobre un determinado problema. Las organizaciones fuertes que disponían de medios más vastos ejercitaban la más amplia solidaridad poniendo a disposición de los grupos más pequeños los medios para un número de premios. Los trabajos enviados eran sometidos a un jurado de compañeros capacitados para su apreciación, y los artículos elegidos eran impresos más tarde en un volumen especial.

También Mella tomó parte en ese primer *Certamen* y el comité literario se decidió por dos de sus trabajos enviados. En el primer trabajo trataba el *Problema de la emigración en Galicia*; el segundo se titulaba *Diferencia entre colectivismo y comunismo.*

En aquél tiempo el problema del anarquismo comunista o colectivista tenía en España una significación actual y ocupó todo el movimiento durante los próximos diez o doce años bastante profundamente. Bakunin y el ala libertaria de la Internacional estaban, como se sabe, en el terreno del colectivismo; es decir, defendían la socialización de la tierra y de los medios de producción, pero hacían resaltar el derecho de cada uno al producto del trabajo individual. De ahí su divisa: "A cada uno el producto íntegro de su trabajo". Ese principio fué generalmente reconocido por los partidarios del ala libertaria de la Internacional, pues los pocos precursores del anarquismo comunista como May, Dejacque, etc., habían caído por entonces casi completamente en el olvido.

Cuando en 1876 el congreso de la Federación italiana de la Internacional en Florencia se colocó en el punto de vista del comunismo, defendiendo junto a la comunidad de los medios de producción la socialización de los productos del trabajo y presentando la divisa: "A cada uno según sus necesidades", — esa resolución de los anarquistas italianos no atrajo al principio ninguna atención especial de parte de los camaradas de otros países. Tan solo cuando se comenzó también a ocuparse de ese problema en la Federación del Jura y cuando el congreso de esa Federación en la Chaux-de-Fonds (1882) se declaró por el comunismo, se reconoció también en otras partes la verdadera importancia de la cuestión. Pero la ideología del anarquismo comunista se hizo popular entre los compañeros solo cuando Kropotkin se sometió a la tarea de fundamentarla más profundamente.

En España tuvieron lugar las discusiones entre anarquistas colectivistas y comunistas más tarde que en los demás países. La presión de las leyes de excepción hasta 1881 y luego la tarea de reconstruír las organizaciones del movimiento, dejó a los compañeros españoles poco tiempo para hondas discusiones teóricas. Ciertamente ya en el congreso de Sevilla (1882) defendió Miguel Rubio las ideas del anarquismo comunista, pero quedó casi solo con sus concepciones, pues la inmensa mayoría del congreso creyó deber rechazar sus ideas por "autoritarias" y se declaró como antes por los principios del colectivismo. Entre los trabajos premiados en el Primer certamen socialista de que se habló ya no existe uno solo que defendiera la ideología comunista.

Tan solo en 1886 se creó el anarquismo comunista con la *Justicia social* de Barcelona su primer órgano en España. Desde entonces hasta 1895 apareció un gran número de publicaciones comunistas, pero todas sucumbieron después de pocos números. Solo *Tierra y Libertad* de Gracia, fundada en 1888, llegó a unos veinte números. Los periódicos más influyentes del anarquismo en España defendieron aún largo tiempo el anarquismo colectivista, cuando ya los anarquistas de los demás países se habían declarado completamente por el comunismo.

Es verdad, había una causa especial para que las discusiones entre ambas tendencias en España fueran más prolongadas y sobre todo más violentas que en parte alguna. Un considerable número de los primeros anarquistas comunistas de España eran indiferentes al movimiento sindical y, no raramente, directamente hostiles. Muchos rechazaban profundamente toda gran organización y admitían a lo sumo los pequeños grupos ideológicos como partes integrantes del movimiento. Atribuían también a los actos revolucionarios individuales una significación exagerada y desconocían con demasiada frecuencia la importancia de los actos colectivos. Una tal actitud era la de los colectivistas que, fieles a las tradiciones de la Internacional, actuaron siempre en las organizaciones económicas de lucha de los trabajadores y compartían el punto de vista de las acciones colectivas revolucionarias, ciertamente sin darse cuenta que esa actitud no tenía nada que objetar a los verdaderos principios del anarquismo comunista.

Ricardo Mella pertenecía a los defensores más capaces y más luchadores del anarquismo colectivista en España y defendió su punto de vista aun cuando la gran mayoría de los camaradas españoles se había declarado ya por el comunismo, claro está, sin hacer concesión alguna a las concepciones erróneas de los primeros anarquistas comunistas españoles en su posición frente a los sindicatos y a las acciones colectivas.

El Segundo Certamen Socialista, organizado en Barcelona en 1889, recibió un largo trabajo de Mella, *El colectivismo, sus fundamentos científicos*, en donde resumía sus ideas sobre ese problema que en el fondo no abandonó nunca. Pero en esa defensa del colectivismo no era en modo alguno fanático, sino que era más bien absolutamente contrario a todo doctrinarismo en las cuestiones teóricas. Por ejemplo en su informe al congreso anarquista internacional de París (1900) declaró claramente:

"El comunismo anarquista en España se diferencia del colectivismo en que niega toda organización para el presente y para el porvenir. Exagerando las conclusiones del comunismo de los otros países, sin duda a causa del antagonismo colectivista, llega a la afirmación del individualismo absoluto. Especialmente en algunas ciudades de Andalucia y de Cataluña, los comunistas son completamente opuestos a toda acción concertada. Para ellos en el porvenir no habrá más que producir como se quiera y tomar del montón lo que sea necesario; piensan que en el presente toda alianza, todo acuerdo son nocivos. Realmente esa especie de comunismo es el resultado de una ignorancia muy grande de la cuestión agravada con una buena dosis de dogmatismo doctrinal. Naturalmente hay en España comunistas muy conscientes que se dan cuenta de las dificultades y de la importancia del problema de la distribución, pero con ellos como con los colectivistas de sangre fría no hay lugar a entablar una polémica, porque están de acuerdo sobre muchos puntos. A parte de eso se puede decir que el comunismo en España es demasiado elemental, demasiado simple para ser presentado como una concepción completa de la sociedad futura. El colectivismo y el comunismo sufren del mal que se deriva inevitablemente de toda polémica prolongada: la exageración y el fanatismo doctrinal.

"Es posible que la exageración metódica del colectivismo produzca en el comunismo la exageración atomista que reduce la vida social a la independencia absoluta del individuo y recíprocamente. Pero sin el antagonismo de las dos escuelas toda la diferencia se reduciría a una simple cuestión de palabras; actualmente las dos tendencias son irreductibles, de una parte la necesidad de organizar la vida social entera y de otra la afirmación que al producir y al consumir al azar, como cada cual entienda se obtendrá la armonía social deseada".

Por el estudio de los escritos posteriores de Kropotkin, de los cuales tradujo algunos en español, las ideas de Mella sobre comunismo anárquico experimentaron un gran cambio, sin que por eso llegase nunca a compartirlo. Mas bien defendió vivamente años después la idea de dejar a un lado las calificaciones especiales de colectivista y de comunista y de nombrarnos sencillamente anarquistas — un punto de vista representado por muchos anarquistas españoles, especialmente por Tárrida del Mármol.

En 1888 se trasladó Mella a Sevilla y fundó el periódico *La Solidaridad* que apareció hasta 1889 y luego fué continuado por *La Alarma*. En *La Solidaridad* apareció su estudio: *"Sipnosis social: Anarquía, federalismo y colectivismo"*, que más tarde se publicó en folleto.



En 1897, después de los crímenes espantosos de la inquisición resucitada en los calabozos del castillo del Montjuich, cuando una infame ley de excepción sofocó toda propaganda anarquista pública, publicó Mella con José Prat el libro *La Barbarie gubernamental en España*, que recogió todos los documentos de aquel espantoso episodio y anatematizó los verdugos españoles ante el mundo entero. Para inducir a error a la policía, se dió en la portada la editorial del periódico anarquista *El Despertar*, de New York, publicado por nuestro incansable camarada Pedro Esteve.

En 1900 apareció Mella como delegado español al congreso internacional libertario de París que, como se sabe, fué prohibido por el gobierno francés en mérito a las famosas "lois scélérates" de 1894. La reunión de los delegados por consiguiente tuvo que ser clandestina y el periódico *Temps Nouveaux* publicó después los informes presentados por los diversos países. Entre ellos se encontraban dos trabajos de Ricardo Mella: *El colectivismo y el comunismo anarquistas en España* y *La cooperación libre y los sistemas de comunidad.*

La actividad literaria de Mella se extendió a casi toda la prensa anarquista de España y de América del sur. La mayoría de sus artículos aparecieron primero en periódicos y luego fueron editados en folletos. De particular valor fueron sus contribuciones a las revistas *Revista social*, *Acracia* y *Ciencia social.* Además de los escritos ya mencionados de Mella señalamos aquí aun los artículos: *La Anarquía*, *Breves consideraciones sobre las pasiones humanas. Organización, agitación, revolución* y *El crimen de Chicago* en el Segundo Certamen socialista; *La coacción moral* en el *Despertar*. *La reacción en la revolución*, en *Acracia*; *Evolución y revolución* y especialmente su escrito polémico fogoso: *Lombroso y los anarquistas*, que primero apareció en *Ciencia social* y después tuvo una serie de ediciones en forma de libro. Ese escrito se dirige contra la famosa obra de Lombroso *Los anarquistas* y va de tal modo al afamado descubridor del "tipo criminal" que de seguro no le habrá sido agradable. Mencionemos aún sus dos trabajos *El socialismo en España*, en la revista francesa *L'Humanité nouvelle* (1897) y *El socialismo anarquista*, en *Nuestro tiempo* de Madrid (1902).

Sería una labor meritoria para los camaradas españoles la recolección de todos esos artículos y escritos dispersos de Mella y su edición en algunos volúmenes. Tal vez eso contribuiría a hacer conocer el nombre de Mella en otros idiomas. Pues verdaderamente lo ha merecido.

Mella era el director de la Compañía de tranvías de Vigo y a pesar de sus convicciones anarquistas fué querido y apreciado por todos. En ocasión de su muerte la prensa española, especialmente la de su región natal, Galicia, le dedicó largas columnas necrológicas en las que se hizo resaltar unánime y orgullosamente la elevada cultura espiritual del muerto. A la hora de su entierro todas las fábricas y los negocios de Vigo fueron cerrados para rendir al muerto los últimos honores.

Mella quedó fiel a sus ideas hasta el último momento. Su nombre quedará inolvidable en la historia libertaria de su país y ejercerá aún su influjo cuando de Primo de Rivera y de sus creaturas no quede rastro alguno.

Expresamos a los camaradas españoles nuestra profunda condolencia por la gran pérdida que sufrieron.

***

El entierro de Mella

Transcribimos de un periódico gallegués la descripción del sepelio de nuestro camarada:

El entierro del Sr. Mella constituyó una grandiosa e imponente manifestación de duelo, a la que se sumó todo Vigo, sin distinción de clases sociales.

Desde mucho antes de las seis — hora anunciada para su celebración — empezaron a llegar a la casa mortuoria situada en la Avenida de García Borbón numerosas personas congregándose enorme gentío en los alrededores.

Minutos después de las seis, se organizó la comitiva fúnebre.

El lujoso féretro fué colocado en un coche estufa tirado por seis caballos.

Le daban guardia ocho obreros tranviarios.

Marchaban detrás las personas del duelo, que presidían los hijos del finado, D. Ricardo y D. Alberto, su hijo político Sr. Sualleiro, su hermano político D. Manuel Díaz y el Consejo de administración de la Compañía de tranvías presidido por D. Victoriano Pig.

Seguía el numerosísimo acompañamiento en el que vimos a distinguidas personalidades cuya enumeración sería interminable.

A la cabeza del acompañamiento iban los obreros tranviarios con la bandera de la Sociedad.

Tras el gentío iban tres coches landós con preciosas coronas de la familia, obreros tranviarios, empleados administrativos y Consejo de Administración de la Compañía, con sentidas dedicatorias.

Marchaban a continuación numerosos coches y autos, entre ellos el de la Alcaldía.

Por último y con lazos de crespón colocados en los cuatro costados, cuatro tranvías dispuestos para conducir personal al Cementario.

La comitiva marchó por la Avenida de García Barbón, calle de Policarpo Sanz, Puerta del Sol, calle de Elduayen, Paseo de Alfonso y calle de Pi y Margall donde se despidió el duelo.

Numerosos público estacionado en las calles que recorrió la comitiva, presenció el paso de ésta.

Hasta el cementerio de Pereiró acompañaron al cadáver numerosas personas en coches y autos y en los cuatro tranvías dispuestos para ello.

PALMIRO DE LIDIA

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS", STEUBENVILLE



1.º—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional, contra la reacción autoritaria.

Este primer punto abraza dos temas distintos, que trataremos por separado.

Los problemas actuales del anarquismo. Son los que fueron siempre desde que apareció el Anarquismo como ideal a realizar. Algunos se han agudizado, otros ofrecen más favorable solución. Los hay de orden individual y de orden social. Los primeros son de carácter esencialmente moral y se contraen a la necesidad de que el individuo obre de concierto con el ideal. Pensar como hombres libres y actuar como tales, es un problema capital que cada anarquista debe tratar de resolver, porque en tanto no sepa hermanar el pensamiento con la acción, faltará la cualidad principal para convencer con el ejemplo y demostrar la viabilidad de sus aspiraciones.

Desde luego los anarquistas, como todos los hombres, están supeditados a las influencias del medio y de la herencia; pero si de verdad aman el ideal, deben esforzarse en sustraerse lo más posible a las influencias del medio autoritario y a los imperativos del carácter egoísta, agresivo y violento que generalmente se manifiesta en el hombre por el arrastre ancestral y por la educación recibida en la infancia. Conviene empezar la revolución en las conciencias, preparando el camino de la revolución material. Además, adiestrándose desde ahora en la vida libre, no se correrá el peligro de ser los mismos anarquistas un obstáculo al establecimiento de una sociedad libertaria.

Los problemas de orden social son varios y de importancia diversa. Cabe subdividirlos en problemas de solución próxima y de solución remota. El más inmediato a resolver, es el de la concertación de inteligencia y de fuerzas. El anarquismo es esencialmente un partido apolítico, internacional y revolucionario, por su finalidad y por su táctica, y esto es tan evidente, que nos abstenemos de razonarlo. Como tal, tiene la enemiga de todos los gobiernos, que se conciertan para impedir o dificultar su propaganda. Para contrarrestar la acción gubernamental, queda el recurso de intensificar la labor extra legal de los grupos, federándose por regiones o naciones y estableciendo efectivas relaciones internacionales. En tiempo normales, la labor a realizar es principalmente de propaganda, de atracción, de cooperación y de solidaridad.

Aparte de esta acción *interna*, queda ancho campo para la *externa*, en forma de propaganda oral y escrita, en el seno de instituciones culturales y de recreo, en los gremios obreros, etc.

Dificulta la acción la división de los anarquistas en distintas escuelas, particularmente la individualista y la comunista. La solución de este problema está en concertar la acción acerca lo que constituye la finalidad principal, que es común a todos; la sociedad libre sin autoridades políticas y económicas que coarten la libertad.

El Anarquismo, en la actualidad, no constituye una tan gran fuerza para intentar una revolución propia. Provocar una revolución libertaria a sabiendas de que habría de fracasar, sería un gasto inútil de fuerzas. Pero sin provocarlos directamente, pueden surgir movimientos revolucionarios, por guerras, huelgas, crisis, etc. y en tal caso la actitud de los anarquistas ha de ser de franca cooperación al movimiento en todo lo que tenga de destructor de la organización estatal-capitalista; y propender, en lo posible, a crear un estado de cosas lo más cercano o favorable al ideal libertario.

Medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reaccion autoritaria.

La reacción autoritaria hoy imperante es una resultante del estado más o menos revolucionario que sobrevino en varios países durante y después de la guerra mundial. Ante el peligro, los gobiernos burgueses extremaron las medidas de rigor contra los elementos revolucionarios, anarquistas, sindicalistas y comunistas, y para mejor actuar, en ciertos países se repudió la democracia para echarse en brazos de la dictadura.

Los anarquistas, como contrarios a toda forma autoritaria, han sido siempre combatidos y perseguidos, pero, en la actualidad, bajo el imperio de la reacción, la persecución se ha intensificado. Se impone, cuando menos, una acción defensiva. Pero, ¿pueden los anarquistas, por sí solos, provocar un esfuerzo internacional contra la reacción autoritaria? Sería asaz aventurado dar una respuesta afirmativa. La acción individual es de efectos pasajeros y a veces contraproducentes, pues, no es eliminando a uno o varios hombres como se puede vencer una reacción que responde al estado de ánimo de toda la clase dominante y en posesión de la fuerza La acción colectiva es más eficaz, en su doble aspecto material y moral. Y como se trata de combatir una reacción que, además de ir dirigida contra los anarquistas, alcanza a otros sectores sociales, cabe actuar de acuerdo con éstos en lo que se refiera al acto transitorio de combatir al enemigo común. Un mero acuerdo tácito, que a nada compromete ni obliga.

Hay, por otra parte, un sector, el sindicalista, con el que cabe una inteligencia más efectiva, pues, aun cuando éste no persigue la misma finalidad, es lo cierto que no divide a sindicalistas y anarquistas una cuestión de principios. Además, muchos son los anarquistas que, en su calidad de asalariados, pertenecen a un sindicato.

Los medios a utilizar, de orden moral, comprenden la crítica acerba y tenaz de la reacción y sus actos, en el hogar, en el taller, en los centros y lugares públicos; la publicación de hojas, periódicos, folletos, etc, clandestinos cuando no pueda hacerse legalmente; la divulgación en el extranjero, con respecto a cada país, de los medios reprobables de que hace uso la reacción.

Los medios de orden material pueden ser tantos y de tal naturaleza, que se hace difícil su enumeración. Resistencia pasiva, huelgas, motines, conspiraciones, insurrecciones etc.

Si en todos los países se procediera a activar el uso de estos y otros medios, automáticamente resultaría una acción internacional. Para hacerla más efectiva, quizá fuera más conveniente la celebración de una Conferencia Internacional Anarquista especialmente llamada para estudiar y concertar dicha acción.

2.º—La anarquía, como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

Etimológicamente, Anarquía significa *no gobierno*. Políticamente, se refiere a una sociedad sin autoridad impuesta, en la cual sus miembros gozan todos de libertad, sin más limitación que el mutuo respeto; económicamente, implica una sociedad sin privilegios de casta, clase o personales, que son siempre causa de dependencia de unos individuos a otros, con merma de su libertad. La Anarquía, como ideal, persigue la implantación de una sociedad basada en la libre cooperación y en la igualdad de sus individuos componentes.

Sociedad semejante choca abiertamente con la sociedad actual, basada en la desigualdad de personas y clases y en la dependencia política y económica de unas clases a otras.

Existe, pues, un antagonismo irreductible entre la actual sociedad y la que anhelan los anarquistas. No cabe esperar un tránsito pacífico, basado en un mutuo acuerdo, de un sistema social a otro. Los que detentan la riqueza y poseen el poder, no harán jamás dejación voluntaria de sus privilegios, ni los que aspiran a la transformación social pueden esperar convencer con razones. Consecuentemente, no hay otro medio para llegar a la sociedad libre e igualitaria que la acción revolucionaria.

Esta acción no se refiere exclusivamente al uso de la violencia. Las ideas son por sí mismas una fuerza poderosa: fuerza moral que va conquistando las conciencias y preparando el camino de la revolución violenta. En este sentido, el solo hecho de propagar el ideal libertario es ya una acción revolucionaria.

A esta acción moral colaboran, además, indirectamente, cuantos de algún modo en la literatura, el arte, la ciencia y la filosofía hacen la crítica de las instituciones y creencias hoy predominantes, poniendo de manifiesto sus injusticias y errores.

Por lo tanto, la Anarquía, como principio de organización social, es esencialmente revolucionaria, entanto no se realice, y una vez realizada, perderá su carácter de revolucionaria en lo que esta palabra implica de violencia, pero seguirá siendo un ideal de libertad abierto a todas las innovaciones que beneficien al individuo y a la sociedad.

3.º—Al ser una idea de los humanos, ¿es o no proletaria la anarquía?

Aplícase la palabra proletario al que no disfruta de bienes. La actual sociedad está dividida en dos clases: burgueses y proletarios, esto es, la clase que posee todos los bienes y la clase que no posee ninguno.

La anarquía aspira a suprimir estas dos clases antagónicas para sustituirlas por una sola clase de productores libres. Es de colegir que esa clase única poseerá en común los bienes.

La conclusión a deducir es que la Anarquía no puede ser proletaria.

4.º—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

La pregunta, tal como está formulada, se presta a confusiones. Entendemos que lo que se trata de indagar es la orientación que debe darse a la generación que surge para que ella esté en condiciones de conquistar la emancipación social.

Si es este el sentido, la cuestión se reduce a un plan de educación. Una educación que oriente a los niños hacia la sociedad libertaria, que les liberte desde la más tierna infancia del miedo a lo desconocido y a la autoridad violenta; que no les imbuya preocupaciones religiosas ni patrióticas; que no les haga admiradores de tradiciones arcaicas ni esclavos de costumbres embrutecedoras. Hay que cultivar su personalidad en el sentido de la dignidad propia y el respeto al semejante. Hay que procurar la salud de su cuerpo tanto como la de su mente.

Pero una educación así no está en condiciones de recibirla en las escuelas burguesas, religiosas o laicas, donde precisamente se les educa con el fin de perpetuar en ellos las injusticias y los errores imperantes. Tampoco pueden obtenerla en muchos de los hogares, donde predomina la miseria, el abandono, la indiferencia, la ignorancia y la superstición. El medio mejor sería la creación de escuelas libres. Podrían organizarse grupos exclusivamente dedicados a la fundación y sostenimiento de tales escuelas, a la vez que laborar en el seno de los gremios y centros obreros para que actuaran en el mismo sentido. Universidades populares, Ateneos y Centros de estudios sociales, pueden contribuir a esa labor educativa.

No hay que olvidar, por otra parte, que el ejemplo en el hogar y las indicaciones de los padres son de capital importancia en el desenvolvimiento mental del niño. La educación empieza en el hogar y en el hogar se perfecciona o se malea. A los padres libertarios corresponde orientar a sus hijos por la senda de la emancipación, primero con el ejemplo y luego con las adecuadas enseñanzas.

5.º—¿Por qué senda creen los compañeros que debe orientarse el Arte, en América y en Europa, para saturar más el ambiente de anarquismo?

El arte, por lo mismo que exalta el sentimiento, puede ser un gran auxiliar de la revolución. Puede obrar de dos maneras: poniendo de manifiesto las lacras sociales y acentuando así el anhelo de curarlas, o anticipando las bellezas de la sociedad futura, impulsándonos a su realización.

Desgraciadamente, y salvo excepciones, los artistas, más ansiosos de provecho que de gloria, se ponen al servicio de los que detentan la riqueza, y su labor, o es anodina, o tiende a enaltecer lo que debiera ser objeto de repulsión y censura.

El entierro tuvo carácter civil, recibiendo sepultura el cadáver, por lo tanto, en el Cementerio Civil.

Ayer a las dos de la tarde, en señal de duelo, cesó la circulación de tranvías, no reanudándose hasta hoy a la misma hora.

El fúnebre acto, fué la demostración de las simpatías de que el inolvidable D. Ricardo Mella gozó en Vigo, donde supo despertar la admiración y cariño de todos.

A la familia, cuyo dolor nada mitigará en estos momentos, testimoniamos la expresión de nuestro pesar más sincero y sentido.

De "Galicia", 8 de agosto 1925

En el próximo número del SUPLEMENTO continúa la Encuesta de Stuebenville, Ohio

Se publicarán trabajos de M. Nettlau, G. Biagiotti, M. Buenacasa y otros conocidos camaradas del país y del extranjero

PRECIO DE CADA NUMERO 10 CTS.

No es el arte al que debe orientarse hacia la belleza y la armonía, porque la finalidad del arte es precisamente la belleza y la armonía, y no puede ser arte verdadero lo que tienda a enaltecer la fealdad y la desarmonía. A los que hay que orientar es a los artistas, que por egoísmo unos, por carencia de verdadera idealidad otros, hacen del arte un servidor del privilegio y de la riqueza. Y esta orientación debe consistir en la crítica de las obras de los artistas serviles y en el enaltecimiento de las obras de los que sienten y practican el verdadero arte... Como estímulo para éstos, no estaría de más la celebración periódica de certámenes artísticos y literarios, patrocinados por grupos, ateneos, centros obreros, sindicatos, etc., en los que se premiaran las obras que lo merecieran.

6.º—¿Qué concepto merecen las tendencias Individualistas en el movimiento obrero actualmente?

En el movimiento obrero, y más concretamente dicho, en el campo anarquista, se manifiesta una tendencia individualista que considera las prerrogativas del individuo por encima de las de la sociedad.

De hecho, todos los anarquistas son individualistas, puesto que parten del principio de que el hombre debe gozar de completa libertad, sin estar supeditado a ninguna autoridad. Pero no hay que olvidar que el ser humano, por tendencia biológica, es un ser sociable. esto es, vive formando parte de agregados sociales. El individuo, dentro de la sociedad, es un ser autónomo con vida propia, que concurre al sostén del organismo colectivo, recibiendo en cambio los beneficios que se derivan de la colectividad. Debería haber, como es natural, una correlación de servicios. En la sociedad actual esa correlación no existe, beneficiándose una minoría, con exceso, de la vida colectiva, en perjuicio de la mayoría. Y resulta que los privilegiados gozan de prerrogativas individuales que les colocan por encima de la sociedad. Esto es precisamente lo que hay que evitar, estatuyendo como base de la sociedad la libertad de todos los individuos en condiciones de igualdad, sin admitir dependencias, jerarquías ni privilegios que conviertan en ilusoria la libertad.

El hecho de someterse voluntariamente el individuo a vivir en una sociedad libre, con derecho a gozar de los beneficios sociales, le impone el deber de contribuir, si está en condiciones de hacerlo, a la labor colectiva, pues de lo contrario se convertiría en parásito privilegiado. Además, el derecho inalienable que goza de hacer respetar su libertad, implica el correlativo deber de respetar la libertad de los demás.

Por todo esto, estimamos una desviación el criterio estrictamente individualista que pretende desentenderse de los tácitos compromisos que impone la vida colectiva. El individualismo de los anarquistas en general, puesto que se basa en la realización de una sociedad libre, es esencialmente un individualismo societario, aun cuando cabe imaginarlo dentro de formas distintas, sea a base de cooperación, colectivismo o comunismo, con tal que la libertad y la igualdad de los individuos queden garantizadas.

El individualismo puro, llevado a sus últimos límites, exigiría la vida aislada del individuo, excluyendo toda forma societaria. Esto puede convenir a los misántropos, pero para la inmensa mayoría de los hombres, la sociedad seguirá siendo la natural extensión y complemento de la vida individual.

7.º—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

La vida de la sociedad, como la de los individuos, es una sucesión de hechos. El individuo, merced a su memoria, en cualquier instante puede recordar el pasado, y este recuerdo le producirá sensaciones diversas, de placer o pena; pero si se pasara la vida recordando, ni viviría el presente, ni procuraría que el porvenir lo mejorara.

En los pueblos, la tradición es como el recuerdo del pasado, un recuerdo indirecto, que llega a las generaciones presentes embellecido o afeado, y que rara vez estamos en condiciones de apreciarlo en su justo sentido. Por lo mismo, el valor de la tradición es relativo y varía el modo de apreciarlo, según sea nuestra idealidad y mentalidad.

La medida en que sigamos la tradición dependerá de nuestra mentalidad. La mentalidad del anarquista no es la más propicia para seguir ni aun respetar la tradición. El anarquista, que no está conforme con el presente, menos ha de estarlo del pasado. Lo tradicional es lo arcaico, lo antiguo, que cuando se trata de reproducir o perpetuar resulta un contrasentido, pues la vida social, como la individual, es movimiento, cambio, sucesión, transformación.

La tradición sólo puede tener para nosotros un valor literario e histórico, pero jamás puede ser un ideal a seguir. Nuestro ideal está en el porvenir, no en el pasado.

8.º—Para soterrar más hondo, y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamento de la Biblia?

La palabra Biblia, etimológicamente derivada del griego, significa *libros*. Los primeros cristianos la utilizaron para designar el conjunto de libros diversos que constituyen el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Constituyen el Antiguo Testamento un conjunto de fragmentos de libros hebreos escritos en diversas épocas durante el período de nueve siglos antes de la Era Cristiana y que reflejan el carácter, las creencias y costumbres de dicho período, no obstante el distinto estilo, origen y finalidad de dichos escritos. Libros de parecido carácter los tienen las literaturas antiguas de China, Persia e India.

El Nuevo Testamento lo constituyen cuatro Evangelios, que hacen referencia a la vida, hechos y muerte de Jesús, de cuya personalidad real no hay pruebas conclusivas, y que de haber existido, fué uno de los tantos innovadores que de vez en cuando aparecen en los pueblos, que dan forma concreta a vagas aspiraciones que yacen difusas en las masas. Los cuatro Evangelios fueron escogidos por la Iglesia de entre un mayor número de escritos inspirados en la real o supuesta existencia de Jesús, de autores diversos.

En el Concilio de Trento, la Iglesia escogió los libros que debían considerarse como "sagrados y canónicos", que fueron 45 del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo. Tal fué el origen de la Biblia actual, al que cierto número de hombres se abrogaron la facultad de declarar libro divino, dictado por el mismo Dios, por mediación del Espíritu Santo, que junto con Jesús, constituyen la incomprensible unidad-trina del cristianismo.

El valor de la Biblia es puramente tradicional y literario. Su pretendido origen sagrado le ha sido concedido por la Iglesia, sin más finalidad que hacer descansar en el mosaico de fragmentos que es la Biblia, su doctrina religiosa.

Las narraciones bíblicas, en cuanto se refieren a un Dios antropomorfo y a su creación de un mundo limitado, están en abierta contradicción con los actuales conocimientos científicos; y el mejor modo de combatir su influencia en las masas ignaras, consiste en vulgarizar los conocimientos científicos y parangonarlos con las creencias que el Cristianismo sostiene respecto a la divinidad y a la creación.

BIBLIOGRAFIA

Dauphin-Meunier A. — "La Commune Hongroise et les anarchistes (21 mars 1919-7 aout 1919") 88 págs. en 8.o — Librairie Internationale, París, 1926.—

Al leer este libro pensamos en las consecuencias de la poca afición a los estudios históricos documentados y en el vasto material que nos ha entregado la historia en la última década. Todavía no se ha hecho nada sólido sobre los anarquistas en la revolución rusa, en la revolución bávara de los consejos, en la Italia de la post-guerra y, en general, en la agitación revolucionaria de 1918 a 1922. Los socialdemócratas y comunistas se apresuran a monopolizar todos estos hechos, pasando por alto o desvirtuando el esfuerzo de nuestros camaradas, que muchas veces han sabido tomar la iniciativa y dar el ejemplo de abnegación y de espíritu de sacrificio. El camarada Dauphin-Meunier acaba de publicar un pequeño volumen sobre la revolución húngara de 1919, revelando una excelente competencia en cuestiones económicas. En el curso de esas breves páginas se menciona la labor de algunos anarquistas y su trágico destino. Pero el valor del ensayo no está en eso, sino en la crítica acertada a las decisiones y tácticas de los comunistas húngaros, de Bela Kun, sobre todo, a quien se debe, en gran parte, el desastre de la comuna de Budapest. Como ojeada de conjunto en pocas páginas, el librito de Dauphin-Meunier es una buena introducción al estudio de la revolución húngara y no sólo sería deseable un profundizamiento y un ensanchamiento de la materia respecto del desdichado episodio húngaro, sino una imitación sobre la república bávara de los consejos, sobre la revolución rusa, etc., etc. En esas experiencias se afirma la exactitud de nuestras ideas fundamentales y se manifiesta también lo fatales que pueden sernos algunos dogmas tácticos.

El dibujo de Sagristá

El dibujo del camarada Sagristá, que intercalamos en este número en hoja suelta, quiere representar las dos formas de lucha armada en las contiendas sociales contemporáneas: el militarismo y la guerrilla. El fondo y el argumento es dado por la revolución rusa. De una parte los magnates del bolchevismo y de otra la insurrección de los campesinos ukranianos. Todavía hoy, a pesar de no quedar rastros del levantamiento campesino encabezado por el compañero Nestor Machno, la única fuerza hostil al estatismo, al militarismo y al capitalismo de los bolchevistas, está en el campo, en la población campesina. Pero del campo no surge el ejército regular, que engendra forzosamente la dictadura, si es que no es ya un instrumento de ésta, surge la guerrilla, la autonomía del esfuerzo y la convergencia de los resultados y de las voluntades. De ahí que nosotros, adversarios de todo militarismo, abriguemos fundadas simpatías hacia el guerrillero revolucionario. El militarismo es adversario irreductible de la revolución; la guerrilla puede ser un aliciente revolucionario.

Panoramas europeos: España



Tanto se jugará con la horca, que al final el palmípedo quedará colgado del zogal.

AÑO V

BUENOS AIRES, 16 DE AGOSTO DE 1926

LA PROTESTA

No 236

PRECIO: 10 CTS.

SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

PORTE PAGO

Valores y giros a M. TORRENTE

Sumario de este número

En Ushuaia todo va bien

No hace mucho circularon por la prensa telegramas de Tierra del Fuego, anunciando la situación trágica de los penados , semi-desnudos, sin alimentación y en una temperatura de 20 grados bajo cero. Cuando la prensa burguesa ha recibido esos telegramas, hay que suponer que la situación era más terrible aún.

Poco antes habían estado en el presidio en visita de inspección, el ministro de Justicia acompañado de un médico, Parides Pietranera, y del director de la penitenciaría nacional, Eusebio Gómez. Estos últimos señores han escrito un informe, en calidad de peritos en la materia, dando su opinión sobre las condiciones del presidio.

Según la opinión de esos peritos, la ubicación del presidio no deja nada que desear; el clima es sano y benigno; el único defecto que tendría es la distancia de la capital de la isla, lo cual impide un control estricto de la gestión de los funcionarios y demás.

Transcribamos algunos párrafos del informe a que nos referimos:

"...Ante todo es conveniente dejar constancia de que las condiciones de salud de la población penal, son buenas en general y el número de enfermos no excede del que proporcionalmente existe en cualquier establecimiento similar"...

"...La higiene se observa con una escrupulosidad digna de encomio y hemos podido comprobar que la alimentación suministrada a los penados es excelente, por sus condiciones nutritivas y porque los elementos que se emplean permiten una relativa variedad, respondiendo así a las exigencias de todo buen régimen dietético. Pensamos a este propósito — y con ello está de acuerdo el director de la cárcel — que no es necesario, entonces, modificar el tipo de racionamiento. Abonan este aserto las condiciones de salud en que se encuentrtan los recluídos y el peso de los mismos, que no sufre diminución, sino que, por el contrario, aumenta en la generalidad de los casos"...

"...No podemos dar término a esta sucinta información sin aludir a los tétricos calabozos de Ushuaia de que se ha hablado alguna vez como del lugar destinado al encierro de los penados de mala conducta. Tales calabozos no existen y las correcciones disciplinarias se imponen en condiciones de enorme y perjudicial lenidad"...

En resumen, que falta poco como para imitar a los bolchevistas cuando nuestra campaña internacional contra las prisiones en las islas de Solovetzki les obligó a salir de su mutismo, dando a la circulación fotografías de un lugar cualquiera de recreo y pintando las islas polares como uno de los lugares más deliciosos de Rusia. A esas estúpidas exageraciones hemos respondido con una carcajada unánime por la ocurrencia pueril de los burócratas rojos. Pero el informe del director de la penitenciaría nacional sobre Ushuaia está lejos de provocar la risa; al contrario, nos indigna la impudencia con que se miente sobre la situación de un presidio sobradamente conocido y que es uno de los símbolos más trágicos del penalismo en América.

El señor Eusebio Gómez ha iniciado la publicación de un "Boletín de la Biblioteca nacional de criminología y ciencias afines". En ella querá, por lo menos, reflejar alguna idea nueva, alguna experiencia en el dominio de la criminología, pero por lo visto ignora que una de las condiciones previas para toda labor científica o de experimentación es un sentimiento de veracidad y ciertas dotes para la observación. Ni una cosa ni otra parecen ser peculiares al señor Eusebio Gómez, a juzgar por el informe sobre las condiciones de Ushuaia.

Sin embargo, el informe mismo nos hace entrever que no todo es de color de rosa y que la población penal no debe considerarse allí en el mejor de los mundos.

Leamos algunos párrafos:

"...Las condiciones sanitarias de la cárcel son susceptibles de mejoras, algunas de las cuales deben ser introducidas urgentemente", "...cabe señalar la necesidad urgente de construir una enfermería. V. E. pudo compenetrarse de ella por su observación personal. Al presente, a los fines a que está destinada una enfermería, se ha habilitado un local absolutamente inadecuado, en el extremo de uno de los pabellones y cuya ubicación es similar a la del consultorio para examen de los enfermos que no requièren ser hospitalizados". "...La cocina del establecimiento requiere reparaciones que, sin ser de carácter urgente, convendría, para asegurar mejor la higiene, proceder a ellas tan pronto como sea posible. Se trata de revocar y de blanquear las paredes del local donde funciona dicha dependencia, modificando, además, los pisos del mismo. "...Lo que sin duda se impone en términos impostergables es la instalación de un lavadero, pues el que existe en la actualidad ni es higiénico ni satisface en modo alguno las necesidades del Establecimiento". "...La calefacción (de los pabellones), aunque se efectúa en buenas condiciones, podría, sin mayores gastos, mejorarse sensiblemente". "...Los galpones en que funcionan los talleres se encuentran en mal estado de conservación". "...Respecto a la ropa interior y al calzado en uso por los penados, sería conveniente adoptar tipos mejores, que consulten las características del clima imperante en la región".

Esas frases que se escaparon en el informe de los peritos que acompañaron al ministro de justicia, dejan un teloncito descubierto para entrever la verdad.

No queremos exagerar y decir que Ushuaia es un lugar peor que Solovetzki, en la Rusia sovietista; pero sí decimos que el presidio argentino es uno de los establecimientos más tétricos de América. Por lo demás, aunque el paso dado no haya significado mucho, las prisiones de Solovetzki han sido suprimidas a consecuencia de la campaña internacional realizada con ese fin.

Ushuaia será para el proletariado de la Argentina un motivo constante de inquietudes y de recelos y siempre que la vida revolucionaria repunte, pondrá en el primer plano de sus reivindicaciones inmediatas la supresión del presidio de Tierra del Fuego y la liberación de aquel hombre inolvidable que se llama Radowitzky.

EL PACTO ITALO—ESPAÑOL



"Dios los cria y ellos se juntan..."

E. L. ARANGO

CAPITALISMO Y ESTATISMO

No es un hecho sorprendente que los políticos marxistas traten de operar la concentración de todos los poderes: jurídicos, administrativos, económicos, en el llamado Estado integral. Corresponde esa tendencia al concepto materialista que Marx aplicó a la evolución del capitalismo y señala el predominio de las finanzas en la dirección de la vida social.

El Super-Estado representa la negación del individuo como. entidad pensante. Opone al derecho individual una supuesta soberanía colectiva, encarnada en la Nación, que es una idea abstracta que se materializa en el interés exclusivista de una casta privilegiada. De ahí que el conjunto geógráfico forme no sólo una unidad política, sino que también una unidad económica, a la que es necesario sacrificar los *intereses particulares* del ciudadano. Pero, ¿en qué medida se realiza ese sacrificio? Suprimiendo la libertad del ente jurídico, o lo que es lo mismo, sometiendo a la masa asalariada a un régimen de gobierno que no consulta su situación de inferioridad frente al explotador y al gobernante.

La casta de los bien situados defiende como un principio equivalente a la justicia retribuitiva, la creación del Estado único. Ese es un principio marxista incorporado al estatismo burgués. Constituye la base "doctrinaria" del fascismo, según el decálogo de Mussolini, porque la dictadura fascista pretende ser paternal y esencialmente nacionalista. Quiere decir pues, que a las diferencias de clase — que existen por el creciente antagonismo de intereses —, se opone la igualdad de acatamiento al orden establecido, sin que eso signifique un equilibrio en la vida social, ni mucho menos la justa correspondencia de esfuerzos, de trabajo y de necesidades entre todos los súbditos.

Depende y es originaria esa concepción estatista del individualismo burgués. Se nutre de "razones económicas" ya expuestas por Marx y sus discípulos para justificar el crecimiento del capitalismo, y responde a la fuerza de concentración industrial que, al crear un poder omnimodo con el juego de las finanzas, establece a la vez un poder político equivalente. Si la estructura jurídica del Estado no es capaz de resistir la fuerza de desplazamiento del capital; si no ofrece suficientes garantías a la feroz lucha de los intereses en continuo antagonismo, los amos de la industria y de las finanzas precipitarán la caída de los gobiernos débiles. Y así se explica el fracaso de la democracia y del parlamentarismo, no porque el sistema no sea susceptible de adaptarse a las nuevas condiciones materiales del mundo, sino precisamente porque el parlamento tradicional carece de suficiente flexibilidad para realizar por sí mismo esa transformación.

Mussolini combate las prácticas políticas del socialismo y ejecuta sus golpes de mano contando con una opinión adversa a los fracasados apóstoles de la democracia. Pero en la concepción político económica del jefe fascista predominan las preocupaciones marxistas. El antidemocraticismo del "duce" interpreta el fenómeno de la capitalización de Italia, y como teoría es una consecuencia directa del *materialismo histórico*.

Para justificar el hecho político — la contrarrevolución fascista, que sólo sirve para asegurar la prevalencia del capitalismo en el campo económico —, Mussolini declara que la democracia es una mentira. Esa conclusión no es sorprendente, porque ya la habíamos deducido los anarquistas al constatar el fracaso del marxismo en la encrucijada parlamentaria. El "duce" dice:

"La doctrina de la soberanía popular, con su postulado correlativo que proclama la superioridad del individuo sobre el Estado, ha sido dejada de lado, porque era falsa y, además, y esto es más importante, porque representaba el anarquismo en un mundo como el nuestro de estrecha interdependencia social y económica, donde todo individuo se siente perdido fuera de su grupo. "Libertad o muerte" fué una bonita frase, pero "cooperación o pobreza" me parece mucho más adecuada en los momentos actuales".

Teóricamente el fascismo acepta la conclusión económica de Marx sobre la interdependencia social, esto es, sobre la correlación existente entre el proceso del capitalismo, del que depende el mismo proletariado, y cuyo proceso se señala con períodos de crisis, con épocas de escasez y de abundancia.

Veamos ahora cómo expone Mussolini su vieja concepción marxista, adornada con preceptos nacionalistas y con el ritualismo patriótico. Define en estos términos el papel del Estado capitalista, en un régimen de dictadura financiera amparada en un supuesto derecho de extraña naturaleza jurídica:

"Una vez formulado el derecho a la libertad del individuo, el Estado queda sin la necesaria autoridad para fiscalizarlo. El fascismo rechaza la idea de que la Nación es una agrupción accidental y temporal de individuos y afirma que es una entidad orgánica y viviente que perdura, de generación en generación, poseedora de un patrimonio tangible, físico, moral, espiritual y cultural. Ninguna generación, ningún grupo de ciudadanos y mucho menos un solo ciudadano, tienen el derecho de ir en contra de su nación. El Estado, que es el custodio de la nación y su agente de fiscalización, no puede estar a merced de las artimañas políticas que varían de año en año de acuerdo con el estado de ánimo de unos pocos hombres que han conseguido ser investidos de autoridad, gracias a las vicisitudes del sufragio universal. El fascismo reemplaza la soberanía individual por la soberanía de la Nación; la Nación por el individuo. Con proteger la autoridad de la Nación ella se encontrará en condiciones de conferir la libertad a los individuos, siempre que ellos obren en armonía con los intereses del Estado".

Definido el papel que juega el Estado como representante de la Nación, y en cuyo terreno Mussolini vuelve por sus preocupaciones marxistas, plantea en estos término el juego de los intereses en el seno de la sociedad capitalista superestatalizada:

"Aun más importante es nuestra destrucción de la autodefensa de clase. Hasta el advenimiento del fascismo, se había llegado a la conclusión de que el organismo de la vida económica de la Nación escapa al contralor del Estado. Se trataba de una idea errónea, debida a que el actual tipo de desenvolvimiento industrial tomó cuerpo después que se definieron las funciones del Estado liberal democrático. El nuestro — el nuevo tipo de Estado — es el primer paso que se da para reparar ese yerro. Hemos resuelto el problema para nosotros mismos y quizá para el mundo, incorporando al Estado todas las fuerzas de producción. La guerra de clases ha terminado, la huelga obrera ya no tiene más atenuantes que los de una insurrección; el capital y el trabajo tienen iguales derechos y deberes, sus delitos se castigan de la misma manera, y las organizaciones del trabajo, y en realidad todas las entidades de carácter público que afecten de un modo u otro a los intereses de la Nación, solamente podrán existir mientras se mantengan ligadas directa o indirectamente al tejido orgánico del Estado. El absurdo de permitir una constante amenaza de guerra civil o económica ha desaparecido".

Eso es el fascismo. Y eso es también el marxismo. La diferencia de motivos teóricos, sentimentales, éticos — que se invoque al proletariado en vez de la Nación, o viceversa — no altera las consecuencias económicas. La contrarrevolución italiana tiene su equivalente histórico, materialista, causal, en la revolución rusa. El régimen fascista suprime la independencia del individuo, como entidad jurídica, para subordinarlo al poder impersonal del Estado capitalista. Esa supresión se realizó también bajo el régimen bolcheviqui, por el mismo proceso estatal, con lo que el estatismo comunista llega al mismo grado de potencia opresiva y tiránica que las más brutales dictaduras burguesas.

Carece de valor, frente a la realidad de los hechos, la diferencia de estos dos denominativos: burguesía y proletariado. Borra esos relieves jurídicos el aplanamiento económico impuesto por el capitalismo. Rusia e Italia, dos síntesis de las teorías marxistas — por lo que representan esa teorías en la justificación del proceso industrial — complementan un mismo proceso reaccionario. Y difícilmente se podrá distinguir, entre el proletarismo bolcheviqui y el nacionalismo fascista, una diferencia de causas y efectos, un solo signo que indique a los hombres de hoy la posibilidad de libertarse de las cadenas de su esclavitud económica y moral.

Los estatistas, cualquiera sea su doctrina social, coinciden en un mismo principio mecánico: la concentración de todo los poderes, jurídicos y económicos, en el Super-Estado. La superestatalización es un fenómeno de la supercapitalización y señala el predominio de las finanzas sobre la política. El arte de gobernar a los pueblos consiste hoy en saber manejar el instrumento financiero y en conocer el secreto de los grandes negocios.

Mussolini es un instrumento en manos de la banca internacional. También lo fué Lenin en manos de la naciente burguesía rusa. Por eso Italia y Rusia ofrecen hoy la síntesis más completa del Estado capitalista y representan el hito de la contrarevolución triunfante.

Los marxistas llegarán con el tiempo a reivindicar como propias las dictaduras de la hora. Sus preocupaciones democráticas, su aparatoso liberalismo y sus ficticias oposiciones a la supercapitalización del Estado, desaparecerán en cuanto los acontecimientos les lleven de nuevo al punto de equilibrio que se esfuerzan en encontrar los diferentes servidores de la burguesía.

HANS PAASCHE

El viaje de investigación del africano Lukanga Mukara en Alemania

¡Mukama!

Preguntas: ¿para qué necesitan los blancos los medios de locomoción y por qué andan sin interrupción de un lado para el otro? Piensa, por ejemplo, en el trayecto de Niansa a Rubengera. Un hombre cargado hace ahora ese trayecto en cuatro días, un mensajero en dos. El blanco habría construído un ferrocarril para que el mensajero llegase en un día. Para construirlo tendrían que ir allá muchos miles de hombres y trabajar y regresar. Otros tendrían que llevarles alimentos y combustibles. Los obreros recibirían salarios. Luego querrían gastar esos salarios. Para eso acudiría un comerciante con muchas cargas de telas, gorras, perlas y bebidas. Luego un sungu gritaría y escribiría. Luego mercaderías para el sungu. Luego cargadores que llevarían madera y piedra para una casa para las mercaderías del sungu. Luego un individuo que contaría esos artículos y los registraría, recibiendo por ello una remuneración. También para él hay que edificar una casa y otra para el que se ocupa de que el que recibe el dinero no se quede con él. Una vez en posesión de todo eso tenemos una vida económica "sana" o un "sano desarrollo económico". Luego viene otro que hace retratos de todo eso y escribe un libro sobre ello. Se edifica una casa en donde se reparan los coches del ferrocarril. En esa casa trabajan hombres a quienes se busca con el tren. Para eso se necesita carbón y leña; eso se busca también con el tren, y la máquina que tira de él se calienta con carbón. Se construyen vagones para buscar carbón y se busca carbón para construir vagones. Luego se pone la cosa en marcha, el tráfico, el humo, el ruido y el progreso, es decir, lo que los blancos llaman cultura. Acuden también comerciantes vendedores de bebidas alcohólicas y muchachas venales para volver a quitar el dinero a los obreros. Como luego se producen desconciertos a causa de la codicia despertada en los trabajadores y del alcohol, hay que traer vigilantes armados y otros individuos que escriban sobre la naturaleza de los desórdenes y sobre el nombre de lo que los trabajadores han hecho de inconveniente. Para esos individuos hay que levantar una casa, y para que los obreros que han hecho algo inconveniente no vuelvan a su domicilio antes de que todo quede escrito en forma, hay que construir jaulas en donde se encierra a los obreros, se les da de comer y se les vigila. Pero es preciso ir a buscar de nuevo carbón para hacer los barrotes de las jaulas. Luego hay que conducir agua a las casas de esos que escriben y de los que vigilan y luz artificial para que pueda escribirse también de noche cuando la naturaleza lo prohibe. Luego hay que construir una casa para el hombre que escribe cuál de los que escriben debe llamarse "señor jefe" y otra en donde se imagina cuanto debe pagar cada casa a fin de remunerar a los que escriben y a los que vigilan. A todo eso le llaman "gobierno". Así se levanta una gran ciudad, una central de cultura, como dicen los blancos, y todo eso sólo para que un mensajero regrese de Niansa a Rubengera más rápidamente. Esa ciudad se acrecienta y luego deben ponerse cada vez más trenes en movimiento. Luego se necesitan casas para guarecer los trenes y nuevamente hombres que las vigilen, las cuenten y escriban sobre ellas. Pero como los hombres en esa ciudad y con esa ocupación se vuelven locos, hay que levantar fuera de la ciudad grandes edificios para encerrarlos. De ahí nace nuevo trabajo y nueva vida económica. Pero aquellos que todavía no están del todo locos, para no enloquecer completamente tienen que salir muy a menudo de la ciudad a fin de gritar en los campos y en los bosques vírgenes, arrancar flores, matar animales o apestarlos. Por eso vuelven a circular los trenes llenos de personas. Pero además en los campos y en los bosques hay que construir casas en las que esos semi-locos puedan comprar alcohol y cigarros. A los blancos les gusta mucho hacer humo y verter bebidas alcohólicas en su garganta. Luego se hacen sacar retratos con un vaso para beber en la mano. Para que se sepa en el campo dónde están las tabernas hay que poner en los cruces indicaciones mencionando el nombre del próximo puesto de bebidas y la distancia. Para que los semi-locos puedan leer lo que está escrito en esas placas y la distancia que hay de ellas hasta la próxima taberna, hay que levantar casas en donde un hombre disciplina a los niños hasta que sepan leer y contar. Eso dura ocho años. También para ese hombre hay que edificar una casa y otra para el que lleva la cuenta de lo que ese individuo ha pegado a los niños hasta merecer el ascenso. Luego otra para el que vigila a fin de que no se eleve la sitaución sin permiso o lleven plaquita de metal en el pecho antes de haber llegado a la edad correspondiente. Pero para que se sepa cuándo se ha llegado a la edad en que se puede llevar plaquitas de metal, hay que contar los años de la vida y escribir libros en donde se puede ver qué día ha salido cada uno de las entrañas de su madre. Por consiguiente, es preciso construir casas y los trenes tienen que circular día y noche de un lado para el otro.

Esa es la causa por la cual emplean trenes los blancos, construyen vías férreas y viajan continuamente de un lado al otro. Una cosa, sin embargo, he olvidado de mencionar, y eso te llenará de asco o de asombro: la manía de escribir cartas. Esa locura la puedo describir difícilmente con palabras. No hay en Usungu ninguna casa a donde no vaya diariamente un mensajero llevando cartas. Pero ¿qué escriben los blancos? Lo que cada cual sabe de sí mismo. "Estoy aquí y bebo", "vengo mañana", "el tren corre", "la comida sabe bien". O envían retratos, con un vaso en la mano y una cara estúpida. O escriben por dinero. Quiero decir esto: Todo lo que hacen y todo lo que se mueve

lo vuelven a escribir. Con ese fin andan los mensajeros de un lado al otro con coches y se tienen que construir casas en las que se deben distribuir las cartas y otras en las que viven los que llevan nota de cuándo deben ascender los que leen las cartas. Finalmente se cuentan las cartas y las personas que viajan y los años más que viven los carteros en relación con los que cosen vestidos todo el día. Gracias a todas esas cosas los blancos creen ser más inteligentes y mejores, y cuando se edifica una nueva casa, se reunen, pronuncian discursos y cantan: "¡ra, ra, ra!", lo que es la expresión de la más alta alegría. Luego vierten líquidos en su garganta.

Los blancos tienen además la siguiente locura. Si preguntas en Kitara: ¿Quién está allí?, la respuesta es: Muntu, un hombre. Pero los blancos clasifican a los hombres según lo que hacen. Quieren que cada persona haga una determinada locura, para que nazcan diferencias y puedan contar más. Un individuo me introdujo en la casa en que muchos hombres afilaban cuchillos. Tenían un aspecto muy pálido. Pregunté dónde tenían esas personas la tierra de labranza, a lo que se me respondió que no hacían otra cosa que afilar cuchillos; sólo así se puede decir con decisión que hombres que afilan cuchillos todo el día, mueren a los treinta años. Y sus ojos irradiaban de alegría cuando me comunicó que una vida tan breve tendrían las personas que no hacen en todo el día más que absorber en las minas partes de cadáveres. Cuando yo meneé la cabeza de espanto ante esa insensatez, me dijo que no debía dudar, que estaba establecido científicamente y que se esperaba obtener con el tiempo cifras más exactas. Cuando pregunté para qué servían esas cifras me contó un embuste que ninguna persona creerá. Mukama, no puedo explicarle eso. Pero oye: Todos los años pagan una suma de dinero, eso es recogido y registrado por personas que habitan en una casa y después de la muerte se le paga a los parientes. Creen ser así más felices. Y en eso un afilador de cuchillos paga una suma distinta a un labrador, porque los estadísticos saben cuanto tiempo viven unos y otros. Para que esa cuenta concuerde cada cual debe permanecer en su trabajo y no hacer otra cosa. Por esa tontería hay que construir nuevamente casas y escribir cartas y hacer circular los trenes y los coches. ¿Lo has comprendido?

Ahora sabrás lo que hacen propiamente esos blancos y por qué lo hacen. Te lo digo: están continuamente en movimiento para perturbarse unos a otros en el descanso, a fin de procurar que todos los hombres corran sin cesar y no tengan tiempo de darse a la reflexión. Pero luego se ocupan de llevar al desorden un orden del que están orgullosos. Se olvidan luego que son ellos mismos los que han hecho el desorden, que no era necesario, y hablan entonces del orden.

No, querido, tú no puedes comprenderlo. Tú pensarás en Kitara. ¿Para qué el orden? Los montes están allí y en los valles fluyen los arroyuelos. Si está crecida la corriente, se espera que pase. "Amri ya Mungu". Es orden divina, murmura el transeunte y se inclina humildemente. Pero el orden es contrario al mandamiento de dios y el castigo no puede tardar. Más tarde hablaré del castigo. Ese castigo es justo, pues hay cosas inútiles y un desorden provocado en donde hombres inútiles quieren hacer orden.

Habito en casa de un hombre que es conductor en un coche que circula por raíles de hierro. Le acompañé y me hice decir lo que hace cada blanco que viaja en el coche. Viajaba un hombre que construía piezas de hierro para los coches. Junto a él había otro con una espada y una punta de metal sobre la cabeza. Tiene por misión vigilar que los coches no arrollen en la calle a ninguna persona y llevar el registro de los que son muertos por el tráfico. Luego subió otro cabeza puntiaguda al coche; su oficio consistía en vigilar que el que le vea se cuadre firme, lo que es un saludo. Luego se sentó una mujer con una cruz roja al brazo. Venda a los hombres arrollados por el coche. Luego un hombre que caza los perros que no llevan una moneda al cuello. Junto a él un hombre que hace hacer en una casa rollos de tabaco. Luego otro que vende píldoras contra las enfermedades. Luego un empleado de seguros que escribe qué personas han pagado dinero para el caso en que sean arrollados por el tráfico. Con qué objeto, eso lo digo más tarde. Luego uno que vende el carbón con que son movidos los coches y uno que hace los libros en los que está escrito cuando han de ponerse en movimiento los coches. Cada cual lleva un indicador del tiempo sobre su estómago y lo consulta en cuanto el coche se detiene y en cuanto continúa el viaje.

Luego se sentó allí un hombre con rodajitas de vidrio delante de los ojos. Su trabajo consiste en hablar cómo era antes y cómo es ahora. Me dijo que ese tráfico ordenado era un signo de la elevada cultura de los blancos. Hubo un tiempo en que no había ningún rail de hierro en el camino por el que vamos. Entonces habría dicho cualquiera que no era necesario que los coches circularan por aquí y que nadie subiría a ellos, y ahora se ha visto qué impulso ha tomado el tráfico gracias a la construcción de tranvías.

Pero yo encontré que todos esos locos estaban en camino, no para vivir y trabajar algo bueno, sino sólo para que los tranvías pudieran circular o para que se reparase lo que se produce en daños por el ir y venir de los coches. Si todos esos locos hubiesen quedado en la tierra con sus hijos, no necesitarían que circularan coches; todos podrían tener un pedazo de tierra de labranza y ser felices.

Por consiguiente, Kigeri, cuida a tu hermoso país del orden de los blancos, de los tranvías y de los railes de hierro, y prohibe que sean llevados al país indicadores del tiempo, cuya visión induce a los hombres a hacer tonterías. Los hombres no necesitan reloj. Al despuntar el día canta el gallo. El día es claro, la noche oscura. Por la mañana sale el sol, al mediodía se ve en la parte más alta y por la tarde se pone. Pero la vida termina con la muerte. Sólo eso necesita saber un hombre. Pero donde los hombres andan en tren o tranvía, se necesitan relojes y hombres que los hagan, y de ahí surge todo ese trabajo estúpido, totalmente inútil en el que tantos seres enferman y pierden la alegría. Encuentro que esos locos del tiempo circulan todos de un lado al otro sólo para que los coches se pongan en movimiento y suben al tren o al tranvía para ir de un lado al otro y molestarse mutuamente.

He escrito sobre cosas que deben permanecer extrañas a los sabios de Kitara, si quieren seguir siendo hombres.

Te saluda tu fiel

Lukanga.

***

El hombre prehistórico

...Sentado en una butaca, delante su escritorio, examinaba, desde hacía unos instantes, una especie de huesecito puntiagudo, por un lado, y desgastado, por el otro. Le daba vueltas entre los dedos; seguramente, también le daba vuelta en su imaginación y, desde aquel momento, a pesar de mis bulliciosos cascabeles, ya no existía yo para él.

Mi madre, apoyada en el respaldo de la butaca, seguía la idea que acababa de expresar.

El médico, mostrándole el huesecito, la dijo:

—He aquí el diente de un hombre que vivió en los tiempos del mammuth, durante la época de los hielos, en una cueva desnuda y desolada entonces, y ahora, casi por completo cubierta de viñas silvestres y de alhelíes, y al lado de la cual se eleva, desde varios años, aquella casita blanca tan bonita, que habitamos durante los meses de verano el año de nuestro casamiento. Fueron dos meses dichosos. Como teníamos piano, tocabas composiciones de Mozart todo el día, y, gracias a tí, una música espiritual y encantadora, que rebosaba por la ventana, animaba el valle, donde él, sólo había oído los rugidos del tigre.

Mi madre reclinó la cabeza en el hombro de mi padre, quien prosiguió de este modo:

Aquel hombre sólo conocía el hambre y el miedo. Parecía un animal. Tenía la frente aplastada. Los músculos de sus párpados formaban, al contraerse, arrugas odiosas; sus mandíbulas eran salientes; los dientes avanzaban fuera de la boca. Mira qué largo y puntiagudo es éste.

Tal fué la primera humanidad. Pero insensiblemente, con lentos y magníficos esfuerzos, fueron menos feroces: sus órganos se modificaron con el uso. La costumbre de pensar desarrolló su cerebro, y la frente se ensanchó. Los dientes, que ya no se ocupaban en destrozar carne cruda, crecieron menos largos en la mandíbula menos fuerte. El rostro humano adquirió una belleza sublime, y la sonrisa nació en los labios de la mujer.

Al decir esto mi padre besó la mejilla a mi madre, que sonreía; luego, alzando con lentitud solemne sobre su cabeza el diente del hombre de la cueva, exclamó:

—Hombre antiguo, cuya ruda y feroz religión tenemos presente: tu recuerdo conmueve lo más profundo de mi ser, te respeto y te amo ¡oh, abuelo mío! Recibe en el insondable pasado donde reposas el homenaje de mi agradecimiento, pues sé cuanto debo. Sé que tus esfuerzos me han librado de la miseria. Tú no pensabas en el porvenir, es cierto: un tenue resplandor de inteligencia oscilaba en tu alma obscura; sólo pudiste alimentarte y esconderte. Sin embargo eras un hombre. Un ideal confuso te inclinaba hacia lo hermoso y lo bueno. Viviste miserablemente, pero no viviste en vano, *y la vida tan horrible que tú recibiste, la transmitiste a tus hijos mejorada y menos dura.* A su vez ellos trabajaron perfeccionándola. Todos han puesto su mano en el arte: uno inventó la piedra de moler, otro la rueda. Todos se han ingeniado, y el continuo esfuerzo de tantos espíritus al través de los siglos ha producido las maravillas que ahora embellecen la existencia. Y cada vez que inventaban un arte o fundaban una industria, hacían nacer con eso mismo bellezas morales, y creaban virtudes. Respetaron a las mujeres, y los hombres apreciaron el valor de la belleza.

Mi padre, dejando sobre el escritorio el diente prehistórico, abrazó a mi madre.

ANATOLE FRANCE

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(*CONTINUACION*)

Con motivo de la prosperidad del pensamiento centralista no es ni inactual ni innecesario exponer las ideas de Landauer de un socialismo libre. El marxismo no es un socialismo libre, y Landauer procura justificar esa afirmacion de todas las maneras. Luego dice:

"Esta es la verdadera doctrina de Carlos Marx: cuando el capitalismo haya vencido en absoluto sobre los restos de la edad media, el progreso estará afirmado y el socialismo puede decirse que estará allí.

¿No tiene una significación simbólica que la obra fundamental del marxismo, la biblia de esa especie de socialismo, se llame *El capital?* Frente a ese socialismo capitalista presentamos nuestro socialismo y decimos: el socialismo, la cultura y la federación, el intercambio justo y el trabajo alegre, la sociedad de las sociedades solo puede venir si despierta un espíritu como el que ha conocido el período cristiano y el precristiano de los pueblos germánicos, y cuando ese espíritu liquida la barbarie, provoca la disolución y la decadencia, es decir: el capitalismo económicamente hablando.

Así están inconciliablemente frente a frente. De un lado el marxismo, de otro el socialismo. Marxismo equivale a automatismo.

Socialismo es lo nuevo, que se subleva contra la corrupción; la cultura que se rebela contra la asociación de la miseria, la violencia y la incultura, contra el Estado moderno y el capitalismo.

El marxismo es la peste de nuestro tiempo y la maldición del movimiento socialista. El marxismo es ante todo de los filisteos y por consiguiente del amigo de lo informe, d elo basto. Algo así como una república de ciudades de la edad media o un mercado aldeano o un *mir* ruso o un *almend* suizo o una colonia comunista no pueden tener para él la más insignificante analogía con socialismo; pero en cambio un Estado vasto, centralizado, se parece ya en cierto modo a su Estado futuro; si se les señala un país en un tiempo en que los pequeños campesinos prosperan, en que florece un trabajo manual rico en arte, en que hay poca miseria, tuerce despectivamente las narices; y Marx y sus sucesores creyeron esgrimir el peor insulto contra el más grande de todos los socialistas, Proudhon, llamándolo socialista pequeño-burgués y pequeño campesino, lo que no era un falso juicio ni un insulto, pues justamente Proudhon ha señalado preciosamente a los hombres de su pueblo y de su tiempo, en gran mayoría, pequeños campesinos y obreros manuales, cómo habrían podido llegar al socialismo de inmediato, sin esperar el progreso purificador del gran capitalismo. Los creyentes en la evolución no pueden oir que se hable de una posibilidad que existió y que sin embargo no se convirtió en realidad; y los marxistas y los infectados de marxismo no pueden por consiguiente ver que se hable de un socialismo que hubiera podido ser posible antes del movimiento hacia abajo, que llaman movimiento progresivo del capitalismo bendito...

El socialismo es posible en todos los tiempos cuando lo quiere un número suficiente de seres humanos. Sólo que responderá al estado de la técnica, es decir, al número de hombres que lo inician y a los medios que llevan consigo o a la herencia del pasado que pueden tomar. El socialismo, ¡oh marxistas!, es posible en todos los tiempos y con cualquier estado de la técnica; y es imposible en todos los tiempos y con cualquier estado de la técnica. Es posible en todos los tiempos para los hombres justos, aun con la técnica más primitiva; y es imposible en todos los tiempos para los hombres injustos, aun con la técnica del maquinismo más desarrollada. No sabemos de evolución alguna que lo aportará; no sabemos nada de una semejante necesidad como ley natural. El capitalismo no tiene que volverse forzosamente socialismo, no debe sucumbir forzosamente, el socialismo no debe venir por la fuerza de las cosas; tampoco debe venir el socialismo proletario-estatista-capitalista de los marxistas, y no perdemos mucho. Ningún socialismo debe venir. El socialismo puede venir y debe venir cuando lo querramos, cuando lo establezcamos!"

Su crítica al marxismo la resume Landauer como sigue: Las principales tesis del marxismo son:

"1.—La concentración capitalista en la industria, en el comercio, en la banca y el crédito es un estadio previo, es el comienzo del socialismo.

"2.—El número de los empresarios capitalistas — o al menos de las empresas capitalistas — se reduce más y más; la proporción de los establecimientos particulares se extiende; la clase media se empequeñece y está condenada a la decadencia: el número de los proletarios crece desmesuradamente.

".—La cantidad de los proletarizados es siempre tan grande que debe haber entre ellos constantemente desocupados; ese ejército industrial de reserva influye en las condiciones de la vida; se desarrolla la superproducción por el hecho de que se produce más de lo que se puede consumir. En consecuencia, las crisis periódicas son inevitables.

"4.—La desproporción entre la enorme riqueza en manos de los pocos y de la miseria e inseguridad en las masas se hará finalmente tan grande, se producirá una crisis tan terrible y el descontento de las masas obreras aumentará de tal modo que tiene que venir una catástrofe, una revolución, en cuyo curso puede y debe ser modificada la propiedad capitalista en propiedad social".

Estos principios han sido sometidos por diversas partes a una severa crítica, y hoy no queda mucho de ellos. La crítica de Landauer es más o menos la siguiente: No se debe hablar de empresas capitalistas y suponer con eso que la existencia de la sociedad capitalista depende del número de esos empresarios particularmente. Se debe más bien hablar de todos aquellos que están interesados en el capi

talismo, de los que lo pasan bien proporcionalmente y seguros en su vida externa dentro del capitalismo, de aquellos que, en tanto que no son excepciones, sino casos generales, son dependientes también en sus opiniones, aspiraciones y puntos de vista de los intereses del capitalismo, lo mismo si son empresarios autónomos, agentes acomodados, altos funcionarios y empleados, accionistas, rentistas o lo que sean. Y sobre la base de las estadísticas de los impuestos y otras observaciones, que no pueden refutarse, se puede decir que el número de esas personas no ha disminuido, sino que aumentó algo absoluta y relativamente.

La clase media no ha decrecido, sólo ha cambiado de forma. No se ha escrito que por clase media se tenga que comprender sólo a los obreros manuales autónomos, a los comerciantes, a los pequeños campesinos y rentistas. Podemos asociar la cuestión: ¿quién pertenece a la clase media? con esta otra: ¿quién es proletario? En un mitin de Berlín, preguntó Landauer una vez a Klara Zetkin si el propietario de la sala (una de las más grandes salas de Berlín) era un proletario, pues, como la mayoría de los propietarios de tales establecimientos es por completo dependientes de la cervecería que le entrega la cerveza. Esa cervecería tiene hipotecas sobre su terreno; está comprometido por años y años a expender sólo su cerveza; las mesas, las sillas, los vasos son propiedad de la cervecería; sus entradas ascienden más o menos de 30 a 50 mil marcos anuales. En el período capitalista han surgido funciones que no caben en las calificaciones usuales. El propietario de la sala no es empleado, no es un agente, es autónomo, pero no independiente; no es propietario de sus medios de trabajo; ¿es un proletario? Klara Zetkin respondió: Ciertamente es un proletario; la existencia de ese hombre privado de sus medios de trabajo es por completo insegura.

Klara Zetkin respondió de acuerdo con las doctrinas del marxismo, que dicen: es proletario el que es dependiente y no posee los instrumentos de trabajo como propiedad suya. Pero Landauer afirma que proletario es el que vive *proletariamente*. Ciertamente hay diversas graduaciones, desde la mayor miseria de una existencia que roza siempre con lo mínimo hasta el trabajador que puede bien o mal vivir con su familia, que se mantiene a flote en los tiempos de desocupación, sin saber acortada su vida o al menos la intensidad de la vida de sus sucesores por la denutrición y que no llega nunca a una moderada abundancia en entradas, sin lo cual es imposible una participación en el arte, en la belleza, en la libre alegría. En este sentido es también comprendida generalmente la palabra proletario, y ni los mismos marxistas la pueden comprender de otro modo. Sólo esos proletarios están interesados en un cambio de las condiciones actuales, solo de ellos se puede decir que no tendrían que perder más qeu sus cadenas y que tendrían un mundo que ganar.

Justamente hoy hay una gran masa de miembros de la clase media que pertenecen a aquellos círculos en que domina el bienestar. Numerosos empleados, jefes de sucursales y de reparticiones, directores, ingenieros y agentes. Todos toman parte en el sistema capitalista, y a causa de su posición económica y de la concepción condicionada por ella no pueden ser contados ni con los proletarizados ni con los revolucionados.

Se ve ya en esto que las profecías de Marx no se cumplieron. Sin embargo, se puede conceder que una vez tuvieron justificación esas frases marxistas. Landauer afirma también que Marx en cierto sentido profetizó y previno. Previno al decir lo siguiente: "Capitalistas, si continúa así la explotación rabiosa, la rápida proletarización, la salvaje concurrencia entre vosotros mismos, si continuáis devorándoos mutuamente, impulsándoos al proletariado y reduciendo los establecimientos, disminuyéndolos en su totalidad, agrandándolos en particular, entonces todo debe terminar pronto!"

Pero hasta tal punto no se llegó. No porque los capitalistas hayan observado la advertencia de Marx, sino a causa de otros factores. El capitalismo creó por la provocación de un lujo inútil diversas necesidades ramificadas; la gran industria ha producido una gran cantidad de industrias auxiliares, de tal modo, que ninguna forma de la técnica se ha vuelto superflua. Los capitalistas han paralizado pronto la lucha de competencia y encontraron formas mejores que les garantizan mayor seguridad: los trtuts y los kartells. Por lo demás, el Estado se ha cuidado de pulir las pobres excrecencias del capitalismo. Por medio de la legislación social el proletariado debía ser prevenido contra los extremos y por eso contra la revolución. Pero ¿qué significa eso en general? Landauer sostiene: Más importantes que los efectos reales para el capitalismo fueron los resultados morales de esa legislación. No sólo para la masa de los proletarios sino también de los políticos ha borrado la diferencia entre su Estado del porvenir y el Estado del presente. El Estado se conquistó una nueva esfera de poder: la inspección de las fábricas, la intervención entre obreros y capitalistas, las pensiones para proletarios enfermos, viejos, inválidos, la protección contra los accidentes del trabajo etc. La actitud patriótica del Estado, la confianza infantil hacia el Estado y su legislación han sido fortificadas y aumentadas. El sentimiento revolucionario en las masas y en los partidos políticos ha sido notablemente debilitado".

(*CONCLUIRA*)

Exposición Bagaría (Los A. A. del Arte)

En todo tiempo los pintores tuvieron un gran respeto y admiración por los caricaturistas. Si decimos en todo tiempo, hemos de referirnos más bien a los modernos, en los que el arte de la risa y el humorismo en la plástica y en el periodismo ilustrado, cobró un desarrollo y un auge extraordinarios. Cezanne y Degas, dos de los pintores de más fuste en la época actual, tenían una gran predilección por Forain, el agudo satirizador de la sociedad burguesa.

También Bagaría despierta admiraciones fervientes entre los intelectuales y entre los pintores. Si la gente de pluma ha de tomarse en cuenta por lo que intentan convertir en teoría y literatura las artes más concretas — la pintura, la escultura y la arquitectura — los hombres, —diremos del oficio —, son acreedores a un crédito mayor. Cuando alcanzan cierto rango en el talento y la experiencia, sus opiniones son casi siempre más complejas y más profundas. Por un Baudelaire poeta que supo darnos un capítulo único en la literatura universal, sobre la *Esencia de la Risa* y sus proyecciones filosóficas, hubo muchos charlatanes literarios, quienes disparataron sobre el tema. Las diversas opiniones y trabajos, abonados por las más valiosas firmas de España, que se consignan en el catálogo de la exposición Bagaría, parecen ser todos ellos excepciones a la regla. Pero, a pesar de todo, nosotros preferimos la de Zuloaga. Son escasamente unas cuantas líneas. Dice:

"Admiro tremendamente a Bagaría, pues su arte encierra mucho de aquello que yo sueño para el mío: es decir: personalidad, psicología, ironía, penetración del carácter y sabiduría", y añade: *Bagaría es, indudablemente, el gran maestro de la caricatura.* Esto último ya nos interesa menos. Que se le considere más grande o más chico, no nos importa tanto como que sea hondamente *él* y sepa diferenciarse de la vasta mayoría de sus congéneres.

Se demuestra ello por sus mismos medios de expresión completamente precarios, respecto a su materialidad, a su apariencia plástica, que, sin todo lo que pone él de espiritualidad, de intención y de ingenio, sería un grafismo de muy poca monta y substancia. ¿No prueba, acaso, eso su primacía de la facultad artística— la reina de las facultades — como proclamaba Baudelaire a la imaginación creadora, sobre las otras, las mecánicas, las ejecutoras? George Grosz, que se vale de la línea pura para sus terribles vivisecciones de "Las clases dominantes", usa del dibujo para apresar superficies que convertirá en materia plástica voluminosa.

Es el suyo, además, un dibujo analítico, de un análisis minucioso que escoge los elementos esenciales para intensificar el carácter y la expresión. Es un linear, como se ha dicho; en el arabesco de su dibujo hay peso, corporeidad y volumen. También su sátira es más corrosiva, quemante, cruenta. Sella con una marca de estigma infamante a las clases burguesas,—que si sólo se refiere a la alemana, se podía aplicarlo a la de los demás países. Su cómico se deforma con la amargura del sarcasmo; es una reacción violenta de una ética selváticamente agudizada contra un cúmulo de inmoralidades contemporáneas y sociales en el máximo fermento de su corrupción. Estamos, pues, lejos de la comicidad chispeante de Bagaría, casi siempre de sonrisa benigna y a veces un poco ingenuota.



BAGARIA — Auto-caricatura

Se ha podido decir que existen dos géneros de cómicos: aquel impregnado de contemporaneidad, y que al separarlo del hecho que le generó deja de serlo en su esencia, y entonces habrá que auxiliarse de la leyenda, trasportándose también al sitio que lo originó para comprenderlo; y el otro, que, en cambio, existe sin ninguna contingencia de tiempo y lugar. ¿Cuál ejemplo escogeremos, sino el de Goya de los *Caprichos* y de los "Horrores de la guerra"? Es muy alto ejemplo, tanto para Bagaría, como para el mismo Grosz. Ninguno de los dos se elevan a tan alta planicie del pensamiento humano, y ninguno de los dos se remontan de lo particular a lo universal, como en todo tiempo hicieron los grandes humoristas.

Pero ninguna de las dos labores de agria crítica social son baldías; al contrario, cumplen una gran misión regeneradora: castigar sonriendo o riendo amarga o ingeniosamente.

Discúlpense ahora estas comparaciones necesarias para sentar una jerarquía de valores y también para obtener un punto de apoyo claro y definido, mediante contrastes bruscos.

Elegante, casi exquisito, eminentemente decorativo, un fino sensitivo en sus tintas, Bagaría logra otorgar a sus viñetas, a sus composiciones y caricaturas un pronunciado sabor artístico: ya por lo ingenioso de sus estilizaciones, extendiéndose a todo lo creado; ya por la suntuosidad del colorido y la vibrante disección de caracteres. Esto será su valor más perdurable; es decir, como obra intrínseca de arte.

Consignemos un dato importante. Esta muestra obtuvo la más completa y armoniosa unanimidad de la opinión pública, así como de la crítica. No hubo una sola discrepancia entre la risa y la sonrisa de la muchedumbre de veedores que pasaron por esa exposición, y el sonreir y el piropear, grabado en letras de moldes en diarios y revistas: en todos rebosaba, tanto en el papel impreso como en los rostros, la misma satisfacción de haberse solazado y divertido realmente.

Si a Bagaría se le confina en la periferia de su España, adquirirá de pronto una importancia cabal e insospechada. Suficiente sería exhumar unas líneas de Luis Araquistain para dar a entender lo que particularmente deseamos referirnos. Dice el escritor:

"*A mediados de 1926 se eclipsan totalmente los dibujos de Bagaría en la prensa española. El rigor de la censura, después de suprimirle más de la mitad de sus caricaturas diarias, le obliga al fin a suspender por completo su trabajo periodístico en España. Este hecho, sencillo al parecer, servirá, sin embargo, para que el futuro historiador de esta etapa española comprenda mejor la psicología de los hombres que gobiernan a esta nación. No poder tolerar a un humorista incluso a un satírico del lápiz o de la pluma, revela la penuria de inteligencia. El hombre inteligente, es decir, el hombre superior goza con las deformaciones que el humorista o el satírico hacen de su personalidad o de sus actos.*

Sócrates se ríe cordialmente de la imagen burlesca que Aristófanes traza de él en su teatro. Un gran político, o sea un político inteligente, es el primero en celebrar las vayas de que es objeto. Sólo los poco inteligentes son incapaces de ese desdoblamiento humorístico que permite a los más inteligentes contemplarse como en un espejo donde se reflejaran frente a frente la imagen que ellos se han formado de sí mismos y la imagen en que se la representan los demás, viéndose no sólo de lo que otros ven en él, en contraste con lo que él ve, sino también del tragicómico relativismo de todo conocimiento humano. Se comprende la intolerancia con lo grosero y vulgar. Pero Bagaría no es nunca vulgar ni grosero. Como Molière, su genio cómico es intelectual, una cosquilla en el intelecto. Este es el tipo de humor que menos sufren los no inteligentes, por la sencilla razón de que no pueden comprenderlo y temen que sea más hiriente de lo que es. El eclipse total de Bagaría — esperemos que temporalmente — es una gran pérdida para España, porque, como decía Meredith, el grado de desarrollo del genio cómico — lo opuesto del retruécano verbal — en un país se-

VINICIO PALADINI

NECESIDADES ESPIRITUALES

En un precedente artículo, aparecido en *Fede*, hablaba de la necesidad de unir lo más estrechamente posible al proletariado y la intelectualidad en un solo organismo que, en una comunidad de rebelión contra las viejas formas de organización social y mental, trajese una potentísima energía destructora, en los primeros tiempos, después reconstructora.

Apunté brevemente en el peligro probable de agregarle a la masa una intelectualidad mezquina-burguesa que podía destruir en el campo espiritual todo posible intento de superar violenta e instantáneamente la vetusta mentalidad, desbaratando de este modo la obra toda de renovación y radical transformación desarrollada en las otras ramas de la economía y de la organización social.

Muy clara se me presenta la necesidad de que estas dos revoluciones se desarrollan paralelamente y de consuno. La indudable seguridad del pan y la alegría de saber que la riqueza ha sido igualmente distribuída son condiciones necesarias, mas insuficientes para que la idealidad de las izquierdas sociales tengan un real y completo valor. Existen en la naturaleza humana poderosísimas urgencias espirituales que no pueden ser aplacadas con los paliativos de la cultura mezquina-burguesa, que es sólo parvedad de pensamiento y de espíritu. El hombre no es una bestia cuyas simples satisfacciones materiales bastan para dar un significado a su vida. Cuanto antes es preciso democratizar las formas del conocimiento para las clases obreras — pero que esas formas sean de un conocimiento inteligente — y es necesario también y sobre todo, que estas clases sientan plenamente el valor de su función en la sociedad, no sólo como masa de productores indispensables a la existencia de toda corporación social — y poseyendo iguales derechos a los otros componentes — pero, además, como vibrante inteligencia sedienta siempre de más vastos conocimientos que le sirvan para vivir más entera e intensamente y con gran conciencia de la propia vida.

Toda revolución que no incluya entre sus aspiraciones esta otra de sabor tan exquisitamente espiritual, ha de ser completamente inútil y no será más que una demostración de sentimientos bestiales y negativos.

Desgraciadamente de todo esto no se hallan muy convencidos los partidos de vanguardia en Italia, aunque ellos piensan en general que uno de sus más grandes objetivos sea la educación del pueblo, el refinamiento de sus facultades críticas; mas no obstante ello, existe una gran confusión en ideas de semejante índole y un vesánico pavor ante las ideas revolucionarias en arte, no por deberse a una convicción de carácter estéitco, si no por no tener una concepción clara del arte y de sus funciones.

En general confunden el bello artístico con el bello físico, la estética con la ética y temen que el proletariado no pueda comprender ciertas particulares formas de audacia en la escultura, en la pintura, etcétera, excluyéndolas a priori.

Los supuestos dirigentes de los partidos revolucionarios dicen: "esta expresión artística es incomprensible para un obrero. Estos no poseen una suficiente preparación cultural para comprenderlas". Y sus espíritus prácticos, preocupados por el justo temor de perder contacto con el alma del pueblo, los induce a ser resueltamente hostiles a toda forma de arte que no sea convencional. Como una prueba fehaciente de cuanto se ha dicho hasta ahora, basta dar una ojeada a sus diarios y revistas par comprobar que el más rancio simbolismo y el más banal realismo, sean los géneros que predominan en sus ilustraciones.

En análogos errores se debate su crítica artística, cuando la ejercen, siempre marcada por la idea — del todo mezquina-burguesa y equivocada — de un arte corregidor de costumbres y como una función moral, como arte inspirador de sentimientos de bondad y de amor.

No alcanzan a concebir cuál fuente de placeres altamente espirituales pueda encontrarse en cuadros de cualquier escuela — no hay necesidad de hacer cuestión de escuelas—y en el que se agita esa pasión creadora. del artista, quien exento de toda idea de reproducción mecánica de la realidad, de representación particular de ideas políticas, religiosas o filosóficas, quiso dar forma a su intuición artística, suscitada en el espíritu de su facultad de imaginación, fantástica, plástica, colorista o linear.

Este amor para las firmas nuevas del arte, no ha de entenderse como una especie de proteccionismo por la pintura de una particular escuela. Todas las escuelas han de aceptarse, si demuestran hallarse formadas por principios estéticos de los particulares creadores. No estará de más establecer, a propósito de las escuelas, que éstas tienen su real valor para la historia del arte, mas no crítico. En general una escuela se forma cuando un número más grande de artistas posee una comunidad de ideas, unidad de espíritu, mas no es verdad que pueda generar un artista. Pues el hecho de demostrar más preferencia por los románticos que por los clásicos, o para llegar a clasificaciones más actuales, por la pintura metafísica más bien que por la futurista, es un error grosero, contra el que un espíritu aun mediocremente crítico se debe rebelar con todas sus fuerzas.

Las individualidades creadoras en la esfera de las artes figurativas, no se pueden estudiar sino al margen de todo preconcepto de escuela. Las escuelas de arte podrán servir al objeto práctico de arrojar clasificaciones de valor meramente empírico, para determinar períodos, para ofrecer con una sola ojeada la visión panorámica del desarrollo de las ideas en el tiempo, pero es un método severamente condenable, en cuanto se relaciona con la educación del proletariado exhibiéndole hostiles preconceptos contra las formas del arte de vanguardia, con el especioso pretexto de la escasa cultura obrera. Toda forma de progreso no se obtiene más que con esfuerzo, y si nosotros nos detuviésemos ante las dificultades, no existiría en nuestro espíritu nada más que tinieblas. Y ello es tanto más de comparar en partidos y facciones que poseen toda su fuerza ideal en su audaz desprecio por los prejuicios y los convencionalismos pretendiendo ir más allá de todo temor y de sentimientalismos nocivos, a fin de alcanzar la meta de la realización de la felicidad humana.

Las verdades artísticas son verdades intuitivas que cualquiera llegará a comprender y sentir, cuando se le guíe con acierto en un pequeño esfuerzo. Incluso la más compleja obra, expresión de un modernísimo concepto estético, será siempre comprensible enteramente para cualquier persona, al poseer ella una cierta cultura de la evolución de las artes en estos últimos años, a partir del impresionismo. Es esta una verdad fundamental que me servirá de base al trabajo informativo y crítico que trataré en otra ocasión.

ñala el grado de su civilización; pero a la vez ese eclipse es el termómetro de la temperatura intelectual que reina en las cimas del Estado español. Bajo cero".

Digamos para finalizar que, si Bagaría no es virtualmente un desterrado político, de hecho y a la fuerza lo es. Y ésto, el haber sido el tábano socrático del gobierno del risible de Rivera, es lo que merece nuestra más grande simpatía.

¿Hemos de citar en detalle los trabajos del humorista español?

¡Bah! ¿Para qué? Obra de tal magnitud sería desmedrarla contándole los pelillos que sobran y faltan.

At.

El matrimonio

Abrigo la opinión que la institución del matrimonio, que pudo ser útil como un bozal para el monstruo de la carne, causó más desgracias y miserias entre la comunidad de la gente que la misma Iglesia Católica Apostólica y Romana.

...Iglesia, Monarquía, Propiedad privada y Matrimonio, son las cuatro antiguas instituciones reverenciadas por el Tiempo, y que la Humanidad deberá reformar desde las raíces hasta las ramas, si anhela respirar libremente el aire de la Libertad. Escritores, quienes se tildan a sí mismos de emancipados y se presentan como adalides de vanguardia, continúan hablando del matrimonio con un aire de devoción sentimental que me pone furioso.

George BRANDES

BIBLIOGRAFIA

" Judíos " — Por Israel Chas de Chruz.— J. Samet, Editor.—

Un girón viviente de la vida judía nos lo ha traído este autor con su primer libro "Judíos". De tendencia llanamente realista, sin incurrir en lo truculento de la literatura corriente, sabe dibujar caracteres con trazos firmes y sostenerlos hasta el final en las ulteriores consecuencias de sus acciones y de su psicología.

Ninguno de ellos provoca una duda en su verosimilitud, porque fueron vividos fuertemente por el artista, modesto en su esfera de creador.

Su estilo vigoroso, por lo natural, sus desatinos ocasionales no dañan a la arquitectura general de la narración. De observación certera, parece que quisiera obligar a su expresión a ser bastante dúctil, sinuosa para apenas vestirla con un ligero ropaje verbal. Es muy probable que ésto no sea más que una suposición nuestra, ya que en el novel escritor no hubo tal cálculo, ni tal sabiduría, forzosamente precoz en un principiante.

Sea como sea, con este su primer trabajo, en especial con el relato, — cuyo título es el del libro, — nos proporciona una serie de escenas de un pintoresco emocional no muy común, descubriendo, al mismo tiempo, rincones insospechados de un mundo extraño para nosotros, y para muchos totalmente desconocidos, y a veces, o casi siempre, calumniado: el pueblo judío.

Nosotros confesamos, a pesar de todo, que nos parece uno de los pueblos más complejos, y por eso más humanamente contradictorios, rico en múltiples inquietudes y de una sed y una voluntad de saber inagotable. No es por no estar exentos de prejuicios de raza, por lo que lo admiramos sinceramente, sino que nos atrae por su fuerza abismática, la que pudo conservarlo incólume a través de los siglos, en su fuerte sabor racial. Por eso es que el novelista hallara un vasto repertorio de tipos y arquetipos de un carácter mucho más acentuado que el de otras razas, que si los hay, no abundan como en el pequeño universo semita. Creemos que hasta ahora ni los mismos escritores de su raza dieron ni cerca la idea total de lo que es en profundidad y potencia esta población nómada, errante, que hace siglos lleva a cuesta el estigma de su nacionalidad, como un redivivo Sísifo.

Lo que hemos leído de Isaac Peretz de Salom Ach y de otros, y aquí de Gerchunoff, con sus narraciones arcádicas "Los gauchos judíos", no nos bastaron para conocer como quisiéramos el inquietante enigma de esta raza que, de una sordidez indecible y avara rapacidad, tiene a veces impulsos sublimes.

Jancale o Jacobo, el personaje principal en quien se condensa toda la esencia de este relato novelado, es el que nos deja entrever el resquicio de la bondad y la idealidad judía que rebasa los estrechos límites de la raza.

Del novel novelista que se estrena con una narración de este valer — la mejor del volumen — cabe esperar obras futuras de más enjundía.

At.

Franz Herczeg — "Graf Stephan Tisza", Eligius Verlag-Budapest, 1926, 53 págs. — Karl von Lyka: Michael von Munkácsy" — La misma editorial, 1926, 28 págs. y 18 ilustraciones.—

Hemos recibido los dos primeros volúmenes de una colección de biografías editada por Georg von Ottlik y titulada "La moderna Hungría", — un ensayo para dar una impresión del país magyar y de sus creadores modernos de la mano de resúmenes biográficos de sus hombres representativos en política, poesía, arte, música y ciencia. La tendencia general de ese esfuerzo parece ser puramente nacionalista, pero como Hungría es hasta tal punto desconocida en el resto de Europa sobre todo en la Europa latina y en América, esa serie de biografías, ricamente ilustradas, prometen abrir al lector algunas páginas interesantes de la moderna historia política e intelectual magyar.

El primer volumen está dedicado al conde Stefan Tisza, presidente de ministros húngaro y famoso como hombre de energía y de voluntad férrea. Fué asesinado el 31 de octubre de 1918 en su domicilio por un grupo de soldados rebeldes. Se le ha hecho la inculpación de haber sido uno de los promotores de la pasada guerra mundial, lo que su biógrafo trata de refutar valiéndose de diversos documentos. Stefan Tisza era hijo del famoso presidente de ministros húngaro Koloman Tisza, que ocupó ese puesto desde 1875 a 1890

Otro de los volúmenes ya aparecidos está consagrado al pintor Munkácsy (20 de febrero de 1844 — 1 de mayo de 1900), nombre bastante conocido en el arte de la Europa occidental por haber residido Munkácsy largos años en París. Este pintor conoció desde temprano la realidad de la vida; huérfano a los siete años, aprendiz de carpintero desde los diez a los catorce años, se abrió camino en el arte a fuerza de voluntad y de talento. Conoció luego el bienestar y la riqueza, pero en los motivos de sus obras se advierte la influencia de su origen y de sus experiencias. El breve estudio sobre Munkácsy está ilustrado con 18 reproducciones de sus cuadros.

D. A. de S.



ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o- Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

RESPUESTA DE M. NETTLAU

I

La anarquía quiere decir, en suma, la manera como la vida humana se desarrollará en sus infinitas manifestaciones en un medio de libertad, depurado de todos los obstáculos opuestos al libre florecimiento, como el aire de los campos, de los bosques, de la montaña y del mar está purificado de las exhalaciones malsanas, a menudo mefíticas que se está forzado a respirar en los zaquizamís y en las fábricas, en las ciudades mal saneadas de nuestra época.

El primer punto de la encuesta: *Sobre los problemas actuales del anarquismo y medidas para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria*, se relaciona, pues, a los mil aspectos del problema inmenso y único: cómo llegar a realizar la anarquía, es decir, a separar los obstáculos y a crear los elementos capaces de realizarla y, necesariamente, para ese fin, cómo crear fundaciones sólidas y un suelo fértil que permitirán y ayudarán a esos primeros elementos a desarrollarse en las condiciones más favorables que excluyan la mayor parte de las desviaciones y los fracasos, parciales o totales. Porque ligados al pasado por su procedencia, esos primeros elementos no pueden aún estar aclimatados en tierra de anarquía, se aclimatarán poco a poco; pero sólo cuando haya desaparecido el residuo de concepciones y disposiciones del pasado, situado aún en ellos, por la práctica de la vida nueva.

Los "problemas actuales" son verdaderamente muy numerosos, porque vivimos en una época de una recrudescencia horrible de la autoridad y si nosotros mismos nos mantenemos en pie y llevamos la cabeza alta, los ambientes que se avecinan al nuestro, y los más distantes con doble razón, han caído más o menos, por buenas o por malas, bajo el fascinamiento del autoritarismo creciente: se sembró con ligereza la autoridad al jugar con el bolchevismo, la dictadura — ¡se cosecha ahora a manos llena bajo forma de fascismo, con el pie sobre la nuca del más débil y el manganello sobre la espalda!

Se creería que en esta situación la libertad sería más atractiva que nunca para las numerosas víctimas. ¡Ay! están en tal postración que sólo un salvador directo, más poderoso que sus verdugos, les atraería y la rebelión, iniciada por los libertarios, pero que debería sacar su gran fuerza de las víctimas mismas, les parece inaccesible — las víctimas se resignan y no intentan ya más esfuerzo. Esto se aplica tanto a las decenas de millones que sufren la oligarquía incapaz y cruel de los bolchevistas rusos, como a las decenas de millones en Europa, en Italia, en España y en Grecia, en Rumania y en otras partes, entregadas, con las manos ligadas, a sistemas fascistas y también a otras decenas de millones que en los Estados en donde las antiguas formas constitucionales o republicanas se han mantenido aún se ven paralizadas, impotentes ante las camarillas capitalistas, un fascismo en ciernes, una decadencia general de la vida social. Sin duda esas masas están descontentas, rugen sordamente, comprenden también que el más bello "partido obrero" no las salvará — los obreros ingleses han visto en el curso de pocos años tan palpablemente la impotencia del socialismo político llegado al poder, el gobierno de Macdonald, como la incapacidad de una jerarquía obrerista para conducir a buen fin una causa soportada por millones de obreros, como la grandiosa huelga inglesa de mayo de 1926. Pero esas masas no ven aún más lejos, les falta la fe en la libertad que conocen demasiado poco — ven una especie de sistema, que, sin embargo, lanzó un desatío al capitalismo y es detestado por el capitalista, mantenerse de año en año en Moscú. Visto desde lejos y sin profundizar el examen, eso parece que continúa en pie... ¿y qué ven aún esas masas? Ven fascismo y capitalismo cada vez más integrados uno en el otro — y no libertad... Los libertarios hacen sin duda lo que pueden, pero es demasiado poco en la situación presente; el mal destruye más de lo que la curación reemplaza y hay un período de gran declinación cuyas consecuencias serán tanto más graves, cuanto más se tarde en poner vallas al mal y cuanto más se debilite la curación. He ahí por qué hay ciertamente hoy una cantidad de "problemas actuales" mayor que nunca.

Se objetará que hace dos o tres siglos no hubo ni socialismo ni anarquía alguna y sin embargo hoy existe tanto. Pero si esas ideas se han precisado en el siglo XIX y han sido tan vigorosamente preparadas, no hay que desconocer que desde hace muchos siglos el progreso se ha elaborado lentamente en toda la línea, por un gran conjunto de fuerzas sociales contra las potencias de las tinieblas y los detentadores de un poder feroz. Ciencia, libre pensamiento, progreso industrial, invenciones, descubrimientos, todo fué progreso, y ese esfuerzo lento, pero irresistible, triunfó en el siglo XIX. Desde entonces, no obstante, esa falange del progreso se ha escindido: no son más que los productores, los obreros y algunos intelectuales y artistas los que quieren marchar hacia adelante — el capitalismo explotador y parásito, llegado a una supremacia jamás soñada, disponiendo de todos los recursos del globo, no quiere más que detenerse y ha hecho la paz con el Estado y la Iglesia; ha subyugado a la aristocracia y tiene a su servicio lo que le hace falta de ciencia para los perfeccionamientos mecánicos y la nueva ciencia de matar, la del asesinato científico de las guerras próximas y hasta de las luchas sociales ya. Flanqueados por una parte por el fascista con su manganello, por otra por el científico del gas venenoso, los parásitos, capitalistas, Estado, clero y toda su secuela de cómplices y de víctimas obstaculizan ahora la vía del progreso que, después de todos los perfeccionamientos mecánicos de los últimos cien años, es ahora, en primer lugar, progreso social. Los elementos progresivos luchan seriamente por el progreso social que — nosotros estamos convencidos y ellos lo sabrán también — no puede ser más que la marcha hacia la libertad, el país de la anarquía futura, — esos elementos están cada vez más aislados, porque todo lo que es explotador y dominador se cristaliza cada vez más hoy en torno al polo capitalista. Pero existe esta ventaja muy grande, que la situación se esclarece más: aquí la reacción estancadora mantenida por la violencia siempre creciente de todos los fascismos — allí buena voluntad, buena fe, buena esperanza, aunque fuerzas todavía débiles para marchar hacia el progreso social, la dicha de todos, la libertad.

Conocemos todos la insuficiencia creciente del socialismo autoritario, bifurcado — no se sabe verdaderamente por qué — en socialdemócrata y en comunismo. Igualmente la organización económica de los trabajadores comprende, al lado de sindicalistas verdaderamente libertarios y revolucionarios, muchos matices autoritarios y reformistas que, en el fondo, difieren muy poco. Se observaría quizás al mirar de cerca, que los obreros organizados son en parte buenos socialistas, en parte indiferentes, organizados bajo alguna fuerza de las circunstancias y que son los jefes jerárquicos los que mantienen los matices, las divisiones, los odios mutuos y que sobre todo tratan de impedir que las ideas libres, la independencia intelectual no invada su dominio de organizados, su reserva especial.

Ha ocurrido, por lo demás, que frente a esa estrechez y mojigatería de los grandes partidos políticos y grandes organizaciones, no pocos elementos de algún valor se separan continuamente de esos ambientes y se ocupan de movimientos y de cuestiones especiales — especializaciones insuficientes y que llevan a menudo en sí el fracaso, pero que demuestran la impaciencia, el malestar de muchos hombres en los grandes organismos, demasiado grandes para tener una vida real y palpitante, e igualmente un esfuerzo, un trabajo cualquiera son siempre ejercicio más útil que la inmovilidad estólida, aunque fuese la del perfecto-organizado, del socialdemócrata-modelo.

En esos movimientos restringidos y diseminados hay a menudo hombres que aspiran hacia la libertad, sin entreverla completamente todavía, como nosotros creemos entreverla. Tales ambientes practican la asociación voluntaria, el estudio y la crítica, la experimentación, entran en la esfera de los sentimientos, del humanitarismo, del arte y de la belleza, del florecimiento de las facultades latentes del hombre, del saneamiento de su cuerpo, de la liberación de su cerebro de tantos errores preconcebidos, etc. Todo eso es muy imperfecto, pero es infinitamente mejor que el embrutecimiento sitemático de los indiferentes por el pasto estrictamente anti-intelectual que los capitalistas y sus cómplices proveen, y mejor igualmente que el fanatismo estrecho friamente cultivado del miembro del partido o sindicato reformista gobernado por su jerarquía.

Y más allá de ese medio que acabo de describir, no existimos más que nosotros, los anarquitsas, fortificados por nuestra fe en el porvenir, pero, en mi opinión, demasiado poco una fuerza viviente que hiciese inclinar la balanza en esta época de recrudescencia de todo lo que es antilibertario. ¿Qué hacer, pues?

II

Ante todo, me parece que cada uno de nosotros debería interrogarse a sí mismo hacia qué le llevan su inclinación y también su facultad; ante todo: amando la libertad, ¿se siente impulsado a realizar lo más posible por sí mismo o quiere ser en primer lugar artesano de la futura libertad social de todos? — Yo sé que una verdadera realización de la libertad individual es imposible sin la libertad de *todos*, pero sé también que las apariencias pueden dar un cierto aspecto de libertad que tiene ya atractivos para muchos hombres. Sé también que el espectáculo de una libertad cualquiera es útil y que así la liberación personal de un individuo puede tener el valor de un ejemplo seductor; pero si el individuo libertado carece demasiado de desinterés, puede producirse el ejemplo contrario y su ejemplo no tendrá más valor social. El que se siente simplemente modesto artesano de la libertad futura es menos brillante, renuncia a muchas expansiones agradables, está contento de ser *uno* de los trabajadores obscuros de la primera hora.

Los temperamentos y disposiciones dividen a los anarquistas para ser más o menos lo uno o lo otro; raros son los que saben combinar felizmente y duraderamente los dos tipos — tan raros que no hace falta que se erijan o se declaren el tipo modelo, — y lo mismo los dos tipos con sus necesarios intermediarios, no deben creerse el uno superior al otro ni tratar de suplantarse recíprocamente: deben tolerarse mutuamente, ayudarse, completarse, cooperar donde es posible, ir cada cual por su camino sin mala sangre cuando no es posible ir juntos. Una lucha entre ellos es siempre fratricida. Todas las diferencias entre los anarquistas son pura pérdida, de importancia mínima muy a menudo y de efecto desastroso. Su origen está situado en la falta de simpatía entre los dos tipos descritos, en las imperfecciones inevitables inherentes a cada uno de nosotros que hemos sido educados todos en el sistema autoritario que dejó en unos rasgos un poco más fuertes, en otros menos. Cada uno, además, se entrega al movimiento con un grado diferente de intensidad, etc. Hagamos, pues, frente al enemigo común y no tiremos sobre nosotros entre camaradas — ¡es de tal modo absurdo!

No insisto sobre este punto, pero una cesación de todas las hostilidades entre anarquistas me parece la primera necesidad para preparar un esfuerzo serio contra la reacción. No rechazo la crítica, pero sí el carácter malévolo de muchas críticas, la exageración de las divergencias, el deseo de tener razón o la útlima palabra, de aniquilar al adversario si se pudiera. Para mí es lo mismo que fulano piense esto o lo otro; si me desagrada demasiado no lo apoyo, no lo leo. El mundo es tan amplio, nosotros somos tan poco numerosos todavía: ¿por qué entre degollarnos tanto, devorarnos, destruirnos mutuamente, todo menos ayudarnos, idea que un cierto Kropotkin ha comprobado en otro tiempo activa en el menor animal y en el hombre primitivo, pero que parece extinguirse cuando algunos anarquistas son de opiniones diferentes?...

Deberíamos tanto más asociarnos todos, lo más posible, para una franca cooperación sin doblez, cuanto que la situación internacional general ofrecería grandes posibilidades, si se manifestase mundialmente el impulso de una renovación antiautoritaria. Porque nunca se desvalorizó a sí misma tanto como hoy la autoridad por los crímenes y las brutalidades; nunca fueron tan impotentes el reformismo y el socialismo político, tan incompetentes; nunca se había hecho tan palpable la ineficacia de un socialismo impuesto y controlado desde arriba como el presente bolcheviquismo. Todo lo que es infestado por el virus autoritario se disgrega o no se sostiene en pie más que por crueldades sin nombre, de las que se habría espantado el siglo XIX en sus años de mayor reacción. ¿Quién heredará, pues, de esta terrible situación? Sería la libertad, sería la anarquía si estuviera allí para recoger esa herencia. Para eso es preciso un esfuerzo razonado y por eso no entiendo algún arreglo premeditado, sino una mentalidad atenta, receptiva y una voluntal perseverante, dos factores que exigen un esfuerzo muy serio.

Vemos hoy, no un verdadero socialismo, sino una conciencia profunda de su explotación indigna por las clases dirigentes y por su cómplice, el Estado, bajo todas sus formas, conciencia que penetra a cada obrero. El descontento, la rabia sorda, el odio a ese parasitismo cada vez más desvergonzado, existen; lo mismo la comprensión de que no depende de la voluntad del pueblo el poner un fin a este estado de cosas. Pero para eso haría falta la cooperación de los rebeldes y su primera condición sería la confianza. La vida es dura y melévola, se es siempre

engañado; tampoco el político y el jefe
sindicalista, hombres de rutina, inspiran
esa confianza ni dan ningún impulso.
Entonces las masas tascan su freno, pero
están ahí. Se recuerdan de sus raros ins-
tantes de poder, de la ocupación de las
fábricas en Milán, de las semanas rojas
de Barcelona y de Romaña en 1909 y
1914, de los motines en toda Italia, des-
de Foggia a Milán, en mayo de 1898, de
ciertos días en que parecieron triunfar
pero en que otros escamotearon los fru-
tos, en Alemania, en Austria-Hungría, en
1918-1919, y del gran aplastamiento del
zarismo en 1917. Todo eso puede producir-
se de nuevo cada día en casi toda Europa
y cada día aporta la noticia de incidentes
más o menos violentos de esa lucha siem-
pre dispuesta a estallar. El desequilibrio
económico creciente perpetúa la desocu-
pación y aumenta su cifra y hace intole-
rable la miseria de los que, durante años,
quedan sin trabajo y conocen todo ese
aparato burocrático y policial que les tie-
ne en sumisión; el resto de los obreros
sientet el temor de perder ellos mismos
sus puestos. Todo eso crea un inmenso
malestar y es muy posible que se harán
guerras justamente para diezmar de nue-
vo a los hombres, porque hay demasiada
gente. Llegará entonces, o bien la guerra
de la ciencia de destrucción o cataclis-
mos revolucionarios que llevarían al po-
der a los adeptos de la dictadura más
brutal.

No me es posible prever lo que harán
entonces los anarquistas, por que, ante
todo, no los veo en Europa en número
suficiente para influir el curso de los
acontecimientos. Se arrojarían en el tor-
bellino y harían la labor más dura y pe-
ligrosa, pero, como en Rusia en 1917-18,
habrá allí otros, organizados y dispues-
tos a tomar el poder, y recogerán los
frutos — como en Rusia. Se comenzará,
seguramente, por reuniones generales, por
consejos, *soviets*, compuestos por todos,
de oficio, de barrio, de fábrica; pero me-
diante delegados y comisiones se llegará
pronto a una jerarquía nueva — y si
esas asambleas primarias con mayorías
comunista y socialdemócratas crean una
tal jerarquía por voto o aclamación, el
juego habrá sido hecho: desde ese mo-
mento los anarquistas quedarán de nuevo
fuera de la ley y serán reducidos a la
inacción o aplastados por matanzas y ca-
labozos como en Rusia.

He ahí el punto en que debería interve-
nir una fuerza que dijese: eso no se ha-
rá — y esa fuerza podría ser doble: la
del sindicalismo serio y la *mentalidad hu-
manitaria* de todos los no-anarquistas, pe-
ro también no-bolchevistas, no capitalis-
tas, no fascistas que existe y que habría
que desarrollar y aumentar. Ellos y todos
los socialistas y otros hombres de buen
sentido y de espíritu de equidad pronun-
ciarán su veto y establecerán ese prin-
cipio: que el monopolio de una especie
particular del socialismo — como el que
usurpó el bolchevismo en Rusia — no
volverá a ser tolerado.

Me parece esencial pensar en esas po-
sibilidades, porque una victoria anarquis-
ta inmediata universal y de conjunto me
parece una ilusión absoluta. Si una ma-
yoría anarquista fuera victoriosa local-
mente, encontraría una mayoría recalci-
trante en el mismo lugar y mayorías hos-
tiles en otras partes y sería forzada a com-
batirlas, a aterrorizarlas, a aplastarlas o
a reducirlas al silencio: ¿dónde estaría
el bello ejemplo de la anarquía en esas
condiciones de terror? Se embrutecería
por esas luchas o sería aniquilada por sus
adversarios. Si, en cambio, no se realizase
la anarquía más que cuando hubiese ma-
yoría, entonces más vale no hablar de
ello; eso equivaldría a relegarla a un pe-
ríodo indefinido e inimaginable en que
todos los demás sistemas habrán estado
en vigor y al mismo tiempo, milagrosa-
mente, la idea anarquista se convirtió a
su vez en mayoría! — Va a ser preciso,
pues, contar con un período, la caída del
capitalismo, mediante la eliminación de
los parásitos y por la continuación de la
vida social por los obreros y ayudas téc-
nicas, que ya desde hace mucho hace
posible esta vida, y la caída del Estado,
es decir, la dispersión a los cuatro vien-
tos de los funcionarios que, como los en
otros tienpos capitalistas, harán en lo
sucesivo labor útil igual que los demás.
Esas dos liquidaciones tendrán lugar sin
falta, la evolución tiende hacia ese obje-
tivo tan rápidamente como en 1789 tendía
a la liquidación del feudalismo y de la
realeza en Francia.

Pero una vez hecho eso se trata de
impedir la usurpación, el monopolio de
un partido social, — se trata igualmente
de impedir el devoramiento mutuo suce-
sivo de los partidos por la intriga par-
lamentaria. Se trata, pues, de no reiterar
las luchas de 1789 a 1794 que terminaron
en la guillotina, en la dictadura, en Na-
poleón III y en el imperio; las de 1848
que llegaron al 15 de mayo, a las masa-
cres de junio de 1848 y pronto de nuevo
a un Napoleón y al imperio; las luchas
rusas a partir de 1917 que culminaron
en la dictadura de Lenin y de sus suce-
sores, en la muerte, en el presidio para
los otros partidos.

Será preciso, pues, establecer por fin
la *convivencia*, la coexistencia mutuamen-
te garantizada de los partidos. Eso no
es tan absolutamente quimérico, cuando
se pone en ello buena voluntad. Incluso
la representación política, los parlamen-
tos han sufrido en no pocos países desde
el simple sistema mayoritario a los diver-
sos sistemas de representación proporcio-
nal. Incluso en el terreno donde la bru-
talidad y la codicia son tan fuertes, se
comienza a establecer lo que se llama el
derecho de las minorías. En religión el
siglo XIX ha establecido la libertad de
cultos, la exclusión de una dominación
espiritual por una solo iglesia. La liber-
tad de la enseñanza, la de la ciencia, la
del comercio son otros precedentes. ¡Por
consiguiente, habría como para desespe-
rarse de todo, si hubiera que decir que
solo el socialismo — que tiende precisa-
mente a fundar y a cimentar la solida-
ridad humana — sería en manos de los
ambiciosos y de los fanáticos el regreso
a la uniformidad, al sistema único, man-
tenido por la fuerza, y que desprecia y
pisotea toda otra concepción social!

La política ha tenido sus dos Bonapar-
te y otros fanáticos de la usurpación ab-
soluta hasta los diversos Mussolini de
nuestra edad *fin-de-politique*; el socialis-
mo ha tenido sus usurpadores espiritua-
les, Marx, y materiales, Lenin — unos
y otros son igualmente peligrosos, anti-
humanos, antisociales. La humanidad po-
lítica y social se apartará de ellos, hacia
la sociabilidad, la convivencia. El puesto
de la anarquía no puede estar con la
usurpación: será generalizada, universa-
lizada un día — esperémoslo — pero
será un fin, un objetivo realizado espon-
táneamente, no existirá en el comienzo
(valdría tanto como esperar que saldrá
del vientre de la madre un hombre cre-
cido y no un niño). Todo eso es preciso
decirlo, y muy altamente. Es preciso tam-
bién reconstruir la mentalidad de la
libertad y de la convivencia que ha hecho
ensombrecer la resurrección de la fero-
cidad atávica por las guerras. No es un
trabajo idéntico a la propaganda anar-
quista — lejos de eso. Esa propaganda,
que soy el último en querer descuidar o
disminuir, irá por su camino; pero será
necesario reconocer, elaborar en pensa-
miento y propagar con inteligencia que
después de la liquidación del capitalismo
y del Estado, *sólo una convivencia solida-
rista* puede formar la gran base y el cua-
dro en que se harán las diversas realiza-
ciones socialistas, la anarquista y otras,
cada cual en su esfera, con su parte pro-
porcionada de las riquezas sociales. —
lo mismo que después de la caída de la
Inquisición hubo la libertad de cultos y
la libertad de pensamiento o como des-
pués de la caída del monopolio de Aris-
tóteles y de Ptolomeo en ciencia, en astro-
nomía, se produjeron desenvolvimientos
libres y fecundos. El monopolio no ha
producido nunca otra cosa que estanca-
miento, improductividad. Sería lo mismo
para el socialismo y la anarquía, y se
trata de apresurar su advenimiento pro-
curándoles esas condiciones eugénicas de
la convivencia y de la experimentación li-
bre que les permitirán prosperar. Si los
anarquistas se entregan a esa labor, el
mundo volverá los ojos hacia ellos y no
les volverá a perder de vista como sus
salvadores en esta gran crisis.

RESPUESTA DE M. BUENACASA

I

La reacción autoritaria: He aquí el
problema más grave y agudo de cuantos
el anarquismo está obligado a resolver sin
demora. El problema en cuestión, es sin
duda alguna el que más afecta al corazón
del anarquismo por cuanto prácticamen-
te se demuestra que ataca la entraña y
el fundamento de nuestra base ideal: la
libertad.

No entramos a discutir los motivos del
actual recrudecimiento de la reacción au-
toritaria, con toda su secuela de represio-
nes y atentados al libre desarrollo de las
propagandas y prácticas libertarias; no
es tal el propósito que nos anima al es-
cribir este trabajo. Digamos no obstante,
aunque alguien nos tilde de demasiado
optimistas, que la entronización, por par-
te de los Estados del viejo y del nuevo
mundo, de los métodos represivos que ya
parecían olvidados y en desuso en los
años que precedieron a la gran guerra,
tienen su justificación en los determinis-
mo de todo orden legados por la horro-
rosa conflagración

La idea de la defensa nacional echó
por tierra, anulándolas brutalmente, la
mayor parte de las teorías que fueran,
hasta el año 1914, la razón de ser de los
partidos y escuelas políticas disconfor-
mes *literariamente* con las prácticas de
los Estados que provocaron la guerra.

Las mismas ideas de los socialistas de
Estado, atentas al principio estatista más
que a los postulados de humanidad, se
derrumbaron estrepitosamente, perdieron
sus esencias, hasta cierto punto universa-
les, y pasaron, con todo su bagaje auto-
ritario, a formar corriente común y amal-
gamada en los cauces del estrecho canal
burgués y nacionalista. Las uniones sa-
gradas fueron cosa hecha y los resulta-
dos — al fin de la catástrofe los hemos
notado — fueron los que todos los hom-
bres libres habíamos previsto: reacción
brutal, recrudecimiento del principio au-
toritario, anulación de las preceptivas le-
gales que consagraran las democracias en
cincuenta años de parlamento y de moti-
nes y por fin la aparición de la dictadura
y del retorno al absolutismo de los pode-
res personales.

Afirmemos, sin embargo, que el progre-
so no puede estancarse eternamente y que
todo el recrudecimiento de la reacción
autoritaria que actualmente somete a los
pueblos, no pasa de ser un accidente his-
tórico, muy lamentable y perjudicial pa-
ra el desarrollo de las libertades huma-

(I)

RUDOLF ROCKER

De la maldición del practicismo

*Y algún poderoso que quiso marchar bien
con el pueblo, unció ante su corcel — un
borriquito, un afamado sabio.*

F. Nietzsche.

Todavía continúa teniendo actualidad la pequeña y bo-
nita historia que nos contó Gorki: "Del pájaro carpin-
tero que amaba la verdad y del embustero verderón".
Pero el poeta habría podido titular su historia, y tal vez
más acertadamente: "Del práctico pájaro carpintero y
del impráctico verderón", sin que por eso hubiera sido
forzado a cambiar una sola palabra del relato. Pues el
pájaro carpintero era realmente el sabio práctico y el
pequeño verderón parduzco, un utopista incorregible, al
que atravesaban el alma sueños de poeta y en el cual el
anhelo tembloroso se transformaba en canción.

Por eso cantaba el pequeño verderón, apenas sin dar-
se cuenta. Cantaba porque no podía menos de can-
tar, porque se le calentaba el cuello y el alma tenía que
librarse de su superabundancia. Cantaba sobre la aurora
de una nueva vida, sobre una lejana dicha que sólo podía
obtenerse en la lucha.

Los otros pájaros en el bosquecillo enmudecían poco a
poco y escuchaban la canción jubilosa. Hasta que descu-
brían que era sólo un verderón el que cantaba así. En-
tonces les invadía algo así como un desencanto. Sí, si
hubiera sido un águila, pero un verderón — ¡cómo es
posible!

Pero el pequeño verderón, a quien ponía en tensión
el más ardiente anhelo, no enmudecía, y del corazón san-
grante salían tonos cada vez más profundos, ansiedad
cada vez más ardorosa hacia aquella lejanía azul, donde
se levanta, de las olas purpúreas del mar, la nueva
tierra legendaria. Creer es preciso, creer en uno mismo,
después que se ha dudado tanto de sí — creer, creer has-
ta que el tiempo se cumpla.

Se posa levemente en los corazones del tropel emplu-
mado como un lejano presentimiento, y de ocultos rinco-
nes sube ardiente anhelo hacia una lejana dicha.

Entonces aparece con prudente pausa el pájaro car-
pintero, un señor anciano que "vive de gusanos y ama
la verdad". A él no hay que irle con tales canciones,
pues es un tío completamente práctico que parte siem-
pre de hechos concretos. Y demuestra al honorable pú-
blico de la mano justamente de esos hechos, que el ver-
derón miente cuando canta a un lejano país de la re-
dención.

"Quede siempre en el terreno de los hechos prácticos,
honorabilísimo. La iniciativa irreflexiva no ha llevado to-
davía nunca a buen fin. ¿Cómo están las cosas en la rea-
lidad? Allí donde cesa el bosque hay un campo, tras el
campo una aldea".

Aquí calló el carpintero un momento para aumen-
tar la tensión de sus oyentes, luego, con una mirada
significativa al verderón, continúa su discurso: "En aque-
lla aldea habita Grischka, el cazador de pájaros. Esa es
la primera estación en el camino hacia el país del ensue-
ño. Tras aquella aldea comienza con toda probabilidad
nuevamente un bosque y luego nuevamente un campo,
una aldea, etc., etc. Y como la tierra, según se sabe, es
redonda, si siguiésemos la exhortación del señor verderón
y hubiéramos escapado a todos los peligros que nos ame-
nazan, volveríamos finalmente al lugar en que ahora nos
encontramos. ¿Por qué, pues, ese ruido, señores?"

La encantadora embriaguez se disipó. Se sintió irrita-
ción por haberse dejado seducir y, además, 'por uno co-
mo ese". Luego lanzáronse un par de palabras morda-
ces a la cabeza del verderón y se alejaron precipitada-
mente. El carpintero había vencido, vencido en toda
la línea.

—

¡Oh, esos carpinteros! ¡Esos calculadores discretos,
ingeniosos, que están siempre llenos de sabiduría y
mienten de la manera más desvergonzada cuando dijeron
alguna vez, por descuido, la verdad! Trillan siempre los
mismos y viejos caminos que pisaron para ellos viejas
generaciones, y se burlan de los locos que dirigen su bar-
quichuelo por mares desconocidos a fin de encontrar al
otro lado de los grises desiertos de agua la verde orilla
que les encanta en el sueño.

Y cuando los atrevidos son devorados por la tempes-
tad o su barquito se estrella en escollos pérfidos y sus
ruinas son arrojadas a la vieja playa, entonces el
carpintero ve llegada su hora propicia para razonar. El
ha sabido que tenía que ocurrir eso, pero, al que no quie-

nas, pero que fatalmente ha de desaparecer por error fundamental de su propia inconsistencia y ante la disconformidad o el empuje fatal de las fuerzas del progreso.

Todo lo que ocurre, pese a los platónicos, a los secuaces del pesimismo y a los fatalistas, no supone — aunque las apariencias y los hechos parezcan demostrar otra cosa — que las teorías del Estado se hayan fortalecido, sino todo lo contrario.

Si los Estados del mundo entero hubiesen salido bien librados — tanto como ellos suponían ante el derrumbe de las instituciones socialistas, marxistas y sindicalistas — de la gran contienda, a buen seguro que no habrían recurrido a los procedimientos que, anulando las ñoñeces democráticas, nos han conducido al estado actual de cosas.

Más claro aún: Los Estados, débiles de por sí antes ya de la guerra — y sus concesiones a los pueblos demostraban esta debilidad — han salido más debilitados aún y sobre todo desprestigiados de la horrible prueba.

La idea de una transformación radical de la sociedad tomó cuerpo, como nunca, en el alma colectiva de los pueblos.

Y ante el temor del estallido que la preparación adecuada podía llevar a vías de hecho en plazos muy próximos, los gobiernos no encontraron otra salida para impedir su derrota que el procedimiento medioeval, el sistema antiguo de la imposición por los medios de violencia.

Vemos, pues, que los Estados en su agonía no hacen más — pues que ofender no pueden — sino ponerse a la defensiva con el fin de desviar, retardar o entorpecer ya que no impedir la acción popular en sus ansias radicalmente transformadoras.

Los Estados son hoy más débiles que ayer; la teoría de que los fuertes no precisan de la violencia para mantener sus posiciones, es muy lógica a nuestro juicio. Es, pues, porque no se creen fuertes los Estados, por lo que recurren a la violencia para subsistir lo más posible, aunque sea artificial y aparentemente. Hay Estados que ya viven hoy de modo tan artificial y absurdo — tal como los del Occidente europeo — que necesitan mancomunarse entre sí y aun requerir la ayuda de los más débiles para no hundirse por sí mismos. Son tan raquíticos que bastaría un pequeño empujón para sepultarlos. Pero el empujón no lo da nadie. ¿Por qué?

* * *

La revolución social, la única revolución en que hoy creen los pueblos, después de tantas y tan menguadas revoluciones políticas que de nada sirvieron, como los hechos actuales demuestran, es una revolución que no puede ser limitada a una sola nación ni siquiera a un grupo de naciones. Precisa que el alcance de esa revolución se extienda a todos los continentes o por lo menos a uno de ellos, al más oprimido. De otro modo el esfuerzo sería estrangulado o restaría improductivo e ineficaz.

Se hace necesario por tanto, y urgente, — aprovechando todas las disponibilidades que todavía no han sido destruidas por la actual reacción autoritaria — que los anarquistas del mundo entero formen, por encima de todas las diferencias de apreciación del problema que quieren resolver, una alianza sólida e independiente; que afirmen sus máximas aspiraciones sobre los anhelos liberadores de los pueblos; que estrechen y extiendan su relación de una a otra comarca, de una a otra región, de uno a otro continente; que preparen sin precipitaciones y pulimenten la conciencia de cada pueblo en vistas de un próximo, definitivo y salvador esfuerzo anárquico. Y como en este sentido de las relaciones entre los componentes de la familia anarquista, se habló mucho y se hizo muy poco, ha llegado la hora de entrar de lleno en el terreno de esta acción.

Aparte Congresos y Asambleas, tan costosos y poco eficaces por lo regular, lo más práctico ahora y siempre ha de ser que un organismo, cualquiera, tome a su cuenta con carácter permanente la iniciativa de convertirse en el centro receptor y transmisor de las aspiraciones comunes, realizando los referéndums necesarios, recogiendo y lanzando iniciativas, generalizando la discusión de todos los problemas, acoplando los que teóricamente resuelvan la mayoría a fin de aconsejar y coadyuvar, por el esfuerzo del común acervo, a la realización práctica de todo lo acordado.

Este es el medio más eficaz, en principio, para preparar "el esfuerzo anárquico internacional" que provoque el hundimiento de la reacción autoritaria.

El procedimiento para realizar la *operación*, no creo que pueda señalarse ni hacerse público en un trabajo periodístico. Sería ello demasiado infantil. Bueno será también hacer constar que, para terminar con la reacción autoritaria, se hace preciso acabar igualmente con la autoridad y con el principio de autoridad. Y esto sólo puede ser logrado — téngase en cuenta que la autoridad es de por sí misma reaccionaria — mediante la obra persistente, tenaz, ordenada y extendida a todos los sectores del pueblo, de la propaganda y de la acción anárquica.

El esfuerzo demandado en la escala internacional para dar fin a la reacción autoritaria, no puede ser otro que la revolución social, po rla que, sin método ni programas, el pueblo, estimulado por las instituciones libertarias, haga y deshaga todo cuanto le venga en gana hasta la implantación de regímenes nuevos surgidos del libre acuerdo de los pueblos mismos.

Ahora bien; si los que han puesto a discusión el tema que nos ocupa pretenden solamente determinar los grados de ayuda necesarios y las condiciones requeridas para salvar a los pueblos del extremo occidente europeo, Italia, Portugal, España y a los del centro y norte, Hungría, Polonia, Rusia, etc., de las dictaduras que hoy sufren ello es otra cosa. Pero no creemos que se trate de esto, ya que para conseguir este simple objetivo, se haría necesario movilizar los métodos violentos de todos los pueblos sin distinción de Europa y América. Lo que supondría en realidad el desencadenamiento en ambos continentes de la revolución social. Así, pues, nos mantenemos firmes en el primer punto.

Relación estrecha, propaganda a todos los vientos, profunda y extensa, sin discutir demasiado, en público, la táctica a emplear para provocar el estallido; preparación de la conciencia colectiva con vistas bien determinadas a la transformación completa de todos los estamentos políticos y económicos, hacia la anarquía y el bien.

He aquí a grandes rasgos lo que urge hacer para poner término a la reacción autoritaria, al reinado de la Autoridad. Una conferencia panamericana anarquista y otra europea deberían celebrarse prontamente al efecto de designar en uno y otro continente los dos centros de relación para la obra de la propaganda y la preparación revolucionaria en todos los países. Pero, por el momento, surja en América ese grupo de entre los mil que hay constituídos, que tome a su cargo la iniciación seria y tenaz que lleve a cabo las iniciativas que surjan en continua relación del seno de las agrupaciones libertarias y de las organizaciones obreras que sostengan la tendencia anárquica.

Nuestra opinión está expresada. No diferirá gran cosa de la que otros camaradas expongan. Vayamos, pues, a la realización de nuestros objetivos, antes de que sea demasiado tarde.

re dejarse aconsejar, no se le puede socorrer. El que va al peligro perece en él. ¿Qué tenían que buscar allá afuera, cuando se les dijo tan a menudo que el agua no tiene vigas? Eso ocurre cuando se menosprecia el consejo de gentes experimentadas y se burla uno de todos los hechos prácticos. ¡Cuántas veces se intentó convencerles de la irrealizabilidad de su proyecto!, pero no quisieron que se perturbara su círculo y echaron al viento toda advertencia bien pensada.

Pero cuando un atrevido argonauta, sin embargo, consigue un día llegar con la quilla de su barquito a una lejana costa y abrir a los hermanos del viejo mundo un nuevo dominio de la vida, no por eso los pájaros carpinteros salen de sus casillas. Que allá lejos debía haber tierra, eso lo sabían ellos hacía tiempo y lo dijeron siempre, y si finalmente se descubrió, fué mérito exclusivo suyo, que no se dejan empequeñecer por nadie. Hacer el viaje hasta allá, — eso podía hacerlo cualquiera en último resultado. No se necesitaba más que marchar derechamente hasta dar con las narices en el otro lado.

Vaya un argumento, buen dios; tal o cual navega en alguna dirección — en su mayor parte sin sentido ni razón. Y cuando el azar le arroja una vez a una costa extraña, ¿por qué tanto aspaviento? También un cerdo ciego encuentra alguna vez una bellota.

Por lo demás, con el descubrimiento no está hecho, ni con mucho, todo. Hay que volver a medir la tierra nueva según los modelos acreditados, hay que jalonearla, registrarla y organizarla prácticamente. Hay que hacer de ella algo utilizable. Existe bastante que hacer para las gentes prácticas y experimentadas. Y los pájaros carpinteros no se hacen esperar mucho. Examinan todas las cosas con gesto de importancia, hacen una cantidad de sabias observaciones y lo ordenan todo con fina pulcritud, de manera que hasta en la obscuridad se puede echar mano. Es su mérito si el nuevo mundo se parece tan idénticamente al viejo, como un huevo al otro.

Y cuando la vida entera es nuevamente presionada en determinadas formas y ordenada rigurosamente, de manera que la tierra nueva huele por todos los poros a formas prácticas, se regocijan los pájaros carpinteros y se vanaglorian de sus éxitos. Pero en el corazón del individuo arde nuevamente el viejo anhelo y los incita a ir más allá—hacia los obscuros abismos de nuevas auroras.

¡Oh esos pájaros carpinteros! Se encuentran en todas parte donde un anhelo agoniza, donde son acuñados los ideales en pequeña moneda y donde el impulso ardiente es sofocado en el pantano de la cotidianidad. Y sin embargo su famoso "practicismo" no es más que una mentira y su "experiencia" no es más que un aborto del espírittu. Han repetido siempre la vieja sabiduría de fonógrafos, han organillado siempre de nuevo las mismas muertas fórmulas y aparte de ellas nada aprendieron de la historia y nada olvidaron. Afirman siempre con vanidosa presunción que están en el buen camino y se mueven siempre, sin embargo, como ciegos en el círculo.

Nunca han abierto a los pueblos nuevos senderos del conocimiento; al contrario, su limitación pueril ha roto las alas a todo nuevo anhelo, cayó siempre cobardemente sobre los luchadores e impulsores en cuyos corazones ardía el fuego del entusiasmo y atrancaron toda salida con "principios prácticos".

Siempre que nació una nueva idea en el pueblo, estaron los pájaros carpinteros de inmediato el carro mortuorio y concertaron todos los preparativos para el entierro. Su prudente practicismo y su llamada experiencia no estimularon nunca en lo más mínimo aspiraciones ideales procedentes del pueblo, aunque pretendían servirle; pero les han privado del espíritu viviente, del impulso fogoso y de aquella fe invencible en la victoria de una causa que es la única que puede conquistar el mundo a una idea.

Nunca consiguieron provocar en los pueblos aquel espíritu que madura hechos y obliga a los hombres a romper tras sí los puentes que los unen al pasado. Siempre estuvieron dispuestos a chalanear los ideales por un plato de lentejas y ningún pálido respeto les impidió traicionar por treinta dineros la tierra de promisión.

Su practicismo había consistido hasta aquí en el achatamiento de las ideas, en el estrangulamiento de los grandes anhelos en el seno de las masas, que fueron siempre portadoras de todo verdadero progreso en la historia de la humanidad. Siempre han confundido el contenido con la forma y sacrificaron la calidad a la cantidad. Para obtener "éxitos" efímeros, han manchado todo pensamiento y sentimiento ideales con la baba de su escarnio mezquino; ni siquiera advirtieron que sus supuestos éxitos fueron conquistados a costa de ideas y que las masas fueron apartadas más y más de su finalidad originaria.

Su "practicismo" ha doblegado su espíritu y envejecido su alma. Creyeron edificar, pero no izaron su bandera más que sobre miserables toperas. Se aferraron siempre a las exterioridades, aun a costa de dejar sucumbir por eso el espíritu de una causa. Así se convirtieron pa-

AÑO V

LA PROTESTA

BUENOS AIRES, 23 DE AGOSTO DE 1926

N.° 237

PRECIO: 10 CTS.

SUPLEMENTO SEMA[NAL]

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

PORTE PAGO

Valores y giros a M. TORRENTE

DE CASA

Dediquemos hoy algunas líneas a exponer las labores de esta casa, a comentar la situación del diario y a auscultar las perspectivas de un futuro mejoramiento y ampliación de nuestras publicaciones.

Hemos vivido los últimos años en estado de guerra, podríamos decir; los enemigos de dentro y de fuera nos privaron de un instante de tregua para meditar en otros problemas que los planteados por los conflictos y las luchas contra los provocadores de cismas y los aspirantes a convertir nuestro movimiento en una jerarquía de jefezuelos y una masa amorfa sin derechos ni atribuciones.

Los ataques que nos llevaron fueron conducidos por la más baja deslealtad, unos, por la saña más profunda, otros. Hemos tenido que hacer frente con todas nuestras energías a la sucesión o coalición de adversarios. Y si fuésemos hoy a hacer el balance de estos cinco o seis años de conflictos agudos, veríamos la comprobación de una verdad que podemos enunciar tranquilamente: hemos conservado las características y las tendencias tradicionales de nuestro movimiento contra todos los peligros y adversarios de dentro y de fuera. El patrimonio que hemos recibido de nuestros antecesores, está ahí, y los que nos sucedan no podrán decir que lo hemos deteriorado, que hemos permitido una desviación de sus fines originarios.

Pero tal vez se haya podido formar la idea, en aquellos que no nos conocen, de una inclinación por nuestra parte a las luchas internas; nada más erróneo. Nunca hemos sido los provocadores de un cisma; siempre hemos sido provocados por la deslealtad de los unos, la soberbia de los otros, la malevolencia de los demás. Hoy creemos que la situación ha cambiado, que las posiciones se hallan perfectamente definidas y nos parece que estamos en mejor condición que los camaradas de cualquier otro país para iniciar una labor proselitista sobre bases sólidas, habiendo desalojado de nuestras filas el lastre del amoralismo y la ambición de las jefaturas. Es esa convicción la que nos lleva a encarar ahora con preferencia a cualquier otro los problemas de un ensanchamiento del radio de acción de nuestra propaganda.

Hemos quedado, tal vez, numéricamente más débiles; para muchos decepcionados y cansados de la lucha, los conflictos de los últimos años fueron un pretexto cómodo que les permitió alejarse de nuestras cosas. Allá ellos; otros vendrán a ocupar los puestos vacíos. Frente a nosotros hay un mundo virgen para nuestras ideas y con voluntad, perseverancia y entusiasmo hemos de abrir en esa mole de indiferencia o de hostilidad una brecha a los ideales de subversión. Es la lucha contra la reacción internacional imperante, contra el espíritu negativo de las fuerzas del progreso, la que nos llama, y a esa lucha acudimos con entusiasmo, mientras que a la otra, a la que creemos ventilada para siempre, hemos ido con dolor, con amargura.

Para responder a nuestros propósitos pensamos ampliar a partir del 1.° de septiembre próximo el formato de LA PROTESTA, dándole 6 columnas de texto, enriqueciendo su contenido informativo, su presentación estética y dirigiendo todas nuestras energías a repeler los avances del autoritarismo y del estatismo. En el diario procuraremos reflejar lo más fielmente posible todas las palpitaciones de nuestro movimiento en el país y también del resto del mundo. Será así un arma perfeccionada de lucha, que cumplirá su 30 aniversario, el 13 de junio próximo, con la aureola de una vida fecunda tras sí.

Para cooperar a ese aumento del formato del diario nos vemos forzados a aumentar el precio a 10 centavos. Se sabe lo que pueda. Sólo la indiferencia y la inactividad son infecundas.

que LA PROTESTA no tiene otras fuentes de entradas que las de su venta y la solidaridad de los camaradas interesados en sostenerla. Por lo demás, siendo 10 centavos el precio corriente de los diarios, los lectores, lo mismo que nosotros mismos, no se rehusarán al pequeño sacrificio que se les pide, sabiendo que de esa forma la independencia de nuestras publicaciones, que no es más que una mentira cuando se aceptan los avisos comerciales, será conservada como hasta aquí.

LA PROTESTA ha atravesado su vida azarosa en medio de la solidaridad ardiente de los anarquistas, y así esperamos que será en el porvenir. El diario es como un barómetro del estado del movimiento revolucionario; su prosperidad es simultáneamente la prosperidad de nuestras organizaciones obreras, de nuestra prensa regional y local, de todos los esfuerzos libertarios. Esto no lo han querido entender aquellos individuos que contemplaban el movimiento anarquista de arriba a abajo, encastillados en la torre de marfil de sus pretensiones; tal vez hoy se hayan convencido de que la guerra al diario de los anarquistas es una guerra directa contra todos los esfuerzos libertarios y subversivos, incluso contra los propios.

No necesitamos pedir la opinión de cada amigo de LA PROTESTA para sentir que existe el deseo general de una reiniciación de las actividades proselitistas; hay impaciencia de lucha, deseos de emplear las energías en labores más positivas, más constructivas. LA PROTESTA se hace eco de esas aspiraciones y presentimos que no hemos de tardar en constatar un florecimiento de entusiasmos que harán del movimiento anarquista de la Argentina el más vigoroso del mundo. Y entonces tendremos ante nosotros el panorama de toda la América latina, esperando nuestra ayuda y predispuesta ya por la obra de muchos precursores a recibir la buena semilla de la justicia social.

Para valorizar más el contenido del diario, a partir del 1.° de septiembre comenzaremos también a publicar en folletín el grandioso libro de Rudolf Rocker, *Johann Most, la vida de un rebelde*. Los que deseen acercarse a la esencia de uno de los más grandes agitadores anarquistas y compenetrarse de la historia del movimiento anarquista, leerán esa obra con verdadera fruición.

También advertimos que la transformación del formato del diario irá simultáneamente con un impulso a la Editorial y todo ello preparará el camino a un cambio importante en el SUPLEMENTO mismo, que se convertirá un día en el más alto exponente del pensamiento anarquista internacional.

¡Y ahora, manos a la obra! Siendo necesaria la cooperación de todos los camaradas, que en cada localidad se tomen las medidas del caso para que estos propósitos no se frustren. No hay un solo amigo del diario que no pueda contribuir con su óbolo a la prosperidad de la causa; hay quien puede hacerlo con la pluma; hay quien puede hacerlo con una buena voluntad. Que cada cada cual dé

Sumario de este número

OPTIMISMO



A esto es a lo que en la Argentina llaman un record de aviación

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(Conclusión)

Landauer adopta una posición especial frente a los sindicatos. Rechaza toda su lucha por más altos salarios, fundándose en que lo único que resulta de ella es que los trabajadores tal vez podrán vivir mejor en la actual sociedad del sistema capitalista y del Estado. Rechaza esa lucha como el único medio para llegar al socialismo, pero no la rechaza como único medio auxiliar del proletariado para llegar a una vida en cierto modo soportable. Pero eso no modifica el hecho de que el "proletariado no se socorre sólo mediante la colaboración política en las organizaciones corporativas, sino también por medio de instituciones creadas por su propia solidaridad y con lo que ha sido creado por los capitalistas y el Estado, para hacer más soportable su situación y desviarlo del camino de la revolución".

Landauer no era sindicalista, y eso explica su actitud ante el movimiento obrero. Su crítica a los sindicatos se refiere justamente al reformismo dentro de los mismos, que quiere impedir por su táctica y sus métodos lo que es calificado de inevitable por los marxistas: el derrumbamiento del capitalismo. Sin embargo, Landauer no es un predicador de la lucha proletaria de clase. El principio del capitalismo es el principio del egoísmo en la más elevada potencia. Los trabajadores contribuyen con su política sindical reformista al mantenimiento de ese sistema, y por consiguiente al mantenimiento del principio egoísta. Pero ese principio es justamente el mayor enemigo del socialismo. Partiendo de estas consideraciones, Landauer llega a la convicción que expresa en las siguientes palabras:

"Los obreros se comportan en sus luchas por el salario como deben comportarse, en tanto que participantes de la sociedad capitalista: como egoístas, que luchan terriblemente, y como no pueden hacer nada por sí solos, como egoístas organizados, asociados. Organizados y asociados con compañeros de oficio. Todas esas asociaciones de oficio constituyen juntas la totalidad de los trabajadores en su rol de productores para el mercado de los artículos capitalistas. En ese rol sostienen una lucha, como afirman, contra el empresario capitalista, pero en verdad contra sí mismos en su realidad como consumidores. El trabajador golpea, golpea a través de una sombra transparente y se da a sí mismo".

Así llega Landauer al resultado que hoy se ha vuelto un tópico vulgar: si aumentan los salarios entonces aumentan los precios de los artículos desproporcionadamente más; si se reducen los salarios los precios de los artículos disminuyen desproporcionadamente menos. De ahí que a la larga y en general la lucha del proletariado en su calidad de productor le perjudique en su calidad de consumidor. Hay que confesar que el obrero desposeído no siempre está en situación de percibir sus intereses íntegros de clase. Por eso el proletariado de una industria se ve forzado a menudo a llevar a cabo una lucha que en sus consecuencias debe obrar egoístamente en la totalidad de los trabajadores, pues toda industria se encuentra en minoría frente a todas las otras industrias, y debe defenderse, tomando en consideración el encarecimiento de la vida.

Todo esto es inevitable mientras los trabajadores no comprendan que deben separarse del capitalismo — este es el pensamiento de Landauer. Esa lucha sin fin lleva en último resultado otra vez al capitalismo. Todo lo que acontece en la producción capitalista sirve para entrar más hondamente en el capitalismo, pero no lleva nunca hacia afuera. El camino de Landauer para la abolición del capitalismo consiste en incitar a los trabajadores a que salgan del capitalismo. Eso ocurrirá en parte por la fundación de sociedades de consumo, de modo que los obreros mismos adquieran los productos, sin intermediarios, en parte y principalmente por la agrupación en asociaciones que dedican su producción al empleo propio; es decir, en otras palabras: por la fundación de colonias socialistas, por el comienzo a vivir socialistamente, al margen del capitalismo. Cómo se imagina Landauer ese camino lo veremos más adelante. Ante todo queremos tratar cortamente el punto de vista de Landauer sobre las esperanzas del proletariado de libertarse por otra vía.

Un medio bastante radical y que puede proporcionar a los trabajadores una parte de la ganancia capitalista es la fijación de salarios mínimos y de precios máximos por la legislación estatal y comunal. Ese medio fué empleado por las comunas de la edad media y también — sin emabrgo sin mayor éxito — por la revolución francesa. Dejemos a un lado la política comunal de la edad media, en la que se trataba de condiciones diversas, de una verdadera cultura y una vida colectiva real, y podemos decir: una semejante confiscación de los bienes sería una política revolucionaria de clases que tal vez fuese buena en los enormes períodos de transición; sin embargo, sólo representa, a lo sumo, un trecho de camino hacia el socialismo, pero no el socialismo mismo, pues el socialismo no es una operación de fuerza, sino verdadera salud y saneamiento.

Si se exigiera, no sólo salarios superiores, sino precios inferiores, entonces se acercarían los trabajadores a sus fines: la reducción del beneficio del capitalismo. Pero no llevaría al socialismo, a lo sumo sería una mezcla curiosa de socialismo y de capitalismo; la lucha de los productores es un fenómeno de decadencia del capitalismo. Altos salarios y bajos precios simultáneamente; eso es por completo inarmonizable en la sociedad capitalista, y ésta no podría soportar los efectos de un tal fuerte movimiento de los sindicatos y del movimiento cooperativo paralelo. Un curso forzoso del dinero como eso — pues no otra cosa sería — despertaría una poderosa lucha y sería el comienzo de la bancarrota del Estado y de la ruina de la sociedad capitalista.

"Con altos salarios y bajos precios se hace imposible la vida de la sociedad capitalista... La dificultad para procurarse dinero, la suspensión de las crisis crónicas y la circulación perezosa en el período de revolución, llevaría a una catástrofe", dice Landauer, y tenía razón. Los acontecimientos revolucionarios en Rusia, Alemania y Hungría lo demostraron. Por consiguiente, propone la táctica que ha propagado Proudhon tan magníficamente en el 48, pero sin resultados: ¡bajos precios, bajos salarios! Landauer quiso aplicar eso en la revolución bávara; lo propagó; pero el doctor Neurath, el emisario de economía de la república bávara de los consejos, perseguía otros planes. Todos esos planes del período de los consejos bávaros no pudieron tener resultados, porque pronto llegaron los bandidos noskistas, vencieron la revolución y Landauer cayó entre las víctimas.

Landauer es contrario a que los trabajadores unan simultáneamente la exigencia de disminución de la jornada con el aumento del salario por hora.

Bajo el sistema capitalista los trabajadores no pueden soportar que determine otro principio que su necesidad, su renta. Simultáneamente que por la disminución de la jornada deben luchar los trabajadores contra el trabajo a destajo y el salario por horas. Pues la disminución de la jornada no debe reducir sus entradas ni imponerles una labor en exceso intensiva. Por tanto, Landauer afirma que los obreros, en particular en ciertos oficios e industrias, como por ejemplo en la construcción, no debían exigir un salario por hora, sino por día. Al conservar el salario por hora los obreros están forzados, en toda lucha por la reducción de la jornada, a exigir también un aumento del salario por hora, y a menudo tal lucha termina con un compromiso: obtienen una cosa y deben renunciar a la otra; es decir, disminuyen simultáneamente, por ejemplo, su jornada y su renta. En consecuencia, Landauer es de opinión que los obreros no deben luchar bajo la sociedad capitalista por un salario a destajo o por horas, sino por un salario por día. Si los obreros tuviesen un salario por día, no se dejarían quitar tan fácilmente su renta por la reducción de la jornada. Su solución sería: ¡Salario por día! Especialmente, porque todo el que tiene oídos para la voz de la cultura hallaría aquí con meridiana claridad que los obreros no son hombres libres que entran en el mercado de la vida, para cambiar sus productos, sino esclavos que dependen de sus amos para el mantenimiento de su vida.

La lucha de los trabajadores para una existencia mejor en las condiciones actuales es seguramente necesaria. Pero no lleva al socialismo, sino a la fortificación del sistema actual. Con ella se ocupan lo sobreros, lo mismo que los capitalistas, industriales, comerciantes y funcionarios del Estado, interesados en el mantenimiento del capitalismo,— de la prosecución del sistema capitalista. Todos los hombres están comprometidos en la explotación recíproca, cada cual debe defender sus intereses particulares y perjudicar a la generalidad.

El que comprende eso, dice Landauer, debe comprender al mismo tiempo el derrumbe del marxismo. El marxismo creía saber que el socialismo es preparado por las instituciones y el proceso de destrucción de la sociedad burguesa. Y la lucha de las masas de proletarios, siempre crecientes y siempre decididas, siempre capaces de acciones revolucionarias, era un acto previo, necesario, de la historia para la realización del socialismo. Pero en realidad la lucha de los trabajadores, en tanto que productores no es más que un movimiento circular del capitalismo. No se puede decir que esa lucha llevó o lleva a un mejoramiento de la situación de la clase obrera; sólo una cosa es cierta, que habitúa a los trabajadores a la situación general de la sociedad actual.

"El marxismo es uno de los factores, y no de los menos esenciales, que sostienen el esatdo de cosas capitalista, lo fortifican y lo hacen más pernicioso por sus efectos sobre el espíritu de los pueblos. Los pueblos, la burguesía, lo mismo que la clase obrera, se identifican más y más con las condiciones de la adquisición brutal del dinero; la claridad, la rebelión y la alegría renovadora se reducen más y más en especial en las clases que sufren bajo condiciones míseras, que viven a menudo en la penuria y en la privación, y siempre en la pobreza. El capitalismo no es un período de progreso, sino de ruina.

El socialismo no viene por el camino del desenvolvimiento capitalista, ni por la lucha de los obreros como productores dentro del capitalismo.

La crítica de Landauer a la lucha del proletariado como productor aparece en primer momento característica; pero al profundizarla se encuentra con una amarga verdad. Mientras los obreros luchen dentro de la sociedad capitalista por condiciones mejores, más soportables, y sólo por ellas, el pensamiento de Landauer es acertado. Pero cuando los trabajadores utilizan su poder de productores para organizar, de acuerdo con la doctrina sindical, por su organización de productores, la economía socialista, entonces la cosa aparece bajo otra luz. Landauer responde: ¡Sí, si os organizáriais para el socialismo, si quisieseis solamente comenzar! Pero no podéis bajo el capitalismo. El socialismo comienza con el consumo. Los obreros son explotados, porque no pueden consumir por sí mismos todo lo que producen. La falta está innegablemente en el consumo. Emplead por vostros mismos vuestros productos que ejecutáis como productores, entonces tenéis el socialismo. Pues eso y nada más tiene por finalidad la economía socialista: que los trabajadores y el pueblo pongan su trabajo al servicio de sí mismos. Si una parte de los trabajadores forma cooperativas de consumo y producen por sí lo que consumen, entonces han puesto su trabajo al servicio de sus propias necesidades.

Pero hay que tener presente otro aspecto de las cosas. Por la lucha de clases los obreros son forzados al mismo punto de vista egoísta en que están los capitalistas. El capitalismo no es una institución petrificada, inmóvil, eternamente firme, sino que consiste precisamente en que los seres humanos sean egoístas. Consiste en la aspiración egoísta. El socialismo sólo puede convertirse en realidad cuando los hombres superen ese punto de vista. Si los trabajadores son forzados a colocarse en su lucha por el socialismo en el mismo estadio moral que el que quieren superar, entonces hay pocas perspectivas de que lleguen alguna vez a su meta.

No debemos perder nunca del horizonte que el socialismo no es una institución externa que nos hará felices, que nos redimirá del mal del capitalismo, del Estado moderno, de la guerra. El socialismo es la vida, una nueva vida, que debe surgir del interior de nosotros mismos si debe llegar alguna vez a ser realidad externa. Por eso no podemos tampoco llegar al socialismo por la dictadura del proletariado como creen muchos. Si en Rusia se entrevé, en parte, semiavergonzada bajo el sistema de la dictadura del proletariado, una vida socialista, esa vida no apareció a causa de la dictadura del proletariado, sino a pesar de ella. Y eso fué así, porque el pueblo laborioso, los campesinos y los obreros (los obreros que hace muy poco tiempo eran también campesinos), antes de la invasión del capitalismo moderno llevaban una vida comunista en sus organizaciones comunales independientes. Los marxistas se pueden equivocar, eso no cambia nada en la exactitud de esa frase que Rusia, que verdaderamente, según la doctrina del marxismo, no había llegado aún a su última fase de la evolución capitalista, está más cerca del socialismo que los demás países europeos. Fué principalmente Alejandro Herzen el que estuvo penetrado por la creencia de que el pueblo ruso, aun no carcomido por el capitalismo europeo, era mucho más accesible al comunismo que ningún otro pueblo. Pero según la doctrina marxista, la vida, las tradiciones de un pueblo no tienen la más insignificante importancia para el socialismo; todo procede de la evolución de la época capitalista. Según esta doctrina, el socialismo sólo puede venir cuando han sido recorridas todas las fases del capitalismo. El anarquismo rechaza esa parte de las doctrinas marxistas fundamentalmente, y es más bien de opinión que no depende tanto de los estadios del desenvolvimiento del capitalismo como en primer línea de las posibilidades y del espíritu de que está animado el pueblo. Si falta el espíritu de la solidaridad, aquel lazo común del sentimiento de la conexión, del cual surgen sin autoridad alguna los actos socialistas, la dictadura del proletariado no puede hacer lo más mínimo para la realización del socialismo.

Cuando se rechaza desde ese punto de vista la dictadura del proletariado, no se hace porque esa dictadura ejercería la violencia contra los enemigos de la liberación del pueblo. Para los marxistas y partidarios de la dictadura lo más importante es quién ejercerá el poder y la dominación; si son representantes de los trabajadores entonces justifican esa violencia. Por el planteamiento de la dictadura del proletariado todo el asunto de la realización del socialismo es postergado. No se trata de quién ejercerá la dictadura o la dominación, sino de si aquellos que quieren introducir el socialismo viven también socialistamente. Y aquí debe ser recordado: El socialismo no es una institución externa, por la que seremos dichosos; el socialismo es una nueva vida que debe vivirse, que debe aprenderse a vivir. Después de haber vivido los seres humanos a través de muchos siglos bajo las instituciones egoístas, sólo pueden vivir en socialismo aquellos que lo aman seriamente, los que se entregan con todo su ser a la realización y que o bien han permanecido indemnes del principio del capitalismo y del egoísmo, o bien se han libertado de esos venenos por una intensiva lucha. Hemos visto lo que sucedió en Hungría y emos aún lo que sucede cuando la corrupción invade el campo del movimiento obrero socialista. Y así se puede comprender a Landauer cuando dice que por una lucha, para la cual se coloca uno en el mismo estado que los capitalistas, no se puede llegar al socialismo.

E. L. ARANGO

PARTIDOS Y SINDICATOS

Estatismo, democracia y lucha de clases

El problema de la independencia sindical se ha discutido muchas veces y de particular modo en los últimos años. En realidad, el movimiento obrero no es libre... en la medida que lo quisieran los sindicalistas neutros. Está subordinado a influencias políticas y doctrinarias contradictorias, porque precisamente él mismo nació de una manifiesta contradicción histórica: la que representa el orden social vigente, de libertad jurídica y de completa esclavitud económica.

Antes de la guerra los sindicatos reformistas dependían exclusivamente de la influencia y de la dirección de los partidos social-demócratas. Existía un movimiento obrero independiente — en relación, claro está, con las organizaciones centrales, en cierto modo reconocidas por la burguesía y los gobiernos — a su vez sujeto a diversas corrientes ideológicas y en cierto modo dependiente del temperamento y la idiosincrasia de cada pueblo. De ahí que en los países latinos el sindicalismo asumiera características revolucionarias, mientras que en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, por una total adaptación de los trabajadores al medio industrial y por la prevalencia de la doctrina marxista, llegara a identificarse con la propaganda y los métodos de los partidos socialistas parlamentarios.

La independencia absoluta de los sindicatos, en relación con los partidos o los grupos ideológicos, nunca ha existido ni podrá existir. Alimentan esa ilusión los sindicalistas neutros — que se llaman puros por oposición a todo embanderamiento —, pero ellos mismos obran como partidarios de una tendencia y aplican al movimiento obrero un criterio que excluye el de reales o supuestos adversarios. La función económica del sindicato está regida por el factor social, y en ese factor intervienen contingencias ajenas a la voluntad de los trabajadores. En consecuencia, no basta con asociar a los obreros para la lucha contra el capitalismo: el frente de batalla abarca también los problemas políticos y, para resolverlos, es necesario tener en cuenta la existencia del Estado.

Cuando los políticos marxistas hablan de la independencia sindical, formulan su propósito de subordinar los sindicatos a su dirección partidista. No ignoran la existencia del Estado, porque se ignorarían a sí mismos. Del mismo modo que consideran que el triunfo de su causa está en la conquista del poder político, entienden que para llegar a monopolizar el poder económico deben contar con el previo sometimiento de los trabajadores. Y, claro está, los organizan por el sistema militar, disfrazado con fórmulas civiles, y les imponen una férrea disciplina enmascarada con las palabras de orden de la democracia.

Frente a la competencia bolcheviqui, que disputa a los viejos partidos reformistas la dirección del proletariado, los jefes de la Internacional de Amsterdam invocan la independencia de los sindicatos. Esa independencia es un mito en las corporaciones social-demócratas. La disciplina militar impuesta por los comités directivos y por la burocracia sindical, anula toda oposición independiente y ahoga todo movimiento de ideas que difiera con el criterio oficial de los jerarcas sindicalistas. Pero si una parte del proletariado sacude la tutela de esa casta de nuevos privilegiados, los que perdieron la dirección acusan de dictadores a los que la tomaron a sus expensas.

En esa única realidad se basa la actual disputa entre los social-reformistas y los bolcheviquis. Moscú entabló una competencia ruinosa a Amsterdam en el terreno de la burocracia sindical. Gracias a la influencia de la revolución rusa, el sector "comunista", que invocaba su carácter de vanguardia del proletariado, consiguió en la primera hora desalojar de sus posiciones a una gran parte de los jefes reformistas. Y surgió el viejo pleito de la prevalencia del partido sobre el sindicato, que negaban todos los políticos, pero que en realidad existía bajo las nuevas condiciones sociales en la misma medida que existió en el largo período de la evolución del marxismo al plano parlamentario y ministerial.

Refiriéndose a Rusia, que es donde el sindicalismo de Estado ofrece aspectos más concretos y demostraciones más amplias de la tendencia del marxismo a dominar a los trabajadores organizados, los jefes de la Internacional de Amsterdam hablan de la existencia de un movimiento opositor que reclama la independencia de los sindicatos. No puede existir un movimiento *particular*, al menos sindical, en un régimen de dictadura como el bolcheviqui. Pero los socialistas hablan de la introducción del sistema democrático en Rusia, que les facilitaría el juego político en el plano nacional, y esa práctica debe comenzar naturalmente por los sindicatos.

Refiriéndose, pues, a ese deseo de intervención en la política rusa, cerrada hasta ahora por el exclusivismo bolcheviqui, dicen los burócratas de la Internacional de Amsterdam que en Rusia se acentúa cada vez más la tendencia a *libertar los sindicatos de su subordinación actual a la dominación comunista del Estado y a desprenderse de su incorporación al sistema económico ruso*. Y suponen que ese movimiento *que aperciben*, tiende a *constituir una representación verdadera de la clase obrera en contra del poder de Estado y de las administraciones oficiales*.

Es de una falsedad evidente la fórmula que aplican los social-demócratas al pretendido movimiento de independencia de los sindicatos obreros rusos. La concepción estatista del sindicalismo, la subordinación de las organizaciones obreras a una razón de Estado — política y económica — no es patrimonio exclusivo de los bolcheviquis: constituye la esencia de las teorías marxistas. En consecuencia, sólo puede existir un problema de dirección en el movimiento obrero ruso, máxime cuando la actual controversia surge de la burocracia sindical y la encabeza el mismo Tomsky, presidente de la Confederación General del Trabajo rusa y comunista de primera fila.

Al hacer referencia a la oposición obrera encabezada por Tomsky, el informe de la Internacional de Amsterdam, que aquí comentamos, dice lo siguiente:

"En los congresos de diferentes profesiones se ha oído también el mismo eco. Así se ve que en el congreso de los Obreros del Textil, que se ha celebrado en mayo, la ejecutiva de la Federación fué acusada de no haber sido capaz de atraer el obrero a su sindicato y que no defendía de un modo bastante decidido los intereses de los miembros. Tanto la ejecutiva federal como los comités sindicales locales parece que han cometido la falta grave de olvidar que su deber principal era la defensa de las reivindicaciones del trabajador organizado. Al declarar la dirección de la Federación que el aumento de los salarios era en verdad necesario, pero que no era posible por causa de la situación difícil en que se encuentra la industria, ha puesto en dificultades a los sindicatos locales y enervado a los trabajadores sin ninguna utilidad. Se dice que existe una crisis de confianza entre los trabajadores y que a menudo llega a tomar la forma de una ruptura entre los asociados y su organización. También parece que los dirigentes de la Federación tienen inclinación demasiado pronunciada a ir al encuentro de los deseos de los directores de empresas y a constituir con éstas un "frente único" en detrimento de los obreros.

"Quejas semejantes se han dejado oir en el congreso de los obreros que se celebró también en mayo. El principio de la democracia sindical no se aplica íntegralmente en todos los lugares; y sucede a menudo que los funcionarios sindicales, una vez elegidos, pierden el contacto con sus mandantes y descuidan hacer informes sobre la ejecución de las resoluciones tomadas por reuniones anteriores. La democracia sindical se convierte con frecuencia en una burocracia sindical y la dirección de la Federación ejerce, no pocas veces, presión sobre los sindicatos locales para que elijan personas de su conveniencia. Ha sucedido repetidas veces que se ha quitado la palabra a obreros que trataban de criticar la actividad del sindicato".

Los burócratas de Amsterdam descubren los vicios y corruptelas de la burocracia moscovita. Pero ¿no están ellos en el mismo caso?

El sindicalismo estatista es una consecuencia de la concepción político-económica del marxismo. La independencia de los sindicatos es una fórmula vacía: un recurso político para asegurar la dominación de un partido de *avanzada* sobre la masa trabajadora. En consecuencia, sólo por la autocapacitación del proletariado podremos llegar a la meta anhelada: la revolución social, sin Estado, sin directores políticos o sindicales, sin dictadura y sin jerarquía.

EMMA GOLDMAN

LA HIPOCRESIA DEL PURITANISMO

Hablando del puritanismo respecto al arte, Mr. Gutzon Borglum ha dicho:

"El Puritanismo nos ha hecho tan estrechos de mente y de tal modo hipócritas y ello por tan largo tiempo, que la sinceridad, así como la aceptación de los impulsos más naturales en nosotros han sido completamente desterrados, con el consecuente resultado que ya no pudo haber verdad alguna, ni en los individuos ni en el arte".

Mr. Borglum pudo añadir que el Puritanismo hizo también imposible e intolerable la vida misma. Esta, más que el arte, más que la Estética, representa la belleza en sus miles cambiantes y variaciones; es, en realidad, un gigantesco panorama en mudanza continua. Y el Puritanismo al contrario, fijó una concepción de vida inamovible; se basa en la idea calvinista, por la cual la existencia es una maldición que se nos impuso por mandato de Dios. Con la finalidad de redimirse, la criatura humana ha de penar constantemente, deberá repudiar todo lo que le es natural, todo sano impulso, volviéndole la espalda a la belleza y a la alegría.

El Puritanismo inauguró su reinado de terror en Inglaterra durante los siglos XVII y XVIII, destruyendo y persiguiendo toda manifestación de arte y cultura. Ha sido el espíritu del Puritanismo el que le robó a Shelley sus hijos porque no quiso inclinarse ante los dictados de la religión. Fué la misma estrechez espiritual que enemistó a Byron con su tierra natal, porque el genio supo rebelarse contra la monotonía, la vulgaridad y la pequeñez de su país. Ha sido también el Puritanismo el que forzó a algunas mujeres libres de Inglaterra a incurrir en la mentira convencional del matrimonio: Mary Wollstonecraft, luego George Elliot. Y más recientemente también exigió otra víctima: Oscar Wilde. En efecto, el Puritanismo no cesó nunca de ser el factor más pernicioso en los dominios de John Bull, actuando como censor en las expresiones artísticas de su pueblo, estampando su consentimiento solamente cuando se trataba de la respetable vulgaridad de la mediocracia.

Y es por eso que el depurado británico *jingoismo* (o sea la belicosidad puritana), ha señalado a Norte América como uno de los países donde se refugió el *provincialismo* puritano. Es una gran verdad que nuestra vida ha sido infectada por el puritanismo, el cual está matando todo lo que es natural y sano en nuestros impulsos. Pero también es verdad que a Inglaterra debemos el haber transplantado a nuestro suelo esa aborrecible doctrina espiritual. Nos fué legada por nuestros abuelos, los peregrinos de Mayflower. Huyendo de la persecución y de la opresión, la fama de los padres peregrinos hizo que se estableciera en el Nuevo Mundo el reinado puritano de la tiranía y el crimen. La historia de Nueva Inglaterra y especialmente de Massachussetts, está llena de horrores que convirtieron la vida en tinieblas, la alegría en desesperación, lo natural en morbosa enfermedad, y la honestidad y la verdad en odiosas mentiras e hipocresías. Emplumar vivas las víctimas con alquitrán, así como condenarlas al escarnio público de los azotes, como otras tantas formas de torturas y suplicios, fueron los métodos ingleses puestos en práctica para purificar a Norte América.

Boston, ahora una ciudad culta, ha pasado a la historia de los anales del puritanismo, como *La Ciudad Sangrienta*. Rivalizó con Salem, en su cruel persecución a las opiniones heréticas religiosas. Una mujer medio desnuda, con su bebé en brazos, fué azotada en público por el supuesto delito de abusar de la libertad de palabra; en el mismo lugar se ahorcó a una mujer cuáquera, Mary Dyer, en el año 1657. En efecto, Boston ha sido teatro de muchos crímenes horribles cometidos por el Puritanismo. Salem, en el verano de 1692, mató ochenta personas acusadas del imaginario delito de brujería. Como bien dijo Canning: *Los peregrinos del Mayflower infectaron el Nuevo Mundo para enderezar los entuertos del Viejo*". Los actos vandálicos y los horrores de ese período hallaron su suprema expresión en uno de los clásicos norteamericanos: "The Scarlet Letter".

El Puritanismo ya no emplea el torniquete y la mordaza, pero sigue manteniendo una influencia cada vez más deletérea, perniciosa, en la mentalidad norteamericana. Ninguna palabra podrá explicar, por ejemplo, el poder omnímodo de Comstock. Lo mismo que Torquemada de los días sombríos de la inquisición, Comstock es el autócrata de nuestra moral o morales; dicta los cánones de lo bueno y de lo malo, de la pureza y del vicio. Como un ladrón en la noche, se desliza en la vida privada de las personas, espiando sus intimidades más recatadas. El sistema de espionaje implantado por este hombre supera en desvergüenza a la infame Tercera división de la policía secreta rusa. ¿Cómo puede tolerar la opinión pública semejante ultraje a sus libertades públicas y privadas? Simplemente porque Comstock es la grosera expresión del puritanismo que se injertó en la sangre anglosajona, y aun los más avanzados liberales no han podido emanciparse de esta triste herencia esclavizadora. Los cortos de entendimiento y las principales figuras de *Young Men's and Women's Christian Temperance Uniones*, *Purity Ligue*, *American Sabbath Unions*, y el *Prohibition Party*, con su patrono y santón Anthony Comstock, son los sepultureros del arte y de la cultura norteamericana.

Europa por lo menos puede jactarse de poseer cierta valentía en sus movimientos literarios y artísticos, los que en sus múltiples manifestaciones trataron de ahondar los problemas sociales y sexuales de nuestro tiempo, ejerciendo una severa crítica acerca de todas nuestras indudables fallas. Con el bisturí del cirujano ha disecado la carcasa del Purita-

nismo, intentando despejar el camino para que los hombres, descargados del peso muerto del pasado, puedan marchar un poco más libremente. Mas aquí el puritanismo es un constante freno, una insistente traba que desvía, deforma la vida norteamericana, en la cual no puede germinar la verdad, ni la sinceridad. Nada más que sordidez y mediocridad dicta la humana conducta, coartando la naturalidad de las expresiones, sofocando nuestros más nobles y bellos impulsos. El Puritanismo del siglo XX sigue siendo el peor enemigo de la libertad y de la belleza, como cuando por primera vez desembarcó en Plimouth Rock. Repudia como algo vil y pecaminoso nuestros más profundos sentimientos; pero siendo él sordo y ciego a las armoniosas funciones de las emociones humanas, es el creador de los vicios más inexplicables y sádicos.

La historia entera del ascetismo religioso prueba esta verdad irrebatible. La Iglesia, así como la doctrina puritana, ha combatido la carne como un mal, y la quiso domeñar a toda costa. El resultado de esta malsana actitud ha ya compenetrado la mentalidad de los pensadores y educacionistas modernos, quienes han reaccionado contra ella. Han comprendido que "la desnudez humana posee un valor incomparable, tanto físico como espiritual; aleja con su influencia la natural curiosidad maliciosa de los jóvenes y actúa sobre ellos como un preventivo contra el sensualismo y las emociones mórbidas. Es también una inspiración para los adultos, quienes crecieron sin satisfacer esa juvenil curiosidad. Además, la visión de la esencia de la eterna forma humana, lo que hay de más cerca a nosotros en el mundo, con su vigor, su belleza y gracia es uno de los más portentosos tónicos de esta vida, (*The psicology of sex*). Pero el espíritu del puritanismo ha pervertido de tal manera la imaginación de la gente, que ella ha perdido ya su frescura de sentimientos para apreciar la belleza del desnudo, obligándonos a ocultarlo con el pretexto de la castidad. Y todavía la castidad misma no es más que una imposición artificial a la naturaleza, evidenciando una falsa vergüenza cuando hemos de exhibir la desnudez de la forma humana. La idea moderna de la castidad, en especial respecto a las mujeres, no es más que la sensual exageración de las pasiones naturales. "La castidad varía según la cantidad de ropa que se lleva encima", y de ahí que un purista cristiano procura cubrir el *fuego interior*, su paganismo, con muchos trapos, y en seguida se ha de convertir en puro y casto.

El puritanismo, con su visión pervertida tocante a las funciones del cuerpo humano, particularmente a la mujer la condenó a la soltería, o a la procreación sin discernir si produce razas enfermas o taradas, o a la prostitución. La enormidad de este crimen de lesa humanidad aparece a la vista cuando se toma en cuenta los resultados. A la mujer célibe se le impone una absoluta continencia sexual, so pena de pasar por inmoral, o fallida en su honor para toda su existencia; con las inevitables consecuencias de la neurastenia, impotencia y abulia y una gran variedad de trastornos nerviosos que significarán desgano para el trabajo, desvíos ante las alegrías de la vida, constante preocupación de deseos sexuales, insomnios y pesadillas. El arbitrario, nocivo precepto de una total abstinencia sexual por parte de la mujer, explica también la desigualdad mental de ambos sexos. Es lo que cree Freud, que la inferioridad intelectual de la mujer o de muchas mujeres respecto al hombre, se debe a la coacción que se ejerce sobre su pensamiento para reprimir sus manifestaciones sexuales. El puritanismo, habiendo suprimido los naturales deseos sexuales en la soltera, bendice a su hermana la casada con una prolífica fecundidad. En verdad, no sólo la bendice, sino que la obliga, frágil y delicada por la anterior continencia a tener familia sin consideración a su debilidad física o a sus precarias condiciones económicas para sostener muchos hijos. Los métodos preventivos para regular la fecundidad femenina, aun los más seguros y científicos, son absolutamente prohibidos; y aun la sola mención de ellos podrá atraer a quien los enuncie el calificativo de criminal.

Gracias a este tiránico principio del Puritanismo, la mayoría de las mujeres se hallan en el extremo límite de sus fuerzas físicas. Enfermas, agotadas, se encuentran completamente inhabilitadas para proporcionar el más elemental cuidado a sus hijos. Añadido esto a la tirantez económica, impele a una infinidad de mujeres a correr cualquier riesgo antes que seguir dando a luz. La costumbre de provocar los abortos ha alcanzado tan grandes proporciones en Norte América, que es algo increíble. Según las investigaciones realizadas en este sentido, se producen diez y siete abortos cada cien preñeces. Este alarmante porcentaje comprende sólo lo que llega al conocimiento de los facultativos. Sabiendo con el secreto que debe desenvolverse necesariamente esta actividad y con el fatal corolario de la inexperiencia profesional con que se llevan a cabo estas operaciones clandestinas, el Puritanismo sigue segando miles de víctimas por causa de su estupidez e hipocresía.

La prostitución, no obstante se le dé caza, se la encarcele y se la cargue de cadenas, es a pesar de todo un producto natural y un gran triunfo del Puritanismo. Es uno de los niños más mimados de la bigotería devota. La prostituta es la furia de este siglo que pasa por los países *civilizados* como huracán que siembra por doquier enfermedades asquerosas en devastación mortífera. El único remedio que el Puritanismo ofrece para este su hijo malcriado es una intensa represión y una más despiadada persecución. El último desmán sobre este asunto ha sido la Ley Page, que impuso al Estado de Nueva York el último crimen de Europa, es decir, la libreta de identidad para estas infortunadas víctimas del Puritanismo. De igual manera busca la ocultación del terrible morbo — su propia creación — las enfermedades venéreas. Lo más desalentador de todo ésto, fué la obtusa estrechez de este espíritu que llegó a emponzoñar a los llamados liberales, cegándoles para que se uniesen a la cruzada contra esta cosa nacida de la hipocresía del puritanismo — la prostitución y sus resultados. En su cobarde miopía se rehusa ver cuál es el verdadero método de prevención, el que puede consistir en esta simple declaración: "Las enfermedades venéreas no son cosas misteriosas, ni terribles, ni son tampoco el castigo contra la carne pecadora, ni una especie de vergonzoso mal blandido por la maldición puritana sino una enfermedad como otra que puede ser tratada y curada". Por este régimen de subterfugios, de disimulo, el Puritanismo ha favorecido las condiciones para el aumento y el desarrollo de estas enfermedades. Su mojigatería se ha puesto al desnudo más que nunca debido a su insensata actitud respecto al descubrimiento del profesor Ehrlich, y cuya indecible hipocresía intenta echar una suerte de velo sobre la importante cura de la sífilis, con la vaga alusión de que es un remedio para "cierto veneno".

Su ilimitada capacidad para hacer el mal tiene por causa su atrincheramiento tras del Estado y las leyes. Pretendiendo salvaguardar a la gente de los grandes pecados de la *inmoralidad*, se ha infiltrado en la maquinaria del gobierno, y añadió a su usupación del puesto de guardián de la moralidad, que le correspondía a la censura legal, la fiscalización de nuestros sentimientos y aún de nuestra propia conducta privada.

El Arte, la Literatura, el Teatro y la intimidad de la correspondencia privada se hallan a merced de este tirano. Anthony Comstock u otro policía igualmente ignorante, retiene el poder de profanar el genio, de pisotear y mutilar las sublimes creaciones de la naturaleza humana. Los libros que tratan e intentar dilucidar las cuestiones más vitales de nuestra existencia, los que procuran iluminar con su verbo los oscuros y peligrosos problemas del vivir contemporáneo, son tratados como tantos delitos cometidos; y sus infortunados autores arrojados a la cárcel, o sumidos en la desesperación y la muerte.

Ni en los dominios del zar se ultraja tan frecuentemente y con tal extensión las libertades personales como en los Estados Unidos — la fortaleza de los eunucos puritanos. Aquí el solo día de fiesta, de expansión, de recreo, el sábado se ha hecho odioso y completamente antipático. Todos los autores que escribieron sobre las costumbres primitivas han convenido que el Sábado fué el día de las festividades libre de enojosos deberes, un día de regocijo y de alegría general.

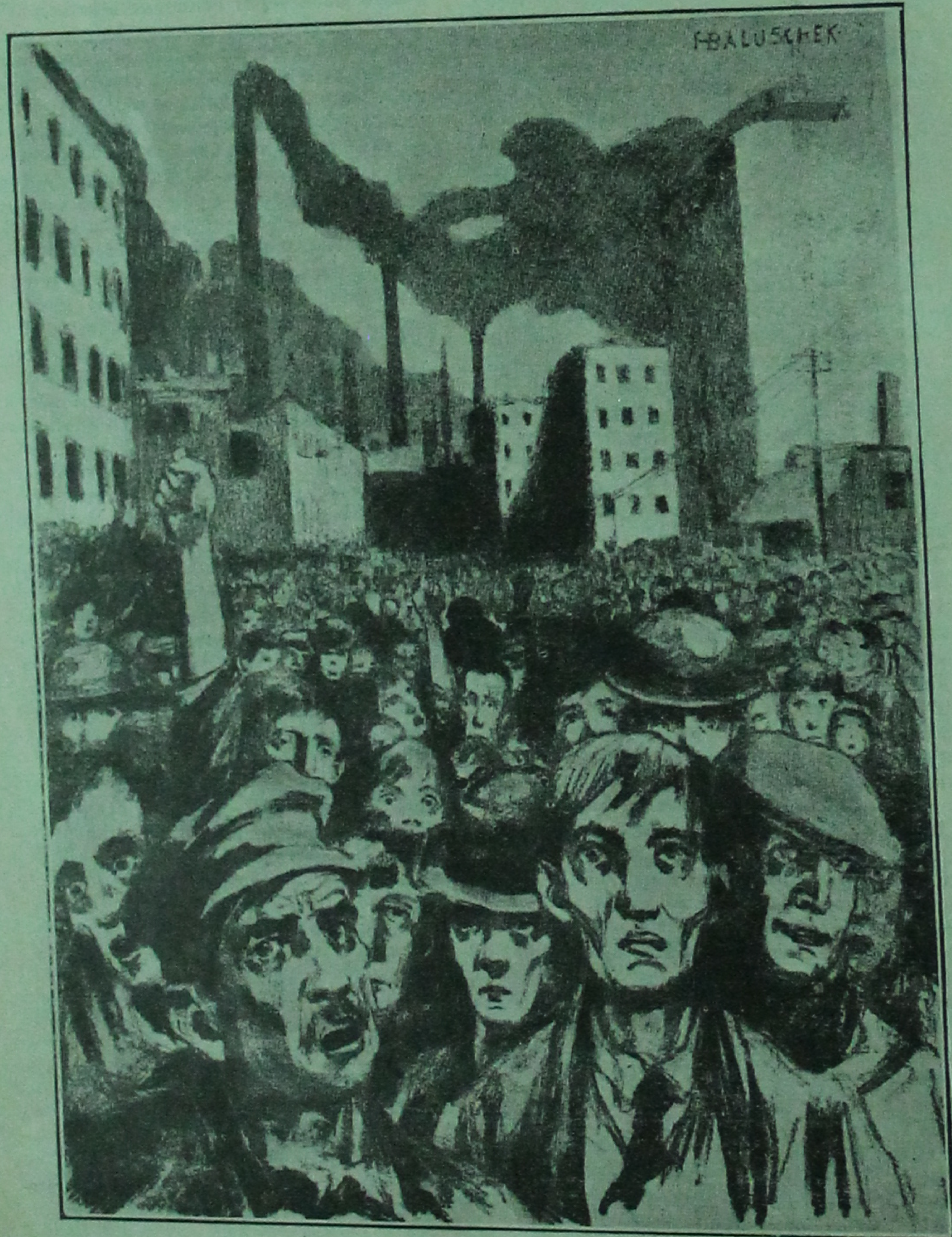


¡No los olvidemos!

En todo los países de Europa esta tradición sigue aportando algún alivio a la gente, contra la formidable monotonía y la estupidez de la era cristiana. En las grandes ciudades, en todas partes, las salas de conciertos y de variedades, teatros, museos, jardines, se llenan de hombres, de mujeres y de niños, especialmente de trabajadores con sus familias rebosantes de alegría y de nueva vida, olvidados de la rutina y de las preocupaciones de los otros días ordinarios. Y es que en ese día las masas demuestran lo que realmente significa la vida en una sociedad sana, que por el trabajo esclavo y sus sórdidas miras utilitarias, echa a perder todo propósito ennoblecedor.

Y el Puritanismo norteamericano le robó a su pueblo, asimismo, ese único día de libre expansión. Naturalmente que los únicos afectados son los trabajadores; nuestros millonarios poseen sus palacios y los suntuosos clubs. Es el pobre el que se halla condenado a la monotonía aburridora del sábado norteamericano. La sociabilidad europea, que se expande alegremente al aire libre, se trueca aquí por la penumbra de la iglesia o de la nauseabunda e inficionada atmósfera de la cantina de campaña, o por el embrutecedor ambiente de los despachos de bebidas. En los Estados donde se hallan en vigencia las leyes prohibitivas el pueblo adquiere con sus magras ganancias licores adulterados y se embriaga en su casa. Como todos bien saben, la ley de Prohibición de los alcoholes no es más que una farsa. Esta, como otras empresas e iniciativas del Puritanismo, trata solamente de hacer más virulenta la perversión, el mal, en la criatura humana. En ningún sitio se encuentran tantos borrachos como en las ciudades donde rige el régimen prohibitivo. Pero mientras se pueda usar siempre caramelos perfumados para despistar el tufo alcohólico de la hipocresía todo irá bien. Si el propósito ostensible de esa ley prohibitiva es oponerse al expendio de los licores por razones de salud y economía, su espíritu siendo anormal, no hace más que dar resultados anormales, creando una vida de anormalidad y de aberración.

Todo estímulo que excita ligeramente la imaginación e intensifica las funciones del espíritu, es necesario, como el aire para el organismo humano. A veces vigoriza el cuerpo y agranda nuestra visión sobre la fraterna cordialidad universal de los seres humanos. Por otra parte, sin los estimulantes de una forma o de otra, es imposible la labor creadora, ni tampoco ese tolerante sentido de la bondad y generosidad. El hecho de que algunos hombres de genio hallaron su inspiración en el cáliz de cualquier excitante y abusaron también de ellos, no justifica que el Puritanismo intente amordazar toda la gama de las emociones humanas. Un



El nervio de la gran ciudad



Un tomo en rústica, $ 1.20

Edición especial, papel pluma 2.00

" " " *encuadernado en tela* .. 3.50

Byron y un Poe activaron de tal modo las fibras más nobles de la Humanidad, que ningún puritano llegará, ni cerca, a realizar ese milagro. Este último le dió a la vida un nuevo sentido y la vistió de colores maravillosos; el primero tornó el agua en sangre viviente y roja; la vulgaridad en belleza y en deslumbrante variedad lo uniforme, lo monótono.

En cambio, el Puritanismo, en cualquiera de sus expresiones no es más que un germen ponzoñoso. En la superficie podrá parecer fuerte y vigoroso; pero el veneno, el tóxico letal obrará por dentro, hasta que su entera estructura sea derribada. Todo espíritu libre convendrá con Hipólito Taine en que "el Puritanismo es la muerte de la cultura, de la filosofía y de la cordialidad social; es la característica de la vulgaridad y de lo tenebroso".

***

CULTURA DE EQUILIBRIO

Tolstoi ha tenido una cierta predisposición a tratar temas educativos y valdría la pena poder resumir sus ideas pedagógicas, muy originales y muy dignas de tenerse en cuenta, pese a su tendencia paradójica y a su fundamento místico. En una carta de 1909 a Bulgakoff, en los últimos años del pensador de Yasnaia Poliana su secretario y discípulo, expone algunos puntos de vista sobre la instrucción, de los que entresacamos estos pensamientos:

"La cantidad de objetos a conocer es tan ilimitada como el perfeccionamiento que se puede alcanzar en toda ciencia. Se puede comparar el dominio de la ciencia a una cantidad infinita de radios que irradian del centro de una esfera y pueden ser prolongados hasta el infinito.

"Por consiguiente, la perfección en la instrucción no puede ser obtenida si los alumnos se apropian una cantidad de conocimientos científicos elegidos al azar. No se llega a la perfección más que: 1.° cuando se elige entre una cantidad infinita de ciencias, las más importantes y las más necesarias; 2.° cuando los grados de esas ciencias son relativamente semejantes a fin de poder formar un todo armonioso, como los radios de una misma longitud, espaciados regularmente, forman una esfera".

Cuántas veces hemos tropezado con individuos que, en medio de su multiplicidad de conocimientos de todas las ciencias, en sus pretensiones de saberlo todo, nos han dado la impresión de profundos ignorantes, de desorbitados, de seres sin base y sin tierra firme bajo los pies. Entendemos la cultura como un medio de equilibrio mental, de consistencia ideológica, de fortalecimiento del carácter. Pero si, por una parte, vemos que efectivamente es así, por otra, vemos que los conocimientos producen un desequilibrio y que la ignorancia más elemental habría sido mucho más beneficiosa para el desarrollo de un espíritu que la lectura de bibliotecas enteras, que la libación en las mil fuentes del caudal científico. Hay casos en que la ciencia forma o desarrolla recias mentalidades, como hay casos en que las destruye, les quita su espontaneidad natural, llevándolas a un desequilibrio lamentable. ¿Cuál puede ser la causa de esa diferencia de efectos, de resultados?

Nos parece que la instrucción por la instrucción es nociva; que si en el fondo de toda instrucción no hay un denominador común, una base dirigente, una aspiración inspiradora, los conocimientos científicos son más bien un obstáculo que un estímulo a la formación de un carácter, de una cultura de equilibrio.

Tolstoi, en su lenguaje místico, añoraba la ausencia del fondo religioso de las viejas culturas; la religión era una base que unía a todos los hombres y los conocimientos se disponían armoniosamente en torno a ella; actualmente no existe esa unión, ni ese fondo religioso común en la base de todo y "la cuestión de la utilidad general de los conocimientos, de su necesidad y de sus grados relativos, todo eso se resuelve no importa cómo, por hombres que tienen el poder de difundir las ciencias a su capricho, según su ventaja y su comodidad momentáneas"...

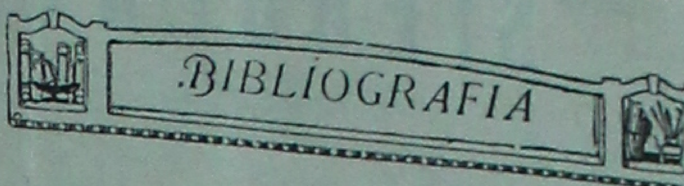
Si Tolstoi se atrevió a proponer la vuelta a las bases religiosas de la instrucción, nosotros, como él, advertimos también un vacío en la cultura contemporánea, tan rica en conocimientos, en detalles, en resultados. Para adoptar la imagen de Tolstoi, diríamos que la esfera de la cultura de nuestros días carece de unidad interna, de esa unidad que sólo puede ser dada por una aspiración común o por un lazo moral de unión. Es una esfera que carece de un centro de irradiación de los radios y así vemos cómo los radios, por largos que sean algunos, como no parten de un centro común, no constituyen un todo viable. No fué Tolstoi el único que se sintió torturado por ese desequilibrio entre el estado de nuestros conocimientos científicos y su eficiencia para el bien de la humanidad; esa misma inquietud la sintieron otros filósofos y también volvieron a las concepciones religiosas como a una solución.

El problema persiste y hoy se nota más que nunca el conflicto entre los radios de las ciencias y la armonía interna del todo, de la esfera, de la cultura. Nosotros no volvemos a la solución religiosa, pero sí entrevemos un primer paso hacia una cultura de equilibrio en la aspiración a hacer del progreso social y humano la base y la cima de todo esfuerzo. Es así como se restablecería el concierto roto en el terreno de la vida intelectual desde que el servicio divino dejó de estimular el cerebro de los sabios.

El saber por el saber es un entretenimiento que puede ser lucrativo, pero no crea el radio de una esfera, una armonía, un afluente hacia una tendencia general. Por eso todo amante de una cultura superior tiene que inquietarse en la busca de un centro de partida y de una meta comunes. Y habiendo pasado el período místico de la historia, la única solución humana, susceptible de formar la esfera deseada por Tolstoi, la cultura de equilibrio, sería el progreso de la humanidad en el sentido del mejoramiento. Mientras la ciencia no adopte esa base y esa guía inspiradora, persistirán las desproporciones, el desconcierto, el vacío interior en medio del oropel cientificista con que quiere adornarse nuestro siglo.

Tiene razón Tolstoi cuando denuncia "en nuestro mundo el extraño fenómeno de los hombres estimados como los más instruídos y que son en realidad los hombres más ignorantes, que saben un montón de cosas de que nadie tiene necesidad y no saben nada de lo que cada hombre debe saber ante todo. Y no sólo esos hombres son ignorantes, sino que lo son de una manera desesperante, porque están persuadidos de ser muy sabios y muy instruídos, de saber todo lo que un hombre debe saber y aún más".

Es la ignorancia de los hombres sabios lo que debemos combatir, oponiendo a los conocimientos inconexos, sin base y sin objetivo, una cultura que tenga por fundamento y por ideal un mundo nuevo en donde la justicia no sea una palabra solamente, sino un hecho, la vida misma.



LETTERS FROM RUSSIAN PRISONS (1).—

Acaba de llegar a Londres, anunciado por nuestro colega anarquista, el periódico londinense *Freedom*, este volumen en cuyas páginas se halla la documentación más completa acerca del cautiverio de los centenares de víctimas de la tiranía soviética.

He aquí la presentación que se hace de este libro por parte de nuestro colega, en la que se inserta más abajo una carta de Bertrand Russell:

"Si usted no se halla convencido que en Rusia existen persecuciones políticas, no debe leer este libro; porque no creemos que ninguna persona, sin preconceptos, al leerlo no se dé bien cuenta que esto es la pura verdad. La maldad y el espíritu de venganza de las persecuciones, se hallan claramente establecidos en estas cartas cuya autenticidad está garantida por aquellos que conocen al escritor que las publica. Todo lo que se imprime en *Freedom* ha sido comprobado antes con serios fundamentos. Además, antes de que se publicaran estas cartas fueron sometidas a varios autores europeos y norteamericanos de gran nombradía, entre los que se hallan Arnold Bennett, H. M. Braisford, George Brandés, Gerhart Hauptman, Bertrand Russell H. G. Wells y otros. Insertamos la carta de Russell porque refleja con fidelidad nuestros mismos puntos de vista:

"Abrigo la esperanza que la publicación de estos documentos ha de contribuir a propiciar las cordiales relaciones entre el gobierno de los Soviets y los gobiernos de las potencias occidentales. Notoriamente desviados, engañados por los socialistas de sus propios países, los estadistas de Gran Bretaña, de Francia y de Norte América ven a los detentadores del poder en Rusia como a individuos idealistas y por ende peligrosos. Si ellos quisieran leer este libro, se convencerían del error en que se hallan. Los que representan las primeras autoridades en Rusia son gente práctica, positiva, preparadas a cometer cualquier desmán, a infligir torturas, suplicios a los hombres de ideas contrarias a las suyas, en suma, a los idealistas, a fin de conservar el poder en sus manos. No existen razones de querella alguna entre los imperialistas del occidente y los del noroeste, o que los amigos del occidente sigan prestándoles su ayuda, si no ha de realizarse un cambio radical, en el trato de sus opositores políticos". — *Bertrand Russel.*

Mr. Upton Sinclair ha dicho "que le impresionó mucho el hecho de descubrir que las condiciones de los prisioneros de las cárceles rusas eran las mismas existentes entre los prisioneros políticos del Estado de California, del cual soy ciudadano" (2). Negamos ésto, y estas cartas han de contradecirle. Pero si no fuera así, no hemos de esperar que condene a sus amigos, los socialistas rusos, por perseguir y torturar a quienes les ayudaron a realizar la revolución en Rusia. Hace algún tiempo este escritor dijo que el "British Comittee for the political prisoners in Rusia" era una organización contrarrevolucionaria (*Comité británico para la defensa de los prisioneros políticos en Rusia*), pero no se atrevió a lanzar tan ridícula acusación contra el "International Comittee for political Prisoners", la organización norteamericana que publicó este libro. El hecho palpable y evidente es que él fué reducido a un vergonzoso silencio".

Luego, el que escribe estas líneas lamenta lo elevado del precio de este libro; pero cree que quienes anhelan la divulgación de la verdad sobre esas terribles persecuciones, han de reunir el dinero para adquirirlo, y después de haberlo leído, pasárselo a los amigos. La publicidad es la mejor arma para ese género de atrocidades.

---

(1) *"Documentos y cartas de las cárceles rusas". Consiste en la reproducción de los documentos de los prisioneros políticos, en las prisiones de los soviets, en las cárceles y destierros, y la reproducción de otros documentos concernientes a las persecuciones políticas en la Rusia sovietista; extractos de las leyes de los soviets, sobre las libertades civiles, y etcétera. Con una introducción de veintidós cartas de autores conocidos de Europa y Norte América. El precio es de 10 chelines y seis peniques. Pedidos: C. W. Daniel Company, Graham House, Tudor Street.* — E. C. D.

(2) *Esta discusión entre Upton Sinclair y los camaradas anarquistas de Norte América, se ventiló en el periódico "The Road to Freedom".*



Esclavos de la mina

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o- Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

RESPUESTA DE M. NETTLAU

(Continuación)

Recordémonos del federalismo de los *Pisacane, Proudhon* y *Bakunin*. Esos hombres, a quien nadie cargará con el reproche de haber desconocido la importancia absoluta de un cuadro amplio y libre del desenvolvimiento humano, que no puede ser establecido más que por el federalismo. Bakunin ha sentido más que nadie que la gran lucha consumiría, devoraría a los primeros fundadores de la anarquía, que su obra era la de la destrucción, la del desbrozamiento del terreno, obstaculizando que el pasado se escurra en el porvenir bajo algún disfraz, que la dictadura estéril detenga el libre florecimiento, y poniendo luego los cimientos básicos de la nueva construcción. Eso se haría por la federación y la solidarización de las localidades y de los grupos. La otra condición esencial sería el derecho de secesión de los grupos, pequeños o vastos, de los individuos. No se ha ocupado del arreglo o de los acuerdos que esos grupos tomarían entre sí; eso sería cuestión suya y el resultado de su experiencia.

Esa nueva sociedad entrevista por él no era, pues, específicamente anarquista; era simplemente libre, ofreciendo garantías para toda nueva forma de libertad por los contratos entre los grupos y la libertad de hacer por sí mismo gracias al derecho de secesión. Ese cuadro que habría bastado a Bakunin, me parece que puede bastar siempre a los anarquistas de nuestra época. Habría así, después de la caída del capital y de los Estados una solidarización de todos los elementos de la vida social futura y los anarquistas realizarían su manera de vivir en su esfera personal y local en la medida de sus fuerzas. El que quiere ir con ellos irá, el que quiere separarse, se separará. Un sistema autoritario invasor no será posible, pues estaría en contradicción con el pacto general de solidaridad, que todos los hombres de buen sentido sabrán mantener en vigor. Si los autoritarios se forman autoridad entre ellos o si se queman las cejas en el altar de Marx y de Lenin en su iglesia privada, eso será cuestión que les concierne a ellos. Habrá probablemente una gran mayoría de socialistas pura y simplemente, hombres y mujeres que disfrutarán de la vida y no pensarán en las querellas de las capillas socialistas como nosotros no pensamos en las de los Padres de la Iglesia, en las escolásticas de la edad media y en las querellas de los teólogos del siglo XVII. La juventud creciente en ese ambiente se unirá, esperémoslo, a los grupos más libres y así la anarquía ganará terreno. Habrá arreglos convenientes para los objetos utilizados por todos, caminos, transportes, agua, organizaciones sanitarias, etc., no nos rompamos la cabeza sobre esos detalles como sobre el antiguo problema tan a menudo discutido en otro tiempo: lo que se hará si un hombre construyese una casa en medio de un camino o sobre el discutido alrededor de Tucker: si un individualista, adepto a la propiedad, comprase un mono y ese mono evolucionase a la categoría de hombre, ¿sería libre por su derecho humano o debería rescatarse por el hecho de haber sido comprado siendo mono? Con esa escolástica, y muchas otras inutilidades aún, se aisló la anarquía y se perdieron años preciosos, durante los cuales la gazmoñería marxista y la brutalidad bolchevista han crecido. Bakunin no tenía tiempo para eso; sabía que es preciso comenzar por el comienzo y que de la solidez de los primeros fundamentos, de la ausencia de defectos iniciales, depende todo. Estamos en caso parecido: la obra está *enteramente* aun *ante nosotros.*

Pero poseemos infinitamente más materiales que entonces — ¡qué no habría intentado hacer Bakunin con los elementos disponibles hoy! Poseemos un gran ambiente favorable en los sindicatos, cualquiera que sea el color de sus jefes: sería un error despreciar todos los miembros de un sindicato, porque por alguna maquinación se encuentran a su frente ambiciosos sin valor. En estos últimos años también los obreros de los grandes talleres y fábricas se conocen mejor entre sí y forman las unidades locales de la mayor importancia. Conocemos también el entrelazamiento del trabajo productivo e indispensable, los rodajes vitales del organismo social, cuya detención paraliza el resto. Los capitalistas saben igualmente eso y han tomado arreglos para combatir en ese terreno, pero la huelga inglesa última no ha sido demasiado brillante para los capitalistas y habrá enseñado ciertamente mucho a los obreros. Y como he dicho ya, muchos buenos elementos se especializan desde hace mucho, no son satisfechos ni por las grandes organizaciones de los partidos y de los sindicatos en que el individuo no es más que una cifra, ni por el anarquismo que les parece demasiado teórico, demasiado separado de la vida real.

Hay, pues, ahí todo un mundo a ganar para la idea de la convivencia, del veto contra las usurpaciones, del *fair play for all* (probabilidades equitativas para todos). Surgiría de eso un apaciguamiento de la histeria autoritaria, una renovación de la discusión cortés, del estudio, de la experimentación, un nuevo florecimiento de la esperanza, — en una palabra, una detención del mal y una *iniciativa libertaria* que prepararía el suelo sobre el que florecerán las primeras flores de la verdadera anarquía de nuestros sueños.

A eso cooperarán aquellos de los anarquistas que lo hagan de buena gana, espontáneamente. Los que no quieren cooperar, harán lo que quieran; yo no critico su género de actividad. Pero se abstendrán de poner obstáculos a tal esfuerzo — no son ya los guardianes de las verdaderas luces de la anarquía, como no lo somos nosotros. La anarquía, por su esencia misma, no es más que un método, libre desenvolvimiento, y por eso necesariamente múltiple en formas, en resultados.

Si, por tanto, una tal aproximación, inteligente y sin doblez de pensamiento, a todos los elementos ahora relativamente neutros y no corroídos por la gangrena autoritaria, se produjese para hacer caer la balanza del lado de la libertad y del progreso, ese sería un *esfuerzo anarquista internacional* digno de los anarquistas y salvador para su causa, — sin que las otras formas de actividad anarquista debiesen padecer: al contrario, todos los esfuerzos diversos se sostendrán y se apoyarán mutuamente.

III

La anarquía como principio de organización de las sociedades ¿es o no revolucionaria?

Probablemente no comprendí bien el alcance de esa cuestión. Como Elíseo Reclus ha demostrado tan claramente, evolución y revolución no difieren más que en el ritmo; una acumulación de obstáculos acumula también fuerzas evolutivas que luego derriban el obstáculo y pasan por sobre él, lo que se ha convenido en llamar revolución. La acumulación enorme de obstáculos por tantos siglos de usurpación y de violencia producirá sin duda el barrido de esos obstáculos por una avalancha popular más fuerte que todos los asaltos que se le darán continuamente por la propaganda y los actos de toda especie. Lo mismo ocurrirá en los tiempos futuros, siempre que un mal sea insoportable y no hayan podido desviarlo otros medios.

Por sí misma la revolución es una forma impuesta a la evolución por una fuerza hostil, por ejemplo un árbol detenido por un obstáculo sobre él se deforma primero a lo largo de ese obstáculo, hasta tener fuerza para suprimirlo a pesar de todo. Así el pueblo, en lugar de desarrollarse rectamente, en la esfera y la preparación de una revolución, obligado a reunir fuerzas, pierde tiempo, cambia su buen humor en odio, pierde el placer en el trabajo forzado que se le impone, etc., y sufre así deformaciones, — justamente porque el capital, el Estado, el policía, el soldado le bloquean el camino, hasta su barrido definitivo. No es, pues, un estado ventajoso en sí una revolución — es una dura necesidad, y lo más pronto que después de tal crisis se ponga uno al trabajo sobre bases sanas y sólidas, tanto mejor será: porque continuar en el ritmo febril de las revoluciones sería ir a un agotamiento rápido y a desilusiones crueles después. Lo que importa, como Bakunin decía a menudo. es que la revolución sea tan completa que la vuelta al pasado se haya hecho imposible, — entonces se avanzará. Es preciso saber "quemar los barcos" tras sí, como dice el viejo proverbio.

IV

Siendo una idea humana ¿es o no proletaria la anarquía?

Tampoco he entendido bien esa cuestión, tal vez. La anarquía es la cosa más ampliamente humana que se puede concebir y por eso mismo debe guiar ese noble esfuerzo de los humanos que es el trabajo —de manera que ese trabajo sea libremente aprendido, libremente aplicado y produciendo de ese modo productos armoniosos. Ese trabajo será una función física o psíquica de cada individuo. Así concebido está en el otro polo de la palabra proletario que implica trabajo forzado, frutos del trabajo quitados por el explotador, por tanto, esa desviación terrible del noble ejercicio del trabajo que caracteriza el sistema capitalista.

Más que nadie, el trabajador así forzado tiene interés en recuperar su libertad, en apresurar el advenimiento de una sociedad libre. Pero ¿vale la pena decirlo? — no está exclusivamente destinado a hacer ese esfuerzo. Todos los hombres están detenidos en su desenvolvimiento por el sistema presente, todos deben sacudirlo o ser enterrado bajo sus ruinas. Si hubiera la menor tendencia a limitar la anarquía a los proletarios, sería un aislamiento funesto, semejante al de los partidarios de la dictadura de clase, del proletariado, que se convierte en la de los jefes de esa clase, como en Rusia. La anarquía ha rechazado siempre tales limitaciones, apeló siempre a todos los hombres deseosos de disfrutar del completo desarrollo de sus facultades. Su fuerza y su victoria final reposan en que nará renacer así a la humanidad entera, detenida en sus progresos por las divisiones en ociosos y dominadores y en proletarios sumisos.

El esfuerzo por darle un nuevo vigor consiste ampliamente en hacer comprender a todos los hombres que no se trata de aplicar tal o cual programa económico y político, sino en devolver a toda la humanidad la libertad perdida. Esa libertad, ya recuperada intelectualmente por la ciencia, en tren de ser recuperada por la moral libre, por el arte libre, será recuperada en el terreno de la política y de la vida social: entonces se podrá olvidar la palabra misma: anarquía — tendremos la *vida libre* en sus formas múltiples.

V

¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible labren ellos mismos su emancipación?

Este asunto es demasiado vasto para abordarlo aquí en detalle. Diría sólo que actualmente un niño, organismo tan abierto y receptivo para todas las impresiones, que acumula buenas y malas impresiones con una velocidad y una intensidad que es imposible controlar — que un niño está, pues, *en el presente* expuesto a *tantas* malas impresiones que no se puede darle bastantes impresiones buenas para reducir y contrarrestar el mal. Ve y oye tantas tonterías, crueldades, brutalidades en su ambiente o en el de sus vecinos como en la escuela oficial, luego por los periódicos, el cine, el rumor público, que sus padres no pueden darle nunca bastantes buenas impresiones — el niño se convierte en un producto incoloro, inferior, del sistema actual, justamente en ese que los capitalistas necesitan para hacer de él un obrero que no piense, un funcionario que obedezca, un soldado que mate, en una palabra, un instrumento del trabajo subyugado — y más tarde será preciso mucho esfuerzo para humanizar a tal hombre, si es que es posible de algún modo.

Por tanto, es preciso que los padres contrarresten ese envilecimiento sistemático de los niños, ante todo por la bondad y la inteligencia. Ellos sabrán mostrarles — sin ninguna especie de propaganda y de enseñanza — lo que es *socialmente bueno*, lo que es *individualmente recto y equitativo*, lo que tiene un verdadero valor y lo que es rutina, prejuicio, moda pasajera, trivial pérdida de tiempo. Los padres sabrán hacer al hijo solidario con la naturaleza, las plantas, los animales; tienen una magnífica ocasión para despertar el sentimiento de la belleza y destruir las inclinaciones de crueldad, de dominación, de derecho exclusivo de propiedad, que los niños ejercen a menudo contra los animales más débiles que ellos. Los padres sabrán encontrar el medio de enseñar a los hijos la historia internacional, la de varios pueblos para contrarrestar el efecto funesto de la enseñanza patriótica de la historia en las escuelas. Harán leer las descripciones de viajes, haciendo conocer así a los pueblos extranjeros de otro modo que por los relatos de guerras en los manuales escolares. Harán accesible a los niños libros de valor de otras literaturas; todo eso enseña el *verdadero* internacionalismo que se funda mucho más sólidamente sobre conocimientos serios y variados que sobre el sentimiento y la abstracción. Despertarán el sentido crítico de los niños, no un criticismo cínico que se burla de todo, sino el que sabrá calar las mentiras oficiales de que se rodea a los pequeños lo mismo que a los grandes, el pueblo jamás emanicpado, jamás maduro en la opinión de sus malos pastores. El niño aprenderá también por los padres a apreciar el trabajo, a ser activo él mismo. Se le explicarán las cosas que están a su nivel y se sabrá mostrarle que con un poco de esfuerzo avanzará en el dominio que excita su interés especial, y así sucesivamente.

Si se dice que muchos padres no poseen tales conocimientos y facultades

ellos mismos, es bien lamentable, pero en muchos casos nada les impide adquirirlos aún, más o menos. Al bruto que dice: "yo no sé eso y mi hijo no tiene tampoco necesidad de saberlo", oponemos los padres, — y los hay, — que aprenden ellos mismos, aunque sea a hurtadillas, para permanecer en estado de ayudar a sus hijos.

Todo eso *puede ser* secundado por las *escuelas libres*, escuelas Ferrer, escuelas modernas, pero entre la enseñanza individual y verdaderamente amante por un pariente próximo y la enseñanza, sea individual, sea colectiva, por un maestro cualquiera, hay siempre una diferencia notable, como la que hay entre el trabajo voluntario y el trabajo rutinario...

Diría aún que por excelente que sea el que los niños disfruten de la mayor libertad y no sean cargados con un trabajo pedantesco y a menudo muy poco útil, como en las escuelas oficiales, no me parece bueno limitar lo más posible, — y más todavía, — el bagaje intelectual de los niños. El niño debe, pienso yo, almacenar en su cerebro muchas impresiones para tener entonces la libre elección, de olvidar y de conservar. No es más que sobre bases abundantes como pueden desarrollarse el juicio crítico, la independencia intelectual. Es preciso un cierto esfuerzo para saber ver claro. El niño demasiado abandonado a sus propias inclinaciones y expansiones pierde ocasiones preciosas para instruirse. Nosotros tenemos necesidad de una juventud bien instruída que sepa destruír la mentira convencional y oficial que le rodeará en todas partes en la vida de esta triste sociedad moderna.

VI

¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y en Europa para saturar más el ambiente de anarquismo?

Sobre este asunto confieso mi completa incompetencia y competería a los artistas mismos la respuesta. El artista, mediante algunos rasgos del lápiz, puede producir un acto autoricida más hiriente que un acto de violencia o un libro de propaganda. El satírico, por algunas líneas de artículo, el poeta, por algunos versos a menudo hacen lo mismo. Estas cosas no se preparan y no se discuten, se hacen o no se hacen; así mil esfuerzos de los artistas quedan sin efecto y se hace uno que permanece inmortal. Es preciso, pues, dejarles hacer sin ofrecerles consejos.

Yo he amado siempre el dibujo social, los Daumier, Steinlein, Willette y tantos otros. Encuentro poca satisfacción en lo que veo en nuestros días. Me parece que a la belleza estética que la idea de la anarquía tiene para mí, debería corresponder también la ejecución armoniosa de la obra de arte — y futurismo, cubismo y otros géneros que, en mi opinión, se derivan notoriamente de una mentalidad fascista (cada línea de F. T. Marinetti fué fascismo intelectual), — esos géneros chocan absolutamente con el sentimiento social y libertario que está en la base de un esfuerzo anarquista. Es posible que sea injusto para con algún bravo cubista y que haya entre ellos hombres muy apacibles y excelentes padres de familia; pero para mi lo que ellos hacen es siempre fascismo ilustrado y yo no lo quiero. La menor tarjeta postal con una bella flor o una hermosa cabeza de mujer me aproxima más al "dulce país de anarquía" de esa bella canción de Paul Paillete, me asocia más a él en sentimiento y en pensamiento que el arte social de las últimas décadas de años, el que siguió a los Steinlein y a los Villette de su buen período. La anarquía para mí está donde está lo bello y lo bueno. Todos conocemos la fealdad de la vida presente que nos rodea. Comprendo que se ataque esa fealdad por la caricatura social, pero si se la reconstruye tantas veces, eso es demasiado: ahí quisiera ver lo bello, el impulso hacia adelante, la esperanza. Pero eso no es más que una aplicación del arte, la cuestión del arte es más amplia.

El arte verdadero, sensitivo en el más alto grado, depende de la vida, de sus tendencias presentes; sabe aún presentir vías nuevas de evolución, pero ¿sabe crear, obrar, avanzar verdaderamente? Raras veces, pienso yo, y sólo cuando nos habla por la obra de grandes genios que están enteramente más allá de nuestras discusiones. En general el arte repercute el espíritu de una época — no la crea. La época presente de la autoridad, de las guerras, de la suprema rapacidad del capitalismo, de la brutalidad y nerviosidad generales produce un arte correspondiente, y no puede producir otro. Ese arte fué presentido, entrevisto por D'Annunzio, elevado a la mentalidad fascista completa por el futurismo de un Marinetti desde 1909 aproximadamente: en 1909 se publican todos sus Manifiestos futuristas en Milán, precedidos por la revista *Poesía*, de esa ciudad; en 1909 apareció también la novela africana de F. T. Marinetti, *Mafarka el Futurista* (París, 1909, XI, 310 págs.) y desde 1911 los horrores que se describen allí se realizan ya en Trípoli y la primera de las guerras europeas se hace y las bases del fascismo intelectual se plantean.

Cuán diferente fué ese bello período de 1890 a 1894 en París, cuando la anarquía floreció allí maravillosamente, irradiando en ese magnífico obrero del pensamiento que fué Elíseo Reclus, como en los actos valientes de los rebeldes Ravachol y Vaillant, en los primeros sindicatos verdaderamente militantes como en la elaboración seria de todos los aspectos de nuestras ideas por Kropotkin y los demás camaradas de *La Révolte*. Entonces, a esa anarquía tan variada, tan alerta y ascendente, afluía también el concurso de los artistas, de la literatura, de la pintura, del dibujo jóvenes.

Esos dos ejemplos demuestran para mí que a nosotros nos compete una renovación de la anarquía — entonces el arte estará con nosotros — antes no, según temo. Cuando llegue ese tiempo, tratemos de que no se vaya jamás, que la fuerte corriente que se cree permanezca y no se restrinja. El arte y la anarquía están hechos el uno para el otro, porque la libertad está en la base de todo el arte, — pero los *artistas*, hombres de su época, y el *arte* están separados por las condiciones de la vida presente; la anarquía los aproximará y el arte se generalizará en su régimen de armonía y de belleza.

NO BASTA

que usted sea suscriptor de **LA PROTESTA** y que abone regularmente su suscripción.

Si entiende que el vocero ya tradicional de sus ideales debe ampliar su radio de influencia, aumentando el número de sus lectores,

HAGA OTRO U OTROS NUEVOS SUSCRIPTORES.

Todas las energías que emplee en hacer conocer su diario y en afianzar su estabilidad económica,

SON ENERGIAS EMPLEADAS A FAVOR DE LA ANARQUIA

RESPUESTA DE M. BUENACASA

II

Como doctrina y como principio de organización, la anarquía es, a nuestro juicio, revolucionaria.

Digamos antes lo que entendemos por revolución. Para muchos, la revolución es el acto de fuerza, la consagración de todos los instintos de nuestra animalidad desatados un día por la consecución de un objetivo más o menos determinado. Y sin embargo, la revolución violenta o, por mejor decir, el acto violento es tal vez el signo menos importante de la revolución.

Podemos afirmar con Mella que la violencia en la revolución es lo de menos, ya que ella es ciega porque ciegos son la inmensa mayoría de los que, por lo general, se lanzan a morir y a matar instintivamente y sin saber por qué.

Tenemos, pues, que la anarquía, ideal supremo con perspectivas ilimitadas e infinitas que no contiene un programa cerrado de realizaciones, es, ha de ser, forzosamente revolucionaria, aun después de implantarse sobre la tierra lo que hoy se considera posible en su esencia

Así pues, "desde el punto de vista de la organización de las sociedades" la anarquía es revolucionaria. Si no fuese revolucionaria, sería fósil, y la anarquía no puede fosilizarse, so pena de perder su significación.

No ocurre otro tanto con las diferentes escuelas políticas que se disputan el predominio y la hegemonía de los pueblos.

Para los socialistas autoritarios, por ejemplo, o para los republicanos, todo estriba en destruir el Estado burgués o la monarquía; conseguido su objeto, como su acción limitada ha logrado el sumum de aspiraciones, lo que antes fué oposición, o revolucionarismo en cierto modo, queda convertido en instrumento conservador. El socialismo y el republicanismo, en tal caso, dejan de ser organizaciones revolucionarias. Han implantado e impuesto su método y su patrón a todo bicho viviente y el ideal, que por restringido y limitado en sus perspectivas se ha convertido en hecho, se pierde y pasa a la historia como una antigualla. La revolución muere.

Alguien objetará: Pero y si mañana se implanta el ideal anarquista, ¿no le ocurrirá igual que a los demás? De ningún modo. Ya hemos dicho que la anarquía no ha trazado sino rutas para llegar hasta la idea, pero no ha formulado ningún programa concreto de convivencia, ni ha limitado, porque es imposible hacerlo, ninguna aspiración. Cuando más nuestras teorías forman diversos esquemas, planteados de modos muy diferentes, según el sentir, el temperamento o la concepción de cada anarquista.

La anarquía, ideal de concepciones vastísimas, simples y complejas a la vez llegaría a realizarse en la proporción máxima contenida en nuestra enciclopedia divulgada hasta el día, y aun así seguiría siendo la idea revolucionaria eternamente y a medida que nuevas visiones del porvenir fueran haciendo necesaria la ascensión de nuestras ansias ilimitadas. hacia las cimas inmarcesibles del espíritu inquieto que anida en los poseedores de nuestro ideal.

Son legión los que critican acerbamente a los teóricos del anarquismo, por reconocer que la mayoría de ellos discrepan entre sí al apreciar, no el ideal en su esencia, sino el procedimiento y la implantación o constitución de las futuras sociedades.

---

(2)

RUDOLF ROCKER

De la maldición del practicismo

latinamente en el más firme baluarte de viejos sistemas anacrónicos que se dieron la apariencia de combatir.

En realidad el famoso practicismo, que siempre estuvo y está dispuesto a concertar compromisos con los sostenes del viejo mundo y sus instituciones carcomidas por los gusanos de la podredumbre, fué siempre la fatalidad de todos los grandes y verdaderos movimientos populares que habían escrito en sus banderas la liberación social de las masas.

Tales movimientos no fueron nunca arruinados por las persecuciones que puso en vigor la arbitrariedad despótica. Al contrario, las persecuciones desarrollaron más el valor de los individuos y fortificaron sus fuerzas en dura contienda con la violencia. Todos los movimientos verdaderamente grandes que surgieron del pueblo y que fueron inspirados por entusiasmo revolucionario, pasaron a través de los muros de las cárceles y por las horcas y los cadalsos para resistir a su prueba. No, la tiranía sola no ha podido desarraigar todavía un movimiento efectivo de las masas, y sus mártires, ultimados por manos del verdugo, se demostraron siempre de naturaleza singularísima. Se les pudo asesinar, pero sus voces salieron de las tumbas y de las fosas y atizaron el fuego de la rebelión en el pueblo.

Si esos movimientos, sin embargo, sucumbieron y su impulsividad falló repentinamente, fué porque les salió un enemigo de las propias filas. Fué el martilleo de los pájaros carpinteros, el triunfo del practicismo el que consumió sus raíces y les introdujo el germen de la decadencia y de la muerte. Aquel practicismo, que nunca fué realmente práctico, cegó poco a poco las fuentes de su fortaleza originaria, y como Dalila se convirtió en la fatalidad de Sanson al cortarle sus cabellos, así mató el practicismo de los pájaros carpinteros aquellas cualidades y sentimientos de las masas, que habían sido hasta entonces el manantial inagotable de su fuerza.

Fué el practicismo del éxito exterior el que emborrachó siempre a los posibilistas de todos los matices y alejó cada vez más los fines originarios de un movimiento. Al intentar penetrar en las instituciones de un sistema social existente y realizar en ellas "labor práctica", fué cortado el nervio vital del movimiento y se le condenó al lento languidecimiento y a una muerte sin gloria. La idea absurda de que hay que conquistar primero las instituciones de dominación de una sociedad fundada en la esclavitud y en la violencia brutal a fin de llegar al objetivo final, infectó siempre el puro espíritu de todo movimiento y atacó sus raíces.

Toda nueva cultura social desarrolla sus primeros gérmenes en el seno de la vieja sociedad, como se desarrolla el niño en el cuerpo de la madre; como la tierna planta debe hundir sus finas raíces en la tierra antes de que pueda romper la obscura envoltura y bañar su verdor en la luz del sol. El niño y la planta existen antes de nacer y desarrollan a su modo las condiciones previas de su vida ulterior.

Los movimientos sociales son el seno de donde surgen nuevas culturas, y sólo serán victoriosos en sus aspiraciones si son capaces de crearse por fuerza propia formas especiales de existencia y si saben eludir toda fusión con los órganos en consunción de una sociedad condenada a la muerte. Pues cada órgano cumple sólo la misión que le dió vida; no pueden cambiar a capricho sus funciones vitales y servir a otros fines.

Echad una ojeada al gran movimiento de las masas que se preparó hace dos mil años sobre el Asia Menor, Europa y el Africa del norte. Amenazó las piedras angulares del imperialismo romano, que extendía sus brazos de pólipo por toda la tierra conocida y absorbía como un gigantesco vampiro la sangre de las venas de todo un mundo. Roma había encadenado naciones y pueblos; a sus muros afluían todas las riquezas de la tierra; su voluntad era la suprema ley. Se hicieron incontables ensayos de los pueblos oprimidos para romper sus cadenas, corrieron a la muerte contra esa voluntad férrea, que pareció insuperable como el poder de los Césares.

Entonces surgió aquel raro movimiento que ciertamente no mostró ninguna unidad programática, pero que en todas partes fué conducido por los mismos objetivos — resistir a Roma y socavar su poder.

Pequeñas comunas, nuevas fraternidades, sectas extrañas y movimientos revolucionarios se desarrollaron en todas partes y se difundieron con insospechada celeridad entre los parias y los oprimidos del imperio romano. Combatieron el derecho y el poder romanos, asaltaron los baluartes de la esclavitud, predicaron la liberación de

Anarquía — no gobierno — supone, en todos los órdenes del pensamiento y de la vida, lo absoluto. Libertad absoluta, igualdad absoluta, felicidad absoluta.

Aquí se nos dirá que el absoluto en moral es lo imposible y que por lo tanto la anarquía es un sueño, una quimera. No importa. Contestemos a los "positivistas" que lo absurdo no es lo anárquico, y preguntémosles ¿qué harían ellos, cómo vivirían y cómo pensarán el día que la autoridad y el régimen de las coacciones materiales, deje paso a la sociedad del libre acuerdo? Sobre todo debe interesarnos saber si los detractores del anarquismo, son o no capaces de vivir sin gobierno y sin autoridad, bien entendido que el gobierno y la autoridad son organismos perniciosos para el desarrollo general de las sociedades.

Preguntad a un campesino si no sería más feliz cuando el amo o el gendarme no existan, y de seguro que contestará afirmativamente.

Pero nos desviamos del tema. Interesa repetir que siendo la anarquía, de por sí y desde el punto de vista de la organización de las sociedades, una idea que concretamente rechaza el estancamiento mientras preconiza la ssuperaciones ilimitadas, no puede por menos que ser revolucionaria eternamente.

Hemos dicho que los actos revolucionarios de la violencia colectiva son los signos o los accidentes menos importantes de la revolución.

Desaparecida la violencia y su necesidad, el día que desaparezcan las causas que la engendran, la Autoridad, la Religión, la Propiedad, etc., habremos llegado a la era en que la simple coacción moral, el "boicotage" o el aislamiento contra los seres anormales, malvados o perniciosos, que lo sean por herencia o por naturaleza, serán estimulantes que sustituirán a las violencias materiales de hoy. La coacción simple ejercida con la buena intención de mejorar la vida de las sociedades, no deja de ser una expresión revolucionaria.

Y esta expresión de la anarquía, de la Sociedad Anarquista, es una manifestación revolucionaria que subsistirá tanto como el mundo.

De lo que se deduce que "como principio de organización de las sociedades" la anarquía es revolucionaria.

Así creemos que es y debe ser. Así lo entendemos nosotros.

III

Nos vemos en un trance apurado, sin saber cómo expresar nuestro pensamiento acerca de tan interesante cuestión. Por otra parte, acostumbramos a no recurrir nunca a los libros como no sea a los que nos puedan ilustrar sobre materias concernientes a la historia. Se hace imprescindible en estas cuestiones — a mi juicio — que cada individuo piense por sí mismo y no a cuenta de los demás.

La anarquía, ideal humano, ¿es o no proletaria? He aquí el dilema al que hay que responder, sí o no, de manera concreta y categórica.

En efecto, que la anarquía es un ideal humano, pero entendámonos: La anarquía no acepta parásitos humanos en la sociedad cuya implantación preconiza. La anarquía mantiene el principio comunista de que cada cual consuma según sus necesidades — esto es un principio humano —, pero reconoce las bases compensadoras: No es posible que todos los hombres consuman según sus necesidades si no producen según sus fuerzas.

En el régimen actual, basado sobre el absurdo, la injusticia y la contradicción más arbitraria de la vida, se produce la paradoja criminal de que consuman lo que necesitan, y más aún, los que no producen, en tanto que los productores mueren de hambre.

Queremos que todos vivan felices, pero ¿cómo alcanzar esta felicidad si a la vez no se crean los medios que la hagan posible?

No restrinjamos el significado de la palabra "producción" exclusivamente a los medios producidos para atender las necesidades físicas y materiales. La vida del hombre que se limita a comer o a cubrir sus desnudeces, a vivir en habitaciones confortables y a viajar — por ejemplo — no es la vida amplia y completa que los anarquistas propagamos. La anarquía, ideal de superación y perfeccionamiento constantes, concibe bastante más de lo que la simple vida animal presupone. La anarquía no sería lo que sus propagandistas manifiestan, si no fuese el estimulante pertinaz, la avidez continua por la consecución y el disfrute de todas las dichas que proporcionar pueden los encantos innumerables y excelsos de la naturaleza, las manifestaciones esplendorosas de las artes en todos sus variados aspectos y las demás que pueden recrear y satisfacer todas las ansias del espíritu avizorador y sanamente egoísta de los hombres.

Recordamos las palabras de un diputado socialista cuando declamaba ante sus electores: "El socialismo será la sociedad perfecta, humana y libre en la que todos los seres humanos tendrán pan, pero también flores".

Concretemos, pues, nuestro pensamiento. Rechacemos ya la idea de "proletario" aplicada al que actualmente produce cosas útiles y bellas obligado por la ley del bronce y sustituyámosla por las palabras y la idea de "productor" libre y artista.

Los seres de la sociedad comunista y anárquica serán, habrán de serlo forzosamente, y acéptese la calificación impositiva como cosa irremediablemente necesaria, serán, repetimos, seres útiles realizando el esfuerzo necesario individualmente cada uno según sus aficiones y sus fuerzas, al efecto de coadyuvar al desenvolvimiento, al desarrollo y a la consecución más completa de las satisfacciones de la vida humana.

Digamos, por tanto — pues de lo expuesto así se desprende — que la anarquía, ideal humano, es "proletaria" en el sentido que nosotros entendemos esta calificación.

Aristarquía o Aristocracia proletaria, proletariado humano o humanidad proletaria ; he aquí la definición que aplicamos a la idea por la cual pretendemos expresar nuestra opinión: La anarquía es proletaria, pues que la idea de los humanos no puede desglosarse de las necesidades humanas condensadas en el esfuerzo productivo útil y bello de los proletarios, de los hombres. Y además, ¿es que los hombres no han de ser productores a la vez que hombres? ¿O es que se concibe en anarquía un hombre que no trabaje, siendo apto para trabajar?

Cuando alguien diga que pretendemos proletarizar la anarquía, nuestra respuesta no se hará esperar: Lo que pretendemos es anarquizar al hombre, al proletario, que, como se vé, es lo contrario de lo que nuestros detractores presuponen en nosotros.

Pero todo esto no quiere decir que la anarquía no sea proletaria o, mejor dicho, que el proletario no haya de ser anarquista.

Precisamente nuestro anhelo es este, porque si no la sociedad en la que los productores no fueren anarquistas, no podría ser anarquista; cuando más sería una institución cuyas ideas comunes no serían muy diferentes de las que rigen las sociedades actuales.

En la actualidad mismamente muchos obreros anarquistas propulsamos la idea del movimiento obrero anárquico, por la sencilla razón de que consideramos que los trabajadores deben hallarse capacitados para regirse en sociedad, como tales y como hombres, tal como corresponde a seres emancipados y libres. Los proletarios instruídos y aleccionados por las ideas de libertad y de emancipación integrales, serán en el mañana los más fuertes y útiles sostenes de la sociedad anárquica. Por esto, los sindicalistas y los libertarios que repudian la anarquización del movimiento obrero, pretendiendo que los trabajadores organizados se mantengan en el puro terreno de la acción económica como diciéndoles: "comed, y lo demás vendrá por añadidura" — cometen un funesto error, a nuestro entender. Que el obrero piense como quiera — el hombre es libre de pensar y obrar como mejor le plazca — pero no cometamos el pecado de dejar hacer sin exponer las conveniencias que a los trabajadores ha de reportar la aceptación de nuestro ideario.

Se puede afirmar que en las clases medias e incluso entre las clases mejor acomodadas existen más individuos conocedores de la anarquía que entre la clase obrera.

Pero no nos engañemos y digamos, aun que parezca una herejía, que hay anarquistas y anarquistas. Los que se cobijan entre la clase media y la burguesía son en su mayor parte anarquistas "diletantti", "sportsmen" del anarquismo. Como nuestras ideas son buenas y bellas — las más bellas y buenas de todas las conocidas — las aceptan de grado y hasta los hay que las propagan y las apoyan desde el periódico y la revista, desde luego sin dar el nombre por el perjuicio que podría reportarles la publicidad. Mas estos anarquistas no desean la anarquía por ahora, en tanto su logro haya de motivar una revolución que les arroje a ellos de sus actuales posiciones sin la garantía segura de mejorar de situación.

El proletariado sí que desea la revolución y aguarda, cada día más anhelante, el momento de lanzarse en la hoguera revolucionaria, el instante de dar el salto gigantesco, tenebroso, que le conduzca desde la nada al todo, desde las sombras a la luz, desde el mal hasta el bien. Y esto como sea, sin preocuparse del resultado de su gesto, de su esfuerzo que no le importa que sea ineficaz, porque tiene fe ciega en sus propios destinos, en su ideal y sobre todo mucho odio, más que los literatos del anarquismo, contra la sociedad que le esclaviza.

El proletariado es el pueblo; sólo en el proletariado anarquista — decía Pelloutier — puede tenerse confianza para la acción presente y futura de la emancipación humana.

Si ello es así — y nada nos demuestra lo contrario — ¿por qué no desear que la anarquía, el anarquismo, sean proletarios, sin que ello suponga que se proletarice?

Conviene no jugar con las palabras. La anarquía puede ser proletaria y debe serlo, seguros de que por ello no perderá ni una sola de sus esencias ideales, revolucionarias, humanas.

He aquí nuestra opinión, por si vale.

la mujer y escribieron en sus banderas la igualdad de todos los seres humanos.

Como dinamita obró el nuevo movimiento en los fundamentos del cesarismo romano. Comenzó la gran transformación de todos los valores. Los viejos dioses perdieron su influencia y ningún poder sacerdotal fué en lo sucesivo capaz de rehabilitar su desaparecida omnipotencia. La fe en la invariabilidad de lo existente nació del alma humana y esperanzas nunca abrigadas se abrieron camino desde las honduras.

¡Qué importó entonces la rabia ciega de los emperadores! ¡Qué importó que se arrojase a aquellos "cristianos", como se les llamaba despreciativamente, a las bestias del desierto y del bosque; que un loco furioso los emplease como antorchas vivientes para alumbrar a Roma! La sangre de los mártires hizo milagros, — irradió nuevo espíritu en el mundo y puso fuego desde las tumbas y desde la cruz a las chispas rebeldes en el corazón de los humildes y de los débiles. La cruz se convirtió en un símbolo y su visión impulsó más y más masas nuevas al movimiento que, por fin, derribó todos los diques e inundó el viejo mundo.

En las cavernas subterráneas y en las galerías de las catacumbas de Roma se reunió la nueva comuna, la nueva alianza de los proscritos y de los desterrados. Un miembro se integró al otro, bajo sangre y lágrimas fué soldada una nueva comunidad, cuyos portadores fueron inflamados por puro entusiasmo sobrehumano. Desde allí emigraron millares de hombres y de mujeres a todos los países a difundir la nueva doctrina y a anunciar a los esclavizados de esta tierra que se aproximaba el tiempo de la redención.

¡Qué valieron las artes de tortura de brutales verdugos y la cólera furiosa de los Césares! Se había formado una fe que podía trasladar montañas y que se atrajo masas en que ardía en clara llama el obscuro deseo.

La orgullosa Roma, que fué un tiempo alimentada con la leche de una loba, había resistido hasta entonces todas las tempestades. La sangre de la loba que circulaba por sus venas la hacía invencible. Reinos y ciudades cayeron bajo los golpes salvajes de las garras imperiales, que penetraron sangrienta y desgarradoramente en el cuerpo de la humanidad.

Roma arrolló a los árabes, y Cartago no existió más; el reino de Cleopatra cesó de existir. Jerusalén cayó en ruinas. Las águilas de las legiones romanas atravesaron victoriosas países y mares y se reflejaron en las aguas de lejanas corrientes. Nada podía hacer frente a ese poder.

Entonces se formó del seno de los pueblos un movimiento que no tenía a su disposición ninguna legión, que no tenía ningún poder en el Estado, que no tenía nada más que aquella fe indomable en la victoria y en la justicia de su causa. Y aquella fe capacitó a sus miembros para desterrar todo temor de su corazón y resistir a los más terribles. Ningún poder en la tierra había logrado contener la invasión funesta de sus masas habituadas al triunfo. Pero en su abnegación se rompieron las armas de la violencia, se quebrantó la voluntad despótica de los Césares.

Y el brillo de Roma palideció, la podredumbre que roía las raíces de su grandeza se manifestó cada vez más claramente. La propaganda de los rebeldes le arrancó de la cara la máscara mayestática y la mostró en su senil decadencia. Había surgido un poder más fuerte que el poder de la espada y la arbitrariedad de los tiranos, un poder que arraigaba en el espíritu y que obró con hechos del espíritu. Contra ese poder tuvo que estrellarse el viejo mundo, como un barco sin timón contra los escollos puntiagudos.

Fué entonces cuando comenzó el martilleo de los pájaros carpinteros en el propio movimiento, y lo que no pudieron conseguir las más espantosas persecuciones, lo hicieron posible los métodos de los "prácticos" y de los solapados.

Los pusilánimes y los amilanados, los acompañantes que se suman a todo gran movimiento de las masas, comenzaron a reagruparse bajo el estandarte de los pájaros carpinteros. Se habló de acción práctica y se previno contra iniciativas irreflexivas. "¡Siempre con calma, honorabilísimos!", dijeron los pájaros carpinteros. "Las cosas buenas requieren tiempo". Y comenzaron a calcular y a hacer juegos malabares con los "hechos concretos" que embriagaron la cabeza de los oyentes. Algunos hombres se volvieron más sobrios y otros comenzaron ya a avergonzarse de su embriaguez. Las fuertes raíces de entusiasmo empezaron poco a poco a secarse, el ardoroso ímpetu que ardía hacia el cielo poderosamente desde profundidades desconocidas, se apagó lentamente para hacer plaza a consideraciones prácticas. Pero cuanto más se desarraigó la gran fe de las masas, tanto más atrevidamente criticaron los pájaros carpinteros a aquellos soñadores imprácticos que querían levantar sobre las ruinas del viejo mundo un reino de libertad y de igualdad.

AÑO V

LA PROTESTA

BUENOS AIRES, 30 DE AGOSTO DE 1926

N.[illegible]238.

PRECIO: 10 CTS.

SUPLEMENTO SEMAN...

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

...E PAGO

...y giros a M. TORRENTE

SOPLO DE PRIMAVERA

Nos parece advertir como un soplo de primavera a través del movimiento anarquista del país; hay deseos de lucha, anhelos de propaganda ,pasión de proselitismo. Los incapaces de percibir ese soplo renovador, los empeñados en ver las cosas y los hombres a través del velo espeso de un pesimismo crónico, los que se cansaron de la brega y quisieran que también nosotros nos deblegásemos a los supuestos imperativos de la decepción, todos los que viven en el eterno invierno de la irresolución, de la frialdad cordial, incapaces de entusiasmarse y de sentir las alegrías del esfuerzo que crea y que rejuvenece, recibirán, sin duda alguna, el desmentido que merecen. El movimiento anarquista ha descansado bastante en el último lustro de natural cansancio y desaliento. Sería ya más que peligroso seguir casi al margen de la vida, mudos o sin aliento para levantar la voz y llevar nuestras convicciones a los que tienen hambre de pan y de justicia.

El momento histórico que atravesamos no podía ser más oportuno para nuestra intervención decidida como único movimiento revolucionario que no ha sido conmovido por los acontecimientos que llevaron a la bancarrota tantas ideas, doctrinas y movimientos.

Tenemos, como una contribución indirecta a la revelación de la exactitud de nuestras aspiraciones, males sociales surgidos del morbo de la autoridad y de la incapacidad del capitalismo para la solución de sus contradicciones innatas. Por otra parte, nace en el corazón de todos los anarquistas la convicción profunda que con un esfuerzo racional y tesonero de nuestros camaradas y simpatizantes, conseguiríamos descubrir a la humanidad horizontes mejores.

Las dictaduras, en nombre del rey, del proletariado, del ejército, del vulgar banditismo, de las finanzas, etc., etc., tienen una base y una explicación común: son el último extremo de las formas políticas de dominación y no son toleradas por los pueblos más que mientras existe en ellos la noción de su impotencia para producir con su esfuerzo y sus gestos de indignación otro estado de cosas.

Nos parece que el principio de autoridad ha perdido su batalla capital con el establecimiento de las dictaduras. Se ha llevado al desprestigio por sus excesos y sus frustradas pretensiones. Las dictaduras no suprimen ninguno de los males de la política liberal o democrática, no crean nada; su misión consiste en poner diques a la vida, en trabar el libre desenvolvimiento del individuo y de la sociedad. Pero el torrente de la vida romperá sus diques, porque su deformación en espacios o cauces restringidos no fué, ni lo será, más que transitoria. Lo que sucedió hasta aquí fué que los pueblos han roto los diques opuestos a su libre desarrollo, reconociendo ya de antemano otros diques nuevos, con lo cual no les ha sido dada todavía la posibilidad de respirar el aire de la libertad. Ahora, después del fascismo y la revolución rusa, creemos que el círculo de la autoridad ha recorrido todas sus fases. Más allá de la dictadura como sistema no hay más que dictadura. Hemos llegado a un callejón sin salida desde el punto de vista de la autoridad, pero podría ser el extremo de un mundo si se lograsen suscitar fuerzas suficientes para dar un impulso nuevo a la historia. La autoridad, para salir de este callejón, no tiene más remedio que dar máquina atrás y volver al liberalismo, a la democracia, a la dictadura enmascarada. Y grandes fuerzas sociales se preparan a fomentar el regreso hacia formas menos infamantes de esclavitud.

¿Cuál es nuestra misión en esta hora? ¿Ayudar a los liberales o a los demócratas a volver el aparato político de dominación hacia las mentiras del parlamentarismo, hacia la superstición de la democracia? Creemos que no es esto lo que debe apremiarnos. Al contrario, los anarquistas, conscientes de la oportunidad única que vivimos, tendríamos que poner en acción nuestras fuerzas, nuestros entusiasmos, nuestra voluntad para que la sociedad pasara de la dictadura a la anarquía, en lugar de volver al viejo calvario de los regímenes supuestamente liberales.

Así como frente a las dictaduras imperantes nuestra solución es: libertad y justicia, frente al capitalismo, que se debate en una crisis sin perspectivas de arreglo, nuestra solución es: la organización de la vida económica de abajo a arriba, por los trabajadores mismos, de acuerdo a sus necesidades.

Vemos la desocupación creciente en proporciones nunca vistas; la existencia de los proletarios industriales, sobre todo en los países de gran industria, se ha vuelto más insegura que nunca, más trágica de lo que jamás lo ha sido, pues en las crisis precedentes hubo vislumbres de solución, una esperanza de mejores días, que no moría en el corazón de los trabajadores; en cambio hoy tenemos este paradójico consuelo: si hoy estamos mal, si el hambre comienza a rondar hoy nuestros hogares, en los próximos años la situación será mucho peor. Sólo a costa de artificios engañosos podrá producirse en algunos países una apariencia de mejoramiento efímero. Pero habrá que ser torpes de entendimiento para no comprender que en el grado actual del desarrollo capitalista, la desproporción entre los progresos de la técnica y la capacidad de consumo de los mercados mundiales es insalvable. Entre todas las doctrinas, los partidos y las fuerzas sociales que se preocupan de aplicar cataplasmas o de buscar soluciones a la crisis económica mundial que atravesamos, únicamente el anarquismo renuncia al uso del aparato capitalista de producción y sostiene que, lo mismo que nuestra aspiración no es la conquista, sino la destrucción del poder político, nuestra tesis relativa a la vida económica contemporánea es la siguiente: no por la conquista, sino por la destrucción del aparato económico del capitalismo lograremos abrir el camino a una vida de productores libres.

Añádase a todo eso el peligro inminente de guerras internacionales, mundiales, el desprestigio y la bancarrota del socialismo autoritario, los fracasos y el desenmascaramiento del reformismo en el movimiento obrero; añádase todo lo que la realidad presente nos ofrece como argumento o como posibilidad en favor de nuestros postulados y concluiremos que nunca hemos tenido ante nuestros ojos una oportunidad mejor para la lucha por la libertad y la justicia.

El soplo de primavera que creemos advertir en nuestro campo, es precursor de grandes cosas. Hay que abrir de par en par el corazón a los impulsos combativos y templar la voluntad para la dura brega. El porvenir es nuestro, pero es preciso madurar sus frutos con la eficiencia del esfuerzo y el calor del entusiasmo.



...cuanto más se revuelve...

Sumario de este número

LA PROTESTA, Suplemento semanal.
Precio del ejemplar, 10 centavos. —
Diario y Suplemento, suscripción mensual, $ 2.50.
Suscripción anual, $ 5.—
Valores y giros a nombre de M. Torrente. Perú 1537, Buenos Aires.

LUIS FABBRI

En los campos siderales de la utopía

Un modo de protestar contra las miserias y los horrores de la vida real puede también ser el ensueño. Refugiarse en el ensueño cuando la maldad y la mentira, el odio y el crimen nos pisan los talones, puede ser que responda a un imperativo del espíritu, que necesita crearse por sí mismo un palacio encantado para el reposo.

Este sentimiento de protesta se manifiesta en una de las más recientes novelas del inglés H. G. Wells, donde la utopía anárquica es presentada en las formas artísticas más atrayentes. H. Wells, que fué de los que más soñaron con los ojos abiertos durante la guerra, esperando quién sabe qué milagros de la guerra "democrática", nos ofrece ahora otro sueño, un verdadero sueño, deliberadamente tal, más bello y que no engaña a nadie ni puede provocar desilusiones con esta novela fantástica sobre los mundos inexplorados de las utopías.

La humanidad nunca se sacia de utopías; ni los más grandes genios desdeñaron ser sus intérpretes, desde Platón a Moro, desde Campanella a Bellamy, a William Morris. También H. G. Wells ha querido quemar su granito de incienso ante esta diosa, de mirada enigmática y seductora, como la Ignota de Leonardo, que a veces se llama Esperanza, Ilusión, Fe, y es vivo testimonio de la inagotable sed de bien que es el resorte poderoso de la civilización.

La reciente novela de Wells — *Hombres como dioses* — pertenece, pues, al género de las "utopías". En ella el señor Barnstaple, un periodista liberal inglés, con evidentes tendencias socialistas y libertarias, en el cual posiblemente el autor quiere describirse a sí mismo, se encuentra de repente, por un fenómeno físico desconocido a la ciencia terrestre, lanzado fuera de la Tierra, en otro astro donde viven los "Hombres Dioses", es decir, hombres que han vencido del todo, en sí, su animalidad ancestral y han resuelto el gran problema de la reconciliación universal para proseguir, solidarios, la lucha gigantesca contra la naturaleza, para subyugarla y sacar de ella siempre mayores medios y motivos de alegría y de bien.

Barnstaple no está sólo en su extravagante aventura. Otros dos automóviles con sus pasajeros, que habían precedido al suyo en el camino desierto en que había acontecido el extraño fenómeno, llegan al país maravilloso que los terrestres convienen en llamar "utopía". El fenómeno había sido determinado por un experimento, aun imperfecto, de intercomunicación entre los astros, intentado por dos hombres de ciencia de aquel nuevo mundo, quienes habían quedado muertos en el instante de su primer éxito.

Pero el lado fantástico de la novela, que se refiere a la ciencia con las previsiones de los más audaces progresos en todos los campos — los hombres se entienden entre sí sin necesidad de saber la misma lengua, las comunicaciones se realizan todas por vía aérea, todas las enfermedades han sido vencidas y los hombres se conservan sanos y bellos hasta la muerte natural, etc., etc. — este lado, repito, es el menos interesante del libro aunque quizás sea el más entretenido. A mí me parece más bien un defecto (común por lo demás, a todas las novelas utopistas), en cuanto subordina el progreso espiritual y moral de los hombres a progresos científicos y materiales que parecería locura esperar.

Si hay algo que causa aguda amargura a quien medita con un poco de intelecto amoroso sobre las cosas humanas, es este enorme desequilibrio entre los progresos materiales de la humanidad y sus progresos morales. También nosotros, que todavía no somos viejos, hemos creído, durante un tiempo, imposibles, o casi, ciertos progresos de la ciencia. El automóvil, el submarino y el aeroplano, el telégrafo sin hilos, el radiófono, etc., son conquistas extraordinarias del genio humano. Y es el caso de preguntarnos: ¿cómo tanto ingenio no logra aún encontrar el modo de que los hombres, tan sabios en otras cosas, sepan amarse algo más entre ellos, sepan organizar su vida individual y colectiva sobre una base de mayor bondad y concordia, con menos dolor y derrame de sangre? Ciertamente, un progreso moral, desde los tiempos de los antropófagos hasta hoy, es innegable; pero es también innegable que ese progreso del espíritu, comparado con el progreso científico, está en la misma relación que hay entre la marcha de una tortuga y la de un caballo veloz!

Pero si en la novela de Wells la hipótesis de indescriptibles progresos científicos es el substrato material de todos los otros de carácter espiritual, éstos están sin embargo, en el primer puesto como preocupación del protagonista, vale decir, del autor. Barnstaple contempla y estudia el nuevo mundo en que se halla, con el espíritu de observación del periodista, y a la vez con el entusiasmo de quien con toda el alma aspira a una superior elevación de la vida humana. El, al revés de sus otros involutarios compañeros de viaje, se siente súbitamente atraído por la más viva simpatía hacia los utópicos, se siente ya ciudadano de esta verdadera ciudad del Sol, hasta olvidarse de la Tierra y no querer volver más a ella.

Naturalmente, en utopía todas las dificultades económicas han sido superadas, el problema de la superpoblación resuelto. Así, libres del cuidado inherente a la satisfacción de las más elementales necesidades fisiológicas, los hombres sanos, fuertes y bellos dedican toda su actividad a los problemas espirituales, intelectuales y científicos, y éstos les apasionan y envuelven en la potencia de su actividad, como los habitantes de la Tierra son conturbados e impulsados por los problemas políticos y sociales más ardientes.

Los utópicos ya han resuelto desde hace siglos el problema de la propiedad, por medio de una organización que la pone a disposición de todos, de modo que ninguno puede servirse de ella para subyugar a sus semejantes, traficar o especular.

"Descubrimos — narra uno de ellos a los terrestres estupefactos — por fin, que la propiedad privada, en todo, menos en las cosas de uso muy personal, constituía un tormento intolerable para la humanidad. Nos hemos librado de ella". "Y todos trabajan en completa armonía y con la debida proporción"... los socialistas gremiales propusieron algo parecido hace mucho tiempo — comentan los habitantes de la Tierra.

Y en cuanto al gobierno del hombre por el hombre, ha sido reducido a la más simple expresión del autogobierno. La autoridad se ha fraccionado hasta pulverizarse y difundirse en toda la comunidad. Todas las iniciativas son coordinadas en vista de la libertad general, confiadas a los más competentes; y la más importante es la de la educación de las generaciones nuevas, a medida que vienen a la vida.

"Sin legislatura central y sin poder ejecutivo... en Utopía no existía ningún gobierno central, ninguna concentración de autoridad... Utopía no tiene ningún parlamento, ni se dedica a las actividades políticas, ni existen la riqueza privada, la competencia comercial, la policía, las prisiones, ni hay dementes, defectuosos y lisiados. Y no hay ninguna de estas cosas porque tiene escuelas y maestros que son todo lo perfectos que pueden ser las escuelas y los maestros. Las actividades políticas, el comercio y la competencia, son métodos que se siguieron en las sociedades primitivas. Dichos métodos fueron suprimidos en Utopía. Los utópicos adultos no necesitan reglamentaciones ni gobiernos, porque aprenden en este sentido todo lo que necesitan durante su infancia y su juventud. Nuestra educación es nuestro gobierno".

Pero si Barnstaple está dispuesto a adaptarse a la nueva vida, tanto más que en ella ve la realización de muchos sueños acariciados en la Tierra, no piensan así las otras dos comitivas que han tenido con él la suerte de ser "aspirados" fuera del mundo terrestre. Entre ellos hay un secretario de Estadlo para la guerra del gobierno inglés, más un lord jefe del partido conservador y filósofo eminente, un dignatario de la iglesia, un riquísimo especulador, dos señoras, un francés periodista, un americano, dos chauffeurs, etc. Bien pronto todos ellos constituyen en Utopía un elemento de desorden, luego que, satisfecha la primera curiosidad, toman la actitud de enemigos, y, en la intención, de conquistadores del nuevo mundo.

Así a diferencia de todas las otras novelas utopistas, en ésta hay un elemento dramático de acción y no solamente de observación.

Los terrestres odian a ese mundo que contradice todas sus prevenciones, todos sus prejuicios. La mente del cura no concibe la pureza de la vida sexual de los utópicos, e imagina de ellas una corrupción que no existe. El hecho de que los habitantes de Utopía andan todos desnudos, que han encontrado el modo de regular, con la limitación de los nacimientos, la población, y que las relaciones sexuales están basadas en la más amplia libertad, lo saca de sus casillas.

Esta torpe mentalidad de los terrestres ofende a los utópicos y les inspira desprecio. Algunas burlas o gestos estúpidos y libidinosos que los pisaverdes terrestres se permiten apenas esbozar, son inmediatamente reprimidos por aquellas mujeres, espirituales, sí, pero robustísimas, con bofetadas que les quitan el deseo de repetirlos. Todo esto desconcierta e irrita a los terrestres, mientras los utópicos los estudian como individuos de razas inferiores, pero manteniéndolos a ciertas distancias, como haríamos nosotros con los pobres salvajes de Australia.

Hay discusiones, también. El filósofo conservador expone, en algunas conferencias a los utópicos, las bellezas de la vida terrestre; exalta la guerra, la lucha de clases, la concurrencia, el triunfo de los más fuertes, la riqueza; pero los utópicos lo escuchan como nosotros escucharíamos a un caníbal hacer la apología de la antropofagía. Y se cansan y, además, son constreñidos a tomar precauciones, porque los terrestres les han llevado los gérmenes de enfermedades que en Utopía habían sido vencidos hacía siglos y eliminados definitivamente.

Los terrestres se sienten casi ofendidos, e instigados por el hombre de Estado inglés, conspiran para instaurar el poder europeo en Utopía. Al principio hay un poco de discordia, porque el noble lord quisiera imponer en los nuevos dominios la bandera inglesa; pero el francés y el americano se sublevan en nombre de su patria y protestan un derecho igual sobre la nueva colonia. Se llega a un acuerdo Se subyugará a Utopía en nombre de... de las Sociedad de las Naciones aliadas! El complot tiene un principio de ejecución. Algunos utópicos caen bajo los tiros de revólver de los terrestres; pero éstos son pronto puestos fuera de combate por los medios extraordinarios de defensa de que disponen los otros, y a la derrota contribuye el señor Barnstaple, que traiciona la causa de la Tierra en favor de Utopía. De aquí un consejo de guerra, la condena a muerte del traidor, la fuga y su paso al enemigo...

Pero los utópicos tienen necesidad de repetir su experimento de comunicación interestelar y persuaden a Barnstaple, entonces amigo suyo, a que se preste a ello y retorne a la Tierra. Luego serán expedidos los otros. Se le conduce con su automóvil al mismo camino en que se había encontrado al llegar de la Tierra. Son puestas en juego fuerzas que desconoce, se oye el mismo ruido que había sentido la primera vez, como de cuerdas de un violín que se rompen y... nuevamente el automóvil del periodista liberal inglés es lanzado sobre una fea carretera inglesa, llena de polvo y de niebla.

El ensueño ha concluído, la ilusión se ha desvanecido, y Barnstaple siente ahora todo el horror de la vida terrestre, después que ha bebido en la copa embriagadora, después que ha vivido días de encanto en el mundo de la solidaridad fraterna y de la libertad humana. Querida Utopía, lejano país estelar de pureza y de honestidad, de saber y de belleza, ¡cuánto tiempo deberá pasar antes que los hombres todos lleguen finalmente a tí después de haberse despojado de sus sórdidos hábitos de servidumbre y de prepotencia, de todas sus fealdades materiales y morales, de todos los males del cuerpo y del espíritu!...

¡Es un sueño, ciertamente! muy completo y perfecto, si lo tomamos a la letra, nosotros, hombres imperfectísimos. Pero es un sueño que brilla a los lejos, como un faro; nuestros ojos lo ven; es una realidad viva en nuestro espíritu; es una meta, tal como nos la describieron los poetas, quizás inalcanzable, pero a la cual es posible acercarse cada día más, con sólo que los hombres lo quieran.

Es un sueño en su conjunto, pero un sueño que se puede realizar cada día más en sus partes, aun infinitesimales. Y cada milímetro, cada pequeño paso con que el esfuerzo humano de nuestra voluntad nos acerca a esa meta lejanísima, es una conquista gloriosa de toda la humanidad, por la cual se pueden sufrir todos los dolores y dar sin lamentos la vida.

Marchando con sentido de deber, con constancia de sacrificios hacia esa meta, hacia ese faro lejano, llegaremos, sin duda, a nuestra Anarquía, que hoy tratamos de precisar en sus líneas más importantes; pero tampoco ella, quizá, nos satisfacerá, entonces, y querremos continuar el camino, siempre más adelante, siempre más arriba. Habremos desembarazado el camino, lo habremos abierto a todos los progresos ulteriores, y la anarquía será la mejor condición para que estos progresos se produzcan lo más libremente posible. Y será preciso progresar aún, progresar siempre, hacia la Utopía radiosa e inalcanzable de lo absoluto. ¡Excelsior!

***

La anarquía, desterrada de un cementerio

De nuestro colega, el periódico anarquista de Estados Unidos, *The Road to Freedom*, traducimos esta carta, que comenta un suceso bastante singular y muy significativo, para dar una idea del terror — infundado por ahora — que inspira el anarquismo en ese país:

"Parece que el cien por ciento de los norteamericanos, no solamente tienen miedo a los anarquistas vivientes, sino también a los que han muerto. En efecto, el solo nombre "anarquismo" los aterroriza.

El domingo 27, algunos amigos y camaradas se reunieron sobre la tumba de nuestra camarada Manya Spivak, donde se pensaba colocar una lápida funeraria en su memoria. En la piedra se hallaría la inscripción siguiente: "*A la noble y valerosa mujer, que fué una ardiente defensora de la anarquía. A sus camaradas les inspiró entusiasmos y en sus corazones deja un tierno recuerdo*".

"Ordenada la confección y colocada la lápida, con asombro mío, encontré que la palabra "anarquía" había sido borrada —más bien, rellenada con yeso— y ahora en la inscripción se lee: "*una ardiente defensora*"... (Pero ¿de qué?). Luego seguía: "*A sus camaradas*", etc.

"Después de haber inquirido sobre el enojoso asunto, se me informó que un tal Mr. Cole, presidente de la administración del cementerio y miembro de la "Better American Federation", no quiso permitir que "existiera una palabra semejante, que trata de derribar al gobierno en el cementerio". De modo que oficialmente el anarquismo ha sido desterrado de la *mansión de la paz*.

"Dejemos que esa palabra borrada quede como un documento histórico para las futuras generaciones. Ese hecho sólo le ha de sugerir, quizás, más a las futuras generaciones, que algunos libros de historia. Nuestros amos ven en esas palabras su destino escrito en el muro de la historia, y se asustan; no desean verlas. Pero nostros todos recordaremos a Manya y continuaremos siendo los defensores del anarquismo, empleando para ello su mismo entusiasmo, su misma devoción.

J. S.

Los Angeles, junio 28, 1926."

E. LOPEZ ARANGO

NACIONALISMO Y CAPITALISMO

Independencia política y esclavitud económica

Todos los movimientos políticos de independencia nacional son en su origen manifestaciones del descontento popular. Los pueblos sufren la explotación directa del capitalismo, vénse obligados a luchar contra los amos de la tierra, de las industrias, de todas las fuentes de producción y progreso; pero no siempre llegan a descubrir las raíces históricas del mal. Si los explotadores son extranjeros, y a la vez que el poder económico detentan el político, se subvierte el principio clasista por la prevalencia de preocupaciones raciales, idiomáticas o simplemente nacionalistas, fenómeno éste que produce una absurda alianza entre el proletariado y la burguesía para luchar contra el supuesto enemigo común.

Los movimientos nacionales de independencia, aun cuando en períodos de miseria dirigen sus esfuerzos a la atracción de las masas descontentas — y al generalizar su espíritu xenófobo señalan como enemigo al explotador extranjero, — se despreocupan por completo del problema social. Son movimientos políticos, de la burguesía y de la clase media, que tienden a asegurar el dominio de una casta gobernante autóctona, pero que eluden plantear conflictos serios al capitalismo expoliador. Por otra parte, en el nacionalismo entran también en juego intereses ajenos a la emancipación política de la burguesía nacional: influencias extrañas que mueven a los principales actores de vulgares e indignas farsas patrióticas.

No desconocemos las causas históricas que determinaron el desmembramiento del imperio colonial español. Esas mismas causas obran como factores determinantes en la composición y descomposición de todos los imperios, aun de los que disfrazan el dominio de la metrópoli industrial, militarista y política con protectorados forzosos y con tutelas que pretenden ser paternales. Mas no podemos desconocer tampoco que con la bandera del nacionalismo las burguesías locales —o de las colonias "en mayoría de edad" — buscan su emancipación política, no como un resultado natural de las aspiraciones de la Nación, sino simplemente como la consecuencia obligada de su desenvolvimiento como clase privilegiada e inteligente... La "intelligenzia" actúa sobre la base del nacionalismo para destacar su poder de casta, sin que por ello llegue a libertarse de la tutela del capitalismo y de las preocupaciones burguesas predominantes.

La independencia de América fué el resultado de la "intelligenzia" francesa — de las corrientes democráticas que llegaban de Europa por la vía transatlántica —, y no el fruto de un movimiento de redención de los parias sometidos, más que al poder político de las metrópolis colonizadoras y conquistadoras, al poder económico de los amos, extranjeros y criollos. De ahí que la emancipación política de las colonias americanas haya sido conseguida a expensas de los nativos, para beneficio de la burguesía criolla y de los capitalistas que llevaron a cabo la segunda conquista: la industrial y comercial.

Se explica que la independencia política de los Estados desprendidos del imperio colonial español y del resto de las colonias europeas en América, no haya operado un proceso social paralelo en las condiciones morales y económicas de los parias nativos. La esclavitud del indígena, si fué sancionada por la conquista respondiendo a motivos políticos y a razones de soberanía, no por eso deja de ser un hecho indiscutible que se hizo más precaria con el desarrollo de la burguesía local y con el cosmopolitismo capitalista. Los descendientes de los conquistadores — los criollos mestizos o de sangre europea —, formaron la burguesía y la "intelligenzia" americanas. Extraños a la vida y a los dolores e infortunios de los indios, su nacionalismo fué más ultramarino que autóctono: una especie de malentendido familiar con sus progenitores, que terminó con el reconocimiento de la mayoría de edad en los hijos cansados de la tutela paterna.

Ese hecho tiene una trayectoria de más de un siglo, pero ofrece hoy las mismas características. El patriotismo criollo, de la ciudad industrial y cosmopolita, invade la campaña en los períodos electorales. Se infunde en los nativos, con el alcohol que los envenena y aniquila, ideas extrañas a sus costumbres y a sus hábitos sencillos. Sin embargo, esa noción política de la nacionalidad no juega ningún papel en la vida esclava y miserable de las poblaciones indígenas, porque el enemigo natural de los campesinos pobres es el político criollo, el funcionario del Estado, el genadrme que representa a la patria para defender los intereses de gentes extrañas adueñadas de las tierras de sus abuelos. del producto de su trabajo y del pan de sus hijos.

Resulta ridícula la propensión xenófoba de los criollos de América. Nace en la ciudad, como producto del nacionalismo y como preocupación dominante en la "intelligenzia", ese artificioso movimiento contra lo extranjero. Son los hijos de extranjeros, de inmigrantes enriquecidos en el comercio, con apellidos exóticos casi siempre, los que fomentan el patriotismo de bullanga. Y son esos mismos patriotas, que ignoran hasta qué extremo aceptan la servidumbre del capital y hasta qué límite la Nación está encadenada a intereses bastardos, los que señalan como enemigos a los trabajadores que luchan contra las fuerzas opresoras que ahogan todo esfuerzo liberador en las masas oprimidas.

Los feudos industriales y agrícolas, el monopolio del comercio interior y exterior, la banca y las finanzas, están en las repúblicas latino-americanas en poder de compañías extranjeras. Ese fenómeno explica la sujeción de los gobiernos criollos a las metrópolis financieras dominantes en todo el mundo: a las reyecías del franco, de la libra esterlina y del dólar. Pero la burguesía criolla es patriota y nacionalista. La casta de la "intelligenzia" difunde en el pueblo el orgullo nacional, recuerda constantemente a los héroes de la independencia americana, exhibe como un motivo literario viejos arquetipos de una raza vencida y humillada.

De ese nacionalismo grotesco surge la contradicción más flagrante. La pequeña burguesía y la clase media, los intelectuales y los políticos, ocupan puestos privilegiados en las grandes empresas extranjeras, ofician de agentes del capitalismo en su calidad de funcionarios del Estado y son de hecho los ejecutores de la política opresiva de los consorcios financieros adueñados de todas las fuentes de riqueza del país. Y los mismos gobiernos, fautores de la invasión capitalista en América, ¿cómo contemplan los problemas nacionales? Acorralando a los indios en los últimos reductos que conserva aún su raza del despojo organizado por los patriotas de la ciudad, para que los "pioners" de la libra esterlina y del dólar no encuentren obstáculos en su avance.

El nacionalismo y el capitalismo se confunden. Las patrias chicas viven en estrecha dependencia con las grandes naciones conquistadoras y colonizadoras; y esa conquista pacífica, que realizan en América las grandes compañías explotadoras, cuenta con el apoyo de la burguesía y de la "intelligenzia", que encuentra útil para su dominación política el yugo impuesto a los trabajadores por un poder económico extraño a las preocupaciones nacionalistas y a la xenofobia de los patriotas por tradición...



VOLIN

LA FUERZA DEL ANARQUISMO

En nuestras filas, se habla mucho actualmente de las debilidades y de los defectos del movimiento libertario. Esto es bueno, es saludable, hasta necesario, de tiempo en tiempo, para todo movimiento que no quiera petrificarse, que desee evitar un amarre perpetua a un dogma inmutable, ciego, estéril.

Pero, como ocurre con frecuencia en todas las cosas, se concluye — o se comienza — por exagerar. Se habla con profusión de una "crisis del anarquismo", ni más ni menos. Son numerosos los camaradas que llevan la 'revisión" hasta la negación de ciertos principios fundamentales de nuestra concepción. Además casi ninguno se atreve nunca con los "lados fuertes" del anarquismo. Y esos "lados" existen, sin embargo. Es un error no ocuparse de ellos con mayor extensión, porque su análisis detallado sería por cierto de un considerable interés y de una utilidad por lo menos igual a la del exámen de nuestras debilidades.

Los defectos, o mejor dicho las insuficiencias del anarquismo son, en el fondo, de una naturaleza igual a las de todas las otras teorías sociales. Las ciencias humanitarias se hallan todavía en su estadío primitivo y, por tanto, todas las concepciones sociales se encuentran huérfanas de una base científica, neta, sólida, indiscutible.

El marxismo — menchevista (reformista) o bolchevista (revolucionario) -- pretende poseer esa base, se enorgullece de estar construído sobre cimientos científicos precisos. Esto es un error fatal. Es una debilidad, una gran debilidad, una debilidad capital, porque una falsa ciencia es peor que la falta de ciencia; porque nunca una falsa ciencia puede conducir hacia la verdad, indicar el verdadero camino, llegar a un resultado apreciable. Esta falsa ciencia se impone, es cierto, por su aire seguro, resuelto, conquistador. Pero allí reside precisamente, su punto débil su peligro mortal, puesto que, tarde o temprano llega el día en que el error, la ilusión nefasta aparecen con pristina claridad a todo el mundo, y entonces, todo el edificio se desmorona y se reduce a polvo. Tal es la suerte que, fatalmente, le está destinada al marxismo. Su "victoria" no tiene futuro. Además, es una debilidad porque la falsa ciencia obstaculiza para siempre la marcha hacia la verdadera ciencia. Un ignorante que cree saber, no sabrá jamás. Es por esta razón que el marxismo, ciencia falsa, se convierte bajo nuestros ojos en un dogma muerto; incapaz de llegar a poseer la virtud de una verdad fecunda.

El anarquismo no se reclama de esas falsas pretensiones. No substituye con una pseudo-ciencia una falta de ciencia. *Es una fuerza.* Es una fuerza porque, horror de orgullo científicos, todos los caminos que conducen a la verdad le están abiertos. El anarquismo busca la Verdad, *ergo* está en situación de encontrarla, de crearla. Es una concepción viva, fecunda, creadora. Es *él* quien tiene todas las probabilidades de hacer surgir, un día, la gran luz en las tinieblas de nuestra época. Porque en lugar de correr a través del mundo enarbolando una antorcha humeante que no alumbra es el sol levante llamado a iluminar el mundo naciente que busca. ¡Y lo encontrará!

Pero, no reside allí su única fuerza. Posee otra que crecerá rápidamente, *que se hace sentir cada día más.* Esa fuerza es la prueba palpitante, no por la teoría sino por la *experiencia*, por la práctica social de nuestro tiempo.

El sentimiento más profundo, el sentimiento *histórico* de nuestra época, es la demostración de la impotencia, del absurdo de todo poder, de toda autoridad, de todo Estado, con respecto a la emancipación, al renacimiento, a la resurreción de la humanidad en peligro. La vida misma trabaja hoy para el anarquismo, aumentando la magnitud del trabajo todos los días. Ella demuestra la nulidad de toda otra solución. *La vida misma es la fuerza del anarquismo.*

Arrojad la mirada en torno vuestro. Contemplad ahí a la democracia, esa solución bastarda, proporcionada por los grandes alquimistas sociales del siglo XIX, que se derrumba hoy con un estrépito tal que llena el mundo. No satisface a nadie ya. Ha sido desenmascarada. Está "quemada". Si se debate todavía en medio de los restos de su propia obra, es porque está presa de las últimas convulsiones que preceden a la muerte.

¿Qué hacen ante ese trágico paisaje las pobres masas humanas? Se dirigen hacia los dos polos opuestos, los únicos que parecen proporcionar una tabla de salvación: el fascismo y el bolchevismo. No quedan más que esos dos puntos. Los amos, los que poseen, los explotadores se vuelven cada vez con mayor entusiasmo hacia el primero; los siervos, los oprimidos, los explotados, hacia el segundo. No hay otro poder humano que pretenda hallar otra salida.

Asistimos, hoy a las dos experiencias por medio de las cuales se trata de salir del caos actual. Pero — *plus ca change, plus c'est la même chose* . Bien pronto, hasta los más ciegos comprenderán que fascismo y bolchevismo se equivalen, se asemejan como dos gotas de agua, se confunden... Entonces, la conclusión vendrá por sí misma: *Todos* los poderes, *todos* los gobiernos, *todas* las formas de la autoridad, *todos* los Estados se equivalen. Todos son la misma cosa: la iniquidad, la injusticia, la explotación, la miseria, la degeneración, el peligro. ¿Qué solución, la única posible se presentará entonces al espíritu de las masas humanas? La Anarquía: la organización de la vida sin poder, sin autoridad, sin gobierno.

Esta prueba *práctica* será proporcionada prontamente por nuestra época. Este es su verdadero sentido. Y allí reside la fuerza potencial del anarquismo. Es nuestro "encaje de oro" que yace todavía hoy en las profundidades subterráneas, pero que es deber nuestro encontrar hoy, comprobar mañana, traer hacia la superficie, explotar en provecho de todos, a fin de libertar, restablecer, resucitar a la humanidad esclava y moribunda.

Nuestras fuerzas, nuestras posibilidades son enormes. Es necesario tener profunda conciencia de ello y saber extraerles todo el beneficio que encierran. Se trata de colocarse a la altura de esa tarea y de esas prodigiosas posibilidades.

¿Lo estamos nosotros? Digámoslo con toda sinceridad: No, actualmente no lo estamos. Esta es nuestra debilidad fundamental. No lo estamos *porque no tenemos aún la conciencia profunda de nuestras fuerzas.* Perdemos fácilmente el valor y la seguridad ante el éxito momentáneo de los falsos libertadores, que están ahí, históricamente, nada más que para hacer saltar a la vista de todos la falsedad de su obra. Y hablamos de una "crisis"... Y estamos prontos a desesperar de nuestra causa... Y, con frecuencia, abandonamos las filas, nos apartamos, nos sentimos disgustados descorazonados, deprimidos...

No, no tenemos aún conciencia de nuestras fuerzas. No estamos hoy a la altura necesaria. ¡Tratemos de estarlo mañana!

JOHANN MOST:—

Así se titula la obra de Rudolf Rocker, comentada y discutida por los más conocidos teóricos del socialismo en Europa. LA PROTESTA comenzará a publicarla en folletín a partir del 1º de septiembre, en ocasión de su nuevo formato.

Camaradas: Leed el diario LA PROTESTA.

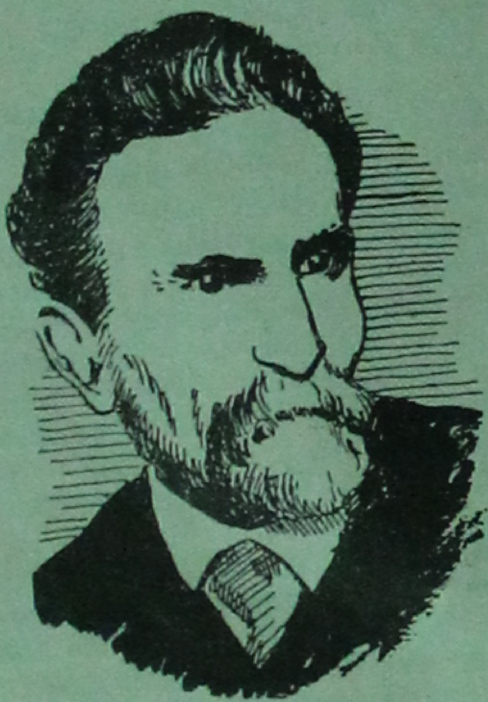
Suscripción mensual al diario y al Suplemento, $ 2.50 — al Suplemento solamente, $ 5.00 por año.—

ERRICO MALATESTA

Mi primer encuentro con Bakunin

Era el fin del verano de 1872, en Nápoles.

La Federación Napolitana de la Internacional de los Trabajadores nos había delegado a Cafiero y a mí para representarla en el Congreso que se debía celebrar en Suiza (y que se celebró, en efecto, en Saint Imier, en el Jura bernés), para un entendimiento entre todas las secciones de la Internacional que se habían rebelado contra el Consejo General, el cual, bajo la dirección de Carlos Marx, quería someter toda la Asociación a su autoridad dictatorial, y dirigirla, no a la destrucción, sino a la conquista del poder político.



Yo estaba lleno de fervor en aquellas luchas, de las cuales debía depender la suerte de la Internacional y el porvenir de la acción revolucionaria y socialista.

Jovencito, en mis primeras armas, era naturalmente muy feliz al poder ir al Congreso, entrar en relación directa con compañeros de todos los países y, tal vez también, orgulloso por hacer oir mi voz. ¡En aquella edad, cuando no se es una marmota, se está un poco demasiado lleno de sí! Pero lo que, sobre todo, me entusiasmaba era el pensamiento que conocería a Bakunin, que me volvería (no dudaba de ello) su amigo personal.

Bakunin en Nápoles era una especie de mito. Había estado allí, creo, en 1864 y en 1867, dejando una impresión profunda. Se hablaba de él como de una persona extraordinaria, y, como suele ocurrir, se exageraban sus cualidades y sus defectos. Se hablaba de su estatura gigantesca, de su apetito formidable, de su vestir descuidado, de su negligencia pantagruélica, de su desprecio soberano del dinero. Se contaba que, llegado a Nápoles con una gran suma, en el momento en que se presentaban a menudo revolucionarios polacos escapados a la represión que siguió a la insurrección de 1863, Bakunin dió simplemente la mitad de todo lo que tenía al primer polaco necesitado que encontró, y después la mitad de la mitad que le quedaba al segundo polaco, y así sucesivamente hasta que — y no se necesitó mucho tiempo — quedó sin un céntimo. Y entonces tomó el dinero de los amigos con la misma indiferencia señorial con que había dado el suyo. Pero esto y otras cosas eran la leyenda.

Lo importante era la gran conversación que se tenía en todos los círculos avanzados, o supuestos tales, en torno a las ideas de Bakunin, que había ido a remover todas las tradiciones, todos los dogmas sociales, políticos, patrióticos, considerados hasta entonces por la masa de los "intelectuales" napolitanos como verdades seguras y fuera de discusión. Para unos Bakunin era el bárbaro del norte, sin dios y sin patria, sin respeto para ninguna cosa sagrada, y constituía un peligro para la santa civilización italiana y latina. Para los otros era el hombre que había llevado a los muertos pantanos de las tradiciones napolitanas un soplo de aire salubre, que había abierto los ojos de la juventud que se había aproximado a él hacia nuevos horizontes; y éstos, los Fanelli, los De Luca, los Gambuzzi, los Tucci, los Palladino, etc., fueron los primeros socialistas , los primeros internacionalistas, los primeros anarquistas de Nápoles y de Italia.

Y así, a fuerza de sentirles hablar, Bakunin se había convertido para mí también en un personaje de leyenda; y conocerlo, aproximarme a él, calentarme a su fuego era para mí un deseo ardiente, casi una obsesión.

El sueño iba a realizarse.

* * *

Partí, pues, para Suizo, junto con Cafiero.

En aquella época yo estaba enfermizo, escupía sangre y era juzgado tísico o casi, tanto más cuanto que había perdido los padres, una hermana y un hermano por enfermedad del pecho. Al pasar el Gottardo por la noche (entonces no existía el túnel y era necesario rodear la montaña nevosa en diligencia) me resfrié y llegué a Zurich, a la casa donde estaba Bakunin, por la noche, con tos y fiebre.

Después de la primera acogida, Bakunin me acomodó una camita, me invitó, casi me obligó a extenderme encima de ella, me cubrió con todas las mantas y abrigos que pudo recoger, me dió té hirviente y me recomendó que estuviera tranquilo y durmiera. Y todo esto con una premura, una ternura materna que me conmovió el corazón.

Mientras estaba envuelto bajo las mantas y todos creían que dormía, oí que Bakunin decía, en voz baja, cosas amables sobre mí, y después añadía melancólicamente: "Lástima que esté tan enfermo; lo perderemos pronto; no tiene para seis meses". No di importancia al triste pronóstico, porque me parecía imposible que



pudiese morir (me cuesta trabajo creer en ello todavía hoy); pero pensé que habría sido casi un delito el morir cuando hay tanto qué hacer por la humanidad, me sentí feliz por la estima de aquel hombre y me prometí a mí mismo hacer todo lo posible por merecerla.

Al día siguiente me desperté curado y comenzamos con Bakunin y los demás, suizos, españoles y franceses, aquellas interminables discusiones a que Bakunin sabía dar tanto encanto.

Fuimos a Saint-Imier, donde — nótese el rasgo de psicología popular — los muchachos acogieron a Bakunin al grito de "¡Viva Garibaldi!". Naturalmente, siendo Garibaldi el hombre que más habían oído celebrar, aquellos muchachos pensaban que debía ser un hombre colosal. Bakunin era colosal, lo vieron rodeado y festejado y pensaron que no podía ser más que Garibaldi.

Tomamos parte en el Congreso, después volvimos a Zurich, discutiendo siempre, tomando acuerdos y haciendo proyectos hasta entrada la noche.

* * *

Conocí a Bakunin cuando él estaba ya en edad avanzada y minado por las enfermedades contraídas en las prisiones y en Siberia. Pero lo encontré siempre lleno de energía y de entusiasmo y comprendí toda su potencia comunicativa. Era imposible para un joven tener contacto con él sin sentirse inflamado por el fuego sagrado, sin ver ensanchado los propios horizontes, sin sentirse caballero de una noble causa, sin hacer propósitos magnánimos.

Esto ocurría a todos los que caían bajo su influencia. Después algunos, una vez cesado el contacto directo, cambiaron poco a poco de ideas y de carácter y se perdieron por los más diversos caminos, mientras otros sufrieron y, si sobrevivieron, sufren aún aquella influencia; pero no hubo nadie, creo, que al entrar en contacto con él, aunque fuese por breve tiempo, no se haya vuelto mejor.

* * *

Para acabar, relataré un episodio característico. Tal vez lo haya contado ya otras veces, pero en todo caso merece ser repetido.

Era el momento, el del Congreso de Saint-Imier, en que Marx, Engels y sus secuaces, por odio de parte y por vanidad personal ofendida, se esforzaban más por esparcir la calumnia contra Bakunin, a quien se describía como un personaje equívoco, tal vez un agente del zarismo.

Uno de aquellos días se habló de la cosa en presencia de Bakunin, y todos se mostraron justamente indignados, cuando uno de nosotros, no dándose cuenta de la enormidad que decía, salió con esta proposición: "Es preciso pagar a aquella gente con la misma moneda; ellos calumnian, calumniémosles también nosotros".

Bakunin se sacudió como un león herido, fuiminó de una mirada al proponente, se levantó en toda su gigantesca persona y gritó: "¿Qué dices, desdichado? No, es mejor ser mil veces calumniado, aunque la gente nos crea así, antes que rebajarse a ser un calumniador."

Yo veo todavía el gesto magnánimo.

D. A. DE SANTILLAN

EL CARBON

Una crisis sin solución en el capitalismo

I

La huelga minera inglesa atrajo la atención de las mentalidades un poco despiertas sobre el significado del carbón en la vida industrial del capitalismo. Los políticos, los economistas, los jefes obreros, los literatos, todo el mundo cubre la noción del carbón con un interrogante de inquietud, de inseguridad y de temor. El carbón, rey de la industria, árbitro de la política internacional, clave de guerras y de alianzas, potencia incontrastable en todos los dominios de la vida, ha perdido la situación de hegemonía que tuvo hasta hace pocos años. La decadencia de ese poder tan temido trae consigo una evolución económica y política difícil de prever en todo su alcance, pero, en todo caso, trascendental y profunda. Lo que saldrá de esta crisis que empaña la gloria del carbón, no lo sabemos; lo que sí sabemos es que la crisis está unida intimamente al sistema entero de producción del capitalismo, que el carbón, en su ascenso, su apogeo y su decadencia es un fiel reflejo del proceso del desarrollo industrial, y por eso consideramos que no están demás algunos datos concretos sobre esa materia aparentemente tan insignificante y despreciable.

He aquí la producción de hulla en los países más importantes de Europa y en Estados Unidos:

1913.	1.342.000.000	toneladas
1914.	1.205.000.000	,,
1915.	1.196.000.000	,,
1916.	1.296.000.000	,,
1917.	1.345.000.000	,,
1918.	1.331.000.000	,,
1920.	1.300.000.000	,,
1921.	1.100.000.000	,,

Estos datos han sido publicados por el *Geological Survey* de los Estados Unidos. El *Report of the Royal Comission on the Coal Industry* (1925), Londres, 1926, tomo III, da cifras aproximadas, pero de la producción mundial. Tomando por base de comparación el año 1913, según el *Report* inglés, en 1922 la producción mundial de carbón era un 91 por ciento; en los años 1923 y 1924 la producción carbonífera fué superior a 1913, y en 1925 igual a 1913. Aun tomando estos datos con el tacto necesario y con las salvedades del caso, pues no podemos pretender más que meras aproximaciones, vemos bien claramente que el carbón desempeña un papel extraordinario en la economía mundial. *Mil trescientos millones de toneladas* de hulla al año, sin contar la lignita, es una suma respetable que puede darnos una idea de lo que pesa ese factor en la vida industrial.

Pongamos frente a la estadística anterior de la extracción de carbón, esta otra sobre el petróleo:

1913 . . .	52.947.738	toneladas métricas
1915 . . .	56.471.181	,, ,,
1917 . . .	60.850.176	,, ,,
1919 . . .	72.167.934	,, ,,
1920 . . .	91.964.385	,, ,,
1921 . . .	100.530.604	,, ,,

Y en estos últimos años la producción ha ido en aumento constante. Aquí observamos, a simple vista, que desde 1913 a 1921, en un lapso de tiempo de ocho años, la producción mundial de petróleo se duplicó.

Y las contradicciones insolubles del capitalismo se observan al comparar las dos estadísticas; aunque la extracción de carbón tengan tendencia a disminuir en general y singularmente en Inglaterra, su relativo equilibrio en la economía no se ha visto tan hondamente perturbado como hubiera sido de prever, dado el desarrollo prodigioso del petróleo. En 1905, con una aplicación mínima del petróleo a la industria, había una extracción mundial de carbón, de cerca de mil millones de toneladas, es decir, un 70 por ciento de la suma de 1913; la extracción de esa materia fué en aumento, y sus aplicaciones fueron casi soberanas; con la guerra mundial las aplicaciones del petróleo adquirieron proporciones fantásticas. Y, sin embargo, el carbón no ha disminuído,

con mucho, en la proporción del desarrollo de su concurrente. ¿Cómo se explica eso? Ante todo, por la extensión de la industria, y en segundo lugar por aquella ley económica enunciada por P. J. Proudhon, según la cual un progreso en una rama de actividad cualquiera no excluye la actividad precedente. Por ejemplo, la medicina no mató el curanderismo, y sería aventurado decir que existen hoy menos curanderos que antes de conocerse la ciencia médica. El transporte ferroviario no suprimió las carretas de bueyes ni libró al hombre de llevar sobre sus espaldas, como en los tiempos más primitivos, pesadas cargas. El primer medio de transporte fué el hombre; desde entonces hasta el transporte aéreo la evolución ha sido grande, y esa evolución, aunque seamos ciegos, podemos verla intuitivamente, palpar a todos los días, sin necesidad de recurrir a los libros de historia. En nuestro tiempo está representada toda la cadena de la evolución de los medios del transporte, y hay razón para preguntarse si los aeroplanos de carga, los ferrocarriles eléctricos, los automóviles, etc., han traído alguna ventaja a la humanidad como conjunto, existiendo tantos seres humanos obligados a trabajar tan rudamente como en la prehistoria por el pan cotidiano.

Lo que decimos de los medios del transporte podemos decirlo de otra función económica cualquiera; junto a los progresos más temerarios, encontramos los métodos más rudimentarios, y eso contribuye a explicar también que en el período de la electricidad, que ya se vislumbra concurrente del petróleo, antes de haber afirmado éste su completa hegemonía frente al carbón, el desenvolvimiento de la aplicación del petróleo, como combustible, no haya suplantado en la medida que se hubiera podido prever, el empleo del carbón.

Hoy tenemos en la navegación otro ejemplo. Los barcos de vela surcan todavía los mares, habiendo desaparecido en una medida insignificante frente a la concurrencia de la navegación a vapor. También la navegación a vapor, producido por el carbón, se sostiene y aumenta sin cesar su tonelaje, no obstante la aplicación del petróleo, que resulta más económica y más cómoda, a los motores. Por fin, la navegación a petróleo, cada día más intensa, no sólo se sostendrá, sino que aumentará su tonelaje frente a la moderna navegación eléctrica. ¿A dónde vamos a parar con ese desarrollo del tráfico, paralelo al desarrollo industrial? ¿En qué medida se labra la felicidad humana con esos adelantos, con esos progresos? Nos tememos mucho que lo que no hizo el carbón por la justicia y la libertad y el bienestar de los hombres no ha de hacerlo ni el petróleo ni la electricidad. Más bien habría que constatar que el malestar aumenta, a medida que el industrialismo crece; la humanidad no saca provecho alguno de esa loca concurrencia de las industrias y de las materias cotizables; en cambio, ve cada día más restringida su libertad y sus posibilidades de emancipación, porque el industrialismo en la sociedad, como el nacionalismo en los pueblos, es factor de división humana, nunca de unión y de concordia. Y a la ley marxista de la concentración de los capitales y de las clases, la realidad opone una división creciente de capitales y un aumento incontenible de las divergencias en el seno de las supuestas clases.

Consideramos que a través del carbón, por opaco que sea, podemos ver la esencia del capitalismo moderno y la carrera loca de la industria capitalista hacia un porvenir cada vez más inquietante e inhumano. El divorcio entre el progreso técnico y el ideal de la dicha humana está lejos de llevar todavía a una solución.

¿A dónde va el mundo? Lancemos una mirada, a través del carbón, en las complicaciones de la vida económica, política y social contemporánea, para elevarnos luego a consideraciones más concretas.

LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO...
tiene en el libro de Rudolf Rocker, JOHANN MOST, LA VIDA DE UN REBELDE,
un óptimo exponente. Esta obra se publicará en folletín en el diario LA PROTESTA a partir del 1º de septiembre.
Trabajadores: Leed LA PROTESTA.



EN LA CARCEL

BIBLIOGRAFIA

"Un poeta en la ciudad" — Gustavo Riccio — Editorial "La C. de Palo".—

Por ahí en uno de sus libros, dice Bergson:

Si la realidad hiriese directamente nuestros sentidos y nuestra conciencia; si pudiéramos entrar en comunicación inmediata con las cosas y con nosotros mismos, pienso que entonces el arte sería inútil, o más bien, que todos nos habríamos convertido en artistas, porque nuestras almas vibrarían al unísono con la naturaleza y con todo lo creado.

Es un supuesto improbable y casi absurdo que tiende a darnos, en cambio, por refracción, la justa medida del valer que el artista tiene en la vida y en relación con sus coetáneos, los hombres. El fragmento de este pensamiento, que en nuestra boca hubiese podido reducirse a una solemne perogrullada, en los labios del filósofo francés cobra otra importancia no solamente merced a la celebridad de la firma, y sí porque siendo una verdad antiquísima, ha sido siempre aceptada a medias, y era y es necesario repetirla sin cesar. Entonces cuanto más prestigiosas sean las palabras que la expresen y la vistan, más fecunda ha de ser.

En este libro de versos, de breves poemas, urgente era recordar esta verdad, puesto que Gustavo Riccio, de las realidades domésticas y urbanas más prosaicas, vulgarotas, supo libar su esencia poética y tornarlas en fraganciosa miel, en emoción o en saltarina y lírica alegría.

Es su primer libro, y cuenta su autor muchos menos años que el número de poesías contenidas en él. Es su primer paso, que no está exento de esa decisión y firmeza que denota una conciencia orientadora. Es ésta una calidad, casi cardinal, que aquilata el conjunto y le proporciona vértebra, carácter, consecuencia filosófica a su libro: una ligera, tolerante y humanitaria filosofía.

Baudelaire, quien con sus "Flores del Mal" quiso probarle a la beocia circundante que la poesía se hallaba en todas partes, se propuso encontrarla en los sitios más inverosímiles, donde menos se lo pensaría la mayor porción de los seres humanos. Así, con su canto a la carroña, hizo fulgurar con nueva luz la verdad filosófica que nos dice que hasta en las cosas más indignas hay su pequeña o grande almendra poética. La poesía se halla, entonces, donde está el sentimiento poético. No en el universo material, sino en nosotros mismos. Lo que refrenda indirectamente las palabras bersognianas, estableciendo la imprescindible necesidad del artista. Y lo que coincide también con lo dicho por Carlyle: *todos los objetos tienen ventanas para asomarnos al infinito.* Y, además, todo ello, Baudelaire, como se vé, lo puso en práctica viviendo todas estas verdades intensamente, como cabe en un artista de raza.

¿Deduciremos por esto que el sentimiento poético es privativo solamente del poeta? No, por cierto. En la emoción humana se da una gama infinita, así como en la irradiación de matices del arco iris; llegamos de este modo a la tonalidad y a la intensidad: calidad y fuerza.

Estos dos elementos, cerebral y anímico, podrán metamorfosear la realidad en la superior materia de arte, y a veces en esencia poética. La armoniosa conjunción de ambos, dió frutos muy sabrosos, y en raras ocasiones un licor humano con sabor de eternidad. Se trata ahora de planter el punto en qué proporción Gustavo Riccio es un sentidor o un rumiador, un ente razonante. Nos parece que aquí también se ofrece ese feliz equilibrio de estas dos facultades. Habrá quienes, ante el sesgo realista de su obra, se inclinen por el razonador, en el que vé en todo asunto su pepita filosófica.

Sin embargo, cualquier sensibilidad encontrará más lastre al querer elevarse a un modesto cielo poético, como en el caso presente, que cuando el aéda templa su lira en un tono subjetivo que de hecho navega en una atmósfera de sentimentalidad. Pero en los dos casos, para ser ecuánimes, debemos atenernos a los últimos resultados: la realización.

Si realzamos el mérito suyo, en escoger temas de un pronunciado prosaísmo, no fué por encarecer lo nuevo, ni lo original que había en ello — que en verdad no pudo nunca haberlo, puesto que desde Walt Witman hasta el ultraísmo la poesía metió la nariz en todas partes, aún en las que no debía —, sino porque supo ennoblecerlos y hacerlos vibrar de una emoción hondamente varonil.

Bastaría de sobra para justificar la aparición de este libro, "Al Cristo expuesto en una fiesta de bodas". Pero no. No es esta sola la mejor poesía de este volumen; aunque no se repita con frecuencia el fenómeno de convertir lo aborrecciblemente vulgar en una joya cintilante de íntimo sentimiento, como acontece con gor. Pueden ser ellas *Palabras a Milonguita, Elogio a los albañiles italianos, Casa de Departamentos*, y etc.

En definitiva, nos hallamos frente a una poesía de sexo definido, que no se codea con el androginismo metafórico al orden del día. Si en ocasión se excede en una bonachonería ingenua, sabrá resarcirse con creces en sus posteriores producciones. Su juventud ha de llevarle por grandes caminos. — At.

Armand E.—"Realismo e idealismo mezclados", 138 págs. en 8.o — Librería Internacional, París. Tradución y prólogo de V. Orobón Fernández.—

Este pequeño volumen consta de los siguientes trabajos, dispersos por los viejos periódicos individualistas de Armand:

La libertad triunfará. — Vivir su vida. — Los conformistas. — A vosotros, humildes. — Cuando navidad llega. — El "bluff" criminalista. — Yo no me siento hastiado. — Un bárbaro. — El ave de rapiña. — Realistas y poetas. — Los discípulos de Emaus. — Las sirenas. — Al salir del bosque. — El macabrismo. — Max Stirner, su vida y su obra. — L. Tolstoi. — Edgar Poe.

Precio del ejemplar, 50 centavos.

Ortega y Gasset Eduardo —"España encadenada. La verdad sobre la dictadura" — 340 págs.; Juan Durán, impresor, París, 1925.—

El libro de este político conservador, que se declaró republicano al producirse el golpe de estado militar de septiembre de 1923, tiene una serie interesante de apreciaciones y de menudencias sobre la vida política española de los últimos años, sobre la génesis de la dictadura militar, como respuesta al pedido de responsabilidades de las cortes por el desastre de Annual y otras causas. Refleja la personalidad de Alfonso XIII, entrometido e hipócrita, con pretensiones de controlar la vida de todos los partidos de gobierno para tener siempre instrumentos dóciles a su servicio. El fracaso de todas las arrogancias regeneradoras de Primo de Rivera hallan en este libro una buena exposición. Claro está, nos separan muchas divergencias de interpretación, muchas actitudes, tanto en el detalle como en el conjunto, y el rebatir algunos de sus conceptos sería labor fácil, pero eso no impide que recomendemos su lectura a los interesados en el estudio de la situación española.

Marañón Dr. Gregorio. — "La educación sexual y la diferenciación sexual". 36 págs. Ed. Generación Consciente, Valencia.—

Esta conferencia del famoso médico español, aparte de la belleza y de la fluidez de la dicción, sostiene una tesis fundamentada en estudios biológicos, que, justa o no, es altamente sugerente y sirve para explicar muchos fenómenos corrientes de la psicología sexual. El doctor Marañón nos habla de la indiferenciación sexual primitiva, de la revelación gradual del sexo y de la influencia de la educación para matar o neutralizar en el hombre lo que hay de mujer y en la mujer lo que hay de hombre.

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

RESPUESTA DE M. NETTLAU

—

VII

¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero actual?

¿Se trata de la crítica, que se dice individualista promovida contra tendencias llamadas demasiado autoritarias o demasiado organizadoras en los grupos, en los sindicatos, los periódicos, etc.? ¿O bien es cuestión de los que se colocan completamente aparte y proclaman y elaboran en detalle un individualismo teórico que se esfuerzan por practicar personalmente? No diré más que ésto, que *individualismo* como *socialismo* o *solidarismo* absolutos no pueden existir. La naturaleza produce la interdependencia de los organismos y no conoce el aislamiento completo, por grande que sea la necesidad de autonomía en muchos organismos. Si a ese mantenimiento de la mayor autonomía posible se agrega un deseo de acaparamiento, tenemos el *egoísmo;* si la interdependencia es bien comprendida y generosamente ejercida, tenemos el *altruismo.* Necesariamente esos factores operan en grados diferentes en los hombres y los que no son amplios de espíritu critican a los demás y se ponen como modelos, — tales discusiones no pueden acabar nunca, porque no hay nunca igualdad de condiciones y un criterio único. Muy a menudo tales discusiones son enteramente vanas.

Tomemos la más simple organización anarquista: tiene ya una acción triple ante sí. Combate el pasado, las potencias autoritarias. Trata de difundirse en el medio imperfecto, indiferente que le rodea. Y aspira a realizar lo más posible de la libertad futura en su manera de obrar, iniciando a sus miembros en la práctica de la libertad. Es evidente que esa triple actividad exigirá actitudes a menudo diferentes según el objeto presente—la resistencia o el ataque, la propaganda; la vida libre y la concepción del porvenir son asuntos que exigen grados diferentes de cohesión, de cooperación, de puntualidad, etc., que permiten un máximo diferente de libertad. Entonces nada más fácil que los malentendidos, la crítica mutua — pero también nada más inútil. Alguien dirá *siempre* que se es demasiado autoritario, y alguien dirá *siempre* que hay falta de cooperación, que se ha obrado demasiado como individualistas.

Lo mismo ocurre con tantas otras diferencias que surgen siempre del hecho que alguien se tome a sí mismo o a sus amigos como medida-modelo y censura todo lo que difiere. Eso no es individualismo, es autoritarismo — aunque se le llame cien veces con el nombre de individualismo. Un tal "individualista" se engaña mucho si cree ser el verdadero libertario; no es más que *individualista-autoritario* y como tal un aspecto y complemento del autoritario colectivo. La autoridad puede ser de derecha y de izquierda — ¡ y no digo que esté siempre ausente del centro! Para mí está allí donde se propone la doctrina *única*, presentándose como la verdad verdadera.

Con eso no preconizo de ninguna manera la inmunidad de las organizaciones de la crítica y sé muy bien que la autoridad se vuelve a insinuar pronto y que es preciso estar alerta contra ella incluso en el ambiente más avanzado; — pero no reconozco el culto de las palabras, no me inclino ante la palabra individualismo como crítica sumaria, como panacea. *Eliminar la autoridad* me parece más importante que cultivar la individualidad, expresión que tiene tantas significaciones que no dice ya gran cosa.

Considero, pues, en suma, que hay algo mejor que hacer que luchar entre sí continuamente invocando el individualismo; si hay errores, abusos, es preciso hacer mejor por vía directa, sin esos desvíos de crítica que se dice individualista, que no tiene por resultado más que el agriamiento y que se produzca demasiado desinterés por el individualismo serio — la necesidad de autonomía, el correctivo indispensable de una sumersión del individuo en una colectividad.

VIII

¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

Si es cuestión general, diría que *tradición y ausencia* o *rechazo de tradición* están en la misma relación que lo están solidarismo o societarismo absoluto e individualismo absoluto. El individuo está tan sujeto a la interdependencia en el espacio como en el tiempo; está asociado a su ambiente contemporáneo y no puede separarse absolutamente de él, y está ligado con lo que le ha transmitido el pasado y no puede separarse de ello; el aislamiento es un fenómeno materialmente imposible. Todo es pues una cuestión de grado — para el individualismo, para la independencia intelectual que rechaza la tradición, como para el individuo demasiado fundido en su ambiente, que vive demasiado en el pasado.

La tradición transmite muchos errores, las supersticiones religiosas, prejuicios nacionales, hábitos serviles; pero corresponde a la educación, al ambiente saneado el eliminarlos. Transmite muchas buenas cosas, da una riqueza interior, un fondo sólido de experiencia que hace falta a todo hombre. Desdichado es el desarraigado a quien las circunstancias privan de todo eso y que no tiene nuevas ocasiones para proveer su cerebro de conocimiento abundantes.

La propaganda individual es buena cuando se refiere a lo que el hombre tiene en su cabeza por la tradicción; es siempre importante hacerle comprender que la anarquía no es nada nuevo, artificial, exterior a los hombres, que no es más que la plena realización de las facultades inherentes a cada hombre y que es preciso allanar los obstáculos, vivir según la libertad y la equidad y se tendrá esa dicha que las generaciones pasadas han soñado sin alcanzarla, que todo hombre sueña — no es preciso más que *querer.*— La propaganda local encontrará medio de relacionarse a la tradicción local, a las antiguas luchas, a los sufrimientos del pueblo en el pasado, que e capitalismo quiere perpetuar, etc.

Para la acción, evidentemente, es preciso saber decidir si se seguirá un precedente o si se obrará de modo nuevo.

La tradicción es un factor precioso si es utilizado con discreción, en justa proporción, donde lo hace en cada situación especial.

Para las ideas anarquistas, si son antiguas, su elaboración más precisa es bastante reciente y fué hecha cada vez por los autores más reconocidos, los Proudhon, Bakunin, Reclús, Kropotkin Malatesta, Mella, Landauer y otros y por muchos más, menos conocidos, necesariamente bajo la influencia de las situaciones, etc., *de su tiempo.* No han establecido pues programas inalterables, han hecho lo mejor que pudieron para su época, — a nosotros y a los que nos sigan compete hacer lo mismo. Conocemos su experiencia y nos aprovechamos de ella, pero ninguna tradicción debe pesar sobre nuestro propio juicio. En efecto la situación general sufre cambios tan rápidos y tan profundos que más que nunca el estudio nuevo y profundo se impone a nosotros. Tal vez la tradicción pesa demasiado sobre algunos, se repiten demasiado los resultados tradicionales que se creen permanentes. No son permanentes más que en tanto que son aplicaciones perfectas del espíritu y del método anarquistas a las situaciones de *su* tiempo; — ¿quién no piensa que Proudhon y Bakunin, Reclús y Kropotkin, viendo lo que pasa alrededor de nosotros y examinándolo a fondo, sabrían sacar conclusiones importantes y útiles y que no pensarían en lo que han escrito ellos mismos hace mucho tiempo? Y bien, a nosotros nos concierne ese trabajo, en su espíritu, según su método (si no hay otro superior), con su esmero y su ardor, pero *sobre los inmensos materiales nuevos* que la época presente y nuestra experiencia desde su tiempo nos ofrecen. Tradición, experiencia, observación, pensamiento nuevo — todo eso debe cooperar en el cerebro de los que quieren abrir vías nuevas a nuestras ideas.

IX

Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas, ¿pudieran los compañeros estudiar el orígen, bases y fundamentos de la Biblia?

He aquí un asunto inmenso que exigiría la descripción del estado presente de grandes estudios internacionales hechos, desde hace mucho tiempo, menos por los teólogos que por los filológos de lenguas orientales diversas, los historiadores del occidente de Asia, de Egipto y de la esfera greco-romana, los arqueólogos escavadores de ruinas, los *folkloristas*, los conocedores del derecho comparado, los paleógrafos que exáminan la edad de los manuscritos y otros hombres de la ciencia internacional, incluídos los historiadores de creencias, dogmas y concepciones filosóficas, la parte histórica — única que ofrece un interés objetivo — de la teología, etc.

Esas investigaciones son intensificadas en nuestros días por la riqueza sorprendentes de los hallazgos, desde Asia menor a la Mesopotamia, la Arabia, el Egipto, rodeando la Palestina y Siria, en ruínas de construcciones, inscripciones en lenguas descifradas o todavía desconocidas, bibliotecas (de tabletas en carácteres cuneiformes), etc.

Por ese medio se llega, por ejemplo, a nombres propios que se encuentran en los textos bíblicos, egipcios, griegos, o en la nomenclatura local tradicional y cae el velo de un nuevo rinconcito, se sabe comprender mejor tal o cual pasaje enigmático hasta aquí — y así sucesivamente.

Ese trabajo se prosigue día y noche: ¿cómo pues hacer el balance cuando al día siguiente será completado aún? Es absolutamente como en química, por ejemplo, en electricidad, en máquinas, en radiografía, etc. donde lo sabido hasta el 31 de diciembre de 1925 no está ya al día si no se está también al corriente de lo que aportaron los primeros seis meses de 1926 de nuevo.

Para un no especialista es imposible desenmarañar lo que esos estudios establecen de definitivamente adquirido, lo que permanece hipótesis más o menos probable y lo que está sujeto a duda y a precaución. El no iniciado debe estar aún en guardia contra los trabajos incompetentes, pero que no tiene el medio de reconocer como tales. Pero tampoco el especialista de una rama está siempre a la altura en todas las demás, no lo está más que muy raramente, pues el asunto se complica cada vez más. ¿Qué será cuando ciertas lenguas desconocidas hayan sido leídas?—se dice que los textos de la lengua de los frigios, pueblo cronológicamente anterior a los lidios, no están aún descifrados.

Hoy mismo en que escribo ésto he leído el último de los tres artículos extraordinarios, aparecidos el 20 de mayo y el 16 y 1 de junio de 1926 que se ocupan del pasaje muy conocido concerniente a Jesucristo en las *Antiguedades judías* de Tito Flavio Josephus,— ese pasaje considerado como una interpolación cristiana en ese libro de un autor judío, pero que no ha sido eliminado por la simple duda, expresada a menudo desde el siglo XVIII. Existe, parece, una antigua traducción rusa de Jesephus, conservada en manuscritos en Moscú y en Kazan, muy diferente del texto griego generalmente conocido y se piensa que un primer texto en hebreo o en arameo por Josephus, escrito para los judíos en el reino de los Partas, haya servido de base al texto conservado en el viejo ruso mientras que una redacción posterior, redactada con auxiliares griegos y destinada a los judíos helenizados en el imperio de los romanos sea la generalmente conocida en griego. Con ayuda de esas dos versiones y de los restos de tradición dispersos en los autores paganos y cristianos hasta el siglo XIII que tenían conocimiento de tales o cuales manuscritos perdidos, de textos desconocidos para nosotros, se llega a una reconstrucción hipotética del texto primario de Josephus. Este habría estado perfectamente al corriente de una rebelión de los galileos en las Pascuas del año 33, bajo la influencia de las ideas de Jesucristo, sofocada en sangre por Poncio Pilatos, represión aceptada por los judíos. En una palabra, se cree poder demostrar que los orígenes del movimiento cristiano están en esa rebelión, no de Jesucristo mismo, que fué supliciado a consecuencia de ella, sino de sus adeptos impacientes que parecieron por esto tan peligrosos a los judíos y a los romanos. Más tarde los cristianos han borrado esos antecedentes de rebelión en los textos hasta hacer desvanecer el recuerdo en la tradicion. Habrían hecho lo mismo con la descripción de la persona de Jesucristo; en lugar de *encorvado* (epikyphos), se le dice *bien hecho* (euhelix), por *nariz larga* (epirhinos) se puso *una bella nariz* (eurhinos), por *synophrys* (pestañas conjuntas), *enophrys* (bellas pestañas), por *oligotrichos* (pocos cabellos) *oulotrichos* (cabellos crespos). La mitología cristiana, no pudiendo destruir de inmediato esa tradición, emitió la explicación mirífica que Jesucristo tenía *dos* formas, una fea, en la que se apareció a los profanos y una forma bella, celestial para los discípulos creyentes. Evidentemente, de ahí a generalizar la forma idealizada y a hacer olvidar la forma vulgar no había gran trecho. (Estas investigaciones, que soy completamente incapaz de juzgar, se basan en ese texto viejo-ruso publicado en parte por el profesor Berendts en Dorpat, en *Texte und Untersuchungen*, 1906, de Harnack, y que será publicado próximamente en texto completo por el profesor Konrad Grass, en Dorpat; el resumen de esos trabajos y muchas conclusiones de las más extraordinarias son del doctor Robert Eisler).

He ahí pues una ojeada — correcta o demasiado aventurada, pero escrita según la apariencia por un hombre de erudición especializada y de razonamiento penetrante — en esa gran serie de maquinaciones que han desatado un lazo entre los hechos que han podido dar un primer impulso al cristianismo, y lo que más tarde los personajes influyentes de una religión *llegada* han creído útil reconocer y transmitir. Es siempre lo que ocurre en casos parecidos — ha ocurrido y ocurre ante nuestros ojos respecto de Lenin, a quien el bolchevismo *llegado*, lo mismo que los concilios de los cristianos, establece ahora como persona que tuvo siempre presente el bolchevismo, que avanzó directamente hacia ese fin, etc. No he examinado, por lo que concierne a Lenin, si fué así o no, pero en lo que se refiere al bolchevismo *debe* ser así, como se estableció para Mahoma, para Jesucristo, para Budha y todos los demás por esos esmeros *retro-constructivos* que se aplican a los grandes hombres, que Mark Twain ha enfocado, yo creo, respecto de Franklin, desde su infancia el modelo obligatorio impuesto a los muchachos de su generación.

Quería mostrar por este pequeño ejemplo, en qué grado son inagotables esos estudios sobre los tiempos bíblicos y cuanto nuevo aportarán aún por largo tiempo, porque los verdaderos medios de investigación son de fecha reciente (excavaciones, inscripciones). La crítica filológica es más antigua, pero por sí sola sin esos conocimientos reales (antigüedades conservadas, documentos en otras lenguas que el hebreo y el griego, etc.) —por sí sólo, pues, la filología es muy a menudo objeto de especulación y de hipótesis sin verdaderas pruebas. Testigo, por ejemplo, las investigaciones semejantes por su intensidad a las de la Biblia, sobre Homero, versiones de la *Edda* icelándica, sobre las canciones del círculo de Arthur y de *Table ronde*, los tex-

los celticos y otras fuentes de las novelas en verso francesas, anglonormandas, alemanas y otros de la edad media, o aquellas sobre las colecciones de noticias, de las Indias a Boccaccio, dispersos absolutamente en todas partes, en Asia y en Europa. Tampoco allí pudo hacerlo todo la filología, ha sido necesaria la ayuda del folklore, de los trabajos etnográficos. En una palabra, es manifiestamente imposible para los camaradas, por buena que sea la voluntad, hacer lo que no se atreven a hacer hombres de oficio, porque conocen las dificultades.

Se encontrará una cantidad de informaciones y de resúmenes en los tres artículos de la *Encyclopedie anarchiste* (París), 1926, en mayo, bajo la palabra *Biblia*, por E Armand, Gustave Brocher, Odin, pero ellos también se contentaron con desflorar el asunto.

Pero lo que se puede hacer y lo que puede ser muy útil para los lectores que no han tenido ocasión de informarse directamente y que están sujetos a lo que por jemplo en los Estados Unidos se les dice por la *industria religiosa*, el *trust fundamentalista*, los no sé cuántos pastores, supongamos cien mil que, como sus colegas, los sacerdotes católicos, los rabinos judíos, los bramines y otros, hasta los fetichistas del centro de Africa, viven y prosperan con la venta provechosa de supersticiones, — es mostrar un poco el rol de todos esos libros como la *Biblia*, el cuadro en donde se forman y la inferioridad necesaria de sus pretendidas revelaciones, relatos, etc., en el sentido que son producciones tan anticuadas, pasadas de moda como sería para nosotros, por ejemplo, una lámpara, un hogar u otro objeto doméstico de aquellos tiempos, que se encuentran en el suelo de estos países por las escavaciones.

¿Quién no conoce algunos de los cien mil detalles de la mitología griega, sobre la cual Bakunin ha escrito esta nota que me parece muy justa y que citaré con una que le precede sobre los dioses de oriente?:

"...El Oriente fué en todo tiempo y permanece aun hoy en una cierta medida al menos, la patria de la divinidad despótica, aplastante y feroz, negación del espíritu de la humanidad. Es también la patria de los esclavos, de los monarcas absolutos y de las castas"

"En Grecia la divinidad se humaniza — su unidad misteriosa reconocida en Oriente sólo por los sacerdotes, su carácter atroz y sombrío son relegados al fondo de la mitología helénica, — al panteísmo sucede el politeísmo. El Olimpo, imagen de la federación de las ciudades griegas, es una especie de república muy débilmente gobernada por el padre de los dioses, Júpiter, que él mismo obedece los decretos del destino"...

"Nada de sombrío en esa religión, cuya teología fué inventada por los poetas, agregando cada cual libremente algún dios o alguna diosa nueva, según las necesidades de las ciudades griegas, de las cuales cada una se atenía al honor de tener su divinidad tutelar, representante de su espíritu colectivo. Fué la religión, no de los individuos, sino de la comunidad de los ciudadanos de tantas patrias restringidas y relativamente libres, ligadas por otra parte entre sí más o menos por una especie de federación muy imperfectamente organizada"...

(Se leerá todo este texto, el *Principio del Estado*, en uno de los próximos volúmenes de *Obras Completas*, editadas por LA PROTESTA).

La edad media, por lo demás — *continuó* — aun siendo de un cristianismo celoso, limitado y feroz — esa fabricación de dioses locales, descentralizados, fabricación correspondiente a su desmenuzamiento en territorios y a su vida local: porque los santos y las santas múltiples ¿qué otra cosa son que divinidades locales sabiamente distribuídas, patentadas y garantizadas por la iglesia según las exigencias locales? Y se sabe que había gran envidia en santos, que de gran número de santos existen osamentas múltiples en varios lugares, como las siete ciudades griegas se decían cada una ciudad de origen de Homero. Y esa fabricación de santos y de santas continúa lindamente: Juana de Arco ¿no fué canonizada recientemente? y en Roma ¿no hay siempre algunas docenas de santos y santas en diversos estados de fabricación — en la etapa de estudio, de beatificación, y así por el estilo? Cuando Mussolini haya muerto, lo primero que se hará en el Vaticano será preparar su santificación — creo aún que si se mantiene mucho se hará eso en vida, aunque su folleto *L'Uomo e la Divinitá*, un debate con un pastor de Laussana el 26 de marzo de 1904 (Lugano, 1904, 47 págs.) lo muestra aún lejos de la gracia espiritual que adquirió hoy.

Estamos tan cerca de todas estas cosas — el fetichismo se practica en las iglesias de cada barrio, de cada aldea, hombres profundamente ignorantes lanzan historias abracadabrantes en cada púlpito, pastores y monjes, aprovechadores repletos de esa ficción divina, nos cruzan en las calles — que es preciso asombrarse verdaderamente de que ese engaño haya podido durar tanto tiempo. Es verdad que para estar seguro, se han instalado otros engaños a su lado; todo eso se sostiene mutuamente — todo se derrumbará cuando los hombres *quieran* por fin ser libres.

Aquellos a quienes se ha inducido astutamente a creer en la Biblia son ante todo extraviados por su pretendida antigüedad tan única, como ellos creen. Si se les dijese: esta bicicleta es del tipo de 1880, este hábito es de la moda de 1840, se guardarían de tocarlo, pero respecto de la Biblia ¡es otra cosa! ¿Y la Biblia es verdaderamente tan antigua? Lo es según se sepa o no darse cuenta de la verdadera antigüedad de la vida humana.

Entre las fechas que es imposible precisar de las primeras osamentas humanas encontradas y las de los primeros instrumentos, armas, restos de una vida doméstica cualquiera y de nuevo la época de los primeros monumentos durables, inscripciones, historia no mítica, se han sucedido quién sabe cuántas decenas de millares de años, un período múltiple mucho más largo que los millares de años de la edad histórica. Muchos centenares de generaciones han desaparecido así, sin conocer la escritura, y se sabe (por la observación de la duración de las tradiciones verificables en las tribus africanas y oceánicas, por ejemplo) que la vida de una tradición asegurada es relativamente corta, no pasa de 150 años, a menudo no llega ni con mucho a ese tiempo. Después el residuo de esa tradición es incorporado con frecuencia en una más reciente — por ejemplo, el viejo héroe es olvidado y algunos hechos extraordinarios de él son atribuídos a un héroe más joven. De ese modo el héroe más reciente es ornamentado con hechos, cualidades, etc , a menudo muy antiguos, embrollados por la edad y arreglados de nuevo bien o mal por los guardianes de las tradiciones, trovadores, prestidigitadores y otros, los periodistas de esa edad que, naturalmente, al arreglar todo eso persiguen algún fin interesado, el de adular o fomentar los odios — lo mismo que se hace en nuestros días por los hombres interesados que insinúan la "opinión púb'ica" en primer lugar.

De esta manera, cuando la escritura conservó algunas fechas — no libros y relatos, sino al principio solamente un mínimo de nombres, hechos y fechas, había ya una masa fluctuante de tradiciones, creencias, hábitos, etc., de fechas más recientes o más antiguas comprendidas o no comprendidas ya, sirviendo — se puede estar seguro, — tanto los intereses la política de los jefes de entonces como la tradición patriótica y la superstición religiosa lo hacen en nuestra época. La humanidad no era ya joven entonces; tenía ya tras sí las múltiples tormentas que habían eliminado o sometido, asimilado las masas de tribus débiles o menos capaces a tribus fuertes, que constituían aglomeraciones despóticamente organizadas que no difieren mucho de los Estados. Es probable que tanto los dibujos prehistóricos (cavernas de Altamira, España, Dordogne, Francia, etc.),los dibujos decorativos de alfarería etc., como marcas y notas en memorándums del comercio o como mensajes de signos convenidos, etc , hayan preparado el advenimiento de la escritura, que se habrá producido cuando la formación de esos Estados hizo necesarias administraciones. notas tomadas sobre arreglos de toda especie. Así el conocimiento de la escritura fué muy limitado en su comienzo y el Estado se separa difícilmente de ese privilegio — testigo el hecho que en el siglo XIX tan sólo comienza a ser combatido seriamente el analfabetismo y que todavía hoy existen analfabetos.

Lo mismo en lo concerniente a las concepciones religiosas, primero locales, particulares a cada tribu, más tarde de la tribu predominante, impuestas a las tribus sometidas por esa casta de sacerdotes que ayudó así al Estado a extender su esfera, su prestigio, pero que no descuidó jamás su propio interés. Testigo el hecho que están todavía ahí, en 1926, como 15 mil años o más antes.

Las concepciones religiosas se han formado inevitablemente y en formas bastante semejantes en todas partes sobre la base de la ignorancia en conocimientos reales y de la curiosidad muy observadora del hombre primitivo frente a la naturaleza, ante la cual era en varias relaciones mucho más impotente de lo que lo somos nosotros. La vida y la muerte, la aparente vida muy extraña en el sueño, la potencia del sol que crea el día y la noche, el verano y el invierno que sabe separar de los objetos lo mismo que del hombre esa substancia inaprensible, la sombra que adquiere tantas formas, que, como la tierra y el agua, — produce las cosechas — el fenómeno tan extraordinario del fuego que también, en rayos, baja del cielo, el mundo singular de la luna y las estrellas, los volcanes y temblores de tierra, eclipses de sol, etc., todo eso forma un conjunto inextricable para el pensamiento del hombre primitivo que salta a la explicación más a su alcance: esos organismos y fenómenos son puestos en movimiento por fuerzas extrahumanas llamadas divinas, benévolas u hostiles, que el hombre vé tal vez en el sueño en que todo es posible: de ahí la separación del cuerpo y del alma. Se forma así la idea de hacerse propicios a esas potencias mediante intermediarios y el sacrificio y es allí cuando interviene el hombre un poco más maligno que los demás, víctima y engañador tal vez al principio, luego embustero profesional, el sacerdote.

Todo eso, el Estado y su organización extremadamente despótica, finanzas y ejércitos, religiones oficiales, etc., estaba en pleno desarrollo en los vastos territorios del Cáucaso a la Arabia y a Egipto, desde las bocas del Eufrates y del Tigris a la Fenicia, Siria y Asia menor — con sus países vecinos, algunas veces subyugados por la conquista, muy a menudo ligados por vías de comercio, etc.: Grecia y Creta, el vasto radio de los navegantes de Tiro y de Sidón, el Sudán, Persia y las Indias, el Turkestán y al fin de la gran vía, la China, las llanuras de Rusia y del Danubio inferior. Grandes reinos acaparaban un máximo de esos territorios por algunas generaciones, pero caían en decadencia y surgían otros. Una historia de las más turbulentas y peligrosa tanto para los pequeños pueblos, conquistados, masacrados o asimilados, cambiando de amo, como para los pueblos po-

---

(3)

RUDOLF ROCKER

De la maldición del practicismo

"¡Utopía! ¡Utopía!", gritaron los pájaros carpinteros. "Hay que intentar penetrar en las instituciones de la sociedad presente y tratar de ganar a sus defensores poco a poco. El trabajo práctico es necesario. Hay que preservar los prejuicios de los adversarios y respetar sus ideas. Sólo de ese modo es posible ganarlos para nuestra causa".

Y se hizo entonces habitual que el cristianismo no sólo existiera para los pobres y los míseros; también los demás tuvieron derecho a disfrutar de sus bendiciones. Y cuanto más práctico se volvía el movimiento tanto más eco halló en las filas de los privilegiados. Hasta que finalmente un asesino coronado declaró el cristianismo religión del Estado bajo el hosanna de los pájaros carpinteros.

Oh, los pájaros carpinteros habían mentido cuando afirmaron que su método experimentado sería coronado por el éxito. La doctrina cuyo símbolo era la cruz, la doctrina de los parias, de los perseguidos y proscritos, se convirtió en religión de Estado, y el emperador mismo se declaró por ella. ¡Qué victoria!

Y sin embargo habían mentido los pájaros carpinteros, mentido desvergonzadamente y estrangulado la nueva doctrina. Pues mataron el espíritu, sofocaron en muertas formas la fe viviente que reflejaba las esperanzas de los más pobres, y lo que el César reconoció burlescamente como nueva religión, era una envoltura vacía, un montoncito de cenizas en donde no ardía ya una sola chispa.

Entonces maduró la doctrina cristiana justamente para la iglesia. El practicismo de los pájaros carpinteros había vencido mortalmente a los viejos ideales. Un nuevo cesarismo, que tomó las formas de su dominación al despotismo oriental, se levantó en el "trono de Pedro". La evolución había terminado. De la doctrina de un movimiento originariamente revolucionario se había hecho un instrumento para la dominación y esclavización de las masas.

* * *

Y de nuevo se repitieron los mismos fenómenos en aquel movimiento que abarcó toda Europa, que concluyó exteriormente con la victoria de la llamada Reforma, pero que en realidad fué algo más que una sublevación contra las excrecencias de la iglesia romana, como quisieron hacer creer a menudo historiadores contentadizos.

Tampoco en este caso se puede hablar de un movimiento unitario, sino de una ola entera de movimientos que surgieron de las masas y aparecieron en los más diversos países, sin tener más que una cosa de común: que se rebelaban contra la autoridad de la iglesia y fueron perseguidos por ésta del modo más cruel.

Como el cristianismo pre-eclesiástico soldó a los pobres y a los oprimidos en la lucha contra el cesarismo del imperio romano, así soldó este nuevo movimiento las masas esclavizadas y dolientes en la lucha contra el cesarismo de la iglesia romana. Y como el primero, también este movimiento tuvo un carácter declaradamente internacional y no se limitó a determinadas fronteras nacionales.

No hay que interpretar aquel movimiento simplemente como una contienda de diversas tendencias teológicas, que sólo fué uno de sus fenómenos inevitables. No, lo que aquí ardió del seno de las masas y puso a éstas en movimiento, era algo distinto. Fué el deseo de un reino próximo de la redención; la sublevación contra el poder temporal y eclesiástico, fué la voluntad que llegó aquí a convicción y repudió toda autoridad que tratase de restringir el pensamiento libre, apoyándose en supuestos privilegios.

Ese movimiento existía mucho antes de que fuesen quemados Hus y Jerónimo, antes de que el monje agustino de Wittenberg clavase sus tesis en la puerta de la catedral, a lo que después se atribuyó una importancia que nunca tuvo, y cuyo pobre contenido había sido superado con mucho por los combatientes de aquel período

Nació del mismo espíritu que inspiró una vez a las comunidades cristianas, que despertó a nueva vida en los gnósticos y maniqueos de los primeros siglos, que hizo arder en llamas devoradoras la insurrección de los armenios en el siglo octavo y que actuó después en innumerables sectas heréticas y en movimientos revolucionarios. Fué el espíritu que dió nacimiento a la creencia en el reino milenario de Cristo, la creencia en el reinado milenario de la paz, de la libertad y de la posesión común, que predicaron Joaquín de Fiore y Amalrico de

derosos, asirios, babilonios, egipcios, que se hicieron odiar y que fueron después de su decadencia víctimas de venganzas crueles. Se encontrará un relato admirable de todo ésto en *El Hombre y la Tierra* por Elíseo Reclús (6 vol.; trad. por A. Lorenzo), pero publicado en texto francés desde 1905 a 1908 ,ese libro no puede contener las investigaciones hechas en estos últimos veinte años. Sin embargo, pondrá al lector abundantemente al corriente de la vida de los pueblos en ese vasto y antiguo medio de Asia occidental, ese gran foco en que el pueblo de Palestina no forma más que un pequeño islote y la composición de la Biblia un incidente. El que quiera conocer los resultados adquiridos desde 1905, consultará, por ejemplo, una gran obra en curso de publicación: *The Cambridge Ancient History* (Cambridge University Press), cuyos primeros tres volúmenes han aparecido. Este libro trata paralelamente la historia de todos los pueblos conocidos hasta un cierto período. Se encontrarán allí, pues, las más antiguas civilizaciones y aglomeraciones políticas descriptas y se conocerá *la fecha y el ambiente* en que aparecieron las primeras manifestaciones del pueblo que ha producido la Biblia.

Se verá entonces en qué grado la Biblia es un libro egocéntrico, el producto refinado de una tendencia que se da por centro del universo, mientras que en el verdadero ambiente asiático esas pretensiones palidecen y se desvanecen. La Biblia es precisamente un libro tendencioso para inspirar el nacionalismo de un pueblo decaído e impotente: en tanto que ese pueblo fué poderoso, trató de dominar, aplastó a sus vecinos y acabó por caer él mismo (la cautividad por Nabucodonozor, el rey de Babilonia). Al regreso de esa deportación colectiva, los nacionalistas extremos emprendieron la obra de reunir una cantidad de materiales flotantes y les imprimieron con una voluntad férrea y una consecuencia enorme esa uniformidad que conocemos, ese régimen feroz de Jehovah y esa sed de venganza que se concentran en la espera de un vengador y de un libertador, el Mesías.

Sobre esta base fanática se proclamaron diversos Mesías de tanto en tanto, y una secta de las más fanáticas, la de los galileos sobre todo, ha debido hacer el año 33 un movimiento considerado prematuro o socialmente peligroso para la masa de los judíos moderados o convertidos en burgueses conservadores: ese movimiento fué aplastado y hubo ejecuciones, la de Jesucristo o un jefe propagandista y orador muy conocido a quien se llama con ese nombre, entre otros, y hubo una dispersión de esos rebeldes, que otros, Saúl, llamándose Pablo, etc. organizaron y que han sabido difundirse por todas partes — como en todas partes y en todos los tiempos las ideas y movimientos se han difundido por las proscripciones y el destierro. Entre esos hombres ha debido haber cabezas muy fuertes que han sabido borrar el carácter local judío, proletario, de esa propaganda y hacerla aceptable a los judíos helenizados, a los griegos y romanos igualmente. Allí después de las guerras de los esclavos, después de la muerte de Spartaco, los esclavos y los pobres estaban deshechos, abatidos como fuerza rebelde, y sin embargo aspirantes a una emancipación, han debido ser en parte muy accesibles a las doctrinas de esos cristianos, sin duda no eran todos tolstoyanizantes sino que juzgaban prudente esparcir primeri tales ideas y organizar a los pobres. Pero han sobrepasado tal vez su propósito: su moderantismo les llevó tantos verdaderos moderados que la parte moderada predominó, estableció la jerarquía, luego los dogmas, los concilios y encuantos pudo la soberanía espiritual de los obispos, la alianza con el Estado, el papado, la inquisición y la hoguera. En el curso de esta evolución se hizo desaparecer los testimonios del origen revolucionario de ese movimiento, de sus tendencias iniciales, se remanejó toda su historia — exactamente como los judíos del tiempo, se dice, de Esdra, al redactar el Viejo Testamento remanejaron textos y tradiciones en su objetivo único de alta profesión nacionalista y grito de venganza.

Si tales han sido aproximadamente las condiciones en que han sido redactados los dos grupos de textos, el Viejo y el Nuevo Testamento, puede figurarse su contenido y su tendencia. Las partes históricas están al nivel de las glorificaciones patrióticas que sirven de manual en cada país diferente y que hacen de cada país un pequeño o un grande centro del universo, una patria siempre noble, victoriosa, gloriosa y generosa. Es evidente que los redactores tardíos de la historia israelita, que trabajaron sobre relatos y tradiciones patrióticas y despreciaron, sino ignoraron, lo que los historiadores (sin duda, igualmente tendenciosos) de los pueblos vecinos y adversarios tenían que decir, no han podido presentar más que relatos unilaterales, incompletos, carentes de toda buena voluntad de presentar un cuadro serio de los historiadores griegos y romanos: la historia antigua tendría otro aspecto si se hubiese dejado sobrevivir un *solo* libro escrito por uno de los pueblos conquistados y sometidos. Por sí sola la Biblia no tiene, pues, ningún valor histórico, todos sus testimonios son sospechosos y no es más que gracias a esa gran obra modernísima, las excavaciones, las inscripciones, el estudio comparativo de todo lo que reposa en los manuscritos griegos y romanos, que fué salvado por la erudición bizantina y por los escribas en los conventos, como arena en Egipto, en el Asia Central misma, etc. — no es más que con ayuda de todo eso que se puede ahora interpretar a menudo correctamente los textos bíblicos — y recíprocamente esos textos pueden servir para interpretar y completar los otros testimonios. En cuanto a la parte *mitológica* de la Biblia, cosmogonía, diluvio, etc., todo eso es una repercusión, una adaptación de creencias y tradiciones comunes de los pueblos asiáticos de entonces, que remontan — como he esbozado ya — siempre más en el pasado, a los tiempos primitivos, sin historia conservada, cuando las tradiciones semiborradas fueron adaptadas siempre a los nuevos héroes y mal comprendidas, desviadas, modificadas en el curso de esas operaciones. Todo eso ha permanecido *folklore* flotante, encontrándose en todas partes y conservado aquí en una versión antigua, allá en versión corrompida, con origen aquí en un país montañoso, allá en las grandes llanuras, etc. Nada, absoltuamente nada indica que las versiones israelitas estén mejor conservadas que las versiones asirias, egipcias y otras. Hay en la biblia ciertos textos escritos con talento, por autores y poetas individuales, pero eso no es una especialidad de la Biblia; también existen magníficas obras de otros pueblos. ¿Qué hay aún en el Viejo Testamento? Evidentemente, el *monoteísmo*, el dios único, del que se hace tanto caso. Esa idea que se vanagloria tanto y que se dice superior al politeísmo natural y a menudo encantador de los griegos, en que cada fuente límpida, cada bello árbol ocultaba una hermosa ninfa y driada, recordando sus amores y sus dolores, uniendo así el hombre a la naturaleza — esa idea monoteísta no se deriva tanto de la reflexión filosófica como de un sentimiento nacionalista feroz, implacable. Este sentimiento que, invocando un Mesías vengador, invocaba en realidad un *dictador*, concentró todo el poder en el *dictador celeste*, Jehovah, dios, que fué así dibujado para preparar las mentalidades para la futura dictadura del vengador nacional. Ese dios es el bolchevista y el fascista en perspectiva, a quien el pueblo debía sacrificarlo todo, someterse absolutamente para que lo salvase con su mano de hierro, por la lucha feroz contra los pueblos vecinos, restableciendo una hegemonía local perdida. En el Nuevo Testamento esas tendencias están veladas: existía entonces la dictadura omnipotente de la Roma antigua y la secta cristiana profesaba al principio algunos sentimientos vagamente internacionales (desmentidos por los demás, por ciertas palabras atribuídas a Jesucristo mismo), pero contenía también la ambición dictatorial que creó pronto la jerarquía y la santa iglesia cristiana que domina a los pueblos espiritualmente y se da la misión de extirpar a los no creyentes, heréticos y paganos: ha conseguido que mucho poder de la Roma decaída como imperio se perpetuase en ella y en sus bifurcaciones supuestamente reformadas hasta estos días, que florecen en el "fundamentalismo" protestante, tanto como en el jesuitismo católico.

Ese *monoteísmo* ha sido, naturalmente, el sostén moral de la tiranía a través de los siglos: *un* dios, *un* rey...; ha obtruído la ciencia durante muchos siglos, puesto que, si dios lo había creado todo y regulaba la vida de cada organismo, la investigación se volvía inútil y hasta una curiosidad mal vista por dios.

Por lo demás, los cristianos han disuelto desde hace mucho tiempo el monoteísmo, separándose en centenares de sectas, está el dios del papa, el dios de John Wesley, el dios de Lutero, el dios de Calvino, el dios de los baptistas, el dios de los Plymouth Brethren, centenares de dioses con otros tantos matices de Jesucristo y del espíritu santo: el politeísmo arrojado por la puerta vuelve a entrar así por la ventana.

El que sea seducido aún por los preceptos de buena conducta, las prescripciones morales, etc., que se encuentran en la Biblia, haría bien en ojear, por ejemplo, los numerosos volúmenes de *Sacred Books of the East* (Oxford, Libros sagrados del oriente) y otros numerosos libros y preceptos religiosos de docenas y de centenares de pueblos de todos los continentes; se encontrará allí un semejante fondo moral común, que, por lo demás, entra raramente en la práctica personal de los creyentes — amad vuestros enemigos como a vosotros mismos — ¡ved en qué medida se practica ese precepto en nuestro mundo cristiano moderno!

He ahí los contornos del ambiente en que tuvo su origen la Biblia. Es preciso, pues, darse cuenta de lo que existía antes de ella y de todas las condiciones de redacción, transmisión y modificaciones e interpretaciones futuras de esos textos, que no adquirieron importancia *en su verdadera época de origen*, sino posteriormente, pues constituyen el libro más reaccionario que existió, y pudo servir mejor que nada — y sirve aún — para someter a la humanidad intelectualmente. Contiene absolutamente todo lo que queremos destruir y reemplazar por la libertad ,la dicha, la luz y la alegría de vivir.

Esas son mis observaciones, muy fragmentarias, sobre los ocho puntos de la encuesta que hallarán, espero, un tratamiento más amplio en muchos bellos trabajos de los camaradas.

18 de junio, 1926.

Bena, que movió las lenguas de los Hermanos del espíritu libre y circuló como un fluído clandestino por todos los movimientos heréticos y revolucionarios de la edad media.

Fué el espíritu que revivió en los bogomilas de Bulgaria y de Bosnia, que animó a los cataros de Italia, Francia y España y les impulsó a la lucha contra la injusticia milenaria. Fué el espíritu que tuvo mil nombres y sin embargo fué una misma cosa. Cuyos portadores fueron denominados en Francia valdenses y albigenses, en Italia humiliatos y hermanos de los apóstoles, en Flandes beguinos y behardes, en Holanda y en Suiza anabaptistas, en Inglaterra lollardas; que vivió en Alemania en los "hermanos de la vida común" y en cien otras sectas, que dió a los taboritas de Bohemia fuerzas sobrehumanas en sus largas y sangrientas luchas contra el emperador y la iglesia y que llevó a los Hermanos moravos y a los partidarios de P. Chelcicky a rechazar el Estado como obra de Satanás.

Fué el espíritu que inspiró a los exaltados de Zwickau su aliento vital, que forjó en el "Bundschuh" y en el Armen Konrad las fraternidades secretas de los campesinos del sur de Alemania, que penetró con fuego sagrado la figura gigante de Thomas Münzer.

Y como en un tiempo los Césares romanos hicieron asesinar en masa a los cristianos, así estrangularon por millares los príncipes y los Papas a los portadores de las nuevas doctrinas. Los inquisidores recorrieron el país herético y las hogueras no querían extinguirse más. Cruzadas enteras fueron organizadas contra los bogomilas y los albigenses. Millares fueron muertos, ciudades enteras incendiadas, pero ¿qué valió todo eso? Los supervivientes, que recorrieron los países como fugitivos, anudaron en todas partes nuevas relaciones y hallaron en las masas que debían doblegarse diariamente al yugo un buen campo para sus ideas.

Fué como si la tierra entera trasudara ideas rebeldes de todos sus poros. La sangre de los mártires, que fueron sin miedo a la muerte, fué como semilla sangrienta y avivó en el pueblo chispas amortiguadas de rebelión en llamas ardientes. Centenares de veces derrotado, el movimiento se volvió a levantar siempre con energía indomable de todos los baños de sangre que recibió. El espíritu había penetrado en las masas — nada pudieron entonces ni la rueda del verdugo ni el fuego de los inquisidores.

Hubo signos y milagros y se creyó con anhelo ardiente en la llegada del reino milenario. El respeto ante los poderosos de la tierra había desaparecido, e irrespetuosamente sonó la canción de lucha de los grupos de John Ball por las aldeas de Inglaterra:

"Cuando Adan araba y Eva tejía
¿dónde estaba el noble?"

El movimiento había crecido poco a poco hasta convertirse en un alud que amenazó el mundo viejo con su caída devastadora. Príncipes y nobles se vieron circundados por todas partes por fuerzas enemigas y la iglesia perdió una posición tras la otra.

Pero la fatalidad se acercó. Los pájaros carpinteros aparecieron en la superficie y exhortaron con gestos de importancia a la acción práctica. Lutero, Melanchthon, Calvino, etc., a quienes hoy se llama los grandes reformadores, compitieron contra los exaltados que soñaban con un reino milenario y habían despertado con sus discursos el entusiasmo en el corazón del pueblo. Se trató de apaciguar el entusiasmo con chorros de agua fría y dirigir el sentido del movimiento hacia el famoso cálculo, que debía obrar en él como el germen de la muerte.

Lutero, que había tronado un tiempo contra los barones y había llamado a los príncipes "los mayores locos y los niños más malos de la tierra", descubrió repentinamente su corazón práctico, pues el pájaro carpintero despertó en él, y se volvió con odiosidad colérica contra todos aquellos con quienes había marchado antes. Como todos los pájaros carpinteros, trató un tiempo de estar con ambas partes, pero, cuando la prueba debió darse con el ejemplo, se pasó precavidamente al partido de los amos y se rebajó a lacayo de los príncipes.

"¿Cambios? Ciertamente" — dijeron los pájaros carpinteros, "pero todo con medida y objetivo. Luchar en Roma contra las prostitutas de Babilonia, es voluntad de dios, pero rebelarse contra el poder de los príncipes y barones, es una iniciativa pecaminosa y no crea ningún partidario a la buena causa".

Y ellos conquistaron a la "buena causa" partidarios entre los príncipes, los barones y los ricos ciudadanos, para quienes el protestantismo fué un capítulo tan apropiado como en otro tiempo el cristianismo para Constantino el "Grande". Así se infundió en el poderoso movimiento el espíritu de la discordia y de la descomposición interna y se socavaron sus cimientos por la sabia iniciativa de los "prácticos".

Münzer sabía bien lo que hacía cuando arrojó a la cabeza del "Dr. Taimado de Wittenberg", como llamó a Lutero, palabras de furiosa rudeza.

AÑO V

BUENOS AIRES, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1926

LA PROTESTA

N. 239

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — PAGO

Valores y giros a M. TORRENTE

De la defensiva a la ofensiva

Hay siempre juventud y vida donde la capacidad de entusiasmarse y de emprender grandes obras se manifiesta de algún modo. La mera actitud crítica, negativista, acaba por cortar las alas del espíritu creador y por conformar la mentalidad a un pasivismo que mal condice a la larga con la riqueza de vida, de ideas, de aspiraciones y con el carácter creador y afirmador de nuevos valores que distinguen a una tendencia revolucionaria de las corientes de conservación.

Hemos vivido bastantes años de pura actuación defensiva, contentándonos con la crítica pasiva a las instituiones imperantes, con los comentarios fáciles a los abusos del poder, pero no hemos lanzado con audacia una sola afirmación propia contra las afirmaciones de la reacción que avanzó sin obstáculos serios, arrollándolo todo a su paso. Tanto como la debilidad física para la resistencia a las potencias del pasado desencadenadas en esta hora, podríamos hablar de cobardía intelectual para hacer chocar nuestras soluciones con las soluciones adversas,—cobardía o pobreza de pensamiento, ¿quién podría decir cuál de esos factores ha predominado?

Nos parece, sin embargo, percibir la existencia de profundos deseos de lucha, de ataque, en la masa de los camaradas, llegados a la convicción de la inepcia de un criticismo sistemático, que deja hacer y no promueve iniciativas propias, lo que le permite después montar comodamente el asno de la impecabilidad.

La crítica negativa ejercida como sistema nos lleva a la pasividad y la pasividad es la derrota. Nosotros nos inclinamos gustosamente a fomentar la tendencia más o menos definida de que hablamos, a pasar de la defensa al ataque, de la defensiva a la ofensiva, en todos los terrenos, en el campo de la organización obrera y de las luchas cotidianas contra el capitalismo y el Estado, lo mismo que en el campo del pensamiento. Pero para eso, más que dedicarnos a enumerar los errores de los políticos, los abusos del Estado, las especulaciones del capitalismo, tenemos que dirigir el esfuerzo principal a la combatividad afirmativa, defensiva. Si hasta aquí hemos dejado que ellos obrasen, reservándonos la triste tarea de combatir después sus pecados, en lo sucesivo queremos obrar nosotros, avanzar nosotros, lidiar nosotros. No es una nueva orientación la que prestigiamos con eso; todo se reduce, en última instancia, a sacudir el adormecimiento de las fuerzas revolucionarias para que vuelvan a moverse inspiradas por el idealismo inquebrantable de los que tienen fe en la justicia de su causa y no se doblegan ante las dificultades, por grandes que sean o aparezcan.

Más que nunca, hay que afirmar con todo el vigor posible, que la solución definitiva a la crisis actual de la economía capitalista, no está en la sociedad presente, sino en la revolución social.

Y como tareas y reivindicaciones inmediatas, tenemos tantas y tan apremiantes, tan urgentes, que con un poco de esfuerzo, lograremos hacernos oír de las grandes masas.

Se están gestando nuevas guerras internacionales monstruosas — y somos los anarquistas los únicos dispuestos a encarar consecuentemente la resistencia a la guerra y al militarismo.

La ola de las dictaduras está barriendo las mentiras de la democracia y revelando que la persistencia del Estado sin el despotismo es una contradicción —y solamente los anarquistas comprendemos eso y tenemos la posibilidad de combatir, con el mismo argumento, la dictadura y el liberalismo gubernativos.

Las usurpaciones imperialistas están hoy a la orden del día como antes de la catástrofe de 1914 — y no hay más que los anarquistas frente a todos los imperialismos, el de la nación propia, como el de la nación que está al otro lado de la frontera, el de los países republicanos y el de los países gobernados en nombre del proletariado.

La explotación de los trabajadores no ha sido nunca más inhumana, pues hasta la "ciencia" ha sido puesta a contribución para extraer del trabajador el máximo de rendimiento, como se hace con una máquina cualquiera — y nada más que los anarquistas estamos libres de compromisos con la sociedad actual del privilegio económico y político, y podemos propiciar medidas inspiradas por los intereses del proletariado y de la revolución...

No terminaríamos de enumerar los imperativos de esta hora que nos impulsan a salir del pasivismo en que nos encontramos. Aunque no fuera más que por un cálculo egoísta, viendo que de la vanguardia revolucionaria de otros tiempos, no ha quedado más que el anarquismo en su puesto de lucha, deberíamos sacar fuerzas de flaquezas, para reivindicar con orgullo nuestra posición y mostrar de la mano de los hechos de cada día, la exactitud de nuestro camino, el fundamento de nuestros postulados antiestatistas e igualiarios.

Y todo se hará al pasar de la defensiva a la ofensiva, de la crítica a la afirmación, de la pasividad al activismo.



PRIMAVERA

Sumario de este número

Un exponente del nuevo espíritu que comienza a manifestarse ha sido la ampliación de LA PROTESTA, en el preciso momento que las demás corrientes en el seno del proletariado atraviesan por la crisis más honda.

Hemos vivido varios años de cansancio, de pausa voluntaria o forzosa en el campo de las actividades proselitistas y todo el movimiento obrero y anarquista del país entró en decadencia, desorganizándose, desalentándose, pese a los subversivismos de fuego de paja y a las frases vacías de los agentes del gobierno ruso, que pretendieron aprovecharse de nuestro cansancio o de nuestra apatía.

Con la reanimación del movimiento afin a nuestras publicaciones se inaugurará un nuevo período de propaganda internacional, porque así como la reacción ha tratado de buscar siempre su difusión y la cooperación internacionales, así nuestro esfuerzo, para afirmarse y dar los frutos deseados, tendrá que apoyarse en una resurrección de las fuerzas libertarias del mundo. Y esa resurrección no se hará esperar.

MAX NETTLAU

Nuevas investigaciones rusas sobre la vida de M. Bakunin

I

Estos últimos años, tan ricos en desenvolvimientos funestos, han visto algunos progresos en el estudio de la historia revolucionaria. Si los acontecimientos desde 1914 y la revolución rusa de 1917 han ocasionado la destrucción de muchos materiales históricos, en algunos países, sobre todo en Rusia, han abierto también los archivos secretos e hicieron accesibles documentos bastante recientes. En Alemania la nueva situación ha contribuído a hacer posible la publicación de la obra íntima de Ferdinand Lassalle (*Nachgelassene Briefe und Schriften*, 1920-25, seis grandes volúmenes reunidos por el Dr. Gustav Mayer); en Rusia se ha comenzado la edición completa, en ruso, de la obra de Marx y Engels, en 36 volúmenes, que será acompañada de una edición internacional de todos esos escritos, que presentará cada escrito en su lengua original, y existe en ese país un número absolutamente inabarcable de publicaciones históricas sobre las fases múltiples de la revolución rusa, a partir de sus orígenes lejanos en las grandes rebeliones campesinas de los siglos pasados, en la masonería y en las sociedades secretas de la segunda mitad del siglo XVIII, los decabristas, los rebeldes de diciembre de 1825, y así por el estilo — historia gloriosa de un número infinito de iniciativas, de esfuerzos y de sacrificios, que a causa de su diversidad acabaron por minar eficazmente el andamiaje autocrático, por hacerlo rodar — pero cuyos participantes no han soñado nunca que los frutos de su esfuerzo común serían acaparados, usurpados por un matiz *único*, lo mismo que los preparadores y combatientes de la revolución francesa no habían soñado nunca que su obra sería desviada en provecho único de Napoleón Bonaparte.

Pero dejemos esas consideraciones por esta vez; esperemos que la vista de la diversidad del esfuerzo revolucionario, por medio de esos trabajos históricos, contribuya también a quebrantar el monopolio de los usurpadores, a hacer el vacío a su alrededor, a devolver a todas las fuerzas revolucionarias esa libertad de expansionarse, de realizarse, que el golpe de Estado de noviembre — fatal para las revoluciones, el brumario del año VIII, y la usurpación bolchevista de noviembre de 1917 — ha escamoteado.

Se ha fomentado siempre en Rusia la memoria de los esfuerzos antiautócratas. La vida pública no existía, pero había una gran literatura liberal y social, con alusiones transparentes, reuniones íntimas, correspondencia intensa, etc., todo eso al lado de la conspiración activa; una gran cantidad de memorias y los expedientes de los persecutores, policía y tribunales, retienen el detalle, y ya en pleno zarismo se abordaron los estudios de documentación seria sobre los esfuerzos de las generaciones pasadas. Los decabristas (1825), los homgres de 1830-40 y de 1840-50 (período de los Stankevitch, Belinski, Bakunin, Herzen) fueron ampliamente estudiados. Revistas tales como *Russkii Archiv* (Archivos rusos), *Russkaia Starina* (Antigüedad rusa), el *Mensajero histórico*, el *Pensamiento ruso*, etcétera, abundan en materiales sobre los orígenes liberales. Los orígenes revolucionarios, primero examinados en el destierro en los *Materiales para la historia del movimiento socialista revolucionario ruso*, de Lavroff (Ginebra, a partir de enero de 1893) y en el *Byloe* (El pasado), de V. Burtzeff (1900 a 1912), después del movimiento de octubre de 1905 en Rusia misma, en *Byloe*, de Petersburgo (1906-7), *Minuvshie Gody* (Los años del pasado), 1908, y otras revistas históricas, como *Golos minuvshego* (Voz del pasado), esos orígenes y esa historia revolucionaria son estudiados en nuestros días en muchas otras revistas y en numerosas publicaciones especiales, tales como un tercer *Byloe*, *Krasnyi Archiv*, *Petschat i Revolutsia*, *Archiv K. Marksa i F. Engels* (gran publicación, cuyo primer volumen contiene, entre otras cosas, la reunión de todos los materiales que se han podido encontrar aún sobre la fundación de la Internacional en 1864, estudio documentado, por D. Rjasanoff, de 84 grandes páginas bien nutridas', etc. Otros materiales son acumulados en las revistas antibolchevistas en el destierro, los *Archivos de la Revolución rusa*, Berlín, *Na tschuzoi storone* (En país extranpero), en Praga, etc. y en Siberia, como en las colecciones publicadas por los profesores de la Universidad de Irkutsk, etc. No conozco evidentemente más que fragmentos insignificantes de esa literatura, y todo lo que puedo hacer es tratar, con ayuda de algunos coestudiantes de ese mismo asunto, y de algunos camaradas, de permanecer, aunque sea poco, al corriente de lo que se publica sobre Bakunin.

Me es imposible, pues, hacer como hice en otro tiempo, en el British Museum: ojear masas de publicaciones rusas, para hallar algún detalle que se relacionara con Bakunin; pero conozco, al menos, ciertos escritos, especialmente consagrados a él, cuyos autores habrían utilizado o reunido materiales más esparcidos, si fueron publicados tales. Debo concluir, pues, que no se hizo en una medida amplia, y que lo que yo conozco representa la parte principal de la colección hecha hasta aquí. Quisiera hablar un poco de esos resultados y luego reproducir dos fragmentos importantes de Bakunin, escritos en 1845 y 1854.

Naturalmente, primero se echó mano a los expedientes *Bakunin*, de los diversos archivos de la policía y de las administraciones gubernamentales, y no se ha dejado de hallar al primer golpe la llamada *Confesión* (Ispoved), de agosto de 1851, esa memoria sobre su pasado revolucionario, escrita por M. Bakunin, a solicitud de Nicolás I. No quiero referirme aquí a algunos pobres diablos, renegados, que quieren demostrar celo, y otros que han pretendido encontrar allí la bancarrota moral de Bakunin, o bien pruebas para catalogarle entre los autoritarios. Su noble tentativa no tuvo éxito, y un estudio más serio reemplazó las explosiones del fanatismo, de la ingenuidad y de la malevolencia. Los *Materiales para la biografía de Bakunin*, según los Archivos recogidos y presentados por V. Polonski (Mascú. 1923), presentan ahora la Confesión en su verdadero ambiente y un gran número de documentos sobre los procesos de Miguel Bakunin (1849 a 51), su vida en las fortalezas rusas (1851 a 1857), en Siberia (1857 a 1861) y su fuga (1861). Entretanto se publicaron también las cartas de Bakunin a Katkoff, documentos tan malevolentamente explotados contra él cuando no se les conocía — investigaciones sobre su vida en Siberia, de acuerdo a los archivos locales (por Kubaloff, Irkutsk, 1923) — y partes que entrarán en el segundo volumen de los *Materiales*, de Polonski, que no apareció aún. Son documentos que se refieren a la residencia de Bakunin en Copenhague y en Stockholmo, en 1863.

Todo eso es Bakunin en manos de los gobiernos que reglamentan su vida de prisión y de deportación, que le espían cuando está libre y que hacen una investigación curiosa y sin consecuencia, durante años, sobre su fuga de siberia, cuando está lejos ya, sano y salvo. Es preciso que un preso hable cortésmente con sus carceleros, y Bakunin, que tendía a liberarse de las garras de esos bandidos y a hacer cosas más importantes, les hizo el homenaje de esa cortesía que le costaba bien poco. Es preciso conocer esas vicisitudes de su vida para darse cuenta del horror inmenso que le inspiró el sistema que le infligió esas vejaciones. Es interesante, también, ver en qué grado y por qué medios han podido o más bien han creído los gobiernos penetrar sus planes y sus ideas, pero es necesario guardarse de tomar a la letra todos esos documentos. Se tiene la impresión de que toda la papelería oficial no acierta a tocar la vida de un hombre que sabe lo que quiere y que marcha por su vía.

No se conoce aún más que una pequeña parte de los documentos de los procesos en Alemania y en Austria y de la defensa manuscrita de Bakunin (1849 a 1851); su publicación está en manos de un profesor alemán que, en tanto que yo sepa, no ha publicado aún su trabajo en preparación desde hace mucho tiempo.

Será interesante conocer aún lo que el gobierno ruso pudo saber sobre los años 1862 a 1874 de la vida militante de Bakunin; para eso, sobre todo, para el período a partir de 1865, los verdaderos materiales íntimos y la obra pública han establecido las fundaciones de su historia, y el espionaje, que le siguió de lejos, tendrá poco que referir de inédito. A veces existe el policía amateur; así, por ejemplo, cuando Bakunin hizo su viaje ultrasecreto en marzo de 1863 de Copenhague a Stockholmo deseoso de permanecer desconocido, porque más tarde habría quizá debido cruzar secretamente Alemania para llegar hasta los insurrectos polacos, — haciéndose pasar por un profesor procedente de Canadá, entró en conversación en el barco con el ministro del Brasil ante las cortes escandinavas, un señor Britto, que dudó de su identidad de canadiense, y Bakunin, fiándose de este diplomático, le reveló su personalidad y más tarde, en Stockolmo, le contó sus planes y sus impresiones.

Ese diplomático brasileño comunicó todo lo oído a sus colegas de Rusia y de Prusia y esa fué la fuente de las informaciones exactas trasmitidas por ellos al príncipe Gortschakoff y al conde Bismarck sobre la persona, los planes y las impresiones de Bakunin — como los documentos en los *Archivos rojis*, (*Krasny* Archivo), vol. VII nos muestra ahora.

Pasemos a los documentos íntimos, a las cartaa y manuscritos de Bakunin mismo, escritos en plena libertad: allí, con una excepción quizá, una gran excepción — la colecta ha sido pequeña hasta aquí. No conozco nuevas colecciones de cartas, etc. Hay algunas publicaciones de este género hechas o ayudadas a hacer por mí mismo, pero no es inédito para mí. Se hicieron trabajos sobre Tkatchoff, el blanquista y sobre Netchaeff, inspirado primero por el movimiento secreto de Rusia del cual Tkatchoff fué una clavija importante, luego relativamente por Bakunin; no conozco el libro sobre Tkatchoff y los recuerdos de A. Uspenska, pero voy a examinar los libros de E. M. Kantor sobre Netchaeff y de Volkoff sobre Christo Boteff.

Todo el resto procede de los archivos de la familia de Bakunin, una reunión cronológica de las cartas de familia durante más de medio siglo, base del trabajo magnífico de A. Korniloff sobre los años de la juventud de Bakunin, publicadas en volumen en 1915, y también de las ediciones de las cartas cambiadas con Stankevitch y con Belinski publicadas poco antes de la guerra. Hace algunos años que se creían quemados esos archivos y todos esos materiales, de los cuales Korniloff no había publicado más que la parte concerniente hasta el verano de 1840. Felizmente no fué así, y ya en la revista "Byloe" comenzó, en 1923, a aparecer la continuación — después nueva interrupción. Mi alegría fué inmensa al recibir estos días, enviado por un desconocido, el volumen completo, *Gody stranstvii Michaila Bakunina* (Los años de viaje de Bakunin) por A. Korniloff (Petersburgo, 1925, 590 págs.), contiene la historia de Miguel Bakunin y de su familia hasta 1857. Acababa de terminar el tomo segundo de la biografía aún inédita de Bakunin que escribo de acuerdo a todos los nuevos materiales según la antigua biografía redactada en 1898-1900. Este volumen me hace insertar centenares de adiciones y de correcciones; sobre muchas cosas la luz se ha hecho ahora; para otras no, tampoco esos materiales dan la solución. Este libro abunda en materiales interesantes, pero no quisiera sacar aquí más que los dos documentos siguientes.

Se expresan algunas veces dudas sobre los origenes antiguos de las ideas anarquistas de Bakunin, pensando que no llegó a esas ideas más que en 1864, después de haberse ocupado hasta entonces de cuestiones nacionales eslavas y antes de filosofía alemana. He refutado siempre esa concepción, aunque las pruebas escritas del carácter antiguo de sus ideas son muy raras. He aquí una que es notable. Se encuentra en una carta del 29 de marzo de 1845, París, a su hermano Paul en Rusia, el que estuvo con él en Ems y Dresde en 1841-42, y que entonces estaba próximo a él en ideas y le era personalmente querido. Pero las circunstancias hicieron cesar toda correspondencia de familia desde el verano de 1843 y por esa carta da Bakunin algunas explicaciones sobre su vida durante ese intervalo. Dice:

"...soy el mismo, como antes — enemigo declarado de la realidad existente, sólo con esta diferencia, que he cesado de ser teórico, que he vencido en fin en mí la metafísica y la filosofía, y que me he arrojado enteramente, con toda mi alma, en el mundo práctico, el mundo del hecho real y de la vida real. Créeme, amigo, la vida es bella; ahora tengo pleno derecho a decir eso, porque he cesado de mirarla a través de las construcciones teóricas y a no conocerla más que en fantasía, porque he experimentado efectivamente muchas de sus amarguras, he sufrido mucho y he caído a menudo en la desesperación.

(1) Yo amo, Pablo, yo amo apasionadamente; no sé si puedo ser amado como yo quisiera serlo, pero no desespero; — sé al menos que se tiene mucha simpatía hacia mí; — debo y quiero merecer el amor de aquella a quien amo, amándola religiosamente, es decir, activamente; — está sometida a la más terrible y a la más infame esclavitud; — y debo libertarla combatiendo a sus opresores y encendiendo en su corazón el sentimiento de su propia dignidad, — suscitando en ella el amor y la necesidad de la libertad, los instintos de la rebeldía y de la independencia, — recordándola a sí misma, al sentimiento de su fuerza y de sus derechos.

Amar es querer la libertad, la completa independencia de otro; — el primer acto del verdadero amor es la emancipación completa del objeto que se ama; — no se puede amar verdaderamente más que a un ser perfectamente libre, independiente, no sólo de todos los demás, sino aún y sobre todo de aquél de quien se es amado y a quien se ama.

He ahí mi profesión de fe política, social y religiosa, — he ahí el sentido íntimo, no sólo de mis actos y de mis tendencias políticas, — sino también, en tanto que puedo, el de mi existencia particular e individual; — porque el tiempo en que podrían ser reparados esos dos géneros de acción está muy lejos de nosotros; — ahora el hombre quiere la libertad en todas las acepciones y en todas las aplicaciones de esa palabra, o bien no la quiere de ningún modo. — Querer, al amar, la dependencia de aquel a quien se ama, es amar una cosa y no un ser humano, porque no se distingue el ser humano de la cosa más que por la libertad; y si el amor implicase también la dependencia, sería la cosa más peligrosa y la más infame del mundo, porque sería entonces una fuente inagotable de esclavitud y de embrutecimiento para la humanidad.

Todo lo que emancipa a los hombres, todo lo que, al hacerlos volver a sí mismos, suscita en ellos el principio de su vida propia, de una actividad original y realmente independiente, todo lo que les da la fuerza para ser ellos mismos — es verdad; — todo el resto es falso, liberticida, absurdo. — Emancipar al hombre, he ahí la única influencia legítima y bienhechora. Abajo todos los dogmas religiosos y filosóficos — no son más que mentiras; — la verdad no es una teoría, sino un hecho, la vida misma, — es la comunidad de hombres libres e independientes, — es la santa unidad del amor que brota de las profundidades misteriosas e infinitas de la libertad individual..."

Es notorio que en esa época Bakunin fué socialista; sí, penetrado de las ideas que acaban de leerse, su socialismo no fué un socialismo claramente anarquista, la anarquía misma de toda su vida, ¿qué se quiere que haya sido?

Cuenta en esa misma carta que prepara un folleto en francés: *Sobre el cristianismo o la filosofía y la sociedad actual*, en donde, según su carta del 1 de mayo, "se había esforzado por expresar sus más profundas convicciones". Esa es la primera noticia que tenemos sobre ese folleto que ha podido ser una forma nueva, más amplia, de un proyecto literario

de 1844, cuando escribió el 14 de octubre (París) a Reinhold Solger: "...trabajo muy asiduamente en una *Exposición y desenvolvimiento de las ideas de Feuerbach* — estudio también mucha economía política y soy comunista de todo corazón..." Todos sus manuscritos de esos años han desaparecido. Hay la posibilidad ínfima de que el folleto de 1845 haya sido impreso sin nombre de autor; lo que es probable es que, por falta de medios, o absorbido por otro trabajo, no lo haya hecho aparecer nunca.

Korniloff (pág. 288) no ha podido encontrar el nombre de la mujer amada por Bakunin y duda incluso de su existencia. Su nombre me es conocido desde hace 20 años, pero lo hago público aquí por primera vez. Fué la señora Johanna Pescantini, probablemente apellidada Fenger (su madre llevaba ese nombre, ¿o se habría vuelto a casar?), una alemana del Báltico, de la ciudad de Riga. Bakunin habla mucho de ella en sus cartas escritas desde la fortaleza de Konigstein a Reichel y a la hermana de Reichel, amiga de la señora Pescantini, pero la llama solamente Johanna; Reichel me dijo en 1893 que fué una "alemana-rusa" y no le hice otras preguntas. Pero supe bien pronto que la señora Pescantini, a quien Bakunin encontró en Dresde (1842) y en Nyon fué "alemana-rusa"; ignoraba su nombre de pila. Por fin el azar me hizo hojear en los muelles de París un volumen de poesías de 1843, donde encontré una poesía *inscripta* a la señora Pescantini e indicaciones de que el autor de las poesías y Federico Pescantini habían estado juntos en Riga, etc. Entonces me dirigí a la viuda de Reichel, que el 8 de febrero de 1905 confírmó mi sospecha y me dió noticias de la señora Johanna, muerta en 1856. Su matrimonio con F. Pescantini, refugiado italiano bastante conocido, fué desgraciado — esa es la "esclavitud" de que Bakunin quería libertarla, pero su lucha no ha debido tener consecuencias, porque esa mujer se refugió en la religión, se atrincheró en ella y, como se ha visto por su carta en ocasión de su prisión y de su situación desesperada en 1849-50, quería incitarle también a él a buscar un consuelo en la religión — lo que declinó con todas las consideraciones y una gran simpatía hacia ella, pero categóricamente. Desde 1846 no había tenido noticias suyas; de ese tiempo escribe el 16 de enero de 1850: "...no me fué fácil considerarla perdida para mí, pero lo hice porque ella lo quiso..." Cuando el 27 de diciembre de 1858, tres meses después de su matrimonio, escribe a Reichel desde Tomsk, Siberia, su carta, termina con estas palabras: "¡Pobre Johanna!" He ahí algunos rasgos discretos que quedan de ese amor de que estaba poseído perdidamente según la carta de 1845.

---

(1) *Desde este lugar hasta la terminación de la cita, Bakunin escribe en francés.*

E. LOPEZ ARANGO

EL IMPERIALISMO EN AMERICA

De la independencia política a la esclavitud económica

La tendencia imperialista de este siglo no es una preocupación política, religiosa o racial. Los imperios modernos prescinden de la idea homogénica que inspiraba las conquistas militares de la antigüedad. El unitarismo político y religioso, que impone una misma creencia, un mismo idioma y costumbres iguales a pueblos cultural, ética y psicológicamente desemejantes, fué rechazado por los creadores de las grandes potencias dominantes. Inglaterra dió el ejemplo, limitando la soberanía de la metrópoli al dominio económico, garantizado por una policía colonial y por la vigilancia de su poderosa escuadra, dejando a los nativos de sus colonias la tarea de vigilar el orden interno y defender y respetar los privilegios consagrados.

Por ese carácter peculiar del inglés, que disimula sus intereses con el manto de una hipócrita protección, fué posible conservar íntegro hasta ahora el imperio colonial británico. La posición contraria la ocuparon los españoles en América, porque la idea del imperialismo fué para España más política y religiosa que económica, originando con ello los movimientos nacionalistas — la concepción política de la independencia, patrimonio de la burguesía criolla —, qué pusieron en conflicto a la corona con las nacionalidades formadas por la conquista y desarrolladas bajo el tutelaje de la metrópoli imperial.

Ese fenómeno histórico tiene todas las apariencias de una enorme contradicción ética y psicológica. Sin vínculos de raza, de idioma y de religión, las colonias inglesas, en Asia, Africa, América y Oceanía, separadas por enormes distancias y hasta poseedoras en cierto grado de una robusta personalidad nacional, mantienen la unidad del imperio. Identificadas por el lenguaje común y por las comunes costumbres, las ex colonias españolas de América están separadas de España por una enorme barrera de intereses y de prejuicios. Las causas de esa separación las hemos expuesto más arriba: son el fruto de la tendencia a imponer la hegemonía política y religiosa de la metrópoli a las colonias, característica en el tipo latino y más particularizada en el español.

Se dirá que por esos rasgos distintivos de la conquista española de América, las repúblicas americanas llegaron a ser libres e independientes. Políticamente, sí. Pero el mismo proceso se operó en Estados Unidos, que era una colonia inglesa, lo que al parecer contradice la tesis antes expuesta. Mas es necesario tener en cuenta este hecho: los norteamericanos trasladaron en cierto modo a este continente las preocupaciones económicas de Inglaterra, formaron un nuevo centro de dominación imperialista y se erigieron en metrópoli conquistadora.

La independencia de Estados Unidos no fué sólo política; posiblemente el proceso de la nacionalidad yanqui haya partido de una necesidad económica, como lo demuestra su propuia estructura interestadual. En cambio, la América española se desintegró en nacionalidades, separadas por fronteras artificiosas que no podían responder a un fenómeno social lógico: a diferencias elementales de cultura o a particularismos raciales e idiomáticos.

En el imperio colonial español, particularmente en América, dominaron las preocupaciones religiosas y políticas. El prejuicio de raza no existió como elemento refractario para operar la conquista de estos pueblos. Los conquistadores, junto con la dominación política, crearon una especie de comunidad con los pueblos conquistados. Mientras trasplantaban en las colonias las preocupaciones de la realeza, de la aristocracia y del clero e imponían una dura ley de una monarquía absoluta a las poblaciones autóctonas, establecían su hogar sobre esos mismos prejuicios y contradecían el espíritu mismo de la conquista. ¿No tiene en ese fenómeno psicológico su explicación la existencia de una aristocracia criolla, mitad noble y mitad plebeya, fruto del cruce de los españoles con los indígenas, que fué la que promovió el movimiento de independencia y la que se aprovechó de la libertad política conquistada en perjuicio de los indios irredentos?

Sin que sea nuestro propósito defender los métodos de conquista y de colonización de los españoles en América — métodos de guerra sobre motivos puramente políticos y religiosos —, diremos que se ha perpetuado un error de apreciación sobre los alcances sociales que tuvo el imperialismo español. Mientras los conquistadores de la América española, al reducir a las poblaciones indígenas se mezclaban y convivían con ellas, limitándose a ejecutar el plan de catequización de los reyes católicos, los colonizadores ingleses trasplantaban en su zona de influencia el dominio efectivo — político, religioso y económico — de la metrópoli sin establecer ninguna clase de contacto con los nativos. De ahí que la independencia de los países indo-latinos haya sido el fruto del mestizaje y de preocupaciones puramente políticas, mientras que los Estados Unidos conquistaron su personalidad nacional independizándose económicamente de Inglaterra y creando a su vez un nuevo tipo imperialista en América.

Es ese imperialismo, típicamente yanqui, de origen británico, que en el propio solar tiene el orgullo de la raza y rinde culto a la sangre pura..., pero que fuera de sus límites geográficos prescinde de las preocupaciones raciales, idiomáticas y religiosas; es esa tendencia imperialista de estructura económica, apolítica, la que tiene subyugada a la burguesía criolla y la que impuso el dominio de Yanquilandia en la América española. ¿Qué valor tiene la independencia política de estas repúblicas desprendidas hace más de un siglo del imperio colonial español?

Políticamente sólo se ha independizado la burguesía patricia — de origen español —, facilitando ese proceso histórico el crecimiento de la casta burguesa, con el aporte de las inmigraciones europeas. El indígena no ganó nada con la libertad política: ni siquiera contribuyó a ese aporte de elementos para crear la clase privilegiada de la Nación, ya que la segunda conquista — la económica, operada por el capitalismo — redujo las perspectivas del indio, ser extraño para los criollos de la ciudad preocupados por una idea civilizadora más imperialista que la que inspiró la conquista de España.

Es sobre la base económica, por el dominio de una clase privilegiada, extranjera o de origen europeo, que el imperialismo capitalista afianzó su poder en América. En el juego brutal de los intereses, de la competencia industrial y comercial, de la explotación sin límites de las riquezas del suelo, las razas indígenas sacan la peor parte. En condiciones fisiológicas y éticas inferiores al obrero europeo o al criollo de raza blanca, los trabajadores autóctonos ofrecen el remanente más considerable de carne barata para las grandes explotaciones agrícolas, forestales, etc., que son las que mayor beneficio dejan a los capitalistas. Donde abundan los nativos y menor es el contacto de las poblaciones campesinas con la ciudad industrial y proletaria, mayor es la esclavitud y la miseria. ¿Qué hacen los gobiernos criollos para proteger al indio, políticamente libre desde hace más de un siglo? Dictan leyes protectoras y crean sociedades de protección... que sólo se preocupan de ensalzar a la raza en libros ramplones y en poesías épicas...

La independencia económica de los pueblos latinoamericanos no es un proceso social paralelo a la libertad política de la burguesía criolla. En cierto modo se operó un movimiento convergente, en el dominio de la política y de la economía, en las colonias inglesas del Norte. Por eso Estados Unidos, que es una Nación de intereses materiales, desarrolla las corrientes nacionalistas más exageradas dentro de sus límites geográficos, y a la vez amplía su esfera de influencia en América mediante su poderoso e incontrarrestable imperialismo financiero.

Será necesario que pase aún mucho tiempo para que los parias americanos descubran el engaño de esa independencia política, tan invocada por la burguesía criolla, que soldó el eslabón de la cadena rota por la revolución del siglo pasado, imponiéndoles el yugo económico del capitalismo conquistador. Y esa obra de esclarecimiento sólo podremos realizarla los anarquistas, que no vivimos ilusionados por la conquistas de la democracia y que sabemos descubrir el fondo trágico del imperialismo que se disfraza con las palabras de orden de la burguesía hoy dominante: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Buenos Aires, septiembre de 1926.

EMMA GOLDMAN

Matrimonio y Amor

La noción popular acerca del matrimonio y del amor, es que deben ser sinónimos, que ambos nacen de los mismos motivos y llenan las mismas humanas necesidades. Como la mayoría de los dichos y creencias populares, éste no descansa en ningún hecho positivo y sí sólo en una superstición.

El matrimonio y el amor nada tienen de común; uno y otro están distantes, como los polos; en efecto, son completamente antagónicos. No hay duda que algunas uniones matrimoniales fueron efectuadas por amor; pero más bien se trata de escasas personas que pudieron conservarse incólumes ante el contacto de las convenciones. Hoy en día existen muchos hombres y mujeres para quienes el casarse no es más que una farsa, y solamente se someten a ella para pagar tributo a la opinión pública. De todos modos, si es verdad que algunos matrimonios se basan en el amor y que también este puede continuar después en la vida de los casados, sostengo que eso sucede a pesar de la institución del matrimonio.

Por otra parte, es enteramente falso que el amor sea el resultado de los matrimonios. En raras ocasiones se escucha el caso milagroso de una pareja que se enamora después de casada, y si se observa atentamente, se comprobará que casi siempre se reduce a avenirse buenamente ante lo inevitable. A otras criaturas les unirá un afecto, surgido del trato diario, lo que está lejos de la espontaneidad, de la intensidad y de la belleza del amor, sin el cual la intimidad matrimonial de una mujer y un hombre no será más que una vida de degradación.

El matrimonio, por lo pronto, es un arreglo económico, un pacto de seguridad que difiere del *seguro de vida* de las compañías comerciales, por ser más esclavizador, más tiránico. Lo que devenga, es completamente insignificante con lo que se invistió. Tomando una póliza de seguros se paga por ella en dólares y en centavos, siempre con la libertad de cesar los pagos de las cuotas. Si, de cualquier modo, el premio de la mujer es un marido, ella lo paga con su nombre, con sus íntimos sentimientos, con su dignidad, su vida entera, y "hasta la muerte de una de las dos partes". Así, para ella, el *seguro* del matrimonio la condena a una vida de dependencia, al parasitismo a una completa inutilidad, tanto individual como social. El hombre, también, paga su juguete, pero su radio de acción es más amplio, el matrimonio no lo coarta tanto como a la mujer. Sentirá sus cadenas más bien por el lado económico.

De ahí que el *motto* que Dante aplicó a la entrada del Infierno, se aplica con igual propiedad al matrimonio: *Oh, voi che entrate, lasciate ogni speranza!*

El matrimonio es un ruidoso fracaso, esto ni el más estúpido lo negará. Basta echar una mirada a las estadísticas de los divorcios para comprender cuán amargo es este fracaso. No será suficiente ni siquiera el estereotipado argumento de los filisteos, escudado en la holgura y la elasticidad de las leyes del divorcio y del creciente relajamiento de las costumbres femeninas, para justificar este hecho: primero, cada doce matrimonio casi todos terminan en el divorcio; segundo, que desde 1870 los casos de divorcio han aumentado de 28 a 73 por mil habitantes; tercero, desde 1867 hasta hoy el adulterio como causa para divorciarse, aumentó el 270,8 por ciento; cuarto, el abandono del hogar aumentó en un 369,8 por ciento.

Añadida a estos números se puede citar una vasta documentación teatral o literaria, dilucidando el asunto. Robert Herrick, en *Together* (*Juntos*; Pinero en *Mid Channel* (*A mitad del camino*); Eugene Walter, en *Paid in Full*, y una



serie más de otros escritores que discuten la monotonía, la sordidez, lo inadecuado del matrimonio como factor de armonía y de comprensión entre los dos sexos.

El estudioso en cuestiones sociales no se contentará con estas superficiales excusas sobre este fenómeno. Querrá ahondar en la vida de los sexos para explicarse la causa por la cual resulta tan desastroso el matrimonio.

Edward Carpentier dice que detrás de un casamiento se halla la atmósfera vívida de los dos sexos; un ambiente condimentado de circunstancias tan diferentes una de la otra que el hombre y la mujer han de sentirse también extraños uno al otro. Separado por una valla de supersticiones, de costumbres y hábitos, el matrimonio no tiene el poder de desarrollar el conocimiento mutuo y el respeto del uno para el otro, sin lo cual toda unión de esta clase está sometida al fracaso, a la desavenencia continua.

Enrique Ibsen, el debelador de las convenciones sociales más vergonzosas, fué el primero que dijo la gran verdad. Nora abandona a su marido no, como algunos críticos estúpidos afirman, porque estaba hastiada de cargar con sus responsabilidades, sino porque llega a comprender que durante ocho años vivió con un extraño con quien fué obligado a tener hijos. ¿Puede haber algo más humillante, más degradado que la intimidad carnal de toda una vida entre dos extraños? No es necesario que la mujer sepa nada del marido, salvo su renta, su salario, mensual o anual. Y de la mujer ¿que tendrá que conocerse, sino que posea una simpática y placentera apariencia? Todavía la generalidad no se ha zafado del teológico mito de que la mujer no tiene alma, y es sólo un apéndice, hecho de una costilla, justamente para la conveniencia del caballero que, siendo tan fuerte, tuvo miedo de su propia sombra.

La pobreza del material de que habría surgido la mujer, quizá ha de ser responsable por su manifiesta inferioridad. Y en todo caso, si no tiene alma ¿qué se ha intentado buscar y sondear en ella? Además, cuanto menos alma, cuanto menos espíritu posea, más grande será su probabilidad de formar una esposa modelo, y así también será absorbida más pronto por la individualidad del marido. Es por la dócil y esclavizadora aquiescencia a la superioridad del hombre que la institución del matrimonio ha quedado, al parecer, intacta por tan largo tiempo. Ahora que la mujer vuelve por los fueros de su dignidad e intenta ponerse fuera de la gracia y merced de su dueño, la sagrada ciudadela del matrimonio va siendo minada gradualmente, y ninguna lamentación sentimental ha de salvarla de su definitivo derrumbe.

Desde la infancia casi hasta la mayoría de edad de las muchachas, se les dice que el casamiento es la única finalidad de su vida; y la educación que se les prodiga se dirige a ello. Lo mismo que a la bestia muda, que se engorda para el matadero, a ella se le prepara para el sacrificio de su vida. Y es curioso, y asombra constatarlo, que se le permite instruirse en todo menos acerca de las funciones de esposa y madre; esto que necesita ordinariamente el artesano para poder aprender su oficio, es indecente y sucio para una muchacha de respetabilidad el enterarse de las relaciones maritales. Entonces, por la apariencia de lo respetable, la institución del casamiento convierte lo que antes era sucio en la más pura y sagrada relación consanguínea, que nadie se atreverá a censurar. Continúa todavía siendo exacta esta actitud de los hogares frente a las bodas y casamientos de la supuesta esposa y madre, y es mantenida en completa ignorancia de lo que será su capital enseñanza en la lucha de los sexos. Luego, al comenzar la convivencia matrimonial con el hombre, se hallará a sí misma, repentina y hondamente desazonada, repelida y ultrajada más allá de los límites por ella supuestos en el natural y más sano instinto: el sexo. Se puede afirmar, sin temor a un desmentido, que el mayor porcentaje de casos de desdichas, de desastres y de padecimientos físicos en el matrimonio, se debe a esa criminal ignorancia en cuestiones sexuales, que se ha exaltado como una grandísima virtud. Tampoco será exagerado que diga que mucho más de un hogar ha sido deshecho por causas tan deplorables.

Si por cualquiera circunstancia, la mujer se sintiera capaz de libertarse de ciertos pequeños prejuicios y fuera lo bastante arriesgada para desflorar los misterios del sexo sin la sanción del Estado y de la Iglesia, se vería condenada a permanecer un instrumento inservible para casarse con un hombre *bueno y honesto;* aun cuando tan bellas prendas personales consistan en tener una cabeza vacía y una bolsa llena de dinero. ¿Puede haber algo más repugnante que esta idea de que una mujer, crecida ya, sana, llena de vida y de pasión, se halle obligada a rechazar las exigencias imperiosas de su naturaleza, a tener que sofocar sus más intensos anhelos, yendo en desmedro de su salud, quebrantando su espíritu, absteniéndose de la profunda gloria del sexo, hasta el día que un *buen* hombre venga y la solicite para que sea su esposa? Y este es uno de los apectos más significativos del matrimonio. ¿Cómo no ha de ser forzosamente un fracaso semejante transacción. En consecuencia, ese es uno de los factores, no poco importante, que diferencia el matrimonio del amor.

Nuestra época es muy positiva, muy práctica. El tiempo en que Romeo y Julieta rompían el pacto de enemistad entre sus padres, por su incontenible pasión, cuando Gretchen se ofreció en holocausto a la maledicencia del vecindario por amor, están un poco lejos. Si, en raras ocasiones la juventud se permite el lujo de ser romántica, los parientes adultos o ancianos tendrán buen cuidado de hacerle marcar el paso y acosarla de tal manera que la convertirán en gente muy sensata.

¿Acaso la lección moral que se le inculca a las muchachas, es para que se basen en el amor que el hombre despertará en ellas, o más bien para que se le pregunte cuánto posee y tiene? Lo importante y el único dios de la utilitaria vida americana es: ¿Podrá este hombre ganar para vivir? ¿Podrá mantener a una mujer. Es lo que justifica solamente los casamientos. Gradualmente este concepto satura los pensamientos de las muchachas, quienes no soñarán con claros de lunas, ni con besos, risas y llantos; sino con las giras de compras por las tiendas, con vestidos, sombreros y el regateo inherente a todas estas operaciones. Esta pobreza de espíritu y la sordidez, son elementos substanciales a la institución del matrimonio. El Estado y la Iglesia no aprueban otros ideales más que estos, porque necesitan que se hallen bajo su control los hombres y las mujeres.

Es dudoso que existan aquí quienes consideran el amor por encima de los dólares y los centavos. Particularmente esta verdad se aplica a esa clase que por sus precarias condiciones económicas se ha visto forzada a vivir del trabajo de uno y otro. El notable cambio aportado en la posición de la mujer por ese poderoso factor, es verdaderamente asombroso cuando se reflexiona que hace muy poco tiempo que ella ingresó en el campo de las actividades industriales. Hay seis millones de mujeres asalariadas; seis millones de mujeres que tienen el mismo derecho que los hombres a ser explotadas, robadas y a declararse en huelga; también a morirse de hambre. ¿Algo más, Señor mío? Sí, seis millones de trabajadoras asalariadas en cada tramo de la vida, desde el elevado trabajo cerebral hasta el más difícil y duro trabajo manual, en las minas y en las estaciones de ferrocarril; sí, también detectives y policemen. Seguramente su emancipación es ahora completa.



A pesar de todo, un número muy reducido del inmenso ejército de mujeres asalariadas mira el trabajo como un medio permanente de vida, lo mismo que el hombre. Nada importa a qué grado de decrepitud llega este último; se le enseñó a ser independiente y tendrá que seguir así manteniéndose solo. ¡Oh, sé muy bien que nadie es realmente independiente en nuestro sistema económico! Pero asimismo al hombre más miserable le repugna ser un parásito; por lo menos, que se le considere como tal.

En cambio, la mujer considera su posición de trabajadora como algo transitorio, que dejará de lado en la primera oportunidad. Por eso, es infinitamente más difícil tratar de organizar a las mujeres que a los hombres. *¿Para qué he de entrar en una asociación? Me voy a casar y espero tener mi hogar.* ¿No se le enseñó a ella que siempre debería responder a esto, como a su último llamado? Muy pronto se aclimata a su hogar, aunque no sea más ancho que la celda de una cárcel, o los cuartuchos del taller o de la fábrica; posee puertas más sólidas y barrotes de hierro irrompibles. Tiene un guardián tan fiel que a él nada se le escapa. La parte más trágica de todo esto es que su situación de casada no la redime de la esclavitud del salario, y sólo aumenta su faena.

Según las últimas estadísticas sometidas a un Comité acerca "del trabajo y los salarios y la congestión de la población", el diez por ciento de las trabajadoras asalariadas de Nueva York eran casadas, y debían trabajar por pagas irrisorias. Añádase a esto el peso de los quehaceres domésticos, ¿qué es lo que queda de la protección, de la gloria del hogar? Además, tampoco las jóvenes de las clases medias pueden jactarse de poseer un hogar, desde que es el hombre exclusivamente el que crea esa órbita doméstica, donde ella será solamente un satélite. Nada importa que el marido sea un bruto, o muy gentil. Lo que en definitiva quiero probar es que el matrimonio le asegura un hogar a la mujer, gracias al marido. Allí, ella se moverá años y años hasta que el aspecto de su vida y de sus relaciones con aquel se volverá chato, mezquino y aburrido como todo lo que la rodea. Escaso asombro causará si llega a ser chicanera, chismosa, regañona y tan insoportable que el hombre procurará quedarse en casa lo menos posible. Ella no puede irse, aunque lo quisiera; no tiene ninguna parte donde refugiarse. Se vuelve atolondrada, frívola o pesada, tímida en sus decisiones, cobarde en sus juicios; será un peso y un aburrimiento que muchos hombres llegarán a odiar y a despreciar. Una atmósfera de inspiraciones maravillosas ¿no es cierto?

Pero ¿el niño? ¿Cómo será protegido sino por el matrimonio? Después de todo ¿no es esto lo que más debe tenerse en cuenta? ¡La vergüenza y la hipocresía de todo ello! El casamiento protege a sus vástagos, y no obstante, miles de niños se hallan en la calle, sin pan ni techo. El matrimonio protege a sus pequeñuelos, y a pesar de todo, los orfelinatos rebosan de ellos, los reformatorios no tienen más sitios para alojarlos y las sociedades que tratan de prevenir los malos tratos contra la niñez no dan abasto rescatando a las pequeñas víctimas de las manos de padres *amorosos*, para colocarlas bajo la protección de sociedades de beneficencia. ¡Oh, el sarcasmo amargo de todo eso!

El casamiento podrá tener el poder de "conducir el caballo a la fuente de agua", pero jamás pudo obligarlo a beber. La ley hace arrestar al padre, le viste de penado; ¿remedió con ello el hambre de su hijo? Si el padre no tiene trabajo, o si esconde su identidad, ¿qué hará el matrimonio? Invoca la ley y lo lleva ante la justicia, la que lo pondrá bajo llave en la prisión; el trabajo que allí haga no irá a salvar de la miseria al niño, sino que pasará a las fauces del Estado. El pequeño heredará la maldita memoria de su padre, con el traje a rayas de penado.

Referente a la protección de la mujer, — es ahí en donde está la peor maldición del matrimonio. No es que no la proteja realmente; mas esta sola idea es asqueante, es tal ultraje e insulto a la vida, tan degradante para la dignidad humana, que esto bastaría para condenar para siempre jamás esta parasitaria institución.

Es como la patria potestad, — capitalismo. Le roba al hombre su derecho en cuanto nace, impide su crecimiento por todos los medios, envenena su cuerpo, lo mantiene en perfecta ignorancia y en la más horrida pobreza y servilismo; después sus instituciones de beneficencia y de caridad borran los últimos vestigios de dignidad en él.

La institución del matrimonio hace de la mujer un absoluto parásito, un ser que está sometido a otro ser. La incapacita para la lucha por la vida, aniquila su conciencia social, paraliza su imaginación, y entonces le impone su graciosa protección, lo que no es nada más que una trampa, disfrazada de humanitarismo.

Si la maternidad es la suprema misión de la mujer, ¿qué otra protección necesitará si no amor y libertad? Y es lo contrario, el casamiento corrompe, desmoraliza, violenta su alto rol en la vida. ¿No se le dice a la mujer: *¡Solamente si me sigues a todas partes donde yo vaya, he de dar vida a tu seno!* ¿No es esto infamante, no la condena sin remisión, si por acaso se rehusa a comprar el derecho de maternidad vendiéndose en cuerpo y alma? No solamente el matrimonio no sanciona la maternidad, sino que [illegible] la hace concebir con odio y repugnancia. Y aun las veces que la maternidad elige libremente en el extasis del amor, en un impulso irrefrenable de pasión, ¿no coloca al pobre inocente una corona de espinas y con letras de sangre le graba en la frente el afrentoso epíteto de bastardo? Si el *casamiento* hubiese de contener todas las virtudes que se le adjudican gratuitamente, los crímenes que ha cometido contra la maternidad, lo excluiría de hecho del reinado del amor.

El amor, que es el más intenso y profundo elemento de la vida, el precursor de la esperanza, de la alegría y del éxtasis; el amor, que desafía impunemente todas las leyes humanas y divinas y las más aborrecibles convenciones; el amor, uno de los más poderosos modeladores de los destinos humanos, ¿cómo tal torrente de fuerza puede ser sinónimo del pobrecito Estado y del mojigato sacramento matrimonial, concedido por nuestra santa madre Iglesia?

¿Amor libre? Si hay algo en el mundo libre, es precisamente el amor. El hombre pudo comprar cerebros; pero con todos sus millones no consiguió el amor. El hombrt subyugó los cuerpos, pero no logrará subyugar el amor. El hombre conquistó naciones enteras; pero sus ejércitos no pudieron conquistar un grano de amor. El hombre cargó de cadenas el espíritu, pero se encontró completamente inerme, indefenso ante el amor. Encaramado en el más alto trono, con todo su esplendor y su oro, su poder será [illegible] modo, pero basta que el amor pase a su lado para que lo suma en una profunda desolación. Y si en cambio visita una miserable choza, la convertirá en el más radiante paraíso, dándole el sentido de una nueva vida, más animada [illegible]

ra y fantasía. El amor tiene la mágica virtud de convertir a un mendigo en un rey. Sí; el amor es libre; no puede exis- tir en otra atmósfera. En plena libertad se entrega sin resrevas, abundante y totalmente. Todas las leyes, todos los códigos y todas las cortes judiciales del universo no podrán arrancarlo del suelo, una vez que haya echado raíces en él. ¿Cómo se quiere, entonces, si el suelo es estéril, que el matrimonio le haga da- frutos? Es parecida a la lucha desesperada de la muerte contra el raudo vuelo de la vida.

El amor no necesita protección; se basta a sí mismo. Tan pronto como el amor impregne la vida con su ardiente y perfumado aliento no habrá más criaturas desamparadas, ni los hambrientos, ni los sedientos de afectos. Se muy bien que esto es verdad. Conocí a una mujer que llegó a ser madre libremente con el hombre que amaba. Pocos niños en su cuna de oro fueron rodeados de más cariño, de más cuidados y devoción como los que es capaz de prodigar la libre maternidad.

Los defensores de la autoridad temen el advenimiento de la libre maternidad, que les ha de robar sus presas. ¿Quiénes irían a los campos de combate? ¿Quiénes han de crear el bienestar común? ¿Quién sería policemen, carcelero, si la mujer se negara a dar a luz, y solo se aviniese a ello, no como a una función maquinal, sino con inteligencia y discernimiento? ¡La raza!, ¡la raza!, gritan el rey, los presidentes de las repúblicas, el capitalista y el cura. La raza ha de ser preservada y aumentada, aunque la mujer se convierta en una mera máquina; y es que el matrimonio no es más que una válvula de escape contra el peligro del despertar del sexo femenino. Pero son en vanos esos desesperados esfuerzos para conservar este estado de esclavitud. En vano, también, los edictos de la Iglesia, los vesánicos ataques de legisladores, y en vano el arma de la ley. La mujer no necesita prestarse más a ser un medio de producción de una raza de seres enfermos, débiles, decrépitos, sin la fuerza ni el valor moral para sacudir el yugo de la pobreza y de la esclavitud. Por el contrario, ella quiere pocos hijos y mejores, vigorosos y sanos; concebidos por el amor y elegidos libremente; no por obligación e indistintamente, así como lo impone el matrimonio. Nuestros pseudo moralistas tienen todavía que aprender lo que es la profunda responsabilidad contraída con el niño al nacer, que el amor libre despertó en la mujer. Más bien rechazará la gloria de la maternidad, que traer nuevos seres a la vida, a un ambiente que respira solamente destrucción y muerte. Y si llega a ser madre, es para otorgarlo todo, lo más hondo que pueda darle de sí misma. Nacer y crecer con sus pequeñuelos, es su lema; comprende ella que es la única manera de construir una raza sana.

Ibsen tuvo la verdadera visión de cuál sería la maternidad libre, cuando de mano maestra trazó la figura de Mrs. Alving de *Los Espectros*. Ello, representaba la madre ideal, porque supo ver bien los horrores del matrimonio, rompió sus cadenas y trató de liberar su espíritu de los prejuicios a precio de muchos sufrimientos hasta volverse en una personalidad fuerte y moralmente pura. Sola- mente que fué muy tarde para que ella rescatara la única alegría de su vida, su Osvaldo; pero ni tan tarde tampoco para llegar a comprender que el amor libre había de ser la única condición a fin de que la vida fuese bella. Aquellas que, como la señora Alving pagaron con sangre y lágrimas el despertar de su espíritu, también repudiaron el matrimonio como una imposición arbitraria, como una mancilla y una mofa absurda. Ellas saben que donde el amor existe, sea por un breve espacio de tiempo o por una eternidad, allí está la fuerza creadora, la gran corriente de inspiración que echará las bases para una nueva raza y para un nuevo mundo.

En los tiempos presentes, de pigmea ex- catadura espiritual, el amor es algo extraño a mucha gente. Falseado y huído, rara vez logra arraigarse en las almas; y cuando lo hace, muy pronto agoniza y desaparece. Sus delicadas fibras no pueden soportar la exasperada tensión del diario trajín. En su esencia, es tan complejo que no puede ajustarse a la estrecha medida de nuestra fábrica social. El llora, gime y sufre con aquellos que lo

necesitan, y asimismo le falta impulso para llegar a la cima.

Algún día y algunos hombres y muje- res surgirán para elevarse a los picos más altos, y allí se encontrarán grandes, fuertes y libres, prestos a recibir, a com- partir en un abrazo los rayos de oro del amor. Qué fantasía, que imaginación, que genio poético podrá prever aún aproxi- madamente la tremenda potencia crea- dora que tendrá ese torrente de fuerzas en la existencia de las mujeres y los hombres. Si el mundo ha de dar naci- miento al verdadero compañerismo entre los humanos, la fraterna unión de ellos, — no el matrimonio, sino el amor sera su padre fecundo .

EDUARDO WECKERLE

HOMBRE Y MAQUINA

I

Grandes y maravillosas son las creaciones técnicas del espíritu humano. Todas las fuerzas naturales han sido domeñadas hoy. Sus efectos buenos y útiles han sido acrecentados de una manera insospechada, sus efectos malos y destructores han sido limitados, rotos o transformados completamente en creadores. Nunca pudo la humanidad vanagloriarse en su historia de tal triunfo; nunca dispuso un pueblo de tal instrumental para escapar a la carga del aseguramiento de su existencia material. Pero tampoco hubo jamás un pueblo cuyas creaciones culturales estuvieran en una contradición tan manifiesta con el estado de su técnica y de la ciencia, y que haya agregado tan poco a los monumentos imperecederos de la cultura de la humanidad como los pueblos civilizados del siglo XIX y del XX.

La explicacion de este fenómeno ha sido dada en las páginas anteriores. La técnica misma no tiene culpa. Es y sigue siendo la gran emancipadora de la humanidad de la coación de la naturaleza y todos pensamos con respeto y agradecimiento en los que cooperaron a su desenvolvimiento y acarrearon piedras para ese formidable edificio del espíritu humano. Es un caudal enorme el que nos han dejado y es una obra preciosa que continuan elaborando los laboriosos en la fábrica y el taller, en el laboratorio y el gabinete de investigador. No somos asaltadores de máquinas y no dirijimos nuestro anhelo hacia atrás, al pasado sin maquinas. Auscultamos con esperanza el porvenir y estamos encantados de cada nuevo progreso y de cada nueva victoria. Nuestro interior se ha extremecido cuando hombres valerosos atravesaron el océano por el aire y nos inclinamos respetuosamente ante todo el que añade nuevos peldaños a la gran escala que nos eleva por sobre las leyes de la naturaleza.

Pero a cada noticia de un nuevo progreso técnico nos invade siempre inquieto temor. La alegría inicial es obscurecida de inmediato por la incertidumbre del empleo que se hará de la nueva invención. Involuntariamente vemos tras ella los peritos industriales de un banco o el ingeniero comercial de una empresa, calculando cuantas fuerzas de trabajo vivientes pueden ahorrarse con la nueva máquina; vemos a los ministros de la guerra pesar la capacidad de empleo de la nueva invención como medio de lucha y de destrucción; vemos además los rostros temerosos de los trabajadores, cuyo empleo ulterior se vuelve inseguro; y temblorosamente preguntamos si lo que podría elevar más y más a la humanidad no le impulsa tanto más decididamente a su decadencia y a su ruina.

El pasado justifica mucho esas dudas. La humanidad espera aún las primeras grandes bendiciones de la obra milagrosa de la maquinaria por ella creada. Una excepción la constituye solo la técnica al servicio de la medicina, pero el círculo a que beneficia es sin embargo ínfimo. Además ¿qué valor tienen esos delicados instrumentos para la prolongación y el aumento de la salubridad de la vida humana cuando la existencia terrestre para la mayoría no es más que una tortura?

También hay que pensar que la mayor parte de las enfermedades que martirizan hoy a los hombres, son precisamente el resultado del cambio de las condiciones de la vida por el maquinismo y en el mejor de los casos la técnica no cura más que heridas que ella misma inflinge diariamente.

Sin embargo no queremos hablar de eso. Los trabajadores, cuyo panorama vital en general no es más que un negro mar de casas cargadas de hollín y que en el más favorable de los casos sólo los domingos puede hacer irradiar en el corazón y el alma algo del cielo risueño, de los colores jugosos y de la alegre música de la naturaleza —, saben qué maldición es para su salud la ciudad fabril. Lo que ante todo queremos considerar es el efecto de las máquinas en el hombre interior, en su vida espiritual y moral, y ahí hay que constatar la modificación más formidable y transtornadora, que la máquina nos ha privado del reposo interior y ha acelarado nuestro ritmo vital a costa del contenido de la vida. Aquí está el verdadero contraste que distingue más palpablemente a los pueblos del oriente y a los del occidente, los pueblos de los modernos Estados industriales y los países coloniales y semi-coloniales.

Todo europeo observador que entra en contacto con pueblos primitivos y penetra en su modo de vida, hace regularmente de inmediato esa diferencia. Todos los informes de viajes lo advierten. Especialmente Livingstone hace hincapié repetidamente en ese hecho. Describe el Africa como "región bienaventurada donde el tiempo no tiene ningún valor y donde los hombres, cuando están cansados, se sientan y descansan". Los pueblos primitivos no viven para trabajar, trabajan para vivir No conocen el apresuramiento y la carrera; no han reducido sus días a la seca fórmula: el tiempo es oro.

Cuán distinto entre los civilizados. Entre ellos todo es cálculo. El sosiego y el silencio, de donde únicamente puede surgir lo grande, les son extraños. Está en tensión y en exicitación continuas. El engranaje férreo de que se ha vuelto servidor le arrastra involuntariamente consigo y le persigue hasta en el sueño. Todas sus manifestaciones vitales son dominadas por él. Como autómatas a quienes se ha dado cuerda corren los hombres por las calles de la gran ciudad. Las piernas no les llevan con bastante velocidad. Necesitan máquinas bajo los pies, máquinas que corren cada vez más.

Incluso en los momentos en que el hombre quiere elevarse por sobre el vapor y recordarse que él mismo no es más que un accesorio del maquinismo férreo y que la vida no debe consistir exclusivamen- te en la caza a la riqueza y al pan, es perseguido por el ritmo de la máquina. Es como si el ejército férreo sujetase vio- lentamente a la tierra el espíritu y el corazón del hombre.

Contemplemos la pintura hoy típica y comparémosla con la pintura de tiempos anteriores. Cuán esmeradamente han re- producido los viejos todos los detalles. Qué increíble paciencia han puesto en la nimiedad más inaparente de sus cua- dros. El pintor moderno no tiene ya tiem- po para ello. Pinta sus cuadros con la escoba en lugar de hacerlo con el pin- cel. No siempre lo hace por libre volun- tad. Es forzado a ello por el gusto. El hombre actual no tiene ya tiempo de per- cibir los detalles. Quiere abarcarlo todo de un vistazo.

Otro ejemplo: la ciudad moderna. ¡Cuán enormemente ha cambiado su as- pecto! Una casa era antes una creación por sí misma. Cada cual conservaba en cierto modo una característica y llevaba un nombre propio, un proverbio original propio. Cuán encantadora y animadora- mente obra todavía en nosotros un vie- jo Gracht amsterdamiano, donde cada ca- sa tiene una forma especial del pináculo. También eso ha cambiado ya. A esos Gra- chten soñados se adhieren grandes blo- ques de casas que llenan calles enteras que guardan una línea recta. Eso no es

una casualidad, y no explica tampoco únicamente por el hecho que pensamos hoy más en el objetivo que en los me- dios. La explicación es más bien ésta: el contacto continúo con el maquinismo veloz ha modificado completamente nues- tra mirada. "El viaje continuo en coches eléctricos en automóviles, en motocicle- tas, el acto de subir, bajar y tomar pre- caución ha despertado en nosotros una representación de celeridad que perma- nece en nosotros aun cuando no viaja- mos. Esa representación produce, podría decirse, una mirada para el movimiento, una mirada para la amplitud, en una palabra, una nueva mirada que no tiene tiempo para el detalle. Lo que antes era para el ojo humano la visión de una ca- sa, es hoy todo un frente de calle". (La influencia de las máquinas en la arqui- tectura, por el arquitecto Otto Glaw en Das Technische Blatt, suplemento ilus- trado de la *Frankfurter Zeitung*, N.° 3, VII, Jahrg., 1925).

Estamos siempre en el círculo del ritmo maquinal. Bajo su influencia se modifica nuestra indumentaria, el mobiliario de la casa, en una palabra, todo lo que nos rodea diariamente y con lo que cotidianamente tenemos contacto. Hasta nuestro idioma cae víctima de esa influencia. No pensamos aquí en las terribles abreviaciones que surgen de la colocación serial de las letras o sílabas iniciales, como en aquel odioso estilo telegráfico que priva a la palabra escrita de su calor, en aquella falsificación comercial del idioma que encontró hoy su mayor acrecentamiento en el inglés, el idioma de Shakespeare. Y pensamos, además, en aquel lenguaje efímero y superficial del periodismo que nos tiraniza diariamente.

Todos estos extravíos han sido posibles porque los hombres en el curso del tiempo han traspasado a las máquinas todas las actividades y porque sus propios músculos y nervios están desmedrados. El hombre no crece ya con su obra. La conciencia de lo realmente creador fué sofocado en él sistemáticamente. Su vida es una mortal monotonía de la que no hay salvación posible. Es imposible que ese estado de cosas perdure sin que la humanidad se exponga al peligro de sucumbir en su "civilización". Las fuerzas que dormitan en los hombres y sus energías no se dejan dominar a la larga. Exigen un campo de acción. Sólo si comprendemos en su completa significación esa coacción férrea bajo la cual gimen las masas laboriosas, comprenderemos también un fenómeno que nos ha conmovido hace una década: la disposición de los millones de trabajadores para el servicio de la guerra. Sabemos qué poder tuvo la mentira en esos días de conmoción; no menospreciamos la fuerza de las leyes, pero todo eso no es una explicación acabada del olvido repentino de todo lo que habían martillado sus jefes en sus cerebros a través de las décadas: que las guerras no son más que empresas comerciales y que el asesinato — aunque lo santifiquen los gobiernos y las iglesias — es inmoral. No, aquí han actuado otros factores psicológicos, y nosotros no vacilamos en explicar una gran parte de la afluencia del proletariado al servicio de la guerra por la tendencia a quererse librar de la triste coacción cotidiana y a pagar esa liberación incluso con la muerte. No habría que perder de vista nunca esa conexión. Hay que saber que toda la propaganda contra la guerra tanteará sólo en la superficie mientras no consiga reconquistar al obrero su valor en el trabajo cotidiano.

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o- Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de G. Biagiotti

A solicitud de un compañero que estimo y cuyo nombre reservo, accedo a lo solicitado, vertiendo mi modesta opinión con respecto a las interrogaciones de la encuesta de los compañeros del Grupo "Los Iconoclastas", de Steubenville, Ohío.

No es posible responder a las ocho interrogaciones de la encuesta, con pretensiones de aportar una nueva exposición de conceptos o argumentos sobre los medios de lucha, instrucción, solidaridad, propósitos, fines y bondad del ideal. Hombres profundamente anárquicos, estudiosos y analíticos, han ampliamente concebido, expuesto y perfilado todas las fases que la encuesta abarca, pero el lento recordar de las víctimas del presente régimen, exige la eterna repetición, hasta conseguir trasformar el brutal egoísmo del hombre fiera, en dulce afecto y racional solidaridad.

Ante la desencadenada reacción y sanguínea crueldad que las burguesías y Estados del universo entero, llevan a cabo contra los divulgadores del humano ideal de la anarquía, obligando a sus adeptos a reconocer cuán imprescindible y necesario es estrechar los vínculos de una solidaridad internacional anárquica, como recurso obligado de defensa, ante los furores y maldad de los hombres que rigen y subyugan los destinos de los pueblos.

Por parte del anarquismo actual, un bello exponente de mutua solidaridad nos lo ofrece la mundial exteriorización de protesta contra el proceso incoado a los compañeros Sacco y Vanzetti, proclamando virilmente la evidente y comprobada inocencia de los mismos.

La Anarquía, como principio de organización de las sociedades, es en sí la antítesis de toda lucha egoísta y antirracional, es revolucionaria en sus medios conducentes, porque los cercenadores del derecho humano se oponen y resisten a la razón; pero es armónica y solidaria en su fin, porque tiende vuelo hacia la universal sociedad de paz y afecto, afianzada en el equilibrio económico y social de todos los hombres. Es de fundamentos humanos por esencia y de lucha por impuesta necesidad.

Siendo la Anarquía de fundamento racional y humano, no es de ningún modo proletaria, porque de ser proletaria, evidenciaría la existencia de clases y castas parasitarias y absorbentes, tal como existen en la tiránica y presente situación social.

La Anarquía sostiene sus propósitos de irreductible ideal, opuesto a toda explotación del hombre por el hombre; de ahí su justificada tendencia hacia el Comunismo Anárquico, que transformará la tierra y toda útil producción en patrimonio común y social, no haciendo lugar al hombre improductivo, sin ceñirlo por ello obligadamente a tal sociedad, pudiendo desvincularse de ella y determinar los designios de su propia independencia, siempre que con ello no afecte o lesione los intereses de la comunidad social, la que a su vez se abstendrá de dictaminar gravámenes o coerciones contra la independencia individual del hombre.

Respecto a la orientación de los niños, a fin de prepararlos para su propia emancipación, se ha dicho y reafirmado que la enseñanza primaria debe ser encauzada sobre las bases científicas y racionales; por científico entendemos toda verdad que no adolezca de engaños, sofismas y supersticiones; por racional conceptuamos inculcar en el hombre el sentimiento de amor y de afecto hacia sus semejantes.

Siendo las religiones y los Estados quienes auspician y dictaminan las bases de la enseñanza, en reconocimiento de un injusto privilegio, resulta nociva y opuesta a las fundamentales leyes naturales; de ahí la necesidad de que el anarquismo se disponga con siempre mayor ahinco a restarles fuerzas, implantando escuelas modernas racionalistas, en las que el niño reciba nociones cariñosas y destellos de luz vivificante, y no la aclimatación a seculares tradicionalismos y engaños, de atrofiamiento cerebral.

Factores insalvables determinan la imposibilidad de esa labor a satisfacción, más ese constante empeño debe seguir preocupando al anarquismo; esa deficiencia de escuelas, por carencia metálica, debe ser sustituida, en parte, por la propaganda individual, provocando en toda ocasión propicia conversaciones con la infancia, a fin de sacar provecho ilustrativo, ya sea en el hogar, calles, plazas o taller. La propaganda instructiva e ideológica no debe seleccionar medios, todos son eficaces si le guía el mismo fin.

La tendencia individualista en el movimiento obrero actual, es de contraproducentes resultados, dada la inconsecuencia en que incurren no pocos gladiadores de. individualismo. Por otra parte, dicho individualismo no constituye en forma alguna una idea social científica; el individualismo sólo es la resultante de una distinta forma de interpretar el derecho individual.

De esas múltiples y distantas formas de interpretación, surge la intrincada disputa, que terminaría en funestos resultados en perjuicio de la lucha y del ideal, a no ser por el desapasionado y sensato criterio de la mayoría de los anarquistas, los cuales, con una plausible indiferencia, determinan el achatamiento y extinción de un individualismo injustificable.

Está científicamente reconocido que existe un derecho individual, que no debe ser violado, y que ese derecho, a su vez, no debe lesionar el derecho de otro; de esa homogeneidad de derechos e intereses, surge como innato el espíritu de asociación, lo cual nos permite reconocer que existe un derecho individual, mas no una adaptación determinada a la vida individualista; se podrá conceptuar individual el derecho y no individualista el medio de vida.

En cuanto a la "superioridad del individualismo", no es más que una infantil pretensión, o el solapado intríngulis, con el cual se pretende justificar (con buena o mala fe) el retraimiento y vacío que se hace ante el sacrificio de la lucha.

De la misma manera que un religioso apoya su creencia en falso, igualmente pueden existir individualistas que se consideren cabalgados en una teoría de pura verdad.

El valor de la tradición (si a la imperante se refiere la encuesta) es el de perpetuar el enigma de los grandes engaños, a fin de que no se derrumben los privilegios en que se afianza el trono del dominio, tiene el valor de la acción criminal legalizada, tácitamente rubricada con la sumisión e ignorancia de los pueblos.

La tradición no es más que la vegetación de las generaciones inhábiles para redimirse, almas acongojadas, carne de martirio, mentes atrofiadas y conciencias pervertidas, que no atinan a quebrantar las ligaduras de su esclavitud.

La tradición es la antítesis de la evolución, capaz de los grandes exterminios de vidas y derramamientos de sangre antes que ceder paso a la verdad y a la razón.

¿Cómo o en qué medida hemos de seguir la tradición?

Corresponde al anarquismo hacer frente a la presente tradición, con una irreconciliable lucha a muerte, hasta destruir cuantas ignominias coarten un derecho humano.

Considero que el anarquismo no sólo puede, sino que debe historiar el proceso histórico humano, en todas sus múltiples fases; el historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia es de capital importancia, a fin de demostrar el calibre de contradictorios absurdos en ella recopilados; ello no exime la real y suma importancia de que sea historiado el proceso histórico humano en general, para desmentir eficazmente el burdo adagio de "el mundo siempre fué así y siempre lo será".

Pues no se ignora que los ministros de todas las religiones y la burguesía mundial, esgrimen con frecuencia dicho adagio, cuando se ven en la necesidad de calmar la impaciencia o atenuar las dudas de alguna víctima, en tren de rebeldía o incredulidad hacia los fetiches que nos aprisionan y rigen.

La propaganda oral y escrita de la mayor parte de los anarquistas, salvo raras excepciones de destacados sociólogos, siempre se concretó a la reafirmación del descontento, a la necesidad de la rebeldía, a lo injusto del régimen, a la insaciabilidad de la explotación, a lo innecesario del militarismo, a lo funesto de las patrias, a los desastres de las guerras, a la falsedad de las religiones y a la necesidad de un cambio total del régimen presente.

El hombre se alejó de las leyes naturales, para engolfarse en las leyes artificiales, constituyentes del privilegio y afianzadoras del dominio.

La historia de los orígenes de la Biblia, hecha en forma oral y escrita, sería de eficacísimos resultados (sobre todo al aire libre), pues las conferencias de salón no son las de mayor eficacia; la concurrencia por lo general se compone de compañeros más o menos ya ilustrados del por qué de la lucha social.

Creo haber usado un lenguaje sumamente sencillo y claro; seamos propagadores del ataque al injusto régimen presente, pero seamos a la vez historiadores del proceso histórico humano en todos sus cambios demoledores y constituyentes, con lo cual lograremos desmenuzar el burdo adagio de referencia y debilitar los puntales de la tiranía imperante.

Respuesta de M. Buenacasa

IV

El enunciado de este tema entra de lleno en los problemas de la pedagogía.

Los que han lanzado la idea de la encuesta, a la cual concurrimos con estos modestos trabajos, no se han dado ciertamente cuenta de lo variados y complejos que son los temas de que consta el cuestionario.

Sería necesario que cada uno de los asuntos cuya discusión se interesa — importantes a cual más — fuese desarrollado por camaradas aptos y especializados en las cuestiones puestas a debate.

Así, por ejemplo, el tema con que encabezamos estas líneas habría de ser tratado por profesores de enseñanza o por hombres interesados más particularmente en las ciencias pedagógicas.

A ser sinceros, hemos de decir que nosotros sólo nos consideramos aptos para exponer algunos juicios sobre cuestiones de organización y orientación obrera, pues además de ser escasa nuestra inteligencia, nuestra cultura, demasiado deficiente aunque general, no nos permite lanzarnos al más insignificante de los ensayos para discutir materias tan delicadas como las que se nos proponen. A pesar de lo expuesto, como no podemos dejar de ser gentiles — virtud la de la gentileza que no es corriente en hombres de mayor cultura y suficiencia — vamos a opinar, dispuestos a rectificar nuestros juicios en cuanto un contrincante cualquiera nos demuestre el error en que podamos incurrir.

*
* *

"¿Qué orientación debe darse a los niños para que ellos mismos labren su emancipación?"

¿Se trata de enseñar e instruir, o bien de orientar y educar?

¿Se pueden separar los problemas instructivos de los problemas educativos? He ahí la cuestión: educar, enseñar; instruir, orientar. Hay quien pretende que convendría desglosar el problema al efecto de simplificarlo. No vemos que se simplifique nada con ello. Lo interesante es que se instruya y se eduque alternativamente.

Cierto, como muchos han demostrado ya, que existen analfabetos en posesión de una educación exquisita o humana y racional, en tanto que hay hombres sapientísimos que son verdaderos brutos.

El ambiente influye tanto o más en la educación del niño que las enseñanzas del preceptor.

Es más: los ambientes que no sean una continuación del aula, mediatizarán y anularán — esto es muy frecuente — toda la obra de los educadores, sean éstos escolásticos o neutros.

Conocemos las diferentes escuelas que se disputan la hegemonía en la conquista de los cerebros infantiles. Por regla general, admitida por los hechos demostrados, de la escuela religiosa salen los sacerdotes del culto; de la escuela socialista surgen los modestos educadores de la masa popular en los núcleos de trabajadores; de las escuelas oficiales salen los maestros oficiales; de la escuela neutra provienen generalmente los adversarios de dogmas, etc., etc.

Mas no hay regla sin excepción. El que este trabajo escribe era fraile franciscano — profeso ya — a los diez y ocho años de edad. Hoy siente verdadera repulsión por todas las doctrinas religiosas y particularmente por la católica, que es la que más estudiara.

Conocemos alguien que ejerce las funciones de policía, a sueldo del Estado burgués, a pesar de haber concurrido en su infancia a las escuelas neutras y racionalistas.

¿Qué significa ésto?

Pues esto significa que el ambiente que se manifiesta fuera de la escuela, corrompe e inutiliza la obra de la escuela.

Es por tanto difícil, en grado sumo, conseguir que los niños labren su emancipación, por sí mismos, sea cual sea la orientación que se les pretenda inculcar a dicho efecto.

Por manera que el problema de la emancipación de la infancia no está en los medios a emplear para lograrla, sino en la imposibilidad de que esos medios puedan resultar verdaderamente eficaces.

No se crea, por lo dicho, que somos p-

simistas, todo lo contrario; pero nos debemos a la verdad y por ella nos manifestamos.

Interesa, pues, en primer término — y entramos ya en el terreno de las proposiciones — señalar que, en el presente, la base principal para insuflar una buena orientación educativa en los niños, es el hogar.

Es esta la antesala de la escuela; en ella se puede pulimentar la personalidad moral de la infancia, a la vez que se la instruye, pero en aquél se dan los primeros y los últimos pasos hacia la finalidad perseguida. — Advirtamos que la educación de los niños debe conllevarse en sentido contrario a todos los dogmas, sin excepción.

Alguien nos dirá: "No perdáis de vista que hay padres cuya supina ignorancia corre pareja con la buena fe y que en tal caso la obra iniciada en el hogar, en el hogar será destruída; la influencia de la escuela resultará nula".

Esto quiere decir que, mal pueden educar bien a sus hijos los padres que carecen de buena educación y que por desgracia son los más.

Si pudiéramos conseguir que nuestro sistema fuese aceptado por cuantos colocan el culto a la razón y a la naturaleza por encima de los dogmas y de las creencias, se andaría mucho en el camino deseado: se trata de que cuando un padre cree llegado el momento de llevar a sus hijos a un centro de educación y de cultura, él mismo aceptase la idea de ser un discípulo más en la escuela. A la escuela deberían asistir conjuntamente padres e hijos, al efecto de igualar en lo posible las condiciones morales cuya perfección es siempre anhelada. Se podrían dedicar las horas del día que se considerasen precisas a la enseñanza simple de cuanto el niño debe saber para triunfar en la vida; pero por las noches, una segunda "sesión", familiar, en la que se discutiese entre alumnos, padres y maestros, todo aquello que al libre desarrollo de la personalidad moral de los hombres se refiere, daría los mejores resultados.

Entonces la escuela y el hogar casi serían una misma cosa; quedaría, no más, al cuidado de los padres la obligación de acompañar a sus hijos a las buenas diversiones y a los recreos en que la fortaleza física de los niños se desarrolla. La naturaleza ofrece para todos mil encantos distintos. Si los padres se cuidaran de hacer vivir a sus hijos en el amor de las cosas naturales, el vicio y la crápula serían para ellos motivo de odio y anatema.

Digamos con sinceridad que la mayoría de nuestros camaradas, que creen hacer mucho bueno en pro de sus hijos, hacen bien poco, ciertamente. Domina el prejuicio en los medios anarquistas tanto como en los medios burgueses. Hay quien mantiene como una gala el prejuicio de no haber bautizado un hijo, pero luego le abandona al ambiente corrompido de una escuela oficial, y al ambiente más corrompido aún de la calle y de los espectáculos morbosos del teatro o del cine ramplón, — atentado continuo contra el arte. El padre de ese niño, que no fué bautizado, tiene que ir con los amigos al club, al centro obrero, al Ateneo. ¡Los amigos! ¿Y por qué nuestros mejores amigos no han de ser nuestros hijos? ¿Quién tiene para ello mayor derecho?

Para que los niños labren su emancipación es preciso que los hombres se emancipen antes. A menos que pretendamos que los niños nos emancipen a nosotros. Lo cual constituiría un verdadero colmo.

V

El pueblo — dijo uno de nuestros grandes pensadores — no sabe de cosas de Arte, pero siente el arte y la belleza. Hasta los seres depravados que desprecian las inquietudes del espíritu reconocen el valor de lo bello.

Isteresa extender nuestras actividades hasta los dominios del arte para que el pueblo, que sabe sentirlo, llegue a interesarse por amar y comprender todas las manifestaciones artísticas.

En la contemplación de la naturaleza y de las artes reside el supremo bien del espíritu; pero, el disfrute de esas manifestaciones, de lo bellamente útil y necesario, para tornar exquisita el alma de los humanos, sólo está al alcance de los poderosos.

El monopolio de los goces espirituales que el arte proporciona, corresponde solamente a ls detentadores de la riqueza; lo que quiere decir que el pueblo, pese a sus buenos deseos de superación y a sus ansias de mejoramiento espiritual, se halla lejos de poder solazarse y disfrutar los encantos del Arte.

Los artistas en general, los productores y divulgadores del arte son, como los obreros manuales, seres sometidos a la férula del estipendio monetario, a la fatídica ley del bronce; y sus producciones, salvando muy honrosos casos, son asequibles solamente a los que pueden comprarlas.

Existe, pues, el arte para los poderosos mas no para los humildes, cuya condición de tales les imposibilita disfrutar de las cosas bellas, tanto como de las demás, necesarias a la vida. ¿Puede hacerse algo práctico por que el pueblo tenga acceso hasta la contemplación de las múltiples manifestaciones artísticas? Sí.

¿Quién es el más obligado a realizar el esfuerzo necesario, o por lo menos posible, para conseguir tan buen propósito?

Teniendo en cuenta que los artistas se hallan demasiado apartados del pueblo, ha de ser el pueblo mismo, y de su seno las avanzadas más dispuestas, quienes pongan manos a la obra, demostrando la capacidad creadora de que se dispone. Estas avanzadas son las falanges anárquicas, las cuales pueden formar, conjuntamente con los artistas del pueblo — porque los hay aunque no sea en la proporción deseada — las instituciones adecuadas al objeto.

Estudiemos las posibilidades con que contamos en el presente.

Existen poderosas organizaciones de trabajadores, que cuentan con numerosos órganos de expresión en la prensa; hay innumerables centros culturales, repartidos por todas las naciones del viejo y nuevo continente.

¿No creen los camaradas, pues, que podría hacerse mucho si nos lo propusiéramos, en el sentido que lo estamos insinuando?

En ciudades importantes y en pueblos pequeños hemos realizado algunos buenos ensayos de divulgación artística, cuyos resultados han saturado el ambiente de anarquismo tanto como era de esperar.

Bajo la protección y por iniciativa de los sindicatos y los periódicos obreros y anarquistas de París, hemos presenciado las mayores manifestaciones artísticas de nuestra vida.

Podemos decir otro tanto de lo que logramos apreciar en poblaciones de inferior categoría.

Grandes conciertos musicales, excelentes veladas teatrales, visitas colectivas a los monumentos y a los museos, excursiones desde los llanos y las playas hasta los panoramas incomparables que nos ofrecen las montañas; conferencias divulgadoras sobre diversos motivos de las ideas en el arte y del arte en las ideas.

No hace muchos meses aún que, en Barcelona, se ha fundado una Asociación Popular de amigos de la música, con la cooperación de la famosa orquesta Casals.

Una cuota reducida — cincuenta céntimos al mes por asociado — permite a todos ellos el placer de seis u ocho conciertos anuales a cargo de dicha excelente masa orquestal. Las galerías y los salones donde exponen sus obras los artistas se ven invadidos por gentes del pueblo interesadas en cultivar el espíritu. Pero no asiste todo el pueblo aún a solazarse con esas manifestaciones. Se precisa un estimulante, una base de acercamiento, una organización, en fin, que canalice y ordene con el método necesario las peregrinaciones populares hacia los lugares donde el arte se manifiesta.

Esta base para la educación artística deben constituirla los sindicatos de trabajadores y sus publicaciones, creando en su torno y por su influencia las instituciones culturales y artísticas necesarias. Existen muchos organismos, tales

---

RUDOLF ROCKER (4)

De la maldición del practicismo

Pero, cuando entre los campesinos que vivían en dura servidumbre, y tenían que soportar además que sus torturadores cubrieran de sal las heridas, se convirtió la rebelión en llama devastadora y se prepararon a asaltar los castillos de sus señores, los pájaros carpinteros se enfurecieron, por no haber aprobado sus métodos prácticos, y estimularon a los príncipes a matar los campesinos "como perros rabiosos". Ciento treinta mil campesinos fueron muertos en aquella insurrección; y cuando los rebeldes fueron derrotados, los pájaros carpinteros hicieron fácilmente su juego.

Como sus predecesores de otro tiempo habían transformado el cristianismo, que era causa del pueblo, en una causa de los Césares, así se convirtió la Reforma en asunto de los príncipes y de las clases dominantes. La Reforma venció, pero el espíritu que animó un tiempo a las masas, había sido extrangulado, sofocado en sangre. Los pájaros carpinteros y los solapados, le habían dado muerte, como Caín a su hermano Abel. Entonces se tuvo por llegado el momento para levantar la nueva iglesia, que no fué menos fanática ni menos dominadora, ni menos dogmática que la iglesia de Roma. El espíritu había muerto y lo que quedó de él no podía expresarse más que como lo contrario del espíritu.

* * *

Hoy es en el gran movimiento del socialismo donde se reproducen los mismos fenómenos.

Cuando la primera Internacional hizo llegar su alerta a los pobres y a los desheredados de todos los países, su proselitismo halló un eco profundo y alegre en los laboriosos de esta tierra, que debían doblegar sus hombros al yugo del trabajo esclavizado y a quienes la preocupación apremiante del pan de cada día no dejaba libres un momento.

Construían palacios y tenían que habitar con su prole en agujeros obscuros, preñados de enfermedades, y llevar una existencia sin alegría. Perforaban pozos en las entrañas de la tierra y ponían su vida en peligro a todas horas para descubrir tesoros ocultos y sacarlos a la luz del día, y apenas tenían bastante para apaciguar su hambre apremiante, siempre al acecho ante sus puertas. Tejían preciosas telas y sedas tornasoladas y estaban forzados a cubrir su cuerpo desnudo con míseros harapos.

Excluídos de las alegrías y conquistas de la vida moderna, tenían que entristecer su existencia en fábricas malolientes, llenas de la cadencia desconsolada de las máquinas, nunca seguros hasta que la muerte ordenaba el descanso a sus miembros extenuados. No había ninguna salida, ninguna fuga, pues el destino los había desterrado a un mundo en cuyas puertas férreas estaban escritas las palabras del gran florentino :"Abandonad toda esperanza los que entráis".

Sonó entonces el grito de la Internacional despertando esperanzas y promesas por los países y exhortó a los trabajadores de los campos y de las fábricas a reunirse en una gran federación que rompería sus cadenas y les llevaría a un pervenir mejor. El individuo debía echar raíces en la federación para hacer saltar los lazos de la dependencia y libertar el trabajo. Había que conquistar un mundo nuevo en donde la dominación y la explotación no tendrían más espacio, y en donde el trabajo útil y la posesión de todos los bienes serían comunes a todos los hombres. El sudor y la sangre de los proscritos no debían continuar cebando parásitos ociosos, y los valores incalculables creados cada día por las manos laboriosas, debían servir a las necesidades de todos. La tierra volvería a ser un hogar para los hombres.

El gran anhelo circuló nuevamente por el mundo, nuevamente invadió a los hombres el espíritu, nuevamente se reanimó la esperanza en una era de redención.

Pero la redención no debía llegar a los oprimidos desde arriba, ni por intermedio de los dominadores. Tenía que ser la obra más personal, y partiendo de ese conocimiento había escrito la Internacional en su roja bandera estas palabras altivas: la emancipación del trabajo debe ser obra de los trabajadores mismos.

¡Nada de migajas caídas de las mesas de los ricos, nada de imploraciones a la falsa compasión de los poseedores, nada de limosna! ¡El derecho era lo que se reclamaba! El hombre de trabajo no debía continuar desempeñando en la sociedad el papel de pobre Lázaro. El ideal de una justicia social se había reavivado en las masas y atravesó sus corazones con sagrado entusiasmo. Una nueva era se aproximama, y los proletarios mismos debían construír los puentes hacia la tierra del porvenir.

En las ciudades y en las aldeas se unieron los pobres en alianzas y la federación extendió sus mallas por sobre regiones y países, por sobre todas las fronteras de los Estados. Había surgido una nueva comunidad que en todos los países hallaba tierra fecunda y esparcía la semilla de que brotaría el futuro.

Millares de ideas creadoras iban a expresarse en la edificación de la nueva sociedad circularon en los cerebros de las masas laboriosas. La triste presión que había pesado tanto tiempo en las almas fué aliviada, todo lo que germinaba y hervía en lo profundo recibía expresión y forma y se integraba metódicamente. Había comenzado una nueva trastrocación de todos los valores, el socialismo fué el ideal de los reprobados de esta tierra y en la lejanía crepuscular ardió la aurora de un nuevo día.

El respeto ante los poderes del pasado y sus defensores cayó en ruinas. La fe inconmovible en la próxima liberación devolvió a todos la seguridad y la confianza en sí. El valor de la convicción interior ocupó nuevamente su puesto y resistió valientemente a todos los medios coactivos de los gobernantes.

¡Qué importó que los posesores observaran con franca desconfianza y creciente temor la difusión de la nueva asociación, que los gobiernos empollaran leyes de excepción y enterrasen a los partidarios de la Internacional tras las rejas de las cárceles! El espíritu que surgió aquí de lo profundo y fué nutrido por fuentes viatles, no pudo dominarlo nunca y se demostró más fuerte que la violencia brutal de los dominadores.

El nuevo evangelio surgido para los pobres se difundió como el viento y los privados del fruto de su trabajo sospecharon el poder que descansaba en sus manos laboriosas, poder de que hasta entonces no habían tenido conciencia. Pues era su trabajo el que rejuvenecía diariamente la sociedad y la mantenía en vida. Tenían la



En rústica, $ 1.50; en tela, $ 3.50.

como el de Barcelona ya mencionado, en los que el elemento trabajador se halla brillantemente representado, pero ello no basta. Precisa, como insinúa el tema que estamos discutiendo, que los ambientes del arte se saturen de anarquismo.

Mal, pues, podríamos conseguir tan nobles propósitos si no fuesen los anarquistas quienes más influyeran con todas sus aportaciones a la creación de los organismos adecuados.

Porque hay que tener presente que sin la crítica severa y acerba de nuestra idealidad a la obra de los artistas, la producción de éstos, que tantos prejuicios contiene, restaría, como resta hoy, sometida a los halagos de la crítica oficial; y bien sabemos que, en cuestiones de arte, como en todas las demás de la vida, suele ser pernicioso al ambiente de la anarquía y a los designios del pueblo, cuanto consagrar suele esa crítica subvencionada y rastrera.

Existen artistas eminentes que se tornan mediocres ante los halagos de las ruindades de la reacción que nunca se aviene a aceptar las rebeldías del arte desnudo, porque desprecia el realismo de las explosiones naturales.

Nuestros juicios, nuestros estímulos, la intervención de nuestra prensa, que no se vende a nadie, han de lograr, si nos lo proponemos, que el arte vaya por las buenas vías del bien y que el ambiente del pueblo se sature de anarquismo por las realidades bienhechoras.

Si los artistas en el presente no son todo lo que debieran ser, culpa es tanto de los críticos oficiales como de nuestras despreocupaciones en materia de arte.

Las grandes manifestaciones del genio humano sólo fueron excelsas e infinitas cuando llevaron el asenso de la "vox populi". Y llegaron a tanto, porque el pueblo era ariete, estímulo, voto hacia la perfección.

Los poetas griegos, como los pintores latinos, como todos los artistas del mundo, fueron empujados por los pueblos — a veces con verdadero frenesí — a producir las más grandes creaciones de la belleza en todos sus aspectos.

Vale mucho el voto del pueblo; es el voto de más valor; los mismos artistas no lo niegan.

Vayamos, pues, intervengamos todos en las cuestiones artísticas. Fundemos las instituciones requeridas, para gozar del bien y para estimular su crecimiento su perfección.

El teatro popular, no es de imposible creación; creémolo. Los artistas, aun cuando hayan de ser pagados por su trabajo — pues derecho tienen a comer — han de favorecernos pasado el tiempo con la mejor voluntad, a medida que puedan apreciar que su mejor amigo no es el que le paga espléndidamente a cuenta de una labor mediocre y comprimida por las conveniencias del estancamiento, sino el pueblo que ve y va más allá en sus concepciones humanas y por tanto liberadoras del prejuicio en que el arte se desenvuelve y que ellos como sus creadores, deben estar empeñados — y lo están de seguro — en que sea puro y fuerte, como la vida misma, libre y exquisita.

Los anarquistas debemos orientar el arte, sin mistificaciones ultraístas, hacia el realismo de la naturaleza, único modo a nuestro entender — y conste que somos profanos en esta materia — de conseguir que el ambiente general se vea cada día más y más saturado por las emanaciones generosas de nuestro ideal.

El arte, para ser tal, en toda su pureza y extensión, debe ser por antonomasia anárquico, rebelde a los convencionalismos.

Para que así sea, corresponde a los anarquistas que entiendan de estas cosas, a los simples "amateurs" y a los artistas del pueblo, emprender la acción común en vistas de alcanzar para el pueblo y para el arte mismo la manifestación fuerte, bella, esplendorosa e independiente que necesitamos todos para subsistir con dignidad.

BIBLIOGRAFIA

—

Urales Federico.—"La anarquía al alcance de todos", 32 págs. .8o. Librería Nuevo Horizonte, Loarin, Ohio, 1926. Precio 5 centavos de dólar.

—

Este folleto expone en forma elemental algunos conceptos elementales de la anarquía, rebatiendo ciertas burdas objeciones y esforzándose por hacer comprender a todos la justicia de nuestra causa.

Mac Donald J. A.—"La desocupación y la maquinaria", 104 págs. en 8o. mayor. Ed. Solidaridad, New York.

—

El tema que trata este folleto no puede ser más actual; se trata de una exposición de los efectos de la maquinaria en las condiciones del trabajo, singularmente en el fenómeno de la desocupación. Sobre el mismo asunto hemos publicado en esta hoja los estudios de E. Weckerle, que nos ha parecido de un gran interés y apropiados para atraer la atención de los trabajadores sobre una de las características fundamentales de la economía capitalista contemporánea. Sin embargo, Mac Donald no llega a todas las conclusiones lógicas en ese terreno, pues si llegara tendría que haber chocado por fuerza con el dogma industrialista o marxista de los IWW, cuya sección española es la editora de este trabajo.

Morales Delio—"Raimundo Nansen el atormentado", 188 págs., Edit. Gleizer. pesos 2.

—

De esta obra hablaremos en el próximo número.



palanca de todo acontecimiento en sus fuertes manos, y lo que se convirtió en íntima sensación del poeta cuando encarnó al proletariado en aquel cíclope tonante que llevó al valle el barco en que navegaba el rey, maduró en los cerebros de las masas lentamente.

Pero entonces se advirtió el martilleo de los pájaros carpinteros y cayó en los corazones de los desheredados como la neguilla sobre el sembrado tierno.

Se quería ser "prácticos", conquistar el Estado, penetrar en las instituciones de la sociedad burguesa, tomar parte en la legislación y se previno contra las redundancias.

Con gesto sabio y comportamiento pretencioso fortificaron los "prácticos", de la mano de los "hechos concretos", la conveniencia de sus métodos experimentados. Se dieron la apariencia de estar en posesión de un socialismo singular, que llamaron "científico" para dar más peso a sus concepciones. Eso atrae siempre y además se hace muy bien. Decid al "tonto pueblo" que dos más dos hacen cinco y se reirá de vosotros; pero probádselo "científicamente" y os creerá sobre vuestras palabras.

Naturalmente, el método de los pájaros carpinteros era el único que podía traer el socialismo, todo lo demás eran fantasías inmaduras y utopismo impráctico.

Basta, afirmaron los pájaros carpinteros, que un bravo correligionario cumpla su deber de elector y deje la realización del socialismo a su representante experimentado, que conoce mejor las condiciones y está en mejor situación en base a sus ricas experiencias para dar exactamente con lo justo. En general es absurdo y completamente fuera de lugar hablar de una revolución social, después de haberse probado "científicamente" que el socialismo no llega más que cuando las "condiciones están maduras" para él. Pero reconocer esto no es por desgracia cosa de todo mortal ordinario. Por esas razones es aconsejable comisionar a un comité especial de compañeros singularmente capacitados, para aprovechar el momento oportuno, a fin de saber cuándo habrían llegado las condiciones o la madurez necesarias. Ciertamente hay elementos obscuros que abrigan dudas sobre tal capacidad especial, pero toda persona científicamente instruída puede confirmar a aquellas cabezas infantiles: Al que dios dió una función, lo proveyó de los necesarios dones racionales para ella. Pero entretanto hay que realizar "labor práctica" y ejercitarse esmeradamente en el arte de gobernar para estar siempre a la altura y prevenido contra todas las eventualidades.

Lo más peligroso es tener demasiada prisa en la realización del socialismo. Roma no ha sido al fin de cuentas edificada en un día. En general no es bueno reflexionar mucho sobre tales cosas. Un buen correligionario mantiene estricta disciplina y deja la función de pensar a sus representantes experimentados.

Particularmente mal hablaban los pájaros carpinteros de aquellos que apelaban siempre a la cualidad de los proletarios como productores y les hablaban de la acción directa y de la huelga general. Ya el bienaventurado Nazi, decían, había demostrado científicamente que la huelga general era un absurdo, y él lo ha sabido seguramente. Además, no había que perder de vista que por tales actos se asustarían necesariamente muchas personas, lo que de seguro no conviene a la salud. No hay que adelantarse a la evolución, sino dejar que todo siga tranquilamente su camino para no perturbar el orden natural de las cosas.

Y los pájaros carpinteros realizaron "labor práctica" en la más amplia medida. Fueron tan incansables en la conquista del poder que de su socialismo no quedó más que un brebaje incoloro. Todo lo que hicieron madurar profetas entusiastas y luchadores atrevidos en las masas desde hacía décadas, cayó víctima de su "practicismo" y se marchitó como las hojas en el otoño.

Donde llegó su influencia refrescaron en todas partes en el pueblo el brillo del Estado y despertaron en los corazones de los oprimidos la creencia en una solución estatista del problema social, que hasta aquí se convirtió siempre en fatalidad. Más aún: la jerarquía del Estado les sirvió de modelo para la formación de sus propias organizaciones y la "centralización de las fuerzas", que fué siempre la victoria de lo mecánico sobre el espíritu, se convirtió para ellos en dogma intangible. Toda iniciativa personal, toda convicción interna, que arraiga en el sentimiento de responsabilidad de los hombres, fueron sofocados en germen y en su lugar se puso la tenebrosa sabiduría filistea.

Bajo la influencia de los pájaros carpinteros degeneró la doctrina viviente del socialismo en partido, como en otro tiempo el cristianismo en iglesia. Comenzó luego la gran muerte de los ideales, la transformación del espíritu en muerta fe en las letras de la ley, tras la cual no quedó anhelo alguno. Apenas es capaz el oído todavía de percibir entre el martilleo monótono de los pájaros carpinteros, los suaves sones de la canción entusiasta del verderón — de entre el martilleo de los pájaros carpinteros que viven de gusanos y aman la verdad".

¡Oh, esos pájaros carpinteros, esos crueles sepultureros de todo impulso interior, de toda fe ardiente en el valor y en la justicia de una gran causa, por la que puede morir alegremente el individuo! Se vanaglorian de estar con ambos pies en la tierra y no arraigan más que en el lodo y en los charcos del pantano. Su llamado "practicismo" no ha sido más que la mezquindad del que hace cucuruchos de papel, la repulsiva trampa del cambalachero. Mienten en mil lenguas y blasfeman por principio.

Donde los ojos del vidente ven en la lejanía soñadora tierra nueva, el pájaro carpintero acecha en el fondo y calcula la cosecha. Donde una nueva verdad circula en pensamientos hirvientes por mil cerebros, aparece de inmediato el pájaro carpintero y da la alarma a los bomberos. Con noble atrevimiento se pone en la cruz del redentor y proclama: Yo soy más grande — y ante todo más sabio que aquel que está debajo de mí. Aquél os mostró cómo se ofrenda la vida por un ideal. Pero yo os muestro cómo se puede vivir para la acción práctica y no se corre el peligro de ser crucificado.

Donde nobles señores disputan, allí festejan triunfos los pájaros carpinteros; donde el espíritu comienza a pudrirse, allí predica el pájaro carpintero. Se encuentra en todas partes donde hay gusanos y donde se puede amar la verdad de manera práctica, sin entregarse a vanas ilusiones.

Tiene que haber en nuestra sangre algo de los pájaros carpinteros, que nos hace detenernos siempre que comienza el martilleo en el bosque.

¿Llegará el día que nos redimirá de los pájaros carpinteros, que nos libertará de la maldición del "practicismo"?



AÑO V

LA PROTESTA

BUENOS AIRES, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1926

N.o 240

PRECIO: 10 CTS.

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Congreso Anarquista Internacional por escrito

En ocasión del 30 aniversario de "La Protesta"

Los congresos internacionales tienen para nosotros estos propósitos:

a) La organización de nuestras fuerzas;

b) El esclarecimiento de puntos especiales de doctrina o de táctica.

Por lo que se refiere al primer punto, hasta aquí no hemos tenido mayor necesidad de una organización anarquista internacional sobre bases regulares, pues por su característica, el anarquismo es desafecto a las palabras de orden y a la acción mecánicamente uniforme. Búrlese lo que se quiera el maniático de la organización a todo precio, de la espontaneidad; nosotros no hemos obrado nunca de otro modo que por nuestro impulso interior. Tal vez continuaremos lo mismo siempre. Por consiguiente, en lo que se refiere a la organización del anarquismo, somos un tanto escépticos y, sobre todo, no creemos que haya de surgir de un congreso nacional o internacional.

En lo referente al esclarecimiento de puntos especiales de doctrina o de táctica, tampoco creemos que un congreso sea el lugar más apropiado para esa labor serena de profundizamiento de nuestros problemas, y el hecho de aceptar una resolución no implica una transformación de nuestra mentalidad ni una cadena en nuestra inteligencia para girar en torno de ella. Suele ocurrir que la mayoría de las resoluciones de nuestros congresos quedan en el papel, como material histórico, pero nunca se encarnan en la práctica cotidiana.

De nuestros congresos del período de la vieja Internacional no son las resoluciones las que se recuerdan, sino el encuentro periódico de los camaradas más activos de los distintos países, para cambiar opiniones entre sí, trabar relaciones recíprocas y comunicarse las experiencias respectivas. Eso es útil y necesario, y lo era cuando las comunicaciones y la prensa no estaban tan desarrolladas como hoy, pero se puede decir que no es eso lo que se busca propiamente al acudir a un congreso. Queda en nosotros un resto de espíritu legislativo, y eso se expresa en la tendencia a substituir con una codificación de resoluciones la espontaneidad de los camaradas.

De nuestro congreso internacional de 1881, que no ha querido ser legislativo ni constitutivo de una organización internacional del anarquismo, no ha quedado más que del congreso de Amsterdam celebrado en 1907, donde se trató de ser "prácticos", fundando la Internacional anarquista. En cambio, el congreso de París en 1900, que no se celebró, ha dejado más rastros y ha tenido tal vez más influencia, gracias a los estudios interesantes que fueron presentados a él por individuos y organizaciones.

De todos los congresos anarquistas habidos en España, ninguno ha tenido más trascendencia que los viejos certámenes de Reus y de Barcelona, es decir, que aquellos congresos por escrito, que vale la pena consultar hoy mismo, no obstante los años transcurridos.

Es eso lo que nosotros queremos llevar a cabo en ocasión del trigésimo aniversario de la vida de "LA PROTESTA": un congreso internacional por escrito.

Ha sido ya enviada a diversos periódicos y camaradas, cuyas direcciones nos eran conocidas, la siguiente circular:

CERTAMEN INTERNACIONAL

El diario LA PROTESTA cumple el 13 de junio de 1927 treinta años de existencia. Representa ese esfuerzo, tanto por la extensión del tiempo recorrido como por la intensidad de la labor realizada, el más alto exponente para la historia de la prensa anarquista mundial. Pertenece a todos los anarquistas esta obra que comenzaron unos pocos camaradas y que hoy continúa una numerosa colectividad revolucionaria, para la que todos los sacrificios son pequeños con tal de sostener en pie el común patrimonio ideológico.

Para recordar el origen de este diario, su trayectoria a través de los treinta años de su existencia azarosa, y, más que nada, para llegar a una síntesis de esfuerzos y de valores éticos que demuestren la contextura ideológica del movimiento anarquista, LA PROTESTA organiza un Certamen Internacional con motivo de su trigésimo aniversario.

Los temas que proponemos a los anarquistas que deseen colaborar en este Certamen, son los siguientes:

1.—Cuestiones históricas.
  a) Sobre el movimiento anarquista en los distintos países.
  b) Sobre los movimientos obreros nacionales.
  c) Bibliografía: Publicaciones anarquistas de la América latina.
  d) LA PROTESTA en sus 30 años de existencia.

2.—Doctrina y táctica.
  a) Sobre los diferentes aspectos doctrinarios del anarquismo.
  b) De las tendencias libertarias en sus relaciones con la cuestión obrera o sindical.
  c) Los anarquistas frente al problema de la tierra.

3.—Las dictaduras.
  a) Su proceso histórico; su conexión con las cuestiones político-económicas actuales.
  b) La propaganda anarquista y los partidos políticos.

4.—Cárceles y presos por cuestiones políticas y sociales.

5.—Las Internacionales.
Pasado y presente del movimiento obrero internacional. La Asociación Internacional de los Trabajadores (Berlín) como movimiento de oposición al reformismo de Amsterdam y de Moscú.

6.—Literatura y arte libertarios.

El Certamen está abierto para todos los militantes del anarquismo y del movimiento obrero de orientación libertaria. Sobre los diversos temas, y aun tratando cada escritor más de un tema si lo creyera conveniente, podrán hacerse trabajos que no excedan de cincuenta páginas de libro, formato 4º, y esto principalmente para los trabajos históricos y bibliográficos, pues los de doctrina deben ser lo más reducidos posible.

Todos los trabajos aceptados por la redacción serán editados en un gran tomo, que aparecerá antes de la fecha en que se cumple el 30 aniversario de LA PROTESTA. Se establecerán varios premios, uno por lo menos para cada tema. Para salvar el inconveniente que representaría nombrar un jurado, el tomo del Certamen llevará adjunto un formulario con los temas del mismo y los artículos que se publiquen, y los lectores serán los encargados de discernir los premios que correspondan al valor de cada trabajo, en su categoría, por mayoría de votos.

Los colaboradores deberán dirigir sus trabajos hasta el 31 de diciembre de 1926, a la redacción de LA PROTESTA, Perú 1537, Buenos Aires (Argentina).

Los premios que se ha resuelto ofrecer al mejor trabajo de cada uno de los temas, son alicientes para aquellos camaradas que no disponen de tiempo ni de medios suficientes para dedicar quince días o un mes a la elaboración de un estudio detenido para el certamen. Dichos premios serán fijados por organizaciones afines del país y del extranjero.

Tenemos la convicción de que este congreso por escrito ha de conmemorar dignamente la fecha memorable del trigésimo aniversario de la fundación de LA PROTESTA, al mismo tiempo que representará un esfuerzo de primer orden para dar al mundo un exponente de la mentalidad anarquista y de los problemas y perspectivas del anarquismo.



El directorio español se afianza nuevamente

Sumario de este número

MAX NETTLAU

Nuevas Investigaciones rusas sobre la vida de M. Bakunin

II

Cuando se publicaron, a partir de 1921 la *Confesión*, la carta a Alejandro II (1857) y otras cartas a autoridades rusas y también a sus padres, escritas por Bakunin en la prisión rusa y en Si- beria, hubo quien creyó encontrar en el estilo ceremonioso, deprimido y en las expresiones de resignación, de concien- cia de gran culpabilidad, etc., de esas cartas, una verdadera degradación moral de Bakunin durante esos años, una debi- lidad, una voluntad quebrantada, una su- misión consciente o voluntaria.

Hubo otros que no sufrieron un solo momento esa impresión penosa, que han visto que esas fueron producciones arran- cadas por las circunstancias a un prisio- nero que seguía siendo él mismo, el que fué antes y después de esos años de su- frimientos crueles, cuando, solo entre sus verdugos, no buscaba más que no depri- mirse a su nivel ni ser llevado a la resig- nación y a la bajeza de espíritu. Les arrojó, pues, esas migajas de palabras devotas y quedó él mismo en su fuero interno y con sus amigos, con los hom- bres honestos, en una palabra.

Esa interpretación se encuentra ahora confirmada por algunos fragmentos y tro- zos de carta que ha conseguido hacer pasar en escritura diminuta a su herma- na más amada, Tatiana, cuando ésta y su hermano Pablo pudieron visitarlo en 1854 en la fortaleza — son los únicos es- critos independientes conservados o que se conocen ahora y reproduzco el prime- ro, que no es más que el comienzo de una larga carta, preparada, pero — co- mo hace conocer otro billete — destruí- da después de reflexionar, quizás para no arriesgar demasiado en esa primera reflexión. Ese fragmento está escrito en francés (Korniloff, *Los años de viaje de Miguel Bakunin*, 1925, en ruso, pági- nas 491-3):

"*Mis queridos amigos!*

Sé a qué terrible peligro os expongo al escribiros esta carta. Y sin embargo la escribo: de ahí deduciréis cuán grande es para mí la necesidad de explicarme con vosotros, y de decir, aunque no sea más que una sola vez aún, sin duda la última, en mi vida, libremente, sin restricción, lo que siento, lo que pienso. Esta es la primera vez, esta será la último también que os haré correr un riesgo. Esta carta es mi suprema y última tentativa para relacionarme con la vida: una vez bien esclarecida mi situación, yo sabré si debo confiar aún en la esperanza de poder hacerme útil, según las ideas que tenía, según las ideas que tengo aún y que serán siempre las mías, o si debo morir. No me habléis ni de impaciencia ni de debilidad; sería injusto. Preguntad más bien a mi excelente capitán, ahora mayor; os repetirá lo que me ha dicho a menudo, que raramente ha visto un prisionero tan razonable, tan valeroso como yo; estoy siempre de buen humor, río siempre, — y sin embargo veinte veces al día quisiera morir, tan penosa se me ha vuelto la vida. Siento que mis fuerzas se agotan; mi alma está aún fuerte, pero mi cuerpo se debilita; la inmovilidad, la inacción forzadas, la falta de aire y sobre todo un cruel tormento interior que un preso aislado como yo únicamente podrá comprender y que no me deja en paz ni de día ni de noche, han desarrollado en mí los gérmenes de una enfermedad que, no siendo médico, no puedo definir, pero que cada día se hace sentir en mí de una manera más desagradable — son, yo creo, hemorroides complicados con otras cosas que ignoro; los dolores de cabeza no me dejar casi nunca; mi sangre está en plena revuelta, sube a mi pecho, a mi cabeza y me sofoca hasta quitarme la respiración durante horas enteras y casi siempre oigo un ruido parecido al que produce el agua en ebullición; dos veces por día infaliblemente tengo fiebre, antes de mediodía y por la tarde, y durante el resto de la jornada me siento atormentado por un malestar interior que quema mi cuerpo, embota mi cerebro y parece querer devorarme lentamente; — por otra parte, vosotros me veréis; tú me encontrarás bien cambiado, Tatiana, aun desde la última vez que nos hemos visto [julio de 1852, en la misma prisión]; *una vez sólo tuve ocasión de mirarme en un espejo y me encontré horriblemente feo. En cuanto a eso, me preocupo poco; he renunciado desde hace mucho a lo que los viejos como yo llaman vanidades, a lo que los jóvenes llaman con mil veces más razón la esencia misma de la vida; para mí no ha quedado más que un solo interés, un solo objeto de culto y de fe, — vosotros los habéis nombrado, y si no puedo vivir para él, no quiero vivir de ningún modo. Poco me importa, pues, mi fealdad, poco me importaría también esta enfermedad si quisiera llevarme al galope; no pediría más que irme pronto con ella, pero arrastrarse uno lentamente hacia la tumba, embruteciéndose en el camino, he ahí lo que no puedo consentir.*

Mi moral se mantiene aún; mi cabeza es lúcida a pesar de todos los males que la asedian en regla; mi voluntad, espero, no vacilará nunca; mi corazón parece de piedra, es verdad, pero dadme la posibilidad de obrar y resistirá. Nunca, me parece, he tenido tantas ideas, nunca he sentido una sed más ardiente de movimiento y de acción. No estoy, pues, completamente muerto, pero esta vida misma del alma que, al concentrarse, se ha hecho más profunda, más poderosa, quizás, más deseosa de manifestarse, se convierte para mí en una fuente inagotable de tormentos que no trataré siquiera de describir. No comprenderéis nunca lo que es sentirse enterrado vivo, decirse a cada instante de la noche y del día: soy un esclavo, estoy anulado, reducido a la impotencia por toda la vida, oir hasta en la celda el rugido de la gran lucha que se prepara, una lucha donde se decidirán las más justas cuestiones de la humanidad y tener que quedar inmóvil y mudo. Ser rico de pensamientos, de los cuales una parte al menos podría ser útil, y no realizar ninguno; sentir amor en el corazón, sí amor, a pesar de esa petrificación externa, y no poder verterlo sobre nada ni sobre nadie. En fin, sentirse lleno de abnegación y de heroísmo para servir una causa mil veces santa y ver romperse todos esos impulsos contra cuatro muros desnudos, mis únicos testimonios, mis únicos confidentes! — ¡He ahí mi vida! y aun todo eso no es nada en comparación con una idea mucho más horrorosa: la del idiotismo que es fatalmente el fin de una existencia como ésta; encerrad el mayor genio en una prisión aislada como la mía y veréis que después de algunos años un Napoleón se volverá estúpido, y Jesucristo mismo malvado; yo que no soy ni grande como Napoleón ni infinitamente bueno como Jesucristo, tendré necesidad de mucho menos tiempo para embrutecerme del todo. ¿No es verdad, la perspectiva es agradable? Yo soy aún, no me adulo, yo pienso, estoy en posesión de todas mis facultades intelectuales y morales; mis fuerzas físicas han bajado ya mucho; el turno no puede tardar en llegar a mis fuerzas interiores. Vosotros comprenderéis, espero, que todo hombre que se respeta un poco debe preferir la muerte más cruel a esta lenta y deshonrosa agonía.

Ah, queridos amigos, creedlo bien, toda muerte es preferible al aislamiento tan decantado por los filántropos americanos. ¿Por qué he esperado tanto tiempo? ¡Eh, quién lo dirá!; vosotros no sabéis cuán tenaz es la esperanza en el corazón del hombre. ¿Cuál?, me preguntaréis vosotros. La de poder volver a comenzar lo que me ha traído a este lugar, sólo que con más... [palabra ilegible] *y más previsión quizás, porque la prisión ha tenido al menos esto de bueno para mí, que me ha dado tiempo libre y el hábito de reflexionar, ha solidificado mi espíritu, por decirlo así; pero no ha cambiado nada en mis antiguos sentimientos, los ha vuelto, al contrario, más ardientes, más resueltos, más absolutos que nunca, y en lo sucesivo todo lo que queda de vida se resume en una sola palabra: la libertad*".

Aquí termina esa primera hoja...

Del conjunto de las otras informaciones y documentos numerosos adquiero esta impresión que sería demasiado largo mo- tivar en detalle aquí, — que Bakunin se sabía reducido a sus propias fuerzas frente a enemigos implacables, tzar y po- licía, — la debilidad de la parte reaccio naria y moderada de su familia, — y aun la inercia, la falta de impulso y de iniciativa de aquellos de sus hermanos, de su hermana Tatiana, y de algunas re- laciones con parientes y otras que le que- daban fieles. El problema fué organizar, arrastrar las fuerzas fieles a una acción más viva que le sacara de la tumba viva — o hacerse remitir por ellos el medio del suicidio — y eso en un tiempo no muy lejano, para mantener su fuerza fí- sica que se reducía rápidamente. Fué él mismo quien organizó intelectualmente esa labor de salvamento que, dadas las circunstancias, debía consistir en una se- rie de influencias ejercidas sobre el zar y su ayudante omnipotente, el jefe de la policía secreta, para forzarles moralmen- te a cambiar la suerte del prisionero.

Este trabajo fué obstaculizado por la guerra de Crimea, el alejamiento del pre- so a Schlüsselburg, la sucesión de Ale- jandro II, personaje pérfido y mezquino, a Nicolás I, bruto más franco, menos complicado. Se consiguió algo, por fin, en los primeros meses de 1857; Alejan- dro II, para satisfacción personal, reci- bió su carta exigida, de una humillación exagerada que un individuo menos va- nidoso habría tomado por ironía hirien- te — y concedió una liberación de las más míseras, un internamiento por toda la vida en un distrito rural del gobierno de Tomsk en la Siberia occidental.

Ese procedimiento no tenía nada de extraordinario; todo dependía en Rusia, de la voluntad del zar y de su jefe de policía secreta — entonces todo debía ser arrancado a esos pocos individuos, por una serie de medios semejantes. Ese sistema fué completado en la práctica por las voluntades arbitrarias supremas de las autoridades locales, con las cua- les se arreglaban las cosas de una ma- nera o de otra, y su voluntad no fué eje- cutada más que muy incompletamente. Bakunin era el prisionero inmediato, di- recto, del zar y de la policía secreta — era preciso arrancárselo, lo que fué in- finitamente difícil. Una vez en Siberia sabría ganarse la voluntad de las auto- ridades locales y el zar y su ayudante podrían decir lo que quisieran. — ¿Di- fiere eso en otro Estado cualquiera? En todas partes las decisiones dependen de los ministros o de los jefes de departa- mentos importantes, de la arbitrariedad, de la buena voluntad de algunos indivi- duos cuyo consentimiento se conquista de manera más o menos complicada. La autoridad es la misma por doquier, cual- quiera que sea su camouflage autocrá- tico, democrático o sovietista.

Los documentos resumidos o reprodu- cidos por Korniloff contienen masas de detalles inapreciables, pero las grandes interrupciones de las relaciones en otro tiempo tan estrechas a partir de 1843, les imprimen largas lagunas y las inves- tigaciones deben continuar. Si yo expre- sara una opinión personal, diría que se- ría preciso volver a encontrar una parte de las cartas de Bakunin enviadas a Sue- cia y a los filandeses desde Suecia en 1863-1864, — sus artículos del *Popolo d'Italia* (Nápoles), en 1865, y de *Libertá, e Giustizia* (Nápoles) en 1867, — las cartas que propagaban las ideas de la Fraternité internationale, enviadas a Francia, a Suiza, a Bélgica (años 1866 a 1868, sobre todo) — las cartas a los internacionales en España, en Barcelo- na, sobre todo (años 1871-73), — las car- tas a los rusos, a los polacos, a los ser- vios, etc., — y buen número de cartas enviadas a los camaradas de la Interna- cional y de la Alianza en Italia (años 1871 a 74, sobre todo), etc., — Es dema- siado tarde para muchas investigaciones, lo sé bien, pero por otra parte muchas razones personales que en mi tiempo, ha- ce treinta años, limitaban a menudo la intensificación de las investigaciones, no existen ya hoy: se ha dicho tanto, se ha dicho casi todo, que en nuestro tiem- po no existiría ya una razón para callar- se. Los camaradas de Bakunin bien desa- parecido en gran parte, pero no necesa- riamente sus papeles, las tradiciones tras- mitidas por ellos, etc.

Es después de haber recorrido un libro tan hermoso como el de Korniloff, y otros trabajos rusos que testimonian una gran asiduidad — no he hablado de la enor- me discusión promovida en Rusia por los *Demonios* de Dostoyevsky a quien Bakunin habría servido de modelo, hi- pótesis vivamente refutada y sin duda muy exagerada, pero que interesa a los conocedores de Dostoyevsky ante todo— es después de haber visto eso que sien- to el deseo de que se haga un poco más es después de haber visto eso que sien- de trabajos semejantes, sobre todo el des cubrimiento de nuevos materiales en los otros países también. Es verdad que la lucha de todo slos días y la propaganda directa absorven, ante todo, con razón, el esfuerzo libertario.

17 DE MAYO DE 1925.

Dr. CARLOS

EL CANCER

Respiración defectuosa es, según una nueva tesis desarrollada por el doctor bra- sileño Octavio Félix Pedroso, asociado al famoso "London Hospital", la causa pri- maria del cáncer.

Trabajando sobre esta teoría el Dr. Pe- droso ha patentado un aparato que, afir- ma, restablecerá el poder normal de con- tracción y expansión de los pulmones, per- mitiendo a la naturaleza acelerar la cir- culación de la sangre y separar toda subs- tascia extraña que no debiera estar en el sistema, incluso el cáncer.

Las conclusiones del doctor brasileño de ser substanciadas, revolucionarán el actual método curativo del cáncer y otras temibles enfermedades. El llama a su apa- rato el "Vitámetro", del cual ha enviado un modelo al ministerio británico de hi- giene para las pruebas oficiales del go- bierno inglés.

"Mi aparato, manifestó el Dr. Pedroso en una entrevista con la "International New Service", prueba el poder de con- tracción y expansión de los pulmones y muestra los defectos respiratorios, permi- tiéndome ver si hay alguna predisposición al cáncer u otras enfermedades. Por pre- disposición quiero significar si el terreno está o no preparado para el cáncer.

"He tratado con mi aparato un caso de hemorragía de los riñones producida por el cáncer. En tres días la hemorragía ce- só y el tumor desapareció a los tres me- ses y medio. El paciente se halla ahora completamente bien. He tratado asimismo un caso de cáncer a los intestinos que producía dolores neurálgicos en la espal- da, lo cuales desaparecieron después de haber usado por tres semanas el vitá- metro, mientras que el tumor comenzó a desaparecer a las dos semanas. Esto fué sólo y exclusivamente el resultado de la respiración correcta.

"Primero construí un aparato por el cual sostenía cerca de cinco litros de san- gre", dijo el Dr. Pedroso al descubrir la teoría de su aparato. "Luego hallé que no más que con la alteración química de los fluidos alimenticios de la sangre, su vitalidad podía ser aumentada o dismi- nuida.

"Cuando ví que podía modificar la vita- lidad de la sangre se me ocurrió pensar en la posibilidad de alterar también la vi- talidad de las células cancerosas por el mismo proceso. Colocando los tejidos can- cerosos en el mismo aparato y reduciendo la composición química de los fluidos ali- menticios las células del cáncer serían restablecidas a células normales. Esto me llevó a encontrar en mis investigaciones qué producto químico era responsable de aumentar la vitalidad de la célula cance- rosa, y por una serie de experimentos ha- llé que éste era el potasio.

"Estonces se me presentó la cuestión: ¿Cómo el potasio producirá el cáncer en los seres vivientes? Hallé luego que el áci- do carbónico era la causa de que una ma- yor cantidad de potasio se acumulase en el músculo: lo cual me llevó a remover el ácido carbónico por medio de la respi- ración. El resultado de los experimentos explicó por qué la irritación crónica se supone que sea una de las causas del cán- cer pues cuando se lesionan los tejidos hay una grande formación de ácido car- bónico en aquellas particulares regiones afectadas.

"Y en vista del hecho de que el ácido carbónico se halla presente en grandes cantidades en los tejidos lesionados, se deduce que aquél es responsable de una gran acumulación de potasio. En consecuencia de ésto las células que han sido saturadas con ácido carbónico adquieren una mayor vitalidad cancerosa que las otras células del cuerpo. Si la respiración se empeora, entonces es casi seguro que cualquier clase de hinchazón producirá el cáncer.

"Las tres características de un sistema respiratorio ideal serían: concentración progresiva de carbón dióxido, insuficiencia de oxígeno, y, en tercer lugar, presión. La concentración del carbón dióxido se obtiene del vitámetro por el número creciente de respiraciones tomadas sin aire fresco. Por el mismo método se consigue carencia de oxígeno, y la presión se obtiene haciendo subir el líquido en el aparato."

Siendo el punto vital de la nueva teoría del Dr. Pedroso el cambio químico de las células cancerosas por medio de la respiración, el siguiente método producirá los mismos parecidos resultados que los que se podrían obtener con su "vitámetro."

Acostarse en un lecho bien limpio y taparse la cabeza, procurando que no haya ningún escape de gases mientras dure la operación.

Por este medio la respiración reunirá todas las condiciones señaladas como esenciales por el Dr. Pedroso.

Tapándose la cabeza, la respiración, por falta de "aire fresco", se hace más intensa, más "concentrada", de modo que los pulmones, a medida que el aire escasea, trabajan mucho más intensamente que de ordinario.

Sin darle a ésto otra importancia que la de la curiosidad experimental, aquellas personas que sufran alguna lesión muscular, o que tengan simplemente granos, pueden, sin riesgo alguno, someterse a este tratamiento y luego dar cuenta de los efectos obtenidos, para bien de los demás.

D. A. DE SANTILLAN

EL CARBON

Una crisis sin solución en el capitalismo

II

El jefe de una sección de investigaciones de la Oficina internacional del trabajo, Max Eastmann, escribe:

"De todas las ramas de la actividad, ninguna emplea una mano de obra relativamente tan abundante como la industria del carbón; y hasta en algunos países el número de mineros y de personas a cargo de éstos, es, en cifras absolutas, extraordinariamente elevado. Elemento capital desde el punto de vista del consumo. Que el paro se extienda entre esta mano de obra, y las demás formas de la actividad sufrirán su repercusión. En Gran Bretaña la duodécima parte de la población extrae directamente su subsistencia de las minas, y la condición de este grupo determina la suerte de muchas profesiones"...

En Alemania, en los Estados Unidos y poco más o menos en cada país, la población minera es de tal modo numerosa que una crisis en esa rama del trabajo implica forzosamente un desastre económico internacional.

Y como la crisis está en auge, como el carbón atraviesa por una crisis crónica, todos los acuerdos que se tomen para aliviar las dificultades en un país, no harán más que acentuar la crisis en el otro. En Europa los dos países carboníferos por excelencia son Gran Bretña y Alemania. Para estos dos países la exportación de carbón es una fuente económica primordial; en cuanto por una causa o por otra la exportación de carbón sufre inconvenientes, el pan cotidiano de centenares de millares y de millones de seres corre peligro. De enero a octubre de 1925 tuvieron que interrumpir sus actividades ochenta establecimientos mineros de Alemania, a causa de la crisis de la exportación, quedando cesantes en esos meses 80.000 trabajadores. A fines de enero de 1926, el número de los mineros que trabajaban en el Ruhr, el distrito minero de Alemania, era de 388.818 contra 471.000 en diciembre de 1924.

Alemania tuvo unos años de intenso trabajo en las minas, cuando la depreciación del marco le permitía el pago de salarios más que irrisorios; con la estabilización de la moneda, la ocupación del Ruhr por las tropas aliadas y las dificultades aduaneras, su producción carbonífera volvió a sufrir una aguda crisis. Por fin estalló la gran huelga minera inglesa y mientras los jefes de las organizaciones reformistas hablaban de solidaridad y llenaban la prensa de encomios y de promesas a los mineros británicos, los grandes industriales alemanes, lo mismo que sus obreros, se apresuraron a aprovechar la oportunidad para intensificar la extracción y la exportación de carbón. De esa manera, mientras la exportación británica de carbón decreció a causa de la huelga, los mineros alemanes se opusieron de la desocupación forzosa y hasta se atrevieron a reclamar a sus explotadores aumento de salario. Claro está, los industriales, conociendo bien la situación y el interés mismo del proletariado de las minas en continuar el trabajo, se rehusaron a la concesión de todo mejoramiento. Y el trabajo en el Ruhr continúa febrilmente con el propósito de privar a Inglaterra de algunos mercados para sus exportaciones. La solidaridad de los trabajadores en este caso, cuando los intereses inmediatos son tan contrapuestos, cuando la crisis aguda de Alemania es la prosperidad de Inglaterra y viceversa, no es más que una palabra vacía. Y así seguirá siendo mientras las miradas no se eleven por sobre los horizontes de la economía capitalista.

Casi todos los países han aumentado después de la guerra su producción carbonífera y se han esforzado en la medida de lo posible por bastarse a sí mismos. Si no todos lo han logrado, lo cierto es que el fomento de la industria minera ha significado un desastre para los países exportadores de carbón, como Alemania e Inglaterra.

Y actualmente existe para Europa la gran ventaja del enorme consumo interno de carbón por los Estados Unidos; ese país podría ponerse un día en condiciones de exportar carbón al viejo continente, porque cuenta con los yacimientos más ricos del mundo y toda competencia contra su invasión quedaría anulada; millones y millones de seres en Europa quedarían en la miseria.

Otra guerra muy eficaz al carbón, como ya hemos dicho, la hacen la lignita, de que Alemania sólo produce al año unos 150 millones de toneladas, y el petróleo y la electricidad.

Si la industria minera tuviera menos ramificaciones en la vida económica del capitalismo, sería susceptible de una reducción y de una distribución del personal cesante en otras industrias, pero el caso es que, pese a la aplicación creciente del petróleo y al empleo de la electricidad, una gran parte de la técnica está conformada para el uso del carbón y la renovación necesaria no podría producirse más que en el curso de algunas generaciones, con la agravante que el funcionamiento general de la economía a base del petróleo o de la electricidad traería por consecuencia una diminución catastrófica del personal necesario. La crisis, pues, se agravaría.

Pero como la ramificación actual del carbón es tan grande que hace imposible una suspensión, ni siquiera gradual, del funcionamiento de esa importante rama de la economía, tenemos una crisis sin salida, no por falta de carbón, sino por exceso. Se buscan nuevos mercados, pero en los países semicoloniales, por varias generaciones al menos, no habrá una industria consumidora que ofrezca la posibilidad de recibir el excedente de la extracción carbonífera europea; eso sin contar la concurrencia que podría hacer entonces Rusia, China, Australia, Estados Unidos, en el caso de que persistiese la misma situación.

Otra de las dificultades para la normalización de la crisis del mercado del carbón está en la diferencia de rendimiento por obrero en los distintos países. Por ejemplo en Estados Unidos se evalúa el rendimiento semanal por obrero en 11 toneladas, sigue luego el Ruhr con 5, e Inglaterra con 4,5. Esas cifras dicen también bastante sobre la competencia y las desventajas de los diversos países. La diferencia del salario se agrega también a todo eso. El obrero alemán, por ejemplo, gana mucho menos que el inglés, lo cual redunda en beneficio de los capitalistas alemanes. Contra esa situación se recurrió en Inglaterra a las subvenciones oficiales a la industria minera; pero esas subvenciones no dieron más que resultados efímeros y ahora, aprovechando el fracaso de la huelga de los mineros, se trata de rebajar los salarios y de aumentar la jornada de trabajo. Así creen los propietarios de minas ingleses vencer a sus concurrentes alemanes.

Los políticos de todos los colores se preocupan intensamente de la solución de estos conflictos y hasta ahora no ven más que la reducción de los salarios y el aumento de la jornada, o bien las trabas aduaneras a la importación del carbón extranjero o las primas a la extracción y a la exportación del carbón nacional. Es decir, medidas todas que, en lugar de solucionar la crisis, la agravan mucho más todavía, pues la economía capitalista, no sólo en lo que se refiere al carbón, sino en su totalidad, sufre por la abundancia, por el exceso de productos en los mercados y por la débil capacidad de compra de los consumidores. ¿Cómo puede el capitalismo acrecentar la capacidad de compra de los pueblos en las condiciones actuales? Sin solucionar eso, todos los demás inconvenientes no podrán ser subsanados. Pero el primer consumidor es el pueblo, y para que éste satisfaga sus necesidades, es preciso que su nivel material sea previamente elevado.

HANS PAASCHE

Viaje de investigación del Africano Lukanga Mukara en Alemania

Birkhain, 2 de octubre de 1912.

¡Mukama!

Tu corazón real se encoleriza porque no te escribí aún lo que comen los blancos. ¡Grande y poderoso señor! Ordena a tu pueblo dos días de silencio para que halle un puesto en tu razón lo espantoso que te contaré: los blancos son comedores de almas, son caníbales.

Mezclan el alimento que ofrenda la tierra con diversas partes de animales. Particularmente son muertos cerdos, vacas y caballos y cortados en muchos fragmentos (1). En una ciudad llamada Halle son carneados y comidos los perros. Carne de gato no se mezcla en la alimentación más que clandestinamente. Nadie la compraría si se le ofreciese, por eso es cortada en trocitos y recogida con otros trozos de carne en recipientes, luego embutida en intestinos de vaca y vendida. En otros lugares la mezclan con harina y grasa y la comen. Sólo los hombres no pueden ser carneados y comidos.

Algo de eso lo sé, no porque yo mismo lo haya visto, sino porque me lo contó un hombre de la difundida tribu de los *korongo*. Pero algunas cosas las ví yo mismo y por eso creo lo que me contó el *korongo*.

Ví a un hombre que tomaba de un carro cadáveres de terneros, todavía sanguinolentos, los echaba a la espalda y los colgaba en una casa de manera que todo el que pasara por allí tuviera que verlos. Y hombres y mujeres pasaban por delante y se ponían contentos, aunque veían eso. El hombre colgaba también partes interiores de animales, escribiendo en ellas números, porque quería dinero por ellas si las compraban los hombres. Los cadáveres son desechos en partes y las partes son vendidas como si fuesen frutas. Incluso la sangre de los animales se come.

He dicho: los blancos comen. Eso no es exacto: tragan. Y todo lo que meten en su boca está preparado de manera que sea tragado y no comido. Entre los blancos hay algunos que saben comer alimentos; pero la mayoría son tragadores.

Su idioma tiene dos vocablos para expresar el acto de "recibir alimentos": "comer" y "devorar". Los tragadores dicen de sí mismos que ellos comen y que los animales devoran. Pero cuando mostré a un blanco como buscaba hierba una vaca en los prados y le dije que sería mejor que hicieran como ese animal, se enojó.

Los blancos hacen enfermar artificialmente a los cerdos que quieren comer a fin de que engorden bien. Obligan a esos animales a comer aceleradamente y luego a descansar. Así ceban a los animales. Y los blancos se ceban a sí mismos como a los cerdos.

Consiguen eso valiéndose de muchos medios. Un blanco no espera para comer a tener hambre, sino que va allá y busca algo para tragar con gusto. Para estar seguro de que se ceba, se sienta a un tiempo determinado, aunque no tenga hambre, a tragar. Y no en obscuro espacio ni solo, sino con otros blancos. Al tragar tiene los ojos bien abiertos. Mientras consume una comida mira en una lista la comida que sigue. De esa manera traga más rápidamente. Como no come por hambre y no le saca sabor a la comida, come con los ojos, y come siempre la próxima comida, y no justamente la que tiene en la boca. En la lista no hay escrito ningún alimento, sino cosas mezcladas y calentadas. Para no mascar, el tragador vierte bebidas en la boca

---

(1) Lukanga pertenece, como la carta lo muestra, a una tribu de negros que vive de frutas. Para un hombre que vive así debe ciertamente ser extraordinario que justamente ahora se hable en Alemania de miseria porque encareció la carne.

Pero a nuestros lectores les darán que pensar tal vez las singulares concepciones de Lukanga; hay pueblos enteros que no consumen carne alguna, lo que a nosotros no nos entra en la cabeza. La observación de Lukanga sobre la carnicería de perros me es confirmada, por lo demás, por una noticia periodística que tengo ante mí, en donde se dice que en Halle, a causa de la penuria de carne, se abrió una carnicería canina y recibió fuerte afluencia. — Hans Paasche.

Todos los blancos se habitúan a tragar también las bebidas en lugar de absorberlas.

Un medio generalmente empleado para fomentar el cebo del cuerpo es éste: los blancos se convienen para sentarse varios juntos en torno a una mesa y tragar las mismas comidas. Aunque no tengan hambre consiguen luego tragar mucho. Vienen criados que intentan excitar la codicia de los tragadores. Lo hacen de esta manera: cada comida cuyo nombre leyeron antes los tragadores en la lista es tenida por ellos desde atrás ante cada tragador un poco de tiempo hasta que hayan tomado algo. Como después todos los tragadores toman de la misma fuente, se despiertan recíprocamente el pensamiento de quitarse algo unos a los otros.

Cuando comienzan luego a meter algo de eso en la boca, se gritan unos a otros y se obligan de esa manera a tragar más

Mukama, cuando pongo al blanco junto al negro, no sé cuál de esos pueblos tuvo mejores consejeros.

Hay entre los blancos muchos que se ceban singularmente, y en toda comunidad de trabajo se encuentra una determinada parte de tales cebones. Pero aunque hacen todo lo posible por volverse incapaces cuanto antes para llevar las armas e ir contra el enemigo, ninguno pierde los derechos civiles, y cuando le digo a uno de los guerreros puestos al cebo que en Kitara sólo tiene plenos derechos honorarios de ciudadano el que en una carrera obtiene ciertas ventajas, entonces traga más todavía.

Viven en continuo temor de no recibir en su estómago suficiente cantidad de mezcolanzas y cocidos. Sólo por la verdadera alimentación se despreocupan enteramente, incluso menosprecian esa alimentación temiendo que gracias a ella puedan volverse vigorosos y no gordos.



rápidamente. Además es misión de los criados amenazar desde atrás continuamente a los tragadores como si los platos en que está la comida fueran a quitárseles de repente, y también así se obtiene el propósito de una comida más rápida. Pero para que los tragadores tengan que gritar bien alto, se hace tocar a doce hombres en trompetas y hacer ruido.

Cuando pienso en cambio en los versos del Rubega, me pasa como si saliera del humo y pisara en el aire. Déjame, Mukama, transcribir aquí las palabras del gran sacerdote, para recordarme yo mismo mejor de ellas. Rubega dice:

"Contempla, hombre, una nuez.

¿Para qué está envuelto su fruto? ¿Para que un hombre rompa la envoltura y otro la coma? ¡No! Para que el que tiene que comerla, rompa la cáscara y no le meta en el hocico de una vez.

Cuando comes debes saber, además, el terreno de donde fué tomado el fruto. Y si no estuviste nunca allí, tu deseo debe volar hacia allá mientras comes.

Por eso, vete al local hecho para tomar la comida, y queda allí solo, hasta que tu anhelo sea satisfecho.

Pero debes estar echado mientras comes. Así tienes sobre tí la abertura del espacio del cielo en que está escrito cuándo debes comer.

Durante el día debes comer con el azul infinito. Pero por la noche están allí las estrellas y tus pensamientos se levantan hacia ellas. Entonces debes ayunar".

Dedican mucho esfuerzo a destruir las cosas que echan en sus pucheros y a quitarles el sabor del sol, para lo cual es el fuego duradero su más importante auxilio.

Por eso echan sal en todas las comidas, y luego dicen: "tiene sabor". Sal es para los blancos lo mismo que "sabor". Y lo que sabe a sal, lo tragan mucho mejor, hasta que no pueden meter más en el cuerpo.

Arreglar cosas malas que nadie comería para que puedan ser tragadas, y destruir las buenas hasta tal punto que sean iguales a las malas, eso es para ellos un gran arte, y particularmente las mujeres se ocupan casi todo el día de ese arte, que se llama "cocinar" o "asar", según se caliente agua o grasa.

Te conté en la última carta sobre el armazón del cuerpo de las mujeres y dije que los hombres lo descubrieron para debilitar a las mujeres. Creo que también el arte de cocinar fué inventado por los hombres para privar a las mujeres de tiempo para pensar y mantenerlas en la torpeza. Y ahora creen todos que es necesario para vivir. Pero tal vez alguna potencia superior se venga de la maldad de los hombres; pues los fuerza ya a tragar lo cocido, para que las mujeres no cesen de cocinar. Y así son también ellos condenados a la pereza, porque son cebados.

¡Radiante príncipe! A tu criado no le ha sido fácil aquí alimentarse humanamente. Pero no temas: Lukanga se nutre también entre los devoradores de perros con la fuerza del sol.

Y cuando durante el día se echa entre piedras en lo alto de un monte y deja descansar sus ojos en el vasto azul del cielo, el aroma de una fruta le despierta hondo placer de vida.

Solo en una montaña del país de los blancos: ¡Qué sensación estar en la cumbre de una montaña, el primer negro!

Tu enviado

LUKANGA

ARTHUR SEEHOF

GASES VENENOSOS, LIGA DE LAS NACIONES Y REALIDAD

I

Las potencias, provisoriamente al menos, han resuelto y llevado a cabo un desarme: el de su conferencia del desarme. Habría sido lastímoso, por las muchas palabras hermosas que se dijeron allí, y por el buen papel que se escribió en ella. Pero postergado no quiere decir suprimido. Y el papel y las palabras reclamarán un día la atención. Y luego se producirá el desarme — como en los años anteriores a 1914...

En el curso de aquellos años, como se sabe, fué prohibido el uso de la guerra química, en caso eventual de guerra, por el artículo 23 de la convención de La Haya — que la socialdemocracia misma calificó de descarada simulación. Con la prohibición estuvieron de acuerdo todas las potencias, hasta que luego — así se lee en el informe de la "Comisión para el estudio de la guerra química y bacteriológica" de la Liga de las Naciones — "a consecuencia de una primera lesión de la convención, el arma química fué empleada de un modo cada vez más eficaz en el curso de la última guerra por los beligerantes, y eso con el mismo derecho que otras armas".

La Comisión de estudios ha dado su informe en 1924. En base a investigaciones que han hecho peritos bacteriólogos, fisiólogos y químicos, "sin discutir sobre la legalidad de tales actos".

A pesar de que en diversas conferencias las grandes potencias han declarado solemnemente renunciar en el porvenir al arma química, el informe de la Comisión de la Liga de las Naciones, bajo la dirección de Lord Cecil, teme, sin embargo, "que sea empleada más aún en el futuro". Y ella debe saberlo realmente. Pues, si la Liga de las Naciones no conociera a sus propios títeres... ¿para qué iba a existir allí?

II

Hace algo más de once años, el 22 de abril de 1915, el cuarto ejército alemán, bajo el comando del duque Albrecht de Wurttenberg, puso en funciones varios centenares de baterías para gases — y los ingleses indefensos, los hindús, los canadienses, los senegaleses, los suavos, los turcos y los algerianos fueron las primeras víctimas del gas de cloro — en el frente occidental. En el frente oriental, el ministro de la guerra y jefe del estado mayor, Falkenhavyn, había ya permitido desde 1914 el cloro y el bromo, considerándolos útiles. Ese ministro — según las manifestaciones de su defensor ante el comité de investigaciones del Reichstag alemán, el profesor berlinés Haber — estaba convencido aún en 1923 "de que con sus prescripciones sobre la guerra de gases asfixiantes no se ponía en contradicción con el derecho de gentes, porque los gases primeramente empleados tenían además un efecto explosivo".

Hoy dispone la química, dice el informe de la Comisión de estudio de la Liga de las Naciones, de "medios de la mayor diversidad para poner al hombre fuera de combate, temporal o totalmente. El arma química obra en los elementos constructivos de los tejidos y provoca daños que tienen por consecuencia una perturbación de las funciones normales hasta la producción de la muerte. Se puede caracterizar la diversidad de sus efectos al considerar dos límites, por ejemplo, la acción del fosgeno, que produce graves daños pulmonares y la muerte por el sofocamiento, y la del benzil-bromido, cuyos vapores, esparcidos por la superficie, causan un lagrimeo e impiden al adversario abrir los ojos, sin dejar serias complicaciones después". Luego se lee: "Se puede dudar de que los pueblos se den cuenta del poder de esas armas y del peligro a que, mediante ellas, están expuestos".

Después de haber hablado de los efectos de los más diversos gases conocidos y de haber hecho consideraciones sobre los "efectos posibles" de nuevos descubrimientos, escribe el informe en el último párrafo: "Una de las más importantes posibilidades de la guerra química es el empleo de gases venenosos contra las grandes ciudades y los centros vitales de los beligerantes". (Como guerra puramente económica, la guerra próxima se dirigirá en primer lugar contra ellos. Es decir, claro está, contra la población civil completamente indefensa. ¿O es que se quiere poner máscaras contra los gases, si las hubiera, y que además no ofrecen más que una protección condicionada, a los viejos, a las mujeres, a los niños y a los bebés, durante semanas y semanas? Una guerra próxima, pues, significa para los distritos industriales, si las compañías de los Estados beligerantes lo consideran procedente, nada menos que la extirpación de ciudades y territorios enteros). "Por condenable que fuera tal acción, desde el punto de vista técnico no existe ninguna dificultad para arrojar sobre los centros más importantes del país enemigo poderosas bombas llenas de gases venenosos. El gas empleado no habría de ser de efecto pasajero, pues su propósito consiste justamente en... perturbar o destruir los centros de la actividad. El gas de mostaza, por ejemplo, arrojado en grandes cantidades sobre las ciudades, quedaría largo tiempo en tierra y penetraría poco a poco en las casas".

El perito inglés de la Comisión de estudio, profesor W. B. Cannon, es de opinión "que en el curso de la última guerra no hemos visto nada equivalente a la destrucción de centros industriales y a la masacre de la población civil, que



nos esperan al estallido de un nuevo conflicto serio".

Los peritos francés y americano, profesores André Mayer y M. J. Enrique Zanetti, declaran concordando: "La mayoría (de los gases de guerra) son ma-

terias utilizables, producidas y empleadas continuamente en grandes cantidades para las necesidades de los tiempos de paz, de manera que sólo se distingue un poco la industria de los productos farmacéuticos de la de las materias nocivas que se emplean en la lucha... La extraordinaria facilidad con que pueden ser transformadas en un abrir y cerrar de ojos esas fábricas en fábricas para el material químico de guerra, hace aparecer un sentimiento de temor y de desconfianza frente a un vecino que dispone de una poderosa organización química. Una materia venenosa, investigada en secreto — y esa investigación puede tener lugar en todo momento deseado —, producida en grandes cantidades — y esa producción puede llevarse a cabo en cualquier fábrica química — lanzada de improviso sobre una población desprevenida, puede romper toda voluntad para la resistencia".

III

Naturalmente, todo esto lo sabe también el ministerio de guerra de los Estados Unidos de Norte América. Así pudo, en cumplimiento de la resolución de una conferencia, echar al océano Atlántico tranquilamente algunas cajas de Lewisita... y hablar simultáneamente de nuevas técnicas y métodos en un Instructica Book del "Cheminal warfare service". Algunas cajas no son ni con mucho el gran arsenal de cerca de 400 hectáreas de Edgewood. Sobre ese "antro de veneno", el mayor del mundo, lo mismo que sobre la composición, perfeccionamiento y efecto de los gases venenosos en general, habla la señora Dra. Getrud Woker clara y concisamente en el corto, pero extremadamente instructivo escrito "Der kommende Giftgaskrieg" (La próxima guerra con gas venenoso). La señora Woker cita entre otras cosas de un escrito que recibió al visitar Edgewood, el siguiente importante pasaje que no deja duda alguna sobre el propósito y la dirección en que se trabaja en Edgewood. Los americanos declaran abiertamente: "El efecto de los gases sobre diversos órganos del cuerpo y el destino de los venenos en el organismo son estudiados aquí en los laboratorios bacteriológicos y patológicos. El edificio tiene un espacio para los primeros auxilios con un médico de servicio. Por eso no solo se puede asegurar tratamiento competente a los hombres que resultan casualmente víctimas de una quemadura o de un envenenamiento por el gas, sino que también se da la posibilidad de un estudio a fondo de la terapia de los gases".

Lewisita, una palabra inofensiva, aparentemente insignificante, es el nombre de una de las más peligrosas armas químicas que se dieron a conocer hasta hoy. El químico Lewis, profesor en la North Western University de Chicago, la descubrió en 1917. Dos miligramos de ese veneno matarían en el acto tres personas sanas. Doce grandes bombas de gas lewisita pueden aniquilar en pocas horas la vida en una gran ciudad como Berlín. Por iniciativa de Wilson, la lewisita, aunque los militaristas aliados la reclamaban más y más, no llegó al escenario de la guerra europea. El destino de los imperios centrales y sus ejércitos, a pesar de la cruz amarilla y azul, como la industria química alemana denominaba sus productos, estaba ya decidida, y Wilson sabía que no necesitaba la terrible invención del gran químico, que quería emplear Francia en bombas aéreas de ocho pies de altura para la acción proyectada para 1919.

Sobre esa clorovinildiclorasina, una combinación arsenial, habla también Johannes R. Becher en su novísimo libro, que tiene la fórmula supuesta de la lewisita: (CH—CL—CH) 3 As, como título, en forma narrativa. La guerra del futuro, la guerra de los pueblos y de las clases, se nos aparece allí en sus dimensiones más brutales y más espantosas. Lo que Anatole France señala en el octavo libro de "La Isla de los Pingüinos", lo que Ilya Ehrenburg hace apenas en el "Trust D. E.", lo ha descrito Becher con sus consecuencias, teniendo presente los detalles objetivos de la realidad de nuestros días. Si los hechos notificados en este escrito no se convierten en una advertencia admonitoria para la humanidad, si no comprendemos finalmente que el militarismo y la guerra no



desaparecerán más que junto con el Estado capitalista de clases, entonces la paz y el socialismo se realizarán tal vez en los campos de la fantasía; pero aquí abajo buscarán en vano algunos espectros de máscaras contra los gases en trajes de abetos, con la más hermosa Pan-Europa en los labios, un pedacito de tierra sin apestar.

IV

El senador romano profesor Paterno, según informe da Comisión de la Liga de las Naciones, está convencido de que "la preparación química general con miras a la guerra es ineludible". Eso, frente a las frases hipócritas de nuestros estadistas es, por lo menos, honesto y da en el clavo. Pues no sólo en Edgewood, sino en todo el mundo hay arsenales de gases venenosos, cuevas de experimentación para las armas que se aplicarán en la próxima guerra, no del modo más terrible, claro está, sino de la manera "más humana". Encontramos casualmente en "Fígaro" del 27 de julio de 1925 un artículo de Jean Louis Faure. Este hombre es cirujano y profesor de la Academia de medicina, y escribe: "Vivimos bajo falsas concepciones y ridículos prejuicios. En realidad la guerra de gases es singularmente suave — si en general hay en la guerra algo que pueda llamarse así. Permite conseguir un objetivo militar sin gran carnicería y derramamiento de sangre... La guerra de gases es mucho menos terrible que la guerra de granadas. Es menos asesina, pero mucho más eficaz... Empleémosla por tanto — y abundantemente — contra las cabilas del Rif..., se les echará más fácilmente de sus escondrijos"... Todos los conocimientos que tenemos de los efectos de la guerra de gases, son liquidados aquí cínicamente con un par de frases. La aplicación de la guerra química es estimulada aquí simplemente porque es "mucho más eficaz" que las otras categorías de armas. ¿Y la Liga de las naciones? ¿Y el poderoso Wáshington? Esos seguramente no sabrán nada de todo oficialmente. Y si algo supieran, lo sabrán disculpar, pues se trata de una "parte negra de la tierra", de una "raza inferior"...

Desgraciadamente ese bravo patriota y sabio no está solo. El órgano oficial de la Asociación médica militar de los Estados Unidos, *The Military Surgeon*, escribió en noviembre de 1925: "Se puede afirmar claramente que el empleo de productos químicos en la guerra es mucho más humano que el de las otras armas más reconocidas". El conocido periódico profesional inglés "*The Army Quaterly*" constata al mismo tiempo que sería "de un optimismo indiscuppable" el decir que "los medios químicos no tendrían en las futuras operaciones de guerra ninguna aplicación". No se puede hablar con más claridad, después de haberse prohibido recíprocamente la guerra química.

V

Pero más claramente juzga sobre sí misma la Liga de las Naciones — al menos en este caso. Lo que representan sus debates y resoluciones para las naciones en valor práctico, el poder real que tiene en efecto, las garantías de paz que ofrece, todo eso lo documentan las palabras del informe de su Comisión para el estudio de la guerra química y bacteriológica, que por una parte constatan "las aplicaciones continuamente crecientes y el progreso incesante de la ciencia para fines de guerra" — y por otra parte advierten que "el verdadero peligro, el peligro de la muerte consiste para una nación en mecerse en la confianza sobre los tratados y acuerdos internacionales, para despertar luego sin protección frente a una nueva arma".

"Por eso parece — así termina el informe — absolutamente necesario que los pueblos sepan qué terrible peligro se cierne sobre ellos".

VI

Si los pueblos — y no sólo los jefes de las naciones — reconocieran eso, si supieran lo baratos que son para el imperialismo, si supieran cómo son llevados siempre por los malditos politicantes a la dependencia y a la servidumbre, si supieran ésto y algunas cosas más, entonces no dudaríamos de que el capitalismo sería liquidado de una vez por todas. Y no solamente sobre Europa, sino sobre toda la tierra que pueblan hombres laboriosos que anhelan la dicha y la paz, llegaría "la edad de oro" soñada por Jean Paul, "donde los hombres podrían fácilmente vivir bien, porque desean vivir — donde el pueblo tomaría parte en el pensamiento y los pensadores en el trabajo — donde el asesinato judicial y guerrero sería condenado y en donde de tanto en tanto se descubrirían con el arado solamente balas de cañones"...

"Cuando llegue ese período de fiesta, los hijos de nuestros hijos... no estarán ya allí. Nuestra descendencia va todavía por una noche de viento y por una niebla de veneno"...

Esa niebla llena de veneno, que se levanta lentamente en la lejanía, no podremos romperla con palabras. Romperla y deshacerla no nos será posible más que con el poder revolucionario de las masas.

—— *** ——

Los maniáticos de la moral utilitaria

"Entonces Inglaterra pidió ganancias provechosas y recibió innumerables beneficios. Todo se tornó provechoso. La ciudad tuvo su suciedad aprovechable, su aprovechable humo, sus aprovechables callejuelas roñosas y leprosas, su aprovechable ignorancia; el aprovechable desorden y su desesperación aprovechable. La Maldición de Midas cayó sobre esta sociedad: en sus corporaciones públicas, en las mentalidades comunes y en el decisivo e impaciente paso dado, desde la era agrícola a la industria. La nueva ciudad no fué el hogar donde el hombre podía encontrar belleza, dicha, expansión, enseñanza, religión, todas esas influencias que civilizan lo exterior y los hábitos, sino un desnudo y desolado lugar, sin color, aires o risas, donde los hombres, las mujeres y chicos, comían y dormían. Este era el lote de vida con que debía cargar la masa de la humanidad; éste el sombrío ritmo de sus existencias. Las nuevas fábricas, las usinas con sus grandes hornallas eran comparables a las pirámides marcando la esclavitud del hombre, una esclavitud muy superior a sus fuerzas,— y proyectando sus largas sombras sobre esa sociedad que puso tanto orgullo en ellas".

Esta cita es del libro "*The Rise of Modern Industry*", por J. L. Barbara Hammond, y Mr. Stuart Chase concluye su nota bibliográfica sobre este volumen, con las siguientes palabras: "La degradación o el embrutecimiento físico podrán rebajar no poco, pero la degradación mental de las máquinas ya no tiene límites; y aumenta cada año, siendo mas implacable y sin remordimiento alguno".

¿Y esta no es la condición principal para que un hombre pueda tener el provecho de añadir algunos centavos más a su salario diario, a expensas de convertir el trabajo de toda su vida en el rodar sin fin de una rutina enloquecedora y monótona? ¿Qué clase de existencia se puede llevar en la gigantesca rueda que hace girar el engranaje de la monstruosa fortuna de Mr. Ford, hallándose de pie horas y horas, cavando en el mismo agujero en el hierro o en otro material, que será suministrado por una plataforma movible que hace que no se detenga el motor ni un solo minuto?

No puede haber otra forma de esclavitud que sea más ofensiva; ni hay otra degradación mas humillante para la criatura humana. Un hombre de cierta inteligencia y virilidad no puede someterse a este género de vida. No causará asombro saber que no obstante la circunstancia que Ford paga los salarios mas altos en el mundo, sus trabajadores abandonan constantemente sus fábricas para no volver nunca a ellas. Este multimillonario considera a sus obreros nada mas que como una maquinaria de su usina, adquirida por él, y sus movimientos son sincronizados y medidos tal como otros tantos instrumentos. Este es el sistema y este es el trabajo.

Los autores de "*The Rise of Modern Industry*" añaden — es un punto digno de meditar — que nuestro sistema industrial jamás hubiese sido aceptado si el terreno no se hallara preparado por nuestra activa participación en la trata de esclavos. Nosotros — la raza blanca e inglesa — organizamos esa industria sobre una base eminentemente comercial y en grande escala para que nos produjese grandes ganancias, abasteciendo así nuestras colonias con una mano de obra barata, inmóvil y abyecta. Era requerida para la producción en masa y se creó la moralidad adecuada a ella. Eso desarrolló la necesaria noción que la masa de ilotas no era más que ganado, predestinado para servir de exclusiva utilidad a unos pocos seres privilegiados; entonces fué fatalmente fácil que al considerar al negro africano como una mercadería, incluyese también a los pobres del propio país en esa misma categoría. Es de este modo como un mal engendró a otro en estrecha concatenación; y cuando nos rebelamos contra la presente esclavitud, debemos saber que sus raíces se hallan en los salvajes tiempos del pasado de esa denigrante industria, en la que el capitalismo británico fundó su poderío.

Nuestros *tradeunionistas*, socialistas, reformadores radicales, todos ellos piensan con el sistema industrial presente, y sus designios tienden a organizarlo mas científicamente, a centralizarlo cada vez más, a acrecentar su poder como masa productiva. Para nosotros, anarquistas, el sistema industrial, el taller, la fábrica y la usina, y este método de vida de la camisa de fuerza, están entre las cosas que detestamos y maldecimos.

Al transcribir esta nota de nuestro colega "Freedom", no está de más traer a colación un trabajo de Lugones "De la servidumbre", publicado en el suplemento dominical de "La Nación", para demostrar lo cegatona de su información cultural y su evidente mala fe. No será de ninguna manera una refutación, sino una simple confrontación. Por otra parte, la desmonetización lugoniana hace rato que se ha producido, y es una baja de valores cada vez más vertiginosa; algo así como el antiguo marco alemán. Y eso entre el sector de opinión más sana, de alta cultura, que pudo constatar las innumerables gafas de este industrial de la poesía, de la pluma y del patriotismo. Basta citar la más garrafal, cuando en un estudio sobre la personalidad de Ameghino, confundió una especie prehistórica con el nombre de un naturalista. En una palabra, es el arquetipo del intelectual de nuestro tiempo y de la sociedad argentina.

Vamos a lo que importa. Por boca de un fingido personaje, el escritor descubre que hoy más que nunca es imprescindible la esclavitud de hecho y derecho. Desempolva a Platón, le pasa el cepillo del calzado y de la ropa, y ya lustradito, le hace decir:

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

Los problemas actuales del anarquismo

Los camaradas del grupo "Los Iconocastas", de Steubenville, Ohío (Estados Unidos), tuvieron el acierto de proponer a la Redacción de LA PROTESTA que se abriera en el "Suplemento" una encuesta sobre los problemas actuales del anarquismo, tanto del punto de vista de la teoría como de las realizaciones inmediatas sujetas a nuestra concepción del problema social. La iniciativa responde a una urgente necesidad de la propaganda, porque si bien es cierto que existe un origen común en las doctrinas anarquistas, no es menos cierto que se manifiestan diversas modalidades de nuestro movimiento, no sólo de país a país, sino que también en una misma región.

El fenómeno que señalamos está en parte sujeto a contingencias psicológicas y sociales ajenas a nuestra voluntad. Las teorías siguen un proceso de continuo desplazamiento, se proliferan, llegan a desintegraciones que borran su primitiva unidad. Y así se explica la evolución espiritual de los pueblos y su constante marcha en el encadenamiento de los sistemas religiosos, políticos y económicos. Pero el anarquismo no puede estar en ese caso, precisamente porque aun no llegó a ser un "hecho histórico". En consecuencia, aceptando como lógicas las diferencias tácticas — de interpretación de los hechos—, bien podemos intentar la reconstrucción del "sistema filosófico", de las bases doctrinarias del anarquismo, que con la guerra y el bolchevismo sufrieron profundas alteraciones éticas y espirituales.

De los temas planteados en la Encuesta nos interesa estudiar por ahora los que guardan relación con los problemas actuales del anarquismo y con las diferentes modalidades predominantes en el movimiento anarquista internacional. Tiene importancia el estudio de otras cuestiones complementarias de la propaganda anarquista — como la relativa a la educación del niño, las preocupaciones artísticas y la crítica a las religiones, factores estos que representan el lastre de la historia—; pero exigiría ese trabajo una preparación especial y un tiempo de que nos es imposible disponer. Preferimos, pues, decir algo sobre un tema por nosotros tratado otras veces, aun cuando no aportemos nada nuevo a la cuestión en debate. Rehacemos, pues, el hilo de un viejo debate que todavía no está completamente agotado.

* * *

La primera cuestión que plantea la encuesta es: "Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria". No es fácil esbozar el primer punto, por la complejidad de los problemas sociales que, del punto de vista de la teoría y de la práctica, tenemos que plantearnos diariamente los revolucionarios. Y como las soluciones no están dentro de las posibilidades de esta hora, se comprende que en igual incógnita nos encontremos frente al aumento de la potencia reaccionaria del capitalismo y del Estado.

Si fuera posible abarcar con una sola mirada el conjunto de los problemas humanos — poseer la medida apropiada del desenvolvimiento de la sociedad capitalista—, la tarea de provocar un esfuerzo anarquista contra la reacción sería fácil. Pero todos estamos de acuerdo en este hecho: el movimiento revolucionario está sujeto a diversas y contradictorias influencias y es de ese mismo movimiento de donde la reacción saca sus fuerzas. El autoritarismo existe como potencia en el proletariado, lo cultivan los partidos marxistas y lo encarnan las ideas políticas y económicas que buscan la solución del problema social en un cambio de privilegios, de autoridades, de clases directoras y de olgarquías gobernantes.

La pregunta de si la anarquía es o no proletaria, como esa otra de si es revolucionaria, tendrá valor para un artículo polémico con los adversarios de nuestras ideas. La anarquía, como sistema social, no puede ser el patrimonio de una clase. El anarquismo es proletario en cuanto a las consecuencias revolucionarias presentes, porque son los obreros los más directamente interesados en propagar sus principios. Pero es necesario no confundir el proceso histórico de las revoluciones con el finalismo doctrinario que persiguen las minorías conscientes que impulsan la revolución, que para los anarquistas no pueden detenerse en un simple cambio de amos y de dirigentes de la máquina política y económica.

No cabe discutir si la anarquía es o no revolucionaria. Lo es como principio y como idea. Mas no basta con decir que este o aquel sistema filosófico es revolucionario. Lo importante es saber en qué medida operan la revolución los adeptos a las diversas teorías sociales que hoy se disputan la orientación de los pueblos en su lucha contra seculares despotismos.

Importa, pues, que los anarquistas sistematicemos la teoría revolucionaria, para que surja de ese estudio la interpretación de un movimiento concorde con el anarquismo. Nosotros lo haremos partiendo de un punto de vista que, aunque parezca un tanto particular, generalizará en lo posible los problemas teóricos y prácticos que más directamente afectan la propaganda en esta hora confusa que vivimos.

* * *

En las circunstancias presentes es difícil señalar una trayectoria uniforme a la acción anarquista, ya se manifieste en el campo de las definiciones doctrinarias o asuma el aspecto de batalla abierta contra la dominación económica que pesa sobre el proletariado. Vivimos en un momento de confusión, en una hora propicia a toda clase de ensayos políticos, a los que no pudimos substraernos por completo pese a la resistencia que en todo momento presentó el anarquismo a las influencias extrañas a nuestra ideología. ¿A qué se debe el actual desconcierto, que para muchos señala la decadencia de ideales que no interpretan el realismo social y que sin embargo es para nosotros el indicio de un próximo resurgimiento de actividades creadoras?

No nos alarmemos por las consecuencias de esa lucha. Puede que la salvación de las ideas anarquistas esté en esa forzosa liquidación de las influencias políticas que hasta ahora predominaron en el movimiento obrero. Como consecuencia del proceso de desintegración gestado en la guerra y en el ensayo bolcheviqui, el anarquismo doctrinario pierde su primitiva unidad: se polifera y amplifica en diversas y al parecer antagónicas interpretaciones. Pero, ¿es que todo lo que hasta hace unos años considerábamos como parte integrante del movimiento anarquista se inspiraba realmente en nuestras ideas?

El socialismo autoritario, al negar su concurso a las luchas del proletariado o circunscribirse a propiciar la conquista del poder por los medios legales, perdió su base de influencia en el movimiento obrero, aun cuando conservó en la mayoría de los países la jefatura de los sindicatos reformistas. De ahí que todos los trabajadores contrarios a la política social-demócrata, a falta de una definición que concretara sus limitadas aspiraciones, hicieran suyo el apelativo anarquista. Y, claro está, el anarquismo debió contemplar esa situación y admitir el contingente de descontentos que, si no otra cosa, aceptaban en principio la acción directa, la resistencia contra el maximo parlamentario y la modalidad subversiva de la tendencia sindical afín a nuestras ideas y tácticas de lucha.

Es, pues, preciso reconocer la necesidad de esa disgregación de fuerzas desafines en el finalismo social, aunque coordinantes en un propósito de acción inmediata. Lo que debe interesar a los anarquistas es el estudio de ese proceso de disolución puramente orgánico, ya que nos ofrece la oportunidad de definir nuestra conducta frente a tendencias extrañas a la ideología anárquica. Fueron los conversos a la dictadura plebeya y los cultores de la revolución a todo trance los primeros en apurar la desintegración de la unidad del movimiento sindicalista. Y a la iniciativa de Moscú respondieron los anarco-bolchevquis, que en la primera hora pregonaban la bancarrota del dogma, significando con ello la necesidad de que el anarquismo aceptara el injerto comunista — el Estado transitorio y la dictadura de clase — para reanimar nuestro movimiento y colocarlo en trance de transformarse en una fuerza política apta para dirigir la revolución...

* * *

Lo que claramente surge del actual entredicho, lo que no puede oscurecer ningún sofisma, es la particularización de cada una de las tendencias que actúan en el movimiento revolucionario. Frente al anarquismo que permanece fiel a sus viejos postulados, están las tendencias políticas y sindicales reformistas: la corriente autoritaria representada por la social-democracia, el bolchevismo y el síndico-posibilismo.

Pero no es sólo ese factor de disgregación y corrupción el que interviene en las disputas de carácter ideológico y táctico. En el conjunto de las teorías anarquistas se perfilan, con rasgos inconfundibles, interpretaciones opuestas de la doctrina, no sólo por lo que representa como elemento inspirador de la rebeldía popular, sino también por los fundamentos en que basa su actividad presente y sus aspiraciones futuras.

Se han clasificado ya tres tendencias opuestas dentro del anarquismo: la comunista libertaria, la sindicalista y la individualista. En el movimiento revolucionario de Europa los comunistas anarquistas y los anarco-sindicalistas tienden a ocupar diferentes posiciones. Están divididos en el problema de la interpretación del sindicalismo, que si lo aceptan ambos no le dan la misma importancia ni se colocan en el mismo plano de actividad.

Para el comunista anarquista el sindicato es un medio de acción transitorio y sólo útil en momentos de grandes agitaciones proletarias. Se substrae a la responsabilidad que entraña una participación directa y activa en el desenvolvimiento orgánico de las organizaciones obreras, prefiriendo la organización específica, "política", del anarquismo, al margen de las contiendas del capital y el trabajo. El anarco-sindicalista, en cambio, da sus preferencias al sindicato y atribuye funciones post-revolucionarias al sindicalismo. ¿Y qué decir de los individualistas? Estos están fuera de todo movimiento que suponga la intervención de las clases inferiores..., pues esperan que la humanidal se redima de la ignorancia, de la explotación y de la miseria cuando todos los hombres adquieran el pleno dominio de su individualidad.

Se dirá que esos son los problemas internos del anarquismo, y no los problemas que los anarquistas deben plantear en las esferas del movimiento revolucionario. Estamos de acuerdo. Pero, ¿en qué medida pueden actuar los diferentes sectores que se hostilizan en su "propia casa", si no llegaron a establecer una base común de propaganda y de realizaciones inmediatas? Sería absurdo proyectar una ofensiva contra el capitalismo y contra el Estado sin contar con combatientes dispuestos a llevarla hasta el fin.

Por eso entendemos que lo que necesita hoy el anarquismo, como tarea previa de sus partidarios, es definir la posición que el movimiento libertario, o mejor dicho, antiautoritario, ocupa frente a las tendencias autoritarias y a los sectores intermedios que obstaculizan toda labor creativa en el vasto campo de la propaganda y de la acción revolucionarias. Quiere decir, pues, que a la vez que definimos nuestra conducta moral como intérpretes de una idea de libertad y justicia, debemos dar al sindicalismo una interpretación teórica y táctica que no contradiga esa misma idea. El anarco-sindicalismo, según los teóricos de la "posibilidad", acepta del marxismo sus conclusiones materialistas, cifra su propio desarrollo en el proceso de centralización capitalista y adelanta, como única y posible transformación social, el cambio de régimen capitalista en un régimen de dictadura económica sujeta a las funciones del sindicato y a un interés exclusivo de clase.

En esa tendencia vemos nosotros una desviación del anarquismo — como idea y como movimiento — tan peligrosa y más que la prédica de los políticos, la tentativa disciplinista de los autoritarios y la exageración materialista del marxismo. De ahí la importancia que tiene actualmente para los anarquistas plantear los problemas teóricos y tácticos que guardan estrecha relación con el movimiento social, tanto en su aspecto doctrinario o político, como en la esfera económica.

* * *

En la Encuesta del Grupo "Los Iconoclastas", de Steubenvlle, se formula también esta pregunta: "¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?" Para nosotros, anarquistas comunistas militantes en la organización proletaria, el individualismo no pasa de ser una teoría negativa. En consecuencia, poco tendríamos que decir al respecto. Pero, sin embargo, digamos algo sobre la posición que los pretenciosos ególatras, con su manía del "yo", ocupan en el movimiento revolucionario.

"Platon, que como toda la antigüedad consideraba a la esclavitud un accidente natural de la condición humana, no concebía la civilización sin esclavos. La perfección de dicho bien requería, en su concepto, que los ciudadanos pudieran librarse de las necesidades materiales tanto como fuera posible; exigencia que sólo la posesión de esclavos satisface cumplidamente".

Compadezcamos a Platón, en boca de Lugones, y transcribamos algunas frases de su prosa doctoral. Continúa:

"El renacimiento de la esclavitud paréceme, pues, seguro y próximo. Considero un resultado inevitable", y etc.

Más abajo:

"A ello corresponderá, entonces, puesto que la raza blanca conserva su superioridad, la reorganización de la antigua trata", etc.

¿Acaso no serán suficientes las fragmentarias citas del trabajo de Lugones, para que el lector, al confrontarlas con lo extractado del libro "The Rise of Modern Industry", lo considere como a un pobre descabellado?

El hombre cree que acaba de inventar la esclavitud como de imperiosa necesidad en la hora presente, y resulta que existió siempre encubierta o descubierta. Hay gente que se pasa su vida descubriendo el paraguas. ¿Toda la carrera lugoniana no ha sido la del inventor de cosas sabidas y hechas?

Analicemos la teoría pura... y hagamos de paso referencia a los individualistas. Veamos.

El individualismo quiere ser un sistema filosófico. Deja por ello de ser una cuestión meramente personal, del fuero interno de cada uno, para transformarse en materia de estudio en el gran desconcierto de las teorías, de los dogmas y de las religiones. Pero los individualistas creen poseer el secreto de la vida, la verdad de las verdades conocidas, y sólo en eso — en su inmensa vanidad — se distinguen del resto de los mortales.

Nosotros no llegamos, en la crítica a los individualistas, a la aberración de negar los valores esenciales de la personalidad. Precisamente por la valorización del individuo se destacan las teorías anarquistas de las tendencias autoritarias. Y es para el anarquismo un principio básico el que surge de este enunciado: el hombre, en cierto modo producto del ambiente y sujeto a diversos factores sociales, es a la vez una fuerza determinante de la evolución y del progreso — de su propia cultura y capacidad. Quiere decir, pues, que basamos en el individuo la solución de los problemas humanos, al revés de los marxistas, que confían a la "evolución" — que es una forma de expresar el fatalismo — la tarea de transformar a los individuos, y radican en el proceso materialista de las sociedades el advenimiento milagroso de la libertad y la justicia.

Lo que queremos explicar, pues, no es la teoría del superhombre, porque esa es una preocupación de ociosos o un recurso de literatos vacíos. Nos interesa destacar del conjunto de nuestro movimiento la tendencia pseudo individualista, que defienden los que precisamente carecen de personalidad o no llegaron a formarse un claro juicio de las cuestiones más elementales de la propaganda.

Y podríamos incluir también a los que por su hábito de jefes y orientadores de reducidos círculos de opinión, oponen su inflada personalidad al conjunto de individualidades que dan expresión y realidad a las ideas.

Como consecuencia del confusionismo ideológico provocado por la guerra y la revolución, y en parte debido a un natural movimiento reactivo frente a la prevalencia de las teorías dictatoriales, tomó cierto arraigo en nuestro campo una tendencia antiorganizadora. Sería difícil identificar a esos defensores de la libertad... Mas existe una correlación de actitudes y procedimientos entre los "hombristas" que nutrieron sus espíritus con las fórmulas filosóficas de Stirner y de Niestzche y los que apelan al recurso del "yo" para eludir responsabilidades y ponerse al abrigo de toda crítica a sus actos como militantes.

Hemos observado el fenómeno de ese extravío mental en diferentes fases de la propaganda. Pero donde más estragos hace ese individualismo irresponsabilista es en las organizaciones obreras. En los sindicatos hay campo para todos los innovadores. Los obreros son buenos e ingenuos en su mayoría. Prestan oídos a los charlatanes y se dejan sugestionar por las frases floridas. El gesto lo es todo para los espíritus apocados. ¿Qué de extraño tiene, por ejemplo, que un vago exponga la teoría de la expropiación individual o sostenga que el trabajo debe ser hecho lo peor posible para vencer a los burgueses? Eso suena bien al oído de los que viven sujetos al yugo de la explotación. Pero ¿no es un parásito el que, sin ser explotador burgués, explota la ingenuidad de los trabajadores y se substrae al trabajo útil y productivo?

Se dirá que el que así procede no es un individualista puro. Pero nosotros no damos importancia a las teorías que pierden su pureza al entrar en contacto con la realidad. El individualismo que conocemos — que conocen todos los trabajadores — es ese, y a sus consecuencias nos atenemos.

Es un hecho indiscutible que los individualistas, que se proclaman antiorganizadores y no pierden ocasión en demostrar su desprecio a la chusma viven de las organizaciones obreras o se aprovechan de sus beneficios. No renuncian a las ventajas de la asociación, aun cuando declaren que viven en un completo aislamiento espiritual. Declaran que es una odiosa imposición pagar la cuota al sindicato, intolerante tiranía ejercer facultades directivas en las organizaciones obreras, humillante sometimiento resolver con el voto de la mayoría los asuntos colectivos. Pero, cuando conviene a sus intereses, emplean esas cuotas para fines de propaganda — para oficiar de oradores o agitadores circunstanciales — se erigen en dirigentes para imponer a otros su capricho, apelan a los acuerdos colectivos para anular al adversario. Y si no poseen la facultad de mover a su antojo a todo un gremio o a toda una colectividad, recurren a la conspiración y pronuncian un decreto fulminante contra los que se oponen a sus absurdos e imposiciones.

Es necesario someter a un estudio objetivo a esos defensores del individualismo irresponsabilista. La tarea no es difícil para quien posea espíritu crítico y facultades analíticas. Basta con hacer el recuento de sus posturas, reunir sus contradictorias opiniones y prestar oídos a sus vaciedades. Y aparecerá, libre de todo ropaje, el verdadero hombre: la sombra de un revolucionario...

*

* *

Ponemos punto final a este ya largo comentario. Las otras cuestiones planteadas en la Encuesta las dejamos para que las traten compañeros más competentes en esas materias. Por nuestra parte, hemos tratado de aportar algunas sugestiones al problema de la teoría y la táctica del movimiento obrero — en sus relaciones con la propaganda anarquista—, haciendo a la vez una crítica objetiva a los individualistas que, según los teóricos del "yo", interpretan mal la filosofía del superhombre de Nietzche y Stirner.

EMILIO LOPEZ ARANGO

Buenos Aires, septiembre de 1926.

Respuesta de M. Buenacasa

VII

El valor de la tradición es demasiado grande, por desgracia, para que podamos prescindir de los mitos tradicionales de manera absoluta

Las más grandes batallas deberíamos lidiar para dar fin a todos los prejuicios de la tradición.

En el recuerdo de las tradiciones vive el mundo sometido a todos los atavismos, a todas las corruptelas.

El anarquista no debe guardar ningún respeto a la historia, porque la vida, en nuestras concepciones ideales, tiene un principio siempre ascendente hacia las prácticas de la perfección.

Podemos y debemos decir siempre que nunca los tiempos pasados fueron mejores que los presentes, pues de otro modo negaríamos las leyes inflexibles del adelanto y los progresos de la humanidad.

La tradición sólo puede recordarse para combatirla y anatematizarla y, cuando más, únicamente para extraer de ella la lección que nos lega de sus grandes errores.

Hay, no obstante, algunos aspectos, muy estimables, de la tradición, que nos pueden servir de guión en ciertos momentos de nuestra vida. Las obras de un hombre o las gestas de un pueblo, en cuanto fueron conscientes y rebeldes, pueden recordarse como ejemplos en ciertos sentidos comparativos. Así, por tanto, cuando hablamos de las manifestaciones artísticas, recordamos los esplendores de Grecia y sentimos admiración por el arte y los creadores de aquellas épocas. Cuando, por otra parte, pretendemos estimular la rebeldía de los hombres de hoy contra la injusticia y la opresión, recordamos a Espartaco, el célebre tracio que sublevó a los esclavos de Italia contra el poder de los Césares. Cuando hablamos, por fin, de los héroes del deber, de los mártires que ofrendaron su vida y la libertad por el triunfo de las ideas de humanidad en el orden de la filosofía, de la moral o de la ciencia, recordamos a los santos varones, legión inmensa de ellos, que aportaron, para la construcción del bello edificio del porvenir, las piedras básicas y angulares.

En algo, pues, queremos aceptar, que debe valorizarse y recordarse la tradición. Mas no cometamos el error, cuando presentemos a la consideración de nuestros contemporáneos las figuras sobresalientes de las épocas pasadas, de elevarles un pedestal en nuestra memoria. Ensalzar las obras buenas, sí, pero no crear íconos, dioses o ídolos, porque al fin de cuentas, el principio religioso arraigaría en nosotros el más letal de los prejuicios.

Y de otra parte, ¿a qué extremos no ha conducido el seguimiento de las tradiciones?

¿Cuántas veces no hacemos degenerar hasta el ridículo, con nuestras recordaciones, los hechos más salientes de la historia?

¿Qué dirían de los trabajadores de este siglo — y hacemos excepción de los anarquistas — los mártires de Chicago, si desde sus tumbas pudieran presenciar las manifestaciones militarizadas del 1.º de Mayo, todos los años, las borracheras de los borregos políticos y el contento de los burgueses ante tantas y tales demostraciones de imbecilidad?

Iconoclastas empedernidos, nosotros sólo podemos rememorar las tradiciones, para señalar nuestro desprecio subversivo a cuanto se opone al libre desarrollo de la vida humana.

Podemos señalar la rebeldía de Espartaco, excitando a la rebeldía de los tantos oprimidos de la tierra.

Podemos ensalzar las figuras de Servet, de Galileo, de Giordano Bruno y de tantos hombres célebres, para estimular a nuestros coterráneos a que cumplan él deber sin vacilaciones.

Podemos recordar, en los aniversarios eternos — cada hora y cada minuto de nuestra vida de luchadores — las figuras preeminentes de los hermanos de Chicago, de Ferrer y de tantos otros, cómo murieron por la emancipación de los humildes, de qué manera los hombres deben ser humanamente egoístas en el sacrificio de la propia existencia en pos de las grandes ideas que se vinculan en el progreso y en la libertad.

Sólo hasta este punto y en tal medida puede seguirse y valorizarse la tradición, pero fuera de esto, que será siempre estímulo y señal de avanzar más y más, sin intermitencias ni desmayos, por la senda que trazaran los precursores, la tradición que, por ser lo que fué, supone estancamiento, debe ser combatida sin piedad y sin descanso.

Bien están los dioses de todas las religiones en sus sepulcros; no desenterremos, pues, a nuestros amigos para convertirlos en dioses.

Los anarquistas, que podemos gozosos recordar de qué modo se manifestaban las masas laboriosas en los Primeros de Mayo de este siglo, como explosiones violentas del odio de los pueblos contra las tiranías del privilegio, debemos dirigirnos cada día a las falanges productoras para decirles cuán poca es su vergüenza y de qué manera olvidan, por seguir la tradición precisamente, cómo les traicionan sus jefes políticos, cómo por dignidad la fecha de las revoluciones y de las reivindicaciones humanas no se puede confundir con los aniversarios fríos, solemnes y oficiales de las castas poderosas.

Hasta aquí podemos llegar en el culto a la tradición. Aunque mejor sería que el culto a esa tradición, a todas las tradiciones, se hallase concentrado y silencioso en la conciencia de cada hombre y que no se manifestase sino el gran día — cualquier día — del formidable estallido destructor de la injusticia.

Porque hay que contar con que, a fuerza de hablar y de gritar un solo día del año, para hacer como que recordamos una epopeya, un hombre o una cosa, el gas se nos escapa todo en un instante, y luego, alicaídos e inconscientes, sólo nos queda fuerza para recordar la *fecha* del griterío y la impotencia de nuestros espíritus cansinos, desgastados vanamente.

La tradición hay que soterrarla; más, si por fuerza de nuestra acción cuotidiana nos viene a la memoria como un descanso, lo que otros hicieron, en cuanto sea generosidad, rebeldía, bondad o conciencia, recojámonos devotamente en la meditación y en el estudio y tomemos para nuestro gobierno el ejemplo que estimula, la gesta que hay que imitar, la vida que interesa superar.

No vemos otra manera de valorizar las tradiciones ni hallamos otra medida con que seguirlas.

Los idólatras de todos los tiempos, acostumbran a celebrar los aniversarios del nacimiento o la muerte de sus ídolos, dedicándose un banquete y unas francachelas conmemorativas.

Nosotros no podemos seguir esa repugnante costumbre.

Y conste que tal como acontecen hoy las cosas en todo el mundo, vamos camino de caer en los mismos vicios y en los mismos errores que combatimos y señalamos.

Matemos, pues, la tradición y limitémonos exclusivamente a estudiar las obras y las virtudes de los grandes hombres, procurando imitarlos y superarlos

VIII

Una advertencia preliminar. Nuestra erudición en materias como las que presenta este tema, es absolutamente nula. Si tuviéramos a mano la Enciclopedia "Espasa", por ejemplo, nos podríamos permitir, sin ningún esfuerzo por nuestra parte, el lujo de aparecer como eruditos. Sería mejor, pues, — dirán algunos de nuestros amigos y lectores — que no discutáis acerca de lo que no sois capaces. Aceptado el consejo, pero aceptado también que hemos tratado, sin conocerlos, otros temas, otras cuestiones de esta encuesta; queremos cumplir nuestro propósito de hablar de lo que apenas conocemos, aunque sólo sea para emitir el juicio y la opinión que el asunto nos merece

Adelantemos que hemos ojeado la Biblia alguna vez y digamos: *La Biblia es una solemne tontería.*

Podría terminar aquí nuestro trabajo, recomendando a los camaradas en general que se dispongan a quemar todos los ejemplares existentes de ese famoso testamento de los dioses como buen medio "de deshacer las viejas creencias petrificadas en las mentes".

Creo que Pompeyo Gener en su "Historia de la literatura" —que no conozco— y en la cual expone las bases y orígenes de la Biblia, debía haber recomendado otro tanto; puede que lo hiciera, pero yo lo ignoro.

Digamos en honor de los que inventaron la Biblia que (como nada en el mundo se hace porque sí, y puesto que todo lo creado en la esfera de la inteligencia responde a una necesidad, aunque sólo sea a la del placer que un hombre suele experimentar cuando escribe) el testamento viejo, tanto como el nuevo, forman dos volúmenes de muchas páginas (lo que supone un esfuerzo mecánico muy estimable en quienes concibieron, escribieron y confeccionaron semejante absurdo montón de letras.

Cuando se habla de la Biblia habría que pluralizar, porque Biblias hay muchas. Veámoslo, pero antes digamos lo que son las célebres sagradas escrituras.

Las sagradas escrituras comprenden los libros canónicos del antiguo y del nuevo testamento. En los libros del Antiguo Testamento — esto debe ser la Biblia vieja, — dícese que constan todas las majaderías que Dios padre reveló a los hebreos; y en el Nuevo las que Dios hijo enseñó más tarde por mediación de sus doce u once — porque Judas ya no debía formar parte de la sociedad apostólica — apóstoles.

Adan y Eva, que vivían en el paraíso (?) tuvieron, previa la correspondiente aproximación de la carne — la manzana bíblica, signo de discordia y de pecado, fué, como se vé, demasiado apetitosa — dos hijos: Caín y Abel. Dios ha combatido siempre el incesto, pero nosotros, que también lo combatimos, debemos decir — o Dios es mentiroso — que Caín y Abel hubieron de fornicar con su madre, pues no tenían hermanas, a fin de que se reprodujese la especie humana. Porque, lo de que Caín mató a Abel por celos — y así parece desprenderse del Viejo Testamento — no es cierto según se desprende de la Biblia nueva. Los libros de la Biblia están clasificados en *morales, históricos, sapienciales, legales, protocanónicos, deuterocanónicos*, etc., etc.

Esta relación de nombres raros, casi todos referentes a la metafísica, dicen bien claro cuál puede ser el valor del libro que nos ocupa.

Sin embargo — y en serio — hemos
le aceptar que los autores de la Biblia
tuvieron al escribirla el mismo honrado
propósito que tuvieron los poetas o los
filósofos y moralistas de todas las épo-
cas al escribir sus obras
Es innegable que aquellos hombres
quisieron legar a las generaciones poste-
riores el bagaje de una moral por la que
la humanidad deberían regirse eterna-
mente.

Esa pretensión muy humana para
ellos, la mantenemos también, los anar-
quistas, hasta cierto punto, con respecto
a nuestra obra. Podríamos decir que to-
dos los amantes de la Biblia son tontos,
pero no nos atreveríamos a afirmar que
los que la escribieron tuvieran tal inten-
ción o sea la de que sus secuaces fue-
ran tontos. Sería cuestión de discutir si
la tontez excluye la bondad.

Los que inventaron y escribieron la
Biblia, como los que más tarde o antes
propulsaron los ideales de redención in-
tegral de la humanidad, poseyeron igual-
mente la intención de hacer que los hom-
bres fueran buenos

Eso sí, conviene, para que el hombre
sea bueno, que no se le enseñen tonte-
rías, y como la Biblia es un cúmulo de
tonterías, resulta que los que de ella to-
man enseñanzas, fatalmente han de ser
tontos, aunque ellos no lo crean. La Bi-
blia acepta y ensalza a Dios y al tirano;
con esto solamente y por el confusionis-
mo que campea en ella está demostrado
cuál es la moral del tal libraco, que, di-
cho sea de paso, tiene algo que tal vez,
bien expurgado, pudiera extraérse para
asimilarlo a nuestras concepciones mo-
rales. Pero en conjunto la Biblia no va-
le ni sirve para nada.

Algunos trozos del antiguo testamento
deben datar de tiempos muy remotos,
pero, que nosotros sepamos, el "gran li-
bro" no fué coleccionado y puesto en cir-
culación hasta que San Jerónimo tuvo a
bien hacer la gran refundición de la obra
dispensá: y esto ocurrió ya en el siglo IV
de nuestra era. Los libros mencionados
estaban escritos la mayoría en hebreo
menos el de la *Sapiencia* y el segundo
de los Macabeos, que lo estaba en griego

Las obras de la Biblia traducidas por
San Jerónimo al latín corrigiendo la
edición "Vetus Itálica", se condensan en
una sola "montaña de papel" con la de-
nominación genérica de "Vulgata".

Dicha edición es la única autorizada
por la Iglesia católica.

Pero la atuoridad de la Iglesia, en es-
te caso, debe ser muy poca por cuanto
se sabe que, a pesar de todas las prohi-
biciones, se han publicado numerosas bi-
blias por hombres santos y no santos,
arregladas según el capricho de cada
traductor, arreglador o editor.

Así, sabemos que existe la Biblia de
Pedro de Vaux (Francia, 1160); la de
Malermi, Italia (1471); las del rey Ja-
cobo y Guillermo de Tindal (Inglaterra,
1526). En España han editado la Biblia
un hermano de San Vicente Ferrer (el
lemosín Bonifacio), Ambrosio de Monte-
sinos y el calvinista Casiodoro; el car-
denal Jiménez de Cisneros escribió una
biblia políglota, etc., etc.

Nos enteramos estos días de que el ex
ministro de la plutocracia catalana, Cam-
bó, está escribiendo una Biblia en cata-
lán.

Y aunque nuestros lectores lo tomen
a guasa, les diremos que, también por
estas tierras hubo quien acertó con la
ocurrencia — que más tarde constituyó
un chiste muy madrileño — *de "poner"
la Biblia en verso.* Ahora hay quien pre-
tende musicarla. El colmo, como pasa-
tiempo, por cuanto resulta estéril y aca-
so pernicioso el esfuerzo mental y físico
que representan esas transcripciones de
la obra de dios padre y dios hijo.

Hablando de Dios está dicho todo.

La idea de los propagadores y autores
de la biblia, nos trae a la memoria el
caso peregrino de los protectores de ani-
males de nuestro tiempo, que quieren
que no se maltrate a los perros ni a los
pájaros, pero mantienen a los pajaritos
en sus jaulas y a los perros — para que
no se les haga ingerir la estricnina —
los llevan ataditos con una cadena al
cuello. A los burros les hacen trabajar
elegantemente.

Camaradas: haced desaparecer la bi-
blia, sus fundamentos y sus bases, sus
orígenes y su recuerdo inclusive, y ha-
bréis coadyuvado a que desaparezcan en
mucho, de las mentes atrofiadas, los pre-
juicios del acerbo ancestral que al libra-
co referido aportaron todas las ideas
falsas.

Propagad en tanto el ideal razonable,
humano y excelso de la anarquía.

De aquí a un millón de años...

*Puedo prever lo que acontecerá, duran-
te un millón de años a devenir, con esta
ley inflexible y general: que no ha de
cambiar, cuando mucho, sino una media
docena de veces. El barullento y mezqui-
no manojo de financistas, como siempre,
ulularán con miras a provocar nuevas
guerras. Al principio, el púlpito prudente
y cauteloso intentará objetarla. La masa
gigantesca y perezosa de la nación, como
siempre, se restregará los ojos adormila-
dos y tratará de comprender por cuáles
motivos deberá producirse una guerra;
y con torva indignación gritará:*

*—Es injusto y deshonroso esto, puesto
que nosotros no tenemos ninguna necesi-
dad de entrar en guerra con nadie.*

*Unos pocos hombres, de un bando, ele-
varán sus protestas encandecidas, invo-
cando poderosas razones contra la guerra
con la palabra y la pluma. En los prime-
ros tiempos lograrán atraerse una nume-
rosa audiencia que los escuchará y aplau-
dirá. Pero eso no durará mucho. Otros,
de un bando opuesto, en más número,
comenzarán a chillar con fuerza y violen-
cia, haciendo un ruido infernal y ensor-
decedor contra aquéllos, sus presuntos
adversarios, presentándolos como antimi-
litaristas, como traidores a la sagrada
causa de la patria; y la audiencia se irá
retirando poco a poco hasta dejarlos so-
los y acosados por la hostilidad popular.*

*Poco después se podrá presenciar el si-
guiente espectáculo: aquéllos, los orado-
res y escritores que primero gozaron del
favor público, se verán apedreados y arro-
jados de las tribunas; la Libre Palabra
será estrangulada por la horda desenca-
denada de hombres ciegamente furiosos,
quienes todavía, por el momento, abri-
gan un secreto cariño en sus corazones
por los linchados, sin que osen manifes-
tarse en favor de ellos y de sus ideas.*

*Ahora la nación entera, el púlpito y
todas sus instituciones adyacentes, toma-
rán el grito de guerra y aullándolo al
unísono al hombre honesto que se aven-
ture a abrir la boca, le lincharán feroz
y rabiosamente: todas las bocas se hallan
selladas y amordazadas.*

*Luego, finalizada la sangrienta función,
los estadistas inventarán un puñado de
mentiras baratas y de lógica adocenada,
cargándole todas las culpas, naturalmen-
te a la nación que fué atacada y ven-
cida; y entonces, cada hombre del país
vencedor se sentirá satisfecho y conten-
to de acallar su conciencia con esas im-
da; y, entonces, cada hombre del país
vencedor, se sentirá satisfecho y conten-
to de acallar su conciencia con esas im-
posturas y falsías; se pondrá a estudiar-
las con diligencia y método, rehusándose
tozudamente a examinar toda refutación
contra ellas.*

*...Y poco a poco se irá convenciendo
que esa guerra fué muy justa, y elevará
sus preces hacia el dios omnipotente, que
se dignó concederle un sueño más repa-
rador, más tranquilo, para disfrutarlo
después del doloroso proceso de su gro-
tesca autodecepción, cuando creía estar
errado...*

*Sí: el dios omnipotente también, al
fin, le daba la razón.*

Marx Twain ("Huck Finn").

De no muy reciente aparición — aun-
que siempre de rigurosa actualidad —
se ha publicado en Norte América "*The
Ordeal of Mark Twain*", ordalía, que sig-
nifica la prueba del fuego o el juicio de
Dios de la edad media. El libro lo es en
cierta manera, ya que somete a un rudo
y penetrante análisis al ídolo más popu-
lar de los estadounidenses.

Su autor es Van Wyck Brocks, uno de
los jóvenes críticos norteamericanos de
más poderoso talento. Los lectores super-
ficiales que adoptaron el Twain Bufón,
con el birrete cascabeleante para diverti-
miento de las hordas que lo adoraron, se
sorprenderán al descubrir, tras esa fi-
gura de payaso de la literatura, "*the sad-
dest, the most ironical figure in all the
history of the Western Continent*". Tra-
ducimos: la más sombríamente triste e
irónica figura de toda la historia del
Occidente: y que era en manos de Mel-
pómene de la común opinión, un pobre
lastimero muñeco, reducido a los luga-
res comunes de los conceptos de materia-
lismo, mobodemocracia y optimismo. Fué
el *King Mark* o *Mark Rey*, como lo deno-
minaron sus contemporáneos, el prota-
gonista de una era muerta, vegetativa es-
piritualmente, "un ilusionista en medio
de sus decepciones, la contrafigura del
símbolo creador de vida, en un país en
que por la inmensa bondad de Dios, po-
see estas cosas preciosas: Libertad de pa-
labra y de conciencia, y tenemos el tacto
y la prudencia de no usarlas nunca en
nuestro beneficio ni para los demás".
Son las exactas palabras del autor.

Para un pequeño grupo de artistas, de
mujeres y hombres de la presente ge-
neración, que tienden a libertarse de los
prejuicios corrientes e inaugurar una es-
cuela de absoluta independencia desde
todos los puntos de vista, — para ese
curioso islote de vidas apretujadas y
hostilizadas por el desierto de la moral
mogigata Brooks sostiene el tono de po-
lémica de su libro y les dice: "Escrito-
res y artistas de Norteamérica, lean la
tragedia en el rostro agotado, angustioso
y desencantado de este vuestro conciuda-
dano, y recuerden el espléndido rol que
vuestros *colegas* desempeñaron en los
dramas humanos de otros tiempos y de
otros pueblos; y pregúntense a sí mismos
si no llegó la hora de poner de lado to-
da frívola preocupación, y marchar co-
mo lo hicieron los poetas de las gran-
des edades".

Según Van Wyck, su biógrafo, Twain
pudo crecer hasta llegar a la estatura
de un humorista comparable a Voltaire,
Swift y Cervantes, si no hubiese sido
refrenado y catequizado por su compro-
metedor contemporáneo William Dean
Howells. Y el escritor se arrojó desde
esa cima para aplastarse en la talla do-
bladiza de un títere que había de ju-
gar con su elasticidad, su rol de bufón
literario de la feria de las vanidades
mundanas. Este es uno de los aspectos
más íntimos del caso de Mark Twain,
por lo que fué desviado, malgrado suyo,
en lo más noble de su vocación, por los
prejuicios imperantes en su misma raza,
que quiso fuera de ella el reflejo más
subalterno.

Una vez que un hombre se apropia
de la esencia de la masa común para
hacerse una individualidad, obligada-
mente emerge a la plena luz pública; y
si, al cobrar una definidad perspectiva
en los contornos de la fama, se cree en
suficiencia, en autoedeificación, entonces
degenera, y necesita de la ayuda de una
crítica creadora para tornarle a sus jus-
tos límites.

Del extraordinario vaivén del éxito
que columpiaba a Twain hasta subirlo
a la nubes, no hubo un hombre que le
salvara. Permaneció siendo durante su
carrera, un "niño funambulesco y frené-
tico" con "Howells, con su reverendo
confesor literario", con su familia guia-
da por esa archipuritana de Mrs. Cle-
mens y con una multitud de amigos y
millones de lectores, que proporcionaban
rangos inconscientes a los innumerables
conscientes rangos de los enemigos, quie-
nes secretamente deseaban estropear y
matar el creador, por lo menos de una
sola obra maestra: *Huck Finn*. Macha-
cado continuamente por el puritanismo,
tuvo que conformarse a los *tabu* religio-
sos, morales y sociales; llegó a escribir
por cierto en carta privada: "Un gentil-
hombre verdadero no desnudará la ver-
dad en presencia de señoras".

Exteriormente Twain aceptó el egre-
gic *buga-boo*—el espantapájaro de la opi-
nión pública—que confinó a Whitman en
la soledad moral de Camden, "donde lle-
vó a cabo una perpetua guerrilla contra
la confraternidad literaria de la época".
Henry James y Whistler — la lista es
larga — huyeron hacia Europa, buscando
lo que "necesariamente sería un exótico
desarrollo", como desinfectante... Y fue-
ron echados por la vasta conspiración
contra toda vida creadora, ya fuese cual-
quier manifestación del vital, del inquie-
to y disolvente espíritu crítico de una in-
dividualidad artística".

Twain se quedó y fué derrotado por
esa invisible y potente conspiración; pe-
ro recordemos que también Whitman se
quedó y no lo derrotaron. Al contrario,
ese hombre, salido de la oscura e infla-
mada hornalla del pueblo, como un re-
divivo Prometeo, plantó la semilla, la
chispa de fuego de una vida un poco
más libre y más en consonancia con los
postulados de un futuro mucho mejor.
Esta tendencia de inspiración libertaria
ha fructificado en numerosos hijos e hi-
jas y también en muchos nietos espiri-
tuales de Walt Whitman, quienes se han
propuesto seguir por esa *Open Road*...
o sea, por la ancha vía del arte. Por lo
menos son un grupo de disidentes que
se compone de novelistas, poetas, críticos
y dramaturgos que tratan de cultivar
un arte social y fuertemente humanita-
rio, y en abierta contraposición con el
egotismo racial...

Amenazados de extinción por el puri-
tanismo popular, son los rebeldes de la
hora.

Quizás Twain, de nacer entre ellos,
habría alcanzado un más alto puesto en-
tre los humoristas gloriosos... En cam-
bio, ha quedado como el último famoso
bufón de Norte América.

Sin embargo, confesaba que para él
"la literatura no era más que una escla-
vitud moral". Y añadía:

"Escribimos con franqueza y sin mie-
do alguno; pero después modificamos
nuestros pensamientos, le cortamos las
alas y las uñas antes de ser impresos"...

BIBLIOGRAFIA

**Delio Morales — "Raimundo Nan-
sen, el atormentado" — 186 págs.
en 8.o — Ed. Gleizer, B. Aires.—**

Este libro se compone de una narra-
ción principal, "Raymundo Nansen, el
Atormentado" y de una serie de cuen-
tos breves.

El tema predominante es el amor,
sus problemas, sus manifestaciones, sus
formas cotidianas. Las figuras tienen
algo de exótico, su psicología es com-
pleja y es preciso esmerarse para tra-
zar su retrato lógico sin incurrir en
inconsecuencias o en desviaciones.

Hay pinceladas de crítica social opor-
tuna y el estilo es fluído, de lectura
agradable. Los problemas podrían ser
más definidos, pero, en conjunto, este
libro de Delio Morales se lee de un ti-
rón sin arrepentimiento.

D. A. de S.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

"The Socialist Labor Party and the
Third International", 64 págs. en 8.o—
Ed. Soc. Labor Party, New York, 1926

"El aventurero de Saba", poemas por
Humberto Díaz Casanueva. — Ediciones
Panorama, Santiago de Chile, 1926.—

"Alas", revista quincenal de aeronáu-
tica, Madrid. Recibimos el número 97,
correspondiente al 1 de agosto.—

"Valoraciones" — Hemos recibido el
último número de esta voluminosa pu-
blicación universitaria de La Plata, con
algunos buenos estudios y ensayos li-
terarios y numerosas ilustraciones.—

"Insurrexit", mensuario de sociología,
arte, ciencia, educación y crítica.— Re-
cibimos el segundo número de esta re-
vista que editan en Santiago de Chile
varios camaradas, bajo la redacción de
G. Martínez Sotomayor. Tiene 16 páginas
de texto selecto y se vende a 50 centa-
vos chilenos. Su dirección es: Natanial
1057, Santiago.

AÑO V

BUENOS AIRES, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1926

LA PROTESTA

N.o 241

PRECIO: 10 CTS.

SUPLEMENTO SEM

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

E PAGO

Valores y giros a M. TORRENTE

Reflexiones sobre el atentado contra Mussolini

El 13 del corriente, como se sabe, un joven anarquista, Gino Lucetti, atentó contra la vida de Mussolini, el dictador italiano. La bomba que arrojó al paso del automóvil del primer ministro estalló sin obtener los resultados esperados, hiriendo a varias personas indiferentes.

Ese frustrado intento se convirtió en el tema del día en el mundo entero. Los gobernantes de Europa se apresuraron a felicitar a Mussolini por haber resultado ileso. También el embajador de la Rusia de los soviets fué a manifestar al tirano de Italia sus simpatías y sus plácemes, en nombre de la comisariocracia bolchevista. Para nuestros camaradas del feudo mussoliniano, la situación, sin embargo, no fué muy grata: las autoridades fascistas procedieron a efectuar centenares de arrestos en Roma, en Milán, tn todas partes para descubrir el consabido "complot". Entre los presos se encuentra Errico Malatesta, según las noticias. Gino Lucetti reivindica la entera responsabilidad de su fracasado intento, pero afirma con orgullo sus convicciones anarquistas. El fascismo, que hará resucitar la pena de muerte en la legislación, después de haberla practicado tantos años del modo más salvaje, no queda contento con una sola víctima por el susto propinado a Mussolini, desearía que se produjese un escarmiento de imperecedera memoria, que se levantase un monumento de sangre para recordación eterna. Con el poder absoluto en sus manos, hará lo que quiera, pero el terror no fué nunca un contrapeso a los tiranicidios. Gino Lucetti se había despedido de la vida cuando fué a Italia, atravesando ilegalmente la frontera, a matar al chacal sanguinario, al primer responsable de todas las infamias cometidas en Italia en los últimos cuatro o cinco años. Cuando Angiolillo ultimó a Cánovas del Castillo no se movió de su sitio, no intentó huir. Tampoco intentaba huir Massach Torrents en Barcelona cuando hizo su ensayo de atentado contra Primo de Rivera. Tampoco Wilckens se había propuesto poner a salvo cuando meditó su gesto memorable y puso fin a la vida del teniente coronel Varela.

No, el hombre que se decide a librar al mundo de un tirano execrado, no calcula las probabilidades de salir sano y salvo de la aventura. Se despide previamente de la vida, que suele valer siempre mucho más que la del tirano, y se ofrece en holocausto al ideal de un mundo más equitativo y más humano. El terror extremo no sólo no impide esos hechos, esos sacrificios en pro de la humanidad oprimida, sino que los fomenta, los engendra. No quepa duda, cuando el despotismo político llega a un límite extremo, cuando los crímenes de arriba no pueden ser contrarrestados por la resistencia del pueblo, cuando toda palabra libre es sofocada a sangre y fuego, surge el pensamiento de la acción y del sacrificio individuales. Siempre fué así y es posible que siempre lo será.



El anarquismo, hace ya muchísimos años que renunció a prestigiar los hechos individuales, aspirando a una acción colectiva sistemática. Pero cuando se producen gestos como el de Gino Lucetti, no regatea la expresión de su solidaridad, pero no como un hecho específicamente anarquista, sino como un gesto profundamente humano. ¿Qué culpa tenemos nosotros, qué culpa tienen nuestras ideas, si es en nuestro movimiento donde hay hombres más sensibles a la injusticia, más dispuestos al sacrificio?

La mayoría de los tiranicidas en los últimos cincuenta años proceden del campo anarquista, porque es el anarquismo el que concentra los espíritus más abnegados, los más desinteresados. Pero el tiranicidio no es fruto de las ideas anarquistas, es fruto de los sentimientos humanos de hombres que se asocian al anarquismo por ser éste un ideal de justicia, de libertad para todos. No es de la idea, sino del sentimiento, no es del cerebro, sino del corazón de donde nace el gesto individual de arrojo contra la tiranía. ¿Qué ley, qué terror, qué medidas de represión lograrán impedir que la sensibilidad humana vibre ante la injusticia, que el corazón se conmueva ante el crimen oficializado?

Porque el atentado no tuvo las consecuencias deseadas, porque el dictador resultó ileso, hay gentes que surgen ahora condenando el hecho. Entre ellas hay un tal profesor Gaettano Salvemini, actualmente en oposición al fascismo, que hace desde Londres declaraciones imbéciles. Dice así:

"Los atentados resultan un absurdo; aumentan, por otra parte, el prestigio de las víctimas.

"La desaparición de Mussolini sería una suerte para el fascismo y una calamidad para los partidos liberales y democráticos de Italia y de los demás países. Jamás desearé que Mussolini caíga víctima de un atentado: moriría como un héroe y privaría el fascismo de todo su valor como experimento.

"Con el fracaso colectivo de la dictadura — terminó diciendo el señor Salvemini — nada o poco ganaríamos, porque no sería el fracaso personal del dictador.

"Debemos desear que Mussolini no muera, como Julio César, sino que viva para concluir como Guillermo II.

"En esto confío; en esto confiamos todos los antifascistas, no tan sólo para el bien del pueblo italiano, sino para bien de la humanidad"

Ese señor Salvemini discurre muy bien desde Londres; hasta él no llegarán las tragedias proletarias; la suerte de los centenares de millares de emigrantes no turbará su cómodo destierro; la intranquilidad por el pan de cada día en tierra extraña, expuesto a las persecuciones, a las expulsiones, al escarnio, todo eso no le interesa ni le afecta. Hasta un apartado refugio en Londres no llegan los ayes de las víctimas del fascismo. Por eso se comprende que el profesor Salvemini no tenga apuro en la lucha contra la dictadura y juzgue de la manera que lo hace el atentado.

Si la bomba de Gino Lucetti hubiese ultimado al tirano, la opinión de Gaetano Salvemini habría sido diversa, como habría sido diversa la opinión de muchos que condenan hoy el hecho. Pero esas voces, felizmente son ahogadas por el entusiasmo espontáneo que el gesto de nuestro camarada ha provocado en el proletariado internacional.

Repitamos las palabras de Mussolini en 1918: "Creo que para los fines de la especie humana del progreso indefinido, vale mucho más el gesto de un audaz lanzador de bombas que todas las órdenes del día, que todas las charlatanerías en Roma por esas doscientas carroñas de sacerdotes rojos que se abrogan el derecho y también las prerrogativas de la pobre y doliente y también escarnecida humanidad..." (Il Popolo d'Italia, 8 setiembre de 1918; artículo "Divagazioni").

Que se comparen las opiniones de Mussolini y de Salvemini.

LA PROTESTA, Suplemento semanal.

Precio del ejemplar, 10 centavos. — Diario y Suplemento, suscripción mensual, $ 2.50.

Valores y giros a nombre de M. Torrente. Perú 1537, Buenos Aires.

E. LOPEZ ARANGO

FARSA Y TRAGEDIA

La dictadura, el plebiscito y el socialismo español

Los graves acontecimientos derivados de las intrigas cuarteleras y de los ensayos de pronunciamiento por parte de algunos generales *prestigiosos* — Weiler y Aguilera, entre otros —, parecían forzar la caída del dictador español. En la algarada provocada por los artilleros, y que dicen solucionó el prestigio y la cautela del rey, se puso a prueba la audacia de Primo de Rivera y el espíritu tortuoso de los incondicionales de la monarquía. La disciplina del ejército fué restablecida sacrificando a un grupo de militares desafectos a la dictadura y prometiendo a otros, primero la impunidad, después la recompensa.

No hay solución en la continuidad de la lucha de camarillas militares, como no la hay tampoco en el turno de generales en el cuarto de banderas del rey. ¿Que Berenguer cuenta con la simpatía de los cortesanos del Palacio de Oriente, y Weiler y Aguilera con el apoyo de las Juntas de Defensa? La democracia y el constitucionalismo, que invoca el partido o la facción militar opositora, carecen de valor en el momento en que sólo se busca el recurso que evite el derrumbe de la monarquía, responsable de la anormalidad que tanto lamentan los políticos de todo color.

El retorno a la normalidad constitucional debe operarse por la expurgación de responsabilidades. Responsable del golpe de Estado, de la dictadura que ahoga a España desde hace tres años, es más el rey que Primo de Rivera. Y esa responsabilidad tiene un origen aun más lejano y profundo: el desastre de Annual, que los militares intentaron borrar con el pronunciamiento del 13 de septiembre de 1923.

Se comprende, pues, que los políticos españoles, monárquicos o republicanos, reivindiquen los fueros del poder civil para juzgar el episodio militar de Barcelona y el objetivo impunista que lo determinó. Y tiene su explicación que los socialistas españoles, como buenos aventureros, olviden el compromiso contraído con el antiguo régimen — particularmente en lo que atañe al problema de Marruecos —, para especular con la actual situación e inclinarse del lado de la dictadura primorriverista a la espera de un cambio que les facilite la ascensión al poder.

La farsa del plebiscito fué denunciada por los viejos políticos, conservadores, liberales y republicanos. Sólo el partido socialista español y su apéndice sindical — la Unión General de Trabajadores — ocultaron su pensamiento íntimo respecto a la trasecendencia de ese acto. Pero los socialistas, que colaboran *técnicamente* con la dictadura — en el Consejo de Estado, con un consejero nombrado por real orden — pueden muy bien abrigar el propósito de ampliar esa colaboración el día que Primo de Rivera, para justificar su retirada, convoque a una asamblea nacional constituyente.

Parece que ese es el motivo principal que inspiró el plebiscito. Sin apoyo en el ejército, débilmente sostenido por el rey, combatido por los políticos monárquicos y repudiado por la misma nobleza, el dictador se vé obligado a preparar la vuelta a la normalidad... Y ya que no es posible establecer un turno de generales, porque se agudizaría la lucha de ambiciones en el militarismo español, es necesario que la Unión Patriótica reciba el apoyo de otra fuerza política independiente... que bien puede ser el partido socialista.

El socialista Prieto Tuero, alejado del grupo dirigente por su oposición al criterio manifestado por el partido y la Unión General de Trabajadores desde que Primo de Rivera dió el golpe de Estado, publicó un manifiesto denunciando la farsa del plebiscito. No deja de ser interesante la opinión de ese político, tan diferente de la que inspira los actos de los marxistas que colaboran con la dictadura militar. Hela aquí:

"El gobierno pretende constituir una parodia de Parlamento, una ficción, una engañifa, una farsa. El Parlamento se disolvió "manu militari" en 1923, con objeto de evitar que la minoría socialista completara su obra de fiscalización y acusación a la monarquía, por la cadena de desastres de la campaña de Africa. El golpe de estado de 1923 no tuvo otra finalidad, cualesquiera sean los disfraces con que se le ha querido vestir.

"Ahora, como ante las naciones civilizadas resulta un espectáculo excesivamente duradero el mantenimiento de la dictadura sin disimulo, se apela a esa ficción y se invita a la Unión General de Trabajadores con objeto de dar al actual régimen apariencias de normalidad.

"Se trata de constituir una asamblea sin facultades fiscalizadoras, sin potestad para analizar aquellas responsabilidades que quedaron pendientes, y las posteriores — no menos graves — de cuanto ha ocurrido desde 1923 en una administración desastrosa, y, en otro orden, en la enormidad de la ejecución de varios de los encartados en los sucesos de Vera, que los absolvió el tribunal juzgador, y para cuya condena fué indispensable relevar al fiscal del Consejo Supremo de Guerra y Marina, también conforme con la sentencia del tribunal inferior. Este atropello señala la cúspide de una serie de vejaciones a la libertad y a los derechos del hombre, vejaciones que en el orden político caracterizan a la dictadura militar, asistida por unos cuantos lacayos que no merecen vestir el traje de hombre civil.

"El rey quiere un Parlamento que no discuta ni juzgue sus actos y que no examine el pacto entre la monarquía y el pueblo — que era la Constitución—, ahora vulnerado con descaro sin precedentes. Se trata de sustituir al Parlamento, al cual se teme, y se pretende no volver a él, porque ante él, en abierta discusión, sería imposible la justificación de ciertos procederes. Se le quiere sustituir con una asamblea no elegida por sufragio universal, sino trazada sobre la base de representaciones de las fuerzas vivas, con tal limitación de atribuciones, que su eficacia, desde el punto de vista de la fiscalización y enjuiciamiento de las instituciones, habría de ser totalmente nula; se trata de una asamblea solamente consultiva, sin facultad para resolver, ni siquiera con esfera de acción bastante amplia para poder influir en los actos del gobierno, cuyo funcionamiento, además, debe desarrollarse en un régimen sin publicidad, en un régimen de previa censura.

"De consiguiente, si algún osado quisiera salirse de la pauta acordada para la farsa, su voz quedaría sepultada en el silencio. Eso, según todos los indicios, va a ser una congregación de marionetas, cuyos hilos estarán en manos del gobierno. En tales condiciones no es posible ir con dignidad a participar de una farsa tan inicua, ante la cual es una cantinela sin sentido la recomendación de que no debemos renunciar a ciertos cargos, porque pueden ocuparlos nuestros adversarios. Que los ocupen. La honra está, no en permanecer dentro, sino en quedarse fuera pudiendo haber entrado".

En términos generales, Prieto Tuero reivindica el parlamento disuelto, el sufragio y la libertad de palabra y de prensa. Se coloca así en el terreno de la legalidad y defiende sus ideas democráticas. Pero, particularizando la cuestión, llega a estas conclusiones:

"A los elementos directivos de la Unión General de Trabajadores no podrá ocultárseles que cuando aceptaron una representación en el Consejo de Estado se produjo un disgusto que vive latente en las organizaciones adheridas. Podrán alegar que se interpretó el parecer de la mayoría; pero núcleos considerables de nuestras filas se mostraron contrariados por esa resolución, que en el ambiente de simpatía que rodeaba a nuestra actuación política ha constituído para nosotros un grave quebranto.

"Si cometemos la torpeza de prestarnos a pertenecer a esa asamblea se produciría un daño irreparable, porque serviríamos de consejeros a una dictadura y traicionaríamos nuestros principios. Ingresar a esa asamblea sustitutiva del Parlamento sería un caso de traición, y si tal traición se consumara habría llegado para mí — que no quiero ningún vínculo de solidaridad con tan desacertada conducta — la hora amarga de pensar si debería irme de donde he estado toda mi vida".

El manifiesto de Prieto Tuero obtuvo respuesta de los prebostes de la Unión General de Trabajadores: una respuesta hiriente en su particularización del problema — en su aspecto personal — y vaga en sus conclusiones generales. Los socialistas colaboran con la dictadura desde el Consejo de Estado. Deben, pues, aceptar todas las contingencias: el plebiscito y la asamblea constituyente. Pero los jefes del socialismo español declaran que esperan conocer el *programa reconstructor* de Primo de Rivera para definir su conducta.

Todo depende, pues, de las garantías que el gobierno cívico-militar ofrezca al partido socialista y a la Unión General de Trabajadores para participar en la proyectada asamblea constituyente. Si Primo de Rivera garantiza algunos puestos, en el futuro Parlamento, a los prebostes del socialismo, pese a la opinión de Prieto Tuero, en la política social-reformista encontrará la monarquía el más firme puntal para afianzarse sobre las doloridas espaldas del pueblo español.

MIGUEL BAKUNIN

Programa de la Sociedad de la revolución internacional

Fragmento inèdito de Miguel Bakunin

El manuscrito de Bakunin, 15 1|2 en 4.°, papel blanco, me fué comunicado en febrero de 1895 por Pedro Kropotkin y debe encontrarse aún en un lío de papeles que había reunido en Suiza, dos manuscritos de un francés concernientes a la Comuna y la canción muy difundida en otro tiempo entre los jurasianos, *Le bon Bourgeois*, que hacía estremecer a Kropotkin con sólo ver el título. Se escribió sobre el paquetito: *Manuscrito de Bakunin ¿procedente* de 1865?" ¿Es exacto?

Hoy, a primera vista, ¿se llegaría fácilmente a esa fecha? ¿o más bien a los años 1864-66?, pero en febrero de 1895 y ante todos los materiales en que se basaría ahora estaban inéditos, con excepción siempre de lo que publicó en lengua rusa en el libro tan raro, pero bien conocido de Kropotkin, *El desenvolvimiento histórico de la Internacional* (1873) sobre la sociedad secreta fundada por Bakunin en 1864.

El que dió la fecha de 1865 al manuscrito se basó, pues, sea sobre ese pasaje impreso, sea sobre la tradición íntima, conocida de muy pocas personas del tiempo de Kropotkin en Suiza, sin embargo no ajena a Reclús, y también a Joukowski y a otros.

No obstante, tengo dudas. Sé que el arreglo del texto y su contenido corresponde mucho al *Catecismo revolucionario* de los primeros meses de 1866, de cuyo ejemplar remitido a Herzen con la carta de Bakunin del 19 de julio de 1866 es del que copio el *resumen* y la conclusión reproducidas más abajo, pero el fragmento presente tiene, según mi impresión, el aspecto de estar mejor reflexionado, de ser más límpido y gracioso en el estilo, en una palabra, más perfecto que el texto de 1866, al cual no podría preceder. Le asignaré una fecha bastante retardada, el mes de marzo de 1871. La cuestión tiene importancia desde este punto de vista, que es interesante conocer los primeros escritos socialistas de Bakunin después de sus numerosos escritos de los años 1862-63, que se ocupan de cuestiones eslavas. Si este escrito fuese de 1865, formaría una parte de esos primeros escritos socialistas, muy difíciles de encontrar o perdidos, — si no, nó. He aquí mi hipótesis.

Según sus notas diarias Bakunin, hallándose desde el 20 de marzo al 2 de abril de 1871 en Florencia o en Prato, cerca de Florencia, en casa de su amigo Mazzoni, anota el 25 de marzo: escrito *programa*, el 26: *programa*, el 28 por la mañana y tarde: *programa*, y el 30: *programa*. Ese escrito no se conoce y nada de las ocupaciones y relaciones que tenía entonces indica que haya una razón para un programa, sea de organización, sea de periódico, etc. Había ido a Florencia por razones privadas que han debido ser discutidas entre él y otras dos personas, y encontró allí también a sus amigos italianos que habían formado parte de 1864 y más tarde de la Fraternité internationale o al menos de su rama italiana; fueron *Fanelli*, *Friscia*, *Berti Calura* (de Florencia), *Mazzoni* (en casa del cual se hospeda en Prato) y *Gambuzzi*. Se ven constantemente, y puede que fué escrito un programa, primero en Prato, después en Florencia, supongo que fué el programa presente que habría debido reemplazar al programa de 1866, que, como se podrá ver por el resumen más abajo transcripto, no corresponde ciertamente ya a las ideas de 1871, es decir, exigía una modernización, una remodelación. Probablemente Bakunin halló el viejo texto en casa de uno de sus amigos en Florencia y lo tomó por base remodelándolo completamente. Sus amigos han podido pedírselo o estimularle a hacerlo y él contaba sobre todo con ellos en Italia, pues el movimiento de la juventud, desencadenado por la Comuna de París y la campaña contra Mazzini, no había comenzado todavía entonces.

Pienso también, esto es pura hipótesis, que cuando poco después, el 25 de abril, partió de Locarno al Jura suizo donde habitó primeramente en casa de Schwitzguebel en Sonvillier, habrá tomado el manuscrito consigo para continuarlo y ha debido darlo, al no ocuparse más de él, a Schwitzguebel, a quien también dejó el manuscrito de las *Conferencias* escritas entonces. Schwitzguebel no coleccionaba, pero apreció y conservó documentos interesantes para desprenderse de ellos en favor de los amigos. Así remitió a Guillaume el manuscrito de las Conferencias después de haberlo copiado para él mismo y envió más tarde lo que tenía aún de Bakunin a Cafiero cuando éste se hizo remitir materiales para una biografía de Bakunin. Ha podido, pues, muy bien dar el fragmento presente a Kropotkin, que era su amigo íntimo.

Si esta hipótesis es fundada, este manuscrito escrito inmediatamente después de los numerosos manuscritos del invierno de 1870-71, y de la parte que se llama *Dios y el Estado* en particular, mostraría la influencia de ese trabajo intelectual intenso en una forma anterior, un poco más primitiva, de las ideas de Bakunin y sería digno de atención desde

este punto de vista, aunque desprovisto entonces de la antigüedad que se le atribuyó.

Max Nettlau.

PROGRAMA DE LA SOCIEDAD DE LA REVOLUCION INTERNACIONAL

Primera parte.— Principios teóricos

I.— Negación de dios y del principio de la autoridad tanto humana como divina, así como de toda tutela ejercida por hombres sobre hombres — aun cuando se quisiera ejercer esa tutela sobre individuos mayores de edad, pero privados de instrucción o bien sobre las masas ignorantes, sea en nombre de una inteligencia superior, sea también en nombre de la *razón científica*, representada, o bien por un grupo de hombres — inteligencias reconocidas y patentadas — o bien por una clase exclusiva cualquiera y que formarían uno y otra una especie de *aristocracia de la inteligencia* — la más odiosa y la más nociva de todas para la libertad.

Nota 1.—La ciencia positiva y racional es la única luz que puede inducir al hombre al conocimiento de la verdad y que es capaz de regular su conducta lo mismo que sus relaciones en la sociedad. Pero está sujeta a errores, y aunque no lo estuviera, no debe abrogarse el derecho a gobernar los hombres, contrariamente a sus convicciones y a su voluntad. Una sociedad verdaderamente libre no podría concederle más que dos derechos, cuyo ejercicio para ella es, por otra parte, un deber, el *primero* es la educación y la instrucción de los individuos de ambos sexos, igualmente accesibles y obligatorias para todos los niños y adultos hasta la mayoría de edad cumplida — edad en que la acción de toda autoridad debe cesar, y *segundo* el de hacer penetrar sus concepciones, sus juicios en todas las convicciones, por medio de una propaganda absolutamente libre.

Nota 2.—Al rechazar absolutamente, bajo todas sus formas posibles, *la tutela* que la inteligencia desarrollada por la ciencia y por la práctica de los negocios, de los hombres y de la vida, habrían querido ejercer sobre las masas ignorantes, estamos lejos de negar *su influencia natural y saludable* sobre esas masas, — siempre que esa influencia no se ejerza más que de una manera completamente simple, por la acción natural de toda inteligencia superior sobre las inteligencias inferiores, y que no sea revestida de ningún privilegio, sea político o social,— dos cosas que no dejan nunca de producir de una parte la sumisión de las masas, y de la otra la corrupción y el embrutecimiento de las inteligencias que son revestidas por ellas.

II.—Negación del libre arbitrio y del derecho de la sociedad a castigar; — pues todo individuo humano, sin ninguna excepción, no es más que el producto involuntario de su medio natural y social. Las cuatro grandes causas de toda inmoralidad humana son: 1.° *la ausencia de higiene y de educación racionales; 2.° la desigualdad de las condiciones económicas y sociales; 3.° la ignorancia de las masas*, y 4.° su consecuencia necesaria — *la esclavitud*. La educación, la instrucción y la organización de la sociedad según la libertad y la justicia deben reemplazar al *castigo*. Durante toda la época transitoria, más o menos larga, y que no puede menos de seguir a la revolución social — la sociedad, en interés de su propia defensa contra los individuos incorregibles — no culpables, sino peligrosos — no les aplicará nunca otra pena que la de dejarlos al margen de su garantía y de su solidaridad — *la exclusión.*

III.—La negación del libre arbitrio no es la negación de la libertad. *La libertad es, al contrario, la consecuencia necesaria, el producto de la fatalidad natural y social.*

Nota 1.—El hombre no es libre ante las leyes de la naturaleza, que constituyen la base misma y la condición absoluta de su ser. Ellas lo penetran y lo dominan como dominan y penetran todo lo que existe. Nada podría sustraerle a su fatal omnipotencia; toda veleidad de rebelión de su parte llegaría a un suicidio. Pero por una potencia que es inherente a su naturaleza particular y que le impulsa fatalmente a realizar, a conquistar las condiciones de su vida, *el hombre puede y debe emanciparse gradualmente de la obsesión y de la hostilidad aplastante y natural del mundo exterior, sea físico o social* que le rodea, *por el pensamiento*, por la ciencia y por la aplicación de su pensamiento al instinto de querer — *por su inteligente voluntad.*

Nota 2.—El hombre es el último eslabón, el término superior de la serie ininterrumpida de los seres que, partiendo de los elementos más simples y llegando hasta él, constituyen el mundo conocido. Es un animal que, gracias al desarrollo superior de su organismo y principalmente de su cerebro, está dotado de la facultad de pensar y de hablar. Ahí está toda la diferencia que le separa de todas las otras especies animales — sus hermanos mayores en cuanto al tiempo, sus hermanos menores en cuanto a la capacidad intelectual. Pero esa diferencia es enorme. Es la única causa de todo lo que llamamos nuestra historia y de la cual he aquí en pocas palabras el resumen y el sentido: *el hombre parte de la bestialidad para llegar a la humanidad, es decir, a la constitución de su existencia social por la ciencia, por la conciencia, por su trabajo inteligente y por su libertad.*

Nota 3.—*El hombre es un animal social* — como lo son muchos otros animales que aparecieron en la tierra antes que él. *No crea la sociedad por un libre contrato, nace en su seno y no podría vivir como hombre, ni siquiera convertirse en hombre, ni pensar, ni hablar, ni querer, ni obrar razonadamente fuera de ella.* Pues la sociedad constituye su naturaleza humana, depende de ella tan absolutamente como de la naturaleza física misma, y no hay un genio, por grande que fuere, que no sea absolutamente dominado por ella.

IV.—*La solidaridad social es la primera ley humana; la libertad, he ahí la segunda.* Estas dos leyes se penetran mutuamente y son inseparables una de otra, constituyen la humanidad. La libertad no es, pues, la negación de la solidaridad, es su desenvolvimiento y, por decirlo así, su humanización.

V.—*La libertad* no es la independencia del hombre ante las leyes fatales de la naturaleza y de la sociedad. *Es primeramente su potencia de emancipación gradual de la opresión del mundo físico exterior — por la ciencia y por el trabajo inteligente;* es, además, *su derecho a disponer de sí mismo y a obrar conforme a sus propias convicciones e ideas* — derecho opuesto a las pretensiones despóticas y autoritarias, sea de otro hombre, sea de un grupo o de una clase de hombres, sea de la sociedad entera.

Nota 1. — No hay que confundir las leyes sociológicas, llamadas de otra manera leyes de la fisiología social y que son tan fatalmente obligatorias para todo hombre como lo son las leyes de la naturaleza física misma — siendo en realidad leyes tan físicas como estas últimas — no hay que confundirlas con las leyes políticas, criminales y civiles, que son más o menos la expresión de las costumbres, de los hábitos, de los intereses, así como de las opiniones que, en una época determinada, dominan en la sociedad o en una parte, en una clase de la sociedad. Es completamente natural que, siendo completamente reconocidas por la mayoría de los hombres o por una clase dominante, ejercen una poderosa influencia natural — buena o mala, según su carácter particular — sobre cada uno. Pero no es ni bueno, ni legítimo, ni justo, ni siquiera útil para la sociedad misma, que esas leyes puedan imponerse autoritariamente o violentamente a algún individuo, cualquiera que sea, contrariamente a sus propias convicciones. Eso sería un atentado a su libertad, a su dignidad personal, a su humanidad misma.

VI. — *La sociedad natural en que todo hombre nace, al margen de la cual no podría nunca convertirse en hombre inteligente y libre, no se humaniza verdaderamente más que a medida que todos los hombres de que está compuesta se vuelven más y más, individual y colectivamente, libres.*

Nota 1. — *Ser personalmente libre* significa para el hombre que vive en medio de la sociedad, no doblegar ni su pensamiento ni su voluntad ante ninguna autoridad que no sea la de su propia razón y su propia concepción de justicia; no reconocer, en una palabra, otra verdad que la que él comprende, y no sufrir otra ley que la que puede aceptar su propia conciencia. Tal es la *conditio sine qua non* de toda humana dignidad: el derecho incontestable del hombre, el signo de su humanidad.

Ser colectivamente libre es vivir en medio de hombres libres y ser libre por su libertad. El hombre, hemos dicho, no podría llegar a ser un sér inteligente, dotado de voluntad reflexiva y, por consiguiente, no podría conquistar su libertad individual al margen y sin el concurso de toda la sociedad. La libertad de cada uno es, pues, el producto de la común solidaridad. Pero una vez reconocida esa solidaridad como base y como condición de toda libertad individual, es claro que si un hombre viviese en medio de esclavos, entonces, aunque fuera su amo, será necesariamente el esclavo de su esclavitud, y no podrá ser real y completamente libre más que por su libertad. Por tanto, la libertad de todo el mundo es necesaria a mi libertad; de donde resulta que no es verdadera la afirmación que la libertad de todos es un límite de mi libertad, lo que equivaldría a una negación completa de esta última. Es, al contrario, la confirmación necesaria y su extensión al infinito.

VII. — *La libertad individual de cada uno no se vuelve real y posible más que por la libertad colectiva de la sociedad de que constituye parte por una ley natural y fatal.*

Nota 1. — La libertad, como la humanidad, de que es la más pura expresión, no está al comienzo, está en el último término de la historia. La humana sociedad, hemos dicho, comienza por la animalidad. Los hombres naturales y salvajes reconocían tan poco su carácter humano y su derecho natural, que comienzan devorándose unos a otros, y desgraciadamente, incluso hoy mismo, no dejaron todavía de matarse entre sí. El segundo período en el desenvolvimiento histórico de la sociedad humana es el de la esclavitud. El tercero — en medio del cual vivimos — el de la explotación económica o del salariado. El cuarto período, aquél a que tendemos y al cual es preciso, al menos, esperarlo, llegamos, es el de la *justicia*, de la libertad en la igualdad o de la mutualidad.

(*Continuará*).

— *** —

Notas Estadísticas

Población de la Argentina

En la reciente memoria que el ministerio del interior remitió al congreso, se consignan los siguientes datos sobre la población total de la república, calculada hasta el 31 de diciembre de 1925..

Capital federal, 1.930.112 habitantes; provincia de Buenos Aires, 2.750.262; Santa Fe, 1.186.367; Entre Ríos, 543.151; Corrientes, 408515; Córdoba, 946.370; San Luis 145.115; Santiago del Estero, 341.008 La Rioja, 92.294; Catamarca, 117.748; Tucumán, 400.170; Jujuy, 85.252; Salta, 159.688; territorios del norte, 169. 359; del sur, 304.522 habitantes.

Según, pues, esas cifras, la población de este país ascendía en la fecha indicada a 10.099.258 habitantes.

Buenos Aires en cifras

El "Boletín Mensual de Estadística Municipal de la Ciudad de Buenos Aires", correspondiente al mes de junio del corriente año trae estas cifras relativas a Buenos Aires:

Durante el mes de junio llegaron al puerto de la capital 11.178 inmigrantes y salieron 11.331; de los primeros, 2.088 son agricultores y los demás de profesiones varias.

La población de la ciudad de Buenos Aires al 30 de junio del corriente año, era de 1.946.945 habitantes.

Los nacimientos registrados en las 20 circunscripciones alcanzaron a 2.043 varones y 1.760 mujeres.

Fallecieron 2.241 personas, de las cuales 1.267 eran varones y 974 mujeres. Los matrimonios civiles ascendieron a 1.429 y los religiosos a 775.

El número de personas que al 30 de junio se hallaban hospitalizadas en los distintos establecimientos dependientes de la Asistencia Pública era de 6.116, en los otros nosocomios particulares y nacionales la población hospitalaria ascendía a 3.302, lo que hace un total de 9.418 enfermos.

Las personas internadas en el Hospicio de las Mercedes (varones), eran 1.015 argentinos y 982 extranjeros; en el Hospital Nacional de Alienados (mujeres), 1.004 y 1.096, respectivamente.

En el Matadero de Liniers se sacrificaron para el consumo de la capital, 5.237 novillos; 33.379 vacas; 41.865 terneros; 40.040 ovinos y 27.365 porcinos.

Por su parte, los frigoríficos introdujeron para el consumo, 4.041.599 kilos de carne vacuna; 133.548 ovina y 41.238 kilos porcina.

Durante el mes de junio del corriente año entraron al mercado de concentración A. Bullrich, 1.065.550 kilos de pescado de mar; 215.220 de río; de lagunas 168.350 y 207.160 kilos de mariscos.

El número de panaderías aproximadas, excluídos los despachos de pan, eran de 720, las cuales elaboraron 15.591.719 kilos de pan, los que fueron vendidos, el de primera entre 40 a 45 centavos el kilo, y el de segunda, de 30 a 35 centavos.

En el mes de mayo, el F. C. Central Argentino transportó 3.067.514 pasajeros y 126.312 toneladas de carga; el F. C. Sud, 1.821.855 y 126.212; el F. C. Pacífico, 798.815 y 2.132; el F. C. Oeste, 525.339 y 524; Cía. Gral. FF. CC. Provincia de Buenos Aires, 61.892 y 325; el F C. Central Córdoba, 7.973 pasajeros; el F. C. Central Buenos Aires, 352 pasajeros y 1.135 toneladas de carga.

La Compañía de Tranvías Anglo Argentino en sus líneas a nivel transportó 37.662.004 pasajeros con un producido bruto de 3.479.298.75 pesos moneda nacional; Lacroze, 5.710.828 pasajeros y un producido de $ 586.369.88; Eléctricos del Sud, 253.880 pasajeros y pesos 25.388.90; Puerto y Ciudad de Buenos Aires, 560.410 y un producido de 57.403.25 pesos.

La línea del Subterráneo del Anglo, transportó 4.939.134 pasajeros y arrojó un producido bruto de $ 493.913.40 moneda nacional.

Entre las dos compañías telefónicas que funcionan en la capital poseen 104.587 aparatos.

Las dos compañías de electricidad que explotan ese servicio cuentan en Buenos Aires con 257.394 abonados, los cuales consumen para alumbrado 19.514.225 kilowats de corriente; para fuerza motriz, 14.225.816 y para tracción 7.287.882, lo que arroja un total de 41.027.923 kilowats consumidos, o sea un consumo diario de 1.367.597 kilowats.

ERRICO MALATESTA

GIUSEPPE FANELLI

Recuerdos personales

No conozco nada de particular sobre Fanelli patriota, mazziniano, garibaldino.

En la época que lo conocí (en 1871) y estuve con él en intimidad, yo, todavía muy joven, había entrado hacía poco en la Internacional y me había encontrado de repente en singular contraste con aquellos "patriotas" que habían, es verdad, combatido y sufrido en las luchas contra las pasadas tiranías y decían querer abatir las nuevas instituciones monárquicas, pero repudiaban en la Internacional la negación de las ideologías que les eran caras, y veían en la organización autónoma de los trabajadores una amenaza contra su posición, de jefes, o subjefes, de los partidos de vanguardia. Lo que, unido a la tendencia general de los muchachos a creer que la historia comienza con ellos, me inducía a menospreciar los esfuerzos hechos antes de nosotros, y a apreciar en Fanelli y en los otros llegados a la Internacional de las filas de los combatientes por la independencia italiana, más que su pasado, lo que los ponía en oposición a ese pasado.

De aquí el poco interés en recojer noticias biográficas. Por lo demás Fanelli era muy reservado y modesto, y si alguna vez se dejaba ir a relatar, especialmente si en el relato había alguna nota cómica, no le gustaba nunca ser interrogado.

He aquí de cualquier manera lo que sé del primer período de la vida de Fanelli, el de las luchas por el Resurgimiento.

Había sido mazziniano y estado en íntimas relaciones personales con Mazzini.

Había conspirado con Pisacane, y como jefe de los afiliados napolitanos había tomado acuerdos para secundar y ayudar la expedición y responder a la iniciativa de Pisacane con tentativas insurreccionales en la Capital y en otras partes; cosa que no pudo hacer por varios contratiempos y especialmente porque el desembarco se realizó en lugar y tiempo diversos de los establecidos.

Fué uno de los mil de la expedición garibaldina que desembarcó en Marsala; y luego combatió en el continente como comandante de bandas garibaldinas contra los restos de fuerzas borbónicas.

De episodios recuerdo estos.

Asistió de incógnito al juicio de la Corte marcial que lo condenó a muerte por contumacia.

Una vez, en 1860, después de la entrada de Garibaldi en Nápoles, se hallaba a la cabeza de un puñado de garibaldinos, no recuerdo si en Venasso o en Isernia, cuando la región fué circundada por numerosos borbónicos, que se estaban transformando ya en bandidos y torturaban y asesinaban sistemáticamente a todos los "liberales" que caían en sus manos. Fanelli, no viendo posibilidad de afrontar con éxito un combate desigual, recurrió a la siguiente estratagema. Sabía que los campesinos de la región eran ferozmente hostiles a los garibaldinos. Tomó uno, le dió dinero y le encargó que llevase clandestinamente cartas a direcciones imaginarias; por tanto escribió una serie de billetes y se los hizo coser con gran lujo de misterios y preocupaciones en los forros de la chaqueta del campesino. De aquellas cartas resultaba que disponía de fuerzas imponentes y que de un momento al otro debían llegar nuevas tropas garibaldinas y tomar a los sitiadores entre dos fuegos. Como Fanelli preveía, el campesino llevó las cartas al comandante borbónico, el cual creyó en el peligro y se apresuró a levantar el asedio.

Fanelli gozaba entre sus comilitones de la fama de ser de un valor a toda prueba, frío, sereno, impasible. En efecto despreciaba grandemente a los fanfarrones. Solía decir que había visto generalmente que aquellos que, cuando el enemigo estaba lejos, se daban el aire de hombres terribles, daban después, en el fuego, mal aspecto; mientras muchos jovencitos, de apariencias tímidas y hasta medrosos, combatían y morían como héroes en la acción.

Hablemos de Fanelli internacionalista, de Fanelli socialista anárquico.

Fanelli, tal vez ya preparado a la aceptación de las ideas socialistas libertarias por su contacto con Pisacane, estuvo entre los primeros que se pusieron al lado de Miguel Bakunin cuando este llegó a Italia (de 1863 a 1867) y se dedicó a combatir las concepciones religiosas y nacionalistas de Giuseppe Mazzini, fundando en oposición a la "Alleanza Universale" mazziniana aquella "Alianza de la democracia socialista" que comenzó por ser compuesta únicamente de italianos, pero que pronto se hizo verdaderamente internacional con la adhesión de revolucionarios de todos los países y tuvo una influencia decisiva en la propagación de la Asociación Internacional y en dar a sus secciones de los países latinos la tendencia socialista anarquista.

La Alianza bakuninista fué una organización secreta, y eso convenía al temperamento de Fanelli, viejo conspirador, habituado a la severidad y a las interrogaciones reservadas. El fué un miembro importante de ella (hermano internacional, según la jerarquía y la nomenclatura adoptadas por la Alianza). Con él entraron en la Alianza entre otros Carlo Gambuzzi y Alberto Tucci de Nápoles, Attanasio Dramis de Manfredonia, cómplice ya de Agesilao Milano, Saverio Friscia, celebrado doctor homeopático de Sciacca y Carmelo Palladino de Cagnano Varano, hombre de bella esperanza, pero que, desgraciadamente, por razones privadas fué muerto en la flor de sus años.



Esclavos de la costumbre

Fanelli fué a París en 1867 junto con Friscia (no con Cafiero, que entró en el movimiento solo en 1871) en ocasión de la Exposición universal, y eso acrecentó sus relaciones con el mundo revolucionario internacional.

En 1868 junto con Saverio Friscia y Alberto Tucci fué a Berna, al segundo congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, donde Bakunin, con memorables discursos, intentó hacer aceptar las ideas de la Internacional de los Trabajadores, y derrotado por la mayoría radical burguesa, se retiró junto con una minoría, entre ellos Tucci, Friscia y Fanelli, para dedicarse enteramente a la Alianza y a la Internacional.

No me parece que Fanelli haya estado en el congreso de Basilea en septiembre de 1869 (IV congreso de la Internacional), donde el solo delegado italiano que encuentro mencionado en los informes es Caporrusso, de Nápoles.

En aquella época tal vez estaba Fanelli todavía en España, a donde había ido a fines de 1868 por encargo de la Alianza. El trabajo que Fanelli hizo en España es la gloria mayor del segundo período de su vida. Demostró actitudes eminentes para saber escoger los hombres con los cuales organizó los núcleos secretos de la Alianza, que a su vez fundaron las secciones de la Internacional. Los hombres escogidos por Fanelli fueron los Morago, Lorenzo, los Farga Pellicier, los Viñas, etc., que crearon en España, o más precisamente en algunas regiones de España, como Cataluña y Andalucía, aquél movimiento obrero inspirado por las ideas anarquistas que fué y, a pesar de todo, sigue siendo uno de los más importantes y más prometedores del mundo.

Vuelto a Italia Fanelli estuvo entre los más capacitados propagadores y organizadores de la Internacional, aunque fué uno de los menos conocidos a causa de su temperamento reservado de conspirador y sobre todo por el género de trabajo a que se dedicaba, que era la elección y el cultivo de aquelos hombres que estimaba capaces de hacer buena obra. Era algo así como nuestro padre, y dado que, en calidad de diputado al parlamento, podía viajar sin pagar, era también nuestro viajante.

Era la época en que en toda Italia los anarquistas eran pocas decenas. Nos conocíamos todos íntimamente, y apenas despuntaba uno nuevo, Fanelli partía de inmediato en misión para conocer, estudiar, pesar la nueva adhesión.

Aparte del temperamento y el gusto personal, Fanelli no podía ejercer influencia directa sobre las masas, a causa de las prevenciones que hacía nacer su cualidad de diputado.

En aquella época de sufragio restringido los trabajadores consideraban al diputado como miembro del gobierno odiado, como un enemigo y, singularmente en el meridional, simplemente como un ladrón. ¡Ah!, cuánto mejor habría sido que la masa hubiesen quedado en aquella disposición de ánimo!

Y no sólo eran los trabajadores los que tenían a los diputados en un concepto tan bajo. Buena parte de la burguesía no pensaba de modo distinto.

Valga el hecho siguiente:

Yo era estudiante y vivía con mi hermano y una tía anciana que nos hacía de madre desde que habíamos quedado huérfanos.

De tanto en tanto venía a buscarme Fanelli y nos retirábamos en coloquio íntimo a mi habitación. En tanto yo había comenzado a ser mirado de través por la policía, a ser vigilado y encarcelado. Mi tía se alarmó y, como me quería mucho, pensaba y decía que yo era un buen muchacho y que la culpa de lo que me pasaba era de los "malos compañeros". Naturalmente, las madres de mis compañeros decían lo mismo de sus hijitos.

Un día, finalmente, la tía me lleva aparte y con las lágrimas en los ojos, me da un sermón y después dice: "Pero en suma, ¿se puede saber quién es aquel señor Fanelli que viene a hablarte en secreto? Hay en él algo que no me convence". Yo traté de calmarla y entre otras cosas le dije que Fanelli era un diputado al parlamento. Repentinamente la tía, llena de severidad, exclamó:

¿Cómo? ¡un diputado! ¿Y tú no te avergüenzas? Tu padre era un hombre honrado y tú tratas con esas gentes sin pensar que así deshonras la familia!" Me esforcé por explicarle que Fanelli era un hombre honesto, que por su honestidad vivía en la miseria; pareció serenarse y acabó también por dirigir después la palabra a Fanelli; pero creo que aquel asunto del diputado no se le desvaneció nunca.

Dije a mi tía que Fanelli vivía en la miseria y era la verdad. Tenía la pensión de mil liras al año que le correspondía por haber sido uno de los Mil de Garibaldi, y era eso todo aquello de que vivía. Como se interesaba en conservar "su decoro" y quería vestir al menos decentemente, después de haberse vestido y pagado la habitación y el lavado de la ropa (era soltero) le quedaba poco para comer y las otras necesidades primordiales de la vida. Consideraba parte de su "decoro" el no hacer conocer sus estrecheces; pero yo sabía que algunas veces pasaba al día con cinco céntimos de macarrones hervidos (*a lese* los llamaban los napolitanos y en aquella época se tenían 30 por cinco céntimos). Cuando no podía propiamente más y quería rehacerse un poco, tomaba el barco y viajaba de Génova a Nápoles, a Palermo y viceversa, porque, como diputado, tenía derecho al viaje gratis en primera clase, incluso la comida.

Es inútil recordar que en aquella época los diputados tenían el viaje y el correo gratis, pero no tenían estipendio o idemnidad, y cuando no traficaban con su acta y no tenían medios de fortuna o una profesión lucrativa se hallaban en tristes condiciones.

No recuerdo ahora nada más de personal sobre Fanelli.

Volviendo a pensar en él me conmuevo profundamente. Fué un apóstol y un luchador: un hombre digno en todo de servir como ejemplo.

Quiero aprovechar la ocasión para explicar un enigma que inquieta a muchos de los que se ocupan de la historia de la Internacional y del movimiento anarquista.

¿Cómo es que los anarquistas, que han sido siempre antiparlamentarios y abstencionistas, tenían entre ellos — y en las primeras filas — a dos diputados, Giuseppe Fanelli y Saverio Friscia?

Yo no sé ahora si, volviendo a las condiciones de aquella época, soportaríamos tales contradicciones; pero es cierto que entonces el hecho de ser diputado, mientras nos ofrecía la ventaja de tener alguien que podía viajar gratis — cosa de primera importancia en vista de nuestra

EDUARDO WECKERLE

HOMBRE Y MAQUINA

Esa nivelación de todos los valores personales, esa equivalencia del tiempo y el dinero es también lo que hace aparecer tan despreciable nuestra civilización a los ojos de todos "los pueblos sin cultura". Ellos prefieren continuar su vida sin exigencias o desaparecer voluntariamente antes que subyugarse a las máquinas. Su propio modo de vida primitiva les parece a ellos muy por encima del nuestro. Clara y conmovedoramente lo expresó el cacique de los osagas, a quien se quiso conquistar en Wáshington para la civilización: "Veo vuestra manera de vivir, vuestras buenas casas abrigadas, vuestros campos de cereales, vuestro ganado, vuestros coches y vuestros millares de máquinas cuyo uso me es desconocido. Veo que podéis también hacer vestidos de hierbas y de arbustos: en una palabra, nada os es imposible. Todo animal sabeis utilizarlo; pero estáis rodeados de esclavos; todo a vuestro alrededor está encadenado; sí, vosotros mismos sois esclavos. Temo que si cambiase mi modo de vivir por el vuestro, me convertiría igualmente en un esclavo. Hablad con mis hijos, tal vez ellos acepten vuestra vida o la recomienden al menos a sus hijos. Por lo que a mí se refiere, he nacido libre y fuí educado libremente y quiero morir libre". (W. Schneider, Naturvoelker).

Entretanto ha surgido un acusado más grande aún del moderno maquinismo, que es "el corazón de la moderna civilización". Un hindú, — Mahatma Gandhi, — que estudió en las universidades europeas y tocó la vida de los civilizados de todas las zonas, ha regresado aterrado sobre sus experiencias a su patria y ha exhortado al oriente a la lucha contra las máquinas. Su nombre está hoy en todos los labios, pero el verdadero sentido del movimiento por él dirigido ha sido todavía poco comprendido. La aspiración de Gandhi no es ni más ni menos que una discusión entre el oriente y el occidente. "El maquinismo, grita, es el mayor pecado. Esclaviza a los pueblos". Gandhi no solo niega a nuestra civilización todo valor, sino que la nombra "el mayor vicio" que pisotea los bienes morales y priva al hombre de todos sus valores interiores. "Desde hace milenios vive la India como la única inconmovible en medio de las olas móviles del imperio. Todo lo demás ha pasado. Desde hace milenios ha conquistado la India autodominio y la ciencia de la dicha. En eso no tiene que aprender nada de los demás. No quiere saber nada del maquinismo y de las grandes ciudades. Los viejos instrumentos, el arado y el telar a mano, y la educación originaria, nativa, le han procurado su sabiduría y su bienestar. Debemos volver a la sencillez..."

Cultura o técnica, hombre o máquina — así expone Gandhi el problema del destino de la humanidad. Una alianza, una convivencia de ambos términos en el sentido que la técnica mejore las condiciones básicas de la elevación cultural y la máquina permita al hombre una vida cultural superior, le parece imposible. En la consideración de Gandhi lo uno excluye a lo otro; más aun: la técnica es para él un destructor de la cultura, la máquina un enemigo del hombre.

La explicación de la actual divergencia entre el oriente y el occidente está incluida en las diversas respuestas a los problemas planteados por Gandhi. El occidente se ha atribuido el maquinismo, el oriente el humanismo; el occidente ha elegido el hierro frío; el oriente se aferra al corazón ardiente. Así era al menos —a pesar de las sociedades europeas de comercio y de plantaciones — hasta hace pocas décadas. Desde entonces comenzó el industrialismo a invadir más y más también los países del oriente. Ya en sus costas se levantan amplias salas de máquinas, pero ¿qué significa la industria de Bombay frente a los centenares de millones que pueblan el enorme territorio de la India? ¿Qué significa el pequeño Japón industrializado, frente al poderoso imperio chino que se aferra al naturismo? Lo contrario; el empobrecimiento que marcha a la par con la industrialización del oriente, la explotación de las mujeres y de los niños, la larga jornada de trabajo y la labor agobiadora de los nervios y del espíritu han aumentado más aún la repugnancia de los pueblos orientales y han traspasado su oposición al occidente del sentimiento a la razón, del presentimiento a la conciencia. Conocen el occidente con sus propios ojos y huyen de su civilización como de un horror espantoso.

¿Sería nuestra técnica sólo un aquelarre diabólico y todo el maquinismo con sus creaciones milagrosas sólo un terrible extravío?

Efectos de los progresos técnicos





Desocupados

No queremos discutir aquí con Gandhi. Hemos examinado en los caminos seguidos hasta aquí los efectos de la técnica; hemos admirado su obra y deplorado sus consecuencias. Nos hemos dado cuenta sobria de su valor y de su daño. Si no hubiera más que el "esto o aquello" que nos presenta Gandhi, eligiríamos de inmediato la parte en que está el hombre. El hombre debe ser el centro de nuestra acción o inacción. Toda victoria sobre la naturaleza, todo progreso en nuestro instrumental debe favorecerle a él y a su conjunto. Si no es así, toda creación técnica es un absurdo. Pero el problema ha sido falsamente planteado por Gandhi. Cultura-técnica, hombre-máquina, no son contradicciones. La técnica es un estadio inferior de la cultura y la máquina un complemento del hombre. Sin embargo, el error de Gandhi es comprensible. El occidente abusó criminalmente de la obra de sus inventores e ingenieros. Ha empleado la técnica contra la cultura, la máquina contra el hombre y ha hecho de la industria un objetivo, mientras que no es más que un medio.

"El gran pecado" no es por eso el maquinismo mismo, sino su falsificación de un medio que es, en un objetivo. Pero esa falsificación depende íntimamente del desarrolo y de la fortificación del moderno capitalismo, y las relaciones entre capitalismo y maquinismo son tan estrechas que en el concepto de Gandhi se entrelazan en una sola cosa y acusa al maquinismo, cuando en realidad juzga al capitalismo y al mamonismo.

Hemos seguido esa conexión en el capítulo anterior y podemos remitirnos a lo dicho. En realidad, nosotros hacemos una honda separación. Decimos: el maquinismo es una cosa y el capitalismo otra. El maquinismo no exige el capitalismo, el maquinismo puede existir sin capitalismo. Decimos, además: el capitalismo tiene que sucumbir para que el maquinismo pueda persistir y ser transformado del objetivo actual, el amontonamiento de la riqueza individual, en un medio que permita a toda la humanidad elevarse a una cultura superior.

En este problema se decide el destino de la humanidad del occidente, lo mismo que la del oriente. O consigue librar la técnica del abrazamiento capitalista actual y hacerla una servidora libre de la humanidad, o bien las fuerzas despertadas nos dominarán y el occidente se parecerá al aprendiz de encantador de Goethe, que ha olvidado la fórmula dominadora; sólo que no habrá allí ningún maestro que pueda pronunciar: "la escoba, escoba ha sido".

Pero ¿hay una esperanza de arrancar la humanidad a ese peligro? ¿No parece que las escobas producen ya inundaciones? ¿No ha dado ya la última guerra una idea de lo lejos que ha ido la violencia destructiva?

No desesperamos. Vemos más bien que en estas invenciones y máquinas hay muchas cosas y que tienen algunos resultados que crean grandes fuerzas de oposición al capitalismo. Pues por mucho que la burguesía, como portadora del capitalismo, pueda impedir que se eleve la situación material de las masas con el acrecentamiento de la fuerza porductiva, tanto menos ha conseguido mantener espiritualmente abatidas a las masas. Al contrario: la técnica progresiva ha forzado directamente a la burguesía a aumentar el nivel espiritual de las masas laboriosas. Aun cuando el trabajo mecánico en general exija menos habilidad profesional del individuo, hizo necesarias cualidades espirituales superiores a las de antes. El proletariado tuvo que ser educado para trabajar según planos y dibujos: tuvo que saber leer, escribir y calcular. En consecuencia, la clase dominante tuvo que atender a una mejor instrucción de la dominada. Es un fenómeno general que con el tránsito de un país a la industria mejoran las ocasiones y las posibilidades de la instrucción de las masas del pueblo.

Pero no sólo la industria privada, también el Estado adquirió un interés directo en la elevación general del saber. A esto no impulsó en última línea la modificación de la técnica de las armas. Con el tránsito general a los modos complicados de armamento, el valor combativo de un ejército es hecho dependiente directamente de su grado de conocimientos. Por absurdo que suene, no por eso es menos verdad: el occidente debe sus conocimientos a un grande y decisivo desarrollo de sus armas de muerte, y el adversario más eficaz del analfabetismo fué la técnica de la guerra. (Moltke atribuyó directamente, como se sabe, la victoria ventilada en 1870-71, a los maestros alemanes de escuela).

Todo lo bueno que crea la sociedad capitalista para las masas, no corresponde nunca a la voluntad de lo bueno mismo, sino sólo al egoísmo. Pero una vez dado, la clase dominante no puede impedir que lo por ella destinado al mal — o lo que es lo mismo — al bien exclusivo de la burguesía, obre contra su mismo interés y por el interés de todos. Los conocimientos de escritura, lectura y cálculo se han convertido hoy en fuerzas que escapan más y más al contralor de las clases dominantes, y fecundan un movimiento que está llamado a ser testamentario de su destino: el movimiento del socialismo.

En efecto, el actual movimiento obrero no sería imaginable sin esa fecundación involuntaria. Tan sólo los conocimientos de la escritura han hecho posible al proletariado también heredar sus experiencias y sus bienes espirituales. Tan sólo el conocimiento de la escritura ha hecho posibles las actuales organizaciones económicas y políticas.

También la difusión de los medios de comunicación tuvo su efecto propulsivo en el movimiento obrero. Los trabajadores se aproximaron entre sí y reconocieron la igualdad de sus plagas. Con eso se ensanchó la ya mencionada base material para la organización, creada por la aparición del gran establecimiento industrial, a todo el país. Surgieron de una frontera a otra organizaciones solidarias; simultáneamente sonó también el grito: "Proletarios de todos los países, uníos".

Pero en lo que el obrero actual no se distingue en último término del de la edad media o del período de la manufactura es en su constitución interna. No quiere contentarse con la mera satisfacción de sus necesidades materiales; exige más bien conscientemente la completa valoración cultural. Por eso no grita con Gandhi: *Vuelta a la sencillez!*, sino: *Adelante y adelante, a una vida superior!* No se le ocurre volver a buscar los viejos telares a mano; reclama el maquinismo como libertador y medio para llegar a una conformación cultural y material mejor de la vida. No combate, pues, la técnica dirigida al ensanchamiento de la producción, sino que la saluda, porque la fuerza productiva, acrecentada, ensancha simultáneamente también las suposiciones de la cultura.

Justamente, ese reconocimiento inspira cada vez más al proletariado la voluntad de suprimir un estado de cosas que le priva de todos los beneficios de la técnica. Los trabajadores comienzan a rebelarse contra el abuso que se hace del maquinismo y reclaman más y más decididos un orden que arranque esos formidables instrumentos de producción de mano de un pequeño estrato y los ponga en manos de la totalidad del pueblo. Esa regulación es tanto más necesaria cuanto que los instrumentos se han convertido hoy en una potencia que no ha tenido antes en sus manos ningún príncipe ni ningún rey. Piénsese sólo que el doctor Hendrik Backeland, el presidente de la American Chemical Society, ha declarado que "lo aniquilación completa de ciudades enteras no depende nada más que del simple hecho que una personalidad, provista de poderes suficientes y de autoridad impositiva, dé la orden decisiva para ello al colegio de químicos" (Frankfurter Zeitung, Núm. 939, 16 de diciembre de 1924).

En eso nadie sabe de qué aumento son capaces todavía esos poderes, creados por nosotros mismos. Para la ciencia y la técnica no parece existir la ley de la finitud. Continuamente agregan nuevas fuerzas a las existentes, con la casi regular tendencia de agruparlas en un número de manos cada vez menor. Ha surgido

---

penuria de medios — no tenía los inconvenientes que asumió más tarde.

En aquella época votaban sólo pocos inscriptos y nuestros compañeros. Friscia y Fanelli, eran elegidos por razones puramente personales por algunos pocos centenares de amigos suyos. No tenían necesidad de pronunciar discursos y de hacer programas electorales, de prometer nada, de hacer confiar en la acción parlamentaria y de distraer así al pueblo de la lucha directa por la propia emancipación. El socialismo y la anarquía no tenían nada que hacer con su elección, y no eran perjudicados.

El sufragio ampliado y después el sufragio universal cambiaron las cosas; pero entonces Friscia y Fanelli habían muerto.



una nueva generación de príncipes, y los nombres de los nuevos reinos que ha formado la revolución industrial son Morgan, Rockefeller, Stinnes. El hombre de frac y con el sombrero cilíndrico es hoy más temido que cualquier rey o emperador de otros tiempos. Sus caprichos determinan si se debe producir y qué si la humanidad debe vivir y cómo. Por ese desarrollo la propiedad privada se vuelve cada vez más insoportable con los intereses de la humanidad. No sólo amenaza la existencia de la cultura, sino también la existencia de la humanidad misma. Por eso el movimiento social es más que un asunto material y más que un asunto del proletariado asalariado: debe convertirse en la reclamación de la humanidad, pues sólo en el socialismo puede elevarse la humanidad, sólo en el socialismo será el maquinismo un poder social y cultural, sólo en el socialismo se convertirán esas formaciones de hierro en cooperadores y amigos de los hombres



BIBLIOGRAFIA

P. Archinoff — "Historia del movimiento machnovista"; prólogo de Volin — Trad. de D. A. de Santillán. — Ed. Argonauta, Buenos Aires, 1926.—

Este libro, editado por la Editorial Arganauta, constituye la primer tentativa de divulgación del movimiento revolucionario de Ukrania, cuya principal figura fué el anarquista campesino Néstor Machno. Como esfuerzo personal, en las condiciones en que reunió los datos de tan vasto y complejo movimiento, el libro de Pedro Archinof vale mucho, y su principal mérito consiste en que el autor fué a la vez uso de los actores de esa bella epopeya insurreccional.

La *Historia del movimiento machnovista*, es un libro emotivo, a pesar de estar ceñido a referencias históricas someras y campear en él un evidente espíritu partidista. Al evocar Archinof la lucha de los campesinos ukranianos contra los enemigos de la derecha y de la izquierda, contra el hetman Skoropadsky primero, contra Petlura después, contra Denikin y Wrangel luego, y finalmente contra la reacción estatista representada — por los bolchevistas —, desarrolla el más grandioso espectáculo ofrecido por un pueblo en revolución y la tragedia más terrible vivida por ese mismo pueblo en su empeño por ser libre.

El libro de Archinof es una de las páginas más bellas del proletariado moderno. Vale como referencia de los hechos desarrollados en Ukrania durante el período revolucionario, desde la invasión austro-alemana hasta el afianzamiento del poder bolchevista, y es, más que nada, un documento irrebatible de las violencias cometidas contra el pueblo ukraniano y la machnovtschina por los dirigentes de la dictadura comunista.

Para juzgar el valor de la obra de Archinof habría necesidad de estudiar a fondo el movimiento machnovista, tanto desde el punto de vista de las ideas como de los aspectos generales que ofreció ese movimiento insurreccional. No tenemos tiempo para ello, ni probablemente sea este el momento más oportuno. Pero los que desean conocer a fondo la táctica reaccionaria y dictatorial de los actuales amos de Rusia, los que quieran explicarse el proceso de la "dictadura proletaria" en su derivación al Estado capitalista, encontrarán en este libro preciosas enseñanzas.

La "Historia del movimiento machnovista" tiene un prólogo, demasiado personal y un tanto inobjetivo, de Volin, que tiene algús mérito por las relaciones que aporta sobre la vida del autor del libro, Pedro Archinof, uno de los animadores, en la sección cultural del ejército revolucionario, del movimiento machnovista. La traducción es del compañero Santillán.

E. L. A.

Han Ryner. — VARIEDADES DEL INDIVIDUALISMO. Trad. de J. Elizalde — 30 págs. — Ed. del grupo "Vía Libre" — Barcelona, 1926.—

El folleto del acápite es una conferencia pronunciada en París el 10 de diciembre de 1921. El individualismo de Han Ryner no es un individualismo que aspire a disputar al comunismo anárquico su influencia sobre una parte del proletariado; es una actitud filosófica que será todo lo discutible que se quiera, pero que no inspira exaltaciones morbosas y autoritarias del "yo". En efecto, mientras los individualistas corrientes ven en Nietzsche una especie de maestro, Han Ryner combate el nietzscheismo y su "voluntad de poder" expresada en la dominación de los esclavos. Por lo demás, no se trata aquí de dar definiciones, pues según la tesis de Han Ryner, la definición está ligada al dogma. Se esbozan diversas manifestaciones del espíritu individualista en el terreno de la filosofía moral.

Panait Istrait. — "Kyra Kyralina", con una carta-prólogo de V. B. Ibañez — Trad. de Delaville, 206 págs. en 8.o — Editorial "Luz", Barcelona, 1926 — Precio: $ 1.20.

Hemos recibido la traducción de *Kyra Kyralina* de Panait Istrati, debida al camarada Delaville. Sin prejuicio de volver sobre esta interesante novela, damos a continuación los apuntes que su traducto nos envía:

"Ayer, un súbdito rumano llamado Panait Istrati, intentó suicidarse abriéndose un profundo corte en la garganta. En grave estado, fué conducido al hospital, y, después de la primera cura, pasó a ocupar una cama de la sala del Dr. X..., quien desconfía de salvarle, vista la gravedad de su herida".

Gacetilla publicada en los diarios de Niza en febrero de 1921.

Después, ya conocemos la historia: Román Rolland nos la cuenta de una manera magistral; Martín Maurice du Gard, la comenta vigorosamente en "Les Nouvelles Litteraires". Toda la prensa francesa, desde "L'Action Francaise" al "Libertaire", saludan unánimes al gran escritor.

Román Rolland, el sabio y bondadoso, el padre del inmortal "Juan Cristóbal", obra que conmovió a Istrati y a todos cuantos la han leído, es también el padre del autor de "El Tío Anghel".

Sin Román Rolland, Istrati hubiera podido salvarse de su herida y, al salir del hospital de Niza, hubiérase lanzado de nuevo a la conquista del mundo recorriendo los campos y las ciudades, los mares y los continentes, pero ¿tendríamos ante nosotros sus ya inmortales narraciones? ¿Podríamos deleitarnos ante la lectura única de su incomparable *Kyra Kyralina*?

Hubiera él, con sus correrías a través del orbe, gozado y sufrido de las cosas buenas y malas, de los hombres buenos y malos, pero nosotros nos hubiéramos quizás quedado sin sus mágicos libros.

Si bien con su corte en la garganta no consiguió enterrar al Panait Istrati sin trabajo, sufrido, amargado por una vida errante, y abandonado por todos al verle tan bajo, dió en cambio vida a otro Istrati completamente distinto, que de nuevo venía al mundo, empujado por aquella alma invicta, por aquel corazón generoso, por aquel cerebro potente que desde Villeneuve le tendió sus paternales brazos, acogiéndolo al calor de su pecho e indicándole el nuevo camino que en su nueva vida debía recorrer acompañado de los laureles de la victoria justa y merecida.

Los recuerdos acumulados en su portentoso cerebro, no escaparon tampoco al salir de su cuello herido aquella mezclada sangre de que nos habla Blasco Ibáñez; y hoy estos recuerdos los vemos estereotipados y como una maldición lanzados a la faz del mundo que, como una gran ignominia, los presenta Adrian Zograffi a los hombres que matan a otros hombres, ya sea esgrimiendo el sable o por medio de las leyes.

"Un nuevo Gorki", exclaman unos "un nuevo Jack London", proclaman otros. Verdad. Tienen sus libros algo de estos dos escritores, ruso el uno y americano el otro; pero el carácter, podríamos llamar, marcadamente "istratista" de sus cuatro primeros libros, es algo desconocido, nuevo, inédito.

"Un enamorado de Oriente, que se encanta con sus propios relatos" y que conmueve a cuantos logran penetrarlos. El Danubio; las cimas de los montes asiáticos; las callejuelas de Constantinopla; las plazas de Beyrouth; los palacios de los mustafás con su misterioso silencio... todo es desmenuzado por la vigorosa pluma de Panait Istrati.

¿Y los "haidoucs"? Con la historia de cada uno de estos grandes y magnánimos bandidos libertadores de los campesinos esclavos de Rumanía lanza Adrián Zograffi el más formidable anatema en contra de los verdaderos y únicos que merecen el epíteto de bandidos que saquean los campos y diezman las ciudades, atacando ya a los bienes adquiridos mediante rudas labores, con sus leyes arbitrarias, ya a la dignidad de aquellas humildes familias, entrando en sus hogares mancillando los cuerpos de las vírgenes que a su paso hallen.

La maldad del hombre-amo es presentada en los "haidoucs" con el máximum de la crueldad refinada que se reconcentra en el corazón (?) del ocioso que habita los grandes palacios.

Y *Kyra Kyralina* es una embrujadora visión del Oriente pervertido y magnánimo a la vez.

DELAVILLE

Barcelona, Agosto de 1926.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Cuadernillos Athenea: *Notas críticas*, por Herbert Spencer; *La mujer y la revolución*, por Federico Stackelberg; *Narraciones humorísticas* por Arcadio Averchenko; *Cuestiones de enseñanza*, por Ricardo Mella. Folletos de propaganda de 32 páginas, a 0.25 céntimos el ejemplar. Editorial "Lux", Barcelona.

La Revolution proletarienne, revista mensual sindicalista comunista, N.° 20, París.

The Workers Monthly, órgano del partido comunista de América, número de agosto, Chicago.

La Revista Blanca, Barcelona.

El conflicto religioso en México. Publicación del Comité de acción ideológica "Juventud argentina".

Tribuna livre, órgano de la agrupación cultural "A vida". N.° del 1 de septiembre, Bagé, Río Grande do Sul. Con esta publicación mensual inauguran los camaradas de Bagé una propaganda escrita a la que deseamos el mejor éxito.

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o- Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Jean Grave

Camaradas:

Trataré de responder, en lo que me sea posible, a todas vuestras preguntas, aunque, para algunas, sea difícil hacerlo con precisión.

1.°—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

Para contestar con precisión a esta cuestión, sería menester conocer cuáles son las fuerzas de que disponen los anarquistas en cada país. Eso, lo ignoro. No puedo, pues, responderos más que desde un punto de vista general.

Aquí, en Francia, eso es muy sencillo; el movimiento anarquista se ha dispersado después de la guerra. Actualmente hay muchos jóvenes, neófitos de la idea; pero, poseyendo más buena voluntad que conocimiento de la idea, son presa de una caterva de farsantes — por no decir algo peor — que logran, en una o en otra forma, desviarlos y utilizar su buena voluntad.

Entre nosotros el movimiento sufre una crisis, de la que se repondrá, lo espero, pero que condena a la impotencia lo poco que queda de los que han guardado un juicio sano en el desorden actual.

El mejor medio para luchar contra la reacción ha sido y es todavía el de propagar las ideas de libertad, de autonomía, de iniciativa y de rebelión; por consiguiente, nuestras ideas anarquistas.

Allí donde los anarquistas dispongan de medios de acción, se tratará de organizar agrupaciones con el propósito de combatir las medidas de la reacción. Y ésto, no aislándose entre sí, sino eligiendo cada cual, según sus preferencias y sus aptitudes, uno de los abusos a combatir y haciendo un llamado a todos aquellos que, sean cuales fueren sus concepciones sobre otros puntos, estarían decididos a combatir, con todas sus fuerzas, el abuso en cuestión. Este es el único medio de agrupar bastantes fuerzas capaces de sostener una lucha eficaz.

En tanto que los anarquistas permanezcan entre sí, no asociándose sino con aquellos que piensan absolutamente de la misma manera sobre todos los puntos, no serán, durante mucho tiempo, más que una ínfima minoría incapaz de acción eficaz, condenados más a "teorizar" que a obrar.

No hay, en la sociedad actual, un abuso que no soliviante una multitud de personas, que, sin ser anarquistas, querrían. por lo menos, ver desaparecer este abuso.

Ahora bien, los abusos son numerosos, y cada uno de ellos tiene sus adversarios. No queda, pues, más que el embarazo de la elección. Hay lugar para todas las actividades. Esta manera de obrar no impediría, evidentemente, a los anarquistas tener sus agrupaciones particulares, cuyo fin sería el de la propaganda anarquista y también el de coordinar los esfuerzos hacia la meta final: la destrucción de todos los abusos.

Desde el punto de vista internacional, sería necesario encontrar un medio de federación, en el que, manteniendo su autonomía, los grupos tengan entre sí relaciones más seguidas, más frecuentes, sin tener que pasar por un grupo central.

Este género de agrupación lo he explicado numerosas veces, sin que jamás haya sido comprendido.

He aquí cómo lo encaro: las agrupaciones federadas editarían un boletín mensual, por ejemplo, donde se darían las direcciones de los grupos adheridos, donde cada congregado expondría el trabajo realizado o a realizarse, pudiendo solicitar en él los recursos necesarios y donde, además, se podrían plantear ciertos puntos interesantes de discusión.

Para evitar la centralización, cada grupo adherente editaría, a su vez, un número del susodicho Boletín. Esto evitaría la centralización y, además, forzaría a cada grupo a tomar una parte activa en la vida de la federación.

Hoy en día se han creado no sé cuantas Internacionales, pero las relaciones no existen más que teóricamente; los anarquistas de cada país se ignoran totalmente. Delegados — o los que tienen los medios de desplazarse — se encuentran cuando hay un congreso. Allí se tejen discursos más o menos hermosos, y las relaciones no pasan de ahí. Eso ha terminado hasta el congreso siguiente.

Sería necesario terminar con este remedo de parlamentarismo, encontrando los medios prácticos para que nuestro internacionalismo no sea un internacionalismo de parada y de charlatanería.

2o. — La anarquía, como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

Si entendéis por ello que para permitir el establecimiento de una sociedad anarquista sea menester pasar por la revolución, para abatir la sociedad actual, respondo que sí.

Los privilegiados no abandonarán jamás sus privilegios sin resistir con todas sus fuerzas. Una vez realizado cierto grado de evolución en los cerebros de la masa, esta evolución se traducirá por una revolución, con vistas a hacer pasar a los hechos los progresos encarados por las minorías activas y barrer a todos los que tentaran obstruirle el camino.

Pero la revolución, precisamente, no puede sino desbrozar el camino. Para establecer la sociedad de mañana será necesario que los anarquistas logren, en su propaganda, formar agrupaciones económicas capaces de reemplazar las agrupaciones económicas capitalistas que la revolución tendrá por tarea destruir.

No es de arriba que la sociedad nueva tendrá que organizarse, encargando a algunos individuos de proceder a esta organización. Es de abajo que ella deberá hacerse, surgiendo de las iniciativas de las masas.

En la sociedad actual estas agrupaciones ya existen. Las cooperativas de producción y de consumo, si los anarquistas quieren darse el trabajo de orientarlas hacia ese fin, serán perfectamente capaces, desde el principio de la revolución, de proceder a la nueva organización económica, substituyéndose al comercio burgués. En plena batalla ellas podrán, si se les ha hecho comprender su rol, asegurar el aprovisionamiento de las poblaciones.

Esto se ha producido en plean revolución bolcheviqui. Visitando la República de los Soviets, un revolucionario ruso, M. Remezov, ha encontrado una aldea absolutamente basado sobre la idea comunista-anarquista, habiendo escapado a la reglamentación del poder central, y esta organización era debida a la iniciativa de una cooperativa existente ya entre ellos.

Hablo de las cooperativas porque es un movimiento que ya existe y que sólo exige un poco de propaganda para darle fines más amplios. Pero otras numerosas agrupaciones similares pueden ser encontradas y aportar su concurso a la organización nueva:

Grupos para procurarse, a bajo precio, los productos, haciéndolos venir de los países de origen, sin pasar por otros intermediarios que los camaradas asociados. Grupos con el fin de organizar talleres, donde los asociados podrían trabajar en sus horas de ocio, para producir objetos de su gusto, y en donde los adherentes se habituarían a cambiar su producción, prescindiendo del uso de la moneda.

3o. — Al ser una idea de los humanos, ¿es o no proletaria la anarquía?

Que los proletarios, siendo los más oprimidos en la sociedad actual, estén más interesados que no importa quién en la transformación de ésta, es incontestable, pero no están solos. Todos los que tienen sed de justicia, de libertad para todos, proletarios o no, tendrán su lugar en la sociedad anarquista, donde no habrá más distinción de clases. ¿Acaso nuestros mejores propagandistas no proceden de las clases privilegiadas? La anarquía, precisamente por ser una idea humanitaria, suprime el proletariado.

4o. — ¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

Lo necesario, ante todo, en la educación de los niños es respetar su propia personalidad, no trabar su desarrollo, contrariando sus aptitudes. Los esfuerzos de los educadores deben tender a que los mismos niños hallen sus posibilidades por sí mismos.

Lo que es preciso es ayudarles a ejercitar su espíritu crítico, conduciéndoles a que encuentren por sí mismos el punto débil de una cuestión. Enseñarles a no aceptar como posiblemente verdadero más que lo que ha sido discutido, y no porque les fué afirmado o dado como tal por una autoridad u otra.

Enseñarles a detestar la mentira, la injusticia, tanto si no les afecta a ellos mismos como si tuviesen que sufrirla ellos. Pero eso no será adoptado por los niños más que si la conducta de los padres y de los maestros no contradice su enseñanza.

Esta educación estará mucho más segura de hacer hombres rectos, capaces de comprender la justicia, de odiar la autoridad y, por consiguiente, de combatirla, que ninguna enseñanza dogmática o teórica.

5o. — ¿Por qué vía piensan los camaradas que debe orientarse el arte para saturar mejor el ambiente de anarquía?

El fin del arte es producir bellas cosas al margen de los sistemas y de las escuelas. No creo que el arte se aprenda. Es un don que el artista aporta al nacer — una "posibilidad" — que puede conocerse, depurarse con la educación y la enseñanza, pero que no se adquiere si el individuo no tiene los gérmenes ya en sí. El arte, pues, no puede ser subordinado a hacerle expresar teorías. Para producir bellas cosas, que se impongan al espíritu, es preciso que el artista, al margen del pleno conocimiento de su oficio, sienta fuertemente la cosa que quiere expresar. Si es capaz de traducirla, tal vez consiga inspirar, a los que admiren su obra, los sentimientos de que estaba lleno él mismo, pero si se quisiera subordinar el arte a la propaganda se correría el riesgo de no hacer más que cosas mediocres. Eso se ve, desgraciadamente, demasiado a menudo en la propaganda hecha mediante el grabado por algunos de nuestros camaradas.

6o. — ¿Cómo concebir las teorías individualistas en el movimiento obrero?

Aquí se trata de distinguir. Si por individualismo entendéis el que quiere el desarrollo de la personalidad de cada individuo, la posibilidad, en la sociedad de su desenvolvimiento integral, el ejercicio de su libre iniciatva, de su libre autonomía, a condición de que respete la iniciativa y la libertad de cada uno, lo que nosotros, anarquistas, entendemos por anarquía, en ese caso el individualismo no sería más que otra palabra para designar nuestro ideal.

Pero si por individualismo entendéis, como algunos proclaman, el derecho del Individuo — con una gran I, considerado en abstracto — a desarrollarse en detrimento de todo lo que le embaraza, de obrar a voluntad, sin considerar los derechos de aquéllos que evolucionan a su lado, considero que ese individualismo es la teoría más atrozmente burguesa que conozco, con lo cual los anarquistas, so pena de ser inconsecuentes, no pueden tener nada qué ver.

7o. — ¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida debemos seguirla?

La tradición, no siendo más que la supervivencia de las fases por que ha pasado el desarrollo humano, no tiene más que un valor de apreciación. De la tradición no hay más que tener en cuenta lo que concuerda con nuestras necesidades actuales; lo que está en contradicción con ellas hay, naturalmente, que eliminarlo.

8o. — Para trabajar más profundamente y destruir las viejas creencias petrificadas en los cerebros, ¿podrían los camaradas describir los orígenes y causas de la Biblia?

Yo no creo que los anarquistas deban derrochar sus esfuerzos en ello. Las creencias religiosas, en tanto que se contentan con ser individuales y no intentan imponerse, cristalizándose en un clero que se coloca como amo y une sus fuerzas a las de los posesores, no son un obstáculo a las ideas de emancipación. La propaganda antireligiosa puede quedar al margen de nuestra propaganda principal.

Esa propaganda existe ya, y no podríamos hacerla nunca mejor de lo que lo han hecho los Lubbock, los Darwin, los Frazer, los Diderot, los Lanessan, los Letourneau, los Haeckel, los Lefevre, los Guyau, los Buchner y muchos otros, cuyos nombres no recuerdo, que han dejado trabajos sobre el origen del hombre, que demuestran que la explicación del universo, lejos de necesitar la intervención de una divinidad, la elimina completamente. Es a sus obras a las que debemos recurrir siempre si queremos combatir la impostura religiosa.

ROBINSON — SCEAUX — 1926

¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

Ya algunos pedagogos comienzan a comprender que los niños no deben ser educados como meros aprendices de hombres, que hay algo sagrado en la infancia para vivirlo plenamente en ella. Pero ¡qué lejos estamos todavía del respeto a lo sagrado juvenil! — *Abel Martín.*

Tema sugestivo éste, y sugeridor, como para tratarlo de broma en serio. Porque, al hablar de la emancipación del niño, no parece sino que el niño necesita, para alcanzarla, algo más que la libertad de obrar, la plena libertad de sus acciones, algo más que el acto esencialísimo de

librarlo de las preocupaciones de alto barroquismo sentimental de las personas mayores, ansiosas de hacer de ese barro moldeable, con alma propia, regida ya por sus instintos, el extraño y risible fantoche de su imagen, un fetiche a su semejanza.

Y el niño no necesita sino amplio campo de acción, la libertad necesaria para desenvolverse en un sentido propiamente individual, induciéndole, sin violencias externas (a las que tan propensa se halla la colectividad pseudoanarquista, por el afán descomedido de convertir a cada niño en un futuro revolucionario), por una serie de ejercicios personales, naturalmente sencillos, capaces de atraer su atención hacia la apreciación de sí mismo. Que adquiere por inducción directa su propio valor y su propia responsabilidad, orientándole por las prácticas que están más acordes con su temperamento y su curiosidad, más en armonía con su sér, hacia el sentido de la belleza, que tanta influencia ejerce en su impresionable espíritu. De ahí procederá en él la noción primordial de su responsabilidad, precepto inicial de su emancipación.

Cuando se habla de orientar al niño, inmediatamente se ponen en juego todos los modernos sistemas pedagógicos, se barajan proposiciones ilustres, perinchidas de suficiencia y hasta se trazan cifras a la casa de la X que responda, con la misma gravedad que los oráculos, tan desprestigiados en nuestra época, la palabra ritual y mágica que lleve la luz que buscamos a nuestros pobres cerebros. Así vamos dando vueltas a la noria, para extraer de su entraña estéril la gota de agua con que remediar nuestra sed de guías de una infancia extraviada, de puro no quererla soltar de la mano.

Se confía demasiado en los mayores, como se desconfía demasiado de los "pequeños", para hallar la manera feliz de orientar a los niños, de modo que por sí solos dirijan sus pasos por caminos de perfección.

Se ejerce sobre los niños la misma tutela que el combatido Estado ejerce sobre los hombres. Ese infatuado cuan nefando padre común se conduce con los hombres como si fuesen menores de carácter díscolo, reacios a la educación que por fuerza se les quiere imponer. En un plano más recogido sucede otro tanto con el hombre y el niño. Este es tratado por aquél con la misma consideración y suficiencia, con el mismo despotismo muchas veces; quisiéramos encauzar su porvenir, por lo mucho que nos afecta y por lo más que de él esperamos. Y por poco que se piense en esto, reconoceremos la inconsecuencia y lo funesto del ejemplo. Además, es muy turbia aún la conducta de las personas mayores, demasiado turbia y demasiado complicada con extravíos lamentables, para que los niños videntes, sutilmente intuitivos en su inconsciencia, aprendan sin fatiga a conducirse con la debida humana equidad entre los suyos... En ese principio de equidad, en esa comportación con los demás, se encaja el plafón primordial de su emancipación.

Para orientar a los niños en el sentido elevado y practicable de su emancipación, precisa que nos corrijamos antes de nuestra rigidez antipática de guías. Su existencia deviene un entretenido juego. Y nuestra gravedad de sesudos guías está llena de incisivas aristas para sus almas, páginas en blanco, que deben llenarse por sí mismas, de sus propios destinos. Para ellos nuestra vida resulta cuasi siempre un juego demasiado pesado y aburrido, que no intentarán imitar, y que si imitan se cansarán pronto, para escoger otros, menos útiles tal vez, pero que llenarán mejor sus infantiles entusiasmos.

Otro gravamen que sería bueno desplazar. Se da a la pedagogía una importancia omnímoda. Se confía demasiado en su eficacia, cuando su eficacia es deficiente. La letra escrita no lo es todo. Tampoco lo es todo ese rosario de jaculatorias morales que suele predicarse en todo momento a los niños, para que aprendan a conducirse seriosamente, como si su emancipación consistiese en el grado de seriedad que se hayan asimilado, entenebreciendo los destinos de sus almas claras.

Hay que orear y aventar inclusive la pedagogía (y conste que no aludo a ese sistema pedagógico de la familia revolucionaria, que aspira a hacer de cada hijo un futuro héroe de barricada, por parecerme tan absurdo querer fabricar Robespierres para la revolución, como generales y buenos soldados para la patria) si queremos que los resultados no sean fatalmente opuestos a los fines que noblemente se persiguen (1).

Es un enorme equívoco pretender inculcar al niño el sentido de su emancipación a base de una educación unilateral, mutilándolo, que no otra cosa es ese manipular diario en su cerebro, con razonamientos abstractos indigeribles y demás bagajes de buenas, pero estériles, intenciones impresas, a los que se confía la batuta de la educación.

Urge un inciso, una sutil desviación de esa pretendida línea recta que marca la educación, en bien del equilibrio — soma y espíritu en la base; en su vértice la belleza de todo cuerpo sano, de todo sentimiento noble — de la educación que impresiona únicamente una parte del niño, con grave perjuicio de su organismo, puesto que su cerebro, blando aún para todo cuanto implique reiterado discernimiento de la razón pura, demanda fuerzas a su economía, tan necesaria para su desarrollo, con objeto de suplir las gastadas en digerir, y menos mal si digiriese, las nociones y homilías que se encaran con su "yo" en formación.

Es un vicio reprensible ese de herir la mente del niño con el piadoso fin de despertarlo. La mente del niño se despierta sola, por un proceso volitivo. Y todo cuanto se haga por acelerar ese proceso entorpecerá su marcha, el despliegue natural de su eficiencia. No se piensa que, con semejantes procedimientos de ingerir e infundirle el conocimiento y la razón (o la sinrazón) de los hombres por medios neumáticos, el niño logra en memoria, y en horror, lo que pierde en eficiencia. Y para eso se causan terribles extorsiones en la individualidad del educando, que podrá llegar a alcanzar una "inteligencia" de proporciones nada comunes, pero al que le faltará la voluntad motriz para servirse con ventaja de esa facultad intelectiva, adquirida con desdoro y merma de otras virtudes inherentes, más fecundas, más "sabias", más beneficiosas y benévolas para el individuo, y que a la vez, por refracción, puedan ser de no menguada utilidad para sus semejantes.

Es preciso, pues, un inciso medular en el sistema educacional. No dar singular primacía a esa discutible recta que, maniobrando de fuera hacia dentro, dirígese en el espíritu del niño en un trazo tan desproporcionado como decisivo. Esta influenciación, además de representar una coacción inadmisible, resulta contraproducente.

El sistema más científicamente racional para despertar en el niño sus potenciales, su fuerza, su voluntad, su conciencia, en el sentido de su respetable individualidad, es el de inducir en él, con natural exactitud la inteligencia del cuerpo, poniendo en armonía sus entidades morales y físicas, desarrolladas a un mismo diapasón, al unísono. Por medio de una educación de expansión natural, llevar a la observación de las sensaciones físicas las exigencias y sutilezas del examen de conciencia, que Prevost acertadísimamente indica para llegar o acercarse al máximo perfeccionamiento.

Tal educación no será más que un deporte simultáneo, que ponga en juego, no solamente su cerebro, como se hace hoy, sino todo su sér.

La gimnasia y la danza rítmica pueden considerarse como el mejor de los métodos para este fin.

Trátase, por lo que puede colegirse del enunciado IV de la encuesta, de orientar al niño, de modo que lo antes posible él mismo labre su emancipación.

Tal vez la palabra orientar esté, desde un principio mal empleada. Pues si queremos *que sea el niño mismo* el que busque o se coloque en ese trance, en vez de *orientarlo* será más justo hallar la manera de despertar en él la facultad de orientarse, o, mejor todavía, la facultad de conocerse. Es más humano. Y más libertario.

Del conocimiento de uno mismo derivan las determinaciones más convenientes para disponer de los propios destinos. El optimismo y la seguridad de los actos parten de ahí: de esa confianza en nosotros, que nos hace fuertes... y libres. Sin ese valor personal no hay libertad.

El sentimiento, ese movimiento interior que va derecho a la conciencia y que a veces hasta la substituye, y funda los temperamentos, obtiene ahí su ascenso y juega un papel muy importante, que no nos pararemos en considerar, por no extendernos demasiado.

Aquí lo que interesa saber es que el sentimiento no se aprende en ningún libro. Como la sensibilidad — que es lo que distingue y diferencia los caracteres — dimana del propio Sér. Puede decirse que reside en el individuo en estado latente permanente, pero al que se le dsconoce hasta que un acto cualquiera lo emociona... No se enseña ni se aprende: se *autoadquiere*; es como el resultado del mayor número de vibraciones de nuestra sensibilidad, mejorada según el grado de las *emociones bellas* (gratas) que reciba.

La educación física, rítmica, armónicamente combinada, cumple esa misión. Ella *nos orientará* en nuestros propósitos con el niño.

No la educación física que hoy se practica desviadamente, con tanta fiebre como desatino, dando origen a todos esos deportes negativos que invierten a la juventud, bifurcando hacia un barbarismo ancestral. Su único interés es la competencia brutal, que tan antipática hace las olimpiadas, que debieran ser fiestas de aproximación cordial entre los pueblos o participantes, y un como estímulo de perfeccionamiento, de belleza y regeneración de la raza, que las religiones y la esclavitud degradaron. Esta clase de educación física, deporte de espectáculo — verdadera diarrea del atletismo — no puede favorecer... más que a las empresas que hacen su negocio en la taquilla.

Las danzas rítmicas: he ahí la educación física ideal, aunque le viene estrecha la signatura que le damos. Por sus funciones derivadas y por los efectos simultáneos que produce, le está mejor: responde más a su esencia, le pertenece la asignación de educación psicofísica. Pues desarrolla armónicamente y conjuntamente el organismo, dotándolo de esa fuerza serena y de ese equilibrio que lleva a la inteligencia del cuerpo: cada movimiento gesta una parte de belleza, que se realiza con una amplitud dichosa en cada figura que el cuerpo plasma, e imprime al espíritu una suave y delicada emoción... que se transmite. De la repetición de estas emociones, distintas a medida que el sujeto adquiere mayor desenvoltura y una noción más precisa de su conocimiento y dominio de sí mismo, por la confianza y seguridad que obtiene a tenor de su perfeccionamiento, proviene el desarrollo idiosincrásico, teniendo por cuna su temperamento, que el sentido armónico de la belleza lleva, como si dijéramos, de la mano.

Una educación así, a mi entender, es la mejor *orientación*, la mejor preparación que podemos dar al niño. Antes de esto, con esto y después de esto, libertad, mucha libertad, toda la libertad que se tome: que ese algo sagrado de la infancia lo viva, lo goce plenamente en ella. Nos lo agradecerá, nos lo estimará, porque es todo y lo mejor que podemos darle, o más bien, que no tenemos derecho a quitarle.

Eso es. Interesar su organismo a la vez que su corazón y su cerebro. Que la bondad y la belleza lleguen hasta él directamente, no en una serie de comprimidos que queden como incrustados en su memoria y que para nada tenga en cuenta, cuando más tarde viva por él y no por reflejo de los otros. Nada de meditación extática, en la que sólo entra en funciones el cerebro y que a lo sumo puede ocasionar, por inercia, un misticismo enfermizo y gris, como excrecencia de un organismo de energía deficiente, donde la sangre, la savia de vida no circula normalmente. Sí, meditación dinámica, como floración de la disciplina artística del ritmo, que afecta en proporción adecuada a todo el organismo, como si todo el organismo se volviese masa pensante.

"El placer y el dolor — nos dice nuestro sabio maestro Han Ryner, glosando la filosofía de Aristipo — son movimientos orgánicos perceptibles a la conciencia. Si el movimiento es dulce, hay placer; si es violento y rudo, hay dolor."

Teniendo en cuenta que el niño, instintivamente, huye del dolor, en busca del placer, y no teniendo derecho a contrariar esa sabia inclinación de su naturaleza instintiva, se comprenderá más fácilmente, que provocando por una especie de juego, al que el niño no puede substraerse, porque queda desde un principio cautivado por su atracción de belleza simplificada y sugeridora, sus movimientos orgánicos, que a la razón le proporcionará la gimnasia rítmica de las danzas, basadas en la ley del equilibrio que diera al pueblo griego su apogeo de perfección, ejercerán en su conciencia, por inducción y análisis, un sentido estético, el sentido estético y dinámico de la vida propiamente dicha.

Las danzas rítmicas, educadoras del cuerpo y del espíritu, tienen esa misión. Vigor, elasticidad, salud y belleza. Dirigirse a la conciencia por una serie de movimientos orgánicos (2) que tienen su percusión espiritual, dotándolo de una intuición que le pondría en aptitud ventajosa para percibir con claridad y temperamento artístico toda modulación de belleza, así objetiva como subjetiva, y placer, cuyo sello imprimirá en los actos de su vida, como una elevada distinción que lo colocará por encima del medio social que piense superar, superándose.

Está evidenciado que el hombre sano y fuerte es un hombre optimista y apto. No se emancipan los seres débiles, pobres de espíritu y de sangre, aplastados por ese como fatalismo que pesa sobre ellos, que les descrisma la voluntad, el resto de voluntad que tuvieren, que los enferma y los hace tristes, horriblemente tristes y tardos para reaccionar contra la injusticia de sus miserables existencias que no hallan paliativo posible a su dolor de vivir, ni comprenden que exista una solución feliz para su esclavitud embrutecedora; sino los fuertes, los equilibrados, los mejor dispuestos para la lucha por la vida. De ellos es el mañana.

Seres completos y no jirones de seres inservibles, con acopio de conocimientos.

No basta con disponerlos moralmente, como se hace aún en las escuelas, ni con poner ante sus ojos tiernamente asombrados, con el estupor trágico de los niños ante las revelaciones humanas, los dolores humanos y las injusticias sociales más lacerantes que pesan sobre los pueblos sometidos.

Es necesario también, al par que el cerebro, muscular, vigorizar su brazo, presto a enmendar, sin desmayo, los grandes errores humanos, para que confíe más en él mismo y piense, ande y obre sin la ayuda de los otros. Que no espere a los rezagados, para emanciparse. Que su emancipación sea un estímulo para los demás. Que no necesite del conjunto, para emprender su labor, para practicar su ideal, para lanzarse a la conquista de sus aspiraciones y hacer verdad sus sueños, para lidiar por la libertad de todos, empezando por la suya.

La Humanidad empieza en uno mismo.

SOÑADOR BOHEMIO

BARCELONA. — 1926.

---

(1) Pudiera ilustrar con innumerables ejemplos, sobre estos resultados, el curso de este trabajo. ¡Pero para qué! ¿Quién no conoce algún caso de esos hijos anarquistas que han fustrado las aspiraciones de sus padres? Ese empeño contumaz de querer hacer de nuestros (?) vástagos lo que nosotros queremos que sean idealmente, que piensen como nosotros y se conduzcan como nosotros, resulta cándido y equívoco. Rememore cada uno los casos que conoce y completará el cuadro. No importa que se trate de familias o padres no anarquistas: las causas y los resultados son idénticos.

(2) "La exactitud del movimiento es más importante que la del análisis, y necesaria al mismo análisis, que, sin eso, no es sino la etiqueta, el epitafio de las cosas." — *Prevost*.

Cuandose se comprenda esto se habrá resuelto el problema. — *S. B.*

AÑO V

BUENOS AIRES, 27 DE SEPTIEMBRE DE 1926

LA PROTESTA

N.o 242

PRECIO: 10 CTS.

SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden —

Redacción y Administración : PERU 1537

CUESTIONES AGRARIAS

En nuestro diario se debaten desde hace varios meses, con más o menos apasionamiento, cuestiones relativas a la organización agraria, a la difusión de nuestras ideas en el campo, a los medios para interesar a la población agraria en la transformación social que nosotros propiciamos.

Unánimemente se reconoce que el habernos "recluido" con nuestra propaganda y nuestras organizaciones en los límites del proletariado industrial, ha sido un perjuicio para el fomento de los ideales revolucionarios. Casi todos los opinantes están de acuerdo en que la revolución en las ciudades es impotente para crear la nueva sociedad sin la cooperación "activa" de los trabajadores de la tierra, y que las instituciones económicas y sociales del porvenir han de forjarse más en el campo que en el seno de las grandes ciudades.

El período subversivo que siguió a la guerra ha sido pródigo en enseñanzas y sólo con gran esfuerzo nos imponemos la fe en la eficiencia salvadora de nuestra propaganda urbana. Se nos ocurre que si un día contamos en los medios industriales con fuerza y audacia suficientes para ocupar las fábricas, nos veríamos poco después en la necesidad de devolverlas a los patrones, porque no sabríamos que hacer con ellas, ya que la base de toda economía, y en particular en los países como éste, está fuera de la ciudad, y fuera de la ciudad no tenemos ninguna perspectiva de apoyo inmediato. Si aspirásemos al poder político, entonces sí, una dominación de la ciudad sería suficiente; pero nosotros no aspiramos a una transformación social por decretos, y en consecuencia la nueva vida tendrá su más sólido fundamento en la modalidad económica por nosotros prestigiada y que consiste, no en la centralización, sino en la descentralización, es decir, no en las ciudades, sino en el campo, en las comunas libres y solidarias.

Abrigamos la esperanza que las discusiones entabladas en el diario han de llevar a alguna solución, a algún esclarecimiento útil para la mejor apreciación de las situaciones actuales y de las perspectivas para el mañana. Por lo menos atraerán la atención de los militantes sobre este importante problema de la propaganda en el campo.

También en Italia está a la orden del día la misma discusión en nuestros periódicos. A propósito de un informe sobre la cuestión agraria y los anarquistas, debido al encargado de la correspondencia de la Unión Anárquica Italiana, un camarada que firma con el pseudónimo Giantino, publica en el último número de "Fede", de Roma, un interesante artículo sobre la "Pequeña propiedad agrícola y las grandes haciendas colectivas". En ese artículo recuerda algunas ideas de James Guillaume, expuestas en 1876 en el opúsculo escrito a pedido de Caffiero para Italia: "Ideas sobre la organización social". Guillaume sostenía la conservación de la "pequeña propiedad" en aquellas regiones de pequeños propietarios, donde el trabajo agrícola se realiza sin explotar el trabajo ajeno a los miembros de la familia. Después, claro está, la experiencia les llevaría a buscar medios de asociación y de trabajo colectivo que les harían evolucionar hacia formas económicas mejores. Aun convencido de la superioridad del cultivo colectico, Guillaume comprendió que la pequeña propiedad, donde existe, no será abandonada voluntariamente más que después de un período de experiencias revolucionarias. Creemos que la gran mayoría de los militantes anarquistas ha de ser de esta opinión. Con ese reconocimiento se suprime una de las grandes barreras que nos ha separado de la población agraria.

Es útil también, para el aporte de elementos de juicio, le transcripción de esta resolución aprobada en marzo de 1921 por el consejo general de la Unión Sindical Italiana. Dice así:

"La Unión Sindical Italiana, frente al problema agrario;

"reafirmando el principio fundamental de la expropiación capitalista y de la puesta en común de la tierra, confiando su administración a los sindicatos de los trabajadores agrícolas;

"considera conforme a criterios de oportunidad y de utilidad, el dejar fuera de decisión el asunto de la posesión de la tierra, temporal o durante toda la vida, por los pequeños propietarios, patrones y obreros a un tiempo, que no ejercen ninguna forma de explotación sobre el trabajo ajeno;

"pero considera necesario que se combine con la posesión familiar de las tierras una forma de organización sindical o cooperativa de los campesinos, a fin de hacer posible la introducción de máquinas agrícolas y de todos los otros medios técnicos, e intercambiar los productos, con el propósito de inclinar la categoría de los pequeños agricultores hacia formas sociales de trabajo y de administración de las haciendas que les aseguren a ellos la elevación moral y económica y al mismo tiempo una mayor utilidad a la colectividad humana".

Transcribimos esa resolución, como hemos dicho, a título de información. Queremos proporcionar a nuestros camaradas todos los elementos posibles de juicio a fin de permitirles formarse una opinión propia.

Hasta aquí lo más importante consiste en sostener la discusión y estimular la preocupación de los anarquistas en torno a la necesidad de tener un punto de apoyo entre los campesinos. De lo contrario, la obra que realizamos en las ciudades nos llevará "demasiado" lentamente a la revolución social a que aspiramos.

LA PROTESTA, Suplemento semanal.

Precio del ejemplar, 10 centavos. — Diario y Suplemento, suscripción mensual, $ 2.50.

Valores y giros a nombre de M. Torrente. Perú 1537, Buenos Aires.

Sumario de este número

La muerte del "Angelito"



Le sacaron dinero prometiéndole una fiesta y ahora tendrá que pagar el entierro

FELICE VEZZANI

Reminiscencias históricas

El congreso de Génova de 1892

De las dispersas filas de la Primera Internacional quedaron en Italia, como en otras partes, adeptos que trataron de mantener viva la llama que animó aquella asociación y alimentaban la esperanza de reconstruir una organización capaz de impulsar al proletariado a la conquista del derecho a la vida y a la libertad.

Creyeron ser intérpretes de ese sentimiento los socialistas que convocaron un congreso en Milán en el verano de 1891, congreso que, según el plan de los promotores, debía ser el prólogo del que se celebraría en Génova el año siguiente, y del cual debía salir la constitución del Partido socialista italiano.

Como se sabe, se habían formado en el seno de la Internacional dos corrientes, que estaban en contraste sobre los métodos y sobre los fines de aquella asociación, contraste que subsistía entre los adeptos: autoritarios y antiautoritarios, respondiendo los primeros a Carlos Marx y los segundos a Miguel Bakunin.

Dado ese contraste los organizadores del congreso de Milán trataron de pilotearlo, no atreviéndose aún a afrontar un debate cuyos resutados podían perjudicar sus fines. Por consiguiente, el programa-estatuto aprobado en aquel congreso no imponía a los adeptos la participación en las luchas electorales, ni fijaba el principio de la conquista de los poderes públicos.

Cada asociación y grupo adherentes eran libres de adoptar los medios de lucha que correspondían a sus tendencias: a consentir esa concepción contribuyó Pietro Gori, que luchó con fervor contra la tendencia social-reformista. Cómo logró triunfar después esta tendencia al año siguiente en Génova, eso es lo que me propongo exponer.

Poco antes de que se celebrase el congreso de Génova fijado para el 14 de agosto de 1892, el comité de organización con sede en Milán difundió una circular que ponía por condición para la participación en el congreso la adhesión a las luchas electorales para la conquista de los poderes públicos.

Con una desenvoltura de prestidigitador, el comité anulaba las deliberaciones del congreso de Milán; pero este subterfugio no desalentó a los adversarios de tal método de lucha; al contrario, les incitó a prepararse mejor para afrontar el debate que se anunciaba. Los organizadores del congreso se dieron cuenta del error cometido y queriendo evitar el choque entre dos concepciones, cuyo resultado tenían razón para temer, encontraron otros expedientes.

Fué con este propósito que en la noche del 13 de agosto todos los personajes del socialismo reformista se reunieron en una sala de un barrio apartado para concertarse. El azar quiso que yo, hallándome con otros socialistas, fuese admitido a aquel concilio privado.

Representaba la Societá Operaria de Bolonia y la Sociedad de panaderos: como yo, había también dos representantes de la Sociedad de albañiles de Bolonia.

Cuando entré en la sala de la reunión hecha como un siete, entre los convenidos había comenzado ya la discusión, o por decir mejor la serie de diatribas contra los anarquistas a quienes había que impedir que entrasen a ningún precio en el recinto del congreso. Entre los más encarnizados se distinguía un toscano, Danielli, que proponía apalear a los anarquistas y acuchillarlos si se resistían o, si se daba el caso, llamar también a los carabineros.

Al oir aquellos propósitos y al constatar que ninguno de los presentes protestaba, yo que era entonces un pobre e ingenuo socialista, experimenté una fuerte opresión en el corazón y la vergüenza de pertenecer a aquella compañía.

Había pedido la palabra varias veces; pero no se me había concedido, tal vez porque se leía en mi rostro el desdén que experimentaba. Finalmente se me consintió hablar y entonces estallé en una convulsiva y violenta protesta. Ataqué al comité por la violación de las resoluciones de Milán y me descargué contra los oradores que había escuchado, a quienes llamé zaristas.

Mis palabras suscitaron un coro de protestas, de comezones, de insultos, y fué Croce el que las resumió en un discursito condimentado por la ironía y el desprecio. Le siguió Ana Kuliscioff, que me dió una buena lección de táctica socialista-reformista y terminó diciéndose persuadida de que la noche me traería consejo, cambiando mis sentimientos.

Repetí que no era a mí a quien la noche debía traer consejos, sino a ellos, que complotaban y que de cualquier modo yo estaría mañana por la mañana, temprano, en el congreso y tomaría mis disposiciones. Después salí de la sala junto con mis dos compañeros, los albañiles.

Supe después que la reunión había continuado hasta media noche y comprendí, al día siguiente, que los congregados habían cambiado de táctica.

Se inauguró, pues, la mañana del 14 de agosto el congreso en la sala Sívori, donde todos los representantes, provistos de cartas de delegación, pudieron entrar. La primera sesión transcurrió entre la verificación de las credenciales y el nombramiento del presidente, para lo cual no faltaron pequeñas contiendas. Resultaron nombrados Costa, Maffi, Bosco, Chiasa y Pellaco.

Fué por la tarde cuando se inició la discusión. Pero Pellaco, haciendo notar que no pocas organizaciones representadas habían recibido el estatuto propuesto en retardo y que no habían tenido tiempo para examinarlo, propuso postergar para el día siguiente la discusión, a fin de que todos pudieran tomar parte en el congreso con conocimiento de causa. Puesta a votación la propuesta se aprobó por división.

Pero las dos partes se presentaban tan equilibradas en número que Cabrini se aprovechó de ello para reconsiderar el resultado y pidió la votación nominal.

El huracán, hasta entonces latente, estalló formidable: gritos, protestas, invectivas de ambas partes.

Fué Maffi el que calmó los espíritus y propuso borrar de los estatutos la parte que se refería a las luchas políticas y administrativas, lo cual se discutiría en las sesiones siguientes, y que se comenzase de inmediato la discusión de otros puntos.

Galleani se opuso porque quería que la discusión procediese con orden y con sinceridad. Turati pronunció un discurso que se notaba preparado de antemano, y habiendo lanzado fuera de lugar una acusación a Galleani, Gori con un *¡no!* seco le cortó la peroración.

Siguió Prampolini, que pronunció un discurso patético sobre la necesidad de separarse los socialistas autoritarios de los antiautoritarios y marchar cada fracción por la propia vía, salvo encontrarse un buen día unidos para la lucha suprema.

Pero los conjuros de Prampolini no tuvieron fortuna. El propósito de los anarquistas era poner frente a frente las dos doctrinas.

Después de un segundo y más violento tumulto la sesión fué suspendida y el congreso fué postergado hasta el día siguiente.

Y henos aquí la mañana del 15 de agosto en la sala Sívori. Pero faltaban los socialistas reformistas. ¿Qué hacer? Se resolvió continuar el congreso en la sala Sívori, tanto más cuanto que allí había sido convocado.

Habiéndose sabido que los demás se habían refugiado en el local de la sociedad de los carabineros genoveses, en la calle de la Paz, fueron enviados los compañeros Barabino y Giovanni Blianchi para pedir la entrega de la carpeta que contenía las adhesiones, la contabilidad y también el dinero de las cuotas pagadas, que los fugitivos se habían llevado sin preocuparse siquiera de pagar el alquiler de la sala Sívori, aunque no fuese más que por el primer día.

Pero los dos delegados que fueron al local de la calle de la Paz, en lugar de ser recibidos por los socialistas lo fueron por los carabineros reales.

Costa y Carlo Monticelli, que habían ido el 15 a la sala Sívori, tuvieron palabras severas para sus correligionarios y estuvieron de acuerdo con nosotros al afirmar que el congreso, convocado en la sala mencionada, hacía bien en continuar allí. Peor, dijeron, para los que han desertado del campo.

Por consiguiente el congreso continuó abordando la discusión sobre la orientación de la organización que se deseaba fundar y que tomó el nombre de "partido de los trabajadores", que después no se le dió.

Fueron sus padrinos Gori y Casati, los cuales, cediendo a la invitación de los congresales — menos Galleani y los pocos que le seguían — aun teniendo concepciones diversas, se convinieron en un programa común por amor a la causa y esperando substraer el proletariado italiano a la influencia reformista, atrayéndole a una organización que descartaba la táctica electoral y todo el bagaje que en ella se contenía.

Por su parte los socialistas marxistas proclamaron, desde la sede de los "carabineros genoveses", la constitución del partido socialista italiano, que más tarde no supo y no pudo hacer frente a los acontecimientos.

Era natural que acabase como acabó, dada la mentalidad de los jefes que lo fundaron, mentalidad que se demostró tan baja en la reunión preparatoria a que he aludido y que, según mi opinión, constituye el punto de partida del partido socialista italiano.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUIA?

I

Las palabras "comunismo anárquico" son equivalentes a "igualdad y ausencia de autoridad". La palabra "comunismo" significa un orden social en el que no existirá la propiedad privada, y los bienes materiales serán disfrutados por todos.

Las palabras "anarquista comunista" son traducibles por las de "miembro de comuna libre". La anarquía de ningún modo significa el desorden y mucho menos el abuso y la violencia de un hombre sobre otro hombre, a pesar de que la palabra "anarquía" se emplea con frecuencia para significar el "desorden". Este grosero error se comete unas veces inconscientemente y otras con intención; los hombres están tan acostumbrados a vivir bajo la férula del gobierno, que creen sinceramente que en una sociedad que no tenga gobierno el desorden y el caos serán inevitables. Aun no hace mucho, los hombres, acostumbrados a vivir bajo la autoridad de un rey o de un emperador, cuando querían significar el "desorden" decían: "República".

Algunos escritores burgueses y socialistas, con el propósito deliberado de perjudicar al anarquismo, designan con el nombre de anarquía los desórdenes de la fenecida sociedad feudal y de la sociedad capitalista actual, basadas ambas en la autoridad. Al expresarse así, caen en una burda mentira: antes puede ser llamado tropical el clima de la Siberia Occidental, que adaptarse el nombre de anarquía al desorden de éstas sociedades.

Pero no todos los escritores burgueses y socialistas son tan inescrupulosos. El "apóstol del socialismo", César de Paepe, escribía: "a la anarquía hemos de llegar, arrastrados por la fuerza del principio democrático, por la lógica y el fatalismo de la historia". "Anarquía, sueño de todos los enamorados de la libertad real, ideal de todos los revolucionarios sinceros Durante mucho tiempo los hombres te calumniaban y te escarnecían indignamente. En su ceguera te confundían con el desórden y el caos, siendo, por el contrario, el gobierno—tu enemigo irreconciliable — el resultado del desórden social, del caos económico. Tu eres el orden y la armonía, el equilibrio y la justicia. Los profetas te habían entrevisto ya bajo el manto que oculta al porvenir; te llamaban ideal de la democracia, esperanza de la libertad, objeto supremo de la revolución, soberana de los tiempos futuros, tierra prometida de la humanidad regenerada. Y cuantos pensadores de nuestro siglo presintieron tu advenimiento y bajaron a la tumba augurándote, como habían augurado al Redentor los patriarcas moribundos: "¡Qué venga tu reino!".

Así hablaba el "apóstol del socialismo".

II

A la burguesía no le conviene una sociedad sin gobierno y donde todos sean iguales, porque ella no tendría cabida en una sociedad semejante. No les conviene a los intelectuales ricos, aunque ellos sean socialistas, desde que en una sociedad como ésta se verían privados de sus grandes ganancias y de la posibilidad de gobernar.

Las teorías que no convienen a los ricos y a los gobernantes han sido y son siempre calumniadas. Fueron calumniados los primeros cristianos, hombres mucho más morales que los paganos, en general, y que las altas clases de la sociedad pagana, en particular. Los calumniaban, llamándolos enemigos de la sociedad, partidarios del desórden, incendiarios, libertinos, hombres que beben la sangre humana y rinden culto a una cabeza de asno.

El filósofo Celsius (en el siglo II después de J. C.) hablando de los cristianos decía: "apareció una nueva secta de hombres; data desde no hace mucho. No tienen éstos ni patria ni tradiciones antiguas; declararon la guerra a todas las instituciones civiles y religiosas. Son perseguidos por las leyes, los designan con nombres denigrantes, pero ellos se enorgullecen del desprecio general".

Antes eran calumniados los cristianos, ahora lo son los anarquistas.

Sin embargo, basta quitarle de los ojos la venda que a la sociedad actual le puso la burguesía y los partidos políticos ávidos del poder, para que el sol de la verdad brille en todo su esplendor, y los hombres enceguecidos por la calumnia recobren la vista y comprendan que el desórden y la violencia reinan precisamente en los Estados modernos y que el desórden y la violencia serán inevitables en los Estados socialistas.

III

Se equivocan grandemente los que tildan a los anarquistas de facinerosos y asesinos. No es verdad que el anarquismo sea una teoría que aconseje a unos hombres asaltar a otros y quitarles el dinero; hacer expropiaciones como se dice vulgarmente.

Hubo ciertamente casos, en que los anarquistas hacían expropiaciones, quitaban el dinero, esperando poder mantener con este dinero el movimiento revolucionario. Pero los anarquistas no eran los únicos que hacían "expropiaciones", también las hacían los socialistas y también las hacían personas que nada tenían que ver con socialistas ni con anarquistas. También ha sucedido más de una vez que simples bandidos se daban el nombre de "anarquistas" y mandaban cartas en las que bajo amenaza de muerte, exigían dinero.

Los anarquistas no tienen comisiones que reciban a los que quieren ingresar en las filas anarquistas, de ahí que el que quiere se hace llamar anarquista. Pero, porque a un degenerado le dé por llamarse anarquista no se convertirá el anarquismo en una teoría tonta ó inmoral. En los tiempos del cristianismo primitivo — que entonces era puro — engrosaban sus filas toda clase de hombres, y ahora mismo son muchos los necios y los criminales que se denominan cristianos.

Los luchadores por la humanidad desheredada notaron hace tiempo, que los hombres sin escrúpulos se plegan a los

revolucionarios cuando estos van ven-ciendo. Bakunin, indicando este hecho, hacia notar que los deshonestos olfa-tean donde pueden medrar y donde pue-den sacar ventajas; se inmiscuyen en la obra revolucionaria, siempre que puedan explotarla para fines propios. Y a conti nuación agregaba: que hay que adoptar medidas para que los inescrupulosos no comprometan en la opinión pública la idea y la obra revolucionaria.

IV

La anarquía es una sociedad, en la que no hay gobernantes, no hay poder coer-citivo, no hay hombres que impongan su voluntad a otros hombres, no existen las torturas a los que los gobernantes some-ten a sus súbditos por no acatar éstos las órdenes de aquéllos.

Gracias a la ausencia del poder coerci-tivo es la anarquía el orden más comple-to, la paz total, la justicia, la unión, la amistad, la ayuda mutua, la compasión, hasta el auto-sacrificio en sus manifesta ciones más sublimes.

La anarquía rechaza y tiene por per-niciosa y humillante la autoridad impo-sitiva del Estado con sus torturas, sus cárceles horribles, con sus penas de muerte y otros escarnios y maldades que peores no las inventaría un concilio de diablos.

Rechazando la autoridad coercitiva nie-ga la anarquía el "derecho" que se to-maron los Estados de oprimir pueblos ex-traños a la nación de que es originario el Estado opresor. La anarquía niega la au-toridad coercitiva en la familia, el "dere-cho" del marido a tratar a la mujer co-mo esclava o sierva haciéndole la vida insoportable. La anarquía niega la auto-ridad de los padres que consideren a los hijos como propiedad suya, que los co-rrompen y los martirizan. La anarquía niega el poder abusivo de los patrones — capitalistas y terratenientes — que les permite someter a sus caprichos por la amenaza del hambre y por el hambre misma a hombres que necesitan del tra bajo.

MIGUEL BAKUNIN

Programa de la Sociedad de la revolución internacional

Fragmento inèdito de Miguel Bakunin

(Continuación)

VIII. — *El hombre natural no llega a ser hombre libre, no se humaniza y no se moraliza, no reconoce, en una palabra, y no realiza en sí mismo y para sí mis-mo su propio carácter humano y su de-recho más que a medida que reconoce ese mismo carácter y ese derecho en to-dos sus semejantes.* En el interés de su libertad personal, el hombre debe, pues, querer la libertad, la moralidad y la hu-manidad de todos.

IX. — *Respetar la libertad de otro es, pues, el deber supremo de todo hombre. Amarla y servirla, he ahí la única vir-tud. Es la base de toda moral; no existe otra.*

X. — Siendo la libertad el producto y la más alta expresión de la solidaridad— es decir, de la mutualidad — no es com-pletamente realizable más que en la igualdad. La igualdad política no puede fundarse más que sobre la igualdad eco-nómica y social. La realización de la li-bertad por esa igualdad, he ahí la jus-ticia.

XI. — Siendo el trabajo el único pro-ductor de todos los valores, utilidades o riquezas sociales, el hombre que es por excelencia un sér social, no podría vivir sin el trabajo.

XII. — Unicamente el trabajo asocia-do puede bastar a la existencia de una sociedad numerosa y un poco civilizada. Todo lo que se llama civilización no ha podido ser creado más que por el trabajo asociado. Todo el secreto de la producti-vidad infinita del humano trabajo con-siste primero en la aplicación de la in-teligencia más o menos científica, des-arrollada, y que es también ella el pro-ducto de un trabajo ulterior y contem-poráneamente asociado, y luego en la di-visión del trabajo, pero al mismo tiempo en una cierta combinación o asociación del trabajo así dividido.

XIII. — Todas las injusticias histór-cas, todas las guerras, todos los privi-legios políticos y sociales tienen por base y por objeto principal el sometimien-to y la explotación de un trabajo asociado cualquiera, en provecho de los mas fuertes: naciones conquistadoras, clases e individuos. Tal ha sido la causa histórica verdadera de la esclavitud, de la servidumbre, del salariado, y para re-sumirlo todo en una palabra del llamado *derecho de la propiedad individual y he-reditaria.*

XIV. — Desde el momento que el de-recho de la propiedad fué aceptado y fundado, la sociedad ha debido repartir-se en dos partes: la minoría, propietaria y privilegiada, explotadora del trabajo asociado y forzado de las masas, por una parte, y por la otra los millones de pro-letarios, sometidos con el nombre de es-clavos o de siervos, o de asalariados. Unos encontraron por el ocio, fundado en la satisfacción de las necesidades y en el confort material, asegurados todos los beneficios de la civilización, de la educación y de la instrucción. Los otros —es decir: las masas, los millones — se encontraron condenados a un trabajo forzado, sin descanso, a la ignorancia y a una miseria sin salida.

XVI. — La civilización del pequeño nú-mero se encuentra fundada así en la bar-barie forzada del gran número. Los privi-legios de todo color político y social, todos los representantes de la propiedad son, pues, por la fuerza misma de su posición, enemigos naturales, explotadores y opre-sores de las grandes masas populares.

XVI. — El ocio — ese precioso privi-legio de las clases dominantes — siendo necesario al desarrollo de la inteligencia y siendo igualmente indispensable al de los caracteres una cierta comodidad, así como una cierta libertad de movimiento y de acción.

Es perfectamente natural que estas cla-ses se hayan mostrado al principio más civilizadas, más inteligentes, más huma-nas y hasta un cierto punto incluso más morales que las masas. Pero como, por otra parte, la inactividad, así como el privilegio, ablandan los cuerpos, desecan los corazones y falsean los espíritus, ha-ciéndoles amar y seguir la mentira y la injusticia, absolutamente compatibles con su interés exclusivo, pero por eso mismo contrarias al interés de todo el mundo, es evidente que las clases privilegiadas han tenido que caer, tarde o temprano, en la corrupción, en la imbecilidad y en la servilidad. Es, en efecto, lo que vemos hoy.

XVII.—Por otra parte, la ausencia de ocio y el trabajo forzado han condenado necesariamente a las masas a la barba-rie. El trabajo mismo no puede desarro-llar su inteligencia, porque dada su ig-norancia forzosamente hereditaria, to-da la parte inteligente del trabajo—las aplicaciones de la ciencia, la combina-ción y la dirección de las fuerzas pro-ductivas estuvieron o se encuentran aun casi exclusivamente reservadas a los individuos de la clase burguesa; sólo la parte muscular, ininteligente, mecánica, vuelta aun más entorpecedora por la di-visión del trabajo, fué abandonada al pueblo, — que se encuentra así abru-mado, en el pleno sentido de la palabra, por su trabajo cotidiano.

Y bien, a pesar de todo eso, gracias a la potencia de la moralización que es inherente al trabajo, gracias aun a ese hecho que al pedir justicia, liber-tad e igualdad para él mismo, el traba jador implícitamente la pide para todo el mundo, porque no existe ser humano que sea más indignamente tratado que él — si exceptuamos quizás a la mujer y al niño; — gracias en fin a que él no ha usado y abusado de la vida y que por consiguiente no está hastiado de ella, y a falta de instrucción tiene al menos la inmensa ventaja que su corazón y su espíritu vírgenes no han sido corrompi-dos ni falseados por intereses egoistas y por la mentira interesada; — que ha conservado intacta toda la energía natu ral de su carácter — mientras que todas las clases privilegiadas se postran, se debilitan y se pudren, sólo el obrero cree en la vida, — sólo él representa, ama y quiere hoy la verdad, la libertad, la igualdad, la justicia; — a él sólo le pertenece el porvenir.

NUESTRO PROGRAMA SOCIA-LISTA.—

XVIII.—Exige y debe exigir: 1.o la igualación política, económica y social de todas las clases y de todos los indivi-duos humanos en la tierra.

2.o La abolición de la propiedad here-ditaria.

3.o La apropiación de la tierra, por las asociaciones agrícolas; del capital y de todos los instrumentos del trabajo— por las asociaciones industriales.

4.o La abolición del derecho patriar-cal, del derecho de la familia — es de-cir, del despotismo del marido y del padre, fundados únicamente en el dere-cho de la propiedad hereditaria. Y la igualación de los derechos políticos, eco-nómicos y sociales de la mujer con los del hombre.

5.o El mantenimiento, — la educación y la instrucción tanto científica como industrial, incluso todas las ramas de la enseñanza superior, iguales para todos los niños de ambos sexos, y obligatorias hasta la edad de la mayoría querida, — a expensas de la sociedad.

La escuela debe reemplazar a la igle-sia y hacer inútiles los códigos crimi-nales, los castigos, la prisión, el verdu-go y el gendarme.

Los niños no son propiedad de nadie, ni de sus padres ni siquiera de la so-ciedad: pertenecen a su libertad por ve-nir. Pero esa libertad en los niños no es todavía real, — no está más que en potencia — la libertad real, es decir la plena conciencia y la práctica de la li-bertad en cada uno, basada principal-mente en el sentimiento de la dignidad personal y en el respeto serio de la li-bertad y de la dignidad de otro, es de-cir, en la justicia, — esa libertad no se puede realizar en los niños más que por el desarrollo racional de su inte-ligencia, y por tanto de su carácter, de su inteligente voluntad. Resulta de ahí que la sociedad, cuyo porvenir entero depende de la educación y de la instruc-ción de los niños y que por consiguien-te no sólo tiene derecho, sino también el deber de vigilarlos — es el tutor na-tural de todos los niños de ambos sexos, y como en lo sucesivo será el único he-redero, pues el derecho de herencia in-dividual debe ser abolido — considera-rá naturalmente como uno de sus pri-meros deberes el proporcionar todos los gastos de mantenimiento, educación e instrucción, indistintamente para todos los niños de ambos sexos, haciendo abs-tracción de sus padres y de su origen.

El derecho de los padres deberá limi-tarse a amar a sus hijos y a ejercer so-bre ellos una autoridad natural, en tan-to que esa autoridad no sea contraria a su moralidad, a su inteligencia y a su libertad por venir. El matrimonio po-lítico y civil y toda intervención de la sociedad en los asuntos de amor deben (Ms. *devant*) desaparecer. Los niños *pertenecerán* naturalmente, no de dere-cho, sobre todo a la madre, bajo la vi-gilancia inteligente de la sociedad.

Siendo incapaces los niños, en su tier-na edad, sobre todo, de razonar y de dirigir la conducta, *el principio de tu-tela y de autoridad*, que debe ser abso-lutamente excluído de la sociedad, halla su puesto natural en su educación y en su instrucción. Sólo que esa debe ser una *autoridad verdaderamente humana e inteligente* y absolutamente extraña a toda reminiscencia teológica, metafísi-ca, jurídica, y partiendo de ese princi-pio que ningún ser humano es bueno ni malo en su nacimiento, y que el *bien —es decir el amor a la libertad, la con-ciencia de la justicia y de la mutuali-dad, el culto o más bien el respeto y el hábito de la verdad, de la razón y del trabajo*. No podría desarrollarse en cada uno más que por una educación y por una instrucción racionales, fun-dadas en el respeto manifiesto y sensi-ble, práctico y teórico a la vez de esa razón, de esa justicia y de esa libertad —esa *autoridad*, digo, debe tener por fin único la preparación de todos los niños para la más completa libertad. No podrá llegar a ese fin más que ani-quilándose ella misma gradualmente, dejando el puesto a la libertad de los niños a medida que se aproximan más a la edad de la mayoría.

La instrucción deberá abarcar todas las ramas de la ciencia, de la tecnolo-gía y de la industria humana. Debe ser al mismo tiempo científica y profesio-nal, general, obligatoriamente para to-dos los niños, y especial, según las dis-posiciones y los gustos de cada uno; a fin de que cada joven y cada mucha-cha salidos de las escuelas y reconoci-dos mayores de edad y libres — sean igualmente aptos para trabajar con el cerebro y con las manos.

Una vez emancipados serán absoluta mente libres de asociarse para el tra-bajo o de no asociarse. Todos querrán necesariamente asociarse porque desde el momento que el derecho de herencia sea abolido, y que la tierra, lo mismo que los capitales se hayan convertido en la propiedad de la federación internacio-nal o más bien universal de las asocia-ciones obreras libres, no habrá ya pues-to ni posibilidad de concurrencia, es decir, de existencia para el trabajo ais-lado.

Nadie podrá ya explotar el trabajo ajeno — cada cual deberá trabajar pa-ra vivir. Cada uno será libre de morir de hambre no trabajando, al menos que encuentre una asociación o una co-muna que consienta en alimentarlo por piedad. Pero entonces probablemente se hallará justo no reconocerle ningún de-recho político mientras, capaz de tra-bajar, prefiera la vergüenza de vivir del trabajo ajeno, pues todos los derechos políticos y sociales no deben tener otra base que el trabajo de cada uno. Por otra parte, ese caso no podrá ocurrir más que durante la época de transición, entonces habrá aun, desgraciadamente, muchos individuos salidos de la organi-zación actual de la injusticia y del pri-vilegio, y que no habrán sido educados en la conciencia de la justicia y de la verdadera dignidad humana, así como en el respeto y en el hábito del traba-jo. Ante estos individuos, la sociedad revolucionaria se verá en la embarazo-sa alternativa o bien de forzarles al tra-bajo, lo que sería despotismo — o bien de dejarse explotar por los haraganes, lo que sería una nueva esclavitud y una fuente de corrupción nueva para toda la sociedad.

La haraganería, en una sociedad or-ganizada según la igualdad y la jus-ticia — bases de toda libertad, — con un sistema racional de educación y de instrucción, y bajo la presión de una opinión pública que, teniendo el traba-jo por principal fundamento, desprecia-rá a los pilluelos, se volverá impo-sible. Al convertirse en una excepción muy rara, será considerada con razon

como una enfermedad y será tratada como tal en los hospitales.

Sólo los niños — hasta que hayan llegado a un cierto grado de fuerza, y más tarde, tanto como sea necesario para dejarles tiempo para instruirse y para no ser sobrecargados de trabajo, — los inválidos, los ancianos, los enfermos, podrán eximirse del trabajo sin deshonra y sin renunciar por eso a sus derechos de ciudadanos libres.

XIX.—*Los obreros, en el interés mismo de su emancipación económica, radical y completa, deberán exigir la abolición entera y definitiva del Estado con todas las instituciones del Estado.*

Nota 1.—¿Qué es el Estado? Es la organización histórica de los principios de la autoridad y de la tutela, divinos y humanos, ejercidos sobre las masas populares sea en nombre de una religión cualquiera, sea en nombre de la inteligencia exclusiva y privilegiada de una o de varias clases de propietarios y en detrimento de los millones de trabajadores de quienes explotan el trabajo subyugado y forzado. La conquista, base primera del derecho de propiedad individualmente hereditaria, ha sido por eso mismo la base de todos los Estados.—La explotación legalizada del trabajo de las masas en provecho (de una) cierta cant idad de propietarios, — mayor parte de los cuales ficticios, y sólo un pequeño número reales —sancionada por la *iglesia* en nombre de una divinidad supuesta y a quien se ha hecho tomar siempre el partido de los más fuertes y de los más hábiles — se llama *derecho*. — El desarrollo de la riqueza, del confort, del lujo y de la inteligencia refinada y falseada de las clases privilegiadas — desarrollo que tiene por base necesaria la miseria y la ignorancia de la inmensa mayoría de las poblaciones — se llama *civilización* —y la organización, la garantía de todo ese conjunto de iniquidades históricas — se llama *Estado*.

Por tanto los obreros deben querer la destrucción del Estado.

Nota 2. — El Estado, necesariamente fundado sobre la explotación y el sometimiento de las masas y como tal, opresor y violador de toda libertad popular, y de toda justicia en el interior, es forzosamente brutal, conquistador, ladrón y carnicero en el exterior. — El Estado, todo Estado — monarquía o república— es la negación de la humanidad. Es su negación porque, planteándose como fin supremo o absoluto en el *patriotismo de los ciudadanos* — al poner, conforme a su principio mismo, el interés de su conservación, de su potencia y del aumento de esa potencia en el interior, lo mismo que de su extensión en el exterior, por sobre todos los otros intereses particulares y el derecho de sus *súbditos* como los de las naciones extranjeras; rompe por eso mismo la solidaridad universal de las naciones y de los hombres, los pone fuera de la justicia, fuera de la humanidad.

Nota 3. — El Estado es el hermano menor de la Iglesia. No sabría legitimar su existencia más que por una idea teológica o metafísica cualquiera. Siendo contrario a la justicia humana, debe fundarse sobre la ficción teológica o metafísica de una justicia divina. — En el mundo antiguo, la idea misma de una nación o de las ociedad había sido absorbida por completo, invadida y dominada por el Estado — y cada Estado tomaba su origen y su derecho particular de existencia y de dominación, de un dios o de un sistema de dioses cualquiera, de quienes se suponía que eran los protectores exclusivos de tal o cual Estado. En el mundo antiguo (Ms: desconocido) el hombre era desconocido, — la idea misma de la humanidad no existía. No había más que ciudadanos. Es por eso que en esa civilización la esclavitud era un hecho natural y la base necesaria de la libertad de los ciudadanos.

Habiendo destruido el cristianismo el politeísmo, y habiendo proclamado un dios único, los Estados tuvieron que contentarse con los santos del paraíso cristiano; — todo Estado católico tuvo un santo o un cierto número de santos —protectores y patrones de ese Estado —sus mediadores ante dios, que a causa de eso mismo ha debido encontrarse a menudo en gran aprieto. Cada Estado, además, encuentra útil proclamar hoy que el buen dios le protege de una manera exclusiva y especial.

La metafísica y la ciencia de un derecho fundado idealmente sobre la metafísica, y realmente sobre los intereses de las clases propietarias, — han tratado igualmente de hallar una base razonable para la existencia de los Estados. — Han recurrido a la ficción de un consentimiento o de un contrato universales y tácitos; o bien a la de una justicia objetiva y del bien universal y público representado, dicen, por el Estado.— El Estado, según los demócratas jacobinos, tiene por misión hacer triunfar el interés universal y colectivo de todos los ciudadanos sobre los intereses egoistas de los individuos, de las comunas y de las provincias aisladas. — Es la justicia y la razón de todo el mundo dominando sobre el egoismo y sobre la tontería de cada uno. — Es, pues, la declaración de la maldad y de la sinrazón de cada uno en nombre de la sabiduría y de la virtud de todos. — Es la negación real, o lo que quiere decir lo mismo, la limitación al infinito de todas las libertades particulares — individuales y colectivas — en nombre de la llamada libertad de todo el mundo— libertad colectiva y universal que no es más que una opresiva abstracción, deducida de la negación o limitación del derecho de cada uno y fundada en la esclavitud real de cada uno. — Y como toda abstracción, no podría existir más que en tanto que es sostenida por el interés positivo de un ser real — *la abstracción del Estado* representa en efecto el interés muy positivo de las clases gobernantes, posesoras, explotadoras y llamadas así inteligentes, y la inmolación sistemática de los intereses y de la libertad de las masas subyugadas.

Nota 4. — El patriotismo — virtud o pasión política o de Estado,...

(El manuscrito quedó inacabado)

(*Concluirá*)

EMMA GOLDMAN

La tragedia de la emancipación de la mujer

Comenzaré admitiendo lo siguiente: sin tener en cuenta las teorías políticas y económicas que tratan de las diferencias fundamentales entre las varias agrupaciones humanas; sin miramiento alguno para las distinciones de raza o de clase, sin parar mientes en la artificial línea divisoria entre los derechos del hombre y de la mujer, sostengo que puede haber un punto en cuya diferenciación misma se ha de coincidir, encontrarse y unirse en perfecto acuerdo.

Con esto no quiero proponer un pacto de paz. El general antagonismo social que se posesionó de la vida contemporánea, originado, por fuerzas de opuestos y contradictorios intereses, ha de derrumbarse cuando la reorganización de la vida societaria, al basarse sobre principios económicos justicieros, sea un hecho y una realidad.

La paz y la armonía entre ambos sexos y entre los individuos, no ha depender necesariamente de la igualdad superficial de los seres, ni tampoco traerá la eliminación de los rasgos y de las peculiaridades de cada individuo. El problema planteado actualmente, pudiendo ser resuelto en un futuro cercano, consiste en preciarse de ser uno mismo, dentro de la comunión de la masa de otros seres y de sentir hondamente esa unión con los demás, sin avenirse por ello a perder las características más salientes de sí mismo. Esto me parece a mí que deberá ser la base en que descansa la masa y el individuo, el verdadero demócrata y el verdadero individualista, o donde el hombre y la mujer han de poderse encontrar sin antagonismo alguno. El lema no será: perdonaos unos a otros, sino: comprendeos unos a otros. La sentencia de Mme. Stael citada frecuentemente: "Comprenderlo todo es perdonarlo todo", nunca me fué simpática; huele un poco a sacristía; la idea de perdonar a otro ser demuestra una superioridad farisaica.

Comprenderse mutuamente es para mí suficiente. Admitida en parte esta premisa, ella presenta el aspecto fundamental de mi punto de vista acerca de la emancipación de la mujer y de la entera repercusión en todas las de su sexo.

Su completa emancipación hará de ella un ser humano, en el verdadero sentido. Todas sus fibras más íntimas ansían llegar a la máxima expresión del juego interno de todo su ser, y barrido todo artificial convencionalismo, tendiendo a la más completa libertad, ella irá luego borrando los rezagos de centenares de años de sumisión y de esclavitud.

Este fué el motivo principal y el que originó y guió el movimiento de la emancipación de la mujer. Más los resultados hasta ahora obtenidos, la aislaron despojándola de la fuente primaveral de los sentidos y cuya dicha es esencial para ella. La tendencia emancipadora, afectándole sólo en su parte externa, la convirtió en una criatura artificial, que tiene mucho parecido con los productos de la jardinería francesa con sus geroglíficos y geometrías en forma de pirámide, le conos, de redondeles, cubos, etc.; cualquier cosa, menos esas formas sumergidas por cualidades interiores. En la llamada vida intelectual, son numerosas esas plantas artificiales en el sexo femenino.

¡Libertad e igualdad para las mujeres! Cuantas esperanzas y cuantas ilusiones despertaron en el seno de ellas, cuando por primera vez estas palabras fueron lanzadas por los más valerosos y nobles espíritus de estos tiempos. Un sol, en todo el esplendor de su gloria emergía para iluminar un nuevo mundo; ese mundo, donde las mujeres se hallaban libres para dirigir sus propios destinos; un ideal que fué merecedor por cierto de mucho entusiasmo, de valor y perseverancia, y de incesantes esfuerzos por parte de un ejército de mujeres, que combatieron todo lo posible contra la ignorancia y los prejuicios.

Mi esperanza también iba hacia esa finalidad, pero opino que la emancipación como es interpretada y aplicada actualmente, fracasó en su cometido fundamental. Ahora la mujer se vé en la necesidad de emanciparse del movimiento emancipacionista si desea hallarse verdaderamente libre. Puede esto parecer paradógico, sin embargo es la pura verdad.

¿Qué consiguió ella, al ser emancipada? Libertad de sufragio, de votar. ¿Logró depurar nuestra vida política, como algunos de sus más ardientes defensores predecían? No, por cierto. De paso hay que advertir, ya llegó la hora de que la gente sensata no hable más de corruptelas políticas en tono campanudo. La corrupción en la política nada tiene que ver con la moral o las morales, ya provenga de las mismas personalidades políticas.

Sus causas proceden de un punto solo. La política es el reflejo del mundo industrial, cuya máxima es: *bendito sea el que más toma y menos dá; compra lo más barato y vende lo más caro posible, la mancha en una mano, lava la otra.* No hay esperanza alguna de que la mujer aun con la libertad de votar, purifique la política.

El movimiento de emancipación trajo la nivelación económica entre la mujer y el hombre; pero como su educación física en el pasado y en el presente no le suministró la necesaria fuerza para competir con el hombre, a menudo se ve obligada a un desgaste de energías enorme, a poner en máxima tensión su vitalidad, sus nerviosa fin de ser avaluada en el mercado de la mano de obra Raras son las que tienen éxito, ya que las mujeres profesoras médicas, abogadas, arquitectos e ingenieros, no merecen la misma confianza que sus colegas los hombres, y tampoco la remuneración para ellas es paritaria. Y las que alcanza a distinguirse en sus profesiones, lo hacen siempre a expensas de la salud de sus organismos. La gran masa de muchachas y mujeres trabajadoras, ¿qué independencia habrían ganado al cambiar la estrechez y la falta de libertad del hogar, por la carencia total de libertad de la fábrica, de la confitería, de las tiendas o de las oficinas? Además está el peso con el que cargarán muchas mujeres al tener que cuidar el "hogar doméstico, el dulce hogar", donde sólo hallarán frío, desórden, aridez, después de una extenuante jornada de trabajo. ¡Gloriosa independencia esta! No hay pues que asombrarse que centenares de muchachas acepten la primer oferta de matrimonio, enfermas, fatigadas de su independencia, detrás del mostrador, o detrás de la máquina de coser o escribir. Se hallan tan dispuestas a casarse como sus compañeras de la clase media, quienes ansian substraerse de la tutela paternal.

Esa sediciente independencia, con la cual apenas se gana para vivir, no es muy atrayente, ni es un ideal; al cual no se puede esperar que se le sacrifiquen todas las cosas. La tan ponderada independencia no es después de todo más que un lento proceso para embotar, atrofiar la naturaleza de la mujer en sus instintos amorosos y maternales.

Sin embargo la posición de la muchacha obrera es más natural y humana que la de su hermana de las profesiones liberales, quien al parecer es más afortunada, profesoras, médicas, abogadas ingenieros, las que deberán asumir una apariencia de más dignidad, de decencia en el vestir, mientras que interiormente todo es vacío y muerte.

La mezquindad de la actual concepción de la independencia y de la emancipación de la mujer; el temor de no merecer el amor del hombre que no es de su rango social; el miedo que el amor del esposo le robe su libertad; el horror a ese amor o a la alegría de la maternidad, la inducirá a engolfarse cada vez más en el ejercicio de su profesión, de modo que todo esto convierte a la mujer emancipada en una obligada vestal, ante quien la vida, con sus grandes dolores purificadores y sus profundos regocijos, pasa sin tocarla ni conmover su alma.

La idea de la emancipación, tal como la comprende la mayoría de sus adherentes y expositores, resulta un objetivo limitadísimo que no permite se expanda y haga eclosión; esta es: el amor sin trabas, el que contiene la honda emoción de la verdadera mujer, la querida, la madre capaz de concebir en plena libertad.

La tragedia que significa resolver su problema económico y mantenerse por sus propios medios, que hubo de afrontar la mujer libre, no reside en muchas y variadas experiencias, sino en unas cuantas, las que más la aleccionaron. La verdad, ella sobrepasa a su hermana de las generaciones pretéritas, en el agudo conocimiento de la vida y de la naturaleza humana; es por eso que siente con más intensidad la falta de todo lo más esencial en la vida — lo único apropiado para enriquecer el alma humana, — y que sin ello, la mayoría de las mujeres emancipadas se convierten a un automatismo profesional.

Semejante estado de cosas fué previsto por quienes supieron comprender que en los dominios de la ética quedaban sin en pie muchas ruinas de los tiempos, en que la superioridad del hombre fué levantada — y que esas ruinas eran todavía utilizadas por las numerosas mujeres

emancipadas que no podían hacer a menos de ellas. Es que cada movimiento de tinte revolucionario que persigue la destrucción de las instituciones existentes con el fin de reemplazarlas por otra estructura social mejor, logra atraerse innumerables adeptos que en teoría abogan por las ideas más radicales y en la práctica diaria, se conducen como todo el mundo, como los inconscientes y los filisteos (burgueses), fingiendo una exagerada respetabilidad en sus sentimientos e ideas y demostrando el deseo de que sus adversarios se formen la más favorable de las opiniones acerca de ellos. Aquí, por ejemplo, tenemos los socialistas y aun los anarquistas, quienes pregonan que la propiedad es un robo, y asimismo se indignarán contra quien les adeude por el valor de media docena de alfileres.

La misma clase de filisteismo se encuentra en el movimiento de emancipación de la mujer. Periodistas amarillos y una literatura ñoña y color de rosa trataron de pintar a las mujeres emancipadas de un modo como para que se les erizaran los cabellos a los buenos ciudadanos y a sus prosaicas compañeras. De cada miembro perteneciente a las tendencias emancipacionistas, se trazaba un retrato parecido al de Jorge Sand, respecto a su despreocupación por la moral. Nada era sagrado para la mujer emancipada, según esa gente. No tenía ningún respeto por los lazos ideales de una mujer y un hombre. En una palabra, la emancipación abogaba solo por una vida de atolondramiento, de lujuria y de pecado; sin miramiento por la moral, la sociedad y la religión. Las propagandistas de los derechos de la mujer se pusieron furiosos contra esa falsa versión, y exentos de ironía y humor, emplearon a fondo todas sus energías para probar que no eran tan malas como se les había pintado, sino completamente al reverso. "Naturalmente — decían — hasta tanto la mujer siga siendo esclava del hombre, no podrá ser buena ni pura; pero ahora que al fin se ha libertado demostrará cuan buena será y cómo su influencia deberá ejercer efectos purificadores en todas las instituciones de la sociedad". Cierto, el movimiento en defensa de los derechos de la mujer dió en tierra con más de una vieja traba o prejuicio, pero se olvidó de los nuevos.

El gran movimiento de la *verdadera* emancipación no se encontró con una gran raza de mujeres, capaces y con el valor de mirar en la cara a la libertad. Su estrecha y puritana visión, desterró al hombre, como a un elemento perturbador de su vida emocional, y de dudosa moralidad. El hombre no debía ser tolerado, a excepción del padre y del hijo, ya que un niño no vendrá a la vida sin el padre. Afortunadamente, el más rígido puritanismo no será nunca tan fuerte que mate el instinto de la maternidad. Pero la libertad de la mujer, hallándose estrechamente ligada con la del hombre, y las llamadas así hermanas emancipadas pasan por alto el hecho que un niño al nacer ilegalmente necesita más que otro el amor y cuidados de todos los seres que están a su alrededor, mujeres y hombres. Desgraciadamente esta limitada concepción de las relaciones humanas hubo de engendrar la gran tragedia existente en la vida del hombre y de la mujer moderna.

Hace unos quince años que apareció una obra cuyo autor era la brillante escritora noruega Laura Marholom. Se titulaba *La Mujer, estudio de caracteres.* Fué una de las primeras en llamar la atención sobre la estrechez y la vaciedad del concepto de la emancipación de la mujer, y de los trágicos efectos ejercidos en su vida interior. En su trabajo Laura Marholom traza las figuras de varias mujeres extraordinariamente dotadas y talentosas de fama internacional; habla del genio de Eleonora Duse; de la gran matemática y escritora Sonya Kovalevskaia; de la pintora y poetisa innata que fué María Bashkirtzeff, quien murió muy joven. A través de la descripción de las existencias de esos personajes femeninos y a través de sus extraordinarias mentalidades, corre la trama deslumbrante de los anhelos insatisfechos, que claman por un vivir más pleno, más armonioso y más bello y al no alcanzarlo, de ahí su inquietud y su soledad. Y a través de esos bocetos psicológicos, magistralmente realizados, no se puede menos de notar que cuanto más alto es el desarrollo de la mentalidad de una mujer, son más escasas las probabilidades de hallar el ser, el compañero de ruta que le sea completamente affín; — el que no verá en ella, no solamente la parte sexual, sino la criatura humana, el amigo, el camarada de fuerte individualidad, quien no tiene por qué perder un solo rasgo de su carácter.

La mayoría de los hombres, pagados por su suficiencia, con su aire ridículo de tutelaje hacia el sexo *débil*, resultarían entes algo absurdos, imposibles para una mujer como las descritas en el libro de Laura Marholesm. Igualmente imposible sería que no se quisiese ver en ellas más que sus mentalidades y su genio, y no se supiese despertar su naturaleza femenina.

Un poderoso intelecto y la fineza de sensibilidad y sentimiento son dos facultades que se consideran como los necesarios atributos que integrarán una bella personalidad. En el caso de la mujer moderna, ya no es lo mismo. Durante algunos centenares de años el matrimo-



Bellezas de la guerra

nio basado en la Biblia, "hasta la muerte de una de las partes", se reveló como una institución que se apuntala en la soberanía del hombre en perjuicio de la mujer, exige su completa sumisión a su voluntad y a sus caprichos, dependiendo de él por su nombre y por su manutención. Repetidas veces se ha hecho comprobar que las antiguas relaciones matrimoniales se reducían a hacer de la mujer una sierva y una incubadora de hijos. Y no obstante, son muchas las mujeres emancipadas que prefieren el matrimonio a las estrecheces de la soltería, — estrecheces convertidas en insoportables por causa de las cadenas de la moral y de los prejuicios sociales, que cohiben y coartan su naturaleza.

La explicación de esa inconsistencia de juicio por parte del elemento femenino avanzado, se halla en que no se comprendió lo que verdaderamente significaba el movimiento emancipacionista. Se pensó que todo lo que se necesitaba era la independencia contra las tiranías exteriores; y las tiranías internas, mucho más dañinas a la vida y a sus progresos — las convenciones éticas y sociales — se las dejó estar, para que se cuidaran a sí mismas, y ahora están muy bien cuidadas. Y éstas parece que se anidan con tanta fuerza y arraigo en las mentes y en los corazones de las más activas propagandistas de la emancipación, como los que tuvieron en las cabezas y en los corazones de sus abuelas.

¿Esos tiranos internos acaso no se encarnan en la forma de la pública opinión, o lo que dirá mamá, papá, tía, y otros parientes; lo que dirá Mrs. Grundy, Mr. Comstock, el patrón, y el Consejo de Educación? Todos esos organismos tan activos, pesquisas morales, carceleros del espíritu humano, ¿qué han de decir? Hasta que la mujer no haya aprendido a desafiar a todas las instituciones, resistir firmemente en su sitio, insistiendo que no se la despoje de la menor libertad; escuchando la voz de su naturaleza, ya la llame para gozar de los grandes tesoros de la vida, el amor por un hombre, o para cumplir con su más gloriosa misión, el derecho de dar libremente la vida a una criatura humana, no se puede llamar emancipada. Cuántas mujeres emancipadas han sido lo bastante valerosas para confesarse que la voz del amor lanzaba sus ardorosos llamados, golpeaba salvajemente su seno, pidiendo ser escuchado, ser satisfecho.

El escritor francés Jean Reibrach, en una de sus novelas, *New Beauty* — "La Nueva Belleza" — intenta describir el ideal de la mujer bella y emancipada. Este ideal está personificado en una joven, doctorada en medicina. Habla con mucha inteligencia y cordura de cómo debe alimentarse un bebé; es muy bondadosa, suministra gratuitamente sus servicios profesionales y las medicinas para las madres pobres. Conversa con un joven, una de sus amistades, acerca de las condiciones sanitarias del porvenir y cómo los bacilos y los gérmenes serán exterminados una vez, que se adopten paredes y pisos de mármol, piedra o baldosas, haciendo a menos de las alfombras y de los cortinados. Ella naturalmente, viste sencillamente y casi siempre de negro. El joven, quien en el primer encuentro se sintió intimidado ante la sabiduría de su emancipada amiga, gradualmente la va conociendo y comprendiendo cada vez más, hasta que un buen día se da cuenta que la ama. Los dos son jóvenes, ella es buena y bella y, aunque un tanto severa en su continencia, su apariencia se suaviza con el inmaculado cuello y puños. Uno esperaría que le confesara su amor, pero él no está por cometer ningún gesto romántico y absurdo. La poesía y el entusiasmo del amor le hacen ruborizar, ante la pureza de la novia. Silencia el naciente amor, y permanece correcto. También ella es muy medida, muy razonable, muy decente. Temo que de haberse unido esa pareja, el jovencito hubiera corrido el riesgo de helarse hasta morirse. Debo confesar que nada veo de hermoso en esta nueva belleza, que es tan fría como las paredes y los pisos que ella sueña implantar en el porvenir. Prefiero más bien los cantos de amor de la época romántica, don Juan y Venus, más bien el mocetón que rapta a su amada en una noche de luna, con la escaleras de cuerda, perseguido por la maldición del padre y los gruñidos de la madre, y el chismorreo moral del vecindario, que la corrección y la decencia medida por el metro del tendero. Si el amor no sabe darse sin restricciones, no es amor, sino solamente una transacción, que acabará en desastre por el más o el menos.

La gran limitación de miras del movimiento emancipacionista de la actualidad, reside en su artificial estiramiento y en la mezquina respetabilidad con que se reviste, lo que produce un vacío en el alma de la mujer, no permitiéndole satisfacer sus más naturales ansias. Una vez hice notar que parecía existir una más estrecha relación entre la madre de corte antiguo, el ama de casa siempre alerta, velando por la felicidad de sus pequeños y el bienestar de los suyos, y la verdadera mujer moderna, que con la mayoría de las emancipadas. Estas discípulas de la emancipación depurada, clamaron contra mi heterodoxia y me declararon buena para la hoguera. Su ciego celo no les dejó ver que mi comparación entre lo viejo y lo nuevo tendía solamente a probar que un buen número de nuestras abuelas tenían más sangre en las venas, mucho más humor e ingenio, y algunas poseían en alto grado naturalidad, sentimientos bondados y sencillez, más que la mayoría de nuestras profesionales emancipadas que llenan las aulas de los colegios, las universidades y las oficinas. Esto después de todo no significa el deseo de retornar al pasado, ni relegar a la mujer a su antigua esfera, la cocina y al amamantamiento de las crías.

La salvación estriba en una enérgica marcha hacia un futuro cada vez más radiante. Necesitamos que cada vez sea más intenso el desdén, el desprecio, la indiferencia contra las antiguas tradiciones y los viejos hábitos. El movimiento emancipacionista ha dado apenas el primer paso en este sentido. Es de esperar que reuna sus fuerzas para dar otro. El derecho del voto, de la igualdad de los derechos civiles, pueden ser conquistas valiosas; pero la verdadera emancipación no empieza en los parlamentos, ni en las urnas. Empieza en el alma de la mujer. La historia nos cuenta que las clases oprimidas conquistaron su verdadera libertad, arrancándosela a sus amos en una serie de esfuerzos. Es necesario que la mujer se grabe en la memoria esa enseñanza y que comprenda que tendrá toda la libertad que sus mismos esfuerzos alcancen a obtener. Es por eso mucho más importante que comience con su regeneración interna, cortando el lazo del peso de los prejuicios, tradiciones y costumbres rutinarias. La demanda para poseer iguales derechos en todas las profesiones de la vida contemporánea es justa; pero, después de todo, el derecho más vital es el de poder amar y ser amada.

Verdaderamente, si de una emancipación apenas parcial se llega a la completa emancipación de la mujer, habrá que barrer de una vez con la ridícula noción que ser amada, ser querida y madre, es sinónimo de esclava o de completa subordinación. Deberá hacer desaparecer la absurda noción del dualismo del sexo, o que el hombre y la mujer representan dos mundos antagónicos.

La pequeñez separa; la amplitud une. Dejen que seamos grandes y generosos. Déjenos hacer de lado un cúmulo de complicadas mezquindades para quedarnos con las cosas vitales. Una sensata concepción acerca de las relaciones de los sexos no ha de admitir el conquistado y el conquistador; no conoce más que esto: prodigarse, entregarse sin tasa para encontrarse a sí mismo más rico, más profundo, mejor. Ello solo podrá colmar la vaciedad interior, y transformar la tragedia de la emancipación de la mujer, en gozosa alegría, en dicha ilimitada.

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Miguel Jiménez

Mucho teme mi "deficiencia" que al intervenir en esta encuesta inusitada por la trascendencia de sus ocho puntos, los buenos camaradas *inspiradores* de Steubenville, los "divulgadores" de B. Aires, y los "estudiosos" del mundo entero, tomaran a mal mi incontinente atrevimiento.

Cuando se cuenta con tan poco tiempo y medios para desarrollar el intelecto y la especialización o seccionamiento de ultima hora alcanza a las ciencias y las artes, difícil es poseer los conocimientos de tantas ramas del saber como se precisa para tener la eficiencia necesaria para la encuesta abierta por "Los Iconoclastas".

Convencido, además, de que nada nuevo he de exponer, me consuela e induce la esperanza de recordar, por medio de LA PROTESTA, algo ya oído o leído, pero olvidado, y que otros camaradas, al intervenir también, pero con más destreza, no hayan expresado en esta encuesta fundamental.

Nuestro fragante jardín es deliciosamente abigarrado. El campo anarquista ni es uniforme, ni lo podría ser. Una prueba de su variedad es esta de apreciar todas las cosas diversamente. De confeccionar yo el cuestionario, lo hubiera hecho de un orden diferente que los camaradas de Ohío. Mas, no obstante, procuraré ceñirme al orden de la encuesta.

Antes de todo una línea de agradecimiento y de efusión por el requerimiento que se nos ha hecho a los redactores del represionado periódico "El Productor".

* * *

Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anárquico internacional contra la reacción autoritaria.

En la demoledora crítica, no siempre se abarca a toda la importancia que tienen esas líneas con que los topógrafos separan a las naciones. Hay un extremo que en la mayoría de las veces se escapa a la observación de nuestros críticos. La raíruencia patria se halla en movimiento constante. La idea del nacionalismo no sólo evoluciona en derredor, sino que llega a introducirse en nuestros propios predios. Lo que ante nuestra idiosincrasia parece paradoja, es una triste realidad. La concepción del universalismo no se halla lo suficientemente enraizada entre nosotros. Esto es producto de las reminiscencias y de la insuficiente contraposición hecha a la mayor lacra del tradicionalismo.

Bien es claro que las diferencias tanto étnicas como lingüísticas son meras consecuencias, pero grandes obstáculos que obstruyen la inmejorable obra de universal comunicación sobre todas las protocolarias fronteras. Con estos medios y los de vigilancia y coerción, todos los Estados, harto mancomunados contra el único y secular enemigo de ellos destructor, dificultan e impiden la por esto difícil labor de mutuo apoyo y mundial coadunación. Siempre tolerarán más el desenvolvimiento internacional de aquellos partidos que, aunque obreros y socialistas, se satisfacen con desear platónicamente la transformación del matiz de los Estados. No hay más que recordar los trágicos y por ello gloriosos sucesos aquellos en que todas las furias se desataron contra la Asociación Internacional de los Trabajadores. Sin embargo, qué contraste con la actuación fácil y tranquila de los organismos internacionales creados por los socialistas autoritarios.

Empero, ocurre también que las uniones o federaciones de nación no ponen todo el interés que debían en fortalecer sus lazos de enlace internacional. El estado en que se viene encontrando la intercomunicación y compenetración de estos órganos es bastante rudimentario. En la parte informativa y periodística, la facilitación de informes y crónicas, su intercambio, su traducción, es todo escaso, tenue e intermitente. De aquí que, no procurándose el completo conocimiento de toda acción y su desenvolvimiento, sea la solidaridad de todos en prácticas como el boicot y el apoyo en conflictos de trascendencia y gravedad tan extraña, inextensa e insuficiente. Además, notase fácilmente que las uniones preocúpanse casi exclusivamente de los problemas de orden político y económico que gravitan sobre su órbita de acción. Es de imprescindible necesidad el apartarse de todo exclusivismo(aislamiento e independencia, sin desdoro en la particular autonomía tanto en la iniciativa como en la obra). A la expoliación, catequización y dominación del indigente, cuestiones que todos los capitales, iglesias y gobiernos tienen internacionalizadas, hay que oponer una obra más mancomunada y, sobre todo, en campañas y conflictos, la más completa solidaridad.

Ocupando en el triángulo social el capitalismo la línea básica, ambos lados o extremos le son absolutamente defensores y dependientes. Ninguno puede vivir sin los otros, ni los dos superiores sin el que es su plano sostenedor, poderoso y proveedor. Quienes creen en la suficiencia y existencia del Estado sin el capitalismo, tienen la prueba-replica en el novísimo Estado ruso, que, implantado sobre las cenizas del zarismo y del capital, está rectificando la expropiadora obra del proletariado moscovita, abriendo las puertas del único país al capital exterior. Los tres poderes parásitos que tienen sojuzgado al mundo, se ayudan en las obras de sumisión y opresión del pueblo que trabaja, pues al fin de cuentas, es la única fuente de áurea riqueza, el verdadero sostén del craso privilegio y puntal de la sociedad. Cuando la labor ortodoxa, exotérica y tenebrosa de la iglesia deja de influir y cautivar y los productores despertando e izando la bandera de la reivindicación se lanzan atemorizando al capital, entonces despliega su campaña obstruccionista y represiva el Estado. No es extraño que toda potestad, sostenida por medio de la conminación, recurra a la fuerza como armadía de salvación en los casos extremos; por eso cuando los oprimidos y explotados en su empresa progresiva y exigente llegan a desasosegar al patronaje, y más, cuando con sus efervescencias y perturbaciones llegan a desazonar al mismo poder político, entonces se recurre a la ley de excepciones o se suprimen todas las leyes para mejor atacar y reducir a los socavadores del imperioso tríptico social.

No es que solamente el capitalismo se halle incapacitado para las funciones económicas que se ha atribuído, irrogando crisis, miserias y turbaciones, sino que éstas adquieren mayores proporciones con la intervención de los gobiernos. Las experiencias cotidianas ponen cada vez más en evidencia el perjuicio y la imprecisión de todo Estado, pues a éste, que en todas sus varias formas ya existe, en cuantas cuestiones influye, dirige o interviene, se le ve insuficiencia y aberración. Habiendo transigido el patronaje de algunos países con que se elevaran a decretos algunas de las aspiraciones, permitiendo lo que se ha venido en decir legislación obrera, no ha conseguido sus sagaces anhelos de aplacar los crecientes deseos del núcleo productor ni de volver astutamente a la clásica armonía del trabajo y el capital. Tampoco ha logrado adormecer a todo el proletariado, atrayéndose, dando carteras de gabinete, ui aun entregando todo el poder ejecutivo a los leaders del socialismo estatista. De aquí que reaccione el capital contra la democracia, pidiendo y apoyando directorios que con férrea mano caigan sobre el movimiento revolucionario y sus excitaciones y extremismos.

Contra la represión autoritaria hay que acudir prestos y decididos. Empero, es conveniente no volverse más a responder en sentido individual. Siempre que contra la vasta y organizada reacción se han empleado medios individuales, por ser éstos ineficaces, se ha fracasado fatal y martirológicamente. Nunca por obra de los sistemáticos atentados a las personalidades o a las cajas de caudales hase conseguido, sino muy al contrario en la inmensa mayoría de las ocasiones, vencer al terror gubernativo. Además, los atracos llevan a los atracadores al cadalso, y los más que de él se libran, al vicio y la fangosidad. A la represión hay que contestar en masa, por todos los medios insurgentes colectivos, prestándoles el exterior, su desarrollo en los boicots, mutuo apoyo y solidaridad.

La dictadura es el último recurso con que cuenta el privilegio para salvar la grave circunstancia actual y sostenerse. En ella fundan todas sus esperanzas de continuación de su predominio. Después de ser implantada en Italia y en Rusia, a cuyas naciones han imitado en seguida otras, amenaza con extenderse a todos los países. Ella ha sido establecida expresamente para destruir a las fracciones antiautoritarias. Véase como no se distingue la dictadura roja de las blancas en sus respectivas naciones, en la incalificable saña con que se persigue a las personas y a las colectividades de tendencia ácrata. Contra este mal no hay otro medio, por lo menos, que la mancomunada acción revolucionaria de los países afectados por la dictadura, desde luego, con la general relación y ayuda y, en caso de desarrollo, con la propagación internacional de la insurrección anárquica.

La anarquía, como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

Tiempo atrás, — sabido es, pues fué ruidoso e interesante, — se entabló desde nuestros paladines elucidario y singular combate contra la Academia de la Lengua y su defectivo diccionario. No dándole una explicación justa y amplia, sino, por el contrario, verdaderamente capciosa e incompleta a la por nosotros tan venerada palabra, es por lo que surgió aquella acendradora cruzada que, llevándola como diosa de guerra, venía a requerirla y reivindicarla. Mostrando contumacia como asimismo contumelia, los académicos al no darle otra acepción que la de desorden a la voz anarquía, explicación que además de encenegarla no se ajustaba puramente a su etimología, se recrudeció la empresa que había de acabar entonando un epinicio al lograrse por fin que en los diccionarios también se aceptara la definición no gobierno de la compuesta palabra, an[illegible] así escrita en la Iberia, an-arquía.

Apúntase que en los históricos tiempos de relieve y grandeza de la fastuosa Hélade, cuando inusitadamente se producían serios movimientos epilépticos, entonces se pronunciaba la voz anarké para designar aquellos turbulentos hechos por los que se llegaba a carecer por cierto tiempo de gobierno. Caído el tirano por la obra insurreccional, si inmediatamente no era reemplazado por otro poder, se decía vivir en plena anarquía al lapso en que se estaba carente de autoridad. Entonces a estos períodos de desbordamiento ponía fin otro entronizado poder. En lo venidero, a la convulsión social seguirá la franca e inobstaculizada evolución. Esto, por sí solo, ya serviría como demostración suficiente de que la anarquía, además de representar un principio de completa ausencia de autoridad, encierra en sí misma, en cierto modo, un definido sentido de revolución.

Pero esto por sí sólo no basta a satisfacer ni a convertir. Además, siempre que se sientan afirmaciones de esta índole se hace preciso el explayarlas, para que no quede duda de ellas y deshacer posibles malas interpretaciones. La concisión en los teóricos productos de las elucubraciones de ciertos demagogos [illegible]cos hace que estos teoremas sean completamente obstrusos para la generalidad, que al estudiar, lo hace con cierta [illegible]maquia. Mas, ocurre también en algunas ocasiones, que aquello que se tiene [illegible] cado interés en deshacer, es precisamente lo que se refuerza. Así es que, los que poseyendo un espíritu misoneísta dicen que sin gobierno no puede haber tranquilidad y concierto, pueden decir que la anarquía es la propia intranquilidad, ya que todas las conmociones son violentas. Quienes obsesionados por un espejismo son amantes del existente orden social, que mal que les pese es un completo desorden, pues se halla asentado sobre el lodazal del robo, la peste de la miseria, el cieno de la prostitución, la lacra del trabajo depauperador y la sangre de las horridas guerras, y que difícilmente se sostiene por el poder de la armada fuerza, deben recordar que desde que las sociedades se hallan bajo la tutela del poder político, tanto éste como después las diversas formas o sistemas de arquía para implantarse e imponerse, se valieron de la inquietud y de la violencia. De aquí que resulte también que toda forma de cracia sea igualmente revolucionaria. Mas los sistemas de Estado vienen a pasar por dos fases diferentes: para instaurarse son revolucionarios, pero después quieren perpetuarse, por lo que, ante la revolución que los quiere desplazar, se hacen absolutamente reaccionarios. Las nítidas aguas de un caudaloso río siguen raudas su avance, agitándose si [illegible] los se oponen a su marcha, sino, no; y si ante ellas se levanta un gran dique, se detienen, concentran, y saltan o se desbordan, volviendo otra vez a madre y a proseguir su corriente. El progreso, a pesar de su gran obstáculo, el Estado, avanza. La anarquía, ni se para ni tiene fin, porque, además, es el propio progreso en su impertubable marcha.

Otra prueba que viene a robustecer la tesis en este punto asentada, la tenemos en el hecho de nuestra calificación. Parece que ésta se lo debemos a un contrario. Según se vé, queriendo anatemizar a nuestros predecesores, nos dió un nombre, del que nos enorgullecemos. Fué en los gloriosos tiempos de la episódica y mayestática Revolución Francesa. En aquella, como en todas las habidas, la autoridad naciente pretendía, como fácilmente lo consiguió, detener las bellas e innovadoras aspiraciones del pueblo que ya no se contentaba con la declaración oficial, sino que quería de una manera real los célebres "derechos del hombre". Y a cuantos, agitando las masas, les instaban a no cejar y continuar la [illegible]

na empresa, un día se les injurió y denunció. Y se les tildó de anarquistas. Porque, no cegándoles el espejuelo del paraíso terrenal burgués, sostenían que no había acabado su obra de "libertad, igualdad y fraternidad" la revolución. Mantengámosnos en el puesto de nuestros antecesores, que preferían el desorden del pueblo al orden capitalista. Sostengamos enhiesta su grana bandera del anarquismo y con ella marchemos hacia la libertad del mundo por la social convulsión.

En la actualidad, una cosa hay que nos satisface sobremanera. Esto es la sorprendente evolución y perfección de la humana doctrina social que sustentamos, a través de la centuria. Mas, otra cosa hay que nos entristece mucho. Esta no es otra que la notable desconfianza que existe con respecto a la posible e inmediata plasticidad de nuestros libres y niveladores sistemas de economía y de convivencia. Esa triste duda constituye una dejación y un peligro de muerte. Ella se ha desarrollado en la post-guerra europea. Y cuando, por la revolución rusa, la dictadura del proletariado, adquirió caracteres alarmantes. Por esa carencia de confianza, nuestra propaganda pierde su eficacia. Por esa falta de fe en la cercana practicabilidad de nuestras teorías, el movimiento anarquista pierde su valor. Ese valor y esa eficacia hay que reconquistar; de lo contrario, nuestro movimiento ni será iniciador ni formará en la vanguardia. Para que nuestro movimiento recobre la fuerza moral y no sea secundario de otros movimientos autoritarios, se precisa de una entusiasta y fogosa reacción. Para convencer a los demás y lograr entre ellos verdaderos adherentes de la venidera libertad, hay que convencerse no sólo de la sublime bondad, sino que también de la hacedera realidad de nuestros principios de cooperación, trabajo y sustentación.

También los socialistas y comunistas estatales declaran que sus sistemas sociales son meramente transitorios. No niegan un régimen sin autoridad, pero sostienen que antes se precisa pasar por su Estado obrero. Pero las experiencias de los hechos históricos nos afirman en que tanto el Estado socialista, como el capitalista, no sólo paralizan el libre desenvolvimiento de los individuos y de las colectividades, sino que combaten sus manifestaciones rebeldes y anarquistas. Con el Estado comunista, en vez de procurarse la manumisión del proletariado, se labra la elevación y el poder de un partido o casta. La llamada dictadura del proletariado, expresión del dominio de un partido, cae sobre el proletariado mismo. Por medio de la manumisión política, presentada como condición previa en bien de la emancipación económica, no se logra otra cosa que oponer un nuevo y fuerte obstáculo, el Estado, a la integral manumisión de la humanidad. La liberación política ni debe ser antes ni después que la económica, sino que tiene que perseguirse al mismo tiempo, de lo contrario nunca será un hecho la completa y definitiva mutación de la cretina sociedad.

Con el moderno sindicalismo, la última propaganda realizada en los órganos obreros ha venido asegurando la necesidad de un régimen provisorio. Al extenderse el sindicalismo por los países de Europa y América, se ha desarrollado esa tesis que niega la inmediata plasmación de los sistemas esencialmente ácratas. Así el sindicalismo ha contribuído también a esa desleal y desvirtuadora labor que desplaza la fe puesta en el anarquismo. El sindicalismo, que no se diferencia absolutamente de los partidos políticos avanzados en lo de tener un programa acabado para la deseada transformación, desea también servir de tránsito de la opresiva a la libre sociedad. Así, pues, es un puente más. Pero hace pensar que como los otros denominados regímenes, en lugar de servir de puente, venga a ser más bien otro formidable dique opuesto a la acratización de la sociedad. Ya hay quienes, asegurando que el sindicalismo se basta a sí mismo, le hacen medio e ideal, marchando en pos de la implantación del Estado sindical. Otros, sin atreverse a declararlo, pidiendo todo el poder para los sindicatos, no dejan de perseguir otro objetivo. El llamado sindicalismo revolucionario, que dice ir al comunismo libre, por su actual concentración de obreros, su conjunción de oficios, sus grandes organismos, su disciplina, su centralismo y su poder de juntas y comités, hace creer que, en sus manos la administración y la riqueza, lo que haría es instaurar de hecho un formidable Estado sindicalista. Alcese el espíritu, decaído por estas desviaciones, y contra todos los poderes, viejos o nuevos establecidos o por establecer, propugnamos nuestra sola y verdadera revolución, la anarquista.

Al ser un ideal humano, ¿es o no proletaria la anarquía?

Refiérese que el famosísimo filósofo llamado Diógenes y apodado el Cínico, mayormente conquistó la celebridad, no por haber vestido con harapos, bebido en el hueco de la mano y dormido en el fondo de un tonel, sino por haber caminado descalzo llevando una linterna encendida, por las calles de la bella Atenas y en pleno día, en busca de la perfección personificada en el hombre. Si buscando, buscando, Diógenes de Sínope hubiera recorrido toda la parte del mundo entonces conocida, no hubiera encontrado el hombre que buscaba. Como si de vivir en la actualidad, el célebre discípulo de Antístenes, linterna en mano, buscando hubiera recorrido las cinco partes de la tierra, no hubiera encontrado al hombre digno de la rígida moral que aquel su maestro predicara. Y de vivir y de hacerse realidad las fantasías del excelente novelista Julio Verne, el celoso propagandista de la doctrina cínica, buscando, recorriera otros planetas, de cierto no hallaría la pureza ni en el hombre ni en nada.

Todas las cosas tienen su época. Por eso no había de faltarle la suya a esa corriente metafísica muy amiga de elevarse a las regiones abstractas. Así se generalizó un ambiente que, separándose de la realidad, corría en pos de la ilusión de la Pureza y de la Verdad. Toda la filosofía giraba en torno de la inconseguible Perfección, la Etica, remontándose a lo inaccesible, tenía por objetivos a la completa Virtud y a la acabada Bondad. La estética, anhelando también todo lo absoluto, tenía a lo Bello y a lo Sublime como finalidad. Toda la literatura clásica, como una deidad omnipotente, se daba a la creación de motivos sublimizados y de figuras geniales, heroicas y divinas. La espiritualidad de entonces, obsesionada por lo supremo, no le concedía ninguna importancia a la relatividad. Por ese superno sentido que le daba a todas las cosas, era, además de antihumana, irreal.

Esa inclinación a todo lo absoluto, no porque se halla ya en completo estado de decreción, no llega hasta llevar su influencia a algunos sectores, tomando en ellos cuerpo y formando escuela. Ha sido precisamente al desarrollarse su proceso de declinación, cuando se ha introducido en nuestro medio. Aunque la idea de lo supremo se encuentra en distante e inconvergente línea de la que todo lo hace sencillo, practicable y evolutivo, ha podido introducirse, a pesar de ser esta última la dominante. Y aunque ha tropezado con la opuesta propaganda que hace de la anarquía un ideal claro y realizable, ha logrado conquistar en nuestro campo adherentes. Esto solamente puede explicarse por lo mucho que tiene de seductora esta tendencia. Por ella se perjudicaba a la idea anarquista en lugar de beneficiarla, ya que cuanto más pura se convertía, se hacía menos real, a la par que se convertía en una utopía sólo cognoscible para un corto número de elegidos, mientras se hacía completamente artificiosa y abstrusa para los demás. Ella comenzó por presentar a la Anarquía como una nueva abstracción. Y prosiguiendo por el ascendente metafísico, la llegó a colocar entre las mitológicas Belleza y Perfección.

Cuánto se han aprovechado de ésto y siguen aprovechándose nuestros seculares enemigos. Cómo explotan ahora todo ésto los astutos impugnadores de la doctrina anarquista. Han visto con ello un medio más útil y convincente y han cambiado de táctica. Ya no zahieren a la anarquía sosteniendo que con su reinado imperarán la desgracia, la desmoralización y el desorden, sino la hieren aduciendo que de puro perfecta es completamente imposible que la puedan instaurar y observar los hombres. Así, en lugar de negarle, sino exagerando hasta el máximum sus cualidades de belleza y de libertad, procuran apartarla la atención, el estudio y la comprensión de los sencillos explotados y oprimidos y presentándose como amantes y aduladores de ella, laboran por su impenetración, su soledad y su muerte, diciendo que es propia para ángeles o dioses, pero nunca para humanos seres.

Igualmente, por medio de esa propaganda, hecho con tanta ambigüedad que presenta a nuestra idea como muy bella pero imposible de plasmarse por los siglos de los siglos o de practicarse por lo menos por la presente generación, se ha podido desviar a los proletarios del sendero de la verdadera e integral emancipación.

La anarquía no es ningún dogma inmutable, ni santo espíritu de fervorosa adoración, ni plástico motivo para la contemplación de dilettantes, ni especulativo objeto para el entretenimiento de demagogos y panegiristas: sino una idea humana, progresiva, bienhechora, realista. Toda idealidad que no dé al individuo la sensación de un valor en realismo, en belleza y en magnitud, no puede ser considerada nada más que como mero pasatiempo de cuatro snobs. No nos extasiemos como Pierrot cantando endechas a la luna. Hay que descender a la arena, hay que llevar hasta el final las consecuencias ideológicas, contrastándolas ante las legiones de la injusticia, poniéndolas a prueba en duros forcejeos contra aquellas instituciones en cuyo seno se incuban la soberbia, la esclavitud y la miseria. Laboremos porque los seres humanos sean los artífices de su propia libertad, y porque busquen en sí mismos la fuerza de la unidad y el camino de la emancipación, sin confiar a extraños poderes la misión de exonerarlos y de establecer la felicidad para todos sobre la tierra.

D. A. DE SANTILLAN

(1)

LA JORNADA DE SEIS HORAS

Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

En marzo de 1925 se celebró en Amsterdam el segundo congreso de la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores, con delegados de las organizaciones obreras revolucionarias de Alemania, Suecia, Noruega, Holanda, España, Portugal, Italia, Argentina, Uruguay y Brasil. A propuesta de la delegación argentina se adoptó la siguiente resolución:

"Considerando que la Asociación Internacional de los Trabajadores aspira a la supresión de toda forma de salariado y a la abolición del Estado, como a uno de sus objetivos más importantes y fundamentales, — objetivo que no será alcanzado más que por la clase obrera revolucionaria organizada;

"que las luchas prácticas por la obtención de mejores condiciones de vida para el proletariado dentro de la sociedad capitalista, son de una importancia singular para el desarrollo de la iniciativa revolucionaria del movimiento obrero, y para la elevación del nivel de vida en todos los dominios de la existencia material y espiritual;

"que la supresión de la desocupación, que hace insoportable la vida a millares de proletarios, es una necesidad urgente de esta hora, siendo esa desocupación en parte, el resultado de una superproducción atribuible al hecho que la producción no es condicionada por las necesidades del pueblo, sino por los intereses del capitalismo y el bajo nivel de los salarios;

"que se llega a esa superproducción aparente mediante el perfeccionamiento científico de todos los instrumentos de producción;

"que los progresos de la producción mecánica tendrían que ser acompañados necesariamente de una reducción correspondiente de la jornada de trabajo, porque aun en el sistema capitalista no habría que abandonar exclusivamente las ventajas de semejantes progresos a los actuales detentadores de las riquezas sociales;

"considerando, además, que, de acuerdo a las más irrebatibles conclusiones de la investigación científica, la jornada de ocho horas, en la industria moderna, ocasiona un derroche de energías vitales y provoca un grado de tensión superior a la capacidad normal de resistencia física del hombre;

"que ya en algunas industrias de diversos países es un hecho la jornada de seis horas,

"el congreso declara:

"Que la Asociación Internacional de los Trabajadores apoyará con todos los medios que estén a su disposición, toda acción y toda lucha que tenga por fin mejoramientos prácticos en la situación de la clase obrera. *El congreso exhorta al proletariado a participar activamente en toda acción tendiente a la conquista de la jornada de seis horas".*

Esa resolución pareció a algunos militantes revolucionarios un tanto precipitada y sin objetivo. Fué apreciada de manera muy diversa, cuando no silenciada sistemáticamente, en lo sprimeros tiempos. Poco a poco se abre camino y queremos resumir aquí algunas de las razones que nos llevaron a la defensa de esa iniciativa, sin tener en cuenta la situación crítica de desaliento y de cansancio que atraviesa el proletariado internacional.

Bien sabemos que ha de costar algún esfuerzo romper la indiferencia general e interesar las grandes masas en esta reivindicación. Pero juzgamos que la reducción de la jornada es un imperativo de la situación actual de la técnica productiva, y que, si se quiere aliviar algo la penuria creciente de los trabajadores, aunque sea de una manera efímera, por algunos años solamente, habrá que reducir la jornada de trabajo para que desaparezca el ejército industrial de reserva que amenaza la estabilidad de todas las conquistas obreras de los últimos treinta o cuarenta años.

La tendencia a la disminución de la jornada es tan ineludible en el mundo del trabajo, dentro del sistema capitalista, como la tendencia del capitalismo mismo al acrecentamiento de su riqueza a costa de los trabajadores.

La propia jornada de seis horas, que podría parecer una idea nueva, ha sido ya objeto de aspiraciones más o menos platónicas. Hace más de treinta y cinco años hubo en Australia una tendencia que propiciaba la implantación de la semana de 35 horas, repartidas en cin-

No podemos creer que el anarquismo sea un genial descubrimiento de laboratorio ni producto del trabajo y del ingenio de pensadores y filósofos. Nuestra firme consideración es que el anarquismo es una corriente rebelde y social: un movimiento espontáneo de los oprimidos y expoliados que llegaron a la comprensión del mal y de la inutilidad de los tres poderes: Iglesia, Capital y Estado: una manifestación colectiva que batalla por un justo y nivelador estado de cosas que reporte al individuo el máximum posible de dicha y de libertad. Esto no quiere decir, en manera alguna, que se niegue a la provechosa especulación filosófica y se desdeñe a los pensadores y filósofos, sino que se les considera sin exageraciones en su justo valor. La obra de la filosofía ha cooperado a la concreción y especificación de las aspiraciones que palpitaban en las fracciones de proletarios rebeldes; pero ésto no le da ningún derecho a conceptuar como cosa propia a la anárquica concepción.

Entre la parte del obrerismo que tiene clara conciencia de su deprimente estado y de su importante papel social, es donde se extiende, se adopta y se agita el problema del anarquismo. Los obreros que paulatinamente o por un accidente entierran su vida en el fondo de la mina, que riegan con su sudor los surcos de la tierra y que dejan sus energías en el interior de las fábricas, los que son vilmente explotados y no mimados por la burguesía, son los que más sufren y por ello saben de las miserias, de los egoísmos y de las injusticias que encierra el actual orden con sus castas y privilegios. Para ellos la anarquía no es más que una sociedad de productores libres, basada en el trabajo y en la libertad. Por eso, no es que luchen por la dominación de su clase, sino que van a la destrucción del parasitismo, el privilegio y las clases; asimilándose, hasta no quedar en su lugar más que productores que serán a la vez consumidores, unidos por los lazos del apoyo y la cooperación. Ellos son los que se juntan, los que se mueven, los que se agitan de continuo, llegando hasta producir inquietud al capital y a los poderes constituídos; ellos han sido la fuerza de todas las revoluciones: por eso es de ellos de donde esperamos ha de brotar la anhelada transformación social.

Por estas razones que alegamos en defensa del movimiento obrero anarquista y de la vuelta al anarquismo de las organizaciones obreras que en el seno de la vieja Asociación Internacional fueron anarquista-colectivistas, se nos acusa de que queremos hacer de la anarquía un ideal de clase, por unos, y por otros, de que por nuestra nueva e idiosincrática manera de concebir el ideal perseguimos la proletarización de la anarquía.

(*Concluirá*)

LUIS BONAFOUX

LOS DIPUTADOS

Por fin... ha fallecido el período electoral. Los diputados han surgido en plena fiesta de la Candelaria, al iniciarse la primavera, casi casi al despuntar en el Retiro y en el campo del Moro las setas y las lilas.

Son muchos los que pueden jactarse de ser independientes (de la opinión pública): son muchos también, en "ambos hemisferios", los señoritos que se han quedado compuestos y sin distrito.

Recuerdo haber leído este diálogo:

—¿Y el chiquitín?

—Tan mono.

—¿En qué se ocupa?

—En nada... Esperamos que sea mayorcito para hacerle diputado.

Aparte de alguno (*rara avis*) que quiere ser diputado por patriotismo, y de otros (los más) que lo desean para recabar *per se* (léase para ellos) o *per accidens* (léase para sus amigos y paniaguados destinos gordos), todos anhelan la investidura de padres de la patria para que lo cuente *La Correspondencia* y puedan ellos repetirlo en papel del Congreso; — sin que falte, por supuesto, quien haga acopio de caramelos para la familia, ni quien los revenda a la misma confitería que los vendió.

Para el hombre que no es orador ni escritor, que no tiene instrucción ni talento, y que, a pesar de tamañas deficiencias, se ve compelido a dejar que le pongan la investidura — que es como si le pusieran un arnés y lo engancharan al carro del Parlamento, — para ese hombre, si tiene decoro, la diputación es el mayor de los suplicios.

No... yo no olvidaré nunca las fatigas que pasó don José Gómez, que era buen ciudadano, buen padre de familia y buen amigo; pero que era al propio tiempo un caso de caquexia intelectual y un ignorante de condición. Su cabeza no sonaba tanto a hueco allá en el distrito; y aunque parezca mentira, a don José se le había oído con deleite en el mostrador de su casa y alguna que otra vez en el Casino.

¡Pero en Madrid!... En Madrid se hila más delgado, y allí no *resultaba* don José Gómez; allí, en aquel medio ambiente que no era el suyo y para el cual no había nacido, se caía a pedazos de puro aburrido. El *bulle-bulle* del salón de conferencias le ponía *bomba* la calabaza que le servía de cabeza.

Los diputados charlaban por los codos... que Sagasta dijo que el gobierno estaba moralmente muerto y que en caso de crisis sería llamado al poder el partido constitucional; que Sagasta salió en seguida a enterar a Martínez Campos, el cual estaba almorzando en Lhardy, y terminó la narración con un gesto de inteligencia que fué muy comentado; que Romero Robledo se propone arrojar del templo a los mercaderes de la política; que a Carvajal le parece bien el manifiesto de Ruiz Zorilla; que a Salmerón no le parece lo mismo y quiere modificarlo; que Pi y Margall está con el espíritu, pero no con la letra del documento, y que Castelar no está con la letra ni con el Espíritu Santo; que todos los demócratas están conformes con el manifiesto, pero que no puede haber fusión entre dichos elementos, y sí puede haber inteligencia, o al revés; que habrá crisis si sale Silvela, pero que si no sale del gobierno, puede que tampoco haya crisis; que... Don José Gómez se volvía loco. Haciendo un esfuerzo se acercaba a otro corro.

—Apropósito, don José, le dice un diputado. Estamos hablando de la autonomía, ¡y como usted viene de *allá!*... Diga usted, don José: ¿ha leído usted el *Catecismo político* de Montigny?

¡Qué crueldad! ¡Preguntar eso a don José, que conoce a medias el catecismo del padre Ripalda!

—Oiga usted, señor de Gómez, dice otro diputado zumbón. Cuéntenos algo de esa obra de Hernán Merival, titulada *Lectures on Colonization and Colonies*...

—Instrúyanos usted, don José.

—¡Alterne usted con nosotros, señor de Gómez!

Y don José, abrumado, corrido, se dirige a la puerta; pero tropieza con un compañero suyo, otro Gómez, y le pregunta como preguntaban los progresistas cuando hablaba Salmerón:

—¿Qué dicen esas gentes? ¿De qué hablan en ese grupo? Leroy-Beaulieu, John Russell, ¿les has oído tú mentar alguna vez?

En su precipitación, olvida al salir que le han recomendado que se tape la boca. Bien es verdad que no hubiera podido tapársela, porque sale con tres palmos de narices. El salón de conferencias es un horno, y la temperatura es glacial en la calle. Don José Gómez toma una bronquitis horrorosa que le pone "a las puertas del sepulcro".

Restablecido de la dolencia, vive amargado por su insignificancia personal en Madrid. ¡Qué injusticia! Madrid no sabe quién es don José, el acaudalado dueño de la mejor fábrica de pan de Mallorca, ni sabe tampoco los millones que guerda en su tahona, y sobre los cuales y consiguiendo votos a cambio de panecillos, alzó el pavés de su diputación bufa. ¡El señor de Gómez está consternado! Pero... ¿por qué, se pregunta él mismo, me habré salido del tiesto, o sea de la panadería?... Y entonces, aprovechando la agria levadura de la vanidad ultrajada, malos amigos suyos, que le deben el pan de diez años, le intan a *echar* un discurso *sobre* la cuestión harinera.

—No tenga usted miedo, don José. La *cosa* es *no cortarse*. Usted domina el asunto.

El también lo creía. Pero la tribuna del Congreso es harina de otro costal. Madrid ignoraba las proezas, dignas de todo encomio, de aquel *nabab* que fabricaba panecillos. Madrid se fijaba en la cara de libreta que tenía el buen diputado, y en su formidable leontina, perteneciente a la clase de las que han sido chacoteadas por Pereda y Palacio Valdés, y en las obleas de sebo que llevaba en las sienes, porque don José era jaqueoso.

Resuelto a todo, puesto que ya estaba en el burro, muy metido en sí, don José se metió también en harina, esto es, en discurso, y Madrid, desde la tribuna pública, se reía de él con toda la boca.

—¿Tengo yo monos en la cara? preguntaba a los amigos que había colocado detrás de él para que le *apuntaran* mientras enjaretaba el discurso.

Don José echaba chispas. Se ahogaba. El vaso de agua con azucarrillos no lograba refrescarle. ¡Oh! ¡si él tuviera a mano una *ginebrita* o un néctar con soda!... Sudando la gota gorda, herido por aquella risa acerada, que era un silbo del Guadarrama, y metiéndose en las sobaqueras los dedos pulgares, hizo un esfuerzo sobrehumano para recordar el párrafo más saliente de un discurso suyo, que fué muy aplaudido en el casino de *su* pueblo; y, puesto ya a recordar, recordó todo el párrafo, y lo soltó todo... entre risas inacabables, porque Madrid continuaba riéndose de él, ¡de don José Gómez!... Y es que don José le resultaba divertido a Madrid, que es un pueblo de buen humor.

Una voz gritó desde la tribuna de periodistas:

—¡Valiente costal!

Otra voz dijo:

—Eso no es hablar; eso es ladrar y silbar un discurso.

Y de repente, estallando como una tromba marina, cien voces exclamaron:

—¡Que lo lleven al Retiro y lo metan en la jaula de los monos que se han muerto!...

Yo que había ido a aplaudir a don José — porque hay que hacer de todo en esta vida ingrata — lloraba de pena.

Y aquella misma noche, ¡oh fatalismo de la suerte! murió don José Gómez de un cólico oratorio...

---

co días. Y sin ir más lejos la Federación Obrera Regional Argentina aprobó en su sexto congreso, celebrado en septiembre de 1906, esta moción: "El sexto congreso recomienda a los gremios que se pongan en condiciones de hacer triunfar la jornada de seis horas". Es verdad, esas iniciativas no fueron objeto de propaganda sistemática: las condiciones económicas del mundo, salvo las crisis pasajeras, eran relativamente florecientes, y en esa prosperidad relativa el equilibrio entre el consumo y la capacidad de producción se ha ido sosteniendo hasta la guerra mundial. Después de la guerra, la situación económica internacional ofrece caracteres completamente nuevos y, de acuerdo a ellos, la conquista de la jornada de seis horas, que fué aspiración platónica hasta aquí, se convierte ahora en una necesidad de vital importancia.

Contra el desaliento que podría surgir ante las dificultades para que la idea de las seis horas penetre en el corazón de los proletarios y los mueva a la lucha por su conquista, recordamos estos antecedentes de la lucha por la jornada de ocho horas:

La jornada de ocho horas, que tuvo en los sucesos sangrientos de Chicago en 1886 el comienzo de su realización, no surgió de la noche a la mañana: su elaboración y difusión exigió una larga sucesión de años y una serie interminable de luchas y sacrificios.

En un congreso obrero de Baltimore, celebrado en agosto de 1866, veinte años antes de la tragedia de Chicago, se declaró: "Lo que es preciso reivindicar ante todo, para sustraer el trabajo de nuestro país a la esclavitud capitalista, es una ley que fije en ocho horas la jornada normal. Estamos resueltos a emplear todas nuestras fuerzas para alcanzar ese glorioso resultado".

Y al mes siguiente, el congreso de la primera Internacional, celebrado en Ginebra, toma esta esta resolución: "Considerando la limitación de la jornada de trabajo como la condición previa para el logro de todos los demás esfuerzos en vista de la emancipación... Proponemos fijar en ocho horas el límite legal de la jornada de trabajo...".

Como se vé, veinte años antes de iniciarse la lucha activa de los trabajadores por la jornada de ocho horas, esa idea fué discutida y aprobada por los congresos obreros. Ese largo período de gestación se explica por las condiciones industriales relativamente tolerables, que no apremiaban, con la urgencia que lo hacen hoy, una solución al problema de la jornada de trabajo.

Se habla en todos los países, después de la guerra, de una crisis aguda de desocupación: tres o cuatro millones de obreros sin trabajo en los Estados Unidos, un par de millones en Inglaterra, otro tanto en Alemania, y así sucesivamente en la inmensa mayoría de los países de Europa y de América. En la propia Rusia de la "dictadura proletaria", la desocupación es uno de los problemas capitales. En la Argentina, que apenas conoce el moderno industrialismo, existen actualmente unos 300.000 obreros desocupados. Y en todas partes se reconoce que esta crisis se diferencia de todas las demás crisis comerciales e industriales, propias del capitalismo, por su carácter persistente y su agravación incesante. Esta cronicidad puede simularse cuanto se quiera, pero será imposible silenciar por mucho tiempo sus causas generadoras y postergar eternamente la aplicación de la sola medida que puede modificar la situación, tanto para los trabajadores como para los capitalistas mismos: la reducción de la jornada de trabajo.

Hace cincuenta años, una desocupación tan formidable como la actual, hubiera sido un factor revolucionario; pero el socialismo científico ha sabido adiestrar los instintos populares y domar los impulsos de las masas. La desocupación obrera favorece los planes de la reacción internacional.

Gentes más o menos bien intencionadas se preocupan de hallar una solución a esta crisis inaudita; pueden leerse tratados enormes, recetas científicas, exposiciones económicas reveladoras de esfuerzo mental y paciencia; pero todo eso, hasta ahora, está lejos de aproximarse al fondo de la cuestión.

El capitalismo tiene ya una potencia tal, que se rige por sus propias leyes inherentes, más poderosas que la voluntad de tal o cual capitalista aislado. Al desconocer eso se va de contradicción en contradicción, y los economistas y sociólogos marchan a la zaga de las evoluciones de ese funesto sistema económico, que no se deja guiar ni determinar más que por la propia esencia antihumana que le dió la vida.

Quien sabe si al fin y al cabo Marx haya tenido algo de razón al constatar el desenvolvimiento suicida del capitalismo, no en la forma prevista por él — la acumulación del capital — sino en el sentido del agotamiento de la especie humana en sus rodajes incontrastables.

AÑO V

LA PROTESTA

BUENOS AIRES, 4 DE OCTUBRE DE 1926

N.o 243

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden —

Redacción y Administración: PERU 1537 … GO

…os a M. TORRENTE

LA IDEA Y LA ACCION

Hay en el movimiento revolucionario dos temperamentos básicos y en consecuencia dos maneras fundamentales de encarar las cosas de la propaganda. Una, la que lo fía todo a la idea pura; otra, la que pone todas las cartas sobre la acción por la acción. Pero si generalmente los términos medios son los falsos, esta vez, el término medio, es la expresión justa, la manifestación más aproximada a la verdad.

Cuando la idea es separada de la acción, se vuelve impotente y su existencia real equivale a la no existencia; cuando la acción es separada de una idea directiva, se reduce a una agitación infecunda, a un movimiento sin alma, sin norte, sin perspectivas creadoras. La acción debe ponerse al servicio de la idea mucho más que la idea al servicio de la acción. Pero, aisladas, idea y acción son estériles, como la palanca sin el punto de apoyo, o como el punto de apoyo sin la palanca.

Pensamos que nuestro movimiento adolece algo de cierto conformismo teórico que no siente impaciencias ni deseos apremiantes de ver transformados en realidad los bellos sueños de la fantasía, y así se esterilizan esos sueños y el movimiento entero vegeta sin grandes conmociones espirituales, trillando algunos senderos trazados previamente por ajeno esfuerzo.

Nos resistimos a reconocer un sincero apasionamiento por la anarquía allí donde ese apasionamiento no se manifiesta al exterior, en los esfuerzos individuales o colectivos. ¿De qué nos serviría, de qué serviría al progreso de la humanidad nuestra anarquía bien guardada en algún rinconcito del cerebro o del corazón, sin influencia en nuestra conducta, sin hacernos obrar de un modo más bien que de otro, sin incitarnos a hacer compartir por los demás nuestros tesoros de ideas, sin estimularnos a la lucha para la instauración de condiciones en que esa anarquía, de que nos decimos enamorados y entusiastas, pueda prosperar y desarrollarse?

Un movimiento revolucionario tiene un objetivo—nosotros tenemos la anarquía; y el grado de su vitalidad se revela en la intensidad con que se manifiesta el esfuerzo por alcanzar ese objetivo. ¿Cuál es el grado de vitalidad del anarquismo? Auscultemos el propio corazón, auscultemos y estudiemos la vida, la conducta, el ejemplo de tantos que se llaman camaradas. ¿Hacen, hacemos bastante? Para una inmensa mayoría la integración del movimiento anarquista no significa ningún compromiso; la propia conciencia no les reprocha la actitud pasiva ni el hecho de ser anarquistas con el espíritu superficial e indiferente del que no siente ninguna emoción por un ideal que debería hacer vibrar todo nuestro ser y poner en tensión todas las fibras de la voluntad, para que la libertad y la justicia fuesen las supremas reguladoras de la vida.

El campo de acción en que podemos desarrollar nuestro esfuerzo en favor de la anarquía es infinito; no tiene para el individuo más límites que las propias capacidades y aptitudes. Una de las tantas formas, aunque de las primordiales, es el movimiento obrero. Pero creer que se hace bastante por la anarquía con solo pagar la cuota del sindicato y votar en las asambleas, de tanto en tanto, sobre cosas que no siempre hemos comprendido, es una ilusión. Con el espíritu pasivo en el s[illegible]cato anarquista no se manifiesta, ni con mucho, una adhesión efectiva al anarquismo. Tampoco es bastante, para ser anarquista, la suscripción a algunos de nuestros periódicos y su abonamiento regular. No merece el nombre de anarquista más que el que lucha por la anarquía, según sus fuerzas, haciendo de esa lucha un elemento de su propia vida.

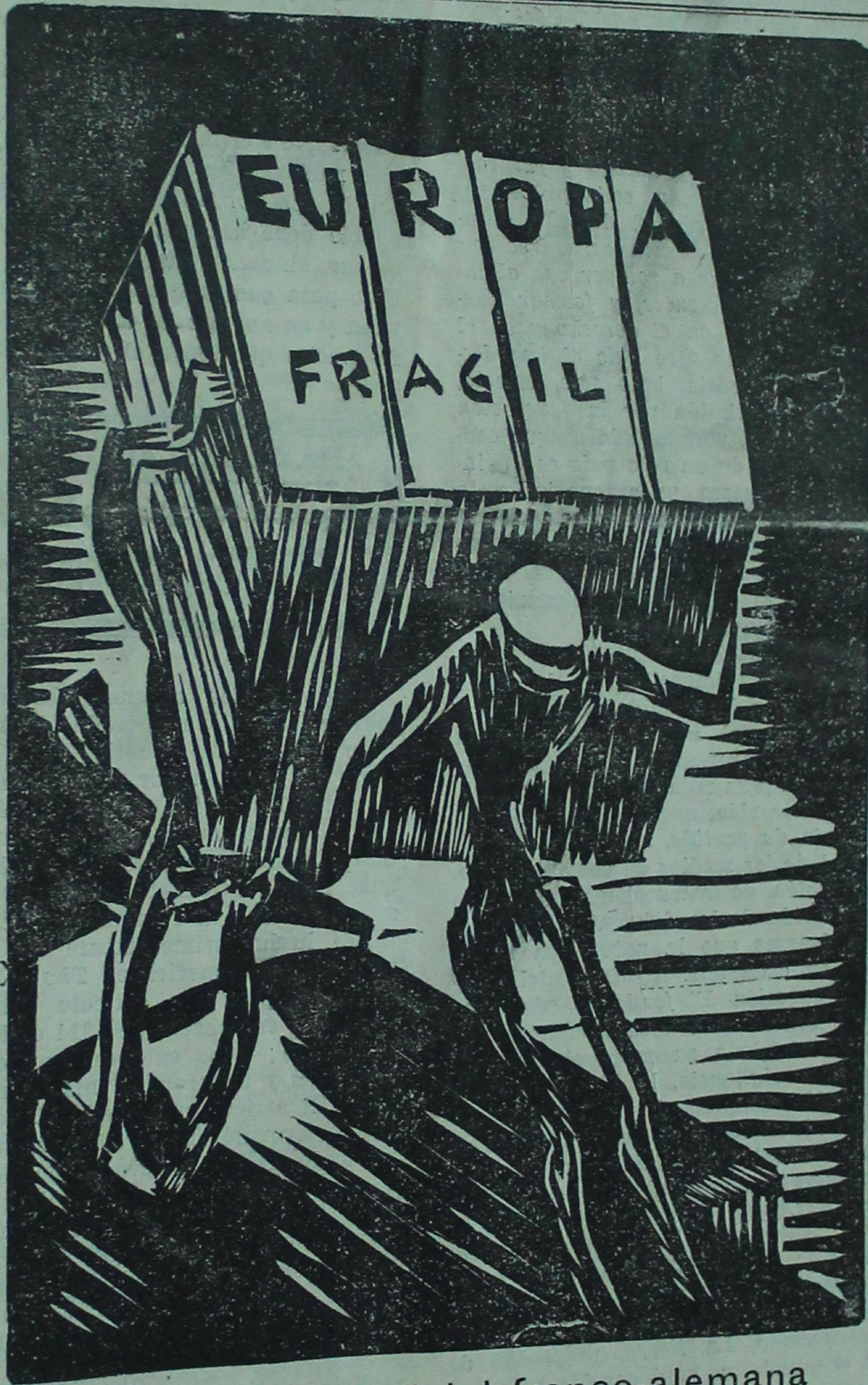
Entendemos que se puede ser, sin entusiasmo, miembro de una de esas sociedades de cremación para irnos pagando poco a poco el viaje a la última morada; nos explicamos que no se ponga el alma en el pago de una póliza de seguros contra la enfermedad y la vejez; comprendemos que no se produzca ningún apasionamiento en la adhesión formal a una cofradía religiosa. Pero no entendemos, no nos explicamos la adhesión al anarquismo sin entusiasmo y apasionamiento, sin espíritu combativo, sin deseos y anhelos de verlo propagado, aceptado por todos los hombres sanos de corazón, y realizado.

Que se nos permita dudar un poco. Donde no hay lucha por la anarquía, no hay un gran amor al anarquismo, pues la idea que no se manifiesta, que no se traduce en actos, que no se expresa como una fuerza, no puede ser considerada como existente. El alma teológica no existe; el alma es el sistema nervioso, el cerebro, y no hay nada que apasione al cerebro que no se exteriorice de alguna manera. ¿Amor a la anarquía donde no se advierte el esfuerzo por realizarla, por difundirla, por encarnarla en la vida? Nos sentimos inclinados a ponerlo en duda.

No hay entre nosotros ni voces de mando ni sanciones disciplinarias. Cada cual hace lo que quiere y lo que puede. Pero sí nos queda el recurso de recordar a nuestros camaradas que la labor a realizar es todavía enorme, que hay que destruir un mundo que nunca se ha considerado más sólido y construir una sociedad nueva. El derecho a recordarles que la pasividad no es un modo elocuente de expresar las simpatías y la fe en el anarquismo, ese derecho lo conservamos todos. Y haremos uso de él para llamar a los militantes a redoblar el esfuerzo y a trabajar con más aliento y más fervor en pro de la causa común.

Es preciso romper el hielo de la indiferencia con que se trata de ahogar nuestra voz; que cada cual mire al fondo de su conciencia y examine si da a la anarquía todo el entusiasmo y todo el calor de que es capaz. Por nuestra parte pensamos que esa mirada introspectiva ha de hacernos ver lo poco que sacrificamos nuestra pereza o nuestras comodidades por una causa que no puede existir más que a costa de abnegación, de voluntad y de espíritu de sacrificio en los que la reconocen.

Camaradas, un poco más de esfuerzo, un poco más de fuego en las convicciones, un poco más de vida, de audacia y de juventud! Las ideas se enmohecen y se debilitan cuando no se expresan con actos.



La mutua ayuda oficial franco-alemana

Sumario de este número

MIGUEL BAKUNIN

Programa de la Sociedad de la revolución internacional

Fragmento inèdito de Miguel Bakunin

(Conclusión)

Completaré este programa fragmentario, añadiendo aquí un extracto del *Catecismo Revolucionario* de 1866, documento inédito (salvo lo que he producido en mi biografía de Bakunin, págs. 221 a 223), principalmente el

RESUMEN DE LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE ESTE CATECISMO.—

(Páginas 47 a 53 de la copia de ese documento, hecha por Z. S. Obolenska):

a) Negación de dios;

b) El respeto a la humanidad debe reemplazar el culto a la divinidad. La razón humana reconocida como criterio único de la verdad; la conciencia humana como base de la justicia y la libertad individual y colectiva como fuente y base única del orden en la humanidad;

c) La libertad de cada uno no es realizable más que en la igualdad de todos. La realización de la libertad en la igualdad es la justicia;

d) La exclusión absoluta del principio de autoridad y de razón de Estado. *La libertad debe ser el único principio constitutivo de toda organización social, política tanto como económica. El orden en la sociedad debe ser la resultante del mayor desenvolvimiento posible de todas las libertades locales colectivas e individuales. Toda la organización, tanto política como económica debe partir, por consiguiente,* no ya como hoy, de arriba hacia abajo y del centro hacia la circunferencia, por principio de unidad, sino de abajo hacia arriba y de la circunferencia hacia el centro, *por principio de asociación y de federación libres.*

e) *Organización política. Abolición de toda iglesia oficial*, protegida y pagada por el Estado. *Libertad absoluta* de *conciencia* y de culto, con el derecho ilimitado de cada uno a levantar templos a sus dioses y a pagar sus sacerdotes. *Libertad* absoluta de *las asociaciones religiosas*, que no disfrutarán, por otra parte, de ningún derecho político y civil, ni podrán ocuparse de la educación de los niños. *Abolición y bancarrota del Estado centralizador y tutelar. Libertad absoluta del individuo*, no reconociendo los derechos políticos más que a los que vivan de su trabajo, a condición de que respeten la libertad ajena. *Sufragio universal, libertad ilimitada* de la *prensa*, de la *propaganda*, de los *discursos* y de las *reuniones* públicas y privadas. *Libertad absoluta de asociación*, sin conceder, sin embargo, el reconocimiento jurídico más que a las que por su objeto y su constitución anterior (leer: interior) no se pongan en contradicción con los principios fundamentales de la sociedad. *Autonomía absoluta de la comuna*, con el derecho de administración y hasta de legislación interior, salvo conformarla a los principios fundamentales que servirán de base a la constitución provincial, si la comuna quiere formar parte de la federación y disfrutar de la garantía provincial. *La provincia no debe ser más que la federación de las comunas. Autonomía de la provincia ante la nación*, con el derecho de administración y de legislación interiores, salvo el conformarlas a los principios fundamentales de la constitución nacional, si la provincia quiere formar parte de la federación y disfrutar de la garantía nacional. *La nación no debe ser más que la federación de las provincias que libremente quieran formar parte de ella*, con el deber de respetar la autonomía de cada una, pero teniendo, sin embargo, el derecho a exigir que la constitución y la legislación particular de cada provincia *que quiere formar parte de la federación y disfrutar de la garantía nacional*, sean conformes a la constitución y a la legislación nacionales, que en todos los asuntos que conciernen, sea a la relación mutua de las provincias, sea a los intereses generales de la nación entera, cada provincia ejecuta los decretos votados por el parlamento nacional y notificados por el gobierno nacional, y cada una debe someterse a las sentencias del tribunal nacional, salvo apelación al tribunal internacional, cuando éste existe. En caso de rehusamiento de obediencia en uno de esos tres casos, la provincia será puesta fuera de ley y fuera de la solidaridad nacional, y en caso de ataque de su parte contra una de las provincias federadas, será vuelta a la razón por el ejército nacional.

Abolición de los llamados derechos históricos, de conquista y de toda política de redondeamiento, de engrandecimiento, de gloria y de potencia exterior del Estado. La prosperidad como la libertad de todas las naciones son solidarias, y cada cual debe buscar su potencia en su libertad. La independencia nacional es un derecho nacional, inalienable como el del individuo; con ese título debe ser sagrada, pero no a título de derecho histórico. *Del hecho que un país haya estado unido a otro durante siglos, aunque fuese voluntariamente, no se sigue que deba sufrir esa unión si no la quiere; porque las generaciones pasadas no han tenido jamás el derecho de alienar la libertad de las generaciones presentes y futuras. Por tanto, cada nación, cada provincia, cada comuna tendrán el derecho absoluto a disponer de sí mismas, a irse con otras lo mismo que a romper sus alianzas pasadas y presentes, y formar nuevas, sin que esté en el derecho y en el interés de ningún otro país el impedírselo.* Toda violencia, bajo este aspecto, deberá ser reprimida por la *federación nacional* entera, porque todo ataque contra la libertad de un solo país es un insulto, una amenaza, un ataque indirecto contra la libertad de todas las naciones. En fin, *federación internacional* y *solidaridad revolucionaria* de los *pueblos libres* contra la coalición reaccionaria de los países esclavos todavía.

f) *Organización social.* — La igualdad política es imposible sin la igualdad económica. La igualdad económica y la justicia social serán imposibles en tanto que en la organización de la sociedad no haya para cada individuo humano, al nacer a la vida, *una perfecta igualdad del punto de partida*, consistente en la igualdad de los medios de sostenimiento, de educación, de instrucción y más tarde de aplicación de las diferentes capacidades y fuerzas que la naturaleza habrá puesto en cada uno. *Abolición del derecho de sucesión.* El *fondo de educación pública solamente tendrá derecho a heredar*, teniendo a su cargo el mantenimiento, la vigilancia, la educación y la instrucción completa de los niños desde su nacimiento hasta su mayoría de edad. Siendo el trabajo el único productor de las riquezas, todo hombre debe trabajar para vivir, sino será considerado como ladrón. El trabajo *inteligente y libre*, base de la humana dignidad y de todos los derechos políticos y el *trabajo individual*, se funda cada día más en el *trabajo asociado*. La *tierra*, propiedad de todo el mundo, no será poseída más que por aquellos que la cultivan. *Igualdad del hombre y de la mujer en todos los derechos políticos y sociales. Abolición de la familia legal, fundada en el derecho civil y en la propiedad. Matrimonio libre. Los niños no pertenecen ni a los padres ni a la sociedad. La tutela suprema de los niños, su educación y su instrucción pertenecen a la sociedad.* La escuela reemplazará la iglesia. Su fin: *la creación de la humanidad libre.* Abolición de las prisiones y del verdugo. Respeto y cuidados para los viejos, para los inválidos, para los enfermos.

[Como la parte resumida en lo que precede, de este *Catecismo Revolucionario* (págs. 1 a la 46) es seguida aún de una parte final de que no hay resumen, he aquí esa parte (págs. 53 a la 56)]:

12.— *Política revolucionaria.* — Es nuestra convicción fundamental que siendo solidarias todas las libertades nacionales, las revoluciones particulares de todos los países, deben serlo también; que en lo sucesivo en Europa como en todo el mundo civilizado no habrá *revoluciones*, sino sólo la *revolución* universal, como no hay más que *una sola reacción europea* y *mundial*; que, por consiguiente, todos los intereses particulares, todas las vanidades, pretensiones, envidias y hostilidades nacionales, deben fundirse hoy en el *único interés común y universal* de *la revolución que asegurará la libertad y la independencia de cada nación por la solidaridad de todas.* Que la santa alianza de la reacción mundial y la conspiración de los reyes, del clero, de la nobleza y de la feudalidad burguesa, apoyadas en enormes presupuestos, en ejércitos permanentes, en una burocracia formidable, armadas de todos los terribles medios que les da la centralización moderna con el hábito y, por decirlo así, con la rutina de la acción y el derecho de conspirar y de hacerlo todo a título legal, son un hecho inmenso, amenazante, aplastante, y que, para combatirlo, para oponerle un hecho de una potencia igual, para vencerle y destruirle no se necesita nada menos que *la alianza y la acción revolucionarias simultáneas de todos los pueblos del mundo civilizado.* Contra esa reacción mundial *la revolución aislada de un pueblo no podría triunfar*, sería una locura por consiguiente, una falta para ella misma y una traición, un crimen contra todas las demás naciones [en manuscrito: *acciones*]. En lo sucesivo la sublevación de cada pueblo debe hacerse, no en vista de él mismo, sino en vista de todo el mundo. Pero para que una nación se subleve en vista y en nombre de todo el mundo, será preciso que tenga el programa de todo el mundo, bastante amplio, bastante profundo, bastante verdadero, bastante humano, en una palabra, para abarcar los intereses de todo el mundo, y para electrizar las pasiones de todas las masas populares de Europa, sin diferencia de nacionalidades. *Ese programa no puede ser más que el de la revolución democrática y social.*

a. El *objeto de la revolución democrática y social*, tal vez definido en dos palabras: *Políticamente*: es la abolición del derecho histórico, del derecho de conquista y del derecho diplomático. Es la emancipación completa de los individuos y de las asociaciones del yugo de la autoridad divina y humana, — es la destrucción absoluta de todas las uniones y aglomeraciones forzadas de las comunas en las provincias, de las provincias y de los países conquistados en el Estado. En fin, es la disolución radical del Estado centralista, tutelar, autoritario con todas las instituciones militares, burocráicas, gubernamentales, administrativas, judiciales y civiles. Es, en una palabra, *la libertad devuelta a todo el mundo, a los individuos como a todos los cuerpos colectivos, asociaciones, comunas, provincias, regiones y naciones, y la garantía mutua de esa libertad por la federación.*

Socialmente: es la *confirmación de la igualdad política por la igualdad económica.* Es el comienzo de la carrera de *cada uno, la igualdad del punto de partida*, igualdad no natural, sino social para cada uno, es decir igualdad de los medios de sostenimiento, de educación, de instrucción para cada niño, de ambos sexos, hasta la época de su mayoría de edad.

(Aquí termina la copia del texto).

MAX NETTLAU

DE POLEMICA

Internacional colectivista y comunismo anárquico

¿Puedo hacer algunas observaciones sobre un artículo mío traducido en "Pensiero e Volontá", discutido por E. Malatesta y también por Gigi Damiani en "Fede!", 113, 114 y 115, a propósito de las soluciones económicas comunistas e individualistas propuestas para la anarquía futura? Quisiera hacer notar que soy extraño a la reimpresión de mi artículo hecha primeramente en el periódico norteamericano *The Road to Freedom*, pues ese artículo había sido publicado en febrero de 1914 en *Freedom* (Londres); hubo entonces una cantidad de cartas y una replica mía en mayo de 1914. El artículo fué traducido entonces por E. Armand en sus *Refractaires* y me recuerdo de una breve respuesta, absolutamente negativa, de B. R. Tucker. Antes de reimprimir en América ese artículo doce años después, se me habría debido ofrecer la posibilidad de remoldearlo, donde lo hubiese creído necesario, o bien se habría debido poner la fecha de 1914.

Esto explicará que yo no he pensado de ninguna manera en las tendencias individualistas existentes en el seno de los movimientos comunistas anarquistas en Francia, Italia y en otras partes. No he pensado más que en los dos sistemas económicos elaborados con una precisión absoluta, el de Kropotkin y el de Tucker, que se excluyen, son recíprocamente hostiles, y que, poniendo ante el público dos pretendidas soluciones económicas con idéntica esperanza y buena fe, no me parece que obren de manera muy práctica. Se rememorarán las grandes luchas entre proudhonianos y colectivistas en Francia y en Bélgica durante los años de 1867 a 1870, y la Internacional habría sido mucho más fuerte en ocasión de la guerra y de la Comuna sin esas divisiones, y se sabe también en qué medida y desde hace cuanto tiempo, ya desde 1830, tantos americanos inteligentes y generosos habían sido fascinados por el sistema individualista de Warren, continuado por Tucker, lo que originó la debilidad y el retardo del anarquismo colectivista y comunista que, hoy mismo, está casi enteramente limitado a los inmigrados alemanes, hebreos, rusos, italianos, españoles, etc.

Me ha parecido que esas dos propagandas que se ignoran o se consideran hostilmente, podrían cooperar o apoyarse recíprocamente, constatando simplemente que no emiten dogmas o resultados adquiridos, sino simples hipótesis, amando cada cual la suya, sin despreciar la del otro, y que la experiencia libre del porvenir decidirá si uno o el otro método deberán prevalecer o si deberá haber un método único o más de uno, y cuáles, y en qué condiciones especiales.

En 1914 había, pues, dos partidos, en todas las cartas, un non possumus absoluto. En 1926 el hecho mismo que se haya vuelto a ocupar uno de este viejo artículo parece mostrar que el exclusivismo de un tiempo se ha debilitado; estoy contentísimo.

Ocupándome en estos últimos meses minuciosamente de la vida de Bakunin desde el 1868 al 1876 y además, hoy mismo, de la historia de las ideas anarquistas desde 1864 (ó 1859) al 1880 — el primer volumen de la historia hasta 1864 se publicó en alemán en 1925 — he seguido de cerca las luchas del colectivismo naciente contra el proudhonismo y he llegado al año 1876, el año del comunismo anárquico naciente en varios ambientes y antes aun de Kropotkin. En otro tiempo veía en eso un gran acontecimiento — la coronación de la elaboración de la idea anarquista — ahora, en cambio, estoy inclinado a ver ahí una restricción, una especialización, una disminución de esta idea y la causa de su difusión demasiado lenta que todos nosotros deploramos.

Me explicaré. Cuando el sentimiento socialista hizo rechazar el proudhonismo que, especialmente para los proudhonianos después de la muerte de Proudhon (enero de 1865) se había convertido en un sistema anodino de cambio mutuo

se basaba en dos concepciones amplias y fundamentales: el carácter *social* de los seres humanos y la abolición de la opresión y de la explotación, considerados y reconocidos como inseparables. Se estaba, pues, simultáneamente contra el Estado y contra el capitalismo: se sustituía el Estado por la Federación libre y el salariado por el trabajo asociado que garantizaría a cada uno el *producto íntegro del propio trabajo*. He ahí todo; eso bastó para Bakunin y los jurasianos, para los españoles desde 1868 a 1886. Nadie se ocupó entonces de terminar en los detalles lo que quería decir *el producto integral del trabajo*; se sabía que se trataba del producto no diezmado por el capitalista y por el Estado y eso bastaba. Al que hubiese preguntado por los detalles se le habría respondido que no se sabía y que correspondería al grupo, a la asociación futura encontrar los medios prácticos y equitativos. En suma, fué aquélla la menor preocupación.

Una concepción tal, podía reunir amplias masas y efectivamente entoneces, esta idea colectivista revolucionaria estuvo sóla ante los obreros de muchos países donde los proudhonianos, blanquistas y marxistas, fourieristas y otros significaban también poco. La gran corriente, pues, fué entonces anarquista colectivista, posición magnífica que no hizo sino poner más en relieve aquella manifestación casi espontánea del federalismo y del antiestatismo que fué la Comuna de París. El obrero se unía a aquellos que luchaban por la solidaridad y por la ausencia de opresión y de parasitismo; el obrero comprendía eso, pero temo que comprendiese mucho menos cuando se elaboró y auspició una solución *especial* a partir de 1867 y particularmente desde 1879-80.

Quisiera citar lo que ha escrito James Guillaume, el representante más consciente y uno de los más inteligentes del colectivismo de la Internacional, en sus *Idées sus l'organisation sociale* (Chaux de-Fonds, 1876, agosto), opúsculo escrito primeramente en octubre de 1874 a pedido de Cafiero y que circuló, según parece en una traducción manuscrita hecha por Cafiero, un texto primitivo que hasta aquí parece perdido. Escribe, pues, en el texto revisado en 1876 (págs. 16-17):

"...Los productos del trabajo pertenecen a la comunidad, y todo asociado recibe de ella, sea en especies (víveres, ropas, etc.), sea en moneda de cambio, la remuneración del trabajo por él realizado. En algunas asociaciones, esa remuneración será proporcionada a la duración del trabajo; en otras lo será tanto en razón a la duración del trabajo como a la naturaleza de las funciones ejecutados, pudiendo aun ser intentados y prácticados otros sistemas."

"Este problema del reparto se vuelve enteramente secundario cuando haya sido resuelto el de la propiedad y no existan más capitalistas que hagan deducción alguna sobre el trabajo de las masas. Sin embargo pensamos que el principio a que se debe tratar de ajustarse uno lo más posible es éste: *De cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades*. Una vez que, por mérito de los sistemas mecánicos y de los progresos de la ciencia industrial y agrícola, haya aumentado la producción tanto como para superar con mucho las necesidades de la sociedad — y este resultado será obtenido en el espacio de pocos años después de la revolución — una vez que se haya llegado a tal punto, decíamos, no se medirá más con mano escrupulosa la parte concerniente a cada trabajador: cada uno podrá llegar a la abundante reserva social, según toda la extensión de sus necesidades, sin temor a agotarla nunca; y el sentimiento moral que se habrá desarrollado en los trabajadores libres e iguales, preverá el abuso y el malgasto. Entretanto compete a toda comunidad el determinar por sí misma, durante el período de transición, el método que considere más conveniente para repartir el producto del trabajo entre sus asociados"...

Yo pregunto: estas observaciones ¿no ofrecen un esquema amplio y práctico que habría podido ser suficiente para todos? Guillaume desea el comunismo libre, la "toma del montón", pero tiene el buen sentido de comprender que eso presupone la abundancia y que la abundancia no existe desde el principio para los productos, como en un país montañoso, rico en fuentes, existiría el agua potable: es preciso primero producir la abundancia y entonces se gozará de ella libremente.

En ciertos países de Europa se comprenden ahora esas cosas mejor que en otro tiempo, a consecuencia de una dura experiencia hecha desde 1914. Se sabe, en general, que el sistema capitalista no produce nunca la abundancia, porque la superproducción crea la crisis, desde el momento que faltan los consumidores. Este sistema es inseparable de un enorme infra-consumo (consumo inferior a la media normal) de las masas trabajadoras, es decir es inseparable de su frugalidad y de sus privaciones. Se ha visto ésto, por ejemplo, en lo referente a los alojamientos, donde se prohibió el aumento de los alquileres o se restringió durante y después de la guerra, mientras que con las industrias de guerra, etc., vastas categorías de obreros percibían más. Entonces estos se han aprovechado para alojarse *un poco mejor*, para estar *un poco menos* apretados — y la falta de alquileres se ha vuelto catastrófica en muchos lugares. Si por tanto, después de la revolución todos quisieran vivir un poco mejor y trabajar un poco menos intensamente, se produciría una deficiencia, una penuria tal que, si en ese momento se realizase el comunismo libre, la "toma del montón", provocaría la preponderancia de los más fuertes, un régimen que haría volver los racionamnentos, la autoridad, más bien que crear el verdadero espíritu libertario que justamente entonces, dado el nuevo ambiente, podría florecer.

Entonces si, frente a tales situaciones, hay quien no sabe hacer otra cosa que proponer el comunismo libre, la "toma del montón", y siempre la "toma del montón", correría el riesgo de quedar aislado, o bien si la "toma del montón" satisface a los primeros cien llegados, ¿qué harán los otros si vuelven con las manos vacías? Un comunismo sin abundancia, es por tanto, un absurdo; es preciso decirlo claramente.

Pero algunos de los nuestros están de tal manera aferrados a la enseñanza comunista, nada más que comunista, de 1876 y especialmente de 1879-80 que *no quisieran saber nada ni tener que ver con una anarquía que no fuese comunista en todo y desde el primer minuto*. Sé que se ha hecho excepción para algunas rarezas y primicias que se reservarán a los enfermos, y otros casos particulares por el estilo — pero no se querrá admitir nunca restricción alguna aplicada a un producto normal; sería la vuelta al Estado, la invocación de la concupiscencia, de la nueva acumulación de riquezas, etc. Entonces el resultado es: que se queda al margen, separadamente, de los acontecimientos que no producirán nunca una situación para que se entre directamente en el comunismo como se entra en un tranvía.

Lo mismo como si uno desease también el primero o el segundo piso de una casa sin quererse ocupar de cavar los cimientos...

Sé que existen las mejores razones para preferir un sistema más solidarista a un sistema menos altruista, y que el buen comunismo que se realiza en todo tiempo en muchas familias bien provistas en un tipo social más elevado a los acomodos que implican cuentas y retribuciones. Pero de eso a reducir toda la gran lucha social al gran salto del ambiente actual precisamente a aquél ambiente enteramente ideal, esto me parece un deseo caprichoso, demasiado especializado, que deberá esperar mucho y perderá demasiadas ocasiones.

La historia muestra en qué medida fué impotente el socialismo autoritario cuando existía el amplio colectivismo anárquico de la Internacional — y en qué medida ha crecido el socialismo autoritario, desde que, prefiriendo la elaboración refinada del más ideal comunismo libertario, incluso el llamado a la acción colectiva de las masas, el anarquismo se retiró a un terreno altísimo y nobilísimo, pero demasiado poco accesible y por tanto calismo, si el mismo anarquismo, en fin, no hubiese sentido el propio aislamiento. Pero como la causa primera, el unilateralismo comunista, no ha sido eliminada, sus relaciones con los obreros a través del sindicalismo quedan sin éxito. ¿No se siente tal vez que las inmensas corrientes que desencadenaría una revolución no se dejan canalizar en el comunismo libertario, como no se dejan poner diques en el comunismo bolchevista o como no se dejarán domesticar por Tucker o por Proudhon para practicar el cambio igual del mutualismo?



Solamente en la Internacional colectivista existía el amplio esquema que conviene a un movimiento internacional, y ahora no existe ya. Hemos tenido tal vez un hombre, comunista de corazón, pero de espíritu tan amplio como para comprenderlo todo — Eliseo Reclús; teníamos los anunciadores valerosos de un anarquismo sin hipótesis económica específica y panacea, como Ricardo Mella y Voltarina de Cleyre. Pero en general teníamos y tenemos brillantes expositores del comunismo anárquico que, sin embargo, están de tal modo fascinados por ese ideal, de que no pongo en duda la exquisita belleza, y tienen casi siempre el más profundo desprecio para cualquier otra concepción anarquista. Esta intransigencia se ha resuelto en esto: que en 1926, ciencuenta años después de la iniciación de esta tendencia restrictiva, somos mucho más numerosos que entonces — claro está, — pero si comparamos lo que fueron todos los demás movimientos sociales en 1876, y lo que son actualmente, desde ese punto de vista no hemos progresado. Porque en 1876 todavía, la Internacional colectivista, constituida a partir de 1868 por los belgas, los jurasianos, por los franceses con Varlín, por los españoles, por Bakunin, y a partir de 1871 por los italianos — esa Internacional, era la gran corriente revolucionaria de la época — y con las mejores intenciones del mundo, creyendo mejorarla, embellecerla, con el exclusivo doctrinarismo comunista, se la ha restringido y relajado.

No se conseguirá nunca reestablecer las verdaderas proporciones, recostruir la amplia corriente tolerante de entonces, cuando había puesto para todos, cuando nada impidió el advenimiento del comunismo anarquista, que sin embargo, no habría debido creerse nunca, con el tiempo, el único heredero de toda la anarquía, la cual, por simpática que sea, no puede llegar sino después de una larga y libre experiencia, no ya como una acción automática o espontánea, que sería simplemente el milagro. He aquí mis impresiones que someto a la crítica de los compañeros.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUIA?

V

Se equívocan los que afirman que los anarquistas tienden a la destrucción de la sociedad. Los anarquistas saben perfectamente que los hombres vivían y siempre vivirán en sociedades, que a los hombres les es ventajoso y agradable vivir en comunidad. Los anarquistas aspiran, no a la destrucción de la sociedad, sino a su unión. Aspiran a crear una sociedad armónica y cordial de hombres libres e iguales.

Los anarquistas saben que los Estados, donde las masas laboriosas pasan una vida tan miserable, desaparecerán.

El Estado es una sociedad antagónica, una parte de la cual, los gobernantes, son dueños del poder e imponen su autoridad a los súbditos. Los primeros someten a la obediencia a los segundos, con amenazas de tormento y por los tormentos mismos. Los gobernantes explotan siempre a los súbditos mediante la expoliación de los impuestos y apropiación de distintos objetos de uso. El Estado es un explotador tan terrible como todos los capitalistas y terratenientes juntos.

El gobierno zarista de Rusia quitaba a los campesinos y obreros, hasta la Revolución de 1917, la misma cantidad de sus productos que todos los demás explotadores juntos, una tercera parte de lo recogido en el año. Con el segundo tercio se quedaban capitalistas y terratenientes, y todo el pueblo laborioso ruso, compuesto por mucho millones de almas, tenía que contentarse con una tercera parte de lo por él creado. Los obreros y campesinos de Rusia trabajaban de este modo dos días en la semana para sí, dos para los capitalistas y dos para el gobierno.

La sociedad anarquista no conocerá el despojo estatal y capitalista, pues la Anarquía es una sociedad armónica, sin poder coercitivo; una sociedad, en la que todos participarán, conscientemente y en la medida de sus fuerzas, en el trabajo común, y todos disfrutarán igualmente de los productosf de ese trabajo; una sociedad, en la que no será posible la explotación y la opresión de unos hombres por otros.

La sociedad anarquista es realizable. Esto se reconoce hasta por escritores socialistas, partidarios del Estado. Federico Engels, por ejemplo, decía: "Las clases sociales desaparecerán tan fatalmente como han surgido. Junto con ellas desaparecerá también el Estado.

La sociedad, que organizará de nuevo la producción sobre las bases de una asociación libre e igualitaria de los productores, colocarán toda la máquina del Estado en el lugar que le corresponde: en el museo arqueológico, junto al torno de hilar y al hacha de bronce". En 1891 preveía Engels el momento en que "la nueva generación formada en condiciones sociales, libres se desprenderá de toda la antigualla estatal". Es difícil comprender, sin embargo, a qué condiciones sociales libres se refería Engels: en los Estados — aun en los que son como la Comuna de París de 1871 o los Estados socialistas de Alemania y Rusia (1919) — no hay libertad. Carlos Marx, en un libro sobre la Comuna denominaba al poder del Estado "parásito", y decía que el Estado es totalmente innecesario en una organización comunal. El mismo en su "Circular privada" daba la siguiente definición: "todos los socialistas entienden de Anarquía lo siguiente: una vez logrado el objeto del movimiento proletario — la abolición de las clases — el Estado que sirve para mantener a la inmensa mayoría de los productores bajo el yugo de la minoría explotadora, desaparecerá, y las funciones gubernativas se transformarán en simples funciones administrativas."

ISRAEL CHAS DE CHRUZ

UN MUCHACHO

Su niñez fué tranquila y miserable. Nació en una casa del barrio de Puente Alsina, que en ese entonces era un andurrial con ochenta o cien ranchos, en los cuales una multitud de miserables había formado un reino que nadie se atrevía a franquear.

Ni un solo acontecimiento puso una variación en su existencia. Todos los días se levantaba a la misma hora, despertado por el sol que llegaba hasta el camastro que le servía de lecho, o por los golpes de su padre, quien como educador tenía originales ideas que en forma de palizas diarias aplicaba a su vástago.

Hasta los ocho años fué un niño sucio, esmirriado y harapiento, presa siempre de una timidez y de un cansancio, que nunca pudo ni intentó vencer.

A los diez años su vida cambió fundamentalmente de rumbo. Su madre, una buena mujer caída de espíritu en esa enorme tragedia emanada de la adversidad que la había arrastrado hasta los últimos extremos, le mandó que fuera a buscar unas ropas viejas a un rancho vecino, mientras agitaba un dedo de la mano que tenía infectado desde hacía mucho tiempo y que no lograba curar.

Lo llevaron hasta el negocio de un conocido de su padre, donde desempeñaría las elevadas funciones de gerente, mandadero. Limpiador y único empleado, bajo la severa vigilancia y dirección del dueño del comercio, un viejo amargado y gruñón, quien en cambio de esos importantes servicios, prometió abonarle diez pesos mensuales.

Asintió con su pasividad acostumbrada, aceptando las condiciones impuestas y el salario fijado, sin saber a ciencia cierta que labores tendría que realizar.

Pronto lo sacaron de dudas: debía levantarse a las seis de la mañana, barrer el pequeño almacén, limpiar los estantes y acondicionar la balanza de acuerdo a los intereses del patrón, después de lo cual, la esposa del dueño del comercio, servíale una taza de té.

Adaptóse en seguida al nuevo ambiente, y hasta se sintió, sino feliz, tranquilo.

A más, no aspiraba.

No duró mucho tiempo su tranquilidad: el patrón le aplicaba feroces palizas diarias, en forma cruel. Tomábalo de los cabellos fuertemente, y se los tiraba cual si quisiera arrancárselos...

—"No pararé hasta matarte" — decíale enfurecido en enojos neurasténicos, mientras lo golpeaba en el rostro, en el pecho, en las piernas, con una tenacidad admirable.

Pensaba en sus padres sin alegría y sin tristeza. —"Mamá estará lavando ropa. Papá andará por afuera" y cerrando los ojos, entreveía las acciones de sus progenitores en el ambiente hórrido en que vivían.

Las palizas le idiotizaron casi por completo, por más que las recibía como algo inevitable y hasta natural.

Un día, inexplicablemente, comenzó a roerle el cráneo una idea monstruosa. "¿Se habría muerto mamá?... ¿Se habría muerto mamá?...

La garganta oprimíasele cual si dedos sarmentosos y fuertes la apretaran. ¿Y con que le iban a enterrar?... ¿con qué, si no tenían un solo centavo nunca?... ¿La echarían debajo de la cama, o en algún pantano vecino? ¿Y si algún juntahuesos le quería sacar los huesos para venderlos?

Los dientes le castañeaban de terror ilimitado... pero ¿se habría muerto? ¿Y con qué, con qué la iban a enterrar? — la idea le martilleaba la mente de continuo — si no tenían un solo centavo nunca, si eran tan pobres y miserables que a veces ni para comprar pan había dinero!...

¿La tirarían a un pozo, en medio del campo...? ¿vendrían los perros a morderle la cara, los pies, los pechos, las piernas?... No sabrían los perros que era su mamá, su buena y pobre mamá... la única persona en el mundo que le tenía un poco de cariño!... Qué una vez rompió un batón nuevo, el único que tenía, para vendarle una mano lastimada... Que una vez le dijo que cuando pudiera comprarle un guardapolvo, un par de zapatillas y un cuaderno, lo mandaría a la escuela... Pero... ¿se habría muerto de verdad?

No podía de si el lúgrube pensamiento. Muchas noches revolvíase en el lecho, temiendo cerrar los ojos y ver reproducida en su mente la imagen del cuerpo desnudo e inanimado de su madre... Temblaba presa de un espanto que le hacía gritar desaforadamente, hasta que el viejo le gritaba:

—¿Callarás de una vez, perro?... ¿o quieres que baje a consolarte?

Lleno de terror quedaba silencioso. Al rato, despaciosamente, abría la puerta del cuchitril para recibir los débiles reflejos de la lámpara que alumbraba el almacén durante toda la noche.

Aterido de frío, a la mañana era despertado de un empellón por la anciana. Después de un gran esfuerzo lograba vencer su entumecimiento.

Llegó a tener miedo de todo, un miedo cerval, que llegaba al terror cuando veía la antipática figura del dueño del negocio, mirándolo por sobre las antiparras, en un gesto habitual en él, que le daba un indefinido aspecto de lechuza.

La vida que nunca había sido pródiga para él en felicidades, llegó a hacércele insoportable, concluyendo en muchas ocasiones por desesperar de un modo absoluto. Concluía por cerrar sus pequeños puños, en una actitud de defensa que resultaba grotesca y trágica en un ser tan menudo e impotente.

Una noche el viejo pégole una paliza más fuerte que las ordinarias, porque azucaró el té matinal más de lo debido. Quedó inanimado en el suelo, lleno el rostro de sangre roja y espesa. Una espuma sanguinolenta, repugnante, le salía por las comisuras de la boca. Fué en esa ocasión cuando experimentó una conmoción rarísima en todo su ser. Su rostro se congestionó de tal modo, que parecía iba a reventar de un momento a otro, como un globo demasiado lleno de aire. El patrón creyó una pantomina el ataque, y le aplicó unos golpes más. Pero, al ver que no reaccionaba, dióse cuenta que algo grave le ocurría, decidiéndose a llamar a un vigilante, quien a su vez, avisó a la Asistencia Pública.

Concurrió un practicante, joven engominado y autoritario, que sin tocar al enfermo diagnosticó:

—"¿Epilesia?"

La vieja esposa del comerciante, se deshizo en lamentaciones. ¡Tan bueno que era el muchacho, tanto que le querían, y ahora iría a morirse con ese ataque de nombre tan raro. Costó mucho convencería que todo pasaría.

El muchacho recobró el conocimiento, y creyendo ver al patrón en actitud amenazante, se hizo un ovillo, implorando. "No pegue, diga, no pegue".

La multitud que contemplaba la escena, malhumorada por haber perdido unos minutos en un suceso sin trascendencia alguna, poco a poco, se fué retirando.

No recordó fijamente qué le había sucedido, pero se alegró de ello; en cualquier forma el viejo no le pegaba más, y hasta le trataba con cierto cariño. Pensó que sus dotes de trabajo y su pasividad, habíanle granjeado las simpatías del patrón.

Empero, pasó rápidamente ese período de tranquilidad, y las palizas volvieron a postrarlo en numerosas ocasiones, hasta que un día, el ataque epiléptico se repitió.

El viejo, aleccionado por el practicante en la vez anterior, lo dejó tirado en el suelo, exclamando:

—"Ya reventerás algún día".

El ataque pasó y muchos otros se repitieron, aumentando día a día su dejadez y su reconcentramiento, que le hacían parecer una bestia salvaje y taciturna. Hacía más de un año que trabajaba con el viejo, quien le confió el manejo del negocio, limitándose a vigilar la nada importante caja.

Sea por incompetencia del muchacho o por un competidor que se les instaló al lado, lo cierto es que un día no pudieron hacer frente a unos pagos, viéndose obligados a cerrar.

No dejó el viejo que su empleado se fuera por esa circunstancia. A los pocos días, le instaló con un cajoncito: vendía cigarrillos.

El negocio produjo más de lo que el comerciante esperaba, tanto así, que poco después abrieron un pequeño boliche en un zaguán de la calle Suipacha, en la puerta de un diario de la mañana, cuyos redactores bautizaron al muchacho desde el primer momento con el mote de "Ojitos" debido al enorme tamaño de sus ojos.

Además de cigarrillos vendía chocolatines, caramelos ordinarios y postales pornográficas que nunca le interesaron.

El roce con tanta gente de distinta clase, hízole salir del ensimismamiento en que vivía. Fué más comunicativo, sociable, llegando a tener cierta intimidad con los periodistas, esos seres superiores, bien vestidos, que demostraban tener un absoluto conocimiento de todo, conocimiento que no alcanzaba a darles para vivir del todo bien, por cuanto en más de una ocasión llevábanle un paquete de cigarrillos, diciéndole en pago:

—Te lo debo, "Ojitos".

Era feliz. Las palizas no se habían repetido, y los ataques se hacían presentes en pocas ocasiones.

Poco a poco, preguntando a uno y a otro, logró leer con más o menos facilidad. Más que leer, era un afán desmedido de devorar todo cuanto se le presentaba; los avisos de un gran diario o una novela cualquiera... Todo le era indiferente; bastábale ver esos pequeños signos que expresaban cosas pocas veces comprensibles, pero siempre interesantes.

Logró en esta forma una placidez interior, sólo interrumpida por los ataques intermitentes, que salvo producirle una perdida casi absoluta de la memoria, no le ocasionaban otros malestares.

El viejo hacía diariamente un pequeño balance, hasta que un día, la mala estrella que legislaba sus actos, se presentó una vez más: unos audaces ladrones, no sabía como le hurtaron cuarenta y ocho pesos que guardaba para pagar al repartidor de cigarrillos, y el viejo, esa noche, al llevar a la casa le revisó los bolsillos, y al no encontrarle el dinero, a pesar del frío reinante, lo echó afuera, con la absoluta prohibición de volver sin reintegrar anticipadamente el dinero extraviado.

Quedóse en la puerta de la casa, aniquilado, sin pensar en nada, y en la soledad de la noche horrida, malamente cubierto por el delgado traje, sufrió un nuevo ataque.

Lo llevaron a la Asistencia Pública, y de allí, por indicación de un médico que se interesó por él, a un hospital.

Despertó en la sala de guardia del Ramos Mejía. Una enorme laxitud lo envolvía. Hubiera dicho que sobre sus piernas tenía moles de hierro. No veía bien, y tardó un buen rato, en hacerse cargo de su situación.

Aun cuando jamás había estado en un hospital, comprendió que se hallaba en uno de esos establecimientos. La blancura de las paredes le infundió un átomo de tranquilidad, empero, la soledad de la sala, hízole volver a sentir miedo.

Le costaba mucho trabajo pensar. El cerebro, como apretado por una mano cruel y poderosa, le hacía experimentar un dolor agudo, inexplicable.

¿Porqué estaba allí?...

Llegó un médico, hombre de cuarenta años, de mirada adusta, y expresión de decisión y maldad, pintada en el rostro, que a pesar de ser bien conformado, inspiraba un sentimiento entre de repugnancia y de temor.

Se acercó al muchacho.

—¿Cómo te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bondadoso.

—Me siento bien — repuso.

—¿No te duele la cabeza?

—¡La cabeza... la cabeza! — repuso tocándosela.

Sin esperar respuesta, el médico interrogó nuevamente.

—¿Cuánto tiempo hace que sientes esos ataques?

—Hace mucho... uff... mucho tiempo.

—¿Cuando te vinieron por primera vez? ¿Te pegaste algún golpe?

Dudó un rato en contestar... ¿Y si el patrón se enteraba?

—Sí, me caí de una escalera.

—Ah..' de una escalera — dijo el médico, y variando de tono, agregó: — Tu papá toma vino:

—¿Mi papá? No...

—¿Tu mamá?

—Mi mamá tampoco, es muy buena — repuso después de cierta vacilación.

El médico lo miró unos segundos pensativo, y luego se retiró.

—Llévelo a la sala cuarta — dijo a una enfermera que se hallaba próxima.

El muchacho sintió rabia... ¿Qué tenía que preguntarle esos disparates... Si su papá tomaba vino... si su mamá tomaba vino... ¿Cómo iban a tomar vino si apenas tenían para comer...? ¿O acaso el vino se regalaba?

Vió llegar una camilla con ruedas, arrastrada por una enfermera, que lo tomó entre sus brazos como a un muñeco, llevándolo a la sala indicada por el facultativo, en la que los niños que en ella se hallaban, lo miraron con una curiosidad insolente que no trataban de disimular.

Quedó silencioso en el lecho. Notaba que el ambiente le era hostil, adverso.

Un muchacho pecoso, desde el otro extremo de la ancha habitación, le gritó:

—Eh... "diez y ocho", ¿por qués estás vos aquí?

No repuso, aunque adivinó que se referían a él.

—Eh, pavote... "diez y ocho"... ¿no me oís...?

—A vos te habla — díjole el enfermo de la cama vecina, el "diez y siete", un niño de expresión idiota.

—¿Qué tenés vos?

—¿Yo?... ¿Yo?... Nada — dijo amedrentado.

—Que pavote... no tiene nada — escupió el niño que había hablado antes.

Un coro de risas le repuso. Las carcajadas se hicieron generales.

Una enfermera dijo a otra, que el muchacho no había entrado con buen pié.

Y llegó la noche, y con la noche, el silencio completo absoluto, el horrible silencio del hospital, propicio a pensamiento funestos, trágicos.

Estuvo hacia la madrugada sin poder dormir.

A la mañana siguiente, enjugó sus lágrimas. Los demás enfermitos, esperando la llegada del médico, reían y jugaban tal cual si se hallaran en el patio de un inquilinato o en una plaza.

El espectáculo le distrajo un tanto.

Comenzó a preguntarse si tendría que estar mucho tiempo en el hospital, y con una valentía inexplicable en él, interrogó al enfermo vecino:

—¿Vos hace mucho tiempo que estas aquí?

—Sí, siete meses.

—¡Siete meses! — Y él tendría que estar siete meses en el hospital, sin moverse de la cama para nada...

—¿Y porqué tanto tiempo?

—Me rompí un brazo. ¿Ves? — agregó levantando el brazo izquierdo, que tenía vendado y enyesado.

—Todos los "guesos" del brazo me rompí... Todos.

El muchacho hablaba despaciosamente, como repitiendo una lección aprendida de memoria...

...Así que él también tendría que estar siete meses en el hospital...

Pasó tres días en esa situación desconcertante, sin saber por qué estaba, sin saber si lo dejarían salir pronto... Tres días completos, durante los cuales no probó bocado.

Durante esas interminables cuarenta y ocho horas que se sucedieron después de su conversación con el enfermito vecino, reflexionó mucho sobre la situación que el hospital había creado en su vida. ¿Qué sería del negocio sin él? No era posible que dejara todo abandonado, debía ir sin falta, antes que alguno robara algo. Intentó levantarse, pero la debilidad se lo impidió.

Tuvo miedo... ¿Y si el viejo le pegaba otra vez? Comenzó a llorar silenciosamente, angustiosamente. Las lágrimas rodábanle por el rostro, tranquilizándolo un tanto. Hubiera gritado, pero el temor de que sus compañeros se rieran de él, lo contuvo.

Pocas veces conversaba con el enfermo vecino.

Aquel, por el contrario, a cada momento le dirigía la palabra, como si tuviera que decirle algo muy desagradable e importante, procurando inclinar la charla hacia un rumbo determinado, sin lograrlo, hasta que en una ocasión, no pudo sujetarse más, y exclamó:

—Che, "diez y ocho"... ¿Sabes que todos los que van a tu cama se mueren?

No comprendió bien. ¿Así que él también se moriría? ¿Sin cuidar más del negocio, sin ver a su mamá, ni a su amiguita, esa chica que iba al colegio?

—Sí, "diez y ocho", es verdad — agregó el otro — desde que estoy yo, han muerto una punta. El día antes que vos entraras, murió un muchacho.

Primero dudó, pero después, sin saber por qué, comprendió que su vecino tenía razón.

—Cambiate, che — agregaba su interlocutor inquisitorialmente, con un afán dañino que le causaba placer... — Mira que esa cama está "enjettada".

Sí, le iba a pedir al médico que lo cambiara... Pero, ¿cómo decirle la verdad? ¿Cómo pedírselo sin que se enojara?

A los pocos segundos su rostro se llenó de júbilo. Había hallado por fin el pretexto, y, a la mañana siguiente, le dijo al facultativo, que hacia la recorrida habitual.

—Vea doctor. En esa cama hay arañas... ¿No me podría cambiar a otra?

El médico hizo un gesto significativo a sus acompañantes.

—¿Tú viste las arañas? — interrogó.

—Sí, las ví — repuso el muchacho, y temiendo que descubriera la mentira, agregó, mostrando una vieja lastimadura, recuerdo de las palizas de su patrón. — Vé, esta me la hizo una ayer.

Cuando acabó la frase, el médico se hallaba conversando con otro enfermo.

Poco a poco tuvo el convencimiento absoluto de que se iba a morir, que tenía que morir si seguía en esa cama, y la idea de la muerte, le llenaba no de terror, sino de angustia indefinida.

Hízose aún más retraído. La voz del enfermo vecino contribuía a apesadumbrarlo.

—¿Sabes, sabes que vas a morir sino te cambian de cama?

Si, lo sabía... pero... ¿cómo resistirse, como huir? Cuando menos lo esperaba, cuando la familia toda había desaparecido de su mente, recibió una gratísima sorpresa. Su madre venía a visitarlo, su madre estaba allí, con su rostro frío, doloroso.

¡Hijo mío, — exclamó al verlo, abrazándolo, derramando lágrimas de angustiosa sorpresa...

—¡Mamá... mamita...! — pudo contestar, llorando.

Quedaron en silencio, un silencio molesto que interrumpió ella sacando un paquetito.

—Tomá, son unos bizcochos que he comprado para tí.

Ni una bicicleta nueva, ni nada que pudiera desear ardientemente, tendría el enorme significado de esos modestos bizcochos... Sintió más ganas de llorar.

Quedaron callados un buen rato, hasta que a él se le ocurrió una idea luminosa. Y despaciosamente, casi al oído, le confió su íntima cuita. Sí, esa cama estaba "enjettada", en ella, estaba en inminente peligro de morir... Que ella se lo pidiera al médico...

La pobre mujer se asustó. — No seas tonto — dijo en tono compasivo, con una ternura que si bien muchas veces había sentido, jamás logró expresar... ¡Qué se iba a morir, si por el contrario, sanaría pronto, rápidamente... Y el porvenir se presentó ante sus ojos de alucinada, plácido y venturoso. El trabajaría y levantaría el ánimo de su pobre padre, abatido por la desventura, ya que no siempre había sido un miserable...

La voz cruda de una enfermera los sacó de su arrobamiento.

—Es hora de retirarse — dijo.

La madre salió, besándolo, como avergonzada de haber llorado delante del muchacho.

El, quedó dichoso, feliz.

—Che — dijo con su voz cruda y desagradable el "diez y siete". — ¿Tú mamá pide limosna?

De los más profundo de su ser brotó, no un grito, sino un rugido, y tomando un plato que había sobre la mesa, se lo tiró, dándole en mitad de la cabeza, de la cual comenzó a brotar la sangre.

Minutos después era presa de un nuevo ataque.



LUIS BERTONI.—

El escepticismo social de A. France

Cuando Anatole France desapareció, el juicio fué unánime al reconocer el alto valor literario de quien será siempre incluído entre los mas grandes escritores franceses. El que haya leído sus libros no pudo menos que sentir el encanto de su prosa clara, ágil, dulcemente irónica.

Desde Voltaire a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo Pablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se aleja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

Pero no es nuestra intención hacer también nosotros crítica literaria; para la cual tampoco poseemos la requerida competencia. Una cuestión más importante se presenta ante nuestro examen: el valor moral y político de la obra del ilustre desaparecido.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: *Los dioses tienen sed*. El anarquista Jorge Herzig, también él muerto desde hace tiempo, habiendo hecho notar en un largo artículo la tendencia netamente contrarrevolucionaria de la citada novela, otros hicieron observar que France se limitaba a escribir esa obra desde el punto de vista del historiador imparcial.

La verdad, no existe ningún trabajo histórico en el cual no se manifieste la simpatía o antipatía. Por ejemplo, la obra de Erckman-Chatrian muestra una verdadera simpatía por la Revolución Francesa, dándonos una pintura de aquel período histórico, que nos parece más verídico que el de France, quien se detuvo en el período más tétrico y trágico, el de Robespierre y de su dictadura.

Por eso no nos extraña leer en la prosa de un colaborador de la "Tribune de Genéve", diario conservador de la Suiza francesa, estas líneas:

"Es curioso recordar que quien consentía en hacerse escuchar en las reuniones de los obreros revolucionarios y en escribir para esta buena gente — a la que ha de excusársele que crea en el advenimiento de una sociedad futura donde los hombres, rigurosamente iguales, cesarán de ser desgraciados, — es verdaderamente curioso, repetimos, que este escritor nos haya dado al mismo tiempo la novela "Los dioses tienen sed", que es una condena clara y rotunda de sus ensueños de justicia y de sus esfuerzos metódicos y violentos. En esta narración se exhibe toda la fatalidad de la naturaleza; aquí se puede ver todo cuanto produce su crueldad, de injusticia y de horror, la ilusión humana que desea forzar el destino, adaptar la realidad a los propios sueños y en suma llegar a constreñir a la humanidad a someterse a una disciplina incompatible con su complejidad espiritual".

Diga lo que diga este escritor, existen revolucionarios que no fueron engañados por el valor del libro de France y supieron ver en él lo que se necesitaba. Los mismos socialistas se complacieron en citarlo, no como revolucionario, sino como una oleada de odio contra la revolución y para persuadir a los impacientes a no abandonar la "vieja táctica de la experimentación" del parlamentarismo.

Pero no es solamente del libro "Los dioses tienen sed" del que deseamos hablar, sino de toda la obra de France. Ahora bien, todos se hallan de acuerdo en reconocer como carácter principal de su vena literaria el escepticismo. Aun en sus páginas, como en su cuento "Crainquebille", nunca se siente la indignación, el dolor debajo de la ironía, como sucede con Octavio Mirbeau; toda su obra respira una serenidad inalterable.

Nosotros no gustamos de las largas y violentas declamaciones; al contrario. Asimismo llega un momento en que la emoción no puede contenerse más y se exterioriza imperiosamente. Pero no recordamos haber encontrado en France nada que a ésto se parezca.

Nada hay de más placentero que las demoliciones llevadas a cabo por su pluma contra el mundo burgués, que pretende ser respetado y respetable; pero parece que lo hiciera únicamente para divertirse y divertir al lector, sin otro objeto ulterior. No solamente esto, sino que, basándonos en ciertas expresiones en forma de pensamientos e ideas, sería lícito deducir que, según su sentir, la naturaleza humana esta hecha de tal forma que no podría ser modificada.

Es evidente que el mundo burgués no tiene que temer mucho a este genero de escepticismo. Al contrario, un arte semejante — lo hemos podido constatar — logra seducir a los novadores para sumirlos luego en un estado de duda, sin fuertes convicciones y sin voluntad para la acción.

No es necesario disimular que por justificado que sea el escepticismo frente a las actuales instituciones, se puede siempre, sabiéndolo hacer, sacar algún provecho propio. Así, fingiendo ante ellas sentir el más profundo desprecio literario, se puede mas o menos abiertamente continuar haciéndoles la corte. Con enemigos de semejante calibre todo régimen podría durar eternamente.

Otra cosa es el escepticismo frente "a lo que acontecerá", o lo que va madurando, y "aquello que podría ser", o sea el porvenir.

Es que un escepticismo de la suerte de France destruye todo entusiasmo, quiebra todo impulso, aniquila toda esperanza y hace imposible todo movimiento de vanguardia. No queda más que el goce deportivo de la vida, que está exento de amarguras para el individuo, en quien malgrado todo, sobrevive un ansia de ideal, por mitigado que sea.

Anatole France más de una vez se mezcló a las manifestaciones públicas de protesta, y siempre fué hacia ellas con el objeto de impedir alguna iniquidad que habría podido turbar la serenidad de la calma, en la cual se complacía vivir. También en esto buscaba más la satisfacción de una necesidad de tranquilidad que de justicia.

No deseamos reprocharle su adhesión a la guerra, recordando una magnífica página de Maeterlinck, quien hace depender el pensamiento de los sabios del pensamiento de las masas. Cuando en éstas se verifica una depresión, se origina una especie de influencia atmosférica nociva para la fuerza intelectual del químico, del astrónomo, del poeta y del filósofo.

No obstante su aparente audacia, la obra de Anatole France no puede considerársele una obra revolucionaria. Su filosofía escéptica y su indulgente bonhomía, nos parece que no corresponden muy bien a un período trágico como el nuestro. A los intentos de un retorno al pasado necesitaba oponerse una convicción inquebrantable, una voz vibrante, una conciencia firme, una suprema protesta. Es todo lo que le faltó al incomparable artista, quien vislumbrando la necesidad de una sociedad nueva no supo ser su precursor ni su apóstol.

— *** —

El desalojo

Miseria. — No fué pagado el alquiler. — Mal envuelta, la escuálida y escasa ropa — está tirada en el medio de la calle. Esta mudanza es como una agonía.

La tenebrosa lluvia insulta y moja el carro, los andrajos, los muebles corroídos por la carcoma, que están desnudos, vergonzosos... y en ellos hay un alma que se queja.

Y piensa el lecho en el desgraciado amor que protegió, y que los pobres miembros de dos niños procreó para el hambre. ¡Oh, maldito amor el del tugurio!...

Y entre los escalofríos cruje: ¿Quién dió a la mal nutrida y esclava mujer el derecho de crear, por un beso, otra vida de angustias?... ¡El amor es un delito para los pobres!

Bajo la lluvia el carro chirria. Detrás, baja la frente, un obrero descarnado sigue sus ruinas. Pasa enmudecido, un

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Miguel Jiménez

(Conclusión)

Nadie ha expresado el mezquino y absolutista deseo de que la organización obrera monopolice al más bello y amplio de los ideales. Qué más quisiéramos que la idea que lleva por premoción la emancipación universal, fuera compartida y querida al igual por todos los seres, que entonces nada se opondría a la resurrección humana. La unión de intereses no es nada sin la comunión de ideas, y viceversa. Además, la clarividente experiencia nos ha mostrado, no sólo la incompatibilidad, sino también lo que podemos esperar de los que disfrutan una posición privilegiada. Ya el coloso Miguel Bakunin, desengañado de los halagados por la burguesía y de los pequeños burgueses, se entregó completamente a los desheredados e indigentes. Y los pocos luchadores libertarios que vieron por primera vez la luz en dorada cuna, renunciando a su acomodada condición, se dieron al trabajo y a los trabajadores. La anarquía es constantemente perseguida en las personas de sus partidarios, que son sus profetas; pero ella avanza, porque es la propia libertad, y ésta ha de reinar entre los hombres. Los trabajadores, por el hecho de estar tiranizados y constreñidos, son proletarios; pero al querer sustituir la tiránica trilogía Dios, Jefe y Amo por la de Libertad, Igualdad y Fraternidad, no deseamos que todos sean proletarios, sino que, por la previa dignificación del trabajo, todos los hombres útiles sean libres productores.

Después que los anarquistas habían estado desarrollando todas sus actividades en la organización obrera, predicando sus ideales a las masas, denunciando los manejos de los políticos y desviadores arrivistas y demostrando a los trabajadores que su emancipación no la esperen de nadie sino de sí mismos, por lo que lograron mantener una fracción propia o movimiento obrero declaradamente colectivista-anarquista, de pronto cambiaron su posición, y alejándose de aquel campo donde habían echado sus ricas semillas, se dieron a la creación de grupos y al sostenimiento de esta organización específica. Por un sentido de imitación a los políticos de todos los matices, los anarquistas cometieron el grave error de formar, como ellos, un partido. Por este hecho, los anarquistas han ido perdiendo su influencia en las masas obreras. Y aunque más tarde pretendieron reconquistar su antigua influencia en el movimiento obrero, por hacerlo más que dentro, desde su agrupación ideológica, en toda su proporción ya no lo consiguieron. El sindicalismo, a cuya fundación contribuyeron algunos anarquistas que probablemente no llegaron a comprender la gravedad de su paradójica declaración de unir a los trabajadores por su condición de tales y al margen de toda escuela política e ideológica, había de ser, por consiguiente, refractario a la influencia libertaria y, en especial, a la emanada de la agrupación anarquista. Claro que ese amalgamado hibridismo y heterogeneidad sindicalista había de dividirse, fracasando, como es natural, la pretendida unidad sin distinción de ideas, ya que no es posible la persistencia y la constancia de una organización sin la afinidad de ideas e intereses de sus miembros.

A pesar de que cuantas veces se ha pretendido fusionar las diferentes tendencias políticas y religiosas, o sea coadunar a todo el proletariado, o no se ha conseguido o la escisión se ha producido inmediatamente, aun quedan amantes, entre los anarquistas, de la unidad obrera en el principio económico. Es ingenua esta pretensión de los que han sufrido toda serie de desprecios y despidos por parte de los socialistas. Es bien patente que la unión sincera y persistente no es posible entre quienes no sólo sustentan irreconciliables ideas y creencias, sino que también inasimilables métodos y tácticas sobre la lucha de clases. Toda organización sindical independiente acaba por desmembrarse por las luchas intestinas de las minorías ideológicas que aspiran a la hegemonía y a la dirección, y en las que la influencia y encauzación se encuentran ya en manos de una tendencia, las minorías de oposición obstaculizan su obra, por lo que de todas maneras, teniendo interior lucha de enemigos, no es posible que la organización pueda desarrollar su lucha contra el enemigo exterior. Toda colectividad precisa de un fin, por lo que no puede ser un sindicalismo neutro o de exclusiva resistencia. Por eso se necesita, no una unidad ficticia, sino sincera, firme, real. El anarquismo tiene soluciones propias y definidas para el arduo problema económico, labor que no realizan ni pueden los grupos anarquistas por su contextura por afinidad de criterios y temperamentos sin distinción de profesiones; obra que no puede desarrollarse en una organización mediatizada que no tiene por enemigo más que al craso capitalismo; por eso propugnamos una organización propia y definida, que tenga por inmutable matiz, guía y finalidad al anarquismo.

El movimiento anarquista de nuestros días aparece en muchas partes dividido en diversas fracciones dedicadas a una actividad de propaganda y acción propias. El naturismo, el racionalismo, el especificismo, el economismo, etc., etc., se encuentran desvinculados. Cada vez se nota más la necesidad de unir estas distintas ramas que tienen una tendencia libertaria. En la federación de las agrupaciones culturales, de las asociaciones vegetarianas, de las corporaciones económicas y de los grupos proselitistas formadas por productores, está la base orgánica del movimiento obrero anarquista.

Laboremos por que la Asociación Internacional de los Trabajadores abrace, formando un solo haz, a todas las organizaciones que, integradas por obreros, tanto del brazo como del cerebro, tengan por suprema aspiración la emancipación política, intelectual y económica.

> *¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?*

En todas partes se oye el mismo grito más o menos vehemente: hacen falta escuelas, muchas más escuelas. Son muchos los niños que llegan a la edad madura sin haber pasado por ellas, y otros que, aunque pasaron, no lograron fruto alguno en ellas. Son incontables los cerebros petrificados, dormidos, muertos, que podrían ser inagotable manantial de preciosos pensamientos. Ya los que todo lo esperan del Estado cual si fuera un ser todopoderoso, en nombre de la cultura y del progreso, en ululantes campañas, pedirán a los gobiernos la creación de escuelas que refinen las mentes infantiles con el buril de la enseñanza. Ya los que se adjudican el título de filántropos y cultos, menos estridentes y considerando insuficientes a los poderes públicos para tamaña empresa, se dispondrán a apoyar a los gobierno con su concurso para acabar por completo con el selvático analfabetismo. Ya se dedicarán las instituciones, tanto oficiosas como particulares, a la intensificación de la obra creadora de liceos y a dotarles de los necesarios métodos pedagógicos. En toda circunstancia que la juventud, que es gracia, viveza y alegría, aparte su afán e interés y se vea empujada instintivamente a eludir la escuela, por ser ésta un centro opuesto a su temperamento, no lograrán gran cosa los amantes de un resurgir instructivo. Mientras que el maestro prosiga ejerciendo en el colegio una conminadora potestad, por cierto más odiada y temida que respetada, y siga habiendo pocos maestros para muchos discípulos, que queden buena parte olvidados y desatendidos, continuará sin resolverse el problema educativo.

Para resolver un problema tan arduo como interesante, tal el de la educación de la infancia, no basta con la sola fundación de liceos para la enseñanza. La cuestión pedagógica va también unida a la económica por indisoluble lazo. La escuela no es una cosa que no tenga ninguna relación con la despensa. De poco sirve que, incluso, se declare gratuita y obligatoria la enseñanza en los colegios. Más cuando el capitalismo favorece el trabajo de los niños, y no sólo favorece, sino que obliga por medio del reemplazo de los hombres por niños y mujeres en las industrias, y además, por la insuficiencia de los sueldos bien mezquinos. Qué más quisieran muchos padres que procurar a sus hijos una docta inteligencia. Empero, mientras la escasez y la miseria sigan enseñoreadas de los hogares pobres, mientras los salarios no lleguen a cubrir las perentorias necesidades, mientras se sufran las angustias de esas crisis que se deben a la incapacidad burguesa, los padres se verán precisados a entregar al trabajo a sus hijos desde la corta edad, y a valerse de ellos, en lugar de llevarlos a la escuela.

Hay otro detalle que pesa mucho sobre el problema. Quizás la mayor gravedad de la cuestión que se trata reside en la propia enseñanza que se da a los niños en las escuelas. No podemos asegurar si es peor que se haga por sostener la ignorancia o que se labore por despertar la cultura de los pueblos. Claro que no tendría ni asomo de razón el sostener ésto si lo que se proporcionara fuera verdaderamente cultura. Pero no es así. Por eso no sabemos cuál de las dos actitudes que suele tomar el poder y el privilegio, según su carácter y a tenor de las circunstancias, es peor. Con la dogmática instrucción que se da en los colegios, en lugar de conducir a las mentes a las regiones de la claridad y del buen saber, lo que se hace es hundirlas en los abismos del misterio y de la obscuridad. Dícese que las primeras impresiones son las más perdurables, como también las primeras lecciones. Por ello, lo primero que se inculca en los niños es la ciega e indiscutible creencia en dios, como en sentido general, el temor, la docilidad y la obtemperación. Es así como en lugar de personalidades, se hacen sugestionados y supersticiosos autómatas. Porque en toda la primera enseñanza de las escuelas ocupan principal puesto y singular atención los textos morales y religiosos que hablan al discípulo de humildad y resignación. De esta manera se aherroja y se atrofia, sumiendo a los individuos en germen, en el fanatismo y en la abyección.

Frente a esta manifiesta catequización atávica, tenemos la enseñanza libre de nuestra escuela moderna y racionalista. En la hórrida e imponente negrura en que se halla este vetusto mundo, nuestras pocas y distantes escuelas se parecen a pequeños focos de rojiza luz titilante. En ellas es donde el niño es educado sin imposiciones, y sin restricciones es iniciado en el vasto y variado terreno del conocimiento humano. Pero son pocas, muy pocas. Hacen falta más, muchas más. Se precisan también mayor número de bibliotecas, laboratorios, ateneos y demás centros de estudios que vayan reduciendo la tenebrosidad del ambiente con sus ráfagas luminosas. Laboremos; que las organizaciones, aumentando las escuelas, diseminen la enseñanza libre e integral que desarrolle todas las facultades del individuo hasta el punto de comprender todos los fenómenos que se verifican en el orden natural.

Lo peor que podía pasarle a la escuela libre es que en ella se hiciera obra política proselitista. Lo más malo que nos podía suceder, es que, a imitación de las oficiales y religiosas que lo primero que enseñan es el catecismo, en nuestras escuelas en menor o en mayor grado se inculcara a los niños principios de la filosofía anarquista. La anarquía gusta de la dilección de los adictos, pero no del éxtasis de los ciegos creyentes. Y seguramente que lo que se haría con una propaganda escolar de esta naturaleza, sería llevar fanáticos a la anarquía. Al niño debe apartársele del libro tanto religioso como político, ya que no se halla en condiciones de poder comprender y contrastar los libros de todas las religiones y sus sectas, y de todos los partidos y escuelas políticas. El niño lo que precisa es de una enseñanza teórico-práctica de las ciencias y de las artes, en la que la inteligencia se una al trabajo, ya que son dos aspectos diversos de un todo. Con una instrucción exenta de toda mira tendenciosa, el individuo no sólo se capacita, sino que por sí mismo, y al chocar con la tiranía, da forma a sus deseos de libertad, aceptando la única idea concorde con su voluntad fuerte e indómita.

Lo mismo muestran error aquellos que sólo le dan importancia a la cultura quitándosela a la acción, que aquellos que sólo se la dan al brazo quitándosela al pensamiento. Una y otra labor deben realizarse juntas, al mismo tenor, porque ambas, además de complementarse, unidas son altamente beneficiosas y positivas. Quienes dan proporciones excesivas a la acción, deben comprender que ésta, sin inteligencia ni preparación, puede ser desastrosa y caer, como arma de doble filo, en propio perjuicio, como los que le conceden excesiva proporción a la cultura, deben entender que ésta, de llegar a adquirir importancia, sin la fuerza activa, es en seguida destruida debido a sus innovadores principios. La obra cultural tropieza con innumerables inconvenientes. Sobre todo la escuela, la que no puede ni en mucho contrarrestar por sí sola la labor opuesta de las incontables escuelas que tanto los gobiernos, las iglesias y la gente adinerada pueden a su alrededor establecer. Y aun en el caso

---

bría la mirada que no vuelve hacia atrás.

Va detrás de él la mujer, la llorosa mujer con los dos hijitos. Y van sin descanso adonde ellos ignoran. La lluvia los azota horrendamente.

Un austero dolor, que parece amenaza, tiembla por dentro en los harapos amontonados, y en el carro que cruje y gime, y en los cuatro errantes de rostros resecos.

Aquel gastado moblaje desnudo que en medio del fango lánzase al acaso; aquella miseria que obstruye la calle, parece el principio de una barricada.

ADA NEGRI

LA PROTESTA, Suplemento semanal.

Precio del ejemplar, 10 centavos. — Diario y Suplemento, suscripción mensual, $ 2.50.

Valores y giros a nombre de M. Torrente. Perú 1537, Buenos Aires.

MI SENTIR

"Siento antes que pensar, y el sentimiento pesa en mí como una poderosa razón".

Los problemas actuales del anarquismo son los eternos problemas de libertad y emancipación humanas, hechos más punzantes y urgentes, tanto por el desarrollo de la conciencia, como por el recrudecimiento que hoy sufren las injusticias sociales.

En el vaivén de la evolución social, resultado de la pugna de dos poderes (el naciente y el caduco) por la hegemonía, hemos retrocedido hasta las posiciones de nuestros abuelos. Y el problema más inmediato es la reconquista de las libertades políticas, peldaño necesario para alcanzar otros más elevados. Estas libertades que no pasaron de tener una existencia raquítica, pues la autoridad las limitaba a su capricho, son fundamentales para el anarquismo. Libertad de prensa, de reunión, de propaganda, de enseñanza, etc., pero reales y efectivas en la práctica, son necesarias a su difusión, a su vida. Es una necesidad elemental, ya que al revés que las demás doctrinas, sólo se difunde por el convencimiento, no por la sugestión y la simpatía, y precisa de la participación activa del individuo, del despertar de su conciencia y del auge de su personalidad.

Por ello, hoy está en trance de echarse en manos de una revolución política, sobre todo en los países acogotados por la dictadura. Dada la inferioridad del anarquismo para acometer por sí solo un acto revolucionario, y estando ideológicamente incapacitado para imponerlo, es ésta su única salida.

La fuerza para los hechos revolucionarios se ha buscado siempre en las masas, y de éstas desgraciadamente no puede esperarse sino la perpetuación de la autoridad, y, a lo sumo, el cambio de nombre de la dictadura.

No deja de ser una ilusión la que sufre al creer que la autoridad se destruye matando al tirano, que la tiranía se destruye demoliendo la organización que la sostiene.

La autoridad se cimenta en el espíritu de sumisión, en el espíritu de obediencia, que nos legaron nuestros ascendientes y nos inocularon en el ambiente familiar. Siendo la sociedad una extensión de la familia, cimentada en la autoridad del padre, representante de los antepasados, y en la obediencia de los hijos, débiles, ignorantes y necesitados de tutela, no puede ser cambiada sin una lenta labor educativa que ha de empezar por el ambiente familiar, seguir en la escuela y continuar en la calle.

No, no fué el tirano quien, abusando de su superioridad, impuso vasallaje a sus súbditos; sino que fué el espíritu de sumisión de éstos el que encumbró al tirano y le otorgó voluntarioso todo su poder.

El problema fundamental del anarquismo, de hoy y de mañana, ha de ser la destrucción de ese espíritu de obediencia, propiciando por todos los medios en el individuo el despertar de su conciencia y la soberanía de su personalidad.

La tarea del momento es la conquista de la libertad de acción, mermada hoy, de más a menos, en todos los Estados.

Los medios con que cuenta para esta conquista de libertades elementales, a falta de una organización permanente, no pueden ser sino circunstanciales. Pero por favorables que nos fueran la pública opinión, el general descontento, la oportunidad del momento y hasta el azar en un movimiento arriesgado, la consolidación de lo conquistado exigiría la permanencia de un estado de fuerza.

A mi ver, lo más cuerdo en este respecto son las alianzas o frentes únicos; la aunación de esfuerzos de todos aquellos que tengan por denominador común esas libertades primarias. Como cuando se unen varios para hacer una jornada de camino, forzosamente han de ir todos, y para ir unidos, al paso del más torpe; y el que más perjuicio sacará del acuerdo será el más ágil, o el que haya de ir más lejos. Si puede recorrer solo el camino hará bien en no juntarse al paso lento de los demás. Mas si necesita de la orientación o apoyo de los otros para los primeros pasos difíciles de la excursión, ¿no será necedad suma permanecer en el punto de partida, en pugnas y discusiones estériles, o adentrarse solos en la selva a riesgo de ser aniquilados? Es natural que cada cual tienda a sacar el mayor provecho posible para sí, y ello no debe ser motivo de rompimiento. La condición necesaria es que cada tendencia conserve su autonomía y que el acuerdo, de carácter pasajero, se establezca en vista a aprovechar una oportunidad.

El paralelismo existente entre el desarrollo individual del hombre y el desarrollo de la humanidad no puede ser más sorprendente y exacto. El Dr. Jaworski ha tenido el acierto de hacerlo resaltar, aunque no podamos seguirle en todas sus deducciones. En efecto, la humanidad conoció en su infancia la exacerbación de la autoridad en el despotismo, y la extrema obediencia en la esclavitud. El poder era omnipotente, hasta divino. El pueblo débil, ignorante, necesitaba de la protección y la luz del poderoso. A medida que la humanidad ha ido creciendo en edad, el pueblo lograba conquistar algún nuevo derecho y el poder se iba dulcificando y complicando. Al niño se le dejaba salir de casa, pero para volver en seguida y sometido a vigilancia. A la esclavitud sustituye el servilismo. Empiezan a reconocerse derechos al pueblo; éste va cada vez comprendiendo mejor su papel de sostén, hasta llegar el momento actual, análogo a aquel de nuestra juventud en que el padre recrudece su poder y su vigor ante la audacia del hijo siempre insatisfecho, y en el que éste, aun incapaz de vivir por su cuenta, acepta la protección paterna en espera de mejores días.

Aun la humanidad no ha llegado a la mayoría de edad, en que será capaz de pasarse sin tutelas ni protecciones. Va hundiendo en el descrédito a sus amos, aprendiendo a distinguir lo engañoso y a no conformarse con derechos nominales, ni con escritos en papel mojado, a no fiarse, en una palabra, de la política. Pero al lado de un núcleo cada vez mayor de hombres emancipados y en lucha franca contra la autoridad, la humanidad tiene el lastre de una mayoría sumida aún en el espíritu de obediencia, embrutecida por la ignorancia, la miseria y el alcohol, y aturdida con distracciones, vicios y mercedes engañosas.

Despertar a la vida libre, a la independencia de la personalidad, a esas muchedumbres en las que se sostienen y encuentran apoyo todas las injusticias e ignominias sociales, es la tarea y la misión de los individuos liberados.

Creo en las virtudes y en la eficacia de la plena libertad concedida sin tapujos ni restricciones, pero tengo para mí que, sin autodominio, sin el culto de la personalidad, sin autoeducación, es decir sin *esfuerzo activo en el individuo* por capacitarse para la vida independiente, no puede tener realidad el anarquismo.

Es la lección que debemos sacar de la historia.

La organización anarquista de la sociedad, lejos de ser una vuelta a las formas primitivas de convivencia humana, — patriarcados o matriarcados —, es una forma avanzada de asociación, de perfeccionamiento evolutivo, a la que sólo se puede llegar por una superación de los individuos, o por haber alcanzado la humanidad su mayoría de edad. Es un avance, no un retroceso; un ensayo de perfección más que una negación de la civilización. Si supone un cambio radical en las costumbres y las relaciones humanas, y es una etapa ascendente en la evolución humana, no puede menos de ser revolucionaria, en la más elevada y completa acepción de la palabra. Por lo hondo y radical del cambio que propugnamos, se nos tilda — como a todos los que de poder influenciar y prevalecer, siempre les quedaría a los poderosos el recurso de la violencia. Por eso no conviene hacerse ilusiones. Por bien de la propia enseñanza integral, se tiene que ir pensando también en la revolución. La escuela puede dar hombres conscientes a la revolución social. Pero la revolución es precisa para que la escuela pueda desenvolver y desarrollar sin peligros la enseñanza libre y racional.

Poco adelantará el niño si del colegio tropieza con un medio completamente opuesto y reactivo. Con los enemigos que tiene que luchar la escuela racionalista, se encuentra el propio hogar de los discípulos. Con muchos de los escolares tienen que emplear los profesores todos sus esfuerzos en deshacer los efectos del ambiente y del hogar. Esto no sucederá si los padres de estos niños que asisten a los colegios libres hubieran modificado sus condiciones de convivencia familiar. El interés de los libertarios debe primordialmente transformar la familia en un sentido, además de libre, igual, ya que en el mismo sentido pretenden transformar la sociedad. Además, los padres cerca de sus hijos podrían favorecer la labor de enseñanza de las escuelas, completándola. Sobre todo la madre, si es alfabeta, debe comprender que junto al hijo tiene un hermoso y virgen campo donde desarrollar sus conocimientos y actividades. Para la obra de educación del niño, ninguna persona mejor que ella, ni más diestra. ¡Qué cosa más bella para una mujer que, ayudando o encomendándose la instrucción primaria del hijo, pueda juntarse al título de madre, el de maestra!

D. A. DE SANTILLAN (2)

LA JORNADA DE SEIS HORAS

Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

Nunca ha sido más evidente que hoy el poder del sistema capitalista, y nunca se vió con más claridad hasta qué punto son absurdos los esfuerzos por aliviar de un modo un poco duradero las consecuencias del funcionamiento de ese terrible aparato económico. Tampoco fué el proletariado más impotente que hoy, ni estuvo más desorientado, ni se mostró más sumiso, en espera del maná bíblico, que en esta hora.

Son, precisamente, el socialismo científico y el movimiento sindical reformista los que consideran como la misión capital de su existencia el descubrimiento de cataplasmas para aliviar el dolor y la penuria actuales. Sin embargo, ahí tenemos el panorama de la crisis presente y su incapacidad para propiciar soluciones de cierto alcance.

Cuando propusimos en el congreso de Amsterdam la campaña por la jornada de seis horas, teníamos ante los ojos el malestar insoportable de la postguerra y la impotencia de los reformistas para producir un alivio pasajero a la situación del proletariado; una reducción de la jornada significa, por algún tiempo, el trabajo para todos, y disminuye así la ganancia capitalista. Fueron muy pocos los que se preocuparon de obrar en ese sentido, no obstante tener cada día conflictos y realidades más tristes y reducirse cada vez más la energía combativa de los trabajadores. El hambre o, mejor dicho, el agotamiento por el hambre, no es un factor de revolución; hoy, al contrario, sirve a la reacción.

De una forma o de otra, los desocupados tienen que vivir a costa de los que trabajan, porque lo que necesitan para su alimentación no lo producen los capitalistas ni se crea por el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Pero el socialismo científico ha sembrado tal claridad en los espíritus, que los obreros que trabajan son los más enemigos de los desocupados, y viceversa. Ni unos ni otros se dan cuenta que el único factor de vida es el trabajo, y que la desocupación es una nueva carga, como la del parasitismo social, que pesa sobre los productores, con la diferencia que los desocupados quieren trabajar y no encuentran compradores para sus brazos, y los parásitos no quieren trabajar. Como de una forma o de otra, directa o indirectamente, los que no trabajan no pueden menos que vivir de los que trabajan, pues bien o mal tienen que comer, ¿por qué no habrían de tomar los trabajadores en sus manos la suerte de los desocupados, reduciendo la jornada, o bien cediendo un día o medio día en favor de ellos? Tal medida no encontraría, probablemente, muchos opositores en las filas proletarias mismas; la oposición de los capitalistas nos podría tener sin cuidado. Esto es sumamente realizable en los países más industrializados pero en esos países el grueso del ejército proletario está dirigido por los reformistas y los socialistas científicos, que quieren solucionar los conflictos entre el capital y el trabajo de forma que no salga nunca perdiendo el capital.

La última invención marxista para la discusión de sus teóricos es la concurrencia de los continentes. Se quisiera dar vida a una confederación de Estados europeos semejante a los Estados Unidos de América, a fin de evitar la mortal concurrencia entre los pequeños Estados europeos rivales, y formar un núcleo poderoso que tenga sus ventajas para la explotación de Africa y de Asia y de los países de la América latina frente a Estados Unidos. Los Estados Unidos se han puesto en situación de competir con toda Europa, y los marxistas siguen este desarrollo de su pensamiento: si los Estados Unidos pueden concurrir con toda Europa, es porque Europa está disociada por sus numerosos Estados; formemos los Estados Unidos de Europa, y las fuerzas comerciales e industriales tal vez se equilibrarán o inclinarán a favor de Europa. Esos señores no quieren salir del capitalismo, y en tanto que queden en él no debe extrañarnos que cada día se manifiesten más integrados en la ideología y en el engranaje del sistema capitalista. ¿No vemos a los socialistas ingleses reconocer el imperio británico con sus numerosas colonias y protectorados, como un todo, y defenderse rabiosamente contra la idea de su posible desmembramiento por la revolución?

Sobre la crisis de la desocupación no se han presentado hasta ahora más que tres soluciones:

1. — *La jornada de seis horas*, de que trataremos;
2. — La tesis de los capitalistas europeos, según la

se anticipan a su tiempo — de locos, visionarios y utopistas.

—

La anarquía se relaciona con el proletariado, porque éste le proporciona su máxima difusión y el mayor número de adeptos, el entusiasmo de sus luchas y el afán de progreso de sus privaciones, porque el problema económico es el más apremiante y el que más subleva a un espíritu apasionado. Pero ello no quiere decir que la anarquía haya de ser exclusivamente proletaria.

—

Lo esencial en la educación libertaria
del niño, es tratar de desarraigar en él
el espíritu de obediencia, que todo, hoy,
tiende a fomentar. Esta empresa ha de
comenzar en la familia, en la que el
padre debe dejar de ser el amo y el
jefe para convertirse en el guía y el
mentor del hijo débil y necesitado de
tutela; proseguir en la escuela, en la que
el maestro no se imponga por el terrer
sino por la simpatía, el afecto y la per-
suasión. El quid está en acertar a des-
pertar en él el afán de autoeducarse, y
ésto no se consigue con panaceas ni con
fórmulas, sino con cariño, voluntad y
acierto. Los métodos pedagógicos que des
arrollan la iniciativa, el razonamiento y
el sentido crítico, son excelentes para el
logro de esta finalidad.

—

Al arte no creo se le deban marcar senderos. Su orientación no depende de otra cosa que de la inspiración del artista. No al arte, sino al artista es a quien hay que pedir eleve su obra por encima del negocio, de la gloria y del halago a los instintos de las masas. Basta que el arte se libre de estas concupiscencias para que se convierta en instrumento de emancipación humana.

—

Las tendencias individualistas me pa-
recen bien, como una reacción contra
el colectivismo devorador de la unidad
hombre. Por encima del interés colecti-
vo, que no pasa de ser una abstracción,
y por encima de la ley de mayorías está
la realidad, el hombre, con su derecho
sagrado a la vida, a la independencia y
hasta a la rebeldía. Para que la rigidez
de toda organización y la vida restrin-
gida de toda colectividad no preponde-
ren sobre los derechos y aspiraciones in-
dividuales, es conveniente y hasta nece-
saria esa exaltación del individualismo.
Es la garantía del equilibrio que debe
existir entre el individuo y la colecti-
vidad.

—

Rehuyo dar mi respuesta al último
punto de la encuesta, tanto por mi falta
de documentación para acometerla, como
por creer que tomar en serio la Biblia,
— esa recopilación de textos antiguos,
con intangibilidad de dogma e interpre-
taciones tan traídas de los pelos, como
la de Scio, — es caer en la ingenuidad
de que se puede convencer a un fanáti
co, es decir a una mentalidad en la que
el juicio camina por carriles.

La historia comparada de las religio-
nes, enseñada en la escuela (en la edad
en que aun el juicio no tiene la manía de
los caminos trillados), es el mejor anti-
doto contra el envenenamiento religioso
tan difícil de curar una vez desarrollado
en la edad adulta.

UN MEDICO RURAL

Valencia (España).

— *** —

Nuestros muertos

René Chaugi

En el mes de agosto del año corrien-
te murió en Elancourt (Francia) Henri
Gauche, conocido entre nosotros por el
pseudónimo de Henri Chaughi, el autor
del folletito "La inmoralidad del matri-
monio". Fué colaborador, durante largos
años, de *Les Temps Nouveaux* de París.

Lizzie N. Holmes

Nuestra valiente camarada, Lizzie N. Holmes, nacida en 1850, falleció en Santa Fe, Nuevo Méjico, el 8 de agosto, a los 76 años de edad.

Sobreviviendo por muchos años a sus
tiempos de activa militante, las jóvenes
generaciones de anarquistas no conocen
su nombre, más los viejos compañeros
que aún leen sus escritos no la olvidarán.

Partiendo del movimiento socialista,
fué atraída por las doctrinas anarquis-
tas, y en 1886, en la época del famoso
proceso de los anarquistas de Chicago, se
hallaba como secretaria de redacción, con
Albert Parsons, en el periódico *Alarm.*
Cuando la policía atacó la pacífica mani-
festación en Haymarket y una bomba
fué arrojada contra aquélla y cuando los
principales anarquistas fueron arrestados
— no solamente por ser tales sino por en-
cabezar el movimiento por la jornada de
8 horas — Lizzie Holmes se hallaba entre
los que se pretendía procesar. Era natu-
ralmente tan *culpable* como los otros, sus
compañeros de prisión; pero sin duda las
autoridades, reflexionando que la presen-
cia de una mujer podía acarrear tropie-
zos y dificultades al asesinato judicial
antes que se instaurara el plan del pro-
ceso fué libertada.

Durante muchos años después sus car-
tas, sus correspondencias publicadas en
Alarm, *Lucifer*, *Labor Enquirer*, *Free-
dom*, fueron leídas con pronunciado in-
terés por los anarquistas de habla ingle-
sa; mientras que sus artículos en la As-
sociated Labor Press, difundidos por to-
dos los Estados Unidos, eran discutidos
entre los trabajadores norteamericanos
por un gran número de los más inteligen-
tes y avanzados, ideológica y mental-
mente.

Sus hijos han muerto; pero pudo ser
abuela antes de morir. Sobrevivió a su
compañero de ruta en cuarenta años:
W. Holmes, un camarada valeroso, ac-
tivo y muy estimado. Lillian White, un
poco más joven que ella, vive aún, tam-
bién una escritora libertaria, — ahora en
Los Angeles, — quien conserva como
siempre su fe intacta en la causa de la
libertad. Su sobrina es viuda de nuestro
brillante Jonatham Mayo Cranes.

Es una gran lástima que ella no se ha-
ya preocupado de conservar y coleccionar
sus escritos. Una norteamericana de ra-
za, quien sabía comprender completamen-
te la psicología de su pueblo, sus escri-
tos lúcidos, bien informados, vigorosos en
la expresión de sus pensamientos y atem-
perados por su buen sentido, ejercieron
una gran influencia en su época, y aún
ahora serían dignos de reproducirse en
su mayor parte.

Adiós, vieja camarada. Sentimos que
te hayas ido; pero no pena, porque tu
vida fué útil y noblemente vivida en una
bella realización de sí misma.

T. H. BELL

BIBLIOGRAFIA

"Almanaque hispano-americano para 1927", (año XVIII). Director José Brisa, ilustrado con 265 grabados. Editorial Maucci, Barcelona — España.

—

Dr. Krumm-Heller. — ROSA CRUZ. Novela de ocultismo iniciático. Un volumen de 230 págs. en 8.o E. Maucci, Barcelona.

—

Rocker Rudolf. — LA MALDICION DEL PRACTICISMO. 32 págs. Editorial LA PROTESTA, Buenos Aires, 1926. Precio: 10 centavos.

El haber sido publicado ese interesan-
te trabajo en este SUPLEMENTO y el
nombre del autor nos eximen de hacer
algún comentario sobre este nuevo folle-
to, cuya amplia difusión merece ser re-
comendada.

—

Emma Goldman —LA TRAGEDIA DE LA EMANCIPACION FEMENINA. 14 páginas. Biblioteca de Generación Consciente, Valencia (1926). Precio: 20 céntimos.

Nuestros lectores conocen este trabajo, que forma parte del libro de la compañera Goldman titulado "*Anarquía y otros ensayos*", por haber sido publicado en este mismo SUPLEMENTO el número pasado. La edición de "Generación Consciente" de Valencia es excelente.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Veglia, anarchica mensil; Nº 3, julio agosto, París. Trae el siguiente sumario: Elogio del ideal, por Auro d'Arcola; Magnaud: el amigo de los ladrones, por A. Borghi; Albores de vida, por V. d'Andrea; La rehabilitación de los borbones, por Massar; Gitanescas, por Tatiano; Hacia lo ignoto, por Renzo Novatore; El congreso de Génova de 1892, por Felice Vezzani; El último proceso de Eva, por Camilo Berneri; La mancha, por Leda Raffanelli, y otros trabajos.

Gazzetta Medica Italo-argentina, año IX, Nº 8, del 15 de mayo.

—

GENERACION CONSCIENTE, septiembre de 1926, Valencia. Esta revista mensual se ha comenzado a publicar hace 4 años en Alcoy y últimamente se trasladó a Valencia. Como su nombre lo indica propaga la generación consciente y un sistema de vida naturista desde un punto de vista libertario. El número suelto vale 50 centavos.

—

VERBO ROJO, Nº 1, del 14 de agosto de 1926, México. — Hemos recibido el primer número del nuevo órgano de nuestros camaradas mexicanos. La redacción está compuesta por G. Durante de Cabarga y Rafael M. Saavedra; el administrador es J. C. Valadés. Deseamos a este periódico, que tiene el propósito de salir dos veces por semana, la más próspera existencia.

—

Publications de "La Revolté" et "Temps nouveaux". Nº 42. Publicación dirigida por Jean Grave, en Robinson, par Sceaux.

El Obrero Anarquista, septiembre de 1926, número 4, Lima (Perú).

—

Revista sud-americana de endocrinología, immunología, quimioterapia, Buenos Aires. Recibimos el número 9 de este año, correspondiente al 15 de septiembre, con un rico sumario de trabajos originales y un vasto resumen de artículos de otras publicaciones.

—

Bibliografía. — Hemos recibido los 4 primeros números de esta publicación iniciada en Rosario y trasladada a partir del 4 de septiembre a la Capital. Sale quincenalmente y es uno de los primeros ensayos de bibliografía sistemática en este país.

---

cual, para concurrir con los Estados Unidos, no hay más que una salida: *reducir el coste de la producción.* (Por reducción del costo de la producción se entiende: disminución de los salarios y aumento de la jornada de trabajo. Esta tesis es tan convincente, que los sindicatos reformistas alemanes dieron su consentimiento a la implantación de esa táctica por los grandes industriales de Alemania);

3. — La tesis del *aumento de la capacidad de compra de los trabajadores*, invención de los capitalistas norteamericanos. Según ellos, para superar una crisis industrial, el recurso más estúpido es reducir los salarios obreros; con ello se reduce la capacidad de compra del proletariado, que es el mayor consumidor, y se produce el fenómeno de una crisis, en que los depósitoas están abarrotados, las fábricas tienen que paralizar su producción y las grandes masas consumidoras mueren de hambre y sufren toda suerte de privaciones.

De esas tres soluciones, la de los capitalistas europeos nos parece la más impotente y la más manifiestamente inútil, pues ella tiene por primer efecto aumentar la desocupación y reducir más aun el consumo. Y la crisis actual es crisis de consumo ante todo; las fábricas se cierran, porque no encuentran consumidores o mercados para sus productos, y los consumidores se mueren de hambre, tiritan de frío y sucumben a las privaciones, porque no pueden adquirir los elementos necesarios a la satisfacción de sus necesidades. Y esto no es de hoy: es un elemento integrante de todo el sistema capitalista, desde su aparición.

La solución dada por los capitalistas de Estados Unidos es más sensata. Los salarios son, en ese país, cuatro o cinco veces mayores que en todos los demás países, se trabaja menos horas y, sin embargo, esa nación puede concurrir con sus productos por doquiera. Ese fenómeno merece ser tenido en cuenta. El ministro de trabajo de los Estados, James J. Davis, en un artículo de la "*Monthly Labor Review*" (mayo de 1925) resume así la solución de los capitalistas norteamericanos: "*Aumento de la productividad, pero no reducción de los salarios*". Y la perspicacia de ese ministro de trabajo llega hasta este punto en sus consejos a los capitalistas: si los trabajadores son bien pagados, nace en ellos la virtud del ahorro, depositan sus ahorros en los bancos, compran acciones, etc., y de esa forma se interesan en el sistema capitalista mismo, por una parte, y, por otra, ponen sus fondos a disposición de los industriales, que pueden proseguir así cómodamente sus negocios. ¡Esa gente especula con todo! ¿Qué más podría decir el socialismo científico? Ha sido necesario que los capitalistas mismos comenzaran a descubrir que la reducción de los salarios y el aumento de la jornada no es una solución apropiada a una honda crisis industrial y comercial, para levantar un poco el nivel de las aspiraciones socialdemócratas. Pues indudablemente, en teoría al menos, ahora los socialistas tienden a inclinarse a favor de la tesis de los Estados Unidos y comienzan a recomendar calurosamente a los capitalistas europeos que los imiten.

Como solución provisoria, tiene su valor ese aumento de la productividad en lugar de la reducción de los salarios, pero tiene el defecto capital de ser un paso más en la evolución capitalista, lo que equivale a un nuevo paso hacia atrás en la involución del sentimiento y del pensamiento humanos. Además, si los Estados Unidos pueden presentar ya ejemplos de la eficacia del sistema del aumento de los salarios para superar momentos difíciles de la economía nacional, es casi seguro que, generalizada, esa táctica chocaría de inmediato con graves inconvenientes que la reducirían a la impotencia.

Una cosa, sin embargo, parece estar en el ánimo de todos: hay que buscar a la crisis que se prolonga demasiado, una solución práctica inmediata. ¿Cuál es la que más puede fomentar los intereses de la revolución?

—

Antes hemos de dar algunos datos elocuentes, para explicar la génesis de la desocupación crónica de la postguerra.

Tomemos al azar un periódico cualquiera; por ejemplo: el *Vorwaerts* de Berlín (4 de mayo 1926). He aquí lo que leemos:"

"En la calle Belle-Aliance trabaja la primera máquina pavimentadora (Finisher, sistema Lakewood) que trajeron los establecimientos Ambi de Estados Unidos. Allí hay ya en funciones unas 2.000 de esas máquinas y se construyeron con ellas desde hace 10 años unos 60.000 kilómetros de calles. El rendimiento de una de esas máquinas es realmente asombroso. Mientras que con el trabajo manual se asfaltan, con 4-5 obreros, 30 metros por día, con esa máquina se pueden asfaltar 250 metros diarios con el mismo personal, lo que significa un ahorro de 12 a 15 mil marcos por kilómetro. La máquina desarrolla tres labores, la distribución del asfalto, el apilonamiento y el pulimento. Los railes por los que avanza el Finisher abarcan una calle hasta de

AÑO V

BUENOS AIRES, 11 DE OCTUBRE DE 1926

LA PROTESTA

N.o 244

PRECIO: 10 CTS.

SUPLEMENTO SEMANA[L]

U. Telefónica 0.478 — B. Orden —

Redacción y Administración: PERU 1537 ... TORRENTE

Francisco Ferrer y la huelga general

Francisco Ferrer, el militante anarquista

Hemos divulgado durante muchos años la personalidad de un Francisco Ferrer enamorado de nuevas doctrinas pedagógicas y mártir de un ideal de educación libertaria. En realidad no es pequeño su mérito en este concepto. Su acción desde la Escuela Moderna de Barcelona, y la valentía con que ofrendó la vida por la afirmación de sus ideas, merecen el más caluroso recuerdo de la humanidad.

Sin embargo, aprovechando esta nueva fecha del aniversario de su muerte queremos presentar a Ferrer en uno de sus aspectos, el más ignorado comúnmente, y el más importante para la causa de la revolución: nos referimos a su actividad de militante anarquista.

Después de haber transcurrido tantos años, al repasar en la memoria la labor de Ferrer anterior a la Escuela Moderna, constatamos en él un carácter práctico como hay pocos y una voluntad a toda prueba. Intelectualmente no era un genio, pero sabía poner a contribución la inteligencia de los mejores y más nobles de su tiempo. Sabía adonde iba y tenía el arte de suscitar energías para la realización de sus planes. Lo que ha hecho en el terreno editorial es una muestra de sus tendencias y sus propósitos ulteriores. Amaba la revolución sobre todas las cosas y nunca hubo en la España revolucionaria un hombre que recogiera en sus manos tantas fuerzas para operar la transformación social deseada. La Escuela Moderna fué un pequeño eslabón en la cadena de sus esfuerzos; su influencia sobre el movimiento obrero era evidente, aunque no siempre directa. Si él no hubiese desaparecido, la suerte de España habría sido, tal vez, diversa. Nadie le ha substituido; hubo pensadores y escritores distinguidos, hubo fabricantes de motines sumamente atrevidos y audaces; hubo hombres de gran espíritu de sacrificio, pero no hubo revolucionarios de la talla y de la capacidad práctica de Francisco Ferrer, de sus dones para la organización sólida de un movimiento, de sus cualidades para encauzar energías hacia un fin definido.

Desapareció él y en la mentalidad de los militantes se hicieron dos cosas relativamente independientes de



la propaganda y de la revolución; estos dos conceptos no han continuado formando algo así como el anverso y el reverso de una misma cosa. Sólo los hombres de acción, pues hombre de acción era en primer lugar Francisco Ferrer, saben fusionar, soldar inseparablemente la propaganda revolucionaria con la idea de la revolución, de su preparación, de su realización en el plazo más rápido posible.

Los artículos que se leerán a continuación, son tomados de "La Huelga General" de Barcelona, publicada de 1901 a 1903 por Ferrer con la colaboración de Anselmo Lorenzo. Creemos que han de ser estudiados por nuestros camaradas jóvenes y que su estudio les hará comprender que la personalidad de Ferrer era la de un hombre de acción que no entendía la propaganda como un deporte entretenido, sino como una preparación revolucionaria.

Que ese ejemplo nos sirva de estímulo y de guía para una renovación de la vida revolucionaria internacional. La reacción española no le quitó la vida precipitadamente; sabía lo que Ferrer significaba, de lo que era capaz. La Escuela Moderna fué un pretexto estúpido; se le mató por ser un militante anarquista realmente peligroso para el capitalismo y el Estado. Su memoria es para nosotros todo un tesoro, todo un símbolo.

Declaración librepensadora

(Presentada por Ferrer al Congreso de Praga en 1907; aprobada en el Congreso librepensador de Barcelona, celebrado en el primer aniversario del fusilamiento del fundador de la Escuela Moderna, y olvidada después por los librepensadores en general).

Para que la reunión de hombres denominada el Libre Pensamiento tenga verdadera y positiva eficacia, ha de proponerse desvanecer errores y destruir las causas sociales que perpetúan la ignorancia.

Más que descubrir verdades, que es un trabajo, en gran parte, de carácter individual, que corresponde a los científicos, ha de emplear su poder colectivo en combatir absurdos y privilegios, que en todos los países conservan sistemáticamente la ignorancia popular y hacen del saber una excepción, estableciendo una horrible diferencia entre lo que saben unos pocos y estancado queda en un número reducido de individuos, y lo que cree la generalidad constituído por la suma dolorosamente inmensa de dogmas, creencias, preocupaciones, errores, supersticiones y leyendas tradicionales afirmados por atavismo y remachados por la miseria.

Todos esos hombres y mujeres que viven del salario o que ni al salario llegan, si no son en su mayoría analfabetos, no pueden dar a la lectura su grandiosa utilidad, o que quizá la misma lectura les sumerge más en la ignorancia, porque, por ella, a semejanza de los locos razonadores, argumentan en contra de la razón, son seres rebajados de la dignidad humana. En ellos la grandeza del pensamiento no puede extender su vuelo natural.

Ese rebajamiento tiene su causa poderosamente arraigada en la constitución de nuestra sociedad, entendiendo por sociedad el conjunto de las naciones civilizadas.

Francia, la nación guía, la de las iniciativas progresivas y revolucionarias, la que proclamó los derechos del hombre y del ciudadano afirmando que "los hombres nacen y permanecen libres e iguales y que el objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre", esa Francia democrática republicana y actualmente radical, que da la norma de la civilización moderna, tiene en su código estos dos artículos:

"Art. 457. Los frutos industriales, los frutos civiles, la cría de los animales pertenecen al propietario por derecho de accesión.

"Art. 548. Los frutos producidos por la cosa no pertenecen al propietario sino a condición de hallarse a su cargo los gastos de labor, trabajos y simientes, hechos por un tercero."

Por el art. 457 el propietario es usurpador de la riqueza social, natural y producida; se apropia una parte del mundo y una porción de las fuerzas vitales naturales, y, por accesión y mediante el salario, despoja a los no-propietarios del fruto de su trabajo.

Por el art. 548 el trabajador es un tercero sin derecho al suelo, a las fuerzas naturales, a la participación en la ciencia ni a la riqueza social, que queda reducido a la vil condición de explotado jornalero, productor de riqueza, abastecedor de insaciables privilegiados.

Esos artículos tienen su analogía con otros absolutamente equivalentes en el Código civil español y en todas las naciones, monarquías y repúblicas de la época, y por eso en todas ellas existe ese proletariado desheredado que reemplaza con escasa ventaja al esclavo de la antigüedad. Los legisladores romanos establecieron esos preceptos legales, vigentes después de treinta siglos a pesar de las transformaciones y revoluciones ocurridas, para determinar la diferencia entre el hombre-persona y el hombre-cosa, y si en Roma encajaba perfectamente, dada la existencia de patricios de un lado y de plebeyos y esclavos de otro, esa distinción es hoy insostenible en la igualdad nominal política de nuestros días, considerando además que el privilegio en la sociedad ha de desaparecer evolucionariamente, puesto que las ideas de libertad y de igualdad políticas agitan las multitudes desheredadas, y revolucionariamente porque el proletariado consciente internacional ha determinado su voluntad en el propósito de que cese la usurpación propietaria capitalista.

En virtud de estas consideraciones y en vista de esta situación, el Congreso del Libre Pensamiento declara que quiere la verdad para todas las inteligencias humanas, y se propone trabajar contra el error, dirigiendo su actividad a transformar la usurpación propietaria en la participación de todos en el patrimonio universal.

Francisco FERRER

CONSIDERACION PREVIA

En esta sociedad aburguesada en que vivimos, que limita toda noble aspiración, que deprava todo generoso sentimiento y que se desarrolla entre un disolvente antagonismo de intereses, que pretende justificarse con la fórmula de colorido científico "la lucha por la existencia", Ferrer fué un hombre verdaderamente excepcional.

Hombre de inteligencia clara y carácter recto. Ferrer rechazaba, cuanto era humanamente posible, las hipócritas sinuosidades del convencionalismo y del oportunismo, y podía considerarse como el primero entre el corto número de los sinceros, de aquellos para quienes la lógica halla en línea recta el pensamiento, la palabra y la acción.

Sus enemigos, hallándose en situación diametralmente opuesta, le conocieron bien: por eso se conjuraron para perderle y consiguieron su propósito.

Sus amigos, triste es manifestarlo, teniendo con él solamente concomitancias prciales y hallándose generalmente distanciados, no pudieron conocerle, porque le vieron a través de sus preocupaciones o de sus conveniencias, y le juzgaron como un excéntrico bondadoso.

Si todos los que elogian hoy a Ferrer y su obra se hubieran unido a él cuando vivía y trabajaba: si la propaganda oral y escrita y los recursos reunidos en pro de la memoria de Ferrer muerto se hubieran acumulado para secundar la iniciativa de Ferrer vivo, no tendríamos monumentos ni nombre de calles, plazas y paseos en gran cantidad, enalteciendo el nombre del precursor y del mártir, pero tendríamos muchas escuelas racionalistas en el mundo que, en todos los idiomas de la civilización y relacionados entre sí, pronto hubieran estado a punto de entregar a una nueva generación racionalmente educada los destinos de la humanidad.

Inútil es lamentarlo; no sucedió así porque era imposible: el vulgo, y ante las grandes personalidades del genio y del carácter ya se sabe que son vulgares muchos hombres calificados de eminentes, no pudo dejar de vivir supeditado al atavismo, al medio y al mísero antagonismo dominante, y se elogia a Ferrer, más por el rutinario culto a los muertos que por el deseo de proseguir su obra. Y tanto es así, que si buscamos ideas entre los que se agitan para honrar la memoria de Ferrer, sólo hallamos políticos que preconizan la enseñanza obligatoria laica, o pedagogos que discurren sobre tecnicismo profesional, dirigiéndose todos a una enseñanza cívica. De la enseñanza racionalista de la Escuela Moderna, apenas si logran dar una idea, confundiéndola casi siempre con el tipo de la escuela laica, que es como únicamente comprenden la negación de la enseñanza religiosa tradicional.

Hay un aspecto poco conocido en la personalidad de Ferrer que conviene poner en claro. A Ferrer sólo se le conoce como antiguo revolucionario zorrillista o como fundador de la Escuela Moderna; de su intervención en el movimiento obrero sólo se sabe lo que, acerca de una ligera muestra de simpatía hacia la federación Solidaridad Obrera de Barcelona, se dijo en su último proceso, y lo que sirvió de tema a ciertas malévolas declaraciones de algunos políticos.

Para la generalidad era, o un revolucionario jacobino, o un filántropo educador. Con tales calificaciones, los que le juzgaban, siendo incapaces de comprender su grandeza altruista, le tenían por una especie de Quijote, desconocedor del mundo, destinado a estrellarse contra la realidad.

Como todo el que se separa de las grandes masas o agrupaciones por haber adquirido personalidad propia, no obedecía a ningún partido y no podía aplicársele ninguna denominación de carácter colectivo. En una carta dirigida a unos jóvenes barceloneses desde la cárcel de Madrid les decía: "No juguemos con palabras: liberales, republicanos, anarquistas... tan sólo palabras, de las que debemos huir los que marchamos de todo corazón hacia el ideal de la regeneración humana."

No siendo un partidario, no pudiendo someterse a una disciplina, tenía poderosa iniciativa y extraordinaria actividad. De ello dió prueba cuando, organizada y en funciones la Escuela Moderna y su biblioteca, quiso contribuir al movimiento de las reivindicaciones proletarias con la creación de un periódico y de una biblioteca de propaganda. El periódico fué *La Huelga General*.

Uno de los biógrafos de Ferrer ha dicho: "He interrogado a media docena de amigos íntimos de Ferrer sobre la evolución de sus ideas. Desgraciadamente no dejó obra alguna en la que se pudieran apreciar sus opiniones ya maduras. Su única obra literaria fué una gramática elemental de la lengua española. Pero hay bastantes pasajes en sus cartas y en su diario que corroboran el juicio que yo formé sobre sus últimas opiniones, después de haber interrogado cuidadosamente a sus amigos."

Si el autor de esta cita hubiera conocido la existencia de *La Huelga General* y hubiera recordado que, según el auditor del 4o. distrito, Ferrer usaba el pseudónimo *Cero*, hubiera tenido en cuenta unos artículos de aquel periódico que llevaban al pie esa firma.

A la publicación de aquellos artículos, de algunos escritos con mi colaboración, del programa de aquel periódico y de una carta interesante de Reclús, se dedica el presente folleto, en honra de Ferrer y en provecho de la emancipación de los trabajadores.

Al coordinarle, recuerdo con emoción aquellas horas dedicadas en el grupo "La Huelga General", que se compuso de tres individuos: uno Ferrer, muerto gloriosamente; otro que cayó en el miserable abismo del escepticismo, y el que firma con la temblorosa mano de la invalidez.

Léanse esos artículos que presentan la huelga general, pasando sobre los accidentes que ofrece en su contraste con el régimen actual, como arma defensiva y ofensiva del proletariado y como instauradora del futuro régimen comunista, y en ellos se verá que presenta hechos, aconseja línea de conducta y excita al estudio de futuros problemas que han de tenerse resueltos con precisión científica cuando lo exijan las circunstancias, dejando en esos escritos marcada la huella de su originalidad y de su carácter: rectitud, claridad, energía.

Lean los trabajadores esa prosa despojada de todo artificio y repleta de pensamientos, inspírense en ella para desarrollar el pensamiento, avalorando la propia personalidad, y así honrarán de manera positiva la memoria del racionalista que murió fusilado en aquel castillo donde pocos años antes se lanzó la idea de que habían de cerrarse los ojos a la razón.

Anselmo **LORENZO**

PROGRAMA.—

El trabajador es un hombre: el soberano, el pontífice, el legislador, el gobernante son hombres.

De hombres a hombres, cero.

Si en matemáticas sociales de hombre a soberano, a pontífice, a legislador, a gobernante va una resta

de USURPACIO:	DESPOJO
de TIRANIA:	SUFRIMIENTO
de SOBERBIA:	HUMILLACION
de CRIMENES:	SANGRE Y LAGRIMAS

tan estupenda como la que llena la historia de la humanidad, la naturaleza lo niega, el sentido común lo rechaza, la justicia lo anatematiza.

El trabajador está en su puesto natural, es el Adán de la concepción primitiva: si la sociedad humana existe única y exclusivamente por la imposibilidad que tiene el hombre de atender a sus múltiples necesidades; por la facilidad con que produce con exceso del género de producción que constituye su especialidad, y por el cambio de esos productos excesivos, el trabajador, vedle en el campo, el taller, la fábrica, la obra, la mina, la cantera, la locomotora, el barco, el muelle la estación, el escritorio, el gabinete, el laboratorio, trabajando siempre, produciendo con exceso; tanto, que lleno está el mundo de las maravillas creadas por el trabajo, repletos están los almacenes de productos, y hasta se da el caso de surgir crisis por exceso de producción, y sobrevienen conflictos internacionales por la apertura de mercados; mientras que el soberano, el pontífice, el legislador, el gobernante y el privilegiado de toda clase que bajo su amparo se cobijan, no sólo no le dan productos cambiables por su sobreproducción, sino que hasta de lo indispensable a la vida le despojan, dejándole como único recurso de subsistencia el rancho del esclavo en la antigüedad, el jornal del obrero en nuestros tiempos democráticos, y como resumen, en la estadística de la mortalidad la cifra ínfima de la media en una desproporción verdaderamente sangrienta.

Tanta maldad, aunque se consigne en reales cédulas, en encíclicas, en códigos y en decretos, y se defienda en libros, periódicos, púlpitos, tribunales, tribunas y ateneos, y se le proclame además cristiana, legal, científica, dorando la píldora amarga con todos los calificativos aceptables, no tendrá jamás la sanción de la naturaleza, del sentido común ni de la justicia; por lo tanto, quien esa maldad utiliza, apoya y defiende es el verdadero rebelde.

Somos trabajadores, aceptamos hace ya años la fórmula social "no hay deberes sin derechos ni derechos sin deberes" y venimos a trabajar por la abolición del jornal y a reclamar nuestra parte en el patrimonio universal.

Estamos en el terreno de lo naturalmente humano, de lo humanamente lícito y desde él declaramos la rebeldía a todo género de usurpadores del trabajo.

Nos proponemos, pues, la normalidad social que ha de dar a la humanidad la felicidad que los explotadores le roban y que sus teorizantes le disputan.

Para lograrlo, nuestro título es todo un programa.

Queremos reunir a los trabajadores, o a lo menos a la minoría inteligente y activa que necesitan siempre las iniciativas transformadoras, en compacto haz que formule la ciencia revolucionaria y practique la revolución por el único medio ya posible: la paralización temporal del trabajo.

Hoy como en el 31 de Enero de 1872, pueden y deben repetirse estas palabras del Consejo federal de la Región Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores:

> "Trabajadores, es menester que esa libertad que todos proclaman, que todos dicen amar, tenga una garantía, la única que puede hacerla imperecedera: la transformación de las condiciones sociales.
>
> "Es menester que, si la revolución llega, si en ella tuviésemos alguna participación, no abandonemos el campo de la lucha, no soltemos las armas sin haber visto realizada nuestra gran aspiración: la emancipación social de los trabajadores por los trabajadores mismos.
>
> "Es menester que no fiemos a ninguna clase, a ningún partido, a ningún poder la obra de nuestra emancipación. Es menester que antes de que vuelva a constituirse poder alguno, los trabajadores entren en posesión de lo que legítimamente les pertenece: el usufructo de los instrumentos del trabajo, sin lo cual no puede haber garantía para la vida del obrero, ni por consecuencia para su libertad.
>
> "Es menester que los trabajadores, una vez triunfantes, en el perfecto uso de su derecho, se constituyan en cada localidad en asamblea general de federados y acuerden solemnemente la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva, entrando inmediatamente a usar de todos los instrumentos de trabajo, como tierras, minas, ferrocarriles, buques, máquinas, etcétera, etc., haciéndolas administrar por medio de los Consejos locales de sus federaciones respectivas.
>
> "Es menester, en fin, que el proletariado realice por sí mismo la justicia".

Venimos dispuestos a no transigir con oportunismos políticos ni socialistas: lo más íntimo de nuestro pensamiento, lo más sincero de nuestra conciencia, lo más puro de nuestro ideal estarán siempre en la punta de nuestra pluma.

Aunque reconociendo a todo revolucionario la libertad de su pensamiento, no eximimos a nadie de su responsabilidad, reservándonos nuestro juicio para exponerle a nuestra libre voluntad, sin acatar ni sufrir los apasionamientos, las excitaciones ni las impaciencias extrañas a nuestro fuero interno.

Considerando que en esta lucha económica, especie de guerra civil emprendida y en la que venimos a terciar no hay en nuestro campo, ni se necesita, general en jefe, ni táctica oficial, sino libres iniciativas del entendimiento y de la voluntad limitadas por la moral que las impida degenerar en vileza egoísta o utilitaria, no somos, ni lo queremos ser, ni siquiera parecerlo, el concurrente de nadie.

Apoyaremos las escaramuzas, las batallas parciales y no consideramos la más decisiva sino a la que vaya seguida de la palabra *usar* tal como se entiende en el documento citado; o en otros términos: creemos, como el manifiesto de la Federación Barcelonesa de 23 de febrero de 1886, que el objeto final de la Revolución abarca estos tres extremos:

"Disolución del Estado.

"Expropiación de los detentadores del patrimonio universal.

"Organización de la sociedad sobre la base del trabajo de cuantos sean aptos para la producción; distribución racional del producto del trabajo; asistencia de los que aun no sean aptos para ella, así como de los que hayan dejado de serlo; educación física y científico-integral para los futuros productores".

OBSERVACION.—

Deseamos que esta publicación responda a una orientación determinada y que sus efectos sean de la mayor eficacia para su objeto final.

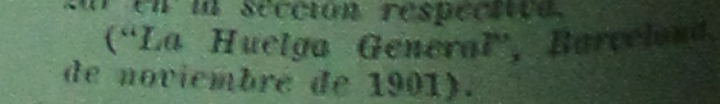
Al efecto, rogamos a cuantos pensadores quieran valerse de este periódico para servir al ideal, especialmente a aquellos con quienes no hemos contado previa y directamente, que sin dejar de desarrollar cuantos puntos doctrinales juzguen convenientes, se ciñan a los siguientes:

1.º *¿Es posible la huelga general?*
2.º *¿Cómo llegará a producirse?*
3.º *¿Qué medidas deberán adoptarse desde el primer momento para asegurar el triunfo?*
4.º *Sobre la base del triunfo proletario, bosquejo racional de la sociedad futura, encaminado a servir de material a la Sociología, no a forjar sistemas creadores de futuros fanatismos.*

Sin perjuicio de dejar a los colaboradores la responsabilidad de lo que avaloren con sus firmas, la redacción se reserva el derecho de no aceptar cuanto juzgue inconveniente por difuso, pesado, excesivamente sectario o atentatorio a la economía y a la amenidad.

Los asuntos de movimiento social o movimiento obrero que revistan carácter de detalle local o personal de escasa importancia o trascendencia no encajan en los resúmenes que nos proponemos realizar en la sección respectiva.

(*"La Huelga General", Barcelona, 15 de noviembre de 1901*).



A la redacción de "La Huelga General", Barcelona.—

Amigos míos: Uno de nuestros compañeros me escribe de Suiza, algo desanimado a causa de las disensiones intestinas, de las disputas inútiles, de los esfuerzos sin resultado. Me pide consejo y me permito responder por la carta siguiente, que podéis reproducir en español si juzgáis que vale la pena, ya que en la actualidad carezco verdaderamente de tiempo para dedicaros otro trabajo, como fuera mi deseo

Os saluda cordialmente

Elíseo RECLUS.

Barcelona 6 D, 1901.

Queridos compañeros: Nos inclinamos generalmente a exagerar, sea nuestra energía, sea nuestra impotencia. En los períodos revolucionarios, nos parece que el menor de nuestros actos debe tener consecuencias incalculables, mientras que en los tiempos de marasmo nos imaginamos que nuestra vida, aunque dedicada constantemente al trabajo, queda sin alcance y sin importancia.

Algunas veces hasta llegamos a creer que un movimiento de reacción nos arrastra.

¿Qué debe hacerse para mantenernos siempre en estado de vigor intelectual, de actividad moral y de confianza para el buen combate?

Os dirigís a mí quizá porque soy viejo y contáis con mi experiencia de los hombres y de las cosas.

Pues como viejo luchador me dirijo a vosotros los jóvenes en los términos siguientes:

1º. ¡Fuera discusiones! Comenzad por escuchar los argumentos del interlocutor. Exponed después los vuestros si os parecen serios. En seguida callaos y reflexionad No os repitáis jamás. Y sobre todo no hagáis nunca el sacrificio de la menor verdad a la violencia de la conversación o del discurso.

2º Estudiad con juicio y constancia. Comprended bien que no basta el entusiasmo por una causa y saber morir por ella. Cualquiera puede hacerse matar, pero pocos son los que saben vivir como ejemplo y como enseñanza a sus hermanos. El revolucionario verdaderamente consciente no es sólo un ser de sentimiento, sino también un ser de razón: sabe apoyar los esfuerzos que práctica en pro de la justicia y de la solidaridad social sobre conocimientos precisos y sintéticos en historia, en sociología, en biología; sabe, por decirlo así, encuadrar sus ideas personales en el conjunto general de las cosas humanas y presentarse así en la lucha con el inmenso prestigio que le da una ciencia profunda y evidente.

3º. No os especialicéis estrechamente en una patria ni en un partido. No seáis rusos ni polacos, ni aun eslavos: sed hombres que estudien la verdad con el mismo desinterés y sin la menor mira personal, ya se trate de chinos, de europeos o de africanos. Todo patriota acaba por odiar al extranjero, por convertirse en enemigo de la causa de justicia que abrazó en su primer arranque de entusiasmo.

4º. Ni *amo* ni jefe de fila, ni apóstol cuyas palabras se acaten con veneración ni ídolo adorado. En el discurso del ami- go más cariñosamente amado, del profesor más competente y más estimable, no buquéis más que la verdad pura, y si os queda interiormente la menor duda comenzad de nuevo el examen de vues- tra conciencia y de vuestro pensamiento. samiento.

Pero si rechazáis todo amo, penetraos del mayor respeto hacia todo hombre convencido y, siguiendo vuestra vida, dejad a cada uno de los compañeros se- guir la suya.

Si tú quieres lanzarte a la pelea y sacrificarte defendiendo a los humildes, a los pobres, a los oprimidos: ¡en buena hora, amigo mío, vé a morir noblemente!

Si tú quieres trabajar lenta y pacientemente en la preparación de un porvenir mejor: ¡muy bien; haz tu obra dedicando a ella todos los instantes de tu vida generosa!

Si tú quieres obrar por la enseñanza, por la solidaridad constante de los esfuerzos con los desgraciados: ¡perfectamente; que tu existencia sea como una luz y resplandezca durante muchos años!

Salud, compañeros.

Eliseo RECLUS



—

Con respeto, con amor, con entusiasmo traducimos esta carta y conservaremos su original.

Grandes verdades, consoladoras esperanzas, firmes seguridades damos los anarquistas al mundo, y merced a ella se tambalea el régimen del privilegio a los golpes que le asestan los desheredados que aumentan a miles cada día las legiones revolucionarias; pero los anarquistas de hoy, hijos del privilegio o de la esclavitud, conservamos aún la levadura viciosa de nuestro origen, tenemos algo así como el supuesto pecado original de los cristianos, y esa infección genésica se manifiesta en muchas ocasiones y de distinta manera, cuando no por uno de nuestros numerosos defectos, por la censura asaz exagerada con que juzgamos al compañero.

Por eso, nosotros que enseñamos el ideal a los infelices que gimen bajo la coyunda del trabajo todavía envilecido y esclavizado, necesitamos que se nos enseñe, que se nos purifique, para que individual y mutuamente nos honremos y respetemos, y en nuestras personas, como transmisores de la idea más sublime que haya podido cobijarse en cerebro humano, honremos y respetemos esa misma idea que exponemos a nuestros hermanos que sufren, a nuestros tiranos y explotadores para que se avergüencen de serlo, a la humanidad entera para que llegue pronto a ser lo que, porque puede, ha de ser.

En esa carta, dirigida a uno o varios compañeros de Suiza, se da una lección a los compañeros diseminados por todo el planeta, aunque unidos en una idea salvadora, y tanto por la sublime ver- dad que contiene, como por la justicia en que se inspira y por el prestigio de su autor está destinada a eficacísima influencia.

Altamente honrados con tan precioso documento, expresamos nuestra profun- da gratitud al digno y sabio compañero y nuestra alegría a todos los que con nosotros trabajan por el ideal.

LA REDACCION.

—

La propiedad y los anarquistas. — Locos y razonables.—

Sabido es que la mayoría de las personas saben de las cosas lo que a su dia- rio le conviene hacerles saber. Pocos son los que reflexionan sobre lo que leen y los que han podido enterarse del ideal anarquista.

Para el vulgo, los ácratas son asesi- nos feroces pagados por los jesuítas o por vividores embaucadores, que si, por imposible un día llegaran a *gobernar* no habría nada seguro ni nadie podría poseer el menor objeto para sí ya que persiguen la destrucción de la propiedad.

Hay que pensar y habrá que repetirlo a menudo que en una sociedad razonable, es decir, anarquista, cada cual tendrá su casa, sus muebles, sus prendas de vestir, sus obras de arte sus instrumentos de trabajo, en fin, cuanto pueda hacer agradable la vida.

Naturalmente que no pasaremos de un régimen de locos como el basado sobre la autoridad y propiedad que venimos gozando, a uno de solidaridad y verdadera fraternidad cual cambio de decoración en un teatro, sino que exigirá toda la propaganda, toda la instrucción y aun todo el ejemplo que los lógicos habremos de dar a los ilógicos, a los irreflexivos, a los irracionales, a la gente loca que compone la inmensa mayoría de hoy.

Los anarquistas queremos destruir la propiedad tal como existe, porque es producto de la explotación del hombre por el hombre, del privilegio otorgado por los gobiernos o del derecho del más fuerte.

Los ácratas no queremos que haya propietarios de grandes extensiones de terreno al lado de familias que no tienen donde reposar sus cuerpos, ni herederos de fortunas y herederos de miseria.

Los libertarios no queremos que baste un título o un testamento para pasarse su vida sin trabajar.

En la sociedad ideal anarquista la edu- cación e instrucción de la infancia se harán de modo que todos comprendan la necesidad del trabajo sin otras excep- ciones que las dolencias físicas inexcu- sables; y como no habrá el mal ejemplo actual de que unos trabajan y otros se pasean; de que éstos comen y aquéllos bostezan, todo el mundo contribuirá a la producción de la riqueza común en la medida de sus fuerzas y todos comerán según su apetito. Fácil será a los educadores inculcar a los niños el gusto y la obligación general al trabajo.

Siendo los hombres razonables, al con- trario de lo que hoy sucede, hallarán sin grandes quebraderos de cabeza la manera de ser en vida propietarios de lo que les rodee y amen, sin que este de- recho a la propiedad pueda perjudicar a nadie ni crear supremacía de especie alguna.

Precisamente la locura de los que no comprenden la anarquía estriba en la imposibilidad que tienen de concebir una sociedad razonable.

CERO.

15 noviembre de 1901.

Dios o el Estado: NO; la Huelga General: SI.—

No se encontrará una persona de buena fe, por poco ilustrada que sea, que afirme que la religión, ya católica, ya protestante, mahometana o budista, haya logrado la paz y el bienestar de los hombres.

Ningún político, de cualquier partido o de no importa qué dependencia se dé podrá asegurar que su sistema de gobierno garantice la libertad absoluta de hablar y escribir o asegure el derecho a la vida.

Tanto los que quieren dar la supremacía al clero como los que esperan todo de un Estado más o menos laico, todos sostienen que ha de haber pobres y ricos, amos y servidores.

Ni los unos ni los otros buscan la emancipación económica y política del individuo.

Son excusables los primeros liberales, que al darse cuenta del engaño religioso se dedicaron a fundar un Estado libre del contacto de Roma, porque podían creer que todo el mal venía de la Iglesia.

Pero los que ahora practican el sistema parlamentario: monárquico, republicanos o socialistas, engañan a sus lectores, cual los curas abusan de la credulidad de sus feligreses, al hacerles esperar que con el gobierno de su partido o con el programa de su invención llevarán la libertad y la paz al seno de la nación.

No existe ningún elector que pueda citar un gobierno como bueno.

Ni los siglos desde que viven las religiones, ni los reyes que se sirvieron de Cortes y Asambleas, ni aun el siglo pasado ocupado casi todo por gobiernos parlamentarios sacaremos como ejemplo de la utilidad de delegar a nadie el cuidado de nuestros intereses. Nos bastarán los años que el partido socialista gubernamental lleva de lucha electoral. ¿Qué beneficio han obtenido los trabajadores yendo a votar?

En cambio, al alcance de cualquiera está que si el tiempo empleado por los socialistas en luchas electorales lo hubiesen dedicado a la organización de las clases productoras y a la propaganda, hace tiempo que una huelga general habría dado al traste con la sociedad burguesa.

A los libertarios toca hacer comprender estas verdades a cuantos inconscientes creen en la panacea del voto como si fuese la hostia que ha de llevarles al paraíso.

La emancipación completa de los trabajadores no vendrá ni de la Iglesia ni del Estado, sino de una huelga general que destruya ambas cosas.

CERO.

25 noviembre 1901.

—

La huelga general enriquecerá a los pobres sin empobrecer a los ricos.

La creencia de que los ricos hacen vivir a los pobres y que sin ellos habría aún más miseria, está tan arraigada, que ha de costar mucho trabajo convencer de la falsedad de tal creencia.

Ni los pobres necesitan a los ricos ni éstos a aquéllos.

Bastará una organización razonada del trabajo y de la distribución equitativa de sus productos para que desaparezcan las dos clases en que se divide hoy la sociedad de productores y consumidores; esto es, de pobres y ricos.

Una huelga general bien estudiada y practicada podrá únicamente lograr la edad de oro soñada por los altruistas pasados y presentes.

Beneficiarán de ella todos cuantos hoy han de privarse de algo: mendicantes, trabajadores, empleados, pequeños comerciantes y la mayoría de poseedores de títulos universitarios.

En cambio, los que se llaman ricos continuarán siéndolo, porque se les po- drá dejar en el uso de sus lujosas habi- taciones, facilitándoles además cuanto es necesario para la vida.

Con la entrada de su superfluo en el patrimonio universal, suelo, subsuelo y máquinas bastarán para que la producción satisfaga a todas las exigencias.

Ahora bien.

¿Es posible una huelga general?

—Sí.

¿Cómo llegará a producirse?

—Cuando un suficiente número de trabajadores y empleados se crean capaces de organizar lógicamente la sociedad.

¿Qué medidas deberán adoptarse desde el primer momento para asegurar el triunfo?

—Las federaciones de oficios empezarán *solamente* la producción y el cambio de productos cuando hayan disuelto, derribado y exterminado todos los engranajes que componen el régimen capitalista: Estado, sostenido moralmente por la Iglesia y materialmente por los poderes coercitivos.

¿Qué será de los empleados y funcionarios públicos de todas clases sostenedores de la Iglesia y del Estado?

—Siendo los más débiles después, habrán de amoldarse al nuevo modo de cosas y serán los primeros en aceptar el nuevo modo de ser, que les asegurará dignamente la vida sin otra obligación que la de contribuir al sostenimiento del régimen de solidaridad humana.

Los ricos serán más felices que hoy porque continuarán gozando sin ver sufrir a los demás.

Los pobres no tendrán envidia de los ricos porque no carecerán de nada.

CERO.

5 diciembre 1901.

La herencia social.—

En la próxima revolución los burgueses no tendrán que correr los riesgos de la prisión y del cadalso, castigos que sus antepasados infligieron a los aristócratas en la época de la gran Revolución; pero tendrán que contemplar la ruina de su fortuna: habrán de sufrir la tortura de ver sus arcas deshechas, sus monedas esparcidas despreciativamente por el suelo; sus billetes, títulos, acciones, bonos, pagarés, cheques, letras, etc., reducidos a cenizas; todo como condición indispensable para asegurar el derecho a la vida de todos los seres humanos, incluso ellos mismos, sin exceptuar a los demás malhechores más o menos honrados y deshonrados de la sociedad presente.

Esa insignificante pérdida material será ampliamente compensada por las inmensas ventajas que les garantizará el nuevo sistema social, al mismo título que a sus hermanos del proletariado, que les reportará el 100 por 1, sin víctimas, sin lágrimas, sin maldiciones, sin sonrisas forzadas de aquellas que ocultan un odio reconcentrado, sin aquellos privilegios exclusivos que constituían el cortejo inseparable de su riqueza y el resorte indispensable de su posesión.

Porque al fin es preciso que los proletarios entren un día u otro a participar del bien común, de la riqueza social que les pertenece por justo título y de que inícua y sistemáticamente han sido defraudados por el egoísmo de las clases expoliadoras.

Porque ello es, digan lo que quieran los códigos, las religiones y las escuelas, que cada individuo que nace tiene derecho, como unidad, a su parte en la propiedad común, que es tan inícuo detentar parte de ella como acaparar los rayos del sol y el aire que se respira.

Si una serie abominable de crímenes ha permitido esa expoliación, a la altura en que nos hallamos ya no puede tolerarse un día más.

Pero discutamos aún un poco el asunto:

¿Habría alguien capaz de sostener que la clase de los privilegiados ha producido más que lo que ha consumido, y por tanto, que es natural que transmita este excedente exclusivamente a sus descendientes?

En rigor podría admitirse que un corto número de individuos, a consecuencia de circunstancias excepcionalmente favorables, hayan podido, sin recurrir al fraude, a la explotación y al robo constituirse un bienestar relativo, pero estos casos son muy raros y se explican aún por los desórdenes de la organización social; el mayor número no debe la fortuna sino a la casualidad del nacimiento y con tanta frecuencia a maniobras criminales, aunque las leyes las consideren lícitas. Los doctores católicos, entre otros Jerónimo el santificado, han declarado que un rico no podía ser más que un hombre injusto o el heredero de un hombre injusto.

Estas indicaciones bastan para reducir a la nada las pretensiones de los privilegiados y para condenar un sistema de reorganización que no tiene otro objeto que someter la masa a los caprichos de una minoría sin escrúpulos. La verdad es que el cazador no reconocerá jamás el derecho de la pieza venatoria.

En el estado actual hay que reconocerlo y repetirlo hasta la saciedad, todo conspira para mantener bajo el yugo más estrecho a los vencidos de la vida.

Proletarios, meterse bien en la cabeza este dato: La Convención decretó que después de la guerra se indemnizase a los defensores de la patria con un billón de francos; más como después dominó la reacción, aquel decreto quedó como letra muerta y nadie pensó en su cumplimiento.

En cambio, a la vuelta de los Borbones, bajo el reinado de Luis XVIII, un real decreto dispuso que se repartiesen un billón de francos a título de indemnización entre los emigrados, de los cuales, muchos de ellos habían combatido contra Francia en las filas de los ejércitos extranjeros, y esta vez el billón se distribuyó entre los favorecidos.

Cada individuo, hombre o mujer, que viene al mundo, no ha hecho nada para merecer ni desmerecer la suerte que le espera en la vida.

Siendo esto así, como se impone por evidencia inexcusable al tonto y al sabio, al rico y al pobre, al creyente y al ateo, al liberal y al absolutista, al chino y al árabe, al niño y al anciano, al hombre y a la mujer, a todo el mundo, a los humanos de la primera generación hasta la en que vivimos, ¿por qué razón, por qué motivo, por qué pretexto, unos, descendientes de los ricos, gozarán de todas las satisfacciones, mientras que los otros, hijos de pobres quedarán sujetos a todas las privaciones?

Eso es el mundo al revés; es diametralmente opuesto a la más sencilla equidad, al más elemental buen sentido.

Admítese sin dificultades que todos los seres humanos, indistintamente, circulen sobre las vías públicas, construídas, conservadas y compuestas a expensas de la comunidad, sea en generaciones pasasadas, sea en la actual.

Pues como consecuencia, y de conformidad con un criterio de estricta justicia, todas las propiedades deben ser utilizadas de la misma manera, gozando cada persona de los productos acumulados por las generaciones precedentes del mismo modo que se disfruta del aire, de la luz y del calor solar, no quedando a título de propiedad personal más que los objetos relativos a la utilidad privada, como la alimentación, el vestido, el mobiliario, etc., naturalmente en relación proporcional a la cantidad de los productos acumulados y en razón de la población.

Cuanto se halla fuera de estas condiciones cae dentro de la definición de Brissot adoptada por Proudhon: *La propiedad es el robo.*

¿Qué se espera, pues, para acabar con ese galimatías social y poner en práctica la anarquía, único y verdadero orden social, susceptible de allanar todas las dificultades y producir la harmonía universal por el mutuo acuerdo?

COLABORACION.

15 diciembre 1901.



Primero regional; después veremos.

Que no nos suceda a los libertarios por la huelga general, lo que a los republicanos portugueses por la revolución política, que decían y dicen estar preparados para hacerla; pero que aguardan a los republicanos españoles para efectuarla de común acuerdo. ¡Y los años pasan y pasan!...

Lo más probable es que la huelga general, antes de ser internacional sea nacional, y antes de nacional sea regional. Que no les preocupe a los compañeros lo que hagan en las otras regiones o en los otros países.

Prepárense en sus localidades respectivas; organícense los varios oficios de una comarca; tomen los panaderos, harineros y matarifes y cuantos se relacionan con los productos de alimentación y servicios de transportes, las medidas necesarias para dejar asegurado el servicio de distribución al día siguiente de la Revolución, y aprovéchense luego de la primera oportunidad para declarar la huelga general.

Tengamos por seguro que si en un punto importante cualquiera de una nación toma posesión la clase proletaria del patrimonio universal, haciendo desaparecer cuanto recuerde la sociedad capitalista, poco han de tardar en imitarla los trabajadores de las comarcas vecinas.

Empezada ya la nueva producción, cambio y repartición de productos, podráse proceder al derribo de calles y barrios malsanos; construcción de casas higiénicas; incautación de todo el metálico y papel moneda existente, cuyo dinero dejará de tener circulación en país comunista, reservándolo la Federación para las indispensables compras en otras regiones u otros pueblos.

Que no teman los revolucionarios la intervención extranjera, cuando haya triunfado su obra. Al menor intento de restablecer un gobierno cualquier nación vecina, declárese allí también la huelga general y entonces comenzaría la Federación Comunista Internacional.

Activemos, por lo tanto, la organización comarcal de los trabajadores para la huelga general como preludio de la Revolución Social.

CERO.

25 diciembre 1901.

¿Habrá sangre? — Sí; mucha.—

No es que nosotros deseemos una revolución sangrienta. Hartas pruebas tenemos dadas de amor a la humanidad para que se nos crea sanguinarios.

La publicación que nos honra imprimiendo nuestros sencillos escritos vino al palenque de la prensa precisamente para estudiar el capital asunto de la huelga general, más que en son de guerra, con ánimo de hallar una solución eficaz al tremendo conflicto social, que hace de la vida de los más una existencia llena de sufrimientos y privaciones.

Daremos a luz artículos y folletos doctrinarios y de táctica tantos cuantos sean menester para que los obreros y demás desheredados se capaciten de su fuerza y de su poder. No somos impacientes ni hay para qué. Bien sabemos que será larga nuestra jornada; pero no dudamos que obrando metódicamente, al final de ella hallaráse abundante el fruto.

Como los consejos de los buenos compañeros no se echarán en saco roto, es indudable, segurísimo, que llegará un día en que el proletariado se vea bastante organizado para dar el quién vive a la burguesía, y entonces acaecerá el fenómeno más grande que la historia haya mencionado.

Los acaparadores de la riqueza y sus sostenedores, en vez de ser razonables entrando en componendas y de ser inteligentes tratando de coadyuvar al cambio del régimen explotador por uno de fraternidad y solidaridad, querrán oponer resistencia, y entonces, naturalmente, ocurrirá la tragedia inevitable.

¡Qué lamentos! ¡Qué imprecaciones tardías!

Serena, firme y sin inmutarse seguirá su camino la Revolución triunfante, sin deplorar acaso la sangre vertida, fija la mente en la nueva era de paz y justicia que con el último bautizo de sangre humana se instaurará por primera vez, dando origen a una sociedad realmente digna de ser vivida.

5 Enero 1902.

A parlamentar con gobernadores: NUNCA. A ejercer nuestros derechos: SIEMPRE.

Va pasando los límites de lo tolerable lo que ocurre entre obreros y autoridades.

¿Aun no se han convencido los trabajadores de que nada han de esperar de gobernante alguno?

Pretender mejorar de situación presentando peticiones a los que mandan, es creer cándidamente que éstos pueden tener sentimientos paternales respecto de los explotados.

No. No es buen procedimiento solicitar apoyo a los que existen solamente para amparar los intereses de los capitalistas, a los que son esencialmente enemigos.

Desde el momento que los asalariados se ponen de acuerdo para reclamar algo ya que todavía no están bastante organizados para tomarlo, que se entiendan directamente con sus explotadores y con ellos solos se las hayan; pero no cometan nunca la torpeza de buscar fuerza más que en su propia energía y voluntad.

A los centros oficiales sólo pueden ir con derecho propio fabricantes y patronos de todas clases, y allí, inspirados en la defensa de sus gangas sociales, intenten cuanto puedan y cuanto quieran contra sus víctimas que tienen la osadía de erguirse como hombres dignos; pero nosotros en conciencia no debemos presentarnos en demanda ni en señal de acatamiento de sus hipócritas bondades.

En nuestros centros nos hemos de reunir. Entre nosotros solos tenemos que tratar de lo que nos conviene. De nosotros han de partir las condiciones que quepa exigir.

Y si alguna vez vamos al gobierno civil, no sea en la actitud humilde del que solicita protección, sino como corresponde a hombres que tienen perfecta noción de lo justo y la virilidad correspondiente.

Sí; contra la fuerza bruta no hay más que otra fuerza mayor y la conciencia del derecho.

No lo olvidemos.

Mientras nuestra solidaridad no alcance la resistencia necesaria, no descansaremos en el empeño de procurarla.

No cesemos de fomentar la unión y solidaridad entre todos los trabajadores para las grandes reivindicaciones. Muchos, muchísimos ya lo comprenden así y este, solamente este, es el buen camino.

15 Enero, 1902.

La coacción siempre viene de arriba, por la Huelga General vendrá de abajo.

En el régimen capitalista vigente los trabajadores se hallan sometidos a coacción constante.

Los fabricantes empiezan por despedir a los iniciadores de todo movimiento societario con el único objeto de hacer ce-



acción a los que intentasen continuar sus propósitos de asociación.

Si, a pesar de esto, logran los operarios entenderse para reclamar aumento de salario o disminución de horas de trabajo, contestan negativamente los patronos, seguros de que el céntimo no podrá resistir ante el billete de banco: coacción manifiesta.

Cuando el céntimo heroico intenta levantar la cabeza, vienen los máusers, los sables despiadados o la tranca policiaca a coaccionar.

Coacción es todavía la que se hace la misma clase obrera con sus *esquirols*, producto fatal del maldito régimen capitalista.

Coacción es la que hace la prensa burguesa, monárquica o republicana y también la socialista adormidera, con su sistemático afán de adulación a los poderosos, aconsejando templanza o haciéndolo esperar todo de los poderes públicos.

Coacción, pero coacción disfrazada, es la que ejercen ciertos políticos de oficio que se entrometen so capa de protección para conservar prestigios en peligro o para preparar futuras campañas electorales.

Por fin, coacción es, y la mayor, esa inseguridad del mañana en que la clase poseedora tiene constantemente a los desheredados, amenazándoles con el hambre y la persecución.

Y no se nos venga ahora diciendo que los explotados de siempre cometen coacciones en tiempo de huelga.

Cuatro palos por aquí, una cabeza rota por allá, una caja de utensilios o herramientas desparramadas por acullá, y algunos trastos burgueses echados a perder en alguna que otra parte, ¿qué representa todo eso en comparación de la coacción patronal protegida y apoyada por la autoridad y amparada por la fuerza pública?

Otra cosa sucedería si la fuerza productora tuviese plena conciencia de su poder.

De todos modos, la coacción vengadora vendrá cuando, desvanecidos todos los falsos prestigios, quiera el proletariado dejar de ser instrumento enriquecedor, para convertirse en dueño absoluto de su trabajo.

25 enero, 1902.

Tres mil obreros al entierro de una víctima, ninguno a pedir cuentas al autor de ella.

Mal aconsejados son los obreros que están actualmente en huelga.

Y no es por no haber previsto desde las columnas de "La Huelga General" que si los huelguistas recurrían sólo al gobierno civil, a la Alcaldía y al amparo de los hombres políticos su causa estaba perdida.

Por lo visto habrá que repetir constantemente que la clase productora no ha de esperar nada de los poderes públicos ni de los que aseguran poder arreglar la cuestión económica con leyes que, en suma, son votadas y aplicadas por los privilegiados. Sin contar que los políticos no creen una palabra de cuanto prometen están dispuestos a hacer el menor sacrificio en bien de la causa que dicen defender.

Mal, muy mal les va a salir la cuenta si se figuran que sus colectas y llamamientos a la caridad han de poder dominar la soberbia y capital burgueses.

Hace falta energía.

No es un acto enérgico el declararse en huelga y concretarse a manifestaciones públicas que, como dos gotas de agua, se parecen a las que ejecutan los detentadores de la riqueza social.

Asistir a un entierro civil puede parecer bueno desde el punto de vista de la propaganda librepensadora; aunque bien reflexionado, sin pensar caemos en los mismos defectos de nuestros enemigos: entierros fastuosos, inauguraciones de monumentos, colocaciones de primeras piedras, procesiones, etc., todo ello muy bueno para ofuscar al bobo del pueblo.

Pero nosotros no debemos engañarnos a nosotros mismos. Si somos muchos sabedores ya de lo que podemos exigir, no perdamos tiempo en ceremonias que a nada práctico conducen.

Ni pedir limosna, ni solicitar apoyo de nadie, ni nombrar comisiones para viajes, ni hacer manifestaciones pacíficas. Si no somos bastante fuertes para tomar lo que nos pertenece, no cesemos de propagar las ideas de emancipación entre nuestros compañeros hasta que por nosotros mismos podamos habérnoslas con los que todavía son nuestros amos.

Estamos tan convencidos de que este régimen de privilegios y monopolios se sostiene gracias a que sus pompas religiosas, patrióticas y gubernamentales deslumbran el entendimiento popular, que el que esto escribe ni el culto a los muertos practica por creerlo una ofensa a los vivos que sufren en cárceles y presidios, carecen de techo donde cobijarse o mueren de hambre por la detestable organización social.

Y como nos gusta pagar con el ejemplo, si no asistimos a ningún entierro ni saludamos el paso de cadáver alguno, es que nuestra familia sabe que a nuestro entierro no ha de venir nadie, ni ella misma. Harto necesitan los vivos el tiempo dedicado a los muertos.

Por esto cuando hace unos días pasó por debajo de la Redacción el entierro de aquella niña *muerta de hambre*, hija de un huelguista, al ver tantos obreros detrás de una víctima de la avaricia patronal, tuvimos que esforzarnos para no salir al balcón y gritar a nuestros amigos: ¡No la acompañéis al cementerio! ¡Id a casa de sus verdugos!

5 febrero, 1902.

NON POSSUMUS

Llamo "revolución servil" toda revolución que se propone un objeto material, independientemente de todo progreso moral... y así me explico la suerte que toca a todas esas empresas que, repetidas en épocas diferentes, parecen siempre las mismas, de tal modo tienen un desenlace uniforme. Y es que como el pensamiento representa en ellas tan ínfimo papel, la audacia es sólo aparente. Aunque suelen comenzar por asustar a las gentes, la verdad es que ellas se asustan de sí mismas, porque tienen miedo de las conquistas de la inteligencia, y por eso las de más feroz apariencia no tardan en caer en la incapacidad de mover un grano de arena. — Edgard QUINET.

Cuando la gran huelga de mecánicos de Inglaterra en 1897 conmovió al mundo proletario, que hizo los esfuerzos de solidaridad más extremados de que hasta entonces se tuviese memoria y que no han sido superados después, un amigo nuestro y buen compañero fué a Londres acompañando a un inventor que, para sus asuntos, había de tratar con un industrial, gerente de una de aquellas grandes empresas metalúrgicas de la gran ciudad.

La fábrica estaba operada, naturalmente. Situada en un barrio popular, en las calles adyacentes, — como revelando el espíritu íntimo de lo que se llamaba el gran conflicto económico, es decir, de la pasividad sistemática hija de la paciencia cristiana con que se enseña a las masas a ser víctimas y cómplices de su propio mal, — se veía a los trabajadores fumar y esperar, o, si se prefiere, perder el tiempo, porque aunque aquel proverbio que dice que "el tiempo es oro" sea inglés, no reza, por lo visto, más que con los burgueses. Aquello partía el corazón: figúrese el lector la palanca de Arquímedes, con su punto de apoyo y todo, tirada en un rincón y cubierta de telarañas, esa idea inspiraban aquellos miles de trabajadores que, mientras sus directores se agitaban con actividad ardillesca, parecían poseídos de pereza musulmana, como si hubiesen adoptado por lema: "las ostras han de abrirse por la persuasión".

El burgués recibió afablemente a los españoles: estaba de vena y, contra la costumbre burguesa del país, no tenía prisa. Obsequió a nuestros amigos con champagne y puros y espontaneó hasta por los codos.

—De la huelga, — dijo respondiendo a una indicación, — como si tal cosa. Creen esos pobres diablos obligarnos a ceder o arruinarnos confiando en su solidaridad, y no caen en la cuenta de que los mismos principios que invocan tienen eficacia universal y nos sirven también, no diré para luchar contra ellos, porque, ya lo ven ustedes, los infelices no luchan, sino para negarnos a sus pretensiones. Nuestras compañías son ya asociaciones harto fuertes para resistirles, y a mayor abundamiento también sabemos utilizar la solidaridad. Consideren ustedes si hay quien impida que para librarnos del remotísimo peligro de ceder celebremos un pacto con toda la industria internacional de nuestro ramo, para que nos destine un tanto por ciento equivalente a buena parte de lo que representarían nuestros beneficios si nuestras fábricas funcionaran, reservándose los pactantes extranjeros los que les produjera el exceso de la demanda. Porque el hecho es patente y todos pueden verlo: todo lo que sea alterar el equilibrio económico establecido sobre la reciprocidad entre la oferta y la demanda aquí, allá, en todo el mundo, aunque, sea para atender a las lastimeras quejas presentadas por los obreros, es una abdicación, es nuestra muerte, es la perturbación del orden social, y nosotros obramos así, inspirados en santa intransigencia, no por egoísmo patronal, sino como verdaderos defensores del orden, como sostenedores de esta sociedad que, a pesar de sus defectos, encuadra la vida y hace posible el progreso.

Nuestro amigo le hizo notar que la opinión pública favorecía manifiestamente a los obreros, puesto que no sólo la plebe proletaria, sino la burguesía, la aristocracia y hasta individuos de la familia real se les declaraban simpáticos.

—¡Sensiblería inútil!, inconciencia, ignorancia. Si nos enterneciésemos y cediéramos, ¡pobres de todos! Una concesión es una exigencia obligada y sucesiva, es echarse a rodar por la pendiente hasta llegar al abismo revolucionario, abismo a que se rodará un día, pero ¿no ven ustedes cuán prematuro sería entregar la dirección del mundo a la gente que fuma, bebe cerveza, padece hambre y espera que caiga, como quien se tumba para coger brevas, la escasa bonificación que solicita? ¿Puede suponérseles capacitados para utilizar su triunfo en bien de la humanidad y ni siquiera de ellos mismos, cuando, aparte de su inactividad, llevan su testarudez hasta no evitar que se malgasten esos millones que les ha proporcionado la solidaridad internacional de sus compañeros, a quienes probablemente convertirán en escépticos?

Aquel hombre personificaba el régimen burgués, pero era lógico, y, como tal, su palabra era penetrante, hacía daño. Mi amigo recordaba que treinta años antes, con lógica también irrefutable, Marx declaró en la misma Londres a la ciudad y al mundo la incapacidad progresiva de la burguesía; pero en ese tiempo, sin que esa entidad haya hecho nada para destruir el antagonismo de los intereses, que en tanto que se sostenga hace irresoluble el problema social, los trabajadores se limitaban a solicitar ciertos beneficios del señor, reconociendo su existencia y su categoría, y, a lo menos en aquellos huelguistas, no había germinado aún la idea de la anulación del señor, la de su expropiación, ni menos el puro concepto de la huelga general como precursora directa e inmediata de la toma de posesión de todos en el patrimonio universal.

Cinco años después, aunque en el terreno oral y literario se adelante mucho más, en el de los hechos, no diré que permanezcamos estacionarios, pero caminamos a paso de microbio, y si no, ahí están nuestros compañeros en la actual huelga de Barcelona.

(Se refería a la huelga de metalúrgicos que precedió a la gran huelga general de Barcelona en 1902).

COLABORACION

15 febrero, 1902.

Los republicanos no son revolucionarios; sólo la huelga general hará la revolución.

Durante los primeros años de la Restauración, cuando D. Manuel conspiraba en París con los Martos, los Montero Ríos y los Canalejas.

Cuando eran muchos los generales que le ofrecían su espada y Sagasta y Serrano estuvieron a punto de entrar en la conjura, la revolución republicana era la constante preocupación de Cánovas y su amo.

Demasiado honrado el señor Ruiz Zorrilla para dudar de la buena fe de sus entonces amigos, se confió a ellos, y resultó lo que ha de resultar siempre tratándose de políticos.

Que la mayoría abandonó al caudillo republicano para aceptar una cartera o un puesto elevado, que la monarquía ofrece en signo de paz a los vividores.

Y se quedó el impenitente con los Muro, Llanos y Persi, Santos de la Hoz, Esquerdo, etc., todos furibundos revolucionarios en su decir, pero aun no ha parecido la capa.

A no haber sido por Asensio Vega, Cebrián, Mangado, Villacampa y algunos más, D. Manuel hubiera sido juguete durante veinte años de hombres que no eran más que aspirantes a canongías, cuando no especuladores de bolsa.

Después de los pronunciamientos de Badajoz y de Madrid, todo el empeño de Martínez Campos y Cánovas fué impedir su repetición, a cuyo efecto se disolvió el cuerpo de sargentos, y se expurgó del ejército todo jefe u oficial que hubiese servido con cariño la República o fuese tan sólo tildado de liberal.

La Monarquía pudo entonces dormir tranquila.

Y ha podido después dormir tranquila, porque el revolucionarismo de los republicanos ha consistido en formar comités, esperar órdenes de la Junta, la que a su vez las aguardaba del jefe, quien, por su parte, continuaba prometiéndoselo todo del ejército.

¿Y el pueblo?

En su mayoría tan cordero como antes: ir a votar, hacer coaliciones, retraerse, volver a votar, buscar jefes, creándose directores y amos siempre.

Unicamente los anarquistas emprendieron el buen camino: despertar el valor individual, instruirse con el estudio de las cuestiones sociales, hacer prosélitos, organizarse y federarse con el propósito de hacer la Revolución social tan luego haya dado sus frutos la propaganda a favor de la huelga general.

Si los republicanos se hubiesen unido al pueblo para ir a la verdadera revolución, entonces sí que nada sirviera a la monarquía la fidelidad de los soldados, pero no lo hicieron y ahora es demasiado tarde para intentarlo.

La propaganda libertaria ha penetrado demasiado las masas para que se vayan detrás de políticos de oficio, que no tienen medios de hacer la revolución ni se atreven a prometer otra cosa que *cuanto hayan concedido las otras repúblicas.*

Por esto, los trabajadores conscientes no les hacen caso, sabiendo demasiado lo que está pasando en las repúblicas vecinas o lejanas, convencidos también de que en la mitad del tiempo que los otros han empleado banqueteando y vaticinando a plazo fijo el día de la nueva victoria, ellos estarán capacitados para la gran batalla.

Pero no será revolución de nombres sino de hecho; no para elegir diputados de Constituyentes que voten nuevas leyes, sofísticas todas, sino para apoderarse de toda la riqueza social y organizar el trabajo de manera que los productos sean propiedad de todos y no de unos en detrimento de otros, como ha de suceder bajo no importa qué gobierno.

Cuando la burguesía se vea la Revolución social encima, intentará detenerla ofreciendo la República, las ocho horas, el mínimo de salario y cuantas monsergas se hayan puesto antes sobre el tapete de los políticos; mas, cual lo hizo la Revolución del año 30 en Francia man-

dando a paseo a Carlos X y sus tardías reformas, enviaremos los anarquistas en horamala a los explotadores con sus mentidas concesiones.

No nos basta ya la República.

Preparemos la Huelga General.

CERO

15 febrero, 1902.

Preparando la huelga revolucionaria.

La experiencia, nuestro mejor maestro, nos ha sobradamente demostrado que si en algunos casos pudieron los trabajadores mejorar algo su condición, sirviéndose de la única arma que en su poder tienen, la huelga, no podrá, sin embargo, recurriendo a ella pacíficamente, emanciparse del salario, su mayor yugo opresor. En efecto, por huelgas que hagan y por reclamaciones que presenten, no dejarán nunca de hallarse ante el siguiente dilema: o los patronos ven la posibilidad de resarcirse por otro lado de la ventaja que se les solicita, y en este caso ceden más o menos pronto, o temen que el acceder les llevará demasiado lejos, y entonces no ceden, encargándose el hambre y las arbitrariedades gubernamentales de someter a los reclamantes.

Si sucede lo primero, nada ha ganado el obrero, aunque de momento le parezca lo contrario, pues el aumento que sufren fatalmente los artículos de primera necesidad hará que tan mísero se halle el asalariado después como antes de la victoria. Cuando aconteció lo segundo, cuando el trabajador tuvo conciencia de su debilidad enfrente del hambre, de la policía, de la guardia, de los jueces y de las cárceles, fué cuando nació la idea de la huelga general.

Sino que muchos huelguistas van a la huelga general como los republicanos a los banquetes del 11 de febrero, creyendo que ha de bastar el mero hecho para anonadar a los enemigos. Hay que ponerse en guardia contra este error.

Pasaríanse treinta años haciendo huelgas generales como las que se han hecho hasta ahora, y nos hallaríamos tan lejos de la emancipación social como lejos se hallan los republicanos de conquistar la república a fuerza de banquetes repetidos.

Huelga general significa acción común, instantánea, de todos los trabajadores, no para pedir estas o aquellas mejoras a los amos, cambiando el régimen del salario, que ha de ser injusto y explotador siempre, por un régimen de solidaridad y bienestar general. Esto es lo que significa la huelga general.

Así lo habían comprendido algunos fabricantes de una ciudad vecina de Barcelona, que al estallar la huelga general de febrero, reuniéronse atemorizados para ofrecer a sus obreros cuantas mejoras les habían negado hasta aquel día y proponerles mayores garantías para el porvenir, pues ya creían ver sus fábricas presas de las llamas y terminado su reino de explotación.

Mejor sería no hacer huelga general si ella ha de ser pacífica, y preferible no hacerla revolucionaria si tuviéramos que contentarnos con quemar edificios y con tomar represalias en contra de nuestros verdugos. No, queridos compañeros. Hay que picar más alto.

Que cada obrero consciente estudie en sí mismo lo que podría ser una sociedad sin amos, autoridades ni dinero; que cambie sus impresiones con sus compañeros en las sociedades de resistencia, y que éstas influyan en las federaciones para que se discuta el asunto de la huelga general. Que se llegue a un acuerdo para el modo de producción, de cambio y de repartición de productos para el día siguiente de la huelga general, y lo demás, es decir, los medios para hacer victoriosa la huelga revolucionaria será ya cosa de coser y cantar.

CERO

25 de enero, 1903. (Del número anterior a éste medió una suspensión de un año de estado de guerra a consecuencia de la huelga general de Barcelona de febrero de 1902).

HUELGA GENERAL: Utilitaria, Solidaria, Revolucionaria.

Mereciendo cada una de estas tres calificaciones se presenta la huelga general en los hechos y en la abstracción del entendimiento.

La *huelga general utilitaria* o reformista no es más que una generalización de la huelga parcial de los trabajadores exclusivamente societarios, quienes, arrinconados en el último extremo de la lucha económica y no pudiendo ya materialmente vivir, piden disminución de horas de trabajo o aumento de jornal. Esta clase de huelga suele terminar con una derrota o un triunfo aparente, después del traqueteo de las comisiones, de declaraciones pacíficas de los obreros, de aprobación y aplauso burgués, de que algunos *esquirols* adquieran plaza permanente y de que los activos y conscientes queden desocupados y apuntados en las listas policiacas y en las del Pacto del Hambre. En resumen, tiempo perdido y bajas dolorosas.

La *huelga general solidaria* en pro de otros compañeros en lucha lleva en sí tal elevación de miras, que el solo hecho de intentarla dignifica a los que por ella se interesan. Suele recurrirse a ella cuando se ofrece la necesidad de defender a un compañero, como la recientemente ocurrida de los carreteros de Barcelona, o como la más reciente aún de Reus, por defender el derecho de asociación, o como las que alcanzaron notoria importancia en Gijón, Coruña, Sevilla y La Línea; pero su solución y sus ventajas difieren poco de las de la anterior, quedando además algún procesado y castigado por lo de las coacciones.

Queda la *huelga general revolucionaria;* esa, no nos hacemos ilusiones, se planteará, será vencida; pero a la última, a la vencedora, a la que vendrá cuando seamos bastante conscientes para plantearla debidamente y por consiguiente fuertes para vencer a nuestros aterrorizados y flojos enemigos, representará la toma de la última Bastilla, y con ella la elevación a la dignidad del goce completo de la vida humana para todos, hasta para aquel Pachu, el segador inventado por Lerroux, que llamaba burgueses a los obreros triunfantes de una huelga utilitaria.

Dejamos de ser utilitarios o reformistas al separarnos del partido republicano, donde vimos que sus hombres son revolucionarios sólo de nombre, y también porque sabemos lo ineficaces que son en todas las repúblicas del mundo las reformas que a tanta costa se obtienen.

Vinimos al campo libertario porque en él se hace verdadera labor revolucionaria combatiendo los fundamentos principales de esta sociedad: Religión, Patria, Estado. Y no contentos los libertarios con revolucionar cerebros, llevan su acción a la calle por medio de la huelga general, considerándola como el único medio de emancipación de los trabajadores.

Por esto decimos, respetando todas las iniciativas, limpios de todo dogmatismo, pero firmes en nuestra convicción: no se olvide que el objeto único de la huelga general es la Revolución.

Pedir reformas por medio de la huelga general es como hacer política menuda.

Ir a la huelga sin más propósito que la solidaridad, laudable en determinadas ocasiones, es puro sentimentalismo.

Ni por utilitarismo ni por sentimentalismo debe ponerse en movimiento la gran colectividad proletaria, la cual no ha de seguir la inspiración de Sancho Panza ni la de Don Quijote, sino las de la razón; es decir, no hemos de ser tontos egoístas, ni locos altruistas, sino justos. Además, no hay utilidad mayor ni solidaridad más elevada que las contenidas en el propósito de la transformación de la sociedad perfectamente concordado con la conveniencia total de la humanidad.

Para demostrarlo se fundó nuestra publicación, con ella nos proponemos ayudar a cuantos sin rodeos ni desviaciones van al único y verdadero fin revolucionario, y en él queremos que coincidan los trabajadores individual y colectivamente.

Dejemos las reformas para los políticos de oficio y para los incautos.

Queden los sentimentalismos, como atavismo cristiano, para los bienquistos con el régimen vigente.

Los libertarios de veras estudian y preparan la huelga general revolucionaria y la sociedad ultrarrevolucionaria.

COLABORACION

20 febrero, 1903.

A las sociedades de resistencia.—

Desde nuestra reaparición venimos excitando al estudio de la sociedad al *día siguiente del triunfo de la huelga revolucionaria.* Para la sección correspondiente hemos recibido algo, muy poco, pero pensamiento individual o colectivo, nada. Es pronto, se nos dirá; tal vez las sociedades estudien, formulen dictámenes, discutan y luego publicarán sus trabajos. Puede ser; pero no sabemos de sociedades que tal hagan; no hemos visto convocatorias alguna al efecto, a menos que lo hagan en secreto. En cambio, es público que en Barcelona hay sociedades que tienen locales espaciosos y confortables en que se toma café, se juega a la manilla y al dominó y a veces al burro, donde toda la vida intelectual consiste en una conferencia sabatina de los chicos de la Extensión Universitaria en que se dan latas de fragmentos de ciencias, muy recomendables y muy apreciables en sí, pero a veces de dudosa utilidad, porque hay ocasiones en que los obreros salen de ellas como el negro del sermón.

Y la verdad es que el tiempo pasa y urge, la torpeza gubernamental arrecia, la irritación burguesa y sus pactos del hambre aumentan, la huelga general empuja, y de seguir así podrían venir acontecimientos que nos pillasen con las fichas en la mano o embabiecados ante un señorito que nos hablase de los habitantes de la luna.

Creadas las sociedades de resistencia para la defensa de los trabajadores, no pueden defenderse mejor que estudiando, no ya la huelga general, que se impone y sobre la cual es preciso tener ya claro criterio, sino sobre sus consecuencias. Primero, cada trabajador se ha de evitar la vergüenza de no saber qué contestar al burgués que le pregunte: "¿qué harían los trabajadores al día siguiente del triunfo de la huelga general?" y después es preciso que haya un criterio, determinante de una acción común, para oponerse a la reacción que intentarán los privilegiados, quienes tendrán en su favor su aun no extinguido prestigio, los restos del servilismo proletario, la vacilación de los dudosos, la testarudez de los rutinarios y la fuerza de la costumbre, todo aumentando con las deficiencias iniciales, las divisiones sectarias, los intentos de los ambiciosos y la pasión y la inteligencia muertas de los neutros.

Créanlo nuestros compañeros: es indigno de trabajadores serios, sobre quienes pesa la responsabilidad de la evolución progresiva de la humanidad y la reparación de todas las injusticias sociales, entretenerse en el juego vergonzosamente pueril de combinar fichas y naipes, sin otro fin que matar tiempo, que es desperdiciar vida, una especie de suicidio y una renuncia de las facultades y del poder, un embrutecimiento, cuando tanta falta hace vivir para revolucionar el mundo, dando a la inteligencia y a la voluntad aquella elasticidad indefinida por no decir infinita, de que es susceptible.

Otro día aguijonearemos más a nuestros compañeros societarios a ver si les clavamos el rejón hasta la fibra sensible en que se hallan la dignidad, la vergüenza y el amor propio.

CERO

3 marzo, 1903.

A las sociedades de resistencia.—

Continuando mi tema del número anterior, digo que aunque dejemos el sábado para las conferencias de Extensión Universitaria, que vienen a ser una especie de misa científica, sería bueno rechazar las fichas y los naipes como entretenimiento burgués, para dedicarse a estudiar qué profesiones, *al día siguiente del triunfo de la huelga revolucionaria,* han de resultar, a lo menos por el momento, inútiles, innecesarias, y qué otras han de reforzarse y aun implantarse de nuevo, según las condiciones locales, comarcales y aun de mayor extensión.

Bastará indicar a bulto algunas de las primeras: joyeros, pasamaneros, bordadores, modistas, pasteleros y en general todas las industrias que abastecen de cuanto sirve para la soberbia, la vanidad, la lujuria, la glotonería, la frivolidad, etcétera, de los privilegiados, quienes serán dados de baja definitivamente.

Respecto de las segundas, la cosa varía: aunque, a pesar de tanto zángano en la colmena social presente hay producción sobrada, en el momento crítico que prevemos habrá escasez; lo que se explica por el ansia perturbadora que han de manifestar los ex privilegiados y los neutros al ver interrumpidas sus rutinarias costumbres, de lo que da una ligera idea esa multitud que hace provisión de pan para una semana en cuanto corren rumores de que se va a armar la gorda. Así harineros, tahoneros, matarifes, agricultores en general y obreros del transporte de importación como necesidad local egoísta, y de exportación como necesidad extralocal de solidaridad altruísta, referente todo a la alimentación como necesidad urgentísima, merecen una atención que nunca será bastante recomendada.

Merecen los albañiles una mención especial, pero no como constructores, sino como demoledores. Hay edificios que suelen ocupar puestos preferentes en las ciudades, villas y aldeas que, no sólo dan mala sombra, son verdaderos estorbos, sino que mientras estén en pie ejercerán sugestión maléfica y serán fuente constante de atavismo, de quietismo, de superstición y además constituirán incesante peligro reaccionario, y son aquellos en que se albergan los representantes de las dos ficciones en cuyo nombre más daño ha recibido la humanidad entera en general y los desheredados en particular: la religión y la autoridad. Eso por una parte; luego hay barrios en que las calles y casas son tan malas por antihigiénicas, estrechas y sucias, que más que habitaciones humanas son lugares de muerte, donde sólo pueden recogerse infelices que viven muriendo entre toda clase de infecciones, para fomentar la ganancia de los propietarios, quienes, a semejanza de aquellos emperadores que arrojaban esclavos en los lagos de las murenas para que comiendo la carne de aquéllos fuera la de éstas más apetitosa, arrojan proletarios a los microbios para que abunde el oro de aspecto brillante y timbre sonoro en sus arcas.

No apuntaremos ideas detalladas acerca del problema de las habitaciones para todos, ni para el vestido y distribución de todo género de cosas para las necesidades de la vida; precisamente lo que se necesita es que se estudie, que se invente, que se solucione todo; y para ello, claro está, hay que gastar energía cerebral, y eso es lo que pedimos a las sociedades de resistencia, que sustituyan fichas y barajas por el libro (que buenos, claros, detallados, verdaderos y de arte sublime los hay), y la conversación fútil por la discusión luminosa, y de esa manera, a la vez que se recrean dignamente, se elevarán a la altura que les corresponde.

CERO

5 abril, 1903.

En el próximo número: "Cuarenta años de vida de un periódico anarquista"; artículo de M. Nettlau, a propósito del aniversario de "Freedom" (Londres).

E. LOPEZ ARANGO

TEORIA Y TACTICA

Anarquismo y lucha de clases

Sobre esta cuestión a la vez teórica y táctica difícilmente se agotará la polémi ca. El anarquismo ofrece tantos matices teóricos y se expresa en tantos medios y tácticas de propaganda y de acción, que resulta imposible armonizar en un punto de vista homogéneo las diversas corrientes del movimiento revolucionario. Hay anarquistas en una escala creciente de particularismos, de "sistemas específicos", de grados culturales, sentimentales, económicos... Y como a todos los une un objetivo común y una misma realidad histórica, las preferencias por un medio no indican que una tendencia sea mejor que la otra o que se ajuste más fielmente al *espíritu* y a la *letra* de la doctrina.

No es esa cuestión puramente teórica la que nos interesa. La quintaesencia de los sistemas filosóficos, doctrinarios y religiosos sólo conduce al dogmatismo. Y los anarquistas no creemos en los dogmas infalibles y menos en la eternidad de las verdades reveladas.

De las teorías anarquistas, a través de los precursores, hemos deducido una conclusión ética y un método crítico que nos permite juzgar los hechos con arreglo a nuestra concepción de la vida, de la sociedad y de los hombres. Y la realidad es siempre la representación, bajo aspectos variables, del absurdo histórico que gesta el descontento, la protesta y la rebeldía del hombre de espíritu libre y de conciencia sana.

Sin embargo, en la representación del mundo moral y en el diario espectáculo que nos ofrecen las contradicciones y los absurdos sociales ,la teoría pura no logra establecer una síntesis ideológica que conforme a todos los descontentos y rebeldes. Las diferencias culturales, éticas y psicológicas crean movimientos de opinión divergentes y hasta antagonismos doctrinarios que reducen cada vez más el horizonte y las perspectivas del movimiento revolucionario. Y aun cuando, en sociología, sea una realidad que los hombres viven mal en una sociedad basada en el error, la injusticia y la violencia, las víctimas de ese sistema opresor y tiránico no están espiritualmente identificadas. De ahí que el concepto de clase, que es un hecho material, exprese necesidades perentorias, pero no anhelos superiores y reivindicaciones altruistas.

Esa reducción de las perspectivas que imaginaron los precursores del socialismo, no reduce el horizonte de las teorías revolucionarias: estrecha el campo de lucha, lo fracciona, crea líneas divergentes en el movimiento revolucionario, porque la unidad de sufrimientos no determina la unidad de aspiraciones: la *clase* es un denominativo económico que pierde todo su valor en la pluralidad de las creencias, de las ideas y de los estados de conciencia.

¿En qué forma, pues se identifica el anarquismo con la idea de clase, que expresa una unidad de necesidades y de intereses precarios, pero que no logra mantener la unión de los pueblos frente al absurdo religioso, político, patriótico, etc., que representa el puntal más firme del régimen capitalista? ¿Y cómo debemos interpretar los anarquistas la llamada lucha de clases, si vemos diariamente que los enemigos de la libertad no están solamente en la clase enemiga? ¿Es acaso el clasismo un estado de conciencia, una teoría biológica ligada a la idea de justicia, una resultancia del progreso humano hasta ahora sujeto al encadenamiento y a la sucesión de las castas privilegiadas? ¿Y debemos aspirar nosotros a hacer de los trabajadores la nueva aristocracia social, la nueva clase privilegiada y dirigente?

* * *

Hasta ahora dos objeciones fueron hechas a nuestro punto de vista sobre la lucha de clases, o mejor dicho, a nuestra crítica al clasismo. La primera nos atribuye exceso de inclinaciones sindicalistas; la segunda descubre, por oposición a aquélla, a través de nuestra resistencia a las tendencias que reclaman un campo neutral en el movimiento obrero, un rastro individualista que jamás hemos seguido.

En el libro "El anarquismo en el movimiento obrero", escrito en colaboración con el camarada Santillán, la crítica anarquista descubrió esos dos términos de oposición casi absolutos. Y precisamente es en ese aspecto donde la coincidencia de puntos de vista es más completa. ¿A qué se debe que, para apreciar una misma conclusión teórica, empleen dos métodos críticos tan opuestos y arriben a conclusiones tan diferentes hombres que parecen identificados en un ideal común?

Aceptamos sin restricciones la buena fe de los comentaristas de nuestro libro. Quizás se deba ese doble punto de vista a que no hemos logrado expresar con bastante claridad nuestro pensamiento. Pero no admitimos que se pueda interpretar de dos modos una sola cosa. Está claramente definida la tendencia del movimiento obrero anarquista, que igualmente rechaza el culto al clasismo y la exageración individualista. Entre uno y otro extremo — entre la teoría del sindicalismo neutro y la negación de ese "fenómeno económico" — no puede haber un solo punto de contacto. Y hemos señalado preferentemente la importancia que tiene para los anarquistas actuar como tales en las organizaciones proletarias, lo que excluye el propósito de aislar al anarquismo de de las luchas, sean éstas de orden moral o material, de la clase trabajadora organizada.

Cuando sostenemos que la teoría de la lucha de clases depende de la interpretación materialista del marxismo y está sujeta a los fenómenos económicos contingentes, no pretendemos negar la existencia de los antagonismos sociales, que además de económicos son políticos, culturales, éticos. Establecemos una lógica correlación entre la actualidad social y el proceso seguido a través de la historia por la sucesión de las castas y de las clases privilegiadas, y deducimos en consecuencia que no es posible elaborar una teoría revolucionaria, de justicia y equidad, sobre ese fenómeno biológico: el clasismo. Si las ideas anarquistas, políticamente situadas más allá de las divisiones fronterizas y raciales, reducen la esfera de acción del proletariado a conquistas materiales de interés para "su clase", ¿no se confunden de hecho con las tendencias marxistas?

Aceptar la lucha en el terreno económico y propender a la emancipación de la clase trabajadora propagando un ideal de justicia y libertad, no es hacer sindicalismo. Los anarquistas dirigimos nuestra propaganda a todos los hombres y sólo preferimos a los asalariados por su situación de inferioridad frente a la burguesía y al conjunto de las castas privilegiadas y parasitarias. Pero esa contingencia no puede representar para nosotros el fundamento de la teoría revolucionaria. El obrero no debe emanciparse a expensas del patrón, aun cuando hoy le sea preciso buscar un beneficio en perjuicio de éste. ¿Quiere decir que, al negar eficacia a la sucesión de clases en el gobierno y en la administración de las sociedades humanas — del sistema burgués al proletario, del capitalismo al sindicalismo, como de los regímenes autocráticos y aristocráticos se pasó a la democracia parlamentaria —, supone esto, decimos, que justifiquemos la eternidad de la esclavitud y de la diferencia de clase? De ninguna manera.

Negamos la teoría del clasismo en ese aspecto sucesorio de las minorías privilegiadas, entendiendo que la conquista del poder, político y económico, por los actuales desposeídos, no modifica la calidad y la importancia histórica del despojo.

Los marxistas defienden la idea de clase, como teoría económica y como realidad histórica; pero la niegan prácticamente, al propender, con la colaboración de la burguesía, a la paz social... dejando en pie las causas de la guerra de clases. La pluralidad de intereses materiales encuentra su absurda unidad en el Estado, que es el dios de la nueva cosmogonía socialista. Pero fracasa ese monoteísmo frente a la persistencia de los intereses antagónicos en el paraíso de Marx.

* * *

En "Fede", de Roma, (24 de agosto, 1926), el camarada Flores hace algunas objeciones al punto de vista expuesto en el libro "El anarquismo en el movimiento obrero" sobre la lucha de clases y la interpretación anti-clasista expuesta por nosotros. Hemos aclarado en parte el sentido de la teoría que expresa esa aversión a las fórmulas marxistas y sindicalistas: al viejo estribillo de los políticos parlamentarios y sindicales. Pero conviene aclarar aún más el sentido de lo que para unos es exceso de *materialidad* y para otros superabundancia de espiritualismo...

La objeción del camarada Flores indica este hecho de naturaleza económica: el anarquismo es una idea de clase porque dirige sus esfuerzos a la emancipación del proletariado. Pero la anarquía, diremos nosotros, no es una doctrina clasista, precisamente porque tiende a borrar todas las diferencias sociales que involucran la existencia de un privilegio.

Esta cuestión se prestaría a largas y quizás inútiles discusiones. Y no es el caso de discutir aquí si el huevo es anterior a la gallina, o ésta a aquél. Analicemos, pues, objetivamente, el punto de vista del referido camarada. Dice:

"No es muy raro encontrar en los escritos teóricos y tácticos de algunos representantes actuales del anarquismo, la crítica inexorable y la negación rotunda de la idea de clase. Una vez, y no ha mucho, esa posición partía exclusivamente de los individualistas, los cuales, si rechazan la organización de clase y también la política, propician y procuran realizar otras formas de organización, que, por otra parte, son aceptables por todos los anarquistas, sin distinción de tendencias. Incluso el que esté firmemente persuadido de la bondad de la organización sindical o política, no tiene dificultad en admitir la utilidad del trabajo que pueden llevar a cabo los individualistas en otros terrenos y con otros métodos, pero siempre según los principios generales del anarquismo. Individualismo y comunismo no pueden ser considerados como aspectos opuestos y divergentes de la anarquía, sino como diver-

---

D. A. DE SANTILLAN (3)

LA JORNADA DE SEIS HORAS

Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

nueve metros. El asfalto queda tan sólido que unos minutos después de apilonar la superficie se puede andar por ella sin inconveniente. Ojalá ese comienzo regocijante de la mecanización en la pavimentación de calles dé el impulso a otras innovaciones. Los trabajadores, que no hacen falta ya para el asfaltado, pues la máquina puede ser servida por un sólo hombre, pueden ser utilizados para el acarreo del material y la colocación de los railes."

¿Qué deducción hacemos al considerar esa simple noticia, entre las tantas que podemos encontrar en la prensa cotidiana? Si queremos ahorrarnos el trabajo de una explicación propia, tomemos el número del 8 de mayo del mismo año del *Mitteilungsblatt* de los obreros del ramo de la madera de Berlín (anarquistas sindicalistas), donde vemos descompuestos así los datos anteriores.

5 obreros asfaltan por día 30 metros de calle. Si hubiese que asfaltar 10.000 metros, necesitarían 333 días y 1|3. Ahora, con la aplicación de la asfaltadora mecánica, que requiere un hombre para su manejo y otros cuatro para el transporte del material y la colocación de los railes, se puede hacer el mismo trabajo en 40 días.

Compárese, pues, las cifras: para asfaltar 10.000 metros de calle, 5 obreros necesitan:

Trabajo manual, 333 días y 1|3.

Trabajo mecánico, 40 días.

Es decir, con el trabajo mecánico se ahorran 297 días, lo que en la sociedad capitalista se traduce por desocupación, miseria, rebajamiento del nivel de la vida material y moral de los trabajadores.

Comprendemos que ante esa mecanización extrema del proceso de trabajo el capitalista se sienta satisfecho; pero para el proletariado no es ningún motivo de regocijo, sino de seria reflexión.

Diariamente nos trae la prensa hechos que debieran ser más elocuentes de lo que son para los trabajadores.

Por ejemplo: Gracias a la invención de nuevos procedimientos y de mejoras técnicas, la mayor parte de las refinerías de petróleo trabajan hoy con la más vasta aplicación de instalaciones mecánicas y la exclusión del trabajo manual. Como ejemplo del grado en que es excluído el trabajo humano y de la medida de su suplantación por las máquinas, menciona W. Mauthner en *"Wirtschaftsdients"* la instalación de un mecanismo para la obtención de bencina por el Shell Trust en el yacimiento del Signal Hill. Con esa instalación se obtienen dos millones y medio de metros cúbicos de gas bencina por día y los restos se queman o se venden. Toda la instalación exije únicamente *cinco obreros.* (*Vorwaerts*, berlín, 25 de abril de 1926).

No sabemos qué cantidad de obreros era ocupada en años anteriores para la obtención diaria de los dos millones y medio de gas bencina por la instalación de referencia; pero siempre son algunos millares de proletarios los que tienen que cruzarse de brazos para dejar el puesto a esa máquina. ¿Cuál es el día que no pueden leerse idénticas noticias sobre innovaciones técnicas en tal o cual dominio de la producción? ¿Y no se advierte que cada innovación mecánica implica millares y millares de obreros condenados a la desocupación? ¿Qué importa el pequeño porcentaje que pueda recibir la industria de la fabricación de máquinas en comparación con la inmensa cantidad de obreros cesantes a causa de la introducción de máquinas más y más perfeccionadas?

Un escritor germánico, Eduard Weckerle, es autor de un hermoso librito titulado *"Mensch und Maschine"* en donde estudia de una manera sugestiva y elocuente la nueva faz del capitalismo de la post-guerra. De él tomaremos algunos datos demostrativos.

La producción de los Altos Hornos en los Estados Unidos ascendió desde 1850 a 1919 en una proporción de 100 a 6151 (o sea 61 1|2 veces); en cambio el número de los obreros de esa industria, en el mismo período, se acrecentó en la proporción de 100 a 188 — lo que no representa siquiera el doble. Y es preciso tener en cuenta que en el año 1919 la serie de las innovaciones técnicas engendradas por la guerra mundial, todavía no se habían manifestado en la forma que lo hicieron unos años más tarde.

He aquí un ejemplo más concreto aún:

sas especializaciones prácticas, que responden a necesidades igualmente dignas de ser satisfechas en la vida asociada y a experiencias del mismo modo justificadas en la formación libertaria del individuo".

Esa *particularidad*, que supone negativa y casi individualista, la descubre el compañero Flores en los anarquistas de España y de la Argentina, que son precisamente los países donde más se identifica el anarquismo con el movimiento obrero. Y la constatación de ese solo hecho debiera bastarle para comprender que el anticlasismo de los anarquistas partidarios de la organización proletaria nada tiene que ver con las tendencias individualistas y antiorganizadoras.

Al negar la lucha de clases, no como fenómeno contingente, sino como teoría revolucionaria de futuro, establecemos esta lógica conclusión: el clasismo es un hecho económico ligado a la existencia del régimen capitalista; elevarlo a doctrina supone trasladar al terreno puramente sindical el problema de la revolución. En consecuencia, los anarquistas, aun aceptando la existencia de categorías sociales, no propician el triunfo de una clase, no importa que sea la más numerosa y la que hoy ocupa un plano inferior en la sociedad.

La idea de la lucha de clases puede admitirse como conclusión del proceso seguido por el capitalismo y como fenómeno sujeto a las contingencias sociales que obran sobre los individuos de la categoría inferior... Pero transformar en teoría ese hecho, y ligar el anarquismo a la interpretación clasista de los sindicalistas neutros, supone tanto como aceptar las premisas materialistas de Marx.

Por oposición a la idea de clase — que supone una unidad de intereses y de aspiraciones en el proletariado y atribuye a esa expresión puramente material, económica, un fin revolucionario consciente —, sostenemos nosotros la teoría de las afinidades espirituales más allá del clasismo. Y, sin embargo, esa concepción anticlasista no nos impide actuar en el movimiento obrero e intervenir en la lucha emancipadora del proletariado.

Como estas opiniones *particulares* no se han sistematizado bastante y no existe el formulismo de la doctrina en los libros de los teóricos del anarquismo, parecen extrañas y arbitrarias. Pero día llegará en que se vea claro nuestro punto de vista, o al menos se interprete en su esencia, no confundiéndonos ni con los sindicalistas neutros ni con los individualistas enamorados de su "yo".

No es dar prueba de valor, el hecho de poseer la vida y despreciarla, sino hacer frente a las grandes desgracias sin amilanarse, ni renunciar a una lucha de la cual saldremos fortalecidos.

SÉNECA

Voronoff y el rejuvenecimiento

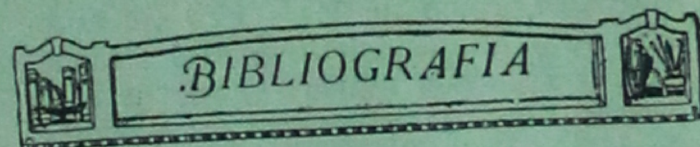
En una revista de medicina, encontramos, entre las historias clínicas, una acerca del mentado procedimiento Voronoff, que trata de rejuvenecer indefinidamente organismos caducos y desgastados. Viene a confirmar las dudas que originaran ciertas curaciones maravillosas de hombres y mujeres, quienes, según se decía, hallándose en una edad bastante provecta, habrían vuelto a disfrutar los bríos de una temprana juventud. He ahí las conclusiones a que llega un médico italiano:

"Metabolismo basal e injerto testicular",, — G. Peracchia, — (*Endocrinologia e Patologia constituzionale*).

"Este trabajo viene a echar un poco de agua sobre los fáciles entusiasmos de los voronofistas — perdóneseme el neologismo. El autor hace injertos testiculares en perros viejos, observando los conocidos fenómenos de rejuvenecimiento ya notados por Voronoff y secuaces. Los injertos los hace en lugares distintos, obteniendo en todos los casos curaciones *por primam*. En los animales injertados estudia el metabolismo basal — circulación de la sangre —, encontrándolo aumentado en seguida de practicado el injerto, aun antes que aparezcan los fenómenos exteriores del rejuvenecimiento. La curva del metabolismo sube en los días sucesivos, pero después de un tiempo variable, que no pasa de algunos meses, vuelve a descender, para alcanzar nuevamente los límites iniciales.

"Estudiando paralelamente al metabolismo las modificaciones sufridas por la glándula injertada, se ve claramente que el período de descenso de la curva metabólica coincide con la iniciación de los fenómenos regresivos del injerto, y con la sustitución de tejido conjuntivo al tejido parenquimal del órgano injertado.

"En resumidas cuentas, mientras vive el injerto el metabolismo aumenta, pero como el injerto fatalmente muere — contrariamente a lo que opinan Voronoff y otros — el metabolismo vuelve a descender y la vejez vuelve también a asomar la no deseada cara". — D.



Historia de la Gran República de la China y biografía del fundador, señor doctor Sun Yat Sen. — Editado por la Sociedad "Kuo Min Tang", o sea el partido nacionalista chino; es un folleto de unas cien páginas, en el que se relata, como mejor se puede, el advenimiento del régimen republicano en ese país.

También se ofrecen algunos rasgos de la biografía de su presidente, Sun Yat Sen. Lo lastimoso del caso es que se halle escrito en un castellano imposible, casi ilegible. Deducimos que quien lo tradujo del chino al castellano era un ciudadano chino que poseía más su lengua materna; la otra la convirtió en un horror de errores gramaticales, de sintaxis, de sindéresis, o sea de sentido.

Por eso nebulosamente podemos discernir los acontecimientos históricos que se intenta narrar.

Lo más claro es la parte que habla de la muerte del libertador Sun Yat Sen. Se nos dice: "El 24 de 1924 se convenció que ya se iba a morir, — porque hasta ese día él siempre creyó que su enfermedad era curable, — ordenó se llamara a los suyos y en presencia de ellos, que fueron ocho que firmaron como testigos presenciales, dictó dos documentos testamentarios, y el otro para su familia, que es toda la herencia que deja, — traducido textualmente dice así:

"Durante mi vida, por haber dedicado todos mis esfuerzos a la revolución plebeya (sic), no he adquirido ninguna propiedad con que testamentar; los libros de mi biblioteca, los vestidos de mi uso y la casita que fué herencia de mis padres, quedarán obsequiados a mi esposa, Mrs. Sun, para recuerdo. Mi hijo e hija, ya son de mayor edad y casados, capaces de ganarse la vida, y que deberán proseguir la lucha interrumpida por mi muerte, para lograr los éxitos de mis patrióticos ideales".

Y todo es así, escrito con la misma confusión y deslabazamiento de los que tartamudean una media lengua. No queremos con eso emprender una crítica gramatical o literaria. Todo lo contrario. Desearíamos, para informarnos de hechos y episodios que nos interesan sobremanera, que el idioma fuese apenas masticablemente castizo, de una claridad meridiana, a fin de no quedarnos totalmente en ayunas; tanto más que adivinamos que se trata de un material valioso por sus datos y la documentación.

Naturalmente que armándose de una gran dosis de paciencia y buena voluntad se podría sacar algo en claro de esta campaña republicana, cuya alma y verbo inflamado fué Sun Yat Sen, con su poderoso grito: anular todos los tratados injustos con las codiciosas potencias de Occidente.

Por otra parte, en el testamento que dejara para sus secuaces y correligionarios, el Dr. Sun habla de sus libros, uno de ellos *Kin Kuo Fong L'ock*, del cual se dice que aconseja los medios que han de emplearse para reconstruir la nación; el otro, *Kin Kuo Tay Kong*, sobre el que se nos informa que el doctor *insertó una gran minuta para gobernar;* el tercero, *Sam Min Chee Yee*, trata de los Tres Principios del Pueblo. De todos ellos no se nos proporciona ni una ligera idea de su doctrina política, que aunque barruntamos lo que podrá ser, desearíamos conocerla siquiera a grandes rasgos.

Es indudable, para el caso se deberá recurrir a otra fuente que no sea netamente china, y esa es la gran lástima, ya que por más imparciales que puedan ser los escritores europeos, nunca lo serán en el grado que nosotros quisiéramos para saber la verdad.

Para terminar, una efeméride, 7 de junio de 1839. Según el historiador Driou, veintidós mil cajones de opio fueron arrojados al mar por orden de las autoridades chinas; este acto gubernativo se llevó a cabo, por tratarse de un cargamento introducido clandestinamente en territorio chino por las firmas comerciales inglesas. Gran Bretaña, considerándolo una violación a los tratados estipulados, le declaró la guerra al Celeste Imperio, venciéndolo y obligándole la cesión perpetua de la isla de Hong Kong, en la bahía de Cantón. Tratado de 29 de agosto del año 1842.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

La Batalla, 28 de agosto, 1926, México. Número 1. Este semanario aparece en lugar de "Verbo Rojo", que hemos anunciado ya. Defiende la tendencia anarquista del movimiento obrero. Su dirección es Apartado 1056, México.

Laborista Movado, Tokío, órgano de los grupos anarquistas japoneses.

Nigra Junulo, Tokío.

Freie Arbeiterstimme, New York.

Orientación, periódico obrero de doctrina y combate, Tampa, Florida, Nº. 4, del 28 de agosto.

Germinal, mensile anarchico di propaganda, Chicago, III. Número 6, del 1 de septiembre.

La Campana de Palo, septiembre, 1926. Casilla de Correo 218, Buenos Aires. Precio 10 centavos. Se vende en esta Administración.

Julio A. Costa, *Rosas y Lavalle*, 286 págs. 8º., Buenos Aires, 1926. Comentaremos en el próximo número este libro.

En 1914 se fundió en los Estados Unidos, la poderosa empresa Bethelem Steel Corporation, ocupando de inmediato 9500 obreros para realizar una producción de 1.200.000 toneladas de acero. En 1924 el personal ocupado era de 70.000, o sea 7'3 veces más, siendo en cambio la producción de 7.600.000 toneladas, o sea 63'3 veces más Eso quiere decir que si se hubieran conservado en 1924 los mismos métodos de producción que en 1914, la Bethelem Steel Corporation, para producir 7.600.000 toneladas de acero al año, habría necesitado 1.382. 500 obreros, o sea 682.500 obreros más.

Otro caso bien típico lo tenemos en la industria norteamericana del automóvil. En 1899 se construían 3723 coches con 2241 obreros; en 1923 la producción era de 3.890.134 coches y el personal ocupado en la industria era de 241.356 obreros. La producción aumentó en la proporción de 1 á 1044'4 y el número de los obreros ocupados en la proporción de 1 á 107'6. Esas cifras indican que si se hubiera conservado el nivel de la producción de 1899, el personal que habría necesitado esa industria en 1923 sería 10 veces más numeroso; en lugar de 241.356 obreros habrían sido 2.413.560.

El aumento de la productividad por obrero en la industria del automóvil es también digna de tenerse en cuenta. En 1909 la producción por obrero oscilaba entre 1'66 y 2'47 coches al año; en 1914 la producción era ya de 1'17; en 1921, de 11'15, y en 1923 la producción por obrero y por año era de 16'11 coches.

Antes de la guerra, en los conocidos establecimientos textiles de Lawrence y de Lowell (Massachusetts) un solo obrero no podía atender más que a seis u ocho aparatos; hoy, gracias al perfeccionamiento técnico, atiende a 40 ó 60.

Al citar estas cifras nos viene a la memoria un hecho ocurrido en Alemania.

A primeros de enero de 1921, Paul Levi y Ernest Daeuming, en nombre del comité central del partido comunista unificado de Alemania, se dirigieron a todos los partidos de izquierda y a las organizaciones sindicales, entre ellas a la sección alemana de la Asociación Internacional de los Trabajadores, proponiéndoles una acción común en un sentido revolucionario y defensivo. Nuestros camaradas contestaron el 11 de enero haciendo resaltar sus principios antiestatistas y manifestando, sin embargo, que estaban dispuestos a cooperar en acciones comunes revolucionarias; como medida previa insistieron en la importancia de estas dos exigencias inmediatas: *jornada de seis horas y abolición de la producción de material de guerra.*— Entonces había en Alemania, con un poco de buena voluntad en los llamados partidos obreros, la posibilidad de asegurar al proletariado una situación mejor, ultimando fácilmente la hidra monárquica y reaccionaria. Pero una demostración de los deseos reales de los comediantes de la política obrera de entonces, la tenemos en el hecho que la respuesta de nuestros camaradas a la propuesta comunista de frente único, no se dió siquiera a conocer, como se hizo con todas las demás. Ahora tenemos ya a la vista los resultados: no se quiso la revolución, ni siquiera reformas efectivas, y hoy el capitalismo alemán es más omnipotente que nunca y el monarquismo se prepara sin cesar a la conquista del poder. Hay unas 140 organizaciones militaristas secretas difundidas por toda Alemania, con gran influencia en el ejército y en las esferas políticas. La perspectiva de una restauración monárquica está abierta y el proletariado, desilusionado y adormecido por sus diputados y sus jefes, ha perdido toda posibilidad de lucha seria contra la reacción: más aún, una parte creciente de trabajadores se van pasando poco a poco a las filas de los que confían en un mejoramiento de Alemania por la vuelta al *buen tiempo viejo*.

Continuemos enumerando algunas cifras relativas al aumento creciente de la productividad por obrero en estos últimos años, valiéndonos de los datos acumulados por Eduard Weckerle en el libro citado, y que los observadores pueden comprobar en la vida cotidiana en cualquier industria.

En los ferrocarriles del Canadá había en 1913 un total de 178.652 personas ocupadas; la red ferroviaria era de 29.304 millas. En 1922 la red ferroviaria era de 39.773 millas y el personal era de 165.635 individuos. Tenemos pues un aumento de más de 10 mil millas con una disminución de más de 12 mil personas.

El National City Bank de New York ha dado a conocer un informe donde demuestra que en general la producción de 109 industrias americanas en 1923 aumentó un 52 por ciento en comparación con 1921; en cambio las cifras del personal ocupado nos dan un aumento de sólo 32 por ciento. Y el ministro de comercio de los Estados Unidos, Herbert Hoover, dijo en un discurso del 8 de mayo de 1923 que la industria norteamericana se halla en condiciones de asegurar a cada ciudadano el mismo confort de antes de la guerra, aun despidiendo simultáneamente dos millones de obreros.

AÑO V

LA PROTESTA

BUENOS AIRES, 18 DE OCTUBRE DE 1926

N.o 245

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden —

Redacción y Administración : PERU 1537

... a M. TORRENTE

HORAS DE INCERTIDUMBRE

La noción de los acontecimientos sociales

Los anarquistas no pueden aceptar impasibles el estrangulamiento de su propaganda por los representantes de la reacción. El capitalismo es fuerte y poderoso porque el proletariado se muestra débil e indeciso, y el Estado prescinde hasta de sus fórmulas clásicas — del liberalismo y de la democracia — para tratar a los pueblos, convencidos los que detentan el poder de la ineficacia de los recursos políticos empleados por los partidos opositores.

No hay solución de continuidad en los movimientos subversivos de los últimos años comparados con el estado de decadencia del movimiento obrero, ya se exprese en la resistencia activa al capitalismo o ya propicie soluciones pacíficas en la esfera del parlamento. La clase trabajadora sufre el cansancio que provocan los esfuerzos de una hora y la parálisis que determinan las prolongadas quietudes. Y es la decepción, la falta de perspectivas, la oscuridad de horizontes la causa determinante del pasivismo que notamos en todas partes.

El capitalismo se sobrepone a su propia derrota. Es fuerte en sus crisis porque consigue siempre cargar sobre las espaldas del pueblo el peso de sus errores y de sus absurdos políticos y económicos. No sucumbió a la guerra a pesar de haber destruído con sus propias armas los pilares más firmes del Estado. Sobrevivió a la revolución porque supo aprovechar en su beneficio la victoria de los políticos y la derrota del proletariado.

Hay demagogía en todo lo que expresa un cambio político de la situación, en todas las manifestaciones de la lucha por el poder, en la protesta de los hambrientos lanzados a la conquista de un efímero bienestar. De ahí que la lucha sea puramente biológica, por el pan de un día y por la libertad de un minuto, y sintetice en sus variados aspectos el poder físico de cada clase o categoría social.

Reducido a ese único aspecto el problema humano, limitadas las aspiraciones de los pueblos a contiendas materiales que reducen las perspectivas de la revolución, se explica por qué la lucha se traslada con tanta facilidad de uno al otro extremo del campo de batalla. Las grandes masas obran por impulsos pasajeros, unas veces generosos y otras egoístas, y realizan acciones que no figuran en los programas partidistas ni en los decálogos políticos. Y aun el mismo proletariado militante, sujeto a una disciplina y poseedor de una "conciencia", rompe con frecuencia el molde de las doctrinas y asume actitudes que contradicen hasta el sentido de la historia...

Así se explica el fenómeno de las revoluciones proletarias derivadas al pantano de la contrarrevolución por los jefes políticos. En el triunfo de los partidos opositores colaboran fuerzas desafines, voluntades discordes, aspiraciones divergentes: sólo existe una coincidencia inmediata, porque existe una realidad común y sobre ella trabajan el descontento hombres de todas las condiciones e ideologías.

El triunfo de las revoluciones políticas no es nunca la consecuencia de un plan premeditado. Los planes se improvisan sobre el terreno de los acontecimientos y se van ajustando al proceso de equilibrio que sigue a todo período de perturbación. Así ganaron su batalla los bolcheviquis en Rusia y así también logró Mussolini crear un partido exótico y actualizar viejas fórmulas sobre nuevas modalidades del espíritu popular.

Los golpes de Estado se diferencian de las revoluciones políticas por la prescindencia del factor psicológico, al menos en lo que importa como consecuencia moral en el juego de los acontecimientos. Un grupo de políticos, apoyados en las fuerzas armadas de la nación, o un general con bastante prestigio o audacia para pronunciarse contra el gobierno, pueden cambiar en pocas horas la camarilla gobernante. Pero en ese cambio no interviene el pueblo y por lo mismo no es posible alterar el orden de cosas ni en los detalles más mínimos.

Para operar un movimiento político de ciertas proporciones, ya a la izquierda o ya a la derecha, se necesita el concurso de una parte del pueblo, o cuando menos la concurrencia de una serie de factores psicológicos que permitan a los jefes de la revolución valerse de la pasividad de las masas. ¿Qué importa el denominativo partidista de las revoluciones surgidas de los que llamaríamos períodos de preñez y de gravitación de las fuerzas que representan los dos polos de la dinámica social? Las consecuencias son siempre las mismas, prevalezca una u otra clase en la puja por la conquista del poder y del monopolio de las riquezas sociales.

Con el concurso del proletariado, pero después de una lenta preparación ética en la que intervinieron hombres de todas las clases e ideologías, un grupo político tomó en Rusia las riendas del poder. Se llama revolución bolcheviqui, o comunista, al cambio operado en las fórmulas del sistema burgués ruso. Pero el bolchevismo sólo puede reivindicar la iniciativa del poder y la posterior actividad reaccionaria para apuntalar al Estado con su ideología autoritaria y con sus preceptos económicos copiados de la doctrina capitalista. Con el mismo derecho, porque los resultados son iguales, ¿no puede Mussolini invocar en su favor la batalla revolucionaria rendida por los camisas negras a todos los partidos políticos de Italia?

Se dirá que el bolchevismo surgió del corazón del pueblo y es en cierto modo el resultado de una profunda conmoción popular. Y hasta los adversarios de la dictadura sobre el proletariado, teniendo en cuenta el origen político del actual gobierno de Rusia, sostendrán que en el "caso ruso" existe un proceso de desviación de la órbita revolucionaria, mientras que el "hecho italiano" se produjo como consecuencia del fracaso de la iniciativa revolucionaria de los trabajadores.

Hay diferencia de procedimientos en las dos dictaduras que más profundamente alteraron el orden de los acontecimientos después de la guerra mundial. Dos situaciones psicológicas distintas llevaron al poder a dos grupos políticos al parecer antagónicos. Pero el fondo del problema planteado, tanto en Rusia como en Italia, permanece inalterable. La dictadura puede rotularse proletaria o burguesa: será siempre dictadura. Y un dictador comunista se complementa con un dictador burgués, que antes fué socialista y mañana puede volver a serlo si la situación cambia y le obliga a recurrir al lenguaje demagógicos.

Contra el engaño bolcheviqui o fascista, contra la superstición revolucionaria de la masa y contra la mentira de las dictaduras con disfraz revolucionario debe reaccionar el espíritu del hombre libre de prejuicios y consciente de su misión. Sólo así, por la beligerancia de fuerzas independientes del juego de los partidos políticos, podrá el proletariado despejar el horizonte social y descubrir en las malezas del estatismo el camino de la revolución liberadora.

Aberraciones de la educación infantil



¡Toma! ¡toma! para que no vuelvas a pegar a los màs chicos.

Sumario de este número

D. A. DE SANTILLAN

COSAS NUESTRAS

Hacia un movimiento anarquista más eficiente

Explicaremos brevemente otra vez, a los camaradas a quienes ha llamado la atención alguna de las iniciativas un tanto singulares que hemos lanzado últimamente a la consideración de todos, el porqué de nuestra actitud.

Una vez conformes en que los progresos de nuestro movimiento no son todo lo satisfactorios que fuera de desear, nosotros, que no tenemos, tal vez, nada que agregar ni que mejorar en la concepción del anarquismo o que no juzgamos de gran trascendencia las sutilidades doctrinarias, nos explicamos las deficiencias actuales, no por la inconsistencia de las ideas, sino por la poca capacidad que hemos revelado para dar a esas ideas el máximo de eficiencia.

No es, pues, una revisión de nuestra doctrina lo que deseamos; muy al contrario, sino simplemente una mejor elaboración de sus instrumentos de propaganda. A esto se reducen nuestras disconformidades. Y si insistimos en esa manera de ver es porque abrigamos la convicción que hemos de tener que resolver de un modo parecido al propuesto por nosotros una serie de problemas cuya solución no admite dilaciones y quisiéramos desde ahora, sin perder un solo minuto, un poco más de esfuerzo anarquista.

Hablar hoy de revolución inmediata equivaldría a predicar en el desierto; íntimamente estamos convencidos que la situación no es revolucionaria; pero estamos también convencidos que las situaciones revolucionarias pueden ser creadas por la voluntad y el esfuerzo de los interesados. Vemos muy bien que el timón de la historia, la palanca de los acontecimientos sociales de nuestros días la tienen las fuerzas de la reacción en sus manos; pero también vemos que si naciese en nosotros un firme deseo de lucha, arrancaríamos a la reacción sus monopolios de esta hora.

Constatamos en el actual movimiento anarquista internacional mucho más un fatalismo que espera que los obstáculos actuales se modifiquen por arte de magia que un voluntarismo que ponga en tensión todas las fibras de nuestro ser para acelerar la evolución de las cosas.

En una palabra, si nos hemos esforzado por superar la mentalidad del subversivismo incongruente y ridículo, tememos haber caído en el extremo opuesto, en un frío escepticismo revolucionario. Si hubo momentos en que ninguna empresa nos parecía irrealizable, todo lo que no se haga por sí mismo nos parece hoy imposible. Es una desconsoladora falta de audacia, de espíritu de iniciativa, de combatividad, de utopismo lo que podría caracterizar la psicología del movimiento anarquista actual. Hay una bien floja inclinación a la acción, como hay cobardía o debilidad de pensamiento. ¿Hemos de seguir mansamente la corriente o más bien tratar de reaccionar contra ese estado de cosas, dando a nuestro movimiento una mayor beligerancia en los problemas sociales? Pensamos que incumbiría a todos los militantes del anarquismo meditar seriamente en las posibilidades de resurrección y de multiplicación de la eficiencia de nuestro movimiento. Nosotros tratamos de hacerlo y nuestras soluciones inmediatas las hemos presentado ya. Que otros las rectifiquen o las mejoren o nos expongan soluciones más viables y fecundas.

Una de las causas de la crisis actual, descontando la situación política, económica y espiritual del mundo, nos parece consistir en la reducción de nuestro movimiento a girar mecánicamente por un par de caminos trillados, como si se hubiese llegado a la cumbre de todas las manifestaciones posibles del esfuerzo anarquista. La ausencia de nuevos matices en la propaganda, el acomodamiento sistemático en ciertas tácticas más o menos consagradas, en lugar de provocar el despertar de energías, en lugar de producir apasionamientos y entusiasmos, adormece en el corazón del individuo la poca vitalidad que posee. Aunque se comprende eso, una frase hecha elude todo compromiso: Llegará un día, nos decimos, en que las cosas se presentarán de otro modo. Pero ese día llegará o no llegará, de cualquier manera esa esperanza no debería impedirnos poner desde hoy todas nuestras fuerzas al servicio de la resurrección de la beligerancia anarquista, del desbordamiento de su vida en nuevas formas y ensayos prometedores. El hecho de que seamos pocos no es una explicación de la situación actual; hubo períodos infinitamente más brillantes para el anarquismo en los cuales no existían, ni con mucho, tantos anarquistas y simpatizantes como hoy. El hombre tiene un tesoro inagotable de energías, de entusiasmos; hay que dar rienda suelta al desborde de ese tesoro y veremos en seguida con qué rapidez cambia la faz de la situación.

Que se nos permita recordar un período de la propaganda anarquista en este país: el año 1902.

Todavía resonaban los ecos de las conferencias grandiosas de Pietro Gori. La labor de la organización obrera se proseguía con ardor; se luchaba a brazo partido contra la influencia del socialismo autoritario en el campo gremial; se fomentaba la prensa revolucionaria y aun quedaban fuerzas suficientes para ensayar la eficacia de otros caminos: por ejemplo, el cooperativismo. No hay que olvidar que en este país fueron los anarquistas los primeros en poner en práctica las cooperativas de producción. Hubo en 1901-1903 una cooperativa de obreros tabaqueros de Buenos Aires denominada "Germinal". Una vez en marcha se proponía destinar de sus dividendos un 10 por ciento para escuelas laicas, un 30 por ciento para los gremios que quisieran independizarse del mismo modo que los cigarreros y con idénticos fines; un 10 por ciento para las víctimas del capital y un 10 por ciento para la prensa verdaderamente obrera. En 1902 diez panaderos forman una cooperativa llamada también "Germinal", en Buenos Aires; en el mismo año se instalan otras dos cooperativas, una en la Boca, con el apoyo financiero de los obreros del puerto; otra cooperativa de panaderos se fundó en Bahía Blanca, y distintos gremios se interesaron por ese problema, haciendo sus ensayos o sus preparativos para ensayar ese medio de trabajo y de lucha. LA PROTESTA no asumió una actitud ni en pro ni en contra del cooperativismo, limitándose a registrar la tendencia y a anunciar los cigarrillos "Germinal". Pero para ir proporcionando elementos de juicio se transcribieron artículos de Kropotkin y de Mella sobre las cooperativas. Por lo demás, las experiencias hechas no fueron muy halagadoras, y el tercer congreso de la F. O. R. A., celebrado en abril de 1903, resolvió desechar el cooperativismo.

No es este el lugar de referirnos al valor de las cooperativas y a su significación. Nos limitamos a resumir algunas de las tendencias de nuestro movimiento de 1902-3, un período de gestación, de tanteo, pero también de mucha vitalidad.

Aparte de las cooperativas no faltaron compañeros que se propusieran hacer ensayos de colonias agrarias, pidiendo para eso la solidaridad de los anarquistas. La situación económica y espiritual de aquella época no permitió la prosperidad de esas tentativas.

Hubo también algunos pasos para dotar al anarquismo de Buenos Aires de una Casa del pueblo, esa idea que hemos repetido no hace mucho en medio de una más o menos franca desaprobación. El proyecto de Casa del pueblo de 1902 era algo grandioso. Daremos algunos detalles. En marzo de 1902 circuló un manifiesto firmado por A. Bernasconi, A. Cerri, M. Rivas, J. Pavlovitch, F. B. Basterra, G. Inglan, A. Montesano, invitando a una reunión para el 30 de marzo a fin de estudiar el problema de la instalación de una Casa del pueblo, donde se formaría la Bolsa del trabajo, la Universidad libre, salón de espectáculos y de reuniones, etc. Como vemos, entre los firmantes estaba el director de LA PROTESTA, G. Inglan. El asunto quedó después en manos de un grupo de individuos no del todo limpios y sobre todo neutralistas, el grupo editor de la revista "El Trabajo". En mayo se aprobó el proyecto de Casa del pueblo de Buenos Aires; ese proyecto circuló en hoja aparte por medio de LA PROTESTA. La sede de la Casa del pueblo era un gran local en Charcas 1109 al 49. Se quería hacer allí una sala de teatro, con capacidad para 6.000 personas, una sala para café, Bolsa del trabajo, oficina de informaciones, tipografía e imprenta, universidad popular libre, escuela libertaria mixta, biblioteca, etc. Esa idea fracasó por esta razón: porque se quiso pasar por encima del movimiento anarquista y ser políticamente neutrales. Los que hubieran dado vida a ese proyecto eran los anarquistas, por estar ya en sus manos la casi totalidad del movimiento obrero del país; cuando nuestros compañeros vieron que el asunto escapaba a su control, se retiraron y todo quedó en agua de borrajas. Pero ahora pensamos que si en lugar de haber tomado en sus manos la Casa del pueblo un grupo de individuos sin antecedentes y sobre todo sin definición doctrinaria, lo hubiesen tomado nuestros compañeros y lo hubiesen realizado, la situación política y social de este país habría sido tal vez distinta; al menos el anarquismo habría tenido una base sólida de apoyo y muchas más posibilidades de difusión.

No termina con eso la enumeración de las iniciativas que surgían a diario y de los esfuerzos por llevar a la práctica manifestaciones cada vez más fecundas y prometedoras.

Se fundaban sin cesar escuelas libertarias, y en 1903 hubo un camarada adinerado que ofreció 5.000 pesos para establecer en un vasto terreno, fuera de la ciudad, una escuela libertaria. Y mientras se intentaba todo esto se hacían esfuerzos por tener un cotidiano.

De esos planes no se realizó más que uno: el del cotidiano; LA PROTESTA salió diariamente desde abril de 1904, y cuanto más perseguida fué, más se concentró a su lado el movimiento anarquista.

El período que recordamos era de tal manera vigoroso que la burguesía se sintió amenazada: el anarquismo hacía progresos efectivos y si llegaba a poner en pie, aparte del movimiento sindical concentrado por la Federación Obrera Argentina (la actual F. O. R. A.), la serie de instituciones que pensaba levantar, su pujanza habría sido cada vez mayor. La gran huelga de los obreros portuarios de Buenos Aires en octubre de 1902 y la de los peones del Mercado Central de Frutos de Barracas al Sud dió el pretexto para poner provisoriamente un límite a esa expansión con el terror policial; en noviembre se promulgó la ley de residencia contra los anarquistas extranjeros y se decretó el estado de guerra. Cuando se reinició la propaganda en enero de 1903, de todos los planes del período anterior no quedó mucho, pues las fuerzas existentes hubo que concentrarlas en torno a LA PROTESTA y a la Federación, a fin de salvar y fortificar ante todo estas dos instituciones. Pero el mismo espíritu práctico que se había manifestado antes de la ley de residencia, se manifestó después, sólo que en forma más restringida; la prueba está en la dotación de una imprenta a LA PROTESTA. Sin esa imprenta sería inexplicable el movimiento anarquista de este país.

Hoy no hablamos sin orgullo de LA PROTESTA, y más orgullo sentimos aún al constatar que su vida no está ligada a la labor de ningún camarada tomado individualmente; depende del movimiento entero, y los que hoy trabajamos en ella cuanto podemos, desapareceríamos mañana sin que por eso el viejo vocero anarquista sufra ni en su orientación ni en su vitalidad. Pensamos que así como se levantó LA PROTESTA, habrían podido levantarse otras instituciones de la propaganda y del esfuerzo anarquista, sólidamente basamentadas, cuya persistencia fuese independiente de las eventualidades personales. Hay en este país treinta años de propaganda en pro de las escuelas libertarias, más tarde llamadas racionalistas; se han hecho cien ensayos en una escala raquítica y, naturalmente, todo ha fracasado. Nuestra opinión es que la única manera de tener algo consistente en esa materia educativa, sería la realización del gran proyecto de 1903: la reunión de 20 ó 30 mil pesos y la instalación de una escuela en forma. De otra manera creemos que se realizan esfuerzos inútiles. Lo mismo que de la escuela diríamos de la prensa: un buen periódico provisto de todos los recursos posibles vale más que una docena de periodiquitos para la familia, sin entrada en ninguna parte. La experiencia de LA PROTESTA y su labor autoriza a preferir un periódico de grandes vuelos a esa serie ilimitada de semanarios o quincenarios que muy pocos leen y que apenas ejercen influencia.

Pero lo que nos importaba hacer resaltar es que de la comparación del período de 1902-3 con el que vivimos se evidencia la riqueza de iniciativas y de esfuerzos entonces y la pobreza de hoy, la medrosidad para empresas de aliento, la mecanización de las actividades en un par de direcciones trilladas mil veces.

Cuando proponemos las comunidades agrarias como instituciones del movimiento, Casas del pueblo, la lucha por la jornada de seis horas, etc., etc., no lo hacemos en la pretensión de dar con ello soluciones definitivas y de ofrecer panaceas para todos los males; nuestra aspiración se reduce a aumentar los esfuerzos del anarquismo para que se vaya creando instituciones que le permitan un día pasar de la propaganda revolucionaria a la acción revolucionaria.

Nos engañaríamos a nosotros mismos si dijésemos que continuando con nuestros sindicatos más o menos prósperos en las ciudades y luchando duramente por el sostenimiento de nuestra prensa, llegaremos un día a estar en situación de influenciar la vida social.

En este país, por sus condiciones económicas y sociales, nos sería fácil instaurar algunas comunidades agrarias modelos, sobre la misma base que existe LA PROTESTA, como propiedad del movimiento anarquista, bajo el contralor de éste y en su beneficio. Si prosperasen esas comunidades tendríamos la posibilidad de constituir una fuerza efectiva e inexpugnable en muy pocos años; si fracasan habríamos ganado utilísimas experiencias. El esfuerzo que se haga no habría de causarnos ningún mal y en cambio, según nuestra manera de ver, podría ser un instrumento revolucionario de primer orden al mismo tiempo que un ensayo experimental y una demostración práctica de la eficiencia de nuestras ideas. Las condiciones de este país nos permiten una táctica especial ante este asunto; el país no está hecho, está por hacer. Los anarquistas podríamos ser factores determinantes y no simples espectadores pasivos en el proceso de la formación de la vida económica de la Argentina.

No queremos volver a expresar nuestras ideas sobre la relativa infecundidad de nuestros esfuerzos circunscriptos a las grandes ciudades. Quisiéramos que se predicara con el ejemplo, prácticamente, la realizabilidad de nuestras ideas libertarias y para ello, en la Argentina, nos ofrecería una posibilidad excelente la formación de comunidades agrarias sobre las mismas bases que existe LA PROTESTA.



MAX NETTLAU

Cuarenta años de vida de un periódico anarquista

En ocasión del aniversario de "Freedom" (Londres 1886-1926)

Este mes de octubre de 1926 se cumplen cuarenta años de la vida del periodiquito mensual *Freedom* (La libertad), fundado en octubre de 1886 por el grupo de P. Kropotkin y de sus camaradas ingleses y otros, que se creó poco después de la llegada de Kropotkin a Inglaterra al comienzo de la primavera de 1886. Habiendo aparecido sin interrupción — a excepción de los primeros meses de 1895 — durante cuarenta años y continuando su publicación aún, tenemos ahí un pequeño fenómeno que yo creo único en la prensa puramente anarquista, y se comprende que los camaradas de ese grupo han merecido nuestros saludos y buenos augurios para el porvenir.

No carecerá de interés, pienso, el examinar con más detenimiento la historia y la fisonomía de este periódico. En la elaboración de las ideas anarquistas individuos, grupos y periódicos cooperan constantemente del modo más variado, reflejo de una cooperación verdaderamente libre y prueba de la posibilidad de la producción emancipada de regulaciones autoritarias. La idea nueva se presenta al espíritu del individuo que la propone al grupo o a una colectividad más amplia por el folleto o por el periódico; el grupo, el periódico, la colectividad aceptan, modifican y mejoran, o rechazan la idea: evolución plenamente libre; lo mismo pasará un poco más tarde con toda las iniciativas de la llamada vida pública, con todo el mecanismo complicado de la vida social. Así se benefician nuestra práctica y nuestra experiencia, si sabemos dar libre expansión a una elaboración espontánea de las ideas y, por el contrario, el periódico mal dirigido, que pone el juego de las pasiones en lugar del razonamiento, deteriora el grupo y el individuo: todos quedan apegados entonces a la triste vida del presente, compuesta de luchas odiosas y distanciados de ese presentimiento de la felicidad futura que nos da un grupo armonioso, un periódico bien equilibrado y hombres rectos, libres de las pasiones del día.

El pequeño periódico *Freedom* me pareció siempre pertenecer al corto número de las publicaciones anarquistas que han sabido evitar mejor los escollos de las pasiones, que nos hacen pasar momentos verdaderamente felices en la anarquía futura cuando los leemos, sea en 1886 o en 1926. No hay disonancia en ese periódico, ninguna maldad, ninguna polémica aguda; sin transigir de manera alguna ni doblegarse, se ha sabido separar siempre lo importante de lo pasajero, las ideas de las personas. Tengo algún conocimiento de ese periódico, pues lo leí en 1886 como lo leo en 1926, y he colaborado en él en otro tiempo, sobre todo en las dos décadas anteriores a 1914, y lo hago aún. He podido exponer ideas que no fueron siempre las del grupo como otros lo hicieron también algunas ocasiones; ninguna sombra obscureció mis relaciones, no tengo más que recuerdos de rectitud, de cortesía, de respeto mutuo y de franca cooperación amistosa.

La historia de las ideas anarquistas en Inglaterra es bastante poco conocida en detalle fuera de ese país; no es este el lugar para tratar de esbozarla aquí y sería preciso dar muchas explicaciones para mostrar las razones de la poca extensión que vió hasta aquí el movimiento anarquista en Inglaterra. Me limitaré a lo que concierne al esfuerzo de 1886, del cual nació *Freedom*.

Durante la Internacional había una oposición socialista contra el autoritarismo de Marx y de los grandes jefes trade-unionistas y socialistas-políticos ingleses, pero no se trataba más que de un socialismo autónomo que no estaría en manos de los jefes y de los políticos; las ideas anarquistas de la Internacional continental permanecían desconocidas; nadie, absolutamente nadie se convirtió en su traductor o adaptador en Inglaterra. No se tuvo más que un vago conocimiento de la existencia de Proudhon y de Bakunin, sin conocer sus ideas.

Sin embargo, había siempre, también en la década de los años 1870-1880 en que el movimiento público había callado y casi desaparecido, revolucionarios populares que transmitían las ideas del socialismo rico y profundo de los años 1830-1850, del tiempo de Robert Owen y Thompson, de Brouterre O'Brien y de los chartistes — partidarios de la fuerza física — (en oposición a los chartistes de la política electoral) y otros. De tales hombres algunas veces propagandistas aislados infatigables transmitieron las ideas, a menudo bastante estrechas y sectarias, de su escuela — y lo poco de la gran literatura socialista antigua, totalmente desaparecida, que conservaban todavía —, a jóvenes obreros y a otros que a menudo habían hecho su primer aprendizaje en los clubs radicales políticos, más o menos republicanos entonces. Del radicalismo político, del libre pensamiento propagado vigorosamente por Bradlangh, esos jóvenes llegaban así al socialismo y sufrieron otras muchas influencias todavía. Conocieron un ambiente común, un club internacional, refugiados socialistas de la Comuna de París; desde 1879, igualmente, socialistas alemanes que, con Most y su *Freiheit*, se hicieron entonces revolucionarios y se aproximaron a la anarquía a partir de 1880; también rusos de ese tiempo del nihilismo terrorista militante; italianos como Malatesta y sus camaradas, en los años 1881-1883, y otros.

De ahí que una parte de esos hombres concibiera un socialismo revolucionario y anarquista que nadie les había enseñado o demostrado como un conjunto: fué simplemente su manera de comprender el verdadero socialismo con lógica y movidos por un sentimiento revolucionario serio. Comprendieron que el inmenso esfuerzo de la transformación social no podrá nunca hacerse con esa cuchilla de cartón que es el parlamentarismo — comprendieron que será precisa la revolución social popular. Querían la libertad y no pensaban un instante en desasirse de ella en favor de un Estado socialista o de algunos dictadores que se llamasen socialistas — eran, pues, antiautoritarios, anticentralizadores y, lógicamente, en grados diversos, antiestatistas completos, federalistas, anarquistas; del mismo modo el sostén absoluto que la iglesia da al Estado y al capital, a la dominación y a la explotación, los hizo anticlericales y el razonamiento y el estudio (por hábito hicieron muy buenas lecturas) les hizo ateos. Fué verdaderamente un anarquismo de fabricación propia, sin iniciadores, sin escuela (colectivista o comunista), nada más que por concepción seria y lógica del socialismo y por el triste espectáculo, siempre presente, de los políticos con sus panaceas falaces ofrecidas al pueblo.

Alrededor del año 1880 se presentaron otros dos factores: la miseria en Irlanda acentuó la resistencia organizada y a menudo muy violenta en esa isla — hubo allí la inmensa *Land League* (Liga Agraria), el terror agrario de los campesinos-pequeños granjeros y el terror político agudo de los conspiradores fenianos. Y hacia la misma época Henry George en su *Progreso y miseria* puso el dedo en la llaga sobre el monopolio territorial de los usurpadores del suelo y anatematizó la explotación de todos por los gavilanes-propietarios de la tierra. Henry George, el americano, hizo grandes jiras de propaganda en Irlanda, Escocia y en Inglaterra, y si sus ideas, — expuestas de un modo tan espontáneo por el inglés Alfred Russell Wallace, el gran naturalista que, independientemente de Darwin también, había llegado a conclusiones semejantes a las de éste en ciencia natural, — y si sus ideas fueron especialmente propagadas en lo sucesivo por sociedades demasiado estrechas, demasiado especializadas, la *Liga para la restitución de la tierra* y la *Liga para la nacionalización de la tierra*, el gran resultado de la campaña de Henry George fué sobre todo el de despertar en todas partes el socialismo latente o durmiente. Hubo, pues, para combatir la represión gubernamental en Irlanda, muy pronto la de Egipto (1882, bombardeo de Alejandría por la flota inglesa), y bajo la influencia del sentimiento social despertado, — las revelaciones sobre la miseria horrorosa de los pobres en Londres han contribuído mucho a ello (pienso en *Bitter Cry of Outcast London*, el Grito amargo de los parias de Londres) — hubo, pues, una asociación de las fuerzas sociales bajo forma de federación, la *Democratic Federation*.

Los obreros revolucionarios y anarquistas, con otros obreros socialistas menos avanzados, pero, sin pensar entonces más que en la propaganda económica, no en maniobras de política electoral, habían comenzado ya una propaganda directa en las esquinas de las calles, al aire libre, por conferencias en los clubs avanzados (lo que se llamaba entonces *Londres-rojo*), por volantes, pequeños manifiestos compuestos e impresos por ellos mismos, los más violentos secretamente gracias a una pequeña imprenta en casa de uno de ellos, etc., y se unieron a la Federación democrática con el fin determinado de propagar sus ideas en ese ambiente muy desemejante y de impulsar hacia adelante la afirmación de un socialismo antiautoritario e intransigente, — lo que desagradó mucho a los moderados y a los aspirantes al socialismo electoral y reformista.

Encontraron un gran apoyo en ese hombre muy notable que fué William Morris, el cual, con un número de amigos, hombres de valor, se había compenetrado entonces de un socialismo muy serio que, durante largo tiempo, fué acentuándose más y más. Ese poeta y artista, que amaba apasionadamente la belleza, que no sólo soñaba, sino que se aplicaba prácticamente a introducirlo en la vida real, afectado profundamente por la fealdad que engendró el capitalismo destructor de las bellezas naturales y de la obra de arte de los siglos de una vida menos consagrada a la clase del lucro sórdido exclusivamente, — ese hombre creó y supo propagar un socialismo penetrado de belleza, por tanto necesariamente de libertad y de holgura, de buenos procedimientos y de respeto mutuo, un socialismo integral del hombre libre en un ambiente bello y feliz; sus *Noticias de ninguna parte*, la famosa utopía (1889-90) nos muestra su ideal futuro e igualmente su concepción de las vías para llegar a ella.

Sería un gran error creer que ese culto social de la belleza en Morris perjudicaba las exigencias serias de la lucha revolucionaria. Lejos de eso, inspiraba a los hombres con nuevo ardor para conquistar ese mundo bello y bueno y destruir el mundo feo y malvado que el capitalismo ha sabido crear. Se apasiona uno mucho menos por un nuevo mundo mecánico en las perfecciones económicas, incluso por un mundo abstracto en las libertades intelectuales y morales, que por un mundo embellecido y hecho bueno por la cooperación solidaria y por la libertad individual y colectiva. El espíritu de Morris nos ha faltado demasiado; sabía hacer atractivo el socialismo, como antes de él había tratado de hacerlo Fourier, poeta socialista también en sus visiones futuras.

Entre William Morris y los socialistas revolucionarios y anarquistas de que he hablado hubo pronto una buena entente. Esos hombres, de los que hay que mencionar ante todo a Joseph Lane y Sam Mainwaring, fueron felices al completar sus ideas por ese amor a la belleza, a las buenas proporciones, a la belleza práctica y aplicada, por decirlo así, que irradiaba de Morris — y éste aprendió mucho en economía, en penetración de las ilusiones de la política y de los males del estatismo, en comprensión de la situación revolucionaria, gracias a esos hombres, sin que nunca haya aceptado claramente el anarquismo como sistema o como denominación. Mucho más tarde, decepcionado, retrocedió un poco, pero en sus mejores años, pienso, sintió que su concepción del socialismo era bastante amplia y que no tenía necesidad de las ideas socialistas formuladas por otros, aunque fuesen las ideas llamadas anarquistas. Desde 1885 a 1888 las ideas y la personalidad de Morris supieron infundir a todos un socialismo poderoso e integral, armonioso y pleno de esperanza, alejado del dogma y exento de toda autoridad.

La Federación contenía aún dos elementos, los pocos marxistas ingleses, la hija mayor de Karl Marx, Eleanor, y su marido, el doctor Aveling; un doctrinario inglés, Belfort Bax; además, el viejo comunista alemán Lessner, en otro tiempo de las sociedades comunistas secretas y del Consejo general de la Internacional, acólito de los más fieles de Marx. Y socialdemócratas ingleses, dirigidos por Hyndman, John Burns, Herbert Burrows, John E. Williams y otros oradores populares que estaban ante todo apurados por hacer política electoral, por hacerse candidatos. Se hizo imposible que las dos fracciones, la parlamentaria y la revolucionaria, cooperasen largo tiempo; por diversas razones hubo escisión en diciembre de 1884 y la Socialist League fué fundada por los revolucionarios, a los cuales, curiosamente, se agregaron los marxistas también, no obstante no cambiar de táctica: porque muy pronto trataron de introducir el socialismo electoral en la Liga. No lo consiguieron más que para dos ramas que debieron separarse de la Liga en la primavera de 1888. La Liga se compuso, pues, fuera de esos pocos marxistas y trade-unionistas, de socialistas como William Morris, de socialistas revolucionarios muy populares y de anarquistas conscientes, pero que no separaban de ningún modo su propaganda de la de un socialismo lo más completo, lo más libertario, lo más revolucionario, lo más popular posible que fué querido de todos.

Durante esos años las ideas anarquistas, individualistas esta vez, penetraron en Inglaterra por otra vía, por la difusión, limitada, es verdad, del periódico *Liberty*, fundado por B. R. Tucker en Boston en el verano de 1881. En estos primeros años Tucker estaba un poco menos incrustado de lo que lo estuvo más tarde en su doctrinarismo; en todo caso respetaba a los revolucionarios rusos y hasta tuvo la idea excelente de traducir *Dios y el Estado* de Bakunin en inglés (Boston, 1883), folleto que ha sido la base del razonamiento libre de muchos lectores ingleses, de cuyos ojos cayeron las escamas gracias a él y cuyas concepciones religiosas, que el ambiente inglés infiltra por todos los poros de un hombre educado y que habita en ese país, fueron radicalmente destruídas y la fe en el Estado, la autoridad, los jefes definitivamente quebrantada. Un joven tipógrafo, Henry Seymour, hizo circular muchos *Dios y el Estado*, incluso con una página de título, Tunbridge Well, 1883, localizada, y él mismo hizo aparecer en 1885 el periódico mensual *The Anarchist*, que, individualista en el fondo, trataba de mantener algún contacto con los anarquistas colectivistas y comunistas.

Pero se creaban todavía una tercera vía las ideas anarquistas: la lectura del *Revolté*, donde a partir de 1880 el *comunismo anarquista*, que fuera tan claramente elaborado por Kropotkin, había atraído a algunos ingleses socialistas, tal como Charlotte M. Wilson, que fué autor de las primeras exposiciones sucintas de esas ideas en inglés, insertadas a título de enseñanza, sobre esa idea, en "*Justice*", el órgano de la Federación mencionada, y hasta en uno de los primeros folletos de la Sociedad de los Fabianos. El proceso de Lyon, enero de 1883, tuvo repercusión en Inglaterra, donde, en los ambientes liberales y radicales, era muy conocido Kropotkin, que, en 1881-82, durante muchos meses había escrito y dado conferencias en Inglaterra, sobre las persecuciones de los revolucionarios rusos; también era conocido en los ambientes de los naturalistas. Se querían conocer las ideas anarquistas, y Eliseo Reclus compuso con ese fin el artículo *La anarquía, por un anarquista* (edic. LA PROTESTA, 1926), que apareció, en 1885, en una de las grandes revistas mensuales, la "*Contemporary Review*". Los grupos internacionales de Londres hicieron aparecer la famosa declaración de los anarquistas ante el tribunal de Lyon, en manifiesto, para distribuir, en inglés. Había, pues, un ambiente de amigos de Kropotkin y de sus ideas, ambiente íntimo y abnegado, pero que antes de la llegada de Kropotkin no comenzó la agitación pública.

La llegada de Kropotkin a Inglaterra era de fecha insegura. Condenado a cinco años de prisión en un proceso de los más inicuos, fué libertado en fin por la amnistía de enero de 1886, y después de algunas semanas en París, en casa de Eliseo Reclus (si no me engaño), se estableció en Inglaterra, en Harrow, a alguna distancia de Londres. En la primavera de 1886, pues, el grupo íntimo fué reanimado por él, para hacer propaganda, y como Henry Seymour, aunque continuaba siendo individualista, les ofreció



que escribieran a su modo en "*The Anarchist*", se aceptó el ofrecimiento y se hizo así durante algunos meses. Pero no pudo establecerse una verdadera armonía, y la convivencia fué abandonada; se quería estar completamente en casa propia, y así se fundó "*Freedom*", en octubre de 1886, que fué redactado desde los primeros años, por bastante tiempo, por C. M. Wilson. Kropotkin dió todo su apoyo al periódico desde el comienzo, y su colaboración y sus consejos, desde entonces hasta el otoño de 1914, forman un equivalente interesante de los mismos cuidados que dió al "*Révolte*" y a sus sucesores a partir de 1879, y más tarde a los pequeños periódicos rusos de Londres, las *Hojas de pan y libertad;* agreguemos su colaboración seguida, en bellos artículos muy esmerados, que comprenden sus libros "*Campos, fábricas y talleres*" y el "*Apoyo mutuo*", en la "*Nineteenth Century*", la gran revista mensual. Es el estudio de esas cuatro colaboraciones que, con sus sutiles diferencias y matices, ayudará mucho a comprender la obra de Kropotkin. No es esa una cuestión de curiosidad biográfica, porque dada la inmensa preponderancia de Kropotkin en el movimiento anarquista durante tantos años, eso tuvo repercusiones en toda la marcha de las ideas durante ese tiempo.

Sin abordar ese asunto aquí, diré que sus ideas, formadas primero bajo la influencia de la situación revolucionaria en Rusia, sufrieron un fuerte impulso por la renovación del socialismo en Francia, hacia 1880, cuando, después de la amnistía de los comunalistas de 1871, el movimiento socialista público repuntó en grandes proporciones. Unos se pusieron entonces rapidamente a la lucha de las conquistas políticas y fundaban el socialismo electoral, cuyas tristes peripecias se conocen. Los otros, los blanquistas de entonces, revolucionarios todavía, y los anarquistas, creciendo rápidamente en número y en voluntad revolucionaria, parecían asegurar, por su gran actividad, una revolución social en breve plazo. Inspirados por esa situación tirante, aguda, la proximidad aparente de grandes acontecimientos, las ideas del comunismo anarquista de Kropotkin fueron elaboradas tales como se las conoce desde los numerosos artículos del "*Révolte*", de 1879 a 1882, reunidos en las *Palabras de un rebelde*, en 1885.

Pero después de sus años de prisión, en 1886, la proximidad aparente de la revolución social había desaparecido y se encontró en Inglaterra, frente a un pueblo obrero, bastante recalcitrante al socialismo y, sobre todo, a los métodos revolucionarios. Kropotkin se puso entonces a desarrollar una crítica social y política, y consejos de reconstrucción de un ritmo un poco menos febril que el de los años 1879 a 1882 del "*Révolté*"; prestó mucha más atención a los rudimentos de asociación libre, que se encuentran hasta en la sociedad moderna, y esbozó de nuevo el efecto de la cooperación libre, inconsciente y consciente, hasta los tiempos más lejanos de la animalidad (*La ayuda mutua*). A eso corresponde su esfuerzo en reconstrucción social en el "*Révolté*" y en la "*Révolte*", el futuro libro "*La conquista del pan*". Veinte años más tarde, aproximándose la revolución rusa de 1905, y el estudio de la revolución francesa, los fenómenos del sindicalismo y del marxismo destructor del socialismo, de esa socialdemocracia ambigua, que no es ni carne ni pescado, influenciaron aún la serie de sus ideas, y "*Freedom*" y los "*Temps Nouveaux*" permiten seguir ese desenvolvimiento de cerca.

Lo que me llamó siempre la atención es el hecho que en 1886 el grupo de Kropotkin no haya tratado de aliarse con los anarquistas de la Socialist League, ni con los socialistas más libertarios que haya habido jamás, como William Morris. Si hubieran cooperado la ciencia y el ardor revolucionario de Kropotkin y el arte y el sentido de belleza y de buenas proporciones de Morris en Inglaterra, habrían podido crear un anarquismo fuerte y viable, dado el gran número de los mejores socialistas atraídos por William Morris, de las fuerzas obreras revolucionarias adquiridas por la propaganda de los anarquistas y socialistas revolucionarios de la Liga socialista, formando así un anarquismo *integral*, variado, de muchos matices, bastante amplio, pues, para apelar a la inteligencia y al sentimiento de un número cada vez más vasto de hombres de valor.

Ese ideal no fué realizado; es inútil discutir aquí las razones. En fin, se puede decir que tal cooperación ha sido siempre imposible para Kropotkin, cuyas ideas formaban un conjunto tal, que eran aceptadas en bloc o descartadas; una cooperación que habría podido cambiar algo en esas ideas, era contraria a su naturaleza. Al examinar de cerca esas cosas se verá probablemente que estaba de acuerdo en mil puntos y unido por una amistad sincera con hombres como Eliseo Reclus y Malatesta, pero que en ideas y en acción cada cual iba por su camino solo. Menos aun habría podido entenderse con William Morris, a quien ha visto quizás a través de los ojos de su buen conocido H. M. Hyndman, el enemigo de Morris, o bien este mismo, como artista penetrado de la necesidad de las proporciones, no amaba en la anarquía la pretendida incoherencia, el juego de lo arbitrario y del azar, que sin duda no son propias de una anarquía seria, pero que se encuentran a veces propiciados por propagandistas inhábiles, que creen hacer bien al exagerar, al exhibir la atomización y no la cooperación inteligente y desinteresada, solidaria y libre, que será

Por tanto, en 1886-87 no hubo solidarización del esfuerzo anarquista en Inglaterra, que se compuso de la propaganda popular tenaz de los anarquistas de la Liga — Joseph Lane publicó entonces su folleto *Un manifiesto antiestatista, comunista y revolucionario*, 1887 — de los individualistas de "*The Anarchist*", que se hundían cada vez más en el tuckerismo estrecho, y de los camaradas de "*Freedom*", que no trataban de crear una organización popular, sino que proponían, mediante conferencias, sobre todo en el año 1888, el comunismo anarquista a las secciones socialistas ya constituídas, atrayendo a ellas los adeptos. Fué después de una de esas conferencias en la Liga socialista, en 1888, cuando conocí por primera vez a Kropotkin. Sus ideas aparecieron como un bello conjunto a los revolucionarios de la Liga, que no sabían presentar un anarquismo tan elaborado, pero que se sentían más próximos a las necesidades populares y penetrados de una voluntad revolucionaria que, si vivía igualmente en Kropotkin, era un poco menos aparente en las afirmaciones a veces un poco dogmáticas de otros expositores del comunismo anarquista. No hubo, pues, acercamiento y las cosas quedaron así en los años 1889 a 1894, cuando el anarquismo había prosperado tanto en la Liga que en el otoño de 1890 se separó en varios grupos anarquistas, y el grupo socialista de William Morris, molesto por algunas exageraciones de anarquistas novatos, perdió su bella esperanza desde entonces. Morris murió en 1896. Ese anarquismo muy militante y perseguido estuvo al fin de su fuerza de resistencia en el verano de 1894, y su órgano, "*The Commonweal*" ("*El bien público*") cesó entonces de aparecer.

Fué ese el período (1894-95) de la supresión de casi todos los periódicos anarquistas de Europa, en Francia, Italia, España, Alemania, Inglaterra, y también "*Freedom*" suspendió su publicación por algunos meses en el invierno de 1894-95. Sólo "*The Torch*, publicado por un pequeño número de jóvenes, apareció sin interrupción. En esas circunstancias, en la primavera de 1895, cuando la propaganda pública repuntó en todas partes, los últimos camaradas del Commonweal Group y el Freedom Group se amalgamaron y "*Freedom*" continuó su publicación en mayo de 1895, tratando en lo sucesivo de combinar la propaganda teórica y la popular, pero, en suma, cambiando muy poco de fisonomía y de carácter desde entonces hasta nuestros días.

Esa fisonomía, ese sello particular han hecho memorable ese periodiquito; raramente fueron presentadas las ideas comunistas anarquistas, tan constantemente, con un razonamiento más tranquilo y equitativo, sin acrimonia y recriminaciones, sin compromisos, pero también sin exageración. Los movimientos contemporáneos de cuarenta años fueron tratados allí con mucho esmero, la historia política y económica igualmente, y el idealismo libertario y social en pensamiento y en arte no han sido descuidados, y un poco de robusto buen sentido en arte y en vida de William Morris, antiguas concepciones libertarias armoniosas de Edward Carpenter se vuelven a encontrar en una parte de los colaboradores del periódico, que, sin ninguna pretensión de ser literario, ha estado siempre bien hecho, bien compuesto e impreso también, porque los tipógrafos ingleses de algún valor no han olvidado a William Morris, el creador de las bellas impresiones de la Kelmscott Press, su refugio después de algunas desilusiones en las luchas sociales. "*Freedom*", el más pobre de los periódicos, tan pobre en 1926 como en 1886, ha sido, número por número, para aquellos que lo han redactado, escrito y compuesto, una obra de amor, algo que se ha hecho lo mejor posible, porque se complacía uno en hacerlo. El periódico no fué según el gusto de todo el mundo, pero no se encontrará en él ninguna polémica. Se le ha reprochado un exclusivismo que no fué una realidad; se hizo la mejor acogida a los colaboradores de valor, pero se ha dejado a un lado los artículos de valor secundario o nulo. De esa manera es quizás el periódico que contiene el mínimo de inutilidades, de cosas pasajeras, si se exceptúa el "*Réveil-Risveglio*" de Bertoni, en Ginebra, que es el que se acerca más, según mi opinión, al género de "*Freedom*" que trato de describir. Se ha reprochado también a este último la falta de actualidad, de discusión actual de las luchas obreras, o se habría preferido un semanario. En esa situación el grupo consideró, sin embargo, mantener "*Freedom*" tal como era y crear un semanario, "*The Voice of Labor*", sindicalista anarquista, pero ese periódico no pudo vivir largo tiempo, y "*Freedom*" nos queda.

En octubre de 1914 murió el camarada Alfred Marsh, que redactó el periódico cerca de veinte años. No conozco en detalle su punto de vista al principio de la guerra, pero es probable que habría aceptado que las ideas de Kropotkin, Tcherkesoff y otros sobre la guerra fuesen expresadas ampliamente en "*Freedom*". Otros camaradas, sin embargo, consideraban la guerra como Malatesta, Bertoni y muchos otros lo hicieron, y hubo una escisión inevitable. "*Freedom*" no fué cedido a los que, durante la guerra, habrían hecho de él un órgano patriótico. Su posición fué la del "*Réveil-Risveglio*", de la "*Cronaca sovversiva*", de L. Galleani, y de otros órganos de un anarquismo sin compromiso político. Su redactor, el camarada Keell, pasó algunos meses en prisión — la única persecución de que fué objeto el periódico en estos cuarenta años.

Los obreros ingleses, estos últimos años, prefieren la ilusión parlamentaria (partido obrero) y la ilusión dictatorial (comunismo bolchevista a las órdenes de Moscú) a la anarquía franca e incluso al sindicalismo libertario. Contra esas corrientes de escala en crescendo, la sugestión a que sucumben los millones, la voz de "*Freedom*" suena bien débil, pero suena siempre. Sus volúmenes predicen y refutan mil veces esas ilusiones siempre en boga, pero parece que para el *mal* como para el bien, la experiencia, el sufrimiento son indispensables, el razonamiento, el consejo desinteresado son siempre insuficientes. "*Freedom*" continuaría su esfuerzo si los lectores que leen inglés en todas partes del globo le secundasen; su dirección es: 127, Ossulston Street, Londres, N. W. 1.

En este momento sus más antiguos colegas son LA PROTESTA, el "*Libertaire*" (París, 1895), el *Réveil-Risveglio* (Ginebra), la "*Freie Arbeiterstimme* (judío, New York), "*Brand*" (Stockholmo), estos tres de veinticinco años, el "*Vrije Socialist*", holandés, un poco mayor; además, la serie de periódicos de E. Armand a partir de 1901, con varias interrupciones, hasta *l'en dehors*. De más edad no se puede nombrar más que la serie que comienza con el "*Révolté*" en 1879 y continúa aún con *plus loin* y los folletos mensuales de Jean Grave, y el periódico judío "*Arbeiter Freund*" de Londres, fundado en 1885, pero no es anarquista en los primeros años, y de publicación irregular en estos últimos tiempos. "*Freedom*" es, pues, verdaderamente el decano de la prensa anarquista: cuarenta años con cuatro o cinco meses de suspensión solamente, ejemplo único.

Espero que verá el cincuentenario, exista yo, uno de sus raros primeros lectores que sobreviven, o no. Espero aún más que lleguen mejores tiempos para la anarquía que ha defendido valientemente a través de las mayores depresiones. Septiembre 5 de 1926.

ERRICO MALATESTA

Internacional colectivista y comunismo anarquista

Estoy de acuerdo con el compañero Nettlau en que es un daño para la propagación y la realización primera, necesariamente gradual, de las ideas anarquistas, el presentar el comunismo como el único modo de vida posible y aceptable en un régimen de no-autoridad; y creo, como él, que una sola y única solución de los problemas económicos, aplicable a todos y en todos los ambientes, se conciliaría mal con el principio de libertad que está en la base del anarquismo.

Tal vez es verdad que una cierta estrechez de ideas, un cierto dogmatismo se pueden enumerar entre las razones, según mi opinión no la principal, que han impedido un mayor y más rápido desarrollo de nuestro movimiento.

Pero como estamos en materia histórica, y Nettlau es un historiador escrupuloso y ávido de verdad, estoy seguro que verá con placer que le recuerde ciertos hechos, que pueden servir a una más justa distribución de las responsabilidades que incumben a los más viejos propagandistas del anarquismo.

La Internacional, tal como salió de su congreso de Basilea en 1869 era colectivista, pero era — incluso en sus secciones más avanzadas — escasamente anarquista. Era *colectivista* en el sentido que se daba entonces a esta palabra, es decir que la tierra, los instrumentos de trabajo, en suma, todos los medios de producción fuesen propiedad colectiva y que cada trabajador, solo o asociado, tuviese derecho al producto integral de su trabajo; pero no había ideas claras y definidas; solo la manera de asignar a cada individuo o a cada asociación la parte de tierra, las materias primas y los instrumentos que le correspondían, sobre el modo de medir el trabajo de cada uno y de establecer un criterio de valor para el cambio. Todo eso debía hacerlo la "colectividad" y no se tenía en cuenta demasiado el peligro de que esa "colectividad" pudiese en realidad no ser después más que un "gobierno", es decir, algunos individuos que se posesionarían del poder e impondrían a los demás su voluntad.

En Italia nos preocupábamos mucho de estas cuestiones. De acuerdo con los internacionalistas de todos los países sobre el principio que todos deberían ser trabajadores, que nadie debía vivir

miendo y explotando a los demás y que la fraternidad y la solidaridad entre todos los seres humanos debería sustituir a la lucha y la concurrencia para alcanzar un bienestar conquistado a expensas de los otros, nosotros pensamos que en el colectivismo quedaba una razón de lucha por la asignación de los medios de producción más ventajosos y por el valor que cada uno habría querido dar a los productos propios en comparación a los productos de los otros. Y tras largas discusiones y polémicas llegamos a la conclusión que la única solución que puede realizar el ideal de fraternidad humana y eliminar todas las insolubles dificultades de la medida del trabajo hecho y del valor de los productos obtenidos, es una organización comunista, en donde cada cual dará voluntariamente su contribución a la producción y consumirá libremente lo que precisa para sus necesidades — pensando que excluída así de la vida social toda razón de lucha entre hombres y hombres desaparecería también toda razón de autoridad y todo deseo de dominio.

Y por estas razones los delegados de las secciones italianas de la Internacional reunidos en congreso en Florencia en 1876, votaron por unanimidad menos uno — creo que era Poggiali de Florencia — una resolución en que se sustituía el programa colectivista hasta entonces profesado por el comunista.

La resolución de los italianos fué aceptada pronto con entusiasmo, primero en Suiza, donde residían en aquella época Kropotkin y Reclus, y después por casi todos los anarquistas de todos los países, menos por los españoles, los cuales en gran mayoría permanecieron aun por muchos años fieles al programa colectivista.

Nosotros fuimos, por tanto, como lo somos ahora, anarquistas comunistas; pero eso no quiere decir que hagamos del comunismo una panacea y un dogma y no veamos que para la realización del comunismo se necesitan ciertas condiciones morales y materiales que es preciso crear.

* * *

Para documentar bien cuál era nuestro punto de vista, he aquí lo que decíamos en el opúsculo "Programma e organizzazione della Associazione Internazionale dei Lavoratori", publicado en Florencia en junio de 1884 por el periódico "La Questione Sociale".

He aquí el capítulo entero que en aquel opúsculo trataba de la cuestión que nos ocupa ahora:

"LA PROPIEDAD. — Hemos dicho ya que la propiedad individual será abolida, y también que su abolición y la abolición de todos los pretendidos derechos que se derivan de ella (herencia, etc) es la condición necesaria para el triunfo de la solidaridad en las relaciones humanas. Digamos ahora algunas palabras sobre el sistema de organización que deberá sustituir al régimen de la propiedad privada.

"La Internacional ha sido por largo tiempo *colectivista;* es decir, quería que la tierra, las materias primas, los instrumentos de trabajo, todo lo que, en suma, sirve al hombre para ejercer su actividad y producir, fuese propiedad colectiva, de la que todos tendrían el derecho a servirse para trabajar, y que por consiguiente el producto del trabajo fuese enteramente del trabajador, solo o asociado, salvo la cuota proporcional para los gastos generales.

"Por consiguiente las fórmulas: A cada uno según el propio trabajo, o, lo que viene a ser lo mismo, al trabajador el producto íntegro de su trabajo; —el que trabaja que coma y el que no trabaja no come, salvo que se trate de impotencia, en cuyo caso el inhábil tendría derecho a recibir de la sociedad los medios para satisfacer todas sus necesidades.

"Pero el colectivismo está sujeto a muchas objeciones.

"Está, económicamente, fundado todo sobre el principio del valor de los productos, determinado por la cantidad de trabajo que requieren. Ahora bien, el valor definido así es imposible de determinar cuando se quiere tener en cuenta no solo la duración y otros elementos exteriores del trabajo, sino el esfuerzo total, mecánico e intelectual, que exige. Además, así como las diversas partes del suelo son más o menos productivas y los instrumentos del trabajo no son todos de la misma bondad, cada cual trataría de tener la tierra y los instrumentos mejores como trataría de atribuir el mayor valor a los propios productos y el valor más pequeño posible a los de los otros. De manera que la distribución de los instrumentos y el intercambio de los productos acabaría haciéndose según el principio de la oferta y la demanda, lo que sería volver a caer en plena concurrencia, en pleno mundo burgués.

"Pero, sobre todo, el colectivismo peca por su base moral. Está fundado, como el burguesismo, sobre el principio de lucha; solamente que intenta restablecer entre los luchadores la igualdad del punto de partida. Admitida la lucha, se tiene necesariamente vencidos y vencedores, y quien obtiene la primera victoria adquiere ventajas que le aseguran casi siempre triunfos mayores. El colectivismo es impotente para producir aquella revolución, aquella profunda transformación moral del hombre, después de la cual cada uno no hará o no querrá hacer una cosa que podría perjudicar a otros, y por eso no podría funcionar. Es incompatible con la *anarquía;* tendría necesidad de un poder regulador y moderador, que a su vez se convertiría en opresor y explotador, y volvería a introducir, primero la propiedad corporativa y después la propiedadd individual.

"Por estas razones la Internacional acabó, casi unánimemente, aceptando una solución más amplia y más consecuente, que es la única que responde al pleno desenvolvimiento del principio de solidaridad: EL COMUNISMO. Todo es de todos, todo es disfrutado en beneficio de todos; cada uno debe hacer por la sociedad lo que sus fuerzas le permitan hacer, y tiene el derecho a exigir de la sociedad la satisfacción de todas sus necesidades, en la medida concedida por el estado de la producción y de las fuerzas sociales.

"Pero el comunismo para ser realizable tiene necesidad de un gran desarrollo moral en los miembros de la sociedad, de un alto y profundo sentimiento de solidaridad, que el impulso revolucionario tal vez no bastará a producir, tanto más cuanto que faltarán al principio las condiciones materiales que sirven para facilitar su desarrollo, es decir una abundancia tal de producción que cada uno pueda satisfacer ampliamente sus necesidades sin perjudicar a los demás, y una organización tal del trabajo que éste no resulte penoso.

"Se podrán eludir estas contradicciones realizando inmediatamente el comunismo sólo en aquellos lugares y en aquellos límites que las circunstancias permitan y aceptando para lo demás, pero *transitoriamente*, el colectivismo. En los primeros tiempos, corregido por el entusiasmo del pueblo surgido a nueva vida, echado a un lado por el potente impulso revolucionario, el colectivismo no tendrá el tiempo para producir sus malos efectos. Sin embargo será preciso, a fin de que no vuelva a caer más tarde en el burguesismo, que evolucione rápidamente hacia el comunismo. Y es en esto donde la acción de un partido conscientemente comunista, la acción de la Internacional, será de una importancia vital.

"La Internacional deberá propiciar en todas partes el comunismo, poner de relieve las ventajas obtenidas en los lugares donde haya sido aplicado, tratar de hacer poner en común todas las cosas posibles, y sobre todo reclamar la aplicación inmediata y completa del comunismo (además de las cosas en que existe ya hoy, como el agua, las calles ordinarias, la iluminación, la limpieza pública, etc., en las habitaciones, en las instrucciones, en el cuidado de los enfermos, en el mantenimiento de los niños y en los alimentos más necesarios, para extenderlo después poco a poco a todas las ramas de la producción".

* * *

No pretendo, ciertamente, que en el fragmento transcrito está todo lo que hoy tendría que decir sobre el argumento. Falta ahí una amplia visión de la complejidad de la vida social, no se tiene bastante en cuenta la tenacidad, los hábitos, los prejuicios, los temores populares y por tanto falta una sensación adecuada de las dificultades prácticas que se opondrían a una realización rápida y general del comunismo. Y sobre todo no se tiene conciencia del peligro que la preocupación exclusiva de la igualdad pueda perjudicar el sentimiento y la práctica de la libertad y engendrar un nuevo y más odioso despotismo que después acabaría naturalmente negando la libertad y la igualdad. Pero de esto hemos tratado y trataremos en otras ocasiones.

Ahora he querido establecer que nosotros, que hemos introducido el comunismo en el programa de la Internacional y en el anarquista, no pecamos del exclusivismo y de la intolerancia que parece que se nos quisiera atribuir. Por lo demás bastaría para demostrarlo el hecho que nosotros, aun afirmando y propagando siempre nuestro ideal comunista, generalmente hemos preferido, en nuestras publicaciones y en nuestras organizaciones, tomar el nombre genérico de socialistas anarquistas, precisamente para no excluir de nosotros a las otras escuelas del anarquismo; — y cuando la degeneración autoritaria y parlamentaria de los socialistas democráticos nos indujo, con razón o sin ella, a descuidar o abandonar el apelativo de socialistas, nos llamamos simplemente anarquistas, entendiendo que anarquistas no se podía ser si no se quería un régimen económico que garantizase a todos los medios de vida independiente y por tanto una libertad efectiva.

* * *

Decía, pues, que aun suponiendo, en nuestro entusiasmo de iniciadores, las cosas más fáciles y más sencillas de lo que son en realidad, no hemos dejado de comprender y de hacer notar que la condición necesaria del comunismo es la abundancia, y que esa abundancia no puede producirse en un régimen capitalista. Partiendo de donde nosotros partimos, se habría llegado fácilmente a concretar un programa práctico que nos habría permitido influenciar los acontecimientos históricos mucho más eficazmente de lo que hemos podido hacer hasta aquí.

Pero un hecho, que para los extraños puede haber pasado desapercibido o haber parecido sin importancia, vino a ejercer una influencia nefasta sobre el desenvolvimiento del movimiento anarquista, interrumpiendo y proscribiendo casi el estudio detallado de los problemas, que estamos llamados a resolver. Y ese hecho fué la publicación en Francia de los opúsculos, el nombre de cuyo autor no he conseguido saber: "Los productos de la tierra" y los productos de la industria". En esos opúsculos se sostenía con la estadística en la mano (¿qué es lo que no se consigue sostener con la confirmación de una idea preconcebida?) que la tierra cultivada produce hoy mucho más de lo que sería preciso para que todos viviesen en la abundancia, y que igual o mayor superabundancia produce la industria. Cada año se tendría, por tanto, un gran remanente de mercaderías no consumidas, que no se comprendía bien lo que se hacía con ellas y por qué los capitalistas las hacían producir, soportando el costo de producción cuando después no conseguían venderlas. La cosa era absurda, pero era lisonjera, y por eso fué pronto creída y aceptada. Era tanto como poder decir a la gente en la propaganda: "Sufrís hambre, carecéis de todo, mientras los graneros, los almacenes están repletos de productos que no sirven para nadie: no tenéis más que extender la mano y tomarlos" El éxito de aquellos opúsculos entre los anarquistas fué enorme. Y como suele ocurrir, no faltó quien, exagerando la exageración, dijese que había tantos productos sobrantes que no sólo no había necesidad de preocuparse de la organización de la producción en tiempo de revolución, sino que se podía vivir muy bien de los remanentes existentes por algunos años después de la revolución. A lo sumo admitían que se hablase de organización del consumo, pero en cuanto a la organización de la producción era inútil que nos ocupásemos nosotros de ella, pues, por el momento había tantos productos que no se sabía qué hacer de ellos: en el porvenir lejano pensarían los que vinieran después.

Tratamos de oponernos a la corriente, pero con poco éxito. El talento literario y el alto prestigio de la personalidad de Kropotkin habían hecho aceptar además la infeliz fórmula de la "toma del montón" (la prise au tas) y por otra parte, interpretando por cierto muy singularmente el pensamiento de Kropotkin, no dudaban que el *montón* existiese y fuese prácticamente inagotable.

Personalmente yo, de regreso de América del Sur y de paso por Barcelona, en el *Productor* de esta ciudad, reclamé la atención sobre el absurdo de la creencia en la abundancia y traté de demostrar que el daño producido por el sistema capitalista no es tanto la creación de un núcleo de parásitos como el de impedir la abundancia posible, deteniendo la producción en el punto donde cesa el beneficio del capitalista.

Insistí sobre la cuestión muchas veces. Hablé de ella al mismo Kropotkin, y éste, afectado por la exactitud de mis observaciones, hizo investigaciones estadísticas sobre las reservas alimenticias de Inglaterra y llegó a la conclusión que si cesara la importación, en tres meses se habrían muerto todos de hambre.

Ahora creo que aquel período de ilusiones ha sido definitivamente superado. Hoy la experiencia de las carestías crónicas y la experiencia de la gran guerra han convencido a todos de que si la potencialidad de la producción del mundo moderno es verdaderamente inmensa, la producción efectiva es insuficiente incluso para garantizar aquel bajo nivel de bienestar a que el capitalismo constriñe a los trabajadores. Hoy todos están convencidos que para tener la abundancia es preciso trabajar y mucho, y que por tanto los problemas del trabajo y de la producción son los más importantes en vista de toda transformación social.

Como por otra parte la experiencia rusa ha demostrado también al que cree en los métodos autoritarios, que el comunismo no se puede imponer por la fuerza y que toda tentativa de imposición lleva fatalmente a la reacción.

Libertad y trabajo son las condiciones del socialismo (anarquista, comunista o de cualquier otra especie), como por lo demás son las condiciones de todo progreso humano.



ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Sebastián Suñé

Punto 1.°

¿Problemas actuales del anarquismo y manera de aprovechar para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria?

Contestación: Supongo os habéis dado cuenta del exceso de etiquetas impropias y la falta de conciencias equitativas en las actuaciones. Provocar una lucha internacional en nombre de la Anarquía, lo considero muy fuera de tiempo y de lugar. El mundo está por la dictadura burguesa o proletaria. El ser humano ha perdido mucho en deísmo; pero no ha conquistado lo que debía haber conquistado en racionalismo, y sin fe ni razón continúa siendo el lobo carnicero que por todos los medios que concibe sólo piensa en devorar a sus semejantes para sacar beneficios del producto ajeno. Cada día los egoísmos insanos y el afán de lucro se acentúan más, y sólo se orientarán y evolucionarán mediante positivas garantías materialistas saturadas de actuaciones sanas o saneables y permanentes; esto es: evolución económica e intelectual simultáneas con métodos evolutivos, con o sin saltos. La anarquía en la actualidad nada puede hacer; pero los anarquistas conscientes y bien orientados, si con tenacidad y altruismo supiesen actuar sin etiqueta en todos los organismos y en todas las clases sociales, podrían hacer mucho en bien del progreso y de la humanidad.

Punto 2.°

La anarquía como principio de organización, ¿es o no revolucionaria?

Contestación: Anarquía y organización son dos principios antitéticos (1), es el concepto filosófico de la libertad absoluta del individuo, es el "¡haz lo que quieras! ¡Obra como te dé la gana!" No autoridad, no organización, ni ley, ni reglamento, ni acuerdo. Organización es base de una ley, reglamento, pacto, acuerdo, etcétera.

(1) *Véase "Utopía Gubernamental", página* 14, *"Solidaridad Obrera" de Gijón*, N.° 33, *artículo "Para el desconocido alumno y...)", y el* N.° 34, *artículo "Dónde la Libertad".*

Punto 3.°

¿Al ser una idea de los humanos, ¿es o no proletaria la anarquía?

Contestación: La Anarquía en la actualidad es más del burgués que puede hacer lo que le da la gana, que del proletariado que por obligación ineludible ha de hacer lo que le mandan: la Anarquía es la maestra del ser consciente que sabe, puede y quiere actuar debidamente coincidiendo en su actuación el impulso de su libre albedrío con el bien social sin distinción de clases sociales.

Punto 4.°

¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

Contesto: Reunirles, enseñarles, alimentarles y educarles en trabajos productivos en colonias fuera del ambiente social, desde su nacimiento hasta los tres años, regidos por profesores, médicos y nodrizas, y de tres años en adelante regidos por médicos, profesores y veteranos de artes y oficios, etc., dotando a dichos idóneos de todos los medios que la higiene, la ciencia y el trabajo como recreo y vocación reclamen y necesiten en la vida individual y colectivamente, a base de amor y reciprocidad de servicios, sin distinción de clases.

Punto 5.°

¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el Arte, en América y en Europa, para saturar más el ambiente de anarquismo?

Contestaciones: Cuando veo un monumento de arte que cuesta un capital y está allí muerto, improductivo y alrededor de su base pobres ancianos y desgraciados niños hambrientos, desnudos y semicadáveres, tendiendo la mano y suplicando una limosna, sufro una contradicción de sensaciones amargas para mí, y no puedo explicarme ni con el sentido común, ni con la razón, ni con la equidad, ni con la inteligencia, la justicia de tales extremos, y sólo veo en ello la refinada locura, bestialidad y crueldad humana para con sus propios semejantes; no obstante, quisiera ver el predominio del arte en todo y por todo; pero después de haber satisfecho todas las necesidades, esto es: 1.°: Las necesidades de todos los satisfechos, y 2.°: El arte y la contemplación de todo lo bello y noble como bálsamo dulcificador de sentimientos, inteligencias y voluntades. Las sendas del arte encaminadas hacia una finalidad social de amor y libertad, son: todos los objetivos que llamen la atención al principio de nobleza y altruismo individual hacia finalidades de sociabilización progresivas; las actuaciones de colectividades con tendencias similares, y el adorno de sanas literaturas, libres de sectarismo, que laboren en bien general, cuadro de naturismo y de higienización, que estimulen la sencillez, el amor y la cultura, etc.

Punto 6.°

¿Concepto de las tendencias individualistas en el movimiento obrero actualmente?

Contestación: El que individualista se declara para eludir los deberes propios de la mancomunidad de intereses por medio de los principios de sociabilidad, éste es una nulidad, un cero a la izquierda, un esclavo de la pereza y de mezquinos egoísmos, que se hace acreedor al desdén con que él trata a los demás, o que se le obligue a cumplir lo que en interés de todos debe. El que consciente de una misión a cumplir, individualmente toma por su cuenta y razón el iniciar y organizar una obra de interés social, éste es una unidad esencial, procreativa, que puede multiplicarse en regla de proporción compuesta y hasta compleja, es digno de ser apoyado en todos los recursos personales y económicos que le sean necesarios para dar todos los productos que le sea posible.

Punto 7.°

¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

El valor o valores tradicionales, los constatan los hechos, la utilidad y la experiencia; la necesidad, la posibilidad y el claro raciocinio (libre de todo sectarismo) deben determinar en cada caso, lugar y tiempo la medida a seguirlos, modificarlos o sustituirlos por otros de mayores utilidades y dignificación humana.

¿Ejemplos? La tradición en sentido humanitario dice: *Dar de comer al hambriento; vestir al desnudo y enseñar al que no sabe.* ¿Cuándo, cómo y en donde se modificaría con el *tiene* de comer el hambriento, vestido el desnudo y enseñanza apropiada a todos?

Tradicional es la costumbre de organizar las corporaciones y actuaciones sociales en forma que permita la estabilidad de las dos clases dentro de una misma corporación: Directores improductivos y bien excesivamente remunerados económica y moralmente; y dirigidos paganos, sin consideraciones ni derechos a merced de todas las especulaciones y traiciones, etc., etc.

Modificar en sentido progresivo sus bases o reglamentos; simplificar su empleomanía hasta ser simple oficina de contabilidad que un tenedor de libros o asociado de condiciones realicen el trabajo, pagándole por horas de labor necesarias con el haber de lo que cobre un oficial de sindicato o gremio, etc., y todos los otros quehaceres realizarlos por amor al arte, sin remuneración, y dando apoyo y facilidades para realizar las iniciativas individuales de conveniencia social, sería una gran obra de progreso y de efectividades.

¿Cuándo ese principio tradicional absorbente, dominador y traicionero en las organizaciones y actuaciones será sustituído por el principio de *Libre concurso* de un modo consciente, altruista y por vocación y amor al arte, sin lucrativas remuneraciones ni sucios negocios?

¿Qué labor a realizar y que productos a cosechar hay en esa cuestión orgánica y de actuaciones accidentales y permanentes? ¿Qué es lo que debería hacerse? ¿Cómo puede y debe hacerse? En todos los organismos y en todas las actuaciones de la vida humana hay trabajo para el estudioso y el abnegado de alma liberal. Sobran falsas etiquetas y faltan sanas intenciones y actuaciones germinadoras de gestos liberadores y equitativos; sobran individualistas estúpidos y faltan individualidades inteligentes, abnegadas y altruistas en todos los órdenes de la vida para orientar, modificar y transformar los organismos y sus actuaciones. ¡Enseñar con el ejemplo lo que se debe hacer!

Punto 8.°

¿Origen, bases y fundamento de la Biblia?

Su origen, la ignorancia, o sea la creencia; sus bases la necesidad de aprender y explicar de algún modo los fenómenos naturales que les infundían temor y su fundamento la necesidad de sociabilizar inteligencias y fuerzas humanas para defenderse de sus enemigos monstruosos que les rodeaban y devoraban, y de los elementos y convulsiones de la naturaleza, tan frecuentes como temibles en el origen de la humanidad; en las permanentes luchas y sensibles necesidades, los más inteligentes, o más astutos aprendieron a dominar y explotar a los más tontos o menos egoístas.

Entiendo que no se debe perder el tiempo buscando lo que no hay probabilidades de hallar, y, sobre todo, en cosas que, dado el caso de hallarse, no traerían consigo ningún producto de utilidad social; mas cuando tanta tarea de lo que debería realizarse para producir lo que tanto necesita la humanidad, se queda en proyectos o con proyectos pendientes de su realización, por falta de solidaridad.

Deber de todo espíritu liberal, progresivo y humanitario es estudiar y actuar en sentido y sendero convergentes a fundamentar la nueva Biblia, que tenga por origen: 1.° La necesidad de unificar los pensamientos de todas las personas decentes, sin distinción de color, creencia ni nacionalidad. 2.° Por base la mancomunidad de los pensamientos y la solidaridad de los afines en busca y realización de objetivos culturales y de solidaridad humana, que reste fuerza a los odios y egoísmos irracionales. Y 3.° Despertar el deseo universal de terminar las guerras y luchas bestiales y conquistar con nobles hechos que multipliquen el bien social, hasta convivir la armonía social, según el concepto filosófico de Aristóteles, que dice:

Donde impera el amor, todas las leyes sobran.

No sé si mi modo de apreciar, entender y exponer los puntos será de vuestro agrado; pero yo, al escribir, he de poner en el papel lo que pienso cuando escribo.

Barcelona, 1926.

Respuesta de C. M. Marino

Steubenville, Ohío, (EE. UU.).
Estimados compañeros del grupo "Los Iconoclastas". — Salud.

Compañeros: He recibido copia de las cuestiones a tratar en la encuesta por vosotros organizada, y, a pesar de ser todas ellas bien interesantes, yo confinaré mis esfuerzos a la última, ya que es este un mal que corroe a la humanidad entera y que crece en proporción alarmante, debido al estado semi-ignorante en que se encuentra el pueblo.

Habéis tenido, efectivamente, un gran acierto en todas las cuestiones a tratar, por lo que os congratulo y espero que los compañeros tomen interés por lo mucho que esta encuesta significa para la Humanidad y por lo tanto para un ideal de Amor, de Paz y de Fraternidad cual es la Anarquía.

Vuestro, fraternalmente.

C. M. MARINO

Wheeling, West Va (EE. UU.), 9|6|26.

La Biblia, de que tanto alarde hacen todas las religiones actuales y la cual es la base de las mismas, tiene un principio algo obscuro. Digo así, porque su origen dimana del dogmatismo en que vivieron los pueblos hace miles de años, y como los dogmas de ayer son las religiones de hoy, por eso digo que su principio u origen es algo obscuro. Mientras tanto, y como principio, quiero dejar sentado que la Biblia es obra humana y no divina ni inspirada como las autoridades de las diferentes sectas y religiones quieren decirnos.

Si solamente se limitaran las religiones a otorgarnos el reino de la gloria después de la muerte, yo de mi parte no ocuparía espacio en un periódico para combatirlas; pero no, el ave de rapiña no dejará su presa porque si la deja ¿de qué medio se ha de valer para subsistir? Así las religiones, limitadas solamente a conceder un pasaporte para la gloria, muy pronto serían olvidadas y se terminarían, ya que los humanos, sintiendo hambre hoy y pudiendo saciarla, no esperamos para mañana el satisfacer esta necesidad corporal. Esta sería la cura que daríamos a tal problema.

Mas no es así, y la historia en miles de épocas diferentes nos lo dice y la vida

diaria lo comprueba hoy mismo. La religión, o mejor dicho, las religiones todas, como invento humano, aspiran al dominio humano, a la explotación humana y a vivir de los humanos.

Y que las religiones viven de la ignorancia del pueblo es bien conocido por todos. Aquí en Norte América, hace cosa de dos años, se principió un movimiento antievolucionista, y a esta fecha cuéntase diez y seis Estados en los que se prohibe toda enseñanza de la Evolución, otra que no sea según la Biblia. Y los resultados se suman en grandes cantidades en el crecimiento de las religiones, especialmente la católica y la protestante.

A fin de aclarar este punto lo mejor posible y dar una terrible sacudida a las religiones todas, voy a tratar los diferentes libros y nombres de las siete principales religiones existentes hoy:

Han existido y en parte existen hoy en la India algunos de los libros llamados sagrados, y que son:

Vedas. — Son estas de las Biblias más antiguas que se conocen y fórmanlas cuatro libros: la Rigveda, la Yajurveda, la Samaveda y la Atartaveda. Aunque los indos de Devout creen estos libros eternos como a dios y que han existido siempre los escolares, creyéndolos muy antiguos, aseguran que no han existido siempre y dicen que la Rigveda, uno de los más antiguos, ha sido compuesto hace tres o cuatro mil años.

Puranas. — Las Puranas y las Vedas son los libros más importantes de los hindús, y es la Puranas a quien el Brahismo debe las creencias que amoldaron a los hindús que hicieron popular esta religión en la India. Las Puranas están compuestas de diez y ocho libros.

Tripitaka. — Recopilada trescientos años antes de la era cristiana y es conocida como Biblia de los Budistas.

Upanishadas. — Estos libros tratan de la Creación, del Sér Supremo o el Espíritu de Brahama, de la naturaleza del alma y de su relación con Brahama.

Tantras. — Libros sagrados que tratan especialmente del dios Seva.

Ramayana. — Uno de los más grandes poemas épicos del mundo; dice la Historia de Rama que es una encarnación del dios Vishú.

Mahabarata. — Llamado también "el manual de todo lo que es moral, usable y agradable". Un poema épico, compuesto de unos cien mil versos, y del que creen, como la Ramayana, de inspiración divina.

Estatutos de Manu. — Manú, para los indos, significa "ley-guía", algo así como la ley de Moisés para los judíos. En casi todos sus términos se parece a la llamada "ley de Moisés".

En la China también existen libros llamados sagrados, pero bastante diferentes de los libros cristianos, en cuanto al procedimiento: esto es, a la moral cristiana. Observan los chinos tres leyes fundamentales, que son: relación entre el soberano y el súbdito, padre e hijo, y marido y esposa. Tienen, además, cinco virtudes capitales, que son: caridad universal, justicia imparcial, conformidad con las ceremonias de las costumbres establecidas, rectitud del corazón y de la inteligencia, y sinceridad pura.

Los libros de los chinos son cinco, como siguen:

Yih Rey. — Libro de morales y tratado cosmológico, escrito mil ciento cuarenta y tres años antes de la era cristiana.

Shu Rey. — Enseñanzas máximas de ciertos reyes chinos. Documentos antiguos, de cuatro mil y más años.

Shi Rey. — Poesías y canciones sagradas muy antiguas.

Lee Rey. — Libro de texto, relacionado con las maneras, costumbres y ceremonias. Ha sido este libro un molde en la vida social y religiosa en la China.

Chum Tsien. — Libro histórico de Confucio; religión de las clases educadas en aquel país.

Casi todos los anotados han sido escritos quinientos y más años antes de Cristo, y aunque considerados algunos de ellos como sagrados, no han sido considerados como revelados por dios, pues que Confucio nunca ha reconocido ningún dios.

También los persas tienen sus libros, dos en número, y uno de los cuales ha servido en gran importancia, tanto a judíos como a cristianos en la confección de sus Biblias. Y son:

Zenda Avesta. — Escrita por Zoroastro y sus discípulos, hace unos tres mil años, y es considerada una de las Biblias más importantes: consta de veintiún libros; todos tratan, en su mayoría, de religión, pero considerando al hombre con bastante superioridad e importancia sobre la religión. De los veintiún libros se cree que existen uno completo y fragmentos de otros varios.

Sadder. — Una Biblia moderna, que contiene las enseñanzas religiosas de Zoroastro.

Los mahometanos solamente tiene dos libros sagrados, que son:

Koran. — Este es considerado por los mahometanos como la última revelación de dios al hombre, y que ha sido en rayos de luz ante el trono de dios. Generalmente, los mahometanos creen en las divinas revelaciones dadas, dicen, a Adán, Seth, Enoch, Abraham, Moisés, David, Jesús y Mahoma. También creen en los Pentecostés, los Salmos y los cuatro Evangelios; mas no están de acuerdo con las corrupciones, tanto de judíos como de cristianos.

Sunna. — Libro extenso, que contiene miles de leyendas acerca de Mahoma, y aunque también considerado como sagrado, tiene menos autoridad que el Koran.

Los judíos tienen varios libros, y son éstos:

Torah. — Libro de la ley, más comúnmente llamado Pentateuco, y el más sagrado de todos los libros judíos. Tanto judíos como cristianos, creen que fué escrito por Moisés y dictado por dios. El original fué un solo libro y ahora está dividido en cinco.

Nebiim. — Trata de la ley y de los profetas, principales autoridades de los judíos. Aunque lo estiman de origen divino, tiene menos importancia que el Torah.

Cethubim. — Colección de escrituras, en su mayoría himnos y poemas.

Talmud. — Aunque no es considerado de inspiración divina, es de gran importancia para los judíos, pues ha sido algo así como una fuente de historia y teología judaica.

La Santa Biblia. — La Biblia de los cristianos, más propiamente llamada "Los Libros", fué llamada así, según dicen, por Crisóstomo en el siglo V. Por un espacio de tiempo, como de unos ciento cincuenta años, los cristianos usaban los libros judíos. Después han formado lo que hoy llaman el Viejo y el Nuevo Testamento. El Viejo Testamento contiene el Torah, el Nebiim y el Cethibim de los judíos, divididos en treinta y nueve libros. El Nuevo Testamento es una colección de veintisiete escrituras de las primeras edades del cristianismo, traídas de varias iglesias de Asia, Africa y Europa.

Cuando los cristianos aceptaron el hebreo, los treinta y nueve libros del Viejo Testamento estaban formados por veintidós libros pertenecientes a las veintidós letras del alfabeto hebreo, siendo después alargado, por haberle sido aumentado algunos profetas, y otros de los cuales sentían necesidad. Fueron así, de este modo, reconocidos como canónicos e inspirados, y los términos Viejo y Nuevo usados para distinguirlos, habiendo sido Tertuliano, al principio del siglo III, quien primero usó el término "Nuevo Testamento.

En la composición del Viejo Testamento, tanto judíos como cristianos, han variado el lugar de los profetas y otros libros de la ley.

La división de los libros de la Biblia, en capítulos, ha tenido lugar a principios del siglo XIII, y su división en versículos en el XVI.

Por lo hasta ahora leído, deducimos históricamente que ha sido Asia, puede decirse, la madre de las siete principales religiones hoy existentes, así como de los libros o biblias que sostienen estas religiones. De allí ha salido el Brahamanismo o religión de Brahama, el Budismo o la religión de Buda, el Confucionismo o la religión de Confucio, el Zoroastrismo o religión de Zoroastro, el Mahometanismo o religión de Mahoma, el Judaísmo o religión Judía, y el Cristianismo o religión Cristiana.

Todas las religiones aclaman para sí, excepto el Mahometanismo y el Zoroastrismo, la inspiración divina de sus biblias. ¿No son acaso los cristianos quienes dicen ser su religión la verdadera y única, cuando ha sido compuesta por partes de las otras religiones? Y así todas. Zoroastro y los creyentes en Confucio creen, ante todo, en el Hombre lo más positivo de todas las leyendas.

Entre los judíos han tenido lugar muchas discrepancias a causa de los libros y sus autores. Un caso digno de mencionar, para tener más presente la forma en que la Biblia se llegó a formar tal como hoy se presenta, fué cuando discutieron si se debía incluir en el canon el libro de Ezequiel y los tres libros de Salomón, acordando afirmativamente. Al mismo tiempo, no quisieron admitir los libros apócrifos como canónicos. Se decía, entre ellos, que el libro de Ezequiel contenía muchas contradicciones y que sería más práctico el hacerlo desaparecer, pero el tiempo y la especulación ayudaron en la modificación que en él se encuentra.

Actualmente, aunque han tratado por todos los medios de subsanar todas las contradicciones que existen en la Biblia Santa (y sobre ésta seguiré, ya que todas, repito, son parecidas), no lo han conseguido, y más adelante diré algunas que son de veras mayúsculas.

Ahora digo que la Biblia, lejos de ser inspirada o divina, fué obra de ignorantes y estúpidos, a quienes en estos tiempos consideraríamos torpes y semianalfabetos, pues que está en contra todo sentido común la inspiración de un dios bueno, justo, infinitamente sabio y juzgador ponen la Biblia, donde se amparan de una como dicen, con las escrituras que componen la Biblia, donde se ampara de una manera divina los males que corroen a la Humanidad, y que son: la mentira y la decepción, el engaño, el robo, el crimen, las guerras de conquista, sacrificios humanos, canibalismo, superstición, esclavitud, poligamia, adulterio y prostitución, obscenidad, intemperancia, vagancia, ignorancia, injusticia a las mujeres y niños, dureza para los hijos, crueldad a los animales, tiranía, intolerancia y persecución. He ahí lo que sostiene el libro y, por lo tanto, la moral de toda una religión santa, que las leyes de cualquier forma de gobierno, hoy existente, castigaría con presidio y algunos con la pena de muerte. Y tienen aún el cinismo de decirnos que es inspiración divina. "De tal árbol tal fruto", dice el adagio, muy acertadamente.

Una de las aberraciones más grandes, cometidas por los escritores de la Biblia, los apóstoles, es la que se refiere a la Creación. ¿Qué es crear? Crear, según el significado de la palabra, significa sacar o hacer algo de la nada. Y ¿qué es la nada? La nada no existe, ni ha existido, ni existirá. Por lo tanto, esto que hoy es

---

D. A. DE SANTILLAN

(4)

LA JORNADA DE SEIS HORAS

Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

De la *Enquête sur la production*, hecha por el Bureau internacional del trabajo de la Liga de las Naciones, se podrían entresacar numerosos datos en beneficio de la tesis que sostenemos sobre la gran capacidad productiva de la moderna técnica con un personal cada vez menos numeroso.

Todo el mundo recuerda qué cantidad de obreros se necesitaba en la navegación a vapor, por ejemplo; con el tránsito creciente a la navegación a petróleo, el personal necesario ha disminuído. Y con la modernísima aplicación de la electricidad a la navegación, la reducción del personal ha decrecido mucho más. Un ejemplo: un vapor con 24 fuegos de carbón necesitaba 18 foguistas, 18 ayudantes y 6 engrasadores; con el empleo del petróleo no ce necesitan más que 6 foguistas, 3 ayudantes y 3 engrasadores; hay un ahorro de 30 obreros, sin contar el personal de carga y descarga de carbón. En los barcos a motor eléctrico, naturalmente, la disminución del personal es mayor todavía.

Se sabe también que la electrificación de los ferrocarriles hace progresos incesantes y se sabe también que un tren eléctrico necesita mucho menos personal que uno a vapor. Sólo con la introducción de un freno automático de aire comprimido quedaron cesantes en los trenes de mercancías de Baviera 1.500 guardas de los 2.400 que se empleaban, además de varios centenares de inspectores.

Un espectáculo que han podido advertir las grandes masas es el de los modernos puertos o lugares de carga y descarga; no hace muchos años hormigueaban allí los estibadores; hoy, en su lugar, no se ven más que algunos monstruosos brazos de hierro que realizan la labor de centenares de obreros en pocas horas, sin necesitar para su función más que cuatro o cinco personas. Para descargar antes 6.000 toneladas de cereales se precisaban unos 150 obreros durante 7 ú 8 días. Hoy un elevador moderno hace ese mismo trabajo en 20 horas con unas 12 ó 15 personas. ¿Y la carga y descarga de metales? Uno solo de esos puentes de carga con un guinche hace en una hora lo que antes apenas hacían 24 obreros en una jornada de diez horas. En 7 minutos descargó un guinche magnético (véase *"Taten der Teknik"*, por Hans Guenther) un vagón de virutas de acero para lo cual se necesitaban antes cuatro hombres durante cinco horas.

El físico alemán Hans Guenther describe en su libro "Taten der Teknik", algunas de las maravillas de la técnica moderna. He aquí un dato: Para descargar un cargamento de 2.000 toneladas de hierro en bruto de un vapor se necesitaban 28 obreros durante 48 horas; cada hombre descargaba, pues, una tonelada y media por hora. Con un guinche magnético de 160 centímetros, que no exige más que dos personas, la descarga de 2.000 toneladas de hierro en bruto se opera en 11 horas, llevándolo del barco al depósito y apilándolo allí perfectamente.

En todas las ramas de la actividad se advierte el mismo progreso técnico y la misma disminución de las fuerzas humanas necesarias. En las minas de carbón de Illinois (Estados Unidos) había en 1912 unos 37.000 mineros con pica y 16.500 con máquina; en 1923 los primeros eran 21.500 y los segundos 43.000.

En la industria de los instrumentos ópticos, una rama que exigía un largo aprendizaje, tenemos el mismo fenómeno. Por ejemplo, para producir un prisma de buena calidad para anteojos de larga vista, un obrero con 8 años de práctica por lo menos necesitaba 4 horas; con los modernos aparatos mecánicos el mismo trabajo se hace por un obrero sin grandes conocimientos en 30 minutos.

El secretario de la Federación inglesa de obreros vidrieros, John Thompson, en un volumen sobre la historia de la industria del vidrio, nos dice que en 1914 había en Inglaterra cinco máquinas Owen de hacer botellas; en 1914 el número era de 24 y en el mismo tiempo la productividad de esas máquinas se había quintuplicado por lo menos; la producción anual con esos aparatos podía calcularse en 275 millones de botellas. Pero en Estados Unidos hay máquinas de esas que permiten fabricar más de 50 mil botellas diariamente. Calcúlese el gran porcentaje de brazos cesantes que esas innovaciones acarrean.

Pero más palpable aún es el hecho que la transición de la jornada de 12 ó 14 horas a la de 8 no ha signifi-

papel, fué ayer tela, madera, mineral o alguna otra materia que la ciencia ha descubierto para construir este papel. Por esta sencilla razón el papel no se ha creado, si no que se ha construído. Y la misma regla se aplica a los minerales, plantas y animales, sujetos a una constante ley evolutiva y de la que no es posible evadirse. Los hombres, animales y no cristianos, pertenecemos a este orden animal, y por lo tanto sujetos a esta transformación continua: materia en otra forma de vida (formas, mejor dicho) antes de ser engendrados, materia en forma que hoy vivimos y materia en forma de descomposición o lo que se ha dado en l'amar la muerte.

El planeta en que vivimos ha corrido la misma suerte evolutiva y no ha sido creado por ningún dios, como no lo han hecho los demás planetas conocidos. Es esta una cuestión tan clara, que cualquier inteligencia medio desarrollada la comprende. Mas la Biblia se obstina en nombrar a dios su creador. Los comentarios que los haga el lector.

Según las escrituras santas, dícese que Adam fué el primer hombre que puso sus pies sobre la Tierra, y no estará demás una pequeña investigación para probar lo contrario. Dicen que cuando Dios comprendió que Adam necesitaba una compañera de vida, construyó una estatua de barro, y sacándole una costilla a éste se la puso a aquella estatua, y vivió, llamándola Eva. Un absurdo, porque sabemos que la vida no se transplanta por medio de una costilla y en el esqueleto del hombre se cuentan tantas costillas como en el de la mujer, lo que siendo verdad, tendría una menos. Pero bien, vayamos algo más lejos. Después que Eva comió de la fruta prohibida fueron castigados a tener hijos y sufrimientos (no siendo para tener hijos creo que no necesitaría Adam una compañera), y como resultado han tenido dos: Cain y Abel. Aquél mató a éste, y el señor lo castigó a ganarse el pan (no existía en aquella fecha) por el mundo, poniéndole una marca para ser conocido y que nadie le hiciera daño. Otra más, pues no existiendo más habitantes que él, su padre y su madre no había quién le pudiera hacer daño. Cuando éste llegó a edad suficiente para casarse fué a un pueblo vecino y se casó. ¿Con quién? Ni lo dicen, ni tampoco se puede imaginar, pues que no había más habitantes sobre la Tierra, y por lo tanto, dentro del sentido común, es imposible que este casamiento pudiera haberse realizado.

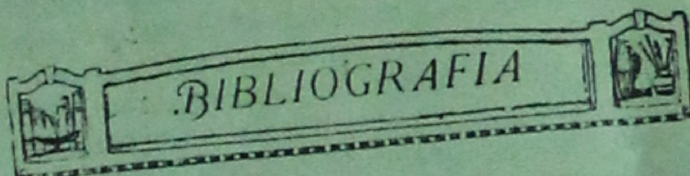
Temo cansar al querido lector con ejemplos como el que acabo de mencionar, y sólo otro muy importante mencionaré.

Acerca del Antiguo Testamento, escrito en primitivo hebreo, es necesario tener en cuenta que este idioma es uno de los más difíciles para la traducción, pues que principia la escritura de derecha a izquierda, sin letras vocales, sin espacios entre las palabras y sin signos de puntuación, no pudiendo, por lo tanto, apreciar cuándo termina una palabra o cuando principia otra. Además, las letras que en hebreo representan nuestras D y R son parecidísimas entre sí, dando lugar a los mismos nativos a grandes equívocos. Así, por ejemplo, encontrándonos con un texto escrito así:

srtdfghykljmnbcxztrfgklhR
plkjhgfrtdscvbnmhkjyplst
plkjhgfvbnmdfrtypscvbnmf

habrá o no lugar a confusiones? Y, además, tratándose de ignorantes y fanáticos.

Para terminar, diré que las religiones, obra de especuladores y pillos, tienen que desaparecer de las mentes humanas, aun cuando dejaran tras sí una mancha en la historia de los pueblos y una espina de dolor en el corazón de los humanos martirizados por el orgullo y la sed de dominio que todos los religiosos han sentido. Estamos caminando hacia la mitad del siglo XX y es una vergüenza que la mentira y el engaño continúen haciendo de los hombres algo así como autómatas, sin saber a quién obedecen ni para qué obedecen. Tenemos bastante, pueblo; hemos sufrido bastante; con que una sacudida más y que se desmorone el castillo de la ignorancia, del crimen, del vicio. Miremos hacia adelante, acompañemos al movimiento evolutivo de la Naturaleza y digamos a las religiones todas, sin exceptuar ninguna: "down for ever; it's all over, now"



Julio A. Costa "Rosas y Lavalle"— 266 págs. en 8.o B. Aires, 1926.—

El señor Julio A. Costa es conocido como periodista y como patriota. Con esto queremos decir que este libro no es una obra histórica sobre Rosas y Lavalle, sino una serie de pinceladas tradicionalistas que rebosan un argentinismo exaltado; el autor subordina a esa pasión nacional todos sus puntos de vista. Suponemos que el señor Costa ocupará con este libro y con los que promete, recopilando su producción dispersa, un puesto honroso en la literatura apologética del patriotismo; es una gloria que nosotros no le disputaremos; al contrario, nos esforzamos diariamente por barrer de la mentalidad humana la funesta utopía del nacionalismo, cuya exaltación considera como su misión primordial el autor de este libro. Pero nosotros no rehuímos la lucha franca y nos agrada poder juzgar con conocimiento de causa de la obra de nuestros adversarios; ojalá éstos hicieran lo mismo respecto a la nuestra!

D. A. de S.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

IV

La humanidad existe lo menos desde hace cien mil años. Se supone que únicamente, mediante la violencia, y eso desde una época relativamente reciente, conoció la humanidad la autoridad opresora, que corrompe por igual a gobernantes y gobernados. Pero las comunas que lograron substraerse a la autoridad, ya sea porque sus componentes vivían en malas condiciones naturales — como en las regiones polares, que no despertaban la codicia de los conquistadores — o porque supieron resistir a los que quisieron someterlas, conservaron el orden anarcocomunista.

Los esquimales (tribus indígenas de las regiones polares), por ejemplo, no conocían, hasta la llegada de los rusos, ninguna autoridad. Sin ella viven en la más perfecta armonía. Casi nunca riñen. En el lenguaje esquimal no existen palabras injuriosas y los crímenes entre ellos son sumamente raros. Los ofensores y criminales son juzgados durante los festejos y juegos periódicos, y la aprobación o desaprobación de los reunidos hace las veces de condena judicial. El ofensor se ve a veces obligado a alejarse de la sociedad esquimal que lo condenó. La ausencia de riñas entre los esquimales del noreste de Groenlandia asombra a los viajeros europeos; cien familias, por ejemplo, viven durante un año bajo un mismo techo, y durante todo este tiempo no surge entre ellos una pelea, ni siquiera algún malentendido o discusión.

Los karainis (tribus tártaras de Crimea), según Lave, no riñen nunca, y el más grande castigo que se impone al niño consiste en que el padre o la madre le arrojan agua al rostro. Benjaminoff, que vivió entre los aleutas (1) por espacio de varias décadas, cuenta que "ellos nunca pelean ni riñen, no pegan ni regañan a sus hijos, de modo que los hijos tampoco aprenden a reñir ni a insultarse". En estas sociedades, desconocedoras del poder estatal, "no hay—según afirma Engelhardt — clases ni categorías; no se conoce la maldad ni el sentimiento de venganza y les es extraña la crueldad y la ambición del mando", y "el desconocimiento de crueldad, violencia y opresión trae como resultado la ausencia de los sentimientos engendrados por la violencia: perfidia, traición, cobardía, etcétera".

"Los ánagas no tienen ningún gobierno, no reconocen a nadie por jefe y se mofan de ideas semejantes. Cuando les preguntan por el jefe, clavan altivamente la lanza en el suelo y dicen que no tienen otro jefe". Los bodas y gemalas "no se permiten el menor abuso con los miembros de sus tribus o con sus vecinos ni son belicosos. Se niegan a trabajar para otros y no se alquilan en calidad de soldados, lacayos ni cocheros. En la organización social de estas tribus no hay siervos ni esclavos y sus tradiciones, religión o hábitos no establecen división artificial alguna entre los hombres. No hay sectas, clases ni castas; todos son iguales por la costumbre y de hecho. Esta igualdad no es letra muerta".

"En ninguna de las tribus australianas conocidas se encontró, como testimonia Ayr, jefes, reconocidos como tales", dice el profesor N. Siber. Los dakotas, en Norte América, no conocieron jefes hasta la aparición de los ingleses. "Sin dominadores evidentes—escribía Charley de los indios de la América del Norte — disfrutan ellos de todas las ventajas de un Estado bien organizado".

"Cuando yo vivía entre los salvajes de la América del Sud y en el Oriente — escribía el célebre Wolles — tuve oportunidad de vivir en comunas, donde no había ni leyes, ni tribunales, nada, a excepción de la opinión de toda la aldea, libremente manifestada. Cada uno de los miembros de estas comunas respeta escrupulosamente los derechos de otros, de modo que en ella nunca o casi nunca se violan estos derechos. En estas comunas todos son más o menos iguales entre sí". Los ukahiri de la Siberia "no reconocen ninguna autoridad y la libertad individual es hasta tal punto respetada, que el hijo no se cree en el deber de obedecer al padre" (N. Siber).

He ahí lo que leemos sobre un pueblo armado que no se sometió a la violencia: "la vida social de los berberiscos (Berbería: vasta región del Africa Septentrional) nos presenta un raro ejemplo de una organización perfecta, mantenida sin la participación o la intromisión de algún poder separado del pueblo". "Todos ellos hacen algún trabajo manual". No existe entre ellos división social en nobles y plebeyos, en holgazanes y masa laboriosa, que mantenga a los señores" (E. Renán, A. Pomel, por el libro de L. Mechnikoff, J. B. Bogoslasky, Luis Krijvisky y otros).

---

(1) Indígenas de las islas Aleutianas en el mar de Behring, regiones polares.

---

cado en manera alguna un decrecimiento de la producción. Al contrario, hoy se produce mucho más en ocho horas que hace veinte años con doce o catorce. Hay razones para predecir que una nueva disminución de la jornada no afectaría en lo más mínimo la producción; más bien podríamos temer que la mayor aplicación de la moderna técnica volvería a originar demasiado rápidamente la misma situación de "superproducción" actual. La capacidad productiva aumenta en el período moderno mucho más velozmente que la capacidad de consumo.

Pero aparte de las innovaciones técnicas, hay un factor más en la determinación de la producción: la intensidad del trabajo, que es hoy mayor en general que antes de la guerra.

He aquí el balance de una poderosa compañía metalúrgica alemana, el *Mansfeldkonzern*. Esa empresa ocupaba en 1924 unos 17.000 obreros. A causa de la situación política y económica de Alemania, el balance de 1924 se cerró con dos millones y medio de marcos de pérdida. El balance de 1925 no sólo nos da la noticia de que se cubrió la pérdida de 1924, sino que acusa una ganancia líquida de más de tres millones de marcos. ¿Dónde está el secreto? Comparemos el resultado de la producción en 1924 y en 1925:

Total de toneladas de pizarras cupríferas producidas en 1924: 735.000, y 728.000 en 1925; producción total de cobre en el año 1924: 22.800 toneladas, y 23.8000 en 1925; total de kilos de plata producidos en 1924: 91.381, y 90.483 en 1925.

Como se vé, la producción es casi la misma. ¿Cómo se explica la ganancia extraordinaria de 1925, con cerca de 12 millones de impuestos contra cuatro solamente en el año 1924? Los precios de los productos tampoco variaron como para producir tales ganancias. Pero el misterio se resuelve cuando se comprueba que *el trabajo en 1925 fué realizado por un personal* 16'7 *por ciento menor que el de* 1924, o sea, de cada 100 hombres se suprimieron 16'7 y *los resultados de la producción siguieron siendo los mismos*. Además, los salarios no aumentaron en ese período ni con mucho en relación al aumento general de salarios y de precios. He ahí una prueba bien palpable de lo que significa, no ya la innovación técnica, sino el aumento de la *intensidad de trabajo*, que es en general después de la guerra, mucho mayor que antes.

He aquí lo que leemos en un diario socialdemócrata alemán:

"Se ha demostrado con ejemplos innumerables que con la disminución de la jornada de trabajo aumenta la producción. Y donde no ocurre eso, la culpa no la tienen los obreros, por lo general, sino los capitalistas, que no se preocupan de adaptar las instalaciones mecánicas y demás a la nueva jornada. Una nueva prueba la dan las condiciones de l industria alemana de la porcelana, sobre las cuales informa Edwin Neuninger en un estudio publicado hace poco por la Unión de los obreros de la porcelana (*Achistundentag, Mehrteistungen und Lohngstoltung in den feinkeramischen Industrie*, Verlag Wilhelm Herden, Charlottenburg, I); hasta el fin de la guerra la jornada de trabajo en esta industria era por lo general de 60 horas semanales. Cuando en noviembre de 1918 fué introducida en general la jornada de ocho horas por una disposición de los comisarios del pueblo, la industria de la cerámica fina debió adaptarse también a las nuevas condiciones de trabajo, para lo cual los obreros cooperaron por medio de sus representantes en los consejos obreros y de fábrica. La Unión de los obreros de la porcelana estableció en 1922 que la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas ha contribuído al aumento de la productividad de cada individuo, de cada grupo y de cada establecimiento, a pesar de que esa industria perdió una gran parte de sus mejores fuerzas a causa de la guerra.

La misma conclusión es reconocida también por el órgano de los capitalistas. Por ejemplo, el profesor W. Vershofen dice en el número 3 de *Keramos*, 1924, que en 1921, sólo 97 fábricas produjeron 63.000 toneladas de artículos de porcelana, o sea 5.000 toneladas más que en 1913; en cambio, el personal de esas fábricas disminuyó en proporción con 1913, de 53.068 a 50.359 personas; una parte de los hornos quedó inutilizada y en ese período existió una escasez muy grande de carbón. El escrito mencionado por nosotros dice más adelante:

"En el informe redactado también por nosotros con nuestros ejemplos para 1922, los resultados sobre el aumento de la productividad, son justamente bien visibles y podrían ser considerados como leyendas si no hubieran dado los capitalistas mismos los fundamentos de esas conclusiones. En 1922 hicieron una estadística en 103 fábricas, cuya producción había sido elevada al total de 81.250 toneladas. Es decir, 23.350 toneladas más de artículos de porcelana de lo que se produjo en toda la industria alemana en 1913. Incluso en el año crítico de 1923, 110 establecimientos produjeron 65.750 toneladas de objetos de porcelana, o sea 7.750 más que en 1922

AÑO V

BUENOS AIRES, 25 DE OCTUBRE DE 1926

LA PROTESTA
SUPLEMENTO SEMANAL

No. 246

PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

PORTE PAGO

Para hoy y para mañana

¿Aspiramos a la implantación de una sociedad en que el hombre será el enemigo del hombre, en que la regla suprema será la lucha recíproca, o bien queremos establecer un régimen de vida en donde la solidaridad, el apoyo mutuo, el libre acuerdo regirán nuestros destinos? ¿Cuáles son los sentimientos que merecen ser prácticados, cuáles son las normas de conducta, cuáles las aspiraciones que merecen ser exaltadas como sociales? ¿Las del odio o las del amor, las de la cooperación y el libre acuerdo o las de la lucha de todos contra todos?

No cabe duda que combatimos el mundo capitalista, no sólo porque nos explota, no sólo porque nos oprime, sino porque en su seno es imposible el desarrollo de nobles, sentimientos, de fraternales relaciones entre los hombres, de apoyo mutuo entre las regiones y los pueblos. No sólo vivimos en el taller; fuera del taller hay también una vida del corazón y del cerebro que no encuentra en el sistema de iniquidad que vivimos un campo propicio para su desenvolvimiento. Combatimos en el taller la explotación, las usurpaciones del Estado en todas partes, la inmoralidad y la injusticia donde quiera que se presenten. Por razones de ideas y de sentimientos tanto como por razones de utilidad conviene más la fraternidad humana que la hostilidad y la guerra del hombre contra el hombre. El anarquismo quiere una sociedad de hermanos, una sociedad de libres y de iguales. Esas aspiraciones suponen ya que en nuestro corazón y en nuestro cerebro germinan esos sentimientos y esas ideas y que en la medida de lo posible nos esforzamos o debemos esforzarnos por traducir en la realidad una parte de lo que será la vida social del porvenir. No podremos vivir hoy sin ser explotados y oprimidos, so pena de ser explotadores y opresores; pero podemos vivir abrigando sentimientos morales superiores a los del capitalismo, convirtiendo así el movimiento anarquista en un oasis en que podrán refugiarse y apagar su sed los espíritus sinceros, los amantes de la verdad, los apasionados de la justicia.

Insistimos en eso. Frente al capitalismo y al estatismo omnipotentes, el arma de más efecto, la más irresistible es el ejemplo de nuestra vida, la significación moral de nuestro movimiento. Siendo consecuentes intelectual y moralmente con el anarquismo, el mundo tendrá que respetarnos, y después de respetarnos ha de tener que examinar seriamente lo que queremos. Las revoluciones populares no surjen de los gabinetes del hombre de ciencia, nacen del sentimiento, nacen de las concepciones morales. Hay una lucha científica que no afecta a las grandes masas; a éstas les importan poco ciertos problemas que apasionan al entendido y familiarizado con algunas disciplinas de la ciencia. Los pueblos cuando se mueven espontáneamente, lo hacen contra la tiranía o la explotación llevando por guía la libertad y la reivindicación de sagrados derechos humanos. Pero para luchar por un mundo superior hay que vivirlo ya interiormente sentirlo, amarlo, prácticarlo en los límites de lo posible. Dentro del capitalismo podemos ser solidarios con el compañero, defensores del débil contra el despotismo de los fuertes, propulsores de las buenas cualidades de los hombres, estimulando el desarrollo de lo que duerme en todos los seres en bondad, en espíritu de fraternidad, en amor a la belleza y a la verdad.

Si sería discutible la afirmación de la superioridad de la lucha contra el mal por la mera exaltación del bien, por lo menos esto último podemos prácticarlo sin temor a realizar esfuerzos inútiles. Que cada lector recorra mentalmente los recuerdos que conserva en su conciencia de su vida pasada; descubrirá que guarda vivo afecto y firme simpatía para aquellos que le interesaron por la superioridad de sus dotes morales. Y lo mismo que son esos hombres los que más influenciaron nuestra conducta y la dirección de nuestro espíritu, así nosotros, a nuestra vez, podremos influenciar la vida de los que nos sucedan, más aun que por la palabra, por el ejemplo.

Hay expositores brillantes que nos atraen por lo que dicen mucho más que por lo que hacen; sus pensamientos sobresalen tanto que obscurecen su personalidad particular. Esto ocurre con frecuencia en el mundo científico; pero en el mundo revolucionario es el valor moral del propagandista el que prima y persiste. No hay mayor elocuencia que el ejemplo de una vida noble, recta, justiciera; esas vidas ejemplares carcomen más el mundo en que vivimos que la más brillante refutación científica de las tendencias homicidas del capitalismo.

¿Cuál debe ser el oasis para los torturados por los vicios y contradicciones de la sociedad actual si no lo es nuestro movimiento, si no lo es el anarquismo?

***

A propósito del 40 aniversario de "Freedon"

En el número pasado de esta publicación, uno de nuestros colaboradores, el camarada Max Nettlau, nos recordaba el 40 aniversario de *Freedom* de Londres, que, en efecto, se fundó el 1.º de octubre de 1886. Fué uno de los primeros órganos del anarquismo en idioma inglés, y hoy mismo, después de cuarenta años de vida, casi continúa siendo el único.

Hay que admirar el ejemplo de tenacidad de ese esfuerzo y quisiéramos, al mismo tiempo que expresamos al viejo paladín hermano nuestros deseos de prosperidad, hacer algunas consideraciones, que podrían ser tal vez algo amargas.

El anarquismo no ha progresado bastante, no ha progresado todo lo que era de esperar según el empuje de sus primeros tiempos, cuando el ala autoritaria del movimiento revolucionario tenía que mantenerse continuamente en la defensiva frente al avance de nuestras ideas. Hoy el socialismo legalitario se considera tan firme en sus posiciones que ni siquiera siente la necesidad de presentarnos batalla y de discutir nuestros puntos de vista. La burguesía, el mundo del pensamiento, no ven o no necesitan ver en el anarquismo un peligro social inminente; apenas se conservan algunas escaramuzas en el terreno de las luchas entre patrones y obreros; fuera de eso, que no existe siquiera en todos los países, el anarquismo ha quedado demasiado circunscrito, demasiado privado de influencia. Es una gran tragedia estar convencido, como estamos, que la humanidad no conocerá mejores días más que si adopta los postulados fundamentales del anarquismo y ver que transcurren los años, las décadas y que transcurrirán las centurias sin estar todavía en situación de influenciar la trayectoria histórica y de modificar la mentalidad actual de la servidumbre voluntaria.

"Freedom" continuará aumentando el número de sus años, llegará al medio siglo y volveremos a hablar del fausto acontecimiento. ¿Pero la anarquía? La anarquía, si los esfuerzos anarquistas son tan pobres y tan inconsistentes como los actuales, la veremos siempre para un porvenir remoto, que no disfrutarán los hijos de nuestros hijos.

Que se nos perdone este momento de pesimismo al ver cómo pasan los años sin labor efectiva, sin obra sólida para el porvenir; es muy poco, demasiado poco lo que el anarquismo representa en la actual beligerancia social. Habría que disponerse internacionalmente a salir de este marasmo y de esta pasividad suicidas, para que nuestras publicaciones no se hicieran centenarias en el régimen del estatismo.

El manifiesto de banqueros y comerciantes europeos



O los lobos protegiendo a las ovejas contra las mandíbulas de los zorros

E. G. GILIMON

SOBRE LA LUCHA DE CLASES

Plantear bien un problema, suele decirse que es resolverlo.

Y aunque no crea que esto es rigurosamente exacto, voy a procurar plantear el problema de la lucha de clases lo mejor que me sea posible para, así, ver si alcanzo a resolverlo de un modo que no deje lugar a dudas.

Empiezo:

¿Existe la lucha de clases?

En caso afirmativo ¿es o no beneficiosa?

En caso negativo, ¿conviene o no crearla?

Para saber si existe o no la lucha de clases es preciso observar lo que a nuestro alrededor ocurre.

Y vemos que las clases sociales no están perfectamente deslindadas y que los individuos pasan de una a otras con relativa frecuencia, no siendo extraño ni mucho menos ver subir a los más altos puestos sociales, a los nacidos en los más bajos, así como caer en éstos a los más encumbrados.

La democracia ha roto las trabas que anteriormente se oponían a estos cambios y en virtud de los cuales los descendientes de esclavos eran esclavos, los de artesanos siempre artesanos, los de nobles siempre nobles, etc.

En la Edad Media estaba todo tan regulado que hasta el vestir se hallaba codificado, y ningún ser perteneciente a una clase podía usar ropajes que correspondieran a otra, tal cual hoy sucede con los uniformes militares y los hábitos sacerdotales; y en las castas de la India.

Mas, aunque no sea posible fijar los límites de cada clase social, distínguense dos cuyas características son las siguientes:

Una que posee la tierra y los instrumentos de producción; otra que carece de todo género de bienes.

La primera — clase explotadora — ejercita el derecho de propiedad, detentando una parte del producto del trabajo de la otra, a la que apenas si le deja lo imprescindible para vivir.

Bueno es dejar constancia de que al par de estas dos clases, perfectamente definidas, hay la clase parasitaria formada por el clero, y la clase intelectual constituída por los que ejercen profesiones liberales y por los artistas, de quienes no se puede decir, en general, que son explotados, ni explotadores.

Concretándonos a las dos primeras, que son las que tienen a simple vista intereses más opuestos, por cuanto que si al explotado (obrero) le perjudica la clase parasitaria, es en primer término su explotador (patrón) quien le lesiona detentando parte del producto de su trabajo, veamos si, a pesar de esto, existe entre ellos lucha de clases.

Si tomamos nota de las huelgas que se producen con el objeto de disminuír esa parte del producto del trabajo que detentan los patrones, inmediatamente se echa de ver que la lucha de clases existe.

Pero si observamos que quienes generalmente estorban esa adquisición que los huelguistas pretenden, son miembros pertenecientes a la clase explotada, cabe dudar, muy fundadamente, de la existencia de esa lucha de clases, que queda relegada a un simple propósito, pero que, en realidad, no es más que una lucha entre miembros de una misma clase, en la que entran como factores determinantes el ansia de mejorar de unos — haciendo extensiva la mejora a todos los de su clase — y la necesidad de comer que impulsa a los otros a oponerse a esas conquistas de mejoras que, por de pronto, empieza por suprimir el salario durante el tiempo que la huelga pueda durar por la resistencia de los patrones a conceder las mejoras reclamadas.

La clase parasitaria, contribuye igualmente por su parte a dificultar la lucha propiamente llamada de clases entre patrones y obreros, protegiendo a los reemplazantes de los huelguistas, persiguiendo a éstos y aun substituyéndolos en ocasiones. Con lo que la contienda se complica haciendo aparecer en escena otra clase social que si bien procede en parte de los explotados y en parte de los explotadores, constituye una clase especial.

Resulta de esta manera tan compleja la lucha, tan confusa que ni se puede decir que es lucha de clases ni que no lo es.

En efecto: una parte de una clase lucha contra otra de ella misma, y lucha además contra la clase parasitaria y contra la clase explotadora por cuanto que ésta con su resistencia a ceder lo que se le reclama, también toma parte en la contienda.

Mas las huelgas con ser muy frecuentes, no forman la vida diaria. Independientemente de esas luchas colectivas, existe otra lucha pertinaz, de todos los momentos, lucha individual hija directa del individualismo que caracteriza a la época presente, y que en esto se diferencia notablemente de las épocas anteriores, en las que al no ser democráticas, el corporativismo caracterizaba la lucha empujando a cada clase a obtener privilegios o ventajas a expensas de las otras. Tal las luchas de las comunidades, tal los fueros de las ciudades libres.

La lucha individual salta a la vista, que parece superfluo describirla.

Lucha individual es la del obrero que ofrece del producto de su trabajo una parte mayor que la habitual al patrón para conseguir ocupación.

Lucha individual es la del que pretende tal solo la comida a cambio de toda su persona.

Lucha individual es la del que intensifica su labor para no ser despedido del taller o la fábrica.

Lucha individual es la del intrigante que trata de apartar competidores de su paso.

Lucha individual es la del fabricante contra el fabricante, la del comerciante contra el comerciante, la de cada hombre contra otro su semejante.

Existe, además, la lucha entre los agricultores contra los demás ramos de producción.

La de los industriales, de industria a industria, y contra comerciantes, agricultores, etc.

Y así sucesivamente, cada diferencia de producción, cada especialidad, entabla la lucha contra los similares y los antagónicos.

Este género de lucha individual es genuinamente bárbaro, eternamente desastroso. No es siquiera la lucha por la existencia de que nos habla Darwin y en la que los más aptos triunfan y superviven, pues no se combate directamente por aumentar los medios de subsistencia quitándoselos a los débiles, sino que se renuncia a mejorar, se disminuye la porción alimenticia y el descanso, se extrema el desgaste de fuerzas, para evitar la suplantación. Es lucha de renunciamientos y no de adquisición. Es la más desastrosa de todas las formas de lucha: la más perjudicial y absurda, por cuanto que como contraste estupendo se da el caso de realizarla seres que tienen a su disposición todo lo necesario para vivir y en forma tal que cada día podrían trabajar menos.

Gráficamente podría decirse, que unos hombres se quedan tuertos para que otros se queden ciegos.

En resumen: Existe plenamente comprobada la lucha individual; y nótase una tendencia a la lucha de clases, como retorno al cooperativismo de la Edad Media, pero que se presenta obstaculizada por parte de los mismos explotados, haciendo que sea una lucha entre hombres de idéntica clase y como una ampliación de la lucha individual, sorda y tenaz, que cada obrero sostiene con los demás para ocupar un puesto en el trabajo y para desalojar a los que están en él o evitar ser desalojados por éstos.

La lucha individual, que es la característica de esta época, tiene como causa principal el progreso en los medios de producción, por cuanto que hoy se produce más de lo que la capacidad económica permite consumir, pudiéndose con los actuales procedimientos aumentar la producción de un modo casi indefinido capaz de satisfacer no ya la capacidad económica de los consumidores, sino su capacidad de consumir íntegra, por lo menos en la mayoría de los productos industriales y agrícolas, ya que no en los ganaderos, cuya multiplicación escapa a los hombres, y lo cual es un escollo difícil de salvar para la humanidad, dicho sea de paso.

Ahora bien: *¿Conviene propiciar la lucha de clases, o no?*

La embrionaria lucha de clases que con un poco de buena voluntad puede suponerse existe, se caracteriza por una tendencia exclusiva a disminuir la parte del producto del trabajo que retienen los patrones, o sea a lo que corrientemente se llama conquista de mejoras.

No voy a dilucidar en este momento si las mejoras son o no reales, si duran o no y ni aun si ellas benefician a unos trabajadores en perjuicio de los demás. El objeto de este artículo, si bien tiene ese punto mucha conexión con él, no es forzoso encararlo, con lo que evitaré dar demasiada extensión a este trabajo y hacerlo menos confuso.

La conquista de mejoras o mejor dicho la prédica de la lucha de clases, puede incitar a los trabajadores a ir hasta reclamar de los capitalistas el producto íntegro de su trabajo.

Esta suposición que se hace, basada en la supuesta existencia de la lucha de clases y en la de una propaganda constante para desarrollarla y para hacerla efectiva, necesitaría para su posibilidad que los trabajadores todos o parte, se convencieran de que era factible alcanzar ese fin, o sea esa conquista del producto íntegro de su trabajo, por medio de la lucha de clases. No quiero presentar frente a esta suposición la contraria, que consistiría, o bien en decir que la lucha por las mejoras se eternizaría, o bien que por último el desaliento cundiría entre los trabajadores y se abandonarían como se abandonaron los esclavos cuya liberación fué alcanzada gracias al esfuerzo de los que ni eran, ni habían sido esclavos, ni descendían de éstos y aun a trueque de sacrificios inmensos como en el caso de la guerra de secesión de los Estados Unidos de Norte América.

Y esta suposición sería tan verosímil como la otra y tan posible, puesto que ya tenemos el antecedente de esos mismos esclavos resignados a su suerte de bestias y el de diversos pueblos vencidos que tras los primeros impulsos de rebelión se sometieron incondicionalmente a sus vencedores.

Una imparcialidad escrupulosa, me lleva a prescindir en el terreno de las suposiciones, de ésta, que resulta contraria al éxito de la lucha de clases, y por lo tanto sigo — después de enunciarla — con la primitivamente sentada.

Admítase, por lo tanto, que los trabajadores llegarán a desposeer a los patrones, haciendo que el producto íntegro del trabajo fuese para los que lo realizan.

¿Qué ocurriría?

¿Estaría resuelto el problema social?

Los patrones quedarían naturalmente reducidos a la condición de obreros o bien se incorporarían a las clases parasitaria e intelectual.

La lucha tendería entonces — tendría que tender — a abolir esas otras dos clases, por lo menos la parasitaria.

Yo quiero admitir que los obreros transformados en poseedores de los medios de producción que ellos manejan, se emanciparían del prejuicio estatal, del prejuicio patriótico, del prejuicio religioso y una vez en posesión del capital se negarían a sostener el parasitismo de militares, gentes de justicia, clérigos, etcétera.

¿Cabe suponer, en cambio, que los parásitos se conformarían?

Porque es fácil admitir que si la clase parasitaria viese un peligro para su existencia en estorbar la acción reivindicadora de los trabajadores en la lucha contra los patrones, concluirá, a fin de que los obreros no ampliaran su concepto llevando a la lucha un criterio social en vez del económico que importa la lucha de clases, por abandonar a los capitalistas a sí mismos, dejando que en la posesión de las fábricas, talleres etc., sustituyeran los gremios, sindicatos o corporaciones obreras a los patrones individuales.

Las clases parasitarias — a la cual pertenecen los políticos — cuentan con los individuos tal vez más inteligentes y, sin tal vez, los menos escrupulosos, no siendo por lo tanto materia de extrañeza el que con tal de salvar sus posiciones — y aunque después de ellos viniera el diluvio — admitirían que el medio económico pasase de manos de los capitalistas a las de los trabajadores.

Ya los vemos prescindir de la iglesia, sin empeñarse en sostenerla, convencidos de que les es más útil hacerlo así que no exponerse a que por mantenedores del clero se les ataque a ellos mismos. Ha bastado que la iglesia pierda parte de su prestigio y fuerza de antaño para que la abandonen.

Y lo mismo harían con los capitalistas, si la lucha de clases fuese una verdad sin distingos, vale decir, si los huelguistas no tropezasen con el obstáculo de los obreros que los reemplazan en las huelgas.

Los políticos han abandonado a los reyes, en cuanto la realeza no ha sido adorada ya, como hoy abandonan a la iglesia, y como abandonarán a los capitalistas si las huelgas adquieren una intensidad que sea para ellos mismos un peligro.

Habría pues finalmente que ir contra el parasitismo, contra el Estado, contra la autoridad, teniéndose que hacer una activa propaganda para desprejuiciar a los obreros, lo que costaría algún trabajo, pues éstos mejorando económicamente no sentirían muy intensa e inmediata la necesidad de concluir con la clase parasitaria.

Concretando: La lucha de clases, en cuanto tiene un fin exclusivamente económico es incompleta. La lucha de clases en cuanto tendría que continuar entre la clase obrera y la parasitaria representa una prolongación de una contienda y de una situación que es de desear termine cuanto antes.

La lucha de clases, al fomentar el odio de una clase contra otra, hace olvidar la causas verdaderas del malestar social, o bien no las hace conocer, con lo cual se yerra en la solución del problema, puesto que sin conocer estas causas es difícil se procure extirparlas.

La lucha de clases, lleva en sí el germen de la antipatía hacia la clase intelectual, hacia el obrero de las profesiones liberales, lo que es absurdo y perjudicial hasta para los mismos trabajadores, sin que pueda servir de excusa que algunos intelectuales engañen o hayan engañado a los obreros, puesto que también hay obreros que han engañado y engañan a sus compañeros.

Como anarquista y determinista, [illegible] no que los hombres de hoy son culpables del actual estado de cosas, que responde a necesidades de épocas pasadas y a la ignorancia de nuestros antepasados, siendo necesario para hacer desaparecer dichas causas — autoridad, gobierno, propiedad privada, etc. — difundir su conocimiento, e interesar al mayor número posible de hombres, sean de la clase que sean, en su extirpación.

Una organización de tendencia netamente anárquica y una propaganda anarquista entre el proletariado parasitario (soldados y policías) y en todos los sitios que se pueda, tiene que ser más eficaz que la sóla prédica de la lucha de clases, en que algunos concentran toda su acción, y que es algo incompleto y defectuoso, amén de sujeto a errores y extravíos.

(Del primer *SUPLEMENTO* de *LA PROTESTA*, julio de 1908).

EMMA GOLDMAN

EL SUFRAGIO FEMENINO

Nos jactamos de pertenecer al siglo de las luces, de los grandes descubrimientos, del adelanto portentoso de la ciencia y de un progreso extraordinario en todos los órdenes de la actividad humana. ¿No es extraño que sigamos comulgando en el culto de los fetiches? La verdad, nuestros fetiches de ahora cambiaron de forma y substancia, pero el influjo que ejercen en la mente humana continúa siendo tan desastroso como el de los antiguos.

Otro de nuestros modernos fetiches es el sufragio. Y lo es para aquellos que apenas terminaron de combatir en las revoluciones sangrientas que lo instauró, como lo es para aquellos que disfrutaron su reinado llevando su penoso sacrificio al altar de sus omnipotentes dietas. ¡Guay del hereje que ose disentir con esa divinidad!

Las mujeres, aun más que los hombres, son fetichistas, y aunque sus ídolos pueden cambiar, seguirán arrodilladas, con las manos en alto, ciegas siempre ante ese dios con pies de arcilla. De ahí que desde tiempo inmemorial el sexo femenino haya sido el más grande sostenedor de todo género de deidades. De ahí, también, que tuviera que pagar un precio que sólo los dioses exigen, — que fué su libertad, sus sentimientos, su vida entera.

La memorable máxima de Nietzsche: “cuando vayas con mujeres provéete de un látigo”, aunque se la considere demasiado brutal, resulta muy justa para ellas en su actitud hacia sus dioses.

La Religión, especialmente la cristiana, la condenó a una vida de inferioridad, a la esclavitud. Torció su íntima naturaleza, sus instintos más sanos, reprimió los impulsos de su alma; sin embargo, la Iglesia no posee un sostén más firme que la devoción de la mujer. Se puede decir, sin temor de ser desmentidos, que la religión habría cesado de existir hace mucho tiempo como un factor preponderante en la vida de las personas, si no fuera por el continuo apoyo que recibe de las mujeres. Las más fervientes devotas, que llenan las iglesias, son mujeres; los más incansables misioneros que viajan por todo el mundo, son mujeres, — mujeres que siempre continúan sacrificándose en el altar de los dioses, que encadenaron su espíritu y esclavizaron su cuerpo.

La guerra, el insaciable monstruo, le roba a ella todo lo que es más querido y precioso. Le arranca sus hermanos, sus novios, sus hijos y en pago la sume en la soledad y en la desesperación. Sin embargo, el apoyo más sólido que posee el culto de la guerra procede de la mujer. Ella es la que a sus hijos inspira el anhelo de la conquista y del poder; ella susurra en los oídos de sus pequeñuelos la gloria de la guerra, y cuando mece la cuna del bebé, le duerme musitándole cantos marciales, en los que suenan los clarines y rugen los cañones. Es la mujer la que corona a los victoriosos que regresan de los campos de batalla. Sí, es la mujer la que paga el más alto precio al monstruo insaciable de la guerra.

Llega su turno al hogar. ¡Qué terrible fetiche es! De qué manera va royendo las energías más vitales de la mujer, — dentro de esa moderna prisión con barrotes de oro. Los rayos deslumbrantes que despide ciegan a la mujer que ha de oblar el duro precio de esposa, de madre y de ama de casa. Asimismo se aferra tenazmente al hogar, esa poderosa institución que la mantiene en la esclavitud.

Puede decirse que la mujer, reconociendo cuán dócil y deleznable instrumento es para el Estado y la Iglesia, necesita del sufragio que ha de libertarla. Esto puede ser cierto para una pequeña minoría; mas la mayoría de las *sufragistas* repudian esta sensata tendencia como algo sacrílego. Al contrario, insisten que al concedérsele el sufragio a la mujer, ella logrará ser una más perfecta cristiana, ama de casa y mejor ciudadana. De este modo el sufragio no es más que un medio para fortalecer la omnipotencia de todos esos dioses que adoró y sirvió desde tiempo inmemorial.

Entonces ¿qué asombro puede causar que ella vuelva a ser tan celosa, tan devota, como antaño lo fué, y se postre ante el nuevo ídolo, el sufragio? Desde la antigüedad soporta persecuciones, encarcelamientos, torturas y toda forma de sufrimientos con la sonrisa que le ilumina el rostro. Desde la antigüedad espera también con el corazón ligero, el eterno milagro de la deidad del siglo XIX, — el sufragio. Una nueva vida, dicha, goces, alegrías, libertad e independencia personal, — todo eso y más tiene la esperanza que surja del sufragio, como por escotillón. En su ciega devoción, no vé lo que percibieron hace cincuenta años otros intelectos: que el sufragio es un grandísimo daño que cooperó en la esclavización del pueblo; mas ella astutamente cierra los ojos ante la evidencia, en el deseo que su ilusión no se disuelva en el aire.

El sufragio, en igualdad de condiciones para la mujer y el hombre, se basa en la idea fundamental que ella debe tener el mismo derecho que su compañero a participar en los asuntos de la sociedad. No es posible que se pueda rehusarle esa justa participación en la vida societaria, aunque el sufragio fuera una práctica sana y justiciera. Mas la ignorancia de la mente humana está compuesta para ver un *derecho*, una *libertad*, donde no hay más que una imposición. ¿No significa acaso una de las más brutales imposiciones esto que un grupo de personas conciban y confeccionen leyes para obligar con la fuerza y la violencia a que otras las acaten y obedezcan? Y todavía la mujer clama por esa *única oportunidad*, que trajo tanta miseria al mundo, que le hurtó al hombre su integridad y la confianza en sí mismo; una imposición que corrompió totalmente al pueblo, convirtiéndolo en fácil presa en las manos de políticos sin escrúpulos y venales.

¡El pobre y estúpido ciudadano libre norteamericano! Libre para morirse de hambre, libre para vagar por las calles de las grandes ciudades y del campo; él disfruta de la bienaventuranza del sufragio universal, y con su derecho forjó las cadenas que arrastran sus pies. La recompensa que recibe se reduce a una labor agotadora, leyes prohibiendo con graves penas el derecho del *boicot*, de atacar a los rompehuelgas, en efecto, todo, casi todo, menos salvaguardar su sacrosanto derecho a fin de que no le roben el fruto de su trabajo. Y asimismo nada le enseñaron a la mujer los desastrosos resultados de este fetiche del siglo XIX. Es que se nos asegura qué si ella entra en la liza, purificará la política.

Innecesario sería decir que no me opongo al sufragio femenino; en el sentido convencional de la idea pura, debería ejercerlo. Ya que no veo por cuáles razones físicas, psicológicas y morales la mujer no posee los mismos derechos del hombre. Mas esto no me ciega hasta llegar a la absurda noción que la mujer ha de llevar a cabo cosas en las que el hombre fracasó. Si ella no las hará peor, tampoco las hará mejor.

Presumir que ella logrará purificar lo que no es susceptible de purificación, es adjudicarle poderes sobrenaturales que nunca tuvo. Desde que su más grande desgracia fué que se la considerase un ángel o un demonio, su verdadera salvación se halla en que se le otorgue un razonable sitio en la tierra; es decir, que se la considere un ser humano y por ende sujeta a cometer los yerros y las locuras propios de la condición humana. ¿Podremos entonces creer que dos errores se convertirán porque sí en dos cosas justas, sensatas? Las más ardientes partidarias del sufragio femenino, ¿serán capaces de asentir con semejante locura?

De hecho los intelectuales más avanzados que trataron la cuestión del sufragio universal llegaron a la conclusión que el actual sistema político es absurdo y completamente inadecuado para satisfacer las apremiantes exigencias de mejoramiento, de justicia, de la vida moderna. Este punto de vista lo comparte una gran convencida de las bondades del sufragio femenino, Dra. Helen I. Summer. En su valioso trabajo *Equal Suffrage*, dice: “En Colorado pude darme cuenta muy bien que la igualdad del voto femenino y masculino, ha servido solamente para demostrar del modo más contundente la esencial podredumbre del actual sistema y la degradación que él significa”. Naturalmente la doctora Summer, al hablar así, subentiende un particular sistema de votaciones, pero con igual acierto lo dicho se aplica a la entera maquinaria política. Con semejante base es difícil comprender de qué manera la mujer, como factor político, puede beneficiarse a sí misma y al resto de la humanidad.

Pero las devotas del sufragio nos dicen: “Contemplen y observen en los países y en los Estados que el sufragio femenino existe. Comprueben lo que las mujeres realizaron en Australia, en Nueva Zelandia, Finlandia, los países escandinavos, y en nuestros mismos Estados de Idaho, Colorado, Wyoming y Utal”. La distancia añade encantos desconocidos, — para citar el dicho polaco “nos hallamos muy bien donde nunca estuvimos”. De ahí que se quiera presumir que en esos países y Estados, totalmente diferentes de los otros, poseen la más grande libertad, una grande igualdad económica y social, una noble apreciación de la vida, una bondadosa comprensión de la encarnizada lucha económica y en todo lo que atañe a las cuestiones vitales de la raza humana.

Las mujeres en Australia y en Nueva Zelandia pueden votar y colaborar en la confección de las leyes. Las condiciones de los trabajadores en general son mejores que las de Inglaterra, donde las *sufragistas* desarrollan una heroica lucha? ¿Existe una libre maternidad más dichosa en la concepción de sus hijos que en Inglaterra? ¿No se sigue considerando a la mujer como un mero objeto de placer o de comodidad sexual? ¿Se emancipó ella de la moral puritana que igualmente afecta a ambos sexos? Ciertamente que no, pero la mujer política ha de responder afirmativamente, que sí, que todo se consiguió ya. Si esto fuese así, aun me parecería ridículo señalar a Australia y Nueva Zelandia como la Meca de las hazañas de la igualdad de sufragio.

Por otra parte, quienes conocen a fondo las condiciones políticas de Australia, afirman que los políticos amordazaron a los trabajadores con leyes tan restrictivas que si se declara una huelga sin el permiso legal de una comisión de arbitraje, este acto es considerado como un crimen de alta traición.

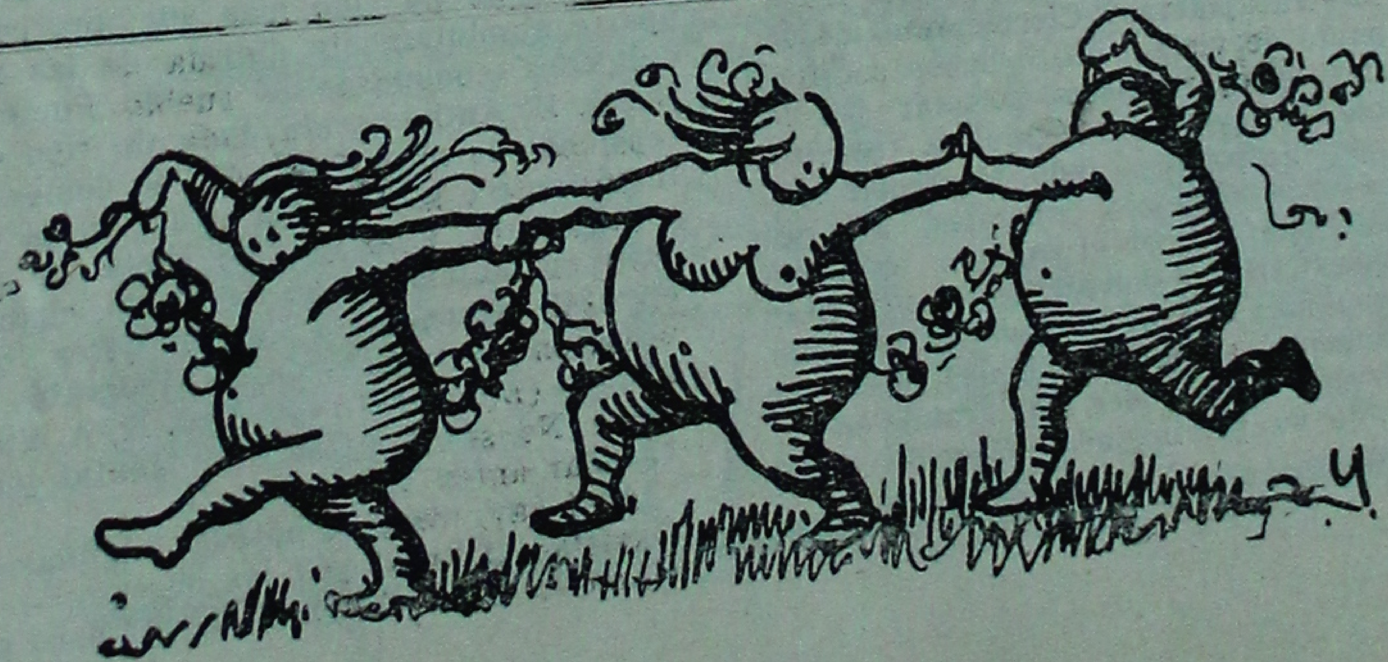
Ni por un momento pienso implicar al sufragio femenino como responsable por este estado de cosas. Lo que deseo indicar es que no hay razón para destacar a Australia como una obra maestra, fruto de las actividades femeninas, desde que con su influencia fué incapaz de libertar a los trabajadores de la esclavitud de la política patronal.

Finlandia le otorgó a las mujeres el derecho del voto, y también el de sentarse en el Parlamento. ¿Esto le valió para desarrollar entre sus mujeres un más grande heroísmo, un sentimiento más intenso por la libertad que en las de Rusia? Finlandia, así como Rusia, estuvo bajo el sangriento látigo del zar. ¿Donde existen las finlandesas Perovskaias, Spiridonovas, Figners, Bresnskovskaias? ¿Donde las innumerables muchachas finlandesas, como las rusas, quienes marchaban alegremente a Siberia en defensa de sus ideas? Finlandia tuvo una escasez penosa de libertadores heroicos. ¿El voto pudo ciparlos? El único finlandés vengador de su pueblo fué un hombre, no una mujer, y para el caso empleó un arma más eficaz que el voto.

Por parte de nuestros Estados, donde las mujeres votan, y a los que constantemente se los señaló como lugares de maravillas, ¿qué cosa se realizó con la ayuda del voto de la mujer que los otros Estados no tengan y gocen ampliamente, o que no se haya podido acometer mediante esfuerzos enérgicos, sin que el voto mediara para nada?

Si es verdad que en los Estados en que fué instaurado el sufragio femenino, la mujer participa de los mismos derechos del hombre sobre la propiedad, ¿de qué le vale esto a la masa de mujeres sin propiedad, a los millares de asalariadas, quienes viven al día? La igualdad en el voto no afectó sus condiciones; esto también lo admite la Dra. Summer, capacitada para conocer lo que allí sucede. Siendo una convencida sufragista, fué enviada al Colorado por el *Collegiate Equal Suffrage League of New York* para realizar una serie de encuestas e investigaciones, recogiendo datos en favor del sufragio femenino. Ella será, pues, la última persona que diga algo en contra de su propio credo; y asimismo nos informa “que la igualdad del sufragio alteró ligeramente las condiciones económicas de la mujer. Esta no recibe una paga adecuada a su trabajo; aunque en el Colorado el derecho de votar lo adquirió desde 1876, las maestras reciben un salario menor al de sus colegas de California”. Por otra parte, la Srta. Summer nos hace notar el hecho de que habiendo la mujer ejercido el simple derecho del voto durante 34 años y que desde 1894 se haya instaurado el sufragio en igualdad de condiciones para los puestos femeninos electivos, un censo realizado hace pocos meses, solamente en Denver descubrió 15.000 niños defectuosos físicamente en edad escolar. Ello con la agravante que en el Departamento de Educación había algunas mujeres desempeñando altas funciones, y también que el elemento femenino hizo votar “leyes severas para la protección de los niños y los animales”. Además, ellas “tomaron el más gran interés por las instituciones del Estado, las cuales tratan de recoger los niños vagabundos, los defectuosos y los delincuentes”. ¿Qué queda de la fama gloriosa del sufragio femenino si fracasó en su cometido más importante, el niño? ¿Y qué le resta de una más noble idea de la justicia, para que lleve a la niñez en la esfera de la política? Y en 1903, cuando los propietarios de las minas emprendieron una verdadera guerrilla contra los mineros de la “Western Miners Union”; cuando el general Bell implantó el reinado del terror, arrancando del lecho a los trabajadores, apaleándolos por las calles, masacrando a varios, arrojando a otros en los calabozos, declarando “al infierno la Constitución, al fuego con ella”, ¿dónde estaban entonces las mujeres políticas y por qué no ejercieron el poder de sus votos? Sí, ellas lo emplearon. Ayudaron así a derrotar al gobernador Waite, un hombre de principios y de amplias miras liberales. Tuvo que cederle el sitio al instrumento de los reyes de las minas, el gobernador Peabody, el enemigo de los trabajadores, el zar del Colorado. “Ciertamente, el sufragio masculino no habría hecho otra cosa”. Claro que no. ¿Dónde están entonces las ventajas para la mujer y la sociedad, derivados del sufragio femenino? La repetida afirmación que ella purificará la política no es más que un mito. Es el concepto que se deduce por las personas que estudiaron las condiciones políticas de Idaho, Wyoming, Colorado y Utah.

La mujer, esencialmente una puritana en lo moral, es naturalmente santurrona, siendo por eso incansable en su esfuerzo de convertir a los otros en buenas criaturas, como ella piensa que deben ser. De ahí que en Idaho, ella se apartó de su hermana de la calle, de “reputación dudosa” y la declaró inapta para votar. Es



de lo *dudoso*, no ha de comprenderse por la prostitución en el matrimonio. No hay necesidad de decir que la prostitución ilegal y el juego de azar son actividades severamente prohibidas. Respecto a las leyes, deberían pertenecer al gramatical género femenino: todo es prohibido. Por lo demás, las leyes son maravillosas. No necesitan extenderse mucho sin que su espíritu se abra a todas las plagas del infierno. La prostitución y los juegos de azar nunca florecieron allí con más exuberancia como ahora que tienen las leyes en su contra.

En Colorado el puritanismo de las mujeres se manifestó en una forma drástica. "Los hombres de existencia notoriamente viciosa y en relación con los lugares de corrupción, desaparecieron desde que la mujer adquirió el derecho de votar" (*Equal Suffrage*, Dra. Helen Summer). ¿Pudo el hermano Comstock portarse tan bien? ¿Pueden los padres puritanos hacer más? No sé si muchas de ellas han de comprender la gravedad que encierra este paso en falso. No sé si querrán comprender este hecho, que en vez de elevar la mujer, la convirtieron en una espía política, una despreciable entrometida en los asuntos privados de la gente, no tanto por servir la causa, sino como decía una de ellas: "les gusta ir a las casas desconocidas y husmear todo lo que ven, escuchar todo lo que oyen, tratándose de política o de otras cosas". (*Equal Suffrage*). Sí; hasta fisgonear dentro del alma humana en todos sus más escondidos rincones. ¿Y cuándo pudieron disfrutar de tan excelentes oportunidades, sino ahora que se metieron en la política?

"Hombres notorios por sus existencias viciosas, relacionados con los sitios de corrupción". Ciertamente, esa mujer que desea reunir muchos votos no puede ser acusada de falta de sentido. ¿Afirmando desde ya que estas movimentadas corporaciones pueden decidir entre lo que es vicio o virtud, o proponer cuáles son las vidas limpias para un ambiente eminentemente limpio, acaso los políticos no deberán seguir a esos regentes de lugares de corrupción, no entran ellos en la misma categoría? A menos que lo niegue la americana hipocresía, puesta de manifiesto en la ley de Prohibición, cuyas sanciones no hicieron más que extender el vicio de la embriaguez entre las clases ricas, mientras vigila el único sitio donde beben los pobres. Si no fuera que por esta sola razón, o sea su estrechez puritana hacia la vida, debe considerarse como uno de los más grandes peligros al dejarle en sus manos el poder político. El hombre se halla atiborrado de prejuicios, y todavía la mujer se está engolfando más en ellos. Aquel, en el reñido campo económico, se vé obligado a desplegar todas sus capacidades intelectuales y físicas. De modo que no le queda tiempo ni humor para medir la moralidad de su vecino con el metro puritano. En sus actividades políticas tampoco se conduce ciegamente. Comprende que es la cantidad, no la calidad, lo que se necesita para hacer mover las muelas de los molinos políticos, y a menos que no sea un reformista sentimentaloide o un fósil, sabe muy bien que los políticos no pueden representar otro conglomerado que el de una ciénaga pestilencial.

Las mujeres, quienes se hallan más o menos enteradas acerca del proceder de los políticos, conocen la naturaleza de la bestia; pero, por su vanidosa suficiencia y por su egotismo, creen que bastan sus caricias para que este animal se vuelva un corderito, todo gentileza, dulzura y pureza. ¡Como si las mujeres no fuesen capaces de vender sus votos y como si las mujeres políticas no fuesen capaces de comprarlos!! Si su cuerpo se puede adquirir mediante una recompensa material, ¿por qué no el voto?. Y esto es lo que está sucediendo en Colorado, así como en otros Estados, sin que el hecho pueda ser refutado por esas mismas mujeres que se hallan en favor del sufragio.

Como hiciera constar antes, su punto de vista tan estrecho sobre los principales asuntos de la vida, no es el solo argumento que la inhabilita para creerse superior al hombre en la faz política. Hay otros. Su larga existencia económicamente parasitaria borró completamente de su conciencia el concepto de la igualdad. Exige iguales derechos que el hombre, más sabemos "que muy raras mujeres feministas tratan de propagar sus ideas en los distritos poco atrayentes" (Dra. Helen A. Summer). ¡Qué mezquina igualdad es ésta, comparada con la de la mujer rusa, quien posee en alto grado el valor de afrontar las penas del infierno por su ideal!

La mujer pide iguales derechos que el hombre, y asimismo se indigna si con su sola presencia no puede herirlo de muerte: porque fuma, no se descubre ante ella y no le cede el asiento instantáneamente, como impulsado por un resorte. Se considerarán estas cosas muy triviales, sin embargo, para la verdadera naturaleza de las sufragistas norteamericanas, es algo capital. Sin duda alguna que sus hermanas las inglesas se hallan por encima de estas estupideces. Ellas han demostrado encontrarse a la misma altura en lo que piden y en la voluntad heroica para sostenerlo. Todo el honor al heroísmo y a la testaruda fuerza de las *sufragettes*.

Gracias a sus enérgicos y agresivos métodos le insuflaron un poco más de vitalidad ciertas señoras norteamericanas demasiado blandas de carácter y pobres de espíritu. Pero después de todo, también las *sufragettes* carecen de un concepto claro de lo que es vardaderamente la idea de igualdad. ¿No lo comprueba ese tremendo, gigantesco esfuerzo que están llevando a cabo para conseguir un puñado de conquistas que beneficiarán a un grupo de mujeres propietarias, sin que nada se provea para la vasta masa de los trabajadoras? Ciertamente, desde su punto de vista político deben ser forzosamente oportunistas, aceptar por lo pronto lo menos, la conquista transitoria, por no perderlo todo. Mas como mujeres inteligentes y liberales, deberán comprender que si el voto es un arma temporal, las desheredadas lo necesitan mucho más que las de una clase económicamente superior, quienes desde ya disfrutan de un poder más grande en virtud de su privilegiada situación económica.

—

La brillante adalid de las *sufragettes* inglesas, Sra. Emmeline Pankhurst, no tuvo a menos de admitir, en una conferencia pronunciada en Norte América, que en política hay también la división de las clases en inferiores y superiores. Si es así, las mujeres trabajadoras de Inglaterra ¿qué actitud adoptarán al cobrar fuerza de ley el proyecto Shackleton (1), que solamente beneficiará a las de una situación económica superior? ¿Seguirán aquéllas trabajando de común acuerdo con sus superioras? No es muy probable que las del tipo Annie Keeney, — tan llena de entusiasmo, de convicción, capaz de realizar los mayores sacrificios por su causa, — se avengan a cargar con las mujeres de sus patronos, así como las cargan ya en la faz económica. Y esas clases dominantes tratarán que siempre sea así, aunque el sufragio universal igual para mujeres y hombres se estableciera en Inglaterra. Hagan lo que hagan los trabajadores en el presente régimen, siempre serán ellos los que habrán de pagarlo todo. Mas los que aún creen en el poder del voto, demuestran bastante pequeñez espiritual al querer acaparar ese poder para ellos solos, sin ninguna consideración para los que lo necesitan mucho más.

El sufragio en los Estados Unidos hasta ahora no ha sido más que una cosa aparte absolutamente alejada de las necesidades económicas del pueblo. Por eso, Susan B. Anthony, sin duda un tipo excepcional de mujer, no sólo se demostró indiferente a la precaria situación de los trabajadores, sino que no vaciló en exhibir su manifiesto antagonismo, cuando en 1869 aconsejó a las mujeres que ocupasen los lugares de los tipógrafos en huelga. (*Equal suffrage*, Dra. H. A. Summer). No sé si su actitud mental pudo cambiar antes de su muerte

Aquí hay, como es natural, algunas sufragistas afiliadas con las obreras, — de Women's Trade Union League; pero son una pequeña minoría y sus actividades son esencialmente económicas. Las demás contemplan al proletariado que pena con sus herramientas — constructoras de la dicha ajena — con el mismo olímpico despego que hace la sublime providencia. ¿Qué sería de los ricos si no fuera por el trabajo de los pobres? ¿En qué se convertirían esas parásitas señoras, que derrochan en una semana lo que sus víctimas ganan en un año? ¿Igualdad? ¿Quién oyó semejante cosa?

Pocos países ha producido un tan arrogante esnobismo como Norte América. Esto se aplica particularmente a la mujer de la clase media. No solamente se considera igual al hombre, sino superior en pureza, bondad y moralidad. No hay que asombrarse entonces que las sufragistas otorguen al voto femenino el más grande poder milagroso. En su exaltada soberbia no se da cuenta de qué modo se halla esclavizada, no sólo por el hombre, sino por sus estúpidas nociones sobre la tradición. El sufragio en nada podrá remediar este caso doloroso; más bien podrá acentuarlo, como ya está haciéndolo.

Una de las más grandes lider de los ideales feministas decía que no sólo la mujer tenía derecho a igual salario al del hombre, sino que también le pertenecía el salario del marido. Este, al dejar de sostenerla económicamente sería condenado por la ley a cierto tiempo de prisión, y lo que ganara en la cárcel debería ir a las manos de su esposa. ¿No es éste otro de los brillantes exponentes de cómo el voto femenino entiende suprimir los males sociales, los que han sido combatidos en vano por el esfuerzo colectivo de las mentalidades más ilustradas del mundo? ¿No es lamentable que el supuesto creador del universo nos haya presentado este admirable y maravilloso orden de cosas y que asimismo el voto femenino en manos de la mujer no pueda subvertirlo?

—

Nada es más peligroso que la disección de los fetiches. Si nosotros hubiésemos vivido en la época en que semejantes herejías eran castigadas con la hoguera, no nos habríamos salvado de aquellos cuya estrechez mental quisiera condenar a muerte a quien disienta con sus ideas y las nociones preestablecidas. Por lo pronto, se me ha de presentar como enemigo del movimiento feminista y de la mujer en general. Repito lo que dije al principio: no creo que la influencia de la mujer empeore el ambiente político, pero tampoco creo que lo mejore. ¿Y si no puede enderezar los errores de los hombres, por qué contribuir a perpetrarlos?

La Historia puede ser muy bien una compilación de mentiras; no obstante algunas verdades contiene, y éstas son la sola guía para el futuro. La historia de las luchas políticas llevadas a cabo por el hombre nos demuestra que nada le benefició sin que le costara largos y graves quebrantos. En una palabra, cada pulgada de tierra conquistada, le valió un constante combate, una incesante brega para afianzar sus derechos, y no fué logrado ésto mediante el sufragio. No hay, pues, razón para creer que la mujer, si quiere escalar las vallas de su propia emancipación, deberá ser ayudada por el voto político.

En los más sombríos países, Rusia, con su absoluto despotismo, la mujer llegó a ser igual al hombre, no a través del voto y sí por su voluntad de querer y poder. No conquistó únicamente para ella un vasto campo de enseñanzas para sus particulares vocaciones, sino que alcanzó la estima del hombre, su respeto y su camaradería; y es más, se ganó el respeto y la admiración del mundo entero. Y esto no fué por el sufragio y sí por su heroísmo, su fortaleza, su industriosidad y su poder de soportarlo todo en la lucha por la libertad. ¿En qué país las mujeres que ejercen el derecho del sufragio pueden reclamar para sí semejante victoria? Cuando consideramos lo que la mujer norteamericana emprendió y realizó hasta ahora, encontramos que se necesita algo mucho más poderoso y profundo que el sufragio para que ella obtenga su emancipación.

Hace justamente sesenta y dos años que un puñado de mujeres en el congreso de *Seneca Falls* presentó un plan de reformas y de demandas por las que se exigía el derecho de tener la misma educación que los hombres y el acceso a las varias profesiones, oficios, etc. ¡Qué triunfo, que empresa más magna



Cómo prepara el fascismo las generaciones futuras.

¿Quién se atreve a decir que la mujer es un trasto bueno sólo para los trabajos domésticos? ¿Quién podrá incurrir en la tontería de sugerir que una u otra profesión no es adecuada a ella porque carece de capacidad para desempeñarla? Durante 62 años se amoldó a esta nueva atmósfera, que significa una nueva vida para ella. Y todo ello sin sufragio, sin el derecho de fabricar leyes, sin el privilegio de llegar a ser juez, carcelero o verdugo.

Sí, muy bien puedo ser considerada una enemiga de la mujer; pero si puedo conducirla por un camino en donde la ilumine la luz de la razón, no he de lamentarme.

La gran desventura de la mujer no estriba tanto en su inadaptabilidad para desempeñar cualquier trabajo masculino, sino en que fué desgastando todas sus fuerzas durante una vida entera, asistida, asesorada por una tradición ancestral y centenaria que la incapacitó físicamente para concertar la paz con su compañero de ruta, el hombre. Lo que importa no es el género de trabajo que emprenda, sino la calidad del trabajo que produzca. En ese sentido el sufragio ni añadirá ni quitará esa cualidad intrínsica. El desenvolvimiento ideal de sus facultades, su libertad, su independencia personal deberá ser la obra de su propio intelecto y de sus propias manos. Primero, afinándose como carácter y como individualidad libre, y no como un objeto de placer; segundo, rechazando todo derecho que se quiera imponer sobre su cuerpo; rehusándose a procrear, cuando no se sienta con necesidad de hacerlo, negarse a ser sierva de dios, del Estado, de la sociedad, del marido, de la familia, simplificando su existencia tornándola más profunda y rica en nobleza.

Solamento esto, y no el voto político, habrá de libertar a la mujer, convirtiéndola en una fuerza aun desconocida para el mundo; en una lucida y poderosa fuerza para el verdadero amor, para la verdadera paz, para la verdadera armonía; fuerza de divino fuego, creadora de vida, del hombre y de la mujer libres.

---

(1) *Schackleton fué un miembro del partido laborista, cuyo credo luego renegó. La autora hace notar que el parlamento inglés está lleno de estos Judas.*

***

El luto en los pueblos primitivos

Es de notar, asimismo, que los salvajes actuales, conocen la mutilación intencionada de los dedos.

En muchos pueblos americanos, africanos y polinesios se practicaba la costumbre de cortarse una falange para testimoniar de por vida, de una manera visible e imperecedera, el luto por algún pariente.

Entre los charrúas, en el Río de la Plata (América del Sur) las mujeres, para demostrar el dolor por la muerte de su padre, esposo o hermano, se cortan una falange, empezando por el dedo meñique. Cuando entre los Hotentotes (Africa del Sur) una madre pierde a su primogénito, corta una falange de la mano del hijo siguiente en la persuasión de que éste no se morirá. En la isla de Tonga, dice J. R. Forster, la mayor parte de sus pobladores tienen cortadas una o dos falanges de los dos meñiques, inmoladas en honor de algún pariente difunto. En las islas Fidji, además de cortarse los dedos, sus habitantes se arrancan también los dedos de los pies. Cuando moría un rey, las mujeres se cortaban un dedo: éste era entregado, envuelto en una hoja de banana, a la reina viuda, con las palabras "Majestad, aquí tenéis mi luto". También el misionero Whitmee cuenta que en Vaitupu, una de las islas Ellice, pudo observar que precisamente de cada tres mujeres una por lo menos había hecho el sacrificio de uno o varios dedos en señal de duelo.

En Australia, en cambio, esta mutilación tiene un carácter mágico: las jóvenes que las sufrieron son tenidas por afortunadas en la pesca.

HUGO OBERMAIER

P. J. PROUDHON

PAGINAS VIEJAS

P. J. Proudhon, candidato a la pensión Suard (1)

Besançon, 31 de mayo de 1837.

A los señores de la Academia de Besançon.

Señores: soy tipógrafo y corrector de imprenta, hijo de un pobre artesano que, padre de tres muchachos no pudo nunca hacer los gastos del aprendizaje. He conocido desde temprano el mal y el trabajo; mi juventud, para servirme de una expresión muy popular, ha pasado por más de un tamiz. Así lucharon con la fortuna Suard, Marmontel, una multitud de literatos y de sabios. Ojalá podáis, señores, a la lectura de esta Memoria, concebir el pensamiento que entre tantos hombres famosos por los dones de la inteligencia y el que en este momento solicita vuestros sufragios, la comunidad de la desgracia no es tal vez el único punto de semejanza.

Destinado al principio a una profesión mecánica, por consejo de un amigo de mi padre fuí colocado como alumno externo gratuito en el colegio de Besançon. Pero ¿qué era el envío de 120 francos para una familia en que el vivir y el vestir era siempre un problema? Carecía habitualmente de los libros más necesarios; hice todos mis estudios de latín sin un diccionario; después de haber traducido en latín todo lo que me proporcionaba la memoria, dejaba en blanco las palabras que me eran desconocidas y a la puerta del colegio llenaba los lugares vacíos. He sufrido cien castigos por haber olvidado mis libros: era que no los tenía. Todos mis días de asueto eran ocupados por los trabajos del campo o de la casa a fin de ahorrar un jornal; en las vacaciones iba yo mismo al bosque a buscar la provisión de los aros para la tienda de mi padre, tonelero de profesión. ¿Qué estudios he podido hacer con semejante método? ¡Cuán insignificantes éxitos he debido obtener!

Hacia al fin de mi cuarto grado, tuve por premio la *Démonstration de l'existence de Dieu*, de Fenelón. Ese libro me pareció repentinamente haber abierto mi inteligencia e iluminado mi pensamiento. Había oído hablar de materialistas y ateos: ardía en deseos de saber cómo se las arreglaban para negar a dios.

Lo confesaré sin embargo: la filosofía de Descartes, adornada con la elocuencia de Fenelón, no me satisfizo enteramente. Sentía a dios, tenía el alma penetrada de él; enamorado desde la infancia de esa gran idea, desbordaba en mí y dominaba todas mis facultades. Y en un libro hecho para probar el Ser supremo, no encontré más que una metafísica vacilante cuyas deducciones tenían el aspecto de una hipótesis más cómoda, pero que no se parecían a una teoría científica y cierta. Permitidme, señores, ofreceros un ejemplo. El alma no puede perecer, dicen los cartesianos, porque es inmaterial y simple. Pero ¿por qué lo que ha comenzado a ser una vez no podría cesar de existir? ¡Qué es eso! el alma, en su duración, ¿sería, de una parte, infinita y eterna, de otra limitada? Eso es inconcebible. La materia, dicen los mismos filósofos, no es el Ser necesario, porque es evidentemente contingente, dependiente y pasiva. Por tanto ha sido creada. Pero ¿cómo concebir la creación de la materia por el espíritu más que la producción del espíritu por la materia? Uno es tan inconcebible como la otra. Permanecí, pues, lo que era: creyente en dios y en la inmortalidad del alma; pero pido perdón a la filosofía, fué mucho menos a causa de la evidencia de sus silogismos que por la debilidad de las razones contradictorias. Me pareció desde entonces que era preciso seguir otra ruta para constituir la filosofía en una ciencia, y no me he desdicho de esa opinión de mi infancia.

Proseguí mis estudios de humanidades a través de las miserias de mi familia y de todos los disgustos con que puede ser abrevado un joven sensible y del más *irritable* amor propio.

Además de las enfermedades y del mal estado de sus negocios, mi padre litigaba en un proceso cuya pérdida debía completar su ruina. El día mismo en que tenía que pronunciarse el fallo, yo iba a ser coronado de *sobresaliente*. Fuí con el corazón bien triste a esa solemnidad donde todo parecía sonreirme; padres y madres abrazaban a sus hijos laureados y aplaudían sus triunfos, mientras que mi familia estaba en el tribunal esperando la sentencia.

Me recordaré siempre. El señor rector me preguntó si quería ser presentado a algún pariente o amigo para verme coronar por él.

—No tengo a nadie aquí, señor rector, le respondí.

—¡Pues bien!, agregó, yo le coronaré y le abrazaré.

Jamás, señores, sentí una emoción tan viva. Volví a encontrar a mi familia consternada, a mi madre llorando: nuestro proceso se había perdido. Esa noche cenamos todos pan y agua.

Me arrastré hasta la retórica: fué mi último año de colegio. Desde entonces se me hizo necesario proveer a mi sostenimiento. "Ahora, dijo mi padre, debes saber tu oficio; a los diez y ocho años yo ganaba el pan, y no había ido tanto a la escuela". Consideré que tenía razón y entré en una imprenta.

Confié algún tiempo que el oficio de corrector me permitiría continuar mis estudios abandonados en el momento mismo en que exigen esfuerzos más grandes y una actividad nueva. Las obras de los Bossuet, de los Bergier, etc., pasaron por mis ojos; aprendí las leyes del razonamiento y del estilo con esos grandes maestros. Muy pronto me creí llamado a convertirme en un apologista del cristianismo, y me puse a leer los libros de sus enemigos y de sus defensores. ¿Debo decíroslo, señores? En el horno ardiente de la controversia, apasionándome a menudo por fantasías y no escuchando más que mi sentido privado, ví desvanecerse poco a poco mis queridas y preciosas creencias; profesé sucesivamente todas las herejías condenadas por la Iglesia y relatadas en el diccionario del abate Pluquet; no me libraba de una más que para hundirme en la opuesta, hasta que, en fin, de cansancio, me detuve en la última y quizás la más irrazonable de todas: era sociniano. Caí en un desaliento profundo.

Sin embargo, las conmociones políticas y mi miseria privada me arrancaron a mis meditaciones solitarias y me lanzaron además en el torbellino de la vida activa. Para vivir me fué necesario salir de mi ciudad y de mi país, tomar el hábito y el bastón de peregrino y buscar de imprenta en imprenta, algunas líneas que componer, algunas pruebas que leer. Un día vendí mis premios de colegio, la única biblioteca que había poseído. Mi madre lloró; para mí me quedaban extractos manuscritos de mis lecturas. Esos extractos, que no se podían vender, me siguieron y me consolaron en todas partes. He recorrido de ese modo una parte de Francia, expuesto algunas veces a carecer de trabajo y de pan por haberme atrevido a decir la verdad frente a un patrón que, en respuesta, me expulsaba brutalmente. Este año mismo, empleado en París como corrector, tuve que ser víctima una vez más de mi altivez provinciana; y sin el apoyo de mis colegas, que me defendieron contra las injustas prevenciones de un jefe de taller, me hubiese visto quizás apremiado por el hambre, obligado a ponerme a sueldo de algún periodista. A pesar de todas las privaciones y de las miserias que he experimentado, este extremo no me hubiese parecido el más horrible de todos.

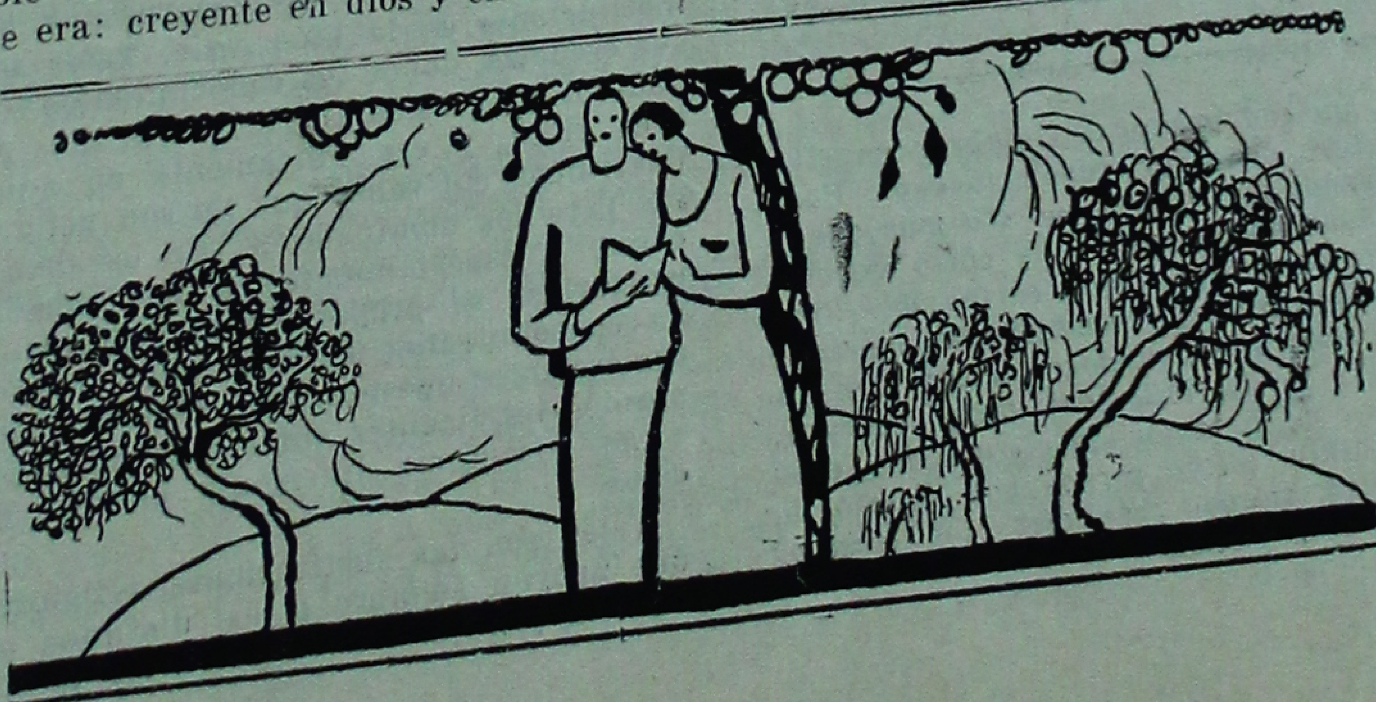
La vida del hombre no es nunca de tal modo doliente y abandonada que no esté sembrada de algunos consuelos.

Había encontrado un amigo en un joven a quien la fortuna atormentaba como a mí mismo, por las contrariedades morales y el aguijón de la pobreza. Se llamaba Gustave Fallot. En el fondo de un taller recibí un día una carta que me invitaba a dejarlo todo y a ir a reunirme con él... "Vd. es desgraciado, me decía, y la vida que Vd. lleva no le conviene. Proudhon, somos hermanos: mientras me quede pan y una habitación, lo compartiré todo con Vd." Acababa entonces, señores, de dirigiros una memoria y se presentaba a vuestros sufragios como candidato a la pensión Suard. Sin decírme nada, se proponía, si obtenía la preferencia sobre sus amigos, cederme el disfrute de esa pensión, reservándose para él la gloria del título y la explotación de las ventajas preciosas ligadas a él. "Si soy nombrado en el mes de agosto, me decía sin explicar más, nuestra carrera se abrirá en el mes de agosto". Yo volé a su llamado y fué para verlo, atacado por el cólera, consumir para mí hasta sus últimos recursos, llegar a las puertas de la muerte sin que me fuese posible continuar procurándole mis atenciones. La falta de dinero no nos permitía quedar juntos; fué preciso separarse, y le abracé por última vez. El 25 de enero último medité una hora sobre su tumba.

Con cincuenta francos en mi bolsillo, un saco a la espalda, y mis cuadernos de filosofía por provisiones, me dirigí hacia el mediodía de Francia... Pero, señores, sería abusar de vuestra paciencia el detallaros aquí por orden cronológico todo lo que he sufrido en mi cuerpo y en mi corazón. ¿Qué os interesa, después de todo, que yo haya sido más o menos sacudido por la fortuna? No basta, para merecer vuestra elección, tener sólo miseria que ofreceros, y vuestros sufragios no buscan un aventurero. Sin embargo, si no descubro mi calamitosa existencia, ¿qué es lo que me recomendará a vuestra atención?; ¿quién hablará por mí? Tal ha sido hasta este día, tal es aún mi vida: habitando en los talleres, testigo de los vicios y de las virtudes populares, comiendo mi pan ganado todos los días con el sudor de mi frente, obligado, con mis módicos honorarios, a ayudar a mi familia y a contribuir a la educación de mis hermanos; en medio de todo eso meditando, filosofando, recogiendo las menores cosas de las observaciones imprevistas.

Cansado de la condición precaria y miserable de obrero, quise al fin ensayar, con uno de mis compañeros, la reorganización de un pequeño establecimiento de imprenta. Las pequeñas economías de los dos amigos fueron puestas en común, y todos los recursos de sus familias lanzados en esa lotería. El juego pérfido de los negocios ha engañado nuestra esperanza: orden, trabajo, economía, nada ha servido; de los dos asociados uno se ha ido al rincón de un bosque a morir de agotamiento y de desesperación, al otro no le queda más recurso que arrepentirse de haber comprometido el último trozo de pan de su padre.

Perdón otra vez, señores, si en lugar de exponer títulos reales a vuestra benevolencia, no os ofrezco más que mi infortunio. Desconocido para la mayoría de vosotros, he debido, me parece, deciros lo que he sido y lo que soy. Por lo demás, no es sin repugnancia como he consentido en relataros algunas circunstancias de mi vida, y en descubriros el estado habitual de mi espíritu y de mi carácter. Tales confidencias no me parecen bien más que entre iguales y amigos. "Y bien! — me dijo un hombre a quien amo y re-



verencio — ¿quieres agradar a los señores de la Academia? Háblales como a amigos". ¿Se habría engañado y mi confianza me perjudicaría?

En 1836-1837, habiéndome obligado una larga enfermedad a interrumpir mi trabajo en el taller, me puse al estudio. Algunos ensayos bastante felices de crítica y de filosofía sagrada habían dado nueva expansión a mis instintos literarios y determinado mi inclinación a las especulaciones filosóficas. En los insomnios de la fiebre y los ocios de una laboriosa convalecencia, me entregué a investigaciones gramaticales que me parecieron lo bastante importantes para merecer vuestro examen. Os han sido remitidos dos ejemplares de mi obra; pero los inmensos trabajos de vuestra sabia compañía, me atrevo a presumirlo al menos, han retardado hasta aquí vuestro juicio.

Si la débil composición que os ha sido sometida pudiese responder de la que preparo; si la exposición de mis primeros esbozos garantizase suficientemente la exactitud de las ideas que elaboro; si deseais, señores, ver terminar estudios nuevos y fecundos ¿sería permitido al que desde hace ya un año se ha convertido en vuestro ajusticiable, contar un poco más con vuestra indulgente benevolencia que con las esperanzas dudosas de su talento y con las consideraciones debidas a la extrema modicidad de su fortuna?

Buscar en la psicología nuevas regiones, en la filosofía nuevas vías; estudiar la naturaleza y el mecanismo del espíritu humano en la más aparente y la más palpable de sus facultades, la palabra; determinar, según el origen y los procedimientos del lenguaje, la fuente y la filiación de las creencias humanas; aplicar, en una palabra, la gramática a la metafísica y a la moral, y realizar un pensamiento que atormenta a profundos genios, que preocupaba a Fallot, que prosigue nuestro Pauthier: tal es, señores, la labor que yo me impondría si me concedieséis libros y tiempo; ¡sobre todo libros! El tiempo no me falta nunca.

Después de todas las vicisitudes de mis ideas y el largo parto de mi alma, he debido acabar, he acabado por crearme un sistema completo y unido de creencia religiosa y filosófica, sistema que puedo reducir a esta simple fórmula:

Existe, de origen sobrehumano, una filosofía o religión primitiva, alterada después de antes de todas las épocas históricas y de la cual los cultos de los diferentes pueblos han conservado todos vestigios auténticos y homólogos. La mayoría de los dogmas cristianos mismos no son más que la expresión sumaria de otras tantas proposiciones demostrables; y se puede, por el estudio comparado de los sistemas religiosos, por el examen atento de la formación de las lenguas, e independientemente de toda otra revelación, constatar la realidad de las verdades que la fe católica impone, verdades inexplicables en sí, pero accesibles al entendimiento. De ese principio puede deducirse, por una serie de consecuencias rigurosas, una filosofía tradicional cuyo conjunto constituirá una ciencia exacta.

Tal es hoy, señores, el compendio de mi profesión de fe.

Nacido y educado en el seno de la clase obrera, perteneciéndole aún por el corazón y los afectos, y sobre todo por la comunidad de los sufrimientos y de las aspiraciones, mi mayor alegría, si obtuviera vuestros sufragios, sería, no lo dudéis, señores, poder trabajar en lo sucesivo sin descanso, por la ciencia y la filosofía, con toda la energía de mi voluntad y todas las potencias de mi espíritu, en el mejoramiento moral e intelectual de aquellos a quienes me complazco en llamar mis hermanos y mis compañeros; de poder difundir entre ellos las semillas de una doctrina que considero como la ley del mundo moral; y en espera del éxito de mis esfuerzos dirigidos por vuestra prudencia, de considerarme ya, en cierto modo, como su representante ante vosotros.

Pero, cuaquiera que sea vuestra elección, señores, me someto a ella de antemano y aplaudo; a ejemplo de un antiguo, me regocijaré de que encontréis uno más meritorio que yo: Proudhon, habituado desde la infancia a aguzar su valor contra la adversidad, no tendrá nunca el orgullo de creerse un genio desdeñado y desconocido...

(1) *Esta carta nos expone sintéticamente el orígen y la infancia de Proudhon, haciéndonos ya vislumbrar en ella al futuro pensador revolucionario. Consideramos que, aunque no sea más que a título de documentación y como estímulo moral, ésta y otras cartas de Proudhon que iremos reproduciendo, merecen ser leídas. El contacto espiritual con un hombre de la talla del gran escritor, "padre de la anarquía" como le llamó Kropotkin, puede sernos hoy mismo de utilidad, aunque sean otros los tiempos y las condiciones.*

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

VII

Las sociedades comunistas se distinguen generalmente, dice Taburiech, por su sociabilidad y moralidad, por la conciencia de la dignidad propia, por la atención hacia la opinión pública y por el libre desarrollo de los sentimientos no deformados por el interés personal. Vemos, de este modo, que la ausencia del poder coercitivo no trajo, de ninguna manera, el desarrollo de la criminalidad. Entre los esquimales y los aleutas hubo, en el transcurso de más de sesenta años un solo homicidio (Pedro Kropotkin).

Se sobreentiende, que en una sociedad comunista, no puede haber delitos contra la propiedad, ni muchos otros. "Aunque el crimen no vaya dirigido directamente contra la propiedad, dice Oscar Wilde, puede, sin embargo, ser provocado por la miseria, la opresión, el desaliento, engendrado por nuestros sistemas injustos del usufructo de la propiedad, y desaparecerá con la abolición de este sistema. Cada miembro de la sociedad tendrá lo suficiente para la satisfacción de sus necesidades y dejará de ser un competidor para sus vecinos, desde que no tendrá motivos para chocar con sus semejantes".

En la sociedad futura hasta desaparecerán los delitos de otra índole, como por ejemplo, los provocados por los celos. La actual organización social despierta en el hombre los instintos de propiedad. "Mi mujer", dice, y la mata si la mujer quiere ser de sí misma y no de él. La mata, porque el Estado le enseña a cada paso la violencia, porque constantemente tortura y mata a los que no le obedecen. En la sociedad futura no se verán estos ejemplos horripilantes, desaparecerá el maestro de escuela, el criminal más horrible, más cínico, más funesto; desaparecerá el Estado y en la sociedad de libres e iguales se creará una nueva moral, grandiosa y pura.

En la sociedad anarquista no se desconoce el derecho de la auto-defensa. En los primeros años de existencia de la sociedad anarquista habrá que apelar a ella con frecuencia. Pero en esta sociedad desaparecerán pronto los crímenes porque inevitablemente se elevará el nivel común de cultura. Ne tendrá cabida en ella la institución corruptora de los jueces que no son otra cosa que verdugos que castigan friamente. Desaparecerá el derecho de unos a atormentar por venganza a otros. Desaparecerán los intolerables crímenes de los gobernantes y con ellos todos los demás crímenes.

En la sociedad de libres e iguales no habrá lugar a sentimientos como el de la envidia, maldad, odio, y serán desconocidos los estados de espíritu como el de la obediencia, servilismo, humildad, sumisión, etc.

No cabe duda que entre iguales se creará el sentimiento de la más profunda justicia. Heriberto Spencer suponía con fundamento, que en las comunas igualitarias primitivas predominaba "la voluntad de todos".

VIII

Hace mucho que apareció la violencia. Su origen hay que buscarlo en las tentativas del hombre para apoderarse de la mujer, cuando ésta no siempre respondía a sus deseos (edad, enfermedad, embarazo, etc.); en la lucha de dos hombres por la posesión de la mujer, en la defensa contra los animales y más tarde, en la caza de estos. De este modo se preparaba el terreno para el arraigo de la violencia como método. Otras causas más dieron nacimiento y desarrollaron la violencia. Los vencedores por la violencia, apoderábanse primero de las mujeres, más tarde del producto del trabajo de los vencidos y recien después de la tierra y de los hombres — de estos últimos para hacerlos trabajar en beneficio de los vencedores.

Estos usurpadores violentos de los bienes, de las tierras y de la libertad ajenas convirtiéronse, con el tiempo, en gobernantes. aparecieron los patriarcas, los jefes de familia, los caudillos, príncipes, reyes, dominadores, etc.

Todos estos gobernantes entrometidos violentamente en las pacíficas sociedades de hombre iguales y libres, se hacían pasar, sin niguna razón fundamental, por organizadores de las sociedades, que sin ellos se habían organizado, y afirmaban que sólo a su concurso se debía la existencia de la sociedad. Demás está decir que mentían en todo descaradamente. Los dueños de los esclavos afirmaban que sin ellos los esclavos dejarían de trabajar y se morirían de hambre, pero los hombres vivían mucho mejor antes de la aparición de aquellos, y cuando fué abolida la esclavitud, los antiguos siervos fueron más felices que cuando estaban bajo la férula de los señores. Los señores feudales decían que sin autoridad los siervos se embriagarían, se entregarían a la pereza y sucumbirían; pero los campesinos, cuando quedaron libres, trabajaban con una energía que nunca se había visto bajo el dominio de los señores y su situación mejoraba hasta que nuevos amos se les sentaban encima.

La misma cantilena oímos de los gobiernos burgueses y sus acólitos (y al mismo tiempo señores) los capitalistas: "Sin nosotros perecerá la sociedad. Las gentes no podrán pasarse sin nosotros. Se dispersarán como ovejas sin pastor". Idéntica canción entonan los socialistas.

Sin embargo, no pereceremos, sino por el contrario llegaremos a conocer la felicidad. Siempre existieron y existirán causas biológicas y económicas que mantuvieron y mantendrán unidos a los hombres. Siempre hubo y habrá condiciones objetivas que obliguen a los hombres a que trabajen y aspiren hacia lo mejor.

Como ésto ha sucedido siempre, los explotados, libres de la explotación y la opresión, serán más felices.

La explotación y la opresión de los hombres por los hombres no será posible sin la violencia. Antes de toda otra forma de violencia, la de un hombre sobre otro hombre inclusive, fué simplemente la imposición violenta de los hombres armados sobre sus compañeros más débiles y desarmados.

Los gobernantes hace mucho ya que no manejan ellos mismos la espada, pero en cambio crearon instituciones complejas que constantemente amenazan a los súbditos con la violencia y la emplean siempre. Estas instituciones son el ejército, la policía, los tribunales, las cárceles, los verdugos, etc. Todas juntas forman la base del Estado y cuando caigan ellas se derrumbará el Estado, que será substituído por un orden social en el que no harán falta asesinos regimentados y estarán de más jueces y verdugos.

Junto con sus instituciones de violencia perpetua crearon los gobernantes, las instituciones de la hipocresía. Tales son sus escuelas, donde los conocimientos verdaderos se enseñan a los hijos de padres ricos, y eso únicamente en aquellas ramas del saber que no son peligrosas para los dominadores. En los demás casos, y especialmente en las escuelas primarias, se proporcionan únicamente los conocimientos útiles a industriales y comerciantes que necesitan obreros y empleados inteligentes entre quienes eligen a los ejecutores inferiores de sus órdenes.

Tales son las instituciones religiosas, que apoyan siempre a los distintos gobiernos y apelan a la violencia estatal para el mantenimiento de su propia autoridad.

Todas las religiones llevan impreso el sello del temor a un ser violento. Todos los dioses de la antigüedad, desde Jehová y Baal hasta Zeus y Tor, son violentos. Hasta el resplandeciente dios de los Helenos, Apolo, posteriormente dios del sol, de las artes y de algunas ciencias, fué en la remota antigüedad el dios de la violencia: de la peste negra, de la insolación, de la sequía y su nombre traducido del griego significa "aquel que matará". Hasta la religión cristiana se redujo a la amenaza de la violencia (en éste y en el otro mundo) contra los que no cumplen sus prescripciones y no obedecen a los gobernantes.

Toda la vida de la sociedad moderna está impregnada de violencia y únicamente por la violencia se mantiene. La propiedad privada de inmensas extensiones de tierra, de los medios de producción, etc., no existiría sino estuviera defendida por la violencia de los jueces, policías, soldados, en una palabra, por la violencia del Estado. Sin ésta violencia, los hombres no permitirían a los propietarios de la tierra y del capital que los despojasen.

Tampoco se mantendrían mucho tiempo en sus puestos los jefes si no se apoyaran en la violencia más feroz y despiadada. Nadie les pagaría los impuestos, nadie iría a hacer el servicio militar, donde se enseña el asesinato, nadie cumpliría sus órdenes.

La propiedad privada y los gobiernos se apoyan en la violencia y por la violencia viven. Que nos demuestren lo contrario. No es tan difícil hacerlo. Que licencien, aunque no sea más que por tres meses, a sus soldados, policías, jueces, Veríamos entonces, si serían muchos los hombres que les obedecerían.

POEMAS

Ya fué terminada la casa de piedra junto al lago y los trabajadores están empezando la verja.

La verja es de barras de hierro con puntas de acero capaces de arrancarle la vida al que se enganche en ellas.

Como verja, es una obra maestra de protección contra los vagabundos y muertos de hambre y contra los chiquillos callejeros que buscan un sitio en que jugar.

Por entre las barras de hierro y sobre las puntas de acero, nada puede pasar como no sea la Muerte, la Lluvia y el Mañana.

*
* *

Permitidme que este día pueda ser monosílabo, oh Señor.

Ayer perdí un montón de palabras con un tonto y con un niño.

Hoy, permitidme que pueda ser monosílabo... un amigo de los viejecitos que lavan un rayo de sol entre sus dedos y que se regocijan con sus relojes anticuados.

*
* *

Cuando Abraham Lincoln recibió la última palada en su tumba, olvidó a los unionistas y al asesino... en el polvo, en la tumba fría.

Y Ulises Grant perdió todo pensamiento de los confederados y de Wall Street... en el polvo, en la tumba fría.

El cuerpo de Pocahontas, bello como un álamo, dulce como una roja acerola en noviembre, o como una papaya en mayo, ¿se preguntará algo? ¿Se acordará de algo... en el polvo, en la tumba fría?

Tomad un grupo de gente comprando ropas o ultramarinos, saludando a un héroe, arrojando confetti o tocando cornetas de cartón... y decidme si los amantes pierden... decidme si los amantes ganan... en el polvo... en las tumbas frías.

Carl SANDRUGO.

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Federica Montseny

1o. *Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.*

Varios son los actuales problemas del anarquismo, dejando aparte los que se plantearon al formularse la primera base del ideal. Pero todos pueden concretarse, a mi entender, en el que podemos llamar problema de su vitalidad. El anarquismo, hoy día, carece de existencia, de presencia y potencia en el movimiento internacional humano, aunque lata en el fondo de todas las conciencias. Estamos muy lejos del tiempo en que el anarquismo, hablando llanamente, *estaba de moda*: Entonces no había más anarquistas que hoy, y los que lo eran resultaban menos, es decir: tenían excesivamente formada en sí mismos la idealidad, pero el anarquismo, por sus grandes figuras y por el siglo en que surgió, poesía más importancia internacional, tenía más vitalidad. Ahora el ideal, diluído en más personas, más impregnado en las masas proletarias — a pesar del sarampión sindicalista y de la perturbación bolcheviqui — debería dar una sensación de vitalidad que no da. ¿Por qué? Contra este por qué se estrellan todas las preguntas.

Ante todo debemos tener en cuenta la crisis universal de hombres por que se atraviesa. Después la crisis de reacción internacional. Por último, la propia crisis nuestra, crisis de divisiones, de envidias, de pequeños rencores, de mezquinas querellas, que obstaculizan la acción de los activos.

El anarquismo, diluida su savia en esos diversos aspectos, aparece depauperado en conjunto, depauperación de la que, esperémoslo, pronto y con más bríos saldrá, desaparecidas las causas que la han producido, para cuya extinción no debemos cansarnos en laborar.

Como los diferentes puntos de la encuesta abarcan este problema único del anarquismo, creo inútil extenderme más sobre algo que, en resumen, será dilucidado a lo largo de la encuesta.

Sobre los medios de provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria, desde luego debemos partir de la base de que es necesaria una previa labor en las masas populares, únicos factores revolucionarios actuales, previa labor nunca interrumpida, y que si no ha dado ya sus frutos es porque ha habido causas que les impiden madurar. Los anarquistas, solos, sin contar con el contrapeso popular, no pueden realizar más que acciones aisladas. Y hoy, particularmente la ensangrentada y dividida Europa, no parece ser terreno que reúna condiciones apropiadas para germinar este esfuerzo contra algo que la propia pobreza y crisis moral del mundo ha producido.

Las reacciones no son más que desfallecimientos del espíritu evolutivo de la humanidad. Las que podemos llamar fuerzas centrífugas sociales aprovechan esta falta de ímpetu revolucionario, estos momentos críticos de la historia, en que el espíritu humano, cansado por el trastorno de una guerra o de una revolución trascendental, reposa, para intentar volver al centro de gravedad, a la tradición de que proceden, al viejo orden de que nos vamos alejando al ir modificándose nuestros conceptos sobre las diferentes manifestaciones de la vida humana. ¿Es posible combatir el efecto, sin atacar antes las causas? ¿Servirá de algo nuestra acción contra el efecto si la causa queda en pie? No. Si no destruimos, ante todo, el fundamento, lo llamaré cabeza de la tenia autoritaria, el mal se reproducirá.

¿Cómo destruirlo? He aquí el primer esfuerzo, que requiere labor lenta, que impacientará a los optimistas y a los inquietos. Sin embargo, al margen de esta labor lenta y siempre continuada, puede existir en todo tiempo la acción rápida, no pródiga en adelantos de carácter general, más fecunda en fracasos que en ictorias, en víctimas que en labor, pero que mantiene latente algo que no debemos dejar morir: la llama inapagable de la revolución. El siglo pasado fué un siglo de intentos fracasados. La llamita, incesantemente encendida en el fondo de las almas, alimentada por una personalidad que se bastaba sola para mantenerla: Bakunin, produjo múltiples movimientos, epopeyas momentáneamente estériles, pero merced a las cuales se dió también esta sensación de vitalidad que hoy nos falta.

Los medios de realizar uno y otro de estos dos esfuerzos son, indudablemente, los que hasta ahora, en líneas generales, se han utilizado, y que si no han dado pródigo fruto no es a causa de ser erróneos, sino porque no se han intensificado y no han tenido suficiente poder para despertar las dormidas conciencias y la cansada acción de hoy. Es decir: propaganda antiautoritaria, crítica demoledora, ininterrumpida acción moral junto a todos los núcleos sociales, claridad de concepto en la exposición de ideas, cuidando de que la vida de los propagandistas esté de acuerdo con la idealidad, aspecto este algo abandonado y que tiene decisiva influencia sobre el adversario enriqueciendo o dañando las ideas, según sea la dignidad de sus propagandistas. Y esta acción, continua y paciente, por medio del periódico, del libro, del folleto, de la novela, de la conferencia, del mitin, ha de extenderse a todas las clases sociales, sin olvidar a las mujeres, elemento casi fundamental, sin el que todo intento fracasará.

El otro esfuerzo, tampoco olvidado y que forma parte de la misma esencia del anarquismo, requiere condiciones especiales, tacto revolucionario y pasión por la revolución; en una palabra, condiciones excepcionales, que yo, hoy por hoy, no sé ver por parte alguna, ya que cuantos movimientos se intentan y se han intentado no pueden demostrar una más lamentable pobreza de organización y falta de oportunidad. Sin embargo, consideremos buena señal este renacimiento moral de Bakunin, esta vuelta a la primitiva tendencia revolucionaria, contrarrestada por una propaganda de pasividad.

D. A. DE SANTILLAN (5)

LA JORNADA DE SEIS HORAS

Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

Si se tiene en cuenta que además de las fábricas mencionadas en la estadística, hay aún por lo menos 30 establecimientos del mismo ramo cuya producción se estima en un 30 por ciento de la cantidad de toneladas obtenidas por las fábricas consideradas en los datos anteriores, se pueden deducir preciosas conclusiones. Pero sin embargo, lo más importante y lo más asombroso es que las fábricas investigadas, son casi todas establecimientos que existían ya antes de la guerra, que tenían un personal expresamente instruído para ellas, y, a pesar de la falta de carbón, del personal parcialmente disminuido, y de la ruina de algunos hornos, *con la jornada de trabajo disminuida produjeron más de lo que produjo en 1913 toda la industria alemana de la porcelana.*

Se comprende que los capitalistas no opinen públicamente sobre los favorables efectos de la reducción de la jornada de trabajo. Sólo accidentalmente se pueden confirmar los hechos sacados a relucir por las organizaciones obreras. Por ejemplo, en la revista patronal de la industria cerámica, *Keromos*, número 3, 1922, se confiesa que la intensidad del trabajo en el horario actual aumentó en relación a las condiciones de antes de la guerra, y que el aprovechamiento mecánico también se ha mejorado. En un escrito sobre el jubileo de la fábrica de porcelana Limbach, escribe el director Georgi: "que con un trabajo más intensivo en la jornada de ocho horas, puede producirse lo mismo que antes en una jornada de diez o de once horas". El director general, Fillmann, de la fábrica de porcelana Kalha, dice: "Creo que las ocho horas pueden ser mantenidas para el trabajo a destajo y para el trabajo manual realizado de manera muy mecanizada. Como yo mismo he podido comprobar, es posible que esas labores, a pesar de la jornada reducida, lleguen a producir más que antes". Sólo habría que oponer a esas constataciones, que en todo el proletariado, no sólo en los obreros que trabajan a destajo, a pesar de la reducción de la jornada, hubo considerable aumento de la productividad". (*Vorwaerts*, Berlín, 22 de octubre de 1925).

Pero lo que aquí se dice de la transición de la jornada de diez u once horas a la de ocho, podría decirse igualmente de la reducción de la jornada de ocho horas a seis. Un telegrama de Detroit, con fecha del 26 de septiembre de 1926, nos comunica lo que sigue:

"Detroit. — Henry Ford ha implantado ya en sus fábricas el sistema de trabajo por él planeado, de cinco días de labor por semana, pagando a sus operarios como hasta ahora, seis días. Este plan está dando el mejor resultado en diversas plantas industriales del fabricante.

"Ford predice que la semana de cinco días de labor será implantada en todas las industrias de Estados Unidos, pues según ha dicho, "el país no podrá absorber toda la producción industrial sin acortar la semana de labor para mantener la prosperidad de que goza.

"Las grandes empresas, al aumentar su eficiencia cada día, podrán pagar mejor a sus obreros por menos tiempo de labor, lo que pondrá a éstos en condiciones de poder satisfacer sus necesidades, aumentándolas. Estas nuevas necesidades a satisfacer absorberán la producción".

"Se pronostica que en sus nuevos planes concernientes al problema del trabajo, Ford se propondrá reducir la jornada de ocho horas".

El fabricante de automóviles Ford, que representa una de las mayores industrias de los Estados Unidos, — baste decir que de sus establecimientos salen diariamente en la actualidad de 5.000 a 7.000 automóviles, — es el ejemplo típico de los modernos métodos de trabajo. Su influencia es considerable y su previsión, como se ve, no es poca. El capitalismo tiene que preocuparse urgentemente de acrecentar el mercado nacional, de aumentar la capacidad de consumo de los trabajadores: para ello es indispensable, en primera línea, que la desocupación desaparezca, y la desocupación no puede desaparecer, sino aumentar, con la jornada actual.

El ejemplo de Ford es tan elocuente que la misma Americain Federation of Labor, en el congreso que celebró en el mes de octubre del año en curso en Detroit, se ocupó de generalizar la semana de cinco días de trabajo en los Estados Unidos.

Así confiesa Ford los efectos de los progresos mecánicos de los últimos años sobre el mercado del trabajo:

"Si existiera en nuestra cantidad de producción actual, la misma proporción del personal que en 1913 — la época de la fundación de nuestro establecimiento —, tendríamos que ocupar hoy 200.000 obreros. En realidad el número de los obreros ocupados ahora, en el tiempo que nuestra producción alcanzó su máximo de 4.000 coches diarios, no es de 50.000". (*Mi vida*, 1924).

El estudio de los progresos de la maquinaria en los establecimientos Ford bastaría por sí solo, para comprender toda la tendencia del capitalismo moderno y para insistir sin descanso en la inmediata implantación de la jornada máxima de seis horas.

Y lo más singular es que cuanto más progresa la técnica, más fácilmente se realizan los trabajos, sin necesidad de un aprendizaje previo. El obrero de oficio es puesto cada vez más al margen y sustituído por simples peones que en unas horas aprenden el manejo de la máquina que se les confía.

Eso quiere decir que los progresos del maquinismo no sólo hacen innecesarios los brazos obreros, sino la inteligencia, la habilidad profesional, las cualidades individuales del obrero.

Cuando se dió, hace ya más de cuarenta años, un paso audaz en pro de la jornada de ocho horas, la burguesía respondió que eso era una locura; economistas serviciosos se encargaron de probar con números y estadísticas que la jornada de ocho horas era imposible, que trastornaría incurablemente las bases de la sociedad, y que destruiría la vitalidad económica del país en donde se realizase. Los inspiradores de la reducción de la jornada no se dejaron amedrentar, y sostuvieron la posibilidad de la jornada de ocho horas, pagando su altivez con su vida. Pero la idea no murió en el cadalso con sus portavoces;

de anarquismo cristiano, procedente de Tolstoy, desastrosa desde el punto de vista de su intensidad.

2o. *La anarquía, como organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?*

Francamente, creo que esta pregunta huelga en el cuestionario.

¿Es posible poner en duda el revolucionarismo de la anarquía? ¿Es posible implantar la anarquía sin una profunda revolución en todos los órdenes de la vida: revolución violenta, que conmueva los cimientos sociales; revolución moral, que ataque los viejos prejuicios, los viejos sofismas políticos y religiosos, destruyéndolos? Estimo inútil discutirlo.

La anarquía es revolucionaria, ha de ser revolucionaria, debemos hacerla cada día más revolucionaria.

3o. *Al ser una idea de los humanos, ¿es o no proletaria la anarquía?*

Di ya en otra ocasión mi parecer sobre este asunto. La anarquía no es ni ha de ser proletaria. Ha de ser *humana*. No ha de ser una idealidad de clase: ha de ser más que una idealidad de especie: una idealidad de universo.

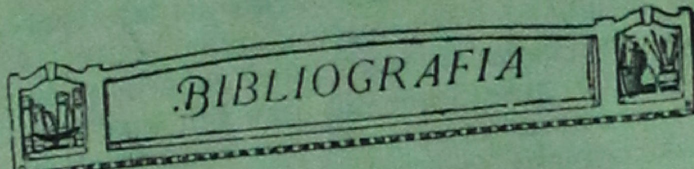
Proletarizarla, encerrarla dentro del círculo obrero, es empequeñecerla y empobrecerla, es destruir hasta sus fundamentos, su puro principio idealista, convirtiéndola en una aspiración simplemente de clase, reducida y atenta sólo al aspecto material.

Lógico es que, por la justicia social y la igualdad y libertad humanas que significa, sean los proletarios, esclavizados, despojados, víctimas de la injusticia social, los que más ardientemente la deseen, porque en ella encuentran su redención, su dignificación, su integración a la humanidad, el aniquilamiento de todas las desigualdades, su pleno desenvolvimiento como seres humanos. Pero en ella han de caber todos los hombres; es necesario que su misma propaganda, salvando las vallas clasistas, vaya al corazón y a la mente de todos los hombres.

A medida que la idea se irá consolidando, que la ciencia, los adelantos del espíritu humano, las nuevas necesidades y las nuevas inquietudes añadan sus moléculas al organismo ideal, lo vayan completando, dejando, sin embargo, su puerta eternamente abierta al porvenir, adquirirá mejor y mayor universalidad, un concepto aun más amplio, ilimitado, infinito en el tiempo y el espacio, dentro del cual cabrán indefinidamente el mañana y todas las manifestaciones de la vida en cualquiera de sus órdenes presentes y futuros.

Es así como yo concibo la anarquía, como creo que debe concebirse la palabra y la idealidad. La anarquía, pues, estimo que no es proletaria, que no ha de ser proletaria; repetiré hasta la saciedad que ha de ser *humana*, y, más que humana, universalista, en el más absoluto de sus conceptos, en la más amplia y futura de sus acepciones.

(Concluirá)



"Gazzetta Medica Italo-Argentina" Nápoles.— Encefalitis a consecuencia de la vacuna (The Lancet) —

Traducimos del italiano:

"En una reciente reunión de la Academia de Medicina de París, los médicos Bastiausee y Terbugli, en colaboración con Byl y Levaditi, hicieron una importante comunicación sobre algunos casos de *encefalitis* a consecuencia de las vacunas. En el transcurso de 18 meses observaron 34 casos, de los cuales 14 pacientes murieron. Se trataba de niños de corta edad. El decurso clínico era el siguiente: después de un período de 9 a 15 días de la vacuna, se desarrolló un síndrome cerebral violento y agudo. El primer síntoma era constituído por vómitos, cefalgias y el aumento de presión en el torrente circulatorio. En los días sucesivos aparecían convulsiones unilaterales, atacando un lado solo.

El estado agudo de estas afecciones duraba de siete a quince días. Analizado el líquido céfalo-raquídeo, se notó la ausencia de meningitis, y excluída la *poliomielite* por la ausencia de parálisis y el tétano, el diagnóstico a que se llegó fué de encefalitis.

La enfermedad se diferenciaba de la encefalitis epidérmica y de la encefalitis común de los niños, por la gran uniformidad de los síntomas, que contrasta con el cuadro variable de la encefalitis epidérmica, por la breve duración del estado agudo, por la ausencia de parálisis de los músculos oculares, y etc.

La linfa de la vacuna que se empleó en los 34 casos procedía de diez animales distintos, que a su vez fueron inoculados con tres injertos de Berna, de Hamburgo y de las Indias. Para establecer si la enfermedad fué provocada por la linfa de la vacuna, se inoculó con ella a algunos conejos y todos los resultados fueron negativos. Los autores piensan que la vacuna habría obrado favoreciendo el desarrollo del virus encefalítico, latente en los niños".

Si hemos destacado esta historia clínica, fué porque denuncia un caso flagrante de intoxicación vaccínica. No nos asiste ninguna autoridad científica; pero nos basta el buen sentido para comprender que toda materia extraña que se inyecte subcutáneamente o se inocule en un organismo, obra como depresión en la economía general de ese mismo organismo con los síntomas de postración, fiebre, malestar y cuando se encuentra con un cuerpo debilitado en todas sus funciones principales, se precipita el intoxicamiento general que causará o no la muerte, según la reserva vital del paciente. Este puede ser el caso de esas pobres víctimas, que aún se les culpa de haber tenido latente el virus encefalítico para desacreditar la vacuna, la que desde mucho tiempo a esta parte ha sido negada por eminentes autoridades científicas, quienes ponían en duda sus pregonadas e inmensas bondades. Otros, como Otto Carqué, médico canadiense, la creía altamente perjudicial, probándolo con hechos fehacientes y con estadísticas.

Nosotros nos contentamos con vigilar atentamente las publicaciones de índole científica que nos llegan, para presentar hechos y casos que, a veces, denuncian errores garrafales por el vicio de la especialización y de la unilateralidad, otras simplemente por los intereses creados de una ciencia oficializada que a costa de todo pretende mantener sus prestigios.

Obras completas de Miguel Bakunin, volumen III. *Consideraciones filosóficas*. Prólogo de M. Nettlau. Trad. de D. A. de Santillán. 344 págs. en 8°. Editorial LA PROTESTA, Buenos Aires, 1926. Precio: 1.50.

Aparte de un prólogo de 45 páginas de Max Nettlau, repleto de documentos y de interesantes observaciones, este nuevo volumen de las obras de Bakunin contiene los dos trabajos que pueden considerarse como lo fundamental de su obra filosófica: *Federalismo, socialismo y antiteologismo* (1867) y *Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre.*

Las obras de Bakunin no deben faltar en la biblioteca de ningún anarquista consciente.

Acaba de aparecer "Consideraciones filosóficas" volumen III, de las obras completas de Miguel Bakunin, 350 pàginas, precio 1.50

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Malatesta Errico. — *En el Café*. Conversaciones sobre el anarquismo. Prólogo de L. Fabbri, 106 págs. Edit. "Argonauta", Buenos Aires, 1926. Precio, 0.30.

Adrián del Valle (Palmiro de Lidia). *Juan sin Pan*, novela social. 176 págs. en 8°. Editorial Fueyo, Buenos Aires, 1925.

Hablaremos en alguno de los números sucesivos de esta obra recientemente editada.

Educaçao Social, revista de pedagogía y sociología, tercer año, N.°, 15 de sept., 1926, Lisboa. Director Adolfo Lima.

Crónica Mensual del Departamento nacional del trabajo, julio de 1926, Buenos Aires.

Revista Blanca, Barcelona, 15 de septiembre de 1926.

Alas, revista quincenal d eaeronáutica, Madrid, número 99, del 1 de septiembre de 1926.

La novela ideal: *La última primavera*, por Federica Montseny, Barcelona.

Orientación, publicación anarquista, editada por la Biblioteca "El Porvenir", Santa Fe, calle Belgrano 4029. Recibimos el número 15, de 34 páginas en 4°.

Brand, órgano de los anarquistas suecos, Stokholmo.

Fede!, Pensiero e Volontá, Libero Accordo, todos de Roma. Recibimos los números que deja pasar la censura fascista.

La Réveil—Il Risveglio, Ginebra (Suiza).

Freedom, Londres.

---

se abrió camino vertiginosamente por el mundo entero, y las ocho horas se convirtieron en una realidad para el proletariado industrial de la mayoría de los países. Para saber científicamente si es realizable la jornada de seis horas, no vayamos, pues, a interrogar a los oráculos de la ciencia oficial ni a los capitalistas mismos; interroguemos nuestra voluntad de lucha, interroguemos la disposición de nuestras fuerzas y la respuesta será más exacta. La posibilidad de establecer la jornada de seis horas no está fuera de nosotros, sino en nosotros mismos.

La conquista de las seis horas no se plantea en el terreno de las posibilidades científicas y económicas, sino en el de la capacidad de resistencia del capitalismo a las reivindicaciones proletarias. Es un problema de fuerza y de audacia que se resolverá en una batalla económica y social entre los explotadores del trabajo y los aspirantes a un régimen social de producción libre.

Instintivamente los trabajadores saben que la reducción de la jornada depende de su propia voluntad y no de un poder extraño; saben que las mejores condiciones de vida han tenido y tendrán que ser conquistadas siempre al precio de insurrecciones y revoluciones, y que los que esperan de la generosidad de los gobernantes o de los capitalistas una migaja de libertad y de bienestar se condenan a no obtener jamás nada.

Apliquemos con la imaginación la jornada de seis horas a la solución del problema de la desocupación en Inglaterra. Se cuentan en este país unos 2.000.000 de desocupados sobre un personal de 21.000.000 empleado en la industria inglesa. Supongamos que la jornada general es de ocho horas en la actualidad; los 19 millones que trabajan representan un total de 152 millones de horas de trabajo por día; si trabajasen seis horas el total sería de 114 millones de horas de trabajo diarias; queda un excedente de 38 millones de horas; pero como los dos millones de desocupados no necesitan más que 12 millones de horas de trabajo por día, todavía queda trabajo para dos millones más de obreros, empleados y demás personal de la industria, es decir: la jornada de seis horas cambiaría automáticamente la situación del proletariado inglés, dándole una posición de independencia y trocando la oferta por la demanda de brazos en el mercado del trabajo.

No creemos que la crítica situación internacional de la vida económica sea superada de otro modo que por la reducción de la jornada. La base de esta aserción está en la incapacidad manifiesta del capitalismo para hallar una salida que, al menos, no empeore el mal existente. Y hay que decir que después de la guerra no fueron pocas las recetas presentadas.

Según nuestra convicción, la resistencia de la burguesía a disminuir la jornada de trabajo no se basa en el pretexto de la eventual disminución de la producción, argumento que hoy no puede ya sostenerse, sino en la seguridad de que, obligando a los trabajadores a quedar más horas en el proceso de la labor asalariada, se les aleja del pensamiento revolucionario y se les retiene de toda volubilidad de rebelión. La jornada prolongada de trabajo mata todo espíritu rebelde y consume las energías vitales, que deberían aplicarse a una labor de pensamiento propio, en un esfuerzo automático sin incentivo y sin voluntad.

Comprendamos nosotros también que si trabajamos menos horas bajo el yugo del salariado, tendremos más tiempo libre para elevar el nivel de nuestra cultura y de nuestras necesidades. Comprendamos que es preciso aumentar el bienestar y las aspiraciones de las masas obreras para acercarlas al ideal de la revolución. La miseria es la esclavitud y si es cierto que el salario será siempre un salario, la verdad es que entre salario y salario puede existir una considerable diferencia.

Pongamos a la orden del día de nuestra propaganda y de nuestra acción la conquista de las seis horas, tanto por las seis horas en sí, que representan una ventaja digna de ser realizada a costa de todos los esfuerzos, como por las consecuencias revolucionarias que importará esa disminución de la jornada.

Al prepararnos a la grandiosa lucha que implica la conquista de las seis horas, no sólo pensamos en la ofensiva contra el capitalismo y el Estado, sino que tenemos también en cuenta la ofensiva contra el socialismo autoritario mil veces traidor al proletariado y mil veces claudicante; contra ese socialismo que se vanagloria de haber hecho legislar la jornada de ocho horas, pero que no tuvo ni tiene inconveniente alguno, como hemos visto tantas veces durante y después de la guerra, en entregar esa conquista a la voracidad del capitalismo. Por lo demás, no fueron los parlamentos los que dieron las ocho horas a los trabajadores; fué la sangre de nuestros camaradas que supieron morir valientemente en Chicago por una causa noble y justa. Sin hombres del temple moral de los ahorcados en 1887, el proletariado trabajaría aún 10, 12 ó 14 horas, en espera de una ley que le hiciera caer del cielo capitalista, una reducción de la jornada agotadora. Pero hombres de ese temple moral no pueden surgir de un partido político que educa a sus miembros en la disciplina y en la sumisión, que castra todos los impulsos humanos espontáneos, que crea votantes dóciles y no conciencias libres, que lo sacrifica todo a la conquista del poder político, en lugar de dedicar todas sus fuerzas a la destrucción de ese poder, base de todos los males que sufrimos. No por precipitación, sino tras maduro examen, en interés de la causa revolucionaria queremos unir nuestra ofensiva anticapitalista a la ofensiva contra el socialismo autoritario o marxista en ocasión de la lucha inminente por la jornada de seis horas. Tampoco obramos impremeditadamente al romper así con un apoyo eventual de parte de las fracciones del movimiento obrero más o menos inspiradas por la ideología autoritaria. Queremos comenzar la lucha con nuestras propias fuerzas, con nuestros únicos medios; los elementos sanos de los partidos pseudo-proletarios abrirán los ojos y sumarán sus esfuerzos a los nuestros, pero al hacerlo romperán simultáneamente la conexión con un sistema de ideas y de tácticas que los condena a quedar eternamente uncidos al carro del capital y a los dictados de la autoridad: que los condena, en una palabra, a no llegar nunca a la posesión de su humanidad y a la conciencia de sus derechos.

La lucha por la conquista de las seis horas será, pues, una lucha depuradora dentro del movimiento obrero mismo; una ofensiva real contra el sistema capitalista y una batalla en toda la línea contra sus servidores más abnegados, los secuaces del marxismo legalitario.

F I N

AÑO V

BUENOS AIRES, 1 DE NOVIEMBRE DE 1926

LA PROTESTA

N.o 247

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — PORTE PAGO

Valores y giros a M. TORRENTE

En plena comedia del desarme

Se ha celebrado en Washington el "día de la armada"; con ese motivo se dieron sendos banquetes, se pronunciaron discursos y se hicieron declaraciones alusivas a la significación de la flota de guerra. El secretario del ministerio de Marina de los Estados Unidos, Mr. Wilbur, dijo en Washington, entre otras cosas:

"Basta recordar nuestro sistema de escolta de los buques mercantes por naves de guerra durante la guerra mundial, para reconocer las relaciones estrechas que existen entre la Armada y la Marina Mercante. El formidable comercio de ultramar de los Estados Unidos, que representa anualmente una suma superior a diez mil millones de dólares, es la base de nuestra prosperidad nacional, y a la luz de este hecho salta a la vista la importancia que tiene la protección de nuestro comercio".

Pero ya hemos dicho en varias ocasiones que la política general y la vida norteamericana no es un fruto exclusivo de los grandes industriales y de los políticos de profesión, sino que el propio mundo del trabajo coopera a ellas en un grado mayor o menor. El otro día, el presidente de la American Federation of Labor, Mr. Green, al ponerse en los astilleros de Brooklyn el primer remache al crucero Pensacola, dijo que la Federación por él representada estaba en favor de una armada poderosa como medio de fomentar la paz universal y que apoyaba la defensa nacional de la Unión.

La ceremonia de la colocación del primer remache a dicho crucero fué parte del programa de la celebración del "día de la armada", y Mr. Green, dijo

"Se acusa a la Federación Norteamericana del Trabajo de ser pacifista y de oponerse a la defensa nacional. Nada podría ser más incierto. Deseamos la paz, pero nos damos cuenta de que los pueblos del mundo deben pensar en la paz en lugar de hablar de ella. Debemos prestarnos a una inteligencia basada sobre el sentido común que fomente la buena voluntad entre las naciones."

Por lo menos la franqueza honra al presidente de la American Federation of Labor. Habla con más claridad que los comediantes de la Liga de las Naciones, que están discutiendo en una conferencia preparatoria del "desarme", que se celebra en Ginebra, sobre cosas qúe ninguno de los diez y siete países representados piensa realizar. Sin embargo, nueve de ellos, es decir, Italia, Argentina, Japón, Francia, Rumania, Checoeslovaquia, Polonia y Yugoeslavia firmaron una declaración oponiéndose a la limitación de las existencias actuales de material bélico, de las fuerzas aéreas y de las reservas disciplinadas de los ejércitos, de las armadas y de las flotas comerciales. Contra esa actitud están Inglaterra, Alemania, Holanda, Finlandia, Suecia, Chile, España y Estados Unidos.

¿Cómo se armonizará, por ejemplo, la fiebre armamentista de los Estados Unidos, de que acabamos de dar una muestra en las declaraciones del secretario del ministerio de marina de la Unión, con el apoyo de la moción favorable a la limitación de los armamentos en las comedias de Ginebra? Estos son misterios de la diplomacia que nosotros no podemos explicarnos.

POLITICA FINANCISTA

La idea de Estado frente al individualismo burguès - Naciones políticas y ciudades económicas

El 20 de octubre apareció en la prensa rica de este país el texto íntegro del manifiesto publicado el día anterior, en Londres y otras capitales de Europa, por una parte de los industriales y banqueros europeos y norteamericanos. Se había anunciado con varios días de anticipación ese documento, en el que se cifraba, al parecer, la esperanza de la tantas veces prometida reconstrucción económica del mundo. Y, sin embargo, con las revelaciones de los economistas partidarios del libre cambio y la competencia en el mercado internacional, muy poco salen ganando los pueblos que sufren de más cerca las consecuencias de la reciente carnicería.

Para el grupo de industriales y banqueros que reivindican la doctrina manchesteriana del librecambio y las prácticas del liberalismo burgués aplicadas al comercio nacional e internacional, la solución de la guerra de 1914-17 fué un error. Al menos consideran que existen consecuencias fatales para el sistema industrial y financiero creado por el proceso capitalista — y en su interés está no confesar que es ese mismo sistema el que provocó la lucha armada entre las naciones dominadas por la fiebre imperialista —, porque el desplazamiento de las antiguas unidades nacionales, que eran más económicas que políticas, y la creación de nuevos Estados por el método racial e idiomático o por simples tradiciones nacionalistas, plantea serias dificultades al tráfico comercial y reduce las posibilidades de las grandes industrias por la multiplicidad de las barreras aduaneras.

La paz de Versalles exageró la importancia del nacionalismo político, en detrimento de la nación económica. Para asegurarse de un futuro peligro, Francia desmembró a Alemania y a Austria-Hungría, creando varios Estados sucesorios de los dos imperios centrales. Ese desmembramiento encontró un eco muy vivo en el nacionalismo que forma las partículas de todas las unidades políticas; pero la nueva división de Europa dejó descontentos por todas partes. Los pueblos considerados opresores pasaron a ser oprimidos y las pequeñas naciones trataron de crecer a costa de las grandes, no importa que el territorio anexado estuviera poblado por gentes de idioma, raza o religión diferente a la de los conquistadores. Es por esas dificultades políticas que el capitalismo europeo se resiente de su poder. El nacionalismo que atomiza los grandes Estados crea particularidades económicas que no existían antes de la guerra. Los pequeños Estados, celosos de su independencia, tratan de rodearse de toda clase de seguridades y de eludir en lo posible toda relación de dependencia con el extranjero, amigo o enemigo. Sobre bases proteccionistas — tanto las viejas como las nuevas naciones tratan de bastarse a sí mismas — los grupos burgueses nacionales crean limitadas unidades económicas. De ahí, pues, que la gran industria se resienta de las excesivas restricciones aduaneras y la banca internacional no encuentre una base amplia para los grandes negocios.

Contra el nacionalismo atomista, fomentado por Francia en su deseo de eliminar de la balanza de Europa a los imperios centrales, va dirigida en primer lugar la crítica de la industria y la banca internacionales. Es el tratado de Versalles el gran obstáculo para la reconstrucción europea. Veamos lo que, en el primer capítulo de su manifiesto, dicen los industriales y banqueros *internacionalistas*:

"Deseamos, como hombres de negocios, llamar la atención del público hacia ciertas graves e inquietantes condiciones que, a nuestro juicio, están retardando la vuelta a la prosperidad general.

"Es difícil contemplar sin experimentar desaliento, el punto hasta donde se ha llegado respecto a barreras de tarifas, licencias especiales y prohibiciones que, desde la terminación de la guerra, estorban al comercio internacional e impiden que éste se dirija por sus cursos naturales.

"En ningún período de la historia ha sido tan necesario como ahora verse libre de tales restricciones para poder capacitar a los comerciantes para que se adapten a las nuevas difíciles condiciones. En ningún período de la historia se han multiplicado tan peligrosamente tantos impedimentos al comercio como ahora, y sin apreciar debidamente las consecuencias económicas envueltas en la cuestión.

"La ruptura de las grandes unidades internacionales de Europa ha constituído un serio golpe para el comercio internacional.

"A través de grandes áreas en las que los habitantes podían antes cambiar libremente sus productos, se han levantado ahora numerosas fronteras, celosamente vigiladas por las barreras de aduanas. Los viejos mercados han desaparecido.

"Se permitió a las animosidades raciales dividir las comunidades cuyos intereses se encontraban inseparablemente vinculados.

"Esa situación no es muy diferente de la que se produciría si la federación de los Estados desatara los vínculos que los unen y se aplicaran a imponer penas y poner obstáculos, en vez de alentar su mutuo comercio.

"Son muy pocos los que dudarán que, bajo tales condiciones, la prosperidad de los países que así procedieran declinaría rápidamente. Para marcar y defender estas nuevas fronteras de Europa se impusieron licencias, tarifas y prohibiciones, que la experiencia ha demostrado ya



Dos buenos blancos para aplicar la puntería

bien claramente que, sin excepción, han sido perjudiciales para todos los que por ellas resultaron afectados.

"Un Estado perdió sus aprovisionamientos de alimentos baratos; otro, sus aprovisionamientos de manufacturas baratas. Las industrias han sufrido por la carencia de carbón, y las fábricas por la carencia de materiales.

"Detrás de esas barreras se iniciaron nuevas industrias locales, pero sin un fundamento económico real que siquiera les permitiera vivir frente a la competencia por medio de un levantamiento a mayor altura de esas mismas barreras.

"Las tarifas ferroviarias, dictadas por consideraciones políticas, han hecho más difíciles y más caros los trasportes y el tránsito.

"Se han elevado artificialmente los precios y se ha creado una carestía.

"La producción en su conjunto ha disminuído. El crédito se ha contraído y los monetarios se encuentran depreciados.

"Muchos Estados, por sus falsos ideales de interés nacional, han puesto en peligro su propio bienestar y han perdido de vista los intereses comunes del mundo, basando sus relaciones comerciales sobre la locura económica, que consiste en tratar todo comercio como una forma de guerra.

"No podrá haber un restablecimiento de Europa hasta que los políticos de todos los territorios, viejos y nuevos, comprendan que el comercio no es una guerra, sino un proceso de cambio: que en la paz, nuestros vecinos son nuestros parroquianos; que la prosperidad de éstos es la condición de nuestro propio bienestar.

"Si ponemos obstáculos a sus transacciones, a su capacidad de pagar sus deudas, disminuirá correlativamente su poder de adquirir nuestras mercaderías. Las restricciones de las importaciones, implica la restricción de las exportaciones, y ninguna nación puede exponerse a perder su comercio de exportación.

"Dependientes como somos de las importaciones y exportaciones de acuerdo con los procesos de cambio internacional, no podemos contemplar sin seria inquietud una política que significa el empobrecimiento de Europa".

Los hombres de negocios hacen la crítica a los políticos. En la solución de la guerra se tuvieron en cuenta intereses nacionales, prejuicios de raza, viejos odios y rivalidades recientes. El tratado de Versalles contempló el absurdo nacionalista, la exageración racial disfrazada con redentorismos regionales, desequilibrando a Europa al destruir dos de sus principales unidades económicas. ¿No es la misma Francia la que se resiente de ese desequilibrio económico, pese a su actual seguridad política con respecto a Alemania?

Son los Estados sucesorios de Austria los que balcanizaron a Europa. Económicamente no es posible reanudar el ritmo capitalista en un continente expuesto a continuos sobresaltos por las crecientes rivalidades nacionalistas. Las grandes unidades económicas mantenían el equilibrio entre las nacionalidades amalgamadas y ligaban entre sí a los pueblos de más diversa cultura. Ese vínculo de relaciones se ha debilitado con la creación de pequeños Estados, expuestos a caer en el círculo de influencia de esta o aquella potencia imperialista, pero predispuestos a concentrarse en sí mismos y a cerrar sus fronteras al tráfico internacional.

El proteccionismo se aplica como recurso para mantener en pie industrias nacionales sin capacidad para competir en el mercado de la producción y el consumo. Y, claro está, contra esa especie de nacionalismo económico, luchan la industria y la banca internacionales, propiciando la política del librecambio y de la competencia sin barreras aduaneras.

No es ese librecambismo otra cosa que un recurso de dominación para los grandes tiburones de la industria, el comercio y la banca. El capitalismo es librecambista y proteccionista a la vez. Propaga la libre competencia en los mercados de afuera — siempre que no sean colonias sometidas a su influencia —, pero trata de asegurarse el monopolio de las industrias y del comercio nacionales o coloniales con la protección del Estado. De ahí que el manifiesto de los hombres de negocios de Europa y Estados Unidos, aunque teorice sobre una doctrina económica, esté muy lejos de servir de base a nuevas orientaciones de la economía mundial.

La segunda parte del documento que comentamos ofrece un aspecto más optimista. He aquí las posibilidades que, en la paulatina modificación del panorama político de Europa, descubren los dirigentes de la industria y de la banca internacionales:

"Por fortuna, hay síntomas de que todos los países se están dando cuenta, por fin, de los peligros que se presentan.

"La Cámara Internacional de Comercio de la Liga de las Naciones, ha estado esforzándose por reducir todas las formalidades, prohibiciones y restricciones y por suprimir las desigualdades de tratamiento en otros asuntos distintos de las tarifas y de las facilidades para el trasporte de pasajeros y mercaderías.

"En algunos países se han elevado autorizadas voces pidiendo que se facilite el trasporte de pasajeros y mercaderías. En otros, se han elevado otras voces pidiendo la suspensión completa de las tarifas. En otros, finalmente, se ha sugerido la conclusión de convenios comerciales por largos períodos, incorporando, en cada caso, la cláusula de nación más favorecida.

"Algunos Estados han reconocido en recientes tratados la necesidad de libertar al comercio de las restricciones que lo deprimen. La experiencia está enseñando paulatinamente a otros, que la ruptura de las barreras económicas que se han colocado entre ellos, les proporcionará el remedio más seguro contra su estancamiento.

"No nos extenderemos acerca de los valiosos resultados que podrán obtenerse de tal política, sustituyendo la mala voluntad por buena voluntad, el exclusivismo por la cooperación. Pero deseamos dejar constancia de nuestra convicción de que el establecimiento de la libertad económica, es la mejor esperanza que existe para restablecer el comercio y el crédito en el mundo".

Son los representantes de la gran industria y de la banca los que proclaman la libertad de comercio, el librecambio y la cooperación. Pero ¿es posible llegar a reconciliar los intereses, no ya de cada grupo nacional de capitalistas, sino que de cada capitalista individualmente? La competencia podría ser un buen recurso si los competidores poseyeran los mismos elementos de lucha: igual capital, iguales máquinas y recursos técnicos, etc. Pero hay industrias que pueden competir porque monopolizan la materia prima, posen un mejor aparato de producción o les cuesta menos la mano de obra. ¿Pueden llegar a una base de igualdad, por ejemplo, los grandes establecimientos metalúrgicos de Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos y las pequeñas fábricas de Italia, España y otros países que, o no tienen la materia prima, o carecen de elementos para producir en gran escala?

La misma situación se produce en todas las industrias y, en general, en el terreno de la economía capitalista. Por eso la teoría del librecambio, en oposición al proteccionismo nacionalista, no pasará de las teorizaciones económicas. Los que abogan por la libertad de comercio reclamarán barreras aduaneras para impedir la concurrencia extranjera y exigirán a los políticos leyes proteccionistas de la industria nacional.

Para los grandes industriales y banqueros no son necesarias las barreras aduaneras. Tienen suficiente capital para acelerar la producción y llevar la competencia al exterior, conservando íntegro el mercado interno y el de las colonias. Pero las pequeñas industrias no podrán vivir sin la protección del Estado y buscarán siempre un apoyo en los recursos políticos del nacionalismo.

Después del manifiesto de los industriales y banqueros no cambiará mucho la situación económica de Europa. Por lo pronto los franceses e italianos expusieron sus reservas al plan general trazado por sus colegas mayores, comprendiendo que la cooperación de las unidades económicas no será posible mientras no se establezca un principio de igualdad... cosa que está precisamente contra la esencia del capitalismo, que es ante todo individualista.

E. LOPEZ ARANGO

D. A. DE SANTILLAN

LOS CAMINOS DE LA REVOLUCION

Sobre la imagen de las revoluciones políticas que se liquidan con un simple cambio de gobierno, y para las cuales no se necesitan más factores que un caudillo y un rebaño, muchos anarquistas se han formado una noción catastrófica de la transformación social. Para ellos se hará todo el día que la fuerza esté de nuestra parte; en espera de eso, es decir: en espera de disponer de la fuerza, tenemos así un pretexto cómodo y fácil para no realizar lo que está en nuestras posibilidades. Por dar caza a la bandada que vuela y se vuelve cada día más inaccesible, despreciamos el pájaro que está en la mano.

Si se tratase de una revolución política, tal vez el razonamiento fuera apropiado y justo. Teniendo la perspectiva del todo para un plazo relativamente corto, sería un error táctico hacer concesiones al enemigo al aceptar una parte. También se explicaría esa actitud si pudiésemos abrigar un átomo de fe en la ideología marxista, según la cual el materialismo histórico tiene sus leyes fatales, y esas leyes nos llevan, querramos o no, a la revolución. Pero nuestra transformació de la sociedad no es un cambio de gobernantes, sino una supresión del poder político como tal; no quiere un cambio de los personajes del Estado, sino la supresión del Estado, la abolición de los privilegios de clase, la transformación de las condiciones económicas; en una palabra: nuestra revolución supone la creación de una nueva mentalidad en los hombres para una vida libre, sin leyes ni autoridades.

Para esa revolución, desgraciadamente, la violencia será también necesaria; pero la violencia, si es eficaz en la destrucción de un mundo, no crea, no vale para instaurar un mundo nuevo. La sociedad que nosotros queremos construir sobre las ruinas del capitalismo, será un fruto del esfuerzo consciente, del amor y de la solidaridad, no del odio, de la violencia y de la guerra frattricida. Emplearemos la violencia para destruir las bastillas del privilegio político y económico, para hacer frente a los enemigos de la revolución, pero la sociedad nueva surgirá del amor, de la libre iniciativa, de la voluntad y del deseo de los hombres.

Ahora bien, sin negar aquel concepto de revolución general en un país o en un grupo de países, sin menoscabar el valor de esas grandes conmociones revolucionarias, que requieren ciertas condiciones históricas primordiales, nos parece que nada perderíamos con ir construyendo al margen de la ley y de la mentalidad capitalista y estatista, instituciones y concentraciones de fuerzas — morales, de propaganda, económicas, etc. — que al mismo tiempo que de ensayo y de campo de experimentación, servirían para crear resistencias efectivas e intereses en torno a la corriente social propiciada por el anarquismo.

Algunas veces se nos objeta que el socialismo legalitario ha procedido así y el proletariado y la revolución no ganaron nada. Exactamente. Pero el socialismo legalitario no ha querido un solo momento levantar esas instituciones como baluartes contra el estatismo y el capitalismo; desde hace cincuenta años los anarquistas hemos señalado la reacción en el marxismo, no porque atendiese más a la parte práctica y al acomodo económico que a los ideales de la revolución, sino porque en ellos la revolución no era más que una palabra vacía, sin ningún contenido real. El socialismo marxista, que en países como en Bélgica, en Alemania, Esados Unidos, representa grandes potencias económicas y aparatos de propaganda y de elecciones que compiten con los de los partidos burgueses más fuertes, no ha claudicado en realidad; ha conservado siempre la misma línea de conducta, y en su propaganda apenas se encuentra, por azar, alguna indicación referente a la desaparición del Estado. Ni siquiera las épocas de radicalismo verbal nos pueden inducir a error sobre el carácter fundamental del marxismo. El marxismo no es revolucionario; no lo es hoy, que representa una potencia política y económica en casi todos los países, ni lo era ayer, cuando aspiraba a ser lo que es hoy.

No, el ejemplo del marxismo no puede, pues, sostenerse como argumento contra nuestros pensamientos relativos a dotar al anarquismo de instituciones sociales, económicas, culturales, revolucionarias, etcétera., cada vez más numerosas y sólidas. Incluso en el régimen político más extremo queda aún cierto margen y cierta posibilidad de establecer un radio de acción relativamente autónomo. Es verdad que se encuentran obstáculos molestos, dificultades y barreras disgustantes; diariamente tenemos que humillarnos a ciertas minucias legales, sin cuyo reconocimiento nos sería imposible la vida: tenemos que pagar el alquiler de la casa, inscribir a los hijos en el registro civil del Estado y otra muchas cosas que, por nuestro gusto, no haríamos. Pero se puede cumplir con esos requisitos y conservar nuestra integridad de enemigos del Estado, esforzándonos por distanciar todo lo posible nuestra vida, de las reglamentaciones y prescripciones legales, cuando éstas significan para nosotros un obstáculo al libre desenvolvimiento de nuestra personalidad.

Es muy útil la *lucha* contra el Estado, contra la ley, contra la autoridad, pero no hay que olvidar que el *desconocimiento* de la autoridad, de la ley, del Estado, lleva también a la elaboración de una mentalidad libertaria.

Y lo que nos importa hacer resaltar es que no estamos decepcionados de lo que hacemos, que nuestra propaganda actual y nuestras organizaciones obreras nos parecen necesarias y, sin duda alguna, fundamentales. pues sin lo que tenemos, sin nuestra prensa, sin nuestros sindicatos, todo lo demás carecería de verdadera eficiencia. No pretendemos, pues, suprimir nada, sino crear nuevas posibilidades de complementación y de ampliación del esfuerzo anarquista. Esto debe ser tenido en cuenta al considerar los puntos de vista que presentamos. No es un cambio de frente sino la multiplicación de los frentes de batalla al viejo mundo, lo que propiciamos.

Cuando vemos la magnitud de los recursos de la reacción para predisponer la mentalidad a la sumisión y a la obediencia, y para desviar el pensamiento humano de los problemas serios y de interés social como concitadores de energías renovadoras; cuando vemos eso y lo comparamos con lo que nosotros hacemos, la desproporción nos amarga y nos incita a avanzar por nuevos caminos, a buscar nuevos medios para superar esta impotencia en que vivimos.

No podemos contemplar pasivamente la situación internacional de las fuerzas del anarquismo. Viendo que las perspectivas son tan obscuras, que las probabilidades de retroceder son mayores que las de avanzar; comprendiendo que la historia se hace por la voluntad de los más fuertes y que el fatalismo, si puede servir de consuelo a los débiles, es científicamente inadmisible, desearíamos que nuestro movimiento hiciera un poco más, que se manifestase con más facetas de atrac

EMMA GOLDMAN

LA PROSTITUCION

Nuestros reformistas hicieron de repente un gran descubrimiento: la trata de blancas. Los diarios se llenaron de exclamaciones y hablaron de cosas nunca vistas e increíbles, y los fabricantes de leyes se prepararon para proyectar un haz de leyes nuevas a fin de contrarrestar esos horrores.

Es altamente significativo este hecho: toda vez que a la pública opinión se le presenta, como si fuera una distracción más, unos de estos males sociales, enseguida se inaugura una cruzada contra la inmoralidad, contra el juego de azar, las salas de bailes, etc. ¿Y cuáles son los resultados de semejantes campañas aparentemente moralizadoras? El juego aumenta cada vez más, las salas funcionan clandestinamente a la luz del día, la prostitución se encuentra siempre al mismo nivel y el sistema de vida de los proxenetas y sus similares un poco más y se vuelve un poco más precario.

¿Cómo puede ser que esta *institución*, conocida hasta por los niños de teta, haya sido descubierta recientemente? ¿Qué es, después de todo, este gran mal social, — reconocido por todos los sociólogos — para que dé lugar a tanto ruido y a tanta alharaca la publicación de todas esas informaciones?

Resumiendo las recientes investigaciones sobre la trata de blancas — por lo pronto muy superficiales — nada de nuevo descubrió. La prostitución ha sido y es una plaga sumamente extendida, y asimismo la humanidad continuó hasta ahora imbuída en sus asuntos, indiferente a los sufrimientos y a la desventura de las víctimas de ese tráfico infame; tan indiferente como lo fué ante nuestro sistema industrial, o ante la prostitución económica.

Solamente cuando el humano dolor se convierte en una diversión, en una especie de juguete de brillantes colores, el niño que es el pueblo se interesa por él, siquiera un tiempo determinado; el pueblo es un niño de carácter veleidoso; todos los días quiere un juguete nuevo. Y el desaforado grito contra la trata de blancas, es precisamente eso. Le servirá para divertirle durante un tiempo y también dará lugar a que se instituya una serie de puestos públicos, — unos cuantos parásitos más, que se pasearán por ahí, como detectives, inspectores, miembros investigadores, etc.

¿Cuál es la verdadera causa que origina el tráfico de la mujer, no solamente de la blanca, sino de la negra y la amarilla? Naturalmente es la explotación, que engorda el fatídico Moloch del capitalismo con una labor pagada a un misérrimo precio, lo que empuja a miles de jóvenes mujeres, muchachas y niñas de poca edad hacia el pozo sin fondo del comercio del lenocinio. Es que todas ellas sienten y opinan como la Sra. Warren: ¿para qué agotar la existencia por la paga de algunos chelines semanales en un obrador de modista, etc., durante diez, once, doce horas por día?

Es lógico esperar que nuestros reformistas no dirán nada acerca de esta causa fundamental. Comprenden demasiado que son verdades que rinden poco. Es más provechoso desempeñar el papel del fariseo, esgrimir el pretexto de la moral ultrajada, que descender al fondo de las cosas.

Sin embargo, hay una recomendable excepción entre los jóvenes escritores: Reginald Wright Kauffmong, cuyo trabajo "*The House of Bondage*" es uno de los primeros y serios esfuerzos para estudiar este mal social, — no desde el punto de vista sentimental del filisteísmo burgués. Periodista de vasta experiencia, demuestra que nuestro sistema industrial no ofrece a muchas mujeres otras alternativas que las de la prostitución. La heroína femenina que se retrata en *The House of Bondage*, pertenece a la clase trabajadora. Si el autor hubiese pintado la vida de una mujer de otra esfera, se habría hallado con idéntico asunto y estado de cosas.

En ninguna parte se trata a la mujer de acuerdo al mérito de su trabajo; por eso, ese procedimiento es todavía más flagrantemente injusto. Es imperiosamente inevitable que pague su derecho a existir, a ocupar una posición cualquiera mediante el favor sexual. No es más que una cuestión de gradaciones que se venda a un hombre, casándose, o a varios. Que nuestros reformistas lo admitan o no, la inferioridad social y económica de la mujer, es directamente responsable de su prostitución.

Justamente en estos días la buena gente se asombró de ciertas informaciones, donde se demostraba que solamente en Nueva York, de diez mujeres que trabajaban en las fábricas, nueve percibían un salario de seis dólares semanales por 48 horas de trabajo, y la mayoría de ellas debían afrontar varios meses de desocupación; lo que en total representaba una suma anual de 280 dólares. Ante estas horribles condiciones económicas, ¿hay motivo de asombro al constatar que la prostitución y la trata de blancas se hayan convertido en un factor tan predominante?

Si las precedentes cifras pueden ser consideradas exageradas, no estará de más escuchar lo que opinan algunas autoridades en materia de prostitución:

"Las múltiples causas de la creciente depravación de la mujer se hallan en los cuadros estadísticos, indicando la trayectoria de los empleos ocupados, sus remuneraciones antes de que se produjera su caída; entonces se dará la oportunidad para que el economista político decida si la mera consideración de los negocios es una suficiente disculpa para el patrono que disminuye el nivel general de los jornales obreros o si bien aumentándolos en un pequeño porcentaje, los contrabalancea, por la enorme suma de tasas y exacciones impuestas al público sobre los gastos que éste hace al adentrarse — para su satisfacción — en la vasta maquinación de los vicios, la cual es un resultado directo, la mayoría de las veces, de una insuficiente retribución del trabajo honesto". (Dr. Sanger. "*La Historia de la Prostitución*").

Nuestros actuales reformistas podrían muy bien enterarse del libro del Dr. Sanger. Entre 2.000 casos observados por él, son raros los que proceden de la clase media, de un hogar en prósperas condiciones. La gran mayoría salen de las clases humildes y son, por lo general, muchachas y mujeres trabajadoras; algunas caen en la prostitución a causa de necesidades apremiantes; otras debido a una existencia cruel de continuo sufrimiento en el seno de su familia, y otras debido a deformaciones físicas y morales (de las que hablaré después). También para edificación de puritanos y de moralistas, había entre esos dos mil casos, cuatrocientas mujeres casadas que vivían con sus maridos (1). ¡Es evidente que no existía mucha garantía de la pureza de ellas en la santidad del matrimonio!

El Dr. Blaschko, en *Prostitution in the Nineteenth Century*, hace resaltar más aún que las condiciones económicas son los más poderosos factores de la prostitución.

"Aunque la prostitución existió en todas las edades, es el siglo XIX el que mantiene la prerrogativa de haberla desarrollado en una gigantesca institución social. El desenvolvimiento de esta industria con la vasta masa de personas que compiten mutuamente en este mercado de compra y venta, la creciente congestión de las grandes ciudades, la inseguridad de encontrar trabajo, dió un impulso a la prostitución que nunca pudo ser soñado siquiera en período alguno de la historia humana".

Otra vez Havelock Ellis, aunque no se incline absolutamente hacia las causas económicas, se halla empero obligado a admitir que directa o indirectamente éstas vienen a ser uno de los tantos motivos, y de los principales. Encuentra, pues, que un gran porcentaje de prostitutas se reclutan entre las sirvientas, — no obstante sufrir menos necesidades. Pero el autor no niega que la diaria rutina, la monotonía de sus existencias de servidumbre, sin poder compartir nunca las alegrías de un hogar propio, sea también causa preponderante que las obliga a buscar el recreo y el olvido en la vida de los ficticios placeres de la prostitución. En otras palabras, la muchacha que es sirvienta no posee nunca el derecho de pertenecerse a sí misma; maltratada y fatigada por los caprichos de su ama, no puede encontrar otro desahogo que el de prostituirse un día u otro, lo mismo que la muchacha de la fábrica y de la tienda.

La faz más divertida de esta cuestión que acaba de hacerse pública, es la superabundante indignación de nuestras buenas y respetables personas, y especialmente de algunos caballeros cristianos, quienes siempre encabezan esta suerte de cruzadas y también otras que surjan de cualquier parte o por cualquier motivo. ¿Es que ellos ignoran completamente la historia de las religiones y particularmente de la cristiana? ¿Por qué razones deberían gritar contra la infortunada víctima de hoy, desde que es conocido por los estudiosos de alguna inteligencia que el origen de la prostitución es, precisamente, religioso, lo que la mantuvo y la desarrolló por varios siglos, no como una vergüenza, sino como digna de ser coronada por el mismo dios?

"Parece que el origen de la prostitución se remonta a ciertas costumbres religiosas, siendo la religión la gran conservadora de las tradiciones sociales, la preservó en forma de libertad necesaria y poco a poco pasó a la vida de las sociedades. Uno de los ejemplos típicos lo recuerda Herodoto; quinientos años antes de Cristo, en el templo Mylitta, consagrado a la Venus babilónica, se establecía que toda mujer que llegase a edad adulta había de entregarse al primer extraño que le arrojase un cobre en la falda como signo de adoración a la diosa. Las mismas costumbres existían en el oriente de Asia, en el norte de Africa, en Chipre, en las islas del Mediterráneo, y también en Grecia, donde el templo de Afrodita en Corinto poseía más de mil sacerdotisas dedicadas a su servicio.

El hecho que la prostitución religiosa se convirtiese en ley general, apoyada en la creencia que la actividad genésica de los seres humanos poseía una misteriosa y sagrada influencia para promover la fertilidad de la naturaleza, es sostenido por todos los escritores de reconocida autoridad en la materia. Gradualmente y cuando la prostitución llegó a ser una institución organizada bajo la influencia del clero, se desarrolló entonces en sentido utilitario, coadyuvando así a las rentas públicas.

El Cristianismo, al escalar el poder político cambió poco semejante estado de cosas de la prostitución. Los meretricios bajo la protección de las municipalidades se encontraban ya en el siglo XIII. Los principales jefes de la Iglesia los toleraron. Constituían esas casas de lenocinio una especie de servicio público, cuyos dirigentes eran considerados como empleados públicos". (Havelock Ellis, *Sex and Society*).

A todo esto débese agregar lo que escribe el Dr. Sanger en su libro citado anteriormente:

"El papa Clemente II, dió a la publicidad una bula diciendo que se debía tolerar a las prostitutas, porque pagaban cierto porcentaje de sus ganancias a la Iglesia.

El papa Sixto IV fué más práctico; por un solo meretricio que él mismo mandó construir, recibía una entrada de 20.000 ducados".

En los tiempos modernos la Iglesia se cuida más, respecto a este asunto. Por lo menos abiertamente no fomenta el comercio del lenocinio. Encuentra mucho más provechoso constituirse en un poder casi estatal, por ejemplo la Iglesia de la Santísima Trinidad, y alquilar a precios exorbitantes las reliquias de un muerto a los que viven de la prostitución.

Aunque desearía mucho extenderme sobre la prostitución de Egipto, de Grecia, de Roma y de la que existió durante la edad media, el espacio no me lo permite. Las condiciones de este último período son particularmente interesantes, ya que el lenocinio se organizó en *guilds* — asociaciones gremiales — presidido por el rey de un meretricio. Estas corporaciones empleaban la huelga como medio de mantener inalterable sus precios. Por cierto es algo mucho más práctico que el usado por los explotadores modernos de ese mismo tráfico.

Pero sería demasiado parcial y superficial por nuestra parte, sostener que el factor económico es la única causa de la prostitución. Hay otros no menos importantes y vitales. Los mismos reformistas los reconocen, mas no se atreven a discutirlos, ni hacerlos públicos, y menos a mentar esa cuestión, que es la savia de la verdadera vida del hombre y de la mujer. Me refiero al tema sexual, cuya sola mención produce ataques espasmódicos en la mayoría de las personas.

Se concede que una mujer es criada más para la función sexual que para otra cosa; no obstante se la mantiene en la más absoluta ignorancia sobre su preponderante importancia. Cualquier cosa que ataña a este asunto se le suprime con aspaviento, y la persona que intentara llevar la luz a estas espesas tinieblas, sería procesada y arrojada a la cárcel. Sin embargo, sigue siendo incontrovertible que mientras se continúe en la creencia que una joven no debe aprender a cuidarse a sí misma, ni debe saber nada acerca de la más importante función de su vida, no tiene que sorprendernos que llegue a ser fácil presa de la prostitución, o de otra forma de relaciones, que la reducen a convertirse en un mero instrumento sexual.

A esta criminal ignorancia se debe que la entera existencia de una joven resulte deformada y estropeada. Desde hace tiempo la gente se halla convencida que un muchacho, en su adolescencia, sólo responde al llamado de su naturaleza; es decir, tan pronto como despierta a la vida sexual puede satisfacerla; pero nuestros moralistas se escandalizarían al sólo pensar que una muchacha de esa edad hiciese lo mismo. Para el moralista la prostitución no consiste tanto en el hecho que una mujer venda su cuerpo, sino en que lo venda al margen del hogar, del matrimonio. Este argumento no es muy infundado, ya que lo prueban la infinidad de casamientos por conveniencias monetarias, legalizados, santificados por la ley y la opinión pública; mientras que cualquier otra unión, aun siendo más desinteresada y espontánea, será considerada ilegítima, y por ende condenada y repudiada. Y eso que la prostitución, definida con propiedad, no significa otra cosa que la subordinación de las relaciones sexuales a la ganancia". (Guyot, *La Prostitution*).

"Son prostitutas aquellas mujeres que venden su cuerpo, ejerciendo actos sexuales y haciendo de ellos una profesión"

---

(1) *Es un hecho muy significativo que el libro del Dr. Sanger haya sido excluído de todas las oficinas de correos de Estados Unidos. Es evidente que las autoridades no ansían que el público se informe de las verdaderas causas de la prostitución.*

---

ción y más focos de energía a la consideración del mundo.

La anarquía debe convertirse en el polo de concentración de los amigos de la libertad y de la justicia; hay que hacer por que así sea, por demostrar que en ella caben todas las buenas voluntades, todos los aspirantes a una humanidad libre y dichosa.

Sería hermoso ver junto al esfuerzo de nuestra propaganda escrita, cada vez más amplia y atractiva, un movimiento obrero combativo, una tendencia intelectual y artística libertarias, ensayos de experimentación económica y de vida social en la libertad y el apoyo mutuo.

Los caminos que llevan a la revolución social son muchos; ¿por qué hemos de concretarnos a trillar sólo algunos de ellos y a no ensayar el avance por todos los posibles? La vida es un foco de energías, que se agotan mucho más cuando se emplean unilateralmente o cuando no se emplean que cuando se gastan en una acción múltiple y fecunda. En el fondo de nuestro sér sentimos que nos quedan fuerzas para hacer más, mucho más, por la revolución justiciera y libertaria, de lo que hacemos actualmente.

(Banger, *Criminalité et Condition Economique*).

En efecto, Banger va más allá; sostiene que el acto de prostituirse "es intrínsecamente igual para el hombre y la mujer que contrae matrimonio por razones económicas".

Naturalmente, el matrimonio es el único fin a que tienden todas las jóvenes, pero a miles de muchachas, cuando no pueden casarse, nuestro convencionalismo social las condena al celibato o a la prostitución. Y la naturaleza humana afirma siempre su imprrorrogable derecho, sin cuidarse de las leyes; ya que no existen razones plausibles para que esa naturaleza se adapte a una pervertida concepción de moralidad.

Generalmente la sociedad considera el proceso sexual del hombre como un atributo de su propio desarrollo viril; entre tanto, lo que idénticamente se realiza en la vida de la mujer es mirado como una de las más terribles calamidades: la pérdida del honor, y todo lo que es bueno y noble en la criatura humana. Esta doble modalidad moral tuvo no poca participación en la creación y perpetuación de la prostitución. Ello entraña mantener a la juventud femenina en una absoluta ignorancia de la cuestión sexual, con el pretexto de la *inocencia*, junto con una represión anormal de los deseos genésicos, lo que contribuye a originar morbosos estados de animo, que nuestros puritanos particularmente ansían evitar y prevenir.

Tampoco la venta de los favores sexuales ha de conducir necesariamente a la prostitución; es más bien responsable la cruel, despiadada, criminal persecución llevada a cabo por los poderosos contra la masa de los vencidos; los primeros tienen aún el cinismo de divertirse a costa de los últimos.

(*Concluirá*)

REFLEXIONES

¡Cuántas veces, al recordar aquella época, he pensado en este tópico que tanto se repite: la influencia del cristianismo en la dulzura de costumbres y en la civilización!

Los mismos escritores *impíos* y racionalistas aseguran que el cristianismo hace a los hombres más dulces y suaves. ¿En dónde? ¿Cuándo?

Si al cabo de diez y nuevo siglo de predicación apostólica nos seguimos acuchillando unos a otros sin piedad, ¿en qué se conoce la eficacia del cristianismo?

Los que hemos visto tantos hombres con las tripas al aire, con los sesos fuera; los que hemos presenciado casi diariamente el espectáculo de ahorcar, fusilar, acuchillar, abrir en canal, presidido por gente católica y rezadora; los que hemos conocido a curas de trabuco que sabían enarbolar mejor el puñal que la cruz; los que hemos encontrado las sacristías convertidas en focos de conspiración, y los conventos preparados como cuarteles, no podemos menos de reírnos un poco de la eficacia de la religión.

Los eclèctico nos dirán: Es que estos son los malos curas. Yo les contestaría que ni aun los buenos han sabido dar lecciones de humanidad y de bondad.

En cualquier parte se oyen predicadores que nos quieren demostrar que una pequeña manifestación de sensualidad merece el infierno. El hombre que mira a una mujer con amor, que la besa o la abraza; la mujer que se adorna o cubre sus mejillas con un poco de blanco o rojo para parecer más bonita, comete un pecado horrendo; en cambio, ese cabecilla carlista que se dedica a fusilar, a degollar, a incendiar pueblos, ése es un bendito que trabaja por la mayor gloria de Dios.

¡Qué estupidez! ¡Qué salvajismo!

Si al menos los sacerdotes de todas las sectas cristianas hubieran tenido la precaución de asegurar que uno de los mandamientos de la ley de Dios es NO MATARAS... EN TIEMPO DE PAZ, y no NO MATARAS sólo, estarían en su terreno bendiciendo espadas, fusiles, banderas y cañones; pero esos libros santos son tan incompletos, que han hecho que los que creen en ellos tengan que dividir el mandamiento NO MATARAS en dos secciones: la de la paz y la de la guerra.

Cuando se depende del ministerio de la paz, matar es un crimen; en cambio, si se depende del ministerio de la guerra, matar es una virtud. En el primer caso, matando se merecen el garrote; en el segundo, el TEDEUM.

Alguno dirá que esto es difícil de entender y absurdo; pero otros absurdos más difíciles de entender hay en nuestra religión, y, sin embargo, los creemos.

PIO BAROJA.

(*"El escuadrón del Brigante"*).



ARMANDO ENEAS

ENVIDIA

Un día, a la hora en que Bernardo Toral (escritor de vigoroso y sorprendente talento, autor de cuentos y novelas que apenas publicados se sumían en el olvido más absoluto) había vuelto de la fábrica en que trabajaba, unos nudillos misteriosos golpearon sobre la puerta de su cuartucho. Al abrir hallóse ante un joven desconocido, de tímido aspecto y rostro huesudo, en el que brillaban dos ojos negros y hundidos bajo un frontal prominente; era alto y aparentaba serlo mucho más a causa de su delgadez excesiva. Saludó, irresoluto, y con una voz sumamente tímida, que parecía iba a romperse en pedacitos como un cristal que cayera al suelo, preguntó por "el señor Bernardo Toral".

—Soy yo... — respondió éste, extrañado.

Los ojos del desconocido se iluminaron, y balbuceó una exclamación torpe y trivial:

—¡Oh!.. ¿Es usted?...

Imperó una corta pausa que evidenciaba, de parte del desconocido, gran emoción. Parecía que interiormente luchaba contra dos sentimientos contrarios, bien lo dejaba transparentar su rostro franco e ingenuo: el temor de aparecer ridículo ante Toral, y, por el contrario, el de resultarle demasiado frío, glacial, lo que traicionaría la gran admiración que experimentaba por el artista. Pero este embarazo no fué más que fugaz; porque de improviso toda su timidez se esfumó, y una admiración loca, una fogosidad increible se reveló en él. Cogió impetuosamente una mano de Toral y la estrechaba con tal fuerza entre sus descarnados dedos, que le causaba daño.

—¡Ah!... ¡Es usted!... ¿Usted es Bernardo Toral?... ¿Bernardo Toral, quien escribió "Andante"?... ¿Usted escribió eso, ha escrito eso usted?...

Y se introdujo en la habitación, conducido por su entusiasmo, lanzando las exclamaciones idólatras de un creyente en presencia de su Dios. Mezclóse a su ardor un poco de amargura al reparar en lo miserable del cuarto, y dijo, como para sí, o cual si continuara la ilación de un oculto pensamiento:

—¡Cuánta miseria! Lo mismo que yo. ¡El también vive en la miseria, y seguramente sufre!...

Entonces, ante el gesto interrogante y sorprendido de Toral, se decidió a exponer los motivos de su visita y a justificar su actitud. Se llamaba Alvaro Real y era un obscuro empleadillo; también escribía, pero jamás publicó nada. La única vez que lo intentó, dando a leer uno de sus escritos a un conocido director de revista, tuvo que sufrir la humillación de una sonrisa burlona, estúpidamente paternal, y un petulante: —"Vea, amigo, ésto no vale nada. No tiene usted pasta de escritor"... Después de aquello continuó escribiendo todavía, aunque no creía poseer talento, ni mucho menos, sino porque era una fuerza natural e irresistible la que le impelía a escribir; pero no publicaba sus trabajos... Algunos días antes encontró en una librería de barrio una novela de un autor, cuyo nombre desconocía; era "Andante", de Bernardo Toral. La compró, por pura curiosidad, nada más, sin saber que llevaba — así confesábalo con candorosa vehemencia — "una verdadera, una magistral obra". Por la noche la comenzó a leer... y no la dejó hasta haberla concluído. ¡Oh, qué magnífica revelación! Aquella novela era toda una vida, pero una vida tal cual es, no la que nos forjan los novelistas. Real se identificó al instante con el héroe: era un hombre como él, sufría como él, anhelaba como él, quería en idéntica forma que él... ¡Y el ejemplo grandioso y humano que representaba aquella vida!... Inmediatamente formó el proyecto de conocer al autor, al dios creador de aquella obra. Trató de informarse, inquirió, investigó infatigablemente... Ahora se presentaba para testimoniarle toda su inmensa admiración. Quería ser su amigo, amarlo como amó su obra. ¿Verdad que él, Toral, aceptaría ser su amigo? Entre sus respectivos sentimientos existía cierta similitud, una manera de pensar casi idéntica, un mismo concepto generoso de la vida... Los dos se veían solos, apartados por la sociedad, despreciados por los hombres...

Alvaro Real, descubriendo todo esto en el curso de su charla torpe, más poseedora de la fuerza atractiva que dá la sinceridad, sonreía feliz.

Grandemente sorprendido, Toral escuchaba al joven. Sintió pronto gran simpatía por aquel muchacho ingenuo, sincero y amoroso. Lo escuchó pronto con placer, participando, en cierto modo, de la felicidad de Real. Cuando la voz de éste dejóse de oir, el silencio que siguió sorprendió a Toral sumido en amables reflexiones. En verdad que ya estimaba a Alvaro Real, era extraño que en tan pocos minutos llegara a apreciarlo así; pero de nuevo oyó que su admirador le hablaba:

—¿Verdad, maestro, que uste consiente en que yo sea su amigo?...

Estas palabras produjeron impresión en el ánimo de Toral. Aquel joven apasionado y bueno, de quien ignoraba su existencia diez minutos antes, rogábale fuera su amigo. ¡Amigo! Solamente aquel que se haya encontrado siempre solo, que ha sentido necesidad de amar a alguien, que se ha ofrecido con generosidad y ha recibido en cambio maldades y traiciones, puede imaginarse lo que fueron para el artista las palabras de Alvaro Real. ¿Que si aceptaba ser su amigo? Estrechó la mano que el joven tendía y, contagiado de la fogosidad de éste, barbotó precipitado:

—¡Oh, sí, sí, amigo, sí!...

*
* *

Una amistad que ascendía a lo sublime se entabló entre Real y Toral. Era un amor sin límites, fraternal, irrompible, al parecer inenfriable, que se consolidaba día a día por íntimas y recíprocas atenciones y sacrificios nimios, pero que entre ambos adquirían proporciones heroicas. Sublimizaban su ideal; y se amaban tan intensamente, estaban tan henchidos de amor, que en momentos expansivos se creían capaces de transformar el mundo, de hacer más buena la sociedad: tan buena, como buenos sentíanse ellos en tales instantes. Toral dió a leer a su amigo todos sus trabajos literarios, cosa que éste hacía con religiosa devoción y comunicaba sus impresiones acompañadas con efusivos apretones de mano e inagotables frases admirativas. Cierta noche dicha amistad se remontó a lo más elevado y palpitante del sentimiento: la pasaron en blanco, leyendo las "Confesiones" de Tolstoy. Juntos, los tres corazones: el del genio de Yasnaia Poliana y el de ambos amigos; se estrecharon en un íntimo abrazo, murmurando el más hermoso canto que se haya entonado en holocausto de la Vida y el Bien. Separáronse de madrugada, enternecidos aún.

Una tarde, Alvaro Real se presentó en la casa de su amigo con un manuscrito. Era una novela que traíale para que la leyese y le diera su opinión.

Toral resultó ingratamente sorprendido. Había olvidado ya que también su joven amigo escribía. Esto le disgustó profundamente.

Acostumbróse muy pronto al papel de homenajeado y admirado artista y su conciencia se abandonó en seguida al vértigo peligroso que significa el creerse grande, el de merecer justamente el homenaje y la admiración. De ésto a llegar a alentar un pensamiento odioso, o cometer un acto repugnante, media algo menos que un simple paso. Es precisamente lo que sucedió a Bernardo Toral, que olfateó un adversario en su amigo, otro escritor que pretendía obscurecer su gloria de artista celebrado. Se indignó. ¡He ahí que su admirador ferviente se erguía ahora en competidor!... Concibió la actitud de Real como vil e insólita, como una traición. Iba ya a tratar duramente al amigo; pero, astuto, optó por acogerlo con falsa afabilidad:

—¿Así que tú has escrito eso?... Está bien, bien... me alegro mucho... (¡"mentira"!, le gritaba su conciencia). Ya veré eso. Espero que será bueno. (¡"Mentira"!, seguíale gritando la voz interior). En este momento no puedo leerlo, pues he de marcharme... (¡"mentira"!). Sí, debo marcharme, (buscó un pretexto cualquiera); me esperan para dentro de media hora en la redacción de "El Minuto". Lo leeré esta misma noche, detenidamente para apreciarlo con justicia, y mañana te daré mi opinión. ¿Quieres?...

—¡Oh, sí! Cuando te parezca. Además, la cosa quizás no valga la pena — respondió Real, que no sospechaba lo que acontecía en el ánimo de su amigo.

Conversaron un rato de cosas indiferentes. Luego Alvaro Real se marchó.

Apenas ido éste, Toral sintió insistentes deseos de leer el manuscrito. Se violentaba por no hacerlo, presa de un malestar perverso y extraño, y el temor de hacer sufrir su ya resentido amor propio. Intentó varias veces dar comienzo a su lectura, debió abandonarla otras tantas porque padecía hondamente, porque un cruel escozor lo hacía desdichado en extremo. La envidia, que es un género de odio que reconoce superioridad en el objeto que la provoca, que con frecuencia adjudica más de la que existe en realidad, hacíale creer excelente y superior a sus trabajos el que le había dejado Real, aun antes de leerlo. Cada una de las líneas que leía producíale el efecto de un balazo disparado siempre contra el mismo sitio del pecho, y se hizo tan grande y dolorosa esta herida, tan insoportable semejante tortura, que se vió obligado a apartar de sí el manuscrito.

Pero, no obstante, el deseo de conocer aquello persistía, haciéndose cada vez más apremiante. Toral trató de fijar su pensamiento en cualquier otra cosa, sin conseguirlo; quiso leer y tomó un libro al efecto: no entendió nada y su mente siguió pensando en el perturbador manuscrito; pretendió trabajar y se engolfó frente a un cuento empezado la víspera, en vano, porque un artista solamente logra escribir cuando su alma se encuentra diáfana y abriga un sentimiento noble. Colérico contra sí mismo, rompió las cuartillas, se paseó largo tiempo por su habitación, luchando siempre con el deseo de conocer la novela de su amigo.

Fué entonces cuando su febriciente cerebro descubrió una solución diabólica, que hizo lanzar un gemido a su sofocada conciencia: leería el escrito para tratar de encontrarle una falta, ¡quizás muchas!, y así justificar a su amor propio y demostrarse que aún continuaba siendo el "artista insuperable, único", como lo había llamado tantas veces aquel "desleal" amigo. Comenzó a leer con atención, leyó capítulo tras capítulo sin hallar faltas importantes; se dedicó a su intento de tal manera, que hasta olvidóse de cenar. Cuando hallaba la más pequeña falta, se detenía, la consideraba y discutía con pasión, concluyendo siempre por absolverla. ¡Y todo ésto en medio de qué sufrimiento, de qué amargura, de qué angustia! Por fin, desesperado, dejó la novela en mitad de su lectura y salió a la calle.

Quiso aturdirse con los ruidos de la ciudad. Caminó toda la noche, errabundo. Volvió tarde y se acostó, durmiéndose al

instante, rendido por el cansancio y la debilidad...

Por la mañana siguiente se dirigía hacia la fábrica, cuando una voz conocida, hasta pocas horas antes amada y ahora tan odiosa, gritó detrás de él:

—¡Eh!... ¡Bernardo, Bernardo!..

Alvaro Real había pensado atajar a su amigo en aquella hora para inquirirle por la novela.

Toral acogiólo friamente.

—No tuve tiempo de leerla todavía, estuve muy ocupado — se excusó. —Ven a verme en otro momento.

Y se despidió, fingiendo tener prisa...

Al volver, por la tarde, encontró a Real que lo aguardaba en su habitación, y dificultosamente pudo sofocar una interjección desagradable, de tal manera sus nervios se sublevaron.

—¡Bernardo!... ¿Por qué no lees mi manuscrito, por qué? En verdad que no es gran cosa; ¡pero te costaría tan poco darme tu opinión!... — le suplicó Real.

—Es que no he tenido tiempo, Alvaro — contestó. —No pude...

—Podríamos leerla juntos esta noche. Unas pocas horas bastarán.

Toral palideció, mas repuso aún:

—Imposible. Tú sabes que estoy corri-



giendo las pruebas de mi próximo libro; comprenderás...

Ante semejantes razones, Real se avergonzó de su cargoso insistir.

—Tienes razón — dijo —, perdona mi torpeza. Tengo pretensiones de escritor y por eso me creo obligado a molestar estúpidamente a un amigo con mis necedades: léela cuando quieras. Ahora, permíteme ayudarte a corregir esas pruebas de imprenta. Dicho lo cual se sentó a la mesa sobre la cual estaban aquéllas.

Toral demostró esa tarde un insoportable humor, veíase claramente que la presencia de su amigo le molestaba. Este se fué, por último, prometiendo volver a la mañana siguiente, que era domingo.

Cuando por la mañana volvió, Toral esperábalo ya con una cruel respuesta preparada:

—¿Has leído eso?...

—Sí, Alvaro, la he leído — fué la respuesta. He leído eso y, no te ofendas, la hallé tan plagada de errores e imperfecciones que me convencí, a pesar mío, de que tú no tienes temperamento de escritor. Créeme que lo siento de verdad...

* * *

Creyó Toral que lo que acababa de hacer representaría el fin de su desdicha, que su amor propio daríase por satisfecho; mas no fué así, aun no lo estaba. ¿Qué había hecho, en suma? Habíale dicho a Real que su novela era un desastre, que su autor no tenía el talento de un artista. Lo había ofendido y... ¡nada más! La obra no había sido leída, permanecía incólume. ¡Era bien triste su triunfo!... El amor propio del escritor reclamaba una victoria más airosa: se hacía preciso que la novela fuese mala, necesariamente, de lo contrario la inferioridad de su propia obra frente a aquélla quedaría en pie. Debía leer íntegro el manuscrito para ello, y ésto significaba la vuelta a la tortura de la víspera. ¡Volver al dolor implacable!... Pero le fué preciso leer aquello. Tomó las cuartilas y comenzó a leerlas, con la atención toda puesta a la caza de la más insignificante laguna. Agrandaba las órbita y fijaba la vista tan exageradamente, que sus pupilas le quemaban como carbones encendidos. ¡Todo era inútil, se hallaba ante una obra de arte! Gemía, perdido en su descomunal desesperación.

Mas Toral era un artista, un verdadero artista, y sucedióle precisamente lo imposible para toda alma vulgar, para todo aquel a quien no guíe una conciencia. Leyendo aquella obra de arte, el artista olvidó poco a poco su mal inspirado deseo, no sintió ya la envidia, no buscó ya errores; sólo leía con avidez la novela, que lo embargaba por entero, que lo hacía sufrir, le arrancaba lágrimas y desplegaba sus labios en una sonrisa placentera. El artista parecía estar releyendo una nueva obra suya; con tal amor lo hacía, tan emancipado de bajas pasiones. Cuando la concluyó, en lugar de contraer sus labios en una mueca despectiva, como le aconsejaba su amor propio derrotado, fué una sonrisa de gran felicidad la que amaneció en su rostro. Se alegró de aquel triunfo del amigo y reprochóse su cobardía. ¿Cómo, él, ¡egoísta, torpe!, había hospedado tan viles sentimientos, tan imbécil animadversión hacia aquella maravilla? ¿El, un artista que hablaba de perfeccionarse a sí mismo, que consideraba el arte como un sacerdocio, accesible tan sólo a seres puros y perfectos o, por lo menos, que formaran propósito de serlo, él, había descendido tan profundo? ¡Y cuán injusto había sido con su amigo!... Pero ahora repararía su maldad, pediría perdón al agraviado.

—¡Sí, sí!... Pediré perdón, de rodillas...—se repetía, febril, como su amor propio protestase — de rodillas, sí, de rodillas. ¡Qué malo he sido!

El sacerdote del arte se sintió dispuesto a recibir un nuevo artista en su hermandad. Su conciencia de artista y de hombre salió de aquella lectura como de un baño de sol: ¡sana, pura, buena, veraz!... Era el hechizo, la obra de arte. (¡Ah!, si todo artista tratara de producir una obra así; que arroje todos los espíritus la maldad, que los purifique, los limpie de toda suciedad!).

El espíritu de Toral vibraba de gozo, porque ya no sentía ningún mal pensamiento acerca de su amigo, era más amigo aún, pues le había hablado directamente al corazón. Con aquella experiencia — dolorosa como todas — avanzaba un poco más en el camino de su propia perfección. ¿Que con aquella obra Real lo superaba como artista? ¡En buena hora! Vivir es superar, superarse a sí mismo, y ser superado; tengamos el valor de reconocernos superados, los que a nuestra vez quisimos superar. ¡Que nos superen, que nos superen! ¡Loado sea quien nos supera!... Real había escrito una obra de arte, ¡bienvenido!... Toral descubrió en él un talento superior al propio, pues lo ayudaría, trabajarían juntos, serían dos soldados del arte por la Vida, por la Perfección.

Dichoso, radiante como nunca, corrió a casa de su amigo, a pedirle que lo perdonara; a darle la buena nueva y, al mismo tiempo, participarle que se había hecho más bueno, más perfecto.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

X

El Estado es una asociación en donde una parte de los miembros, bien organizados y apoyados en instituciones de violencia e hipocresía, gobierna a su antojo a la otra parte de la sociedad, mal organizada o completamente desorganizada. Disfrutando del poder coercitivo, apóyanse los gobiernos, no en el derecho, sino en la fuerza.

Todas las tentativas para justificar la existencia del gobierno carecen de base. Nos dicen que los hombres renuncian al derecho de organizar su propia vida, que los hombres no son capaces de mantener en su medio el orden y la paz y que de ello tiene que encargarse el gobierno. Hablar de paz y de orden en nuestros días, teniendo por delante la guerra mundial, provocada y mantenida por los gobiernos, es una cruel ironía. Unicamente los gobiernos pudieron crear este sangriento desorden, los horrores que nos tocó presenciar y sobrellevar durante varios años. El desorden que dentro de la sociedad pudieran provocar los hombres aislados es una bicoca ante el sangriento desorden de las guerras provocadas por los gobiernos. Tampoco hay paz ni orden dentro de los Estados. La lucha en ellos es incesante: lucha de clases, de razas, religiones, etc. La guerra al exterior — este delirio sangriento de los gobernantes despóticos y democráticos — es un azote que castigará a la humanidad mientras existan gobiernos y desaparecerá cuando desaparezcan éstos. Unicamente con la desaparición de los gobiernos cesará el desorden de la lucha de clases.

Tampoco resiste a la crítica la afirmación de que el Estado es la unión de los hombres libres. Aunque en esta afirmación hubiese algo de verdad, aun entonces se vería que el Estado no es la única forma de unión semejante. Pero el caso es que el Estado es la unión de los esclavos y señores impuesta por la fuerza. Porque el rasgo característico de la esclavitud es el trabajo de unos hombres para otros, y los súbditos del Estado trabajan y pagan impuestos a los gobernantes. La masa obrera vive en los Estados en la miseria, y la miseria es la esclavitud. No es libre el que tiene que mendigar su trabajo al explotador. No son libres los soldados reclutados bajo la amenaza de castigos feroces. No hay libertad donde el orden de los gobernantes, sus leyes, rigen las condiciones de la vida de los hombres y su inviolabilidad personal.

Nos dicen que el gobierno no permite a unos hombres maltratar y ofender a otros, previene la actividad nociva de los criminales. Es una afirmación errónea: los gobiernos existen desde hace miles de años y no pudieron aniquilar, ni siquiera amenguar la criminalidad— parto de estos gobiernos, su engendro. El gobierno, lo único que hace es castigar al delincuente. Y castiga tan ferozmente que bajo la influencia de esta ferocidad los hombres embrutecen y se hunden más en el crimen. El gobierno creó instituciones especiales para atormentar a los hombres y junto con criminales atormenta a hombres inocentes y nobles.

El gobierno es, ciertamente, la fuerza conciliadora en la lucha que los oprimidos y explotados mantienen contra los opresores y explotadores. Pero esta fuerza conciliadora logra la "conciliación" aniquilando la resistencia de los que luchan por la justicia y apoyando a los enemigos del bienestar y de la libertad de las masas laboriosas.

El gobierno mata el sentimiento de solidaridad, anula la auto-actividad y pervierte a gobernantes y gobernados. A esto se dedica constantemente. Sin embargo, las funciones vitales de la sociedad son creadas y mantenidas por ella misma, a pesar de la actividad disolvente del Estado. "La destrucción del gobierno, dice Malatesta, no significa ni puede significar la destrucción de los lazos sociales", desde que "la experiencia de muchas generaciones demostró al hombre que su seguridad y su bienestar son mayores cuando se une con más personas", por cuanto, "la cooperación, siendo siempre condición indispensable de la lucha ventajosa del hombre contra la naturaleza, es causa de unión constante entre los hombres y del desarrollo del sentimiento de simpatía entre ellos", ya que "en realidad, la parte más grande, más social de la vida de la sociedad se efectúa hasta hoy sin la intervención de los gobiernos. El gobierno interviene únicamente para explotar a las masas, defender los privilegios y sancionar todo aquello que se ejecuta sin él y hasta a pesar de él. Los hombres trabajan, entran en relaciones, estudian, viajan, observan a su deseo reglas de moral e higiene, disfrutan de los progresos de la ciencia, del arte, entablan entre sí las más distintas relaciones"... "En justicia, estas cosas en las que los gobiernos no se entrometen, se desenvuelven perfectamente, provocan el minimum de discordias y de tal modo concuerdan con los deseos de todos, que todos hallan en ellas beneficio y placer" (E. Malatesta).

Todo lo que el gobierno hace para la sociedad, todo eso se haría sin su intervención de un modo más beneficioso o menos perjudicial para la sociedad. El gobierno introduce en todas partes su influencia corruptora, impone en todas partes su orden, su violencia, trata de crear en todas partes un apoyo para sí, una jerarquía, un privilegio.

XI

Se entiende que no son los gobernantes los que crearon las reglas que hicieron posibles la convivencia de los hombres. "El estudio científico de la evolución de las sociedades e instituciones humanas — dice Kropotkin — nos demuestra que los hábitos establecidos para el apoyo y la defensa mutuas, para la conservación de la paz, que dieron la posibilidad a la humanidad de sobrevivir en la lucha por la existencia entre condiciones naturales muy penosas elaboráronse precisamente por las "masas" anónimas. Nos demuestra que los llamados dirigentes de la humanidad nada aportaron a la historia que no hubiera estado elaborado ya por el derecho del hábito, y que no tuvieron nunca más que una sola aspiración: la de destruir estas instituciones de derecho o de explotarlas en beneficio propio".

ELISEO RECLUS

EL ARTE Y EL PUEBLO

A cerrar el Salón, uno de mis amigos, gran aficionado a las bellas cosas, llegóme desolado. Había estado enfermo, mas después un viaje le había alejado de París; ahora llegaba demasiado tarde para visitar la Exposición, y he aquí que se lamentaba de no haber visto las multitudes de mármoles y pinturas, de las cuales le noticiaban revistas especiales.

¡Tranquilícese el caro compañero! Un paseo por los senderos del bosque, sobre las arrugadas hojas, o bien un minuto de reposo al borde de una fuente pura — si aun las hay a quince o veinte leguas del bulevard — lo consolarán de no haber podido visitar el palacio, donde todos los años son encerradas, temporalmente, lo que se llama las "bellas artes."

De ninguna manera quiero denigrarlo. En mi niñez siempre he admirado los prodigios de las ferias, las hermosas volatineras, los titiriteros en torno de los cuales se arremolinan los platos, los jugadores de manos que estropean los relojes cambiándoles en ramos de flores.

En el Salón continúo admirando ingenuamente como el último de los papanatas. Allí veo también artistas prestidigitadores que manipulan y mezclan los colores con una admirable destreza, que unen de mil maneras las sombras y la luz con matices completamente inesperados y consiguen hacer surgir de los fondos negros una luz atolondradora. Todo eso me parece verdaderamente muy hermoso, o más bien sorpredente, y yo aplaudo los talentos del pincel con toda sinceridad.

Y, no obstante, no estoy satisfecho. ¿Es eso el arte verdadero? ¿Encuentro en él la consolación de las pesadumbres, del tedio de la cotidiana existencia y de los profundos dolores que nos acompañan durante toda la vida? ¿Es que todos esos objetos pintados, esculpidos, grabados o bordados, pueden hacerme olvidar la sórdida miseria de fuera y la pesadumbre del polizonte armado que cerca la puerta o en la misma sala podrá apuntar su arma contra el pacífico ciudadano y romperle el cráneo? No, todo este arte polícromo que acumula sus productos en las doradas salas que presta el Estado, no puede ser más que un arte falso, engañoso, porque no es la obra de un pueblo libre.

Lo esencial les falta a la mayoría de los que se han fatigado para darnos uno o varios metros cuadrados de esta decoración mural, no habiendo tenido el arranque natural y alegre que da la atrevida independencia. En todo este fárrago, ¡qué de objetos atestiguando la sujeción moral, la caducidad y la vanidad del servilismo! Las imágenes de los falsos grandes hombres pululan tanto como las escenas de vicio y mil inmundicias que hubiera valido más dejar en las zahurdas. Al contacto de esta horrible tramoya, toda obra verdaderamente bella, queda profanada.

¡Ah! si los pintores y los escultores fuesen libres, no tendrían necesidad de encerrarse en los salones. Tendrían que reconstruir nuestras ciudades; demoliendo primeramente esos innobles cubos de piedra donde se han amontonado los seres humanos en una horrorosa promiscuidad, pobres y ricos, mendigantes y fastuosos, famélicos y ahitos, víctimas y verdugos. Quemarían todas esas barracas de los misérrimos tiempos en un inmenso y delicioso fuego, y me imagino que, en el museo de las obras que se conservan, no dejarán gran cosa de las pretendidas obras de arte de nuestros días.

En nuestros tiempos de celosos monopolios, de propiedades estrechamente privadas y de división de trabajo sin tregua, en ocasiones de entusiasmo público se ven obras realmente bellas nacer de un movimiento de arranque popular. Tales fiestas, donde para nada intervino el funcionario, se hicieron con tan maravillosa alegría, con una cordialidad tan conmovedora, que se queda para siempre arrebatados. Tal concierto improvisado, tal escena de teatro representada en un arranque de fraternidad, deja recuerdos imborrables, mientras que la memoria de las más fastuosas ceremonias no afecta más que a los alcaldes, a los cuales se decoró y a los bomberos que recibieron una propina.

Algunos hombres de buena, pero impotente, voluntad, tratan de conciliar lo inconciliable sin tocar las causas de desacuerdo. Ellos quisieran que el arte permaneciese sincero, estando sujeto en el artista a las necesidades de su sostén. No, lo "bello" y lo útil no pueden reconciliarse mientras los hombres estén divididos. En nuestra sociedad, estando dividida en clases enemigas, el arte ha llegado a ser necesariamente falso, puesto que participa de los intereses hostiles. En los ricos se cambia en ostentación; en los pobres no puede ser más que imitación y engaño. Por otra parte, el dinero que los artistas han de procurarse ante todo, vicia lo que queda de arte en los unos y en los otros; en sus obras, la sinceridad y la naturalidad deben ceder el sitio a la habilidad y a la "magia", de la destreza. Ni la protección del gobierno, ni educación artística, ni museo de mañana y tarde, ni concursos, ni jueces, podrán cambiar nada. ¡Y la miseria! ¿Cómo puede llegar a ser artista un pueblo cuando los sufrimientos del hambre y de la enfermedad contraída lo afean?

"El principio del arte, dice Ruskin, consiste en volver al pueblo bello." Ha habido, sin duda, un arte en países donde las personas no eran todas bellas, teniendo los labios gruesos y la piel negra — porque el sol las había mirado — pero jamás en un país donde los carrillos habíanse vuelto pálidos por un miserable trabajo y una sombra mortal, y donde los labios de la juventud, en lugar de estar llenos de sangre, habían sido adelgazados por el hambre o deformados por el veneno.

"El arte es la vida", dice Juan Baffier, el obrero escultor que tanta pasión y goce ha puesto tallando en el mármol la noble y pura figura de la campesina, su madre, la de los valientes labradores y prudentes jardineros.

¡El Arte es la vida! Desde el momento que el trabajo apasiona, dando el goce, el obrero vuélvese artista, quiere embellecer su obra, dándole un carácter de duración y de universalidad por la admiración de todos. Aunque no fuesen más que alfileres lo que hiciese, nos dice Diderot, necesariamente estaría enamorado de su oficio. El campesino desea que se venga de lejos para contemplar el surco derecho y de una profundidad igual que él con mano firme ha hecho trazar a sus bueyes. El arriero pone su gloria en bien mesurar el equilibrio de la carga sobre el animal y en adornarlo con bellas hilachas y pompones brillantes, salvo si la miseria no lo ha envilecido, privándole de su iniciativa; todo operario se procura útiles que sean, no solamente perfectos para el trabajo, sino también agradables a la vista, escogiendo él mismo la madera o el metal; enmangado y ajustado, lo ornamenta con diseños. Los mismos trabajadores cuya obra desaparece tan pronto queda hecha, como guadañeros, segadores y vendimiadores, no son menos artistas en su manera de manejar las herramientas y de derribar la faena, y pasados algunos años se refieren sus hazañas de rapidez y resistencia en el inmenso esfuerzo. Cada profesión tiene sus héroes, hasta en la sencilla vida de la aldea, constituyendo, por ella misma, un mundo completo, y cada uno de esos héroes encuentra poetas que perpetúan su fama, sobre todo durante las largas veladas de invierno, cuando las llamas danzantes y el chisporroteo hacen oscilar las figuras, ora acercándolas, ora alejándolas, dando a todas las cosas la impresión del misterio y de la intimidad. Es de estos humildes hogares de arte primitivo de donde han salido nuestras epopeyas y nuestras arquitecturas! Y mientras queden de esos lugares pacíficos para el trabajo dichoso, nosotros tendremos esperanza. De esta célula inicial surgirá quizá la ciudad del porvenir.

No es solamente la restauración y el embellecimiento de nuestras ciudades que nosotros esperamos del hombre hecho artista, porque habrá llegado a ser libre; contamos también con él, porque renueve la belleza de la campiña, adaptando todas sus obras propias al ambiente natural de manera que de ello nazca entre la tierra y el hombre una armonía dulce a la mirada y reconfortante al espíritu.

Hasta los grandes edificios pueden ser admirables de bellezas cuando los constructores han comprendido el carácter del paraje cercano y la obra del hombre concuerda con el trabajo geológico de los siglos en un armonioso conjunto.

Pero hay pináculos que profanarían toda artista de momento y se siente una impresión de verdadero disgusto cuando algunos insolentes arquitectos, pagados por hoteleros sin vergüenza, contruyen enormes posadas, bloques rectagunlares donde son inscritos mil rectángulos de ventanas simétricas y erizados de cien chimeneas ahumantes, y todo enfrente de picos soberbios de granito, de campos de inmaculada nieve, de ríos de azulado hielo serpenteando en los valles de la montaña. Es así como los hombres han envilecido muchos paisajes grandiosos de Suiza y de otras comarcas: el amante que se place del misterio de la naturaleza huye de los parajes que más admira; se aleja con repugnancia de la masa de los bodoques y vocingleros que se precipitan al asalto de las rocas de Zermat y busca, apartándose, algún lugar que la moda no haya aún mancillado.

La Tierra es infinitamente bella; pero para asociarnos a su belleza, para glorificarla con un arte respetuoso, no hay otro medio más que llegar a ser libre, hacer la revolución decisiva contra el dinero, ennobleciendo la "lucha de clases", aboliendo las mismas clases.

P. J. PROUDHON

P. J. Proudhón y la pensión Suard

Besançon, septiembre 16 de 1838.

A. M. Ackermann.

Mi querido Ackermann:

Sus cartas tienen la virtud de refrescarme el alma y darme ánimos para luchar por la verdad y la fe republicana. De todos los que conozco, usted, hasta ahora, es el único que veo apasionarse por la justicia y la virtud e inflamarse de celo por la humanidad.

¡Soy más digno de lástima que Vd.! Hay aun — dice — espíritu, lumbreras, en esa capital; y yo, yo vivo entre una majada de carneros. He recibido las congratulaciones de más de doscientas personas; ¿por qué motivo, pensará Vd., se me felicita? Porque ahora tengo casi la certeza, si lo quiero, de hacer fortuna y de participar en el consumo del pienso que constituyen los grandes puestos públicos y los sueldos importantes;; de llegar a los hombres, a los puestos brillantes; de igualar, si no *sobrepasar*, a los Jouffroy, Pouillet, etc., etc. Nadie viene a decirme: "Proudhon, tú te debes, ante todo, a la causa de los pobres, a la liberación de los desheredados, a la instrucción del pueblo; tú serás, tal vez, abominado por los ricos y los poderosos; los que tienen la llave de la ciencia y de Plutón te maldecirán: prosigue tu ruta de reformador a través de las persecuciones, de la calumnia, del dolor y aun de la misma muerte. Cree en los puestos que se te han prometido: pero no vayas a preferir al martirio glorioso de un apóstol, los goces y las cadenas doradas de los esclavos.

"¿Serás vencido por las lisonjas, las seducciones del placer y la fortuna? ¡Tú, hijo del pueblo, *filius fabri*, como se decía antaño de Jesucristo, tú abdicarás tu conciencia, harás apostasia de tu fe para ser feliz a la manera de éstos y de aquéllos! Tus hermanos no quitan los ojos de tí; esperan con ansiedad saber si deberán muy pronto deplorar la caida y la traición de aquel que había jurado tanto ser su defensor; no tendrán jamás para recompensarte sino sus bendiciones; éstas valen más que los escudos contantes del poder. Sufre y muere, si es menester; pero dí la verdad y defiende la causa del huérfano".

Estoy agobiado por las vergonzosas exhortaciones de los que me rodean. ¡Qué furor por el bienestar material! ¡Qué epicureismo abyecto veo por todas partes! Debo reflexionar antes de dejar escapar una sola palabra de mis pensamientos. He adquirido la certeza de que mi profesión de fe hace que se me considere como un ciervo asombrado o por lo menos exaltado. Hago reír por aquí; pero no convenzo a nadie. El materialismo está arraigado en las almas, el materialismo práctico, digo, pues no se tiene ya bastante espíritu para profesar el otro. Los gazmoños, por sus monerías, su ejemplo, su ignorancia, su fanatismo y su mala fe, entretienen cuanto pueden estas funestas disposiciones.

La voluntad y la fe han sido proclamadas, en todo tiempo, como los más grandes goces de la naturaleza y de la humanidad; tenemos fe en la justicia de nuestra causa, en la verdad de nuestros principios, en la eternidad de nuestros dogmas; ¿nos faltará la voluntad? ¿No daremos algún día el espectáculo nuevo de hombres convencidos e inexpugnables en su creencia, al mismo tiempo que resueltos y constantes en su empresa? Probemos que somos sinceros, que nuestra fe es ardiente y nuestro ejemplo cambiará la faz del mundo. La fe es contagiosa; ahora bien, no se espera, hoy en día, más que un símbolo, con un hombre que lo predique y crea en él.

Pauthier marchará siempre conmigo; es demasiado honor para mi nulidad y mi ignorancia; pero que se muestre republicano invencible, defensor implacable de la moral universal, enemigo del lujo y de la opulencia, y soy suyo en vida y muerte. Que llegue a ser lo más sabio que pueda; que descienda un día de las alturas de la ciencia, rodeado como Moisés, de una aureola de gloria, pero que no olvide que hay aun otra misión que cumplir y que toda su doctrina debe ser considerada por él como sus letras de crédito. A ese precio tendrá toda mi admiración y todo mi amor.

He recibido con alegría noticias de todos los amigos; estoy pesaroso de que Haag no pueda llegar a colocarse a su gusto y siento que Bergman vuelva a Strasbourg.

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Federica Montseny

(*Conclusión*)

4o. *¿Qué orientación debe darse a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?*

Esta pregunta sería más ampliamente contestada por pedagogos que no por quien sólo por afición, y en horas de ocio ha estudiado la enseñanza y se ha complacido en comunicar lo poco que sabe.

Sin embargo, considero que a los niños no es posible darles orientación alguna, que su emancipación es obra de los años y no de las orientaciones que les demos. La vida señala una épocca y un límite para cada cosa, una aspiración para cada edad.

La emancipación infantil es, por lo tanto, un absurdo. Debemos, creo yo, ser los mayores los que preparemos el camino de su emancipación, para que a su vez ellos preparen el de sus hijos. El alma del niño, incompleta y frágil, no formula ni debe formular ideas alejadas de su rudimentarismo, de sus concepciones embrionarias. Los años, su desarrollo físico y psíquico, van formando su edificio moral con los conocimientos y las sensaciones adquiridos. Según sean éstos y éstas, así será el hombre y así será su emancipación futura. Orientación no debe darse otra que el libre y pleno desarrollo de la vida.

Todas las orientaciones deben encerrarse dentro de esta palabra: vida. Vida plena, vida libre, vida sana. Si la sociedad presenta dificultades al disfrute de esta vida, a la que se ha enseñado a aspirar al niño, pero no como orientación, sino como simple consecuencia de su naturaleza; si la sociedad presenta dificultades, repito, al disfrute de esta vida, el niño comprenderá que la causa es social y se dedicará a destruirla. Su emancipación, por lo tanto, no depende de ellos ni de nosotros, directamente: depende de la sociedad, en primer término. A ella, pues, hay que atacar.

5o. *¿Por qué sendas creen los compañeros que debe de orientarse el Arte, en América y en Europa, para saturar más el ambiente de anarquismo?*

Estimo que el Arte no puede saturar el ambiente de anarquismo. Para ello tendría que hacer un arte anarquista, y este arte no existe. La pregunta quizá ha sido formulada a la inversa. Es decir: ¿cómo saturar de anarquismo el arte, para que éste sature a su vez al ambiente?

El arte es manifestación libre e instintiva de la Naturaleza. El arte, sentimiento o sensación, no razonamiento, está, naturalmente, alejado de toda secta. No puede, por tanto, saturar de anarquismo al ambiente. No debemos saturarlo de anarquismo tampoco, sino devolverle su primogénita fuerza creadora, su estético y libre concepto de la vida, su amor a la belleza y a la armonía. El arte, en cualquiera de sus manifestaciones, ha de estar al servicio de la Vida y de la Naturaleza, no de una idealidad.

Sin embargo, el arte, en manos de un genio rebelde e inquieto, puede ser un magnífico instrumento de crítica social; lo ha sido positivamente en manos de un Rodin, de un Steinlen, de un Zola, de un Renan, de un Wagner. El Arte, con una orientación naturalista y demoledora, de crítica de la sociedad y de esbozo estético de una Vida y de una Belleza libres y sanas, puede ayudar en mucho, por medio de su influencia, sobre la mente y las sensaciones de los hombres, al triunfo de un ideal, dentro del que encuentran pleno desenvolvimiento esa Vida y esa Belleza que él ha de sintetizar y a que ha de aspirar.

6o. *¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero actualmente?*

Empiezo por exponer la opinión que en el movimiento obrero para nada se conocen las tendencias individualistas. Si se preguntara: ¿qué concepto merecen las tendencias individualistas en el anarquismo? a ello podríamos contestar, exponiendo cada uno nuestro punto de vista, francamente aprobador unos, e impugnador otros.

Pero en el moviento obrero muy poco o nada tienen qué hacer las tendencias individualistas. El movimiento obrero es, precisa y lógicamente, la antítesis del individualismo. La asociación obrera contra la acción explotadora del capital es, algo simple y sencillo, un resultado instintivo de la explotación, en el que ninguna resonancia ha encontrado el individualismo, ya que éste representa una posición avanzada del anarquismo, su última consecuencia presente, con vistas a la sociedad futura, posición superior y muy distante del rudimentarismo de la protesta obrera.

En el movimiento obrero, tal como lo concebimos en España, que es tal como lo concibió Bakunin al crearlo, agrúpanse los hombres más como explotados que como anarquistas, sin que por eso se olvide la acción de propaganda dentro de las masas neutras, que son la que en realidad representan el verdadero movimiento proletario. Para esta acción fueron creados los grupos anarquistas. Sólo dentro de estos grupos pueden ser discutidas las tendencias individualistas, cuya situación lógica es el anarquismo como idealidad de especie y no como ación de clase.

El individualismo representa, a mi entender, un superior y más elevado concepto del hombre. Hablo del individualismo como exaltación y dignificación de la personalidad humana, como libre y seguro reconocimiento de la plena independencia y capacidad del individuo, único individualismo que yo concibo y que creo digno de recibir el nombre de tal. Este individualismo, última consecuencia presente del anarquismo, repito, ha de desarrollarse precisamente al margen de la lucha obrera, que, por sus especiales condiciones de agrupamiento contra la *entente* capitalista, es en realidad la oposición o posición opuesta del individualismo. Es decir: el movimiento obrero, acción previa y rudimentaria, agrupación de debilidades frente a la fuerza del Estado dominador, hállase situado en la retaguardia del ideal del anarquismo, del que el invidualismo es la vanguardia. El individualismo, situado más lejos, no puede ni debe retroceder hacia el embrión del que él es el cuerpo formado. Esto, como idealidad, sin perjuicio de que sus hombres, como explotados o impulsados por la solidaridad humana, apoyen y secunden la acción defensiva y ofensiva de las fuerzas protestatarias.

7o. *¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?*

Esta pregunta no puedo contestarla, porque no la entiendo.

La estimo, además, innecesaria. Nosotros debemos vivir de mañana y no de ayer. Y si con frecuencia volvemos los ojos al ayer nuestro, es porque este ayer, para el mundo, aun es mañana; es decir: tradición antitética de la vieja tradición histórica.

8o. *Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los compañeros bibliografiar el origen, bases y fundamento de la Biblia?*

Trabajo inútil, que los hombres del librepensamiento y del ateísmo burgués ya han realizado. La leyenda bíblica ha sido suficientemente tratada como obra de uno o varios autores, que cándidamente quisieron explicar el origen del mundo, situándolo cuando éste tenía ya muchos miles de años, en contradicción flagrante y continua con la lógica y las leyes orgánicas del mundo. La leyenda bíblica es ya una cosa sobradamente probada y discutida, de cuya ridícula absurdidez han querido desembarazarse hasta las mismas eminencias de la iglesia.

No creo, por tanto, que debamos emplear nuestro tiempo en esta labor ya hecha, cuando tantas otras, no empezadas o interrumpidas, requieren urgentemente nuestro esfuerzo.

Barcelona, 1926.

Respuesta de Artemio Minerva

1o. *Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo internacional contra la reacción autoritaria.*

Pensando en el apartado 1o. de la Encuesta, acude a nuestra mente una pregunta, que estimamos primordial para la mejor evacuación de la cuestión:

—¿Qué se entiende por anarquismo?

Esta interrogante que se abre ante nosotros, con profundidades poco menos que de abismo, nos obliga moralmente a deslindar los criterios ideológicos que el anarquismo inspira por ahí, discurriendo para ello, sobre los mismos y sus representantes.

Porque precisa, singularmente, esclarecer las ideas anarquistas, distinguiéndolas de las diversas acepciones que las confunden.

Extraídas del río revuelto en que están sumergidas, conviene sentar sus fundamentos básicos y mostrarlas al proletariado y al mundo entero — que se asomara a verlas desde el balcón de sus tímidas curiosidades — tales como son, sin bastardas mixtificaciones.

Deseamos, pues, demostrar a los pueblos la verdad de las ideas anarquistas, con todas sus inflexibilidades y reciedumbres subersivas. Es absurdo querer hacer ver a las muchedumbres y hasta a nuestros enemigos declarados, la fingida armonía anarquista. Las convergencias de conceptos y la cordialidad individual entre nosotros son un hecho y una realidad hiperbólicas, nominales, de palabra. No hay tales afinidades. No puede haberlas. Es imposible. Toda esa seudoliteratura de los loros del anarquismo está hecha a fuerza de huecas palabras, de palabrería insípida e insubstancial, de charlatanería profesional, empeñada en el forzamiento de las cosas, en el desvirtuamiento de los procesos de diferenciación social; más aún: de intelectual bifurcamiento y dispersión. Y en ese enviciamiento de la moral, enconado de hipocresía y jesuitismo, disfrazado de análogas aspiraciones teóricas, no queremos caer nosotros, por amor que tenemos a la anarquía.

¡Lejos, sí, lejos de nosotros la monomanía unionista!

El anarquismo de unidad, que tanto en Europa como en América conocemos, es la manifestación incolora, gris, de una tendencia anfibológica, plagada de corrupciones, que se propone amalgamar sus suciedades, sus aberraciones, sus amorfos resabios de grosero y espurio burguesismo revolucionario, con la honestidad, la limpieza, la higiene del alma y las resplandecientes concepciones libres y naturales del anarquismo integral.

Enlazar esas antitéticas interpretaciones ideológicas y segar la desigual germinación de las ideas, impidiendo que fructifiquen separadamente y en campos propios del anarquismo y el libertarismo ecléctico, sedicentemente anarquista, es cómo hacer una soldadura de lo bueno y lo malo con materiales repelentes y de composiciones químicas absolutamente negativas y contrarias.

No hay, no, compatibilidad alguna entre el falso anarquismo dúctil, transigente, contemporizador, y el anarquismo auténtico, inexorable en las prácticas de sus principios destructores.

La unificación de los esfuerzos anárquicos es un señuelo para cazar incautos y engañar a los cándidos y voluntariosos — que siempre los hay — de la anarquía. A los camaradas conscientes, conocedores del anarquismo, no consiguen seducirlos los del sentido responsabilista. No existiendo, pues, el anarquismo como factor de convergencia y concentración de voluntades, y estando dispersados los elementos que de ser anarquistas se vanaglorian... Es un decir eso de que se enorgullecen. Llama a mi memoria un recuerdo típico. Una autoridad procesal o judicial pregunta a un detenido, militante libertario en España, de marcada significación: "¿Es usted anarquista?" "Sí — dice muy meticulosamente el interpelado, agregando con acentos y ademanes de Momo — pero no se lo diga usted a nadie, porque me avergüenzo de serlo".

Como contraste — y dispensadme estas digresiones — al ser igualmente interrogado otro camarada, éste replica, más que dice: "¡y lo seré siempre!". Rigurosamente verídicos ambos casos. Y vaya una aclaración, por si vale. De los dos camaradas... el fiero defensor de sus fueros es cultísimo, más inteligente e intelectual que el otro, y con ninguno de ellos comulgamos.

... Es de todo punto imprescindible y fuertemente necesaria la clasificación anarquista. Se impone por razones de profilaxis.

Con toda urgencia hemos de reclamar de los buenos que se lleve a cabo una selección que expurgue nuestro seno de las malas orientaciones y, si preciso fuera, a los mismos que las imprimen con

sus desaciertos impenietentes, incorregibles.

El Hombre — el hombre anarquista — es el único de esos elementos cósmicos que oye, ve y tiene conciencia de su elevada misión. El debe imponerse la norma de conducta que tenga la saludable virtud de acabar con el maremágnum libertario. Con sus revoluciones canalizará el anarquismo por la honda y amplia torrentera de sus corrientes impetuosas, bravías y tradicionales.

¿Innovaciones en el anarquismo? En buena hora sean. Tráiganlas los tiempos y los hombres; las deseamos y aceptaremos. Pero han de ser renovaciones de más alto valor que nuestro Ideal! Sino las rechazaremos. No admitimos aportaciones de juicios manidos y viejos, a fuerza de ser conceptos desprendidos del legendario árbol del estatismo, el estacionamiento, el odio secular.

La anarquía, afirmamos, no puede confundirse con las elucubraciones metafísicas de los súperhombres. Ella jamás penetrará en el Olimpo, desde cuyos castillos de celuloide — al parecer de marfil — lanzan sus rayos tonantes los secuaces de Júpiter, enfurecidos contra la muchedumbre humana que arrastra sus miserias, sus dolores e ignorancia, por el planeta Tierra. ¡Que, por fortuna, los dioses moran muy plácidamente en el Empíreo y no tienen jurisdicción alguna sobre la Humanidad desde que Luzbel y sus compañeros hicieron estallar la sublime rebelón de los Angeles!

Igualmente, la anarquía no tiene nada de común — ¡triste es decirlo! — con aquellos otros que descienden a los resbaladizos terrenos de la violencia sistemática. Son gentes que no se elevan — que es lo más exacto del término — de las exacerbadas pasiones morbosas, fáciles instrumentos de todos los hipocóndricos excesos de la voluntad enfermiza. ¡Pobres entes, hipertrofiados por las hinchazones del revolucionarismo sin objetivo, ora desinflado en hechos personales, otra colectivos!

Frente, pues, a esos dos antiquísimos monumentos, cuya grandeza (?) perpetúa la mediocridad y la pedantería, y que simbolizan — así, simbolizan — el infame mal del pecado original, introducido en el movimiento anarquista por los escribas traidores de la Revolución Social, y que tanto se asemejan, no obstante sus aparentes y supuestos orígenes y antagonismos, la anarquía debe erigir su propia estatua productora. En luciente mármol obrero debemos esculpirla los anarquistas, animándola con el soplo vital de las humanas palpitaciones, y haciéndola vibrar en su bella escultura con las pulsaciones más rebeldes del alma inquieta en acción.

Esbozado lo que entendemos, a nuestro juicio, por anarquismo militante, trazados, lo mejor posile, sus rasgos más esenciales, pasaremos a ocuparnos de los "problemas actuales del anarquismo".

Quisiéramos discurrir lo más acertadamente que fuera menester, al objeto de hacernos comprensibles para el mayor número de compañeros, que han de leer y estudiar, con sumo interés, cuánto en esta feliz encuesta se diga.

En nuestras manifestaciones vamos a poner serenidad, porque la delicadeza del asunto nos impone esa reconcentración a que induce lo grave — grave por su elevación doctrinaria.

La emoción nos brota en nuestros sentimiento, y raudalmente fluye, cordial para las ideas, por los perfiles de la pluma. Quisiéramos, por eso, contagiar a los demás con nuestro arrobamiento anárquico. Antes de penetrar más en lo hondo del asunto, deseamos dejar constancia y hacer hincapié respecto de lo que debe ser — y en parte es ya — el ideal anarquista. Es nuestro más ferviente anhelo verlo purificado de las malsanas contexturas, en él dotadas por los liberticidas salidos de la hornada anarco-posibilista-energúmena-intelectual (la conjunción no es intrascendente por lo pequeña), cocida al fuego marxista de la estrangulada revolución rusa.

Alrededor de esta cuestión se ha creado un problema pavoroso para el anarquismo activo, problema no menos actual y candente que los restantes problemas, que permanecen latentes en la raíz cúbica del régimen capitalista. Uno y otros exigen una extracción inmediata del cuadrado, con procedimientos netamente revolucionarios, sin que por ello nos queramos convertir, ni mucho menos, en demagógicos y voceros de la Revolución.

Hacemos nuestra, desde luego, la calificación que a ese respecto hizo el llorado Ricardo Mella.

Comenzaremos, pues, desde ahora la disertación sobre el problema o los problemas actuales del anarquismo, haciendo abstracción u olvido de nuestras colectivas depuraciones internas, pues que ya hemos remarcado el imperativo categórico de la conciencia ética, que lo subordina todo a su imprescindencia.

Tracemos ya el cuadro de los problemas que afectan al anarquismo, colocado frente a frente de la sociedad burguesa, y hagámoslo con mano segura y pulso firme, dominando completamente nuestra nerviosidad. Son muchas las cuestiones que llaman nuestra atención.

El anarquismo, para ser consecuente consigo mismo, no puede mirar la realidad de esta hora, tan parecida a otras historias, de una manera anecdótica, meramente superficial, como un hojeamiento de calendario social.

Conceptuar, pues, de únicos estos aciagos momentos, llevaría implícito, para el ideal anarquista, el propio desdoblamiento de su personalidad, esencialmente doctrinaria y no menos vivamente rebelde. ¡Y ante todo, sus valores intrínsecos, sus diafanidades! No se puede, no, olvidar el pasado de nuestras insurgencias contra todo y contra todos — de lo divino y de lo humano — y mucho menos hacer abstracción del futuro, que tan risueña y esperanzadoramente acaricia el anarquismo — porque le pertenece — para vaciarnos ideológicamente hoy en un método angosto, extraño y hostil, de esfuerzos tendientes a la solución momentánea de los males actuales que nos agobian. Esta adaptación rompería nuestras siempre nuevas tablas y realizaría, *ipso facto*, la más bellaca conculcación de los principios fundamentales del ideal anarquista, además de anularlo como positiva expresión de profundas y completas transformaciones sociales. ¡Error, error de toda la vida! Y eso, ¡nunca! ¡nunca!

Por lo demás, el anarquismo sabe, y a tal fin ajusta sus actuaciones, que el presente técnico, industrialista, centralizador y ordenado — llamémosle como se quiera, siempre representará explotación y tiranía — es una lógica evolución mecánica del pasado bárbaramente feudal y absoluto en que el señor de horca y cuchillo era dueño despótico de personas y haciendas.

Hoy es una reminiscencia de ayer, y será una proyección de futuro imperfecto, de desastroso porvenir, sino se le cercena por la propia base, derrocándolo y extrayéndole los cimientos en que se asienta.

Y para la plasmación, en tal sentido, de su obra disolvente, la anarquía tiene muy en cuenta los factores complejos que apuntalan y sostienen el actual estado de servilismo y abyección.

El hombre — piensa la anarquía con el cerebro de sus forjadores — es un producto moral y hasta animal, del medio en que se desarrolla. Nuestro sabio camarada Réclus, se afanó en vida por demostrar a los hombres que quieran estudiar sus gradiosas obras, que los ambientes geográficos y colectivos ejercen decisiva influencia en la formación general del ente humano.

La ciencia moderna, y con ella el anarquismo — diría el no menos inteligente camarada Kropotkin — está descubriendo el soberano influjo que las condiciones climatéricas y sociales reflejan sobre el individuo, su misterio o fenómeno natural, juntamente favorecido con la maleabilidad del medio tradicionalmente político.

Y estos progresos físicoanalíticos se operan en valiente contraposición a las escuelas teológicoautoritarias, que afirman la solemne tontería del libre albedrío, ubicándolo en las determinaciones personales, obrando por el individuo con la voluntad absoluta de hacer o no hacer.

El anarquismo, racionalmente pensando y sintiendo, ni admite el sentido de responsabilidad penal para el hombre ni se deja dominar por las trasuntaciones humanas, no obstante reconocer la acción histórica de las traslaciones absorbentes e infinitas, que juegan con el hombre y lo mueven, por sobre su voluntad casi siempre, en virtud de la preponderancia de los factores externos sobre la sujetividad humana.

Efectivamente, para las teorías deterministas del anarquismo, el género racional a que pertenecemos es consecuencia de los medios étnicos, familiares, morales o religiosos, sociales, etc. que nos constriñen.

En este tren de consideraciones, la labor anarquista tiende a apartar a los seres hermanos de unos medios asazmente nefastos, substrayéndolos de las enrarecidas atmósferas de la educación milenaria, que conforma y atrofia la capacidad intelectiva y paraliza y estanca, en privilegiadas fórmulas, la voluntad.

Así, pues, para el ideal anarquista, es un problema de los más ardorosos — por no decir el que merece mayor preferencia: — la agitación, la lucha, la propaganda demoledora, la divulgación y vulgarización—obsérvese que decimos vulgarización — de su ética racionalista, al fin y objeto de cautivar espiritualmente el alma de la especie humana, hoy desviada por el capitalismo moral y materialmente anodino, ramplón y pérfido .

En este trascedental caso, el anarquismo debe ser como aguja imantada, que marque los polos de los nuevos horizontes ideológicos. El ha de ser fuerza de persuasión y de conquista, que facilite la atracción de la raza, poseyéndola con varonil sentimiento y orientándola hacia la anarquía.

He aquí, primero, por qué la siembra de ideas a manos llenas, sobre las sementeras de la vida: la profusa difusión de la ética anarquista por todas partes, y el movimiento revolucionario acratizado, estructurándolo allí donde la base es más sólida e indestructible, o sea en los predios en que se ha amamantado siempre de elementos vigorosamente nutricios: el pueblo productor es el mayor, y único en su clase, de los problemas que compétenos resolver a los anarquistas.

Esta enunciación del problema trae ligadas, íntimamente anexadas, ramificaciones que se dividen en diferentes direcciones.

Pudiéramos llamarlas definiciones concretas o características particulares, que, formando el conjunto anárquico, conservan sus especialidades intersubordinadas.

Un ejemplo, o una figura, se nos ocurre presentar, para ser más claros, en nuestra divagación (?) teórica:

Una célula anarquista se mueve con dependencia de otra, y así sucesivamente obedecen todas a un mismo ritmo de acción. Todas las células, pues, tienen un rotación propia alrededor de la misión encomendada, impulsadas por el eje de una misma energía dinámica, y al funcionar en el cuerpo anarquista, lo hacen impelidas al movimiento por la impulsión reflexiva, consciente y deliberada de las circunvoliciones doctrinales. Accionamos aquí, nos movemos allá y actuamos acullá, al conjuro de una indivisible vocación: el ideal movente, que oprime el resorte de las potencias circulatorias. Y entonces éstas se desparraman como las aguas abundantes y prolíficas, eternamente renovadoras, de un manantial cristalino.

Especifiquemos. Es un problema hacer la crítica, enérgica y contumaz, de los orígenes y estamentos del régimen de propiedad privada, principio de autoridad, religión en inmoralidad.

Otro problema es crear la organización eficiente y adecuada, de resistente solidificación y consistencia, que séa el grandioso receptáculo solidario al cual vayan a parar los opimos frutos que cosechemos en nuestras labores francamente anarquistas. El será también el inexpugnable baluarte de nuestra defensa revolucionaria y la zona edificada de donde partamos para nuestras acometidas insurreccionales, poseídos de vibrante rebelión.

Estos dos problemas los reputamos de mayor importancia y significación que los que nos quedan por plantear.

Para nosotros, dichas cuestiones son como de un deber y derecho de enseñanza elemental y primaria, cuyas lecciones despiertan la inteligencia y predisponen la mente para una superior asimilación y comprensión de las cosas.

Educación que además es connatural a una nutrición físicomoral, que dé vigor al sujeto y le ensanche su capacidad de resistencia.

(Quizá sea un tanto impropio y algo débil el símil, pero no se nos ocurre otro más exacto en este momento).

Entremos, pues, a clasificar el vario cometido anarquista. En primer lugar, aposentado, ocupando el hombre un orden de prelación, está, como productor, catalogado en el didactismo de nuestra conciencia anarquista.

Es, por tanto, casi indiscutible la cuestión ya planteada y que tantas controversias suscita, de trasladar nuestra convivencia anárquica al movimiento obrero de acción directa.

Razones merece nuestro concepto, y las daremos ampliamente en la respuesta al apartado tercero del cuestionario.

Porque creando nuestra organización proletaria y anarquista — y, a tal objeto, lógico es que bajemos de nuestras torres de supina ignorancia — tenemos realizada la mitad de la obra que nos proponemos construir. Hemos, sí, de abrazar al proletariado, arrancándolo de falsos poderes y sumándolo a nuestras coordinaciones en una asociación pródiga en posibilidades idealistas y que nos ponga en posesión de los eficaces procedimientos generales que ofrece el campo obrero.

Hagamos nuestros colaboradores a los proletarios, despertándoles ardientes simpatías por nuestras concepciones, identificándonos con ellos — que somos nosotros mismos — y con quienes nunca debemos irreconciliarnos. En una palabra: vamos a fundir — no soldar — las aspiraciones proletarias con nuestras ansias emancipadoras de productores. Y esto ya no es un problema en España, Italia, Sud América y otros países, donde el anarquismo tiene su imborrable huella.

(Continuará)

BIBLIOGRAFIA

F. Orlando Rossi.— *Sombras vivas*, novela entrerriana. 122 págs. Ed. Tor, Buenos Aires.

Número Unico, a la memoria de Pedro Esteve, Tampa, Florida (Estados Unidos), 14 de septiembre de 1926.

La Batalla, semanario, México, D. F. Apartado 1056. Es el órgano actual del movimiento anarquista en México. A partir del número 5 se imprime en talleres propios.

Repertorio Americano. números 9 al 12. Semanario de cultura hispánica. Tomo XIII, San José de Costa Rica.

Gazzetta medica italo-argentina, Nápoles, junio de 1926.

Official Bulletin of the Sacco-Vanzetti Defense Committee, Boston, septiembre de 1926.

Revista del Centro estudiantes de la Escuela Industrial de la nación, Buenos Aires, septiembre de 1926.

El Auto Argentino, septiembre de 1926, Buenos Aires.

Cruz Roja Argentina, revista oficial, septiembre de 1926, Buenos Aires.

AÑO V

BUENOS AIRES, 8 DE NOVIEMBRE DE 1926

LA PROTESTA

N.o 24

PRECIO: 10 CTS.

SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

PORTE PAGO

Valores y giros a M. TORRENTE

EL 11 DE NOVIEMBRE

Eliseo Reclus se entristeció un día viendo unos obreros leyendo un periodicucho deportivo, pero dominó su sentimiento pensando que si había en la humanidad individuos de una despreocupación tan trágica, había también hombres que sabían morir por la salvación de todos, como hicieron los anarquistas de Chicago que subieron valerosamente al cadalso el 11 de noviembre de 1887.

Sentimos una íntima satisfacción al recordar hoy nuevamente la tragedia de Chicago; queremos refrescar el espíritu en la contemplación del heroísmo de aquellos mártires y consolar el corazón del espectáculo de esta hora de fascismo y de bolchevismo internacionales. Los pueblos han caído tan bajo en sus abdicaciones, han perdido hasta tal punto el respeto a sí mismos en la oleada de las dictaduras y despotismos post-bélicos, que parecen incapaces para distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto. Apenas si algún raro ejemplo de sacrificio individual logra afirmar la fe en el porvenir y conmover la pasividad suicida de las grandes masas frente a los nuevos tiranos. ¡Qué hablamos de pasividad! También hay adhesión, porque el fascismo, la dictadura bolchevista, el régimen militarista español no se explican sin una base de apoyo efectiva en las grandes masas del pueblo.

La humanidad ha retrogradado mucho, si no hacemos con eso una ofensa al pasado. La barbarie, el salvajismo, la crueldad, la insensibilidad ante el mal y la injusticia, son características de esta hora. Las fuerzas del progreso han quedado reducidas a su mínima expresión. La bestia humana se ha desencadenado y no encuentra vallas a sus estragos.

Hay, sin embargo, síntomas de resurrección. La serie de atentados individuales contra los dictadores, en Italia y España, nos recuerdan los actos heróicos de los nihilistas rusos que prepararon con su sacrificio, en los atentados contra los zares y los verdugos del pueblo, la mentalidad revolucionaria de Rusia. En las épocas de extremo rigor político y represivo, cuando el pensamiento no puede expresarse libremente, surgen los hechos individuales. Y en estos momentos, en la mayoría de los países de Europa, imposibilitados para desplegar una propaganda a la luz del día, para levantar una organización pública, los anarquistas tendrán que abrirse camino a fuerza de espíritu de sacrificio y de abnegación personal. Se han producido ya los hechos de Masachs Torrent, de Gino Lucetti, de Anteo Zamboni, y no serán esos los últimos. La suerte de esos compañeros, de los que viven, no será menos dura que la de los anarquistas de Chicago; pero así como la sangre derramada en el cadalso en 1887 no paralizó la lucha por la jornada de ocho horas, tampoco el sacrificio de los anarquistas italianos y españoles que ofrendan su vida en holocausto a la lucha contra las dictaduras, tampoco ese sacrificio ha de impedir que los dictadores caigan y que se susciten fuerzas cada día más atrevidas para quitar de en medio las barreras que se oponen al progreso humano.

También nos complacemos en recordar la fecha en que Parsons, Spies, Fischer y Engel subieron al cadalso, porque así como en su tiempo se imponía a los trabajadores la conquista de la jornada de ocho horas, los adelantos técnicos y la situación actual del mercado capitalista, hacen ineludible la conquista de las seis horas. Y sabemos bien que esa reducción de la jornada de trabajo no será concedida sin luchas, sin gestos de audacia, sin choques violentos entre los desposeídos y los privilegiados. Además sabemos que las grandes masas prefieren la muerte lenta y todas las humillaciones a cometer el grave pecado de la rebelión contra un orden de cosas inicuo e intolerable. Sabemos que la mayor resistencia a la conquista de las seis horas no ha de estar en el capitalismo, sino en los mismos trabajadores. Para reconfortar el ánimo frente a esa desesperante paradoja, elevamos la mirada al panorama histórico del martirologio anarquista. Así como Reclus pensaba en los bravos combatientes de Chicago cuando veía a un obrero leer un periodicucho deportivo.

"Grande es la verdad, y la verdad prevalecerá", dijo Fischer, el mismo que seis horas antes de ser ahorcado, escribía a Johann Most: "Lleva alta nuestra bandera, siempre adelante, cualesquiera que sean las tempestades que surjan y que dificulten la tarea"...

Hora histórica de una gravedad sin precedentes, esta en que nos ha tocado vivir, hay que esforzarse por estar a la altura de las circunstancias y de la grandeza de nuestra causa.



¡ PASA MUSSOLINI !

La maldición de la calumnia

No ofrece duda que hay más tontos que listos; pero, asimismo, estoy persuadido que hay más, mucho más, buenos que malos. De donde debiera seguirse que la mayor parte de los hombres se muestren mejor dispuestos a acoger las noticias y juicios que enaltecen a un semejante, que no aquella insinuaciones y confidencias menospreciadoras del prójimo. Y, sin embargo, acaece al contrario ¿Por tontería? Sí, y en parte, por cobardía.

La propensión a observar y luego propagar murmuraciones maliciosas y calumniosas es mayor cuanto más baja, plebeya e inculta se halla la naturaleza del individuo. A medida que la naturaleza se eleva, educa y ennoblece, atenúase hasta desaparecer, el hábito de murmurar sin fundamento en materias que tocan la honra ajena. Para un ánimo noble nada hay tan repugnante y doloroso como oír infamar nombres ausentes por manera liviana y jocosa, sin acompañar la acusación de prueba. Nada más vil que la calumnia. Y la vileza se agrava cuando la calumnia es solapada y clandestina.

¡Desgraciado el pueblo en donde la calumnia que a la ventura aventan el intrigante, el desalmado o el insensato cae siempre en terreno fértil y a propósito!

R. PEREZ DE AYALA

Sumario de este número

D. A. DE SANTILLAN

Sobre experimentación anarquista

Por la creación de comunidades agrarias

La discusión que se viene sosteniendo en el diario desde hace varios meses revela por lo menos un interés innegable en nuestro movimiento por lo que podrían llegar a ser las comunidades agrarias, que hasta ahora no son más que una idea apenas esbozada en la prensa y en las conversaciones particulares. Ese interés evidente nos incita a volver sobre el asunto y sus generalidades, en la convicción que los detalles habrían de resolverse mucho más en la práctica que en la teoría.

La idea general es ésta: Se trataría de aprovechar la circunstancia de la relativa facilidad para adquirir grandes extensiones de tierras en estos países semi-coloniales y fundar en ellas poblaciones propias bajo el contralor del movimiento anarquista y con el apoyo material y moral de éste. En lotes de 100 a 200 hectáreas pueden establecerse 40 ó 50 familias representando diversos oficios y combinando una labor agrícola con ocupaciones industriales propias de las aldeas y pequeñas poblaciones. La vida sería fácilmente asegurada debido a la existencia de los alimentos principales: la carne y la verdura; puede adelantarse que la manutención en el campo no sería un problema, sobre todo con un poco de dedicación y de trabajo regular. Con la venta de los productos excedentes, o con el trabajo de los miembros de las comunidades para las poblaciones de los contornos no sólo se tendría para sufragar los gastos y el costo de los mejoramientos a introducir, sino que habría de quedar un remanente cada vez mayor, bien para la fundación de nuevas comunidades, bien para el fomento de la propaganda de nuestras ideas. El que conoce la vida del campo y sabe lo que puede producir una granja, sabe también perfectamente que desde el punto de vista material, contando con el trabajo, una vez superadas las primeras dificultades, las comunidades agrarias de que hablamos no pueden fracasar. En cuanto a las primeras dificultades, teniendo presente la posibilidad de la adquisición de tierras a pagar en unos 30 años, nos parece que podrían ser allanadas con muy poco sacrificio material de parte de los compañeros. Si en esos treinta años no estamos en situación de poder influenciar de un modo decisivo la orientación social, entonces nuestros descendientes sabrán proceder como mejor convenga a la prosperidad de nuestro movimiento.

Hemos hecho hincapié, además, en el carácter colectivo de esas comunidades; pertenecerían al movimiento anarquista como pertenecen los periódicos e imprentas y bibliotecas que fundamos en las ciudades para tener en todo ello instrumentos de propaganda. De esa manera no incurrimos en los defectos de las viejas colonias anarquistas, formadas por unos cuantos compañeros que se aislan de la vida real y terminan por cansarse, por aburrirse y reñir entre sí. Las comunidades agrarias que nosotros propiciamos estarían en continuo contacto con el resto del movimiento, no serían más que una especie de prolongación de ese mismo movimiento hacia el campo y servirían, desde el punto de vista de la propaganda, para complementar la labor teórica de nuestra prensa y las luchas gremiales de nuestros sindicatos. No nos referimos a las minucias legales para la realización de esos propósitos, porque si es verdad que existen ciertos impedimentos, la existencia misma de la imprenta de LA PROTESTA significa que esos impedimentos pueden ser eludidos, sin ninguna claudicación y sin ningún compromiso ante el Estado, aparte del pago de los impuestos y demás.

No hemos entrado a discutir los detalles de la organización técnica de las comunidades, porque habrían de ser los mismos interesados los que, guíados por la experiencia de cada día, buscasen la mejor forma de trabajo y de convivencia. Eso va en gustos y temperamentos; hay individuos que gustan de una vida familiar, otros que prefieren el comunismo, etc. Sobre todo eso sería la libertad la única ley.

Volvemos a repetir que no pretendemos dar una nueva orientación al anarquismo ni al movimiento anarquista. Defendemos como el que más la existencia de un movimiento obrero afin y reconocemos bien el valor de las luchas cotidianas de los trabajadores contra el capitalismo y el Estado; y cometeríamos una inconsecuencia con sólo dudar del valor de la propaganda que realiza nuestra prensa, dedicándole, como le dedicamos, lo poco que valemos. Lo que decimos es que todo eso es poco, que todo eso no es bastante y que ningún mal podría venirnos de una experimentación agraria en el sentido expuesto; al contrario, tendríamos en ella un complemento de valor incalculable para la concentración de las fuerzas de la revolución.

Sobre las razones que nos han llevado a encarar esa perspectiva de desarrollo de nuestro movimiento, no tenemos necesidad de insistir. Es bien evidente que el industrialismo va haciendo progresos arrolladores y que donde quiera que el industrialismo asienta sus reales, la ideología libertaria es desalojada o reducida a su mínima expresión. Quisiéramos oponernos de alguna manera a la marcha del capitalismo y no podremos hacerlo más que si logramos llamar la atención del mundo sobre un régimen de vida más sencillo y humano, menos artificioso e injusto. Por otra parte, como el pensamiento de la revolución no muere en nosotros, pensamos que un día llegaremos a estar en condiciones de instaurar una vida libre y las grandes ciudades del capitalismo nos parecen obstáculos muy graves y en realidad insuperables si no contamos con una base efectiva en el campo, donde se producen las materias primas y los alimentos principales, y donde, además, el hombre sabe obrar con más independencia y ocupa ya hoy una posición mental mucho más adecuada a la vida sin amos y sin tiranos que la del obrero industrial.

—

Algunos camaradas, muy preocupados de los "principios" del anarquismo, pero que sin embargo no advierten que el anarquismo mismo, de seguir así, ve obscurecidas sus perspectivas de avance por mil factores externos e internos, quisieran poner obstáculos al desarrollo de las comunidades agrarias — que no son todavía más que un ensueño —, entreviendo quién sabe cuántos peligros puramente imaginarios. Mas convendría señalar los peligros efectivos en que corremos el riesgo de quedar anulados, que no dedicarnos a ver fantasmas en pleno día. Algo más de amplitud de espíritu y menos repetición mecánica de frases y de conceptos hechos, no estarían de más. Los principios del anarquismo no tienen por qué correr riesgo alguno en la experimentación por nosotros propiciada, como no lo corren en el sindicato ni en ninguna otra acción a que sirvan de estímulo y de aliciente. Lo que puede discutirse es si el esfuerzo que reclamaría la instalación de las comunidades agrarias promete estar en relación con los resultados prácticos para el movimiento. Nosotros sostenemos que sí. Otros pueden sostener que no. Pero traer a colación un supuesto peligro para el anarquismo, nos parece que es ver fantasmas donde no deben verse. Donde el anarquismo corre el riesgo de degenerar no es en la acción, sino en la inacción, en la crítica puramente negativa.

Estamos convencidos de la relativa ineficacia de nuestra agitación en las ciudades; nos parece que estamos en un callejón sin salida, tanto con fuerza efectiva para obrar decisivamente, como sin fuerza alguna para empresas de cierto alcance. Tal vez todos los compañeros no adviertan esto y no se sientan inquietos ante la visión de un porvenir más que inseguro. No queremos turbarles en su confianza. Consideramos que, aunque no tenga muchas perspectivas nuestra propaganda en las grandes ciudades, es sumamente necesaria. En las ciudades se gesta el ideal de la revolución, pero no triunfa más que en el campo, con la cooperación activa del campo. Y para eso, y como ensayo experimental, quisiéramos que se probara la eficiencia de la comunidad agraria realizada por el movimiento entero, bajo su contralor y su apoyo. Podremos tener una opinión favorable o desfavorable de todo lo que se hizo hasta aquí en esa materia. Esa opinión importa poco. Lo que importa es que no somos adversarios de que se recurra a todos los medios que no estén en contradicción con nuestros fines. Libres son los camaradas que quieran crear sindicatos de resistencia de trabajadores del campo, con el apoyo de todo el movimiento, libres son los que deseen crear organismos de colonos afines para la propaganda de nuestras ideas en su ambiente, libres en fin los que consideren más conveniente emplear otros medios. Todo esfuerzo que tienda a acrecentar las fuerzas y el radio de acción del anarquismo es bienvenido y merece el apoyo material y moral que el movimiento entero esté en situación de prestarle.

—

Sin embargo, a juzgar por los opinantes sobre la encuesta relativa a la cuestión agraria planteada por la redacción de LA PROTESTA, la idea de las comunidades ha hecho progresos. Hasta se ha intentado llevarla a la práctica por un grupo de compañeros de San Rafael. Nosotros estimamos que para ser todo lo eficaces que debieran ser y para eludir su transformación, un día, en empresas de lucro privado, habría que crearlas con el apoyo y la solidaridad del movimiento entero y someterlas al contralor de éste como lo está nuestro diario y todas sus dependencias. Esta condición es muy importante, es esencial, porque al mismo tiempo que las distingue de las colonias anarquistas conocidas hasta aquí, les haría reconocerse órganos para el fomento de la mentalidad revolucionaria, cuya trayectoria sería la misma del movimiento obrero.

E. LOPEZ ARANGO

CONFESION DE IMPOTENCIA

Un alegato de la social-democracia rusa

Comprendiendo que pierden prestigio en las masas trabajadoras de Europa y que ese es un síntoma peligroso para su dictadura sobre el proletariado ruso, los dirigentes del gobierno de Moscú, por intermedio de los agentes de la Tercera Internacional, hacen periódicas reclutas de "visitantes" — socialistas, bolchevizantes y sindico-posibilistas —, encargados de hacer asombrosos descubrimientos en el país de los Soviets. Casi todas las delegaciones social-reformistas regresaron de Rusia, convencidas de las excelencias del régimen bolcheviqui, y tuvieron un interés especial en divulgar su convencimiento...

El sistema de las visitas de adversarios..., a los que existe en todos los casos la posibilidad de convencer, parece que da buenos resultados a los dictadores rusos. Con el informe de la delegación inglesa del trade-unionismo — que estando constituída por enemigos más o menos declarados de los procedimientos bolcheviquis, regresó a Inglaterra encantada de las cosas de Rusia — la Internacional comunista intentó dar un nuevo golpe a los líderes de la social-democracia europea, o cuando menos conseguir que se les abrieran las puertas de Amsterdam en igualdad de condiciones.

Parece, sin embargo, que el efecto de las declaraciones de los "conversos" británicos no fué todo lo amplio que esperaban los dictadores comunistas. De ahí que los agentes políticos de Moscú hayan preparado una nueva recluta de visitantes, entre los que debieran figurar también algunos representantes del sindicalismo revolucionario... No sabemos si los posibilistas de la revolución sindical aceptaron el papel de "investigadores", que lleva implícito el compromiso de admitir como real todo lo que confeccionan previamente los cicerones oficiales y la "mise es scene" que oculta las deformaciones del régimen bolcheviqui. Pero, a lo que parece, una nueva delegación social-reformista, bien nutrida y pertrechada, acaba de hacer un viaje de exploración al país de los Soviets.

La social-democracia europea tiene la opinión del capitalismo en todo lo que se relaciona con Rusia. Cuando Inglaterra, Francia y Estados Unidos fomentaban la contrarrevolución y sostenían el bloqueo económico como recurso para destruir el régimen bolcheviqui, los socialistas hacían coro a la burguesía en todas sus hipócritas lamentaciones. Pero en cuanto las grandes potencias modificaron su política y prefirieron atraerse a los gobernantes comunistas con la promesa de créditos y de su reconocimiento oficial, los jefes socialistas comenzaron a descubrir algunas cosas buenas en el régimen del Soviet.

Puede decirse que las delegaciones de visitantes socialistas comenzaron después que habían visitado a Rusia delegados de la industria y de la banca europea y norteamericana. El socialismo burgués, aun difiriendo en la apreciación de las fórmulas políticas de la dictadura bolcheviqui, aceptaba la reanudación de las relaciones comerciales y el reconocimiento diplomático del gobierno de Moscú en los casos en que era recomendada esa actitud por fuertes industriales o banqueros. De ahí que en el programa de todos los partidos social-demócratas figure el reconocimiento de Rusia — por razones puramente económicas, del dominio capitalista —, aun cuando teóricamente los jefes de las Internacionales reformistas continúen su lucha contra el fantasma de la "dictadura del proletariado".

En la nueva delegación que fué a Rusia estaba fuertemente representada la social-democracia alemana. El grupo alemán es el más propenso a dejarse conquistar por los halagos bolcheviquis. Pero como en Alemania está la sede del llamado partido social-demócrata ruso — de los restos dispersos de ese partido, que quedó fuera del reparto de puestos en el régimen del Soviet y por ello mantiene una platónica oposición al grupo marxista victorioso —, a los delegados germanos se dirigieron los socialistas rusos en demanda de apoyo para su causa.

Difícil es saber lo que quieren los social-demócratas rusos. En la carta dirigida al grupo alemán de la delegación que últimamente fué a Rusia, que es un alegato de impotencia más que una protesta contra las violencias bolcheviquis, los presuntos opositores a la dictadura — porque no la ejercen ellos — hacen curiosas declaraciones. Veamos las partes más interesantes de lo que se conoce

de esa apelación política en un pleito ganado por los más audaces e inescrupulosos:

"El mayor interés de los socialistas que estudian a Rusia tal cual es, debería concentrarse en la contradicción fundamental que existe entre el bolcheviquismo y la socialdemocracia rusa e internacional. La expresión más fuerte de esa contradicción es el contraste entre los métodos socialistas de libertad y de democracia. Antes de resolverse a aprobar los procedimientos comunistas en Rusia, un socialista debería informarse de si el poder del partido comunista que domina en Rusia es realmente el poder de la clase obrera, permitiendo la libre expresión de la voluntad de la mayoría del proletariado. Al someter a un examen objetivo las garantías que la constitución soviética y el sistema de gobierno de los bolcheviquis ofrecen desde el punto de vista de esa libertad de opiniones y de expresión, el socialista no debería dejar inadvertidas la prohibición de toda actividad del partido socialista y la persecución de sus miembros".

Al hacer referencia a anteriores delegaciones social-demócratas que, como la de las Trade-Unions inglesas, regresaron de Rusia deslumbradas por el oropel bolcheviqui, los socialistas rusos expatriados declaran lo siguiente:

"Es verdad que los delegados plantearon la cuestión de las persecuciones de que son objeto los socialistas durante su estada en Rusia, y en los informes que presentaron a su regreso; pero sus declaraciones no están fundadas en sus propios estudios y juicios, sino sobre los argumentos comunistas, lo que está confirmado por el hecho de que en su crítica a la actitud de los socialistas rusos se han valido de las aserciones erróneas que los bolcheviquis han puesto en circulación sobre nuestro partido, para justificar los procedimientos de terror".

He aquí lo fundamental de esa declaración, en que se confiesa la impotencia de la social-democracia rusa. Los socialistas rusos aspiran a que se les tolere en el régimen bolcheviqui, comprometiéndose a acatar las leyes del Soviet y a no intentar un cambio violento de la situación. Dice la carta ya mencionada:

"Somos adversarios de la dictadura comunista; estamos persuadidos de que el advenimiento de la clase obrera no puede realizarse por medio de esa dictadura y de que la dictadura traba la independencia del proletariado; pero también estamos convencidos de que la vía de la lucha armada contra el gobierno de los soviets llegaría a juntarse con la vía de la contrarrevolución. Esta es la razón por la cual nuestro partido siempre ha sido contrario a toda intervención, abierta o disimulada, y durante la guerra civil exhortó a sus adherentes a la lucha armada contra la contrarrevolución de los junkers y de los militares. Nuestro primer deber es obtener que nuestra oposición sea legalmente reconocida por la constitución de los soviets; nuestro medio para llegar a ello es luchar obstinadamente a favor de postulados parciales, a objeto de conseguir la democratización de esa constitución o, mejor dicho, su plena realización.

"Es lo que salta a la vista de cualquiera que conozca un poco la socialdemocracia rusa. Pero a pesar de eso, los delegados que fueron a Rusia — y entre ellos también socialistas —, creyeron poder justificar las persecuciones contra los socialistas rusos pretendiendo que quisieron provocar una rebelión armada. La falsedad de esa aserción queda demostrada por el solo hecho de que, entre los centenares y miles de socialistas rusos que vegetan en los calabozos o en el destierro, no hay uno solo que sufra su pena de resultas de un fallo de tribunal; todas son víctimas del poder administrativo arbitrario. ¿Qué significa eso? Significa que los comunistas no pudieron entablar contra los socialistas ninguna acción legal; significa que la actividad de los socialistas no está en contradicción con la constitución soviética; significa que los comunistas, que ignoran voluntariamente la constitución por temor a la opinión pública y a las leyes, luchan contra la socialdemocracia por medio de la arbitrariedad administrativa".

La democracia europea puede tomarse el trabajo de defender la causa de los social-reformistas rusos. Pero ese es un proceso dependiente de la evolución de Rusia al capitalismo. Los socialistas trabajan sobre la realidad económica capitalista de Europa, y no tienen por hoy en cuenta las cuestiones políticas de detalle. Esa cuestión se solucionará por sí misma en cuanto el proletariado comprenda que su dictadura no sirve ni como espantajo para asustar a la burguesía internacional.

JEAN GRAVE.

Páginas de la vida de un propagandista

Sólo permanecí una noche en el Depósito. Al día siguiente fuí trasladado a Mazas. Me alojaron en la primera División. El guardián era joven. Recién dado de baja del regimiento. Vino a conversar conmigo. Me contó que había intentado entrar en el ferrocarril, que contra su voluntad le habían metido a carcelero, pero que no pensaba prolongar su función de tal, lamentando haberse extraviado en ese presidio.

Pero sus visitas cesaron bruscamente. Al cabo de algunos días fuí sacado de la primera división y trasladado a la tercera.

Durante semanas y semanas estuve sin recibir ni cartas ni ninguna noticia de fuera. Por mi parte, me guardaba bien de escribir a quienquiera que fuese, pensando que eso no podía sino proporcionar molestias a mis corresponsales. Yo pensaba, sobre todo, en los Benoit, mis parientes de la calle Mouffetard, quienes, aunque no se ocupaban en modo alguno de la propaganda, habían sufrido dos requisas ya por el simple hecho de que vivían en la misma casa que yo, y porque no vacilaban en responder por mí a mis visitantes cuando yo me ausentaba.

Al día siguiente de mi arresto fuí llevado a la instrucción, pero no recuerdo nada de la entrevista.

El juez de instrucción era un tal Meyer, un sucio judío, — hay gente sucia en todas las razas, pero el epíteto se aplica demasiado bien al personaje para no discernírselo —, quien, parece, quería que se pronunciase su nombre "Mayet". Más tarde fué nombrado diputado. Una prueba más de que los electores no están asqueados.

Había buscado alguna distracción en la lectura, pero los libros del establecimiento contenían puras idioteces, en la gran mayoría de los cuales faltaban la mitad de las páginas, que no reemplazaban las inscripciones sobre los márgenes dejadas por aquellos por cuyas manos habían pasado. Aunque a veces las hubiera muy divertidas.

Hacía cuatro o cinco semanas que me aburría esperando de esta manera, cuando me vinieron a buscar para ir a la instrucción.

Llegado al gabinete de M. Mayer, — ¡perdón, M. Mayet! — este último se apresuró a anunciarme que yo era perseguido por la "Sociedad Moribunda". Y, al decirme ésto, sus ojillos centelleaban de malicia. Se veía que gozaba en servirme este pequeño aperitivo, en espera del proceso más substancial por la "Asociación de Malhechores".

Le observé que hacía cerca de seis meses que el volumen había aparecido y que, por lo tanto, la prescripción se había cumplido.

Había una nueva edición y era a ésta a la que se perseguía.

Esto era por jesuitismo, pues no creía que valiera la pena de discutirse.

Yo había tenido una discusión con Stock. Un armador, que trabajaba en la imprenta donde se había impreso "La Sociedad Moribunda", me había afirmado haber visto salir los clichés para hacer un nuevo tiraje. Yo se lo había dicho a Stock, quien negó tal cosa. Posiblemente no fuera más que un chisme sin fundamento, pero eso venía a relacionarse con otras discusiones, y yo estaba furioso contra Stock.

Interín, Rétte había venido a verme diciéndome que uno de sus amigos, que consideraba "La Sociedad Moribunda" como un buen libro de propaganda, se ofrecía para correr con los gastos de una edición popular.

A pesar de mis altercados con Stock, le participé tal ofrecimiento, y le propuse que se encargara de él. Pero Stock era enemigo de las ediciones baratas. Rehusó discutir el negocio.

—Lo haré sin usted.

—Lo haré retirar de la circulación.

—Eso es lo que veremos.

Un camarada belga, Juan Tordeur, obrero tipógrafo, me propuso que él se encargaría de la impresión del volumen, y logró hacer una hermosa pequeña edición, a la que yo había agregado un capítulo, "El Método Experimental", en el que hicieron hincapié para justificar las persecuciones, aunque ningún pasaje figurase entre aquellos que se perseguían.

El gobierno belga, para no atraerse el enojo del gobierno francés, le ganó de mano a éste, y persiguió al camarada Tordeur, que fué igualmente condenado a dos años de prisión.

El camarada a quien me había presentado Rétte, era arquitecto. Había edificado una casa de renta cerca de los Inválidos. En relación con los camaradas impresionistas, tuvo la idea de hacer ejecutar por muchos de ellos cuadros para adornar la casa susodicha. La prensa habló de ello; ésto no tuvo éxito con el propietario, quien, escandalizado, los hizo enjabelgar. Había allí cuadros de Luce, de Signac y, si mal no recuerdo, de Pissarro.

En lo sucesivo, este camarada fué uno de mis mejores amigos.

Vuelvo a mi asunto.

Perseguido por "La Sociedad Moribunda", fuí trasladado a la Conserjería, donde se me puso en una celda en la que se encontraba ya un joven apache de diez y siete o diez y ocho años y que estaba en su décimaquinta, décimasexta o décimaséptima condena. De lo que no estaba poco orgulloso y lo que le daba cierta gloria entre los guardianes.

De acuerdo con la ley, que condenaba a los anarquistas al aislamiento, vinieron a buscarle por la noche para trasladarlo a otra parte, pero tuvo tiempo de relatarme una parte de su historia.

Huérfano a temprana edad, abandonado a sí mismo, había comenzado por robar pan y los tarritos de leche que los abastecedores depositaban a la puerta de los clientes todavía dormidos. Luego siguió con los escaparates, y, en fin, con el ataque nocturno.

Hablaba de esto como si se refiriera a un oficio cualquiera. Sus condenas eran sus galones y condecoraciones. Pasible de confinamiento, se regocijaba ya de antemano.

Los días siguientes le oí — las galerías de paseo estaban cerca de mi celda — perorar en medio de un círculo de guardianes que reían con sus historias, de las cuales muchas no eran, tal vez, más que jactancias.

El 28 de febrero pasé al juicio. Bulot, que debía difamarme, se vanagloriaba según parece, en los pasillos, de que me haría "obtener" cinco años, el máximum.

Como lo he apuntado, en su requisitoria, Bulot no dejó de leer mi suelto de la "Révolte", sobre la legislatura, que él no había podido digerir. A pesar de todo, no obtuvo sino dos años. Es verdad que era yo el que tenía que cumplirlos.

El presidente, cuyo nombre he olvidado, dió al interrogatorio tal giro que yo no pude meter baza. Esto fué llevado de mano maestra y terminado antes que tuviese tiempo de decir esta boca es mía.

Saint-Auban hizo un brillante alegato. Fui yo el que no estuvo brillante. Obsesionado por la idea de que estaba prohibido leer, sea lo que fuere, en un proceso, yo no había preparado ninguna declaración. En cuanto a improvisarla hubiera tartamudeado. No podía, sin embargo, retirarme sin decir nada. Recurrí a la declaración de mi primer proceso.

—Acepto la responsabilidad de lo que he escrito. No reconozco a nadie el derecho de impedirme decir o escribir lo que pienso. Sois los más fuertes, haced lo que queráis. Eso no me impedirá tener razón.

Esto era monótono como tema... pero yo no podía embarcarme en extensas consideraciones. Y, después de todo, no era el mismo público.

Pero, terminada la representación, ¿qué es lo que veo? Mi defensor atraviesa el pretorio para ir hacia monsieur Bulot, que avanzaba con la mano extendida. ¡Saint-Auban felicitando a Bulot por su requisitoria y Bulot felicitando a Saint-Auban por su alegato. Los dos estrechándose la mano como dos viejos compañeros!

Ajalbert nos había dado ya este espectáculo en su pieza "La Fille Elisa". Esto no impidió que el acto me chocara en el momento. Pero no hay que perder de vista la influencia del medio, de la costumbre y otros factores similares. Saint-Auban, estoy cierto, me defendió con convicción y se tiró a fondo. Lo que no impide que lo que se llama la justicia sea una famosa comedia.

* * *

Fué a Ajalbert a quien yo me dirigí para que viniese a defenderme. Pero él no estaba en buenas relaciones con los jueces. Encargado en el último momento de la defensa de Vaillant, que había arrojado una bomba en plena Cámara de diputados, encontrando que no tenía el tiempo necesario para estudiar el expediente, pidió que se postergara el asunto, lo que le fué rehusado. Considerando que encargarse de la defensa en esas condiciones sería participar en un asesinato, Ajalbert rehusó asumir la responsabilidad de la defensa de Vaillant, y devolvió el legajo.

Lo que, por otra parte, no detuvo a los jueces, habiendo aceptado Laborie encargarse de la defensa.

No habiendo podido defender a Ravachol, ¿no querría dejar escapar a Vaillant?

Al pedido que yo le había hecho, he aquí lo que me respondió Ajalbert:

"Mi querido Grave:

Me sería imposible asistirle, por razones que yo no puedo indicar en extenso aquí, en el caso de que fuera usted perseguido por su libro.

Estas razones, estoy seguro, las aprobará, y estoy seguro también que no considerará mi rechazo como una defección de mi simpatía por su persona y su talento. No está allí el quid, ¿no es cierto? Dos días antes de recibir su carta publiqué un artículo sobre usted y su obra.

Mi parecer es que se haga defender, en esta ocasión, desde el punto de vista del derecho estricto, por un jurisconsulto.

No es el proceso de la anarquía el que se instruye, sino el del pensamiento humano, todo entero y en condiciones particulares, con leyes especiales, recientemente promulgadas. Sería menester, desde el punto de vista de la ley, demostrar lo que valen esas leyes, sobre todo en el caso de su libro. Si quiere que encuentre un defensor en este sentido, estoy a su disposición.

Siempre cordialmente suyo.

J. Ajalbert.

19 de noviembre de 1893."

Sin duda, hubiera debido prescindir del abogado. Considerando las monerías de la injusticia como una comedia, ¿por qué prestarse a ellas?

Evidentemente. Pero si no he retrocedido jamás ante ninguna de las consecuencias que entrañaba mi puesto en el movimiento, ni declinado ninguna de las responsabilidades que podía asumir, yo no he creído jamás tampoco que fuese necesario acatar las condenas sin protestar.

Al lanzarme a la propaganda sabía lo que me esperaba. Atacando a las autoridades era necesario esperar recibir, en cambio, golpes. Eso entraba en la partida de pérdidas y ganancias. Lo que no podría evitar lo soportaría. Estaba preparado a ello. Pero no tenía ninguna disposición a jugar a los mártires y más no siendo necesario. El miedo de un riesgo no me ha hecho silenciar jamás lo que

tenía que decir, pero ¿a qué forzar la nota?

Cuando se trataba de atrapar seis meses de prisión podía uno dejar a un lado a los jueces y rehusar jugarles su juego. Pero en presencia de cinco años a atrapar, sin contar los veinte de cárcel que nos reservaba el proceso que venía, por "Asociación de malhechores", consideré que hubiera sido estúpido dejarme acogotar sin defensa, sobre todo cuando no podía contar con mi "elocuencia" para eso.

Era por eso que yo me había dirigido a Ajalbert para que viniese a defenderme. Le respondí, pues, que le agradecería que me encontrase a alguien que le reemplazara, no conociendo yo, por mi cuenta, a nadie a quien dirigirme.

He aquí el telegrama por el cual Ajalbert me recomendaba a Saint-Auban:

"Mi querido Grave:

Mi colega y amigo Saint-Auban acepta la defensa. El le irá a ver en seguida. Conoce su libro y se encuentra, pues, bien preparado. No es el Saint-Aubin del que me han hablado y a quien yo no conozco. Es, créamelo, con conocimiento de causa que le aconsejo poner su defensa al cuidado de Saint-Auban. Será defendido por un filósofo y un jurisconsulto de espíritu amplio como pocos.

Suyo. *J. Ajalbert.*"

Fué de esta manera como conocí a Saint-Auban, de lo que sólo tengo que felicitarme.

En cuanto al Saint-Aubin de quien habla Ajalbert, yo no lo conocía sino por haberme encontrado una vez con él y porque él me había hecho decir que se encargaría de buena gana de mi defensa.

* * *

Vuelto a Mazas y metido yo no sé en qué división, no había tenido tiempo todavía de instalarme, cuando volvieron a buscarme para conducirme a otra división, en una celda bastante sucia.

A la caída de la noche volvieron a buscarme y me llevaron a una pieza, donde se encontraban dos guardianes, que me intimaron a que me desvistiera y me endosara un traje de presidiario.

Yo rehusé, apoyándome en mi "calidad" de condenado político, pidiendo ver al director, a quien fueron a buscar o hicieron ver tal cosa.

El director había salido. Pedí ver al inspector. El inspector había salido. Pedí ver al maestro que, me dijeron, le reemplazaba. La misma comedia que para el director y el inspector. ¡Eso era la administración Benoiton! ¡Todo el mundo había salido!

Discutí algún tiempo, rehusando endosarme el traje que se me presentaba. Pero ¿a qué? Yo no era de talla como para resistir a dos guardianes. A lo sumo ¿valía eso la pena? Hice de tripas corazón.

Pero esto no era más que el preludio. Al día siguiente me trajeron un banquillo, una vieja lima de dientes gruesos, y con eso debía descortezar nueces, de las que me dejaron una bolsa llena.

Me puse a trabajar. Después de todo era un derivativo. Golpeaba torpemente sobre las nueces. Pero a veces golpeaba en falso y el golpe no era perdido por mis dedos.

A pesar de todo, no pudiendo digerir el traje de presidiario, escribí a Saint-Auban para informarle del caso.

A los pocos días, en todo caso no era un domingo, fuí llamado a la sala de recibo de los abogados. Saint-Auban me esperaba.

Le conté — él estaba en condición de verlo, por otra parte — que me habían forzado a ponerme el traje de presidiario.

Pero por la rabia de no haber sido capaz de decir todo lo que hubiera debido decir, la soledad, el enervamiento, se me anegaron los ojos en lágrimas, como una Magdalena, al relatarle mis desazones, y mientras me lamentaba le rogaba que no prestara atención, que eran simplemente los nervios.

Calmada la crisis, pude terminar tranquilamente de relatar mi asunto. Pero los golpes que me había dado sobre los dedos me habían ocasionado grandes cardenales, que yo estaba en trance de pinchar cuando fuí llamado a la sala de recibo. Mis manos sangraban, mientras contaba mi historia y me enjugaba la sangre con el pañuelo. Tuve que explicar de dónde venía eso.



Al día siguiente, en la "Libre Parole", en la que él colaboraba, Saint-Auban escribió un artículo emocionante, protestando contra mi alojamiento entre criminales de derecho común, dramatizando las heridas de mis dedos. Eso era enteramente patético, pero se me ocurre muy exagerado.

Pobre Saint-Auban. Espero que el dios en quien él cree, le perdonará esa exageración en favor del propósito.

Pero el fin justifica los medios. No habían pasado cuarenta y ocho horas que el artículo había aparecido cuando vi entrar en mi celda al director en persona, que venía a informarse de mi salud. Y que, después de algunos tartajeos insignificantes, me dijo:

—Se le ha puesto el traje de presidiario. No debe ser muy rico, ¿no es verdad? Se le entregarán sus propios vestidos. Se le devolverán, por otra parte, cuando vaya a la instrucción. Los tendrá de nuevo en su poder cuando haya terminado su tiempo.

Luego, al salir, viendo sobre mi mesa el libro de Flaubert, "Madame Bovary":

—¿Desde cuándo se había permitido la entrada de volúmenes, dos a la vez? ¡Cómo se ha permitido la entrada de "Madame Bovary"!

Se fué, sacudiendo la cabeza, como si no comprendiera tamaña falta de disciplina.

El mismo día me quitaron las nueces, se me dieron alamares para coser sobre mapas. Trabajando enérgicamente hubiera podido ganar diez céntimos por día.

Al día siguiente se me llamó para la visita del médico.

—Pero yo no he podido ir a la visita— dije al guardián.

—Eso no le hace. Usted está inscripto para ir allí.

Fuí a ver al doctor. El me preguntó lo que tenía.

—No tengo nada.

—Eso no le hace. Le haré una receta.

Ya olvidé sus prescripciones. Luego, cuando iba a dejarle:

—¿Le gustará, tal vez, la leche? Le recetaré leche.

Yo, que todas las mañanas bebía mi litro de leche en el escritorio, pensé que no podía caer en mejor ocasión. Vaya por la leche.

Durante una quincena, por lo menos, tuve mi botella de leche todas las mañanas.

Yo sospechaba que ese cambio de frente era debido a la visita de Saint-Auban, pero no fué sino mucho más tarde cuando tuve conocimiento de su artículo.

* * *

Durante este tiempo los atentados habían recrudecido en París. Habían tenido lugar explosiones en hoteles amueblados, a la visita del comisario de policía, llamado por una carta de alguien que pretendía suicidarse en el susodicho hotel. Luego, el atentado de Terminus, con el arresto de Emilio Henry, y, en fin, la bomba de la Madeleine, donde pereció Pauwels. La ejecución de Vaillant en seguida.

Saint-Auban me había pasado los números del "Fígaro", relatando su proceso, así como sus declaraciones en la instrucción. No quisiera maldecir de alguien que sacrificó su vida por sus ideas, pero yo no pude dejar de pensar, en la lectura, que sus declaraciones concernientes a sus relaciones con Paul Réclus venían allí como tiradas por los cabellos. Yo ignoraba hasta qué punto de intimidad podían haber llegado estas relaciones, muy poco íntimas, creo. Al jactarse, ante el juez de instrucción, de sus relaciones con los Réclus, ¿Vaillant no había obedecido a un mezquino sentimiento de vanidad? Esto no era anodino, puesto que para Paul Réclus le valió ser introducido en el proceso de los treinta, con veinte años de cárcel en perspectiva.

Después del director fué el guardián jefe el que vino a visitarme. Su primera palabra, al verme escribir, fué decirme:

—¿Sabe usted que no puede mandar nada sin autorización?

Yo le di las gracias — interiormente — por el aviso. Tomaría mis precauciones.

Para pasar el tiempo había escrito proyectos de cuentos, novelas, y escrito todo el borrador de las "*Aventuras de Nono*". Hice pasar esto sin molestar a la administración, sin retardarme en una autorización aleatoria.

Estar encerrado semanas, meses, entre cuatro muros, sin saber lo que pasa fuera, sobre todo cuando uno sabe que se encarcela continuamente, que los parientes, que los amigos lo están tal vez ya, esto os hace, de todos modos, pasar momentos dolorosos.

Estaba, es cierto, Saint-Auban, pero no tenía a mí sólo para ocuparse. Era una ráfaga de aire fresco que me venía cuando él me visitaba. Pero, por desgracia, sus visitas eran demasiado raras.

A falta de algo mejor, me divertía en echar, desde mi celda, migajas de pan, que venían a picotear los gorriones. Pero un guardián vino a advertirme que eso estaba prohibido, lo que no me impidió, por otra parte, continuar.

El peluquero no vino sino una sola vez a afeitarme. El guardián no abandonó un solo momento la celda.

Una cosa que me intrigó fuertemente y de la cual no he tenido hasta ahora la explicacaión, es que cuando yo iba a una nueva celda, a través de mis diversas idas y venidas, mi cartel no llevaba sino la inscripción ordinaria. Cuando volvía a salir de ella estaba adornada con uno de esos pequeños cuadrados de papel engomado que se pueden deesprender de las hojas de estampillas. Yo noté este mismo cuadrado de papel sobre los carteles de aquellas celdas cuando salía para el paseo cotidiano. El susodicho cuadrado de papel me siguió por todos mis cambios de alojamiento en Mazas.

Un día fuí llamado a la sala de recibo. Era madame Benoit que, por fin, había obtenido la autorización de visitarme.

Lo que yo me temía se había producido. La policía, en ocasión de una nueva "razzia", les había visitado. Fué el comisario de policía del distrito quien dirigió la operación. No era un mal diablo. "Yo sé que usted no se ocupa de nada, le dijo a Benoit. Le retendré en mi escritorio y pediré instrucciones."

Pero a pesar de sus buenas intenciones le fué dada la orden de conducir a su prisionero al Depósito.

Al tercer o cuarto día fué interrogado.

—¿Por qué se le arrestó?

—Yo no sé nada. Porque soy pariente de Grave, supongo.

—Debe ser esto, en efecto — dijo el otro.

La misma noche los pusieron en libertad.

Por mi visitante tenía, por fin, noticias de aquellos que conocíamos. De los que estaban arrestados. De los que estaban todavía en libertad. La pobre "Révolte" había sobrevivido. Mercier, ayudado por Gauche, había tratado de continuarla después de mi arresto; pero había sido forzado a abandonar la empresa, después de los nueve números. Toda la correspondencia había sido saqueada en el correo. El periódico no servía sino de emboscada.

(Concluirá).

EMMA GOLDMAN

LA PROSTITUCION

(Conclusión)

Muchachas, todavía niñas, que trabajan amontonadas, en talleres, a veces con temperaturas tórridas, durante diez o doce horas al pie de una máquina, forzosamente deben hallarse en una constante sobreexcitación sexual. Muchas de esas muchachas no poseen hogares confortables ni nada parecido; al contrario, viven en continua penuria; entonces la calle o cualquier diversión barata le servirá para olvidar la rutina diaria. Todo esto trae como consecuencia natural la proximidad de los dos sexos. Es, pues, muy difícil afirmar cuál de los dos factores condujeron a ese punto culminante de la sobreexcitación sexual de la joven; mas el resultado será el mismo. Ese es el primer paso hacia la prostitución. No es ella la responsable, por cierto. Al contrario, esa falta recae sobre la sociedad; es la total carencia de comprensión; nuestra falta de una justa apreciación de los sucesos de la vida; especialmente la culpa es del moralista, que condena a la que cayó para una eternidad, solamente porque se desvió del *sendero de la virtud*; eso es, porque realizó su primer experiencia sexual sin la sanción de la iglesia y del Estado.

Ella se sentirá completamente al margen de la vida social, que le cerrará las puertas. Su misma educación y todo lo que se le ha inculcado, hará que se reconozca una depravada, una criatura caída para siempre, sin el derecho a levantarse más, sin que nadie le extienda la mano; al contrario, se tratará de hundirla cada vez más. Es así como la sociedad crea las víctimas y luego vanamente intenta regenerarlas. El hombre más mezquino, el más corrompido y decrépito podrá aún considerarse muy bueno para casarse con una mujer, cuya gracia comprará muy ufano, en vez de pensar que puede salvarla de una vida de horrores. Tampoco podrá dirigirse a su hermana la honesta en busca de amparo, de auxilio moral; ésta, en su estupidez, teme mancillar su pureza y castidad, no comprendiendo que en muchos aspectos su posición es más lamentable que la de su hermana en la calle.

"La mujer que se casa por dinero, comparada con la porstituta, es verdaderamente un ser despreciable, dice Havelock Ellis. Del mismo modo se prostituye, se le paga menos, en cambio, por su parte retribuye mucho más en trabajo y cuidados y se halla atada a un solo dueño. Por empezar, la prostituta nunca firma un contrato, por el cual pierde todo derecho sobre su persona, conserva su completa libertad de entregarse a quien quiere, no obstante hallarse obligada siempre a someterse a los brazos de los hombres".

No se trata mejor a esa mujer casada si llegan a su noticia las palabras de la apología de Lecky, al decir de la prostituta: "aun cuando sea la suprema encarnación del vicio, es también la más eficiente salvaguardadora de la virtud: Gracias a ella, cuántos hogares aparentemente respetables escaparon de ser corrompidos, mancillados por prácticas antinaturales; sin ella, estas aberraciones del sentido genésico abundarían más de lo que se puede suponer".

Los moralistas se hallan siempre dispuestos a sacrificar una mitad de la raza humana para la conservación de algunas miserables instituciones que ellos no pueden hacer prosperar. En rigor, la prostitución no representa tampoco una salvaguarda más para asegurar la pureza del hogar, como no lo representan esas mismas leyes, cuyos efectos pretende contrarrestar. Casi el cincuenta por ciento de los hombres casados frecuentan los prostíbulos o los patrocinan. Es a través de este virtuoso elemento que las casadas — y aun los niños — contraen enfermedades venéreas. Asimismo no tiene ninguna palabra de condenación para el hombre, mientras que para la indefensa víctima, la meretriz, no hay ley

lo suficiente monstruosa que la persiga y la condene. No es solamente la presa de los que la poseen, durante el ejercicio de su profesión; lo es también de cada policeman y de cada miserable detective que la persiga, de los oficialitos de los puestos de policía y de las autoridades de todas las cárceles a donde llegue.

En un reciente libro, escrito por una mujer que regenteó una de esas *casas*, se puede hallar la siguiente anotación: "Las autoridades del lugar me obligaban a pagar todos los meses, en calidad de multa, de $ 14.70 a $ 29.70; las pupilas debían pagar de $ 5.70 hasta $ 9.70 solamente a la policía". Si se tiene en cuenta que la autora hacía sus negocios en una ciudad pequeña, las sumas que cita no comprenden las extras en forma de contravenciones, coimas, y etc.; de lo que se puede deducir la enorme renta que reciben los policías de los departamentos, extraídas, sonsacadas del dinero de esas víctimas, que ellos tampoco desean proteger. Guay de la que se rehuse a oblar esa suerte de peaje; será arrastrada como ganado, aunque no fuera más que para ejercer una favorable impresión sobre los honestos y buenos ciudadanos de esas ciudades, o también para obedecer a las autoridades que necesitan cantidades extras de dinero, además de las lícitas. Para las mentalidades enturbiadas por los prejuicios que no creen a la mujer caída incapaz de emociones, le será imposible imaginarse, sentir en carne propia la desesperación, las afrentosas humillaciones, las lágrimas candentes que vierte cuando la hunden cada vez más en el fango.

¿Parecerá acaso extraño que una mujer que regenteara una de esas *casas* sepa expresarse tan bien, con tal vehemencia, sintiendo de tal manera? Más extraño me parece el proceder de este buen mundo cristiano que supo sacar provecho, trasquilar, hacerle pagar su tributo de sangre y dolor a semejante criatura y luego no le ofrece otra recompensa que la detracción y la persecución. ¡Oh la caridad de este buen mundo cristiano!

Se está investigando con mucha violencia contra la trata de blancas que se importa desde Europa a Norte América. ¿Cómo podrá conservarse virtuoso este país si el viejo mundo no le presta su ayuda? No niego que en una pequeña parte sea esto verdad, tampoco niego que existen emisarios en Alemania y en otras naciones haciendo su innoble comercio de esclavas con los Estados Unidos. Pero me niego absolutamente a creer que este tráfico asuma apreciables proporciones, en lo que respecta a Europa. Si es verdad que la mayoría de las prostitutas de Nueva York son extranjeras, sucede también por lo mismo que la mayoría de su población está compuesta de extranjeros. Desde el momento que se va a otra ciudad del territorio norteamericano, Chicago, por ejemplo, encontraremos que las prostitutas extranjeras se hallan en ínfima minoría.

Igualmente exagerada es la creencia basada en que la mayoría de las mujeres que comercian sus encantos en las calles de esta ciudad, ejercitaban el mismo tráfico en sus países respectivos antes de venir a Norte América. Muchas de estas muchachas hablan un excelente inglés, se americanizaron en sus modales y su vestir, — lo que es un fenómeno imposible de adaptación, de verificarse, a menos que hayan permanecido bastantes años en este país. Lo cierto es ésto, que fueron arrastradas a la prostitución por las condiciones del ambiente norteamericano, a través de las costumbres norteamericanas, inclinadas a un lujo excesivo, a la afición desmedida por sombreros y vestidos vistosos, y naturalmente para todas estas cosas se necesita dinero, — un dinero que no se gana en las fábricas, ni en las tiendas.

En otras palabras, no hay razón para creer que ningún grupo comercial de hombres deseen correr los riesgos de gastos exorbitantes para importar aquí *productos extranjeros*, cuando por las mismas condiciones del ambiente el mercado rebasa con miles de muchachas del país. Por otra parte, hay también pruebas suficientes para afirmar que la exportación de mujeres jóvenes norteamericanas, no es tampoco un factor desdeñable.

Ahí está un ex secretario de un juez de Cook County, Ill., Clifford G. Roe, quien acusó abiertamente que se embarcaban muchachas del Estado de Nueva Inglaterra para el exclusivo uso de los empleados del Tío Sam en Panamá. Mr. Roe agregaba que le pareció que había un ferrocarril subterráneo entre Boston y Wáshington, en el que continuamente viajaban mujeres de *esas*. ¿No es muy sugestivo que esa línea ferroviaria vaya a morir en el centro y en el corazón de las autoridades federales? Ese Roe dijo mucho más de lo que se deseaba en las esferas oficiales, y la prueba es que al poco tiempo fué destituído. No es muy sensato que los empleados de la administración nacional se pongan a narrar cierta clase de cuentos.

Las excusas que se adujeron para aminorar la gravedad de este suceso, estribaban en las particularidades climatéricas de Panamá y en que allí no existía ningún meretricio. Es el sólito sofisma, la sólita hoja de parra con la que un mundo hipócrita quiere escudarse porque no se atreve a enfrentar la verdad.

El sacrificio de Sacco y Vanzetti



Dibujo de Daenens

Después de Mr. Roe se halla James Bronson Reynolds, quien hizo un estudio completo de la trata de blancas en Asia. Siendo este un típico norteamericano y amigo del futuro Napoleón estadounidense, Teodoro Roosevelt, se puede asegurar que es el último hombre que intenta desacreditar las virtudes innatas de su país. Así es como nos informa sobre los establos de Augias del vicio norteamericano. Hay allí prostitutas norteamericanas que se pusieron de tal modo en evidencia, que en el Oriente la "American girl" es sinónimo de prostituta. Mr. Reynolds le hace recordar a sus conciudadanos que mientras los norteamericanos en China se hallan bajo la protección de sus cónsules, los chinos en Estados Unidos están completamente desamparados. Todos los que conocen las brutales y bárbaras persecuciones que la raza amarilla soporta en casi toda la costa del pacífico, han de ver con agrado la amonestación de Mr. Reynolds.

En vista de todos los hechos descriptos, es un poco absurdo señalar a Europa como un foco de infección, de donde proceden la mayoría de las enfermedades sociales que llegan a las playas norteamericanas. Y esto es tan absurdo como proclamar que la raza judía es la que proporciona el más cuantioso contingente de esta desarmada presa ante todos los apetitos. Estoy segura que nadie podrá acusarme de nacionalista en ningún sentido. He podido despojarme de este prejuicio como de otros — de lo que me hallo muy satisfecha. Es por eso que me fastidia oír la afirmación de que aquí se importan las prostitutas judías, y si protesto acerca de tal infundio, no es por mis simpatías judaizantes, sino por los rasgos inherentes de la vida de esa gente, que conozco muy bien. Nadie ha de decir que las jóvenes judías emigran a tierras extrañas, si no sabe que algún pariente cercano o lejano ha de acompañarlas. La muchacha judía no es aventurera. Hasta hace pocos años no abandonaba su hogar, aun para ir a la próxima aldea o ciudad, donde podía visitar alguien de su relación. ¿Es entonces probable que una joven judía deje su familia, viaje miles de millas hacia tierras desconocidas bajo la influencia de promesas y de fuerzas extrañas? Id si queréis hacia esos grandes transatlánticos y comprobad si esas muchachas no llegan acompañadas con sus parientes, hermanos, tías o familias amigas. Habrá excepciones, naturalmente, pero de ahí a establecer que un gran número de jóvenes judías vienen importadas con el propósito de la prostitución y de cosa sparecidas, es desconocer completamente la psicología hebrea.

Los que viven en casas de cristal no deberían arrojar piedras al techo de las ajenas; además, los cristales norteamericanos son un poco delgados y pueden romperse fácilmente, y en el interior no habrá cosas placenteras para ser exhibidas en público.

Adjudicar el aumento de la prostitución a la alegada importación extranjera, al hecho de extenderse cada vez más el proxenetismo, es de una superficialidad abrumadora. Como ya me referí al primer factor, el segundo, los proxenetas, detestables como son, no se debe ignorar que forma parte esencialmente de una fase de la prostitución moderna, — fase acentuada por las persecuciones y los castigos resultantes de las esporádicas cruzadas llevadas a cabo contra ese mal social.

El proxeneta, no dudando que es uno de los miserables especímenes de la familia humana, ¿en qué manera puede ser más despreciable que el policeman, quien le arranca hasta el último centavo a la pobre trotadora de la calle para luego conducirla presa todavía? ¿Cómo el proxeneta ha de ser más criminal, o una más grande amenaza para la sociedad cuando los propietarios de grandes almacenes, de tiendas o fábricas, buscan sus víctimas entre el personal femenino para satisfacer sus ansias bestiales y después enviarlas a la calle? No intento defender al proxeneta de ningún modo, mas no comprendo por qué se le ha de dar caza despiadadamente, cuando los verdaderos perpetradores de las iniquidades sociales gozan de inmunidad y de respeto. Entonces, hay que recordar muy bien que ellos también contribuyen a hacer a las prostitutas, no solamente el proxeneta. Es por nuestra vergonzosa hipocresía que se creó la prostituta y el proxeneta.

Hasta el año 1894 estaba muy poco difundido en Norte América el hombre que vivía exclusivamente de las mujeres *alegres*. Por entonces tuvimos unos ataques epidérmicos de virtud. El vicio debía abolirse y el país purificarse a toda costa. El cáncer social fué extirpado del exterior para que sus raíces arraigaran más hondamente en el organismo de la nación. Los propietarios de prostíbulos y sus infelices víctimas se hallaron a merced de la policía. Se subsiguió la inevitable consecuencia con exorbitantes multas, las coimas y la penitenciaría.

Las pupilas antes relativamente amparadas en los meretricios, por representar ellas cierto valor monetario, se encontraron en la calle como presas indefensas en las manos del policía groseramente codiciosa. Desesperada, necesitando que alguien las protegiera amándolas, les fué muy fácil caer en los brazos de los proxenetas, — uno de los productos más genuinos de nuestra era comercial. De ahí que la modalidad social del proxenetismo no fué más que una excrecencia natural de las persecuciones de la policía, de las bárbaras puniciones y el intento siempre frustrado de suprimir la prostitución. Sería absurdo confundir esa faz moderna de los males sociales con esta última.

La opresión simple y pura y los proyectos de leyes coercitivas no han de servir más que para amargar a la infortunada víctima de su misma ignorancia y estupidez, y luego llevarla a la última degradación. Uno de ellos logró su máxima severidad, proponiendo que a las prostitutas se les diera el tratamiento de los criminales, y las cogidas en flagrante, se las penaría con cinco años de cárcel y 10.000 dólares de multa. Semejante actitud sólo demuestra la obtusa incomprensión de las verdaderas causas de la prostitución, como factor social, como también esto es una manifestación del puritánico espíritu de otros días sangrientos en la historia del Puritanismo.

No existe un escritor moderno que al tratar este asunto no señale la completa futilidad de estos métodos legislativos con sus innumerables medios de coerción. El Dr. Blaschko dice que las represiones gubernativas y las cruzadas moralizadoras nada consiguen más que dispersar el mal social que quieren combatir por miles de otros conductos secretos, multiplicando así los peligros para la sociedad. Havelock Ellis, el temperamento más humanitario y el estudioso más profundo de la prostitución, nos hace comprobar con el fehaciente testimonio de citas históricas, que cuanto más drástico es el método de represión, mucho más empeora las condiciones de ese mal. Entre una de esas citas se halla la siguiente: "En 1560 Carlos IX abolió con un edicto todos los prostíbulos; pero el número de las meretrices no hizo más que aumentar, mientras otras casas de lenocinio fueron apareciendo clandestinamente, siendo muchos más peligrosas que los anteriores. A despecho de esa legislación, o *por causa de*

PEDRO KROPOTKIN

El hombre - La producción - La vida

¿Son verdaderamente económicos los medios que ahora se emplean para satisfacer las necesidades humanas con el sistema de división permanente de funciones y producción mercantilizada?

¿Llevan realmente a economizar fuerzas humanas, o son sólo restos dispendiosos de un pasado que, sumergido en la obscuridad, la ignorancia y la opresión, nunca se hizo cargo del valor social y económico del hombre?

En la agricultura puede considerarse como probado que, si una pequeña parte del tiempo que ahora se dedica al cultivo en cada país o región, se emplease en mejoras permanentes del suelo, bien meditadas y ejecutadas socialmente, la duración del trabajo para producir el pan anual de una familia compuesta, en promedio, de cinco individuos, sería menor de quince días al año, y el trabajo indispensable para tal objeto, resultaría beneficioso para toda persona sana.

También se ha probado que, con el sistema de la horticultura intensiva — en parte bajo vidrio — legumbres, verduras y frutas pueden producirse en tal cantidad, que todos las tendrían en abundancia dedicando a su cultivo las horas que cada uno invierte voluntariamente en trabajar al aire libre, después de haber pasado la mayor parte del día en la fábrica, la mina o el estudio. Esto siempre que no fuera obra del individuo aislado, sino acción combinada y metódica de la agrupación de productores.

Asimismo se ha probado que en una combinación acertada del trabajo, veinte o veinticuatro meses de labor individual bastarían para asegurar a perpetuidad a una familia de cinco personas un departamento o una casa provista de todas las comodidades que la moderna higiene y el buen gusto exigen. Igualmente se ha demostrado que, adoptando nuevos métodos de educación, es fácil proporcionar a los niños de una mediana inteligencia, antes de que lleguen a la edad de catorce o quince años, un amplio y general conocimiento de la Naturaleza, así como de las sociedades humanas, familiarizar su entendimiento con los buenos métodos de investigación científica y de trabajo técnico, e inspirar sus corazones en un profundo sentimiento de solidaridad humana y de justicia.

Todo esto se ha probado; es la adquisición del tiempo en que vivimos; adquisición lograda a pesar de los innumerables obstáculos arrojados en el camino de todo pensamiento elevado. Es la obra de los obscuros cultivadores de la tierra, de cuyas manos, Estados ambiciosos, propietarios territoriales e intermediarios, arrebatan el producto de su trabajo, aun antes de que esté en sazón; y es la obra también de obreros intelectuales que, muy a menudo caen aplastados bajo el peso de la Iglesia, del Estado, de la competencia comercial, de la inercia del entendimiento y de las preocupaciones sociales.

Y hoy, después de todas estas conquistas, ¿cuál es el verdadero estado de cosas? Las nueve décimas partes del total de la población de países exportadores de granos, como Rusia, la mitad de la misma en otros, como Francia, que se alimenta de su suelo, labran la tierra, casi como lo hacen los esclavos de la antigüedad. Al fin de este siglo, pueblos enteros aran con el mismo arado que sus antecesores medioevales; viven en la misma incertidumbre respecto al mañana, negándoseles igualmente con empeño la educación; y si quieren reclamar su derecho a la vida, tienen que marchar con sus mujeres y sus pequeñuelos contra las bayonetas de sus propios hijos, como hicieron los antepasados.

En países desarrollados industrialmente, un par de meses de trabajo, y aun mucho menos, bastarán para producir a una familia una buena y variada alimentación vegetal y animal. Y, no obstante, las investigaciones de Engels y sus partidarios, muestran que la familia del trabajador tiene que gastar la mitad, por lo menos, de su salario anual; esto es, dar seis meses de trabajo, y con frecuencia más, para proporcionarse el sustento. ¿Y de qué clase? ¿Acaso no es el pan, y alguna grasa, el principal alimento de más de la mitad de los niños británicos?

Bastaría un mes de trabajo anual para proveer al obrero de una morada saludable, y sin embargo tiene que gastar del 25 al 40 por 100 de su salario anual; esto es, de tres a cinco meses del tiempo que trabaja al año, para alquilar una habitación que, casi siempre, es insalubre y demasiado reducida, y que nunca llegará a ser suya, a pesar de que a la edad de cuarenta y cinco o cincuenta años tiene la seguridad de que será despedido de la fábrica, porque entonces una máquina y un niño ejecutarán el trabajo que él hacía.

Nadie ignora que el joven debería, por lo menos, estar familiarizado con las fuerzas de la Naturaleza, que algún día habrá de utilizar; que necesitaría estar preparado a ver sin prevención el constante progreso de la ciencia y el arte; que le convendría estudiar ciencias y aprender un oficio. Todo el mundo estará conforme por lo menos en esto, pero en la práctica, ¿qué se hace? Desde la edad de diez años y aun de nueve, enviamos al niño a empujar una vagoneta en una mina, o a atar los dos extremos del hilo roto en la hilandera. Desde la edad de trece, obligamos a la muchacha, que sólo es una criatura, a trabajar como una mujer en el telar de mano, o a consumirse en el ambiente envenenado y caliginoso de una fábrica de algodón, o a perder la salud en las mortíferas salas de una alfarería del condado de Stafford. Respecglos pasados vemos en ellos los mismos sufrimientos, pero podemos disculparlos, suponiendo que entonces quizás eran inevitables por la ignorancia que en aquella época prevalecía; pero hoy el genio del hombre, estimulado por nuestro moderno renacimiento, ha indicado ya la nueva ruta a recorrer.

Durante miles y miles de años la producción del alimento era una carga, casi un castigo para la humanidad. Ya no debe serlo. Si os hacéis vosotros mismos el suelo y en parte la temperatura y la humedad que cada cosecha requiere, veréis que la producción del alimento anual de una familia, en condiciones racionales de cultivo, requiere tan poco trabajo, que casi puede hacerse como un mero cambio de ejercicio. Si os dedicáis a labrar con ayuda de vuestros vecinos, en vez de letto a los que han tenido la relativa buena suerte de recibir alguna educación, fatigamos su inteligencia con un trabajo excesivo, les privamos conscientemente de toda posibilidad de hacerse productores y con el sistema de educación cuyo objeto es la "utilidad" y los medios la "especialización", hacemos trabajar hasta el aniquilamiento a los pobres maestros que toman a pecho su labor. ¡Qué torrentes de inútiles sufrimientos derraman sobre el mundo esos pueblos que se llaman civilizados! Si volvemos la vista a los sivantar altas tapias para no veros unos a otros, si utilizáis lo que enseña la experiencia y llamáis en vuestra ayuda a los inventos de la ciencia y el arte, que siempre responden al llamamiento (ved, si no, lo que se ha hecho en el ramo de guerra) os sorprenderá la facilidad con que podréis extraer del suelo un alimento rico y variado. Admiraréis la cantidad de conocimientos útiles que los hijos adquirirán al lado de sus padres, el rápido crecimiento de su inteligencia y la facilidad con que se harán cargo de las leyes de la Naturaleza.

Colocad las fábricas y los talleres cerca de las huertas y tierras de labor, y trabajad en unas y en otras alternativamente. No hablo de esos vastos establecimientos donde se funden los metales en grande escala y que deben situarse en lugares determinados, sino de la variedad de talleres y fábricas indispensables para satisfacer la infinidad de gustos de los pueblos civilizados: no de esas fábricas en las que los niños pierden hasta su apariencia de seres humanos, sino de aquellas ventiladas, higiénicas, y, por ende, económicas, en las cuales la vida humana se aprecia más que las máquinas o el deseo de ganancia, y cuyos modelos, aunque limitados, se ven ya en varias partes: fábricas y talleres hacia los que los hombres, las mujeres y los niños no vayan empujados por el hambre, sino atraídos por el deseo de hallar una ocupación en armonía con sus inclinaciones, y en donde, ayudados por el motor y la máquina, elegirán el ramo de actividad más conforme con sus aspiraciones y sus gustos.

Que esas fábricas y talleres se construyan, no para negociar vendiendo cosas inútiles y nocivas a los esclavizados africanos, sino para llenar las necesidades desatendidas de millones de europeos, y entonces contemplaréis maravillados con qué facilidad y en qué poco tiempo pueden cubrirse nuestras exigencias y disponer hasta de artículos de lujo, desde el momento en que la producción se encamine a satisfacer verdaderas necesidades y no a engordar a los accionistas con crecidos dividendos. Pronto os sentiréis interesados en ese trabajo y apreciaréis en vuestros hijos su vivo deseo de conocer la Naturaleza y sus fuerzas por sus insistentes preguntas respecto al poder de la maquinaria, así como la rapidez con que su genio inventivo se desarrolla en ellos.

Este es el porvenir que creo posible, realizable; tal es el presente, ya condenado y próximo a desaparecer. Y lo que nos impide volverle la espalda a este presente y marchar hacia el porvenir, o dar los primeros pasos hacia él, no es la "deficiencia científica", sino nuestra estúpida ambición — la del hombre que mató la gallina que ponía huevos de oro; — y nuestra inercia mental, esa cobardía del entendimiento tan cuidadosamente cultivada en todos los tiempos.

La ciencia y los llamados conocimientos de la vida práctica le han dicho al hombre durante siglos:

"Debes ser rico para satisfacer tus necesidades materiales; pero el único medio de alcanzarlo es el de educar de tal modo tu inteligencia y tus aptitudes, que permitan obligar a otros hombres esclavos, siervos o asalariados a producir esa riqueza para ti.

"Tienes que elegir: o te conformas con figurar entre los campesinos y los artesanos, que por mucho que los economistas y moralistas les prometan para el otro mundo están ahora condenados periódicamente a morirse de hambre después de cada mala cosecha o durante sus enfermedades, y a ser ametrallados por sus propios hijos en el momento que pierdan la paciencia o tienes que desenvolver tus facultades de modo que llegues a ser un jefe militar, o una de esas personas que se transforman en rueda de la máquina gubernamental del Estado, o que so pretexto del comercio y de la industria especulan con sus semejantes".

Durante muchos siglos no ha habido otra alternativa, y los hombres han seguido ese consejo, sin encontrar en él la felicidad ni para ellos ni para sus hijos. Otra cosa ofrece la civilización moderna a los hombres pensadores. Les dice que para ser ricos no necesitan quitarles el pan de la boca de los demás, sino que lo más racional es constituir una sociedad en la que los hombres, con el trabajo de sus brazos y de su inteligencia, y ayudados por las máquinas creasen ellos mismos toda la riqueza imaginable. No serían las ciencias y las artes las que se quedasen retrasadas si la producción caminaba por tal vía. Guiadas por la observación, el análisis y la experiencia, atenderían todas las exigencias; reducirían el tiempo para producir cuanto se quisiere y dejarían a cada uno, varón o hembra, todo el tiempo libre que deseara. No estaría en sus manos garantizar la felicidad, porque ésta depende más del individuo mismo que del medio en que vive. Pero garantizarían la que puede hallarse en el completo y variado ejercicio de las distintas facultades del ser humano, en un trabajo que no es exagerado, y en la conciencia de que cada uno no procuraría basar sobre la miseria de sus semejantes su propia felicidad.

Tales son los horizontes que estas investigaciones abren ante las inteligencias no obscurecidas por la sombra de la preocupación.

---

ella, no hubo país entonces en el que la prostitución se extendiera con más fuerza, jugando un rol preponderante". (Sex and Society).

Solamente una opinión pública inteligentemente educada, que deje de poner en práctica el ostracismo legal y moral hacia la prostitución, ha de coadyuvar al mejoramiento del presente estado de cosas. Cerrar los ojos por un falso pudor y fingir ignorancia ante este mal y no reconocerlo como un factor social de la vida moderna, no hará más que agravarlo. Debemos estar por encima de la estúpida noción "soy mejor que tú", tratando de ver en la prostituta solamente a un producto de las condiciones sociales. Semejante actitud por parte nuestra, al desterrar para siempre toda postura hipócrita, establecerá una más amplia comprensión, haciéndonos espiritualmente aptos para otorgarle un trato más humanitario, casi fraternal a esas desventuradas.

Respecto a la total extirpación de la prostitución, nada, ningún método podrá llevar a cabo esa magna empresa, sino la más completa y radical trasmutación de valores, en la actualidad falsamente reconocidos como beneficiosos — especialmente en lo que atañe a la parte moral — junto con la abolición de la esclavitud industrial, su *causa causarum*.

BIBLIOGRAFIA

Dr. F. Elosu. — *El veneno maldito*. 58 páginas, en 8°. Ed. "Generación Consciente", Valencia. Precio: 1 peseta.

Este folleto de propaganda antialcoholista del doctor Elosu, hermosamente presentado, contiene el siguiente sumario: La Alarma El veneno. El alcohol-alimento. El alcohol-medicamento. Abstinencia y moderación. El desastre. ¿Por qué? Sable de madera. Acción libertaria. — La portada trae un dibujo de Shum.

L'Agitazione, periódico comunista anarchico, París, número 3, 2 de octubre. Edición del grupo "Pietro Gori".

Pensamiento y Voluntad, editado por el grupo del mismo nombre, Bogotá (Colombia). Hemos recibido los dos primeros números de este órgano anarquista colombiano, que se comenzó a publicar el primero de mayo.

Acción Social, órgano del Comité de acción social obrera, San José (Costa Rica). Hemos recibido los dos primeros números, de septiembre y octubre. Es probablemente el primer órgano libertario de Costa Rica.

Liberesco, periodiquito idista, número 22, septiembre de 1926. Se publica en Saint-Genis-Laval, Rhone (Francia).

El interés de lo particular se halla en el interés común y la justicia que hacemos a los demás es siempre una caridad que nos otorgamos a nosotros también.

MONTESQUIEU

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.o— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.o—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.o—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.o—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

5.o—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.o—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.o—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguírsela?

8.o—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Respuesta de Artemis Minerva

(Conclusión)

Mirad: Todos vemos el fragoroso problema de la acción, ampliamente popular y seriamente anarquista, casi abandonada. Aquí — en todas partes — un grande excedente de brazos, cuyos dueños, los trabajadores, están desocupados, como efecto de la congestión de producción industrial y agrícola existente.

Ese aterrador número de obreros sin trabajo, solamente reclama pan que aplaque el hambre que arrastran, no todo el pan a que tienen sacrosanto derecho los proletarios, porque su mentalidad revolucionaria aun no está formada. Se contentan con roer huesos y masticar mendrugos, ignorantes como están dichos obreros famélicos de sus excelsos tesoros sociales.

He ahí, en esa abdicación obrera del proletariado consciente, un motivo de subversión anarquista.

Mas como la Revolución Social no está en puertas, y el hambre no sabe aguantar ni esperar nada, habrá el anarquismo de hallar un pasatiempo, que sea aglutinante y paliativo provisional a esos males de la miseria.

¿Qué hacer? Igual que ayer se combatió abnegadamente por la conquista de la jornada de ocho horas, hoy habremos de luchar sin tregua, con no menos indomable tesón, porque sea disminuída la jornada de labor.

¿Seis, cinco, cuatro horas de trabajo? No sabemos cuál será la nueva enseña. Haga el anarquismo un estudio completo que sirva de orientación a la moderna lucha. Cuando la divisa esté marcada, con el bordado dorado de las innovadoras inscripciones, esgrimiremos nuestros estandartes, tremolándolos al viento, como airones de guerra obrera. Las falanges proletarias nos seguirán enardecidas, como ayer en la pasada conquista que hoy disfrutan.

La acción y la propaganda antimilitarista, debe preocupar en alto grado a los camaradas. (A este respecto, el autor muestra ufano su particular labor con los suyos. Dos hermanos tengo enemigos de las patrias. Uno se ha negado y el otro se negará, por convicciones particulares, a ir al cuartel. Ambos son conscientemente anarquistas, no obstante lo jóvenes que son. Yo mismo, me negué, me niego y me negaré a someterme a la disciplina del militarismo).

Lo más eficaz, para obtener los efectos apetecidos, es predicar con el propio ejemplo, además de hacer la propaganda teórica propia para el caso. Con ello moldearemos enérgicamente a la juventud. Minados los prejuicios de los nacionalismos, soterrando el concepto multitudinario de los deberes, para con "nuestros superiores", es decir, desprestigiando la figura simbolizadora del militarismo, por medio de nuestras censuras, desacatos y exposiciones de doctrina impresa, oral y fotográfica, realizadas en el mismo trabajo, en derredor de la espiritualidad curiosa de la juventud, sobre todo, el soldado, el cuartel y la guerra dejarán de constituir problemas para el anarquismo.

Sobresaliendo por sobre las construcciones urbanas de la ciudad, parece hendir los espacios la inconfundible veleta de un campanario. Es la Iglesia. Es el templo donde se refugia la en otros tiempos... alzada cruz del exterminio. También hay otros santos lugares, en que descansan — no duermen — otros símbolos de desolación y espanto, y que no hienden los cielos, con sus cruces fanáticas. Confundidos, pues, en la inmensidad de las urbes, desparramados por doquiera, hay miles y miles de templos, y no todos tienen su campanario alegórico y vigilante.

A la iglesia, a la sinagoga, a la capilla protestante, acuden hombres y mujeres, llevando de la mano a inocentes niños. Van a embriagarse de "olor de santidad". Van a extraviar sus facultades mentales con ensoñaciones místicas. Se postrarán de hinojos, a los pies del representante del obscurantismo.

Hombres y principalmente mujeres del pueblo son los envenenados con este opio anestesiador del narcótico religioso.

¿Abandonar a su suerte a esos seres hermanos? ¡No! El anarquismo tiene aquí otro problema que resolver. La propaganda antirreligiosa, libre, de crítica despiadada de todos los dogmas: católico, protestante, búdhico, mahometano, etc., no ha de ser descuidada por nosotros.

No muy apartado del templo — manifestación del atraso intelectual humano— y quizá al lado, en una ornamentada edificación lujosamente atractiva, vemos el café o Casino, que frecuenta el proletariado moderno. También en la apartada calle de los bajos barrios populares, de esos suburbios de segunda clase, está la taberna o el bar, que visita en todo momento el obrero cansino y pobrísimamente vestido, macilento y encanallado.

En ambos centros de conglomeración proletaria, se respira un ambiente denso, mefítico, cargado de vapores nauseabundos que estragan, corrompen y malean la sensibilidad.

No es extraño ver destacarse entre esa gente, algún que otro díablo, con pujos de revolucionario y de anarquista, que cautiva la atención de sus colegas, con peroraciones abracadabrantes de revolución de cenáculo y mesa de café. ¡Oh, la bohemia!...

El anarquismo debe interesarse por arrancar esos pingajos humanos, esas piltrafas sociales, de dichos establecimientos de degeneración y lenta muerte.

No somos jueces, para enjuiciar al hombre sometido a los horrores y escalofríos de la cárcel. Pero sí somos productores y humanos, que lloran el dolor de los que sufren el peso atroz del encierro. Una parte de la humanidad, incluyendo a los compañeros revolucionarios atrapados por las ominosas garras de la ley, padece los envilecidos latigazos de la opresión carcelera.

Menguada es ¡ay! la solidaridad moral y efectiva que el preso anarquista recibe. No solamente percibe con notoria insuficiencia su socorro material, como auxilio a sus necesidades y a las de su familia, muchas veces sumida en la mayor desesperación, sino que las visitas cotidianas escasean. Los afectos y cordialidades, que el hermano preso estima más que cualquier donativo monetario, mejor que nada, brillan por su ausencia.

Reavivar esta cuestión, e impregnarla de suaves colores de humanidad y camaradería, es otro problema que se presenta al anarquismo, con caracteres de urgencia.

Enclavada sobre un área de la población, vemos inopinadamente, al pasar por un embellecido lugar poblado de arbolado, una escuela. La alegría nos rebosa en el alma súbitamente. Dentro de dicha construcción, hoy día muchas rodeadas de huerta — Escuelas-jardines —, se agita un hormiguero de niños, un enjambre de criaturas, que ríe, juega, canta, lee campanudamente, y a veces se pelea entre sí. Grata sensación experimentamos, si esas abejitas humanas las vemos congregadas en torno del profesor. Mas no todas las criaturas van a la escuela. Pulula por las calles y plazas públicas un disperso batallón de infantes, que se instruyen y educan apedreando animales, encaramándose a los vehículos y dándose de cachetes unos con otros por un quítame allá esas pajas. Perniciosamente mala es esta vida desordenada de los niños. Las instituciones estatales hallan en ellos carne que echar al asador de las guerras, de sus cuerpos armados, de los prostíbulos.

Pero el mal infantil no está todo en el arroyo. En la escuela burguesa el daño a la humanidad se perpetra en horribles proporciones. ¡Pobres niños! ¡Desgraciada humanidad! Una pedagogía irracional con un profesorado inepto, falaz y sin pasión pedagógica, masturba el cerebro y vicia el corazón de nuestros pequeños hermanos e hijos. Se instruye y educa a nuestros menores con procedimientos y doctrinas que son un alevoso atentado a la especie humana.

La pedagogía capitalista conserva aún resabios de aquel aforismo que reza: "La letra con sangre entra". ¡Y qué letra, camaradas! Esa letra es de un texto ora confesional, ora político, siempre al servicio de los poderosos, de los reyes, de lo históricamente consagrado; panegirista de las "mentiras convencionales" del Estado; y en el frontispicio de cada página puede traducirse el título por este lema religioso: "Lejos de nosotros la funesta manía de saber", que está grabado, como inscripción, en el arco de entrada de cierta Universidad española, de *brillante* historia...

Con vistas a la consolidación de la sociedad capitalista, se moldea insensatamente la mente de los niños. La dúctil arcilla que es la niñez es manipulada caprichosamente con fines burgueses, haciéndose de ella momias manejables, que puedan satisfacer todas las concupiscencias y bastardas ambiciones de los "elegidos" para gobernarnos y mirar por nuestro bienestar...

Ese crimen no puede, no debe pasar ni quedar en silencio, sin que la anarquía proteste airadamente y haga oír su clamor de odio santo, por todos los ámbitos del globo.

Los trabajadores en activo, quienes cobran el salario semanal como recompensa — mediocre recompensa — a sus esfuerzos y sus sudores, no gozan de los beneficios a que tienen indiscutibles derechos, aun en pleno régimen de explotación burguesa.

Trabajan en condiciones que son una afrenta proletaria y un escarnio al derecho de gentes. Sus vidas están en constante peligro de muerte. A menudo se ven accidentados, por las malas condiciones en que realizan el esfuerzo muscular.

Por otro lado, trabajan en verdaderas cuadras, faltas en absoluto de higiene y salubridad, que son como pozos gangrenosos que contaminan de tuberculosis al pueblo productor.

El anarquismo debe echar su mirada hacia esos hacinamientos proletarios, y hacer cuanto pueda por aligerar la promiscuidad obrera, envuelta de tanto mal.

¡Ay! Otro problemita requiere nuestra atención. La *inmisericorde* explotación de mujeres y niños en los trabajos mecánicos. Todos sabemos cómo trabajan y en qué condiciones son remunerados esos débiles seres. Ello es que realizan una absurda competencia a los trabajadores varones o de mayor edad. Una nivelación equitativa, inteligentemente estudiada, se impone para salir al paso de tanto equívoco industrial. He ahí un problema más del anarquismo.

En lo político o constitucional, el anarquismo — sin caer en el posibilismo de intervención popular en la cosa pública ni desde el Parlamento ¡ni tampoco desde fuera de él! — debe velar por que no sean burlados los menguados derechos alcanzados por el proletariado en titánica lucha secular contra la autoridad.

El derecho de reunión y asociación: la libertad absoluta de organizarse el pueblo productor como le plazca; el libre margen que necesitamos para la propaganda revolucionaria y moral; el que se nos deje practicar el bello decir del célebre monje: "Haz lo que quieras", inspirándonos en una moral de humanos, gozando y dejando gozar a todos de prerrogativas e independencias naturales, es un problema que debe cautivar la atención anarquista.

Luchas fragorosas, sacrificios incruentos, inmolaciones de vidas al Zeus de la legendaria y sofocadora autoridad, han costado los derechos individuales consignados hoy en todas las pragmáticas. Representan ellos la concreción del devenir de la evolución civil, hondamente humana, llamada a expansionarse por los cautelosos ríos de la idea anarquista, por las arterias del anarquismo.

Al abogar por su vigencia, el anarquismo solamente debe proponerse la defensa de un legado histórico, que le sirve de adopción y trampolín para dar el salto en pos de la anarquía, como sociedad del porvenir.

Ningún poder, por muy pretoriano que sea, puede subsistir si en la entraña del trabajo se aglomera un proletariado aguerrido, que sabe hacer cara a la Economía y a la Política burguesas, recurriendo a grandes movimientos de protesta revolucionaria.

Tan importante como los enunciados, el problema del obrero agrícola, pide a voces una intervención más acertada que las realizadas por los que hasta ahora han pretendido merodear a su rededor.

Los latifundios, las gabelas, los grandes tributos e impuestos que pesan sobre el paria del terruño, y la labor extenuadora que se ve obligado a rendir en los campos de España, Italia, Bulgaria, Rusia, incluso Francia, y, por lo que sé, en los mismos de la América latina; en fin, por las condiciones medioevales o poco menos en que fecundan y siembran los campos del mundo y hacen sus recolecciones, los obreros campesinos todos, bien merecen que el anarquismo acuda a ellos con los brazos abiertos, el grito de rebelión en los labios y la emancipación del labriego en la inteligencia.

Además, ¿cómo olvidar el estado de enervamiento y postración cultural en que se hallan casi enterrados los proletarios de la tierra?

La ilustración ideológica, amén de la instrucción elemental de los campesinos, generalmente analfabetos, es un problema primordial. Primero que el de la manumisión del vasallaje feudal, pues que sin cultura y educación éticas, es decir, sin antes haber realizado la revolución moral de los preconceptos que anidan en la mente primitivista del siervo de la gleba, difícilmente se puede conseguir la revolución material de su insubordinación al amo...

VI

Cuantos problemas quedan enunciados, y casi, casi literalmente resueltos, con estos breves esbozos doctrinarios, no son ni extraños ni utópicos. Todos tienen honda raíz anarquista, y afirmamos — en virtud de nuestra constatación —, que pueden tener en el presente regular ubicación si la individualidad anarquista se empeña, no obstante reconocer los serios inconvenientes que pone el régimen capitalista, en toda su acepción. La sociedad futura de que nos hablara el estimado Grave, no saldrá del milagro. El mesianismo pertenece a las almas puras... iluminadas por la fe en el Redentor — Budha, Moisés, Mahoma, Jesús, San Lenin, San Marx, Tolstoy, etc., etc. — y ponemos etcétera por prudencia.

Hay también visionarios y crédulos del anarquismo, que cifran sus esperanzas en una bíblica multiplicación de los panes y de los peces, en una especie de manía anarquista, por obra del milagro y al conjuro profético de nuestros apóstoles...

Para ellos — como para Nietzsche — la historia es la rebusca de las individualidades, la eterna noria girando alrededor del jefe. Así, pues, la anarquía, según esos adoradores, vendrá a *reinar* sobre la Tierra, invocándola con transubstanciaciones doctrinales. Todo lo esperan de la bondad anárquica, como los católicos todo lo aguardaban de los favores del cielo y la piedad de sus dioses...

Y no... La anarquía tiene que salir de nuestro esfuerzo masculino. Desde ya debemos capacitarnos intelectualmente y crear nuestra fuerza moral y revolucionaria — ideas-fuerzas — para prepararnos éticamente y predisponernos para poder acoplar la anarquía a la vida humana.

Por estas razones, el cuadro que hemos presentado de moral y acción anarquista, es una síntesis de conducta intransigente, que el anarquismo — los anarquistas — debe practicar en todo momento, sin intermitencias ni compás de espera, integérrimamente.

¡Cuánto más superiores, netamente anarquistas, son dichas pequeñas idealidades, las cuales vinculadas forman el todo de la anarquía, que los manotazos y gritos a que nos tienen acostumbrados la mayoría de los individuos y los periódicos *soidisant* anarquistas!

Un poquito más y terminamos. Dispensadnos antes, camaradas anarquistas, la incapacidad en nosotros — en mí — proverbial para decir en cuatro líneas lo que tan lejos nos ha llevado.

Los problemas actuales del anarquismo son como cuatro caballos de apocalipsis: Explotación, Tiranía, Ignorancia y Amoralidad. Y los jinetes que en ellos cabalgan, cual si fueran Arcontes de la Muerte, todo lo arrasan, aniquilan y destruyen. Precisa, pues, oponer nuestra resistencia a esa invasión de vándalos contemporáneos. ¡Hay que edificar nuestras murallas y organizar nuestros batallones de contraataque, que salgan al encuentro del ejército invasor, dispuestos a defender las naturales prerrogativas humanas de nuestra dignidad, y al instante iniciar un movimiento envolvente de ofensiva, con presciencia anarquista, con conocimiento de futuro!

La unión — como ya creemos haber dicho — no solamente es de guerrilla, de pelear a brazo partido con el hulano enemigo. Además de esa gallarda combatividad, la actuación es otra y precisamente variada, obedeciendo todos los movimientos — volvemos a afirmar — a las directrices de la mentalidad anarquista. Nada de movimientos específicos, independientes entre sí. Autonomía y federalismo — como dice el serio camarada Buenacasa — que liberte, pero que también relacione armoniosamente todos los aspectos de la propaganda y fructificación de las ideas, saliendo éstas de un mismo sistema coherente y volviendo a entrar en él. Acción de subversión económica — plataforma —; acción de subversión política, civil, ciudadana o social — como se prefiera decir — y acción de subversión popular — clase media, camareras o rameras, jugadores, etc. —; acción de agitación general.

Organización proletaria; organización de la enseñanza racionalista, escuelas para párvulos, universidades para adultos y jóvenes obreros; organización de la propaganda moral, creando un buen servicio de prensa, librería y editorial, francamente anarquistas. (La Editorial "LA PROTESTA", Buenos Aires, puede ser un ejemplo de nuestros deseos, éticamente anárquicos); organización del cuadro de oradores, que con notoria suficiencia — por la voluntad, el fervor ideal y la inteligencia mancomunadas — lleve por doquier el verbo de la anarquía; organización antimilitarista; organización "pro presos anarquistas"; organización de cuadros dramáticoartísticos. El teatro es un vehículo de ideas si lo sabemos aprovechar, ocupando su escenario dignamente. Captación del arte y de la ciencia, que expresan nuestros anhelos evolutivos, transformistas y naturales. Su divulgación. Creación de un verdadero movimiento cultural ecléctico, es decir: que no se circunscriba a la preferencia de la ideología anarquista, no obstante ser la más sana, bella y perfecta.

Los trabajadores y quienes, simpatizando con el anarquismo, acudan a nosotros, deben poseer, además del conocimiento de nuestras teorías, una ilustración general de cuanto ha producido el acervo humano. Idem los anarquistas integrales. Lo contrario es un mal menor para ellos y para nosotros. Adelante.

Un buen método de propaganda y agitación antirreligiosa, una especialización de crítica de la Historia, dedicada al desmenuzamiento de los hechos más decisivos del pasado, incluso con una disección minuciosa de las costumbres, la moral y la tradición antiguas; perfecta concordancia y compenetración con la tropología racional (admitimos siempre el relativismo de los determinismos sociales que establecen las leyes económicas); disección concertada hacia las mujeres y los jóvenes proletarios de ambos sexos, con ánimo diligente de emanciparlos de viejas tutelas y despertar en ellos nobles apetencias de amor natural.

¡El último brochazo! ¡Tened paciencia, amigos!

Difundido el anarquismo en esas ramas del tronco de la Vida, la resolución fundamental — he ahí lo interesante, lo fundamental — de los problemas actuales, que tiene planteados, será pronta, firme, positiva, real, nada hiperbólica, nada declamatoria.

¿Medios para provocar un esfuerzo internacional contra la reacción autoritaria? ¿Medios...? ¿Medios!

Expuestos quedan. Aisplense a las circunstancias.

La reacción autoritaria no es sino el aletazo de una sociedad moribunda, que ha sido herida y se ve acorralada por los cachorros de la Revolución Social.

A los avances indómitos del anarquismo, las huestes conservadoras, malheridas, se aprestan a la defensa. Para ello escogen gobiernos de fuerza — las dictaduras — que restablezcan el orden, restañe sus heridas y les asegure la paz de chupópteros. No cabe sino seguir nuestro paso de columna proletaria, bien pertrechados de dinamita cerebral y disolvente.

Donde el grueso de la marcha anarquista, camino de la triple conquista: Roma, Bizancio y Rusia, autoritarias, haya sido impedida y nuestros camaradas hechos prisioneros de Guerra Social, no cabe sino rendirse al imperio de la fuerza estatista, y como lo posibiliten las nuevas circunstancias, comenzar a rehacer el cuadro de luchadores, reconstituyendo nuestros equipos...

El anarquismo que haya quedado libre de las mallas de la ley, debe iniciar, en la intimidad de la convivencia diaria con los trabajadores, su labor reconstructora de un nuevo renacer revolucionario.

Entonces, la gaya protesta airada y amenazadora, con rayos exterminadores de rebelión, se deja oir en el trabajo. Poco a poco se ve cómo sube a la superficie social un resurgir de la conciencia proletaria, que despierta otra vez del sopor conformista que la alertagaba con indolencias morunas.

Los camaradas permanecen realmente insubordinados al poder legislativo y regidor, negando prácticamente a la autoridad y rechazando la fiscalización policial, en los nuevos actos y movimientos nacientes, que van en *crescendo*, como las olas de un mar enfurecido.

Con buen sentido, el anarquismo rehuye la intervención del nuevo gobierno dictatorial, rechazándolo en sus funciones revolucionarias. En pleno régimen especial..., lucha por regirse autonómicamente y no desaprovecha ocasión para afirmar, con actos subversivos, su independencia. Entonces es cuando más que nunca el anarquismo demuestra su vigor, se desenvuelve en la libertad y puede gritar a la burguesía todos sus crímenes, sin atenerse a fórmulas constitucionales.

No es extraño ver en esos momentos de ilegalidad jurídica, asomos de rebelión, grandes manifestaciones numéricas de proletarios, caminando por las ciudades, en unión compacta, tras algún fin y reunidos sin permiso policíaco, como haciendo ensayos de revolución social.

Lo principal a realizar es la intensificación de las ideas críticas, que pintan las desfachateces de la reacción, ridiculizándola. Sátira por aquí, censura por allá, descrédito por todas partes.

Manifiestos, grabados y folletos, que sean como pregones de revuelta, iguales que verbo incitador a la pelea.

Con todo, ir directamente a formar la conciencia en el pueblo, que repudie a la reacción, a la dictadura, que maldiga al tirano. Gastar, pues, el nuevo estado de cosas, haciéndolo trepidar de manera silenciosa, hasta que caiga, desbocado, en el barranco de su fin. Provocar choques entre revolucionarios y milicos, para desgastar la fuerza gubernamental. Cargar sobre la figura del dictador todos los crímenes imputables al nuevo régimen. Descalificarlo *sotto voce* unas veces, con alta voz otras — según las posibilidades — mostrando sus llagas, pública y privadamente, y averiguando su vida de cretino, de crápula, de facineroso. Todos ellos lo son. Exponiéndolos a la vindicta popular. Dirigiendo contra ellos todos los tiros, como elementos representativos de un estado excepcional de faccionismo absolutista. Caído el tirano, el ídolo de las clases conservadoras, la propia burguesía se encoge de pánico y deja paso, atemorizada, a las nuevas concepciones sociológicas.

Salgamos al paso, diciendo que no hacemos la apología del atentado. En fin, el anarquismo puede realizar un esfuerzo contra la reacción, de miles maneras, pero siempre procediendo con tacto, con inteligencia, con verdadera cohesión y clara visión de las cosas, aspirando siempre a obtener los mayores resultados con el menor desgaste de fuerzas y evitando dolores inútiles, a los camaradas, al proletariado y a la humanidad. En lo internacional mucho es lo que tiene qué hacer el anarquismo, tanto en lo consubstancial como en lo extrínseco o accesorio.

El proletario padece enormemente males sin cuento, por la carencia de un pie internacional de universales condiciones de trabajo, principalmente en las industrias que tienen una ligazón mundial.

De un país a otro, el pueblo productor se hace una competencia monstruosa. Y en cada región se pelea por diferentes objetivos inmediatos ¡cuando debieran estar situados a un mismo nivel e indentificados en un plano de igualdad!

Revolucionariamente, el anarquismo intercontinental puede mutuamente prestarse inapreciables servicios y toda la solidaridad de nuestros ideales. Recíproca ayuda de hombres; intercambio de propaganda; donación de materiales de agitación y lucha violentísima; envío de dinero para la organización, el socorro a los caídos y la actuación eliminada de obstáculos. En cada país, el anarquismo aborigen debe agitar las pulsaciones locales con tenaces campañas contra el país o las naciones sometidas a las durezas neronianas de las dictaduras: Italia, España Bulgaria, Rumania, Grecia, Japón, China, Rusia y Estados fronterizos en ese continente, Perú, Chile, Bolivia, Venezuela etcétera. La labor incansable de descrédito y vindicación debe ser tal, que ponga en vibrante tensión los ánimos y la indignación de los connaturales. Recordamos, a este efecto, la agitación universal en 1909, en virtud de las intensas propagandas libertarias que se giraron por Europa y América, con motivo del asesinato del estimado Ferrer y la represión por los acontecimientos de la Semana Roja, con cuya acción se relegó al ostracismo político a los fuestos y criminales Maura y Cierva).

He ahí, pues, un ejemplo elocuentísimo de esfuerzo internacional contra la reacción y de virtualidad reciamente revolucionaria del anarquismo. De fronteras afuera deben llegar, a los anarquistas de dentro, muchos millares de impresos y material gráfico, redactado con la virilidad y enjundia de las verdaderas locuciones rebeldes. Además — y esto se comprende — la propaganda debe ser impresa en el idioma racial de las gentes a que va dirigida amén del exacto conocimiento de la situación e nque se encuentran, es decir: conociendo el problema, sobre el cual se agita al proletariado afectado.

Esto no es todo. Los anarquistas del exterior deben acoger con cariño a los camaradas fugitivos, dispersados por los reveses de las luchas contra sus gobiernos nacionales. Han de proporcionarles manutención, alojamiento, haciéndolos objeto de cordial solidaridad. Sobre todo están en la obligación de buscarles colocación, trabajo, con el cual ganarse, el compañero huído, su propia subsistencia y en virtud de lo cual no daremos pasto al vagabundaje, que se acusa con alguna frecuencia, bajo el pretexto de "perseguido".

El verdaderamente perseguido — el luchador sincero — debe ser informado, al detalle, del balance internacional de las contiendas, si él de por sí no pudiera constatarlo por cualquier causa. Con todo lo cual el anarquismo debe procurar conservar en sus militantes, aherrojados o no por las dictaduras, avivado el inextinguible "fuego sagrado" de la enérgica protesta contra el opresor. ¡Cuidado pues, con que la animosidad rebelde del camarada emigrado pierda su tensión al caer en un ambiente de colchón muelle! ¿Qué más falta...? El detalle que quede sin expresar agréguelo la intuición del camarada lector.

* * *

Las perspectivas de acción son muchas. El ambiente para la buena propaganda más acogedor moralmente que nunca. Y esto, a pesar de todos los pesares de arriba... de abajo... ¡y de nuestro medio lado! Ironías de las confraternidades... El anarquismo, que tiene su brillante historia — digna de ser escrita y espléndidamente biografiada — según un escritor liberal burgués — es un alto valor a ningún precio cotizable — ni de la alcahuetería de los neos — y puede y debe explorar y luchar sólo, sin pactos y alianzas políticas, que son devaneos de gente sin fervorosidad y amor ideal más que transacciones y beligerancias de traánsfugas del anarquismo.

¡Ya puede la anarquía exigir vía libre, ya!

El mundo se convulsiona, bajo el peso de las tiranías de todos los colores, e inconscientemente se conmueve, pensando, sintiendo y evolucionando en lo sincrético, por lo simple y vocativo, del anarquismo. Esos síntomas nos ven halagadores.

Una ojeada que echáramos por la decadencia de Occidente — tenemos vivos deseos de leer la obra de Spengler, que lleva ese título — y una mirada penetrante por el Oriente, que renace de su postramiento milenario, nos mostraría la gran ascendencia que aguarda al ideal anarquista.

Hágalo el lector y me privará de ocupar más espacio.

Quizá en otro apartado de esta encuesta nos veamos precisados a argumentar, apropiándonos de esos elementos que se desprenden de dos civilizaciones de tipo doctrinal contrapuesto. Actualmente, el anarquismo va penetrando por los intersticios de la vida, confirmándose así la retumbante sentencia filosóficosocial del librepensador (?) capitalista: "Anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la Historia.

Y bien. Con sus problemas actuales planteados, como proposición matemática de un teorema, el anarquismo militante — el proletariado emancipador — celoso y huraño en la integridad de sus aristas, asperezas e intransigencias, ha de lanzar a los cuatro puntos cardinales su grito sin par de "¡Tierra y Libertad!", con el invencible propósito de llegar a vías de demostración por la anarquía.

Es de ahora que el anarquismo, para representar un esfuerzo eficacísimo contra la reacción internacional, debe enhiestar al viento de todas las tormentas autoritarias, su ígneo y grandioso lema:

"Organización, Agitación, Educación, Solidaridad, Revolución".

España, 1926.

AÑO V

LA PROT…

BUENOS AIRES, 15 DE NOVIEMBRE DE 1926

No. 249

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537

…ORTE PAGO

Valores y giros a M. TORRENTE

LA REALIZACION DEL IDEAL

Nosotros no entendemos un ideal revolucionario como un motivo de adoración en sí, como un nuevo fetiche ante el cual hay que postrarse de hinojos en actitud de acatamiento y de respeto. Un ideal revolucionario se ha hecho para mejorar la situación de los hombres, para elevarles hacia un plano de bienestar y de libertad que ofrece el sumum de posibilidades de desarrollo; es como una estrella que señala el norte de nuestros pasos, como una brújula que nos orienta en el camino hacia el porvenir.

El ideal no es nada si faltan los hombres que se esfuercen por su realización y hay que medir su virtualidad por el grado en que suscita la voluntad de su traducción en hechos reales, la tendencia a encarnarlo en la vida. Un ideal que no provoca un esfuerzo por verlo realizado, carece de significación, lo mismo que el individuo que dice amar una causa y no se agita, no se mueve en su defensa, miente.

Una de dos cosas: o el anarquismo no cuenta ya con la fe de sus adeptos, o bien sus adeptos no sienten en su corazón un átomo de pasión revolucionaria. ¿Cuál de los dos extremos explicaría mejor la situación actual? ¿No habrá esfuerzos por realizar el ideal de la anarquía, debido a que la anarquía es considerada irrealizable o bien porque los que se proclaman sus servidores y combatientes mienten una adhesión mil veces proclamada?. Sea como quiera, no entendemos, no nos explicamos la persistencia de esta crisis de actividades, que va en aumento en lugar de mostrar perspectivas de decrecer. Nos parece constatar que se habla del ideal, como se hablaría de cualquier otro fetiche: por hábito, pero en el fondo de los corazones existe una solución de continuidad entre el ideal revolucionario que se proclama friamente y el esfuerzo por realizarlo, esfuerzo que tiene que ser hecho de entusiasmo, de desbordamiento de vida, de pasión por la justicia.

¿Cómo se armoniza la convicción inalterable de la bondad de nuestra causa con esta ausencia de agitación, de voluntad, de inclinación a verla afirmada en la vida?

Es preciso reflexionar un poco sobre la situación en que vivimos. Una verdadera locura colectiva, cuando no un simple temor a represalías, mantiene un sistema de gobierno que en algunos países ha llegado a extremos de salvajismo indescriptibles.

Por todas partes se levanta el Estado, el principio de autoridad, cada vez más arrogantes, cada vez más arrolladores. Por esa vía no hay ninguna perspectiva. La libertad y la justicia y el bienestar humanos no han de conseguirse mientras exista la explotación y la dominación del hombre por el hombre. Queda un ideal social insuperable; queda la anarquía. La anarquía es la única solución viable, efectiva, prometedora. Ni el fascismo, ni el bolchevismo, ni la democracia, ni la monarquía constitucional, logran encender en el corazón de los pueblos la llama creadora de la utopía. Muchos hombres pueden hallarse ligados por intereses egoistas, personalísimos, a las formas actuales o futuras del Estado y del capitalismo, pero por razones de adhesión espiritual y cordial, no hay defensores de un régimen de vida que estatuye la injusticia como norma, la desigualdad como principio, la esclavitud como fundamento. Sólo la anarquía, altamente proclamada, orgullosamente defendida contra los mercenarios del estatismo, puede poner en el alma de las grandes masas la semilla de las esperanzas vivificadoras, de las grandiosas realizaciones.

El aire social que se respira es sofocante, intolerable; nos asfixiamos en un ambiente moral corrompido, en una lucha desenfrenada de todos contra todos; la solidaridad y la fraternidad de los hombres han dejado hace mucho de ser factores de evolución. El capitalismo avanza por caminos cada vez más homicidas, cada vez más antihumanos. Entre los efectos de la exaltación morbosa del estatismo por una parte y el desarrollo aplastador del capitalismo por otra, el hombre pierde cada día más la noción de su humanidad. Se convierte en simple instrumento para el Estado y para el sistema económico del capitalismo. ¿Cómo contemplar sin zozobras, sin inquietudes, sin sobresaltos esa situación trágica? ¿Hacia dónde vamos? La avalancha rueda por el plano inclinado, ¿cómo detenerla antes de que sus estragos sean irreparables?

La anarquía es la solución. Unicamente con la libertad, únicamente con el hombre libre podremos iniciar la edificación de un nuevo mundo. Trabajemos, luchemos, afirmemos con tanto más vigor nuestra causa cuanto mayores serán los obstáculos que se presenten. El ideal de la anarquía no es un fetiche, no es un ídolo a quién es preciso adorar de rodillas; es una solución social, económica, moral, a los males de la vida presente y requiere fuerza de músculos, energía de voluntad, tensión de nervios para infundirle el soplo de la realidad y darle la eficiencia necesaria.

Todos los hombres de sentimientos nobles y elevados que quieran venir a realizar la anarquía, a conquistar un mundo nuevo para los desposeídos y los explotados, un mundo nuevo para todos los hombres, tienen un puesto en nuestras filas.

AHI COLGADO



Hasta que se seque o hasta que sea reemplazado por el "duce"

Sumario de este número

E. LOPEZ ARANGO

El dogma de la evolución

No pertenecemos a esa clase de hombres que, aun cuando hablan frecuentemente de ciencia, terminan por aceptar la existencia de leyes fatales, de origen ignoto, encargadas de regir los destinos del mundo. Ese fatalismo, que se disfraza con el dogma científico y tiene sus fundamentos en teorías que atribuyen todos los males a la sociedad, a la burguesía y al medio ambiente — como si el individuo no fuera un factor determinante del progreso social — contribuye a adormecer los sentidos y a desarmar de su intransigencia ideológica a las minorías que pugnan por forzar la pausada marcha de las rezagadas multitudes.

La confianza en el progreso y en la civilización, la creencia de que el mundo marcha en línea recta hacia planos superiores, el mito evolucionista, aceptado como algo que está fuera del hombre y de sus propias facultades creadoras, hace que la revolución esté subordinada al flujo y reflujo de la marea social. Ni horizontal ni perpendicularmente se manifiesta esa ley evolutiva. La marcha de la humanidad, a través de los siglos, en sus sucesivas etapas, traza una línea curva, que si no tiende a unirse por los extremos, tampoco señala en el tiempo una trayectoria regular. Y así se explican las bruscas transiciones de los pueblos, los saltos en el vacío, el retorno a la barbarie de naciones civilizadas... la continua reacción de los espíritus sacados de su quietud por el choque de las pasiones y la resurrección de la animalidad pretérita.

Si las leyes de la evolución fueran algo tangible, si representaran el mismo principio matemático que las leyes de la mecánica universal, no serían posibles esos cambios bruscos en la dirección de los pueblos. Pero es un hecho cierto que la teoría evolucionista no establece como dogma la imprescindible trayectoria, en línea recta, del progreso humano. Señala simplemente el punto de partida de la humanidad y busca en la historia elementos de juicio para comprobar la existencia de una civilización, que tiene múltiples aspectos y puede avanzar y retroceder sobre un plano determinado por el impulso de fuerzas materiales, ciegas, difíciles de someter al contralor de una teoría moral.

Tomadas las leyes evolucionistas como simples comprobaciones del progreso de la humanidad en el terreno de la antropología (evolucionismo de Darwin: del mono al hombre), y explicando ese proceso de acuerdo con las conquistas materiales realizadas por los pueblos (materialismo histórico), Marx y sus discípulos crearon una escuela filosófica... La filosofía marxista elude el estudio de la entidad moral. Prescinde, aun en sus conclusiones sociológicas, del factor hombre. No da importancia al individuo en el juego de los acontecimientos, que para los marxistas están regidos por una ley fatal. De ahí que atribuyan todos los males a la sociedad y condenen por anticipado a los componentes de cada entidad social a sucumbir bajo la aplastadora influencia del medio ambiente.

He ahí la negación más terminante del progreso. ¿Cómo, pues, conciben la evolución los "materialistas históricos"? En forma mecánica: por la transformación uniforme de las condiciones sociales, políticas y económicas, que a su vez transforman a los individuos mediante un extraño proceso de asimilación y adaptación.

Los anarquistas, en cambio, sin desconocer la importancia que tiene el medio y la influencia que ejercen sobre el individuo las condiciones políticas y económicas en que vive, consideramos que el factor determinante más poderoso es la voluntad. Si hay hombres que reaccionan contra la rutina y se elevan por encima del montón; si hay seres dotados de más sensibilidad y capacidad que el resto de sus contemporáneos, y porque son sensibles e inteligentes se rebelan contra las imposiciones del ambiente; si una minoría inquieta, de amplio espíritu comprensivo, surge como fuerza reactiva para romper el uniformismo de la sociedad que a todos aplasta, ese fenómeno significa que en todo avance progresivo intervienen los descontentos, los que no se conforman con lo establecido, los que luchan contra el fatalismo que mata la voluntad en el resto de los hombres.

De ceñirnos al concepto evolucionista, sin tener en cuenta los factores que determinan esos constantes avances y retrocesos en la marcha de los pueblos, no tendrían explicación los fenómenos sociales que llamamos reacciones. ¿Cómo puede un hombre, en circunstancias especiales, abatir a todo un pueblo, destruir de un golpe certero un sistema que se le creía fruto de la conciencia popular, la lógica resultancia de las revoluciones operadas en el transcurso de los siglos?

Las reacciones bolchevique y fascista son elocuentes. De un solo golpe la humanidad retrocedió en varios siglos. Se dirá que esos son fenómenos puramente locales y que, por lo mismo, no universalizan el problema de las revoluciones y contrarrevoluciones. Sin embargo, es necesario tenerlos muy en cuenta, ya que caracterizan todo un período histórico y representan la corriente más poderosa opuesta a la evolución "normal" de la humanidad.

Es indiscutible que el medio ambiente determina la cultura de los pueblos y eleva del término medio cultural a una minoría de individuos. Pero el individuo obra siempre como factor reactivo en la uniformidad plasmada por la rutina y la tradición histórica, siendo a la postre el que vence las barreras morales que impiden su avance y el que crea las condiciones sociales favorables a todo cambio en las costumbres, los hábitos, la moral y las ideas del conjunto humano. De otro modo, si no fueran los descontentos los iniciadores de toda obra de progreso, si no existiera una minoría en constante pugna con el ambiente, ¿cómo se explicarían las transformaciones de la vida social? ¿En qué forma demostrarían su existencia las leyes de la evolución? Quizás como pretenden hacerlo los marxistas: atribuyendo a la "fatalidad histórica" todos los fenómenos de la mecánica universal... de cuyas leyes no tenemos siquiera una remota idea.

No confundamos, pues, la teoría evolucionista con el "fatalismo histórico" de los discípulos de Marx. El determinismo no es una ley ajena a las facultades pensantes, pasionales y éticas del individuo. De ahí que el medio ambiente no represente el único factor de los factores: es el hombre, por su voluntad, el que determina su propia existencia o, careciendo de ella, el que se resigna a soportar toda clase de humillaciones e infortunios.

Quien no tiene el valor de las propias opiniones o las cambia, no por convencimiento de hallarse en el error, sino por no poder soportar la miseria ni los reveses de la suerte, ni los golpes de los hombres, no es un hombre, es una planta que anda y no vive, vegetando con todos sus sentidos materiales.

Narada-Bar (Filósofo hindú).

LILLIAN BROWN

El anarquismo de Emerson

Todo gobierno, en su esencia, es tiranía. — EMERSON

Cuando el mundo se aprestó para celebrar el centenario del nacimiento de Emerson, todas las revistas, diarios y periódicos de Norte América dedicaron espacios especiales a fin de comentar "El poeta Emerson", "El Panteísmo de Emerson", y etc. Nada o casi nada se dijo de su enseñanza anarquista. Y esto nos pareció lo más natural en un país como el nuestro.

Es por eso que deseo hablar de esta faz de su carácter desdeñada por muchos, y tan importante. Es que en los años próximos, cuando sea olvidado el filósofo Emerson, el poeta Emerson y el panteísta, exornado con los laureles habituales de los clásicos, a quienes se deja en su solitaria preeminencia sin discutirles y aceptándolos en una aquiescencia desapasionada, el Emerson reformador, el libre pensador, el individualista ha de quedar como una fuente de vivas energías y ha de ser reverenciado con la apasionada simpatía del hombre que hablará a otros hombres más modernos.

Los poetas de Estados Unidos, excepto Poe, Lanier y Whitman, son voces que no nos llegan a los oídos y al corazón a la mayoría de nosotros. La *Concord School*, a fuerza de su interés meramente histórico, ejerce una muy pequeña influencia sobre la mentalidad de la nueva generación. Los así llamados clásicos Lowell, Longfellow, Whittier, Bryant y Holmes no irradian mucho más allá como poetas que en los libros de textos. El único lazo con que retienen a los adultos modernos no está en relación con las musas poéticas, sino a través de los acontecimientos que los retrotraen a los días vividos por ellos. El temperamento revolucionario de la quaker Whittier — extraña paradoja — es sólo vital conexión entre el espíritu de la antigua escuela con la nueva.

Hay un elemento en esencia de esas impotentes voces de los pseudo clásicos que no despiertan eco alguno en nuestras almas. Los libros que llevan sus nombres quedan inertes en nuestros anaqueles sin abrir. Son los silenciosos testigos de lo transitorio de la adulación popular. Es significativo que todos esos poetas recibieron el beneplácito de la fama, precisamente por sus mentiras y una más o menos substancial recompensa por los productos de su pluma. ¿Y la visión del miserando Poe, con su fisonomía contraída por un rictus de amargura trágica nos narra otro cuento que el de la proverbial pobreza, de la desdeñosa indiferencia del público hacia el genio, quien está destinado fatalmente a padecer torturas mil, mientras frente a esa visión se iergue la figura complaciente y llena de suficiencia de Longfellow, que sonríe benignamente al mundo que lo ama y lo paga abundantemente por su prolífico talento?

Aunque la poesía de Emerson continúa inamovida en su alto rango y se la ha calificado de pertenecer al nuevo ciclo de los poetas ingleses, él, como poeta, disminuye cada vez más su influencia sobre las nuevas generaciones en la misma proporción que se acrece la demanda por Whitman y Poe.

Como filósofo panteísta el noble de Emerson, puede ser comparado con los Shelley y Wordsworth, y hallarse al lado del holandés Spinoza y del brillante florentino Giordano Bruno.

Como librepensador, como anarquista, Emerson es único — aunque aquí también descubramos cierto parecido con Jesús y Shelley, se halla más concomitante con Tolstoy, cuyo anarquismo, impregnado como está de una filosofía trascendental, casi mística, le rescató de la escuela materialista francesa y rusa, de la cual derivan Miguel Bakunin, Kropotkin y los hermanos Reclus. Una importante distinción ha de hacerse todavía acerca de su bravura al insistir sobre la soberanía del Individuo.

En sus "*Essay on Self-Reliance*" (Ensayo sobre la confianza de sí mismo), más que en otros libros, escribiendo, hizo sonar las trompetas en un llamado para la emancipación del ente individual; emancipación contra el peso muerto de las rutinarias virtudes tradicionales; contra la esclavitud espiritual de la familia y contra las cadenas de supersticiones y de lugares comunes del pueblo. *Indagad vosotros mismos, tened confianza en vosotros mismos y en vuestras opiniones*, son sus reiteradas palabras. "Quién quiere ser un hombre debe ser forzosamente un no conformista". "Podrá ansiar y alcanzar las palmas de la inmortalidad, pero no deberá dejarse arrastrar por el mero concepto del bien, sino investigar si es un verdadero bien". Y vuelve a repetir: "Bien y mal no son más que nombres que muy prontamente pueden referirse a esta u otra cosa; la única rectitud ha de derivarse del mismo código moral; y lo que está mal es lo que va en desmedro de mi personalidad". Y continúa el profeta revolucionario: "No vivas más tiempo con aquellas personas que fundan sus esperanzas en ti, engañándote y engañándose, y con quienes conversas a diario. Dile a ellas: ¡Oh padre, oh madre, oh hermanos, oh amigos, viví entre vosotros sólo a través de vanas apariencias hasta ahora! Desde ahora en adelante soy una Verdad". Palabras que nos recuerdan las frases de quien veinte centurias hace proclamaba su misión en estos términos inconfundibles: "He venido a este mundo para proclamar la guerra del hombre contra su padre, de la hija contra la madre y de la nuera contra la suegra. Y el hombre será el enemigo de su propia familia".

¡Palabras revolucionarias si las hay, tendientes a remover la base de la sociedad — que es la familia!

Si Emerson viviera en estos días de turbulencia reaccionaria, no existe casi duda ninguna del rol que desempeñaría en la revolución social. Podemos imaginarlo, como a un Tolstoy norteamericano, un no resistente, un no resistente-pasivo, en la quietud de su retiro, viviendo en el goce de una vida sencilla; aislándose en un rincón como un semidiós, y alejado de lo más cruento del conflicto; aunque dedicando sus ocios olímpicos a la causa de la libertad, entreteniendo a algunos espíritus escogidos de la época con hospitalidad benigna y paternal.

Realmente si hemos avecinado a Emerson con Shelley y con Wordsworth a causa de sus apariencias metafísicas, en lo íntimo y en la psicológica fase de su naturaleza se pareció a Tolstoy, tal vez más que a ninguna otra figura literaria de los tiempos modernos. Lo mismo que el gran ruso, su psiquis, su ánima anhelaba ansiosa y apasionadamente el acuerdo entre sus hechos y sus deseos más íntimos; pero la carne logró su victoria sobre el espíritu de esos dos grandes genios; mientras que sus mentalidades fueron puras y sin mácula. Paganas naturalezas en el fondo, que ni la herencia del puritanismo norteamericano, ni el adquirido ascetismo ruso pudo acallar, los imperiosos llamados del cuerpo los tuvieron atados a la tierra; naturalezas que nunca temieron los poderes temporales conociendo muy bien en cambio cuál peligro acecha en su senda a la fiereza de alma que se atreve a todo en la conquista de una libertad ilimitada; esa alma que no conoce quietud alguna en sus más escondidos rincones, mientras la opresión hace estragos en el mundo de los hombres.

Es dudoso que la partícula de anarquía emersoniana fuese de un tipo constructivo. En lo que se conoce de sus escritos no se sabe que hayan formulado teoría alguna acerca del establecimiento de una sociedad futura. Las ideas de cooperación voluntaria o de ayuda mutua desprendiéndose del ideal norteamericano de la mayoría, es indudable que no pudieron ser alojadas en la constelación de su conciencia. Al contrario, él hace notar la urgencia de un cambio y el p[illegible]

ligro de adorar ciegamente el ideal democrático y el gravísimo peligro al que se halla condenado si concluye en estagnación y suicidio.

"En este país — dice en uno de sus ensayos políticos — nos envanecemos de nuestras instituciones políticas, las cuales se singularizan por ésto: al haber nacido dentro de la memoria de los hombres vivientes y con el apropiado carácter y las condiciones del pueblo al cual reflejan aún con suficiente fidelidad — cincuenta años hace — (1), y nosotros ostensiblemente las preferimos a todas las demás que hubo en la historia. *Ellas no son mejores, sólo son adecuadas a nosotros.* Demócratas por nacimiento no estamos calificados para juzgar las monarquías, lo que, cuando nuestros padres vivían en las ideas monárquicas, podían hacer relativamente bien. Pero nuestras instituciones, aunque coincidan con el espíritu de la época, no están exentas de los mismos defectos que desacreditaron a otras formas de gobierno. *Todos los Estados son obligadamente corrompidos. Un hombre bueno no debe obedecer las leyes, ni al pie de la letra, ni ciegamente, eludirlas más bien*". ¿Qué sátira más poderosa para un gobierno, y qué censura más severa entraña para él la palabra *político*, que por siglos significó malicia, astucia y falsía, dando a entender que el Estado no es más que una trampa para el hombre de bien?

Emerson poseyó en grado asombroso el optimismo y la serena fe propia de los profetas religiosos; su conciencia cósmica fué parecida a la de un semidiós por la tranquila confianza que le animaba a creer ciegamente en el bienestar radiante y último que le tocaría a la humanidad en su etapa de perfección final. Veía en los disturbios y revueltas de la historia europea y su social cataclismo, la futura oportunidad para construir el carácter humano bajo nuevas y más amplias normas; para él esas revoluciones eran bienvenidas, ya que abastecerían del necesario material para volver a moldear el alma humana, en algo más sensitivo y más noble: el superhombre. Veía ilimitadas oportunidades para el continuo crecimiento espiritual. "La filosofía de seis mil años no buceó aún en los escondidos aposentos del alma". Al presente se debate en la inmundicia y la pobreza; sin embargo oye en sí misma "esa música, fluído de las armonías siderales, donde todo es bueno y malo", y que aun en el fango y en la hez" siempre hay algo que entona su canto".

Su verdadera misión ha sido la de descubrir, ante la ceguera de los otros, las almas que se ocultaban bajo las más cruda apariencia. Con el criminal, el ex hombre, el libertino, él se identifica en el alma de ellos, cuya potencialidad compara con la suya. Todo vicio, toda virtud que un hombre pueda experimentar se encuentra latente en él. De ahí su optimismo. De ahí su actitud ante la investidura de toda autoridad. El mejor gobierno es un mal necesario, porque el hombre interpreta el gobierno como "una grotesca farsa y una sátira"; "cuando menos gobierno y menos leyes y menos poderes investidos, mejor".

Aunque dijimos que el anarquismo de Emerson hubo de ser dudoso que alcanzara formas constructivas, hay que reconocer, empero, que él tuvo la visión plástica de las futuras condiciones de una sociedad de vivientes normas, libres de la maquinaria del estatismo, impregnada de un espíritu religioso, que estuviera desprovisto de todo institucionalismo.

Cuando el *Carácter Humano* llegue a ser una fuerza social, el Estado será innecesario, porque "el hombre sabio representará él mismo el Estado". Cuando los hombres conozcan el inapreciable don y mérito y el inmenso poder del carácter, no tolerarán más ser oprimidos, ni ser opresores.

(De *The Road Freedom*).

No se vive plenamente sino viviendo con intensidad para los demás. — GUYAU

Los grandes peligros tienen esto de bello: que descubren la fraternidad entre gentes que nunca se han conocido.

VICTOR HUGO

—

No basta poseer palabras dulces para decírselas a nuestro prójimo, sino que la dulzura y la bondad han de irradiar de nuestra alma. — FRANCISCO DE SALES.

D. A. DE SANTILLAN

ENSAYOS Y EXPERIENCIAS

Colonias comunistas en los Estados Unidos

I

Aprovechando la oportunidad de las discusiones entabladas en nuestra prensa sobre las comunidades agrarias a crearse, queremos permitirnos una breve digresión por el amplio campo de la historia, aun circunscribiéndonos a los Estados Unidos, cuyas enormes extensiones de tierra fecunda atrajeron siempre la atención de todos los reformadores. Y comenzaremos a hablar de las comunidades religiosas, que por sus propósitos están tan lejos de lo que nosotros queremos. Sin embargo, allí donde brilla la llama de la utopía reconocemos un cierto parentesco espiritual y si eso no nos mueve a transigir con sus errores, nos predispone a una franca simpatía o a una benévola tolerancia. ¿Que qué es lo que interesan esas comunidades norteamericanas y su desenlace o evolución a la discusión entablada entre nosotros? Tal vez nada, pero ningún lugar ocupan las breves nociones que transmitiremos a nuestros lectores que las ignoren; esa convicción nos estimula a resumir algunos de los viejos ensayos y experiencias hechas por hombres deseosos de una vida mejor, en el territorio de los Estados Unidos. Dejaremos para otra ocasión los ensayos más modernos e incluso los actuales. De tanto en tanto nos permitiremos introducir alguna consideración personal.

Las comunidades a que queremos referirnos pueden ser catalogadas en cuatro tendencias: las religiosas, las owenistas, las fourieristas y las cabetistas. Los lectores que conozcan el inglés o el alemán y quieran saber más detalles al respecto, pueden consultar el libro de Morris Hillquit sobre la historia del socialismo en los Estados Unidos (1903), donde existe un excelente resumen.

—

Las comunidades más antiguas que se formaron en Estados Unidos fueron las de los *shakers*. La primera data de 1776 y se fundó en Watervliet, New York. Tenía un carácter religioso y sus miembros fueron sectarios perseguidos en Inglaterra por sus ideas. Las colonias de esa secta llegaron a tener 5.000 miembros. Después fueron decreciendo; en 1874 un historiador calculaba en 2.415 personas toda la población de los shakers en Estados Unidos; en 1890 eran unos 1.728, y hacia 1903 había unos mil miembros solamente. En su estructura interna las comunas de los shakers sostenían una jerarquía religiosa: la de los *novicios*, que vivían fuera de la sociedad y administraban sus asuntos por sí mismos, la de los *juniores*, o sea miembros a prueba, y la de los *seniores*, o personas recibidas enteramente en la comunidad. Esta última categoría renunciaba a toda propiedad privada y se dedicaba para siempre al servicio de la iglesia de los shakers. La unidad social de esas comunas era la "familia", compuesta de unas cien personas, hombres y mujeres, que vivían en común y, aparte de la agricultura, se dedicaban a una o dos industrias más.

Varias "familias", ordinariamente cuatro, formaban una "sociedad". Tenían un gobierno central compuesto por dos hermanos de edad y dos hermanas. Ese gobierno atendía tanto a la dirección de los asuntos religiosos como a los de la industria, nombrando autoridad para una función u otra. La disciplina y la obediencia eran dogmas indiscutibles.

Su concepción religiosa sostenía que dios era un ser masculino y femenino a un tiempo y que el hombre era originariamente hermafrodita. Vivían en estricto celibato, pues consideraban el matrimonio como una institución de categoría inferior. Aparte de sus extravagancias religiosas llevaban una vida sana y metódica; su comida era sencilla y nutritiva, casi generalmente vegetariana. Amaban la limpieza grandemente, se complacían en diversiones tranquilas, musicales, por ejemplo, cantos, etc. El comunismo de los shakers era de tal naturaleza que permitía la existencia de una "familia" rica mientras las otras vivían estrechamente. Hacia 1903, Morris Hillquit decía que la riqueza total de las quince sociedades de shakers que existían entonces se calculaba en muchos millones; sólo la tierra de su propiedad en el país abarcaba una extensión de 100.000 acres.

—

Una secta religiosa de Wuerttenberg (Alemania) perseguida por el gobierno y el clero, salió de Alemania hacia 1804 con unos 600 adeptos y se dirigió a los Estados Unidos. Su jefe era Georg Rapp. La mayoría de los "separatistas", así se llamaba la secta, eran campesinos y artesanos. Rapp fundó en el distrito de Lycoming, Pensilvania, la comuna "Harmony". En pocos años se levantaron viviendas, se instaló una escuela, una iglesia, algunos molinos y talleres, cultivando varios centenares de acres de tierra.

En 1814, viendo que el terreno en que estaban no era apropiado para sus fines, lo vendieron por 100.000 dólares y se trasladaron a Posey, Indiana, donde compraron una extensión de 30.000 acres. En poco tiempo hicieron de su nuevo hogar un lugar floreciente de trabajo. En 1824 la comuna tenía unas 1.000 personas. Ese mismo año vendieron la colonia a Robert Owen y se trasladaron a Pittsburg, donde fundaron el pueblo llamado Economy, donde levantaron pronto más de cien viviendas.

Por su espíritu de trabajo, donde quiera que los rappistas se aposentaban, florecía una hermosa localidad, talleres, campos cultivados y una vida comunal relativamente dichosa.

En 1831 la comunidad fué perturbada por la llegada de un aventurero llamado "Conde Maximiliano de León", a quien admitieron en Economy y que poco más tarde provocó una escisión llevándose 250 miembros y una suma de 105.000 dólares, con los cuales los disidentes fundaron en Philipsburg una comuna aparte. El supuesto conde los abandonó pronto llevándose una buena suma de dinero.

La mayoría de los rappistas, que había quedado en Economy, prosperó materialmente sin cesar. Al principio no querían el celibato, pero en 1807 lo introdujeron. Con eso fué disminuyendo su población; luego, tuvieron que alquilar jornaleros, hasta que por fin quedaron reducidos a un grupo de capitalistas acomodados. De su comunismo de la primera hora no quedó rastro alguno.

—

La misma secta de Wuerttenberg creó en Estados Unidos otra comuna con los adeptos perseguidos duramente en el país natal por no querer servir en el ejército ni hacer educar sus hijos en las escuelas públicas. Estos llegaron en 1817, en número de unos 200, a Filadelfia. Compraron algunos millares de acres en Tuscarawas, Ohío, y se pusieron al trabajo con entusiasmo. Al principio no se proponían instaurar una colonia comunista, pero después de alguna experiencia, en 1819 resolvieron introducir la comunidad de bienes y de trabajo. Fundaron herrerías, carpinterías, criaron ganado, ganando además algo de dinero con el trabajo para las granjas próximas. Como estaban dispuestos a una vida activa, pagaron la hipoteca del terreno que habían comprado a plazos y adquirieron nuevas extensiones de tierra. El jefe de esta secta se llamaba Josef Baeumeler y era un individuo de capacidad y de espíritu de empresa. La comuna se llamaba Zoar. Sus miembros quisieron vivir al principio en el celibato, pero después cambiaron de opinión. En 1832 la sociedad fué reconocida por el Estado de Ohío como "Sociedad de los separatistas de Zoar". Para su administración interna se nombraban tres delegados. Tenían un tribunal permanente de cinco miembros para resolver las disidencias internas y además se celebraban asambleas anuales en donde hombres y mujeres tenían voz y voto. La comuna de Zoar llegó a tener 500 miembros hacia 1832; pero en 1874 la cifra había bajado a 300, con un capital de más de un millón de dólares. Mientras la comuna fué pobre reinó la armonía; cuando llegó a disponer de cierta riqueza, comenzaron algunos miembros a hacer el ensayo de retirarse con una parte del haber comunal. En 1898 se resolvió la disolución; cada miembro recibió una suma de 1.500 dólares y Zoar dejó de existir.

—

La comunidad más importante fué la de Amana; los fundadores pertenecían a una secta religiosa originaria de Alemania. En 1842 los inspiradores de la secta se fueron a Estados Unidos, compraron en las proximidades de Búfalo unos 5.000 acres de tierra y después, en menos de dos años, hicieron llegar de Alemania alrededor de 600 hermanos. Instalaron fábricas, cultivaron la tierra, reconocieron la conveniencia del comunismo y prosperaron de tal modo que en 1855 tuvieron que cambiar de residencia, comprando 20.000 acres de tierra cerca de Davenport, en Iowa, donde se estableció la comuna de Amana. En 1903 tenía siete pueblos con unos 1.800 habitantes. Existen todavía. Los pueblos administraban sus asuntos por sí mismos; la administración central de la comuna se nombraba anualmente por votación. Las familias vivían independientemente, pero disponían de comedores comunes. Para la compra de ropa se destinaba anualmente una suma determinada para cada miembro. El depósito común del pueblo contenía lo que los miembros necesitaban y se podía retirar de él artículos por una suma que se estipulaba todos los años. Las aldeas disponían de escuelas propias. En las épocas de las cosechas ocupaban jornaleros extraños. No prohibían el matrimonio, pero tampoco lo favorecían.

—

Un tal Keil, fundador de una secta, creó en 1844 una colonia comunista en Shelby, Missouri. Sus partidarios compraron 2.500 acres de tierra, con muy pocos medios, pero con un excelente espíritu de trabajo. Esa fué la comunidad llamada Bethel. En pocos años cultivaron una buena parte de la tierra, establecieron un telar, un molino, un aserradero, diversos talleres, una iglesia y un depósito principal. Y su prosperidad les permitió comprar otras 1.500 acres más; hacia 1854 la comunidad constituía una población de unas 650 personas.

El doctor Keil, acompañado de unos 80 miembros de Bethel, partió en 1850 en busca de un nuevo lote de tierra barata y buena. En 1851 organizó la colonia Aurora en Oregon. El número de los colonistas alcanzó pronto a 400, compraron 18.000 acres de tierra en diversos distritos de Oregon, establecieron talleres como en Bethel y emprendieron además el cultivo de árboles frutales.

La personalidad de Keil mantuvo mientras vivió la armonía y la concordia en ambas comunas, la de Bethel y la Aurora. La vida en estas comunidades era muy libre; el comunismo entre los miembros fué de lo más acabado; si se llevaba contabilidad para las operaciones con el mundo exterior, entre los miembros era desconocida.

El fundador de esas dos comunas murió en 1877; dos o tres años más tarde se disolvieron ambas creaciones, faltándoles el lazo de conexión que significaba el doctor Keil.

—

Otra comunidad religiosa famosa fué Oneida, fundada por John Huphrey Noyes, el creador de la secta llamada perfeccionista. Sus primeros discípulos fueron los miembros de su familia.

La comuna de Oneida se fundó en 1848. Los comienzos fueron bastante deficientes. Se organizaron fábricas de varios objetos y tras muchos contratiempos recién hacia 1857 comenzaron a obtener algunas ganancias. En 1874 la comuna era propietaria de 900 acres de tierras y sus miembros ascendían a 300. La comuna tenía un complicado aparato administrativo; había una superabundancia de elementos intelectuales en ella. Se practicaba el amor libre, se sostenían magníficas escuelas y se editaban libros y revistas para propagar las ideas comunistas religiosas de Oneida. Noyes inventó la "crítica mutua", que sustituía al castigo y mejoraba moralmente a los miembros.

La crítica se hacía en público. La co-

MAX NETTLAU

La Internacional en B. Aires en 1872-73

Las informaciones precisas sobre las primeras organizaciones socialistas en la Argentina son tan raras que valdría la pena presentar en el *Suplemento*, que se consultará siempre como una colección cada vez más grande de documentación social, un documento del tiempo de la Internacional, fechado el 23 de marzo de 1873.

Es una carta del secretario general de las secciones de Buenos Aires, *A. Aubert*, a un internacionalista de Burdeos, E. Latraque, entonces refugiado en Santander (España).

Se sabe que Paul Lafargue tenía relaciones personales en Lisboa, y gracias a ellas la Internacional en Burdeos, forzada a vivir subterráneamente desde el año 1871, y desprovista de los medios para informarse libremente, había quedado en el jirón de la parte marxista de la Internacional. La "Lista nominal de los delegados que componen el... Congreso... celebrado en La Haya, Holanda, del 2 al 7 de septiembre de 1872" (Amsterdam, 2 ppdo. 8o.) nombra a: 65. *Vilmot*, delegado francés. Fué el delegado de Burdeos, cuyo nombre es escrito muy a menudo Wilmart, Vilmart y también Wilmark. De Madrid escribió José Mesa, el 25 de octubre de 1872: ... "Nuestro amigo Wilmart ha partido para Buenos Aires el 15, de aquí, y se ha embarcado en Lisboa el 19. Ese pobre muchacho tuvo bastantes dificultades para hacer su viaje, pero gracias a nuestros compañeros de Lisboa pudo superarlas"...

Después de haber votado en La Haya la expulsión de Bakunin y de James Guillaume de la Internacional, ese Vilmart se ha ido, pues, pronto a la Argentina. Había evidentemente allí refugiados franceses, sobre todo, es probable, del suroeste, que pasaron muy fácilmente por Burdeos o a través de España, y un internacionalista de Burdeos, E. Latraque — sin duda, el que Engels, en una carta a Sorge, del 7 de diciembre de 1872, llama "Larroque, unser besten Mann in Bordeaux" (nuestro mejor elemento en Burdeos); Larroque está mal leído o mal impreso, en lugar de Latraque — escribe a uno de esos franceses en Buenos Aires, en el sentido de dar un impulso a su esfuerzo socialista y organizador inclusо en el sentido de la Internacional.

Recibe esta respuesta, que envía el 25 de julio de 1873 a Engels, que le había escrito el 15. Latraque, amigo de Lafargue, habiendo quedado al principio en San Sebastián, había sido forzado, como otros, a irse a Santander. Mantiene relaciones con Burdeos, y dice que "el movimiento sindical de los obreros se propaga" y que los internacionalistas están a la cabeza de los sindicatos.

He aquí la carta recibida por Latraque:

"Buenos Aires, 23 de marzo de 1873.

Al ciudadano E. L., corresponsal de las secciones girondinas.

Ciudadano:

Su carta del 31 de julio de 71 (sic) no nos llegó hasta el 5 de enero de 73. En cuanto estuvo en nuestro poder la hemos comunicado a la asamblea general, que la acogió con los más puros sentimientos de gratitud.

Como usted dice, ciudadano, nuestro deseo constante fué siempre asociarnos por los lazos de la federación a nuestros hermanos de Europa, y es seguro que si su carta nos hubiese llegado antes no habríamos quedado hasta este día en el más completo aislamiento. Lo que nos ha faltado, querido conciudadano, son los medios de corresponder, las direcciones de las principales oficinas y, sobre todo, la del Consejo general; no hemos tenido nunca a nuestra disposición ni periódicos ni boletines de la Asociación.

Es con una viva satisfacción que vemos abirse una puerta ante nosotros, puesto que tenemos la dicha de entrar en relación con vuestras secciones, no seremos en lo sucesivo un grupo aislado de la gran familia, y al comunicarle nuestras necesidades nos atrevemos a esperar que usted pondrá interés en satisfacerias.

Hay actualmente en Buenos Aires tres secciones internacionales, basadas en la diferencia de lenguas: la sección francesa; las secciones italiana y española se formaron después; cada sección tiene su Comité central particular y las cuestiones de interés general son tratadas por un Consejo federal, compuesto de seis miembros (dos de cada sección).

No hablaré de las dificultades que tuvimos que vencer al comienzo. Usted sabe, como nosotros, que se persuade difícilmente a los que viven bajo el imperio del error; sin embargo, a fuerza de trabajo y perseverancia, y a pesar de los ataques incesantes de la prensa, hemos podido difundir y hacer germinar la semilla, nuestras filas se acrecientan insensiblemente de ciudadanos abnegados, y podemos considerarnos desde ahora como sólidamente constituídos.

Contando con su amabilidad para comunicarnos las piezas e informaciones que pueden sernos útiles, termino rogándole que reciba nuestros saludos fraternales.

A. A.

Secretario general de las secciones de Buenos Aires"

He aquí la manera de dirigirnos las cartas:

Mr. José Tonassi (Relojería de los Alpes).

Calle Corrientes, núm. 220.

Para remitir a M. Aubert.

Nuestra carta iba a ser enviada al correo cuando recibimos noticia, por intermedio del ciudadano Wilmark, que usted se ha trasladado a San Sebastián.

Timbre (color gris-verde): *Asociación Internacional de los Trabajadores. Sección francesa de Buenos Aires. — No deberes sin derechos. — No derechos sin deberes.*

De esta carta resultaría que los internacionalistas franceses que habrán hecho emigrar a Buenos Aires la caída de la Comuna y la represión general en Francia en 1871, formaron allí un grupo francés y que los elementos de lengua española e italiana, atraídos por esa propaganda, han constituído después grupos de sus idiomas y que esos tres grupos o secciones se han federado. Esos franceses habían estado bajo el imperio, a pesar de ser socialistas y de la Internacional, tan poco en contacto formal con los Consejos federales, que en Francia, fuera de París, no existían, ni en el Consejo general de Londres, ni con las Internacionales de los otros países (el Consejo general no gustaba de esas relaciones *directas*), que es perfectamente posible que se hayan encontrado sin conocimiento del mecanismo de la Internacional, de las direcciones, etc., y en cuanto a los periódicos, habrían podido informarse fácilmente por los periódicos belgas y suizos de la Internacional, que aparecieron regularmente durante largos años, pero esos periódicos debieron serles desconocidos o inaccesibles en Francia mismo, con mucha más razón en Buenos Aires. En Francia no había verdaderamente un periódico que apareciera con alguna regularidad para poder informarse por él, y en Italia igualmente, a excepción de la "*Plebe*" de Lodi, eran tan militantes y pasajeros y no habían reconocido nunca el mecanismo oficial de la Asociación, que no han contenido informaciones de esa especie. Hubieran podido encontrarlas en los grandes periódicos de España, "*La Federación*" de Barcelona y otros, pero como no recibían periódicos no debieron conocer tampoco éstos.

De ahí se supondría que los internacionalistas militantes españoles no habrían llegado a Buenos Aires o no cooperaban con el ambiente de donde procede esa carta. Por lo demás, es bastante probable que en esos años de 1868 a 1873, cuando la revolución rugía en España y los esfuerzos y las luchas se acentuaron hasta las grandes crisis de 1873, emigraron muy pocos militantes y, por azar, ninguno llegó a Buenos Aires. Si se dijese que la pequeña organización de que Aubert fué secretario, es evidentemente del partido del Consejo general, y que siendo anarquistas los militantes españoles e italianos, se habrán abstenido de ese ambiente, han quedado aparte o han formado sus secciones propias, diría que nada lo prueba aún y que habría que demostrarlo. La carta no hace suponer que la corriente antiautoritaria existía ya. Por Vilmart, esas secciones han debido ser informadas en sentido autoritario — las persecuciones en España, después de la caída de la república, habrán llevado en 1874 ciertamente refugiados o emigrados de la Internacional española a Buenos Aires, y sería posible que entonces se hiciera camino la idea antiautoritaria — en marzo de 1873, fecha de la carta, no era conocida aún, parece, porque los antiautoritarios españoles, italianos y franceses sabían entonces a qué atenerse sobre el Consejo general, que para ellos no existía.

Si esas tres secciones que existían en 1873 y que han tenido que informarse tarde o temprano que la antigua organización con Londres por centro no existía ya, etc., se han desvanecido, y si, después de la llegada (supuesta) de militantes españoles desde 1874, han sido fundidas en los grupos antiautoritarios, colectivistas-anarquistas, que han debido formarse en los años siguientes, eso es desconocido para mí. Pero tal vez, siguiendo el hilo dado por esta carta, se llegará, por medio de investigaciones locales, a desenmarañar estas cuestiones de los orígenes de la organización o de los grupos de propaganda anarquista en la Argentina.

Octubre 9 de 1926.

---

muna prosperó más de treinta años; en 1880 se transformó en sociedad anónima y como tal debe continuar aún, pero no conserva de su anterior comunismo más que la biblioteca, la sala de lectura, el lavadero y los establecimientos. En realidad se convirtió en una empresa capitalista más.

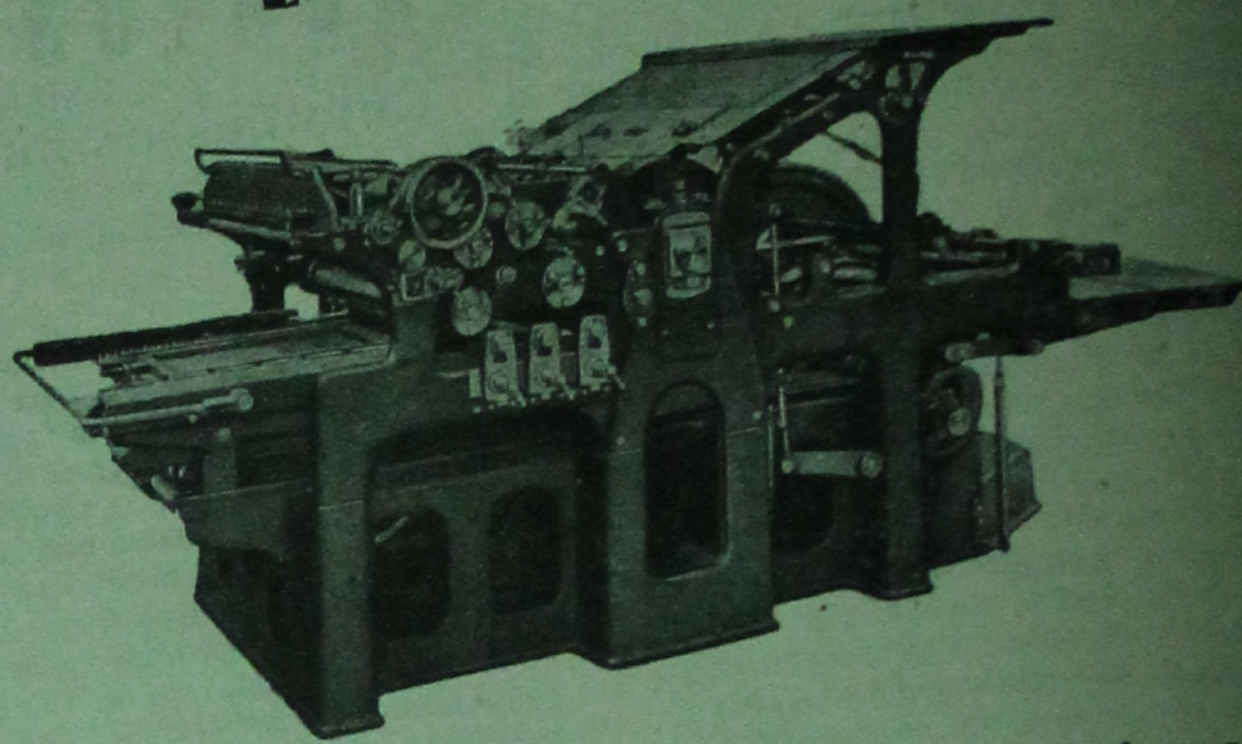
———

Después de mencionar los ejemplos anteriores de comunas religiosas, transcribimos este comentario de Morris Hillquit:

"...Las comunas religiosas se fundaron para la satisfacción de necesidades religiosas, no con el fin de propagar el comunismo. Su comunismo era sólo un factor secundario para su existencia; en cuanto lo exigían sus intereses materiales, lo sacrificaban sin remordimiento de conciencia. Los shakers, los harmonistas, las amanitas, los perfeccionistas y otras comunas religiosas ocupaban jornaleros de afuera en sus campos y en sus fábricas, y hacia el fin de su existencia cesaron realmente de ser comunas y se convirtieron en sociedades agrícolas e industriales. Así, pues, su éxito material hay que atribuirlo más bien a su apartamiento del comunismo que al comunismo. En otras palabras, las comunas religiosas o sectarias abandonaron al fin su comunismo y se convirtieron en muchos casos en renditivas empresas comerciales"...

Después de referirnos a las comunidades socialistas, hechas expresamente con fines de propaganda socialista, formularemos nuestras objeciones y nuestros puntos de vista respecto de los ensayos y de las experiencias hechas por tantos hombres para ajustar la vida a los imperativos de la propia conciencia.

DE CASA



La ampliación del formato del diario nos ha obligado a adquirir una nueva máquina de imprimir, que está ya próxima a entrar en funciones. Las condiciones de la adquisición han sido dadas a conocer: la compañía importadora "Gotra" nos ha comprado por 3.500 pesos la "Albert"; la nueva máquina, marca "Planeta—Fixia—Rapid", de fabricación Alemana, una de las primeras que se instalan en el país, cuesta 13.000 pesos. Pagados 2.000 pesos al contado y descontados los 3.500 de la plana vieja, quedan 7.500 pesos que con intereses y sellos serán pagados en ocho cuotas trimestrales. Está demás decir que cada compañero nuestro debe comprender la necesidad de poner de su parte lo posible a fin de ganar nuevos lectores para nuestra prensa y salvar estos compromisos ineludibles. La imprenta de los anarquistas de la Argentina, como otras tantas veces, vencerá sus dificultades con la ayuda segura de la colectividad a que pertenece.

La separación del Arte y del Estado

Invitado a inaugurar el segundo *Salón
de Sud-est* de Lyon, Paul Signac, el pin-
tor neo-impresionista, presidente del *Sa-
lón de Independientes*, pronunció la si-
guiente alocución, en que expresó la idea
de substraer el arte al tutelaje oficial:

"Yo no soy más que un viejo pintor in-
dependiente. No les traigo los cumpli-
mientos oficiales, mas el viejo pintor ex-
presa toda su alegría de haber sido elegi-
do por sus más jóvenes colegas. A mi
edad debo amar a la juventud. Es amán-
dola y admirándola como se puede lograr
nuevas fuerzas, evitando así de conver-
tirse en un viejo retrógrado. Y si esa ju-
ventud desea mostrarle un poco de be-
nevolencia, uno será ampliamente recom-
pensado de lo que se pueda hacer por ella.
Por eso les expreso toda mi satisfacción
al encontrar aquí hombres que supieron
libertarse de los convencionalismos y de
subalternos intereses! Es un bello día pa-
ra celebrar la fiesta del arte indepen-
diente!

En efecto, hoy es el triunfo del arte
independiente, puesto que existe todavía
en Francia un arte oficial, un arte del
Estado, un arte del Instituto, el arte de
los premios de Roma, y ya es tiempo de
preguntarse si no llegó la hora de liber-
tarse de esa desastrosa tutela y de pro-
clamar, en fin, la separación del Arte
del Estado.

Aquí se puede presentar a los pintores
— quienes fueron los primeros en rebe-
larse contra los jurados —, los gloriosos
expositores del Salón de Rechazados de
1863: Boudin, Lepine, Jongkind, el pres-
tigioso Jongkind, que aun después fué
rechazado en toda la madurez de su ta-
lento, por el Jurado de 1873, y cesó en-
tonces de enviar sus obras a los salones
de París. Después los grandes impresio-
nistas Monet, Renoir, Sisley, Pissarro,
Cezánne, Degas. Guiados ustedes por una
clara razón, por una sólida voluntad que
no se deja entorpecer por el snobismo,
han reunido aquí estos maestros de la
Escuela Francesa, malgrado el supuesto
fracaso del Impresionismo, decretado por
los neo-académicos y por los *camelots* de
vanguardia. No se puede imaginar todo
lo que nosotros le debemos a ellos, tanto
como hombres y artistas. Fueron los li-
bertadores; fueron los primeros indepen-
dientes.

Es difícil, en efecto, formarse una idea
de lo que era en aquella época el arte y
la situación de los artistas. No había
más que un salón anual, el de la *Societé
des Artistes Française*, sin que hubiera
otros salones más liberales. *La Societé
Nationale des Beaux-Arts* y el *Salon d'Au-
tomne*, no se fundaron sino mucho más
tarde. No había tampoco las salas parti-
culares para las exposiciones personales
o de grupos; ni los comerciantes en cua-
dros accesibles como los hay ahora, que
se muestran más o menos desinteresados
con los artistas jóvenes. En cambio, los
artistas de entonces que no se querían
someter al jurado de ese salón, que no
tenían la menor probabilidad de ser re-
cibidos por ese jurado, se hallaban en la
imposibilidad de mostrar sus obras al pú-
blico y condenados a reventar de ham-
bre. Y los que se avenían a ser agrada-
bles a ese jurado, debían descender a to-
das las concesiones para ser admitidos,
renunciar a su propia personalidad y ate-
nerse a las reglas de los profesores a
quienes deseaban complacer. Un jurado,
cualquiera que sea éste, es el enemigo
del genio impertinente, que inventa, evo-
luciona, osa y se renueva. Así es como
nadie podría imaginarse cuánta bajeza,
la indecible vulgaridad de las obras ex-
puestas en los salones de aquella época.
Eran más bien exposiciones de retruéca-
nos, de sucesos diversos — como crónica
de policía —, de lugares comunes del pa-
triotismo, que pintura. Solamente Manet,
el grande y dulce Puvis de Chavannes,
Fantín-Latour, perdidos en esa feria de
vanidades, representaban la buena tradi-
ción de la escuela francesa. Pero sus
obras eran befadas e insultadas. Los visi-
tantes y los expositores se retorcían de
risa ante *El Bar*, de Manet, ante "El Po-
bre pescador", de Chavannes, mientras
que admiraban los botones de los unifor-
mes de los soldados de Detaille, "La Bo-
da en el estudio del fotógrafo", de Dag-
nan Bouveret, las anécdotas de Gerome
y las truculencias de Rochegrosse.

Ahora el arte no está más allí. De tiem-
po en tiempo en las vitrinas de los nego-
cios aparecían las obras de los desterra-
dos, o en sótanos que el generoso Caille-
botte alquilaba para que sus amigos los
impresionistas exhibieran sus obras al
público. Pero no eran más que venturo-
sas excepciones. Y los artistas seguían
sin un medio para llegar al público con
sus obras, sin pasar por la férula de un
jurado. Fué entonces, en 1884, cuando
nosotros fundamos la Sociedad de los Ar-
tistas Independientes. Desde esa fecha el
arte pudo disfrutar de una relativa liber-
tad. Y data de esa época la vivaz flora-
ción del arte francés.

Es en esa sociedad de los independien-
tes que empezaron todas las generaciones
de pintores que se subsiguieron a los im-
presionistas. Si todos no quedaron en alas
de la fama, todos pudieron hacerse co-
nocer".



Asamblea política

BIBLIOGRAFIA

Rudolf Rocker. — "Ideología y táctica del proletariado moderno".— Trad. de D. A. de S., 240 págs., 8.o. Publicaciones Mundial, Barcelona. Precio 1.20.

Este libro, compuesto por diversos es-
tudios y conferencias del compañero Roc-
ker, será considerado, seguramente, en
los países de habla castellana, como de
una de las obras más apropiadas para la
propaganda del concepto anarquista del
movimiento obrero. Está compuesto por
los siguientes trabajos:

Declaración de principios. — La lucha
por el pan cotidiano. — El parlamento, el
Estado y la socialdemocracia. — La fa-
bricación de armas de guerra. — Sobre
la esencia del federalismo en oposición
al centralismo.

Rocker no es un desconocido entre nos-
otros, y este libro ha de ser tan leído co-
mo todos los demás suyos.

León Tolstoi. — "¿Qué hacer?. — Trad. de G. Kult, 222 págs., 8.o. Publicaciones Mundial, Barcelona. Precio 0.80.

Esta profunda y sincera disertación de
Tolstoi, que eleva el pensamiento y enno-
blece el corazón, merece ser meditada y
propagada por aquellos que, desconten-
tos de la triste realidad de esta hora, bus-
can una salida y se esfuerzan por hallar
una solución. Tolstoi nos hace compren-
der que el mal no está sólo fuera de nos-
otros mismos, que también está en nos-
otros. Es oportuna y sumamente útil pa-
ra superarnos, la lectura de obras como
ésta.

D. A. de Santillán. — "La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. 28 págs., 8.o. Editorial LA PROTESTA, Buenos Aires, 1926. Precio 0.10.

Este trabajo ha sido publicado ya en
el Suplemento, y como su título lo indi-
ca, estudia uno de los problemas plantea-
dos con caracteres de urgencia al prole-
tariado moderno.

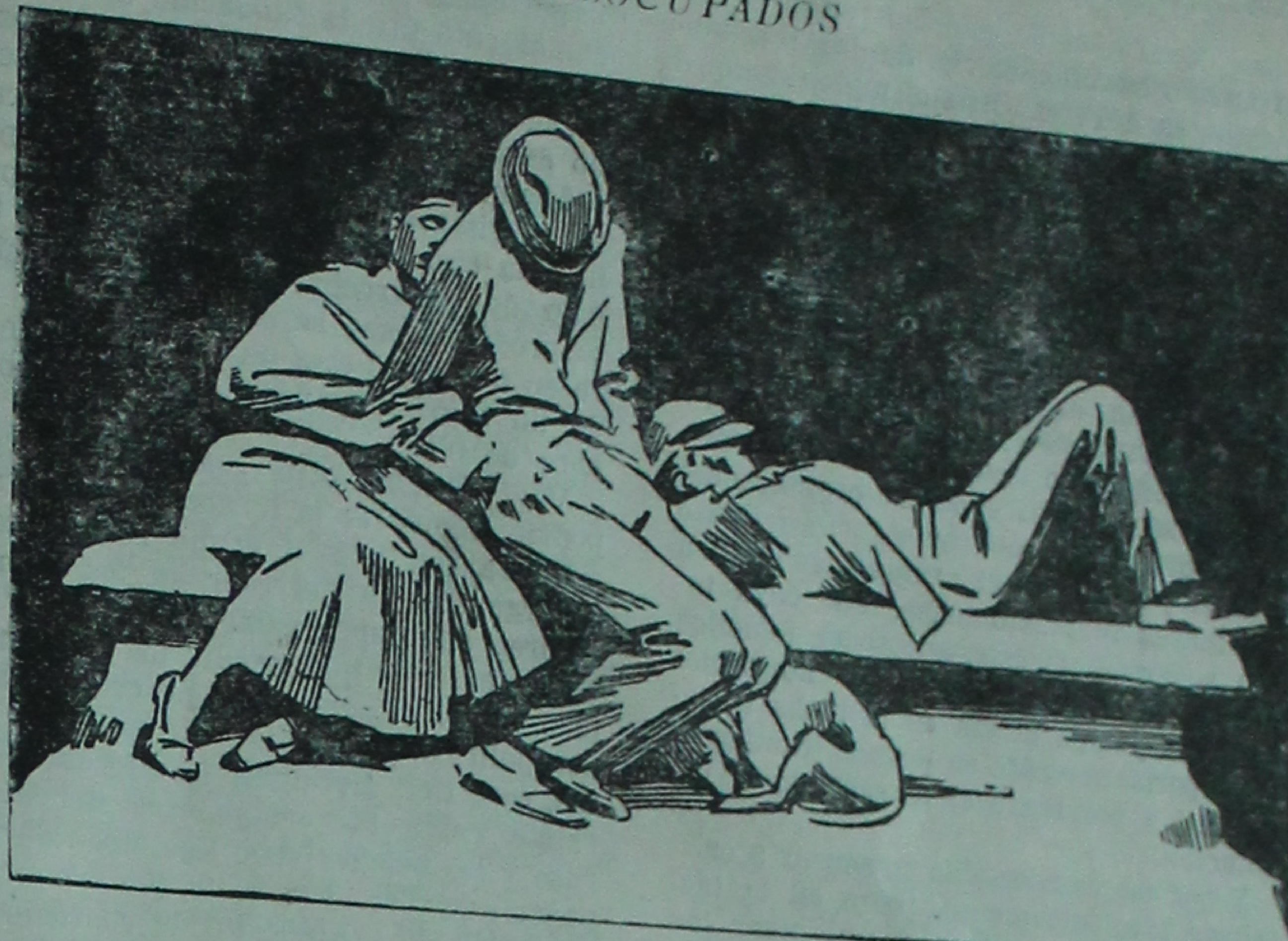
F. Urales. *Suicidio de dos enamorados*.
Núm. 41 de La Novela Ideal, Barcelona.
Publicaciones de la Revista Blanca.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales.
Organo del Centro de Estudiantes de De-
recho y Ciencias Sociales. Buenos Aires.
208 páginas en 8o. Año XLII. Números
IV y V.

Repleta de estudios jurídicos y de no-
tas interesantes de actualidad. El secre-
tario de esta publicación, B. Sierra, con
un gran desconocimiento del asunto y con
un odio de partido, fuera de lugar, resu-
me la doctrina del contralor obrero en
este país.

¡Aurora!, órgano mensual de la Fede-
ración Anarquista de la Región Sur de
Portugal. Agosto de 1926. Número 9. Cer-
cal do Alentejo.

DESOCUPADOS



Dibujo de Garcens

HUGO TRENE

De la organización anarquista

La cuestión de la organización de nues-
tro movimiento ha preocupado siempre,
de modo particular, a nuestros camara-
das. Ahora sobre todo, después de la ex-
periencia adquirida en la revolución ru-
sa, una parte de los compañeros, en es-
pecial rusos, se han entregado al estudio
de la cuestión, llegando a conclusiones
que, en verdad, maravillarán a muchos.
El "Grupo de los anarquistas rusos re-
fugiados en el extranjero", sobre todo,
llegó, después de un año de trabajo, a
concretar un verdadero programa de or-
ganización y de trabajo, que si bien es
cierto que no hallará el asentimiento ge-
neral, merece en todo caso ser observa-
do de cerca, singularmente por el modo
en que ha sido planteada la cuestión.

Hace algunos meses tuvo lugar una re-
unión de compañeros de diversas nacio-
nalidades en donde los representantes del
grupo de los anarquistas rusos explica-
ron el resultado de este último año de
trabajo tendiente a echar las bases para
una organización del movimiento anar-
quista.

En esa reunión tomaron parte los com-
pañeros italianos, franceses, búlgaros, et-
cétera, pero fueron los compañeros rusos
los que mayormente sostuvieron la discu-
sión. Es digna de notar la opinión del
grupo de los anarquistas rusos, cuyo por-
tavoz, Archinoff, se expresó así:

"La idea de una organización anar-
quista había nacido antes de la revolu-
ción rusa, pero ésta, sobre todo, nos ha
demostrado la necesidad y la urgencia
de la creación de una organización. Por-
que durante los acontecimientos rusos,
a pesar de que las masas obreras siguie-
ron con gran simpatía nuestras ideas,
nuestro movimiento se puede decir que
ha fracasado precisamente por la falta
de una organización, y sobre todo de una
organización única, precisa, tanto ideoló-
gica como práctica".

El compañero Archinoff sostuvo que
para permitir al anarquismo que se en-
camine por una vasta ruta social y po-
lítica, es preciso que ante todo salga de
la práctica de los pequeños grupos ais-
lados.

En esta época singularmente en que
los frentes de lucha social y política son
numerosos, es extremadamente necesario
que el anarquismo adopte una táctica y
una acción colectiva, como es también ne-
cesario que dé vida a un programa posi-
tivo y realizador.

La experiencia del grupo de los anar-
quistas rusos refugiados en el exterior
es grande, como también es notable la la-
bor realizada por él en la tentativa de
concentrar las fuerzas anarquistas. Co-
mo base para la organización del porve-
nir, el grupo ha elaborado un programa.

Ese programa se divide en tres partes,
esto es: 1) Cuestión general; 2) Cons-
tructiva, y 3) Organizadora. La que nos
interesa sobre todo es la cuestión orga-
nizadora, que para nosotros se puede re-
sumir en la idea de la creación de una
organización que una a todos los militan-
tes y presente todo el movimiento de un
país. Pero para obtener esto, según nues-
tra opinión, es preciso: 1) Una ideología
única; 2) Una táctica única; 3) Una res-
ponsabilidad colectiva; 4) El federalis-
mo. Archinoff afirma que en particular
la juventud exige que sea organizada y
que se tenga algo positivo que exponerle.
Y si nosotros queremos esa juventud es
preciso someternos a esas exigencias.

Las masas trabajadoras estuvieron, en
casi todos los movimientos revoluciona-
rios, al lado de los anarquistas, pero el
movimiento anarquista, hasta ahora no
ha sabido satisfacer todas esas esperan-

zas. Como ejemplo podemos citar el mo-
vimiento revolucionario de los machno-
vistas en 1918-19. Otro ejemplo, siempre
de Rusia, fué la rebelión de Kronstadt
en 1921. Sin duda alguna, estos fueron
movimientos revolucionarios que tendie-
ron a abatir la tiranía del partido comu-
nista para la instauración de una era de
libertad. Si en Kronstadt, por ejemplo.
hubiese habido un germen anarquista de
organización, aquella revuelta habría po-
dido desarrollarse y tal vez modificar to-
do el proceso de desarrollo de la revolu-
ción rusa. He ahí como la organización
del movimiento anarquista le impidió
ayudar y guiar en el campo ideológico a
las masas revolucionarias. Por cuya ra-
zón podemos afirmar que todos aquellos
movimientos anarquistas que no sepan
hallar a tiempo la vía de la lucha colec-
tiva, permanecerán en estado caótico e
infantil y por tanto al margen de la re-
volución.

Y por eso es necesario comenzar a cris-
talizar ideológicamente, tanto en la tác-
tica como en las ideas, y organizar los
esfuerzos.

Pero, ¿cómo hacer?, se pregunta Ar-
chinoff.

Se dice que el anarquismo no es úni-
co, sino que existen tres corrientes, cada
una de las cuales tiene su propio cami-
no. Yo al contrario pienso que el anar-
quismo es uno, ideológicamente y por tan-
to tácticamente. Al mismo tiempo que el
anarquismo lucha por las masas traba-
jadoras, lucha también por la libertad
del individuo obrero. Sociológicamente
tendemos al comunismo. El sindicalismo
es un método de lucha que conduce hacia
nuestro objetivo, nada más. En cuanto se
refiere al individualismo, no es una rama
del anarquismo cuando niega la lucha de
clases y el principio de organización,
igual que el objetivo final, el comunismo.
Según mi opinión no es más que una ma-
nifestación de la irresponsabilidad que
trata de hacerse un puesto en nuestras
filas, pero al cual debemos combatir irre-
conciliablemente. El anarquismo, afirmó
Archinoff, es la ideología de la clase obre-
ra y su táctica. No es, por tanto, posible
representarnos el movimiento de un país
en diversas organizaciones siempre en
lucha recíproca".

Estas fueron las ideas expresadas por
el compañero Archinoff en nombre del
grupo ruso; ideas que, aunque plantea-
das ruda, crudamente, pueden servir co-
mo amplia contribución a la discusión,
sobre todo por tener una gran cualidad:
las de ser muy claras, y esto no signifi-
ca poco.

Pero en la misma reunión el compañe-
ro Volin, basándose en su experiencia
también, adquirida durante la revolución
rusa, sostuvo, en contradicción con Ar-
chinoff, un punto de vista opuesto y que
merece ser también transcrito.

"En Rusia, dijo Volin, existía desde ha-
cía mucho tiempo la idea de crear una
organización única. Por ejemplo, la or-
ganización "Nabat" de Ukrania, organi-
zación que fué bastante fuerte y que rea-
lizó una acción vasta y profunda. Esa
organización se basaba en el principio
que las tres corrientes del anarquismo,
que tenían suficientes puntos de contac-
to, podían trabajar ventajosamente jun-
tas. Personalmente no creo que existan
anarquistas partidarios todavía del ais-
lamiento y que ignoren la necesidad de
una organización y no deseen un progra-
ma claro y preciso. Pero la dificultad es-
tá en el modo de realizar la organización.
Aquí hay dos opiniones opuestas. La co-
munista anarquista dice: la nuestra es
la verdadera y la legítima, por consi-
guiente todas las demás deben desapare-
cer. Y si no ocurrió esto aún es porque
hasta ahora existían algunos malenten-
didos.

Según mi opinión, en este razonamien-
to hay una contradicción. Si la idea an-
arquista comunista era ya clara y preci-
sa, ¿cómo y por qué razones se quiere
ahora precisarla? Pero esa concepción
oculta, según mi modo de ver, un ver-
dadero peligro, es decir el de la crea-
ción de una idea demasiado restringida
y que seguramente obligaría a distan-
ciarse de nosotros a numerosos elemen-
tos que, sin embargo, nos son muy útiles.

Yo también estoy de acuerdo con una
organización única, definida; pero para
llegar a esto es preciso que prepare el
terreno una vasta discusión. Al respecto
pienso que es perjudicial para una vasta
difusión de nuestras ideas la creación de
innumerables periodiquitos de ninguna
importancia y alcance, mientras que creo
sumamente útil la fundación de un gran
órgano de libre discusión de nuestro
ideal, pero donde la discusión sea hecha,
no desde el punto de vista de un grupo
o de una personalidad, sino desde el pun-
to de vista general, porque sólo después
de una amplia discusión y un vasto tra-
bajo de esclarecimiento y de precisión,
se producirá una seria aproximación. Pe-
ro en todo caso esta no podrá ser la obra
de un solo compañero o grupo, sino la
obra de tdos.

Veo, además, otro grave peligro que
podría engendrar la forma demasiado res-
tringida con que el grupo ruso concibe
la organización: el caer en los mismos
errores que reprochamos a nuestros ad-
versarios. Porque según los siguientes
principios: el partido, el programa, la lí-
nea política, el guía ideológico de las ma-
sas, es difícil distinguir la diferencia que
existe entre los compañeros del grupo
ruso y los bolchevistas. Ese modo de pro-
pagar nuestras ideas es lo que provoca la
confusión. Y a propósito de confusión, y
para concluir, el compañero Volin recuer
da un episodio de incomprensión de las
ideas anarquistas por parte de las masas:

En 1920, un momento en que había si-
do tolerada la propaganda anarquista,
mientras yo mismo había logrado hacer
una jira de conferencias por toda Ukra-
nia, al encontrarme en Karkhof, una no-
che, en los locales de la Federación Anar-
quista Nabat, se me presentó una dele-
gación de guardias rojos, con la siguien-
te proposición: "Hemos seguido — de-
cían los delegados — la propaganda anar-
quista y estamos completamente de acuer-
do con vosotros; por esto proponemos
derrocar al gobierno de Karkhof, maña-
na, si estáis dispuestos vosotros a hace-
ros cargo de él". Hasta aquí llegaba la
incomprensión de las masas respecto de
nuestras ideas mal digeridas.

La presente discusión no es nueva; se
podría decir que es tan vieja como nues-
tro movimiento. Pero lo que me impulsa
a ponerla en conocimiento de los compa-
ñeros en general es más bien el hecho
de que raramente se consiguió plantear
la discusión sobre la organización con la
claridad y la precisión que lo hizo el gru-
po ruso, que trata de resolver el asunto
sobre las bases expuestas.

Los compañeros de este grupo sostie-
nen, además, que el tiempo de las discu-
siones sobre el pro o el contra la orga-
nización ha terminado ya y que en lo su-
cesivo no hay más que procurar organi-
zar las fuerzas anarquistas sobre la base
de un programa claro, y avanzar.

* * *

De la discusión apuntada resulta que
tanto Volin como Archinoff reconocen la
necesidad de la organización, pero uno
de ellos (Archinoff) entiende esa orga-
nización como un partido comunista anar-
quista, pues para él las demás tendencias,
más que anarquistas, son degeneracio-
nes pequeño-burguesas de la anarquía.
Mientras Volin, siempre fiel a la idea
inspiradora de la organización anarquis-
ta ukraniana "Nabat", desea que esa or-
ganización anarquista única sea la resul-
tante de las tres tendencias que forman
el anarquismo, es decir: la comunista, la
individualista y la sindicalista.

Según mi opinión, de un modo u otro,
esta idea de la organización única, mo-
nopolizadora de todo el movimiento, es
profundamente errónea, por cuanto no só-
lo hay países en que, por las necesidades
de la lucha, por la posibilidad de la di-
fusión de nuestras ideas, es imposible
agrupar todas las iniciativas en un solo
organismo, sino que eso no es deseable.
Al contrario, pienso que la multiformi-
dad de los medios de lucha y de propa-
ganda es condición primordial de una ma-
yor y más profunda divulgación de nues-
tras ideas. Medios diferentes que, sin em-
bargo, no se contradicen ni se eliminan,
sino que más bien se complementan.

Sobre esta cuestión, que seguramente
atraerá la atención de los compañeros,
volveré en cuanto me sea posible.

Suscripción mensual al diario y al Suplemento, $ 2.50 — al Suplemento solamente, $ 5.00 por año.—

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

XII

Es necesario reconocer que los Estados
no existen como algo separado de los go-
bernantes, que diciendo "Estado" deci-
mos con ello mismo "gobierno", cuya
existencia presupone también la existen-
cia de súbditos. Como dice León Tolstoi,
el Estado es "el conjunto de unos hom-
bres que imponen su voluntad a otros".
"Los anarquistas, apoyándose en la ob-
servación de la realidad — dice Reclus—
entienden que el Estado y todo lo que
con él se relaciona, no es algo abstracto,
no es alguna forma filosófica, sino un
conjunto de hombres, puestos en una si-
tuación especial cuya influencia sufren.
Disponen de los mejores puestos, tienen
más autoridad y más sueldo que el resto
de sus conciudadanos".

Es curioso que hombres de ciencia no
anarquistas como, por ejemplo, los céle-
bres estadistas Duguit y Ellenick, com-
parten este criterio. Ellenick indica que
"el Estado puede únicamente existir me-
diante sus órganos; si nos lo imaginamos
sin ellos, queda, no el Estado como por-
tador de sus órganos, sino una *nada* ju-
rídica". Duguit escribe: "Si detrás de lo
que se llama Estado no hay nada, signi-
fica que el Estado es una ficción pura.
Significa que en realidad existen única-
mente los órganos, o sea hombres que im-
ponen a otros hombres su voluntad lo-
grándolo mediante imposición material".
o como diríamos nosotros, por la fuerza
bruta, la violencia. El Estado son los go-
bernantes. El Estado es la "dominación
de los más fuertes".

XIII

El gobierno, oprimiendo a los demás
hombres, se pervierte y pervierte a sus
súbditos. Eliseo Reclús tenía razón cuan-
do decía que las múltiples tentaciones a
que, "por la posición que ocupan, son so-
metidos los gobernantes, los hace caer
fatalmente más bajo del nivel moral
común". Y realmente, malhechores, díso-
lutos y perversos como, por ejemplo, los
zares rusos, era difícil encontrar entre
sus súbditos.

Los gobernantes, profundamente co-
rrompidos, corrompen a todos los que es-
tán en contacto con ellos. Los corrompen
por la fuerza y por el soborno. Bajo la
amenaza de penas severas enseñan a la
juventud el arte de matar a los hombres,
obligan por la fuerza a los jóvenes a ha-
cer el servicio militar y les enseñan que
es bueno y meritorio matar a los hom-
bres. Sobornan a diestra y siniestra y
exigen de las personas sobornadas deter-
minados servicios (como hace con los
funcionarios públicos). Sobornan a los
hombres de ciencia pagándoles sueldos
en calidad de profesores. Convierten una
parte — la más grande — de sus súbditos
en siervos, pervirtiéndoles hasta la men-
talidad de modo que ni siquiera pueden
imaginarse lo que es ser libres. Crearon
los tribunales y los jueces, estos verdu-
gos insensibles, cuyos crímenes horren-
dos conmueven el corazón de todo ser
humano.

El gobierno que constantemente esgri-
me la amenaza de la violencia e incesan-
temente la emplea, ejecuta los crímenes
más abominables, hasta el asesinato de
indefensos, inclusive, y difunde la crimi-
nalidad.

XIV

Toda la actividad de los gobernantes
beneficia únicamente a ellos y perjudica
al resto de los hombres.

"¿Pero acaso nos engañábamos todos
hasta ahora? Todos teníamos el gobierno
por una institución útil y necesaria, pues
de lo contrario el gobierno no existiría".
Pero del hecho, por ejemplo, de que exis-
tan bandidos, no se deduce que los ban-
didos sean útiles y necesarios. Además
no todos consideraban el gobierno como
cosa útil. Ante todo, no nos engañábamos
nosotros, los anarquistas, que conceptua-
mos al gobierno inútil y pernicioso. No
somos nosotros los únicos que pensamos
así. Tal como testimonia un observador
tan sagaz como León Tolstoi, todo el pue-
blo ruso comparte nuestro criterio a ex-
cepción de una pequeña parte del mismo
que se ha impregnado de instintos auto-
ritarios. En Diciembre de 1899 escribía
Tolstoi: "Es indudable que en el momen-
to actual el pueblo ruso, el pueblo autén-
tico, como consecuencia de los crímenes
que con él ha cometido y comete el go-
bierno ruso, perdió no tan sólo el respeto
hacia su gobierno, sino también la fe en
la necesidad de gobierno alguno"... "La
organización autoritaria que nos oprime
y nos pervierte, no es tan sólo inútil, es
algo hostil, repugnante e innecesario, in-
servible para cosa alguna". (L. Tolstoi).

La humanidad conoció errores que se
mantuvieron durante siglos y milenios.
Durante siglos creyeron los hombres que
la montaña Olimpo (en Grecia) estaba
habitada por dioses que comían, bebían,
se divertían y regían los destinos de los
hombres. Los egipcios creyeron durante
miles de años que Osiris, Tifón y otros
dioses escuchaban sus plegarias y que el
buey Apis era un dios.

Muchos son los absurdos en los que, en
el transcurso de su historia, creyeron
los hombres a ojos cerrados, negando has-
ta a quemar a los que contradecían sus
dogmas y se atrevían, por ejemplo, a afir-
mar que la tierra giraba en rededor del
sol.

En nuestros días los hombres mantie-
nen la absurda creencia de que el gobier-
no es necesario, y hasta hay quien cree
que puede haber gobierno bueno.

XV

Gobierno bueno, con el que los repu-
blicanos juraban hacer la felicidad de
los franceses, y con el que los socialistas
prometen hacer la felicidad de Rusia, es
inconcebible. Para que el gobierno co-
meta a cada instante yerros y actos de-
nominados criminales, hay que poner so-
bre él otro gobierno, y sobre éste otro,
y así hasta el infinito.

Sabemos hasta qué punto están corrom-
pidos los gobiernos democráticos de las
repúblicas modernas. Su actitud hacia las
masas obreras, unas veces ferozmente
agresiva y de hipócrita protección otras,
su incompetencia, necedad y maldad, sal-
ta a la vista de todo aquel que tuvo opor-
tunidad de estudiar de cerca la actividad
de estos gobiernos. En las repúblicas de-
mocráticas vemos cómo los gobiernos
adulan a los capitalistas. Nos encontra-
mos en presencia de la hipocresía eleva-
da al más alto grado. Estamos frente a
un engaño asombrosamente hábil y audaz
de las masas del pueblo, gracias al cual,
eligiendo a sus gobernantes, estas masas
creen que participan en el gobierno. Sien-
do que, en realidad, están sometidas a
los gobernantes más que antes, aunque se
llaman "pueblo soberano".

Y los gobiernos parlamentarios, demo-
cráticos y socialistas oprimen al "pueblo

soberano" no menos que lo oprimían los gobiernos autocráticos y feudales.

Unicamente lo que con la acción directa — sublevaciones, luchas — arrancaron a los gobiernos de distinta especie las masas del pueblo, únicamente esto es lo que han obtenido. Solamente lo que estas masas quieren y pueden defender a cada instante con sus propias fuerza, es lo que poseen.

Pero, ¡desgraciadamente!, es tan poco lo que poseen. Hasta las libertades burguesas en todas las democracias son privilegio de los ricos. Los obreros ni siquiera tienen la seguridad de un relativo bienestar, ni aun el más modesto. Y durante las grandes agitaciones obreras, que eran sofocadas a sangre y fuego, como sucedió en la República francesa en junio de 1848 y en mayo de 1871, la venganza del gobierno republicano, caída sobre los obreros alzados en defensa de sus derechos, no era menos feroz que la venganza del gobierno monárquico ruso en los años 1905-1907.

XVI

¿Qué es, pues, lo que mantiene unida a la sociedad?? ¿Qué, sino las leyes, las ódenes del gobierno?

¿Cómo se mantiene todo el universo? ¿Por qué no se disgregaron y confundieron hasta ahora en un caos informe los grupos armónicos de estrellas y planetas? Los hombres creían, que el poder del "gran arquitecto" — dios — arrojó estos globos ígneos y fríos al espacio infinito y trazó a cada uno de ellos un recorrido fijo. Hoy día se asabe que todos estos cuerpos llegaron al equilibrio, que la gravitación universal no es otra cosa que la equivalencia de los movimientos de los infinitamente pequeños — las oscilaciones de los átomos — que llenan los espacios celestes.

Con mayor facilidad aún se establecerá el equilibrio — la armonía — entre los hombres que disfruten de la libertad. "Ante nosotros — dice Kroptkin — se diseña ya la sociedad, que se posesiona de todo el capital social, acumulado por el trabajo de las generaciones pasadas, y que se organiza de modo que pueda emplear éste capital en beneficio de todos, sin crear nuevamente una minoría dominante. En esta sociedad entra una variedad infinita de aptitudes, temperamentos y fuerzas personales: no se excluye de su medio a nadie. Llega hasta a desear la lucha de estas fuerzas diversas, desde que reconoce, que las épocas, en que las diferencias existentes eran discutidas libremente y libremente luchaban, cuando ningún poder restablecido pesaba en la balanza, eran las épocas de mayor desarrollo de la inteligencia humana. Reconociendo a todos sus miembros idénticos derecho a todos los tesoros acumulados por el pasado, no conoce, ésta sciedad división en explotados y explotadores, súbditos y gobernantes, sino queti ende a establecer en su medio una cierta correlación armónica — no mediante el sometimiento de todos sus miembros a alguna autoridad que se considerara representante de toda la sociedad, ni mediante tentativas de establecer la diversidad, sino llamando al desenvolvimiento libre, la libre iniciativa, la actividad libre, la libre unión".

JEAN GRAVE.

Páginas de la vida de un propagandista

(Conclusión)

Otro día fué la visita de Bernard Lazare la que recibí. Era bastante valeroso de su parte afirmar así sus simpatías, pues en el curso de nuestra conversación me dijo que en las esferas gubernamentales se pensaba, si éramos condenados, expedirnos a un lugar de los más malsanos del Africa, y de proceder así con otras hornadas, de las que se *beneficiarían* los literatos y periodistas culpables de haber mostrado sus simpatías por la idea anarquista.

Además de esto, me dió algunas noticias de fuera y me prometió volver. Pero, sin duda, no pudo conseguir la autorización, pues no le vi más.

Otro día vi dibujarse una parte de rostro en el ventanillo de la puerta de mi celda y una voz me interpeló si yo era realmente Juan Grave. Ante mi afirmación, la voz me preguntó ¿cómo me encontraba? No del todo mal, dije. Veo, continuó la voz, que toma su situación filosóficamente. Pero hay gente que se ocupa de usted en el ministerio de justicia. Tenga paciencia".

¡Que se ocupaban de mí en el ministerio de justicia! Se me trataba demasiado bien para que lo advirtiera. Llamado a expresar mi opinión, hubiera dicho asímismo que se ocupaban demasiado de mí.

¿Qué era eso? ¿De qué modo se ocupaban de mí? Yo no lo supe jamás.

Por mi pariente había sabido que Mereaux, el ex gerente de la "Révolte" había sido arrestado. Que había tenido una crisis de locura furiosa, que se le había tenido que meter en una celda acolchonada.

Perrare, que había venido a París, también había sido arrestado. Su mujer, que había ido a llevarle víveres, le había hecho preguntar por el mandadero qué libros era necesario llevarle.

—Que me traiga "La Tierra" — había respondido Perrare.

—¿Tierra? — dijo el guardián indignado. — Su celda está bastante sucia sin eso.

* * *

Durante los ocho meses que transcurrieron desde mi arresto hasta el proceso de los treinta, yo no fui por los dos procesos más que cuatro o cinco vèces a la instrucción.

Fui una vez mientras estuve en la Conserjería, por la *"Sociedad moribunda"*. Me hicieron pasar por el bulevar del Palacio. Como me habían quitado mi cinturón, mi pantalón, demasiado largo, me caía sobre los talones, y esto me forzaba a sostenerlo con una mano, mientras que el guardián de París me tenía la otra muñeca con las esposas. Tenía la apariencia de un verdadero apache. Veo aún la mirada de horror que me lanzaron dos viejas damas con quienes nos cruzamos

Otro día — había sido vuelto a Mazas — fui conducido nuevamente ante "Mayet". En su gabinete se encontraba ya Gauche. Precipitarnos uno hacia el otro, estrecharnos la mano, todo fué hecho en un abrir y cerrar de ojos. Hacía tanto bien ver, por fin, la cara de un hombre honesto. El paternal — oh, la bestia sucia — Mayer nos miraba.

Nos careaba porque Gauche me había dado algunos centenares de francos. Era necesario saber si eso no había sido para comprar dinamita.

Yo tranquilicé al señor, confirmando que me había sido dado para pagar una reedición de *"Dios y el Estado"*, de Bakunin.

En el curso de la conversación, Mayer me dijo que Gauche había hecho su testamento a mi favor.

Observé que no tenía muchas probabilidades de aprovecharme de las buenas disposiciones de Gauche, siendo este último mucho más joven que yo.

En fin, en el momento de volver a Mazas, Mayer me dijo:

—Le pido perdón o le presento mis excusas por haberle hecho esperar tanto tiempo, pero tenía tantos de sus compañeros para ver, para interrogar, que eso me ha tomado mucho tiempo. Pero ya toca a su fin. Tendré pronto una solución.

Yo no sé por qué, en el tono de este Mtre. Pathelin me pareció comprender que era un *no ha lugar* el que era menester esperar.

Sí, pero vete a paseo. Una mañana que yo estaba en el paseo, mis guardianes me dijeron que Carnot había sido muerto en Lyon por un tal Santo Caserio.

Mi primera reflexión no fué sobre Carnot, cuya desaparición no me interesaba en lo más mínimo, sino sobre la influencia que podría tener sobre las declaraciones de Mayer, quien no tardó en hacérmelas recordar.

Después de un insignificante charlataneo, me renovó su pesar por haber tenido que hacerme esperar tanto tiempo su decisión, pero que, esta vez, quedaría muy pronto juzgado.

En el tono en que me espetó eso comprendí de qué se trataba. Era el envío a la Corte de Assises.

Poco tiempo después recibía la sentencia de la Cámara de acusación, volviéndonos a enviar a las Assises, seguida de la lista del jurado de la sesión.

* * *

Después del arresto en cuestión tuve que retornar a la Conserjería.

En la celda en que me alojaron se encontraba un tipo raro, a quien esta vez no sacaron.

Estaba acusado de haber muerto a su mujer de un tiro. Estaba en prisión preventiva hacía un año, me dijo. Era mi amigo "Mayet" quien instruía el sumario.

El detenido pretendía que fué su mujer la que se había suicidado después de una escena de celos. El juez estaba seguro que era el detenido quien la había matado y quería forzarlo a que confesara.

Le retendré hasta que haya confesado, le decía en cada entrevista. "Le haré cortar el cogote", le amenazaba por otro lado. Habría llegado, según el preso, a cogerlo del cuello, sacudiéndole furiosamente. "Le haré reventar en la prisión".

Los primeros días, mi compañero de celda sostenía que era su mujer la que se había suicidado. Pero, poco a poco, se fué descubriendo, pues contó que su mujer le había hecho una escena con motivo de otra mujer, de la que ella estaba celosa — el tipo, sin embargo, no tenía nada de apetecible — que ella había cogido un revólver, pero que él la había tomado en sus brazos, sentándola sobre sus rodillas, para calmarla, y que, tratando de quitarle el revólver, el tiro había partido.

Y, en tren de confidencias, confesó que el informe del perito en balística afirmaba la imposibilidad de que el tiro hubiese sido disparado por la misma víctima.

—Asustado por las amenazas de Mayer — agregó — me he empeñado en afirmar que fué mi mujer la que se mató por sí misma. No me he atrevido a modificar mi actitud. ¿Qué me aconseja hacer usted?

El buen hombre no tenía nada de simpático. Me hizo acordar del actor que en el teatro St. Marcel representaba el rol de Rodin en el *"Judío Errante"*, de Eugenio Sue, pero la idea de hacerle una pasada a Mayer me hizo decir al tipo:

—¿Sabe usted lo que tiene qué hacer? Cuando esté ante el tribunal, cuando se le haya leído la acusación y el presidente vaya a interrogarle, póngase a lloriquear como un chico. Cuéntele las amenazas y violencias de que acusa a Mayet, recargándolas ligeramente, de acuerdo con las circunstancias y añadiendo que, ante sus amenazas, no se atrevió a decir la verdad.

El consejo le agradó. Era franc-masón, me dijo. Al entrar en el pretorio haría el signo de la angustia, a fin de provocar la compasión de los "hermanos" si los había en el Jurado.

Llegó el día del proceso. Vinieron a buscar al buen hombre, que partió, asegurándome que seguiría mis consejos.

La audiencia no debió durar mucho tiempo, o por lo menos así me pareció, pues no tardó en volver.

—¿Y bien? — dije, cuando entró.

—Me... me... han... ab... absuelto — dijo, llorando como un chiquillo.

—Entonces, es inútil seguir llorando. No haga necedades.

Enjugó sus lágrimas, hizo su paquete y partió. He olvidado su nombre. Espero que no habrá vuelto a comenzar.

¿Fueron los consejos que yo le dí o la suerte lo que valió la absolución? Nunca lo he sabido.

* * *

No mucho después me llegó el turno de afrontar los debates. Para conducirnos a la Corte de Assises nos hicieron atravesar los subterráneos de la Conserjería.

Inútil describir los apretones de manos y las congratulaciones que se cambiaron cuando nos encontramos reunidos. Faure había sido traído del Depósito, donde, por gracia especial, había quedado todo el tiempo de la prevención.

Todos encaraban el proceso sin temor, no pensando sino en afirmar sus ideas.

Antes de la apertura de los debates, Saint-Auban me había prevenido que los jueces hacían gran hincapié en un folleto que yo había publicado en 1882 u 83, bajo el pseudónimo de Jean le Vagre, — una reminiscencia de mis lecturas de "capa y espada" — que algún "amigo" desconocido les había hecho llegar. El mismo, tal vez, que, más tarde, debía documentar a Gonier a su manera.

Era la "Organización de la Propaganda Revolucionaria", en la cual yo había, en efecto, construído una novela conspiradora en la que mostraba que, al abrigo de la propaganda pública, podía muy bien realizarse la "propaganda por el hecho". En esa época nosotros estábamos todos obsesionados por esta fórmula de Brousse, y comprendíamos la propaganda por el hecho simplemente desde el punto de vista terrorista.

Teóricamente, mi novelita constituía, y podía ser, en efecto, un arma sólida contra nosotros. ¿Hubiera sido posible ponerla en práctica? Era esto lo que quedaba por demostrar. Pero, tal cual, eso podía influir sobre el jurado.

En todo caso, me dijo Saint-Auban, Vd. no puede desconocer su folleto.

No tengo, en modo alguno, esa intención. Trataré de desembarazarme lo mejor posible.

Felizmente Bulot fué bastante necio para no saber utilizar el documento frustrando así la esperanza del enviador oficioso del folleto.

¿Se hizo mención de él en el curso de los debates? Me parece que sí, pero sólo fué incidentalmente, pues he olvidado lo que se dijo respecto a él y qué pasajes se leyeron.

* * *

Cuando se llegó al interrogatorio — yo fuí el primero en ser interrogado — Bulot reclamó las puertas cerradas para mí y Faure. Se trenzó en un debate y Saint-Auban, ayudado por Desplant, el defensor de Faure, reclamó, si se pronunciaban las puertas cerradas, que fuese para todos. Medida de la que nunca comprendí la utilidad. Pero los abogados tenían, sin duda, su idea.

Fué Bulot el que triunfó. Se resolvió deliberar a puertas cerradas para nosotros dos solos, Faure y yo.

El presidente, que se llamaba Dayran, no me pareció un mal tipo. Como a cada pregunta se retardaba en agregar reflexiones creí que quería jugarme la mala pasada del proceso de la "Sociedad Moribunda", y, en el momento en que se retardaba sobre una pregunta, le interrumpí diciéndole que si hablaba todo el tiempo, yo no tendría ninguna probabilidad de pronunciar una palabra, con gran escándalo de los abogados, que me hicieron signo de que callara. Pero yo había logrado mi objeto. Dayran, a continuación, fué sobrio en reflexiones. Pude responder a mis anchas.

¿Sus preguntas? Las he olvidado completamente. Muy baladíes, en verdad. Como lo fueron casi todas, siempre, en to-

dos los procedimientos a través de los cuales hube de pasar.

En un momento, como representara la oficina de la "Révolte" como un nido de conspiradores, le interrumpí objetando que "no pudiendo producirse en París un atentado sin que, a continuación, tuviera media docena de allanamientos que sufrir, hubiera sido menester que fuera el último de los idiotas para intentar forjar allí conspiraciones.

Casi iba a decir: "No se tira un solo pedo en París", pero me desvié a tiempo, juzgando que, después de todo, no era necesario ser vulgar.

En otro momento me leyó un artículo que, sin ninguna prueba — puesto que los artículos en la *Révolte* no eran firmados — se me atribuía. Mucho menos estaba firmado el suelto que me atribuía Bulot y que le pesaba tan fuerte en la conciencia. Pero todo es bueno contra un perro cuando uno quiere desembarazarse de él. Por otra parte, uno y otro estaban hartos de mí.

Cuando dije que leyera el artículo, eran, naturalmente, extractos hábilmente seleccionados y aislados del conjunto. También, cuando hubo terminado la lectura, le pedí que tuviera a bien leer la continuación. Pues yo me acordaba muy bien del artículo.

Hizo signo que no poseía esa continuación.

Saint-Auban va a leerlo, dije yo, seguro de darle con el canto en los dientes.

Pero Saint-Auban no había creído deber traer la colección de la "Révolte" que yo le había hecho pasar. Hube de suplirlo con mi memoria.

El articul se titulaba "*Las responsabilidades*". Comenzaba reconociendo que, al predicar la rebelión, nosotros no teníamos ciertamente por norte hacernos los resignados, que era muy posible que tuviéramos nuestra parte de responsabilidad en los actos de rebelión que se realizaran; que nosotros la aceptábamos, pero que cada uno debía asumir la suya.

Y yo continuaba diciendo que los gobernantes, por su mala fe y su arbitrariedad, contribuían mucho, por su parte, a agregar algunos hilos a la mecha que ardía.

También los capitalistas, los financistas, mercaderes que se enriquecían con la ruina y la miseria que ellos organizaban.

También los jueces, con su complacencia con el poder.

Era un trozo un poco largo para mi elocución más bien difícil, pero, sin acordarme mucho de lo que charlaba, creo que estuve bastante bien.

Dayran tenía el pico cerrado, y, lo que fué más sorprendente, es que Bulot no intervino ante mi patada a los jueces. Aunque más no hubiera sido para subrayarla.

Saint-Auban me dijo que Dayran estaba disgustado del trabajo que le hacían efectuar. Es muy posible. El no lo realizaba menos. De una manera bastante desinteresada parecía, pero no haciéndose menos cómplice de esta comedia que podía terminar en tragedia. Si, respecto a Bulot, hubiéramos sido tan insolentes, como ese señor lo fué con nosotros, yo dudo que él hubiera tolerado, como toleró, la groseraí del "hombre rojo".

Pero no he de rehacer el informe del proceso. Todo el mundo conoce las espirituales salidas de Feneon. No hubo un solo desfalleciente. Todo el mundo fué digno.

En su alegato, Saint-Auban fué elocuente (1).

* * *

Entre los testigos desfilaron los notables de Picquefleur, donde Emilio Henry y sus cómplices habían hecho una razzia tan hermosa. Era sobre todo el alcalde, el espécimen de burgués charlatán, vanidoso y pretencioso.

Vino también d'Esparbes, quien, habiendo tenido comunicación de los informes de la policía sobre Sebastián Faure, donde éste era acusado de haber querido forzar a su mujer a prostituirse, publicó un artículo innoble sobre él. Innoble porque era enteramente cobarde hacer el trabajo de los golillas y de los policías, atacando a un acusado, fuera quien fuere. Su actitud, por otra parte, fué lastimosa.

En su alegato, Saint-Auban, hablando de mi honestidad, pues en su informe los policías no habían podido encontrar nada a mi respecto, gritó, volviéndose hacia mí y señalándome con un gesto un poco teatral — es necesario confesarlo — ¡Mirad su rostro!

Pero, justamente en ese mismo momento, no sé a propósito de qué, mi mirada estaba fija en el suelo, yo bajé la cabeza, haciendo así desmerecer el efecto de Saint-Auban. Que me habrá perdonado, lo espero.

Durante un intervalo, Lagasse, que defendía a un camarada, me confió que tenía un mensaje para mí el que le había encargado Ravachol, que me lo diría más tarde, en otro momento. Pero yo no tuve la ocasión de volver a verlo e ignoro cuál era el mensaje de Ravachil.

Después de los alegatos, Bulot esputó su bilis. A causa de mi suelto convirtió el asunto en una cuestión personal contra mí. No desperdició la ocasión de intercalarla en su diatriba.

Pero el proceso se arrastraba — duró ocho días —; el mismo Bulot sentía la fatiga. Hizo decir a los abogados que si ellos se abstuvieran de replicarle él se abstendría de tomar la palabra. Llegó el momento de presentar nosotros mismos nuestra defensa.

Siempre persuadido que no se podía leer, yo no había, pues, preparado nada. Saint-Auban me dijo que era necesario absolutamente que yo dijese algo. Me trajo un papel que debía leer.

Habiendo echado una mirada sobre él le dije que no podía leerlo. Había una retractación formal de los ladrones que se habían adjuntado al proceso. Yo quería muy bien echarlos por la borda en el diario, pero no delante de un tribunal. En fin, reflexionando que en la lectura podría corregir el pasaje en cuestión, acepté leer el documento.

Pero, aun para leerlo, fué todavía más difícil, pues no estaba preparado para ello. El aparato de la justicia me dejaba absolutamente frío. Los jueces, en su disfraz, me hacían el efecto de verdaderos polichinelas, aunque menos divertidos que los verdaderos. Para responder al presidente no había tartamudeado. Pero cuando tuve que leer esa declaración, eso fué más fuerte que yo. Mi voz temblaba de tal manera que tuve que detenerme para decir al jurado que no prestase atención. Que yo no estaba habituado a hablar en público. Saint-Auban, Desplant y camaradas se ofrecieron para leer por mí. Pero más bien la muerte que tener que amilanarme. Y había, sobre todo, el pasaje concerniente a los ladrones que cambiar. Me erguí y pude continuar sin tropiezos.

Llegado al pasaje en cuestión declaré que en anarquía cada uno obraba como le parecía bueno. Que yo estaba allí para responder sólo de lo que yo había hecho: los ladrones también estaban allí para responder por sus actos. Terminé rechazando los insultos de Bulot, mirándole fijamente, diciéndole que le era muy fácil ser insolente, defendido como estaba por el orden actual.

Saint-Auban volvió a pedir el papel para dárselo a la prensa. Al dárselo, le hice observar que era necesario cambiar el pasaje en el sentido que yo había mencionado. El me prometió hacerlo. Pero, más tarde, al leer los informes, tuve la mortificación de comprobar que, en su apresuramiento, sin duda, había olvidado hacer las rectificaciones pedidas. Era demasiado tarde para volver sobre eso.

* * *

Después de la requisitoria tuvo lugar una suspensión de la audiencia. Cuando volvió la Corte, parecía una verdadera desbandada. Se observaba que los golillas veían la partida perdida. Bulot parecía un idiota llevando su vestido recogido sobre el brazo, dejando ver un pantalón claro. Se habría dicho un descendimiento de la Courtille. Temis no gana en ser vista en *negligé!*

Entre los ladrones había un obrero zapatero, llamado Chericoti. Cuando le llegó su turno de hablar, se contentó con declarar que había trabajado siempre para vivir, que, fuese cual fuese la terminación del proceso, él tendría que continuar trabajando. En el tono en que pronunció esas pocas palabras, se sentía la sinceridad. Había allí algo de patético.

Ignoro si había participado en los hurtos. Pero había sido en su casa donde habían encontrado el material de imprenta que poseía la banda.

Para esperar el veredicto nos habían llevado a otra sala. Los acusados permanecieron alegres, cambiando bromas. No se habría dicho que, en suma, se trataba de veinte años de cárcel en perspectiva para cada uno. Los abogados parecían mucho más emocionados que nosotros. Saint-Auban marchaba apoyado del brazo de Desplant, arrastrándose como si sus piernas le soportaran difícilmente.

En fin, nos llegó un rumor de que estábamos absueltos. El jurado tardaba mucho tiempo en ponerse de acuerdo. La nueva se confirmó. Estábamos absueltos, excepto, bien entendido, los ladrones. El subteniente que comandaba los guardias de París que nos guardaban vino a felicitarnos y a estrecharnos la mano. Desplant y Saint-Auban nos recomendaban que estuviéramos tranquilos.

Llevados ante el tribunal nos fué leído el voto del jurado. Ibamos a ser libertados una vez llenadas las formalidades necesarias para ser puestos en libertad.

¡Ibamos a ser libertados! Aquellos que no tenían otra condena. Los reincidentes como yo tendrían que reintegrarse a Mazas. Math estaba en el mismo caso que yo.

Se nos hizo salir para hacer entrar a los ladrones y leerles su sentencia.

Saint-Auban me dijo que el jurado no había estatuído sino sobre mi caso. Habiendo arrastrado mi absolución la de mis coacusados. Pero que yo no había sido absuelto sino por una sola voz, la del presidente del jurado. Me habló de no sé qué irregularidad. Bulot o el presidente se habían presentado mientras deliberaba el jurado. Por lo demás, esto no tenía ninguna importancia, puesto que estábamos absueltos.

Las formalidades para libertar a los afortunados fueron bastante largas. Si dijera que no tenía el corazón en un puño al ver partir a los otros, faltaría a la verdad. Pero el alivio de escapar a veinte años de cárcel atenuaba un poco mi desazón. Fuí reintegrado a la Conserjería, y en seguida a Mazas.

Quedé en Mazas todo el fin de agosto, esperando mi traslado a Clairveaux.

Un día le dije a mi guardia que quería ir a tomar un baño. Me costó un trabajo enorme obtenerlo. Pero cuando les pedí una tijera para cortarme las uñas de los dedos de los pies, se pusieron a reir como locos, como si les hubiese pedido la luna. Supongo que eso era un lujo para ellos mismos, tan cómico les parecía. No conseguí las tijeras.

En fin, en los primeros días de septiembre, hacia el anochecer, vinieron a buscarme para ser trasladado a Clairveaux.

——(*—*)——

RAFAEL BARRET

MI ANARQUISMO

Me basta el sentido etimológico: "ausencia de gobierno". Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo.

Será la obra del libre examen.

Los ignorantes se figuran que anarquía es desorden, y que sin gobierno la sociedad se convertirá siempre en el caos. No conciben otro orden que el orden exteriormente impuesto por el terror de las armas.

Pero si se fijaran en la evolución de la ciencia, por ejemplo, verían de qué modo a medida que disminuía el espíritu de autoridad, se extendieron y afianzaron nuestros conocimientos. Cuando Galileo, dejando caer de lo alto de una torre objetos de diferente densidad, mostró que la velocidad de caída no dependía de sus masas, puesto que llegaban a la vez al suelo, los testigos, de tan concluyente experiencia se negaron a aceptarla, porque no estaba de acuerdo con lo que decía Aristóteles. Aristóteles era el gobierno científico; su libro era la ley. Había otros legisladores: San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Anselmo. ¿Y qué ha quedado de su dominación? El recuerdo de un estorbo. Sabemos muy bien que la verdad se funda solamente en los hechos. Ningún sabio, por ilustre que sea, presentará hoy su autoridad como un argumento; ninguno pretenderá imponer su ideas por el terror. El que descubre se limita a descubrir su experiencia, para que todos repitan y verifiquen lo que él hizo. Y esto qué es? El libre examen, base de nuestra prosperidad intelectual. La ciencia moderna es grande por ser esencialmente anárquica. ¿Y quién será el loco que la tache de desordenada y caótica?

La prosperidad social exige iguales condiciones.

El anarquismo, tal como lo entiendo, se reduce al libre examen político.

Hace falta curarnos del respeto a la ley. La ley no es respetable. Es el obstáculo a todo progreso real. Es una noción que es preciso abolir.

Las leyes y las constituciones que por la violencia gobiernan los pueblos son falsas. No son hijas del estudio y del común asenso de los hombres. Son hijas de una minoría bárbara, que se apoderó de la fuerza bruta para satisfacer su codicia y su crueldad.

Tal vez los fenómenos sociales obedezcan a leyes profundas. Nuestra sociología está aún en la infancia, y no las conoce. Es indudable que nos conviene investigarlas, y que si las logramos esclarecer nos serán inmensamente útiles. Pero aun que las poseyéramos, jamás las exigiríamos en Código ni en sistema de gobierno. ¿Para qué? Si en efecto son leyes naturales, se cumplirán por sí solas, queramos o no. Los astrónomos no ordenan a los astros. Nuestro único papel será el de testigos.

Es evidente que las leyes escritas no se parecen, ni por el forro, a las leyes naturales. ¡Valiente majestad la de esos pergaminos viejos que cualquier revolución quema en la plaza pública, aventando las cenizas para siempre! Una ley que necesita del gendarme usurpa el nombre de ley. No es tal ley: es una mentira odiosa.

¡Y qué gendarme! Para comprender hasta qué punto son nuestras leyes contrarias a la índole de las cosas, al genio de la humanidad, es suficiente contemplar los armamentos colosales, mayores y mayores cada día, la mole de fuerza bruta que los gobiernos amontonan para poder existir, para poder aguantar algunos minutos más el empuje invisible de las almas.

Las nueva décimas partes de la población terrestre, gracias a las leyes escritas, están degeneradas por la miseria. No hay que echar mano de mucha sociología, cuando se piensa en las maravillosas aptitudes asimiladoras y creadoras de los niños de las razas más "inferiores", para apreciar la monstruosa locura de ese derroche de energía humana. ¡La ley patea los vientres de las madres!

Estamos dentro de la ley como el pie chino dentro del brodequín, como el baobab dentro del tiesto japonés. ¡Somos enanos voluntarios!

¡Y se teme si rompemos el tiesto y nos plantamos en plena tierra, con la inmensidad por delante! ¿qué importan las formas futuras? La realidad las revelará. Estemos ciertos de que serán bellas y nobles, como las del árbol libre.

Que nuestro ideal sea el más alto. No seamos "prácticos". Nos intentemos "mejorar" la ley, sustituir un brodequín por otro. Cuando más inaccesible aparezca el ideal, tanto mejor. Las estrellas guían al navegante. Apuntemos en seguida al lejano término. Así señalaremos el camino más corto. Y antes venceremos.

¿Qué hacer? Educarnos y educar. Todo se resume en el libre examen. ¡Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien!

---

(1) *Saint-Auban dejó publicados los alegatos en el volumen: "L'Histoire Sociale du Palais de Justice".*

AÑO V

LA PROTESTA

BUENOS AIRES, 22 DE NOVIEMBRE DE 1926

N.o 250

PRECIO: 10 CTS.

SUPLEMENTO SEM

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

PAGO

Elocuencia de los números

Carlos Marx, el Moisés de la vida capitalista, nos habló de un proceso de concentración de los capitales en manos cada día menos numerosas. Y ese concepto fué creído a piés juntillas por sus acólitos, que juraban sobre las palabras del "Maestro" y esperaban, al abrigo de los parlamentos o de los puestos lucrativos del estatismo y del capitalismo, que el proceso de concentración del capital se verificase para recoger luego los frutos maduros.

El ejemplo de Estados Unidos es elocuente. Si hay que esperar el proceso de la concentración del capital para alcanzar el socialismo, podemos aguardar tranquilamente sentados.

En Estados Unidos la clase de los multimillonarios va en aumento, en lugar de decrecer. Hay actualmente 74 personas en el país que tienen rentas de más de un millón de dólares anuales; tres personas, Rockefeller, Ford y otro que no recordamos, tienen al año 27.955.319 dólares de renta en total. Efectivamente ahí existe una concentración del capital. Pero en 1914 había en Estados Unidos 4.500 millonarios y en cambio hay ahora 11.000. Durante la guerra llegó a haber hasta 118.000 millonarios, lo que indica que los negocios no fueron del todo mal. Esas cifras nos revelan que la concentración marxista del capital en manos cada vez menos numerosas, no sólo no se cumple, sino que se opera el fenómeno inverso: el de la multiplicación de los privilegiados, de los millonarios. En New York solamente tienen su domicilio 2800 millonarios. ¿Dónde está la concentración del capital en pocas manos?

En cuanto al interés creciente en las masas trabajadoras por la perpetuación del régimen actual de explotación y de especulación, los Estados Unidos nos ofrecen también datos que merecen alguna consideración.

En 1914 había 11.385.374 personas que habían abierto depósito en las cajas de ahorro; en 1924 la suma de los depositantes era de 28.867.994. Además, si en 1914 correspondían por término medio 89 dólares por depositante, en 1924 la suma se había elevado a 186 dólares. Eso indica bien evidentemente el aburguesamiento de una gran parte de la población.

Las dos terceras partes de las pólizas de seguros de vida, en Estados Unidos, según los que entienden de esas cosas, están en poder de obreros.

En las asociaciones de edificación y de socorro mutuos, el progreso es también revelador:

En 1914 había unos 3 millones de socios en esos organismos; en 1923 la cifra se había elevado a más de 7 millones de miembros. Un comentarista de esos datos recogidos por Mr. Carver, escribe: "Ello significa que los trabajadores norteamericanos se hallan en condiciones de comprar en pocos años, si así se les antoja, las acciones de las compañías de ferrocarriles, de las sociedades metalúrgicas, eléctricas, etc.".

Y eso, por exagerado que sea, responde, sin embargo, a una realidad innegable. Cada día son más los obreros y empleados de las grandes empresas que adquieren acciones de las mismas. Numerosas compañías no trabajan más que con un capital inicial insignificante; el resto de sus finanzas procede de las acciones compradas por su personal. Hay en los Estados Unidos millones y millones de obreros y empleados que o bien tienen participación en las ganancias de las compañías en que prestan servicios, o bien son poseedores de acciones. La economía del país descansa en gran parte en ese interés de las grandes masas por la prosperidad de los negocios, de cuyo éxito esperan el aumento del propio peculio de proletarios. Y los grandes industriales prestan desde hace muchos años particular atención al fomento del interés de sus obreros en la prosperidad de la empresa, mediante las acciones, cuya adquisición es favorecida con primas y facilidades de pago. Esa política de aburguesamiento del proletariado no ha dejado de dar sus frutos. La inmensa mayoría de la población de los Estados Unidos está integrada material y espiritualmente al engranaje del sistema capitalista.

Un exponente más de las tendencias capitalistas del mundo norteamericano del trabajo está en los Bancos obreros, el primero de los cuales se fundó en 1920, disponiendo ya en 1924, todos los Bancos obreros existentes de un capital de 150 millones de dólares.

Como se vé, la concentración del capital en pocas manos es una piadosa ilusión. El capital adquiere cada día mayor número de interesados en vivir del trabajo ajeno. El ejemplo de los Estados Unidos puede observarse, aunque en menor escala, en todos los demás países.

Si no salimos del capitalismo, es probable que nuestros esfuerzos sean totalmente neutralizados por la influencia creciente del becerro de oro, que atrae a un número progresivo de individuos. ¿Es que la lucha de clases puede ser considerada existente y real? No, de un lado no está la burguesía y de otra el proletariado. El concepto marxista de la diferenciación de las clases choca con las más palpables contradicciones. Y de esa situación, también los anarquistas podemos deducir útiles enseñanzas.

Por una dirección hábil y enérgica es posible realizar aún esa anarquía que tanto asusta a las gentes. Hablamos no de la anarquía que recurre a las bombas de dinamita, sino de la que tiene por fin desleir la autoridad en libres instituciones. La actual revolución política no ha hecho desde su primeros días sino ir cercenando la autoridad para que sean de cada día más libres los individuos y los pueblos. La anarquía racional no es realmente más que la última consecuencia de los principios que informan nuestra conducta.

F. PI Y MARGALL

Sumario de este número



Las "pacíficas" ligas de oriente y occidente, o quien mete miedo a quien.

MAX NETTLAU

Kropotkin y Nietzsche

(Adiciones a la carta de Kropotkin publicada en el SUPLEMENTO, núms. 211, 212 y 213)

Como en la larga carta que P. Kropotkin me dirigió en 1902 y que se encuentra traducida en el *Suplemento*, números 211, 212 y 213, el autor toca el problema del individualismo, etc., en la forma rápida, propia de las cartas que no permiten las elaboraciones metódicas y completas de las ideas, me parece justo hacia él — e interesante para el lector — transcribir notas complementarias sobre el mismo asunto que se encuentran en las cartas, escritas en ruso, de Kropotkin a Tcherkesoff. Esas cartas acaban de ser publicadas en el número 25 de la revista rusa "*Katorga i Ssylka*" ("Trabajos forzados y deportación"), Moscú, 1926 (aparecida en agosto o septiembre). Es una revista histórica, cuyo título no describe el régimen actual en Rusia: proviene del hecho que es el órgano de la *Sociedad general de los prisioneros a trabajos forzados y de los deportados* del régimen precedente: el régimen zarista.

Las cartas, en número de diez y ocho, desde 1900 a 1916, fueron publicadas y comentadas por B. Nikolajevski.—*M. Nettlau.*—9 octubre, 1926.

1 *octubre* 1902—

. . . Mira, te ruego, si tienes en casa los números de la "*Societé Nouvelle*" (revista de Bruselas), con la traducción de "*Así habló Zaratustra*" y el "*Anticristo*" de Nietzsche. No encontré esos números, aproximadamente ocho, en mi colección. Quisiera ahora — puesto que pienso siempre en *Justicia y moralidad*, bajo la influencia del libro de Roberty sobre Nietzsche — leer la transtrocación de los valores morales (Umwertung der moralischen Werte) que ha hecho Nietzsche.

Tendría mucho gusto en terminar con la teoría del valor y esa teoría de la moralidad. En esta última quisiera mucho elaborar también el "individualismo". Parece que en la carta a Nettlau, de que te hablé, he desarrollado una idea que está en el aire. De Roberty ha escrito ya sobre ella. He dicho a Nettlau que lo que los anarquistas individualistas llaman individualismo no es de ninguna manera individualismo. Al menos no es el individualismo razonable. No asegura al individuo la amplitud de su desarrollo. Y yo he indicado un invidualismo superior, llamándole en broma *individualismus comunisticus*, el supremo desenvolvimiento del individualismo, que es posible en el ambiente comunista. Parece que de Roberty, que se aproxima bastante a nosotros y que a menudo reviste nuestras ideas de lenguaje filosófico, llega a ese mismo resultado. Los siglos de la parte anterior de la edad media, dice, no han comprendido siquiera lo que es un individuo completo, ampliamente desarrollado: el *individuo social*. Su realización está ante nosotros. *Justicia y moralidad* (renuncio por el momento a traducir esta frase rusa que transcribo: "*Justice and morality razroslas' by takim obrazom v Individu et Société ili, vernee, dopolnilas' by etoi glavoju*". Y hacen ahora. . .

4 *de octubre* 1902—

Muchas gracias por tu carta. Has caracterizado muy bien a Nietzsche y tú tienes, sin duda, razón.

Mi propósito helo aquí. Como he comenzado ya en la carta a Nettlau, quiero mostrar que todos los que se molestan tanto por el individualismo no han comprendido *lo que es un individuo poderosamente desarrollado*. "La bestia rubia" de Nietzsche no es otra cosa que 1. una bestia y 2. es ante todo un esclavo, esclavo de la superstición, esclavo de la religión (sin religión no tendría su poder), esclavo de las costumbres, esclavo de la propia impotencia: perece cuando se le quita algo.

Quiero mostrar que Nietzsche es el filiteo en pantuflas,q ue dice palabras *horribles* como los revolucionarios alemanes en 1848, que es el primero de los filisteos. Todos los "individualistas" son así.

Sobre eso, de Roberty dice: "no es verdad; en Nietzsche se observa ya el *individuo social*". Es posible. Era, después de todo, muy inteligente y ha visto algo. Pero el *individuo social* era para él un fruto prematuro; no ha conocido el *comunismo anarquista* y los individuos sociales: un nihilista — individuo altamente desarrollado — como Lopuchoff o Kirsanoff (en "*¿Qué hacer?*" de Tchernyschevski) no existían para él.

Para tener derecho a decir eso debo releer su "*Zaratustra*" y "*Más allá de lo bueno y de lo malo*".

Y su "*Umwertung der Werte*" no es otra cosa que una expresión feliz, por lo que penetra mucho más poéticamente y con más fuerza en Shelley, por lo que brilla abiertamente en el "*Demonio*", de Lermontoff, y se desahoga en el grito de Bazaroff (el nihilista-tipo, de "*Padres e hijos*", de Turguenief): "Hallar una sola institución que no merezca la negación más completa" y que, en fin, fué dicha con mayor determinación en nuestra negación, la negación anarquista, donde en lugar de los instintos negativos, de las suposiciones, de los sentimientos expresados por Shelley, Lermontoff, Stirner, Nietzsche, fué fundada la negación científica-*concreta* del Capital y del Estado, de la ley y de la autoridad.

Quiero demostrar el ídolo ante el cual se inclinan los Faure, los Nettlau, los Domela (Nieuwenhuis) (1), o, al menos, quiero demostrar cómo Nietzsche es brillante, fuerte en su crítica de la moralidad burguesa y principalmente de la caridad cristiana, y cuán mísero es cuando comienza a esbozar el individuo poderoso. Así se dibuja para mí ese *gutmuetiger* alemán en Herzen, que quería fusilar millones de personas — chinos — para el triunfo de la revolución.

Yo quisiera describir el tipo del individuo verdaderamente fuerte. El diablo mismo no lo llevará; no tiene necesidad del trabajo de un esclavo; no tolera la esclavitud, que le es orgánicamente *adversa*, como al nihilista ruso; incluso la *desigualdad* le es desagradable, y a causa de eso también una mujer obediente le disgusta que trate de agradar al Señor (saber agradar —esa fué la ciencia principal enseñada en los institutos)), y al camarada le disgusta que haga de humilde servidor ante la "ciencia", aunque fuese la de Karl Fedorovitsch (Carlos Marx); ocurre lo mismo para deberle un estibador de los docks, que lleva los fardos y un minero que ha perdido la figura humana, etc. He ahí lo qué es un individuo. Rockefeller y Kit Kitytch (un tipo ruso en "*¿Qué hacer?*", el cual *pasujustschie* — esto debe querer decir: "¿qué muestran alguna debilidad?" — ante el primer Lopuchoff) ¿son tal vez individuos?

Un individuo altamente desarrollado no puede existir al margen de la vida comunista. Como el eremita no puede ser altamente moral, así tampoco el individualista puede ser una individualidad altamente desarrollada. La individualidad no se desarrolla más que al encontrarse con una cantidad de hombres, sumergiéndose en la vida de todos sus prójimos y conviniéndose con ellos: sintiendo, luchando y trabajando.

Nietzsche y todos los demás dicen: Sociedad-personalidad. Y en su lucha ven el drama de la historia. Yo digo:

> Personalidad estúpida que trata de montar sobre la sociedad: que ve en la miseria del pueblo el medio de gobernar: predica la *desigualdad*.

SOCIEDAD:

> Personalidad inteligente, que trata de emancipar a la sociedad, y a ella misma, tanto del *poder* como de la *miseria*: predica la *igualdad*, la *rebelión* contra toda desigualdad (es el anarquista comunista).

Mucho mal nos ha hecho la confusión de esas dos especies de personas: Carlyle, por ejemplo, llama a Alejandro de Macedonia un *héroe* (y Nietzsche igualmente después de él), mientras que Alejandro de Macedonia no fué un héroe *más que para aquellos a quienes quería englobar en el poder fundado por él*. Para Diógenes, sin embargo, Alejandro no fué más que un *esclavo*: el esclavo de la comedia, que jugaba deseoso de mostrarse un semidiós a los imbéciles.

Pero, bastante. . ."

---

(1) Pienso que Kropotkin se engaña aquí, tanto respecto de Sebastián Faure y de Domela Nieuwenhuis, como se ha engañado ciertamente respecto a mí, que jamás tuve ni simpatía ni interés siquiera por Nietzsche, de tal modo me parece alejado de lo que me es precioso. Pero no era posible discutir sobre esto con Kropotkin, que veía rojo cuando se pronunciaba el nombre de Nietzsche, y lo mismo pasaba con el nombre de Max Stirner, el cual, visto de cerca, me parece un individualista muy social, bien diferente del individualista aristócrata que, para mi sentimiento, fué siempre Nietzsche. Los humanos modestos como estercolero para hacer crecer el súperhombre: es esa idea la que aprendí desde el principio, amplificada y glorificada por los primeros profetas de Nietzsche, y eso bastó para disgustarme de él para siempre. Con razón o sin ella, he perdido así mucho placer intelectual. Muchos otros conocieron a Nietzsche más tarde, cuando se hizo un poco el silencio sobre esas ideas muy crudas del *abono humano* para el cultivo del *hombre fuerte*. — M. N.

LUIS FABBRI

EL ARTE DE PERSUADIR

Este título tal vez es un poco demasiado pomposo para decir una cosa modesta: que el mejor modo de persuadir a los adversarios es la cordialidad, el mantenimiento de relaciones cordiales y amistosas con aquellos a quienes se quisiera convertir a las propias ideas.

Entre los más entusiastas, especialmente entre los jóvenes, hay un defecto muy propio de la primera edad, es decir de cuando las convicciones fuertemente sentidas dan al cerebro una fe ilimitada en las propias razones —, contra el cual deben estar en guardia y del cual deben tratar de corregirse nuestros compañeros anarquistas en interés de la causa que han abrazado; pues tal defecto tiende a limitar la eficacia de su propaganda y la influencia que pueden ejercer en su movimiento social.

Tal defecto consiste, no sólo en creer que se tiene razón (lo que sería natural), sino en sospechar de la buena fe de todos los adversarios, como si éstos no pudiesen estar convencidos, aunque estén equivocados, de la bondad de sus ideas. Hablo, se entiende, de los adversarios desinteresados, militantes de otras ideas y partidos, o simplemente de gentes sin ideas, entre las cuales se suele hacer la propaganda para atraerlas e nosotros; no de los enemigos declarados o adversarios que son contrarios a nuestras ideas porque son privilegiados de clase o de casta, instrumentos de rapiña o de prepotencia, con los que no es posible otra relación que la de la hostilidad.

La idea anarquista aparece, como es en efecto, tan justa a los más entusiastas, que éstos no pueden comprender que otros sostengan ideas contrarias y rechacen las nuestras creyendo en serio tener ellos razón. De aquí una especie de soberbia que aisla a los ya convencidos del resto de la juventud y los pone contra ésta, convirtiéndolos en sectarios rencorosos. De aquí la incomprensión recíproca y la tendencia a ver en todos los adversarios, estúpidos o malvados y a tratarlos mal. Y es así como se hacen enemigos de una causa de bondad y de justicia como la nuestra, muchos jóvenes que, tratados de otro modo, serían fácilmente persuadidos a aceptar las ideas.

La propaganda de las ideas libertarias e igualitarias se hace hoy sobre una vasta escala, por medio de comicios y conferencias, de organizaciones, de libros y folletos, de periódicos, etcétera... ¡donde hay libertad de hacerla, esto se subentende! Pero sería erróneo pensar que esos sean los únicos medios de propaganda buena y eficaz. No sólo no son los únicos, sino que por sí mismos no bastan.

Un orador de palabra alada despierta las almas y abre los corazones a la comprensión de la verdad; pero si después que esta especie de arado ha cavado el surco, no acude el cultivador modesto y obscuro a esparcir en él la semilla, a cuidar las plantas, a defender los primeros brotes, el campo permanecerá estéril y producirá más cizaña que granos. De la organización muchos apreciarán la utilidad inmediata, y no se cuidarán de sus finalidades avenirísticas. Otros buscarán en el periódico la distracción de una hora, a pesar del chismorreo polémico que de tanto en tanto se resbala en él; y pasarían por alto si se encontrasen ante estudios sobre una cuestión seria. El libro o el folleto será arrojado a un lado pronto si no se hallase en él la amenidad de la novela.

¿Queremos sostener con ésto que haya que despreciar la organización, la propaganda oral y la prensa? ¡De ningún modo! Son vehículos potentísimos para las ideas, medios eficacísimos de propaganda, con los que, según la expresión bíblica, una fuerte fe puede verdaderamente conmover el mundo. Pero para conseguirlo es preciso que la fe vivifique todos estos métodos de acción y de apostolado, los llene de ella, se convierta en su animadora. Entonces sí que pueden hacer milagros.

Pero la fe se reaviva y comunica sobre todo a través del sentimiento, de corazón a corazón, a lo largo de la cadena de las más cordiales amistades, por medio de ejemplos de bondad, con la tolerancia recíproca, con la mutua confidencia y estima, con aquella fresca y alegre fraternidad que es tan bella entre los jóvenes. Así la propaganda individual se convierte en el complemento necesario de todas las demás formas de propaganda.

Por propaganda individual no entendemos la de algunos pedantillos que en el café o por la calle quieren explicaros por la fuerza, o refutaros, la teoría del valor de Marx o la ley de los salarios de Lassalle, sino del amigo prudente que trata de agudizar vuestro espíritu de observación, que o s abre os ojos a la verdad sin desborde de indigesta erudición, que os infunde en toda ocasión sentimientos de amor a los oprimidos y de rebelión contra la injusticia, de admiración por los héroes y los mártires de la libertad y de la justicia y de desprecio hacia los malvados y prepotentes.

Cuando los jóvenes salen del trabajo, de la fábrica o de la escuela, cuando se encuentran juntos en los honestos pasatiempos festivos, la forma de propaganda individual es siempre posible, incluso en las circunstancias de ambiente más adversas, y es siempre rica en resultados. Es preciso saber escoger los propios prosélitos, estudiar las tendencias y los temperamentos, hacerse amigos de los jóvenes más francos y abiertos, de los más desinteresados y buenos, de los más generosamente impulsivos y rebeldes, y saciar mano a mano con ellos su sed de cosas grandes y con la visión del porvenir anarquista, con el recuerdo de nuestros mejores pensadores, de los cuales se abrirán ante sus ojos las páginas cuando nos parezca oportuno. Los buenos resultados no faltarán.

Pero estos resultados no se tendrán si quien quiere alcanzarlos se atrinchera en medio de amigos y compañeros de trabajo como superhombre, como poseedor único de la verdad que mira a los otros de arriba a abajo y ve un tonto o un malvado en quien no le da razón y se atreve a resistirle. No respetar y no tolerar las ideas ajenas, aunque sean erróneas, es grave error que refuerza en lugar de debilitar los errores de los otros. Esto no significa que se deba transigir con el error. Cuando se tiene fe en una idea en una verdad, no se debe transgredir, esconder, ocultar, negar siquiera la milésima parte de ella. Pero intransigencia no equivale a intolerancia.

La intransigencia, que se refiere a nosotros mismos y nos impone ser siempre fieles a nuestro deber, no tiene nada que hacer con la intolerancia ante los demás, que pretendería imponer a los otros la observancia de deberes de qué no están persuadidos. Si los otros estan en un error, debemos pensar también que ellos no saben que se equívocan, y hasta creen estar en la verdad; y el ofenderles, el hacerles sospechosos de mala fe, el mostrar poca estima hacia sus convicciones no hace más que excitarles contra nosotros, haciéndoles perseverar en el error de que quisiéramos apartarles.

Nada, por tanto, hay que deplorar más que, en la discusión y en el calor de la disputa, incluso entre amigos, se nos escapen ciertas palabras hirientes y ofensivas contra ideas, partidos u hombres caros a quien deseamos convencer. Decir: eso es un "partido de carroñas" o aquellos "son todos estúpidos" o aquella teoría "es una mistificación", etc., aunque sea así y los demás lo traguen en silencio, tales palabras hieren siempre el ánimo de algunos, generalmente de los más sinceros; y éstos difícilmente se convencerán y nos escucharán de mejor gana.

Se grita mucho, hoy, contra el uso del *manganello* como medio de combatir a los adversarios políticos; y todos los subversivos italianos saben por experiencia la razón que hay en ello. Pero se debe pensar que también el ultraje, la herida a la dignidad personal, equivale a una apaleadura; y en ciertos casos hasta es peor. Si se piensa bien, cuando en nuestro espíritu, interiormente, calumniamos sin razón como malos a los que quisiéramos convencer y arrastrar con nosotros, entonces, aunque las manos estén quietas y la boca cerrada, nos ponemos, moralmente, en el mismo terreno del que pelea o del que ultraja.

Si en cambio creyésemos en la sinceridad de aquellos de quienes quisiéramos hacer nuevos compañeros, si lográsemos quererles, no sólo practicaríamos en el verdadero sentido de la palabra la solidaridad humana, sino que nuestra propaganda se volvería más ardiente y comunicativa, y lograríamos más fácilmente convencerles e inculcarles la misma fe que arde en nosotros. Si queremos persuadir a la gente, atraerla a nosotros, hacerla partícipe de nuestras luchas y nuestras esperanzas, el mejor medio para hallar el camino del corazón es ir en medio de ella con sentimientos de bondad, como si estuviese ya convencida y fuese ya nuestra, y tratarla sobre una base de igualdad fraternal.

Este será un modo de practicar desde ahora, en los límites de lo posible y donde hay tal posibilidad, la moral libertaria. La lucha de ideas conducida "con intelecto de amor", la lucha civil de hombres que oponen pensamiento a pensamiento, no sólo es la que puede ir más lejos en el camino del apostolado anarquista, sino que es la que mejor puede preparar a los individuos y al ambiente al más vasto y formidable despliegue de aquella lucha en el terreno de los hechos que se llama "revoución".

D. A. DE SANTILLAN

ENSAYOS Y EXPERIENCIAS

Colonias comunistas en los Estados Unidos

II

Robert Owen, el gran socialista inglés, impulsado por su fiebre humanitaria y por su afán de transformar el mundo, llegó también a los Estados Unidos después de una serie de notables experiencias en Inglaterra, y echó los cimientos de una comuna en el Estado de Indiana. Robert Owen pertenece a lo que se ha dado en llamar el "socialismo utópico", pero el espíritu que animaba al apóstol de New Lanark era un espíritu revolucionario y libertario. No podemos pretender que él, un iniciador, hallase ya el verdadero camino, que todavía buscamos, al menos desde el punto de vista táctico, los que continuamos la tarea de la creación de un mundo nuevo. Pero su deseo ha ido mucho más allá, infinitamente más allá que el socialismo, que iba a calificarse a sí mismo de "científico".

Owen compró a los rappistas, en 1825, la colonia Harmony, en el Estado de Indiana, cerca del río Wabasch. Abarcaba una extensión de treinta mil acres y constituía ya un verdadero pueblo, con numerosas viviendas, molinos y fábricas, terrenos cultivados, árboles frutales, etc. Con Owen fueron sabios como William Maclure, un filántropo, pero no un revolucionario, y personalidades intelectuales de grandes méritos. Owen soñaba con la multiplicación de colonias, como la instituída por él, de pueblo a pueblo, de Estado a Estado, de continente a continente, hasta abarcar el mundo entero. El campo de experimentación owenista se llamó *New Harmony*. Centenares de personas acudieron desde el primer instante al llamado entusiasta del apóstol de New Lanark. Pero no todos fueron con propósitos de trabajo y con la intención de cooperar a la realización de los ideales de Owen. La facilidad con que fueron acogidos en New Harmony elementos del temperamento y las disposiciones más contradictorias sembró desde el principio la semilla de la discordia y del disgusto. New Harmony sufrió en los dos años de su existencia siete cambios en la "constitución" o forma de gobierno interna. Había más afición a la discusión teórica que al trabajo efectivo. La religión fué uno de los principales factores o pretextos de discordia. Comenzaron pronto las escisiones, la separación de grupos disconformes y la fundación de nuevas comunas, como la *Macluria*, la *Feiba Peven*. Owen soñaba con emplear las comunas por el estilo de New Harmony para desterrar del mundo los tres males fundamentales, según él: la propiedad privada, la religión y la institución matrimonial. Sin embargo, no fué así. New Harmony se descompuso; los miembros que habían acudido afanosos por la novedad o con el propósito de vivir más cómodamente, fueron abandonándola, hasta que por fin Owen resolvió repartir la tierra a pequeñas comunas, que no duraron mucho tiempo. La propiedad privada y la industria privada substituyeron al comunismo, y New Harmony se convirtió en un simple motivo de consideraciones para la historia del socialismo experimental.

Un grupo de cerca de cien familias, entusiasmadas con las ideas de Owen sobre la vida comunista, compraron en 1824 un vasto terreno en Yellow Springs, a sententa y cinco millas al norte de Cincinati. Un verdadero entusiasmo por el trabajo manual invadió al principio, incluso a los que jamás se habían dedicado a esas tareas, pues a ese grupo pertenecían, por lo beneral, familias acomodadas y ricas. Ninguna de ellas ha sido movida por razones económicas o materiales. Así resultó que medio año de vida comunista les bastó. Yellow Springs vino a demostrar que una revolución no puede ser fruto del capricho o de necesidades puramente intelectuales; que la edificación de una nueva sociedad tiene que tener una base económica sobre todo.

Uno de los discípulos de Robert Owen, Francisco Wright, fundó, a fines de 1825, en el Estado de Tennessee, una comuna: *Nashoba*. La colonia contaba con unos dos mil acres de tierra. Wright se proponía educar a los esclavos negros para la igualdad económica y política frente a los blancos. Con ese fin fundó la comuna Nashoba.

Wright enfermó y tuvo que ausentarse pocos meses después de iniciar su experimento. Sus sucesores no tomaron la cosa con tanta fe y abnegación, y la descomposición de la comuna, con sus escuelas para negros y para blancos, se produjo en un plazo breve. Francisca Wright continuó su propaganda por el comunismo y la emancipación de los negros y los derechos de la mpjer, hasta su muerte, en el año 1852.

Se fundaron, además, en los Estados Unidos, hacia 1826, otras comunas owenistas en New York, Pensilvania, Ohio, que tuvieron una existencia efímera y se disolvieron por diversas causas.

Así como Proudhon propuso como base del nuevo orden social la *Justicia*, Charles Fourier, que nació también en Besançon, fundamentó su sistema social en el "*Orden*". Las ideas de Fourier hallaron en todo el mundo adepttos y espíritus que se dispusieron a realizarlas. Uno de sus más brillantes partidarios en los Estados Unidos fué Albert Brisbane. Por intermedio de éstos difundieron bastante las ideas fourieristas entre personalidades intelectuales de gran valor. El movimiento ideológico se pasó a las experiencias prácticas. Las falanges fourieristas surgieron por todas partes, en las más diversas proporciones. Casi siempre la exigüidad de los medios materiales hizo fracasar todos los ensayos. La falange más próspera, la *Brook Farm* de New Jersey duró doce años. La mayoría de las demás sucumbieron al año o año y medio de existencia. Brook Farm se convirtió en una especie de lugar de peregrinación. Terminó con un incendio del edificio del falansterio, originado por un descuido de los obreros desocupados en los talleres. Eso enfrió los ánimos y Brook Farm no se reconstituyó más.

En Wisconsin se fundó también una falange, dirigida de un modo estrictamente comercial. Así surgió la ciudad de Ceresco, legalmente reconocida. Establecieronse una serie de instituciones, escuelas, talleres y su prosperidad fué en aumento. La lucha entre los partidarios del comunismo en la vivienda y la comida, y los partidarios de un régimen de vida individual, llevó a la disolución en 1850, después de seis años de existencia.

En el norte de Pensilvania se fundaron no menos de siete comunas fourieristas, desde 1842 a 1845; las más importantes fueron la asociación *Sylvania*, la colonia *Peace Union*, la *Social Reform Unity* y la falange de *Lellaysville*. Todas tuvieron una vida efímera. Otros siete experimentos fourieristas fueron hechos en el Estado de New York. En el Estado de Ohio señala un historiador de aquella época no menos de cinco falanges, la más importante de las cuales fué la de Trumbull, que duró tres años. En Michigan hubo cuatro falanges fourieristas y fueron hechos en el Estado de New York. En el Estado de Ohio señala un historiador de aquella época no menos de cinco falanges, la más importante de las cuales fué la de Trumbull, que duró treinta años. En Michigan hubo cuatro falanges fourieristas y otras en Iowa e Illinois.

Otro gran movimiento de la mitad del siglo pasado fué el cabetista o icariano. En los Estados Unidos tuvo su más amplio campo de experimentación. Su fundador, Etienne Cabet, el autor del *Viaje a Icaria*, una de las más famosas utopías socialistas, no quedó, como los socialistas de su tiempo, conforme con la simple exposición de sus ideas, sino que quiso llevarlas a la realidad. Hay en la historia contemporánea pocos o, mejor dicho, ningún caso de una acción proselitista tan rápida como la de Cabet en su tiempo. Su *Viaje a Icaria* fué publicado en 1839; hacia 1847 la cifra de sus adeptos sería de 400.000. Cuando la difusión de ese movimiento le hizo pensar en pasar a la realización de sus ideas, pensó comenzar la construcción de un paraíso terrestre, moviendo por lo menos a un millón de obreros a seguirle a América. Texas fué el lugar escogido para el gran experimento. Desde febrero de 1848 comenzó la partida de los icarianos en dirección a Texas. Del primer golpe fueron sesenta y nueve. Las enfermedades, las privaciones y la muerte fueron el lote de la mayoría de ese grupo. Cuando llegó el segundo embarque de icarianos los supervivientes resolvieron abandonar Texas y reunirse en New Orlenas con los nuevos inmigrantes. Del millón de icarianos que esperaba reunir Cabet no le acompañaron en realidad más que quinientos. Ya en New Orleans se produjo una escisión y no quedaron fieles a Cabet más que doscientos ochenta. Estos se decidieron a colonizar la ciudad de *Nauvoo*, una ciudadad fundada por los mormones y abandonada después. En 1845, cuando Chicago tenía ocho mil habitantes, Nauvoo contaba quince mil. Los icarianos alquilaron unos ochocientos acres de tierra, compraron un molino y algunas casas y se pusieron al trabajo. La colonia prosperó, las fábricas y empresas se multiplicaron, publicaron periódicos y libros destinados a la propaganda de las ideas de Cabet; los miembros, en los seis o siete años siguientes, se duplicaron. El autoritarismo les perdió. Cabet fué nombrado presidente de la comuna, y con los años se volvió insoportable en sus exigencias y arbitrariedades. Por último, se le tuvo que expulsar de la comuna (1856), muriendo poco después.

Unos 180 miembros de la comuna de Nauvoo, que se fueron con Cabet cuando éste fué expulsado, fundaron en 1858 otra comuna en Cheltenham, cerca de Saint Louis, en un terreno de 28 acres. Levantaron talleres, escuelas, una imprenta, un teatro, etc. y su prosperidad material no dejó nada que desear. Pero las disidencias sobre la forma de la administración reaparecieron y dividió la colonia en dos campos. Unos querían la dictadura y los otros que se llamaron "los jóvenes", aspiraban a un régimen democrático y libertario. La minoría, 42, se separó de Cheltenham y la colonia, a pesar de los esfuerzos y sacrificios de sus adeptos, tuvo que disolverse en 1864.

Los que habían quedado en Nauvoo, dueños de la situación, después de expulsar a Cabet, se trasladaron al sur de Iowa, donde habían adquirido 3.000 acres, a 60 millas del río Missouri, un lugar completamente desierto. Esa operación fué hecha en las peores condiciones. La lucha fué durísima, el cansancio se apoderó de muchos miembros y abandonaron sus sueños de una gran Icaria. La minoría que quedó soportó todas las penalidades posibles. Su tenacidad le salvó después de muchos años, gracias a un ferrocarril que se inauguró desde Chicago a Quincy. Con la prosperidad material comenzó de nuevo una viva agitación intelectual, y con ésta las discusiones y disidencias internas. La dura lucha había vuelto conservadores a los viejos; los jóvenes, que no habían atravesado los períodos de tantas penalidades, llevaron a la comuna de Iowa nuevas ideas y nuevo espíritu. El moderno socialismo había iniciado su avance y la lucha entre los revolucionarios y los conservadores se produjo inevitablemente. Se formaron dos partidos, el de los viejos y el de los jóvenes; éstos llegaron, en su evolución, al anarquismo. La lucha intestina fué apasionada y extrema, hasta que los jóvenes se separaron en 18.8, después de provocar la liquidación de la colonia. Hubo nuevos esfuerzos, que duraron hasta 1895, pero a todos les faltó el éxito. Los icarianos desaparecieron absorbidos por los engranajes de la civilización que pretendieron un día suplantar.

Podríamos continuar todavía enumerando ensayos de colonias comunistas en los Estados Unidos; incluso referirnos a las que allí existen actualmente. Algún día lo haremos. Nos proponíamos con esta especie de catálogo abreviado, demostrar que la idea de contribuir a la renovación de la vida por medio de la colonización, no es nueva, y que los esfuerzos hechos en ese terreno para ajustar la vida al ideal social que se tiene han sido variados y dignos de ser conocidos.

Ahora procuraremos resumir nuestra opinión sobre esas colonias comunistas, que también apasionaron a los anarquistas, sin haber llegado a resultados positivos, a pesar de los ejemplos de prosperidad que podíamos mencionar.

El estudio se asemeja a la virtud moral, por ser la obra del esfuerzo; de ahí que sea él también una virtud que consiste en una asidua tensión de la mente y del espíritu. Las fuerzas mentales se vigorizan, como los músculos del cuerpo con el ejercicio; y Hércules, a quien la filosofía lo idealizaba como la virilidad civil y moral, no es solamente el modelo de un virtuoso, pero sí también el del sabio y del hombre de ciencia.

GIOBERTI

("Rinnovamento civile d'Italia").

RUDOLF ROCKER

La Verdadera Naturaleza del Estado

Algunos meses antes de la revolución de octubre de 1917, Lenin escribió su conocidísima obra *"El estado y la Revolución"*, en la que hallamos una singular mixtura de filosofía marxista, por una parte, y algo semejante a la anarquista, por otra. Lenin trata, en ella, previa una cuidadosa selección de materiales, de demostrar que Marx y Engels defendieron siempre la idea de la abolición del Estado y que sólo querían hacer uso de éste durante el período de transición de la revolución. Al mismo tiempo ataca en forma por demás aguda a Kautsky, Plechanov y los sedicentes "Oportunistas" del moderno marxismo, reprochándoles haber falsificado las enseñanzas de Marx, ocultando a los trabajadores las ideas que él y Engels profesaron con respecto a la duración de la Dictadura del Proletariado. No nos proponemos ahora someter las afirmaciones de Lenin a una crítica seria, aunque sería fácil entresacar citas de sus propias obras y de las de Marx y Engels, que probarían lo contrario de lo que dice. Los comentarios de este tenor son casi siempre de escasa importancia, ya que, en suma, no se trata de si éste o aquél dijo o escribió ésto o aquéllo en tal o cual época de su vida, sino de saber si sus principios han sido confirmados o contradichos por la experiencia que se desprende de de los hechos. Todo lo demás tiene tanto valor como los sutiles comentarios de nuestros teólogos acerca de las revelaciones de San Juan.

En "El Estado y la Revolución" Lenin explica explícitamente que la diferencia entre los marxistas y los anarquistas estriba en el hecho "de que los primeros se han propuesto como nocte la completa abolición del Estado, pero que esto, a su juicio, puede obtenerse solamente por medio de una revolución socialista que abolirá las clases, ya que la adopción del socialismo conduce a la muerte del Estado; mientras que los anarquistas quieren abolir el Estado del día a la noche y carecen de la comprensión necesaria para llegar a esa abolición".

Esta explicación fué motivo de que, en aquella época, Lenin y su partido fueran considerados por numerosos anarquistas como casi camaradas. Más aun: muchos llegaron a aceptar — puesto que, pensaban, el fin era el mismo — la famosa Dictadura del Proletariado, conjeturando que era imprescindible para el período de transición y que no podía, en el interés de la revolución, ser eludida. Aparentemente, no se comprendió que el gran peligro residía en el pensamiento de que durante el período de transición la Dictadura fuera una necesidad inevitable.

La historia no reconoce períodos de transición, sino, simplemente, formas primitivas y elevadas de desarrollo. Todo nuevo orden de sociedad es, en sus formas originales de expresión, naturalmente primitiva y defectuosa. No obstante, el esquema de su futuro desenvolvimiento y todas las posibilidades del desarrollo que pronto se manifestarán, deben estar contenidas ya en sus instituciones reformadas, así como el animal entero, o la planta entera, existe ya en el embrión. Todo intento de incorporar a un nuevo orden de cosas los ingredientes fundamentales de una sociedad vieja, decadente, ha dado por resultado o frustrar desde el principio el desarrollo del nuevo ser o, enredados los tiernos gérmenes de éste en las rígidas formas de la sociedad vieja, detener su desenvolvimiento natural y, gradualmente, morir.

Para afirmar que el Estado será necesario hasta que las clases hayan sido abolidas es menester echar mano de una lógica bastante rara. ¡Como si el Estado no hubiera sido siempre el creador de nuevas clases privilegiadas y no hubiese incorporado, en la verdadera esencia de su ser, la perpetuación de las distinciones de clase! Esta irrefutable verdad, que la historia ha confirmado una y otra vez, resalta de tal manera en el experimento bolchevista en Rusia, que es menester sufrir de ceguera incurable para no ver la enorme importancia de esta última enseñanza.

Bajo la Dictadura del Proletariado se ha desarrollado en la Rusia de hoy día una nueva clase dirigente: la Aristocracia de los Comisarios, y las masas la consideran tan opresora como lo fueran los administradores del viejo régimen. Esta nueva clase desenvuelve su vida parásita en forma similar a la de sus predecesores. Monopoliza las mejores residencias y se rodea de toda clase de cuidados, mientras las masas sufren por la carencia de todo. De modo, pues, que la nueva clase tiene, en medida excesivamente absurda, los hábitos tiránicos de los que antes detentaban el poder, y pesa sobre el país cual una pesadilla. Una nueva y característica palabra ha sentado sus reales en el habla común del pueblo: *burgués soviético*. Esta expresión, hoy día común en los círculos obreros, muestra clara y distintamente el sentir del pueblo para con la nueva casta dirigente que gobierna ahora en su nombre.

Teniendo en cuenta estos hechos inhumanos, las declaraciones de Lenin de que el Estado debe continuar existiendo hasta que hayan sido abolidas las clases, se nos antojan una broma demasiado pesada. No, la realidad es enteramente otra. Todo el mecanismo de poder del Estado sirve, sencillamente, para crear nuevos privilegios y defender los viejos. Esta es su verdadera esencia, todo el substractum de su ser, por más que hable demasiado, por una parte, de los derechos civiles o inscriba en el frontispicio las palabras "Dictadura del Proletariado", por otra. No se le puede pedir peras al olmo, como tampoco es dable tomar un arma que sirve para el mantenimiento de una clase dirigente para transformarla en un arma capaz de liberar al pueblo.

En su brillante ensayo sobre "El Estado Moderno", Kropotkin hace las siguientes profundas observaciones:

"Pedir a una institución que representa un desenvolvimiento histórico que ella misma destruya los privilegios que hubo de desarrollar, es reconocerse incapaz de comprender lo que en la vida de las sociedades representa un desenvolvimimto histórico. Es desconocer esta regla general de la naturaleza orgánica: las nuevas funciones exigen nuevos órganos elaborados por e las mismas."

Estas palabras encierran una de las verdades más profundas de la vida, y constituyen también una de las más graves deformidades que padece la cultura de nuestra época.

Las instituciones ocupan el mismo lugar, en la sociedad, que los órganos en el cuerpo de un animal o de una planta. Son los órganos del cuerpo social. Estos no se desarrollan arbitrariamente, sino adaptándose a las condiciones del medio en que viven. Los ojos de un pez de mar profunda son de conformación muy diferente a los de un animal terrestre, debido precisamente a los diversos ambientes en que les tocó desarrollarse. La alteración de las condiciones de vida produce la alteración de los órganos. Pero un órgano llena siempre una determinada función, y cuando el organismo no requiere ya la actividad de esa función el órgano muere gradualmente y se vuelve rudimentario. Un órgano no desarrolla nunca una función ajena a su ser esencial.



Así acaece con las instituciones sociales. Ellas tampoco vienen a la vida en forma arbitraria, sino que aparecen respondiendo a necesidades sociales definidas y se proyectan hacia fines determinados. Fué de esta manera cómo se desarrolló el Estado Moderno, después que la división en clases y la monopolización de la industria había alcanzado un estado elevado. La nueva clase posesora necesitaba un instrumento de poder que mantuviera sus privilegios industriales y sociales y contuviese a las masas trabajadoras. *El Estado Moderno vino a la vida y se desarrolló, esencialmente, como el órgano de las clases privilegiadas para reprimir y mantener supeditadas a las masas.*

Esta es la tarea que constituye la esencia de su ser; la *causa causarum* de su existencia. El Estado ha permanecido siempre fiel a esta tarea, y debe permanecer fiel, pues no puede desprenderse de lo que es su verdadera naturaleza. Sus formas se han modificado en el curso de la evolución social, pero su tarea ha sido siempre la misma. En efecto, ha ido ensanchando continuamente sus actividades en la proporción en que supeditaba a su poder nuevas ramas de la vida social. Ora se llame a sí mismo República o Monarquía, ora se organice sobre la base de una Constitución o sobre la de una Autocracia, su misión histórica permanece inmutable.

Así como no es posible que un hombre pueda alterar arbitrariamente las funciones de un órgano en el cuerpo de un animal o de una planta, o ver con sus oídos u oír con sus ojos porque así lo quiera, así también es imposible convertir el mismo instrumento que sirve para la opresión en libertador de los oprimidos. El Estado sólo puede ser lo que es: un defensor del privilegio y de la explotación de las masas, el creador de nuevas clases y de nuevos monopolios. El que no reconoce que este es el rol del Estado no entiende miaja de las realidades de nuestro orden social y es incapaz de señalar al género humano los nuevos horizontes de su evolución.

Cuando los bolcheviquis introdujeron en Rusia la Dictadura del Proletariado no se limitaron a abolir el aparato estatal de la vieja sociedad. Le equiparon con poderes tan absolutos como ningún otro gobierno puede exhibirlos. A él está supeditado todo amago de vida pública, y, desde luego, a él subordinaron toda la organización de la industria. Inhumanamente suprimieron todo lo que constituyera un obstáculo en su camino y despojaron a las masas de todo derecho de expresar sus pensamientos y sus sentimientos, creando la burocracia más formidable que el mundo haya visto. Las celebradas palabras del jacobino francés Saint Just, de que la tarea de los legisladores consiste en regir la conciencia privada y enseñar al ciudadano a pensar en la misma forma que el Estado nunca ha sido impuesta en tal escala y de manera tan realista como en Rusia, bajo la sedicente Dictadura del Proletariado, que en todo momento no ha sido otra cosa que una Dictadura *sobre* el Proletariado y, por antonomasia, sobre el pueblo.

En su difundida obra "Democracia burguesa y Dictadura proletaria' Lenin ha intentado justificar la supresión de la libertad de reunión en Rusia, refiriéndose a las grandes revoluciones que se produjeron en Inglaterra y Francia, donde no se les permitió a los elementos monárquicos reunirse en público y expresar sus puntos de vista. Pero este argumento es, simplemente, una ocultación sofística de los hechos actuales. En Inglaterra y Francia las jóvenes repúblicas llevaban una lucha de vida o muerte contra sus adversarios monárquicos. Mientras sólo se trató de la defensa más elemental, de ser o no ser, la conducta de los revolucionarios no solamente se comprende, sino que se justifica moralmente. No obstante, cuando, más tarde, bajo la Dictadura de Cromwell y Robespierre, surgió la fuerza bruta para cristalizarse en un sistema, obró como lo ha hecho cualquier otra tiranía con sus correspondientes consecuencias. En Rusia, por otra parte, los suprimidos no fueron solamente los acólitos del viejo régimen, sino también todas aquellas tendencias socialistas y revolucionarias que contribuyeron a derrocar a la Autocracia y arriesgaron su sangre y sus vidas oponiéndose a las tentativas contrarrevolucionarias. He aquí la gran distinción, pero Lenin, naturalmente, la silenció.

Cuando Lenin, más tarde, declara que la sedicente libertad de prensa en los países democráticos es sólo una ficción mientras los mejores establecimientos de imprenta y los grandes depósitos de papel estén en manos de los capitalistas, esquiva los hechos. En la Rusia del Soviet las condiciones impuestas a la prensa socialista y revolucionaria son mil veces peores de lo que lo son en cualquier país capitalista. En otros países los capitalistas disponen de los mejores establecimientos y de los más grandes depósitos de papel, como Lenin observa muy bien; pero en Rusia, tanto las imprentas como el papel se hallan bajo el contralor del Estado, y éste está, por lo tanto, en condiciones de suprimir toda opinión que le desagrade. ¡A este punto ha llegado! En los países capitalistas la libre emisión de opiniones por medio de la palabra o del escrito está muy circunscripta, pero en Rusia, bajo la tan decantada Dictadura del Proletariado, no existe en absoluto.

¿Cuál es la consecuencia de todo esto? Una completa bancarrota por parte de la Dictadura del Proletariado, para preparar el camino a un nuevo sistema industrial y a una realización práctica del socialismo: una capitulación, sin esperanzas de reacción, al verdadero capitalismo que, dice, pretende ansiosamente destruir.





BIBLIOGRAFIA

Pierre Ramus. — "Die Irrelehre des Marxismus im Bereich des Sozialismus und Proletariats". — Las heregías del marxismo en el dominio del socialismo y del proletariado)— Edición revisada y ampliada. Ed. R Loewit, Viena y Leipzig, 1927. Un volumen de 208 págs. 8.o mayor. Precic 4 marcos; encuad. cartoné 5; en tela, 6.

— —

Hablaremos de esta obra en alguno de los próximos números. Los interesados pueden adquirirla por nuestro intermedio. Es el primer tomo de una serie titulada "Libros de la libertad", editada por Theodor Brun.

Pierre Ramus. — "Der Mord — Prozess Franziska Pruscha. Gegen Justizbarbarei und Staat" (El proceso criminal Francizka Pruscha. Contra la barbarie judicial y el Estado,. 30 páginas, Viena 1926

———

Se trata de un discurso del camarada Pierre Ramus sobre un caso de barbarie

judicial que tuvo cierta resonancia en Austria. Puede adquirirse por intermedio de *Erkenntnis und Befreiung*, Wien-Klosterneuburg.

P. Kropotkin. — "El orden y nuestro desorden". 44 páginas. Ed. Más Allá, Valparaíso (Chile), 1926. Precio: 0.40 centavos chilenos.

Son varios artículos del libro "Palabras de un rebelde".

Patrocinio Fuentes Pérez. *Sembrando iras*, versos rebeldes. 32 págs. Ed. "La Palestra", Buenos Aires, 1926.

La Voix du Travail, Bulletin Mensuel de l'Association International des Travailleurs. París (Red. P. Besnard, 22 rue Popincourt, París, XI). Se comenzó a publicar en agosto del año corriente. Recibimos los cuatro primeros números, de 16 páginas cada uno.

...*A dor humana*, órgano del Sindicato de Oficios Varios. N.° 1, 1.° de noviembre de 1926, Uruguayana (Estado de Río Grande do Sul), Brasil.

Defilippis Novoa. — "El alma del hombre honrado". Drama irreal en cuatro actos y tres cuadros. 70 págs. Ed. La Palestra, Buenos Aires, 1926. Precio: 0 30. Se vende en nuestra librería.

Se ha publicado en folleto la obra de Defilippis Novoa, "El alma del hombre honrado", estrenada en agosto del año en curso, con un éxito magnífico. El autor es, sin duda, uno de los mejores dramaturgos actuales en el país. Aparte de sus méritos artísticos, "El alma del hombre honrado" es una hermosa sátira contra la sociedad actual, donde alienta un anhelo revolucionario. El teatro social se ha enriquecido con una producción que sobrevivirá ciertamente.

***

Contra la politiquería de los intelectuales

Debieran los valores científicos y artísticos de un pueblo marchar a la vanguardia de los movimientos progresivos, sin pasiones bastardas ni apetitos que que degradan y envilecen. *Debieran* marchar a la vanguardia, llevar en alto la antorcha de la idea, guiados por el amor a la verdad y a la belleza, sin compromisos ni claudicaciones, pero no marchan. Si un día los escritores y artistas ocupaban en la corte de los poderosos un puesto de esclavos serviles, hoy lo hacen en la órbita de cualquier aventurero político con suerte, cuando no van más allá y aspiran a ser amos, a convertirse en politicantes. Los trabajadores hace tiempo que se han emancipado de la fe y la confianza en los intelectuales. Mil veces han sido engañados y, sobre todo, nada podrían aprender de quienes ningún valor moral representan. La emancipación del proletariado ha de ser mucho más fruto de sentimientos de justicia y de la exaltación de nobles pasiones de independencia y de rebelión, que de la ciencia o el arte que se han adaptado hasta un extremo desconsolador a servir los intereses de los que mandan o de los que aspiran a mandar.

En este país se fundó hace poco un partido político de "gentes de teatro". Ese partido se presentó con candidatos propios en las elecciones comunales de ayer. Semejante envilecimiento no merece comentario de nuestra parte. Pero nos complacemos en transcribir algunos párrafos de una protesta contra esa bufonada indigna, firmada por el grupo editor de un periódico de crítica y arte titulado "Teatro", que aparece en esta ciudad. Dice así la referida protesta:

"Pero jamás creímos que esa asociación (de Autores Nacionales) vendría a la postre a descender a tan bajo nivel moral, como lo ha hecho en los presentes momentos.

Llegar hasta la baja política a que ha llegado; declarar el ridículo de querer introducirse en los asuntos de barrido y limpieza, tráfico y otras zarandajas de la Municipalidad, es cuestión que no interesa a los hombres que una vez tuvieron siquiera el pensamiento de dar obras al teatro.

El arte está reñido con todo ese barullo de segundo orden a que están sometidas las necesidades diarias, tan vulgares y tan ajenas a la espiritualidad, y no se concibe que aquellos que hicieron profesión de fe artística, pretendan introducirse en los manejos de la política comunal.

La alegación que se hace "de que ello obedece a que haya en el Concejo Deliberante hombres del gremio que defiendan los intereses teatrales", es una pobre evasiva para engatusar incautos. En los manejos políticos a que se pretende llevar a las gentes de teatro, se ve una segunda intención, que por lo inconfesable merece el mayor de los desprecios.

Véase quiénes han sido los iniciadores de ese juego político a que se quiere someter a la familia teatral y tendremos explicado los propósitos.

Su condición de exhaustos los induce a buscar en otro medio los míseros centavos que va negándoles su capacidad artística, y entronizados entre una mayoría docilizada por váyase a saber qué composición moral extraña al común de los mortales, se aprovechan de ella y buscan acomodarse con unos puestos que les rente lo que por su medio habitual no pueden conseguir, amén de que esa representación en el municipio puede prestarse a grandes beneficios porque hay numerosos ejemplos, según voz popular.

La gente de teatro no tiene nada que hacer en la política. Quede ella para los caudillos, para los parásitos que pueden cambiar de opinión según convenga a los intereses en juego; pero en el ambiente artístico, hablar de política es sinónimo de bellaquería, de incapacidad, de hambres enormes, que para saciarlas se recurre a toda inconveniencia.

Nuestro teatro no puede aceptar esa ofensa que tratan de inferirle elementos de baja moral artística. Los progenitores y sus secuaces merecen la inhibición total de su ingerencia en los asuntos teatrales".

Hacen bien los autores de esta protesta en gritar contra la degeneración del teatro y contra la intervención de los artistas en los asuntos de la sucia politiquería. Sin embargo, ¿qué es el Municipio, qué es el parlamento, sino un teatro, un teatro de marionetas donde se representan farsas y entremeses de la peor especie, a costa de los que trabajan y producen?

JEAN GRAVE.

LES TEMPS NOUVEAUX

Al día siguiente de mi llegada a París fui a visitar a Stock. Quería proponerle mi volumen sobre el ejército, cuyo borrador había escrito en Sta. Pelagia y terminado en Clairveaux. Había elegido como título *Bajo el uniforme*, pero un literato nebuloso lo reclamó como suyo. Fué Stock el que lo tituló *La Gran Familia*.

Para ir a su casa iba a tomar el tranvía "Jardin des Plantes-Villette", que pasaba por Palais Royal. Hacía unos minutos que me había sentado esperando la partida cuando pasó un tipo que al verme exclamó: "¡Toma! ¡Es usted! ¡Cómo le va!" y me tendió la mano que yo estreché haciendo signo, al mismo tiempo, que no lo conocía.

—¡Ah! Soy yo... ¡Acuérdese... calle Monge!...

—¡Ah! ¡Vaya si le conocía! Era uno de los espías que me habían arrestado. Pero, desdichadamente, ya le había dado la mano. En seguida arrancó el tranvía cortando todo conato de conversación.

Al salir de lo de Stock tomé el vehículo de la misma línea, para regresar. Acababa apenas de dejar la estación, cerca de Stock, cuando un señor, abrigado con un hermoso sobretodo adornado con pieles, subió al tranvía y vino a sentarse al lado mío, cerca de la plataforma.

—Juraría que es Bulot, me dije para mi coleto, tratando de verle la cara al quídam que, sentado al sesgo, me daba la espalda, no apartando los ojos de la calle. Eso me contrariaba. Quería asegurarme. Le di, delicadamente, un codazo en la cintura. El hombre se levantó de un salto, abandonó el vehículo en marcha y echó a correr como si le hubieran aplicado fuego en el... Bulot.

Era, sin duda alguna, mi hombre, pues no se toma el tranvía para viajar veinte metros. Debutaba bien en mi primera salida.

Poco tiempo después vino Math a recogerme para ir a ver a Fortuné Henry, en Brevannes.

—Hay dos espías que me escoltan, me dijo, no estaría demás darles una zurrada. Me fastidian.

—Bueno, dije, vamos a caminar como si no supiéramos nada. Cuando te diga que corras tomarás las de Villadiego a toda velocidad y cuida de no entorpecer mi carrera.

Los Benoit, que miraban por sus ventanas, les vieron reaparecer "avergonzados y confusos" después de haber tratado, por todos los medios, de atraparnos.

*
* *

Antes de entregarme otra vez al trabajo, creí de mi deber—era lo menos que podía hacer — ir a dar las gracias a los que, entre los escritores, me habían defendido.

Bauer estaba ausente. De los otros sólo recuerdo a Drumont, de la *Libre-Parole*.

De nuestra conversación únicamente recuerdo el tono de guasa en que, guiñando los ojos, me dijo: "Eso no impide que podamos vanagloriarnos, cada cual por su lado, de fastidiar a no poca gente".

Yo me preguntaba a mi mismo si Drumont estaba bien convencido de su antisemitismo. No por lo que decía, sino por el tono y el gesto, pues nunca han sido santos de mi devoción los que pontifican sobre todo hablando de sí mismos.

Lo primero que se imponía era reanudar las relaciones con los camaradas.

Durante mi cautiverio había llegado una letra de cambio por 300 francos enviada por Sadier, de Buenos Aires.

Un repetidor del Liceo había colaborado, bajo el nombre de Charles-Albert, sus nombres de pila, en el Suplemento. El también había sido importunado y tuvo que abandonar la enseñanza. Estaba en Lyon y trabajaba en calidad de corrector de imprenta. Recogió, por su parte, algunos centenares de francos. Yo llegué, si mal no recuerdo, a reunir alrededor de 800 francos.

Por supuesto, había escrito a Reclús y a Kropotkin para saber si podía contar con su concurso.

Reclús me respondió que los tiempos habían cambiado, que tal vez tuviera otras intenciones.

—No veo cambio alguno, le escribí. Somos ahora 15 meses más viejos, eso es todo.

Me escribió para que fuera a verlo a Bruselas. Saqué un boleto de ida y vuelta, valedero por cinco días y me trasladé allá. Reclús me dijo: ¿Se ha entendido Vd. con Pedro?

—Le he escrito como a Vd. Por supuesto, puedo contar con él.

—Esto no es suficiente. Puede darle excelentes consejos. Es necesario verle.

Si todo se reduce a eso, mañana me embarco para Londres.

Como Reclús no tenía lecho disponible, me llevó a un hotel. Al día siguiente me condujo a la estación. Llegado a Ostende, me embarqué para Londres donde tomé un taxi para que me condujera a la casa de Kropotkin. Resolvimos rápidamente los asuntos que me llevaron allí. Kropotkin estaba encantado de que reapareciera el periódico. Podía contar absolutamente con él. Enviaría tantos artículos como fueran necesarios.

Como mi boleto sólo servía para cinco días y mi faltriquera no estaba bastante repleta como para arriesgar la pérdida de ese beneficio, volví a partir al día siguiente para Bruselas.

Reclús no podía, en ese entonces, pasarnos la subvención mensual de cien francos que nos había proporcionado hasta el fin de la *Révolte*, pero prometió ayudarnos en la medida de lo posible.

Su hermano, Elías, que cenó con nosotros, me dijo del suspiro de alivio que exhalaron cuando les llegó la noticia de las absoluciones en el proceso de los treinta. Me confirmó lo que me había dicho Bernard Lazare. Vale decir que, si hubiésemos sido condenados, el gobierno prepararía otras detenciones. En cuanto a nosotros habríamos sido enviados, probablemente, al lugar más malsano de Gabon, en Africa. ¡Los republicanos recordaban a Sinnamarie!

De regreso en París, me puse a buscar una imprenta e hice imprimir un llamado con lista de suscripciones a beneficio de *Les Temps Nouveaux*. Este título fué elegido a insinuación de Reclús.

Muchos literatos anunciaron la aparición del nuevo periódico.

Al efectuar la declaración del depósito del título, no habiendo conseguido aún imprenta, había dado el nombre de Allemane, lo que le valió una interview. En lo que a mí se refiere, recibí la visita de una tal Cecilia Ranooz, una feminista, que venía a reclamar la prioridad del título *Les Temps Nouveaux*, cuyo depósito ya había hecho.

Le prometí reflexionar sobre eso. Era muy desagradable cambiar de título después de haber sido tan bien anunciado. Por lo demás, el título nos pertenecía desde mucho antes que a Mme. Ranooz. Era el título de un folleto de Kropotkin publicado en el 89. Fuí a informarme a la oficina de depósitos donde me dijeron que Mme. Ranooz había depositado su título hacía más de un año y que el periódico no había aparecido. Esto me decidió a guardar el título que habíamos elegido.

*
* *

Terminé por encontrar, al fin, un impresor, M. Noizette, Rue Campagne-Premiére. Pero, a partir del segundo número, el hombre me advirtió que el hecho de imprimir nuestro periódico era susceptible de hacerle perder antiguos clientes que, por otra parte, ya habían protestado y que me quedaría muy reconocido si pudiera conseguir la impresión en otra parte. Por lo demás, tuvo la gentileza de no apurarme y de darme todo el tiempo necesario para buscar. Pero, evidentemente, cuanto más rápido encontrara otra imprenta tanto más satisfecho quedaría. Obtuve la casa Blot, donde nos quedamos hasta 1906.

Mientras me ocupaba en regularizar la aparición del periódico recibí del conserje, un día que me dirigía a la imprenta para llevar los originales de unas circulares, una carta concebida, más o menos, en estos términos: — he olvidado los términos exactos — "Mme. Dembourg desearía verle. Está convencida que, de esta entrevista, resultará un gran beneficio para la propaganda de las ideas que Vd. defiende".

Sin esperar una "enorme suma", me pareció entrever, en la redacción de la carta, la donación de algunos billetes de mil. Para no perder tiempo, sin detenerme a reflexionar y, también, para no volver a subir a mi quinto piso, me fuí en seguida al correo, pedí una carta postal — lo que, según parece, no condice con las reglas de la cortesía — y respondí a la dama que estaba a su disposición, fijándole las horas en que podía encontrarme. Ella no había mencionado para nada que era yo el que tenía que ir a verla.

Quedé desencantado cuando, a vuelta de correo, recibí la siguiente "cartita" que reconstruyo de memoria:

Señor,

Mme. Dembourg es una persona de edad y digna de estimación; merece, por tanto, más consideración. Por otra parte, le es casi imposible viajar. No es ella,

pues, la que irá a verle, sino Vd. el que debe ir a visitarle.

Seguían frases de un tono protector que he olvidado, pero que me pusieron los nervios de punta. La carta, evidentemente, era de un — lo más probable es que fuera de una — secretario; pero Mme. Dembourg debía haber aprobado el texto Respondí inmediatamente:

"Forzosamente debo comportarme así, puesto que no sé si es un hombre, una mujer o quién diablos el que me escribe.

"Si en su primera carta Vd. me hubiera advertido que Mme. Dembourg esperaba mi visita yo habría ido a verla de buena gana. Pero ante el tono protector de su misiva es inútil que me espere. No he pedido nada a Mme. Dembourg. Nada tengo que decirle".

Una semana o dos más tarde, Rochefort anunciaba, con bombos y platillos, desde *L'Intransigeant* que había sido llamado por Mme. Dembourg, una excelente y encantadora anciana, llena de simpatía por él. Había vuelto cargado con una valija — le entregaron la cantidad en moneda menuda — conteniendo cien mil francos que ella donaba para que él la empleara en una buena obra que dejaba a su elección.

En esa época los vidrieros de Carmaux se declararon una vez más en huelga acorralados por los maltratos de sus empleadores. Rochefort decidió que los cien mil francos fueran enviados a los huelguistas para establecer una fábrica de vidrios de la que serían los dueños. Este fué el origen de la Fábrica de Vidrios Obrera y la causa de que se tejieran tantos comentarios a su respecto.

Robin, con quien me entrevisté al poco tiempo, y a quien narré mi desdichada aventura con Mme. Dembourg me dijo que él también había sido llamado por ella, pero que no se pudieron entender por su carácter áspero.

En lo que se refiere a caracteres ásperos, el de Robin no era de los mejores. Era bastante quisquilloso. Más tarde, no recuerdo a propósito de qué — del neomaltusianismo, sin duda — disputé, a mi vez, con él. Nuestras relaciones cesaron después de cruzar algunas cartas más o menos agridulces. Más agrias que dulces.

De ahí que no me quedara poco asombrado cuando un día, al abrir mi correspondencia, encontré una carta suya en la que me decía que, sintiéndose viejo quería encontrar a alguien más joven que le reemplazara. Que si quería ir a verle, hablaríamos y podría proporcionarme documentos. Por más extraño que me pareciera no se me ocurrió la idea de volver a tomar el sobre para asegurarme que la carta era realmente para mí.

Le respondí, pues, que iría a verle. Pero en seguida recibí una respuesta. No quería, en modo alguno, verme. No podía comprender que después de nuestra disputa yo me atreviera a escribirle. Que su carta estaba dirigida a uno de mis colaboradores, Charles-Albert.

Contesté a Robin que, no habiendo prestado atención a la parte inferior del sobre y creyendo que la carta me estaba dirigida, no había dejado de sorprenderme su contenido, pero que no se me había ocurrido la idea de que estaba dirigida a otro. Inferí que había llegado a practicar el perdón de las injurias... que podía haber formulado contra los otros.

Volviendo a Mme. Dembourg, el relato de Robin me confirmó que, después de todo, no había perdido gran cosa al no ir a verla. Le debía gustar ser tratada con "mucha" consideración. Había muchas probabilidades de que no nos entendiéramos.

*
* *

Fuí también a visitar a Saint-Auban para darle las gracias. Me dijo que un tal Michelot, deseando verme, se había dirigido a él para que le pusiera en relaciones conmigo. Quería hacerme una proposición.

Se trataba de crear un periódico cuya dirección se me confiaría abonándoseme 500 francos por mes. Se contaba con la colaboración de Kropotkin, Reclús, Severine y otros que yo debía ver con ese objeto.

Ya no recuerdo en qué me basaba, pero me pareció que ese señor Michelot era un agente realista. Sin embargo, es-



to no bastaba. Escribí a Kropotkin participándole mis sospechas. Como yo, Kropotkin creyó que era necesario que el mismo tipo descubriera la hilacha.

Y cuando volví a ver a Michelot le dije que Kropotkin aceptaba formar parte del periódico, pero a condición de que nosotros fuéramos dueños de la redacción. El, como socio capitalista, se haría cargo únicamente de la administración. Mi hombre aceptó la combinación, pero se escurrió poco a poco no tomándose siquiera el trabajo de responder a mis últimas cartas.

Visité también a Paul Adam. Me había escrito para asegurarme su colaboración en *Les Temps Nouveaux*, prometiendo, por otra parte, recoger, por lo menos, un millar de francos en su círculo de actividades. Me dió cita en un café cercano a la Opera.

En la última entrevista que tuvimos "dió a luz" la siguiente proposición: estaba en relaciones con un joven marsellés, llamado Parsons, que publicaba en Marsella un periódico parecido al Suplemento de *La Révolte*. ¡No tenía más que escribirle para que Parsons me cediera sin duda su periódico!

Quedé estupefacto ante esta proposición. —No hay razón para que Parsons me ceda su periódico, observé tímidamente. Por lo demás, era un periódico nuestro el que yo quería crear y no continuar el de Parsons.

Esto fué todo lo que se le ocurrió a P. Adam para contribuir a la aparición de *Les Temps Nouveaux*. En cuanto a su colaboración fué tan vana como las otras.

Fué él el que más tarde inventó esa idea original de "regenerar la prisión por el ejército", regimentando a los condenados.

Hablando de esto último con Descaves, este me sugirió que lo comentara cambiando los términos en esta forma: "Regeneración del ejército por la cárcel".

Paul Adam, ofendido, me escribió delaciones terminaron con esta discusión. fendiendo su proyecto, pero nuestras re-

* *
*

Por otra parte, Paúl Adám no fué el único en prometerme su colaboración. He aquí la lista de los colaboradores que copió del primer número. Todos habían prometido formalmente, excepto Nadar, que me escribió insistiendo en que le inscribiera como colaborador, para manifestarnos su simpatía, pero que era casi imposible que dispusiera de tiempo para enviarnos algo.

P. Adam, J. Ajalbert, Barricaud, L. Descaves, Eockhoud, A. Hamón, A. Herold, Theodore, Jean, Bernard Lazare, G. Lecomte, O. Mirbeau, F. Nadar, A. Retté, Marc Stephane.

Th. Jean mantuvo su palabra. Durante cierto tiempo nos envió poesías que fueron publicadas en el Suplemento. Hamón envió también algunos artículos. En cuanto a Descaves, fué muchos años después de la aparición del periódico cuando nos envió, durante algún tiempo, una serie de artículos.

Varias veces escribí a uno por uno para recordarles su promesa de colaboración, pero inútilmente. Estaban, quiero creerlo, teóricamente animados de una gran voluntad por el periódico pero, prácticamente, dejaban mucho que desear.

Es indudable que, prescindiendo del aviso que algunos dieron en el diario en que escribían, el anuncio de su colaboración contribuyó al éxito con que comenzara su vida el nuevo periódico. El tiraje del primer número alcanzó a 18.000 ejemplares. Pero lo que fué causa de éxito influyó también en sentido negativo en cuanto se notó que las colaboraciones prometidas brillaban por su ausencia.

La baja se realizó insensiblemente. En suma, volvimos a nuestro tiraje de 8.000 ejemplares. (1)

Ninguno trató de justificar su abstención. Es decir supe la de Bernard Lazare. Girard le encontró un día en lo de Stock y al preguntarle por qué no había enviado aún alguno de sus artículos: "Es necesario que mis artículos se paguen", — contestó.

Si no hubiera sido Girard el que me trajo esa nueva no la habría creído. Pero Girard no era hombre de chismes.

Viviendo los literatos de su pluma, comprendo que no puedan proporcionar artículos a todo el que se los pida. Pero, en este caso, que no prometan.

Por otra parte, alardeando de independientes, no siéndoles siempre posible escribir todo lo que podrían decir ahí donde les pagan, creí que les placería encontrar un periódico en el que hubieran podido manifestar, de tiempo en tiempo, la parte más medular de su pensamiento.

Debo reconocer que, cuando me decidí, más tarde, a publicar dibujos en el periódico, los artistas fueron más generosos y no se hicieron rogar como niñas bonitas.

No obstante, entre los literatos, los hubo generosos. He citado a Richepín. Hojeando algunas de las cartas que se me dirigieron encuentro a una de Stuart-Merril, que había olvidado enteramente.

La transcribo a continuación. Las otras versan sobre el mismo asunto. Es menester creer que Stuart-Merril me había autorizado a dirigirme a él en caso de necesidad.

Langrune-sur-Mer, Octubre, 96.

Mi querido Grave,

De vuelta de un corto viaje encuentro su carta que me apresuro a responder mandándole todo lo que tengo encima, vale decir 75 francos. Le ruego que me excuse por no haber enviado fondos desde mi primer envío. Pero una serie de acontecimientos imprevistos me han dejado sin el dinero superfluo de que puedo disponer. Crea, no obstante, en mi adhesión y no vacilé jamás en hacer un llamado a mi buena voluntad. Haré siempre todo lo que me sea posible por "*Les Temps Nouveaux*" el que, pese a que no siempre soy de su parecer, es de una gran importancia revolucionaria.

¿No padría Vd., formar un grupo reducido que se compremetiera a con cada uno según sus medios, un tanto por mes? Vd. tendría así una suma segura y podría entretener al impresor.

Sea lo que fuere, estoy a su disposición para hacer insertar un llamado de su parte en el "Hermitage" y, sin duda, en el "Mercure", sin atreverme a esperar ¡ay! una respuesta definitiva. Retté podría organizar una subscripción en "*La Plumme*".

Cordialmente,
STUART-MERRIL.

La buena voluntad de Stuart-Merril era tanto más desinteresada si tenemos en cuenta que, no escribiendo sino poesías puramente literarias, "*Les Temps Nouveaux*" no reprodujo jamás nada de él, no le hizo nunca ninguna reclame.

En la lista de redactores — en proyecto — se encontraba el nombre de un tal Marc Stephane. Era un joven literato en ciernes, desconocido hasta entonces, que, durante mi detención, había publicado un folleto en el que reclamaba mi liberación. Le conocí personalmente cuando salí de la cárcel. Sin que yo se la pidiera me prometió su colaboración en cuanto le participé mi intención de resucitar "*La Révolte*".

(1) *Por ventura tengo a mano algunas facturas.*

El No. 5 *alcanzó a* 18.000 *ejemplares; el No.* 29 *a* 12.000. *Las otras facturas me faltan.*

Pero mientras "*Les Temps Nouveaux*" estaba en gestación, Girard me contó que el buen hombre le había propuesto una asociación de "reclame mutua". Girard le cantaría loas a él mientras este último le haría aspirar el incienso de sus elogios. Esto nos daba la medida de la sinceridad del buen hombre.

En el primer número insertamos una notita previniendo a los lectores que "para no parecernos a esos grupos de adoración mutua, demasiado numerosos, nos limitaríamos, en el diario, a anunciar las obras de los colaboradores, sin apreciación".

Marc Stephane me escribió que no contara con él como colaborador. "Nuestro diario era demasiado doctrinario. Por otra parte, él no lo leía".

Desde la época de "*La Révolte*" los artículos no se firmaban. Todo lo que se publicaba, lo era bajo la responsabilidad colectiva de la redacción. Sólo a título de discusión se insertaban artículos interesantes firmados, pero esto se hacía apartándonos de la línea de conducta que nos habíamos fijado.

Como nuestra ideología se había difundido ya no era necesario mantener esta actitud. En el nuevo periódico los artículos se firmarían, asumiendo cada uno la responsabilidad de lo que escribía. He ahí por qué creí poder solicitar la colaboración de los literatos que simpatizaban con las ideas.

Antes los arrestos conocí a un médico llamado Longo. Ejercía en Montmartre, donde tenía su clientela. Por otra parte, estaba al servicio, como médico, de una o dos sociedades.

Había conocido el periódico por medio de Luce. áSincero? no dejaba lugar a duda alguna. Inteligente, además, manifestaba sin cumplidos, me decía, sus opiniones entre sus clientes.

Vino a verme cuando salí de Clairveaux, pero fué para anunciarme que había cambiado de ideas.

*
* *

Antes de los arrestos conocía a un médico llamado Longo. Ejercía en Montmartre, donde tenía su clientela. Por otra parte, estaba al servicio como médico de una o dos sociedades.

Había conocido el periódico por medio de Luce. ¿Sincero? No dejaba lugar a duda alguna. Inteligente, además, manifestaba sin cumplidos, me decía, sus opiniones entre sus clientes.

Vino a verme cuando salí de Clairveaux, pero fué para anunciarme que había cambiado de ideas.

—Usted me conoció como anarquista: creo un deber venir a decirle que ahora soy creyente... — Y después de una pausa: — ¿A qué atribuye usted mi conversión?

—A una falla del cerebro, simplemente. — Y los dos nos echamos a reír.

¿Una falla del cerebro? Eso se dice pronto. ¿No es un tanto arbitraria su conclusión?

—Razonemos un poco. Usted es inteligente. Usted no puede haber aceptado las primeras razones que le presentaron para convertirle. La existencia de dios implica la existencia del alma. Ahora bien, dónde usted, que es médico, ha encontrado alguna vez el alma bajo el bisturí cuando disecaba los cadáveres?

—Oh, pero esta es una razón de fe.

—¡Una cuestión de fe! Es inútil discutir. Me atengo, entonces, a mi opinión.

Poco a poco me contó que una vez, hallándose desocupado, entró en la pequeña iglesia de San Pedro, en Montmartre. Había allí un sacerdote que predicaba. Se puso a escucharle.

Sorprendido por lo que oyó, atrapó al sacerdote cuando éste hubo terminado, para pedirle algunas explicaciones.

El sacerdote, viendo que era una buena oveja para atraer al redil — no es esta la expresión empleada por Longo — y como no se sintiera fuerte para semejante tarea le envió a los padres jesuítas.

Estos supieron manejarlo tan bien — soy siempre yo el que traduzco — que Longo fué convertido. Y ahora era católico militante.

—Tenía una querida, casada con otro — agregó — a la que estaba muy vinculado: rompí con ella para ser consecuente con mi nueva fe.

El hombre era sincero. No había lugar a dudas. Como último adiós le dije: no desespero de verle terminar en un hábito.

Y en efecto, ¿a quién vi llegar algún tiempo después? — el diario estaba en

tonces en la rue Broca; — a ningún otro
que a Mons. Longo metido en un hábito
de franciscano.

Me dijo que, habiendo hecho voto de
pobreza, no tenía nunca un centavo en-
cima. Si iba a predicar a alguna parro-
quia, en el campo, se le daba el boleto de
ferrocarril. En París, si encontraba al-
guno de sus antiguos amigos y le pregun-
taban si quería algo:

—Cómprame un número de "*Les Temps*
Nouveaux" — les decía. — Sí — me de-
cía — tiempo atrás estaba lejos de pen-
sar que llevaría este hábito. Mi casa, en
Montmartre, daba a un jardín de una ca-
sa vecina, perteneciente a unos monjes.
Mi sirvienta muchas veces me llamaba
para mostrármelos.

—Eh, déjame en paz con esos polleru-
dos — le decía. — Son unos holgazanes.

No había llegado a ser metodista. Lo
que no se puede negar es que había con-
servado todo su vigor de lenguaje.

Todo lo que saqué en limpio de nues-
tras conversaciones es que, en fin de
cuentas, lo que había decidido su conver-
sión "era la realización de las profecías
de la Biblia, demostrándole con ello que
era un libro revelado". ¡Y era un hom-
bre inteligente!

En otra visita discutió con vigor con
varios camaradas que se hallaban en la
oficina.

Nos dijo que su orden, siempre en ra-
zón del voto de pobreza, había confiado
el manejo de sus bienes temporales a un
laico.

Este se alzó con el santo y la moneda.

Estuve muchos años sin saber nada de
él, cuando un día se llegó a mí un abate,
cuyo nombre he olvidado. Me dijo que
iba a comenzar a escribir una historia
del padre Longo. Nuestro ex anarquista
se había enrolado en los Padres blancos,
del cardenal Lavigerie. Había muerto en
Africa. El abate venía a preguntarme si
podía suministrarle los artículos que Lon-
go debió haber escrito para el periódico
y si conocía algunas particularidades que
pudiesen incluirse en su libro.

Prescindiendo de una carta o dos publi-
cadas en el periódico, Longo no había es-
crito nunca nada. No conocía nada digno
de mencionar.

Como el abate me hablara de Retté, le
dije que, así como creía en la sinceridad
de Longo, tenía mis dudas sobre la vo
cación de Retté. Intervino su nombre en
la conversación, debido al libro que aca-
baba de publicar: "*Du Diable a Dieu*".

No he leído su libro — que el abate
prometió enviarme y no me envió — y
me pregunto si cuenta en él que, cuando
percibía algún dinero, se embriaga escan-
dalosamente mientras su mujer reventa-
ba de trabajo para mantener el hogar!

*
* *

No voy a narrar aquí la serie de aten-
tados que tuvieron lugar en España des-
de 1892. Atentados motivados por la fe-
rocidad del general gobernador de Mont-
juich. Ya no recuerdo los detalles. Por
otra parte, no tengo la pretensión de es-
cribir la historia de ese período, sino so-
lamente traer a colación algunos aconte-
cimientos en los que estuve mezclado. Me
había llegado, durante mi detención, una
enorme correspondencia de España, cuyo
valor no pude apreciar por momento, de-
bido a mi ignorancia del español, y ha-
bía quedado metida en un cajón de la
mesa que me servía de escritorio.

Habiendo encontrado, por fin, un ca-
marada que quiso encargarse de la tra-
ducción, supe que eran cartas de compa-
ñeros españoles detenidos a continuación
de los acontecimientos del Liceo, encerra-
dos en Montjuich y torturados para arran-
carles la confesión de una participación
en el mencionado atentado, participación
que sólo existía en la voluntad de los
jueces de encontrar víctimas a quienes
castigar.

Compresión del cráneo por medio de
cuerdas mojadas, torsión de los testícu-
los, régimen de pescados salados, sin na-
da qué beber. Después de algún tiempo
de esta alimentación se les llevaba ante
el juez, quien les ofrecía botellas de agua
fresca y límpida a cambio de la confesión.
Otras veces se les llevaba en plena mar,
donde se les sumergía hasta la sofocación.
En fin, todos los horrores que podía in-
ventar el espíritu más sádico, digno de
ese país de inquisición.

Comencé en seguida su publicación.
Ocupé varios números. Severine escribió
algunos artículos acerca de ello. Poco a
poco la prensa burguesa trató el asunto.
Rochefort inició una verdadera campaña.
La mayor parte, excepto Severine, se
guardó muy bien de citar a "*Les Temps*
Nouveaux" que había sido la primera en
ocuparse del asunto y de donde habían
sacado sus informaciones.

En realidad esto tenía poca importan-
cia. Lo esencial fué que la campaña se
llevó a cabo. Y lo fué tan bien, que el
gobierno español se vió forzado a soltar
a sus prisioneros, algunos de los cuales
estaban estropeados a causa de las tor-
turas sufridas.

*
* *

Había escogido a Girard para que me
ayudase. Entre los dos hacíamos lo que
podíamos.

A pesar de la defección de los litera-
tos, no escaseaban los artículos intere-
santes. Llegaban de todas partes. Tuvi-
mos colaboradores inesperados. Algunos
hicieron carrera después. Como Metin,
que llegó a ministro del trabajo. Otro
alcanzó a ser jefe de oficina del gabinete
de un ministro de guerra, y algunos más
de menor importancia.

En una discusión que tuve con Geor-
ges Valois, éste me escribió que, en otros
tiempos, había colaborado en "*Les Temps*
Nouveaux". ¿Bajo qué seudónimo? No lo
mencionaba. Más tarde supe su verdade-
ro apellido, pero si alguna vez fué anar-
quista, no ha colaborado en "*Les Temps*
Nouveaux".

Un día fué un capitán de infantería el
que se llegó a la puerta de la oficina. Era
el único lector de "*Les Temps Nouveaux*"
en la aldehuela de provincia donde es-
taba de servicio. Hijo de un coronel, se
había educado para ser militar. Le sedu-
jo al principio esa carrera, pero disgus-
tado, al fin, del oficio, solicitó una licen-
cia ilimitada, para tratar de crearse una
situaciónu en la vida civil, lo que no lo-
gró. Teniendo que sostener una familia—
no podía casarse con la mujer con la
cual vivía, pues le era imposible reunir
la dote exigida por los reglamentos —
debió, a pesar suyo, endosarse otra vez el
uniforme. Iba, en ese momento, a la Re-
sidencia, donde conocía al jefe de la Casa
Militar.

Nos envío una serie de artículos sobre
el ejército, bajo el seudónimo de Marcel
Suzach. Después no supe más nada de
él.

Otro día vino un subteniente de la ad-
ministración. El también estaba asquea-
do del oficio. Estimulado por la prome-
sa de los galones había cometido la ne-
cedad de engancharse otra vez. Sólo te-
nía un anhelo: zafarse. Le perdí de vista,
como al anterior.

*
* *

Teníamos bastante lectores y abonados.
Hasta en los puntos más inesperados. Al-
gunos gobiernos de la América del Sur y
Central nos enviaban su "Boletín Oficial"
en cambio de nuestro periódico. Un mi-
nistro de instrucción pública de Guate-
mala nos pidió que le indicáramos algu-
nos buenos folletos anticlericales.

En nuestros anaqueles no había folle-
tos anticlericales, pero le indiqué una
multitud de obras, en las que podría ha-
cer una amplia cosecha de textos capa-
ces de servir de buenos opúsculos de
propaganda anticlerical. Ignoro si siguió
mi consejo.

Me han contado que Malatesta, cuando
estuvo en la Tierra del Fuego, lo primero
que vió al entrar en una choza fué un
número de "*Révolte*".

Mi sueño hubiera sido tener, en cada
país, un corresponsal que nos tuviera al
corriente del movimiento de su región.
Claro está que teníamos los periódicos
que recibíamos como canje de los que po-
díamos sacar algunas informaciones. Co-
sa que hacíamos cuando había un cama-
rada que se encargara de la traducción.
Pero tengo para mí que valían más las
informaciones recibidas por alguien que
se encontrara en el país.

No pude realizar nunca enteramente es-
te sueño: tener corresponsales regulares.
Después de un tiempo más o menos corto
— casi siempre porque el camarada aban-
donaba el país — nos encontrábamos mo-
mentáneamente sin corresponsal.

A pesar de estas lagunas, la colección
del "*Révolté*", de "*La Révolte*" y de "*Les*
Temps Nouveaux" es rica en informacio-
nes sobre el movimiento social interna-
cional. Porque hombres de buena volun-
tad no faltaron nunca. Había siempre,
después de un intervalo más o menos lar-
go, un camarada que reemplazaba al au-
sente. Lo esencial es que, de una u otra
manera, las informaciones llegaban.

Por otra parte, siempre que se trataba
de luchar contra un abuso de poder los
camaradas de los otros países se habían
acostumbrado a dirigirse a nosotros para
llevar a cabo la campaña consiguiente. De
modo que, aunque no tuviéramos corres-
ponsales regulares lográbamos estar al
corriente de lo que pasaba en el mundo.

Otro de mis ensueños, que tuvo aun me-
nos probabilidades de realización que el
anterior, fué el de llegar a establecer el
periódico de manera que pudiera vivir
de la venta y de los abonados. No lo lo-
gramos nunca. En los períodos más prós-
peros teníamos de tres a cuatro mil fran-
cos de déficit.

En los períodos de crisis éste era ma-
yor aun. Pero esto merece un capítulo
aparte, que el lector encontrará al fin del
volumen.

MAX NETTLAU (1)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

I

El 13 de marzo de 1926 se cumplió un cuarto de siglo
desde la muerte, en 1901, de *Fernand Pelloutier*, a la edad
de treinta y tres años; en su lugar tenemos ante nosotros
lo que en cierto aspecto fué creación suya, el *sindicalismo*
francés. Sería una especulación ociosa el querer sondear
cómo se encontraría éste si Pelloutier, mortalmente en-
fermo ya en los años de su actividad incesante, hubiese
vivido más tiempo, si viviese aún; pues tampoco él ha-
bría podido ni modificar la evolución general ni podido
ni querido imprimir continuamente su sello a un movi-
miento creciente. Tal cosa la consiguió al parecer *Samuel*
Gompers, que permaneció realmente más de una genera-
ción al frente de su *American Federation of Labor*,
fundamentada formal y materialmente de un modo más
rico y sólido de lo que lo estuvieron jamás las organiza-
ciones francesas. Lo consigue también *León Jouhaux*,
que está desde tiempo inmemorial a la cabeza de la C.
G. T. de Francia y vió caer en trozos la obra de Pellou-
tier, pero quedó en pie él mismo. Ni la naturaleza des-
pótica del uno, ni la naturaleza de veleta del otro eran
propias de Pelloutier, y tal dominación permanente le
habría sido insoportable a él mismo en primer lugar,
porque testimonia la incomprensión de los que se some-
ten a ella. Pelloutier, sin su enfermedad, habría sido con-
sumido probablemente pronto en la lucha menuda, o se
habría abierto con su mirada clara, con su mano segura
y su carácter firme una salida; habría creado algo nue-
vo, habría encontrado una solución a las grandes difi-
cultades, lo que no pudieron hacer los que le sucedieron.
Por tanto, lo que su talento habría podido realizar aun
de nuevo, se perdió, y esa fué una gran pérdida.

Lo que hizo fué bastante grande: realizó para su tiem-
po lo que no se había conseguido nunca antes de él y lo
que sus sucesores no fueron capaces de mantener entera-
mente en su espíritu y de edificar indestructiblemente —
una agrupación de los trabajadores franceses de senti-
mientos sociales en la más amplia proporción, sobre la
base de los intereses económicos comunes a todos, de la
lucha contra el capital, para la realización de esa lucha
por su solidaridad firmemente fundada y todos los me-
dios de lucha que resultan de ahí en el vasto campo del
trabajo, en donde el obrero — *si quiere* — puede serlo
todo, y el propietario nominal, el capitalista, — *si el tra-*
bajador no le rinde más tributo —, puede, debe y tiene
que convertirse de un golpe en *nada*, en polvo. Asociar
en nombre de ese objetivo a los trabajadores de un país,
nos parece muy simple y evidente, pero tropieza, como
se sabe, con las más formidables dificultades en todas
partes, cuyas razones comunes están en la gran diferen-
ciacción efectiva de los trabajadores tanto como en la
mentalidad atrasada de las partes que permanecen bajo
la influencia reaccionaria, y también en la diversidad de
los puntos de vista políticos y socialistas de las partes
siempre crecientes con mentalidad más avanzada. Ambos
factores fueron hasta hoy obstáculos a una asociación
efectiva, aunque sea en un dominio restringido a la co-
munidad de los intereses del trabajo frente al capital
parasitario. Pelloutier pudo, más que ningún otro, acer-
carse a ese objetivo: en eso está su gran significado, para
cuya comprensión parece conveniente un análisis de las
condiciones obreras francesas encontradas por él.

Sabemos que desde la civilización de la antigüedad
clásica, no del todo perdida en algunas partes de Europa,
ni siquiera en la más tenebrosa edad media, se continúan
aspiraciones corporativas por todos los siglos y, corres-
pondiendo a la agravación creciente de las disidencias
sociales con la floración del modo de producción capita-
lista, se vertieron más y más en dos formas, la de los
gremios correspondientes a los intereses de los poseedo-
res, a los que eran integrados forzosamente los obreros,
y la de las coaliciones no permitidas, y por tanto secre-
tas, de los trabajadores, que asumieron formas pasaje-
ras o duraderas y algunas veces ventilaron graves con-
flictos sociales. En Francia fueron éstas las sociedades
muy desarrolladas para algunas industrias y que forma-
ron el *compagnonnage*, cuya acción disfrutó de una
cierta tolerancia, porque generalmente fueron tan torpes
como para rivalizar entre sí y romperse la cabeza en lu-
gar de proceder contra los maestros, los patrones; rela-
tivamente a otros oficios no estamos suficientemente in-
formados; a eso se agregaron en el siglo XVIII grandes
masas obreras de la industria inicial con maquinaria, al
principio desorganizadas, intensivamente explotadas y
en la mayor miseria.

Cuando estalló la revolución francesa, sin duda fuer-
temente fomentada por los campesinos desesperados y
los obreros urbanos hambrientos, y convertida en una
cosa seria ante la cual no hubo retirada posible, no cayó
sin embargo realmente un rastro de poder efectivo en las
manos de esas víctimas sociales, sino en manos de la
nueva burguesía, y, algo más tarde, en las de los repre-
sentantes doctrinarios de la omnipotencia del Estado, los
terroristas jacobinos. Tanto los primeros, desde 1791,
como los últimos en el ejercicio de su dictadura aniqui-
laron toda posibilidad de coalición de los trabajadores
mediante las más absolutas prohibiciones, enmascaradas
tanto con la protección de la libertad (la protección del
individuo contra una asociación de varios) o con la pro-
tección del Estado (el Estado perjudicado en su mono-
polio por toda asociación particular de los ciudadanos,
"un Estado en el Estado"). Así, por muchos años, —
pues hasta 1864 no existió ningún derecho continental
de asociación, — fueron protegidos legalmente la bur-

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

XVIII

Así como los hombres sienten la necesidad ineludible de alimentarse, sienten igualmente la necesidad de ayudarse mutuamente, vivir en sociedad, manteniéndose recíprocamente. "Evitad la rivalidad —, escribía Pedro Kropotkin —, es siempre funesta para la especie y tenéis muchos medios de evitarla. Esta es la tendencia de la naturaleza, aunque no siempre cumplida integramente, pero que le es inherente siempre. Es el lema que nos llega de los matorrales, los bosques, ríos y océanos. Uníos; practicad la ayuda mutua. Representa el medio más eficaz para obtener la mayor seguridad para cada uno por separado y para todos en conjunto; es la mejor garantía para la existencia y el progreso, físico, intelectual y moral". "He ahí lo que nos enseña la naturaleza y ésta su enseñanza fué atendida por todos los animales que alcanzaron el nivel más alto en sus clases correspondientes. El hombre — el hombre primitivo — obedeció también este mandato de la naturaleza, y gracias únicamente a ésta condición llegó al estado en que nos encontramos ahora". "En realidad el apoyo mutuo es para toda clase de animales no únicamente el más eficaz en sus luchas por la existencia contra las fuerzas hostiles de la naturaleza y otras especies enemigas, sino que es también el arma principal de la evolución progresiva. Asegura aún a los animales más débiles, la longevidad (y, por consiguiente, la acumulación de experiencia), la conservación de la especie y el progreso intelectual. Gracias al apoyo mutuo, las especies animales que lo practican más que otras, no tan solo gozan de mayor longevidad, sino que se destacan también, cada una en su clase, (insectos, aves, mamíferos), por la seguridad de su estructura física e intelectual."

El sabio ruso Kesler, antes de ésto había indicado que "para el desorrollo progresivo de las especies tiene mucho más importancia la ley de apoyo mutuo que la de la lucha mutua". (por el libro de Kroptkin).

A éste le precedió en los años 1860-70 un célebre biólogo (anarquista a la vez) N. D. Nojin quien escribió: "los organismos no luchan entre sí por la existencia, sino que tienden por decir así, a vincular sus fuerzas afines, sus intereses, resultando de ello en vez de división del trabajo, una colaboración mutua". (N. D. Nojin, cito por el artículo de Bogdanovich).

"El instinto materno, como se reconoce generalmente — dice el profesor J. G. Orchansky — es la raíz fundamental de la que brotó todo el árbol de las emociones altruistas superiores." No nos cabe duda que éste árbol tiene otras raíces más, pero es indiscutible que el sentimiento materno influye grandemente en el desarollo de los sentimientos altruistas. La criatura es una parte del organismo materno, inseparable al principio de él y es imposible no amar una parte de sí mismo, no tratar de preservarlo del dolor y de la desdicha. Y desde el momento en que aparece el sentimiento de simpatía hacia un ser humano, puede, éste sentimiento extenderse a otros seres semejantes, y bajo ciertas condiciones se extienden".

La solidaridad es en gran parte, resultado de comunidad de origen. La comunidad de origen, identidad de la estructura física y psíquica, "la identidad de los sistemas nervioso y muscular, escribía J. B. Bogoslovsky, permite comprender a los congéneres por reflejo", y es común en los seres vivos obrar solidariamente. La solidaridad es lo que consolida la convicción humana y no permite, a pesar de la discordia que en ella introduce la autoridad, que se disgregue en partículas ínfimas, no le permite convertirse en polvo. La cooperación y la ayuda mutua es lo que une a la humanidad."

Los hombres primitivos, nuestros lejanos antepasados, de cuyo modo de vivir nos da una idea la vida de las tribus salvajes de nuestros tiempos, distinguíanse por los sentimientos de simpatía y benevolencia... 'El estadío comunal en la evolución de los pueblos caracterizándose especialmente por los mutuos sentimientos de bondad entre los miembros de una misma comunidad — dice J. B. Bogoslovsky — debía crear y creó efectivamente aquellas sanciones de la conducta, cuya omisión conduce necesariamente a la disolución de la sociedad". La unión, la cooperación creó, crea y creará siempre y en todas partes condiciones favorables para la existencia. Es de esta facultad vitalizadora que la mortífera autoridad del Estado carece en absoluto.

La historia, la antropología y la biología — dice J. B. Bogoslovsky— nos demuestran claramente esta verdad: la vida individual, débil como es, ha vencido en el proceso de la evolución, resistencias enormes por parte de agente físicos (y de otros) oponiéndoles el número, la masa y creando, de este modo, nuevas condiciones favorables a la existencia y al desarrollo sucesivo".

La unión representa por la cooperación
La unión representada por la cooperación y la ayuda mutua, elevó a la humanidad y la conducirá, finalmente, a la felicidad.

La historia de la humanidad nos dice que el hombre normal, cuyas facultades no están enteramente atrofiados por la actividad explotadora, ni agotadas por el parasitismo, tiende a ayudar a sus semejantes. Esta tendencia emana de la ley natural, por la cual es la ayuda mutua dentro de los límites de la especie, y a veces de varias especies, un poderoso factor de creación de una vida mejor, tanto para la especie, como para las unidades que la componen.

Los hombres tienen la virtud de beneficiarse de todos los medios de actividad que pueden mejorar su vida (así como la planta tiene la virtud de orientarse hacia el sol) y la ayuda mutua determina en gran parte la actividad del hombre. Sobre la ayuda mutua se asienta y se fortifica la sociedad humana. La ayuda mutua es una actividad que tiende a colocar a otro miembro de la misma especie en una situación mejor de la que se encuentra, tiende a acercarlo a la situación del que lo ayuda (alimento al hambriento para que quede satisfecho como lo estoy yo, y después este hombre me salva cuando me estoy ahogando, me coloca en la situación del que se encuentra en tierra). Es, en resumidas cuentas, desde que cada miembro de la especie busca de ayudar a otro miembro, la ayuda mutua el camino hacia ya igualdad total.

Aspiramos a la igualdad y no a la uniformidad. Es necesario que cada hombre satisfaga ampliamente sus necesidades, no importando que un hombre adulto o de más estatura se coma más pan o consuma más paño en la confección de su ropa que un niño o un hombre de baja estatura.

El pudor es una de las formas de la dignidad personal. — PROUDHON

Los que aplauden el mal son peores y mucho más culpables que los que lo cometen. — GRIMM.

No es dar prueba de valor, el hecho de poseer la vida y despreciarla, sino hacer frente a las grandes desgracias sin amilanarse, ni renunciar a una lucha de la cual saldremos fortalecidos.

SÉNECA

---

guesía y el Estado contra las agrupaciones obreras, y todo lo que se hizo en ese dominio fué obligado a aparecer tan incoloro que se le toleró como inofensivo, o tuvo que hacerse clandestinamente, o hubo conflictos, persecuciones que trabaron toda expansión real de la asociación obrera.

En Inglaterra hubo una prohibición idéntica contra la agrupación; pero el enorme desenvolvimiento del modo de producción capitalista reunió también las masas obreras y éstas se organizaron victoriosamente a pesar de todas las restricciones y salieron a la luz pública como la inaprensible y poderosa masa de las *Trade Unions*. En Francia no fué así, en parte porque el capitalismo no se desarrolló con tal vigor como en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX a la categoría de gran industría, en parte porque los fines políticos (la república) y las ideas sociales (las diversas tendencias socialistas) absorbieron los elementos combativos de las masas obreras y los acercaron más bien a los elementos de la burguesía que perseguían los mismos fines, la *república* y el *socialismo*, que con las masas indiferentes, en ese dominio, de sus compañeros de trabajo. Lo que sin embargo se hizo para la organización obrera fué incitado naturalmente por socialistas o por afines al socialismo y por eso mismo fué nuevamente aislado, es decir, apareció inseparable del socialismo y no fué estimado por los trabajadores no interesados en el socialismo.

Llegaron los ensayos de *Agricol Perdiguier* para rereconciliar las tendencias hostiles del *Compagnonnage* y, en general, ensayos para federar tales organizaciones; hubo el gran proyecto de *Flora Tristán* de una *Union ouvriére* que lo abarcase todo; hubo las diversas aspiraciones asociativas que se expresaron en los periódicos obreros *La Ruche populaire* (La colmena del pueblo), *L'Union*, *L'Atelier*, desde fines de la década 1830-49, e innumerables otros estímulos y ensayos de agrupación social de los trabajadores, pero a quienes se les imposibilitó por las leyes toda organización efectiva de masas e igualmente la más sencilla cooperación temporal en caso de huelga. Así quedó todo en la propaganda literaria general, en ensayos aislados de cooperación y sociedades secretas, pero en las cuales los fines republicanos y social-revolucionarios estaban en primera línea.

A pesar de que no pudo hablarse de un verdadero partido obrero y de organizaciones sindicales antes de 1848 y de que hasta el socialismo teórico de 1840-50 se estancó, la cuestión obrera estuvo sin embargo en primera línea breve tiempo después de la revolución de febrero de 1848, pero fué relegada muy pronto y de modo trágico a un plano secundario. Se arrojó a los obreros, para apaciguarles, las deliberaciones sin fin de la *comisión del Luxembourg*, se intentó regimentarlos en los llamados *talleres nacionales* y cuando comenzaron a considerar todo eso como burla y escarnio, fueron sangrientamente sacrificados en grandes masas en las calles de París durante las jornadas de junio de 1848 o fueron hechos prisioneros y deportados. Todo esto llevó al poder el bonapartismo ya en diciembre de 1842, que mortificó luego tanto a obreros y republicanos durante años que su próximo degüello definitivo de la república, el 2 de diciembre de 1851, fué su consecuencia natural. Los trabajadores derrocharon sus fuerzas en centenares de asociaciones productivas, a las que puso fin la reacción bonapartista, tras breve floración, y algunos ensayos socialistas de agrupación general de los trabajadores, como la *Unión des Associations ouvriéres* (1849), que quería formar una *Chambre de travail* (consistente en tres delegados de cada oficio), etc. — las conocidas mujeres socialistas, *Pauline Rolland*, *Jeanne Deroin* y otras tomaron una parte principal en esto —, terminaron con opresiones y persecuciones. Aquella sociedad fué seguida en 1859 de la *Société de la presse du travail* con fines idénticos: el golpe de Estado de diciembre de 1851, como se sabe, trajo consigo muchos años de las más absolutas interrupciones de todas esas aspiraciones, mientras que naturalmente al fin se despertó en muchos la comprensión del valor y la necesidad de la organización obrera, al principio todavía impotente para exteriorizarse, pero en busca de una expresión que halló finalmente a comienzos de la década de 1860-70.

El imperio de Napoleón III, que sin embargo fué sentido como una usurpación temporal — lo mismo que la usurpación actual de Lenin y sus sucesores, de Mussolini y otros, — trató pronto de procurarse una larga vida por medio del fomento del enriquecimiento de la burguesía, por el clericalismo, por las guerras y la adquisición de tierras, pronto también por el obrerismo aparente y últimamente hasta por un pseudo-liberalismo. Eso hizo posible una cierta agrupación de obreros en su mayor parte jóvenes, agrupación de éxito muy rápido y fomentada en silencio intensamente por republicanos, proudhonianos, positivistas y antiguos socialistas; los obreros así agrupados concibieron idéntica reunión de grandes masas, como la de las *Trade Unions*, que existían ya entonces en plena luz del día. Tuvieron lugar los conocidos viajes a Londres, desde 1862, que condujeron el 28 de septiembre de 1864 a la fundación pública de la *Asociación Internacional de los Trabajadores* en Londres, cuyo objetivo inmediato debía ser la agrupación de los obreros de todos los países cuyos intereses son los mismos frente a sus explotadores, que son entre sí compañeros y hermanos y cuyos enemigos son los mismos, los capitalistas de todas partes.

Muy claramente escribió al respecto, por ejemplo, Bakunin (1871) en el capítulo de un largo manuscrito diversamente impreso, *La política de la Internacional*: "...Pensamos que los fundadores de la Asociación Internacional obraron muy prudentemente al eliminar el principio del programa de esa asociación todas las cuestiones políticas y religiosas. Sin duda no han carecido ellos mismos ni de opiniones políticas ni de opiniones antirreligiosas bien definidas; pero se han abstenido de emitirlas en ese programa, porque su fin principal era unir ante todo a las masas obreras del mundo civilizado

AÑO V

BUENOS AIRES, 29 DE NOVIEMBRE DE 1926

LA PROTESTA

o 251

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — PORTE PAGO

Valores y giros a M. TORRENTE

¿Las alianzas continentales o el libre acuerdo de los individuos?

El mundo político y diplomático está altamente preocupado por la difícil tarea del establecimiento de un equilibrio internacional en armonía con los progresos económicos y la interdependencia de los países y de los continentes.

Antes se buscaba el equilibrio dentro de un mismo continente, por ejemplo en Europa, sin tener en cuenta las naciones no europeas. La situación ha cambiado; la vida económica se ha internacionalizado de un modo incontrastable dentro del capitalismo; pero la internacionalización económica no ha creado ningún concepto intelectual o moral internacionalista; continúan en pie los odios entre las diversas naciones y el espíritu nacional es más poderoso hoy que nunca lo ha sido. Si por un lado la interdependencia económica ha borrado todas las fronteras, por otro se quiere armonizar ese hecho con el nacionalismo más estrecho. Surgen nuevos Estados o tendencias a crear nuevos Estados, como si no fueran bastante calamitosos los que tenemos ya. Y simultáneamente, el nacionalismo rabioso se pone a tono o procura ponerse a tono con la época mediante la constitución de Ligas de naciones, que permitirán formar grandes unidades económicas. La Liga de las Naciones, que surgió del tratado de Versalles, se demostró ineficaz por su manía de excluir importantes factores de la economía europea, como la industria alemana; ese defecto ha comenzado a subsanarse y se tiende a realizar, formalmente o no, una especie de Estados Unidos de Europa. Sin esa cooperación relativamente solidaria, que no afecta para nada el nacionalismo particular de los Estados adheridos, Europa tropezará cada día con más dificultades a causa de la concurrencia de Estados Unidos. Pero en realidad en Europa existen dos grupos de Estados como unidades económicas: Inglaterra con sus dominios, y el resto del continente europeo. Las relaciones políticas entre Francia y Alemania, los dos principales Estados de la combinación continental, han tenido que suavizarse hasta el punto de encarar las posibilidades de una pacífica cooperación. Frente a esas grandes concentraciones europeas: la del imperio británico y la del resto de Europa, se manifiesta una cierta veleidad de alianza mediterránea, por uno parte, y un distanciamiento ruso por otra. Rusia dirige sus ojos a oriente y procura oponer a la Liga de las Naciones con sede en Ginebra una liga asiática, formal o no. Los Estados Unidos con el Canadá forman por sí solos una unidad capaz de sostenerse triunfalmente contra todo el mundo y aspiran a una dominación económica de la América latina, lo que les proporcionaría nuevos mercados y nuevas fuentes de materias primas. Pero ya frente a ellos se levanta una sorda desconfianza y una marcada oposición en la América del Sur, lo que podría llevarnos a una alianza más estrecha de los Estados latino-americanos.



Leñadores

¿Cuál es el significado de esa fiebre política tendiente a crear grupor de Estados rivales? ¿Llevará a la paz ese afán de alianzas ofensivas y defensivas sobre una base que Bas- podríamos llamar continental? te saber que esas alianzas se hacen como actos de defensa económica y política para comprender que es la guerra lo que se gesta, pero una guerra en que los beligerantes serán grupos de Estados, continentes contra continentes.

En cuanto a las grandes masas trabajadoras, en esas alianzas de lcs Estados quedarán en condiciones inferiores aun a las actuales, por la sencilla razón que no se tiene en cuenta en todo eso más que las ventajas del capitalismo, la fortificación de los puntales del privilegio.

Toda la política internacional se preocupa de esos problemas; hasta el movimiento obrero reformista los tiene a la orden del día. Solo los anarquistas queremos empeñarnos en ir contra la corriente y en oponer una dirección contraria a los acontecimientos históricos: contra las alianzas de los Estados nosotros propiciamos una medida más sencilla, más fecunda, más prometedora: el libre acuerdo de los individuos. Hay que comenzar a construir la vida de abajo a arriba, partiendo del individuo, del pequeño núcleo de cooperación. Es verdad que nuestra solución exige la muerte del industrialismo, la reorganización de la vida económica sobre nuevas bases, la supresión del Estado, pero el que puede ver y entender, comprenderá que la evolución que sigue el capitalismo y el estatismo nos lleva a un callejón sin salida, a un empeoramiento, por tanto, de las condiciones de la existencia humana. La libertad es tan necesaria para vivir como el pan y el agua y el sol. Y la libertad es cada día más restringida, cada día menos tolerada en este régimen de fascismo y de explotación desenfrenada que vivimos.

El anarquismo propicia la sola solución viable: el libre acuerdo de los individuos, la entente sobre lo inmediato, sobre el interés de cada uno y de todos en el radio de nuestras cotidianas preocupaciones; después se extenderá la entente de grupo a grupo, de región a región, de continente a continente. Pero una casa no puede comenzarse a edificar por el techo. La concordia y la paz internacionales tienen que estar fundamentadas en la adhesión del individuo. Que el individuo sea la piedra angular de su propio destino, que sea él el constructor del ambiente en que ha de desarrollarse y vivir; el libre acuerdo, sin dogmas ni codificaciones, producirá la armonía, la dicha, la justicia en la sociedad.

Mientras nos dejemos dominar por un aparato que hemos creado nosotros mismos: el estatismo; mientras seamos insignificantes rodajes en un mecanismo de que hemos sido inconscientes constructores: el aparato de la producción capitalista; mientras no vuelva a ser el hombre con sus necesidades y aspiraciones el centro de la vida; es decir, mientras no sea el libre acuerdo de los individuos la norma social suprema, todos los ensayos del Estado y del capital, aun en el caso de que sirvan a sus fines, no aportarán a la humanidad un átomo de justicia y de bienestar.

¿Por qué no hemos de levantar los anarquistas nuestras soluciones, por qué no hemos de esforzarnos por ir contra la corriente, abrigando como abrigamos la convicción que solo la libertad y la solidaridad de los hombres, o sea el libre acuerdo fraternal, nos acercarán a la tierra de promisión de una vida nueva?

—(*—*)—

No se fusilan las ideas

No temáis expresar en público todo vuestro pensamiento Unicamente a esta sola condición somos buenos y grandes. Pensad y suscitad ideas alrededor vuestro. Amad el pensamiento de los otros cuando corresponde al vuestro y respetadlo cuando os es contrario. Es necesario comprender también lo que os causa disgusto. Es una ley criminal, — y sé que hablando así incurro en un delito que cometo con satisfacción y alegría —, es una ley criminal, repito, la que castiga con la cárcel o la multa al hombre que habló o escribió contra las opiniones más aferradas a nosotros, contra nuestros sentimientos más caros, contra la fe más sincera. La aplicación de semejante ley es una vergüenza y un oprobio para la humanidad entera. Es monstruoso, es estúpido castigar con pena de prisión un artículo de un diario. ¿De qué modo puede rebatírselo? ¿Cómo se podrá discutir con un hombre encerrado en la cárcel, cómo puede convencérsele que no tuvo razón? Les acordáis el supremo sacrificio de sufrir por todas sus ideas. ¿De qué manera podríais oponerles las vuestras, aun siendo mejores, si no os costó el menor sacrificio, ni el más mínimo dolor? A la par que la intolerancia religiosa, detestamos la intolerancia política y moral, y se deben abolir todas las leyes, contra los sacrilegios, aun siendo civiles.

Si las palabras son tan peligrosas, combatidlas, pero con otras tantas palabras.

Anatole FRANCE

E. LOPEZ ARANGO

Voluntad y fatalidad

Las tendencias autoritarias, aun cuando en determinadas circunstancias busquen en el pueblo la solución de problemas colectivos, excluyen el factor voluntarista en la marcha progresiva de la humanidad. La teoría del materialismo histórico — una especulación del autoritario Carlo Marx y cuya esencia es el más extremo materialismo—no admite la posibilidad de cambios bruscos, la alteración del "ritmo histórico", que sin embargo se ópera con demasida frecuencia bajo la presión de imprevistos acontecimientos. De ahí que los marxistas contemplen las revoluciones como casos de desequilibrio sujetos a la transitoriedad del fenómeno económico, interviniendo a título de ordenadores de la sociedad amenazada por las fuerzas indisciplinadas del proletariado y de depositarios de la nueva fe estatista.

Si se cifra en la fatalidad del proceso social la caída del capitalismo, de hecho se subordina al hombre a factores ajenos a su voluntad. Los marxistas—sin excluir a los que recurren al método subversivo para intentar la realización de sus fines políticos — no admiten que sea preponderante la influencia de los individuos en la marcha de la historia. Por el contrario, según los discípulos de Marx, es el factor histórico el que conforma espiritualmente a los hombres, el que determina la marcha de los pueblos y el que gesta tanto sus rebeldías como sus sumisiones.

No hay término medio en esa cuestión. El problema se presenta de una claridad meridiana. ¿No está en ese fatalismo la justificación de las reacciones operadas en períodos revolucionarios, que no son sin embargo hechos casuales ni responden a contigencias económicas distintas a las que impulsan la rebeldía de las masas obreras?

De nada sirve que los socialistas califiquen de reaccionario al fascismo y que los bolcheviques descubran en la dictadura la base de sus triunfos políticos. Esos dos conceptos aparentemente contradictorios, si bien explican la historia en dos formas diferentes, coinciden en una idéntica conclusión: la fatalidad del progreso, que tiene también períodos de franca regresión, que nunca previene la ciencia materialista... ¿No repiten los marxistas la leyenda de los sectarios religiosos, que atribuían a un ser sobrenatural los fenómenos que no alcanzaba a explicar la inteligencia humana? "Estaba escrito", dicen los fatalistas. "No es posible alterar el ritmo de la historia, contradecir la realidad, empeñarse en hacer de la vida una cosa distinta de lo que es", agregan los discípulos de Marx.

Esa teoría anti-histórica, esa negación del hombre como ser pensante, nutre las teorías del socialismo autoritario, cuya esencia está en la idea estatista. Si el individuo no vale por lo que piensa, por lo que siente y por lo que sabe, y si en cambio existe para sus instintos y para sus pasiones — para el imperativo del estómago — difícilmente podrán los pueblos substraerse a su condición vegetativa. Y, claro está, el problema consistiría en alimentar bien a los trabajadores (el viejo lema romano de pan y circo), y el ideal revolucionario estaría en el socialismo de Estado: en la bestialización por la facilidad de engorde de los esclavos del salario.

No es ese, como fácilmente pueden apreciar los verdaderos revolucionarios, el problema social que los pueblos tienen que resolver aún a costa de su relativo bienestar económico. ¿Acaso los trabajadores más míseros son los más rebeldes? Hay pueblos que cifran su ideal en una buena nutrición. Pero ese es un problema de ahora, que existe porque la amenaza del hambre pesa sobre la humanidad entera, y no excluye las aspiraciones nobles y altruistas en el proletariado mejor alimentado.

Los anarquistas no aceptamos la fatalidad del proceso capitalista señalado por los científicos del materialismo. Claro está que no negamos la influencia del medio social y el imperio de las necesidades; pero a la vez que consideramos al hombre como un producto del ambiente, entendemos que también adquiere nuevos conocimientos, nuevas ideas, nueva cultura. De ahí que atribuyamos al individuo, por lo que piensa y por lo que siente, por lo que es, y por su capacidad y comprensión de los fenómenos sociales, la facultad de dar a la historia un nuevo ritmo, perturbar el desarrollo del capitalismo y dar a la vida una interpretación distinta a la que la ciencia le asigna.

Hay, naturalmente, diversos grados de cultura, que representan otras tantas formas en la función de las instituciones sociales. Se operan retrocesos en el mecanismo del Estado y aparecen en escena fuerzas ignoradas que destruyen las más adelantadas civilizaciones. Y ese hecho nos demuestra que la voluntad es siempre más poderosa que las expresiones culturales que responden a energías pasivas: que el hombre logra siempre dominar a la masa, y que a su capacidad subordina los hechos que la historia nos ofrece como determinados por una ignorada y misteriosa potencia.

Si existiera una "conciencia histórica", una "voluntad dinámica" ajena a la voluntad del hombre, la evolución seguiría una marcha ascendente e ininterrumpida. Pero el progreso de los pueblos está subordinado a contigencias materiales y a perturbaciones éticas que llevan el desequilibrio a los sistemas que poseen el funcionamiento más perfecto y seguro y la fuerza de conservación más poderosa. La democracia es la consagración de la esclavitud voluntaria y del derecho codificado por la violencia. Existe por el consenso colectivo, por el engaño de una soberanía popular que, si no existe en la vida misma, da apariencias de justicia a la arbitraridad y encadena al hombre a su condición de ciudadano.

De la misma manera que Rusia salió del zarismo para caer en la dictadura bolchevique, Italia renegó de su tradición liberalista para entregarse a la locura de los cesaristas de camisa negra. La voluntad del hombre, favorecida por circunstancias imprevistas..., operó esos procesos de dictadura, diferentes en su trayectoria subversiva, pero equivalentes en su esencia reaccionaria. Y el ritmo histórico falló en ambos casos: en Rusia se quebró por exceso de violencia; en Italia llegó a la quiebra de la democracia, del constitucionalismo y de la legalidad, por el choque de dos violencias.

No sabemos cómo relacionarán los marxistas esos dos fenómenos revolucionarios. Políticamente explican el "hecho ruso" como un acto de subversión popular cuyo proceso es muy lejano y es en cierto modo independiente de la evolución capitalista. Pero la medida falla si se aplica a Italia. Allí existía la lucha de clases, y hasta se consideraba al proletariado como el poseedor de una "conciencia de clase", por lo que no tiene explicación el triunfo de un partido que desconoce la existencia de los antagonismos sociales que dividen a explotadores y explotados.

De estas consideraciones nosotros deducimos este hecho: el factor voluntarista es prevalente a los factores económicos que aparentemente determinan la sumisión o la rebeldía de los pueblos. Lo que quiere decir que la voluntad del hombre puede conducir a las masas pasivas tanto a la revolución como a la contrarevolución.

El problema, pues, consiste en crear una conciencia revolucionaria en los trabajadores, para que el proceso histórico esté subordinado a su voluntad y se ópere conforme a sus ideas, aspiraciones y necesidades.

Es vano empeño pretender orientar las actividades del proletariado teniendo en vista únicamente sus intereses económicos. El obrero es hoy algo más que el componente de una clase social, que por otra parte no existe más que en los aspectos externos del problema humano y está por ello sujeta a la ley de las relatividades. ¿Podemos sostener nosotros, que damos un valor excecional a las ideas y a la voluntad, que subordinamos a la conciencia del individuo la conciencia impersonal de la clase, que el factor económico es el que obra como único determinante en la rebeldía de los pueblos y en las sucesivas conquistas del pensamiento humano?

Para definir un movimiento voluntarista, inspirado en la energía y en la capacidad del proletariado, es menester comenzar por rechazar las fórmulas negativas del "materialismo histórico" y oponer a la concèpción marxista — a la pretendida evolución de las cosas, que es todo lo contrario de la evolución de los hombres—las ideas y los principios revolucionarios. Y la revolución, si ha de ser social, ésto es, humana, no puede estar sujeta al proceso capitalista, a las realidades económicas del momento, a la marcha de la historia conforme a los dictados de la fatalidad...

Hay en las corrientes predominantes en el movimiento obrero una absoluta negación del anarquismo. Se cree generalmente que se defienden mejor las ideas rindiendo un exagerado culto a ciertas exteriorizaciones. Se hace de la libertad un fetiche, un mero entretenimiento filosófico, un adorno que sienta bien a los espíritus pequeños. No se quiere comprender que la anarquía si bien no puede ser vivida en el presente, debe en cambio manifestarse en el alma de los pueblos e influir sobre el desarrollo de los acontecimientos sociales. De ahí que el valor afirmativo de la conciencia revolucionaria encuentre la manera de exteriorizarse en cada uno de los males presentes y en cada una de las manifestaciones del descontento popular.

Lo que debemos comprender los anarquistas es que, contra el fatalismo histórico — transformado en doctrina por los socialistas autoritarios —, es necesario oponer un movimiento voluntarista. Quiere ésto decir que a la concepción materialista, que cifra en el desarrollo industrial toda posibilidad revolucionaria y atribuye al capitalismo funciones destructivas, debemos oponer la fuerza de la conciencia y de la voluntad de los hombres.

Si aceptamos la función económica post-revolucionaria que los autoritarios pretenden hacer representar a la clase trabajadora, y si esperamos que el estallido de la "estructura capitalista" facilite el triunfo de la revolución social —o consideramos que, como dice el preámbulo de los I. W. W., el proletariado debe crear la sociedad nueva dentro del cascarón de la vieja —, de hecho negamos la razón de ser del anarquismo. ¿Qué papel juegan las ideas en esa sucesión de sistemas económicos regidos por leyes que nadie puede precisar? ¿De qué sirven los esfuerzos de los anarquistas si la voluntad del hombre nada representa en el imperio de las cosas?

El problema es arduo y ya fué planteado muchas veces, sin que por ello sus soluciones hayan servido para dar al anarquismo una orientación precisa respecto a las contigencias de la lucha social. Pero nosotros queremos significar este hecho: Bajo la influencia de los acontecimientos, por efecto de la crisis espiritual provocada por la última guerra y el fracasado ensayo bolcheviqui, teniendo mas en cuenta el problema de fuerza que representa el proletariado que el grado de cultura y capacidad adquirido por los pueblos, los anarquistas van aceptando la esencia económica del marxismo. Se dirá que el movimiento que llamaríamos político del anarquismo mantiene su oposición a las fórmulas políticas de los marxistas. Pero la táctica parlamentaria, como así también el reformismo aplicado a la acción de la clase trabajadora organizada, está sujeto a factores transitorios que no impiden a un marxista proclamarse apolítico y rechazar los medios de lucha recomendados por los partidos históricos... Quiere decir, pues, que la esencia del marxismo no está en el parlamentarismo y en la colaboración de clases, sino que por el contrario reside en el hecho de que se atribuya al desenvolvimiento económico de la burguesía causalidades que es imposible eludir. Si no se reconoce en el desarrollo industrial los efectos más perniciosos de la civilización burguesa, y por el contrario se acepta esa deformación de las necesidades como la síntesis del progreso humano, ¿en qué forma puede luchar la clase trabajadora para librarse del yugo que ella acepta?

Los llamados sindicalistas revolucionarios siguen la ruta del marxismo. Verdad es que aplican fórmulas subversivas a la organización obrera y se declaran apolíticos para significar su repudio por todo lo que sea una manifestación de acatamiento a las reglas jurídicas de la burguesía. Pero olvidan que la revolución no puede seguir la ruta del capitalismo, aunque, por ser económica, necesite atraer al proletariado a la órbita de la lucha de clases. ¿Qué solución encontraríamos los anarquistas en un cambio de forma en la sociedad burguesa? ¿Qué problemas puede solucionar el cambio de la clase dirigente y usufructuaria, si la revolución deja en pie al capitalismo y conserva todos los engranajes de la máquina económica? Serán los sindicatos los que tomarán a su cargo el manejo del Estado y la organización del trabajo en todas sus manifestaciones; surgirá la clase dirigente en una sociedad sindicalista, que poco a poco irá adquiriendo todos los vicios del sistema que los revolucionarios conservaron en la esperanza de que lograrían transformarlo. Y el caso ruso se repetirá una vez más, aun cuando no sean los bolcheviquis los que tengan el control de la revolución.

El círculo vicioso del marxismo nos conduce a esos resultados. Trazamos la "arquitectura" de la sociedad futura sobre las viejas bases del sistema burgués y nos esforzamos únicamente por desalojar de sus posiciones a la actual clase privilegiada. No se combate el espíritu, la esencia, la naturaleza del capitalismo. Por el contrario se demuestra un gran empeño en conservarlo para que sirva a los fines de la revolución.

Se dirá que esas intenciones no las abrigan los anarquistas, ya que la concepción teórica del anarquismo es la antitesis de las teorías materialistas. Pero si hablamos de la lucha de clases — en el sentido que lo hacen los discípulos de Marx—y atribuímos al proletariado una función revolucionaria connatural a su condición de clase explotada (si endilgamos a los obreros una conciencia clasista independiente de sus ideas y de su cultura) y si al simple imperio de las necesidades confiamos la solución del problema humano, ¿no declaramos de hecho que lo que perseguimos no es la destrucción del capitalismo, sino únicamente la destrucción de la actual clase capitalista? Y de ese juego, repetido en el curso de los siglos, de esa superposición de categorías sociales, de ese continuo cambio de castas dirigentes y privilegiadas, ¿qué es lo que podemos esperar? Cuando mucho el despojo de los ricos por los pobres, acto de fuerza que no supone una transformación de las bases históricas de la injusticia social.

He aquí a las conclusiones a que arribamos:

Los anarquistas debemos prescindir de las fórmulas político-económicas del marxismo, rechazando en consecuencia la concepción materialista que atribuye al factor económico un papel preponderante en la vida y desenvolvimiento de los pueblos. Hay que reivindicar al hombre y valorizar en los hechos sus facultades creadoras, su voluntad, su energía, sus ideas. Si bien es cierto que la sociedad hace al individuo, no es menos cierto que el individuo determina la característica general de la sociedad. El hombre es el creador... y los sistemas sociales son hechos a su imagen y semejanza. ¿No es el anarquismo una fuerza surgida del seno del pueblo, una manifestación de la energía humana, un movimiento de reacción espiritual que transforma paulatinamente el ambiente social y modifica la fisonomía de las cosas? Lo que necesita el proletariado es educar su sensibilidad y adquirir el dominio de sus pasiones y de sus necesidades. Y esa educación sólo será posible realizarla rompiendo con el pasado y transformando el presente.



Dr. FRANCISCO VALIENTE

Una revolución en la ciencia médica

La electronoterapía del Dr. Abrams, y la homeopatia del Dr. Hahnemann

Hemos leído en un diario de Londres lo que dice el doctor Fergie Woods: "El doctor Abrams no es muy simpático en Norte América. Un hombre que descubre un método de diagnóstico de cura que sostiene y prueba la inutilidad de la reacción Wassermann, que considera la vacuna como responsable de la propagación de la sífilis y que afirma que la teoría del germen de las enfermedades no es más que una simple quimera; un hombre como éste no puede ser bien recibido ni honrado en la escuela dominante."

En estas palabras se ha dicho todo lo que necesitaba decir.

Por otra parte, sabemos que el doctor Abrams, en sus investigaciones científicas comprobó que las drogas tienen un valor terapéutico basado en su cualidad radioactiva y no en razón de su propiedad química, y estableció como una ley invariable que esta radioactividad aumenta preparando los remedios al modo de los homeopáticos.

Desde que el doctor Abrams anunció que la ley del *similis* es una realidad y que la doctrina de Hahnemann no es un mito sino una gran verdad, perdió las simpatías de todos sus colegas alópatas. Esa es una de las causas porque se persigue tanto a este insigne médico.

Siguiendo el curso de sus investigaciones encontraremos otras causas, por las cuales se manifiesta contra él una indigna hostilidad, porque si su sistema es fantástico se habría desplomado solo.

Uno de los principales motivos de oposición contra el doctor Abrams se halla en que posee un talento y una agudeza privilegiados, con los que cavó un profundo foso para sepultar el sistema vigente de la medicina alópata. Llegó el tiempo para asistir a los funerales de esta vieja doctrina, que aconseja el uso de las drogas de una manera completamente empírica. Un médico alópata se encargó de ultimar este sistema, que dura desde hace tres mil años e hizo exclamar a Boerhave (alópata): "El género humano hubiese sido mucho más feliz al haber carecido de médicos", y Keisler (alópata): "Las mixturas y las drogas causan más daños y epidemias que las guerras".

Lo mismo decía Barthez (alópata): *"Somos ciegos que agitamos un palo sobre la enfermedad y el enfermo. Feliz del paciente que escapa a los golpes.*

Por su parte Borden confesaba: "Hace treinta años que no hago más que tratar de adivinar y estoy cansado de este papel de adivino".

Y no se diga que estas cosas podían salir a la luz pública en los tiempos pasados, porque no hace muchos años un médico alópata extranjero decía en esta misma ciudad: "No creo en la medicina, sino que sólo creo en la morfina". Y si Boucchardart declaraba que la *medicina oficial* "estaba aún por hacerse", nosotros diremos que ya llegó la hora en que no se deberá adivinar más ni se darán ya palos de ciegos.

El doctor Abrams, con su descubrimiento, ofreció un brazo a la homeopatía, que fué despreciada y burlada por aquellos que no la comprendieron, para alzarla al alto puesto que merece ocupar en el mundo científico.

En otros tiempos se necesitaba una gran dosis de energías y de buena voluntad para ser médico homeópata; se hallaba expuesto al desprecio de los colegas, teniendo en contra todo el mundo oficial y sufriendo las burlas de aquellos que no piensan con su propia cabeza, sino con la ajena. Ahora cambiaron las cosas. Con este sistema el triunfo del *similia similibus* es completo, y nosotros, izando una sola bandera nos uniremos para trabajar en beneficio de la humanidad.

La palabra *alopatia* no se deberá emplear, pues que *alo* significa contrario, y *patia* "dolencia", "enfermedad", entendiendo la *cura con ley de los contrarios*, lo que es simplemente absurdo.

El descubrimiento de Abrams, que es el más grande realizado en este siglo, afirma que no existe otra ley que gobierne las curas, sino la de los *simples*. Lo que he de explicar con extensión más adelante. Entremos en la nueva huella, con la seguridad que establecemos la verdadera hermandad médica.

Si no aceptamos de buen grado la nueva verdad en medicina, se impondrá por sí misma, puesto que la oposición no hace más que acrecentar el brillo de la verdad, y nosotros nos encontraremos en retardo en la vía del progreso.

El concepto de los electrones es universalmente aceptado por los hombres de ciencia como la única base para la explicación de todos los fenómenos de la naturaleza. Es una tempestad, una verdadera revolución está amenazando subvertir todos los valores en el dominio de la medicina oficial.

Nuestros libros de textos deben ser revisados y rehechos. La "Medicina Científica" *tradicional se halla en ruina*.

Parece que el doctor Abrams, con su método original y revolucionario, abrió una nueva puerta al mundo, por donde pasarán todos los médicos partidarios del progreso y se llegará a todos los descubrimientos que se llevaran a cabo en el campo terapéutico, descubrimientos que conducirán a un cambio radical y completo en la curación de los enfermos. En el umbral de esta puerta se halla ya el espectro cromoterapia de Dimhas P. Ghiadiali, metafísico y psicólogo, quien cura las enfermedades con las radiaciones de los colores. Dice Ghiadiali: "Mi campo de operación es el cosmo. Mi fe es la verdad en el absoluto".

Acerca de las drogas dice: "Durante millares de años se estuvo empleando drogas y productos químicos para aliviar las dolencias humanas. Su valor casi nulo puede deducirse de la aparición diaria de un cúmulo de medicamentos nuevos. El número de ellos llegaron a una cifra espantosa y los médicos positivistas están forzados a admitir que la terapéutica actual es absolutamente empírica".

Demos una idea de la medicina electrónica como fué concebida por el doctor Abrams y expuesta luego por sus discípulos, entre ellos los doctores Hall, King y Arneson.

Para mayor comprensión de la medicina electrónica deberíase ante todo emprender el estudio de los electrones, del telégrafo sin hilos, de la radiotelegrafía, del espectroscopio, que es un instrumento de óptica que sirve para estudiar el espectro luminoso; de la teoría de la luz y de la electricidad, y de la teoría y de la acción de esos pequeños y maravillosos instrumentos conocidos por el nombre de "Vacuum tubes" y que se emplean para la rectificación de las corrientes eléctricas y la ampliación de las radio-ondas. Después de haber llegado a comprender la ley que regula estos hechos y estos fenómenos, será más fácil adiestrarse en la medicina electrónica, que sobre ellos se basa exclusivamente.

Entonces puede ser se apodere de nosotros un sentimiento de aversión hacia esos *médicos: seudocientificistas*, que en los Estados Unidos se opusieron hasta ahora al desarrollo de la electroterapia. A ésta se le demuestra una acerba oposición por parte de la *Asociación Médica Norteamericana*, cuyos miembros son todos alópatas

Contra ella se oponen los cirujanos, los fabricantes de medicinas; en suma, todos aquellos que se ven atacados en sus intereses.

El concepto electrónico de la materia y de la energía sostiene que toda substancia se halla compuesta de una sola y misma cosa, que se llaman *electrones*. En otras palabras, se toma una partícula de hierro y una gota de sangre, y se comienza a dividirlas y subdividirlas hasta la mínima división, y se obtendrá en ambos casos simples y puros electrones.

Lo mismo sucede con todas las substancias. Estos electrones son considerados como una carga de electricidad negativa, siendo la carga positiva la constituída por el núcleo central del átomo. Los electrones poseen la propiedad de encontrarse en constante y automática vibración. Según Arnesón, la velocidad de las vibraciones difiere en toda substancia que sea de diferente calidad, de modo que la naturaleza de la substancia determina la menor o mayor velocidad de las vibraciones, exactamente como si dijésemos que la cuerda *do* de un piano es la cuerda *do* porque vibra a una cierta velocidad, mientras es otra la cuerda *re*, porque vibra a una distinta velocidad. Como los electrones, que vibran con una determinada frecuencia, constituyen el hierro y la sangre con sus específicas vibraciones, así nosotros encontramos que las diferentes enfermedades cambian de velocidades vibratorias en la sangre normal.

Algunos de estos electrones, en su vibración son lanzados en el espacio y producen el fenómeno que se llama *radioactividad*, de ahí su nombre Radium, dado á la primera substancia, que fué descubierta por los esposos Curie, porque emanaba de los electrones visibles puestos en condiciones favorables.

Cualquiera que haya observado un pedacito de radio en la obscuridad y a través de una lupa, recordará de haber visto desprenderse continuamente chispas que no son otra cosa que el resultado del choque de los electrones en el esfuerzo de liberarse.

Dado que todas las substancias están compuestas de electrones es comprensible que todas las substancias deberán ser más o menos radioactivas. Dado también que cada substancia está compuesta de electrones que vibran de una manera particular, si se pudieran tener instrumentos que nos revelasen la naturaleza de estos electrones y los midiesen, dándonos la coeficiencia de sus vibraciones, nos sería fácil saber la calidad de la substancia, sin la necesidad de examinar la totalidad de la substancia.

La luz tampoco es otra cosa que electrones lanzados de una cierta substancia a una velocidad tal que produce una sensación determinada sobre la retina, el nervio óptico y la célula cerebral que provoca esa sensación que nosotros llamamos *luz*.

La velocidad de vibraciones de la luz varía, desde la más lenta, que produce el *rojo*, hasta la más veloz, que produce el *violeta*.

Según Malgat, la corriente de los rayos luminosos es en vibraciones por segundo, en millones: violeta, 709; azul, 631; verde, 595; amarillo, 544; naranja, 511; rojo, 484; infrarrojo, menos de 484; ultravioleta, 709.

Todos estos rayos emanados de la luz solar constituyen las fuerzas que obran en la materia de modo diverso.

Cuando el número de las vibraciones aumenta el ojo no percibe la luz, mientras que la placa fotográfica es sensible a ella.

El largo primero de onda se la llama ultravioleta y el que la sigue es el de los rayos X.

Mediante el espectroscopio la luz blanca es descompuesta en los colores que la componen, y cada cual es producido por una determinada velocidad de la vibración de los electrones. El resultado es una faja de colores que va desde el rojo al violeta.

Cuando la luz pasa a través de una substancia que posee la misma velocidad vibratoria que la del espectro, el resultado que se deriva es que estas vibraciones de colores se interponen y ningún color que posea esa misma particularidad vibratoria podrá atravesarlo: de ello resulta una faja obscura en una parte dada del espectro. Estas líneas o fajas se conocen bajo el nombre de *fajas de absorción o líneas de Frauenhofer*.

Así, por ejemplo, sabemos, por los experimentos realizados, que el sodio tiene una velocidad vibratoria que corresponde a la parte amarilla del espectro. Ahora bien, cuando la luz pasa a través de una llama, en la que se quema sodio, advertiremos su presencia precisamente por una faja obscura que corresponde al amarillo. Es esta una de las pruebas más satisfactorias. Ninguna substancia conocida produce exactamente la misma línea.

Este es el medio que emplean los astrónomos para determinar, con absoluta precisión, la calidad de elementos que componen la luna, el sol y los planetas. Ellos no necesitan distinguir un astro del otro. Les es suficiente determinar las diferentes velocidades de los electrones lanzados por esos cuerpos celestes.

Deberíase repasar todo lo que se ha escrito precedentemente para la mejor comprensión de lo que va a seguir.

LA ELECTRONOTERAPIA—

Sigamos lo que nos dice el doctor Arneson: "La escala del espectroscopio se la divide en secciones, que son designadas por las letras del alfabeto, comenzando desde la *A* en la parte roja y terminando con la *H* de la parte violeta. La faja del *sodio* se encuentra con el amarillo en *D*, la del potasio en *A* y otra entre *G* y *H*.

Es un hecho conocido de todos los hombres de ciencia que las soluciones de la sangre pueden ser examinadas del mismo modo por el espectroscopio. Un tubo como muestra, que contenga una solución diluída de sangre, se le coloca de manera que la luz pase a través de él antes de llegar al prisma de la desviación del espectroscopio. Examinando, encontramos que los distintos componentes de sangre dan diferentes fajas obscuras.

La osiomoglobina produce dos en *D* y en *E*. La *ematina* una faja obscura entre *B*. *y C*. La metaemoglobina de una faja larga entre la *B* y la *C*.

¿Cuál significado tiene esto? Significa que nosotros estamos aprendiendo cómo las diferentes condiciones de la sangre producen distintas fajas de absorción. Estas fajas son producidas según las diversas velocidades vibratorias de los electrones que comprenden las varias substancias contenidas en la sangre y mencionadas más arriba. ¡Nos hallamos diagnosticando las condiciones de la sangre, mediante sus vibraciones electrónicas!... ¿No es un acuerdo perfecto con los hechos establecidos?

Se debe convenir que el chancro posee su particularidad vibratoria de electrones.

El uso del espectroscopio podría ser limitado a las condiciones que tienen las velocidades vibratorias que corresponden a las visibles, a simple vista, o que pudiese impresionar el *aparato* fotográfico.

Es también posible construir un ultra-espectroscopio, con el que hallarían muchas otras condiciones patológicas del cuerpo, que producen fajas obscuras en ciertos puntos del espectro visible o del espacio que comprenden los rayos ultravioletas y los rayos X

Supongamos que al espectroscopio se puede fijar una sola escala numerada y que la luz pase a través de una solución de sangre del enfermo, que exhibiría una faja obscura en una zona diferente por cada enfermedad.

Así por cada enfermedad se tendría un número correspondiente a la graduación de la escala. Empleando la graduación formulada por Abrams encontraremos que una faja obscura del 2 indicaría, por ejemplo, infección estalaficóquica, el 4 señalaría malaria, el 5 gonorrea, el 6 colibacillosis, el 42 tuberculosis, el 50 chancro, el 55 sífilis adquirida, el 57 sífilis congénita, el 58 sarcoma, y etc. ¡Qué descubrimiento más maravilloso!

Pensad por un instante lo que significaría esto en la práctica de la medicina. Se podría hacer diagnósticos independientes de la ayuda de los grandes laboratorios y de las grandes clínicas. Los diagnósticos resultarían el cien por cien correctos, sin ninguna probabilidad de error.

Los astrónomos nunca se equivocan cuando nos indican los componentes de una estrella que se halla distante a varios millones de millas.



Tampoco el médico se equivocaría.

Compárese este método de absoluta certidumbre con el que todavía emplean los médicos que no es más que un juego de adivinos. Es un juego de azar que sobre cien diagnósticos nos puede dar quizás cincuenta correctos o casi correctos.

Es siempre el mismo juego de la adivinanza.

Si ahora un hombre de ciencia nos dijera que perfeccionó semejante espectroscopio, estemos seguros que al día siguiente se produciría una demanda enorme de estos espectroscopios. Y bien, arriesguémonos a decir que el doctor Abrams nos da un medio para determinar las vibraciones de los electrones, que es de un resultado más eficaz que el espectroscopio. Este indica las velocidades de los electrones, lo mismo como lo hace el aparato de diagnósticos del doctor Abrams.

El espectroscopio no se podría emplear para medir la intensidad o la etapa de la enfermedad o la dolencia del órgano lesionado; en cambio, la técnica del doctor Abrams puede darnos esas precisas indicaciones.

Un gramo o una tonelada de sodio, una gota o un litro de sangre producirían las mismas rajas obscuras en el mismo lugar, y la misma intensidad y virulencia de la enfermedad, sin indicarnos el punto de localización en el cuerpo del enfermo.

El doctor Abrams construyó su aparato casi sobre el mismo principio de la estación receptora del telégrafo sin hilo.

Cuando la estación del radio está bien cargada y el mensaje ha sido recibido, el aparato indica la longitud de la onda que está recibiendo, y por ella se conoce la estación que envió el mensaje.

La longitud de la onda y la velocidad de electrones son términos equivalentes, es decir: completamente análogos.

La misma cosa se puede realizar con los instrumentos cuando se hallan en su punto máximo de funcionamiento. Mientras recibimos los impulsos de los electrones en la sangre del enfermo, el aparato nos indica la longitud de la onda y la velocidad vibratoria que estamos obteniendo, lo que nos da a conocer cuál es la enfermedad que sufre el paciente en examen, porque cada enfermedad posee una velocidad particular de vibraciones, medida vibratoria o, como dice el doctor Abrams, zonas vibratorias.

Actualmente, el aparato reciente más perfeccionado de radio indica la situación, la distancia, la dirección que lleva un barco, en relación a las estaciones escalonadas en la costa.

De la misma manera nosotros, con los aparatos de Abrams, nos hallamos aptos para determinar la fuerza y la virulencia de la enfermedad y su localización.

El buque no necesita ver las estaciones costeras para saber cuáles son, a qué distancia y en qué dirección se encuentran. Los electrones vibrantes, que producen las radio-ondas, le ofrecen precisas indicaciones.

Nosotros, igualmente, no necesitamos ver el órgano afectado para saber dónde se encuentra y en qué grado se halla enfermo. Los electrones, que vibran, nos informarán de todo.

Así como un gramo de sodio posee la misma medida vibratoria que una tonelada de la misma materia, lo mismo acontece con una enfermedad incipiente, la que tendrá la misma medida vibratoria que la de una enfermedad completamente desarrollada. Carecíamos de un instrumento que superase el espectroscopio y éste es el aparato de diagnóstico del doctor Abrams.

Una enfermedad incipiente la puede diagnosticar sin necesidad de recurrir al laboratorio.

Hagamos algunas breves consideraciones acerca de los conceptos electrónicos aplicados al campo de la terapéutica.

Poseemos la prueba absoluta que una vibración electrónica en la sangre, que es idéntica y similar a ciertas vibraciones despedidas por el espectro, produce el fenómeno de la interferencia cuando tiene contra sí una vibración idéntica — como acontece con el caso de un color — que tiene como inmediata consecuencia la obscuridad, o una actividad cero, allí donde las dos vibraciones se encuentran.

De esto se deduce que si podemos suministrar al cuerpo algún agente que posea la misma velocidad vibratoria que la de la enfermedad del paciente, este agente producirá la *interferencia* con la vibración de la enfermedad y ésta no existiría más.

Esto significa colocar la prueba exacta y matemática en la correlación del principio llamado *similia similibus curantur*, o sea: lo semejante cura lo semejante.

Estas no son simples conjeturas, sino hechos que diariamente se vienen demostrando en la teoría y en la práctica.

Encontramos que un tejido tuberculoso tiene una cierta capacidad de velocidad vibratoria y observamos que una preparación homeopática de tuberculina tiene la exacta vibración y produce el mismo resultado con la técnica de Abrams. Pero cuando ambos son colocados en el aparato las vibraciones se anulan totalmente.

Las mismas pruebas se pueden verificar con otras drogas. Es la base para la medicina exacta, la medicina verdaderamente científica.

Llegará día que se perfeccionarán los aparatos para medir numéricamente la velocidad vibratoria de toda enfermedad y, además, de todas las drogas. El doctor Abrams se ocupa ya de esto. Entonces será una cosa muy simple la de determinar la velocidad vibratoria de la sangre del enfermo y escoger el remedio que tenga la misma velocidad de vibraciones. Los remedios se ordenarán numéricamente en vez de alfabéticamente. Podremos así medir las vibraciones electrónicas de las medicinas. En esto el doctor Abrams nos dió la prueba matemática de la corrección del segundo principio homeopático, que con nuestro procedimiento de *dinamización* (potencialidad), una droga resulta con energía terapéutica aumentada en su acción curativa. Una *tintura* da siempre la indicación más baja de energía, y toda potencialidad sucesiva presenta una energía mayor. En algunos remedios se ha observado que, por ejemplo, la tercera parte de sus decimales resulta un mil por ciento más potente que su correspondiente *tintura*.

¿Qué dirán ahora los médicos materialistas, los denigradores de la verdadera ciencia?

Deben aprender: *que la energía electrónica es producida por los electrones libres; el número de los electrones determina la intensidad de la energía.*

De esto se deduce que el aumento de potencialidad de los remedios homeopáticos se deben al proceso de *dinamización* establecido por el inmortal Hahnemann y que se obtiene con la agitación de las moléculas, de manera que sean agitadas en sus agrupaciones y puestas en cierta libertad. Solamente los electrones vivos producen efecto, y así sabemos que la eficacia de cualquier droga depende enteramente del número de electrones libres que se pueden utilizar. Los vendedores y los fabricantes de drogas son enemigos del método de Abrams. Dividiendo y sudividiendo los cuerpos y agitándolos, por la manera empleada por nosotros, obtenemos la libertad de electrones que nos proporcionan curas verdaderamente asombrosas, porque sus vibraciones llegan a influenciar las vibraciones de la enfermedad. La elección del remedio se hace, según la totalidad de los síntomas. ¡Qué admirable procedimiento!

El mercurio pasa a través de nuestros intestinos, sin abandonar una sola molécula. El plomo entra y sale del tubo, sin que se observe en el torrente circulatorio una sola partícula de esa materia; y no obstante, si se someten a la *dinamización*, a la primera reducción decimal, cuando ya existen electrones libres, producen intoxicación y muerte, causando lesiones materiales, temblores y parálisis.

El doctor Abrams supo explicar qué es lo que quiso decir el doctor Hahnemann con la palabra *dinamización*. Es decir: él observó que todos los remedios triturados y sintetizados eran más enérgicos, y así lo aprendieron los homeopáticos, y así obraron en la práctica; pero la razón científica ha sido descubierta solamente ahora.

Gloria a Hahnemann, que fué el precursor al descubrir los efectos dinámicos de las drogas, y gloria a Abrams, que en el presente siglo reveló la razón fundamental de este descubrimiento.

Tenemos ya la terapéutica de la vibración.

La medicina marchará por una ruta bastante diferente de la que siguió hasta ahora. Abrams es el padre de la medicina moderna.

El descubrimiento ha sido hecho. Su desarrollo y su perfeccionamiento aportarán nuevas ideas e innovaciones; pero el camino está abierto

Anti - Marx

Breve resumen de un libro de Pierre Ramus

I

Una casa editorial de Viena acaba de publicar una segunda edición del libro del compañero Pierre Ramus sobre las herejías del marxismo (*Die Irrlehre des Marxismus*, 206 págs. 8.º). El autor ha revisado y aumentado el texto, de tal modo, que en parte podría tratarse de una nueva obra; pero en el fondo, en la argumentación queda idéntica.

Un amigo nuestro había comenzado hace más de cinco años a resumir para los anarquistas de la Argentina el contenido de esta obra; era Kurt Wilckens. Las circunstancias de su gesto de vengador del pueblo le hicieron interrumpir el trabajo. Aprovechamos, pues, la oportunidad para continuarlo, con más éxito, esperémoslo, que el malogrado ajusticiador del verdugo de la Patagonia.

El marxismo ha sido apreciado por nosotros como la doctrina de esencia más reaccionaria en esta época; se habrá creído, seguramente, que hacíamos demagogía o que queríamos exaltar nuestras ideas libertarias con el desprestigio y el rebajamiento de las ajenas. No era así. Somos lo suficiente tolerantes para examinar lo que puede haber de progresivo y de revolucionario en todas las tendencias, aunque sean adversas y hostiles a nosotros. No es el odio el que ha guiado nuestro menosprecio del marxismo y su denuncia ante el proletariado como la corriente más reaccionaria; fué un exacto reconocimiento de la ideología y la táctica del marxismo.

Pierre Ramus sostiene en este libro la misma tesis, recogiendo la argumentación anarquista contra el socialismo llamado "científico"; pero lo que antes era crítica teórica, ahora, después de las experiencias de la guerra y las revoluciones que le sucedieron, es constatación objetiva de la veracidad de nuestras afirmaciones. El libro de Ramus, pues, es objetivo; cada uno de sus párrafos podría basamentarse en un cúmulo infinito de hechos y comprobaciones.

Comienza nuestro camarada explicando la actitud de la social-democracia durante la guerra y atribuyendo su traición al proletariado y a la revolución, no a que se encontraron al frente de ella hombres corrompidos, sino al sistema entero de ideas y de organizaciones de ese poderoso partido. La traición de la social-democracia, su defensa apasionada del Estado, de las fronteras nacionales, de la economía capitalista no se explica por la simple intervención de politicantes sin escrúpulos en los puestos dirigentes de ese movimiento; tiene sus causas profundas en la conformación espiritual que crea el marxismo en sus adeptos. Lo mismo que la teología convierte a los poseídos por ella en esclavos de sus teorías absurdas y encuentra en la iglesia su organización representativa, así el marxismo ha creado una organización jerárquica parecida a la iglesia: el partido de la socialdemocracia. La insuficiencia personal de los jefes socialdemócratas en todas sus especies y subespecies no aclara la bancarrota de esa supuesta corriente socialista; hay que ir al fondo de la cuestión y encontramos una teoría falsa, la que se encarna en la dictadura como método de gobierno, y una táctica igualmente errónea, la que surge de la estructura jerárquica de su organización, de su método político-parlamentario, que mantiene el movimiento obrero en el cuadro espiritual del orden capitalista y estatal.

Un conocido teórico marxista, el socialdemócrata austriaco doctor Karl Renner, en su libro sobre "La economía como proceso total y la socialización" (1924), un libro que quiere ser una exposición popular del marxismo, demuestra bien claramente que el marxismo en su vida práctica lo mismo que en su objetivo final no tiene nada que ver con el socialismo, que no es más que la continuación del sistema actual bajo la dirección del marxismo. Pierre Ramus transcribe algunas de las afirmaciones del doctor Renner, haciendo ver que, según la concepción de éste, la socialdemocracia no aspira a un nuevo orden de cosas, sino a la fortificación del régimen de explotación y de opresión en que vivimos. Por eso hay razón para gritar:

"Es un engaño calificar el marxismo como doctrina que quiere la abolición del capitalismo y sus instituciones; es un error afirmar en el marxismo un elemento de realización del socialismo" (página XIX).

A lo sumo, es un insoportable capitalismo de Estado lo que se quiere instaurar, nunca un régimen de economía libre, socialista.

Refiriéndose a la conquista del poder político en Rusia por los bolchevistas, dice Ramus, como hemos dicho nosotros mil veces:

"Lo que es el fascismo para Italia es el bolchevismo para Rusia. Ambos forman las ramas del mismo tronco del que han nacido y con el cual sucumbirán: ambos proceden de la social-democracia, ese primer retoño del marxismo", considerando que fascismo y bolchevismo son etapas de autodescomposición marxista.

Para la emancipación del proletariado es necesario denunciar el marxismo como lo que es en efecto: una teología de Estado de la peor especie; sólo entonces comenzará a tambalearse el capitalismo y su accesorio esencial: la socialdemocracia.

Hacía falta una obra que analizara y refutara la teología del marxismo, de un modo comprensible para la gran masa de los militantes del movimiento obrero. Creemos que el esfuerzo de Ramus ha sido fecundo en este sentido. El carácter antisocialista del marxismo tenía que ser descubierto y expuesto a la luz del día, no desde el campo de los adversarios del socialismo, sino desde el propio campo socialista, en que los anarquistas, los cultores y propulsores de la libertad, quedan enteramente solos.

El libro comienza realmente con una exposición del fundamento filosófico de corrupción del marxismo, que procede de la mentalidad creada por la filosofía de Hegel, según la cual todo lo real es racional, todo lo racional es real. De acuerdo a esa concepción "los poderes violentos dados en un período histórico son históricamente condicionados y necesarios, porque poseen en el pasado y en el presente el poder y la fuerza de su conservación. La existencia de una organización de la vida social afirmada por los medios exteriores de la fuerza es equiparada por esa filosofía a una necesidad que existe por un determinismo vital interno, lo que naturalmente tiene que llevar a las conclusiones más absurdas, a los más grandes sofismas y a la justificación de todo poder triunfante" (página 3). Esa mentalidad hegeliana ha pasado al marxismo, aplicada especialmente a la consideración de los hechos y fenómenos sociales.

Tiene mucha razón Ramus cuando dice que "toda interpretación histórica de la historia no puede ofrecer más que una explicación teológica. Pues ¿qué es la interpretación histórica? Que las condiciones dadas arraigan en una necesidad histórica y están justificadas como tal. Pero inmediatamente se plantea esta pregunta correlativa: ¿y quién determinó originariamente esa necesidad histórica, que manifestó tales o cuales resultados? Otra respuesta que una explotación teológica no es posible desde el punto de vista del método histórico" (pág. 4).

Todas las teorías y pensamientos filosóficos del marxismo descansan en el terreno reaccionario del conservatismo más absoluto y del malabarismo escolástico, en el hegelianismo. Lo que Hegel fué para la filosofía, lo fué su discípulo Marx para el socialismo y la economía. Como se sabe Hegel fué bastante ambiguo como para que sus fórmulas fuesen interpretadas a gusto del consumidor, naciendo de ellas una corriente archiconservadora y otra de pretensiones revolucionarias. Hegel mismo fué un portavoz del despotismo, del absolutismo, una especie

de creador espiritual de Bismarck y del prusianismo. Aunque Marx haya podido aparecer al principio como un revolucionario dentro de la filosofía hegeliana, andando el tiempo se reveló su verdadero carácter que, por lo demás, nuestros compañeros de la vieja Internacional reconocieron claramente; ni Marx ni Engels fueron nunca antimilitaristas o antiguerreros; la posición de sus discípulos en la guerra mundial no se ha desviado del marxismo legítimo. "Lo que fué Hegel para el Estado en el dominio de la filosofía lo fué Marx para el Estado también en el dominio del socialismo" (página 16). Hegel puso la filosofía al servicio del Estado. Marx puso el socialismo, y los sucesores de uno y de otro siguieron fielmente las huellas de sus maestros.

El método dialéctico empleado por Marx para dar apariencias de lógica a sus sofismas, procede también de Hegel. Y en general es tan palpable el parentesco del hegelianismo y del marxismo, que Ramus cree de su deber explayarse en una exposición de las características teóricas del primero, donde Hegel aparece bajo una luz que llamará la atención, seguramente, de los filósofos. La idea de la libertad, que para el marxismo es un prejuicio pequeño-burgués o algo peor, no existe en Hegel tampoco más que como Estado; el Estado es la razón, la libertad, la moral, el derecho, todo. Y eso el Estado monárquico, en su forma más absoluta, porque Hegel era un terrible adversario de la democracia como lo fueron Marx y Engels.

Continuaremos resumiendo la argumentación de Pierre Ramus contra el marxismo en una serie de notas para los números sucesivos de este semanario. Eso no evita a los conocedores del alemán una atenta lectura de este libro, que contiene muchos buenos pensamientos y está animado por el propósito de contribuir a emancipar el movimiento obrero de la reacción que se encubre, que se encubrió, mejor dicho, porque ya es cosa bien clara, en la teoría y la táctica del marxismo.

——(*—*)——

F. CARO CRESPO

Contestación a la encuesta

1.º—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria".

Ayer, hoy y mañana, mientras tanto la Anarquía no llegue a ser una realidad, sus problemas han de ser los mismos. El ideal anarquista no tiene más problema que resolver que el de la libertad; todos los demás problemas son secundarios. La Anarquía tiene bien claro su horizonte para que nos equivoquemos en caminos que parecen nuevos.

En "Acción Social" de San Feliú de Grixols hemos dicho algo que encaja sobre el esfuerzo anarquista internacional.

Nosotros no vemos más peligro que el desconocimiento de la personalidad anarquista, y no encontramos más salvación que la exaltación de esa personalidad. La unidad libertaria tanto nacional como internacional está en la comprensión sana de la doctrina anárquica. Nada de teorías, nada de palabrería. Hay que ser anarquistas de ejemplos. Mientras esto no suceda todo esfuerzo será inútil.

2.º—La Anarquía, desde el punto de vista como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

No puede negársele a la Anarquía su carácter revolucionario. Allí en la sociedad como en el grupo, al aceptársele como medio de lucha y propaganda, su característica no puede dejar de ser revolucionaria. Allí donde se pregona la Anarquía se pregona la Revolución.

3.º—Al ser una idea de los humanos ¿es o no proletaria la Anarquía?

Aunque el mayor concurso se lo presta en nuestros días el proletariado, el ideal anarquista no puede circunscribirse a ser un ideal de clase. Es un ideal humano, y en nuestro concepto tanto aportan a él (a su implantación) los trabajadores de la inteligencia como los del brazo. Tengamos en cuenta que entre el proletariado es sólo una pequeña minoría la que lo mira como ideal para su emancipación.

4.º—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

Creemos que al niño hemos de educarlo sin programa. A nuestro juicio, la educación debe ser libre. No estamos conformes con los maestros racionalistas que suprimen todo texto religioso. El niño debe aprender de todo, saber de todo. Sólo lo que hay que aprovechar la circunstancia en la que la inteligencia del pequeño se encuentre en condiciones de comprensión. Es así como a nuestro juicio puede emanciparse más pronto un ser de los miles de prejuicios existentes.

5.º—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el Arte en América y en Europa para saturar más el ambiente de anarquismo?

El arte, como la literatura de Zola, ha de ser realista. Fantasear no es arte. El arte ha de basarse en la naturaleza íntegra de las cosas. Un arte que no es revolucionario no es arte. Toda obra que lleve un sello de aspiración hacia el mañana, un gesto de protesta es una obra de arte, porque refleja en un débil trazo todo un estado social...

6.º—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

El individualismo al movimiento obrero no le ofrece garantía ninguna, por ser la antítesis de este movimiento. Pero es tan escaso el número de individualistas que, por lo menos en España, hay, que no podemos apreciar esta cuestión bien. Hoy hay un individualismo algo más abierto a las realidades que hace treinta años. Se admite ser individualista hasta donde se puede ser. Pero por lo que respecta al movimiento obrero el concepto general (no es mi opinión) es de que el individualista se constituye en un enemigo más de su desenvolvimiento, por medio de sus críticas, de sus ataques y su actitud general.

7.º—¿Cuál es el valor de la tradicion y en qué medida deberá seguírsela?

¿Qué es la tradición? He aquí lo que primero nos preguntamos. Hay cosas que llamamos tradicionales, pero que son tan consubstanciales a la vida que no podemos englobarlas en el concepto que nosotros situamos la tradición. Todo es tradicional, porque todo viene de ayer a hoy, de hoy a mañana. Su valor sólo puede medirse sabiendo si es buena o es mala. Si es mala (religión, autoridad) debe combatírsela; si es buena (costumbres de vivir, fiestas, etc.) debe defendérsela.

8.º—Para deshacer y soterrar más hondo viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los compañeros historiar el origen, bases y significado de la Biblia?

Aunque hiciéramos una antología, no sólo de la religión católica, sino de las veinte mil religiones que hay, no adelantaríamos nada. Creemos de poco interés este punto y por ello no lo ahondamos con nuestros escasos conocimientos. ¿Qué podría influir sobre el fanatismo y la rutina unas cuantas notas mías que no haga y hace el hermoso libro de Ibarreta, "La Religión al alcance de todos"?

ESPAÑA 1926.

E. G. GILIMON

LA ASOCIACION POR LA ASOCIACION

Sin adversarios capaces de tentar la controversia, el anarquismo arrastra una monótona vida, la aburridora vida del triunfador, que no tiene ante sí enemigos apreciables.

La propaganda se enmohece, como una vieja espada arrumbada por el ocio.

Nótese el desgano, el desaliento que origina la monocorde tarea de repetir a diario, como si fueran oraciones y salmos, los mismos argumentos, los mismos lugares comunes sobre el gobierno, la ley, la propiedad, la moral, etc.

Los anarquistas, combativos por excelencia, inquietos, turbulentos, hechos — dijérase exprofesamente — para luchar, no pueden permanecer inactivos, y a falta de adversarios con quienes contender, emplean sus energías vitales en luchar entre sí, en destrozarse mutuamente, en negarse unos a otros la condición de anarquistas.

Fuertes en dialéctica, pero débiles aun para la acción, decaen en la prédica por falta de contradictores. Y si no fuera por las represiones violentas de los gobiernos, que estimulan, que hacen surgir anhelos de represalia y venganza, que fomentan el odio, el anarquismo deslizaría su existencia sin aparente vigor, notándose apenas de él la carcoma de las divisiones intestinas, de carácter casi exclusivamente personal.

A falta de adversarios, gesta en su seno nuevas formas de doctrina, interpretaciones caprichosas del principal fundamento de su teoría.

Imitando a los reclamadores de la fórmula "El arte por el arte", fórmula que, aunque vacía, es admisible tratándose de arte, está gestando la fórmula "la asociación por la asociación", que eso y no otra cosa surge del concepto corriente de que la *organización lleva en sí su propia finalidad.*

Se concibe la asociación u organización con algún objeto, con algún propósito o fin determinado; pero no es admisible la asociación por la asociación, ni puede concebirse cómo la asociación puede llevar en sí misma su propia finalidad.

Esto se prueba fácilmente recordando la infinita variedad de asociaciones que hay, cada una con objetivo diferente, lo que no podría suceder si la asociación fuese por sí sola una finalidad.

Ni aun en el supuesto de que la asociación tenga como base los iguales intereses de los asociados en igual forma fundadas y cada una de las cuales tiene distinta finalidad.

Mencionaremos algunas a guisa de ejemplo, para aclarar más nuestra afirmación.

Las sociedades cooperativas, cuyo objeto es evitar las ganancias de los intermediarios, quedando éstas a favor de los asociados.

Las de socorro mutuo, que tienden a auxiliar a los socios en caso de enfermedad.

Las sociedades de *resistencia*, cuyo propósito emerge de su mismo nombre. Es decir: resistir a los avances del capitalismo impidiendo la disminución de los salarios y el aumento de los jornales. Y basta con las enunciadas.

Ahora bien; si el tipo de esas asociaciones es el de la de resistencia — como se desprende del hecho mismo de ser los que en ellas actúan quienes patrocinan la asociación— vendríamos a tener como finalidad la resistencia al capital, o más bien dicho la conquista de mejoras que es hoy por hoy el objetivo de esas sociedades aunque no sea propiamente esto lo que implica su nombre.

Entonces ya no sería tal, la asociación por la asociación, ni llevaría en sí misma su propia finalidad, sino que tendría por objeto o finalidad el mejoramiento económico de la situación de los asociados.

Y ese mejoramiento no sería ciertamente una finalidad, por cuanto que todo mejoramiento es indefinido.

El mejoramiento, además, depende sobre todo en las organizaciones gremiales de muchas causas externas a ellas, y resulta imposible en ocasiones tales, como cuando se producen crisis industriales, cuando se introducen reformas en el sistema de la producción, etc.

El mejorismo no resuelve nada. El problema social que el industrialismo ha planteado y que la elevación mental de los hombres ha hecho necesario resolver, pues no se armoniza el espíritu de la libertad, de independencia, de igualdad, la conciencia de que el productor sostiene a toda la humanidad sin que él reciba de ella una retribución equivalente a lo que crea por sí solo, con la posición baja del proletariado, con los vejámenes que sufre y las miserias que pasa; el problema social, repetimos, queda en pie a pesar del mejorismo.

Forzoso es entonces proclamar como necesaria la emancipación, y puesto que de ésta nos hablan también los que aseveran que la organización encierra en sí misma su propia finalidad, habrá que entender con un poco de buena voluntad que la finalidad de la organización gremial es la emancipación de los trabajadores agremiados.

Nosotros entendemos que sería necesario decirlo así, prescindir de la vaciedad que encierra el aforismo ese de que la organización tiene en sí misma su propia finalidad y manifestar que al asociar a los obreros se persigue que estos se emancipen.

Estamos convencidos que éste y no otro es el pensamiento de los que han introducido más a base de palabrerío que no con argumentación seria, esa divergencia denominada "sindicalismo" en el campo anárquico, divergencia cuya causa originaria queda explicada al principio de este artículo.

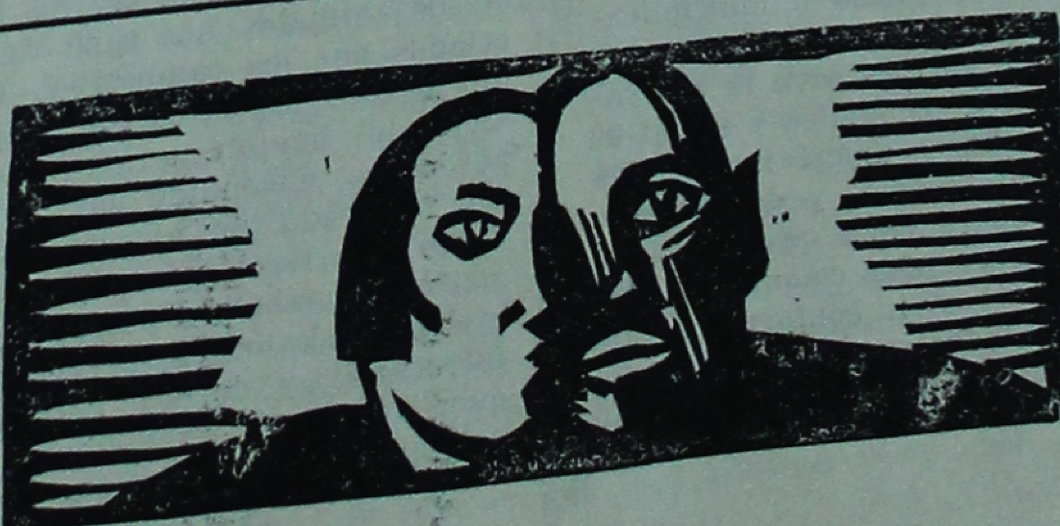
Por lo tanto, y si como creemos, el fin de la organización es la emancipación de los trabajadores, la variedad sindicalista huelga, está de más, pues que el anarquismo es igualmente la emancipación de los asalariados, emancipación que no puede ser alcanzada sino mediante la supresión de todo gobierno, ya que aun concediendo que el gobierno sea un producto del sistema capitalista, en él reside la fuerza, él es el sostén del capitalismo y sin derrocarlo no cabe concluir con el capitalismo.

La emancipación de los trabajadores no será cierta en tanto no vivan en un régimen anárquico, y en consecuencia la organización gremial debe tener como objeto el anarquismo.

Esta es la finalidad que deben perseguir las sociedades obreras, so pena de eternizarse en el mejorismo que, aun prescindiendo de que sea o no efectivo, tiene que sufrir constantemente reveses nacidos del mismo desarrollo industrial del capitalismo.

Y como no es posible que los obreros conciban espontáneamente la Anarquía, forzoso es propagarla; con lo que se evitará que al buscar su emancipación incurran en el error de darse jefes — lo cual es casi inevitable dada la fuerza de la costumbre de obedecer que pesa enormemente sobre los cerebros de los hombres — pues ésto equivaldría a hacer ilusoria la emancipación.

Buenos Aires. — 1908.



D. A. DE SANTILLAN

ENSAYOS Y EXPERIENCIAS

III

Si la poderosa corriente socialista de
la primera mitad del siglo XIX fué ex-
perimental y tuvo una tendencia a pasar
a la acción, a la realización de sus ideas,
andando el tiempo, bajo la influencia de
Marx y Engels, al elaborarse el materia-
lismo histórico, a esa corriente se le de-
nominó despectivamente "utópica", adje-
tivo que sirvió luego para todo pensa-
miento o movimiento socialista que se
desviará de la "ciencia" del doctor Marx.
Según el socialismo "científico", había
que esperar sentados, o en el parlamen-
to, que se cumpliera un proceso fatal
de concentración del capital, de acuer-
do a ciertas leyes preestablecidas, des-
cubiertas por el Moisés del sistema capi-
talista y principal inspirador del socia-
lismo autoritario. Esa noción fatalista, a
que hasta el propio anarquismo se adap-
tó en cierto modo, nos ha llevado a un
callejón sin salida, sin perspectivas, a
una orientación cada vez más ineficaz,
porque nos hace girar en torno a un
círculo vicioso.

Al concentrar nuestros esfuerzos y
nuestra propaganda revolucionaria en los
ambientes industriales, circunscribiendo
a las grandes ciudades los focos de prose-
litismo y de lucha, nos hemos integrado,
sin quererlo, en el ritmo de la economía y
de la vida general del capitalismo y del
estatismo, debatiéndonos en el vacío con-
tra fuerzas monstruosamente desiguales.
Pero no sería nada la enorme desigual-
dad de las fuerzas; lo peor es que son
tan grandes las resistencias adversas a
toda idea revolucionaria, es tan avasalla-
dor el engranaje de la gran ciudad, tan
absorbedor su mecanismo que, aunque
nos rehuímos a tomar parte en las insti-
tuciones de gobierno, nuestra acción anti-
capitalista y antiestatista es casi nula
Aun conservando una buena dosis de opti-
mismo, la duda sobre la posibilidad de pre-
dominar, de contar un día con fuerzas
para marcar rumbo a la historia y a la
convivencia social, se impone ineludible-
mente al espíritu. En otra ocasión podre-
mos hablar de la mentalidad capitalista
que se forma en el propio proletariado
industrial de las grandes ciudades. Nos
importa expresar ahora sólo nuestros
sentimientos.

La conquista de la gran ciudad indus-
trial para la anarquía, sin recurrir a
un poder de dirección, que se revestirá
con el nombre que quiera, pero que será
siempre un poder político, nos parece pro-
blemática, sumamente dudosa. Ahora
bien, todo nuestro movimiento se concen-
tró en las ciudades. Con un poco de de-
magogia y de audacia podríamos ser un
partido tan capaz de triunfo como cual-
quier otro. Pero no es eso lo que desea-
mos, no es esa nuestra anarquía. Quere-
mos una reorganización social en que no
intervenga para nada el principio de au-
toridad, porque de lo contrario no inmu-
nizaríamos la sociedad del porvenir del
pecado capital del presente. Ese senti-
miento de la impotencia progresiva para
conmover desde las grandes ciudades los
cimientos del capitalismo y del estatis-
mo, nos ha hecho dirigir los ojos al cam-
po, a la población agraria, tan descuida-
da por nosotros. En el campo está la raíz
de la vida social; desde allí se puede do-
minar la ciudad sin ninguna especie de
poder político; con una simple suspen-
sión de la afluencia de víveres basta para
quebrantar en pocos días la resistencia
reaccionaria de una ciudad. Eso no se
puede hacer en un abrir y cerrar de ojos,
naturalmente; pero hay más perspecti-
vas, más posibilidades de hacerlo que si
continuamos encerrados en los muros de
la ciudad predicando casi tan vanamente
como si predicásemos en desierto. Porque
el hecho de que un proletario sea anar-
quista o adepto a un partido político o
indiferente a todas las beligerancias de
ideas o de partidos, no ataca la raíz del
capitalismo.

Esto que decimos convendría verlo, ad-
vertirlo, comprenderlo. Como proletarios
estamos sujetos a un mecanismo econó-
mico que nos domina; no es el hombre el
dominador del aparato industrial produc-
tivo, es el dominado. Con ideas capitalis-
tas o anticapitalistas, estatistas o anties-
tatistas, el mecanismo funciona y nos-
otros tenemos que obedecer. Nos queda la
esperanza de ser un día dueños de todo,
de ocupar las fábricas y de expulsar a
los patrones y de nombrar consejos de
fábrica que ejercerán las funciones direc-
tivas. ¿Y después? El problema no es sen-
cillo. Si comenzamos la revolución con la
conquista de la ciudad, haremos lo mismo
que si comenzamos a edificar una casa
por el techo. Eso dejando a un lado la
necesidad que se ha de presentar de ins-
taurar una especie de gobierno director
y ordenador, al que se le dará un nom-
bre suave para no chocar demasiado con
las aspiraciones libertarias.

Por otra parte, hay que pensar que,
sin ningún apoyo en el campo, la reac-
ción puede refugiarse fácilmente entre
la población agrícola y anular con la pa-
sividad, con la resistencia pasiva, sin vio-
lencia alguna, todo movimiento de las
ciudades. También se entiende sin nece-
sidad de explicaciones el gran blanco que
ofrecemos al enemigo en las ciudades,
donde una acción colectiva cualquiera
tiene que hacerse a base de grandes ma-
sas que la reacción puede destruir con
suma comodidad si considera grave el
peligro. Fuera de las ciudades, ya no es
lo mismo. Las fuerzas revolucionarias
tienen más campo de acción, más puntos
de resistencia, más posibilidades sociales
y económicas y las formas de conviven-
cia que más les agraden y convengan;
no se encuentran con un mundo hecho,
que deben conquistar primero, sino con
un mundo por hacer, que sabrán crear a
su medida y de acuerdo a sus necesida-
des. Y pensamos así y quisiéramos que
los anarquistas estudiaran estos asuntos,
porque entendemos que la propaganda o
la organización no son fines, sino me-
dios: queremos dirigir los esfuerzos ha-
cia la revolución social. El anarquismo
no es de ayer. Y si es cierto que no vamos
a sacrificar el anarquismo a una impa-
ciencia revolucionaria, tampoco nos pare-
ce justo el olvido de la revolución, absor-
bidos como estamos en una propaganda
menuda que se parece a la tela de Pené-
lope, que tejemos nosotros y destejen
nuestros enemigos... cuando no la des-
tejemos nosotros mismos.

Al reflexionar sobre la revolución, so-
bre la necesidad de hacer algo más y
más fecundo en su favor, nos encontra-
mos disconformes con el círculo restrin-
gido del pensamiento y de la acción co-
tidianos. Y al constatar los grandes terri-
torios desiertos de estos países de la Amé-
rica latina, nos hemos acordado de las
viejas tendencias sociales llamadas utó-
picas y nos hemos afirmado en la utili-
dad revolucionaria, como experiencia y
como punto de apoyo material, de una se-
rie de comunas agrarias creadas por el
anarquismo en estos países apenas po-
blados todavía. La situación crítica de la
vida industrial en todos los países nos
favorecería en la prosperidad material
de esas comunas, y con un relativo des-
arrollo de una población agraria adicta
a la revolución, nuestra voz se haría oír
y la fuerza del anarquismo se multiplica-
ría. Sin contar que esas comunas servi-
rían de punto de partida para la reorga-
nización de la vida económica y social al
margen de los hasta ahora invencibles
focos del industrialismo y del Estado.
Para algunos anarquistas que probaron
ese recurso, las pequeñas colonias fueron
simples deseos de vivir conforme al an-
arquismo; casi todos esos ensayos fraca-
saron; a nosotros no nos guía una sim-
ple necesidad de ajustar las condiciones
del ambiente a nuestro ideal de vida; no
queremos emanciparnos solos o con un
grupo más o menos numeroso; lo que nos
interesa es formar núcleos de fuerza que
no estén a merced de cualquier capricho
policial. ¿Y qué mejor núcleo de fuerza
revolucionaria que algunos pueblos dise-
minados por el campo, con un radio de
influencia a su alrededor, trabajando ya
desde hoy para el propio consumo y de-
mostrando con la eficiencia del ejemplo
la superioridad de nuestras ideas? En los
períodos de prosperidad industrial, las
ciudades atraen y hacen olvidar en sus
derroches y en el aturdimiento de sus
engranajes que es fuera de sus muros
donde están las fuentes de la vida. Ac-
tualmente el industrialismo se halla en
un momento crítico de su existencia, en
medio de sus contradicciones inherentes.
sin perspectivas de dar una solución, aun-
que fuera efímera, a los graves proble-
mas planteados en su camino .Una
afluencia hacia el campo, o al menos una
mayor valorización política y económica
de la población agraria, tiene que pro-
ducirse forzosamente. También esas con-
diciones nos impulsan a sostener la con-
veniencia de ensayar la creación de al-
gunas comunidades agrarias como campo
de experimentación y como instrumento
revolucionario.

Hasta aquí no se nos han opuesto ra-
zones de alguna consistencia. Lo que he-
mos percibido en los que quisieron hacer
objeciones, fué un movimiento de extra-
ñeza, como ante algo que no se está ha-
bituado a oír. Un simple misoneismo, un
cierto recelo ante lo nuevo fué lo que mo-
tivó algunos reparos en varios camara-
das. Reparos que, ya lo hemos dicho, no
tienen ninguna solidez, porque o bien se
basan en malentendidos o bien son fru-
tos de la desconfianza frente a la nove-
dad, — desconfianza que no debiera ser
tan grande en los anarquistas.

Podríamos resumir las causas de los
fracasos de las colonias del período del
socialismo utópico: las desarmonías in-
ternas, los abusos del autoritarismo, las
dificultades económicas, la degeneración
de sus fines originarios, etc. Han querido
crear un paraíso al margen de la civili-
zación capitalista; su propósito era casi
siempre el de aislarse de la vida presen-
te. Nosotros, en cambio, queremos que
esas colonias, hechas en la mayor esca-
la posible, sirvan de punto de apoyo pa-
ra influenciar más de lo que hoy pode-
mos hacerlo la vida social y económica
entera. No queremos formar un oasis
para vivir mejor, sino para contribuir
más eficazmente a derribar los cimientos
de un mundo poderoso, pero que tiene su
talón de Aquiles, sin embargo.

De cualquier modo el anarquismo no
podría perder, saldría ganando con toda
ampliación de su radio de influencia. Si
las comunidades agrarias fueran creadas
por el movimiento, como sus demás ins-
tituciones, considerándose, no un mundo
aparte, sino un elemento integrante del
anarquismo en general, se eludirían gran
parte de los inconvenientes con que tro-
pezaron las viejas colonias comunistas.

Nos repugna entrar en los detalles, en
las menudencias de la organización in-
terna de esas colonias. Son cuestiones
secundarias, que se resolverían mal, sin
embargo, si se fueran a resolver teórica-
mente de antemano. Kropotkin nos ha
descrito perfectamente la aldea agrícola
industrial y ese esbozo nos basta en sus
líneas generales.

En resumen: búsquese si se quiere
una salida más práctica y prometedora,
que saludaremos con entusiasmo; mien-
tras tanto, convencidos de la relativa in-
eficacia del modo de encarar hasta aquí
la cuestión de la propaganda agraria,
nosotros sostenemos la conveniencia de
instaurar algunas comunidades agrarias
anarquistas y de extender a ese terreno
nuestra propaganda y nuestra acción re-
volucionaria.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

XIX

En la sociedad anarquista-comunista
todos los medios de producción y todos
los productos del trabajo pertenecerán a
todos. El producto no es propiedad exclu-
siva del que lo elaboró, por cuanto en la
elaboración de un producto cualquiera
interviene un número elevado de hom-
bres. Tomemos un simple objeto — un
banco de madera—e indiquemos una par-
te de los obreros que participaron en su
fabricación. Lo hizo, claro está, un car-
pintero, y antes de él trabajó un aserra-
dor que aserró la madera, el carrero que
trajo ésta de la estación ferroviaria, los
obreros ferroviarios que lo transportaron
hasta el aserradero. Trabajó el leñador
que cortó el árbol, el guarda-bosque que
preservó el bosque del incendio, el carre-
tero que acarreó las tablas del aserradero
a la carpintería. Haciendo el banco em-
pleó el carpintero un serrucho para cor-
tar la tabla, un cepillo, guillame y otros
instrumentos. Para asegurar las patas se
valió del formón; las encoló. En la fa-
bricación de las partes de madera de las
herramientas trabajaron otros carpinte-
ros; en la elaboración de las partes de
acero, mecánicos especialistas, quienes a
su vez utilizaron herramientas, obteni-
das y hechas por otros obreros. La co-
la la compró el carpintero en una tien-
da construida por alguien, se la despa-
chó el empleado, y antes esta cola fué
traida por alguien al negocio, extraida
por otro en la fábrica, de las pezuñas
de los animales, que a su tiempo fueron
criados por los campesinos El fuego en
que se calentó la cola fué adaptado al ser-
vicio del hombre quién sabe cuando y
por quién, encendido por un fósforo que
fué fabricado por alguien y en cuyo in-
vento y perfección trabajó un crecido nú-
mero de hombres. Una infinidad de hom-
bres trabajaron en la construcción del
ferrocarril y de su material rodante,
que transportó la madera al aserrade-
ro, en la construcción del cual, así
como en la construcción del taller, par-
ticiparon muchos hombres. Después ha-
bría que mencionar a los que inventa-
ron las ruedas sobre las que fueron trans-
portados la madera y las tablas, el tra-
bajo de los que inventaron las distintas
herramientas y así sucesivamente. En
una palabra, si llenáramos mil hojas en
la enumeración de las personas que par-
ticiparon en la fabricación de este sim-
ple banco de madera estaríamos tan le-
jos del final como lo estamos ahora. Y
eso que no hemos mencionado los me-
dios de subsistencia, los alimentos, la ro-
pa, etc., indispensable todo para el tra-
bajo del carpintero y todos los demás
obreros y en la elaboración de los cua-
les trabajaron los hombres en distintas
partes del globo.

Se pregunta ahora: ¿a cuánto asciende
la parte del trabajo puesta por el car-
pintero en la fabricación del banco? ¿a
una centésima o a una noventa y nueve
parte del trabajo social, consumido en la
fabricación de este banco? Es una pre-
gunta que no tiene respuesta posible.
Queda únicamente por decir que el ban-
co, como cualquier otro objeto, es el re-
sultado del trabajo de un número infi-
nito de hombres.

El derecho de la sociedad futura, no
el derecho escrito, no el impositivo, no
es el derecho del productor al produc-
to de su trabajo sino el derecho igual
para todos los hombres a los productos
elaborados por la sociedad: "todo corres-
ponde a todos, porque todos lo necesitan
todos trabajaron para ello a medida de
sus esfuerzos" (Pedro Kropotkin).

XX

No se puede aportar ni un solo argu-
mento lógico en apoyo de la desigual dis-
tribución de la producción social, y en
la necesidad de su distribución equita-
tiva entre todos los miembros de la so-
ciedad están de acuerdo los socialistas
partidarios del Estado. Citaré a uno de

ellos, el profesor Tugan Baranowsky. "El sistema equitativo de distribución, dice este profesor, debe tender, no a asegurar a cada obrero el fruto íntegro de su trabajo (esta aspiración es irrealizable por la desigualdad de los productos de trabajo distinto en calidad), sino hacer que la distribución se acerque todo lo más posible a la idea ética fundamental del socialismo, la idea de que todos los hombres son iguales. Un gran sabio no es más que un jornalero, por el solo hecho de que son hombres los dos, y ambos deben disfrutar de derechos a la ayuda de la sociedad no por lo que haya hecho, sino por su buena voluntad, por su deseo de servir a la sociedad.

La situación de los trabajadores es actualmente insoportable. Pero, aunque esta situación fuera pasable, siempre debería la organización social moderna ser sustituída por otra, pues descansa sobre bases injustas y deshonestas. El mal fundamental de la sociedad moderna es la violencia que engendró y que mantiene a la autoridad. La propiedad privada y la autoridad del gobierno deben desaparecer. Sin embargo cada hombre dispondrá de la parte del producto social igual a la de todos los hombres del modo que mejor le parezca.

XXI

Propiedad privada se denomina al derecho de usar y *abusar* de un objeto en la medida que lo permite la ley. (El Derecho Romano define la propiedad como "el derecho de usar y abusar de un objeto, en la medida que lo permite el sentido del derecho". "La palabra *abutendi*, de acuerdo a la interpretación escolástica, que se apoya en razones de peso, se traduce por "abusar". Pero independientemente del texto romano la definición de la propiedad dada por mí es, fuera de toda duda, científicamente exacta).

Desde tiempos inmemoriales permite la ley a los propietarios abusar de los objetos de su propiedad, explotarlos y emplearlos en la explotación de otros hombres. Así vemos que el propietario de una fábrica explota la misma y con ella a los obreros que en ella trabajan, apropiándose de la mayor parte de lo que ellos producen. Los terratenientes explotan a su vez junto con la tierra, a los campesinos y a los peones que la trabajan bajo sus órdenes o de los que la arriendan. El propietario de la casa explota a los inquilinos imponiéndoles un impuesto: el alquiler. El comerciante propietario de las mercaderías explota a los empleados y a los compradores, mal pagando el trabajo de los primeros y vendiendo a los segundos las mercaderías más caro de su valor real. Y así hasta el infinito.

El primer propietario fué el hombre que abusó del arma que le servía para la defensa de las fieras salvajes y para la caza y que empleó esta arma para someter a otros hombres.

A la propiedad oponemos la posesión de los objetos sin derecho de abusar de ellos. El poseedor del objeto lo utiliza para satisfacer sus necesidades o las necesidades de los demás hombres sin explotar ni oprimir a nadie. Posesión semejante de las cosas o "su uso" era una cosa normal hasta la aparición de la propiedad y existirá después que la propiedad esté abolida.

Se comprende que la propiedad privada, la propiedad del Estado y la propiedad de un grupo de hombres (como sería la del sindicato) no se distingue, en el fondo una de otra y todas por igual son rechazadas por los anarquistas-comunistas.

La propiedad nace de la violencia, de la usurpación.

Los usurpadores se aprovechan de los hombres, de la tierra, de los bienes ajenos. El Derecho Romano, en el que se basan todas las legislaciones modernas de los llamados países civilizados hacía derivar la propiedad del botín de guerra, o sea, que la propiedad era consecuencia de la violencia y del abuso y seguía siendo, a su vez, causa de otros abusos y otras usurpaciones.

El Derecho Romano, el derecho de los usurpadores y conquistadores y el derecho de los Estados modernos que emana de aquél, si alguna justicia observa es la justicia del reparto del botín, ya sea éste en forma de impuestos, ganancia, usura, etc.

Es la justicia de los bandidos que se reparten el botín. Todo el derecho moderno (las leyes) existe para salvaguardar el "botín" y para indicar el medio de repartirlo.

En distintas épocas fué cómodo y conveniente apropiarse de unos o de otros objetos. De este modo primero hubo quien se apropió de las armas, después de los hombres, (convirtiéndolos en esclavos), después de la tierra, más tarde de distintos medios de producción, entre éstos, de las fábricas y usinas con todas sus instalaciones, como también de los objetos de uso: casas, géneros, etc.

Para que la propiedad, el derecho de abusar de las cosas, pueda subsistir, hace falta no solamente la violencia que la engendró, sino también la violencia que mantenga este abuso. El Estado moderno — el Estado de propietarios y usurpadores organizó para defender la propiedad distintas instituciones de violencia directa e inmediata: el ejército, la policía, los jueces, las cámaras de legisladores etc. Si la violencia y sus instituciones dejaran de actuar, si la amenaza de la fuerza no gravitara sobre los hombres, la propiedad hubiera desaparecido hace tiempo dejando el puesto a la posesión de los objetos.

La propiedad de la tierra, de los medios de producción, del transporte y del comercio, de las casas, etc., será substituída, en una sociedad inteligentemente formada, por la posesión común. La propiedad común, que se basa en el derecho de hábito y el acuerdo (desde el punto de vista anarquista) es, en su creencia, totalmente antagónica a la propiedad. Es en primer lugar el derecho igual para todos los que pueden y deseen utilizar todos los medios de producción correspondientes en iguales condiciones de trabajo, y en segundo lugar, es en su desarrollo completo, el derecho igual, para todos los hombres, de disfrutar de los productos del trabajo social.

Los objetos que pertenecen a todos no pertenecen, por ello mismo a nadie. Son cosas de nadie, como de nadie es por ejemplo, el aire. Propiedad de "nadie" son actualmente, en un número limitado, los caminos rurales, las calles, plazas, y en algunos casos el agua.

Las palabras "cosas de nadie" las empleamos en el sentido de que nadie puede apropiarse de ellas como no se puede, por ejemplo, apoderarse de las estrellas, las que, si fuera posible, hace tiempo que estarían entre el número de los objetos de sagrada propiedad (la nobleza, el clero y los reyes intentaron, en la Europa medioeval, apropiarse del viento.)

Las cosas de nadie en el futuro nada tienen que ver con las cosas de nadie del derecho romano, que se hacen propiedad del primero que de ellas se apropia. Lo importante es precisamente que nadie se apropie de ellas. Son de nadie, no porque no se las puede tomar en propiedad sino porque esta apropiación no será permitida por la sociedad, por la interpretación social de justicia.

De las cosas de nadie no se puede abusar como se abusa de la propiedad. Nadie podrá, cuando los medios de producción sean propiedad de nadie, obligar a pagar por su uso. Es inconcebible también el uso de estos objetos por un grupo en perjuicio de otro. No se podría, por ejemplo, convertir en cotos de caza (como hacen actualmente los condes ingleses) una parte de la tierra necesaria para el cultivo a fin de que no falte el pan.

Las cosas de nadie son inenajenables. No se las puede comprar ni vender, ni hipotecar, arrendar, ni explotar por asalariados. Es inconcebible, en el régimen de las cosas de nadie, el salario, la ganancia, la usura, el arrendamiento, los honorarios. Es únicamente admisible la renta social, repartida equitativamente entre todos los miembros de la sociedad. Se entiende que el trabajador dispondrá de los medios de producción que le pertenecerán mientras trabaje con ellos, no como a propietario sino como a productor que los hace producir. En la sociedad moderna el obrero utiliza también en el trabajo máquinas y herramientas que no son de su propiedad. Si un hombre dejó de trabajar y utilizar los medios de producción puede emplearlos todo el que los necesite. Las herramientas y las máquinas que se emplean por el obrero en un trabajo cualquiera, cuando los objetos no sean de nadie, no quedarán por eso propiedad del que los emplea. Otorga únicamente el derecho de emplearlas mientras dure el trabajo.

Se comprende claramente que en la sociedad futura podrá cada uno disfrutar de los objetos de uso íntimo e inmediato sin perjudicar con ello a otro, ni tomar más si otro, debido a este abuso, ha de percibir menos.

XXII

Toda la historia de la acumulación de los capitales—antes y ahora—es, en su totalidad, la historia de la violencia, de los engaños y de la devastación ocasionada por los que acumulan las riquezas, la historia del derroche sin tasa de las fuerzas productoras sociales. Las empresas capitalistas surgieron de la violencia antigua y ahora igualmente se mantienen por la violencia. Roberdtus von Jugegoff, conocedor profundo de la vida económica antigua, explica la aparición del actual "contrato injusto entre capitalista y obrero" del modo siguiente: "al principio ni siquiera hubo contrato alguno, sino que sencillamente una parte era más fuerte que la otra y la obligaba a trabajar en su beneficio; el propietario se apropió del obrero mismo, como si éste fuera una herramienta inerte: le negó hasta la condición de hombre, incluyéndolo entre sus bestias de labranza y alimentándolo lo indispensable para que rindiese al amo artículos cada vez más

---

MAX NETTLAU (2)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

en una acción común"... Con un determinado programa político o antirreligioso, dice Bakunin, se habría escindido más aún a los obreros europeos en lugar de unirles. Dieron a la Internacional, dice después, primeramente, como base única la lucha exclusivamente económica del trabajo contra el capital y creyeron que un obrero que esté en ese terreno, que acepte esa lucha será llevado por la fuerza misma de las cosas y por el desenvolvimiento de esa lucha a reconocer pronto los principios socialistas y filosóficos de la Internacional".

Ya esta última frase, a la que sigue en el original una exposición más íntima de las ideas propias de Bakunin, muestra que por amplia que fuera la base de la Internacional, es decir, también de la organización internacional de cada país — en nuestro caso Francia — esa base se restringía siempre en la práctica por el hecho que cada tendencia socialista consideraba justo identificar sus propias ideas con las de la Internacional, es decir, difundirlas según sus fuerzas en las secciones que estaban bajo su influencia. Eso hizo Marx, eso hizo Bakunin, eso hicieron los proudhonianos, los positivistas, los colectivistas y todos los demás. Se hizo con diversos medios; por Marx y los autoritarios, de arriba a abajo, por el uso de la autoridad a ellos conferida; por Bakunin y sus amigos, mediante la actividad íntima, intensa, secretamente organizada de algunos individuos; por otros, mediante la discusión abierta y la propaganda especial, etcétera: el resultado fué la inevitable formación de partidos y la hostilidad en lugar de la tolerancia fraternal.

El derecho de coalición, que fué dado por fin a los obreros franceses en 1864 — el derecho de reunión lo recibieron tan sólo en 1868, — llevó a la rápida fundación de numerosas sociedades obreras, que por ejemplo en París se federaron en la *Chambre Fédérale des Sociétés ouvriéres*. Esas sociedades fueron, pues, los primeros sindicatos y estuvieron diversamente en estrecho contacto con la Internacional francesa y bajo la influencia personal de sus miembros más activos. Actuaron en huelgas dignas de estima en aquellos últimos años del imperio y, más aún que en las secciones de la Internacional, estaba en ellas el germen de la combatividad obrera que crecía entonces rápidamente y que durante la guerra en 1870-71, hizo velozmente de los trabajadores parisienses un factor de fuerza. Los batallones obreros de la guardia nacional, el *Comité central* que surgió de ellos, las agrupaciones en los días de la revolución como a fines de octubre, para las elecciones de febrero, todo esto tuvo por fundamento a aquellas asociaciones obreras, y así se produjo luego el 18 de marzo, la *Comuna de París*, la lucha aniquiladora impuesta a esos obreros organizados, a quienes se temía y odiaba por la burguesía y la reacción, lucha que, como en junio de 1848, sólo que en mayor proporción, condujo a la semana sangrienta de mayo, a una nueva matanza del proletariado parisién y a un nuevo período de la más dura opresión de la vida socialista de París, mientras que en las provincias, particularmente en el sur, la reacción no pudo ya vencer completamente; también fué continuada después la propaganda desde el extranjero, por los numerosos comunalistas refugiados en Suiza, en Inglaterra, etc., y los hilos del movimiento no volvieron a ser cortados enteramente.

En París se formaron muy pronto, después de la Comuna, nuevamente *Chambres syndicales*, organizaciones de oficio, pues, cuya dirección ciertamente estuvo en manos de personas poco avanzadas, aquellas que pudieron escapar por su tibieza a la persecución contra todos los supervivientes de la Comuna durante esa revolución.

Ese movimiento fué estimulado, es verdad, por republicanos radicales, positivistas, etc., porque debía formar un contrapeso contra el peligro amenazante, de parte de los monárquicos, para la república todavía muy precariamente establecida. Pero también los agentes bonapartistas trataron de apoderarse del movimiento apenas iniciado; a los internacionalistas y fugitivos del extranjero les satisfacía poco su carácter infinitamente moderado; pero en París no podía pronunciarse una palabra en voz alta en su sentido — estaban reducidos a la difusión de escritos impresos en el extranjero y a la fundación muchas veces problemática de secciones internacionales, etc.

Por consiguiente, ese movimiento sindical, durante muchos años, fué infinitamente moderado; apenas buscó contacto con trabajadores extranjeros mediante algunas visitas a exposiciones universales (Viena, 1873; Filadelfia, 1876) y su primer congreso (París, 2-10 de octubre de 1876; el informe aparecido en 1877 abarca 534 páginas) provocó justamente horror entre los socialistas del extranjero.

Pero llamó la atención la existencia de elementos de organización sorprendentemente grandes y comenzó la larga lucha por su dominación y explotación para fines políticos, que iniciaron desde 1876 los políticos marxistas que se agrupaban en torno a Guesde, Lafargue, Deville. Cómo era Guesde unos años antes, cuando pertenecía a la tendencia antiautoritaria de la Internacional, cómo incluso en 1877-78, ya como político, era relativamente radical en comparación con su actitud en 1896, lo ha resumido documentalmente E. Pouget en las *Variations Guesdistes*, 1896 (París, 36 págs. 12.°). A esos ensayos para arrastrar a la política electoral obrera a los sindicatos, -apenas libertados de todas sus conexiones con los políticos burgueses, se opusieron entonces los internacionalistas franceses desterrados en Suiza, como Louis Pindy, Paul Brousse, Jeallot y otros, que editaban en Chaux-de-Fonds la *Avant-Garde* (2 de junio de 1877 al 2 de diciembre de 1878) destinada a Francia,

perfeccionados. Después, cuando el obrero aprendió a fabricar estos objetos, y el propietario acumuló gracias al trabajo de este mismo obrero reservas considerables de productos, lo despidió, pero con las manos vacías. Y si desde entonces en adelante le concedió generosamente un pedazo de pan, se lo dió, no como mantención del esclavo, sino como "salario" basado en el "contrato libre". El trabajador tuvo que acceder a este contrato porque toda la tierra en su rededor, tanto los vastos espacios incultos como la parcela reducida de la que extraía desde tiempos inmemoriales, el alimento necesario para el amo y para sí mismo — fué proclamada propiedad del amo. El propietario podía defender su derecho exclusivo porque era el más fuerte. El obrero tuvo que someterse a la fuerza "en interés del orden y de la paz social" y más tarde el hambre le obligó a acatar el contrato que entregó en manos del propietario todos los frutos de su labor."

Esta breve exposición del origen del capital hecha por un gran sabio, tiene el mérito de ser muy acertada. Cuán lejos de los que no hablan de los organizadores surgidos de las clases explotadoras, de los que dicen que el desarrollo de las fuerzas productoras hizo aparecer sobre la arena económica a estos pillos. Primero fué el "hambre, la violencia" no los "talentos, las aptitudes" ni la "experiencia o el saber" lo que colocó a unos hombres sobre otros y convirtió a unos hombres en trabajadores y a otros en amos.

Más adelante la necesidad de someterse a la fuerza creó aquellas relaciones entre los hombres que, aunque alterando a veces sus matices, sobrevivieron a través del tiempo y del espacio, toda la historia de la humanidad.

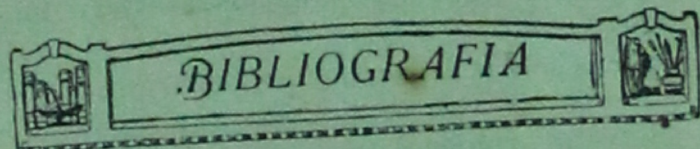
El proceso de la acumulación y reproducción de los capitales es bastante conocido, por lo cual nos detendremos en él brevemente.

Sabemos que los medios de producducción, usurpados por los capitalistas, van en aumento, crecen en cantidad y en calidad gracias al trabajo de los que no disfrutan de él. Así como una bola de nieve, rodando desde la cumbre de la montaña crece por la nieve que se le adhiere en su camino, así también el capital, bola que se dilata cada vez más con los productos del trabajo ajeno, mediante enajenaciones y traspasos de generación en generación de propietarios; pacíficos unas veces y violentos otras, crecen sin cesar. A los propietarios ya existentes se agregaron otros que acumularon caudales, ya sea por la explotación directa de otros hombres, ya sea por otros medios que siempre han redundado en perjuicios de las masas trabajadoras.

Las fuentes primitivas de las grandes fortunas contemporáneas son muy turbias. Se reducen a la violencia y a toda clase de engaños. La rapiña, la sumisión de los hombres libres a la esclavitud, el comercio de esclavos, la invasión, la piratería y otros medios semejantes enriquecían a los que apelaban a ellos. El comercio antiguo y moderno, base de muchos capitales, fué una continua rapiña, engaño, violencia; especialmente, cuando se trataba del comercio con el extranjero. La historia del comercio inglés en sus colonias y del ruso en Siberia confirma plenamente lo que acabo de decir.

Las guerras comerciales y coloniales, el saqueo de las colonias por los funcionarios y los gobiernos, dieron un rico aporte en sangre y oro a la historia de la acumulación de los capitales. El contrabando era también una fuente de enriquecimiento y los contratos fiscales con sus depredaciones descaradas contribuyeron a la creación del capital privado.

Un papel importante en la acumulación de los capitales lo desempeñaron los impuestos, los tributos, el diezmo. Los gobernantes se enriquecen legal e ilegalmente; ejemplo de ello son las enormes riquezas de los reyes y los presidentes y de los altos funcionarios de los distintos Estados. Los funcionarios y empleados del gobierno — desde el primer ministro hasta el último ordenanza — acumulan fortunas por las maniobras más turbias y más desvergonzadas, por las coimas, por la participación en las gerencias de las empresas, sin estar directamente ocupados en ellas, por el juego de la bolsa.



Instituto médico de fisioterapia. Prospecto ilustrado de 48 páginas, donde se hace un breve resumen de la historia, los principios, los métodos de la fisioterapia y se transcriben algunas opiniones sobre ese método curativo. Buenos Aires.

José D. Gómez Rojas, *Rebeldías líricas* (poesías), nueva edición Edit. Lux, Santiago (Chile), 40 páginas.

Algo, publicación mensual de Lorain, Ohío, N.° 1.°, octubre de 1926. Es una revistita heptografiada para distribuir gratis y contiene trozos selectos de diversos autores

Revista Sud-Americana de endocrinología, noviembre, Buenos Aires.

Revista Blanca, 1.° de noviembre, Barcelona.

La Batalla, semanario, México. Sigue llegando con regularidad esta publicación de nuestros compañeros de México.

The Workers Monthly, noviembre, Chicago.

La Campana de Palo. Número correspondiente a noviembre. Buenos Aires.

Libros publicados por la Editorial LA PROTESTA

La Revolución Social en Francia, por M. BAKUNIN. Prólogo de Max Nettlau.
2 tomos de 330 y 288 págs. en 8.°
Precio: $ 1.50 c|u. Encuadernado en tela $ 3.50 c|u.

Errico Malatesta, la vida de un anarquista, por MAX NETTLAU, traducción de D. A. de Santillán.
Un tomo de 268 págs., $ 1.20. encuadernado en tela, $ 3.50

Temas Subversivos, por SEBASTIAN FAURE.
Un volumen de 310 págs. $ 1.50
(En breve segunda edición)

Los Anarquistas (Estudio y réplica), por C. LOMBROSO y R. MELLA.
Un volumen de 170 págs. $ 1.—

Mi Comunismo (*La Felicidad Universal*), por S. FAURE.
Un volumen de 440 págs. En rústica, $ 2.— Encuadernado en tela, $ 3.50.

Conferencias. Tomo I: "El Estado, su rol histórico", "El Estado Moderno", por PEDRO KROPOTKIN.
Un volumen de 150 págs. $ 0.50
Encuadernado, $ 1.50.

Cartas a Una Mujer Sobre la Anarquía, por LUIS FABBRI.
Un volumen de 112 páginas. En rústica $ 0.50. Encuadernado en tela $ 1.50.

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España 1868-1873), por MAX NETTLAU.
Un volumen de 132 págs. $ 0.50

En el Café, por ERRICO MALATESTA.
Un volumen de 106 págs. $ 0.30

La Ukrania Revolucionaria, por AGUSTIN SOUCHY, $ 0.30

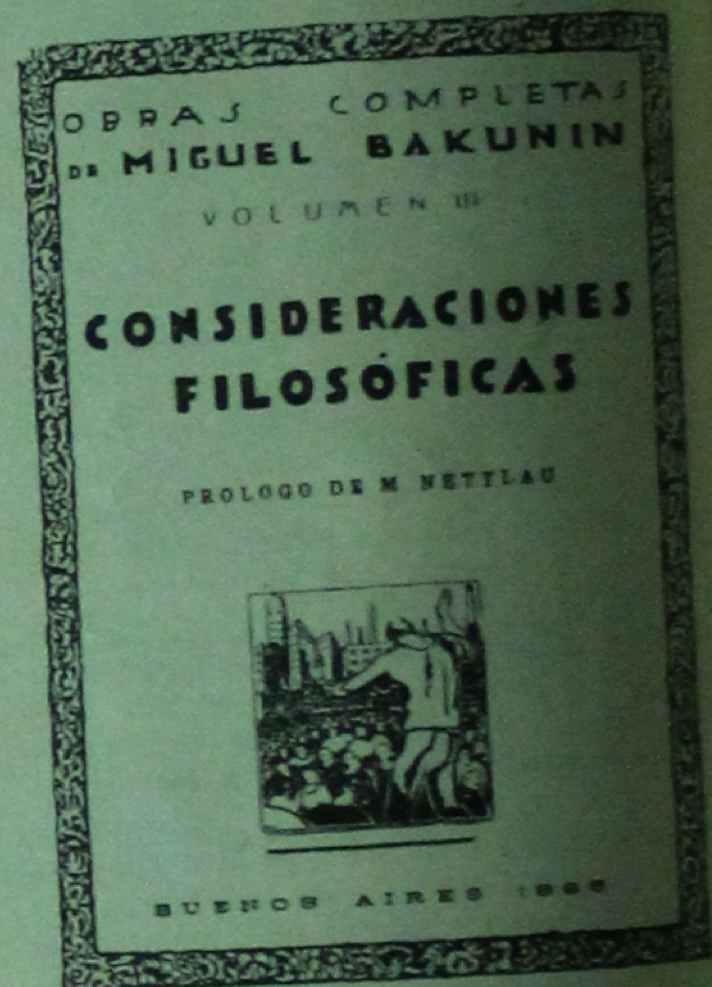
En Ukrania, por P. RUDENKO
Precio $ 0.10.

Entre Campesinos, por E. MALATESTA (5a. edición).

Carta Gaucha (6a. edición), por JUAN CRUSAO.

Primera conferencia de las organizaciones anarquistas. — *Nabat*, $ 0.10.

¡Hijos del Pueblo!, cancionero $ 0.30. En tela, $ 1.—



un grupo y un periódico en que tomó P. Kropotkin parte activa, el cual, por lo demás, pasó desde el otoño de 1877 al verano de 1878 algunos meses en París. Así ocurrió que el congreso de Lyon, 1878, contuvo ya una pequeña minoría de sentimientos antiestatistas, por la cual pronunció un delegado lyones, Ballivet, un discurso contra la política electoral que promovió expectación. Ahora bien, yo estaba una vez justamente en casa de Kropotkin cuando leyó una de las afirmaciones socialdemócratas usuales, según la cual los anarquistas habrían desperdiciado y menospreciado siempre el ocuparse de las organizaciones obreras, y tomó su colección de la *Avant-Garde* y otros impresos del tiempo y mostró los discursos y proposiciones de aquel congreso, — también el discurso de Ballivet, — que se basaban todas en esbozos o bases redactados entonces por Brousse y por él mismo y algunos otros de la Internacional francesa. Se trabajaba activamente en ese sentido en ese pequeño grupo con la vista fija en Francia y se tenía tras sí la experiencia puramente sindicalista de las secciones de oficio del Jura suizo, de Bélgica (en particular de la región de Vevey) y también de España, a donde — como también a Bélgica— fué entonces Kropotkin. Los marxistas intentaron por su parte aquellos años (1877-78) adquirir la supremacia por los congresos internacionales de Gante y de París (1878; este fué policialmente prohibido) con la parte que se volvió socialista estatista de los belgas y un grupo inglés de políticos obreros, por lo demás separados personalmente de Marx, la *International Labour Union*: el propósito era fundar un partido político francés a su servicio.

Entonces, simultáneamente con el gran aumento del interés socialista de numerosas organizaciones obreras francesas, como muestra el debatido congreso de Marsella (20 a 31 de octubre de 1879) — su protocolo en 1879 abarca 831 páginas —, tuvo lugar un lamentable debilitamiento de las fuerzas conscientemente antiestatistas, que hasta entonces habían impedido la explotación del socialismo, que resucitaba, por los políticos electorales, — me refiero a la caída de Paul Brousse y de otros que pensaban como él, — también muchos comunalistas se adhirieron a su regreso a esa nueva tendencia —; no se manifestaron directamente por las elecciones a la cámara de diputados como los guesdistas, pero proclamaron la conquista de los puestos del consejo municipal, la lucha por las municipalidades. Se referían por una parte muy refinadamente a la tradición de la Comuna y usurpaban su prestigio para ellos, presentándose, sin embargo, todavía como antiestatistas, antimarxistas (v. por ejemplo Paul Brousse, *Le Marxisme dans l'Internationale*, París, "*Le Proletaire*", 1882, 32 págs.), mientras falseaban fundamentalmente el anarquismo, impulsando a sus partidarios, naturalmente, lo mismo que los guesdistas, a la vía de la política electoral.

En Marsella, octubre de 1879, fué fundada la *Féderation du Parti des Travailleurs socialistes de France*, que descompuso el movimiento en seis grupos regionales — París (Centro) — Lyon (Oeste) — Marsella (Sur) — Bordeaux (Este) — Lille (Norte) — Argelia. Eso hizo posible a los políticos la conquista gradual de las organizaciones socialistas y ya el *Congrés du Centre* (París, a fines de julio de 1880) aceptó la lucha electoral con un programa mínimo establecido. Allí, como en el congreso de Havre (noviembre de 1880) sucumbió la minoría que defendía la lucha anarquista o al menos la lucha antiestatal y económica.

Entonces siguieron años tristes de disputas entre guesdistas, posibilistas (el grupo de Brousse), malonistas (de Benoit Malon), blanquistas, luego allemanistas (de Jean Allemane), etc.; todo giraba en torno a algunos mandatos para la Cámara, en su mayoría ilusorios, en torno a los mandatos al consejo municipal muy agradablemente sentidos por los titulares y en torno al pienso en algunos diarios, *Citoyen*, *Bataille*, etc. Sólo los anarquistas, que se desarrollaban en París y en el suroeste (Lyon) vigorosamente entonces, y que después que fueron encarcelados los propagandistas lyoneses y parisienses, también Kropotkin (a fines de 1882), luego Louise Michel y Pouget, poco después por el traslado del *Révolté* de Ginebra a París (abril de 1885) y por la actividad siempre silenciosa de Eliseo Reclus, etc., adquirieron nueva fuerza, — sólo los anarquistas, digo, dedicaban constante atención a la lucha económica, descubrieron la inanidad del arrivismo político y ganaron por eso muchas simpatías serias de los trabajadores, que no aceptaban siempre completamente sus puntos de vista, pero advirtieron ha que aquí hombres y mujeres iban a la cárcel por sus ideas, mientras en la otra parte las ideas eran el trampolín para obtener agradables puestos en el consejo municipal o en la Cámara. Se formó paulatinamente aquel absoluto desprecio hacia los politicantes, que después floreció un tiempo tan elementalmente en el período álgido del sindicalismo.

Esa tendencia no halló todavía una expresión clara, pero sin embargo en 1886 fué fundada la Federación de *Syndicats et Groupes corporatifs ouvriers de France*, bajo la égida del partido obrero francés (guesdistas; el protocolo del *Congrés national des Syndicats ouvriers* celebrado en Lyon, octubre de 1886 (Lyon, 1887, 397 páginas) describe eso.

Luego se fundaron diversamente *Bourses du Travail* — una expresión que Pelloutier mismo (1896) calificó de "nom malheureux"; "Chambres du Travail", Cámaras del trabajo, "serait plus digne" — que como Yvetot (*Vie Ouvriere*, mayo de 1911) observó justamente, se encontraban en edificios municipales, recibían subvenciones del erario público y por consiguiente no siempre poseían completa independencia. Pero defendían en todo caso, por su múltiple contacto con la vida económica local, un principio autonómico, instintivamente antiestatal, aunque entonces no podían manifestarse ideas claras al respecto, pues el posibilismo que trabajaba entonces en la conquista de las comunas forzaba también el principio local

AÑO V

BUENOS AIRES, 6 DE DICIEMBRE DE 1926

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 CTS.

N° 252

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

... PAGO

...s y giros a M. TORRENTE

UNIDAD SINDICAL

Suponemos que no se querrá la unidad sindical como la que existió en Alemania en 1914 para hacer la guerra a Francia, y en Francia para hacer la guerra a Alemania; suponemos que no se quiere la unidad sindical que hubo en todos los países industriales para sabotear la revolución en 1918-20; suponemos que no se quiere la unidad sindical estilo D'Aragona para cooperar con Giolitti y el fascismo en la destrucción y el sabotaje del hermoso movimiento de la ocupación de las fábricas; suponemos que no se quiere la unidad sindical sobre las bases que la realizó el fascismo en Italia y el bolchevismo en Rusia, haciendo de los sindicatos órganos del Estado, parte integrante del Estado, que bendicen pasivamente, por medio de sus comisiones ejecutivas, todos los actos de sus amos, incluso los más antiproletarios.

Y si no se quiere esa unidad, si se quiere el fomento de la revolución y de la liberación humana, es preciso que la organización obrero tenga su ideal de futuro, su finalidad revolucionaria. Entonces no sería ya una unidad sindical, sino una unidad revolucionaria. ¿Y los proletarios, las organizaciones sindicales proletarias que no quieren la revolución? Esas tendrían que quedar fuera de la unidad de los trabajadores. Y avanzando un poco más en el examen de los hechos y de las palabras, observamos que el concepto de revolución es muy variado y contradictorio. Para algunos la revolución se reduce a un cambio del partido político gubernativo, para otros a la transformación de la monarquía en república constitucional, para otros al bautizo del Estado con el nombre de proletario, para otros a la destrucción del Estado, del principio de autoridad y de la propiedad privada monopolista y a la reorganización social de abajo a arriba, por medio de la libre asociación de los individuos y las asociaciones libres. La unidad, pues, con finalidad revolucionaria, es sumamente deficiente si no se define primero qué es lo que entendemos por revolución. ¿Queremos una revolución que conserve el capitalismo y el Estado o una revolución que los destruya? Hay que ponerse de acuerdo sobre ese punto antes de llevar a cabo una unidad para la revolución y con fines de revolución. Lo cual produce una nueva escisión en el seno de las masas trabajadoras. ¿Hemos de temer o de fomentar ese proceso de definiciones y esclarecimientos ideológicos? Creemos que ese avance hacia una plena conciencia del verdadero camino de la emancipación social es un progreso deseable, digno de todos los esfuerzos en pro de su aceleramiento.

Los camaradas de la Confederación del Trabajo de Portugal tienen otra vez en sus filas la discusión de la unidad sindical, iniciada por los reformistas de tendencia amsterdamiana y por los malabaristas de orientación moscovita; se quiere desviar a la C. G. T. de su finalidad revolucionaria, de sus aspiraciones libertarias y por eso el recurso gastado de la unidad sindical ofrece un argumento efectista. No sabemos si nuestros camaradas responderán a esas maniobras con las palabras que se merecen; por lo pronto vemos o la prensa anarquista portuguesa en una viva campaña contra la escisión de la C. G. T. en nombre de la unidad sindical.

No podemos prever aún cuáles serán los resultados finales del actual proceso de crisis interna que atraviesa la C. G. T. de Portugal. Nuestro punto de vista ha sido ampliamente expuesto en varios años de batalla: para nosotros las organizaciones valen por las ideas de superación que prestigian y aspiran a realizar; la organización por la organización no tiene más virtud que mantener una burocracia parasitaria; la idea de la revolución no saca ninguna ventaja de su existencia.

La C. G. T. de Portugal había adoptado en su congreso nacional de Covilha una base ideológica susceptible de unir al proletariado de Portugal en la amplia vía de la revolución libertadora; su defensa implica la escisión; su abandono implica también, seguramente, la escisión. Pues escisión por escisión, nuestros camaradas de Portugal deben defender principios revolucionarios que valen mucho más que la organización misma, y que tarde o temprano habrán de abrir a la humanidad las puertas de la tierra de promisión del porvenir.



¡Siempre con la libertad, siempre con la justicia, siempre con la revolución! Sobre esas bases levantaremos los libertarios la verdadera unidad del proletariado.

Es ya casi proverbial en todas partes nuestra hostilidad al "unificacionismo" proletario; cuando hemos podido, hicimos oir nuestra voz de protesta ante esa maniobra desleal, que explota un concepto importante en la destrucción del capitalismo para pescar en el río revuelto de las escisiones. Porque no hay predicador de la unidad sindical que no proceda por la vía del "escisionismo" y que no tenga su aspiración más o menos franca a crearse en el seno de los sindicatos un campo propio de acción. Por eso nosotros reaccionamos con la más rotunda negativa, con la más abierta oposición a todo propósito unificacionista. La unión que no se establece por la fuerza de las circunstancias, que no es fruto de la actividad espontánea de los elementos afines y que necesita de la discusión, del examen protocolar en conferencias y congresos, es una maniobra de inclaros propósitos.

¿Es que no quisiéramos nosotros la unidad del proletariado? ¿Es que a pesar de cuanto hemos escrito y dicho contra la táctica del unificacionismo sindical se nos ha escapado alguna vez, por equivocación tan solo, una frase que condenase la unidad del proletariado? No, al contrario, al combatir a los propulsores de la unidad sindical hemos combatido a los escisionistas sistemáticos del movimiento obrero, hemos combatido a los pescadores del río revuelto de las discordias sembradas en el seno de las organizaciones gremiales.

Lo que hemos dicho es que toda organización, toda unión de individuos tiene que tener un propósito; la unión por el mero lazo del oficio o de la industria no tiene nada que ver ni con los intereses de los trabajadores, ni con los de la revolución; hay, por ejemplo, asociaciones obreras de jugadores de foot-ball, de socorros mutuos, de electores, etc., etc. y nadie se atreverá a decir que con ello se defienden causas que atañen a la emancipación proletaria. ¿Se dirá que los sindicatos son otra cosa? Pueden serlo, porque el sindicato es un nombre que puede tener la aplicación que se quiera darle, hay sindicatos capitalistas o, si quiere quedar en el terreno proletario, hay sindicatos católicos, fascistas, socialdemócratas, anarquistas; lo que no hay por ninguna parte, ni los hubo jamás, fuera de la imaginación de algunos teóricos que vivieron en las nubes, son sindicatos puramente gremiales, ajeros a toda tendencia futurista. Aspirar a tener un movimiento obrero sin ninguna idealidad de futuro, aparte de su imposibilidad práctica, sería tanto como reconocer la justicia del orden capitalista y sancionar la eternidad de un régimen de explotados y explotadores, de dominados y dominadores. ¿Para eso se quiere la unidad sindical?



EMMA GOLDMAN

MAYORIAS Y MINORIAS

Si hubiera que juzgar sumariamente la tendencia de nuestro tiempo, diría simplemente: *Cantidad*. La multitud, el espíritu de la masa domina por doquier, destruyendo la calidad. Nuestra vida entera descansa sobre la cantidad, sobre lo numeroso: producción, política y educación. El trabajador, que en un tiempo tuvo el orgullo de la perfección y de la calidad de su trabajo, ha sido reemplazado por un autómata incompetente, privado de cerebro, el cual elabora enormes cantidades de cosas sin valor ninguno, y generalmente insultantes, en su grosería y ordinariez, para la humanidad. Todas esas cantidades, en vez de hacer la vida más confortable y plácida, no hicieron más que aumentar para el hombre la mole de sus preocupaciones angustiosas.

En política nada más que cantidad; esto sólo importa. En la proporción que desconocen, ya sean sus principios, sus ideales, sus postulados de justicia, van siendo suplantados por la esencia formal del número, de lo numeroso. En la lucha por la supremacía de los varios partidos políticos mutuamente se ponen trampas, se engañan, perpetran las más sombrías maquinaciones unos contra otros en la certera confianza que el que obtenga el éxito final será proclamado victorioso por la mayoría. ¡Y a expensas de qué cosas, con cuánto detrimento de toda dignidad y decencia se alcanza este momento! No hemos de ir muy lejos en busca de prueba para este doloroso caso.

Jamás la corrupción, la completa podredumbre fué tan evidente en el aparato gubernativo; jamás el pueblo norteamericano se vió obligado a enfrentarse con la naturaleza de Judas de nuestras corporaciones políticas, las que durante años reclamaron para sí el dictado de pureza intachable, tildándose sostenes salvaguardadores de nuestras instituciones y los verdaderos protectores de los derechos y de la libertad del pueblo.

Pero cuando los crímenes de ese partido político se muestran a la luz del día, tanto que el más ciego no dejaría de notarlo, le será suficiente lanzar sus sólitas promesas deslumbrantes y reunir los candidatos que gozan de más favor público para que se asegure su supremacía. La verdadera víctima engañada, traicionada, no sabe decidirse en contra, sino en favor de la victoria. Espantados algunos se preguntan: ¿cómo pueden las mayorías traicionar de esa manera las tradiciones de la libertad norteamericana? ¿Dónde se halla su capacidad de juicio y de razón? Justamente las mayorías no razonan, son incapaces de formular un juicio propio. Carentes de originalidad y de valor moral, las mayorías siempre depusieron en manos ajenas sus particulares destinos, incapaces de cargar con la menor responsabilidad, siguen a sus pastores hasta cuando las conducen a la destrucción, a su aniquilamiento. Tenía razón el doctor Stockman, el de "Los puntales de la Sociedad": Los más peligrosos enemigos de la Libertad y la Justicia en nuestro medio son las mayorías compactas, las malditas compactas mayorías". Sin ambición, ni iniciativa, esas masas compactas nada odian más que el espíritu de innovación. Siempre se oponen, condenan y persiguen al innovador, al descubridor de una nueva verdad.

Es el más repetido lugar común entre los políticos, incluso los socialistas, que la nuestra es una era de individualismo, de minorías. Sólo que aquellos que sobrenadan en la superficie de los conocimientos humanos pueden entretenerse y quedar satisfechos con ese punto de vista. ¿Acaso los menos no son quienes acaparan todo el bienestar del mundo? ¿No son ellos los dueños, los reyes absolutos de la situación? Su éxito material no se debe, empero, al individualismo, sino a la inercia, al amilanamiento y a la completa sumisión de las masas. Estas necesitan ser dominadas, conducidas y reprimidas. Respecto al individualismo, que en la humana historia nunca tuvo oportunidad de lograr la menor expresión, lo tiene mucho menos ahora de aparecer de manera normal y sana.

El educador, de honestos e ideales propósitos, el artista o el escritor de ideas originales, el hombre de ciencia independiente, el explorador de nuevos dominios del saber, o el individuo de ideas avanzadas que busca la renovación de la sociedad; a todos ellos se los empuja diariamente contra la pared invisible de los prejuicios por hombres cuya sabiduría y facultades creadoras se han vuelto decrépitas con el tiempo.

Educadores del tipo de Ferrer no se les tolera en ninguna parte, mientras que los malabaristas de la educación oficial, a lo Elliot y Butler, resultan ser los perpetuadores de una era de nulidades y de autómatas. En el orden teatral y literario los ídolos son Humphrey Wards y Clyde y Fitches, mientras muy pocos conocen o aprecian la belleza genial de Emerson, Thoreau, Whitman, un Ibsen, un Hauptmann, un Butler Yeats o un Stephen Philippe. Son como las estrellas solitarias lejos del horizonte de la multitud.

Editores, empresarios de teatros y críticos no exigen las cualidades superlativas en la creación del arte, sino que se preguntan: ¿tendrán mucha venta, ¿será del paladar del público? Y este paladar es como una hornalla: engulle todo lo que no necesita masticación mental. De ahí que lo mediocre, lo vulgar, el lugar común representan la *obra maestra literaria* más en boga.

¿Es necesario que digamos que referente a las bellas artes hemos de encontrarnos con lo mismo? No hay más que emprender una jira por nuestros parques para percatarnos de la fealdad, de la horrible vulgaridad de nuestros artefactos artísticos, en forma de estatuas y monumentos. Ciertamente, sólo el gusto de las mayorías pueden tolerar semejante ultraje a la belleza. Falsa en su concepción y mezquina, ñoña en la ejecución la estatuaria que infesta las ciudades norteamericanas tiene tanta relación con el arte como una confitura de mazapán con la escultura de Miguel Angel. El talento artístico, que no se somete a estas preestablecidas normas de la mentalidad común del público, deseando dar el fruto más original de su temperamento y luchando para ser fiel, sincero, veraz con la realidad, tratando de ver con sus ojos, será condenado a conducir una obscura y miserable existencia. Su obra algún día se podrá convertir en el más caro capricho de la muchedumbre; pero esto no sucede hasta que la sangre de su corazón se haya vaciado para siempre; hasta que el explorador de nuevos caminos haya dejado de existir y el tropel de la plebe miope haya extinguido la herencia legada por el maestro.

Se dice que el artista de la actualidad no puede darnos verdaderas creaciones, porque, lo mismo que Prometeo, se halla encadenado a la roca de las necesidades económicas. Esto puede ser verdad para todas las épocas. Miguel Angel dependía de su señor — los Medici — como los pintores y los escultores de nuestro tiempo, excepto que los entendidos de arte de entonces se hallaban bastante distantes de la entendida multitud de ahora. Estos se sentían honrados y felices de que el artista se dedicase todo el tiempo que deseara a cincelarles una urna, un caliz, supongamos.

El supuesto mecenas de nuestros días no posee otro criterio que el valor material de una obra de arte: el dólar. En nada le atañe la calidad intrínseca de grandes obras y sí la cantidad de dólares que importa su venta. El financista de *Les Affaires sont les Affaires*, dice respecto a varias *manchas*, paisajes al óleo: "Vea qué bueno es; me cuesta cincuenta mil francos". Igualito que nuestros advenedizos. Las fabulosas sumas pagadas por las grandes obras que descubre revela con elocuencia la pobreza, la vulgaridad de su gusto, de su concepto artístico.

El más imperdonable pecado para la sociedad es la independencia intelectual. Si esto resalta más en un país cuyo símbolo es la democracia, también evidencia cuán grande es el poder de las mayorías.

Wendel Phillips dijo, hace cincuenta años: "En nuestro país de absoluta igualdad democrática, la opinión pública no es sólo omnipotente, sino omnipresente. No hay un refugio a donde no llegue esta tiranía, no hay escondrijo donde no nos alcance; y el resultado es este: se empuña la linterna del griego famoso y se va en busca de un centenar de norteamericanos, y entre ellos no se encontrará uno que no tenga algo que ganar o perder por parte de la buena opinión que sustentaran los que los rodean, ya sea acerca de sus ambiciones, de su vida social y de sus negocios. La consecuencia se resume en que nosotros, en vez de constituir una masa de verdaderas individualidades, no somos más que seres que, al temernos mutuamente, escondemos nuestras propias y más íntimas convicciones; como nación comparada a otra nación, somos solamente un atajo de cobardes. Con más intensidad que otros pueblos, experimentamos un miedo cerval de unos hacia los otros. Evidentemente, en nada cambiaron las condiciones que le sugiriera tan aguda constatación a Wendel Phillips.

Hoy, como ayer, la pública opinión es el tirano omnipresente; hoy, como entonces, las mayorías no representan más que una masa de cobardes, prestos a aceptar aquel que encarne el espejo de su pobresa mental y espiritual. Esta es la base donde se apoya el éxito sin precedentes de un hombre como Roosevelt. Entraña el peor elemento de la psicología plebeya de la masa. El político que conozca a fondo las mayorías, le importa poco de la integridad doctrinaria de los ideales. Por lo que se pirra, es la apariencia brillante y espectacular. No es el caso de que se trate de una exposición canina, el premio por el boxeo o el linchamiento de un negro, la exhibición insolente de una boda rica de algún heredero multimillonario o la acrobática elocuencia de algún ex presidente de la nación. Más feas son las contorsiones mentales, más deliciosas les resultarán a las masas. Así, Roosevelt, pobre de ideales y vulgar espiritualmente, continúa siendo el hombre de la hora.

Por otra parte, los hombres, por encima, muy por encima de estos pigmeos políticos, hombres de refinada cultura, de facultades creadoras, son reducidos violentamente al silencio, como si se tratara de personas afeminadas. Es absurdo que se quiera calificar de individualista la época presente. No es más que una amarga repetición de una idéntica fenomenología desarrollada a todo lo largo de la historia: cada esfuerzo de progreso para elevar el nivel de la vida, la ciencia, la religión, la política, la libertad económica, emanó siempre de las minorías, no de las mayorías. Hoy, como hace varios siglos, los raros, las individualidades independientes, son incomprendidas y por ende perseguidas, encarceladas, torturadas y asesinadas.

El principio de la fraternidad humana, traído por el agitador de Nazareth, pudo preservar el germen de una nueva vida, de verdad y justicia, hasta el día que fué una antorcha de luz para unos pocos.

Desde el momento que las mayorías se apropiaron de este gran principio, se convirtió en la materialización de una ritología que produjo por doquiera sufrimientos y calamidades incontables. Los ataques llevados a cabo contra la Roma papal por las colosales figuras de Huss, Calvino y Lutero fué como una irradiante aurora en la densa noche. Pero tan pronto como Lutero y Calvino se volvieron políticos y empezaron a reunir a las pequeñas potencias de la nobleza y apelaron al espíritu plebeyo de la masa, las grandes posibilidades de la Reforma fueron desviadas de su natural cauce. Ellos pudieron captarse el éxito de las mayorías, pero se comprobó una vez más que éstas no eran menos sanguinarias en las persecuciones contra el pensamiento y la razón que el monstruo del catolicismo. ¡Guay de los herejes, de la minoría, que no se plegase a los dictados de sus dogmas! Después de una constante lucha y de un tesón infinito, la mentalidad humana se ha más o menos libertado del fantasma religioso; las minorías otra vez emprendieron nuevas conquistas y las mayorías se hallan en pos de ellas, ladrándoles, gravadas por el peso muerto de las verdades que con el andar del tiempo resultaron falsas.

Políticamente, la raza humana se encontraría actualmente en una absoluta esclavitud si no fuera por los héroes que surgen de cuando en cuando: un John Bulls, Wat Tylers, Guillermo Tell y las numerosas individualidades gigantescamente libres que combatieron a pie firme contra el poder de los tiranos y de los reyes. Sin la pléyade de las mentalidades independientes, que vivían y pensaban más allá de su época, el mundo nunca hubiese sido sacudido radicalmente por esa tormentosa ola: la Revolución Francesa. Los grandes acontecimientos de la historia siempre fueron precedidos por otros más pequeños, infinitesimales. De ahí que la elocuencia enardecida de un Camilo Desmoulin fuese como el toque de trompetas ante los muros de Jericó, arrasando el emblema de las injusticias de las torturas y de los horrores de la Bastilla.

En todo período que se inaugura son los menos los portabanderas de las grandes y nuevas ideas, del esfuerzo precursor de la liberación. No es, por cierto, la masa que, al contrario de ellos, sirve de lastre y les impide moverse tanto como quisieran.

Esta verdad resalta con mucha más fuerza en Rusia que en cualquier otro país. Miles de vidas fueron las sacrificadas por ese régimen de sangre y terror, y aun no ha sido aplacado el monstruo del trono. ¿Cómo pueden suceder semejantes cosas, cómo puede darse que la cultura, las ideas, todo lo que hay de más noble en sentimientos, en emocionados ideales se encuentre sometido ese yugo de hierro. Las mayorías, las compactas mayorías, la somnolencia de las masas: el campesino ruso, después de un centenar de años de lucha, de sacrificios, en una miseria indecible, todavía cree que la cuerda que ahorca al hombre blanco, de blancas manos, le trae fortuna (los intelectuales).

En las luchas norteamericanas por la libertad las mayorías no dejaron de ser uno de los mayores obstáculos. Hasta en nuestros días las ideas de Jefferson, de Patrick Henry, de Tomás Paine son negadas y vendidas por poco precio por las mayorías. La masa no las necesita. La grandeza y el coraje de Lincoln ha sido olvidado por el hombre que creó tal escenario del panorama actual. Los verdaderos héroes santos para los negros se hallan representados por un puñado de luchadores de Boston: Lloyd Garrison, Wondell Phillips, Thoureau, Margaret Fuller y Theodoro Parker, cuya doctrina valerosa culminó en la gigantesca figura de John Brown. Su incansable espíritu batallador, su elocuencia y perseverancia fué minando el poder de los propietarios del sur. Lincoln y sus secuaces llegaron cuando la abolición ya era un hecho consumado y reconocido por casi todos.

Hará unos cincuenta años que una idea, cual rudo meteoro, hizo su aparición en el horizonte social del mundo, una idea que iba muy lejos, enteramente revolucionaria, que lo abarcaba todo en un solo abrazo y que tuvo la suprema virtud de infundir terror en los corazones de los tiranos y hacer temblar las tiranías. Por otra parte, era ella un mensaje de alegría, de una grandiosa esperanza para los millares de desheredados. Los poseídos de estas ideas, los hombres de mentalidad más avanzada, los precursores, conocían lo abrupto del camino que deberían recorrer; y lo soportaron todo: oposición, las persecuciones y dificultades casi insuperables; pero orgullosos y sin temor alguno marchaban hacia adelante, siempre hacia adelante... Ahora esta idea se ha convertido en algo corriente, manoseado, un verdadero lugar común. Actualmente casi todo el mundo es socialista: el hombre rico, así como la pobre víctima que explota; los que hacen las leyes, como las autoridades y el infortunado delincuente; el libre pensador, así como el perpetrador de las falsedades religiosas; la señora a la moda, así como su sirvienta. ¿Por qué no? Ahora que la verdad de hace cincuenta años se ha convertido en una mentira; ahora que se mustió, se apagó todo lo que había en ella de juvenil frescura y se le robó sus fibras más vigorosas, su fuerza revolucionaria y su ideal humanitario, ¿por qué no? Ahora no es más que una bella visión, rumorosa, de inefable poesía, sino un "plan práctico y realizable", sobre el que descansan las mayorías, ¿por qué no? La astu-

política sabe muy bien cantar las loas de la masa; dice: "*Las pobres mayorías, la ultrajada, la maltratada, pobre este gigante si no quisiera seguirnos a nosotros.*"

¿Quién no oyó esta misma letanía varias veces y en todo tiempo? ¿Quién no se sabe de memoria este invariable estribillo en los labios de todos los políticos. Que la masa sangra por cada paso que da, que se la roba y se la explota, lo sé tanto yo como esos que mendigan votos. Pero insisto que no es ese grupo de parásitos, sino la masa la culpable de este terrible estado de cosas. Se cuelga del cuello de sus amos y ama el látigo y es la primera en gritar ¡crucificad! en el momento que una voz se levanta para protestar contra la sacrosanta autoridad y el capitalismo u otra institución igualmente caduca. Ya no existiría la autoridad y la propiedad privada si la masa estuviese dispuesta en convertirse en soldados, en policías, en carcelero y verdugos. El socialista demagogo sabe esto tan bien como yo, pero sostiene el mito de las virtudes de la mayoría, porque su verdadero sistema de vida sólo significa la perpetuación del poder autoritario. ¿Y este último cómo podría ser reconocido como algo, sin el apoyo de lo numeroso? Si; la autoridad, la coerción y la ciega obediencia son atributos de la masa; nunca existirá en ella la libertad o el libre desenvolvimiento de la individualidad ni jamás podrá nacer de su seno una sociedad libre.

No es que no me adolore con los oprimidos, con los desheredados de la tierra; no es porque no conozco el horror, la vergonzosa e indigna vida que conduce el pueblo, que repudio las mayorías como una fuerza creadora de bondad. ¡Oh, no, no! Sino que sé demasiado, que como masa compacta jamás estuvo al lado de la justicia ni de la igualdad. Suprimió las voces humanitarias, subyugó el espíritu humano y cargó de cadenas el cuerpo. Como masa, su finalidad principal fué el de hacer de la vida una cosa uniforme, gris y monótomo, convirtiéndola en un árido desierto. Como masa será siempre la aniquiladora de la libre individualidad de la libre iniciativa y de la originaldad. Creo, por eso, en lo que dice Emerson: "La masa es grosera, mentalmente lisiada, perniciosa en lo que exige y en lo que pide, en vez de adularsela, es necesario fustigarla duramente. Nada deseo concederle, sino para ejercitarme en ella para dividirla, romperla y extraer así otras tantas individualidades. ¡Las masas! Son nada más que una gran calamidad. Para nada deseo las masas, sino hombres valerosos, dignos y leales, y mujeres amables, dulces y nobles en sus instintos".

En otras palabras, la viviente verdad de un social y económico bienestar no llegará a transformarse en realidad, sino por el esfuerzo inteligente, el intrépido valor de las minorías poseedoras de una perfecta independencia mental, y no por obra y gracia de las masas.

LUIS FABBRI

La obra más célebre y rara de Carlos Pisacane

Carlos Pisacane nació en Nápoles el 22 de abril del año 1818, hijo de una familia aristocrática. Desde niño se aficionó por las cosas de la guerra y fué educado en la profesión de las armas, distinguiéndose en las matemáticas. Durante cuatro años fué paje en la casa real, sin dejarse seducir por los hábitos cortesanos. En 1839 ingresó en el ejército. Sobresalió como ingeniero y en calidad de tal su fama se extendió por toda Italia. Tuvo numerosas aventuras en las guerras de aquel tiempo, recibió heridas graves y tomó una participación activa en la vida política de entonces. Después de caer Milán en poder de los austriacos, se refugió en Suiza, donde conoció a Giuseppe Mazzini, de quien fué amigo fiel y admirador, aun estando separados por sus puntos de vista sobre las cuestiones sociales. Al proclamarse la república en Roma el 25 de febrero de 1849, acudió Pisacane y expuso a Mazzini su plan de reorganización de las tropas republicanas. Mazzini propuso a la Asamblea constituyente la formación de una Comisión para las cosas de guerra, siendo Pisacane la figura saliente de esa Comisión. Roma, sin embargo, cayó y los revolucionarios tuvieron que emigrar, refugiándose muchos en Suiza, donde Mazzini asumió la dirección de la revista "Italia del Popolo" (Lausana), donde colaboró con frecuencia Pisacane. Después se fué a Londres, donde escribió el libro "Guerra combattuta in Italia negli anni 1848-49". De regreso en Italia preparó sus "Saggi storico-politici-militari sull'Italia", que no terminó; aquí expresa un pensamiento maduro, un federalismo libertario que hizo de él un grandioso precursor del socialismo anárquico. En 1856 estaba en Génova, poco después hizo algunos trabajos de ingeniería y dió lecciones de matemática, sacando apenas lo necesario para vivir. Mientras tanto germinaban en su imaginación atrevidas empresas revolucionarias contra los Borbones y contra el partido muratista. En 1857 decidió, de acuerdo con Mazzini, la expedición a Sapri, que tendría gran trascendencia. Antes de partir para esa aventura, Pisacane dictó su testamento político, un magnífico resumen de sus ideas.

Los conjurados se embarcan en el Cagliari, en alta mar obligan al capitán a ceder el comando, se apoderan de armas, y el 27 de junio desembarcan en Ponza, donde libertan a los prisioneros condenados por los tribunales borbónicos, y el 28 del mismo mes desembarcan en Sapri. La población desconfió de ellos y las tropas les persiguieron y derrotaron enteramente. Pisacane y Nicotera escaparon con 50 hombres y al llegar a Sanza la guardia urbana y una turba de hombres de los alrededores los acuchillaron. Pisacane murió en esa ocasión.

I

He podido tener en préstamo uno de los libros que, en mi pasión de bibliófilo, he buscado más en el pasado; y el poderlo tener entre las manos me ha costado un viajecito un tanto escabroso: los *Saggi Storici-Politici-Militare sull'Italia*, de Carlos Pisacane, que hasta en las más grandes bibliotecas de Italia falta o está incompleto.

Recuerdo que cuando salieron a pública subasta en Roma los libros de la biblioteca de Francesco Crispi — en la que estaba ampliamente representada la literatura revolucionaria europea — el primer volumen, el único que había, los *Saggi* de Pisacane, fué comprado por un ministerio en 300 liras; y yo, que había podido acaparar por pocos céntimos algún volumen de Proudhon, impotente para superar con otra oferta una suma tan elevada para mí, miré con envidia las manos que se llevaban aquella preciosidad bibliográfica de la revolución italiana...

Ahora he llevado a casa ese libro; y hojeo las páginas con un mayor sentido de conmoción, porque el ejemplar que puedo consultar es el mismo que fué hallado hace cerca de cincuenta años. Fué, si mal no recuerdo, hacia 1878, cuando Cafiero escribió a un amigo: "¡Eureka! he hallado los escritos de Pisacane..." Habría querido hacer una nueva edición, pero las circunstancias adversas no se lo permitieron.

Saverio Merlino publicó poco después un opusculito sobre Pisacane; y más tarde habló extensamente de él, revelando su pensamiento anarquista, Niccolo Converti, hasta que en 1894, Graziadei, Malagodi y Olivetti publicaron en Bolonia la parte más importante y aun viva de esta obra — el ensayo sobre *La Rivoluzione* — con un hermoso prefacio de Colajanni. Este volumen, agotado ahora y casi inencontrable, estuvo muy difundido entre los anarquistas y los socialistas hasta una decena de años más tarde. Ha sido vuelto a publicar por Sonzogno, de Milán, en su notable Biblioteca Universale; pero ese pequeño volumen se presenta incompleto, pues el editor lo ha cercenado, eliminándole algunas páginas, — no sé si es porque las creyó poco interesantes o demasiado revolucionarias...

El cuarto volumen — el ensayo sobre la *Organimento dell'Escrcito Italiano* — se ha vuelto a publicar por Arcangelo Ghisleri, en la Biblioteca Rara de San dron, Palermo, con el título: "Como ordenar la nación armada" y con un prefacio de Rensi. Pero también este pequeño volumen está incompleto, habiendo Ghisleri dejado fuera las partes de carácter, diremos así, técnico, evidentemente superadas por los tiempos.

El primero y segundo volumen, en cambio, han quedado desconocidos para los más, porque no se volvieron a publicar nunca: y se podría decir que son inéditos, pues aquella primera edición fué en pocos años, no difundida, sino dispersada. Cuando era un muchacho me contaba algún compañero de los más viejos que los escritos de Pisacane no se encontraban ya porque los monárquicos y los republicanos habían competido en recogerlos de la circulación, temiendo unos el carácter demasiado despiadadamente hostil a la Casa de Saboya y otros la tendencia libertaria, socialista y antimazziniana. No sé lo que habría de verdad en todo eso.

No creo del todo inútil para los lectores el hablar un poco de esta obra, la mayor y más importante desde el punto de vista de las ideas, del noble héroe de Sapri — en espera de que algún valeroso editor quiera reeditarla, no ya en fragmentos, sino completa.

De Pisacane se ha publicado y se encuentra aún en circulación (Alberighi y Legati, Milán) un libro de notable importancia histórica sobre *La guerra combattuta in Italia negli anni* 1848-49. Podría considerarse como el complemento histórico del trabajo teórico que vino después, o bien como su introducción. El anónimo autor de los apuntes sobre la vida de Pisacane, que sirven de introducción a la primera edición de los *Saggi*, nota cómo en el libro sobre las guerras de 1848-49 Pisacane, que tuvo tanta participación en ellas, "ni siquiera registró su nombre (ejemplo raro en nuestros tiempos llenos de hombres sin méritos y fanfarrones); sin embargo, aquellos a quienes él vió en aquel tiempo y que lo conocieron, declaran en forma espontánea que de las buenas cosas llevadas a cabo por aquella Comisión, que tanto contribuyó a defender la ciudad y a mantener la gloria de las armas italianas, la parte principal de las alabanzas le corresponden a Pisacane; y a él quieren atribuir también debidamente el haber ordenado aquel hecho de armas del 30 de abril que tanto honor proporcionó al nombre italiano" (1).

A propósito del carácter radicalmente antimazziniano de las ideas y de los escritos de Pisacane, hay un hecho que ilustra singularmente la nobleza de alma y de corazón suyos, el haber permanecido, no obstante, hasta el fin, no sólo el amigo personal de Giuseppe Mazzini, sino su colaborador hasta el último instante de su vida y hasta el extremo sacrificio. La expedición de Sapri, como se sabe, fué organizada en Génova por Mazzini y dirigida políticamente por él; Pisacane fué su ejecutor material y el jefe militar.

Magnífico ejemplo de desinterés y de abnegación para presentar a ciertos revolucionarios de nuestros tiempos, los cuales, por la más pequeña desavenencia teórica, por el más pequeño contraste táctico, se ponen contra todos y contra todo, envileciendo e injuriando a los compañeros más sinceros, volviéndose sus enemigos o casi, y haciendo imposible la ejecución práctica de cualquier iniciativa!

A propósito de la colaboración de Pisacane y Mazzini, como veo que en los apuntes que sirven de introducción a estos ensayos el anónimo autor habla de "importantes escritos que son dignos de ser más conocidos y leídos" dados por Pisacane a la revista *L'Italia del Popolo* de Laussana hacia fines de 1849 y principios de 1850, creo que sería muy útil volverlos a buscar y ver si conviene publicarlos de nuevo. No sé si uno de esos escritos es el que reeditó un círculo republicano de Roma, bastante interesante por cierto, algunos años antes de la guerra, precisamente sobre la república romana de 1849. La originalidad de las ideas y observaciones de Pisacane podría servir al menos para romper la uniformidad mazziniana de los escritos revolucionarios conocidos de aquel tiempo.

Se han vuelto a publicar, es verdad, recientemente, algunos escritos históricos de Ferrari y Cattaneo, que en las ideas se aproximan más a Pisacane; pero Pisacane se distinguía mucho también de ellos, sobre todo se substrajo a la sugestión de las cosas francesas, que especialmente sobre Ferrari ejerció una influencia no siempre buena. Efectivamente, en el Disegno dell'Opera, que Pisacane colocaba en la introducción a sus ensayos, se expresaba así:

"Convencido que toda nación tiene el propio ser, la propia conciencia, que resulta de la índole del pueblo, de las tradiciones, de las condiciones presentes, de las aspiraciones a un porvenir, y que la revolución no es más que la libre manifestación de estas facultades nacionales, no transmisibles de nación a nación, como no lo son entre los hombres, se siente repugnancia por aquellos escritores que quieren conceder tal supremacia a Francia que destruyen en realidad los principios de la revolución que ellos mismos propician" (*Saggi storici*, etc., vol. I, página 1).

Respecto de *L'Italia del Popolo* de Laussana no estaría mal hacer lo que ha hecho tan inteligentemente el profesor Menghini con *La Giovine Italia* de Marsella desde hace quince años (interesante, no ya tanto por los escritos de Mazzini que se reeditaron repetidamente, si-

no por los artículos ignorados para la mayoría de otros colaboradores, como Buonarotti, Sismondi, etc. El profesor Menghini ha reeditado íntegramente los números de la *Giovine Italia*, enriqueciéndola con muchas notas bibliográficas e históricas. ¿Por qué no se podría hacer lo mismo con *L'Italia del Popolo*? Así se tendrían también los escritos menores de Pisacane, sin separarlos y reunirlos, con criterio arbitrario, sino dejados en su cuadro histórico e intelectual del tiempo.

Pero volvamos a nuestros "Saggi"... De los cuatro volúmenes (de formato 21 por 24 con cubierta verde obscura), los dos primeros fueron editados en Genova, como se ha dicho más arriba, por el Stabilimento Tipografico Nazionale de un tal Antonio de Barbieri, en 1858: es decir, al año siguiente del fin heroico de Pisacane y de sus compañeros. Los otros dos volúmenes, en cambio, el III y el IV, fueron publicados en 1860 en Milan, en la imprenta de Pietro Agnelli. El primer volumen es de 102 páginas, el segundo de 179, el tercero de 189 y el cuarto o último de 168 páginas. Los editores les han agregado en apendice el "Testamento político", escrito por Pisacane en el acto de partir para la empresa de Sapri.

En el ejemplar que tengo bajo los ojos, especialmente en el primero y en el tercer volumen, hay muchos signos a lápiz, junto a los fragmentos más característicamente antidinasticos o antimazzinianos o socialistas; y en el fondo, siempre a lápiz, anotado el número de las paginas sobre Piemonte, sobre los Estados Unidos, etc. *citables* o *reproducibles*, probablemente de mano de Cafiero.

Desde el segundo volumen cada ensayo lleva en el frontispicio interno por epígrafe estas palabras de Giordano Bruno: "No temáis nadar contra la corriente; es de alma sórdida el pensar como el vulgo porque el vulgo está en mayoría".

En el primer volumen Pisacane da el "disegno dell'Opera", del cual he reproducido ya algunas palabras de la primera página. Dice que la razón principal que lo determinó a aquel trabajo fué la necesidad de formarse una convicción que después fuese norma de sus acciones y lo mantuviera siempre en los mismos propósitos. Cita como sus autores favoritos a Macchiavelli, a Vico, a Pagano y a Romagnosi, y en especial sintió esclarecida su inteligencia por los tres últimos, hasta hacerle aparecer en un ordenado conjunto lo que antes le parecía inconexo y confuso. Define su propósito así: determinar el porvenir de Italia, estudiando su pasado, y sin bastardear nuestra cercenada nacionalidad (vol. I, pág. 7).

El ensayo primero tiene por título: Cenno Storico de l'Italia — el cual resume en cinco capítulos la historia italiana desde la prehistoria y la leyenda, anteriores a los romanos, para acabar en los últimos movimientos de su tiempo (1850). La reedición de este ensayo no me parece inútil hoy mismo, aunque el progreso de los estudios historicos desde los tiempos de Romagnosi y de Sismondi hasta hoy haya modificado algunas opiniones, hecho menos atendibles algunas hipótesis, y desarrollado y hecho posibles, aun desde el punto de vista revolucionario, más numerosas consideraciones. Además, el resumen de Pisacane contiene mucho de su originalidad, especialmente a medida que se aproxima a las épocas modernas y contemporáneas. Pisacane analiza, desde los tiempos de Roma, las razones de la virtud primitiva y de la corrupción subsiguiente. Ve esas razones en lo que más tarde se llamó determinismo económico: "Son las leyes económico-sociales que todo lo absorben, que todo lo envuelven en su remolino: *el derecho ilimitado de propiedad*, o sea *el derecho de poseer más de lo necesario, mientras otros carecen de lo preciso*, fué la única razón por la que cayeron los romanos en disolución, como había ocurrido ya por la misma razón a los magnos griegos". (Vol. I, pág. 32).

Poco más adelante (pág. 33 y 34) nota que el principio de autoridad era reforzado por la creciente desigualdad económica, y que en vano aumentaban las garantías jurídicas de libertad de la plebe, bajo el impulso de ésta: tales garantías eran cada día más frustradas por el reforzamiento económico de la oligarquía dominante. Y de todo eso deriva Pisacane estas conclusiones:



"1.—El principio sobre el cual está basado un sistema social, transforma y vuelve en su favor todas las instituciones, también las hechas para aliviar los males que resultan de un principio semejante y todas las alteraciones que, sin desarraigar ese principio, tienden a crear reparos contra él, no producen más que daños, conceden nuevas y poderosas armas al enemigo. Los males se acrecentarán infinitamente, hasta que los oprimidos se decidan a abatir aquel principio, o toda la sociedad quede destruída.

2.—La razón apta para perturbar ilimitadamente la igualdad material, en una sociedad, la llevará a la ruina; la igualdad moral, sin la material, es un absurdo, una mentira.

3.—No es ya en el modo de conceder el sufragio o en la universalidad de él en lo que consiste la libertad, sino en las instituciones dirigidas a limitar la autoridad.

4.—Si el pueblo no consigue conocer claramente lo que debe pretender, las revoluciones son infructuosas. Los poderosos se comportarán con el pueblo siempre del mismo modo: cuando se os escapa un caballo, lo volvéis a atraer con caricias; una vez en vuestro poder, le hacéis sentir el freno y las espuelas. Con tal medio han triunfado siempre y triunfarán, aunque se conozca por todos el expediente" (idem, pág. 33).

Naturalmente no todas las interpretaciones que Pisacane da, sucesivamente, de los hechos históricos que apunta, diré que son aceptables ahora. Pero hay algunas tan justas, tan modernas incluso ahora, que se destacan de tal modo de los lugares comunes habituales, propios también de los revolucionarios, que hacen verdaderamente precioso este primer pequeño volumen de los ensayos. Por ejemplo, escapando a la sugestión que ejerce sobre los amigos el recuerdo de las revoluciones de Arnaldo da Brescia y de Cola di Rienzo en la Roma medioeval, el autor escoge pronto el lado deficiente o casi diré infantil, para deducir la enseñanza que "el transcurrir de los siglos no reproduce nunca, en la vida de los pueblos, los tiempos pasados; como en el curso de los ríos, las aguas no vuelven nunca hacia sus manantiales: — aquel pueblo que, derribada la tiranía, quiere ser nuevamente lo que fué una vez, demuestra que no está maduro para la libertad, que no es todavía digno de ella; para surgir a nueva vida, es necesario que se extinga hasta el último eco del pasado" (idem, pág. 60-61).

Según Pisacane, que comenzaba su trabajo sosteniendo que toda nación debe progresar siguiendo su tradición natural, la tradición italiana es una tradición de libertad. Después del primer infatuamiento católico, que Pisacane deplora que desde el año 400 al 1.000, durante seis siglos, haya degradado al pueblo italiano a través de un camino de oprobio y de envilecimiento y una mezcolanza de corruptelas orientales y de barbarie occidental, después de Carlomagno — a quien Pisacane niega toda gloria, llamándolo representante de la barbarie medioeval vestido a la romana — la civilización reinició su marcha fatal. Mientras en otras partes prevaleció la aristocracia y los feudatarios fueron poco a poco absorbidos (con el engrandecimiento de los Estados) por la monarquía, en Italia el curso de los acontecimientos fué bastante diverso: aquí la nueva mezcolanza de los bárbaros con el mundo romano y el fraccionamiento del feudalismo, acabaron haciendo prevalecer la democracia.

Después de la victoria de las Comunas sobre Barbaroja en 1176, el orgullo de los nobles encerrados en sus castillos fué eficazmente contenido. "Los privilegiados feudales desaparecieron todos y con ellos el poder y el prestigio de la nobleza; el pueblo resurgió en torno a Carroccio, que se sustituyó al pendón baronesco. Los condes de Saboya, los marqueses de Este y Monferrato, como potentados, fueron los únicos que se salvaron de aquella tempestad en que naufragaron los feudatarios; ellos, hasta fines del siglo XII, representaban el elemento bárbaro acampado en medio del resurgido pueblo italiano, representado desde el Tevere a los Alpes en más de cuarenta repúblicas" (2).

Las invasiones bárbaras habían ciertamente exterminado todo lo que de romano había sido potencia política y patriciado; pero el pueblo había resistido mucho mejor en sus *vici* y *pagi*; — tanto que a fines del siglo XII no había más bárbaros en Italia, excepción de algunos pocos feudales. "El triunfo de las comunas, fué el triunfo del elemento italiano sobre el extranjero; y así en el vasto mundo romano los italianos únicamente triunfaron sobre la barbarie y conservaron el tipo de la antigua raza" (páginas 64 y 65). Pero deshechos los feudatarios y prevaleciendo ya los intereses internos sobre los externos, también las repúblicas comunales decayeron, y antes que la antigua república romana, porque a la división de la sociedad en opulentos y mendigos se había agregado aquel individualismo, de origen bárbaro, que da a todos los actos el sello del más estrecho egoísmo. Poco a poco los nobles asumieron el predominio, siendo más poderosos con las riquezas de lo que lo habían sido un tiempo con las armas.

De donde la ruina de las libertades comunales, la descomposición de los esplendores del renacimiento, y la nueva prepotencia absoluta de los extranjeros en toda la península, durante lo cual, el pensamiento italiano, "agitado por ocultos dolores y prohibido por las tiranías, se manifestó en las abstracciones filosóficas".

Interesante es el juicio, al respecto, que Pisacane da de Macchiavelli, después de Giordano Bruno y Tommaso Campanella. El primero "fué gran ciudadano que amo a Italia, la libertad y la independencia, pero sucumbió a la influencia de los tiempos", y los más alejados de la verdad son aquellos que en su *Principe* han visto, como Foscolo, un medio "para mostrar a los pueblos las insidias de la tiranía". Campanella, Bruno y Vannino fueron, para Pisacane, reformadores que anticiparon la nueva vida, que indicaron el rejuvenecimiento de la sociedad. Ni la cárcel ni el ruego bastaron para sofocar el genio italiano, que un siglo después de "Giambattista Vico, siguiendo la misma filosofía, colorea el diseño sombreado de aquellos, y las leyes que regulan el destino de los pueblos no son ya un arcano" ,pág. 82).

Comienzan, por consiguiente, las primeras revueltas populares, en Nápoles contra los españoles, en Génova más tarde contra los alemanes. Poco a poco un nuevo pueblo sucede al antiguo; y lo que, a pesar de la Inquisición y de la Compañía de Jesús se despierta y hace surgir de su seno una Italia que superaba, hasta en la audacia del pensamiento, a la Francia de Voltaire y de Montesquieu. Beccaria, Filangeri, Mario Pagano, Romagnosi proclaman la doctrina de la libertad de los individuos y de los pueblos. "¡Cuanto más tocaban la verdad y se aproximaban a la solución social — exclama Pisacane — aquellos sumos italianos que los extranjeros de su tiempo, cuánto más que los modernos socialistas desviados del eclecticismo!" (págs. 86-87).

La revolución francesa, la entrada de Bonaparte a Italia, las repúblicas de fines del 700, el reino itálico de los primeros años del 800 son pasados en reseña por Pisacane con vivaz agudeza. Ve un signo de la formación del sentimiento de italianidad y de libertad en los italianos, no sólo en los repentinos entusiasmos jacobinos de unos, sino también en la resistencia opuesta a los franceses por los otros, en las rebeliones contra la prepotencia francesa estalladas en gran número en aquellos años en Pavía, Verona, en Lugo, en Génova, en Nápoles, etc. Y hace suyas las palabras de Melchiore Gioia a un procónsul francés: "Los franceses prometieron mucho, no mantuvieron nada; fué vil hipocresía llamar los pueblos a la libertad y hacerlos después más siervos que antes" (pág. 93). Lenguaje parecido usaban en realidad el republicano Manthoné en Nápoles contra el general Championnet y el republicano Ugo Foscolo en Lombardía contra el general Bonaparte.

Desde aquel tiempo, advierte Pisacane ha comenzado la historia de los modernos italianos, ansiosos de independencia y de libertad. Derrotada en 1815, la nueva Italia continuó viviendo en las conspiraciones y sociedades secretas que se multiplicaron. Graves errores motivaron las derrotas sucesivas de 1820, de 1848, etc., pero la historia de Italia, cuyas páginas "no tienen más que votos, ritos de sectas, conspiraciones, tentativas desgraciadas, martirios sin fin", afirma cada día un paso más hacia la realización de la libertad y de la independencia de la Italia unida.

"¿Seremos vencedores o vencidos?" — se pregunta (pág. 99) al acabar el primer volumen de esos ensayos, y se responde: "Sí, teniendo poco en cuenta las múltiples y dolorosas experiencias, seguimos ciegos el instinto que, por camino oblicuo, pero aparentemente el más llano, nos conducirá a los antiguos errores, la esclavitud será aún larga. Si francamente, roto todo vínculo con el pasado y con el presente, siguiéramos el camino recto, pero áspero, la victoria es segura".

Palabras grandes, que encierran una gran verdad — verdadera para toda causa de humana justicia y de liberación.

---

(1) *Carlo Pisacane, "Saggi storici", etcétera.—Establecimiento Tipográfico Nacional. Editor Antonio De Barbieri, Genova, 1858. — Vol. 1, págs. XI-XIV.*

El anónimo autor alude a la parte tomada por Pisacane en 1849, en la Comisión de las cosas de guerra de la república romana, creada a proposición de Mazzini por la Asamblea constituyente. Mazzini había tenido la idea de esa comisión después que Pisacane le expuso extensamente sus ideas sobre el modo de recoger y reordenar el ejército de la república. El hecho de armas del 30 de abril de 1849 es aquel hecho famoso en que las tropas republicanas, comandadas por Garibaldi, rechazaron por primera vez de los muros de Roma al ejército francés.

(2) *Idem, idem. — Vol I, pág. 62. — En el párrafo precedente, no habiendo hecho más que resumir los conceptos de Pisacane, me he servido en más puntos de sus mismas expresiones, como se podría ver en las págs. 47, 52, 54, 55 y 56.*





LEON TOLSTOI

La verdad en la boca del niño

(DIALOGOS)

I

(*Una isba de campesinos. La pequeña Grucha, niña de 6 años, juega en un rincón. Llega el starost, recaudador de impuestos de la aldea*).

EL STAROST

¿No hay alguien aquí?

GRUCHA (*Aproximándose*)

Mamá ha ido a ordeñar la vaca y Tedna trabaja en el castillo.

EL STAROST

Bien, dirás a tu madre que el starost ha venido a visitarla. Es ya la tercera vez que vengo. ¿Entiendes?

GRUCHA

Seguro que entiendo. No soy sorda.

EL STAROST

Está bien, dirás a tu madre que si no paga el impuesto antes del domingo, me veré obligado a llevarme vuestra vaca.

GRUCHA

¡Llevar nuestra vaca! ¡Eres, pues, un ladrón! Pero no se te dejará hacerlo, ¿sabes?

EL STAROST (*Sonriendo muy divertido*)

¡Es pícara esta pequeña! ¿Cómo te llamas?

GRUCHA

Grucha.

EL STAROST

Entonces, pequeña Grucha, escúchame bien: vas a decir a tu madre que yo he venido, bien, que no soy un ladrón, estoy obligado a llevarme la vaca.

GRUCHA

¿Por qué quieres hacer eso, si no eres un ladrón?

EL STAROST

Para cobrar el impuesto.

GRUCHA

¿Qué impuesto?

EL STAROST (*Riendo muy fuerte*)

¡Es ésta una niña extraña! Se llama impuesto el dinero que el zar ordena recaudar del pueblo.

GRUCHA

¡Recaudar! ¿Y para qué?

EL STAROST

Para el zar. ¡Pardiez!

GRUCHA

¿Es, pues, tan pobre tu zar, para que tenga necesidad de recaudar el dinero de unos desgraciados como nosotros? Por otra parte eso no es verdad, el zar es rico y puede pasarse sin él.

EL STAROST (*Que se divierte cada vez más*)

Pero este dinero no le queda a él, ¡tonta! El impuesto está destinado a ser invertido para nuestras necesidades. Es con este dinero que se paga a los jefes, a los soldados y a los funcionarios. Se emplea también para pagar la educación del pueblo. Es para nosotros, te digo, para nuestro bien.

GRUCHA

No es un bien para nosotros, si se te deja llevar la vaca.

EL STAROST

Ya comprenderás cuando seas grande. Mientras tanto, es necesario que digas a tu madre que pague el impuesto antes del domingo, ¿has comprendido?

GRUCHA

¡Nunca le hablaré de tus tonterías! Tú y tu zar no tenéis más que hacer lo que os parezca. En cuanto a nosotros, se hará lo que se tenga que hacer.

EL STAROST

¡Hará un buen veneno esta pequeña! ¡Adiós, Grucha! (*Sale riendo*).

Anti - Marx

Breve resumen de un libro de Pierre Ramus

II

Se ha intentado ver en la famosa "interpretación materialista de la historia" un descubrimiento de la mayor trascendencia y una gloria personal de Marx y Engels. Esa interpretación consiste en atribuir los acontecimientos históricos a causas materiales, en contraposición a lo sostenido por la filosofía alemana, generalmente, hasta entonces, que consideraba las causas idealistas, metafísicas como los motores principales del devenir histórico. Con el mismo espíritu que Hegel hablaba de un supuesto factor intelectual, abstracto, así habló más tarde Marx de un factor económico, material. En uno y en otro caso prevalece una atmósfera metafísica repelente. Pierre Ramus recuerda que esa reacción anti-idealista había tenido lugar en Inglaterra muchos años antes con Bacon (1561-1626), en Francia con D'Holbach, La Mettrie y demás pensadores de los períodos precursores de la gran revolución; en Alemania fué iniciada por hombres como Feuerbach, Moleschott, Vogt, Büchner. Marx no ha hecho más que sistematizar en doctrina el factor económico como motor de la historia; no llegó a ese resultado por el camino de las ciencias naturales, sino por el de la filosofía especulativa. Eso hizo que Marx y Engels rechazasen el materialismo inspirado por las ciencias naturales, según lo exponían los filósofos naturalistas de Alemania a mediados del siglo pasado.

La teoría de la interpretación materialista de la historia consiste en que las fuerzas productivas, es decir los instrumentos, los medios técnicos y mecánicos de producción determinan las condiciones de la producción, o sea que éstas son creadas por aquéllos. Todos juntos — instrumentos y proceso productivo — constituyen la estructura económica de la sociedad (pág. 34).

Para Marx el hombre no es más que un apéndice, un accesorio de la producción; su teoría consiste en sostener que toda la evolución del proceso social, político y espiritual de la vida está ligada a la naturaleza y al grado técnico del modo de producción, o mejor dicho: que esta última provoca todo el proceso vital a su manera, según su necesidad, y lo condiciona justamente en su figura particular. Según eso la filosofía, el arte de la Grecia antigua serían explicables por el proceso productivo vigente entonces; la ideología del mundo romano habría sido creada por la vida económica de la época, etc. Ramus expone, en cambio, ejemplos de países con vida económica casi idéntica y totalmente divergentes desde el punto de vista político, social, intelectual, y viceversa.

Hay derecho a calificar de metafísica la concepción marxista, y esa metafísica consiste en desconocer el efecto natural del producto en su creador, y en declarar el producto como creador de la conciencia de su productor.

"El materialismo de Marx no tiene en realidad nada que ver con el naturalista, y en el verdadero sentido de la palabra no es tal materialismo histórico. Su materialismo histórico es una especie de teosofía materialista, que ve en la técnica y en el desarrollo de la producción fuerzas motrices, secretas, que son más fuertes que el hombre, que dominan a éste y regulan su razón, y a las cuales está sometido casi sin voluntad alguna. Marx tenía que llegar a tales sofismas por haberse servido del método dialéctico. Ese método no tiene en cuenta ninguna acumulación de hechos, ninguna inducción; se basa en la deducción de premisas abstractas aceptadas, aparentemente lógicas, y tiene que llegar necesariamente al absurdo, pues toma por exactas condiciones previas, cuya precisión habría que probar. Y como el marxismo es dialéctico, es construcción arbitraria, de ninguna manera investigación científica, ni en método ni en conocimiento. El mérito particular de Marx no consiste en la creación de una interpretación materialista de la historia, sino en su aplicación abstracta, dialéctica, sofística" (página 41).

El reproche que hacen los anarquistas a la fórmula histórica de Marx-Engels está motivado en la pretensión de excluir totalmente la razón, la inteligencia humana, subordinándola a factores de producción que obrarían por sí mismos. La evolución de la humanidad está más bien caracterizada por el dominio creciente del hombre sobre las fuerzas económicas y materiales que por la subordinación humana a esas fuerzas.

Por otra parte, parece que al fin de su vida Marx no las tenía todas consigo y no se mostraba tan fervoroso defensor del materialismo histórico; el prólogo que Engels escribió para el libro "Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado', prólogo que Engels escribió en acuerdo espiritual con Marx, señala el "lazo sexual" como el factor predominante en la estructura de la sociedad. Ahora bien, ese factor sexual es enteramente independiente de las condiciones de la producción.

Unos años más tarde, Engels, en dos cartas, de 1890 y de 1896, cartas que se publicaron en varios órganos socialdemócratas, como los "Dokumenten des Sozialmus" (Berlín, 1906), defiende opiniones bastante divergentes de su concepción primitiva del materialismo histórico.

¿Pero en realidad existe el materialismo histórico. Se continúa defendiendo como teoría por los ortodoxos del marxismo, pero prácticamente no tiene ningún valor. Ahora bien, una teoría que no halla absolutamente ninguna aplicación en la conducta de sus adeptos, que sólo sirve como ejercicio intelectual, ¿puede considerarse realmente existente?

Según nuestra opinión es la voluntad humana el factor determinante de la historia; ahora que esa voluntad es fruto de múltiples determinaciones del medio ambiente.

La obra que relaciona a Marx con el socialismo es el "Manifiesto comunista"; todos sus otros escritos pueden ser considerados como estudios de economía, políticos, etc., no como estudios u orientaciones socialistas. Pero el "Manifiesto comunista", según Ramus, que repite las afirmaciones de Varlan Tcherkesof, no es más que un plagio de un trabajo parecido del fourierista francés Víctor Considerant. En el "Manifiesto comunista", la mejor expresión del marxismo en el socialismo, menciona Ramus diversos elementos antisocialistas innegables.

Demostrar que la historia no es fruto de la lucha de clases es tarea bien fácil para cualquiera que sea un poco conocedor del pasado humano; sobre todo, no es verdad que la humanidad haya estado escindida en burgueses y proletarios y que esas dos clases hayan sido siempre antagónicas.

A todo lector atento del "Manifiesto comunista" ha tenido que llamarle la atención la especie de elogio desmesurado que allí se hace de la burguesía, considerando su advenimiento y las condiciones económicas y políticas por ella creadas como algo necesario y ventajoso para el proletariado. La gran ciudad moderna sedujo a los autores de ese Manifiesto, hasta el punto de no permitirles ver que las grandes masas trabajadoras caen en el idiotismo de que habrían sido arrancadas al ser distanciadas de la vida campesina por la ciudad.

Marx y Engels parece que no tuvieran presente más que la burguesía industrial, desconociendo que ésta no es más que un retoño de la monopolización de la tierra. "La propiedad latifundista es, en la ciudad como en el campo, el poder de que depende también la burguesía industrial" — dice Ramus. Si no hubiese monopolio de la tierra no habría en las ciudades un proletariado numeroso y, por tanto, no habría tampoco un capitalismo industrial.

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

Respuesta de Wm. C. Owen

El cuestionario contiene los siguientes puntos:

1.—Sobre los problemas actuales del Anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

A esta cuestión respondo como sigue: A mi juicio, una revuelta poderosa y efectiva contra la presente reacción autoritaria puede sólo venir cuando las mentes más activas y atrevidas, desesperando ya de la ayuda, que nunca llega, de las formas existentes de gobierno, se apasionen por tomar en sus manos la dirección de sus propias vidas. Vale decir, que esto vendrá solamente cuando, consciente o inconscientemente, lleguen a saturarse con lo que es la quintaesencia del pensamiento anarquista. Unicamente los que se impregnen con sus principios serán capaces de iniciar y de llevar a feliz término el gran movimiento que emancipará a las masas; y todas las energías deberán aplicarse a la tarea de formar anarquistas verdaderos en todos los círculos y dondequiera se hallen intelectos activos e intrépidos. Los que no saben formarse una composición de lugar y los que no tienen el valor moral de asumir una actitud definida son siempre una fuente de debilidad, tal como los acontecimientos, desde el estallido de la revolución rusa, lo ha probado acabadamente. Durante años nuestro movimiento ha sido desgarrado y desunido porque miles de nuestros sedicentes camaradas imaginaron que, por algún místico arte de birlibirloque, la emancipación de los trabajadores podía ser realizada solamente por el establecimiento de una Dictadura que trataría con desdén y desprecio "el más o menos descompuesto cadáver de la Libertad". He olvidado, por el momento, si la frase apuntada fué inventada por Lenin o Mussolini, pero esto carece de importancia. Ambos consideraron que las masas deben ser gobernadas con mano de hierro y ambos recibieron su educación en el campo Socialista. Nos vemos atacados y perseguidos por los socialistas en cualquier parte donde hayan conseguido encaramarse en los sillones del poder; y, en lugar de sorprendernos e indignarnos ante esto, debemos aceptarlo como inevitable, porque el Socialismo es esencialmente autoritario — credo gubernamental que enseña de una manera consecuente que sin superintendencia y control — ejercido, por supuesto, por algunos que se declaran superiores sobre otros que son declarados inferiores — la Sociedad no puede mantenerse unida y que, si se prescinde de ellos, la humanidad se hundiría en el salvajismo. Nuestro punto de vista es enteramente opuesto a éste y me parece que del maridaje de tales oposiciones solo puede resultar la producción de híbridos estériles.

Imaginar que el Socialismo es un mojón que conduce al Anarquismo es imaginar que el despotismo dará a luz la libertad o que el olmo dará peras. En lo sucesivo deberemos luchar contra el Socialismo con más aspereza de la que hemos luchado hasta hoy y nos será dado ver que, por ambos lados, es una guerra a muerte.

Los hombres obran como piensan. Tratan de crear las condiciones que, a su parecer, les proporcionarán prosperidad y dicha; y si calculan erróneamente es porque no han estado en una situación que les permitiera pensar correctamente. ¿Qué probabilidad tiene un rey de pensar correctamente, rodeado como está, desde la cuna a la tumba, por aduladores que nunca le dicen la verdad? Y si el trabajador no puede ver más allá de la particular ocupación a la que está esclavizado se debe a que sus ojos no han tenido la oportunidad de ampliar su panorama. Si interpreta la lucha de clases meramente como un conflicto entre salarios y jornadas de trabajo, entre él y su inmediato empleador, se debe a que una estrecha enseñanza tradeunionista le ha dado esa impresión; y esto se puede remover solamente mostrándole que la lucha real es mucho más amplia, pues que se entabla entre los que, actualmente, monopolizan las fuentes de la Vida y, por este medio, del poder sobre sus prójimos y aquellos que se convierten de este modo en sus víctimas propiciatorias.

Desde el principio al fin es una cuestión de educación y me parece que caemos en el hábito más peligroso cuando atenuamos el valor educacional de la verdadera propaganda y exageramos enormemente el de los acontecimientos. Confiamos en que algo va a pasar, pero olvidamos que lo que resulte de lo acaecido dependerá de la mentalidad de aquellos a quienes le acaece. Un levantamiento entre hombres saturados de una filosofía servil de la vida terminará en Dictadura, y esto es lo que se ha verificado recientemente en muchas partes de Europa. Las masas han sido arrastradas, lo mismo por sus antiguos amos que por un amplio movimiento socialista, a creer en la autoridad; a creer en un Estado dirigido por hombres que salen de sus propias filas; a depositar su confianza en Salvadores oficiales; a no tener confianza en su propia capacidad como individuos y confiarse altruistamente en la energía, sabiduría y benevolencia del número. Esta es la más peligrosa de las enseñanzas porque gira sobre dos grandes debilidades a las que todos nosotros estamos expuestos. En nuestra cobardía moral esquivamos la responsabilidad personal y nos complacemos demasiado en desplazarla sobre otros hombros. En nuestra desidia dejamos que otros piensen y obren en nuestro beneficio.

Tenemos que sacar a las masas de su timidez y de su torpeza, y podemos hacer esto solamente despertándolas al sentido de su propia importancia y capacidad individual y al reconocimiento de su derecho de hombres. Pertrechados de esta manera emprendemos la batalla contra los Privilegios Especiales en todo lo largo de la línea. Atacamos, al mismo tiempo, la explotación de los trabajadores, la sumisión del individuo al Estado, el imperialismo militar y comercial, con su esclavizamiento y aniquilación de las naciones más débiles y todas las inexpresables brutalidades de la civilización decadente que, con excelsas máximas morales siempre a flor de labio, reconoce, en la práctica, solamente la ley de la *jungle* y reduce a un sistema científico el despojo de todo lo que cae bajo su yugo. La presente situación de la sociedad, en la que una gran porción de la humanidad es considerada por los que están en el poder como una superfluidad nociva, no puede durar indefinidamente, sino que continuará hasta que se trate de destruir con propósito firme y, sobre todo, actuación inteligente. Hay que apuntar al centro del mal. Las guerras se producen para anexar territorios; y la fábrica íntegra del Poder-Dinero se apodera del monopolio de aquellos recursos naturales que deberían utilizarse para el libre e igual uso de toda la humanidad.

La producción de las masas, hecha posible por la subdivisión del trabajo, que reduce al trabajador a la condición de un simple autómata, es el más notable aspecto de la moderna vida industrial. Como una consecuencia, esta edad caduca ha llegado al colmo en su adulación a lo *grande*. El movimiento obrero está también influído con esta insanía, y cree que puede realizar algo por la simple virtud del número. En la vida encontramos que la calidad es mucho más importante que la cantidad y, sin embargo, un determinado leader o maestro vale hoy por correligionarios sin personalidad. Sufrimos grandemente por la falta de fondos, pero tengo para mí, que sufrimos mucho más por la falta de talento; y falta de talento significa falta de trabajo rudo, honesto y consciente. La prensa obrera es pobremente ayudada porque, con honrosas excepciones, es pobremente editada. Un periódico revolucionario u obrero, siendo generalmente el "órgano oficial" de algún especial "ismo", pandilla o partido, defiende su propia causa a expensas de la verdad, hablando de victorias donde no ha habido victorias de ninguna clase y atenuando hasta el extremo, aplastantes derrotas. Esto se hace generalmente bajo la ilusión de que es necesario mantener incólume el espíritu de la colectividad afecta a las ideas, pero esta política es muy peligrosa. Tarde o temprano la verdad sale a luz, los lectores se descorazonan más aun, cesan de creer en el periódico y cesan de ayudarlo. Una prensa verdadera que promueve la confianza en sus lectores por sus informaciones cuidadosas; que pone en evidencia estudios enjundiosos; que analiza los acontecimientos corrientes inteligentemente y despliega por todas partes una comprensión clara y firme de principios — es lo que considero esencial para la formación de un movimiento vigoroso. No es posible hacerlo de otra manera. Sería mucho mejor si tuviéramos pocos periódicos de primera calidad que un montón de papeles que deja mucho que desear. Estamos, por supuesto, perpetuamente en necesidad de fondos, pero, con el tiempo, el talento trae ayuda, y estoy enteramente seguro que sufrimos mucho más de la falta de talento — en cuya palabra incluyo la habilidad administrativa, la iniciativa personal y los recursos generales — que de la falta de fondos. Creo que somos demasiado dados a confinar nuestras lecturas a algún particular periódico al que favorecemos, generalmente, porque representa nuestros propios puntos de vista. Como opuesto a esto, que tiende siempre al sectarismo y a la formación de fanáticos de mente estrecha, considero que deberíamos tratar, como especial punto de mira, de influir otros periódicos obreros o capitalistas; dando, en efecto, preferencia a aquellos que en la actualidad son más opuestos a nosotros. Mi propia experiencia, que abarca muchos años, atestigua que esas comunicaciones, bien razonadas y expresadas, son rara vez rechazadas, y estoy seguro, hablando otra vez de repetidas experiencias, que una inmensa propaganda puede desarrollarse por este medio. Tiene dos ventajas evidentes: primero, suministra un camino abierto a los camaradas que al presente rara vez escriben, porque creen que sería un esfuerzo carente de valor; segundo, la inesperada aparición de un artículo anarquista provoca la controversia, que es un inmenso estímulo para el pensamiento. Creo que el trabajo de esta índole podría ser organizado con poca dificultad y escaso gasto. Tenemos que afrontar el hecho de que las masas no están interesadas en la literatura revolucionaria y mientras no lo estén no pueden pensar en forma revolucionaria.

Ningún movimiento puede tener permanente fuerza a menos que, primero, haga una sencilla y conmovedora exposición de los principios verídicos de modo tan claro que hasta los más romos puedan comprenderlos; y, segundo, interesar a las masas en ellos. A mi *juicio*, poseemos un programa simple e ideal, porque todo el cuerpo de la doctrina anarquista se inclina a la afirmación de que buscamos poner fin a la explotación y a la situación económica que hace posible la explotación por la consecución desiguales posibilidades para todos. Esto abarca todo el campo de lucha y permite atacar por todos lados. Por este medio asaltamos al gran Dios de los Privilegios Especiales y, como Bakunin siempre insistió, el Privilegio Especial es el corruptor universal. Golpeamos en el punto central ocupado por todas las formas de gobierno, porque su invariable objeto es la obtención de excepcionales poderes que les habilitarán para oprimir a sus súbditos. Odiamos a los sacerdotes de todo pelaje porque quieren siempre imponer a los demás lo que, de acuerdo a su aserto, es la voluntad de Dios, cuyo portavoz son. Entramos en inmediato conflicto con la ley, porque ésta trata de atar a los vivos y aún a los no nacidos a las leyes, cosa para la cual nunca se pidió su consentimiento; y el legislador es siempre el defensor de los intereses creados y el defensor de las cosas tal cual son. Atacamos todas las formas del dogmatismo; y estamos obligados a atacarlas, porque nuestro objeto es hacer libres a los hombres. Esta edad se halla mortalmente enferma con la manía de proyectar construcciones sin sentido, triviales y pseudopiadosas. ¿Cómo es posible surgir a una vida social saludable sin destruir primero los impedimentos que obstaculizan el camino? ¿Cómo, por ejemplo, pueden llegar a ser los hombres económicamente libres hasta tanto la tierra, de cuyas fuentes naturales depende toda la vida, siga siendo el dominio de unos pocos? Somos esencialmente destructores, primero y ante todo, porque nuestro propósito es suprimir el Privilegio Especial y dar a todos iguales probabilidades; pero no soy tan inocente como para creer que atraeremos a las masas a nuestra manera de pensar con exponerles claramente lo que acabamos de decir. Tenemos que ir a buscarles en sus diferentes campos de acción y explicar a los hombres ocupados en muy diferentes ocupaciones cómo los Privilegios Especiales, gozados por una minoría de parásitos, reduce todo lo que se halla en torno a su radio de influencia a la pobreza, y lo mantiene en ella. No creo

---

Una gran contradicción de Marx y Engels consiste en fomentar por una parte la constitución del proletariado en clase dominante y por otra en hacer resaltar que el factor económico es el motor determinante de la historia. Nosotros no podríamos armonizar esos extremos.

Y poner de relieve lo que significa el Estado, aunque sea proletario, tampoco exige un gran esfuerzo, sobre todo después del ejemplo dado por la revolución rusa. Ramus zahiere en palabras ardientes esa mentira de la liberación de la humanidad por el Estado.

También es claro que la clase media no se disuelve, ni el proletariado forma una clase única frente al puñado de explotadores y dominadores. Hasta se podría decir que hay una clase intermedia mucho más numerosa hoy que antes y que el proletariado está más lejos que nunca de formar una unidad como tal. ¿Es necesario advertir igualmente que el marxismo no tiene nada que ver con el comunismo, porque reduce toda su revolución, en teoría — en la práctica hace menos aun — a conferir al Estado la propiedad de la tierra y de los instrumentos de trabajo?

"Mucho de lo que se sostenía en el "Manifiesto comunista" se ha realizado en el sentido y el interés *del* capitalismo, se ha llevado a la práctica en el bolchevismo, sólo que no en bien del proletariado, como lo habían anunciado Marx y Engels. En cambio, gran parte se ha evidenciado hace mucho como absurdo" (página 92).

A la luz de las nuevas experiencias, el famoso "Manifiesto comunista", el más alto exponente del socialismo de Marx y Engels, se nos presenta como un pobre parto de los montes, lleno de contradicciones y de absurdos irreconciliables. Sus premisas fundamentales han sido superadas o declaradas enteramente falsas.

que sea eficaz la aglomeración de los an-
arquistas en un lugar dado con el pro-
pósito de trabajar para sí mismos. A
mi juicio, deben dispersarse; y el pro-
pagandista ideal es aquel que puede sos-
tener una discusión con hombres de to-
das clases. Debemos asistir a toda clase
de mitines, ser capaces de plantear cues-
tiones inteligentemente y dominar el de-
bate. En este país hay infinidad de pro-
babilidades para desarrollar la actividad
de que hablamos, pero para utilizarlas
firme.?

es necesario un conocimiento exacto y
una firme comprensión de los hechos.
Para este trabajo, así como para toda
obra literaria, no deben usarse palabras
que carezcan de sentido o sean vagas.
Las masas a quienes se aburre con ideas
insulsas no prestan atención, pero siem-
pre responden a las amplias, humanita-
rias verdades, aunque también necesitan
que se les muestre cómo éstas pueden
ponerse en práctica. Creo que los anar-
quistas tenemos que explicar cómo nos
proponemos asegurar a cada uno y a to-
dos los individuos el IGUAL goce de las
posibilidades naturales y yo mismo me
adhiero al método ideado por Herbert
Spencer según el cual nos uniríamos to-
dos los propietarios y todos los arrenda-
tarios de las haciendas unidas — nues-
tra madre tierra — pagando al fondo
común lo que pudiera valer el privilegio
de ocupar una parcela de tierra de ex-
cepcional valor. Me parece que este es
el método que un ilustre cuerpo de hom-
bres, que se encuentra en posesión de
un continente virgen, adoptaría natural-
mente. Fué defendido y explicado con
gran lucidez, por ser el corolario necesa-
rio a la ley de la igual libertad, por una
de las mentes científicas más penetran-
tes que Inglaterra ha producido, y es
necesario recordar que Spencer odiaba
el Estado y lo combatió con extraordina-
rio ingenio a través de toda su carrera.
Nadie ha mostrado con más claridad que
es hijo del militarismo y que está satu-
rado con la bárbara mentalidad de la
coerción y la invasión. Nadie ha mostra-
do más definitivamente que partimos del
salvajismo y avanzamos hacia la civili-
zación en la proporción en que abando-
namos el Estado coercitivo y lo substi-
tuímos por el convenio voluntario de los
hombres libres. Aunque he conocido a
anarquistas eminentes que consideraban
que el sistema de enfitéusis de la tierra
preconizado por Herbert Spencer haría
omnipotente al Estado. A mi juicio, re-
ducirá al Estado a la impotencia y es-
toy seguro que todas las formas del Pri-
vilegio Especial se opondrían por todos
los medios a su adopción. De cualquier
manera el movimiento anarquista tendrá
que convencer a las masas que las invita
a una lucha por algo realmente valioso,
a saber, su herencia natural, la Tierra,
y de todo lo que necesitan para vivir.
Debe ser capaz de convencerlos que por
ese medio llegarán a obtener un goce
pleno e igual de los prácticamente in-
extinguibles recursos de la civilización
que, gracias a los descubrimientos he-
chos por la ciencia, está ahora recién en
el primer peldaño de su productividad,
y que de ese igual goce nadie que quiera
contribuir con su grano de arena a la
común riqueza de trabajo necesario, se-
rá excluído. Debemos sacar nuestras pro-
pias cabezas, y las de las masas, fuera
de las nubes e inclinarlas hacia la tie-
rra, bajo nuestros pies y, por mi parte,
estoy enteramente de acuerdo con Tols-
toi que declaraba, años atrás, que el pro-
blema de la tierra está ahora tan madu-
ro para la colonización como lo estuvo el
del *chattel slavery* en Estados Unidos ha-
ce tres cuartos de siglo. Más aun, es la
expulsión de la clase parásita de la tie-
rra y la ocupación de la misma por los
actuales cultivadores lo que dió a la re-
volución rusa su real valor. De todos
modos, la libertad económica es imposi-
ble mientras las masas se encuentren
obstaculizadas en el acceso al almacén
de la naturaleza.

El pensamiento claro me parece el pri-
mer requisito para hacer surgir un mo-
vimiento anarquista vigoroso, porque
una agitación mental híbrida no puede
ser eficaz. Así hay que plantear la ac-
ción; y esto que será al principio un pe-
noso esfuerzo, pronto se convertirá en
pasión absorbente, en cuanto nuevos ho-
rizontes surjan y la magnificencia de la
lucha se presente a la vista. No tengo
un plan ideado para la regeneración de
la raza. En efecto, detesto las Utopías,
considerándolas como tentativa para dic-
tar el futuro y por consiguiente expues-
tas al fracaso. La humanidad debe traba-
jar su propia vida y todo lo que tene-
mos derecho a pedir, y todo lo que pedi-
mos, es que cada uno tenga una igual
probabilidad de hacer eso. Por lo demás,
concibo que esta lucha se entabla, en el
fondo, entre la ciencia, cuya misión es es-
tablecer las realidades y las ilusiones que
hemos heredado de un pasado que se de-
batía en la superstición, la credulidad
y la sumisión a la Autoridad — todas
ellas hijas de la ignorancia, y es eviden-
te que la ignorancia engendra la timi-
dez mental y la cobardía moral. El an-
arquismo debe aliarse con la ciencia y
combatir la ignorancia y la superstición,
si quiere ser vigoroso. Debe concentrar-
se en realidades porque en el terrífico
conflicto que se va a producir para su-
primir la esclavitud, las ilusiones serán
dispersadas a los cuatro vientos y solo
las realidades pueden tener esperanzas
de sobrevivir.

Los hombres se sacrificarán a sí mis-
mos por lo que apasionadamente desean
y no tendrán ninguna pasión por la li-
bertad hasta que no lleguen a compren-
der que ella, y solo ella, puede darles
lo que necesitan. Cuando, por fin, se
convenzan, irán a través del agua y del
fuego para obtenerla, pero si permane-
cen no convencidos continuarán inmolán-
dose en los altares de sus antiguos dio-
ses. Lo que tenemos que hacer es ver
que la simiente que desparramamos sea
sana y esparcirla con mano pródiga. En
cuanto a saber dónde y cuándo brotará,
esto no debe preocuparnos.

2.—La anarquía, como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

A mi juicio, la anarquía es esencial-
mente iconoclasta y, por consiguiente, re-
volucionaria. Su única mira debe ser des-
truir la mentalidad bárbara y las insti-
tuciones bárbaras para que la civiliza-
ción que en realidad merezca este nom-
bre pueda nacer.

3.—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

El anarquismo trata de suprimir el
proletariado: con la condición de ser des-
heredado. Eventualmente, sin duda, los
hombres de toda clase trabajarán por la
realización de tal objetivo, porque aun
hoy día hay hombres en todos los planos
de la vida que están convencidos que
nuestro sistema actual está sentenciado.
Por mi parte, creo que el proletariado
intelectual conducirá la lucha como la
ha conducido en el pasado. Sufren con
más agudeza y sienten con más claridad
de lo que siente el ordinario proletaria-
do industrial que generalmente es presa
todavía del culto a los jefes.

4.—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

Edúquese al niño en una atmósfera
de libertad y el hábito se convertirá en
él en una segunda naturaleza. Nada es
más fuerte que el hábito. Bajo las presen-
tes condiciones este consejo es difícil
de seguir, pero todos podemos seguirlo
en la medida de lo posible.

5.—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y en Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

No es el Arte el que tiene que crear
el medio para el Anarquismo, sino el
Anarquismo el que debe crear el medio
para el Arte. El Arte es un espejo que
refleja el espíritu de la época.

6.—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente.

Deseo que el trabajador ordinario ten-
ga mil veces más personalidad de la que
despliega en el presente, porque en el
presente cree, como una regla, que pue-
de moverse solamente cuando su organi-
zación o partido se mueve y sigue el
cencerro de su jefe con la ceguedad con
que lo hace el carnero.

7.—¿Cuál es el valor de la tradición, y en qué medida debe seguírsela?

Con la tradición debe hacerse lo mis-
mo que con toda investigación o experi-
mento: exigirse la prueba; y ésta hay
que confrontarla con la realidad para
saber si es verdadera o falsa. Muchas co-
sas, aprendidas por la raza en el trans-
curso de largos siglos, son verdaderas
y no deben desecharse. Por otra parte,
la atmósfera mental está hoy día satu-
rada con toda clase de ideas nuevas que
son meramente snobismos, acogidas por
el ocioso como novedades, aunque frecuen-
temente son inventadas por personas que
esperan adquirir una reputación de ori-
ginalidad o hacer dinero con ellas. De-
cididamente es un disparate hacer esto,
ya que no por ser nueva una cosa ha de
ser verdad.

8.—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿podrían los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

Mi parecer es que la Biblia puede ser
leída sin peligro, y aun con provecho,
siempre que se comprenda claramente
que no es más que un mero fragmento
de la primitiva historia judía y un com-
pendio de literatura judía. Los judíos,
hoy día un grande e inteligente pueblo,
fueron, como el resto de nosotros, origi-
nalmente una simple tribu salvaje que
inevitablemente creó la clase de dioses
que los salvajes siempre crearon. Su rá-
pido progreso, especialmente evidenciado
por las escrituras de los Profetas, que
fueron proletarios agitadores de su épo-
ca, me ha parecido siempre muy digno
de estudiarse. Más aun, creo que el ori-

MAX NETTLAU (3)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

en favor del arrivismo electoral, degradándolo a la cate-
goría de política de campanario.

Sin embargo hay que suponer que esos círculos de las
Bolsas del trabajo eran los que estaban *relativamente*
más distanciados de la política electoral y los que se con-
servaban espiritualmente más alertas por el contacto co-
tidiano con la vida económica de su ciudad: así formó
luego ese ambiente las capacidades del joven Fernand
Pelloutier, o bien lo atrajo singularmente, según su dis-
posición; en una palabra, esas Bolsas del Trabajo o Cá-
maras del Trabajo, se convirtieron desde 1892 aproxi-
madamente en el campo principal de su actividad.

Hay que mencionar aún que en la década 1880-90 los
verdaderos anarquistas en la lucha económica de los tra-
bajadores dieron ejemplos de iniciativa y de abnegación
— como Louise Michel, Pouget y otros, cuando fueron
los primeros en mostrar el camino de las panaderías a
los desocupados hambrientos de París—, así nuevamente
Louise Michel, Pierre Martín y otros el 1.° de mayo de
1890 en Vienne (Isére); Tortelier habló extensamente
por la huelga general y defendió la lucha puramente eco-
nómica en conferencias obreras internacionales. Hubo al-
gún sindicato anarquista, pequeño, pero siempre dispues-
to a la acción, combativo, — así el grupo de carpinteros
de buena memoria a que pertenecía Lucien Guérineau,
que publicó diversas veces también un pequeño periódico
de combate *Le Pot á Colle* (El puchero de la cola) en
1891-2; 1898-9; en 1901. Así tenía también el grupo an-
arquista de zapateros, *Le Riflard* (1891) y el grupo de los
tipógrafos, Le Cri typographique (1891-92). Sobre esos
grupos pesaba poco el lastre de la organización, no sé
si tenían siempre extensos estatutos, y eran pobrísimos;
pero tenían buen ánimo, se componían de gentes de ma-
no firme y eran el terror de los patrones de su comarca.
Apenas habría algo de lo que más tarde se cacareó tanto
y se sistematizó como *acción directa, sabotaje*, etc., que
no lo pusieran en práctica esos pequeños grupos y en
general los anarquistas franceses de entonces sin usar
tantas palabras. Sin embargo, esa acción no se desarro-
llaba, en general, de manera alguna, en una base tan es-
trecha y unilateral; tenía hombres como Eliseo Reclús,
luminarias de la ciencia, tenía escritores importantes y
artistas, muchas simpatías de la juventud estudiosa, e
igualmente gentes que ofrendaban su vida por su con-
vicción y subían al cadalso y morían impávidamente, co-
mo Vaillant y otros.

También ese ambiente atrajo a Fernand Pelloutier,
pues se hizo anarquista.

Estas son, pues, según mi opinión, las condiciones
aproximadas de la época en que comienza la actividad
de Pelloutier, que desde 1892 se conoce exactamente.

II

El que se quiera informar realmente y crearse un jui-
cio propio debe acudir por sí mismo siempre a las fuen-
tes, y en lo que precede no fué absolutamente mi propó-
sito el resumir la exposición propia dada por Pelloutier
de la prehistoria de su actividad, sino sólo introducir un
poco al lector en todo su ambiente. Para la comprensión
efectiva es ineludible su obra póstuma, *Histoire des
Bourses du Travail*, con un prólogo de Georges Sorel y
una biografía por Víctor Dave, 1902, París(Schleicher
fréres, XX, 232 págs.). El hermano de Pelloutier, Mau-
rice, preparó esa edición, cuya aparición no fué fácil,
pues, como veo por una serie de cartas de Maurice a
Víctor Dave (1901-2), una circular de suscripción a la
obra no dió al principio más que 115 suscriptores (90
recogidos por Georges Ivetot, el mejor amigo de Fer-
nand entre los sindicalistas, y 25 recogidos por Maurice);
con 141 ejemplares, que representaban 332 francos 50
céntimos, consideraba Maurice en octubre de 1901 alcan-
zado el número accesible. Pero cuando apareció la obra
causó una importante impresión y fué tenida entonces
como un libro clásico de la literatura sindicalista. V. Da-
ve escribió además una pequeña biografía esmerada, ba-
sándose en los datos exactos comunicados por Maurice,
que apareció en la conocida serie *Portraits d'hier*, el con-
trapeso de los *Hommes du Jour*, en octubre de 1909
(N.° 14; 32 págs.). Georges Yvetot, que habría estado
dispuesto también a escribir esa biografía, dedicó luego
a Pelloutier un largo artículo rememorativo en la revis-
ta de Monatte, *La Vie ouvriére*, N.° 40 y 41 (primavera
de 1911). Observa allí que los viejos escritos dispersos
de Pelloutier que muestran su evolución — de radical
burgués a político socialista, luego al socialismo econó-
mico, al sindicalismo, deberían ser recogidos como mate-
rial instructivo para el proceso de tal evolución — un
buen estímulo que incita en general a un estudio de con-
junto de tales evoluciones, que encontramos en todos los
países en hombres muy meritorios, como F. Domela Nieu-
wenhuis, de la iglesia y la socialdemocracia al ateismo
y al anarquismo, y en muchos otros. Habría que exami-
nar también el material contrario, la evolución de algu-
nos sindicalistas y anarquistas de un tiempo hacia la po-
lítica autoritaria — y se adquiriría alguna impresión en
el proceso de tales conversiones, sus causas espirituales
y a menudo muy materiales, etc., y algunos podrían
aprender en tal experiencia.

¿Quién era Fernand Pelloutier? El consiguió lo que
— si pasamos por alto algunos precursores, cuyos planes
y talento eran grandes, pero cuyas posibilidades de ac-
ción eran demasiado restringidas y que sucumbieron en
su lucha, Flora Tristán, Pauline Rolland, Proudhon, Eu-

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

La recaudación de impuestos crea indirectamente nuevos explotadores. El gobierno exigía de la población los impues tos impuestos era imposible, porque a los tos impuestos era imposible porque los que no pagaba: se les torturaba, mataba y sus bienes se confiscaban. Los que pagaban se arruinaban. Entonces los más astutos, los que supieron eludir el pago de los impuestos — hombres por lo general allegados al gobierno—hacían trabajar a los productores arruinados en su beneficio, haciéndose pasar por los organizadores de la obra que realizaban otros. Los obreros se dedicaban a la producción de tal o cual objeto de acuerdo a sus capacidades técnicas, a las necesidades del consumo, etc.; los patrones y sus acólitos disfrutaban los frutos de este trabajo y se atribuían a sí mismos los méritos de la invención, elaboración y producción de dichos objetos.

En la acumulación primitiva de capitales desempeñó un papel importante la explotación de esclavos, de la tierra y de sus entrañas. También contribuyó grandemente a ello la renta, por el arriendo de la tierra usurpada.

La usura bajo todos sus aspectos, ha creado y crea capitalistas nuevos. La antigua manufactura proporcionó medios de enriquecimientos a algunos de los capitalistas modernos.

Muchos son los medios de los que se valen gobernantes y capitalistas para mantener en la pobreza a las masas trabajadoras y enriquecerse a su costa. Los impuestos, para cuyo cobro los gobernantes despojan al pueblo productor y consumidor, superaron en los tiempos modernos, por sus proporciones, a todas las formas del despojo antiguo, coadyuvando a mantener los capitales antiguos y creando capitales nuevos.

Mencionaremos a propósito algunas citas interesantes. "Los nueve décimos de las fortunas colosales que vemos en los Estados Unidos, deben su origen — dice Henri George en su libro "Problemas sociales" — a alguna estafa de importancia hecha con la ayuda del gobierno. En Europa, en nuestras monarquías y repúblicas, nueve décimos de las fortunas tienen el mismo origen. "Este es el único medio de hacerse millonario" — dice P. Kropotkin (1). "El derecho de propiedad — decía León Tolstoy — se considera un derecho sagrado y se justifica por el hecho que la propiedad es fruto de la sobriedad y de la laboriosidad útil a los hombres. Basta, empero, investigar el origen de todas las fortunas considerables para convencerse de lo contrario. Las fortunas surgen siempre de la violencia — que es lo más común — o de la avaricia, o de una gran estafa, o del engaño crónico, como el que practican los comerciantes. Cuanto más moral sea el hombre, tanta mayor seguridad hay de que pierda la fortuna que posee; y tanta más fortuna adquiere y la aumenta el que es más inmoral e inescrupuloso. La sabiduría popular dice: "De trabajos justos nadie adquirirá palacios de piedra", y que "del trabajo no te harás rico, sino jorobado". Así era en la antigüedad y mucho más lo es ahora, en que la distribución de las riquezas se efectúa desde hace mucho del modo más injusto. Aunque se admitiera que en la sociedad primitiva podía el hombre más sobrio y laborioso adquirir más que el derrochador y perezoso, nada de eso se puede admitir en la sociedad actual. Por más sobrio y laborioso que sea el trabajador que labra la tierra ajena, que compra los objetos que necesita al precio que estipulan sus poseedores y que trabaja con máquinas e instrumentos de otros y para los demás, este trabajador nunca adquirirá riquezas. En cambio, el hombre ocioso y derrochador, como vemos a diario, que en vez de trabajar se arrima al gobierno, a los ricos, se dedica a la usura, a la explotación fabril, a la trata de blancas, al comercio de alcoholes, se enriquece rápidamente.

(1) *Sobre el papel del Estado en el proceso de la acumulación primitiva y moderna de los capitales, véase la obra de P. Kropotkin "La ciencia moderna y la anarquía"*.

XXIII

Hay obreros que creen que la situación de las masas trabajadoras mejoraría si los socialistas se apoderaran del gobierno y, proclamando los medios de producción propiedad del Estado, organizaran la producción y distribuyeran los productos entre los miembros del nuevo Estado.

La vida nos ha demostrado hasta ahora y demostrará en adelante la incapacidad de los gobernantes de organizar algo. Lo que hicieron y lo que hacen los gobiernos de todos los tiempos y de todos los países es obra de destrucción y de desorganización. Hay quien dice que a su tiempo aparecerán los organizadores del gobierno socialista. Estos aparecerán cuando la técnica adquiera un desarrollo tal, que los organizadores modernos sean impotentes para dirigirla. La evolución económica lleva la sociedad hacia el socialismo. Cuando los capitales se concentren más de lo que están ahora, en manos de unos pocos, cuando la producción capitalista se estrelle contra la escasez crónica de mercados y las ganancias disminuyan considerablemente, entonces aparecerán los dirigentes socialistas y lo organizarán todo sobre bases nuevas. No se indica con precisión la hora fija de esta transformación.

Todo este proceso es natural, lógico, fatal, progresivo. La sociedad humana como tal necesita organizadores y está condenada eternamente a estar dividida en organizadores y organizados.

Si ello es así, si es un proceso progresivo, no cabe en él una gran revolución que junto con el poder del capital destruya también el poder del gobierno. No se puede hacer la revolución para derrocar a los organizadores. Son únicamente posibles revoluciones pequeñas para sustituir a los organizadores incapaces de dominar la técnica del momento, por otros organizadores más aptos. Se puede por una pequeña revolución, cambiar los gobiernos, substituir, en un momento propicio, un régimen, por ejemplo, el de la esclavitud, por otro cuyos dirigentes sean terratenientes, o capitalistas. Se puede a su vez sustituir a éstos por funcionarios, hasta se puede prescindir de toda revolución, pero no se puede prescindir de la "dirección" de hombres por hombres, excluir a los gobernantes de la sociedad.

Algunos socialistas y comunistas de Estado creen que un grupo de hombres que se apodere del gobierno y por la fuerza empiece a reconstruir el orden social al estilo socialista, logrará el objeto propuesto, pudiendo iniciar su actividad en cualquier momento del desarrollo del capitalismo.

Estos hombres no son portadores de una idea de progreso social, sino sencillamente creyentes en el poder de los llamados "organizadores".

XXIV

De un modo muy distinto interpretan la historia de la humanidad los anarquistas-comunistas. La disgregación de las comunas libres inicióse, no desde el momento en que aparecieron los "organizadores" necesarios a la sociedad desde que la técnica ha cambiado, sino desde que surgieron los conquistadores guerreros, cuya actividad tenía un carácter netamente desorganizador.

Cada conjunto de hombres organizóse de por sí, con la ayuda del medio que le rodeaba y de cada uno de sus componentes. La nueva técnica apareció recién cuando este conjunto de hombres fué capaz de crearlas y de aplicarlas. Para emplear la nueva técnica no hubo necesidad de organizadores. Más aún: una nueva técnica no podía surgir en una sociedad cuyos miembros no fueron capaces de aplicarla.

Y si el conjunto de hombres que forman una sociedad dada no puede adoptar una técnica determinada, no hay "organizador" capaz de enseñárselo. Ningún organizador hará que monos aren la tierra, ni que un salvaje maneje una complicada máquina moderna. Y únicamente el prejuicio teológico que inculcó en los hombres la creencia en el Gran Arquitecto — organizador del universo — hace que éstos conserven la fe en los organizadores de la sociedad humana.

La aparición de los conquistadores por la violencia, y de sus sucesores — caciques, caudillos, jefes, sacerdotes, dueños de esclavos, barones feudales, terratenientes, capitalistas, gobernantes etc. — que se apoyaban todos en los institutos de la violencia, impidió a la sociedad organizarse del modo más ventajoso, detuvo su progreso. Todos estos no organizaron ni la producción ni ninguna otra rama de la actividad social. Lo único que organizaron, y a las mil maravillas, fué la usurpación, la violencia y sus instituciones.

---

gen de las grandes religiones debe ser estudiado con cuidado. Sus fundadores sabían cómo encarar la propaganda. Opino que el arraigo y la maravillosa influencia ejercida durante siglos por los dichos atribuídos a Cristo es debida a su simplicidad y a su belleza. Su persistencia a través de tantos siglos es un espléndido testimonio del poder del estilo.

Londres, octubre de 1926.

---

géne Varlin — no había conseguido nadie: libertar grandes masas obreras de la hipnosis política y agruparlas para la lucha económica efectiva. Por sí mismo no se hace algo de esa naturaleza; los numerosos sindicatos existentes eran siempre una masa sin voluntad, que aprovechó éste o aquel político o un socialista desinteresado de alguna estrecha escuela temporalmente para sus fines y luego la volvió a dejar. Hacía falta una fuerza rara, enteramente propia, una fuerza que se dedicase solamente a esa misión, desinteresadamente, consciente de su finalidad, de amplia mirada, teóricamente indomable y sin embargo prácticamente a la altura de las incontables dificultades cotidianas, para despertar finalmente a las masas obreras de que se abusó políticamente tanto, y que fueron siempre burladas, a la conciencia de su propia fuerza; a esas masas apenas arrancadas a la iglesia y a los políticos burgueses y caídas de inmediato en las garras de los políticos socialistas ambiciosos, a fin de agruparlas por fin para sus propios objetivos. Es de interés considerar de cerca al hombre que, el primero, consiguió eso.

Una familia valdense del siglo XV residente en Piemonte, — cuyos precursores eran, pues, "herejes" valdenses escapados de Francia y refugiados en los valles sudalpinos, — después de haberse adherido al protestantismo es forzada en el siglo XVII a huis de Piemonte a Lyon y nuevamente de Francia a Alemania, a Leipzig, luego a Berlín, donde vive más de medio siglo, hasta que a mediados del siglo XVIII una rama de la misma se va a residir a Nantes, la ciudad portuaria del Este de Francia. Eran gentes que se manifestaban fuertemente por sus convicciones, aunque también éstas se desarrollaron algunas veces muy diversamente. El abuelo de Fernad, nacido en 1808, era un republicano militante, que editó en el sur de Francia periódicos sobresalientes de esa tendencia, mientras que uno de sus tíos era realista militante y conspirador. El padre de Pelloutier — éste mismo nació en Nantes el 1 de octubre de 1867 — no sobresalió y fué empleado de gobierno en las oficinas postales; hizo educar a su hijo en un internado dirigido por los jesuitas en la proximidad de Saint Nazaire, una pequeña ciudad portuaria, — un establecimiento, según parece, muy descuidado, en donde el niño, ya débil, adquirió el germen de su enfermedad mortal, la tuberculosis laríngea. Se sabe, por ejemplo, por el *Sebastián Roch* de Octave Mirbeau, cuán desconsolada es la vida en esos internados. El joven Pelloutier, que escapó en vano dos veces, fué finalmente alejado cuando se le encontró una poesía satírica anticlerical, y su carácter indisciplinado pareció indeseable a los jesuítas como "mal ejemplo". Luego concurrió al colegio urbano de Saint Nazaire.

En Saint Nazaire se piensa en Arístides Briand, que habitaba allí, y realmente entraron en contacto temporalmente su camino siempre ambicioso y el camino siempre desinteresado del joven Pelloutier (1885); Briand aprovechaba toda ocasión para ponerse a la cabeza como candidato y Pelloutier, que apoyaba todas las aspiraciones republicano-radicales lo mismo que el anticlericalismo, apoyó a Briand, el cual se dejó llevar a la altura por esas corrientes; pero en 1889 no triunfó todavía como candidato. Pelloutier escribió en grandes periódicos y fundó pequeñas publicaciones, escribió también una novela muy anticlerical; pero su salud se quebrantó, su rostro es desfigurado por el *lupus* tuberculoso; intenta en vano ocuparse como labrador en una aldea y fortificarse en su salud; vuelve en 1892 a Saint Nazaire sin haber sanado.

Entretanto se había vuelto socialista y precisamente guesdista, hasta fundó en 1892 la sección de ese partido obrero socialista en Saint Nazaire. Es su delegado al congreso del partido en Tours (septiembre de 1892); allí presentó en nombre de las *Bolsas del trabajo* de Saint Nazaire y de Nantes un informe sobre la *huelga general*, que fué aceptado el 3 de septiembre y publicado en *Avenir social* (Dijon) en 1893. Aquí defendía todavía el punto de vista, después abandonado, que las cooperativas debían recoger considerables masas de artículos alimenticios para tales huelgas; entonces, decía en 1895, entonces ardería la lucha gracias a esos almacenes, la lucha localizada de la revolución clásica, mientras nosotros deseamos la revolución que se encuentra en todas partes y en ninguna, que no ofrece ningún punto de ataque, que dispersa soldados por todo el país, los inmoviliza y por tanto los desmoraliza. La adopción de ese informe fué un triunfo contra los políticos guesdistas, con los que rompió Pelloutier ya entonces. El año 1892 vió también en el congreso socialista de Marsella la aparición de Arístide Briand, sobre lo que habría que leer, por ejemplo, los recuerdos de A. Zévaés, un político socialista muy versátil. (*Les débuts politiques de M. Briand*, en *La Nouvelle Revue*, París, 15 de diciembre de 1910). Los caminos de Pelloutier y de Briand se separaron desde entonces, si es que alguna vez fueron juntos, cuando Pelloutier, como muchos otros, ayudó desinteresadamente el ascenso de Briand en sus comienzos.

A principios de 1893 se trasladó Pelloutier a París; rompió pronto enteramente con los marxistas y se hizo anarquista convencido. Un desenvolvimiento natural para un hombre abnegado, cuando se considera la altura intelectual y moral alcanzada entonces por el anarquismo francés, al que los socialistas no tenían que oponerle más que una lucha ventilada siempre comercialmente por las actas parlamentarias. Las elecciones de 1893 produjeron por primera vez una gran cantidad de diputados socialistas, de 10 a 15; pero pusieron pronto fin en gran proporción al culto del sufragio. Se repitió el fenómeno producido en todos los países, que uno o dos socialistas en el parlamento causan a fin de cuentas una cierta impresión, pero en gran cantidad impresionan cada vez menos. Mientras estuvieron solos en el parlamento en Alemania, Liebknecht y Bebel; en Francia Besly y Camélinat; en Austria el Dr. Kronawetter y Pernerstorfer (propiamente no eran socialistas de partido), obraban ocasionalmente como el sollo en el estanque

AÑO V

LA PROT[illegible]TA

BUENOS AIRES, 13 DE DICIEMBRE DE 1926

N.o 253

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

PORTE PAGO

La enfermedad y la sociedad

Es un axioma indiscutible en medicina, que una de las causas primordiales de las enfermedades es la sociedad del privilegio y la explotación del hombre por el hombre. Eso no impide que los médicos se aferren a su patente y hagan de la medicina un comercio lucrativo. No es el mero conocimiento de la verdad lo que lleva los hombres a la revolución, es mucho más el sentimiento de rebeldía contra el mal, la injusticia y la esclavitud. ¿Qué importa que para la medicina sea un axioma indiscutible la influencia de la mala organización social presente en la salubridad general, si los que mejor pueden conocer y explicarse esa relación de causas y efectos venden la verdad por treinta dineros? Y esa venalidad no corresponde a casos aislados y raros, sino que es propia del [illegible] 100 por 100 del elemento [illegible] de las llamadas profesiones libres.

Si un día se creyó que la instrucción era capaz de encaminar la humanidad por la vía de su emancipación, hoy tenemos razón suficiente para dudar de ello y para exaltar la pasión por la justicia, el ansia de la libertad, el sentimiento de la solidaridad como factores revolucionarios predominantes. Donde ellos faltan, la instrucción, el conocimiento científico de las causas del mal no determina necesariamente una tendencia a ponerles remedio.

He aquí lo que escribió un médico alemán, J. Funk, sobre la mortalidad infantil en relación a las clases sociales:

"La mortalidad total de los niños de menos de un año es enormemente distinta según la capa social a que pertenecen. En las clases pobres es alrededor de cinco veces más grande que en la clase media. — Como causas de muerte en las clases pobres están la atrofia así como el catarro intestinal y estomacal, en primera línea. — Casi en la misma proporción se conserva la mortalidad de los niños de 1 a 5 años. Más aún: en comparación con las clases acomodadas la diferencia es proporcionalmente mayor. Llega hasta decuplicarse. Llama la atención la elevada mortalidad de los niños pobres por escarlatina y tos convulsa y por enfermedades de los órganos respiratorios. De los 5 a los 15 años la mortalidad en relación a las diversas clases sociales es mucho menos desigual que en los dos grados anteriores. La cifra proporcional es de 17 para los niños de familias ricas, 25 para los pertenecientes a la clase media, de 40 para los pobres. — De los 15 a los 30 años, la proporción de la mortalidad es de 12 para los ricos, 27 para los de la clase media y 66 para los pobres. La diferencia en favor de los primeros es, pues, nuevamente mayor. La enfermedad principal de esta edad es la tuberculosis. Ella sola origina casi la mitad de las causas de muerte. En el período de 30 a 60 años, la propodción de la mortalidad es de 62 para los ricos, 86 para la clase media y 136 para los pobres. También aquí está a la cabeza la tuberculosis pulmonar. Mueren de ella 43 pobres por cada 10.000; 15 de la clase media cada 10.000 también y de la clase rica 5,8".

Es elocuente esta estadística de la influencia de la situación social del hombre en el grado de su mortalidad.

Por ejemplo, la siguiente estadística nos muestra la mortalidad en las familias reales europeas desde 1841 a 1890, frente a la mortalidad de la población del presidio de Waldheim:

	F. reales Varones	P. de Wal.
A los 20 años	40.9	27.4
,, 30 ,,	33.8	23.7
,, 40 ,,	26.7	18.9
,, 50 ,,	19.1	13.0
,, 60 ,,	12.8	8.6
,, 70 ,,	7.6	6.6

Dentro de los factores sociales de la mortalidad está en el primer puesto la habitación; de las condiciones del trabajo no hay que hablar, porque la burguesía no está en el proceso de la producción y por consiguiente no es afectada por las causas de muerte que emanan directamente del trabajo industrial. Y la propia clase media, refugiada en oficinas y en el comercio, tampoco sabe lo que significa respirar el aire envenenado de una fábrica; su vivienda no tiene tampoco comparación con la vivienda proletaria.

Se puede decir que el obrero de nuestros días, el que todo lo produce, el que mantiene en el ocio y en el parasitismo a la burguesía y en parte también a la clase media, vive mucho menos que sus amos, siendo visitado con frecuencia por los padecimientos y enfermedades de toda suerte. Para prolongar la vida de los trabajadores, para que vivan más sanos y alegres, es preciso modificar fundamentalmente la sociedad actual, que engendra la muerte de los desheredados, privándoles de varios años de existencia. Y ese cambio social no ha de ser ni propiciado ni realizado por los que conocen científicamente las causas del mal que sufrimos, sino por las víctimas de este estado de cosas, por los proletarios.

¿Hacia dónde miraremos que no veamos surgir la necesidad de la revolución social regeneradora?

De todos los tiranos, el dinero es el más cruel, el más inicuo y el más implacable. Siendo el dinero el objetivo supremo del trabajo, éste se ha impuesto en todo su brutal rigor, no ha conocido ya ni equidad, ni humanidad. Ha venido una ciencia que ha explicado que el dinero era un instrumento de trabajo con igual título que la inteligencia y los brazos del hombre y que tenía una parte legítima en el producto del trabajo; esta ciencia ha proclamado que el dinero y el trabajo eran libres desde 1789 y que tenían derechos iguales, un poder igual, y que la oferta del uno corresponde a la demanda del otro, que nada les impide tratar libremente: principios erróneos, fabricados "a posteriori", que han legitimado en este siglo todas las exigencias y las durezas del dinero, que han hecho que se colocaran del lado del dinero todos los poderes públicos, el derecho y la justicia, y han dejado al trabajador, que por instrumento de fortuna no tiene más que sus brazos, sin defensa ni protección.

Fernando MAURICE

La situación en Rusia

Los sindicatos no se presentaron como defensores y guías de las masas obreras, sino como órganos auxiliares de las direcciones de los establecimientos para aumentar la productividad del trabajo. Con frecuencia los sindicatos suplantan en las fábricas a los órganos económicos dirigentes y muy a menudo ocurre que los trabajadores no saben distinguir entre el comité de fábrica y la dirección del establecimiento.

...Las organizaciones sindicales no supieron separar las exigencias imperiosas de la vida económica de la Unión de los soviets de las de éstos o aquellos órganos económicos, que en su caza a la ganancia no tenían en cuenta de ningún modo las necesidades más apremiantes de la clase obrera...

Aparte de no poder unificar armónicamente esas distintas, pero no contradictorias tareas de la función sindical, no supieron ejercer de un modo satisfactorio la dirección de las masas obreras. En lugar de convencer a las masas, éstas reciben de arriba a abajo las prescripciones; en lugar de guiarlas son sometidas a un comando. El resultado fué la ruptura entre los sindicatos y las masas obreras.

(De *Trud*, órgano sindical bolcheviqui, Moscú, 17 de octubre de 1925).



La Comisión A, B, C o D—cualquiera—de la Liga de las Naciones en el apogeo de sus luchas por el bien de la humanidad.

LUIS FABBRI

La obra más célebre y rara de Carlos Pisacane

II

Es preciso romper todo vínculo con el pasado y con el presente; de otro modo permaneceremos en la esclavitud, amonestaba el pensador y héroe. Su advertencia no fué observada o lo fué sólo superficialmente y a medias. De aquí la perseverancia en Italia de los viejos males, atenuados por un cierto período, recrudecidos después.

Qué es lo que entendió Pisacane por "ruptura de todo vínculo con el pasado y con el presente", eso lo ha explicado ampliamente en el tercer volumen de los ensayos: el que trata de la *Rivoluzione*, y lo dijo más concisamente la víspera de su sacrificio, en el *Testamento*. Pero también en el primer volumen es apuntada la idea aquí y allá, como se ha visto en algún fragmento ya transcripto y como repetía cuando examinaba las causas por las cuales la revolución francesa no consiguió su objetivo:

"Los dolores sufridos indicaban el fin de la revolución francesa: las guerras civiles con que había sido lacerada, los múltiples tiranicidios, los insoportables gravámenes de la edad media condujeron a la unidad, a la igualdad, a la abolición de los privilegios. Pero el derecho de propiedad, eje principal de la antigua sociedad, estaba conmovido, no desmontado; por tanto, los males, bajo otra forma, debían renacer indudablemente: la solidez de un edificio no sufre si, conservando los fundamentos y los muros principales, tratáis sólo de cambiar el orden de los departamentos. La unidad también se convierte en tiranía, en usurpación, en privilegio: la igualdad civil en una amarga irrisión, porque la miseria de los más aseguraba al rico aquellos privilegios que la ley había abolido... Ellos (los dominadores) fueron constreñidos a emplear la fuerza para sostenerse; la libertad desapareció"... (págs. 87 y 88).

De los dos volúmenes de los "Saggi" todavía desconocidos o casi en Italia, el primero es ciertamente el más importante; y por eso me he extendido sobre él. El segundo, en cambio — *Dell'Arte Bellica in Italia* — si puede tener una importancia especial para los cultores del arte militar, para nosotros y para la mayoría del público profano en tal género de estudios es el menos interesante. Y también para los estudiosos de las escuelas militares, el interés que puede teenr es casi exclusivamente histórico y documental, porque desde 1850, ciertamente, el arte de la masacre recíproca hizo tan horribles progresos, se han hecho tan monstruosos e imprevistos nuevos descubrimientos de máquinas, de explosivos y de medios de destrucción de toda especie que todas o casi todas las teorías de más o menos un siglo atrás han sido dislocadas y superadas.

Más largamente aun que la historia civil, resumida en el volumen precedente, en este segundo volumen Carlos Pisacane traza toda la evolución del arte militar italiano desde los tiempos de los romanos y antes aun, hasta 1850. Todas las guerras y batallas libradas en Italia son reseñadas a través de las tres edades, antigua, medioeval y moderna.

El que se preguntase cómo Carlos Pisacane, revolucionario y socialista, dedicó tanto tiempo y trabajo en torno a un argumento, del cual parece que habría tenido que huir, debe tener en cuenta dos circunstancias, subjetiva una y objetiva la otra.

Carlos Pisacane, de origen aristocrático como duque de San Giovanni, había sido educado desde niño en el oficio de las armas en el colegio militar de la Nunziatella de Nápoles; y en esos estudios sobresalió. Fué oficial en el cuerpo de técnicos del ejército de las Dos Sicilias, después subteniente en la sección extranjera francesa de Argelia; en 1848 fué capitán en la guerra contra Austria y en el ejército piamontés, y en 1849 coronel de la República romana y uno de los jefes de la defensa. Nada más natural, por tanto, que se extendiese un poco en torno a un argumento, en cuyo estudio teórico y práctico se había especializado particularmente. Más bien habría que maravillarse de lo contrario; es decir: cómo un hombre tan alejado por nacimiento, por educación y largo ejercicio del mando, del pueblo subyugado, pudo entregarse con tanto ardor a la causa de éste, hasta adelantarse tanto a su época, siendo al mismo tiempo indómito revolucionario en la acción y pensador socialista y anarquista atrevidísimo.

¿Tal vez fué el amor, ese sentimiento irreductiblemente anarquista, que tantas revueltas suscita entre los hombres, el que puso en la vía de la rebelión también al ex paje de la corte real de Nápoles? Probablemente, Pisacane se había enamorado de joven, casi de niño, de una muchacha de su edad, que al salir del colegio encontró esposa de otro hombre. El amor se sobrepuso y venció todas las convenciones sociales; y el joven duque, poco tiempo después, se escapó al extranjero con su elegida. En el camino áspero y doloroso del destierro, entonces, conoció la verdad y se consagró a la causa de la libertad.

Pero no divaguemos... La razón objetiva, por la cual Pisacane continuó ocupándose de estudios militares, fué que la revolución tenía entonces necesidad y, por lo demás, lo tendrá también en lo sucesivo, no sólo de hombres de pensamiento, de conspiradores, de rebeldes por impulso, sino también de hombres de guerra. La revolución es casi siempre una guerra también, o se vuelve tal en poco tiempo. Eso es lo que Carlos Pisacane apunta en las dos primeras páginas de este segundo ensayo, en donde se muestra escéptico respecto a la previsión de la desaparición de todas las guerras, y afirma que de cualquier modo el fin de las guerras no se alcanzará hasta que todos los diversos pueblos y clases hayan llegado a un suficiente equilibrio de intereses y que a tal equilibrio no se llegará sin guerra.

"Mientras Europa — decía él desde primeros de 1857 — esté en poder de tres o cuatro déspotas sostenidos por una selva de bayonetas, mientras en Europa la décima parte de los habitantes viva disfrutando en la opulencia, mientras nueve décimas partes vivan produciendo en la miseria, hablar de paz perpetua (hablo a los señores del comité de la paz) es inútil hipocresía." (Saggi storici, etc. Vol. II(págs. 7 y 8).

Ciertamente, hay también en este libro afirmaciones e hipótesis que hoy serían discutibles; pero el lector debe tener siempre presente la advertencia de no considerar este volumen como constituyendo parte independiente, sino de ponerlo en relación con los otros volúmenes, especialmente con el tercero y el cuarto — bastante conocidos del público italiano — el cuarto, sobre todo, en donde Pisacane estudia el problema de una ordenación militar que no esté en contraste con el principio de libertad o que contraste lo menos posible con él y que no pueda convertirse en instrumento de opresión en manos de una eventual dictadura surgida de una revolución De esta parte de la obra de Pisacane me ocupé, y hoy el tiempo no me consentiría repetirme (*Dictadura y revolución*", en una de los últimos capítulos que se ocupa de la defensa militar interna y externa de la revolución). Basta referir una de las conclusiones a que llega Pisacane.

"La esclavitud de las naciones modernas, reaparecida más terrible después de sangrientas revoluciones, tiene su origen en la constitución militar poco armonizadora con la civil; por consiguiente, es un error fatal tratar con demasiado ligereza el ordenamiento del ejército, y para doblegarse a algunas exigencias momentáneas, echar bases falsas, sobre las cuales, luego, se informará todo el edificio, pues la constitución civil, al alejarse, engendra aquel desacuerdo, aquel abatimiento en que cobra fuerza inmediatamente la tiranía." (Vol. IV, pág. 154).

Pero, para volver al segundo volumen, que es el que más me interesa, porque es el más desconocido, también en él manifiesta alguna vez Pisacane sus tendencias socialistas y libertarias. Ante todo, muestra cómo los ejércitos más victoriosos y vigorosos hablaron del pueblo romano cuando todavía no lo habían corrompido las riquezas y no se habían distanciado tanto en él las clases sociales. Por estas razones el ejército del imperio fué muy inferior al de la república. Así las organizaciones militares surgidas en la edad del feudalismo fueron un enorme regreso sobre las organizaciones romanas; y el heroísmo de las tropas republicanas de las Comunas fué de breve duración, porque la sed del oro, el mercantilismo y los egoísmos municipales abrieron pronto el paso a las señorías, a las armas mercenarias y a las compañías de aventura, las últimas de las cuales, transformando la guerra en un arte en sí, hicieron ciertamente recorrer a Italia una brillante carrera militar, tanto que Pisacane dice que la verdadera escuela de guerra italiana se formó por los aventureros del siglo XIV (pág. 102); pero acabaron, con sus vergonzosas ventas, siendo un instrumento de opresión más en manos de los tiranos del país y del extranjero.

Ni la adopción de las milicias locales o nacionales fué un progreso, al menos en los resultados. Italia decayó militarmente al decaer políticamente desde el 500 en adelante. Sólo en Piamonte perduró una fuerza militar ilustre; pero al constituir un feudo, la falta de un verdadero sentimiento nacional, por lo cual su ejército, ligado sólo a la dinastía ducal, tomaba parte ya por un extranjero ya por otro, adquiriendo fama de fe dudosa, hizo que se pudiese obtener poco beneficio de sus milicias nacionales. Estas, apenas se presentaron en los confines las jóvenes cuadrillas de la revolución francesa, fueron derrotadas; y los franceses permanecieron dueños y árbitros del territorio piamontés hasta que otro extranjero se posesionó de él.

Pisacane dedica algunas páginas al resurgimiento del arte militar bajo el impulso de la revolución francesa; pero se ocupa casi exclusivamente de su parte técnica o, mejor dicho, profesional. Dice, verdad, cuánta ventaja sacó del arte de combatir y de vencer del espíritu de libertad, pero no cuánto perdió el espíritu de libertad con el desarrollo enorme del militarismo. Pero en el estudio de su argumento no se vuelve parcial por espíritu de adepto. Nota los errores y los horrores de los ejércitos republicanos y revolucionarios (es decir: también por lo que se refiere a los hechos de guerra de las revoluciones italianas posteriores) y no oculta los méritos y las ventajas de los propios ejércitos reaccionarios. Al fin del volumen se alude a los desastres y a las vergüenzas militares de la guerra italiana de 1848, que se cerró con la fatal Novara. Y el libro termina con la reflexión que la disciplina no es lazo de unión bastante fuerte para tener compactas las filas de un ejército en guerra; la soldadesca no tiene ningún valor si combaten por intereses no comprendidos y serían invencibles si combatiesen por una causa sentida y popular" (Saggi storici, etc., vol. II, pág. 11).

He querido extenderme deliberadamente un poco sobre estos volúmenes menos conocidos de Pisacane, para que su rareza y la dificultad de que sean reeditados íntegramente y pronto — cosa que no carecería de utilidad para los estudiosos — queden compensados de algún modo para nuestros lectores

Por otra parte, el conocimiento de la obra de Pisacane, incluso en las partes que hoy menos obtendrían el asentimiento de los revolucionarios, o que les dejarían fríos e indiferentes, es necesario, para abarcar la figura de aquel pensador y héroe en toda su extensión y complejidad. Indudablemente, Pisacane puede figurar, en su notable libro sobre la "*Rivoluzione*", entre los primeros teóricos del socialismo anarquista; pero es preciso recordar que escribía en 1850, y en Italia. No se puede exigir, por tanto, que haya en sus libros la misma armonía y concatenamiento lógico que el anarquismo alcanzó en los cincuenta años sucesivos de desarrollo. Menos desigual y más orgánico que el mismo Proudhon, Pisacane permanece, sin embargo, el hombre de su tiempo y, por consiguiente, no está exento de algunas contradicciones y de algunas exageraciones, que hoy no se comprenderían ya.

Hay que hacer otra advertencia: los cuatro volúmenes de los *Saggi* no fueron revisados y acabados por Pisacane, como habría deseado ciertamente. Son un primer esbozo; y muchas expresiones pueden ser inexactas, independientemente de la voluntad del autor. El anónimo, que escribió el prefacio de aquella primera y única edición, dice, efectivamente, en cierto punto: "La obra que aquí se publica quedó inacabada y en parte enteramente desordenada... El autor no le dió el último retoque, y en muchos lugares lo dejó (el libro) de tal modo que no siempre nos es posible desenmarañar el sentido y el razonamiento, de manera que pudiésemos afirmar con segura conciencia que percibimos el sentido e interpretamos justamente el pensamiento del autor" (Saggi storici, etc., vol. I, pág. 15).

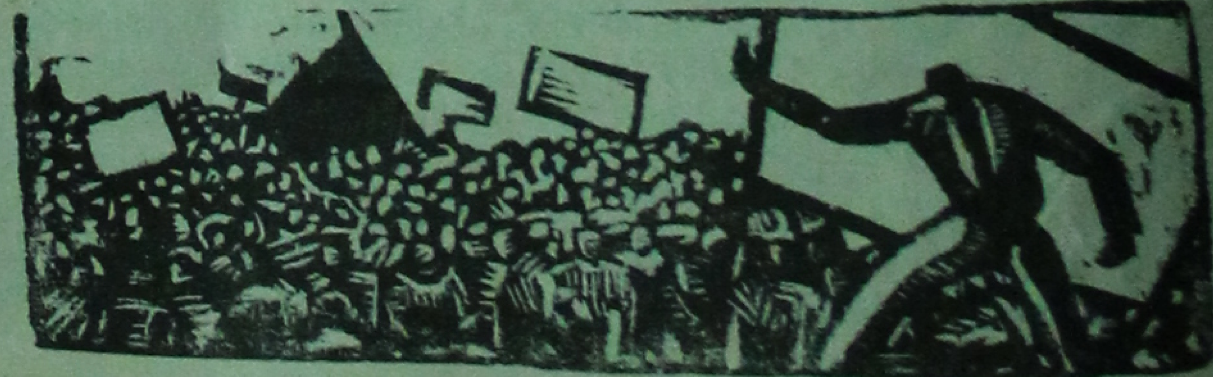
En este punto se presenta espontáneamente la pregunta: ¿Y dónde estarán los manuscritos del libro de Pisacane. ¿han sido confiados a alguna biblioteca o museo, o han quedado en manos de personas privadas? ¿y de quién? ¿Sería posible consultarlos? Responda el que pueda.

De los otros dos volúmenes, que son ciertamente los más importantes, como hemos dicho ya — el relativo a la revolución y el que se refiere a la nación armada —si tuviera que hablar diría mucho más de lo que he dicho hasta aquí. Pero si lo hiciese verdaderamente llevaría vasos a Samos y murciélagos a Atenas, porque antes que yo han hablado otros repetidamente de esos dos volúmenes, y esos volúmenes han sido reeditados y muy difundidos, citados en largos fragmentos, en libros, folletos y periódicos, y yo haría ciertamente una inútil repetición. Además, como he dicho más arriba, tal vez las circunstancias actuales no me permitan una tal repetición, por útil que fuese.

Aquellos dos volúmenes, y más especialmente el tercer ensayo sobre la "*Rivoluzione*", deben, por lo demás, ser leídos íntegramente; y los lectores harán bien en procurárselos, y mejor aún si algún editor los reeditase. Se han vuelto de actualidad, especialmente después que la revolución rusa ha puesto de nuevo en el tapete el problema de la dirección práctica de la revolución. El concepto anarquista, es decir: antiautoritario y antidictatorial de la revolución halla en los libros de Carlos Pisacane un validísimo apoyo y las más sólidas argumentaciones.

P. S. — Había escrito y enviado lo que antecede cuando he podido consultar la colección de la revista "L'Italia del Popolo" de Laussana, dirigida por Mazzini en los años 1849-50. Son doce cuadernos reunidos en dos volúmenes, y contienen muchos escritos de Mazzini, todos conocidos por haber sido publicados más de una vez, pero hay allí también otros artículos de otros autores, crónicas, bibliografía, recuerdos históricos, documentos, todos de mucho interés.

Carlos Pisacane fué asiduo colaborador de esta revista; en nueve cuadernos, de los doce que salieron, hay escritos suyos. Pero, contrariamente a lo que yo creía, tales escritos son de argumento exclusivamente militar, aunque estén concebidos desde un punto de vista revolucionario. Además, entonces, no me parece que Pisacane se distanciase mucho del pensamiento o, al menos, de las fórmulas del lenguaje mazziniano, porque hallamos en la página 47 del segundo volumen e



Todavía y siempre la crisis europea y el nacionalismo

NEMO

El problema más urgente para los an- arquistas de todos los países me parece que es cada vez más este: ¿pueden des- interesarse de la crisis europea, mundial también, o no? ¿Continuarán consideran- do esa crisis como un asunto que, dado que los proletarios no tienen nada que perder, no concierne más que a los bur gueses, que sí tienen a go que perder; que no concierne a los internacionalis- tas, que no tienen patria, sino solo a los patriotas retrógrados que se preocupan porque el país de su origen tenga una existencia normal? Se ven epidemias mentales, fascismo, bolchevismo y otras, que devastan los cerebros con la rapidez y la intensidad de la propagación de la peste negra: ¿se cree que la propagan- da anarquista directa, la organización y la práctica sindicalista, con una huelga general revolucionaria que desembocara en una revolución social expropiadora como fin teórico, entrevisto a distancia, pero en ninguna parte próximo a ser rea lizado victoriosamente; se cree que eso solo basta para contrabalancear y para vencer algún día la inmensa acumula- ción de fuerzas y de tendencias tan ul- tra-autoritarias, antihumanas, crueles y brutales de nuestro tiempo?

¿Creemos poder quedar al margen de esos desarrollos, sin ser tocados por ellos? No lo creo. Yo creí bastante tiem- po que el horror de todo lo que sucede desde 1914, desde 1918 produciría auto- máticamente un resurgimiento libertario, la alianza en nombre de la libertad con- tra la autoridad. No fué así: se rodó, se chocó, al contrario, en las orgías de au- toridad, se chapotea en ellas, y esa ma- rea continúa subiendo en Europa — es- cribo esto al día siguiente de las medidas impuestas en Italia por el consejo de los ministros del 5 de noviembre en Roma, que estarán en vigor y habrán dado sus fru- tos cuando se lean estas líneas. Por tan- to, me engañé; por uno que viene a la libertad, cien se dejaron envenenar por

toda suerte de fascismos, nombre colec- tivo hoy para designar la enfermedad autoritaria. De eso y de todo lo que veo desde hace mucho concluyo que antes del establecimiento de un estado de cosas más normal, más sanitario, que el estado de cosas presente, el esfuerzo parcial, aun- que fuese el de los mejores, aunque fue- se el esfuerzo anarquista más puro y re- suelto, permanecerá sin verdadero éxito.

Si se me objeta: es la burguesía, el capitalismo el que está enfermo, el que se muere y origina así esta crisis, yo respondo que en mi pensamiento todos estamos enfermos, nos morimos todos, la crisis, cualquiera que sea su causa, no inmuniza a nadie — y es preciso reac- cionar contra ella, todos. Si en una habi- tación el aire está envenenado por un escape de gas, entonces el médico más hábil no restablecerá la salud de una de las víctimas, si no es abolida la causa permanente del envenenamiento, es decir si no es abierta de par en par la ventana y se deja entrar el aire puro: las cau- sas del accidente no desaparecen en el acto, es preciso curar las víctimas, pero la condición indispensable de la cura- ción, el aire puro, queda establecida. Así ocurre en la sociedad presente, víctima de un envenenamiento colectivo que afec- ta a todos y que hace ineficaz también el esfuerzo de los más sanos, pues el ai- re vicioso, la demencia general los en- tontece también. ¿Se ha visto nunca tan- to descontento y tanto sentimiento anti- capitalista, como el que se ha manifes- tado o que existe latente, en Europa al menos, en cada uno de sus países, desde el fin de la guerra, desde 1918. Y todo eso no tuvo ningún resultado — y eso por una causa verdaderamente mayor que la que se atribuye generalmente a la falta de éxito, — el marxismo, el re- formismo, los grandes jefes, etc. ¿Y tan- to sindicalismo que no obtiene más éxi- to, que se consume en discusiones y re- organizaciones interiores de los mismos hombres siempre? ¿Y el ímpetu de las grandes huelgas quebrantado pronto, co- mo el de la huelga general inglesa en mayo, seguida de estos seis meses de huelga de los mineros a quienes se deja languidecer y agotarse hasta extinguir- se, con toda probabilidad, estas sema- nas. Todo eso no triunfa, porque nada, nada puede triunfar en el estado de en- fermedad general. Y las consecuencias son fatales para nuestras ideas, porque es a ellas, a la idea socialista en gene- ral, a quien se atribuye la falta de éxi- to y se produce la retirada hacia la in- diferencia, cuando no hacia los primeros culpables, los autoritarios, el nacionalis- mo, el fascismo. Podemos muy bien re- futar las doctrinas de éstos, sale de ellas una corriente viciosa mucho más gene- ral, más insinuante, más pérfida de lo que se cree a menudo y que es la verda- dera fuente de su hegemonía presente so- bre la humanidad. Es eso lo que hay que combatir ante todo, abrir puertas y ven- tanas hacia el aire puro del pensamiento y del sentimiento verdaderamente huma- nos — sin eso se trabaja en balde, no se cura, el mejor remedio no produce efec- to, en un ambiente de asfixia general.

Que aquellos que siguen la vía rutina- ria, continúen; nada se lo impide, pero si hay quien piensa como yo que esta situación nueva exige un esfuerzo espe cial, discutamos el mal y el remedio, si es que lo hay.

Ha ocurrido que hasta los capitalistas más rematados llegaron a poner el dedo en la llaga abierta a Europa y que no cu ra ya. No creo más que los otros en el sentimiento humanitario de esas harpías que dejaron llegar el mal, que lo han he cho posible persuadiendo al público que era un buen negocio y que todos debían poner en él su dinero y esperar grandes ganancias. Ahora esos hombres, aun apo yando el sistema presente, al que les li- ga su interés, ven quehan desencadenado fuerzas más perjudiciales aun que las su yas y que les superan. Desean la activa- ción más intensiva del capitalismo, algo

pues que — si hay que pasar por ello — está ante nosotros, en el porvenir, — y los acontecimientos desde 1914, desde 1918, financiados por ellos han impulsa- do hacia atrás el mundo europeo, a la edad media y lo han debilitado tanto, lo han vuelto tan miserable, que el pro- pio capitalismo, por poderoso que sea no puede respirar ya en esa atmósfera vi- ciada — y por eso lanzaron el alto gri- to con el manifiesto del 18 de octubre, de que no se quiere hablar ya más, que se trata de disminuir y de hacer olvidar, pero que representantes muy notorios del capitalismo, como el gobernador de la Banca de Inglaterra han firmado. Tra- duzco de ese documento:

"...El colapso de grandes unidades te- rritoriales en Europa fué un golpe duro para el comercio internacional. En el in- terior de vastos territorios, cuyos habi- tantes habían cambiado hasta entonces sus productos en comercio libre, se eri- gió un número de nuevas fronteras, en- vidiosamente cerradas por las leyes adua- neras. Antiguos mercados han desapare- cido. Oposiciones de razas han podido desgarrar comunidades cuyos intereses estaban inseparablemente entrelazados. Una situación semejante tendría lugar si una Confederación de Estados desgarra- se los lazos que unen a esos Estados y comenzara a impedir el comercio recí- proco y a imponerle castigos en lugar de acudir en su ayuda. Apenas cabe duda que en tales condiciones la prosperidad de semejante país disminuiría rápida- mente".

"Para trazar y para defender esas nue- vas fronteras en Europa, se han introdu- cido licencias, tarifas y prohibiciones, cu- yos resultados han sido probados ya, siendo desventajosos en el más alto gra- do para todas las partes. Un Estado per- dió así su aprovisionamiento barato en alimentos, otras industrias sufrieron por falta de carbón, ciertas fábricas por fal- ta de materias primas. Tras las murallas de la aduana se fundaron nuevas indus- trias locales, sin verdaderas bases econó- micas, y a consecuencia de la concurren- cia no se pudo mantenerlas en vida más que elevando aun la altitud de las mu- rallas de la aduana. Las tarifas de ferro- carril, influenciadas por consideraciones políticas, dificultan y encarecen el paso de tránsito y los transportes de las mer- caderías".

"Los precios han aumentado general- mente y fué provocada una carestía ar- tificial. La producción en su conjunto ha disminuído, el crédito y la circulación de dinero igual. Un exceso de Estados que persiguen ideas carentes de interés na- cional han puesto en peligro su propia prosperidad y dejado fuera de su consi- deración los intereses comunes del mun- do, colocando sus relaciones comerciales sobre esa base que es insensata econó- micamente y que considera todo comercio como una especie de guerra".

"No puede, pues, producirse un resta- blecimiento en Europa hasta que los po- líticos de todos los países, de los anti- guos y de los nuevos, no posean la con- cepción clara que el comercio no es la guerra, sino una operación de cambio, que en tiempos de paz nuestros vecinos son nuestros clientes y que su prosperi- dad es una condición previa de nuestra propia prosperidad", etc., etc. Esas últi- mas observaciones son, naturalmente, ma- labarismos capitalistas que quieren ha- cer aparecer el comercio como una ope- ración de benevolencia mutua, lo que no ha ocurrido nunca. Es un *pis-aller* en un mundo sin solidaridad. Pero por la ex- periencia de tantos siglos, ha llegado a comprender que funciona mejor con un mínimo de obstáculos, según el ejemplo de la Europa anterior a 1914, y no con ese máximo de obstáculos que ha esta- blecido, mantiene y refuerza sin cesar la Europa medioeval desde 1918.

Los estadísticos han calculado que la guerra ha destruído un 35 por ciento de la riqueza acumulada de la humanidad. En lugar de 26 Estados europeos en 1914 hay ahora 35; en lugar de 13 unidades monetarias diferentes, hay ahora 27. Las exportaciones europeas, del 64 por cien- to del total mundial han retrocedido a 55 por ciento; la riqueza europea, de 49 por ciento a 36 por ciento; el oro en Europa, de 5 mil millones de dólares nor- teamericanos, a 3 ¾; el oro en los Es- tados Unidos se acrecentó de dos mil mi- llones a 4 ¾ mil millones de dólares, etc. A pesar del desarme impuesto a Alema-

nia, al Austria, a Bulgaria y de los cam- bios en Turquía, en Rusia los gastos de los armamentos anuales europeos han subido de 1.700 a 1.840 millones de dó- lares de 1914 a 1924. Los impuestos por cabeza, comparados con las entradas, son casi 30 por ciento en Alemania, 23 en Inglaterra, 20 en Francia, 19 en Italia, 17 en Bélgica, y 11 ½ en los Estados Uni- dos. Se viste mal en Europa y en los Es- tados Unidos no se sabe este año qué hacer del algodón abundante, que se qui- siera retirar del mercado, destruir en caso de necesidad. Por otra parte se teme una cosecha demasiado abundante de cautchuc. Nada más fácil que recoger miles de detalles parecidos de todas las publicaciones estadísticas de ambos he- misferios. Se ha establecido desde hace mucho el hecho que los cambios de 1918, ratificados por los tratados de 1919, no aprovecharon más que a una minoría bastante pequeña de la misma burguesía, exactamente a los especuladores más as- tutos, a los más hábiles para pescar en agua turbia y para alimentarse como hienas en la carne de los habitantes del propio país y de los países considerados enemigos y buena presa; la mayoría de la burguesía misma ha sido desbordada por los acontecimientos, fué hecha vícti- ma de los tiburones y se encuentra fren- te a organismos estatistas desorientados que sólo el fascismo, el estatismo, el fis- calismo más brutal puede impulsar aún a arrastrarse hacia adelante de año en año gracias a los espolazos y varillazos cada vez más sangrientos.

Figúrese uno lo que quiere decir eso, 35 Estados en lugar de 26 — ¿somos an- arquistas o no lo somos? ¿Nos estremece- mos de placer, de legítimo orgullo, cuan- do los "libertadores" han creado un nue- vo Estado — o nos estremecemos de horror, sabiendo que ahora la mentalidad de los pueblos será más deformada aún, que habrá un patriotismo más, un odio, fronteras, funcionarios, ejércitos, poli- cías, políticos *novísimos* que demuestran su celo por un nuevo país? Y de 26 se ha saltado a 35, y en todas partes no fal- tan políticos, funcionarios, oficiales, sol- dados, policías, carabineros, periodistas y demás, que desempeñan como por arte mágico todas esas funciones, inundándo- las más bien, cargando al nuevo Estado con una burocracia, con una clase de po- liticastros, todo el aparato estatista, pa- triótico, fanatizado o especulador, *a ou- trance*, no buscando todos más que ensan- char el territorio, anexionarse a los más débiles, escarnecer e injuriar a sus víc- timas, en una palabra: realizar verdade- ras orgías de estatismo. ¿Es eso libera- ción o no es más bien la edad media, el retroceso, la negación de la línea de pro- greso marcada a través de los siglos, de esos siglos que han creado la civilización moderna? Esta civilización no ha estable- cido bases sólidas indispensables, la cien- cia que destruye la superstición, que ha- ce al hombre capaz, por el trabajo inte- ligente, de extraer de las riquezas natu- rales una suma de bienestar y de confort que los siglos pasados no han sabido ha- cer accesible más que a los ricos por el trabajo de esclavos y la vida de bestias de carga de la gran masa condenada a permanecer inculta y hambrienta. Todo eso está a punto de ser reducido, debili- tado y será quebrantado, arruinado si la marcha hacia atrás continúa.

Porque esta civilización progresiva tie- ne por condición esencial la libertad de acción siempre creciente, esa libertad que no se ha establecido aún ni reconoci- do siquiera en el sentido amplio de la concepción anarquista, pero que — con- firmación de la justicia inmanente de la anarquía — cada rama de la actividad humana había sabido ganar para ella o al menos reclamar en alta voz y aspirar profundamente, en su dominio especial. Así la ciencia se volvió libre enteramente y sus métodos, la intensidad y la sinceri- dad absoluta de sus investigadores son aplicados a nuevas esferas de la vida de la naturaleza, de la sociedad, del hombre, continuamente. Así se creó la coopera- ción internacional desinteresada de los sabios. Y la ciencia aplicada, la técnica en sus múltiples divisiones, se volvió también internacional, y la circulación de los productos, favorecida por el inmen- so desenvolvimiento de los transportes, creó el comercio libre, la libertad de los viajes, de las emigraciones e inmigracio- nes, y de todo eso resultó una cantidad creciente de instituciones, tratados, con-

---

te fin de artículo: "El rey ha perdido su prestigio. Las esperanzas de Italia están hoy en dios y en el pueblo. Y no serán traicionadas" (cuaderno VIII).

He aquí, de cualquier modo, para me- moria, la nota de los escritos de Pisaca- ne, contenidos en la *"Italia del Popolo"*: Cuaderno 1, La guerra italiana; cuad. 2 y 3; Sulla scienza della guerra (Pensieri, Strategia, Applicazione della tattica all' insurrezione); cuad. 2, Pocche parole sul- la relazione della campagna del 1948 in Sicilia, etc.; cuad. 5 y 6, Relazione stori- ca delle operazioni militari eseguite dalla la Repubblica Romana (1849); cuad. 9, La neutralitá della Svizzera; cuad. 12, Pensieri sugli eserciti permanenti. Hay también allí un extracto del Rápido Cen- no sugli ultimi avvenimenti di Roma, que no fué un artículo de la revista (como yo había supuesto), sino un opúsculo aparte, publicado también en Laussana por Bona- mici, en 1848 y reeditado hacia 1890 en Roma por un grupo republicano.

La revista editada por Bonamici lleva en el frontispicio la indicación de la "So- cietá Editrice L'Unione, Laussana (1849- 1850). El primero de los artículos de Pi- sacane está firmado "Carlo Pisacane"; todos los demás: "Colonnello Pisacane". Tales artículos contienen partes aun hoy interesantes, sea políticamente, como don- de critica el sistema de las monarquías constitucionales, sea desde el punto de vista revolucionario como cuando busca una aplicación de la táctica militar a la insurrección, sea históricamente, como cuando habla de los males y traiciones que condujeron al desastre las guerras de 1848-49.

Pero sería demasiado el extendernos en torno a todo eso, y tampoco es nece- sario, pues esa revista no es tan difícil encontrarla como los *Saggi* de que me ocupé más arriba.

Hay dos ejemplares de ella en la Biblio- teca Brera de Milán.



tratos, arreglos verdaderamente internacionales. La humanidad, inspirada por esos éxitos reales de la cooperación internacional, fué verdaderamente en ascenso y cuando los trabajadores se despertaron y pusieron en pie como hombres libres y solidarios, fundando la Internacional, se pudo creer que al fin de un desarrollo no muy largo surgiría una humanidad solidaria y libre; que con las ficciones de dios y del extranjero, que es el enemigo y el bárbaro, caerían también por un esfuerzo internacional de las masas trabajadoras las crueles realidades, los obstáculos y dificultades, el Estado y la propiedad.

Pero una funesta corriente había acompañado todo ese desenvolvimiento progresivo y se había tenido el gran error de no evaluar el peligro que aportaba y hasta se ha caído bajo su influencia, engañados, miopes, creyendo hacer el bien, pero sin embargo haciendo un mal indecible. Esa corriente fué el *nacionalismo*. Hoy la máscara ha caído: la Italia del 5 de noviembre de 1926 y de sus otras manifestaciones fascistas, algunos otros de los 35 Estados europeos, muestran el nacionalismo triunfante, Moloch insaciable que no sabe más que crear nuevas codicias, soñar con nuevas víctimas — y vemos el *internacionalismo*, el espíritu moderno y progresivo, de tal modo reducido a la impotencia, que hasta los burgueses más inveterados, esos financistas y banqueros, que habían financiado el nacionalismo y lo continúan sosteniendo materialmente, gritan a veces como en ese manifiesto y dicen que hay demasiado.

Fueron también los reformadores de la propiedad del suelo, los discípulos de Henry George y otros que este año, en julio, se reunieron en Copenhague en congreso internacional y proclamaron altamente la necesidad del comercio libre en Europa, de la abolición de las horribles trabas creadas por esos 35 Estados de proteccionismo rabioso que reemplazan a los 26 Estados de antes de 1914, Estados de territorio que permitía una vida normal para cada uno y que el nacionalismo victorioso ha transformado en 35 países, países ricos, países medianos y países parias que no saben más que odiarse recíprocamente y oprimirse y arruinar a los más débiles. No conozco el detalle de ese congreso, pero sé el tenor de sus resoluciones y me recuerdo de un gran libro de otro tiempo, por Henry George: *Protection or Free Trade*.

No tengo a mano ese libro, pero encuentro en *Progreso y Miseria* (1880) de Henry George líneas como las siguientes, que hacen ver en qué grado y con qué consecuencia lógica combatió ese hombre la desigualdad soportada por la apropiación monopolista de la tierra y las desigualdades creadas por los monopolios aduaneros de los Estados. Dice, por ejemplo: ..."Los males que resultan de la distribución injusta y desigual de la riqueza y que se vuelven cada vez más aparentes con el progreso de la civilización moderna, no son incidentes del progreso, sino tendencias que deben detener el progreso; esos males no curarán por sí mismos, sino al contrario, si su causa no es suprimida, crecerán cada vez más hasta hacernos retroceder al barbarismo, como ocurrió a todas las civilizaciones precedentes'...

..."Al permitir el monopolio de las posibilidades naturales que la naturaleza ofrece libremente a todos, hemos ignorado la ley fundamental de la justicia... Pero al barrer con esa injusticia y al afirmar los derechos de todos los hombres a las riquezas naturales, obraremos en conformidad con esa ley (de justicia) — alejaremos la gran causa de la desigualdad natural en la distribución de la riqueza y del poder"... "La igualdad de los derechos políticos no es una compensación para el derecho igual a la riqueza de la naturaleza"...

..."Los mejoramientos se hacen posibles a medida que los hombres se encuentran en asociación pacífica, y cuanto más vasta e intensa sea esa asociación, más grandes son las posibilidades de mejoramiento... Así, asociación e igualdad es la ley del progreso... El progreso aumenta a medida que la sociedad llega a una asociación más intensa y a una igualdad más grande. La civilización es la cooperación, y la unión y la libertad son sus factores"... (Extractos del libro X, capítulos III y V).

El desmenuzamiento de Europa en 35 en lugar de 26 Estados ha creado evidentemente obstáculos terribles y fatales al progreso más normal; si una horda de bárbaros hubiese hecho irrupción en una sala de máquinas, hallando en ella 26 máquinas, y las hubiesen desmontado y vuelto a armar bien o mal para hacer de ellas 35 máquinas, — o si 35 hombres de las cavernas hubiesen hallado 26 relojes y se hubiesen repartido los rodajes para hacer 35 relojes, ni máquinas ni relojes serían luego útiles para nada, según mi humilde opinión. Eso es, sin embargo, lo que se ha hecho en 1918 y se confirmó en 1919 con ese organismo delicado de la Europa moderna, desmenuzando grandes territorios y volviéndolos a distribuir según los principios más arbitrarios, todos cubiertos por el nacionalismo o el estatismo más absoluto. Aunque esos hombres de las cavernas hubiesen dejado 20 relojes intactos y no hubiesen deshecho más que seis para hacer de ellos 15, esos 20 relojes intactos podrían continuar funcionando. Pero el organismo europeo estaba de tal manera entrelazado, que hasta los Estados que fueron dejados intactos, sufren y, con la pobreza, la inquietud, el fanatismo, la desesperación a su lado, no se encuentran de ninguna manera bien. Y los otros continentes experimentarán también tarde o temprano las consecuencias de la decadencia europea.

Yo agradezco mucho a esos reformadores de la tierra por haber hablado altamente. Habría preferido que los anarquistas hubiesen sido los primeros, pero, como he dicho ya, muchos se desinteresan de esos detalles. Es preciso renunciar a esperar que los socialistas y los sindicalistas den un paso en esa dirección, porque, basándose en la masa de los electores y defendiendo los intereses obreros locales de cada territorio, están indisolublemente ligados a los Estados, cuyo poder político, militar, económico (como monopolista de materias primas en su territorio) es necesario, para asegurar los electores y trabajadores del país en la posesión de lo que poseen en una superioridad cualquiera sobre los otros países, para aumentar, defender o crear tales superioridades. El internacionalismo de los trabajadores, por tanto, ha muerto: ningún diputado socialista, ningún jefe sindicalista se atrevería a pedir que su *Estado* renuncie a algún privilegio, a alguna ventaja monopolista ganada no importa cómo e infligiendo no importa qué sufrimientos a los habitantes, por consiguiente a los obreros igualmente de otros países, puesto que eso disminuiría la posición favorecida de los habitantes y obreros de ese país y los haría hostiles al partido y a la organización que propusiera tal sacrificio. El socialismo autoritario está fundido, pues, con el estatismo de su país respectivo — lo que explica, por ejemplo, que los mineros de los otros países, los obreros de los transportes internacionales no hayan pensado nunca en obstaculizar seriamente el transporte de carbón a Inglaterra durante esos seis meses de huelga de los mineros ingleses, o que los millones de obreros y de campesinos italianos hayan permitido al fascismo dominarlos tan completamente.

Se ha tenido aún algunos otros hombres que ven muy claramente el absurdo, la ferocidad, el carácter suicida del sistema de los Estados multiplicados e intensificados en Europa desde 1918. Son los autores del movimiento *paneuropeo* que han hecho una primera demostración colectiva en su Convención celebrada en Viena (Austria) en octubre último. Proponen una *Paneuropa* continental, un grupo *ruso-siberiano*, un grupo *Inglaterra e imperio inglés*, un grupo *Panamérica*, etc. y llegan a la formación de un grupo de inmensos *imperialismos*, aunque se colocan completamente en la base de los tratados de 1919. Disfrutan de protecciones diplomáticas precisamente entre los sectarios más tenaces de los tratados de 1919 y la propia Sociedad de las naciones de Ginebra les ha concedido ya un contacto muy platónico con ella. Ese movimiento me parece una desviación completa del pensamiento internacionalista, a pesar de todas las apariencias. Deja intacto todo el mal que se hizo en 1919 y quisiera crear inmensas unidades que con ello se separarían y se volverían más hostiles que nunca. El globo sería más estrecho todavía, más mezquino, animado de sentimientos hostiles, si el *paneuropeo* continental se viera separado así del *panglés*, del *panasiático*, del *panamericano*. Carlomagno y Dante y Napoleón y Mazzini y Nietzsche son los grandes predecesores del iniciador de esta *Paneuropa*. Basada en los tratados de 1919, que con cada uno de sus párrafos humillan y encadenan las poblaciones alemanas, — Inglaterra completamente eliminada, —esa *Paneuropa* sería la Panitalia de Mussolini o la Panfrancia de Briand-Poincaré, apoyándose en los eslavos, latinos, holandeses y escandinavos y ahora en la subyugación de las poblaciones alemanas en 1919. Sería, pues, una Sociedad de las Naciones con la eliminación de todos los países que, por una razón o por otra fueran opuestos a una hegemonía francesa o italiana sobre el continente. En caso de hegemonía francesa esa *Paneuropa* sería hostil a la *Pan-Inglaterra*; en caso de hegemonía italiana sería probablemente el instrumento de la Pan-Inglaterra. En todos esos casos sería o bien la ratificación forzada permanente de los tratados de 1919 que las poblaciones alemanas no reconocerán nunca, o bien la conglomeración de las fuerzas y de los recursos continentales para ponerlos todos a la disposición de una de las naciones que supieran ser preponderantes en vista de las guerras futuras entre los tres grandes blocs: británico, norteamericano y ruso-asiático.

Es lamentable que las buenas voluntades, amigas de federaciones serias, de la vuelta a la razón no tengan hasta aquí en Europa, si quieren unirse en algún movimiento, más que esas conferencias económicas internacionales que el manifiesto de los banqueros inaugura más o menos, donde ricos hombres de negocios y algunos profesores discutirán y votarán resoluciones anodinas y que no tendrán ningún efecto — o esa Paneuropa todo menos simpática. El congreso de Copenhague no parece haber tenido repercusión. Los socialistas no reconocen más que el cada uno para sí y en su casa, los sindicalistas están absorbidos en defender lo que tienen en esta época de los desocupados sin número y sin fin de su martirio. También el antimilitarismo está localizado, ningún gran grito universal sale de sus filas, la voz internacional de un Tolstoi falta. Lo mismo pasa con la anarquía.

Por consiguiente la mentalidad se vuelve cada vez más nacionalista; se aferra cada cual a su país, porque el internacionalismo no se hace oír. Y la *fine fleur* del nacionalismo es la pobre Italia, pero orgullosa del 5 de noviembre de 1926.



LEON TOLSTOI

La verdad en la boca del niño

(DIALOGOS)

II

(El parque de un dominio señorial. La condesa, persona bastante joven, se pasea con sus dos hijos: el varón, alumno del liceo, de 14 años, y una niñita de 6. A la vuelta del camino, una vieja campesina aparece y, después de profundos saludos, se aproxima a la dama).

LA CONDESA

¿Qué quieres, Matrena?

LA VIEJA

Es para vuestra señoría.

LA CONDESA

¿Qué deseas.

LA VIEJA

Estoy avergonzada de hablaros, madrecita condesa, pero ¡qué hacer! Mi hija va a dar a luz otra vez y os pide aceptéis ser madrina.

LA CONDESA

Sin embargo, no hace mucho tiempo que fué madre.

LA VIEJA

Hizo un año la cuaresma última.

LA CONDESA

¿Cuántos niños tienes ahora, pues?

LA VIEJA

No llego a contarlos más, madrecita. Yo quisiera con gusto distribuir la mitad. ¡Es una miseria! El uno más pequeño que el otro.

LA CONDESA

¿Y tu hija, cuántos tiene?

LA VIEJA

Es el séptimo, y todos vivos. Sólo que si el buen Dios quisiera coger algunos!

LA CONDESA

¿Cómo puedes hablar así? Es un gran pecado.

LA VIEJA (*Llorando*)

¿Qué hacer? La miseria es demasiado grande y a fuerza de sufrir se llega a dudar de la bondad del Señor. Tened piedad de nosotros, madrecita, y dignaos aceptar. Luego, creedme, no solamente no podemos pagar al cura, a menudo en la casa falta el pan. Y todos pequeños, ¡si los vierasis! El yerno trabaja en la aldea y estamos las dos solas para alimentar a todos. Y ahora la mayor parte del tiempo trabajo sola, porque mi hija tan pronto está de parto como ocupada del recién nacido. Yo soy sola, madrecita, y toda la pequeña banda me pide siempre qué comer.

LA CONDESA

¿Tienes siete, verdaderamente?

LA VIEJA

Dios es testigo. Só!o la mayorcita llega a ayudarme un poco; los restantes todos apenas levantan de la tierra.

LA CONDESA

¿Y por qué tienes tantos?

LA VIEJA

No hay nada que hacer, señora condesa. El yerno llega para las fiestas, son jóvenes los dos, y la desgracia acecha.

LA CONDESA

Hay quien llora porque no tiene hijos, mientras que vosotros os lamentáis de tener demasiados.

LA VIEJA

Demasiado, madrecita, demasiado. Está por encima de mis fuerzas, creedme (se enjuga los ojos). Entonces, señora condesa, ¿puedo dar a mi hija un poco de esperanza?

LA CONDESA

Sí. Yo he tenido a los otros sobre la pila bautismal y tendré a éste todavía. ¿Un varón?

LA VIEJA (con voz alegre)

¡Sí tal! ¡Grita como un poseído! Entonces, madrecita, ¿cuándo el bautismo?

LA CONDESA

¡Cuando tú quieras!

(La vieja se confunde en agradecimientos y se va cojeando).

LA NIÑA

Di, mamá, ¿cómo es que unos tienen niños y otros no? Tú tienes, Matrena también y Paracha no tiene ninguno.

LA CONDESA

Paracha no está casada. Se tienen niños cuando se está casada. Se hace uno marido y mujer, y es solamente entonces cuando los niños llegan.

LA NIÑA

¿Llegan siempre?

LA CONDESA

Siempre no. Tú ves la cocinera; está casada y, sin embargo, no tiene hijos.

LA NIÑA

¿Puede hacerse que solamente el que quiere tener niños los tenga mientras que el que no quiere no tenga ninguno?

EL NIÑO (a su hermana)

¡Tú dices tonterías!

LA NIÑA

¡No son tonterías! Pienso cómo podría hacerse para que la hija de Matrena no tenga niños si no los quiere Di, mamá, ¿se puede hacer eso.

EL NIÑO

Te repito que dices tonterías; tú hablas sin saber lo que dices.

LA NIÑA (tirando a su madre de la manga)

Di, mamá, ¿se puede hacer eso?

LA CONDESA

¿Qué quieres que te diga? Eso no viene de nosotros, nosotros no lo sabemos, Dios sólo lo sabe.

LA NIÑA

Pero, ¿cómo se hace para que los niños vengan al mundo?

EL NIÑO (riendo)

Es el azar el que tiene la culpa.

LA NIÑA (ofuscada)

No hay nada de extraño en esto. Pienso que si Matrena no quiere niños necesitaría hacer cualquier cosa para no tener ninguno. Cómo la niñera ella nunca ha tenido.

LA CONDESA

Te digo que ella es una joven y no una mujer casada.

LA NIÑA

Entonces se necesitaría que todos los que no aman a los niños no tengan ninguno. Los pequeños vienen al mundo y no se tiene con qué nutrirlos. ¡Eso no debería ser! Cuando yo sea grande me casaré y haré lo necesario para tener dos hijos: un niño y una niña. No está bien tener hijos y no amarlos. ¿No es eso, mamita. Voy a ir a contárselo a la niñera. (Se va corriendo).

RAFAEL BARRET



El día 10 del corriente se cumplió el décimosexto aniversario de la muerte de Rafael Barrett, el gran revelador del "dolor paraguayo", el estilista más ameno de América del sur y un escritor libertario como hay pocos. No somos nosotros los que vamos a revelar ya a ese escritor; sus méritos son generalmente reconocidos, y si en la literatura se le considera un astro de primera magnitud, en el campo revolucionario y anarquista se le tiene por un hermano libre, por un combatiente de la buena causa, sin escuela y sin partido, pero siempre con la verdad, siempre contra la injusticia, siempre contra la explotación y la dominación del débil por el fuerte. El anarquismo de Barret ha surgido de lo más hondo de su fina sensibilidad, de lo más profundo de su alma, y está diluído en cada página suya, aunque trate el asunto más baladí, aunque comente el hecho más efímero. No era un doctrinario, pero su obra despertará la conciencia humana a horizontes más amplios, a la anarquía entre hermanos, a la bondad y a la belleza.

¿Por qué nos viene a la memoria Ernest Cœurderoy, el magnífico autor de "Jours d'Exil", y Prexedis G. Guerrero, el guerrillero y el escritor más brillante de la revolución mexicana? Hay entre ellos más de un lazo de afinidad, seguramente.

Recordando el décimosexto aniversario de la muerte de Barrett, transcribimos algunas páginas del malogrado escritor:

Terror

No puedo abrir un diario sin encontrarlo salpicado de sangre. Los gubernistas de Nicaragua han fusilado a setecientos prisioneros. Ante una multitud frenética fueron guillotinados en Valence tres hombres: "La sangre de los condenados corría por los rieles del tranway hasta una distancia de cincuenta metros y la gente tenía los pies húmedos de sangre". En los Estados Unidos siguen linchando negros. El último fué ahorcado, luego baleado, luego quemado: "antes de procederse a la incineración, la turba cortó la cabeza del negro, que fué clavada en la punta de un bastón y paseada por las calles; los manifestantes le sacaron el corazón y los cortaron en pedazos menudos, que se repartieron como recuerdo". Ved después de las matanzas de Barcelona a Ferrer ejecutado; ved después de las matanzas del 1.º de Mayo en Buenos Aires a Falcón dinamitado. Sangre... Máuser, horca, puñal, guillotina o bomba, ¿qué más da? Todos estos instrumentos me causan la misma tristeza; todos representan la misma desalentadora realidad. Parecen distintos pero no lo son; complicado es el mecanismo del fusil moderno, y complicado el mecanismo legal que mueve las guillotinas y levanta las horcas, pero la esencia de ambos es hacer sangre, es dejar tras sí el rastro uniforme de la bestia humana. Yo quiero creer que somos mejores, que seremos mejores, que avanzamos, y no se avanza sin sangrar, sin desgarrarnos. Yo sé que a veces el esfuerzo se vuelve convulsivo, y que hay que herir y hendir pronto, buscar el futuro y arrancarlo de las entrañas de su madre muerta. ¿Y si fuera mentira. ¿Si al llevar el ideal en los labios, lleváramos en las manos la venganza? ¿Si en lugar de ser cirujanos fuéramos asesinos? ¿Había luz en las conciencias de los que condenaron a Francisco Ferrer? ¿Había luz en la del anarquista que condenó a Falcón? Porque no es otro el problema. Necesitamos la luz. Necesitamos el profeta que diga: "matad, ya que no somos capaces de comprender la voz dulcísima que hace dos mil años nos dijo: "no matéis".

En las almas no hay luz. No hay sino terror. Es el terror quien mata. Jamás se apoderó de una sociedad un terror semejante al que como un sudario negro ha caído sobre la Argentina. Al primer estampido de la dinamita, este pueblo de republicanos ha gritado: "¡el czar tenía razón!" Mientras los jesuítas del Salvador, con sus alumnos armados de carabinas, desfilaban ante el cadáver del coronel, la policía, imponiendo silencio a cinco millones de hombres libres, preparaba la caza al proletario. ¡Admirable ejemplo de la futilidad de las leyes! La constitución, prostituída en cada campaña electoral, fué declarada impotente para reprimir un delito común. Tres mil obreros fueron deportados o enviados a presidio. Las detenciones continúan. Si el autor del atentado no estuviera preso, no habrían quedado en Buenos Aires más que los que viven de sus rentas. El juez se contenta con tres mil cómplices. En la sombra espesa y muda que invade a la del gendarme, protectoras del dinero pormetrópoli, sólo se distinguen las guarras teño. Los inmigrantes rusos son rechazados en la dársena. La Argentina, sentada sobre sus sacos de oro, ganados por el gringo, llora de ser tan hospitalaria. "¡Ingratos!", dice a los innumerables trabajadores que sudan en los campos, en los saladeros, en los talleres, en las fábricas y en los docks, enriqueciéndola sin límite. "¡Ingratos!", repite a los centenares de inocentes que manda a presidio. El terror tiene su lado cómico. Tiene también su alcance instructivo. En estos choques un país se vomita a sí propio; es el momento de estudiarlo. Estudiad, pues, la desesperación con que Buenos Aires defiende su bolsa del espectro anarquista; Buenos Aires, la ciudad-estómago, donde los tribunales han castigado con cuatro años de cárcel a un infeliz que había robado un dedal, y con seis a otro que había sustraído un pantalón. Pero no es sólo en Buenos Aires, no; es en la América latina entera donde no hay más Biblia que el registro de la propiedad, donde la escuela honra el afán de lucro como una virtud y los padres predican a sus hijos la codicia. Ni siquiera imitáis ya a la América sajona. Allí nacen religiones nuevas, en tanto que vosotros no tenéis religión, puesto que os devora el clericalismo. Allí los millardarios intentan hacerse perdonar, y fundan establecimientos públicos. ¿Quién se avergüenza aquí de su fortuna, y ante quién se avergonzaría, si cuanto más rico más venerado se es? Locura es figurarse que un régimen de avaricia puede ser un régimen de paz; la avaricia es forma del odio como la rabia homicida; en ella se transmuta y de ella brota. Las persecuciones de hoy traerán las bombas de mañana, que traerán otras persecuciones, y la sangre renueva el terror que hace verter más sangre.

La rehabilitación del trabajo

En nuestra sociedad el trabajo es una maldición. La sociedad, como el Dios del

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

Respuesta de J. Juan Pastor

1o. El problema actual del anarquismo es la eterna pugna del pensamiento libre, cuyas bellas concepciones le impiden rea- lizar los atavismos y las imperfecciones morales de la naturaleza humana. Es, en mi juicio, uno y único problema de evolu- ción, en todos los órdenes, de constante superación ética individual y social, y no varios, el problema del anarquismo. Es la lucha secular, tan vieja como el mun- do, de la razón contra la fe, de la luz contra las tinieblas. Problema fundamen- tal que abarca todas las manifestaciones de la vida, y del que dimanan todos los demás aspectos a quienes se pretende dar beligerancia de otros tantos problemas, pero que en sí no son sino productos im- perfectos y anormales del origen imper- fecto y anómalo de la sociedad.

El actual estado evolutivo de la con- ciencia humana, que tan evidentemente vislumbraba Kropotkin en sus últimos momentos, a juzgar por su magistral obra póstuma, tiende a buscar en sí mismo la solución que vanamente ha venido bus- cando anteriormente, a través de todos los siglos, corriendo tras de fantasmas. Es esta una nueva conquista de la ciencia psicológica, y como conquista científica, hija del raciocinio y la experiencia deduc- tiva, es de creer que incontrastable y so- lida.

El problema del libre pensamiento, pues, está en la ciencia, y no ha de tar- dar mucho en obtener nuevos triunfos en el terreno biológico, que descubran nue- nos horizontes al anhelo constante de su- peración mental de la especie.. Es ya in- discutible que el ser humano contiene en

sí, desde el momento de su concepción, el morbo hereditario del principio de obe- diencia, fruto de la familia, de la educa- ción, del ambiente anormal y ficticio, y ello nos enseña la solución del malestar, de la tiranía y la imperfección sanciona- dos por el dogma que todo lo rige y del que son fruto los aspectos circunstancia- les que nos salen al paso en la marcha histórica.

Debemos, pues, dar a nuestra lucha honda penetración científica. El bregar diario de nuestras energías materiales contra las injusticias, digamos esporádi- cas, nunca deberá cesar, pero sin olvidar que ellas no son sino manifestaciones par- ciales del conjunto viciado y caduco.

2o. Nuestra conclusión al punto ante- rior nos da la respuesta por anticipado. La solución del problema humano es re- volucionario, puesto que depende de una honda transformación y superación men- tal del individuo para que la consecuen- cia social sea armónica. El hombre, cé- lula del organismo — y esto se ha repe- tido ya hasta la saciedad — ha de cum- plir su evolución moral para que el con- junto humano sea perfectible, ya que la perfección absoluta, desde el punto de vista anárquico-científico no existe. La inteligencia avanza evolutivamente, y el derrumbe de prejuicios y creencias que su paso ocasiona se tiene por revolucio- nario. En el orden social la evolución humana también ha de causar el aplasta- miento estrepitoso de los intereses crea- dos.

3o. Siendo el proletariado un produc- to del sistema capitalista, la anarquía es proletaria, principalmente porque ello constituye una de las injusticias del con- junto, un acicate que le impulsa a re- solver este aspecto de manera perentoria. Pero la anarquía, como manifestación sublime del pensamiento, es esencia men- te humana.

4o. La labor más importante, útil y bienhechora para la felicidad humana se- ría desarrollar el raciocinio, el sentido analítico y la iniciativa del niño, subs- tituyendo todo sistema o norma pedagó- gico por un estudio psicológico de sus naturales inclinaciones temperamentales para encauzarlas racionalmente y conse- guir despertar en él el anhelo de auto- educarse, estimulándole en este deseo. Creo que es la única base de la verdadera educación libertaria.

Cuando hablamos de educación, la fuer- za del prejuicio nos trae a la mente la norma, el sistema o fórmula pedagógica, sin pensar que la educación nada tiene qué ver con la pauta instructiva, como lo demuestra claramente el que hombres verdaderamente instruídos no tienen edu- cación alguna. Educación es formación ética de la conciencia, que sanciona los actos morales de sí mismo, y la instruc- ción no es más que asimilación, enseñan- za, repetición de conocimientos adquiri- dos, formados, que luego la educación ana- liza y razona. Del sistema de instruc- ción depende el embotamiento o momiti- cación del poder deductivo de la mente, y ello explica el empeño de los enemigos de la evolución del pensamiento en apo- derarse de todas las institucions de en- señanza. He aquí el germen más podero- samente reaccionario, o el más eficazmen- te progresivo, según la base de orienta- ción que se le imprima al moldeable ce- rebro infantil.

Pero la orientación natural y lógica pa- ra la formación de la conciencia liberta- ria del niño no depende tampoco exclu- sivamente del método pedagógico, y nada o muy poco se conseguiría únicamente apartándole de los sistemas obtusos y enervadores de la instrucción oficial, si en el hogar se le siguen ofreciendo a los ojos del niño deplorables ejemplos de la tiranía paternal en la ficticia institu- ción de la familia, reflejo de las tiráni- cas instituciones de la sociedad.

5o. El arte ha de ser humano, o no será arte, y creo que ello dice mucho más que cuanto pudiéramos decir nosotros so- bre este punto. Pero lo que importa es no confundir el arte con el negocio de los que subastan sus escasas facultades de imitación. Siendo el arte espontánea manifestación de la belleza es ilimitado y, por tanto, reñido con toda pauta precon- cebida y convencional. Precisamente de esta su condición naturalmente libre na- ce su poder revelador y su influencia conceptiva en las mentes liberadas de prejuicios, es decir: su poder rebelde. Siendo el arte un impulsor de superación, es revolucionario, es anarquista.

6o. Como resistencia y defensa al po- der absorbente de la sociedad — como resistencia y defensa cuanto más, pues que su liberación total es imposible ac- tualmente — creo útil y de eficacia liber- taria la superación individual. Como su- peración, claro está, que no como engrei- miento del yo subyugante y ególatra. También aquí importa no confundir el error del criterio individualista que se basa en el gesto acomodaticio del enco- gimiento de hombres ante los aconteci- mientos sociales, o el del que antepone su yo a todo beneficio común. El invidualis- mo es un principio filosófico que se des- embaraza por su propio impulso de todo convencionalismo y respeto a lo estable- cido para poner en práctica su concepción de la vida, sin aguardar el nivel armó- nico de sus semejantes. Es una idea más bien de sacrificio, de ejemplo esforzado, pues que son los precursores de todo avan- ce. En este sentido creo al individualis- mo un alto fin libertario.

7o. El único valor que le concedo a la tradición es el de constatación de sus errores funestos como arma demoledo- ra de toda fe negadora del raciocinio. Pero precisamente nuestro esfuerzo debe encaminarse a libertar al pensamiento humano del carril tradicional y esclavi- zante.

8o. Es indudable que la Biblia respon- día al estado de la mentalidad humana de los tiempos en que se confeccionó, y acaso también fuera entonces una necesi- dad tan curioso *factotum* religioso. Vol- taire, Diderot, Mirbeau, entre otros, so- metieron al tamiz de la crítica sus so- físmas y absurdos inmorales, asimismo respondiendo a una necesidad de su épo- ca, y en ningún caso sus máximas ambi- guas resistieron la acción del crisol razo- nador.

Hoy, para *soterrar y deshacer viejas creencias* creo que basta la lectura de la Biblia por una mediana cultura, por poca deductiva que ella sea. Es como una de esas herrumbrosas y destempladas armas que amenazan herir la mano que las em- puña. La religión misma se avergüenza de este engendro.

Génesis, castiga con el trabajo ¿a quién? A los pobres, porque el único delito so- cial es la miseria. La miseria se castiga con trabajos forzados. El taller es el pre- sidio. Las máquinas son los instrumentos de tortura de la inquisición democrática.

Hemos envenenado el trabajo. Lo he- mos hecho temer y odiar. Le hemos con- vertido en la peor de las lepras.

¡Y pensar que el trabajo será un día felicidad, bendición y orgullo, que quizá lo ha sido en sus orígenes! Mientras es- cribo estas líneas, mi hijo — de dos años y medio — juega. Juega con tierra y con piedras. imitando a los albañiles; jue- ga a trabajar. La idea de ser útil germina en su tierno cerebro con alegría lumino- sa. ¿Por qué no trabajan los hombres, alegres y jugando, como trabajan los ni- ños? El trabajo debe ser un divino jue- go; el trabajo es la caricia que el genio hace a la materia, y si la maternidad de la carne está llena de dicha, no ha de estarlo también la del espíritu. Y he aquí que hemos prostituído el trabajo; hemos hecho de la naturaleza una hembra de lupanar, servida por el vicio y no por el amor; hemos transformado al obrero en siervo de eunucos y de impotentes.

El trabajo ha de ser la bienaventurada expansión de las fuerzas sobrantes, el res- plandor de la juventud. Ha de ser herma- no de las flores, del encendido plumaje que ostentan las aves enamoradas; her- mano de todos los matices irritados de la primavera. Compañero de la belleza y de la verdad, fruto, como ellas, de la salud humana, del santo júbilo de vivir.

Entretanto, es compañero de la desespe- ración y de la muerte, carga de los ex- haustos, frío y hambre de los desfalle- cidos, abandono de los desarmados, des- precio de los inocentes, ignominia de los humildes, terror de los condenados a la ignorancia, angustia de los que no pue- den más!

Pero lo absurdo no subsiste mucho tiempo. Libertaremos a los pobres de la esclavitud de su trabajo y a los ricos de la esclavitud de su ociosidad.

Nota. — A pesar del deseo del Grupo Editor de *"Generación Consciente"*, no ha podido esta revista publicar el anun- cio de la Encuesta del Grupo "Los Icono- clastas", por haberlo impedido la previa censura, que en este gobierno civil de Valencia está ejercida por frailes, ase- sorados por damas catequistas. No impor- ta que estos frailes no vistan el burdo sayal; su mentalidad de cuco es más bur- da aun que el hábito frailuno. Los com- pañeros de España ya tienen idea de lo estúpido del procedimiento de estos bes- tias censores, que dificultan todo lo que pueden la marcha de esta publicación, no dejándole publicar ni aun aquellos escri- tos doctrinarios y filosóficos que pasan sin dificultad por la censura de Barcelo- na y Madrid.

En su número 37, correspondiente a septiembre, fué mutilado por el lápiz ro- jo el anuncio de la Encuesta, con unas consideraciones sobre su eficacia que el Grupo Editor añadía. En el siguiente nú- mero, correspondiente a octubre, se in- tentó publicar el anuncio de los ocho pun- tos puestos a discusión sin comentario alguno, y también fué tachado.

Sirva ello de explicación a los que, ex- trañados, ven que "Generación Conscien- te" no dedica sus páginas a muchas cues- tiones inherentes a la lucha y al ideal de reivindicación, que es el ideal de sus redactores. Lo que decimos de la Encues- ta ha ocurrido en la protesta contra el crimen jurídico Sacco y Vanzetti; en lo referente a los presos sociales; en nues- tra opinión que se nos demandó sobre la Confederación Nacional del Trabajo, y sobre otras muchas cuestiones.

Respuesta de M. Pierrot

Las cuestiones de la encuesta son plan- teadas de tal manera que da lugar a creer que sus organizadores parten de la idea de una anarquía *a priori*, que posee toda la verdad, creando así una nueva auto- ridad, ante la cual todos deben o deberán inclinarse. Se hace una abstracción muy peligrosa para la propaganda. La anar- quía no es ni un partido ni una religión. Es, a lo sumo, un estado de espíritu, es el estado de espíritu del que observa los hombres y las cosas *sin partis pris*.

1a. cuestión. — He aquí por qué digo que no hay problema actual del anarquis- mo. El anarquismo se mezcla a la vida de todos los días y a las acciones de los hombres. Si hay que hacer un esfuerzo contra la reacción autoritaria, es el de todos los hombres de buena voluntad. Se- ría lamentable que este esfuerzo se limi- tase a los que se dicen anarquistas. La propaganda anarquista consiste en difun- dir las ideas antiautoritarias en la ma- sa, de manera como para ayudar la mar- cha del progreso humano.

2a. — La anarquía es revolucionaria, puesto que el progreso social, como todos los progresos verdaderos, no se hace sino por cambio de sistema y, por consiguien- te, destruyendo los cuadros caducos.

3a. — La anarquía es una idea huma- na. No es específicamente proletaria. Pe- ro como su ideal moral de justicia la lleva a combatir los sufrimientos causa- dos por una mala organización social, lucha con los proletarios contra la orga- nización patronal y estatal.

4a. — No hay que dar orientación al- guna a los niños. Se trata de hacer de ellos hombres, hombres completos, y no de convertirlos en cristianos, o en socia- listas, o en anarquistas. Que se les dé una educación liberal, imparcial, que desarrolle su espíritu crítico y que se ten- ga buen cuidado de atiborrarles el cere- bro con fórmulas hechas, teóricas o doc- trinarias. Que se les enseñe a observar los hombres y los hechos. Que se des- arrolle también sus sentimientos y que se les ponga de manifiesto la solidaridad que une al hombre con todos los demás hombres.

5a. — No hay que dar ninguna orienta- ción al arte. Este florece en los períodos de civilización y de prosperidad, para em- bellecer las comodidades de la vida. Una corriente de idealismo puede vivificarlo.

Desde el punto de vista práctico es ne- cesario tratar de difundir las lecturas li- terarias que desarrollan los sentimientos de solidaridad humana; por ejemplo: las viejas novelas de C. Dickens. Por otra parte, la caricatura puede ayudar al pú- blico a comprender mejor los vicios del sistema social actual y el ridículo de los prejuicios corrientes.

6a. — Las tendencias individualistas actuales me parecen antisociales. El sen- timiento de dignidad individual es, por

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

Dentro de las relaciones humanas todo lo meritorio y lo útil fué elaborado, no por los jefes ni por los organizadores de todo pelaje, sino por la sociedad humana. "La ciencia nos demuestra — dice Kropotkin — que los llamados jefes, héroes y legisladores de la humanidad nada introdujeron en la historia que no haya sido elaborado por el derecho común en la sociedad. Los mejores de ellos formularon únicamente, sancionaron estas instituciones. Pero la mayoría de estos pseudo benefactores trataban, al mismo tiempo, de destruír aquellas instituciones de derecho común que impedían la formación de la autoridad personal y reforcaban otras en beneficio propio o de su casta".

Las sociedades humanas no tenían necesidad alguna de estos usurpadores, que se denominaban a sí mismos "organizadores". Eran seres extraños, dañinos, parasitarios; un apéndice morboso a la sociedad. El proceso histórico que se desarrolló bajo su influencia era perjudicial a la sociedad y no era inevitable. Basándose en datos rigurosamente científicos, los anarquistas-comunistas cuentan con la actividad creadora de las masas, y no con la actividad, por lo común desordenada y funesta, de los llamados jefes.

Todas las divagaciones de que el paso a la sociedad socialista es únicamente posible cuando sea mayor que ahora la concentración de los capitales, cuando sea crónica la falta de mercados para la producción capitalista, etc., no tienen nada de científicas; son hipótesis sin fundamento alguno.

Menos fundada aún es la creencia de que algún grupo de jefes y organizadores puede, a su antojo, organizar la sociedad sobre las bases por ellos deseadas.

En el proceso histórico interpretado como lo hemos hecho en este capítulo, hay lugar para una gran revolución. Su objeto es expulsar de la sociedad a los pseudo organizadores que no son otra cosa que usurpadores; destruir las instituciones de violencia existentes, y las que puedan surgir, y lograr que la sociedad pueda organizarse sobre las bases que le son propias.

XXV

Es un error muy grande y muy funesto la tendencia de los socialistas y comunistas, partidarios del Estado, el de querer organizar la sociedad en los principios socialistas mediante el Estado, o sea de los gobernantes. No se puede forzar a la Historia. "Nos quieren convencer — dice Kropotkin — a pesar de los fracasos, que la maquinaria vieja, el organismo viejo, que se ha formado en el transcurso de la historia con el fin de matar la libertad, de someter la personalidad, de hallar para la opresión fundamentos legales, de oscurecer los cerebros humanos, habituándolos paulatinamente a la esclavitud del pensamiento, por un milagro resultará repentinamente útil para otro fin: se convertirá de improviso en instrumento y en cuadro dentro del cual se creará la nueva vida, se establecerá la libertad y la igualdad en el terreno económico, llegará el despertar de la sociedad y la conquista, por ella, del porvenir.

¡Qué absurdo! ¡Qué incomprensión de la historia! Para permitir el libre y amplio crecimiento del socialismo es necesario reconstruir totalmente la sociedad, basada en el estrecho individualismo burgués. El problema no consiste únicamente, como se expresan algunos en lenguaje metafísico, en "devolver al obrero el producto íntegro de su trabajo", sino en cambiar el carácter mismo de las relaciones entre los hombres, empezando por las relaciones del simple ciudadano con el alcalde o el jefe de estación y terminando por las relaciones entre distintos oficios, ciudades y regiones. En todas las calles, en toda aldea, en todo grupo de hombres reunidos en torno a una fábrica o estación ferroviaria, debe despertarse el espíritu de creación y organización para que en la fábrica y en la estación, en la aldea y en el depósito de productos, en la producción, en el consumo y en la distribución se reconstruya todo de nuevo. Todas las relaciones entre el individuo y los grupos de hombres deberán ser modificadas desde el momento que resolveremos atentar por primera vez contra la organización social actual y sus instituciones comerciales y administrativas.

Este trabajo gigantesco que exige la libre actividad de la creación popular, quieren encajarlo en los marcos estrechos del Estado, quieren ponerlo dentro de los límites de la organización piramidal que forma el Estado! Del Estado cuya sola razón de ser consiste precisamente en la opresión del individuo, en la destrucción de toda agrupación separada, de toda creación libre, en el odio hacia toda iniciativa personal y en el triunfo de una idea única (que necesariamente deberá ser la idea de la mediocridad), de este mecanismo de opresión por excelencia quieren hacer un instrumento de la transformación gigantesca! ¡Quieren realizar toda la renovación social mediante decretos y mayorías electorales! ¡Qué ingenuidad!"

Todo Estado, aunque sea una república con un gobierno socialista a la cabeza, conserva las añejas instituciones nocivas: la autoridad y la propiedad. Por eso es que todo Estado es conservador por naturaleza. Ejemplo de ello puede ser el gobierno actual de Rusia, que afianza el poder, por más que sus componentes hablen de anarquismo como de una etapa sucesora del actual estado de cosas, y que dará por fin a la humanidad la libertad deseada.

El Estado moderno, por lo mismo que es Estado, conserva, y no puede menos, la explotación del hombre por el hombre. Conserva la propiedad de los medios de producción aun cuando despoja a los propietarios particulares de las empresas industriales y las pone en manos del Estado. Las fábricas del Estado, siempre serán del Estado, así como antes fueron de los particulares, pero en ningún caso serán patrimonio de la sociedad. Lo mismo con las tierras. Y la tutela que ejercen los gobiernos modernos sobre el obrero, como si éste fuera un chiquillo, debilita su iniciativa y su actividad y despierta falsas esperanzas, por cuanto la obra de la reconstrucción de la sociedad sobre los libres principios, es obra de millones de seres humanos y no de gobernantes, impotentes siempre para crear algo nuevo.

XXVI

Los anarquistas comunistas rechazan todo proyecto de Estado socialista con el que, aunque caramente, tratan los socialistas de seducir a los obreros. Comentaremos brevemente estos proyectos, haciendo notar de paso que los comunistas bolcheviquis organizan en Rusia un Estado socialista aunque lo consideran, según ellos, casi exclusivamente, como una máquina para destruir el viejo Estado burgués, en el lugar del cual se establecerá, en un futuro más o menos lejano, la organización anarquista de la sociedad. Es necesario indicar, sin embargo, que el gobierno bolcheviquí de Rusia, lejos de despertar en la población los sentimientos y cualidades necesarias para crear y convivir en una sociedad anarquista, hace todo lo posible para ahogarlos.

El Estado socialista no se distingue en substancia del gobierno burgués: la misma autoridad y la misma necesidad de ella.

Una sociedad donde existe la desigualdad económica no puede prescindir del gobierno: he ahí por qué también en una sociedad socialista, donde no habrá igualdad económica, sino que habrá ricos y pobres, existirá el gobierno y habrá necesidad de él. El gobierno es inherente a la sociedad socialista en el mismo grado que es incompatible con una sociedad anarquista comunista. Guillaume expone del modo siguiente la opinión de Switzgebel sobre el Estado socialista: "El mundo socialista se divide en dos grandes corrientes de ideas: una, que se inclina hacia el gobierno obrero; otra, a la federación de las comunas. Nos dicen que el Estado obrero dirigido por la clase obrera no tendrá el carácter opresivo y explotador del Estado burgués y será el agente económico, el regulador de los servicios públicos.

Pero toda esta dirección estará en manos de elegidos, habrá un parlamento obrero elegido por el sufragio universal, habrá mayoría que promulgará leyes para la minoría. El Estado obrero tendrá el poder coercitivo para obligar a cumplir las leyes, sofocará toda tentativa de insurrección: tendrá gobierno, fuerza armada, policía, tribunales, etc. Este Estado

---

otra parte, algo enteramente distinto a la pretensión de tener el derecho de vivir a expensas del prójimo.

7a. — La tradición, considerada como la memoria de la experiencia adquirida, es necesaria. La adquisición del pasado es útil para ir más lejos. Pero la tradición de los prejuicios, de las costumbres caducas es nefasta.

8a. — Leed las obras de Frazer: Le rameau d'or, El folk lore en el Antiguo Testamento.

MAX NETTLAU (4)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

de carpas: decían unas palabras acogidas por todos los demás diputados con hostilidad y causaban una impresión moral en vastos círculos; pero desde que los socialistas entraron en el parlamento por docenas, por cincuentenas, por centenares, ese efecto se desvaneció, hablan aquí y allí los jefes, "conscientes de su responsabilidad" y con un ojo en las posibilidades gubernamentales de su partido, lugares comunes bien redondeados, y los miembros menores holgazanean, hacen negocios, intrigan, se divierten, en una palabra, caen en la corrupción parlamentaria usual, en un vagabundaje "superior" y el buffet parlamentario se convierte en asilo nocturno. Esa ausencia total de efecto y la impotencia de los muchos nuevos diputados elegidos en 1893 la advirtieron en 1894 y 1896 particularmente los allemanistas franceses (una ramificación algo más radical del posibilismo) y surgieron fuertes corrientes *antiparlamentarias* que no eran de ningún modo anarquistas, aunque naturalmente contribuyeron al desprecio del parlamentarismo manifestado por los anarquistas del modo más diverso — desde la bomba de Vaillant hasta el famoso artículo de Octave Mirbeau en el *Figaro* (28 de noviembre de 1888), *La huelga de electores*, que fué repartido en grandes masas como manifiesto por la *Révolte* — la destrucción de la superstición parlamentaria, a que se aferraban fanáticamente sobre todo los guesdistas, que habían puesto mano firme en los trabajadores del Norte de Francia... "Unicamente por medio del arma legal del sufragio universal será ineludible el ejército colectivista y se convertirá pronto en amo del poder, en amo de la república"... dijo, por ejemplo, Jules Guesde el 25 de junio de 1896 en la Cámara. Ahora bien, eso podían creérselo todavía sus víctimas deslumbradas del Norte de Francia; en el resto tal afirmación no hizo más que ridiculizar y menospreciar entonces al parlamentarismo: se comenzó a comprender que podría llegar un tiempo de la multiplicación de las actas socialistas, pero que eso no tenía nada que ver con el aumento del poder del socialismo y con su pronta realización. Ese fué el espíritu de aquellos años y esto explica el éxito de la actividad hábil y desinteresada de Pelloutier, ese hombre entonces aislado, enfermo y débil, pero sin embargo sin sosiego y conscientemente activo.

La Bolsa del Trabajo de París excitó en 1892 a federar todas las Bolsas del Trabajo, lo que se resolvió en Saint Etienne; en el comité de la Federación (París) fué Pelloutier delegado de la Bolsa del Trabajo de Saint Nazaire. El fué el que, como delegado de esa Federación al congreso de la Federación de los sindicatos (Nantes, 1894) se manifestó decididamente por la huelga general, y ese punto de vista se abrió camino; los políticos socialistas y su apéndice, una minoría, abandonaron el congreso y la vieja organización, sin fuerza, terminó naturalmente. Los que quedaron fundaron el *Consejo obrero nacional*, del que surgió en 1895 en el congreso de Limoges la *Confederación General del Trabajo* (C. G. T.). Pelloutier fué elegido el mismo año 1895 secretario de la *Federación de las Bolsas de Trabajo*, y desde entonces toda la labor recae sobre él, es decir, trabaja sin descanso por la penetración espiritual del movimiento de las organizaciones obreras antipolíticas y económicas que se extendía. De 14 Bolsas en 1892 resultan 34 en 1895 (federando 606 sindicatos); 51 en 1898 (con 947 sindicatos), 57 en 1900 (con 1065 sindicatos).

Se tiene de él, por ejemplo, *Méthode pour la Création et le Fonctionnement des Bourses du Travail* (París, octubre de 1895; en una impresión posterior, 16 págs. 12°), un primer manifiesto de mayo de las Bolsas (1896); dos informes presentados al congreso de las Bolsas en Nimes (junio de 1895), en uno de los cuales se declara anarquista. Escribió entonces también una gran serie de exposiciones de la evolución hasta entonces y de las perspectivas sobre la actividad ulterior en *Temps Nouveaux*, el periódico anarquista que reaparecía desde mayo de 1895, continuación de *La Révolte* y del *Révolté*, o sea *La situación actual del socialismo* (29 de junio de 1905), apareció el 6 de julio; otros el 3 y el 24 de agosto, el 14 de septiembre; *El anarquismo y los sindicatos obreros*, 20 de octubre y 2 de noviembre; todavía el 18 de enero y el 5 de septiembre de 1896, después de lo cual, si no me equivoco, no apareció más allí.

De 1895 es el folleto de Henri Girard y Fernand Pelloutier, *Qu'est ce que la Grève gènèrale*, difundido por el *Comité de la Grève gènèrale* (París, Imprimerie J. Allemane y su Librarie socialiste, 16 págs. 8.°); de 1896: *L'Organisation corporative et l'Anarchie. Plan de Conférence* (Publications di groupe L'Art social), 19 págs. en 12°. *L'Art social* era un periódico que apareció desde noviembre de 1891 a febrero de 1894 y que volvió a aparecer en julio de 1896. Pelloutier pronunció para ese grupo el 30 de mayo de 1896 su conocida conferencia *L'Art et la Révolte*, que apareció entonces como folleto, 32 págs., 16°. Había escrito en 1894 en la *Revue socialiste* sobre *Monogamia y amor libre* y sobre *La mujer en la sociedad actual*. Según esto su declaración pública de anarquismo corresponde a mediados de 1895 o algo anteriormente y no pudo tener lugar antes, pues desde los primeros meses de 1894 hasta la primavera de 1895 la prensa anarquista en Francia fué suspendida; no me es posible constatar ahora si Pelloutier escribió en ella antes, en 1893-94.

Algunos trabajos posteriores son *Les Syndicats en France* (París, Librairie ouvrière, 11 rue des Deux Ponts, 31 págs.). Este apareció en la editorial del periódico fundado por él, *L'Ouvrier des deux Mondes*, desde el 1 de febrero de 1897 a julio de 1899, 25 números; se transformó en *Le Monde ouvrier* (1899), sobre lo cual

do dispondrá de más autoridad de la que dispone el Estado moderno, desde que el Estado socialista concentrará en sus manos todo el poder económico, y coartará, en consecuencia, la libertad de individuos y grupos".

Es en vano que la palabra "Estado" se substituya por las de "el proletariado, que tomará el poder en sus manos". En el "manifiesto de la Asociación Internacional" escribió Carlos Marx lo siguiente (1864): "el proletariado debe concentrar los instrumentos de producción en manos del Estado, o sea el proletariado, elevado a condición de clase dominante". "¿Se pregunta—dice Bakunin—si el proletariado será la clase gobernante, a quién gobernará? Esto significa que quedará otro proletariado que estará sometido a este nuevo gobierno. Este otro proletariado bien podrá ser la masa campesina, la que, como es sabido, no goza del favor de los marxistas y que en un grado inferior de cultura será probablemente gobernada por el proletariado fabril"... Y más adelante: "¿Acaso todo el proletariado gobernará? Los alemanes se calculan en unos 40 millones. ¿Acaso todos estos 40 millones serán gobernantes? Todo el pueblo gobernará y no habrá gobernados. Entonces no habrá gobierno. Pero, habiendo gobierno, habrá gobernados, habrá esclavos. Este dilema insoluble en la teoría marxista lo resuelven ellos de un modo muy simple. Bajo el gobierno por el pueblo entienden ellos el gobierno del pueblo por un pequeño número de representantes elegidos por el pueblo".

Los socialistas dicen que un Estado tendrá por objeto la dirección de las cosas y no de los hombres. Pero todo el que se tome el trabajo de pensar en lo que se oculta detrás de estas frases verá claramente toda su inconsistencia, comprenderá que la dirección de las cosas la reducirán los gobernantes socialistas al gobierno de los hombres. También ahora gobiernan los capitalistas a los hombres gracias a que son dueños de las cosas, de los medios de producción y de los productos.

¿Quiénes serán, entonces, los dirigentes del Estado socialista? A esto respondió abiertamente Bebel en un discurso pronunciado en el Congreso de Hannover (10 de octubre de 1899): "en lo que se refiere — decía — a la falta de intelectuales que tanto se menciona, os diré, compañeros, que cuando nos toque tomar las riendas del poder, a mí, al menos, no me preocupa la falta de ellos. ¿Qué harán los intelectuales que hayan estado hasta entonces en las filas de la burguesía? ¿Creeis que los empleados públicos, los técnicos, ingenieros, etc. se declararán en huelga y se negarán a trabajar con nosotros si les ofreciéramos un puesto y mejor salario? No solamente éstos, sino hasta altos funcionarios y quizás ministros vendrán con nosotros. La burocracia es la directora de la máquina. Nosotros lo que haremos es reformar esta máquina y entonces marchará mejor que ahora".

¿Qué se entiende entonces por gobierno proletario? Ya lo dijo Bebel: el gobierno de los intelectuales y burócratas.

Kautsky, a su vez, nos habla del Estado socialista futuro. Indica que después de la revolución social quedarán grandes rentas y grandes fortunas que el proletariado gravará con altos impuestos. Los capitalistas conservarán, aun después de la revolución, sus empresas y exigirán del gobierno que estas empresas altamente gravadas sean por él rescatadas.

Entonces, estas empresas pasarán mediante compra a manos de las sociedades de consumo, asociaciones obreras, comunidades, Estado, pero los socialistas tratarán de hacer que la mayoría de las empresas capitalistas sean adquiridas por el Estado y las comunidades.

Los obreros percibirán salarios que en los primeros tiempos no serán muy elevados, pero que crecerán con las nuevas generaciones. "En la sociedad socialista — continúa Kautsky — pueden existir las más distintas formas de empresas: burocrática, tradeunionista, cooperativa, individual, las más distintas formas de compensar el trabajo: sueldo fijo, salario variable, por pieza, participación en las ganancias del ahorro de la materia prima, de las máquinas, etc.; participación de las ganancias del trabajo intensivo; las más distintas formas de convertir los productos: contratos de abastecimiento, compra en los depósitos del Estado, de las comunas, cooperativas o de los productores mismos, etc., etc." Se sobreentiende que en una sociedad semejante la autoridad coercitiva, más que necesaria será inevitable. Una sociedad socialista basada en estos principios no podrá prescindir del gobierno.

Toda vez que los socialistas estatales de cualquier escuela intentan describir o llevar a la práctica su "Estado socialista", sus fantasías o "previsiones" no van más allá del capitalismo de Estado, al que erróneamente denominan "socialismo".

XXVII

En las páginas de las publicaciones de los comunistas bolcheviquis y en los discursos de algunos de ellos encontramos protestas contra el anarquismo; protestas originadas por una interpretación errónea del anarquismo. Asegura, por ejemplo, que los anarquistas son partidarios de pequeñas comunidades, compuesta cada una por pocos miembros; y que, por consiguiente, la gran industria no tiene cabida en la sociedad anarquista. También nos dice que los anarquistas quieren *decretar* la abolición del gobierno. Vemos así que Bujarín, en su libro "Programa de los comunistas bolcheviquis", editado por el Partido Comunista Ruso, hablando del anarquismo, dice lo siguiente: "los anarquistas creen que los hombres vivirán mejor y más libres cuando desmenucen toda la producción en pequeñas comunas de trabajo. Se forma, voluntariamente un grupo de 10 hombres para explotar una determinada rama de la producción. ¡Pues nada mejor! En otra parte surge otro grupo semejante, más allá otro más. Estos grupos empiezan después a relacionarse; a un grupo falta una cosa, a otro otra. Acaban, poco a poco, por entenderse, hacen pactos libres... y toda la producción se desenvuelve en estas pequeñas comunas".

"La comuna anarquista no es la colaboración de hombres, sino un grupo que puede componerse hasta de dos miembros. En Petrogrado hubo un grupo anarquista que se llamó "Unión de los cinco oprimidos". La teoría anarquista admite hasta uniones de dos oprimidos. Imaginaos lo que sucedería si cada cinco o cada dos personas empezara, por su cuenta y riesgo, a requisar, confiscar y después trabajar independientemente de los demás. En Rusia hay unos 100 millones de trabajadores. Si todos se dan a organizar "Uniones de cinco oprimidos" se formará en Rusia 20 millones (y cada millón es mil veces mil) de comunas semejantes. Imaginaos la confusión babilónica que se originaría si estos 20 millones de comunas empezaran a trabajar independientemente".

Todo lo dicho por el bolcheviqui que acabo de mencionar son puras divagaciones. Nada de eso enseña el anarquismo. Empecemos por la "Unión de los cinco oprimidos". Esta unión albergaba en su seno un número de personas mucho mayor del que indicaba su título, por cuanto bajo el nombre de "cinco oprimidos" se entendía, no cinco personas, sino cinco grandes categorías de oprimidos: 1—La clase obrera; 2—Los pueblos oprimidos; 3—Las mujeres; 4—Los niños; 5—El individuo. De lo cual se deduce que en la "Unión de los cinco oprimidos" que Bujarín toma como demostración de la pequeñez de las comunas que los anarquistas pregonan, tiene cabida la mayoría de la humanidad.

BIBLIOGRAFIA

The Official Bulletin of the Sacco-Vanzetti Defense Committee. Boston, octubre, 1926.

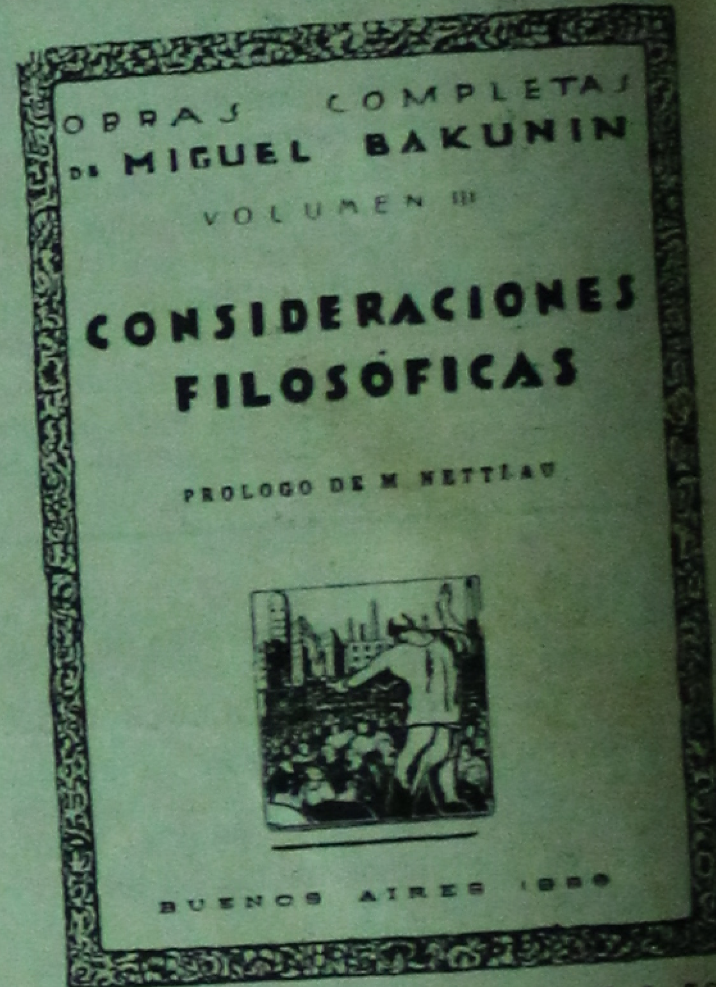
Fernando Recarey (Fernando R. Ortega). — *Cantos del pueblo*, 32 págs. Ed. "La Palestra", Buenos Aires, 1927.

Bezvlastié, órgano mensual anarquista comunista en idioma búlgaro. Año I, número 1, noviembre. Buenos Aires.

Sembrando Ideas, Año IV, número 54, noviembre. Publica la novela de Adrián del Valle, *Juan sin Pan*, Buenos Aires.

La vacuna y sus funestas consecuencias, 2a. edición, 32 págs. Bs. Aires, 1926.

El libro y el pueblo, enero a junio de 1926 Boletín bibliográfico editado por la secretaría de educación pública de México (México).



Un tomo de 350 páginas, $ 1.50

---

no estoy ahora orientado. El Congreso de las Bolsas de Toulouse, 1897, había hecho del periódico su órgano oficial, pero la falta de medios y su traslado del centro de París a una localidad del campo entonces, exigido por su enfermedad, mataron ese interesante periódico, al que le siguió desde el 1 de diciembre de 1900 el órgano de la C. G. T., que apareció después muchos años, *La Voix du Peuple;* y más tarde aún, desde el 15 de octubre de 1909 vió la luz una revista parecida al periódico de Pelloutier por su esencia, *la Vie ouvrière*, publicación mensual redactada por Pierre Monatte. En 1899 colaboró Pelloutier en el diario de Sebastien Faure producido por el asunto Dreyfus, *Le Journal du Peuple*, que apareció a partir del 6 de febrero; el último número que conozco de esa publicación es el 299 del 3 de diciembre. Entonces escribió un esbozo de la evolución de las *Bolsas del Trabajo* para la *Revue politique et parlamentaire* de París; este trabajo lo amplió luego y lo convirtió en la *Historia de las Bolsas del Trabajo* ya mencionada, que apareció después de su muerte.

En 1900 apareció aún una consideración sobre el congreso de las Bolsas del Trabajo en *Le Mouvement socialiste* y *Le Congrès général du Parti socialiste franais*, 3-8 décember 1899, con una *Carta a los anarquistas* (París, P.—V. Stock, 1900, IX, 72 págs. 18.°); del contenido de la carta no me recuerdo ahora. No puedo constatar tampoco qué texto francés es el folleto italiano *Sindicalismo e Rivoluzione sociale*, que apareció varias veces con un prefacio de Pietro Gori (Roma y Florencia, 1905, 1908; 16 págs. 8.°).

L'Art et la Révolte (El arte y la rebeldía) es también un volumen de poesías aparecido en la editorial de Pelloutier, rue des Deux Ponts, 1898: *De la Colére, de l'Amour et de la Haine* (De la cólera, del amor y del odio), por Jean Réflec (XVI, 59 págs., 12.°); quién era Jean Reflec — ¿un pseudónimo? — no lo sé. Dave menciona aún un pequeño folleto sobre el *arte dramático*, una indicación para la organización de un teatro del pueblo.

Con todo eso halló Pelloutier tiempo para elaborar con su hermano una descripción de la vida obrera en Francia. Había sido ya anunciada en 1895 como *Le Travail et la Vie ouvrière en France*, pero apareció, después de preparaciones en su periódico, tan sólo en 1900 como *La Vie ouvrière en France*. A este objeto, que habían cultivado hacía muchos años Corbon, Pierre Vincard, luego la tendencia conservadora de Le Play, se consagraron los hermanos León y Maurice Bonneff intensivamente y con el más hermoso éxito. La guerra los desentonó a ambos y ahora ese aspecto es representado sólo en cierto grado por Pierre Hamp. Puedo observar aquí que los periódicos sindicales de todos los países y de todas las ramas de oficio tal vez no perjudicarían su causa ni se perjudicarían a sí mismos si atendiesen esencialmente más a ese dominio descriptivo, que está siempre ligado a la exposición de tantos males y dolores. Presuponen que para todos sus lectores eso es conocido y que a otras gentes no interesa ni les importa nada. Ahora bien, por eso son sus periódicos cerrados diversamente para otros, y extraños, y quedan inobservados. Así como los pueblos no se conocen entre sí y habría que hacer todo lo posible para que se conocieran, también los trabajadores de las distintas ramas de oficio se conocen demasiado poco y algunas veces serían más aproximados por las miradas reales en la vida recíproca que por ideas abstractas comunes y por la mera catalogación organizadora. Además se aproxima el tiempo en que — esperémoslo — los trabajadores recibirán en sus manos toda la realización del proceso productivo y distributivo y en que expulsarán a todos los parásitos estatales y privados. Pero para ello, entre otras cosas, es necesario mucho conocimiento efectivo, un resurgimiento radical de la unilateralidad del obrero que vive en el círculo de su rutina cotidiana uniforme, etc. En todas esas relaciones los retratos vivientes de la vida real, como supieron hacer los hermanos Bonneff y algunos otros, serían instructivos, estimulantes y nos aproximarían espiritualmente a nuestro objetivo final.

Antes de mencionar algo de los escritos de Pelloutier y decir algunas palabras de su actividad en conjunto y de lo acontecido después de él, quiero citar algo personal de su vida interiormente tan rica, exteriormente tan pobre, enferma y pronto en vías de apagarse.

Lo ví una vez en 1896 en Lonlres, durante la semana del congreso socialista internacional. Acudió con muchos delegados franceses, allemanistas (entonces antiparlamentarios) y sindicalistas, y por reaccionariamente que transcurriese el congreso como conjunto, en la gran sección francesa se vió frente al socialismo político, al guesdismo y al millerandismo, una oposición hábilmente conducida por Pelloutier, Pouget y otros, pero realmente realizada por todos sus compañeros con placer y alegría, en la que no se había pensado. Se zurró magníficamente a los diputados, de los cuales, por ejemplo Millerand, promovió entonces la pretensión singular para el congreso de que no necesitaba credencial, pues los votos de sus electores le delegaban por sí mismos para la participación en todos los congresos, y otras cosas por el estilo; esos señores diputados, que se consideraban como una clase social superior, oyeron entonces más de una verdad. ¡Ciertamente, por natural que fuera la ruptura con esas gentes, que se produjo entonces, gracias a la ignorancia y a la paciencia de los pueblos, están todavía ahí!

El pobre Pelloutier, con su rostro corroído por el *lupus*, presentaba un aspecto lamentable, pero parecía alerta, firme y con alegría para el trabajo. Vivía en gran pobreza: su sueldo en las Bolsas del Trabajo eran — según Yvetot, — primeramente cero, luego 25 francos por mes, luego 50, por último 100; este último sueldo 100 francos, tan sólo en 1900, por tanto el mayor tiempo nada, luego 300, luego 600 francos por año por un trabajo cotidiano de muchas horas como secretario de las Bolsas. Dave lo describe en 1898 en la mísera vivienda de la rue des Deux Ponts, tratando de aumentar algo sus entradas, aquellos 600 francos, pues, por medio de copias y traducciones. Su salud se quebrantó desde luego enteramente, la tuberculosis laríngea progresó. De los

AÑO V

BUENOS AIRES, 20 DE DICIEMBRE DE 1926

LA PROTESTA

N.o 254

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMA[NAL]

U. Telefónica 0.478 — B. Orden —

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Perfeccionamiento mecánico, la desocupación obrera, la jornada de 6 horas

En todos los dominios del proceso productivo en general en todas las esferas del trabajo se viene operando después de la guerra una verdadera revolución técnica de incalculables alcances.

Dejando ya a un lado el radio del trabajo manual, que parece el más accesible a la mecanización, nos referiremos hoy al maquinismo en los bancos, que está suprimiendo una buena parte de su personal.

El último informe anual del Crédit Lyonnais dice:

"El estudio y la aplicación de todas las medidas que permiten intensificar el trabajo y simplificarlo sin perjudicar su buena ejecución y el centralor indispensable se prosiguen sin descanso: conviene señalarcs particularmente, en este orden de ideas la generalización progresiva del empleo de las máquinas"...

El espectáculo de un Banco al viejo estilo es el de una abigarrada multitud de empleados, cada uno de los cuales atiende una función especial en el complicado engranaje de la contabilidad y de las operaciones bancarias. Un banco moderno, por grandes y múltiples que sean sus operaciones, llama la atención por el escaso personal que necesita. Y el secreto de ese fenómeno está en las salas de máquinas, donde un par de empleados realizan con algunos aparatos mecánicos la labor de todo un cuerpo de escribientes y de tenedores de libros.

En un informe de la Banque de Bruxelles, una de las mayores organizaciones bancarias belgas, se lee:

"La nueva reducción del número de nuestros empleados, que pudo ser obtenida a consecuencia de la extensión del empleo del maquinismo, nos compromete a estudiar nuevas aplicaciones".

Un banco regional de Francia, la Banque Générale du Nord, redujo cerca del 15 por ciento el número de sus empleados a causa de la introducción de las máquinas y una reorganización de los métodos de contabilidad. (R. Louzon, en **Revolution proletarienne**, noviembre, París.).

Podrían citarse casos más interesantes aun de Bancos alemanes y norteamericanos en donde la supresión del personal a causa de la introducción de las máquinas se redujo en más de un 50 por ciento. Pero son tantos los hechos que hemos ido acumulando en el curso de los últimos años para demostrar la trascendencia de la revolución técnica que se viene operando en el mundo, que podemos contentarnos con afirmar sencillamente que hasta en el dominio de las llamadas profesiones liberales se sienten los efectos de la actual corriente superindustrialista.

¿Debemos alegrarnos por el empleo creciente de las máquinas? ¿O debemos, más bien, inquietarnos? Aparte de la inaceptabilidad del proceso de distanciamiento creciente del hombre y del producto de su trabajo, distanciamiento motivado por el trabajo mecánico que no exige del hombre un esfuerzo mental creador, dando así base a una evolución psicológica imposible de prever en sus desviaciones y anomalías, hay un hecho importante que nos hace ver con prevenciónes el empleo progresivo del maquinismo: la **desocupación obrera.**

Hay, actualmente en Europa más de seis millones de desocupados, sin perspectiva alguna de que esta cifra disminuya; en los Estados Unidos, desde la terminación de la guerra, hay de dos a tres millones de obreros sin trabajo, permanentemente, y eso que la economía y las finanzas norteamericanas no dejan nada que desear en punto a prosperidad. Aquí mismo, en la Argentina, hay más de 300.000 desocupados. En Chile pasan de 100.000 a causa de la crisis de la industria salitrera, debida a su vez a los progresos químicos que permiten pasarse sin el salitre chileno. Y así sucesivamente. La interdependencia económica mundial tan loada por el socialismo "científico", hace que la crisis de un centro importante de la economía repercuta en seguida en el mundo entero. Y con más razón tiene que repercutir en el mercado internacional del trabajo la revolución técnica que se está operando en los países más industrializados.



MISTICISMO RELIGIOSO

En otros tiempos, cuando las grandes masas no conocían la educación marxista, la desocupación aguda era susceptible de transformarse en un grave factor revolucionario que los gobiernos y los capitalistas se apresuraban a reducir a su mínima expresión. Sin embargo, hoy existen en Europa más de seis millones de desocupados, sin contar los que trabajan jornadas o semanas reducidas, sin contar tampoco el descenso general del nivel de vida de los trabajadores, y el capitalismo y el Estado no ven motivo alguno para inquietarse.

He aquí de qué viven el millón y medio o los dos millones de desocupados que hay en Alemania, esperando talvez mesiánicamente de los diputados socialdemócratas y comunistas la salvación. Desde el 8 de noviembre de 1926 al 31 de marzo de 1927 el socorro máximo por cada día laborable para los desocupados es el siguiente:

1.—Para personas de más de 21 años:

a) Solas, 2,03 marcos; b) con familia, durante las primeras ocho semanas de paro, 1,78; c) con familia, desde el comienzo de la novena semana, 1,96.

Naturalmente para las personas menores de 21 años el socorro es casi la mitad de ese.

Además hay un pequeño socorro para las familias; el marido recibe, aparte de los 2,03 marcos por día laborable 0,55 peniques, y por cada hijo aumenta el socorro en 0.39 peniques por día laborable.

Por consiguiente, el máximo de lo que se puede pagar en concepto de socorro a los desocupados con familia, mujer e hijos, es de 23,34 marcos por semana en las primeras ocho semanas; luego, a partir de la novena semana, el máximo puede alcanzar a 24,42 marcos.

Con el máximo de ese socorro, que pocas veces se aplica, el desocupado no puede más que vegetar miserablemente, sin alimentarse, sin vestirse; pero impide una muerte rápida y eso hace que el orden público no sea turbado por las masas de los sin trabajo.

Pero si ese socorro es excesivamente reducido para subvenir a las necesidades más apremiantes de los desocupados, significa, sin embargo un gran peso para los que trabajan, pues no hay que imaginarse que los millones gastados semanalmente en el socorro a los desocupados se producen por arte de magia o salen de los bolsillos de los capitalistas, no; proceden del trabajo de los obreros que se consideran dichosos por te-

E. LOPEZ ARANGO

El justificativo de la contrarrevolución

Hay teorías que expresan un propósito fuera del contenido económico de la sociedad, y que por eso parecen revolucionarias. Como elemento teórico, como idea de futuro, pretenden ser la síntesís de los problemas sociales, que someten a un dogma científico... Pero se sostienen sobre sofismas y al primer análisis objetivo quedan en descubierto a los ojos de los que no comulgan con ruedas de molino.

La social-democracia explotó durante muchos años el simplismo de sus fórmulas económicas, en contraste con los hechos sociales y con las realidades históricas. Y eso que los discípulos de Marx pretendieron haber descubierto la esencia de todas las verdades reveladas al maestro en el Sinaí de la secta materialista.

El error se transforma en dogma y los creyentes lo admiten sin discusión. Y está tan arraigada la creencia en las leyes económicas formuladas por Marx, que los fenómenos más contradictorios — los hechos que menos se prestan a la confirmación de las teorías materialistas — sirven de asidero a los que confían la redención del mundo a un nuevo Mesías.

Ni los mismos marxistas ortodoxos reparan en la contradicción que supone aceptar la fórmula del "materialismo histórico" y propender al mismo tiempo a la conquista del Estado en países que no reunen las condiciones exigidas... para operar la implantación del comunismo. Si la condición previa para que triunfe el proletariado está en el agotamiento de las energías que impulsan la monstruosa máquina económica, en la parálisis del cuerpo social debido a su excesivo crecimiento, en el derrumbe de la civilización burguesa una vez realizado su ciclo histórico, ¿para qué esforzarse en operar un cambio político en países que apenas se inician en la fantástica carrera que siguen las grandes potencias industriales y financieras?

Según los teóricos del marxismo, sólo por la centralización industrial y financiera se puede llegar a la sociedad comunista. No se trata, como es fácil presumir, de operar un movimiento de subversión en las capas inferiores de la sociedad, sino simplemente de acelerar el proceso evolutivo en las naciones que poseen los elementos materiales para sostener en pie todos los complicados engranajes del Estado capitalista. Quiere decir, pues, que la consecuencia de esa evolución (que en este caso expresa todo lo contrario de lo que suponen los anarquistas), sería la conquista del poder político para el pueblo, representado por una nueva clase gobernante, y la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva. Pero ese cambio exige dos condiciones indispensables: que la autoridad se cimente sobre el sometimiento voluntario de la clase trabajadora y que el desarrollo económico sea tal que permita al Estado poseer un dominio absoluto sobre todos los resortes de la producción y del consumo.

Para los socialistas autoritarios, la revolución es una enojosa contingencia de las luchas sociales. Sostienen que todo movimiento subversivo, cuando se produce en el seno del pueblo y sin el control de los jefes, cuando traduce descontentos colectivos difíciles de acallar con medidas represivas, carece de orientación política: que es el fruto de la incapacidad de la clase trabajadora para ejercitar sus derechos ciudadanos o ajustar su conducta a determinadas condiciones sociales. De ahí que nieguen la posibilidad de un cambio violento en países de precario desarrollo industrial, mientras confían que, mediante la conquista pacífica y gradual del poder, es factible la transformación del régimen capitalista, con o sin el concurso del proletariado.

De esa sujeción a las teorías materialistas expuestas por Marx, se desprende el siguiente enunciado: La revolución rusa fracasó por no existir en el país de los soviets las condiciones económicas exigidas para el salto a la valla que separa al capitalismo del comunismo.

Los bolcheviquis, fieles a su fe marxista, se apoderaron del Estado para operar la transformación económica de Rusia, exigida para la previa conquista, por el proletariado, de los medios de producción y consumo ¿Que el poder cayó en manos de un partido revolucionario y que el compromiso de los nuevos gobernantes consistió en transformar la propiedad individual en propiedad colectiva? Puras ilusiones. Ese fué el problema político del grupo que aprovechó para sus fines el movimiento subversivo del pueblo ruso. Los bolcheviquis, una vez dueños de la situación, buscaron la manera de operar el retorno al capitalismo, disfrazando, con un nuevo nombre, el viejo sistema de la explotación del hombre por el hombre.

El programa comunista de la primera hora carecía de realidad. Era la bandera política que exigían las circunstancias. Y, en último extremo, representaba para Rusia la ilusión redentorista que hacía medio siglo había ilusionado a los pueblos de Occidente. Lenin y sus secuaces estaban convencidos de la necesidad de una transformación en sentido capitalista — la única aceptable para el partido de la dictadura sobre el proletariado — y con su intervención sólo se aprovecharon de las energías revolucionarias del pueblo para abrir en Oriente el ciclo histórico de la burguesía.

La revolución rusa continúa en la historia el proceso político-social de la revolución francesa. El proletariado ruso, a casi un siglo de distancia, completó la obra de la burguesía liberal, abriendo en los países orientales nuevas rutas a la civilización capitalista. Y porque el marxismo es hoy la fuerza reaccionaria más potente, porque ofrece a la burguesía el mejor freno para contener la ola revolucionaria que amenaza abatir su poderío, son los bolcheviquis los que se esfuerzan por encontrar una base de cooperación con la social-democracia.

La conquista del poder político lleva aparejada una promesa de apoyo a las clases privilegiadas. Y el bolcheviquismo no puede prescindir de ese compromiso, aun cuando pretendan sus jefes romper con las fórmulas tradicionales del estatismo.

Tanto los marxistas socialdemócratas como los comunistas autoritarios, ofrecen a los pueblos una revolución sin violencia... y que acaecerá el día del juicio final. Pero ¿cómo y cuándo se operará ese milagro? Marx lo ha dicho: la sociedad comunista solo será posible una vez realizado el proceso de centralización industrial, hecho que provocará fatal e inevitablemente la caída de las instituciones estatales que amparan a los actuales dominadores.

En esa fórmula tafalista está contenida toda la ciencia histórica del marxismo. ¿Operar una transformación revolucionaria, violenta, en los países de escaso desarrollo industrial? ¿Confiar al proletariado, por el ejercicio de sus fuerzas organizadas, la conquista de los instrumentos de trabajo, de la tierra, de todas las riquezas y del pleno derecho a disfrutarlas? ¡Ah, eso sería el caos, la anarquía...!

Los marxistas explican así su teoría supercapitalista: Hay que apurar el proceso de desarrollo económico en los países que carecen de industrias. Hay que capitalizar a la pequeña burguesía y proletarizar a la que no consiga ponerse a la altura de las circunstancias. Y, para completar ese proceso histórico, debemos conquistar el poder político en las naciones nuevas, para propender así a la capacitación técnica del proletariado y al perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo.

Ese es el señuelo de los aspirantes al poder. La realidad es una cosa muy distinta. Veamos por qué. ¿Qué hacen los socialistas en los países de enorme desarrollo industrial? ¿Cómo proceden en Inglaterra, en Alemania, en Estados, en Francia, etc., donnde la burguesía está casi completamente industrializada? ¿Cómo emplean su influencia política, su dominacción sobre el proletariado, su creciente prestigio como clase gobernante? Huelga la respuesta. En todas partes, en las grandes como en las pequeñas naciones, el socialismo es el partido de la pequeña burguesía y de la clase media, y los jefes socialistas se ocupan únicamente de disputar diputaciones, senadurías y ministerios a los partidos burgueses. Y esa vulgar contienda se justifica, ya alegando necesidades perentorias o ya diciendo que todavía no llegó el momento propicio para liquidar el régimen capitalista.

Se comprende, pues, que el problema social es el mismo en esos dos aspectos. En los países de poco desarrollo industrial, los socialistas se afanan por conquistar el poder para que el Estado asuma la tarea de facilitar el desarrollo del capitalismo. Y en las grandes naciones industriales hacen exactamente lo mismo: propician un mayor crecimiento de la potencia de las grandes compañías que ejercen el monopolio de las industrias y de las finanzas, sin que les interese para nada el porvenir del proletariado, cuya esclavitud económica aumenta a medida que se va operando la centralización del capital en manos de unos cuantos plutócratas.

Fácil es descubrir el equívoco de esa doble teoría político- económica del marxismo. En Rusia hicieron su revolución los bolcheviquis, intentando disfrazar el nuevo despotismo con un rótulo comunista. Pero el socialismo de Estado no puede renunciar a su esencia reformista y burguesa. De ahí que la dictadura del proletariado, como fórmula socialdemócrata, tienda al mismo fin: el mantenimiento de la organizaciónn social que consagra el usufructo de privilegios por una minoría parasitaria y la esclavitud económica de la mayoría productora.

El marxismo, pues, es la contrarrevolución en marcha. Contrarrevolucionarios son los socialdemócratas, porque toman partido por la clase capitalista contra el proletariado; contrarrevolucionarios son los bolcheviquis, porque basan la felicidad del pueblo ruso en la capitalización del país ahora entregado en subasta a la burguesía mundial.

Debemos los anarquistas señalar el peligro de esa contrarrevolución disfrazada con palabras subversivas o con promesas de redención a largo plazo. El equívoco del marxismo, revolucionario en la arena política y conservador en el poder, debe ser destruido mediante una serena y objetiva crítica de las tendencias materialistas históricas, que son precisamente la consagración del capitalismo como sistema social compatible con el Super-Estado de Marx.

El marxismo es la religión del Estado, la biblia del capitalismo, el mito de la autoridad, la consagración de la esclavitud. Y no es posible libertar al pueblo de su fe en el Estado, de su sumisión al capitalismo, de su acatamiento a la autoridad, de su entrega voluntaria a los explotadores, si antes no destruimos en su conciencia y en su cerebro los prejuicios que propagan como virtudes revolucionarias esos sacerdotes de la tiranía.

...ner quien les esquilme hasta el extremo.

En esas circunstancias, ¿no significa la reducción de la jornada de trabajo una solución inmediata justiciera a las crisis de la desocupación? Sería un alivio para los desocupados, una inmensa ventaja para los que trabajan, y para el capitalismo no sería tampoco un mal negocio, porque lo concedido por una parte, en el proceso productivo, lo recobraría por otra, en el mercado del consumo.

Nuestra reivindicación de la jornada de seis horas queda en pie como la única solución eficaz dentro del sistema capitalista. La lucha por su conquista es una necesidad imperiosa de esta época; todos los hombres de buena voluntad que comprendan las razones de la actual crisis del trabajo, pueden y deben cooperar a solucionarla contribuyendo a la implantación de la jornada de seis horas.

JEAN GRAVE.

La vida financiera de un periódico revolucionario

¡"La Révolte"! ¡"Le Temps Nouveaux"! ¡Puf! ¡Han tenido que vivir a base de mendicidad perpetua! Tal es la apreciación corriente que algunos "buenos amigos" trataron, más tarde, de convertir en muletilla. Crítica que, durante mucho tiempo, creí casi verdadera, pues sólo me acordaba de las crisis atravesadas, de los llamados para obtener fondos y de la exposición de situaciones precarias.

Pero, hojeando la colección del periódico, he podido comprobar que si las dificultades pecuniarias fueron constantes; si, a juicio de los lectores, les molestaba demasiado, se debía a que estos llamados se dirigían, sobre todo, a los agentes que se hacían rogar demasiado para cancelar las deudas — cuando no se olvidaban completamente da hacerlo — pidiéndoles que fueran puntuales o eran explicaciones sobre el por qué no habíamos salido la semana precedente.

Si el hecho de decir a los agentes, los abonados morosos que, a causa de su negligencia, producían las irregularidades en la aparición, era mendicidad, sea. No haré chicaneos en torno a la palabra; el periódico ha vivido de la mendicidad.

Por otra parte, fué una enfermedad común a los periódicos de propaganda revolucionaria, pues leyendo éstos y prescindiendo de algunas raras excepciones hemos podido comprobar que no fuimos los únicos en lanzar llamados tras llamados para conseguir fondos.

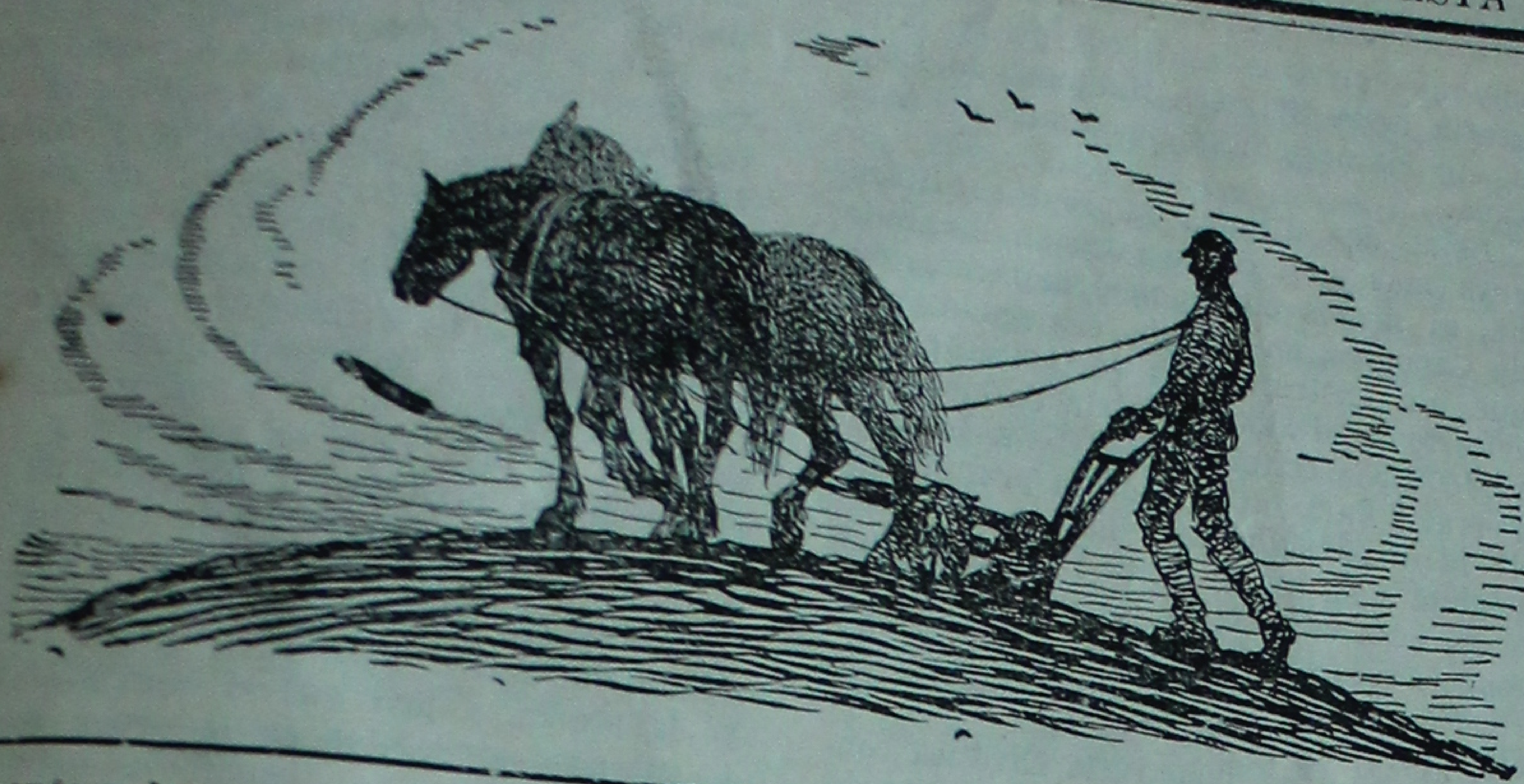
Si, de vez en cuando, deslizaba unas palabras destinadas a los que nos aseguraban aprobar la norma de conducta del periódico, participar de nuestros puntos de vista, estimulándoles a que continuáramos y les solicitábamos que nos probaran su simpatía de manera más concreta que con palabras, soy de tal modo obtuso que aun sigo creyendo justificada esta forma de mendicidad.

Si nuestro periódico, bajo estos diversos nombres, no fué contraloreado sino por un grupo muy reducido de individuos, el fin de este grupo fué el de hacer obra colectiva de propaganda tan amplia como fuera posible, aceptando todas las buenas voluntades que se acercaban francamente, excluyendo toda idea de capilla o de cenáculo.

¿Tuvimos éxito? A los que siguieron nuestra propaganda, a los que se tomen el trabajo de releer los treinta y tres años que, bajo tres títulos diferentes, representan el mismo periódico, dejo el cuidado de responder.

Que estas exposiciones hayan carecido de "decorum", es posible. Pero, haciendo obra de propaganda, he considerado siempre que los que aprobaban esta propaganda, los que creían que era buena, debían sostenerla. Lo que carece de "decorum" no es recurrir a los llamados, sino verse obligado a recordar a los que alardean de ciertas ideas, que toda fe que no obra no vale gran cosa.

En todo caso, estos llamados fueron siempre impersonales. Dirigidos única-



mente a los que aprobaban nuestra línea de conducta. No he importunado nunca a nadie, excepto a los que me habían autorizado a ello, ya sea prometiendo una subscripción definida, ya permitiéndoseme ir a visitarles en caso de necesidad extrema. Y sólo he utilizado estos permisos cuando me veía en el trance de suprimir un número o si no tenía la suma necesaria para pagar una deuda de antigua fecha.

Por otra parte, leyendo los periódicos afines del extranjero, he podido comprobar que no fuimos los únicos en sufrir de esta enfermedad.

* * *

Si estos llamados en el periódico fueron numerosos se debió, sobre todo, a que los camaradas que recibían el periódico para venderlo no se apresuraban a pagar. Eran demasiado numerosos los que se desinteresaban, con frescura sin igual, de la cancelación de la deuda. Entre los abonados también los había que se olvidaban de renovar la subscripción. Y entre los que nos animaban calurosamente, había muchos que eran más generosos en elogios que en monedas, o de toda otra ayuda efectiva.

Esto me recuerda un periodista que se decía de los nuestros, que ganaba ampliamente su vida y al que había regalado una de las raras colecciones de "La Révolta" que me quedaban, quien vino un día a visitarme al periódico y me dijo:

—¿Conoce usted los rusos que fueron a visitarme para pedirme que me subscribiera a un periódico que quieren publicar en su lengua? — Tenemos bastante con sostener a los nuestros, sin que nos vengan a "dar sablazos" para otros que no nos conciernen tan de cerca.

¡Ofendido, le miré, sin saber qué responderle!

Siempre me había dicho que el único periódico revolucionario que le interesaba era "Les Temps Noveaux". Ahora bien, ¡nunca había dado un centavo, ni aun pagado la subscripción del ejemplar que le enviaba semanalmente!! Hubiera podido preguntarle ¿cuáles eran los diarios que él sostenía.

Me vengué, exigiéndole personalmente, de tanto en tanto, el dinero de la subscripción que, por otra parte, pagó durante algún tiempo.

"No había más que suprimir el envío a los que no pagaban", se me dirá, y lo que se me aconsejó más de una vez.

Si hubiera dirigido un negocio comercial es lo que hubiera hecho. Pero era un periódico de propaganda el que dirigía. Es algo enteramente diferente. Sobre todo en lo que concierne a los agentes.

Si el tal agente colocaba cinco, diez — a veces más — ejemplares, suprimiéndole el envío, eran otros tantos lectores que perdíamos. Otro tanto se perdía para la propaganda, pues no siempre se encontraba un reemplazante al agente.

Algunos nos costaban, en gastos de cartas, tanto, sino más, de lo que producía su venta. Pero teníamos lectores.

Había también el tiraje excesivo. Cuántas veces las personas "prácticas" me aconsejaban que limitara el tiraje a las cifras de la venta. Sólo que había notado una cosa: cuando reducía la cifra de ejemplares que tenía que colocar en depósito en lo de Hachette, en seguida acontecía una baja en la venta. Lo que no era un medio de intensificar la propaganda. El ideal hubiera sido el de ser bastante ricos para doblar los depósitos, a fin de aumentar nuestra circulación. He aquí por qué, a pesar de que el exceso de tiraje de nuestros órganos haya sido uno de los estribillos de los críticos que "sabían mejor", preferí llevar una vida de mendicante, mientras pude evitar el disminuir nuestra propaganda.

No eran las subscripciones las que ayudaban a cubrir el déficit.

Eramos algunos los que consagrábamos al periódico nuestras fuerzas, nuestro tiempo, nuestra inteligencia, nuestra voluntad; los demás podían muy bien ayudarnos con su bolsillo.

Y, sin embargo, para poner a flote al periódico no hubiera sido menester tantos esfuerzos ni tanto dinero.

Si sobre los cinco mil compradores del ejemplar hubiera habido sólo la mitad que se hubiese interesado seriamente en él y se hubiera propuesto comprar sólo dos números por semana y distribuirlos en torno suyo — 0.20 por semana no es un gran esfuerzo — estos dos o tres mil ejemplares habrían bastado para mejorar considerablemente la situación. Prescindiendo de la propaganda que se haría.

Este es uno de los mil "medios menudos" de ayudar a la propaganda, pero que son descuidados por los anarquistas, precisamente porque es un "medio menudo". ¡Los anarquistas han visto siempre "grande", queriendo fundar cotidianos cuando no eran capaces de mantener la vida de los semanarios que existían!

* * *

Tuve la idea de fundar un grupo de subscriptores benévolos, que estuvieran animados de la buena voluntad de comprometerse a entregar una cantidad mensual sobre la cual poder contar.

En julio de 1904 teníamos comprometidos, en conjunto, de esas cantidades mensuales, 344 francos, y una vez recolectadas alcanzaron a 1118. Pero un año después las cantidades mensuales habían bajado a 200 francos, más o menos. Dos años más tarde eran menos de 100. Los anarquistas no han tenido jamás espíritu de continuidad.

Fué para salir de la mala situación económica que pensé en hacer aparecer "La Révolta" cada ocho días en lugar de cada quince.

Si la venta no aumentaba esto significaba doblar el déficit, pero era necesario zafarse de la calma chicha en que vegetábamos. Yo no veía otra salida.

Consultados Reclus y Kropotkin, me respondieron: "que, teniendo la sartén por el mango, estaba en mejor situación que ellos para saber lo que era posible hacer". Hice la tentativa.

Lancé, pues, un llamado para anunciar nuestra intención, pidiendo a los lectores que nos ayudaran con su óbolo para cubrir los primeros déficits.

Me llegaron numerosas y "muy" calurosas cartas de estímulo. ¡Y, en el término de diez meses, recibí 367.60 francos en concepto de subscripciones! Y en esta cantidad estaba incluída una de trescientos que se nos había enviado íntegra bajo la denominación de "diversos anónimos".

Debo añadir que no eran, precisamente, las subscripciones las que faltaban.

Teníamos, ante todo, nuestra "Subscripción Permanente" para mantener el periódico. Luego, había la "Subscripción para las familias de los Detenidos". Interín, se habían producido los acontecimientos de Decazaville, donde el famoso Wattrin había encontrado la horma de su zapato en las mujeres de los mineros, indignadas, al fin, de tener que soportar los caprichos del señor, lo que agitó vigorosamente la opinión pública y creó una poderosa corriente de simpatía hacia los anarquistas, que hicieron maravillas para volar en ayuda de los mineros en huelga.

Al mismo tiempo que Decazaville había otras huelgas u otras obras que ayudar. Sin contar las subscripciones para dos o tres periódicos que iban a aparecer y cuya necesidad se hacía sentir para... los iniciadores.

A pesar del resultado poco animador de nuestra subscripción, intenté la aventura. La subscripción había sido abierta en julio de 1885. El primer número hebdomadario apareció el 9 de mayo de 1886.

El periódico alcanzó a ocho mil ejemplares. El déficit no fué menor, pero tampoco aumentó. Ya era algo. Habíamos ganado el aparecer cada ocho días en lugar de cada quince.

Al mes siguiente imaginé una correspondencia o un corresponsal supuesto que me incitaba a bajar el precio del periódico a 0.05 o a aumentar el formato. Hice algunas objeciones. ¡Luego me dejé "persuadir"!

Transformé la subscripción para la "hebdomadarización" en subscripción para poder bajar el precio a 0.05. Esta produjo 133.40. El periódico comenzó a venderse a 0.05. Y no fué ni peor ni mejor que antes.

* * *

Un hecho que demostrará el *laissez-aller* de ciertos lectores es el que va a continuación:

Durante mucho tiempo rehusé aceptar adelantos de los abonados. A cada término de subscripción perdíamos una cantidad apreciable de abonados. Resolví exigir adelantos. Las pérdidas fueron insignificantes.

Pero antes de exigir adelantos al abonado le solicitaba, para evitar gastos inútiles, que nos previniera, sea rehusando el periódico o aceptándolo. Hubo siempre algunos informales que nos dejaron hacer los gastos y luego rehusaron el semanario.

En cuanto a los agentes siempre nos debían más de lo que era menester para aparecer regularmente. Releyendo estos llamados, veo que nos debían entonces más de 1500 francos y que sólo necesitábamos 400 para sacar, por ejemplo, un número determinado que, faltos de fondos, nos veíamos precisados a suprimir.

En estos 1500 francos que se nos debían estaba comprendida la venta corriente, ya que las sumas adeudadas por los agentes insolventes se incluían en el rubro "pérdidas y ganacias"!

Tengo para mí que no todos eran de mala fe. Algunos se encontraban en situación precaria. No podían reunir las sumas que se les adeudaban a ellos. Pero hubieran podido advertirnos. Debo confesar que, de todo lo que se nos debía, no se entregó jamás un centavo. Algunos, sin embargo, debieron recibir el dinero adeudado, pero no dijeron esta boca es mía.

Cuando suspendía la salida de un ejemplar constituía para mí un problema resolver a qué agente dirigirme, pues tenía que devanarme los sesos cada vez que era necesario recurrir a este expediente. Algunas veces, en el mismo momento, fui salvado de la llegada de un cheque de cien, a veces de doscientos francos, que venía de la Argentina o del Brasil, donde había algunos camaradas más generosos o más activos.

Pero estas fortunas inesperadas eran raras. Hubo pocos años en que uno o varios números no fuesen suprimidos, o cuatro páginas de las ocho, o el Suplemento.

A cada llamado, a cada supresión, me juraba que esa era la "última" vez, que ya tenía bastante. Que iba a tirar todo por la borda. Y, como en la noria, recomenzaba.

Es que el periódico se había convertido en una parte de mí mismo. Me hubiera parecido una deserción retroceder ante las dificultades. Bastaba que, al número siguiente, la situación se tornara más accesible para que volviera al trabajo con más bríos.

* * *

Fuimos sostenidos. Se ayudó con sacrificios al periódico. Esto es innegable. Y sin embargo, ¡qué esfuerzo mínimo hubiera sido necesario — y que no se realizó — para cubrir el déficit!

En el número 39, del 30 de junio de 1888, encuentro una exposición de la situación financiera, demostrando que, comprendidas las subscripciones, el déficit no alcanzaba sino a 37 francos por número.

Durante los períodos de persecución las dificultades financieras fueron menores. La persecución sacaba a los camaradas de su apatía.

Hay que añadir que en el ambiente flotaba la leyenda de que Reclus estaba siempre listo para acudir en ayuda del periódico. En efecto, Reclus, mientras le fué dable, corría en nuestra ayuda y nos envió una subvención de cien francos por mes cuando el periódico se trajo a París.

Pero los recursos de Reclus no eran inagotables. Terminada su geografía, la casa Hachette pretendió que se había excedido en el crédito que le había otorgado y, por lo tanto, le suprimió los pagos. Reclus tuvo que hacer lo mismo con su subvención mensual cuando apareció "Les Temps Nouveaux".

Durante mucho tiempo fué el camarada Ardouin el que nos salvó, dándonos mensualmente 80 francos.

Le había conocido en el "Grupo de ayuda de los amnistiados". Habiéndose dispersado el grupo cuando se consiguió la amnistía, le había perdido de vista.

Algún tiempo después había leído en los diarios que un tal Ardouin, fabricante de estuches para floristas, había sido llamado a formar parte del jurado en las Assises del Sena, pero había rehusado, diciendo: "Que no haciendo nada la sociedad para prevenir el crimen, él no le reconocía el derecho de castigar".

—Toma, pensé: este debe ser mi Ardouin. Luego no pensé más en él. Cuando un año más tarde, estando en el diario, meditando acerca de los medios de poder sacar el número de la semana — el de la semana pasada no había aparecido sino en virtud de un llamado desesperado y con un aumento de la deuda al impresor, cuando vi entrar a alguien que me parecía conocer, sin poder, en el momento, precisar su nombre.

—¿No me reconoce? — dijo.

—Usted es Ardouin. Recordé el nombre.

Comenzamos a charlar. Le hablé del incidente de la Corte de Assises, del que me narró los detalles.

—He aquí lo que me trae — continuó. — Queriendo independizarme del patronato — era obrero florista — he establecido un tallercito. Pero habiendo prosperado el negocio más de lo que había previsto y de lo que deseaba, me he visto obligado a tomar obreros.

No queriendo explotarlos, les pago un buen jornal, y al hacer el balance, cada fin de año, nos repartimos el beneficio.

Pero algunos de ellos tienen mujeres que dan trabajo a obreras, a las que pagan muy mal y a las que no se habla siquiera de partir los beneficios.

Por otra parte, he notado que, cuando se les presenta una lista de subscripción, sea para alguna obra de solidaridad, sea para alguna obra de propaganda, muchos de entre ellos ponen cara hosca.

Esto no me parece justo. He decidido que, en lo sucesivo, una parte solamente de los beneficios será suya, la otra irá a obras de propaganda o de solidaridad. He leído su llamado y le traigo una parte de la suma, que saco de los beneficios del año.

¡Diciendo esto me tendió un billete de quinientos francos!

Quinientos francos era una fortuna inesperada que no se presentaba a menudo.

Durante mucho tiempo Ardouin nos entregó una cantidad mensual de 80 francos, más o menos.

Fué Pissaro el que, dos veces, pagó nuestras deudas al impresor, pasando de mil francos cada una.

Otra vez fué una camarada polaca, la que nos donó dos mil francos y algunos cientos de francos, procedentes de una herencia inesperada, y que, adversaria de la herencia, consideraba que no debía retener.

En fin, uno de nuestros subscriptores de "La Révolte", el camarada Lucien Masse, de Ars-en-Blé, nos dejó, por testamento, mil doscientos francos, con los que pudimos imprimir diversos folletos.

Entre los buenos amigos del periódico no debo olvidar a Federico Stackelberg, que, además de su colaboración, fué, con Signac y Hárold, uno de los más fieles subscriptores mensuales, desde "La Révolte" hasta el fin de "Les Temps Nouveaux".

Stackelberg también procedía de la no-
bleza rusa. Su padre era un rico propie-
tario. Poseía la isla de Worms, que te-
nía 100 kilómetros cuadrados y 2000 ha-
bitantes que le pertenecían igualmente.
Pero, joven aun, Stackelberg ya profe-
saba ideas liberales. No se entendía con
su padre. Habiendo visto castigar con un
látigo a los campesinos, no pudo sopor-
tarlo, abandonó a su familia y a Rusia.
Tenía diez y seis o diez y siete años en-
tonces. Pero su madre le fué fiel hasta
su muerte. Cuando quedó viuda se fué a
vivir con su hijo a Niza.

Este se mezcló en el movimiento revo-
lucionario desde temprano. En tiempos
de la Federación Jurasiana, de la que
formaba parte, publicó el folleto: "La
mujer y la revolución". Más tarde "La
inevitable revolución", en la "Biblioteca
Sociológica" de Stock y, en fin, "El A.
B. C. de la Astronomía", aparecido en
la sección Variedades de "Les Temps
Nouveaux".

* * *

Por este rápido resumen se puede ver
que la ayuda no ha faltado al periódico,
ni el estímulo. Desdichadamente, esta
ayuda se repartió en un período de más
de treinta años, con lagunas que no llena-
ban las subscripciones reducidas ordina-
rias, que no podían alcanzar a un millar
de francos por año. Subscripciones nume-
rosas, pero módicas, variando de 0.10 a
0.50. Un franco a veces. Cinco francos
era raro. Diez francos más raro aun.

Y sin embargo qué no se hubiera po-
dido hacer si hubiese habido espíritu de
continuidad. He citado a menudo el ejem-
plo del "Touring Club", que, con una co-
tización módica de cinco francos que pa-
ga cada adherente, mantiene los cami-
nos, los construye si hay necesidad y, en
muchos casos, reemplaza al Estado para
realizar lo que este último no es capaz.

Es imposible precisar a qué cifra al-
canzaba el número de los que se decían
anarquistas. Pongamos veinte mil y es-
taremos muy por debajo. Si cada uno hu-
biese querido dar — y que hubiera ha-
bido una organización para centralizar
las subscripciones — solamente 0.50 por
mes — me refiero a la moneda de pre-
guerra — esto hubiera producido cinco
mil francos por año. Centralizada esta
suma durante diez o veinte años se hu-
biera tenido con qué fundar el cotidiano
por el que los anarquistas han suspirado
tanto tiempo, o subvencionar propagan-
das que no fuimos nunca capaces ni aun
de encarar, carentes de fondos.

Y lo repito: veinte mil anarquistas es
un cálculo que está lejos del verdadero
número.

(Concluirá).

LUIS FABBRI

CREPUSCULO EN CAPOLAGO

I

Había acompañado por dos días, a tra-
vés de excavaciones, museos y escuelas,
en Bellinzona y Lugano, como periodis-
ta *en amateur*, a los miembros de un
Congreso prehistórico y arqueológico sui-
zo; y había quedado sorprendido de que
la fría arqueología no impidiese, de tan-
to en tanto, juveniles manifestaciones de
los sentidos libres. "Son frases" — me
susurraba al oído un amigo escéptico;
pero hacía tanto tiempo que no las es-
cuchaba que incluso aquellas frases me
causaban placer...

Después de la visita última a la igle-
sia monumental de Riva San Vitale, tan
majestuosamente reflejada en el lago, y
después de una cena consumida pronta-
mente por la numerosa comitiva, entre
bromas y brindis políglotas, en una ven-
ta fuera del pueblo, ví, con un sentido de
melancolía, partir de la pequeña esta-
ción de Capolago a los congresistas, que
fueron más allá de la frontera a cele-
brar sus últimas sesiones en Como y en
Varese.

Volví solo atrás a lo largo de la calle
que costea el Ceresio, en aquella hora
solitaria, y me detuve frente a un pe-
queño monumento en forma de obelisco,
que está allí entre el lago y la vía férrea.
Leí apenas, porque el sol se había pues-
to ya y la inscripción había sido mal-
tratada por el tiempo, estas palabras:
"Oh, italiano que marchas, — cuando Ita-
lia era un sueño en destierro — tu pa-
tria estuvo aquí. —Aquí estuvo la hu-
milde y heroica imprenta — donde el
pensamiento proscrito — atravesado por
las fronteras en sagrado contrabando —
anticipaba a Italia en los corazones. —
Como nueva consigna santa — de las
tierras libres a las esclavas — con vien-
tos y con ríos pasa la libertad — y ha-
ce surgir de los ideales prohibidos —
las nuevas realidades de la historia.

Allí al lado hay una rústica banca de
madera y me senté mirando a lo largo
del lago, que se perdía en la obscuridad
incipiente hacia Melide, las montañas al-
pinas que separan a la derecha el can-
tón Ticino del reino italiano. El enorme
macizo del Generoso, todo escarpado y
rocoso, parecía como un buen gigante
que protegiese la pequeña y linda aldea
acurrucada a sus pies. *Era già l'ora che
volge il desio...*" y el sentimiento tan
bien expresado en su viva y eterna rea-
lidad por los tercetos dantescos, me do-
minaba por completo, hasta darme un
agudo deseo de llorar. El silencio y la
soledad eran grandes.

"¡Oh, italiano que marchas...!" decía
la columna. ¡También yo me marchaba,
y sin saber adónde! y la invocación del
poeta parece que se refería a mí perso-
nalmente. Había estado allí doce años
antes, había leído la inscripción, pero
no había hecho gran caso. Las palabras
son de Giovanni Bertacchi, y el monu-
mento había sido inaugurado con el con-
curso del gobierno italiano y la inter-
vención del mundo oficial de los dos
Estados limítrofes, antes de la guerra.
La primera vez que leí la inscripción
hasta me había parecido un poco retóri-
ca: ahora no; y aquella exhortación ha-
ce vibrar las fibras íntimas de mi co-
razón. Cada palabra me parece que ad-
quiere ahora un significado nuevo, vivo,
ardiente; y algo brota de ellas que vuel-
ve a encender en el fondo del alma la
llama de una esperanza insatisfecha.

Miraba desde allí la modesta casa don-
de había estado de 1830 a 1835 la famo-
sa Tipografía Elvética, y más allá el
monte que se levantaba en la obscuridad.
Mi fantasía se complacía en pensar có-
mo pudieron penetrar en el Lombardo-
Veneto los paquetes de los libros prohi-
bidos, a pesar de la rigurosa vigilancia
austriaca. ¿Tal vez los audaces acudían
por la noche a la cima de aquellos pre-
cipicios y levantaban en alto con cuer-
das el sagrado contrabando? ¿O tal vez
atravesaban la frontera, audazmente, por
la carretera real, en la carroza de algu-
na dama invitada a las fiestas del go-
bernador regio-imperial? ¡Quién sabe!

Mi pasión de bibliófilo me ponía bajo
los ojos, casi entre las manos, las bellas
ediciones de Capolago, o sean las pocas
de mi pobre biblioteca y las muchas de-
seadas en vano desde hacía mucho tiem-
po, en lo sucesivo todas igualmente le-
jos de mí en la realidad. Las historias de
Guicciardini, de Botta, de Sismondi; las
filosofías de Gioberti, de Ausonio Fran-
chi, de Giuseppe Ferrari; las vidas de
los papas de Bianchi-Giovine; los opús-
culos de audaz propaganda de los diver-
sos escritores federalistas; y sobre todo
los rebuscados "Documento della Guerra
Santa" y aquellos tres preciosos volúme-
nes inencontrables del "Archivio Trien-
nale" de Carlos Cattaneo...

La bibilioteca del Liceo Cantonal, en
Lugano, posee algunos de estos volúme-
nes: no todos, y ni siquiera la mayor
parte; y hay graves lagunas que tal vez
no fuese difícil llenar en poco tiempo,
pues a menudo en los catálogos de anti-
cuarios se ven anunciadas en venta edi-
ciones de Capolago. Y junto a ellos no
hay que olvidar los libros de la "Tipo-
grafía della Svizzera italiana" de Luga-
no, ni los del editor Buonamici de Laus-
sana.

Estas dos últimas imprentas editoras
eran más bien de inspiración mazzinia-
na, al menos en algunos momentos; la
de Capolago, en cambio, era guiada, aun-
que sin exclusivismos sectarios, por el
criterio federalista, y hasta en cierto pe-
ríodo antimazziniano de Cattaneo y de
Ferrari. Para intuir toda la profundidad
de la disparidad entre las dos escuelas,
llegada a su calmo hacia 1850, léase una
larga nota editorial en el escrito de Giu-
seppe Ferrari: *Rivoluzione e rivoluziona-
rii in Italia*, reeditado precisamente ha-
cia aquel tiempo en Capolago.

La casa de la Tipografía Elvética con-
tinúa siendo todavía aproximademente lo
que fué antes. Bajo un reciente enye-
sado se ven transparentar las letras ne-
gras de la vieja inscripción a todo lo
largo del edificio: "Tipografia e Libre-
ria Elvetica" — inscripción cortada en
la mitad por una lápida conmemorativa,
a la que tal vez se puede hacer el repro-
che de ser ligeramente inexacta, cuando
dice que, en tiempos calamitosos por du-
ra servidumbre, desde aquella casa habló
alto y potente el pensamiento de la re-
dención y de la *unidad* de Italia.

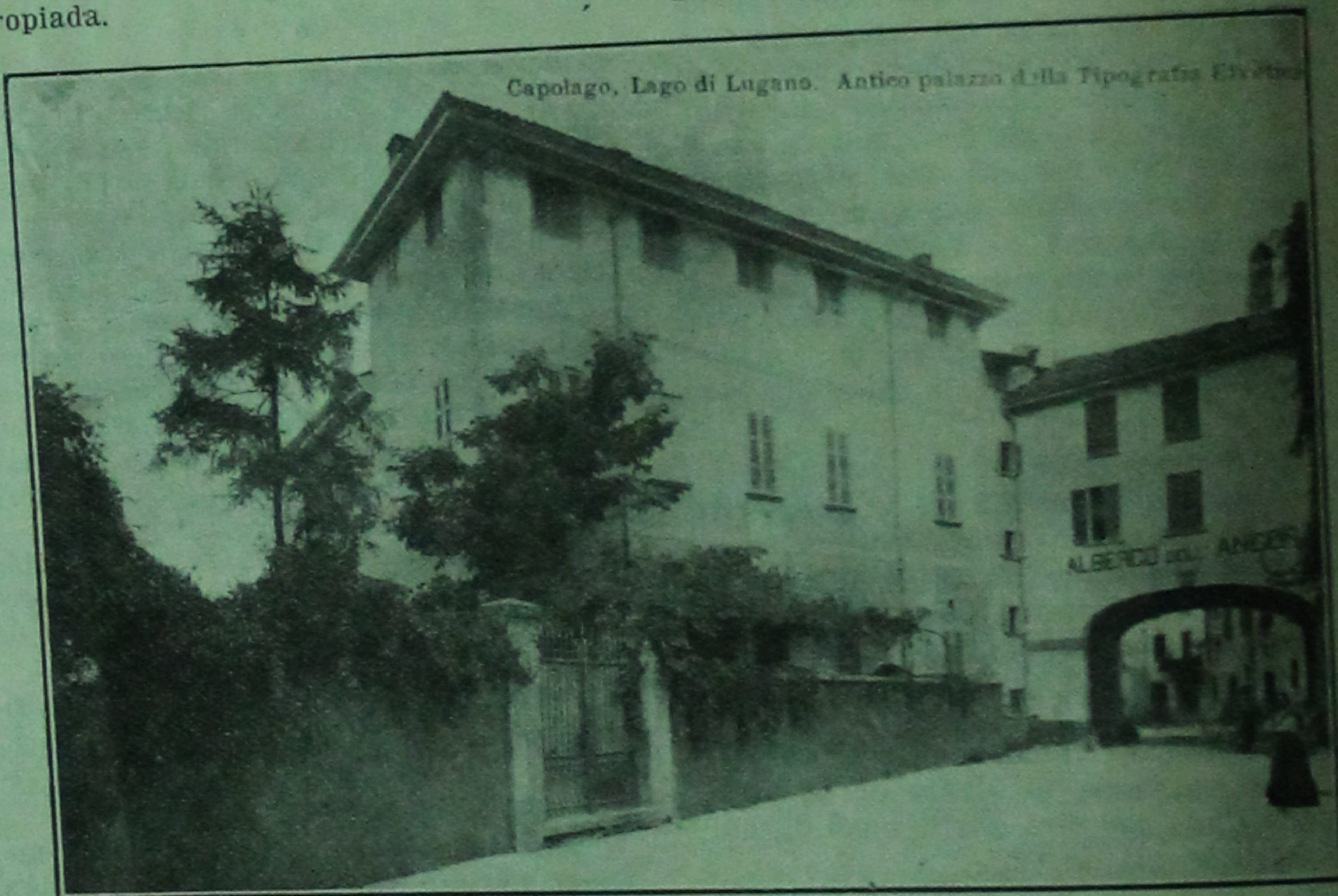
Naturalmente, en cierto sentido, tam-
bién los republicanos federalistas que-
rían la unidad de Italia; también era
la mejor y menos imperfecta unidad la
que ellos esperaban de una constitución
política que dejase el máximo de auto-
nomía local a las comunas y a las re-
giones libertadas de las tiranías nacio-
nales y extranjeras. Pero dado el con-
traste que había existido siempre entre
ellos y los demás que se decían "unita-
rios", la palabra *unidad*, según el estilo
lapidario que quiere la máxima preci-
sión, no está, me parece, en su puesto,
sobre la fachada de la Tipografía Elve-
tica. La palabra "libertad" habría esta-
do más en armonía con el pensamiento
que, verdaderamente, habló desde aquella
casa alta y poderosamente. En verdad,
la otra innscripción en el pequeño monu-
mento a la orilla del lago es mucho más
apropiada.

aman exclusivamente por los recuerdos
históricos que están ligados a ellas y por
su rareza, pudiendo interesar la última
cualidad sólo a los fríos y a veces ma-
niáticos coleccionistas. Las ediciones de
Capolago tienen valor también y sobre
todo por su bondad intrínseca, es decir,
por el papel, por la nitidez de los tipos
y por la corrección del texto. Eran hechas
con una diligencia extraordinaria y com-
paradas con ella no valen nada ciertas
ediciones recientes de los mismos libros,
en papel de lujo, ricos en adornos y en-
cuadernación, pero descuidadísimos en el
texto y repletos de errores de imprenta.

Hoy vuelvo a evocar los pensamientos
de aquella noche; pero salen ahora fríos
de la pluma, y más que el sentimiento
de entonces predomina en la prosa ana-
lítica el detalle o la divagación más o
menos erudita. Entonces, en cambio, to-
dos estos pensamientos y evocaciones se
encuadraban, en medio de la solemne
tranquilidad de aquel paisaje encantador,
en una nostalgia indecible de las cosas
lejanas, donde habría sido tan dulce cul-
tivar estas dilectas predilecciones cultu-
rales en el tibio ambiente familiar; en
una sed ardiente de un poco de aquella
tranquilidad necesaria a los estudios, que
sin embargo parece inalcanzable en la
vida real presente. Así los recuerdos his-
tóricos, que aquí serían inútiles, porque
ya fueron notados, en el silencio de la
noche que avanzaba no me parecían tan
lejanos en el tiempo y creía revivirlos.
De un golpe los ojos de la mente descu-
brían, de la otra parte del lago, en las
brumas, del lado de la frontera, el supli-
cio de Luigi Dottesio, condenado a muer-
te por Austria por el delito de difundir
las ediciones que sus amigos hacían en
aquel ángulo remoto del Ticino.

Poco más tarde, tras breve giro por el
pueblo, ahora también él desierta, vol-
ví hacia la estación por la calle que pasa
delante de la histórica imprenta y que
se llama precisamente Vía Luigi Dottesio.
Las ventanas de la antigua fábrica del
ideal estaban todas cerradas, sin luz.
Pero yo pensaba que la horca austriaca
no impidió al pensamiento italiano se-
guir su camino; y aunque toda luz pa-
rece extinguida en aquella casa, y las pren-
sas callan, tal vez deshechas, y las ven-
tanas cerradas dan como una impresión
de cosa muerta, mañana sé bien que aque-
llas ventanas se volverán a abrir, la cla-
ra luz del sol penetrará en grandes olea-
das, y el trabajo humano reiniciará allí
su ritmo habitual. Aquí o en otra parte,
como dice el poeta del epígrafe, se des-
arrollarán aún de "los ideales prohibidos
las nuevas realidades de la historia.
¡Ahora y siempre!

Mientras el tren me volvía a llevar,
costeando el lago, a la próxima Lugano,
donde nadie me esperaba en la fría ha-
bitación de alquiler, miraba las aguas in-
móviles que pasaban ante mis ojos. Res-
plandecían allí luces de los cien alber-
gues, donde la riqueza cosmopolita se
fastidia al son de músicas ostrogodas;
y crecía en mi alma la tristeza. ¡Qué



El palacio más alto, a la izquierda, detrás de la tapia y entre los árboles, fué desde 1830 a 1853 la sede de la "Tipografía Elvética", la notable imprenta revolucionaria de los republicanos federalistas italianos. La casa más modesta, de frente, que forma ángulo con la primera, es el "Albergo dell'Ancora", en donde se celebró el congreso anarquista y revolucionario italiano de 1891 (4, 5 y 6 de enero).

La bibliografia de las ediciones de Ca-
polago es riquísima. De las prensas de
aquella casa salieron obras de gran va-
lor y las primeras ediciones italianas de
los más célebres escritores libres de la
primera mitad del siglo XIX, de política
y de historia, de filosofía y pedagogía,
de economía y de literatura: prosa, poe-
sía, teatro. Es preciso tener presente,
además, que en ciertos momentos salían
de la imprenta libros y folletos sin pie
de imprenta o con el simple de "Ita-
lia", o bien bajo el nombre de tipogra-
fías de Londres, Bruselas o París. Así,
por ejemplo, con la sola indicación "Lon-
dres 1852", pero en realidad impresa en
Capolago, salieron los dos volúmenes de
la *Filosofia della Rivoluzione* de Ferrari.

Bibliófilo, rebuscadores de las edicio-
nes de Capolago, hay algunos. Pero se
equivocan aquellos que las buscan y

distancia de aquel mundo estrepitoso y sin embargo tan sin vida!

Más lejos, de la orilla opuesta del pequeño golfo, en torno al cual se levanta Lugano, resplandecía el perfil de la iglesita de Castagnola, iluminada por luces eléctricas de asaz dudoso buen gusto. Allí cerca había vivido sus últimos años y muerto Carlo Cattaneo. En cambio sobre la orilla en aquel instante recorrida por la locomotora al acercarse a la ciudad, estaba la pequeña villa en donde habitó a intervalos Giuseppe Mazzini. He aquí, veía en las aguas envueltas en la penumbra destacarse una barquita de la villa Taurina de la familia Nathan; y en la barca, movida por el robusto remo del barquero, un hombre vestido de negro, de barba salpicada de blanco y de ojos negros y profundos: Mazzini. La barca avanza silenciosamente sobre el lago hacia la embocadura del torrente Cassarate, en la orilla opuesta, a los pies de la colina de Castagnola, donde esperaba otro hombre envuelto en su chal: Cattaneo.

¿Qué se dirán las sombras de los dos grandes amigos y adversarios? Mirarán hacia las luces tremolantes de la otra orilla de la italiana Campione d'Intelvi, y continuarán tal vez un razonamiento iniciado ya hace más de sesenta años, — un razonamiento que espera aún de las realidades de la historia una realización en armonía con las nuevas necesidades y las nuevas aspiraciones de los pueblos.



LEON TOLSTOI

La verdad en la boca del niño

(DIALOGOS)

III

(Cuarto de estudio. Micha, niñito de 7 años, hijo de los amos, lee sentado a la mesa. Entra Gavrila, criado, soldado reservista).

GAVRILA

Adiós, Michenka, mi buen patroncito. Quién sabe si dios nos permitirá volver a vernos algún día.

MICHA

Entonces, ¿es verdad? ¿Te vas de veras?

GAVRILA

Ciertamente. Hay guerra y soy reservista.

MICHA

¿Qué guerra? ¿Quién es el que va a hacer la guerra?

GAVRILA

Dios sólo lo sabe. Yo he leído eso en los diarios, pero no comprendo gran cosa. Se dice que el Austriaco está furioso contra los nuestros, los cuales, a lo que parece, han ofendido no sé a quién...

MICHA

Y tú ¿por qué te vas? Si los zares se querellan entre ellos, ellos tienen que batirse.

GAVRILA

¡Oh! es necesario partir, por Dios, por el zar y por la fe ortodoxa.

MICHA

¿Pero tú no quisieras irte?

GAVRILA

Claro que no, ¿quién querría de buena gana dejar la mujer, los hijos y la buena vida tranquila.

MICHA

¿Por qué partir, entonces? Diles que no quieres saber nada, y no vas, ¿qué pueden ellos contra tí?

GAVRILA (*riendo*)

¿Qué pueden ellos? Ellos pueden prenderme a la fuerza.

MICHA

¿Quién?

GAVRILA

Gentes como yo, los subordinados.

MICHA

¿Por qué lo hacen, si son como tú.

GAVRILA

Hay jefes, ellos darán una orden y se me prenderá.

MICHA

¿Y si los subordinados no quieren obedecer?

GAVRILA

Eso no se puede.

MICHA

Pero ¿por qué?

GAVRILA

Porque... porque hay leyes.

MICHA

¿Qué leyes?

GAVRILA

Es extraño lo que Vd. dice. Conversando con Vd. se acaba por olvidar lo que se tiene que hacer. Es necesario, sin embargo, ir a calentar el samovar

Anti - Marx

Breve resumen de un libro de Pierre Ramus

III

Así como hubo un tiempo en que se puso de moda, entre los elementos de vanguardia, la filosofía y para ser buen revolucionario había que estar familiarizado con los maestros en boga; así como hubo un tiempo en que las ciencias naturales tuvieron un cierto predominio sobre los hombres de la revolución, siendo casi indispensable conocer algo de biología y demás para actuar en el terreno revolucionario, con Marx se puso de moda en el socialismo la economía política. Pero la economía política y el socialismo son dos cosas que tienen una base espiritual diversa y cuya afinidad, en el sentido marxista, deja grandes lagunas y está preñada de fundamentales contradicciones.

Los escritos realmente socialistas de Marx son muy poco numerosos y casi todos desconocidos. Por ejemplo, los artículos en los "Deutsch - franzoesische Jahrbuechern" de 1844; su artículo del "Vorwaerts" de París, titulado "Apostillas críticas al artículo "El rey de Prusia y la reforma social"; también de 1844. La obra escrita en colaboración con Engels en 1845: "La sagrada familia o crítica de la crítica, contra Bruno Bauer y consortes". Además, el "Manifiesto comunista", de 1848 y algunas circulares a la comisión central de la Liga de los comunistas, de 1850, y los "Descubrimientos sobre el proceso de Colonia contra los comunistas", aparecidos por primera vez en 1853. En esos escritos está toda la obra de Marx como socialista. Sin embargo, su labor más conocida es la que pertenece a la economía política, la que lo distingue como economista, carrera iniciada por él con la "Crítica de la economía política", aparecida en 1859. Su obra principal "El Capital" aparecida en 1867 corona esa nueva orientación de su desarrollo. Marx ha olvidado toda propaganda directa en favor del comunismo. Este no es mencionado en su obra ni siquiera una sola vez. El punto culminante de las demandas directas de "El Capital" lo forma— dos décadas después del "Manifiesto comunista" — la exigencia de una jornada máxima de trabajo legal. Solo era claro para los iniciados que el autor de esa obra económica percibe el comunismo en la lejanía, como un producto conveniente de la historia que surge de la evolución económica por leyes inmanentes de la historia, con una tendencia propia inconsciente para los hombres, pero también ineludible, con inexorable necesidad". (pág. 100-101).

Al hablar de Marx habría, pues, que dividir el asunto en dos partes: sus relaciones con el socialismo y sus trabajos económicos. Por lo que se refiere al socialismo, salvo los períodos en que se dejó influenciar por Proudhon (en sus primeros tiempos) o por el bakuninismo (La guerra civil en Francia, 1871), tiene bien poco de atractivo. Respecto a su obra económica principal "El Capital", Pierre Ramus dice que explica el aspecto del techo de una casa, pero no cómo se levantó, cuál es su cimiento. En realidad da una definición del capital, pero no explica cómo se origina. Y su error básico está en lo siguiente: "No distingue entre los valores acumulados como capital y su empleo como capital explotador. Si no hubiera fuera del capital, como masa acumulada de valores, otro poder, entonces todo capital, es decir, toda superabundancia en bienes sería pronto molesta, insostenible para un capitalista... Tan solo por el hecho que dentro de la sociedad hay un poder y una organización de violencia — El Estado, que garantiza al capitalismo por medio de la dictadura legal, jurídica y militar su monstruosa pretensión a la propiedad, tan solo por eso se convierten los medios de producción — sean tierra, casas, fábricas, máquinas o dinero — en un capital explotador. Tan solo el poder de aquel privilegio del monopolio estatalmente garantizado, crea una situación que en la antigüedad mantuvo la esclavitud, en la edad media la servidumbre, en el período moderno el salariado, y en la cual es sólo posible que el propietario de medios de producción pueda y deba ser al mismo tiempo propietario de medios de explotación. De todos estos importantes problemas no se ocupa Marx y a causa de la metafísica incomprensible de Marx no ha comprendido todavía el moderno movimiento obrero en una proporción digna de nota que la lucha contra el principio del Estado es la más firme lucha contra el principio capitalista en la sociedad"... (pág. 104-5).

No hay necesidad de detenerse en rebatir la metafísica marxista del "obrero libre" en tanto que vendedor de sus brazos al capitalismo. Según Marx el obrero sería libre de vender o no el bien de que es propietario: su fuerza de trabajo. Pero ¿dónde existe esa libertad?

Ramus examina también la famosa "teoría del valor" marxista y la descompone en sus elementos integrantes, de donde resulta una completa vacuidad. La teoría del valor es una justificación del capitalismo y un absurdo para el comunismo.

La crítica a la plus-valía ocupa en el libro de Ramus un buen espacio, donde se ponen de manifiesto sus debilidades, incongruencias y contradicciones.

Y así por el estilo, nuestro camarada pasa revista a la metafísica económica—no socialista—de Marx y acumula, de paso, hechos y estadísticas que demuestran la inconsistencia doctrinaria del marxismo. En resumen, las objeciones que Ramus hace al marxismo se reducen a los siguientes postulados:

I— Filosóficamente, sus elementos integrantes son reaccionarios. El marxismo no ha superado nunca el hegelianismo, ni siquiera críticamente. Lo que él criticó fué el post-hegelianismo de tendencia libertaria. Es decir, aquellas derivaciones del hegelianismo que aspiraban, pasando por sobre éste, a llegar a legítimas verdades vitales filosóficas y a labores revolucionarias.

II— Todo ensayo de ligar el marxismo con la filosofía kantiana lleva a un bastardamiento de toda lógica y razón. Kant es el filósofo de la burguesía ilustrada, que vió su objetivo — por lo demás sólo abstracto — en el "Estado libre", en la república burguesa. Tanto el "Estado libre" como la república democrática han sido hace mucho completamente superados por la filosofía del espíritu de la más clara idea de emancipación y de libertad de la humanidad, y rechazados como conceptos vanos y condiciones sociales equivalentes a la monarquía.

III — A consecuencia de su alianza indisoluble y también de su saturación con el hegelianismo, el marxismo llega a adoptar el ideal despótico de Estado de Hegel y a disfrazarlo únicamente con frases democráticas. Lo mismo que para Hegel el Estado absolutista es un ideal, así es para el marxismo el Estado una concepción ideal absolutista de su dictadura. De libertad social humana y efectiva, el marxismo no contiene un solo elemento de valor.

IV— La consigna revolucionaria de lucha del marxismo: "¡Derribamiento de la burguesía! ¡Dictadura de la clase obrera" — como Marx la ha formulado a fines de 1848 es en sí y por sí en su segunda parte un programa reaccionario. Toda dictadura es lo contrario de la libertad individual y social; la supuesta dictadura proletaria hace caer al principio a la vieja burguesía, pero engendra luego una nueva clase dominadora y explotadora y se asocia entonces como aparato "proletario" de Estado con una nueva burguesía contra el proletariado. Ahí está, sino, la Rusia de los soviets.

V— El *Manifiesto comunista* es el p[illegible] grama de una tendencia centraliza[illegible] reaccionaria, sedienta de mando, o[illegible]



pira a la omnipotencia del Estado, de la
democracia burguesa más radical que —
por medio de la añagaza de un supuesto
comunismo — intenta captarse para sus
propios fines de dominación, valiéndose
de la conquista del poder político, las
masas del proletariado.

VI— La exposición económica del "Ma-
nifiesto comunista" sobre el proceso evo-
lutivo del capitalismo al comunismo es
falsa.

VII— En ese manifiesto no defiende
el marxismo ninguna especie de comu-
nismo, el cual es borrado como idea. "El
Manifiesto comunista" es un programa
del cesarismo de Estado, encarnado por
los jefes obreros brutalmente dictadores
como representantes del principio de au-
toridad y de explotación, triunfantes so-
bre la revolución proletaria que tendía
a la emancipación.

VIII— Después de la bancarrota de
la revolución del 48, en la que Marx to-
mó parte, no como comunista, sino como
demócrata radical, se apartó Marx de to-
da defensa espiritual y publicista del co-
munismo autoritario. Se dedicó exclusiva-
mente al dominio de la investigación
económica.

IX — En su dominio realizó la mis-
ma obra funesta que en el del socialis-
mo: envolvió todo resultado económico
de su investigación con especulaciones
hegelianas, con lo que el proletariado no
es guiado con claridad al socialismo, de-
jando ya a un lado la instrucción, sino
a su embotamiento de un modo usual
a la economía política.

X— Todos los resultados teóricos del
trabajo económico de Marx carecen de
valor para el verdadero pensamiento de
emancipación de la humanidad. No ata-
ca ni rechaza el fundamento del poder
y de la violencia dominante. En lugar
de apuntar contra los muros y los obs-
táculos del orden presente — Estado, mi-
litarismo, ley, asalariado, monopolismo,
etc. — disparó contra diversos detalles
secundarios de su construcción, perdien-
do ésta enteramente de vista.

XI— Los ensayos del marxismo para
probar el nacimiento inevitable del so-
cialismo del sistema capitalista existente,
son una mísera "negación" hegeliana y
no tienen nada de común con una demos-
tración científica.

XII— Todos los factores de derrum-
bamiento deducidos por el marxismo co-
mo "tendencias del modo de producción
capitalista", se han mostrado lógicamen-
te sin fundamento, sociológicamente fal-
sos. Son una creación fantástica arbitra-
ria de la metafísica, especulativa-dialéc-
tica, económica-política.

XIII— Justamente en el círculo de
esas supuestas tendencias funda el mar-
xismo su demanda de expansión, de evo-
lución, de aumento del capitalismo y de
su centralización, lo mismo que de au-
mento de poder del principio estatal.
Por eso el marxismo se convierte en un
baluarte, no del socialismo, sino del or-
den existente y de su sistema económico
monopolista, cuyas tendencias dominado-
ras y explotadoras declara y disculpa el
marxismo como un producto histórico
necesario y, en última instancia, salu-
dable, beneficioso de la evolución.

XIV— El sistema del marxismo care-
ce de todo elemento esencial de una crí-
tica socialista, de una creación socialis-
ta. Está vacío de eso y deja lo último
por completo a la incertidumbre de su-
puestos "factores económicos". Ni su de
manda de expropiación está fundada en
el terreno humano de la acción, sino más
bien en el dominio de supuestas econo-
mías activas del modo de producción, ni
ha sido dado por él a los hombres un
plan de reorganización de la sociedad.
Ambas cosas se ceden para la realización
al desarrollo industrial capitalista.

XV— Con excepción de una ayuda
parlamentaria refutada frecuentemente
por él mismo como cretinismo parlamen-
tario, de algunos paliativos, como reduc-
ción de la jornada, leyes protectoras de
los obreros, aumentos del salarios, segu-
ro embustero contra la vejez y la inva-
lidez y otras reformas aparentes, el mar-
xismo no ofrece el proletariado ninguna
iniciativa propia. Deja todo lo demás a
la "evolución económica".

XVI— El marxismo ha falsificado la
idea de la luccha de clases y le integró
como objetivo la conquista del poder po-
lítico. De ese modo la lucha de clases
del proletariado fué rebajada a una lu-
cha de partido. La deseada oligarquía
partidista sobre el proletariado no cam-
bia nada en la esclavitud del salario de
los trabajadores, ni en los privilegios mo-
nopolistas del capital. Pero, en cambio,
forma el jugo nutricio del fasccismo. En-
tre el fascismo y el marxismo no existe
una diferencia más que en las palabras
de orden, de ningún modo en los hechos.
Ambos son igualmente enemigos de los
hombres, del proletariado en particular.

XVII — Finalmente, carece el marxis-
mo de todo factor social efectivo. Al con-
trario, ha hecho un sistema de lo an-
tisocial. Con el esfuerzo por parecer ob-
tivo, ha consumido todo calor interno y
todo sentimiento de solidaridad. La pe-
nuria del proletariado es para él un he-
cho que constata con una frialdad indig-
nante y que justifica históricamente. Más
indignante es aún que no vea el elemen-
to popular explotado más que en el pro-
letariado industrial, a quien quiere so-
correr por la vía del parlamentarismo;
para el resto de la masa, por lo demás
considerable, que sufre terriblemente
por la injusticia, la violencia y la inse-
guridad de la existencia en el sistema
imperante, el marxismo no tiene com-
prensión alguna, a lo sumo promesas
demagógicas y parlamentarias!

El libro de Ramus termina así:

"Tan solo después de la completa su-
peración del marxismo despertará el so-
cialismo a nueva vida. De las ruinas
del marxismo es de donde puede surgir
legítimo conocimiento y saber socialista,
que se unirá con una voluntad conscien-
te, con una acción liberadora del espí-
ritu y una renovación económica y so-
cial".

NEMO

Todavía y siempre la crisis europea y el nacionalismo

II

Aunque corra el riesgo de repetirlo
demasiado a menudo en el curso de mis
artículos, digo una vez más que lo que
existe hoy: *nacionalismo — Estado —
odio y guerra — miseria*, y lo que nos-
otros queremos: *internacionalismo — an-
arquía — paz y solidaridad — prosperi-
dad* son series y consecuencias insepara-
bles de las cuales no se pueden cambiar
a capricho los componentes. Internacio-
nalismo y Estado son incompatibles, na-
cionalismo y anarquía lo son igualmente.
No se asocian los animales de presa, así
o en términos parecidos, recientemente
citados por L. Bertoni, se ha expresado
Laverdays, uno de los pensadores liber-
tarios más claros, y *Bakunin* ha dicho
lo mismo en diversas páginas, y Prou-
dhon estuvo igualmente penetrado por
ese pensamiento. Eso quiere decir que
con los Estados presentes no hay absolu-
tamente nada que hacer; un Estado es
lo contrario, el enemigo de todos los de-
más Estados, sobre los cuales trata de
predominar y de los que se sirve, si le
es necesario, y recíprocamente.

La humanidad ha comenzado a ver eso
en las primeras décadas del siglo XVIII,
cuando la miseria de la guerra de treinta
años en Alemania (1618-1648) y la de
las guerras continuas desencadenadas en
el oeste de Europa por Luis XIV había
hecho reflexionar a algunos hombres en
todas partes. He ojeado estos últimos
días un periódico alemán (Hamburgo)
del 18 de octubre de 1725, donde leí, des-
pués de notas que desean demostrar la
existencia de las mismas cualidades en
los hombres de todas partes del globo:
..."¡Cuánto refuerza eso (el reconoci-
miento de ese hecho) el impulso hacia
el amor general al prójimo! Todos tene-
mos en común la razón, y somos como
los miembros diversos de un cuerpo que
no deben odiarse, hacerse mal, sino amar-
se, ayudarse y atenderse mutuamente!"

"Si la razón es general, entonces esta-
mos basados, no de una manera incierta
y dudosa, sino sobre una base inquebran-
table, en la aceptación de la existencia
de un derecho natural general, eterna-
mente inmutable, escrito por la razón en
los corazones de todos, confirmado por
la concordancia de todos los pueblos, as-
pirado por nuestra propia conservación,
aprobado por la tranquilidad y el placer
interiores que nos causa, incluso confir-
mado por una experiencia continua. Aquí
obra conforme a esa naturaleza razonable
que está en él, promueve su propia dicha;
aquí se aleja de ella, se tortura y se pier-
de a sí mismo".

Tales palabras caracterizan el espíritu
cosmopolita y humanitario naciente del
siglo XVIII. Casi el mismo día he visto
un extracto del *Impero* de Roma, del 3
de noviembre de 1926 con toda probabi-
lidad, que decía — de acuerdo a un tele-
grama de la prensa —: "Esta noche es
preciso, en fin, poner fin a esa utopía
estúpida que cada italiano puede pensar
con su propia cabeza. Italia no tiene más
que una cabeza: el fascismo, y un cere-
bro: el de Mussolini. Es preciso derribar
sin piedad las otras cabezas"... y las
opiniones ministeriales del 5 de noviem-
bre que no reconocen más que la opinión
gubernamental italiana de aquí en ade-
lante y suprimen la prensa, los partidos
y toda otra manera de expresar en Ita-
lia aunque no sea más que un soplo de
opinión diferente y disidente —, eso y
las decisiones semejantes en la Rusia
sovietista, que condenaron al silencio la
discusión y la crítica — son verdaderos
testimonios, no accidentales, sino — in-
fortunadamente — inevitables y que se
podrían muliplicar, del completo abando-
no de la idea humana por el nacionalis-
mo y el despotismo que reinan en 1926.

¿Cómo ha podido ser tan completamen-
te aniquilado, anulado el pensamiento
humanitario en nuestra época? Esos son
los frutos — ¿son los últimos frutos
o qué es lo que ocurrirá aún? — de
un siglo de nacionalismo que ha sabido
infiltrarse de una forma inofensiva, sim-
pática primero, para convertirse en la
plaga que es en este momento. Soy el
último en negar, en despreciar, en que-
rer disminuir el placer que cada uno en-
cuentra en vivir en un ambiente que le
es simpático, habitual, donde el paisaje,
la lengua, las tradiciones, las aspiracio-
nes y costumbres locales le son familia-
res y caras — y eso es un conjunto que
no quisiera ver violado por nadie. Por
tanto, si el gubernamentalismo invasor
y centralizador, la conquista y otras
fuerzas hostiles invaden ese ambiente, se
le defiende, nada más natural. La con-
vivencia humana, que ha protegido recí-
procamente todos esos ambientes duran-
te tantos siglos, que ha perdurado todo
el siglo XVIII, habría continuado tam-
bién en el siglo XIX — y así fué en efec-
to en la gran mayoría de los casos, —
esa convivencia fué abatida en la pri-
mera mitad del siglo XIX, cuando (1) el
sistema napoleónico unificador había le-
sionado los intereses locales y provocado
el resentimiento nacional, y (2) cuando
ese nacionalismo despertado, en lugar de
permitirle calmarse, fué ligado a causas
más diversas, a la causa muy meritoria
del liberalismo, a la inevitable, pero todo
menos pura y desinteresada de la bur-
guesía naciente, a las codicias de engran-
decimiento y de anexiones de los Esta-
dos, y al advenimiento personal de una
categoría nueva, la de los políticos na-
cionalistas, futuros hombres de Estado.
Entonces de esas causas tan diversas, y
otras aún, las menos buenas eliminaron
gradualmente a las buenas; el liberalis-
mo ensombreció primero, pues el nacio-
nalismo apela al fanatismo de todos. El
nacionalismo se puso al servicio de los
Estados más fuertes, creyendo engañar-
los y servirse de ellos, pero en realidad
se convirtió en instrumento suyo. Una
burguesía local le mimó, para llegar por
su intermedio a explotar exclusivamente
un territorio nacional cerrado. Los jóve-
nes políticos afluyeron, formando de an-
temano gobiernos, parlamentos y cuer-
pos de funcionarios que se pusieron to-
dos juntos a la busca de un nuevo Esta-
do para ellos, que los cobijara a todos,
como se vió en 1918-19, cuando de todas
esas nacionalidades supuestamente per-
seguidas, diezmadas, aplastadas, surgió
de repente un personal político y admi-
nistrativo archicompleto de hombres ro-
zagantes de bienestar y de ocio y que
ejercieron desde el primer momento en
estatismo loco, amos predestinados de su
nuevo Estado.

Pero supongamos también, por razón
de argumento, que todo eso no hubiese
sido así, que el nacionalismo satisfaca
solamente la voluntad de las poblaciones
europeas de estar enrejadas en Estados
separados exactamente según los datos
lingüísticos o de raza — reparto que de-
ja insegura la suerte de las numerosas
poblaciones mixtas y de los territorios
que pertenecen a otra lengua o raza —
¿se cree verdaderamente posible acomo-
dar ese reparto con *la vida económica y
social* desarrollada desde hace tantos si-
glos, arraigada en todas partes tanto co-
mo el idioma y los hábitos? Esa vida eco-
nómica ha presidido realmente la consti-
tución de los territorios en Europa en
épocas en que no se trataba de naciona-
lismo, sino cuando se sintió en un nú-
mero de grupos territoriales que tal o
cual expansión sería aproximadamente
necesaria y suficiente para la vida econó-
mica normal de un país y entonces la
política, la diplomacia, las alianzas, las
guerras, todo fué dirigido hacia ese fin
que acabó por ser alcanzado para todos,
en último lugar por Italia en 1871 (toma
de Roma) o si se quiere por Bulgaria
en 1878 y 1885 (su constitución y su in-
corporación de la Rumelia oriental). Se
puede decir que todos los actos, incluso
las guerras, que han tenido ese fin, han
llegado tarde o temprano a su objetivo,
pero que toda guerra y otra acción cual-
quiera (transacciones por cambio de te-
rritorios, uniones por herencia, por ma-
trimonio, etc.) que han superado ese ob-

jetivo, que fueron engrandecimiento ficticio para el más fuerte, no han sido mantenidas. El mapa de Europa de 1914 no fué verdaderamente el resultado de conquistas brutales que los nacionalistas tenían necesidad de reparar, sino que fué el resultado de toda su vida económica, socia', intelectual, de la vitalidad de tales grupos, de la no-vitalidad de tales otros, etc., e hizo la prueba de todo un siglo, desde el gran cambio de 1815, siendo capaz de incorporarse toda la industria de máquinas, todas las redes de ferrocarriles y canales, todo el gran reparto de terreno agrícola y terreno industrial, todo el desenvolvimiento inmenso del subsue'o, de las minas de hierro, de carbón y tantas otras, todas las vías de comercio y su ligamiento con las líneas de los vapores que abrieron todas las partes del globo, transportando los primeros enormes cantidades de materias primas, de trigo y de otros productos alimenticios, y exportando enormes masas de mercaderías. Todo eso, esos millares y millares de rodajes de una vida completamente nueva — siguienda la vida modesta entre artesanos y campesinos con algunas manufacturas y el transporte penoso en carretas y barcos de vela — todo eso se acomodó a los organismos territoriales constituídos y completados poco a poco desde la edad media y adaptados a la vida económica creciente desde el siglo IX, pero desarrollada só'o en el XIX.

Entonces, al comienzo del siglo XIX, los otros Estados: Francia, Inglaterra, España, Rusia, estaban completos, pero respecto de Alemania e Italia se trataba aún de salir de esa falta de cohesión, resto del antiguo federalismo del tiempo en que las *pequeñas* unidades territoriales y las *ciudades* comerciales de situación favorecida, podían existir sin el resto del país. En Inglaterra ese autonomismo territorial del tiempo de los sajones fué abolido ya en el sig'o XI por la conquista normanda, que dura todavía, en Francia y España se hizo mediante la monarquía más centralizada, en el siglo XV, y en Rusia en el curso del siglo XVI y XVII. Turquía continuó el imperio bizantino; es decir: la parte oriental del imperio romano; la lucha contra ella correspondía, pues, aun virtualmente a una lucha contra la conquista romana, lucha que para el resto de Europa había terminado en el sig'o V (476).

En esas condiciones la institución de las unidades territoriales en Italia (unidad completa) y en Alemania (unión que dejaba subsistir una amplia autonomía para una treintena de territorios; tal fué también el caso de los diez y siete territorios que componían el Austria hasta 1918; sólo en Hungría hubo una unificación de los territorios, excepción hecha de Croacia-Eslavonia) esa institución fué, pues, la cosa más natural del mundo. Sería poco lógico admira, la constitución de la Italia unida (de 1859 a 1870) y gritar contra la constitución de la Alemania unida (en 1866 y 1871). Advirtamos aún que ess país inmenso, de recursos enormes, los Estados Unidos, prefirió una guerra civil de varios años antes que ver realizarse una secesión, una ruptura de su unión (de 1861 a 1864). Inglaterra ofreció igualmente más de un siglo de resistencia antes de decidirse a conceder a Irlanda, no esa independencia completa, que pide aún en vano, sino sólo esa autonomía local que posee desde hace muy pocos años solamente.

El que considere la historia europea en su conjunto — no pueden entrar aquí en el detalle — verá en qué grado las unidades territoriales y las unidades económicas y la convivencia de las nacionalidades (mayorías, minorías) llegaron en el siglo XIX, y hasta 1918, a un equilibrio que correspondía a las verdaderas necesidades y permitía la vida normal de todos esos países. Esa vida era también la condición preliminar de un socialismo que florece en los años de 1860 a 1870, penetrado de internacionalismo, pero que decayó desde 1871, cuando las cuestiones nacionales fueron introducidas en ella. También la anarquía sufrió tales influencias. Pero no discuto este asunto: quería explicar solamente lo que comprendo por vida relativamente normal: es esa vida desaparecida desde 1914 y reemplazada desde entonces por una vida que para millones de seres es una vida muy dulcemente descrita si se le denomina vida anormal; otros la llamarían vida perra.

Los nacionalistas y los que les dejaron la mano libre, y que morían más bien que ceder una pulgada de territorio inglés, americano, francés, italiano; los nacionalistas han conseguido, pues, poner treinta y cinco Estados en lugar de veintiséis, y además, por anexiones de minorías mixtas y en territorios enclavados, crear nuevas cuestiones de nacionalidades para un gran número de millones de hombres, esas minorías anexionadas que en la Liga de las Naciones no hallan más que oídos sordos, que lanzan gritos y sufren persecuciones, comparadas con las cuales las pocas vejaciones de que han podido quejarse las naciones hoy triunfantes con justa razón antes de 1914, son por decirlo así nulas. Los liberados de 1918 se han transformado desde ese momento en opresores, en carceleros, en fusiladores y destructores sistemáticos de la vida nacional, de la lengua, de la propiedad, hasta de los nombres, de las minorías anexionadas. Y han creado y mantienen esas murallas, esas barreras a la vida económica que hacen protestar hasta a los banqueros en su manifiesto de octubre de 1926.

Y más todavía — ese nacionalismo que se habría podido creer satisfecho por algún tiempo después de 1918-19, cuando la supremacía bélica de los americanos, ingleses y franceses, que les costó un esfuerzo tan grande, había terminado la guerra y las nacionalidades tuvieron carta blanca para tomar lo que les agradase en el invierno de 1918-19 — ese nacionalismo permanece insaciado y adquirió aquí y allí, en Italia en grado sumo, esa forma de una virulencia desconocida hasta aquí y que se llama *fascismo*.

El *nacionalismo* no está satisfecho, porque es *estatismo* en quintaesencia, y el Estado, inspirado así, no es satisfecho nunca. Los Estados europeos de 1815 a 1914 habían aprendido a reconocer mutuamente su existencia en un cierto grado. Eso no ha impedido las guerras y las intrigas y enemistades permanentes, pero la vida y la muerte de un Estado no fué nunca puesta en te'a de juicio. Los cambios territoriales en Europa, con excepción de los Balcanes, desde 1815 a 1914 fueron insignificantes: Lombardía y Venecia entregadas a Italia, Niza y Saboya a Francia, Schleswig y Holstein separados de Dinamarca, Alsacia y Lorena cedidas a Alemania, la ciudad de Cracovia, último territorio polaco entonces, tomada por Austria (1846); esos son todos los cambios, de los cuales ninguno tuvo una influencia sobre la vida de los territorios en cuestión comparable a lo que se hizo desde 1918; además, la isla de Heligoland fué dada por Inglaterra a Alemania en cambio de una isla africana.

El nacionalismo, modesto en su comienzo y que afirmaba reivindicaciones puramente lingüísticas, cuando triunfa apoya sus reclamaciones ulteriores en razones muy distintas: fronteras naturales, fronteras estratégicas, riquezas del subsuelo, facilidades de los transportes, etc., y tiene siempre en reserva su gran programa, que se diría prehistórico y que en todo caso es medioeval; esta expansión máxima que un conquistador afortunado ha dado al territorio nacional en un período muy corto, y hace mucho tiempo, alguna creación efímera, debida al talento de ese jefe y a alguna constelación de corta duración muchos siglos atrás. Sobre la base de todas esas reclamaciones se continúa, pues, haciendo prosperar una política expansiva y se le funda en primer lugar en el fanatismo nacional, cultivado siempre con intensidad y en un ejército fuerte y vastamente equipado, creado en la penumbra de preparativos, sea contra la Rusia bolchevista, sea contra Alemania todavía no desarmada, contra Hungría, contra Bulgaria, pero que en realidad es destinado a expansiones en un porvenir no muy lejano y a las guerras futuras que se sueña y que se prepara.

El programa de Italia está expresado desde hace mucho por la palabra terrible y jamás descalificada: *Terza Roma*. A la Roma de los Césares y a la Roma de los Papas no pudo seguir la Roma de Mazzini — Mazzini ha tenido que contentarse con soñar toda su vida y murió en marzo de 1872. Pero la Roma de Mussolini reclama de nuevo su conversión en *Terza Roma*, y se apresta a ello por medios que ponen en práctica lo que Mazzini no pudo soñar más que en teoría. Alimentado durante un siglo por el *Primato d'Italia* y la *Terza Roma*, por el desprecio a los *barbari*, inclinándose ante la inmensa autoridad de Mazzini, el conspirador, y de Garibaldi, el hombre de acción, y dirigido al mismo tiempo por la política sutil e hipócrita papal, piamontesa y napoleónica, el pueblo italiano fué mantenido más que ningún otro gran pueblo en las garras del nacionalismo más militante. El ímpetu internacionalista de algunos bajo la impulsión de Bakunin y de la Comuna de París, la presión de la miseria económica que más tarde hizo abrazar el socialismo por grandes masas, todo eso no contrabalanceó nunca el efecto del nacionalismo cultivado como una religión, respirado y respetado por todos absolutamente. Entonces Mussolini triunfó, gracias al pánico de los burgueses en 1920, si se quiere, pero se mantuvo en su puesto de mando, estoy convencido, gracias al sentimiento nacionalista tan extraordinariamente desarrollado en Italia desde hace un siglo y ha hecho todo lo posib'e por retroceder hacia la edad media, en ruta hacia la Roma de los Césares; pasando por los Borgias está en la etapa de los emperadores, de Nerón a Heliogábalo; un día llegará a la roca Tarpeya... Ha creado los Primo de Rivera, los Pangalos, los Pildsuski, los Gajda y sigue siendo el héroe de los nacionalistas de todos los países.

De todo eso ¿no se llega a la conclu-

MAX NETTLAU (5)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

papeles de Dave tengo ante mí una carta dirigida el 19 de enero de 1899 a uno de sus más íntimos compañeros sindicalistas; está fechada en Bruyères de Sèvres (Seine-et-Oise), a donde lo había enviado el médico; después del congreso de las Bolsas en Hennes, a fines de 1898, tuvo que tomar vacaciones de enfermo... "Sí, por desgracia — comienza — desde mi llegada aquí estoy resfriado, y hasta el lunes tuve que tragar mucho jarabe y medicina para vencer la ronquera, o más bien la completa extinción de la voz. Hoy voy mejor, recibí un terrible apetito. El sosiego que existe aquí puso fin al estado de superexcitación moral y física permanente en que vivía en la rue des Deux Ponts. En una palabra, me siento en equilibrio..."

Relativamente a una cosa que consideraba como una injusticia dice en esa carta: "...Aun cuando... no me quejaría. No por temor, como Vd. cree, sino por orgullo; ¿cómo quiere Vd. que se discuta con *Muffies?* (filisteos repulsivos), si fueran capaces de reflexionar y de discutir, no cometerían sus *muffleries* (mezquindades repulsivas)..." Una pequeña visión de la filosofía de la vida de Pelloutier, que calló ante muchos cuando consideraba a los promotores de bajezas incapaces de comprenderlas siquiera... Su estado mejoró algo y pudo trabajar de nuevo, mientras que luego en el otoño de 1899 se difundieron rumores de que había recibido del duque de Orleans 100.000 francos para la provocación de una huelga — más detalles en la biografía de Dave —, lo que le irritó y le sumió en nueva enfermedad, en extrema pobreza material continua.

Entonces habló Georges Sorel, que lo conocía, con Jaurés sobre la miseria de Pelloutier, rogándole que incitara a su amigo Millerand, entonces ministro, a hacer algo por él. Millerand le nombró entonces *enquêteur* (coleccionista de materiales) temporal para el *Office du Travail*, que dependía del ministerio de comercio. Nada más natural que así fuese. Entonces no había adoptado Sorel su punto de vista característico ni estaba Millerand definitivamente desacreditado; Sorel conocía a muchos y tuvo simpatías por Pelloutier. Algunas veces se veía a Sorel y a Jaurés juntos en la Biblioteca, ¡y qué bien conocía Jaurés a Millerand desde hacía años! Nadie echó mano al propio bolsillo, a Millerand le costó la cuestión un plumazo, comprometiendo a un adversario político. Sorel tuvo después que trabajar no poco para persuadir a Pelloutier a aceptar, y éste lo hizo a causa de su familia, en la más extrema miseria; supo, a causa de su enfermedad, tan sólo tres semanas después del nombramiento, que era provisorio y que debía renovarse cada tres meses, dándole al año 1.800 francos. Pelloutier era ocupado en la elaboración de monografías sobre ramas particulares de trabajo y en la estadística de las huelgas.

Esa cuestión se le reprochó amargamente a Pelloutier en el octavo congreso de las Bolsas del Trabajo en 1900 (París).

Yvetot escribió al respecto en 1911: ..."Hay que haberlo visto, a ese moribundo, con amplia frente, con ojos húmedos tras sus lentes, ardiendo de fiebre, retenido en todo momento por falta de respiración y apenas capaz de decir algunas palabras en voz baja a causa de la tos, hasta que se tragaba el trocito de hielo que yo le preparaba para prevenir un flujo de sangre".

"Los miembros de aquel congreso de 1900 saben con qué silencio de opresión, de compasión, de curiosidad y de admiración escuchábamos a ese pobre amigo, que se defendía por última vez contra los adversarios que no le perdonaban que quedase fiel a sí mismo y muriese así..."

Luego es mencionada esa discusión y la réplica de Pelloutier según el protocolo del congreso de las Bolsas del Trabajo de 1900, pág. 87-91. El orador principal fué un delegado de Lyon, que expuso como la opinión local: ..."si el secretario de la Federación no es suficientemente pagado (con sus 1.200 francos al año), que busque en otra parte un puesto con 1.800 francos y se podría encontrar para el comité de la Federación otro compañero en París que, trabajando medio día, pudiese atender por 1.200 francos el trabajo del secretario federal". Se dijo a ese delegado también por parte del comité ejecutivo de Lyon: "Dígale al secretario de la Federación que debe elegir entre los dos puestos, ¡ues de lo contrario en Lyon eso podría escindir los sindicatos. Debe encontrar un medio para quedar en la Federación de las Bolsas, — Vds. ven que no se está contra él, — y si encuentra un trabajo accesorio para completar su sueldo, debe aceptarlo, pero no debe quedar en el *Office du Travail*, que parece ser un puesto muy gubernativo"...

La idea que el comité de la Federación habría podido dar a su secretario lo suficiente para que pudiese vivir de ello es mencionada después por un delegado de Nimes; en Lyon no parece haberse tomado en consideración. Sin embargo, basta de esta triste cuestión, que en todo caso muestra a algunas gentes de hoy, a quienes les va muy bien, qué pobre diablo fué el primer fundador del *sindicalismo* francés como *organización* hasta el último momento de su vida; ese congreso, que produjo a Pelloutier esa ofensa, se celebró en septiembre de 1900. Volvió con trabajo al mismo pueblo en que había pasado seis meses en terribles padecimientos, sin poder adoptar una posición horizontal a causa de la sangre que penetraba de inmediato en las vías respiratorias. El último día se hizo llevar a la habitación donde estaban sus li-

sión, como yo, que esa *mentalidad nacionalista* se ha convertido en tal grado en una fuerza nefasta que envenena la atmósfera mundial, que nada de bueno puede vivir en esa atmósfera y que nuestro propio esfuerzo sufre inevitablemente a causa de ella. No hablo ya de infiltración oficial, por toda la vida pública, hasta las lecturas y diversiones populares. Es lo directamente opuesto a la solidaridad humana, que es la única que puede impedir al socialismo convertirse en una institución estatista y ver relegado al proletario a la situación del plebeyo del *panis et circenses*. Mussolini organiza también su Estado, de modo que pone al proletariado en una corporación fija y permanente que le garantiza el *pan*, y el proletario puede disfrutar del placer de ver y oír perorar a su *duce* — es el *juego* y, más también, la masacre, el fuego, dentro de poco las ejecuciones — son los *circenses*.

Es preciso desarraigar de nosotros mismos el nacionalismo, y no todo está hecho cuando decimos: ¡Abajo Bismarck! al mismo tiempo que se grita o se piensa: ¡Viva Mazzini! El que piensa: ¡Viva Mazzini! ¡viva Garibaldi! dirá lógicamente: ¡Viva Mussolini! No hay otro camino. ¡Viva la Internacional! y arranquemos de nuestro corazón todos los nacionalistas, sean Mazzini o Mussolini. Y fortifiquémosnos en esa comprensión por la historia; rechacemos la leyenda. Esto se aplica a todos los pueblos. El mal es verdaderamente grande. Como el sacerdote y el autoritario, el nacionalista es nuestro enemigo. Ha creado y ha perpetuado la crisis mundial y prepara nuevas calamidades. Seamos, por fin, hombres que no conocen más que hombres y hermanos. Digamos eso altamente. Los pueblos recobrarían la verdadera vida si vieran en qué grado los ha engañado y hecho miserables el nacionalismo. Las guerras de religión, inquisición y jesuítas han devastado dos siglos, el XVI y el XVII. Se inició un repunte en el siglo XVIII, el siglo del cosmopolitismo y de la Revolución Francesa. El nacionalismo ha obstaculizado ya bastante el avance del siglo XIX, sin conseguir desviar enteramente la civilización ascendente, pero la ha carcomido al principio, después devastado, el primer cuarto de siglo XX, hora por hora en Europa. ¿Se le dejará continuar así?

Los trabajadores en la Argentina comprenden maravillosamente el carácter nefasto del nacionalismo, y este no existe ya para ellos. Italianos y españoles son sus hermanos, y las luchas de hace un siglo han sido olvidadas tanto como las luchas con países vecinos de hace tres cuartos de siglo. Estarían verdaderamente en una posición como para levantar la voz en esta cuestión y decir a los proletarios de todos los países de Europa, cómo se les engaña y que necesitan desbrozar el camino, arrancar el nacionalismo de sus cerebros y de sus corazones, si no quieren ir directamente al fascismo y a la guerra. Así se ayudará también a nuestros camaradas y amigos de Italia, cuya voz fué sofocada el 5 de noviembre.

Noviembre 7 de 1926.

——(*—*)——

Encuesta del Grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville, Ohío.

Contestación de M. Torres

1— El anarquismo — vilipendiado y escarnecido, perseguido y crucificado por déspotas de Estado y de Iglesia de todos los tiempos — encarna la suprema aspiración de la humanidad: la libertad absoluta del hombre de todo yugo político, económico y religioso. Su problema eterno es, ha sido y será, destruir primero, imposibilitar después, todo lo que signifique impedimento al libérrimo desarrollo del ser humano en la igualdad moral más completa y en la solidaridad inquebrantable de cada uno de los componentes de la colmena humana.

2— La anarquía es la madre de la humanidad y del universo, vale decir, de los hombres libres, iguales y hermanos por una parte, sin distincción de clases, razas, patrias y religiones, que no las habrá, por otra. Mas la anarquía, en hora buena, contempla, no sin sobresalto, sino amorosamente, que la liberación integral de sus hijos — su dignificación y ennoblecimiento — obra será de la Revolución Social.

3— Decir anarquía es deccir vida: pájaro que vuela, flor que perfuma, sol que ilumina. Mas también es centella que fulmina los deformatorios — en lenguaje de pillería éstos toman el nombre de *parlamentos, tribunales, palacios, escuelas, redacciones, teatros, iglesias, casas de gobierno, etc.* — que han erigido los animales nocturnos de rapiña y que con crueldad embrutecen, tiranizan y explotan a los hombres. La anarquía vivifica, crea, ama. Es Naturaleza y Humanidad y Universo.

4. Para que un pájaro pueda volar plenamente necesita estar fuera de la jaula. Mientras el alma infantil esté encerrada, limitada y absurdamente trabajada por esas aberraciones que se han dado en llamar autoridad, familia, escuela, religión, moral, sociedad, ciencia, arte y filosofía, resultará precario todo intento de verdadera educación. Toda la educación del pájaro está en abrirle la puerta de la jaula, no en hablarle de bien, de verdad, de belleza. Toda la educación del niño está en librarse de los yerros morales, materiales, científicos y religiosos que lo pervierten. Porque si el pájaro en libertad lleva ya en su pico y en su ala y en su entraña todo el bien, toda la verdad y toda la belleza, también todo el instinto, toda la necesidad, toda la pasión, toda la naturaleza están ya en el niño — su alma — y su satisfacción completa culminará en flores de simpatía y frutos de sabiduría — única educación.

5. La planta arraigada en tierras fértiles y climas prósperos, crece lozana y arrogante a los embates tormentosos. Da flores magníficas y frutos peregrinos. Arte que no se nutra de la savia perenne de la vida lo será sólo en parte. Arte que no se consubstancie con la partícula del sol o de la tierra, no medrará. Arte que no sea un haz de fuego, o una lluvia bienhechora, o una sonrisa de luz, será un arte muerto.

6. Los pájaros no cantan todos de la misma manera, ni tienen todas las flores el mismo color, ni la luz del sol todos los días la misma intensidad. Tampoco el rótulo mejora ni empeora el contenido. Los individuos que se aislan del rebaño social, por serles su atmósfera irrespirable, hacen bien. Los individuos que en cuerpo y alma se dan a la organización y capacitación de las masas, hacen bien. Unos y otros socavan, desde sus reductos inconmovibles, el edificio autoritario-religioso que se trata de demoler. No cabría consecuencia de carácter en hegemonías unilaterales. Basta y sobra con la coincidencia de fondo. ¿Para qué más?

7. Todo lo que de bueno nos ha legado el pasado debemos aprovecharlo. Todo lo malo que nos ha transmitido, sepultarlo. La vida es de ayer, de hoy y de siempre. Los cadáveres hay que enterrarlos cuanto antes si hay descomposición. ¿Y acaso el Capital, la Iglesia, el Estado no saben a putrefacción? Sólo hace falta el sepulturero, que ya está en marcha.

8. El morbo religioso y el morbo autoritario desaparecerán del haz del globo tan pronto como sus comparsas clericales y estaduales dejen de inficcionar a la humanidad, barridos sabiamente por los vientos saludables de la Revolución.

Buenos Aires, Diciembre de 1926.

BIBLIOGRAFIA

Samuel Lewin: *Daemonendes Blutes*. Eine Vision. Trad. del yiddisch al alemán por Ruben Beatus. 150 págs. en 8°. Ed. *Der Syndikalist* Berlín, 1926. Precio: 1.50 mk.

Adrián del Valle: *Náufragos*, novela. Biblioteca de La Revista Blanca. 220 páginas. Barcelona (1926). Precio: 2 pesetas.

Andrés Lorulot: *¡Maravilloso el instinto de los insectos*. Su origen, su mecanismo, su evolución natural. 28 págs. Ed. "Generación Consciente". Valencia, (1926).

Nigra Andego. N.° 1. 14 octubre de 1926. Shanghai (China), periódico heptografiado en esperanto

Nigra Flago. N.° 1. Shanghai (China), en idioma chino.

La Revista Blanca, N.° 84. Barcelona. cousos e pelesao Conselho Confederal4r

Relatorio do delegado da Federação dos oper. da industria de Calçado, courss e pelesa o conselho Confederal da C.G.T.

bros, que abarcó en una última mirada, y murió luego silenciosamente, en la mañana del 13 de marzo de 1901.

III

La más temprana publicación de Pelloutier que tengo ante mí es el pequeño escrito de 1895, firmado por él y por Henri Girard, redactado en forma dialogada: *Qu'est-ce que la Grève générale?* (¿Qué es la huelga general?). Como se ha dicho, Pelloutier la defendía desde septiembre de 1892; se sabe también que esa idea existía desde hacía mucho tiempo, que fué propagada con particular intensidad en 1880-90 por los anarquistas; en los congresos corporativos franceses fué tratada primeramente en 1888, por Tortelier fué propagada entonces en París vivamente. En los círculos anarquistas de Londres estaba en 1890 tan difundida que en una discusión internacional de aquella época se previno contra una sobreestimación de ese medio de lucha como panacea. Existía en algunos la opinión que una tal huelga podía sustituir a la revolución, hacerla superflua, mientras que la opinión de horizontes amplios era que una huelga general debía llevar justamente a la revolución, que era inseparable de la revolución, que el estadio inicial de la revolución misma.

Lo que dice Pelloutier no es, pues, nada absolutamente nuevo, pero adquiere su importancia por el hecho que fué dicho por alguien que se hacía oír en los miembros más enérgicos de numerosos sindicatos, a quienes hasta entonces no se habían presentado por lo general más que las promesas y los consuelos de los políticos.

..."La huelga general — se lee allí — no será un movimiento pacífico, porque una huelga pacífica general, suponiendo que sea posible, no conduciría a nada"... Contaba ante todo con la desmenuzación de las fuerzas militares, que en ninguna parte tendrían la posibilidad de dar un golpe decisivo y que apenas podrían ser alimentadas 14 días con las provisiones existentes. ..."Como la huelga general debe ser una revolución de todas partes y de ninguna y como la toma de los medios de producción tendrá lugar por barrios urbanos, por calles, casa a casa, no se da ninguna posibilidad a la formación de un "gobierno revolucionario", de una "dictadura proletaria"... más bien surgirá "la libre asociación de cada grupo de panaderos en cada panadería, de cada grupo de herreros en cada herrería, en una palabra: la producción libre"...

¿Cómo serán llevados los trabajadores a tal huelga? Para la *huelga-revolución* no se necesita naturalmente la participación de los sastres o de los empleados de comercio. Lo principal, cuando la huelga no se generaliza bastante rápidamente, es la paralización del transporte, la inmovilización de los soldados, el paro de las grandes industrias por falta de carbón, interrupción de la afluencia de artículos alimenticios, que pronto también significa la falta de gas y de electricidad... Una huelga minera como comienzo no sería lo suficiente eficaz, mientras continúen existiendo las posibilidades del transporte. Pero gracias a la división del trabajo, que será el instrumento de muerte del estado actual, pueden, por ejemplo, los obreros gasistas paralizar todos los motores de gas y por ese medio hacer parar a numerosos obreros — o la paralización de los cambios de un punto ferroviario importante de cruce, hace parar a toda una serie de líneas... La misión de los huelguistas sería quedar cada uno en su barrio y tomar posesión allí primero de los pequeños establecimientos, de las panaderías, luego de los establecimientos mayores y por último, después de la victoria, de la gran industria. El gobierno podría diseminar en contra sus soldados y exponerlos al exterminio local o retenerlos para una gran batalla, lo que los llevaría pronto al hambre...

Finalmente se discute en qué grado se desvían ya los obreros de la política.

..."Dispersión de los huelguistas, por consiguiente impotencia del ejército, enervamiento, luego quebrantamiento nervioso de los soldados, de los cuales algunos se marchan, pánico del capital, posesión de las fábricas de cada calle por pequeños grupos de huelguistas, por 5, 10, a lo sumo"... etc.

En *l'Organisation Corporative et l'Anarchie* (1896) explica Pelloutier: ..."Partimos de este principio, que la obra de la revolución debe consistir en la liberación igual y simultánea de los hombres de toda autoridad, y de toda institución cuyo objetivo esencial no es el desenvolvimiento de la producción material y espiritual. En consecuencia podemos imaginarnos la sociedad futura – una sociedad pasajera, pues por viva que sea nuestra fuerza de imaginación, el progreso es más vivo y nuestro ideal de hoy nos aparecerá tal vez mañana muy vulgar, no podemos imaginarnos la sociedad futura, repetimos, más que como una asociación voluntaria y libre de los productores..." Esa asociación sería libremente consentida, siempre abierta, restringida, ya sea por conocimiento o por deseo de los asociados con el fin de la realización de su objetivo originario, de manera que nadie tiene que temer una coacción moral, que es tan penosa como la coacción material, ni violación individual, que es más sensible aún que la violencia colectiva".

Las asociaciones para las diversas ramas de la producción se informarán sobre las necesidades del consumo y constatarán sus medios y posibilidades de producción. ¿Cuánto necesitan de las asociaciones vecinas?, etc. "Ahora bien, ¿no nos dan las actuales Bolsas del Trabajo una idea de tales asociaciones? ¿No son esas las funciones que realizan ya o esperan realizar las federaciones corporativas, que en diez años habrán agrupado a los trabajadores del mundo entero?"... Esas Bolsas del Trabajo tienen hoy una labor más complicada todavía, porque tienen que dominar todas las dificultades provocadas por la existencia del capital... Sin embargo, son activas, avanzan siempre y descubrirán un día en el hombre laborioso al único motor y en consecuencia en la asociación de los productores el único rodaje útil de la sociedad.

AÑO V

BUENOS AIRES, 27 DE DICIEMBRE DE 1926

LA PROTESTA
SUPLEMENTO SEMANAL

No 255

PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden —

Redacción y Administración: PERU 1537 —

PORTE PAGO

Valores y giros a M. TORRENTE

CINCO AÑOS DE VIDA

El Suplemento de LA PROTESTA se transforma en revista

Con este número se cierra el quinto año de vida de este semanario, fundado el 7 de enero de 1922. Sus 255 números representan mucho en esta época de fascismo y de inquisición política internacional; nuestros lectores lo saben bien. Por desgracia, son pocas las publicaciones que hayan reflejado en estos años tal cúmulo de materiales doctrinarios, históricos y críticos. Y esto no es un mérito que nos atribuimos, sino una constatación de la imposibilidad en que están nuestros camaradas de Europa de iniciar y llevar a cabo una obra sistemática de superación cultural y de educación revolucionaria. El reloj de la historia marca la hora del fascismo, de la dictadura.

Sin embargo, queremos atribuirnos un mérito, y es el de haber sostenido el Suplemento, junto con el diario y las ediciones de libros y folletos, a través de uno de los períodos más adversos que podíamos imaginar. El espíritu revolucionario de los pueblos ha decaído, y con él decayó el interés por las publicaciones subversivas y de ideas; a la decepción experimentada trás un breve instante de fiebre revolucionaria, siguió en nuestro propio campo una era de luchas intestinas, de escisiones, de guerrillas y de intrigas incalificables. Simultáneamente, en lugar de recibir estímulos de afuera, hemos visto cómo caían unas tras otras todas nuestras instituciones de los países europeos espiritualmente más afines, hemos visto cómo fué circunscrito el movimiento entero del anarquismo a una situación de clandestinidad y hemos visto morir una buena parte de aquellos hombres sobresalientes por su inteligencia y su prestigio, que habrían podido contribuir poderosamente a la defensa y a la propagación del anarquismo. Todo ha conspirado contra la realización de nuestros propósitos, pero hemos podido sostenernos hasta aquí y llevar a cabo una parte de nuestros planes. Gracias a eso, el anarquismo de la Argentina dispone del aparato más vasto, y actualmente único, para la propaganda escrita.

¿Lograremos sostener todas nuestras publicaciones en el transcurso de los años tan poco prometedores que se presentan en perspectiva? Que el porvenir responda a ese enigma. Contamos con la adhesión de algunos centenares de camaradas que llegarían hasta el sacrificio con tal de sostener la obra de "LA PROTESTA". Pero no podemos pedir ese sacrificio en esta época de desocupación y de privaciones económicas más que si contamos con la posibilidad de una siembra fecunda.

Por habernos sostenido, pesa sobre nosotros la responsabilidad de llevar nuestras ideas a todo el continente americano, en alguno de cuyos países el anarquismo es totalmente desconocido. Y más aun: mientras impere en España la dictadura de Primo de Rivera y nuestra prensa no pueda ver allí la luz del día, tenemos el deber moral de llenar en lo posible el vacío, esforzándonos porque nuestros compañeros no carezcan de fuentes de información y de material de propaganda. Todo eso exige sacrificios que no sabemos si el movimiento de la Argentina podrá aceptar a la larga, pues la situación económica es aquí cada día peor y las privaciones aumentan sin cesar en los hogares proletarios.

Haremos lo que podamos. De cualquier manera nos congratula haber sostenido esta publicación durante cinco años y haber hecho de ella un manantial inagotable de cultura revolucionaria.

—

Para darle materialmente el carácter que corresponde a su contenido de ideas y de estudios, hemos resuelto que a partir del próximo año, que inicia el sexto de su vida, el Suplemento aparezca quincenalmente en formato revista, con 32 páginas de texto y tapas. Su precio será de 0.20 centavos.

Nos ha parecido que, dada la índole de esta publicación, conviene más para su manejo y colección el formato revista. Los lectores juzgarán.

La fecha de aparición será el 15 y el 30 de cada mes.

Como esta transformación exige algunos trabajos preparatorios nos será imposible salir con el primer número del Suplemento-revista antes de fines de enero próximo.

Confiamos que los lectores y compañeros continuarán prestando a este órgano la misma simpatía y el mismo apoyo que hasta aquí.

Y ahora, feliz año nuevo para los ideales de la anarquía y la revolución.



El proletariado internacional duerme ¿Hasta cuándo?

Un anarquista medioeval

—

Peter Chelchiky

Hemos advertido que los comunistas de la edad media en general eran de carácter pacífico y repudiaban la violencia. Eso correspondía tanto a la impotencia de los desposeídos de aquel tiempo como a la tradición del cristianismo primitivo. Cuando comenzó en Bohemia la revolución husita, cayeron las viejas autoridades y las clases inferiores del pueblo se levantaron en insurrección victoriosa, la masa de los comunistas fué arrastrada, y una vez en la revolución violenta, la lógica de los hechos les llevó naturalmente a la cabeza del levantamiento democrático, del cual constituían el elemento más amplio.

Sin embargo, la tendencia pacífica, que condenaba la guerra, toda violencia, toda coerción, no cesó completamente ni siquiera durante los triunfos más brillantes de los taboritas. Su representante más distinguido era Pedro de Chelchik. Nacido aproximadamente hacia 1390, probablemente un caballero empobrecido, vivió tranquilo y retirado en la aldea de Chelchik cerca de Wodnian, una de las ciudades taboritas, y redactó allí una serie de escritos que promovieron general atención. Ya en 1420 había sostenido que en cuestiones religiosas no se debía emplear violencia alguna; esa convicción se fortificó en él durante los años de revolución. Anatematizó la guerra como el más horrible de los males; los guerreros no son en modo alguno mejores que los asesinos. ¿A qué caballeros créeis — escribe — que compete hacer la guerra? ¿Tal vez a aquellos muchachos melindrosos de los castillos y fortalezas, a quienes cae el pelo sobre los hombros y que llevan tan corta chaquetilla que apenas pueden cubrirse sus posaderas? Si tienen ellos solos el derecho a hacer la guerra ¿qué es lo que hacen en las batallas los habitantes de las ciudades y los campesinos?... Pues ni un rey, ni un príncipe, ni un señor, ni el más mísero noble hace la guerra por sí solo, sino que todos llevan con la fuerza a los campesinos a hacerla e inducen así a todo el pueblo al asesinato y al delito"...

Chelchiky es comunista igualitario — en el sentido del cristianismo primitivo. Pero la igualdad general de la sociedad no debía ser impuesta por la coerción estatal, sino que debía realizarse a espaldas del Estado y de la sociedad. El verdadero creyente no debe tomar ninguna participación en el Estado, pues éste es pecaminoso y pagano. Las desigualdades sociales, de la riqueza, de la posición y del rango son creadas por el Estado, y no pueden desaparecer más que con él. Pero el único medio cristiano para abolir el Estado consiste en ignorarlo. No solo está prohibido al verdadero creyente aceptar una función del Estado, sino que tambien le está prohibido apelar al poder estatal. La policía y los tribunales no existen para él. El verdadero cristiano aspira por sí mismo a lo bueno y no tiene derecho a forzar a los otros a la bondad, pues dios exige la

LUIS FABBRI

CREPUSCULO EN CAPOLAGO

II

Algunas noches más tarde, en Bellinzona, en la lejana aldea de la Isola Bella, hablaba con el compañero Gagliardi de aquel viaje a Capolago, de las emociones experimentadas y de los recuerdos históricos suscitados por la visión de aquel tranquilo y ameno caserío en la orilla del extremo sur del lago de Lugano. "Quiero escribir algo — dije — para la revista de nuestro Malatesta".

—Bien — respondió el buen Gagliardi — pero tus recuerdos se remontan demasiado lejos. ¿Por qué no hablas más bien de nuestro congreso, que se celebró en Capolago en 1891 y que tuvo tanta importancia para el movimiento anarquista en Italia?

—Una cosa no excluye a la otra, — repliqué. Y de inmediato comenzamos a hablar de auél congreso, de los hombres que participaron en él, ¡ay! de cómo acabaron tantos de ellos: Ahora me viene a la memoria aquel coloquio; y, aunque la revista *Pensiero e Volontá*, para la que había pensado escribir estos apuntes, fué suprimida por el gobierno italiano, he querido, sin embargo, fijar en el papel las memorias y los pensamientos de aquellos días y de aquellas horas. Pues, por lo demás, entre los recuerdos de la revolución nacional de 1848 y los recuerdos de los primeros movimientos revolucionarios internacionalistas y libertarios no hay una clara solución de continuidad.

La ágil y esbelta figura de Antonio Gagliardi, que recuerda un poco la del malogrado Luigi Molinari, aunque es menos alto, a pesar de la edad y una penosa enfermedad que le aquejaba, se rejuvenecía a medida que florecían en sus labios los recuerdos. El, uno de los pocos de la "vieja guardia" del anarquismo ticinés, ingresó en nuestras filas poco después de 1880 y tomó parte en gran número de nuestros movimientos: Además fué uno de los principales organizadores del congreso de Capolago.

El congreso se celebró los días domingo, lunes y martes, 4, 5 y 6 de enero de 1891, en la pequeña localidad, en el Albergo dell'Ancora, y más principalmente en un lugar apartado, a la derecha del cuerpo principal del edificio de la modesta posada.

Del congreso se había hablado un tiempo en los periódicos anarquistas y socialistas. Es preciso recordar que entonces la separación definida entre socialistas demócratas y anarquistas no se había realizado aún; y muchos anarquistas hablaban de socialismo, entendiendo por eso el viejo socialismo histórico, el socialismo anarquista de la primera Internacional, de Bakunin, de Fanelli, de Cafiero, etc. Había promovido un poco de discusión un artículo de Errico Malatesta: "Il Congresso Socialista", publicado poco antes en la *Campana* de Macerata; y no solo entre los socialistas, que querían excluirnos ya de la familia del socialismo, sino también entre los anarquistas, en los cuales se abrían camino entonces las primeras tendencias adversas a la organización, a los congresos, etc. En *La Révolte* de París aparecieron correspondencias y algún artículo hostil al congreso.

Las conversaciones hechas sobre ese congreso habían alarmado a la policía internacional; y se sabía que, donde quiera que se celebrase, se habría tratado, aunque fuese valiéndose de subterfugios, bien de impedirlo o bien de hacerlo fracasar arrestando a la mayor parte de los delegados. Los organizadores, comprendiendo eso, recurrieron a la astucia. Primero mantuvieron en silencio la nación en que debía celebrarse el congreso; luego, cuando fué preciso fijar una localidad, se habló de Suiza y precisamente de Lugano.

En Lugano, efectivamente, estaban realizando el trabajo de preparación dos compañeros, bastante conocidos entonces y despues: Attilio Panizza (el autor del "Inno dei Malfattori") y Francesco Cini. Este último, a consecuencia de una treta que le jugó la policía, fué arrestado; y entonces fué a Lugano (a fines de 1890) para substituirlo, Amilcare Cipriani, — el cual atravesaba entonces su breve cuarto de hora de anarquismo. En aquel tiempo firmó el manifiesto anarquista abstencionista al pueblo italiano de los anarquistas emigrados al extranjero.

Cipriani quedó en Lugano tres o cuatro semanas antes del congreso. Al fin se dió a conocer que las sesiones se iniciarían el 11 de enero del nuevo año de 1891. La policía Suiza estaba tomando sus medidas, y también la policía internacional, cuando — ¿qué es, qué no es? — el día 7 de enero se supo que el congreso... se había celebrado ya y había clausurado regularmente sus trabajos en Capolago; y que los congresistas habían vuelto a partir casi todos para sus hogares.

A pesar de que Lugano hormigueaba de agentes de las diversas policías secretas, Cipriani y Panizza supieron maniobrar tan bien (fueron secundados por Gagliardi y algunos otros), que solo la policía suiza se enteró del congreso cuando había comenzado ya; las demás lo supieron cuando terminó.

El lugar del encuentro para los congresistas había sido dado en el Crotto della Giovannina en Chiasso y en algunas casas privadas de amigos en Lugano: desde allí había personas encargadas que guiaban o enderezaban a los concurrentes separadamente a la posada dell'Ancora en Capolago. Pero la llegada en tren o en barca desde varios puntos de tan numerosas personas a Capolago, alarmó a los pocos gendarmes del lugar, que dieron parte al comisario de policía de la próxima localidad de Mendrisio; éste, a su vez, telegrafió a Lugano y a Berna.

Mientras tanto el congreso se había iniciado. Había presentes, entre otros, los organizadores Cipriani, Panizza y Gagliardi, casi todos los anarquistas más activos de aquel tiempo: Malatesta, Merlino, Gori, Molinari, Bentini, Piselli, Bergamasco, Pacini, Gnocchetti, Barbiani, Pellaco, Giov. Rossi (Cardias), Arturo Ceretti, Luigia Pezzi, etc. También debía concurrir Galleani, pero fué arrestado durante el viaje, en Ginebra, y expulsado de Suiza; acompañado a la frontera, mantenido un poco de tiempo en arresto por la policía de Como, consiguió entrar de nuevo en Suiza; pero llegó a Lugano cuando el congreso había terminado. Otro compañero, Giuseppe Bianchi (murió pocos años después), participó en el congreso como corresponsal del *Secolo* que publicó sus mismos informes.

El segundo día del congreso, el 5 de enero, toda la policía suiza estaba en el lugar. Había llegado de Berna incluso el comisario político federal, Kronauer; había también gendarmes, detectives, etc. (1). En un cierto momento el hospedero del *Ancora* fué a advertir a los congresistas que la policía quería entrar y asistir a las sesiones. Amilcare Cipriani, que había recogido las palabras del hospedero, le respondió que las deliberaciones del congreso serían publicadas, pero que interpelaría a los congresistas sobre el pedido de la policía. Todos los congresistas declararon unánimemente incompatible la presencia de la policía y se le hizo transmitir la respuesta.

Poco después el hospedero volvió a decir que la autoridad suiza amenazaba con entrar a la fuerza. Cipriani le replicó: "¡Que venga con la fuerza; estamos dispuestos a rechazarla con la fuerza!" Pero la policía abandonó la idea de emplear la violencia y se limitó a circundar y a vigilar el local. Sabía que entre los congresales había anarquistas, entre ellos Malatesta, expulsados de Suiza; y esperaba poderlos arrestar. Algún tiempo después, en el proceso por ruptura del decreto de expulsión que se le hizo a Malatesta, se supo que había sido Kronauer el que no quiso que se emplease la fuerza.

El congreso aquél día y el siguiente y último se desarrolló regularmente. Estaban presentes también algunos socialistas, entre ellos De Franceschi de Milán; pero éstos asistieron casi exclusivamente como espectadores. Habían sido ciertamente invitados muchos socialistas, en la esperanza de arrastrarlos al terreno de la acción revolucionaria; pero los más influyentes se opusieron a toda intervención. Se creía que acudiría Costa, pero no dió signos de vida. Prampolini había sido encargado de intervenir en nombre de los socialistas romanos, pero había declinado el encargo. Sin embargo los delegados, cerca de 90 según la *Gazzetta Ticinese*, discutieron según el propio criterio todos los puntos de la orden del día; y resultó que el congreso, socialista según los primeros propósitos, se volvió exclusivamente anarquista, — y fué el punto de partida de todo un intenso movimiento revolucionario y libertario, que sólo consiguieron quebrantar las duras persecuciones crispinas de 1894, aunque sólo momentáneamente.

Las deliberaciones del congreso de Capolago fueron publicadas por los periódicos y recogidas en folleto; son demasiado conocidas como para extenderme sobre éllas. Basta decir que las más importantes fueron dos: una franca, por la constitución de una organización socialista anarquista revolucionaria; y la otra franca a medias solamente, para dar al 1.° de mayo próximo un carácter de manifestación revolucionaria y de huelga general. Lo que naturalmente no se hizo público fueron los acuerdos de carácter práctico tomados para dar un carácter insurreccional a la manifestación.

A consecuencia de esos acuerdos Cipriani hizo una gira de conferencias y de mítines por la Italia meridional, para hallarse en Roma el primero de mayo (1891). Errico Malatesta (que había conseguido junto con otros, a pesar de la vigilancia, alejarse de Capolago después del congreso sin ser observado), fué de incógnito a Carrara (había contra él en Italia un mandato de captura), y a otras partes. Malatesta, terminado trágicamente el movimiento con los hechos de la Plaza Santa Croce in Gerusalemme de Roma y el arresto de Cipriani y sus compañeros, volvió de nuevo al extranjero; y mientras pasaba por Suiza y se había detenido en Lugano en casa de Pacini, fué arrestado de improviso, procesado y condenado por violación de la orden de expulsión y acompañado después por los gendarmes a la frontera, de donde se dirigió a Londres.

Luigi FABBRI.

(1) *La Gazzetta Ticinese de Lugano daba como presentes en esa ocasión al comisario extraordinario Kunzli, delegado expresamente con el direttissimo, el procurador general Schneider y el cónsul italiano Marazzi. Se decía, además, en aquel tiempo, que entre los agentes de policía llegados al Ticino en ocasión del congreso estuvo también el conocido espía Terzaghi, pero si fué cierto, no tuvo oportunidad alguna de señalarse.*

---

bondad por propio impulso. Toda coerción es maldad.

En el Estado existente y en la sociedad actual no hay puesto para los verdaderos cristianos, fuera de las capas inferiores que no hacen más que obedecer y servir, nunca ordenar y dominar. Toda dominación, toda creación de clases choca contra el mandamiento de la fraternidad y de la igualdad. Así como el cristiano no debe dominar, tampoco debe explotar. Por eso le está prohibido todo comercio, ya que éste está ligado necesariamente al engaño. Las ciudades, sede del comercio, son malas. Las ha inventado Caín; él transformó la sencillez primitiva de la vida en doblez, imaginando el peso y la medida, mientras antes el pueblo hacía intercambios sin medir ni pesar. Pero la más repulsiva y digna de maldición es la nobleza.

Este comunismo anarquista, pero pacífico, halló tanto más eco cuanto más creció el cansancio de la guerra, cuanto más perdía en simpatías en las clases inferiores el régimen taborita

De las sectas comunistas en Bohemia después de la caída de Tabor, en parte formadas por elementos taboritas dispersos, la de los partidarios de Chelchiky, los hermanos chelchikianos, fué la más importante.

Karl KAUTSKY

(De "Vorlaeufer des neueren Sozialismus, tomo 1°, pág. 367-69, 7a. edición).

ERRICO MALATESTA

COMO ME HICE SOCIALISTA

Hace ya más de quince años, yo que escribo era un jovencito que estudiaba retórica e historia romana, griego, latín y filosofía giobertiana.

A pesar de la buena voluntad de mis maestros, la escuela no logró sofocar la naturaleza y conservé, en medio del ambiente cretinizante y corruptor del colegio moderno, sana la mente y virgen el corazón.

Naturaleza afectuosa y ardiente, soñaba con un mundo ideal, en el que todos se amasen y fuesen felices: y cuando, cansada la fantasía, me abandonaba a la realidad, miraba alrededor y veía aquí uno que temblaba de frío y de hambre y pedía humildemente la limosna de un trozo de pan, allí niños que lloraban, más allá hombres que maldecían: y el corazón se me helaba de horror.

Después observé atentamente y me di cuenta que una gran injusticia, un sistema absurdo pesa sobre la humanidad y la condena al dolor; el trabajo degradado y hecho casi deshonroso, el trabajador que muere de hambre para alimentar las orgías de su patrón ocioso. Y el corazón se me llenaba de ira, y pensaba en los Gracos y en Spartaco y sentía en mí el alma de un tribuno y de un rebelde.

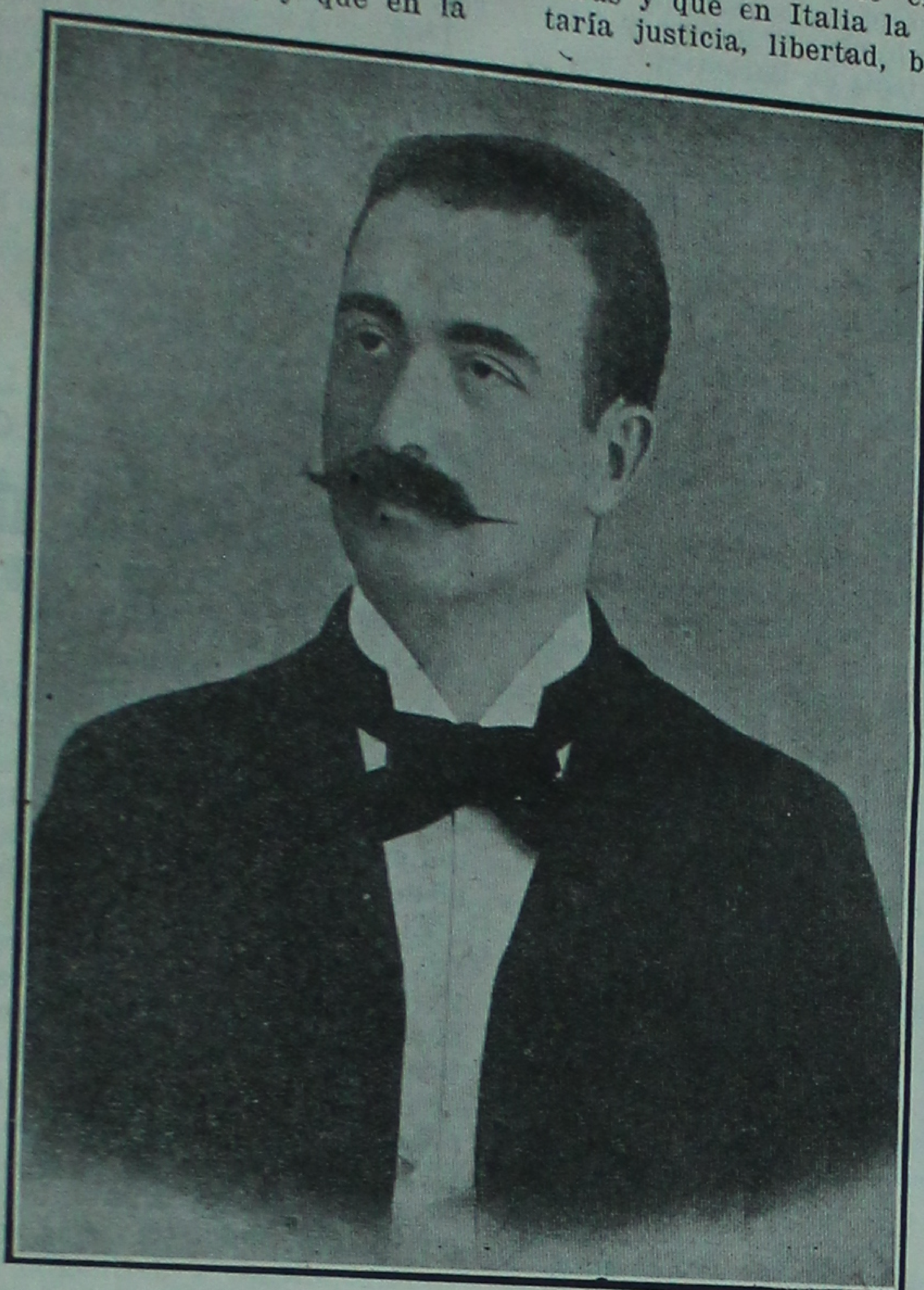
Y como oía decir a menudo que la república era la negación de lo que me irritaba, y que en la república todos eran iguales; como de alguna parte y de alguna época me llegase el eco de una rebelión de pobres y de esclavos en que había estado mezclada esa palabra de república; y como en la escuela se hacía ignorar el mundo moderno para idiotizarnos con una historia de la Roma antigua, deficiente y falsa, y no habríamos sabido hallar un modo de vida social fuera de las fórmulas romanas, me dije republicano y me pareció compendiar así todos los deseos, todas las iras que hervían en mi corazón.

No sabía mucho cómo sería esa república, pero creía saberlo y me bastaba; para mí la república era el reino de la igualdad, del amor, de la felicidad; era el sueño amoroso de mi fantasía traducido en la realidad.

¡Oh! ¡Cuántas palpitaciones agitaban mi joven pecho! Ya imaginaba, como nuevo Bruto, hundir un puñal en el seno de un César moderno; ya soñaba estar a la cabeza de una banda de insurrectos o sobre una barricada lanzando flechas contra los satélites del tirano; o me sentía en una tribuna tronando contra los enemigos del pueblo. Medía mi talla y me palpaba los labios para sentir si apuntaban los bigotes. ¡Oh! ¡con cuánta ansia deseaba ser más grande, salir del colegio para consagrarme enteramente a la causa republicana! Y en fin, llegó el día deseado y entré en el mundo lleno de generosos propósitos, lleno de esperanzas y de ilusiones.

Había soñado tanto con la república que no pude menos de lanzarme donde me decían que había una tentativa, una aspiración, un deseo republicano, y como republicano vi, por primera vez las cárceles reales.

Pero luego comencé a reflexionar. Estudié la historia, que hasta entonces había aprendido en manuales estúpidos y embusteros, y vi que la república había sido siempre un gobierno como los demás o peor que los demás, y que en la



Pedro Gori

llos en que existe la monarquía. En América hay república y, con tanta superabundancia de producción, hay allí gente que muere de hambre: se tiene la república y, a pesar de la libertad y república, como en la monarquía, hay miseria e injusticia, y se ametralla al pueblo cuando intenta sacudir el yugo. Dirigí la mirada a los países contemporáneos y vi que aquellos donde existe la república no están mejor que aquela igualdad escrita en la constitución, el que es pobre no tiene dignidad de hombre y la caballería dispersa a golpes y a sablazos a los obreros que piden pan y trabajo; se tiene la república y se reducen a la desesperación y se cazan como animales salvajes a las poblaciones indígenas... ¿Qué digo? ¡en América, como en otro tiempo en Roma y en Grecia, se ha visto que la república es compatible con la esclavitud!

República hay en Suiza y hay miseria en ella, y dominan los sacerdotes protestantes o católicos, y no se puede habitar en una ciudad sin el permiso de residencia ¡y los libres ciudadanos suizos venden el voto por algunos sorbos de cerveza!

República hay en Francia (había surgido entonces hacía poco tiempo) e inició su vida masacrando a 50.000 parisienses y enviando soldados doquier los trabajadores levantaban la cabeza, para obligarles a someterse a los amos y a soportar, sumisos, su miseria.

Por consiguiente, me dije, la república no es lo que yo había soñado; por tanto, una cosa es la vaga aspiración de colegial, otra, muy otra es la realidad.



Luigi Galleani

Mis compañeros de más edad, aquellos a quienes yo consideraba como mis maestros, decían, es verdad, que las repúblicas existentes no eran las verdaderas y que en Italia la república aportaría justicia, libertad, bienestar, igual-

dad; pero yo sabía que en Francia se decían las mismas cosas antes de que triunfase la república; sabía también que prometen y dicen cosas semejantes todos los partidos que tienen necesidad del apoyo popular para subir al poder y... quise ver claro.

La naturaleza de una sociedad no puede depender, pensé, de los nombres y de las formas accesorias, sino más bien de las relaciones entre cada miembro de la sociedad con los demás miembros y con el cuerpo social entero. Ni el efecto de un cambio en la organización social puede ser determinado solamente por los deseos y por las intenciones del partido que lo preconiza, pues un partido que acepta y crea ciertas posiciones sufre sus consecuencias, o se pierde en conatos de rebelión que permanecen estériles mientras ese partido no se decida a salir de la posición en que se na puesto.

Me dediqué por eso a examinar la esencia de la sociedad moderna, la naturaleza de las relaciones sociales, el origen de los poderes públicos, el funcionamiento de los factores políticos y económicos, y todo eso me llevó a concluir que entre la monarquía y la república no hay diferencia esencial; entonces no me maravillé ya de que las repúblicas se asemejen tanto a las monarquías.

Siendo la necesidad primera del hombre, la condición necesaria de su existencia el nutrirse, es natural que el carácter de una sociedad sea, ante todo, determinado por el modo con que el hombre obtiene los medios de subsistencia, por el modo como se produce y se distribuye la riqueza: — los factores económicos dominan toda la vida social.

En la monarquía todos los medios de producción están en posesión de pocos individuos, y la masa, que no tiene más que la fuerza de trabajo, debe recurrir, para trabajar, a quien posee aquellos medios, y soportar sus condiciones. La distribución de los productos está basada en la necesidad recíproca, pero no igual, que los patrones y los obreros tienen unos de otros, y por la concurrencia que los hambrientos se hacen entre sí. Y como los amos tienen la ventaja de la posición creada y disponen de economías, mientras el trabajador necesita trabajar todos los días para poder comer, y por otra parte hay en general más obreros que patrones, el salario del que trabaja no sobrepasa normalmente de lo estricto necesario a las más primitivas exigencias vegetativas. Así, al fin de cuentas, hallamos, en la monar-

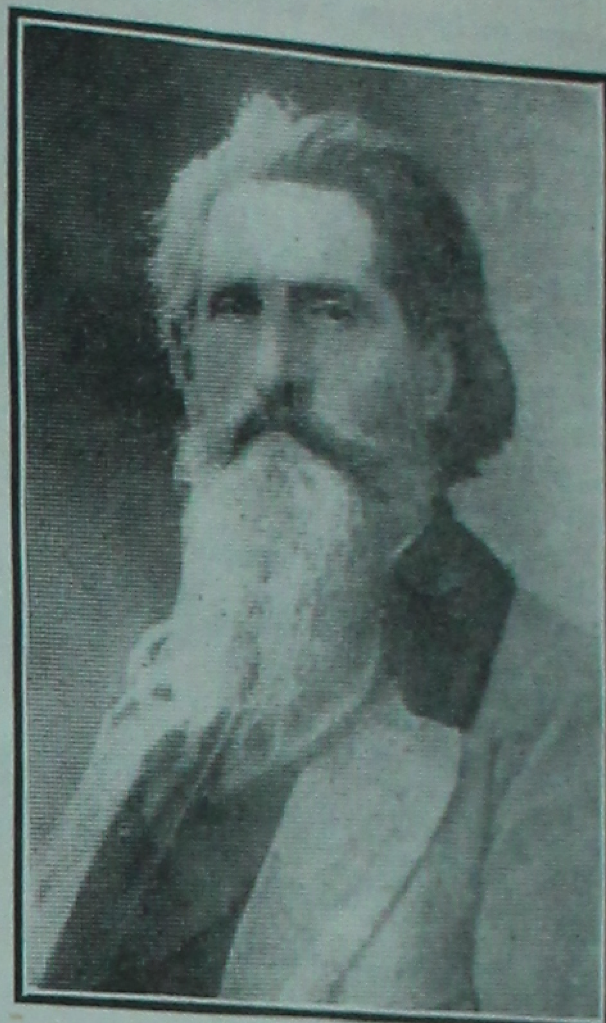
quía, una pequeña clase dominante, corrompida y corruptora por una parte, y por otra una masa miserable y embrutecida.

¿Será distinto en la república? No, ciertamente; pues la república mantiene íntegra la base de la organización actual, la propiedad individual, y no puede escapar a las consecuencias de este modo de propiedad.

Pero, dicen los republicanos más avanzados, en la república manda el pueblo mediante el sufragio universal: hagamos la república y el pueblo modificará, si lo cree necesario, el organismo de la propiedad. Pero el sufragio universal existe también en la monarquía y el pueblo se sirve de él para sancionar su sometimiento. ¿Cómo, por el solo hecho de mandar a paseo al rey o de cambiar un nombre por otro, conquistará el pueblo aquella conciencia, aquella capacidad que ahora le falta? Pero la república se ha hecho muchas veces y en muchos países, y el sufragio universal no dió en ella mejores resultados que en la monarquía; ¿cómo habría de ocurrir diversamente esta vez? ¿qué importa que se reconozca o no un derecho al pueblo, cuando este pueblo no tiene la capacidad, los medios de servirse de él? Lo he dicho ya, los factores económicos lo dominan todo: un pueblo que muere de hambre será siempre estúpido y esclavo, y, si vota, votará por sus amos.

Por consiguiente, es preciso salir del cuadro de las ideas republicanas; y, en lugar de aceptar como punto de partida la actual posición económica, hay que comenzar a transformarla radicalmente, aboliendo de hecho la propiedad invidual. Entonces tendremos asegurados todos la existencia, seremos iguales ante la riqueza y tal vez podremos comenzar a entendernos.

Todas estas cosas vi y pensé, y me ocurrió aquello que ocurre a todos los hombres de corazón que estudian sin preconceptos las leyes de la humana convivencia: comprendí que la república es



Amílcar Cipriani

una forma de gobierno buena solo para sancionar y defender, como todos los gobiernos, los privilegios existentes — y me volví socialista.

Errico MALATESTA

El artículo anterior se publicó en "La Questione Sociale" *de Florencia (N.o 3, 5, enero,* 1884) *con el título "La repubblica dei giovanetti e quella degli uomini colla barba". Nuestros lectores, a quienes suponemos en conocimiento del libro:* "Errico Malatesta, la vida de un anarquista", *por Max Nettlau, Editorial LA PROTESTA; precio:* $ 1.20), *saben que el socialismo italiano nació anarquista y que hasta* 1890 *aproximadamente la mayoría de nuestros camaradas identificaban los términos "socialista" y "anarquista".*

JEAN GRAVE.

La vida financiera de un periódico revolucionario

(Conclusión)

¿A qué se debía que todos los que nos ayudaban — excepto un reducido, muy reducido, número — desaparecían el uno tras el otro? Nuestro personal de propaganda no aumentaba sino muy lentamente. Los recién venidos no hacían más que reemplazar a los que desaparecían. ¿Por qué estábamos siempre enredados en las mismas dificultades?

Supongo que los individuos poseen cierta cantidad de energías para gastar en la difusión de las ideas de orden general. Gastada esa cantidad, caen en la masa que vegeta indiferente, desinteresándose de las ideas de emancipación, esa "masa fofa" por la que es poco el desprecio que sienten.

Aunque retirados de la lucha, algunos, sin embargo, seguían fieles a su profesión de fe. Se les veía aparecer en períodos de agitación. Pero, fenómeno curioso, aun habiendo conocido las dificultades de la propaganda, no se veía jamás figurar su nombre en las suscripciones.

Se me preguntará ¿cómo, en definitiva, logré cubrir el déficit de algunos millares de francos que cerraban el ejercicio de cada año?

Como ya lo he dicho: dos veces Pissaro pagó nuestras deudas. En concepto de derecho de autor yo percibía, por mis libros en lo de Stock, una decena de miles de francos que desaparecían en el abismo de nuestro presupuesto tan inestable.

Joven aún, había comenzado a coleccionar estampillas que nuestras relaciones mundiales me permitieron aumentar. Un día de negra miseria me decidí a venderlas. Me pagaron por ellas 800 francos. Hoy día valdrán seguramente 30.000.

Otra vez no pudiendo Stock pagar sus derechos de autor a Kropotkin, convenimos en que yo tomaría libros de su casa y me encargaría de cancelar con Kropotkin. Creo que obtuve por este medio cien o doscientos francos que fueron digeridos por el diario.

Tuvimos, en fin, las tómbolas. Producían, por término medio, dos o tres mil francos. Yo no lo recuerdo con precisión. Excepto de la última, de la que guardo el balance; ésta fué la más productiva, pues sacamos 8 ó 9.000 francos, más o menos.

Por 0.20 se podía ganar cuadros de Angrand, Agar, Bonnard, los medallones de Charpentier, pinturas de Cross, Mme. Cousturier, van Dongen, Delannoy, d'Espagnat, Grandjouan, Herman-Paul, F. Jourdain, Lebasque, Lefébre, Manzana, Paviot, Pissaro padre, L. Pissaro, Luce, Petitjean, Roubille, van Rysselberg, Raister, Steinlen, Vallaton y Willaume. Y no cito sino a los más conocidos.

Al principio me fijé un salario de 150 francos por mes, ya que todo mi tiempo me lo llevaba el periódico. Lo elevé a doscientos en los últimos años. Pero lo hice para determinar una cifra, pues no sacaba eso del periódico.

A los camaradas que me ayudaron les pagué 40 francos por semana. Sólo en los últimos tiempos aumenté el sueldo de Girard a la enorme cifra de 60 francos!

* * *

Ahora veamos la tarea realizada.

Dejemos de lado el periódico, del que se tiraron, durante los treinta años de su existencia, algo así como 12.000.000 de ejemplares.

Para el "affaire" Ferrer y el de Rousset publicamos volantes especiales con un tiraje de 10.000 cada uno.

Para la campaña en favor de los prisioneros de Montjuich se tiró una hoja especial, "El Eco de Montjuich", distribuído con "Les Temps Nouveaux", pero

los gastos se hicieron a expensas de Ardouin.

Fué en la edición de folletos en la que no encontramos rivales.

En la mudanza de la calle Broca, realizada de una manera imbécil, se me perdieron una cantidad de documentos. Reconstituyo con lo que me queda. He aquí las cifras:

NOMBRES	TIRAJE
Informe de los dos congresos imposibilistas	30.000
"La Mano Negra"	10.000
"La Mano Negra y la opinión pública"	10.000
"Los productos de la industria"	5.000
"Los productos de la tierra"	5.000
"Riqueza y miseria"	5.000
"Los revolucionarios en el congreso de Londres"	10.000
Bakunin. — "Dios y el Estado" (segunda edición)	5.000
Berthelot. — "El Evangelio de la hora"	10.000
Bertrand. — "La verdad sobre el affaire Ferrer"	10.000
L. Blanc. — "Algunas verdades económicas"	10.000
Bulland.—"Hacia la Rusia libre"	10.000
Ch. Albert. — "Patria, Guerra Cuartel" (tercera edición)	30.000
R. Chaugi — "La Mujer-esclava" (segunda edición)	20.000
Idem. — "Los tres cómplices"	10.000
Dejacques — "¡Abajo los jefes!"	20.000
Delaisi — "Contra la ley Millerand"	10.000
Dalzan — "El trabajo de la infancia en la vidriería"	10.000
Diderot. — "Charlas de un filósofo con la Mariscala"	10.000
Diversos. — "Contra la guerra"	10.000
Etiévant — "Declaraciones" (tercera edición)	10.000
A. GIRARD:	
"Anarquistas y bandidos"	10.000
"El infierno militar"	10.000
"Educación autoritaria paternal"	10.000
J. GRAVE:	
"Contra la locura armamentista"	10.000
"La colonización" (seg. edic.)	20.000
"La panacea-revolución"	10.000
"Organización. Iniciativa. Organización"	10.000
"El sindicalismo en la evolución social	10.000
"La entente para la acción"	10.000
"Lo qué queremos"	10.000
"Enseñanza burguesa. — Enseñanza libertaria"	10.000
"Los científicos"	10.000
"Una de las formas nuevas del espíritu político"	10.000
"La conquista de los poderes públicos"	10.000
"El maquinismo" (seg. edic.)	20.000
"Si tuviera que hablar a los electores"	10.000
"El *menú*, aumentado"	10.000
"Organización de la propaganda revolucionaria"	15.000
"La autonomía según la ciencia"	10.000
"La sociedad al día siguiente de la revolución"	5.000
Gohier — "A las mujeres"	10.000
A. HAMON:	
"Patriotismo. — Internacionalismo"	10.000
"Los hombres y las teorías de la anarquía"	5.000
J. KROPOTKIN:	
"La acción anarquista durante la revolución"	10.000
"El espíritu de insurrección" (5a. edición)	35.000
"A los jóvenes"	80.000
"La ley y la autoridad" (4a. ed.)	30.000
"Las prisiones" (2a edición)	20.000
"La idea revolucionaria en la revolución"	10.000
"La organización de la vindicta llamada justicia"	10.000
"La guerra"	10.000
"El principio anarquista"	10.000
"¿La revolución será colectivista?"	10.000
"La agricultura"	8.000
"Un siglo de espera"	8.000
"La Gran Revolución"	8.000
"El Estado, su rol histórico"	10.000
"La moral anarquista" (3a ed.)	25.000
"La anarquía en la evolución socialista"	8.000
"El salariado (3a. edición)	30.000
"Los tiempos nuevos"	8.000
"Comunismo anárquico"	10.000
A. LAISANT:	
"La educación del futuro" (22a. edición)	22.000
LEONARD:	
"El tablado electoral"	10.000
"La elección del alcalde"	10.000
MALATESTA:	
"Entre campesinos" (10a. ed.)	95.000
J. MESNIL:	
"El espíritu revolucionario en el sindicalismo"	10.000
O. MIRBEAU:	
"La huelga de los electores" (3a. edición)	30.000
M. NETTLAU:	
"Las responsabilidades en las luchas obreras" (2a. ed.)	20.000
D. NIEUWENHUIS:	
"La educación libertaria"	10.000
"El militarismo" (2a. edición)	20.000
MICHEL PETIT:	
"Las habitaciones que matan"	10.000
"La criatura"	10.000
PIERROT:	
"Sobre el individualismo"	10.000
"Trabajo y *surmenage*"	10.000
"Socialismo y Sindicalismo"	10.000
PIERROT Y GIRARD:	
"El parlamento contra la clase obrera"	10.000
J. P. PROUDHON:	
"La realeza del pueblo soberano"	10.000
E. RECLUS:	
"A mi hermano el campesino" (3a. edición)	30.000
"Evolución-Revolución" (cuarta edición)	30.000
RECLUS Y GUYAU:	
"La anarquía y la iglesia" (2a. edición)	20.000
ROUSSET:	
"En el fondo del abismo" (cartas)	10.000
D. SAURIN:	
"El orden por la anarquía"	5.000
SIMPLICE:	
"Las condiciones del trabajo en la sociedad actual"	10.000
TCHERKESOFF:	
"Páginas de historia socialista"	10.000
VERMESCH:	
"Los incendiarios"	10.000
Total de ejemplares	1.144.000

Un millón ciento cuarenta y cuatro mil ejemplares y estoy seguro que no es la cantidad verdadera. Esto representa una hermosa actividad.

En Ginebra, durante los cinco años que precedieron a mi llegada, se editaron diversos folletos, de los que no conozco el tiraje y de los que muchos me faltan.

Entre otros, "La pena de muerte", de Reclus; "El proceso Solovief"; "El proceso de Lyon" y otros más, de los que no puedo hacer figurar el tiraje, puesto que carezco de datos.

Es necesario agregar el folleto para distribuir que entregábamos a los camaradas al precio de costo. Helos aquí:

	TIRAJE
RECLUS:	
"A mi hermano el campesino" (2 tirajes)	95.000
CHAUGI:	
"La mujer-esclava"	50.000
GOHIER:	
"A las mujeres"	60.000
J. HURET:	
"Ricos y pobres"	25.000
TOLSTOI:	
"El consejo de revisión"	10.000
MIRBEAU:	
"La huelga de los electores", que tanto en folletos como en carteles murales, dió un tiraje de	150.000
Total de ejemplares	390.000

Luego editamos los libros siguientes:

	EJEMP.
"Guerra — Militarismo"	2.000
"Patriotismo — Colonización"	2.000
"El rincón de los niños" (3 series)	6.000
"Tierra libre	2.000
Total de ejemplares	12.000

Una serie de 35 litografías, 5 en colores, que debían servir de frontispicio a los volúmenes del Suplemento y cuyo tiraje fué de dos a trescientos ejemplares cada uno.

Un aguafuerte de Daumont y otro de Frédéric Jacques. El mismo tiraje que las litografías.

Hubo un tiraje aparte de las ilustraciones de "Guerra y Militarismo" y de "Patriotismo — Colonización". Uno de los dibujos apareció en el primer año en que salió ilustrado "Les Temps Nouveaux". Otro de los dibujos apareció en el número sobre "Biribi".

Otro aguafuerte (bastante mal logrado) — era nuestro debut — sobre los mártires de Chicago.

Retratos de Bakunin, Proudhon y Cafiero, debidos al lápiz de Barbottin.

Luego, tres affiches ilustrados; uno de Luce, uno de Steinlen y uno de Léomin.

En suma, si la vida del "Révolté" hasta "Les Temps Nouveaux" fué una vida de mendicidad, como algunos "buenos camaradas" quieren insinuar, parece que en cambio, la obra realizada es considerable.

Me olvidaba de la imagen "Chauvinard" (género Epinal, para niños) que tuvo un tiraje de 32 ó 15.000 ejemplares, que los 2.000 francos de la camarada nos permitieron editar.

APENDICE

Entradas y salidas de algunos años

Habiendo desaparecido muchos de los libros en que llevaba el movimiento del periódico, cuando nuestra mudanza de la calle Broca, no me es posible dar datos anteriores a 1902:

El balance de este año es el que sigue:

ENTRADAS		
Suscripciones	$	6.599.— fr.
Venta al menudeo	"	21.273.— "
Folletos y suscripc.	"	13.000.— "
Total entradas	$	41.637.55 fr.
SALIDAS		
Papel	$	7.450.— fr.
Impresión	"	16.000.— "
Expedición, gastos diversos de correo	"	6.947.45 "
Varios	"	10.147.55 "
Total salidas	$	41.147.85 fr.

Pero para comprender bien estas cuentas es necesario dar algunas explicaciones.

Siempre bajo la amenaza de un allanamiento o de un arresto, a fin de evitar trastornos semejantes a los camaradas, tomé desde el principio la costumbre de no insertar sino iniciales de los subscriptores en el periódico, y de no hacer figurar sino la suma en los libros.

Era imposible disimular los nombres de los abonados. Pero, como para las subscripciones, no figuraba ningún nombre por la compra de libros y de folletos. Había colocado a los tres en la misma columna, para no tener treinta y seis de la misma página.

La casa Hachette, que se encargaba del servicio de provincia, nos exigía 0.01 por ejemplar para el envío a sus agentes. Además, el gasto de los que se devolvían por kilo. En la entrada de la venta al menudeo, estos gastos no figuraban. Sólo insertaba las cantidades recibidas. De modo que nuestra venta era un poco más considerable de lo que figuraba en las entradas.

En las salidas insertaba, bajo el rubro Varios, los gastos menudos: gastos de escritorio, alquiler, mi sueldo y el del camarada que estaba conmigo, el coste de los clichés y otros gastos que no entraban en otros rubros.

Pero el hecho de llegar a esta cifra de 41.637 francos, la más elevada que hayamos tenido en caja — no tengo la de los años precedentes — sólo la venta de folletos y las subscripciones figura con 13.000 francos, se debe a que en ella iba incluída el producto de una tómbola. Lo que explica esta otra anomalía: en "Temps Nouveaux' y en "La Révolte" un excedente de 500 francos.

Por otra parte, en los gastos figuran las cantidades pagadas, pero no los pedidos de papel o los números aparecidos y no pagados ,que formaban nuestro pasivo.

En las entradas no figuraban los ejemplares vendidos, pero que los agentes olvidaban de pagar.

Lo que no figuraba tampoco en los gastos son las cantidades prestadas a camaradas y que éstos se olvidaban de devolver. Las que se donaban para ayudar a algún infortunado. Había también una subscripción para ayudar a las familias de los detenidos. Pero los gastos sobrepasaron siempre las entradas.

Vuelvo a mis cuentas:

1903. — Entradas 41.428.55; gastos 44.567.80; déficit, 3.139.25. La prosperidad no había durado.

1904. — Falta.

1905 — Entradas, 26.600.40; gastos, 25.868.65; excedente, 700 francos. No puedo explicar de dónde sale este excedente, ya que en ese año se produce una seria baja en la venta al menudeo y las subscripciones no aumentan nada.

1906. — Entradas, 26.332.30; gastos, 28.058.50; déficit, aumenta: 4005 francos.

1908. — Ligero aumento, pero también es otro año de tómbola, que produce 9256 francos. Entradas, 29.488.45; gastos, 25.633.85, con un excedente que se empleó para liquidar algunas deudas.

1912. — (Faltan los otros años). De 21.887.20 de entradas, otra baja, y de gastos 29.481.85; déficit, 26.370.05.

1914. — Es el acabóse.

———(*—*)———

Encuesta del Grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville, Ohío.

Respuesta de R. Pérez

1.° El aforismo jesuita "divide y vencerás" está ferozmente en vigor entre las fuerzas anarquistas, y es difícil, si no imposible, en estas condiciones, hacer el esfuerzo necesario para atenuar al menos anular, la reacción autoritaria.

El anarquismo vive todavía perdido en un dédalo de incomprensiones, que, ya tirando al sindicalismo, al comunismo o al individualismo, hacen perder un tiempo precioso en estas discusiones, por el hecho de que no es siempre la serenidad debida de espíritu, lo que dirige dichas cuestiones. Y el anarquismo no es, no puede ser, diferente de todas las otras filosofías o ciencias, que para el esclarecimiento y definición de las mismas, han de disgregarse, al menos mientras estén sobre la "mesa del laboratorio", de toda disertación obscura e imprecisa. Un parangón, no sé si acertado, podría hacerlo con el vitalismo, cuyos partidarios admiten un principio vital distinto a la vez del espíritu y del organismo, pero del cual dependen las acciones orgánicas.

Estos elementos vitales, clasificados A y B, los fisiólogos se contentan con hipótesis, conjeturas y definiciones más o menos ingeniosas, porque todavía no han podido disociarlos de los cuerpos que integran dichas substancias; es decir: "libertarlos".

Hecha esta pequeña disquisición, entre en el asunto y quizá haya de repetirme sobre un artículo mío en "Tiempos Nuevos": "Anarquistas de todos los países" e inspirado por esta misma "encuesta".

Pecar de necio sería el creer que los anarquistas estamos en condiciones con su lo nuestras fuerzas de hacer frente a la burguesía ya nacional o internacionalmente. Además ¿no se dijo y repite hasta la saciedad, que el anarquismo es una X, una incógnita, un "plus ultra", algo de indefinible y, por tanto, no práctico? En "Tiempos Nuevos", que tengo a la vista, 4 de noviembre, su artículo de fondo ataca con mucho "Entusiasmo", el título del artículo, los "prácticos" y su "practicismo grave, sesudo" etc. Y dice, a guisa de conclusión: "Nosotros seguiremos la ruta alegre del utopismo que Errico Malatesta llamó la "única realidad".

No que me disguste la definición, pero entonces, si hemos de ser quiméricos durante toda nuestra vida y rechazamos los "sesudos, los graves, los prácticos y su practicismo", ¿por qué tanta queja y lamento diario por las miserias que nos hace soportar el practicismo burgués? ¿Idealistas, quiméricos? De acuerdo, pero también las posibilidades (practicismo) de poder vivir en quiméricos e idealistas. Y vengo a mis zapatos.

Es innegable, y en ello parece todos estamos de acuerdo, la impotencia numérica en que nos encontramos frente a frente con la burguesía, nacional e internacionalmente concertada para la defensa de sus posiciones, si ésta fuera atacada en sus intereses. Esta primera hipótesis descartada, hemos de buscar medios más eficaces y que nos prometan, si no un completo éxito, más probabilidades positivas, que todas las revueltas esporádicas hasta aquí ocurridas.

Para esto vengo a mi primer punto: hay que desintegrar el anarquismo del océano de pasividad e inconciencia en que vegeta, primero, y segundo, de las

fuerzas retrógradas que lo amordazan y encadenan, es decir: "libertarlo".

Sin movimiento propio, sin esa espontaneidad creadora que es su fuerza vital, al paso que vamos, el anarquismo va a pasar al museo de las mitologías. ¿Cómo libertar el anarquismo de todas las fuerzas del mal que le rodean?

Pasando el Rubicón; es decir, haciendo la "Revolución Anarquista" y ensayando la Sociedad Libertaria.

Si la evolución, se dijo, es una ley de la naturaleza, y la revolución el complemento brutal, pero necesario, para romper las trabas que la sociedad actual le impone, el anarquismo está suficientemente avanzado, para vivir su propia vida sin amos ni tutores.

Hemos dicho, y desgraciadamente asáz comprobado, que diseminados, el esfuerzo anarquista es inoperante para contrarrestar la reacción autoritaria. Y el momento psicológico ha llegado, de probar que somos internacionalistas en los hechos como en la teoría.

Lo tierra es bastante grande y lo suficientemente "civilizada", para acoger en un determinado punto o nación a los anarquistas de todos los países, y en ella ensayar de vivir anárquicamente. No voy a inventar nada, la idea no es mía y sí burguesa.

Nadie ignora que ésta, para mejor robar, explotar y extender su poderío de dominación, se coaliga y confedera en grandes compañías para luego repartirse los beneficios de sus rapiñas. Todo el mundo sabe la mutua solidaridad que la burguesía se presta entre ella, cuando se halla en conflicto con sus esclavos y esto sin distinción de ideas, filosofías ni nacionalismos. ¿Qué tiene de extraño y antinatural que una facción de los hombres, los anarquistas, ya lo bastante evolucionados para vivir aparte, se confederen en un solo grupo echando al diablo amos, directores y dictadores? He aquí mi sugestión para terminar, porque he de ceñirme al ruego de ser lo más breve posible.

Muchas gotas de agua hacen el arroyo, éstos los ríos que luego se convierten en mares...

Somos un millón de anarquistas, supongamos, diseminados por toda la tierra. Cada anarquista es una gota de agua de poco valor y menos peso, en el océano burgués. Pero cien anarquistas, representando otros tantos países, se reúnen en un punto Z, para elegir la nación más propicia, la más débil (estrategia). más productiva, etc.; y una vez designado el punto de reunión de los anarquistas de todos los países para dar el golpe, subrepticiamente, clandestinamente, etc., etc., introducirse en dicha nación y hacerse dueños de ella por la fuerza. Yo creo que la idea es menos descabellada que el hacer la revolución en una nación de veinte millones de habitantes, donde solo se cuentan de dos a tres mil anarquistas, porque si hemos bien comprendido aquí se trata específicamente del anarquismo, y no de todos los grupos revolucionarios.

¡Ah! Me tiran ya de la oreja al par que me preguntan, ¿y el obrero, al cual nos debemos en cuerpo y alma y que la misma "Encuesta", en su tercer punto, dice "Al ser una idea de los humanos, ¿es o no proletaria la anarquía?

El proletario es práctico, práctico hasta la desesperación y un ejemplo vale para él más que cien bibliotecas. Pongamos en práctica la Sociedad Libertaria, y el proletario nos imitará, porque él imita todo, hasta los más feos vicios de la burguesía. Para concretar, entre los muchos ejemplos que me vienen a la memoria, citaré el solo caso de la efervescencia mundial que produjo la revolución en Rusia en 1917. Caso este que si no fuera la traición e indecisión de unos y otros, la faz del mundo estaría muy de otra manera.

"El anarquismo, desde el punto de vista de la organización de las sociedades, ¿es o no revolucionario?"

Como Pasteur echando por tierra todos los viejos sistemas de curar, revolucionó la terapéutica...

Como la aviación pasando por encima de las leyes conocidas, y remontando en el espacio "el más pesado que el aire" revolucionó las leyes de la aerostación...

Por las mismas razones que prueba que no puede vivir sin amos, leyes ni dinero, el anarquismo es revolucionario.

¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños, para que lo antes posible, ellos mismos labren su emancipación?

Me parece un poco adelantada la cuestión. Pues, sabido es de todos las dificultades que a diario encontramos para orientarnos las personas mayores y no veo, con la desorentación actual nuestra, que podamos improvisarnos orientadores. ¿Ignoran los autores de la "Encuesta" que en el país más libre del mundo, los profesores son perseguidos por el delito de sindicarse. Pues esto ocurre en Francia, y, si no somos libres, no ya de enseñar y orientar, sino de nosotros mismos, fuera de nuestras funciones, mal armados estamos para orientar la infancia.

En todo caso habría que empezar por hacer madres y padres conscientes, que son los verdaderos maestros del niño. Porque si es cierto que el profesor puede hacer del niño un letrado, los padres y el ambiente, hacen de él un canalla.

Siendo de gran interés este punto, son los pedagogos los que a él responderán; yo me limito a recordar la obra de Ferrer.

Pero... ya sabemos la suerte que corren los hombres como él.

En resumen, yo vengo siempre a mi primer punto: hay que conquistar primero la Libertad. Sin este primordial elemento, base de toda acción noble y desinteresada, el progreso estará a la merced de los que de la libertad disponen.



LEON TOLSTOI

La verdad en la boca del niño

(DIALOGOS)

IV

(*La madre. Micha, niñito de seis años*).

MICHA

Dí, mamá, ¿por qué la niñera me ha puesto mi traje nuevo?

LA MADRE

Porque hoy es día de fiesta y vamos todos a la iglesia.

MICHA

¿Qué fiesta?

LA MADRE

La Ascensión.

MICHA

Qué palabra extraña. ¡La Ascensión! ¿Y qué quiere decir la Ascensión?

LA MADRE

Quiere decir que en este día Nuestro Señor Jesucristo sube al cielo.

MICHA

¿Jesucristo sube al cielo? ¿Y qué quiere decir subir al cielo?

LA MADRE

Quiere decir que se ha volado.

MICHA

¿Y cómo ha hecho Jesucristo para volar? ¿Tenía alas, pues?

LA MADRE

Pero no, no tenía alas, ha subido simplemente porque él es Dios, y Dios puede hacer todo lo que quiere.

MICHA

Pero ¿a dónde voló, di? Porque papá me ha dicho que el cielo no es lo que se cree. Ha dicho también que no había nada allá. Hay estrellas y más estrellas y el cielo no tiene fin. Es papá el que ha dicho todo eso, y bien, entonces, ¿dónde se voló Nuestro Señor Jesucristo?

LA MADRE (*Sonriendo*)

No se puede comprender todo; es necesario creer simplemente.

MICHA

¿Creer, qué?

LA MADRE

Lo que dicen las gentes que tienen más edad? ¿Comprendes?

MICHA

Sí, pero el otro día, cuando se volcó la sal sobre la mesa y yo dije que era la muerte para alguien, tú me has dicho que no debo creer tonterías como esa.

LA MADRE

¡Perfectamente! Y te repito que no se debe creer tonterías.

MICHA

Entonces, ¿cómo debo hacer para distinguir una tontería, de la que no lo es.

LA MADRE

No se debe creer tonterías, pero sí la verdadera religión.

MICHA

¿Y cuál es la verdadera religión?

LA MADRE

La verdadera religión es la nuestra. (Aparte). Creo que yo estoy en tren de decir tonterías. (En voz alta). Vamos, esto es bastante. Ve a decir a papá que nosotros nos vamos. Después vas a ir a buscar tu abrigo.

MICHA

Dí mamá, después de la misa ¿me darás chocolate?

(*Trad. de I. Mancebo*).

Sumario de los trabajos aparecidos en esta publicación en el año 1926

MAX NETTLAU

(6 y último)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

"Entre la unión corporativa que se elabora y la socie- dad comunista y libertaria en su estadio inicial existe una concordancia. Nosotros queremos que toda función social se reduzca a la satisfacción de nuestras necesida- des; la asociación corporativa lo quiere también, ese es su objetivo, y se liberta más y más de la creencia en la necesidad de gobiernos. Queremos el libre acuerdo entre los hombres; la unión corporativa comprende diariamen- te mejor que sólo ella puede existir si destierra de su seno toda autoridad y toda coacción. Queremos que la liberación del pueblo sea su propia obra; la unión cor- porativa lo quiere igualmente — se siente en ella cada vez más la necesidad de atender por sí misma a sus in- tereses; el gusto de la independencia y el apetito de la rebelión germinan, se sueña con talleres libres en donde aparezca el sentimiento del deber personal en lugar de la autoridad, se lanzan observaciones (especialmente en un informe al congreso de las Bolsas en Nimes) sobre la misión del trabajador en una sociedad armónica, que testimonian un asombroso espíritu amplio y que pro- ceden de los trabajadores mismos. En resumen, los tra- bajadores que se creyeron condenados tanto tiempo a la misión de una herramienta, quieren ser inteligencias para ser al mismo tiempo los inventores y los creadores de su obra".

"¡Ojalá ensanchen el campo de estudios que se abrió así ante ellos! ¡Ojalá se habitúen, comprendiendo que toda la vida social descansa en sus manos, a sacar sólo de sí mismos el compromiso para un deber y a aborre- cer y quebrantar toda autoridad extraña! Esa es su misión, ese es también el objeto de la anarquía".

En *L'Art et la Révolte* (30 de mayo de 1896) com- bate Pelloutier lo que Lasalle llama la "maldita falta de necesidades en los trabajadores"... Se les enseña: "¡Bienaventurados los pobres de espíritu!... El dice, en cambio, que la ignorancia ha hecho de los pobres renunciantes, mientras los ricos disfrutan. El arte, por consiguiente, debe hacer rebeldes. Debe acudir, por su parte, en ayuda de la comprensión todavía confusa de la igualdad de los derechos, y destruir el respeto mez- clado con el temor que presenta la muchedumbre toda- vía a la moral inventada por la falsedad humana, mos- trando lo odioso y lo ridículo de ese respeto... "Pues ahí está todo. El descubrimiento de las mentiras socia- les, la exposición del cómo y del por qué de la crea- ción de las religiones, de la invención del culto a la pa- tria, de la construcción de la familia según el modelo del gobierno, de la insinuación de la necesidad de un amo — en eso debe consistir el objetivo del arte revo- lucionario. Y mientras quede en el espíritu de los hom- bres el menor rastro de un prejuicio, pueden hacerse insurrecciones, transformar más o menos el engranaje político inútil, incluso derribar los imperios: ¡la hora de la revolución social no habrá sonado todavía!...

La conferencia, en cuyo contenido no me detengo, ter- mina con palabras que expresan característicamente lo generalmente humano de las aspiraciones de Fernand Pelloutier, que, porque consagró su vida, no a los más débiles de entonces, sino a los más desamparados, a los trabajadores, por eso poseía en el más alto grado la estima del trabajo, pero no un culto unilateral al obre- ro manual. Dice... "Todos esos padecimientos (des- critos) ¿no los curará el socialismo? Toda esta iniqui- dad ¿no la hará desaparecer el socialismo, la destruc- ción de los poderes y de las castas? Todos, vosotros, ar- tistas, sabios que poseéis con el odio al mal, el deseo del mejoramiento, la pasión de la liberación material y espiritual, combatid con nosotros, pues la fuente de nuestra miseria es común. ¡Todos sufrimos gracias al acaparamiento de los bienes comunes a la humanidad por unos pocos! Retrocedamos todos a lo que debe ser la propiedad de todos, suprimamos a los amos, asocié- monos libremente para el trabajo y el disfrute, [illegible] cemos este sueño posible: ¡el comunismo [illegible] la completa libertad!".

Ahora habría que investigar las fuentes de [illegible] de Pelloutier, pero ¿quién podría juzgar la [illegible] lectura de un hombre opositor desde la juventud [illegible] siguió todas las corrientes radicales, la del pensamiento libre, la del arte libre, que le interesaban la [illegible] política y la social, toda especie de ideas y de [illegible] cas sociológicas? ¿E igualmente las innumerables [illegible] presiones en el contacto continuo con socialistas [illegible] quistas de todas las tendencias y con trabajadores [illegible] los más diversos oficios y comarcas de un gran [illegible] Su hermano Maurice, en una carta a V. Dave [illegible] de 1903) resume como influencias principales: la [illegible] *ternacional* con sus dos ideas, que "la sumisión de los trabajadores al capital es la fuente de toda [illegible] vidumbre, la política, la moral y la material", [illegible] "la liberación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos", — *Proudhon* y su federalismo [illegible] *Bakunin* y su proclamación de la asociación [illegible] los productores: "este es — escribe Maurice Pelloutier [illegible] el triple influjo impreso en todos los escritos [illegible] nand, esos son los tres guías a quienes se entregó [illegible] le condujeron al camino de la verdad"...

En ese juicio del mejor conocedor de Pelloutier [illegible] que le ofreció verdadero amor fraternal hay [illegible] dad; solo quisiera agregar aún que Fernand Pellou- tier ha debido poseer una feliz capacidad [illegible] mano fácil y segura, tacto, iniciativa, firmeza [illegible] riencia práctica, mucha tenacidad y valor para [illegible] bajo para hacer amar de tantos y tan diversos [illegible] por un largo tiempo al menos, las ideas que [illegible] en él: en eso consiste su valor esencial.

IV

Sin duda alguna, Fernand Pelloutier ha [illegible] una gran obra en su corta vida. Ha realizado [illegible] fin — y por eso incitó en todos los países lo [illegible] lo que muchos socialistas habían soñado, [illegible] intentado: la agrupación efectiva de grandes [illegible] obreras para la lucha contra el capital y para [illegible]

lización consciente de su propia obra emancipadora con los propios medios. Los trabajadores habían despertado hacía tiempo, pero cuando no interrumpieron las persecuciones los comienzos de tal obra, se introdujeron los elementos parasitarios, las verdaderas hienas del socialismo, los políticos socialistas, que arrancaron a los trabajadores, apenas despertados, lo único que puede salvarles y que ni siquiera el capitalista pudo robarles: la confianza en las propias fuerzas, sabiéndose presentar, como hacen los sacerdotes ante los creyentes, como intermediarios ante "dios", por su parte como representantes ante el capital y el Estado, como diputados indispensables y seduciendo el voto a los obreros, dejándoles luego en la miseria hasta que las próximas elecciones los vuelven a atraer hacia su presa. A ese engaño del pueblo había que ponerle fin; eso lo sintió entonces en Francia toda persona honesta, desde Vaillant, que dió impresión a su opinión por el lanzamiento de una bomba que no mató a nadie, pero que le llevó a él al cadalso, hasta los allemanistas, el núcleo del proletariado revolucionario de París, que sin sentirse anarquistas en lo más mínimo, proclamaban entonces instintivamente el antiparlamentarismo, y los muchos obreros enérgicos en los numerosos sindicatos desmenuzados e impotentes, dominados por los políticos — los últimos siguieron la iniciativa de Pelloutier y de sus amigos y dieron finalmente a sus Bolsas de Trabajo y a sus Federaciones lo que se puede llamar el espíritu del verdadero sindicalismo revolucionario. Fué ante todo un proceso de purificación espiritual y efectiva — depuración y eliminación. Telarañas y parásitos fueron suprimidos; los diputados que estaban habituados a encontrar aquí sus más fieles electores, no pudieron entonces más que contemplar la puerta desde afuera; el mezquino espíritu de las numerosas conexiones con los gobernantes locales, los concejos comunales, etc., desapareció; el trabajador adquirió conciencia del grado absoluto en que lo es *todo* el trabajo — el trabajo en su completa acepción, físico, intelectual, artístico, etc. — y en qué grado absoluto es *nada* el mundo parasitario anidado en el trabajo, los propietarios y su aparato de protección, el Estado. Eso lo sentía todo socialista efectivo, pero no lo decía públicamente desde hacía mucho tiempo más que el anarquista. Ahora bien, hacia 1895 se manifestaron de repente grandes masas obreras por esa idea y se agruparon para obrar desde entonces en ese sentido.

Fué una gran sorpresa y puedo recordarme de aquellos años, desde el verano de 1894 en adelante, en Londres, cuando Emile Pouget, el redactor del suspendido *Pére Peinard*, que conocía el mundo obrero francés más exactamente que la mayoría de los demás y observó siempre sus pulsaciones, llamó la atención sobre ese cambio, la liberación de los sindicatos del yugo del guesdismo, el antiparlamentarismo, los mencionados allemanistas, y sobre el comportamiento decidido de Pelloutier. Kropotkin estaba entusiasmado, Tcherkesoff se sentía en el séptimo cielo, Malatesta era esencialmente escéptico y afirmaba que eso no haría superflua la revolución; los compañeros ingleses de *Freedom* estaban regocijados y alentados. Todos sentían eso, no tanto como un efecto de la larga e intensa propaganda anarquista, sino como una fortificación de la seguridad que los anarquistas estaban en el buen camino, que el instinto natural del pueblo laborioso le había llevado, por fin, al mismo camino. No podía ser de otro modo, pues la anarquía es precisamente idéntica a la evolución natural a que aspira todo organismo sano, una vez libertado de los obstáculos que pesan sobre él. Tales obstáculos fueron, para la ciencia: la religión y la metafísica — la ciencia se libró de ellos en el siglo XIX. Para el trabajo tales obstáculos son la propiedad privada de los medios de producción y de la tierra y el Estado. Otros obstáculos recaen sobre la vida privada, la mujer y la familia, y la vida de los pueblos entre sí, que están separados por fronteras y odio, cuando no por las guerras, etc. Ese regocijante proceso de supresión de impedimentos se vió hacia 1895 realizarse en Francia en el dominio sindical y despertó las mayores esperanzas; por desgracia, como luego se ha visto, demasiado grandes esperanzas; en todo caso fué un paso hacia adelante, al que en verdad no siguió un segundo paso todavía, pero que, piénsese lo que se quiera, tampoco se dió hacia atrás.

Del trabajo propio de Pelloutier en aquellos años digamos solo que con el comienzo victorioso las dificultades no decrecieron y que las luchas internas absorbieron muchas energías. Si muchas de las Bolsas de Trabajo, en que dominaba un espíritu local de tal especie, fueron ganadas para el sindicalismo puro, esa renovación del espíritu de las grandes organizaciones sindicales era mucho más difícil, pues sus miembros estaban dispersados por todo el país y expuestos a las más diversas influencias. Los sindicatos formaron la C. G. T. bajo la dirección de su primer secretario — enemigo mortal de Pelloutier, según muestra Yvetot en la pequeña biografía, que deja ver las duras luchas de Pelloutier. Se sabe cuanto tiempo tardó hasta que en la C. G. T. misma penetró otro espíritu y cómo entonces, cuando los adversarios fueron desalojados de la primera posición (guesdismo) hubo que dar el asalto a una posición nueva (el reformismo), hasta que luego pareció vencer por un tiempo la tendencia revolucionaria, para extinguirse por fin desde el interior bajo la égida de León Jouhaux...

En todo caso, por la enfermedad y la muerte de Pelloutier fué fortificada la tendencia de la C. G. T., de las federaciones nacionales contra la tendencia de las Bolsas del Trabajo locales, y el congreso de Montpellier hizo de las *Féderation des Bourses du Travail* una sección de las Bourses du Travail de la C. G. T.; la agrupó, pues, más fuertemente en la organización total de lo que había parecido conveniente en su tiempo a Pelloutier. No puedo juzgar si él se habría sometido también a esa evolución, para la cual no habrían existido causas antes de 1902. El *Rapport du Comité confédéral pour*... 1901-1902... (París, 1902, 43 págs.), y el protocolo de Montpellier (22-27 de septiembre de 1902), Montpellier, 1902, 296 págs. informan seguramente, como también la *Voix du Peuple*, que apareció semanalmente desde el 1 de diciembre de 1900 bajo la redacción de Pouget.

En general todo estudio que penetre realmente en

esas condiciones exige un conocimiento exacto de los
vastos protocolos anuales, las continuas discusiones en
muchos órganos profesionales y de material más íntimo
aun, de lo cual será una fuente digna de estima el se-
manario de Pouget reiniciado el 11 de mayo de 1895,
primero como *La Sociale* luego como *Le Pére Peinard*,
hasta el 15 de abril de 1900.

Pero nada puede substituir aquí las impresiones de
los militantes efectivos de aquellos años de 1895-1901,
que poseen la clave para todos los acontecimientos que
no encuentran en los impresos más que un eco indirec-
to. Ellos solos pueden decir qué estímulo y qué resis-
tencia encontró Pelloutier entonces en sus propios cír-
culos, en qué medida se le ayudó desinteresadamente y
qué rivalidades se desarrollaron, en cuantos él y sus
compañeros inmediatos — eso lo hicieron indudable-
mente — llevaron a cabo el primer trabajo difícil y
dieron vida a un poderoso sindicalismo. Ojalá digan
pronto su opinión completa sobre eso personas vivien-
tes como Yvetot, Pouget y otros menos conocidos hoy,
cuando tantas — lamentablemente — nuevas luchas
han hecho objeto de tranquila observación histórica
aquellas viejas luchas; muchos han muerto ya y des
aparecido — sería tiempo, tal vez estimulados por el
recuerdo del veinticinco aniversario de la muerte de
Pelloutier, para arrojar plena luz sobre muchas cosas,
sobre todo. Tan solo entonces se podrá juzgar la ac-
ción de Pelloutier en toda su medida y en sus efec-
tos — para mí eso no es posible.

Quisiera advertir, sin embargo, que me parece in-
exacta la expresión repetida a menudo de que Pellou-
tier ha introducido el anarquismo en el sindicalismo.
Reconoció simplemente el hecho que existe, por des
agradable que sea para algún oído, que el trabajo li-
bertado de los impedimentos artificiales (Estado, polí-
tica) y que no paga más tributo a los parásitos (el
capital) poseerá la tendencia natural a organizarse li-
bre y convenientemente en base a la reciprocidad y la
solidaridad tanto como lo exige la causa, el fin mismo
del trabajo: eso es simultáneamente sindicalismo en su
finalidad y es anarquía porque es vida natural, el es-
tado que resulta por sí mismo para los hombres razo-
nables después de la caída de los obstáculos, — lo mis-
mo que para la ciencia, después de la supresión de los
dogmas teológicos y los de la falsificación y el es-
tancamiento que la amenazaban, la condición natural es
la investigación libre, desinteresada sobre la base de la
propia actividad y con la cooperación solidaria de to-
dos los sabios y el aprovechamiento de las conquistas
del pasado, — algo que un reaccionario tiene que con-
denar lógicamente como anarquía y que condena, pero
que en ese dominio es reconocido ya como cosa natural
por todos. Lo mismo ocurre en el arte y en los otros
dominios — y así también en nuestro caso en el tra-
bajo humano. Así como la ciencia se ha emancipado
de la religión, el arte de las reglas pedantescas y de
la censura, etc., así se emancipará el trabajo finalmen-
te de sus administradores forzosos: el capital y el Es-
tado. Todo factor que trabe esa emancipación es re-
accionario, y ese es justamente el papel del socialismo
político, siempre lo fué y lo continúa siendo.

Por tanto, no era necesario introducir el anarquis-
mo en el sindicalismo, pues está ya en él. Era, por
tanto, también muy innecesario y miope querer intro-
ducir el sindicalismo en el anarquismo, como si hubie-
se sido necesario, mientras que *uno* de los modos de
producción en una sociedad libre sería, sin duda, el sin-
dical, sin que fueran excluídas por eso otras formas de
producción no monopolizadoras y explotadoras. ¡Cuán-
tas palabras se habrían ahorrado si se hubiese refle-
xionado claramente sobre esas condiciones, como Proud
hon, Bakunin, los viejos internacionalistas como De
Paepe y Guillaume, Pelloutier y otros más nuevos!

Tampoco el sindicalismo poco después ya de la des-
aparición de Pelloutier carece de defectos. Adquirió
muy pronto un orgullo siempre deplorable expresado
en las palabras soberbias: " El sindicalismo se basta a
sí mismo", que recuerda al "orgullo comunista de la
impecabilidad" constatado por Marx mismo en años an-
tes en algunos de sus adeptos, lo mismo que las orgías
de la vanidad de la socialdemocracia alemana en el pe-
ríodo Engels-Kautsky y la del actual bolcheviquismo.
Eso lleva siempre al aislamiento espiritual, a la inmo-
vilidad y al desmedro, un destino a que no escap[illegible]
orgulloso sindicalismo en ciertos años. Eso no era, [illegible]
modo alguno, la naturaleza de Pelloutier, tal como [illegible]
la conozco.

Otro peligro a que no escapó el sindicalismo fran[illegible]
y que tampoco pudo quedar desconocido a Pellout[illegible]
ya, según mi opinión, fué este: se convirtió en propo[illegible]
ción creciente en teatro de fuertes individualidades [illegible]
al menos de individualidades que querían llegar a lo[illegible]
primeros puestos, todos esos militantes que llegaron [illegible]
ponerse al frente de sus organizaciones gracias a u[illegible]
período enérgico de actividad local y demás y que lu[illegible]
go no aspiraron para sí a más laureles dentro de la C[illegible]
G. T. o que al menos se convirtieron en los hombre[illegible]
de partido más rabiosos, más exasperados, a menud[illegible]
los más acibarados. Era como si los elementos de ta[illegible]
especie trabados en la carrera de diputados por la re[illegible]
nuncia al parlamentarismo, hubieran querido agotars[illegible]
y dar rienda suelta a su cólera en las luchas sindicalis-
tas por la supremacía en la C. G. T. y en las grandes
organizaciones. Hubo y hay todavía una superproduc-
ción en tales hombres de ambición inquieta; las cues-
tiones personales absorbieron el interés un año y otr[illegible]
y fanatizaron a los miembros. He deseado a menud[illegible]
ver a esos hombres de las luchas continuas por el p[illegible]
der en la Cámara de diputados de inmediato, a dond[illegible]
corresponden como autoritarios incurables interiorm[illegible]
te, en lugar de debatirse en el sindicalismo y rebaja[illegible]
del nivel a que había llegado en tiempo de Pellout[illegible]
No han comprendido la naturaleza y los objetivos [illegible]
Pelloutier y han derrochado su herencia.

Así fué en sus consecuencias restringido y no s[illegible]
pre duradero después de todo, el efecto de Pellou[illegible]
pero grande fué, sin embargo, y dió en todas p[illegible]
el impulso para intentar sacar el socialismo del p[illegible]
tano de la política. Un nuevo Pelloutier no ha v[illegible]
a aparecer; encontraría bastante que hacer. Alegr[illegible]
nos de haberlo tenido, aproximémonos a su comp[illegible]
sión más de lo que pudo hacerse aquí — hay que [illegible]
dar mucho para encontrar un luchador más des[illegible]
sado de la liberación del trabajo por vías clar[illegible]
reflexionadas, de lo que lo fué Fernand Pellout[illegible]

